EL COCINERO

DE

SU MAGESTAD.

FERNANDO GASPAR, EDITOR.

EL COCINERO

DE

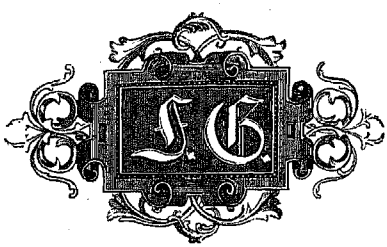
SU MAGESTAD.

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE III.)

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EDICION ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS SUELTAS.



MADRID:

IMPRENTA DE D. FERNANDO GASPAR, EDITOR.

CALLE DE LA CABEZA, 36.

1857.

Es propiedad del Editor.





CAPITULO PRIMERO.

De lo que aconteció á un sobrino por no encontrar á tiempo á su tio.

punto que el sol trasponia en una nublada y lluviosa tarde de invierno, atravesaba la famosa puente Segoviana, en direccion al ya próximo Madrid, un cuartago enorme que llevaba sobre su afilado lomo una silla de monstruosas dimensiones, y, sobre la silla, un ginete en cuyo bulto solo se veian un sombrero gacho de color gris, calado hasta las cejas, una capa parda rebozada hasta el sombrero, y dos robustas piernas cubiertas por unas botas de gamuza de su color, además del estremo de una larga espada, que asomaba al costado izquierdo bajo la plegadura de la capa.

El caballo llevaba la cabeza baja y las orejas caidas, y el ginete encorbado el cuerpo, como replegado en sí mismo, y la ancha ala del sombrero doblegada y empapada por la lluvia que venia de traves impulsada por un fuerte viento norte.

Afortunadamente para el amor propio del ginete, nadie habia en el

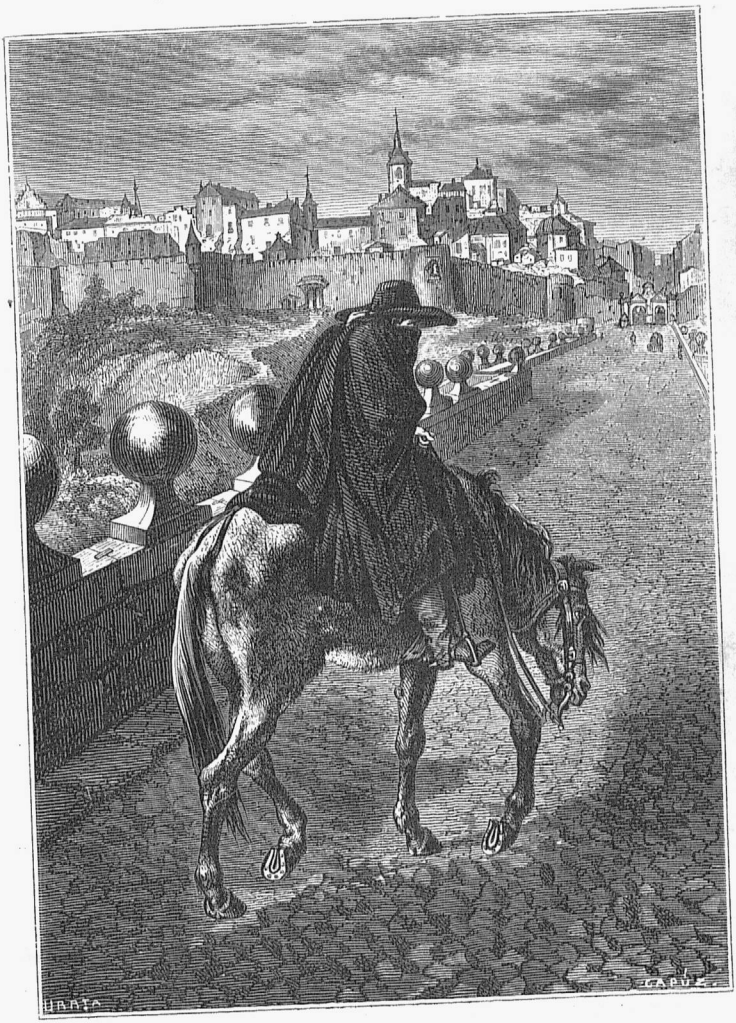
puente que pudiera reparar en la estraña catadura de su caballo, ni en su paso lento y trabajoso, ni en su acompasado cojear de la mano derecha : la lluvia y el frio habian alejado los vagos y los pillastres, concurrentes asiduos en otras ocasiones, á los juegos de bolos y á las palestrillas de la Tela; las lavanderas habian abandonado el rio, que, dejando de ser por un momento el humilde y lloroso Manzanares de ordinario, arrastraba con estruendo las turbias olas de su crecida, y, en razon á la soledad, estaban cerradas las puertas de las tabernillas y figones situados á la entrada y á la salida del puente.

Nuestro ginete, pues, atravesaba impunemente protegido por el temporal una de las entradas mas concurridas de la córte, en otras ocasiones, y decimos impunemente, porque el aspecto de su caballo hubiera arrancado mas de una y mas de tres desvergonzadas pullas á la gente *non sancta* concurrente cuotidiana de aquellos lugares.

Era el tal bicho (no podemos resistir á la tentacion de describirle) una especie de colosal armazon de huesos, que se dejaban apreciar y contar bajo una piel raida en partes, encallecida en otras, de color indefinible entre negro y gris, desprovista de cola y de crines, peladas las orejas, torcidas las patas, largo y estrecho el cuerpo , y larguísimo y arido el cuello, á cuyo estremo se balanceaba una cabeza afilada de figura de martillo, en la que se descubria á tiro de ballesta la espresion dolorosa de la vejez resignada al infortunio.

Representaos seis cañas viejas , casi de igual longitud, componiendo un pescuezo, un cuerpo y cuatro patas, y tendreis una idea muy aproximada de nuestro bucéfalo que, allá en sus tiempos, veinte años antes, debió ser un escelente vicho, atendidas su descomunal alzada y otras cualidades fisiológicas que á duras penas podian deducirse por lo que quedaba á aquella ruina viviente, á aquella especie de espectro, á aquella víctima de la tiranía humana, que asi esplota la existencia y los elementos productores de los séres á quienes domina.

Desesperábase el ginete con la lenta marcha de su cabalgadura, con su cojear y con su abatimiento, y de vez en cuando pronunciaba una palabra impaciente, y arrimaba un inhumano espolazo al jaco, que, al sentir la punta, se paraba, se estremecia, lanzaba como protesta un gemido lastimero, y luego, como sacando fuerzas de flaqueza, emprendia una especie de trotecillo, verdadero atrevimiento de la vejez, que duraba algunos pasos, viniendo á parar en la marcha lenta y difícil de antes, y en el acompasado y marcadísimo cojeo.



DESESPERÁBASE EL GINETE CON LA LENTA MÁRCHA...

No sabemos á quien debia tenerse mas lástima: si al caballo que llevaba á aquel ginete ó al ginete que era llevado por tal caballo.

El aspecto que presentaba entonces Madrid desde el puente de Segovia, poco mas ó menos semejante al que presenta hoy, no era lo mas á propósito para dar una idea de la estension y de la importancia de la córte de las Españas; veianse unicamente dos colinas orladas por unos viejos muros, con algunas torres chatas, y sobre estas torres y estos muros, á la derecha el convento y las vistillas de san Francisco; á la izquierda el alcázar y el cubo de la Almudena, y entre estas dos colinas el arrabal y la calle y puerta de Segovia, viéndose además hácia la izquierda y debajo del alcázar el portillo y la puerta de la Vega.

Añádase á esta vista pobre y árida, lo escabroso y desigual del terreno comprendido entre el puente de Segovia y los muros; los muladares, las zanjas y las hondonadas de aquel terreno formado por escombros; la luz triste que se desplomaba de un celaje color de plomo sobre todo aquello, y se tendrá una idea de la impresion triste y desfavorable que debió causar la vista de Madrid en el viagero, que, á todas luces, iba por primera vez á la córte, en vista de la irresolucion de que dió marcadas muestras acerca de la direccion que debia seguir para entrar en la villa, cuando ya fuera del puente se encontró cerca de los muros.

Fijóse, al fin, decididamente su vista en el alcázar y luego en la puerta de la Vega, revolvió su caballo hácia la izquierda, y acometió la árdua empresa de salvar las escabrosidades y la pendiente de la ágria cuesta.

Al fin, aquí tropiezo, allá me paro, acullá vacilo, el anciano jaco logró pasar la puerta de la Vega; enderezóse un tanto, animado sin duda por el olor de las cercanas caballerizas reales, y acaso por resultado de ese amor propio de que continuamente dan claras muestras de no estar desprovistos los animales, disimuló cuanto pudo su cojera, y siguió sosteniendo un laudable esfuerzo en un mediano paso, adelantando por la plazuela del Postigo y la calle de Pomar, hasta un arco que daba entrada á las caballerizas del rey, y donde, mal su grado, hubo de detenerse el forastero, á la voz de un centinela tudesco que le atajó el paso.

—Y dígame uce señor soldado, dijo con impaciencia el ginete, ¿por qué no puedo seguir adelante?

—Ser estas las capaycrisas de su magestad, contestó el centinela.

—Y dígame uce, ¿no puedo ir por otra parte al alcázar?

—Foste ir bor donde quierra, mas yo non dejar basar bor aquí ese capayo.

—¿Me impedirán de igual modo que este caballo pase por las otras entradas del alcázar?

—Mi non saperr eso.

Y el centinela se puso á pasear á lo largo del arco.

—¡Y á donde diablos voy yo! dijo hablando consigo mismo el ginete: mi tio vive en el alcázar: necesito verle al momento... y ¿donde dejo á este pobre viejo? indudablemente lo que sobrará en Madrid serán mesones: ¿pero quién se atreve? con la jornada que trae en el cuerpo el pobre Cascabel, seria cosa de no concluir á las ánimas: ¡eh! ¡señor soldado! ¡señor soldado!

Volvióse flemáticamente el tudesco mientras el ginete echaba pié á tierra.

—¿Quereis hacerme la merced de cuidar que nadie quite este caballo de esta reja donde voy á atarle mientras yo vuelvo?

—Mi non entenderr de eso, contestó el soldado, volviendo á su paseo.

—Como no sea que le roben para hacer botones, dijo una voz chillona á espaldas del ginete, no se quien quiera esponerse á ir á galeras por semejante cosa... ni la piel aprovecha: ¿le traeis para las yeguas del rey, amigo?

Volvióse el forastero, con cólera al sitio donde habian sido pronunciadas estas palabras con una marcada insolencia, y vió ante sí un hombrecillo, con la librea de palafrenero del rey.

—Si lo que teneis de desvergonzado, lo tuvierais de cuerpo, vergante, dijo todo hosco el forastero, me alegraria mucho.

—¿Y por qué os alegrarias, amigo?

—¿Por qué? porque habria donde sentaros la mano.

—Paréceme que servis vos tanto para zurrarme á mí como vuestro caballo para correr liebres, dijo el palafrenero, con ese descaro peculiar de la canalla palaciega.

—Si mi caballo no sirve para correr liebres, sírvolo yo para haceros dar una carrera en pelo, contestó el incognito que aun permanecia embozado; y sin decir una palabra mas, se fué para el palafrenero, con tal talante, que este retrocedió asustado hácia una puerta inmediata, á tiempo que salian de ella dos hombres, al parecer principales, contra uno de los qué tropezó violentamente el que huia.

El tropezado empujó vigorosamente al palafrenero, que fué á dar en medio del arroyo, y apenas se rehizo se quitó el sombrero y se quedó temblando é inmóvil, entre los caballeros que salian y el forastero.

Miró el caballero tropezado alternativamente al palafrenero, al in-

cognito y á su caballo, comprendió por lo amenazador de la actitud del ginete que se trataba de alguna pendencia cortada, ó, por mejor decir, suspendida por su aparicion, y dijo con acento severo y lleno de autoridad:

—¿Qué significa esto?

—Señor, este mal hombre queria pegarme porque me he reido de su caballo, contestó el palafrenero.

—Yo no estraño que se rian de este animal, dijo el embozado; lo que estraño es que se atrevan á insultarme, á mi, que ni soy manco ni viejo.

—En cuanto á lo de viejo no puedo hablar, porque no se os ve el rostro, dijo el, al parecer, caballero; en cuanto á si sois ó no manco, paréceme que si teneis buenas las manos teneis manca la cortesía.

—¡Eh! ¿qué decis?

—Digo, que para tener de tal modo calado el sombrero, y subido el embozo cuando yo os hablo, debeis ser mucha persona.

—De hidalgo á hidalgo, solo al rey cedo.

—Os habla el conde de Olivares, caballerizo mayor del rey, dijo el otro caballero, que hasta entonces no habia hablado.

—¡Ah! perdone vuecencia, señor, dijo el incognito desembozándose y descubriéndose: es la primera vez que vengo á la córte.

Al descubrirse el ginete dejó ver que era un jóven como de veinte y cuatro años, blanco, rubio, buen mozo y de fisonomía franca y noble, á que daban realce dos hermosos y espresivos ojos negros.

—¡Ah! ¡acabais de venir! dijo el conde de Olivares, prevenido en favor del jóven: ¿y á que diablos os venis á entrar con ese caballo por las caballerizas del alcázar? en sus tiempos debe de haber sido mucho...

—Cosas ha hecho este caballo, y en peligros se ha visto, que honrarian á cualquiera, y si porque es viejo le desprecian los demás, yo que le aprecio porque le apreciaba mi padre...

—¿Y quién es vuestro padre?

—Mi padre era.

—Bien: pero su nombre...

—Jerónimo Martinez Montiño, capitan de los ejércitos de su magestad.

—Yo conozco ese apellido, y creo que le estoy oyendo nombrar todos los dias: ¿no recordais vos, Uceda?

—¡Bah! ese apellido es el del cocinero mayor de su magestad.

—El cocinero de su magestad es mi tio.

—¡Ah! pues entonces sois de la casa, dijo el conde: cubrios, mozo, cubrios, que corre un mal norte, y seguid hácia el alcázar: y tú vergante, añadió dirigiéndose al palafrenero, toma el caballo, llévale á las caballerizas y cuidale como si fuera un bicho de punta: y debe de haberlo sido; ¡diablo! ¡lo que son los años!.

Y el conde de Olivares y el duque de Uceda, se alejaron hácia los Consejos, mientras el jóven pasaba el arco en direccion al alcázar, murmurando:

—¡El conde de Olivares y el duque de Uceda! paréceme de buen agüero este encuentro... ello dirá... lo que únicamente me inquieta es el haber dejado á Cascabel entregado á aquel vergante... pero mi tio arreglará esto y lo otro. Vamos en busca de mi tio.

El jóven atravesó la plaza de armas, y se encaminó en derechura al pórtico del alcázar, sin detenerse un punto á mirarle, á pesar de que pertenecia al gusto del renacimiento y era harto bello y rico para no llamar la atencion á un forastero; pero fuese que nuestro jóven no se admirase por nada; fuese que le preocupase algun grave pensamiento; fuese en fin, que comprendiese que es mas fácil hacerse paso cuando se camina de una manera desembarazada, altiva, y como por terreno propio, la verdad del caso fué, que se entró por las puertas del alcázar, como si en su casa entrara, alta la frente, la mano en la cadera, y haciendo resonar sus espuelas de una manera marcial sobre el mármol del pavimento.

Ni él miró á nadie, ni nadie le miró: atravesó un vestíbulo sostenido por arcadas, siguió una galería adelante y se encontró en el patio.

Al ver ante sí la multitud de puertas que abrian paso á otras tantas comunicaciones del alcázar, hubo forzosamente de detenerse y de buscar entre los que entraban y salian á alguno de la servidumbre interior, que le guiase hasta las regiones de la cocina, y al fin se dirigió á un enorme lacayo que le deparó su buena suerte.

—¿Por donde voy bien á la cocina, amigo? preguntó nuestro jóven.

Miróle de alto á bajo el lacayo, estrañando, sin duda, que por tal dependencia le preguntase un mancebo buen mozo, que trascendia á la legua á hidalgo y á valiente, y que llevaba con suma gracia su trage de camino.

—No os dejarán llegar á la cocina de su magestad, contestó el lacayo, despues de un momento de inoportuna observacion, sino decis á quién buscais.

—Busco, dijo el jóven, al cocinero mayor.

—¡Ah! pues si buscais al señor Francisco Montiño, os aconsejo que le espereis mañana á las ocho en la puerta de las Meninas: todos los dias va á esa hora á oir misa á Santo Domingo el Real.

Y el lacayo creyendo haber dado al jóven bastantes informes, se marchaba.

—Esperad, amigo, y decidme, sino vais de prisa: ¿por qué razon he de esperar á mañana, y esperar fuera del alcázar?

—Porque el cocinero mayor, aunque vive en el alcázar, no recibe en él á persona viviente.

—¡Cómo!

—No recibe en su casa, por dos muy buenas razones.

—¿Y cuáles son esas buenas razones?

—La una es su mujer, y la otra su hija: desde que su hija cumplió los catorce años, nadie entra en su cuarto; y desde que se casó en segundas nupcias, ha clavado las ventanas que dan á las galerías.

—¡Bah! pero recibirá en la cocina.

—Menos que en su casa. Allí no recibiria ni al mismo rey.

—No importa. Yo se que me recibirá.

—Mucha persona debeis ser para él.

—Soy su sobrino.

Cambió de aspecto el lacayo al oir esta revelacion; dejó su aspecto altanero y un si es no es insolente; pintóse en su semblante una espresion servicial, y cambió de tono, lo que demostraba que el cocinero mayor tenia en palacio una gran influencia, que se le respetaba, y que este respeto se trasmitia á las personas enlazadas con él por cualquier concepto.

—¡Ah! ¿con qué vuesamerced es sobrino del señor Francisco Montiño? dijo acompañando sus palabras con una sonrisa untuosa: eso es distinto: vamos, y llevaré á vuesamerced hasta donde sin tropezar y en derechura pueda encaminarse á la cocina.

Y volviendo atras se entró por una puertecilla situada en un ángulo, subió por una escalera de caracol y salió á una larga galería.

El jóven siguió tras él, y asi atravesaron algunas puertas, en todas las cuales habia centinelas; pero muy pronto empezaron á recorrer enormes salones desamueblados, en la parte íntima, por decirlo asi, del alcázar.

Subieron otras escaleras, y en lo alto de ellas se detuvo el lacayo.

—Desde aquí, dijo, nadie atajará á vuesamerced, porque solo las

gentes de la casa andan por esta parte : siga vuesamerced adelante hasta el cabo de la crugia y el olor le guiará.

Y despues de un respetuoso saludo, dejó solo al sobrino de su tio.

En efecto, cuando el jóven estuvo al fin de la crugia, le dió en las narices un olor indefinible, suculento, emanacion de cien guisos, aroma especial que solo analiza un cocinero; guiado por aquel rastro, el jóven siguió adelante, y muy pronto atravesó una gran puerta y se encontró en la cocina de su magestad.

Llenaba aquel espacio pulcramente blanqueado, una atmosfera que alimentaba ; aspirábase allí una temperatura sofocante; cantaban, chirriaban, chillaban en coro, una multitud de ollas y cacerolas; veíanse en medio de una niebla *sui generis*, una multitud de hombres y de muchachos, oficiales los unos, pinches los otros, galopines los mas y pícaros de cocina; aquel era un taller en forma, en que se iba, se venia, se picaba, se espumaba, se soplaba, se veian acá y allá limpios utensilios, brillaba el fuego, y últimamente, en una larga percha se veian capas de todos colores y espadas y dagas de todas dimensiones.

Por el momento nadie reparó en el jóven; pero él se encargó de que reparasen en él dirigiéndose á un oficial que traia asida por las dos manos una descomunal cuajadera.

—¿Quereis decirme, le preguntó, donde está el cocinero mayor?

Dejó el oficial la cuajadera sobre una mesa, y se volvió al jóven limpiándose las manos en su mandil.

—¡Ta! ¡ta! ¡el cocinero mayor! dijo con acento zumbon. Si por ventura venis á buscar trabajo, echadle un memorial.

—No busco trabajo; le busco á él.

—No está.

—Ya se que no recibe en la cocina, pero si está decidle que le busca su sobrino, que acaba de llegar de su pueblo, y que le trae una carta de su hermano el arcipreste.

Operóse en la actitud, en el semblante, y en las palabras del oficial, la misma trasformacion que se habia operado en el lacayo, pero de una manera tan marcada, que el jóven no pudo menos de comprender, que si su tio era una influencia poderosa en el alcázar, en la cocina era una omnipotencia.

—¿Con qué vuesamerced, es sobrino del señor Francisco Montiño? dijo el oficial completamente trasformado : ¡qué diablo! su merced no está.

Habian rodeado á la sazon al jóven, una turba de galopines que le miraban con las manos á las espaldas, ojos que se reian y bocas que rebosaban malicia.

Como que se trataba de un profano.

—¿Y dónde encontraré á mi tio?.... me urge..... me urge de todo punto, dijo el jóven con acento impaciente.

—Yo diré á vuesamerced donde está su tio, dijo un galopin: el señor Francisco Montiño está prestado.

—¡Cómo prestado! dijo el oficial.

—Prestado al señor duque de Lerma, dijo otro pinche.

—Como que está malo de un atracon de setas el cocinero del duque.

—Y el duque tiene convidados.

—Por último ¿mi tio no volverá probablemente? dijo el jóven.

—No volverá, caballero, dijo otro de los oficiales, porque me ha encargado que sirva la cena de su magestad.

—¿Y dónde vive el duque de Lerma?

—¡Toma! esclamó un pinche como escandalizado, en su casa: es menester venir de las Indias, para no saber donde vive el duque.

—Calle de san Pedro, caballero, dijo el oficial encargado accidentalmente de la cocina: cualquier mozo de cuerda á quien vuesamerced pregunte le dará razon.

Tomó el jóven las señas que le dieron, las fijó en la memoria, como que tanto le importaban, y despidiéndose de aquella turba, salió, y tomó la crugia adelante: pero fué el caso, que, como el alcázar era un laberinto para él desconocido, en vez de volver por el mismo camino de antes, tomó la direccion opuesta, bajó unas escaleras, y se encontró en habitaciones amuebladas, entapizadas, alfombradas é iluminadas, porque ya era casi de noche, y en las que habia algunos lacayos.

Pero marchaba el jóven de una manera tan decidida, absorto en sus pensamientos y sin reparar en nada, que, sin duda porque por aquella parte habian quedado atras las entradas difíciles, y no circulaban mas que los que estaban autorizados para ello, nadie le preguntó, ni le puso obstáculos, ni le dijo una palabra.

Y asi continuó hasta un estrecho pasadizo, medio alumbrado por un farol clavado en la pared, y enteramente desierto, donde hubo de sacarle de su distraccion una voz de mujer, grave, sonora, que hablaba, sin duda, con otra detras de una mampara próxima, y que le dejó oir involuntariamente las siguientes palabras:

—Me va en ello mas que piensas... es preciso; preciso de todo punto... ¡oh Dios mio!

Nuestro jóven hizo entonces lo que en igual situacion hubiera hecho el mas hidalgo: comprendió que una casualidad le habia llevado á un lugar donde dos mujeres se creian solas: que las graves palabras que habia oido pertenecian sin duda á un secreto que él no debia sorprender, y se hizo atras dirigiéndose á la puerta mas inmediata: pero aquella puerta estaba cerrada.

Dirigióse á la ventura á otra, pero al llegar á ella, se abrió y salió una dama.

El jóven dió un paso atras, y se quitó el sombrero. La dama que salia dió un ligero grito de sorpresa, y quedó inmóvil.

—¿Qué hace este hombre aquí? dijo con la voz notablemente alterada.

—Perdonad, señora, pero...

—¿Pero qué?... esclamó con impaciencia la dama.

—Soy forastero: he venido al alcázar á ver á mi tio, y al salir me he perdido.

—¿Y quién es vuestro tio?

—El cocinero mayor del rey.

—¡Ah! ¿sois sobrino del cocinero mayor? repuso la dama cuya voz estaba alterada por una conmocion profunda: comprendo: venis de las cocinas.

—Asi es, señora, contestó el jóven, que contrariado y confuso por su torpeza, tenia la vista fija en el suelo.

—Habeis bajado por las escaleras por donde se sirve la vianda á su magestad; habeis cruzado la galería de los infantes, y os habeis metido en la portería de damas... ¡y esos maestresalas...! ¡estarán durmiendo!

—Yo siento, señora... yo quisiera...

—¿Cuánto tiempo hace que estais en esta galería?

—Hace un momento, señora; como que al abrir esta puerta, buscaba una salida.

— Y... ¿no habeis oido hablar á nadie?

—No señora.

Y entonces el jóven alzó los ojos, miró á la dama y se puso pálido.

Lo que habia causado la palidez del jóven, era la hermosura de la dama, y la espresion de sus grandes ojos fijos en él, de una manera particular.

—La casualidad que os ha traïdo aquí, dijo la dama, os pudiera costar cara.

—Sucédame lo que quiera, me pesará indudablemente menos de ello que de haberos disgustado.

—Venid, dijo la dama, cuya voz tenia todavía el acento irritado, trémulo, conmovido.

Y en paso rápido, fuerte, enérgico, tiró la crugia adelante, llegó á una puerta, abrió su pestillo con un llavin dorado, la pasó, y repitió con impaciencia:

—¡Seguid! ¡seguid!

Se encontró el jóven en otra galería menos alumbrada; por último, la dama tomó por una escalera oscura.

El jóven la siguïó á tientas; nada veia: solo percibia el ardiente álito de la dama, el crugir de su trage de seda, y la fuerte huella de su paso.

Al fin de la escalera, sintió abrir una puerta, y la voz de la dama que le dijo:

—Salid: id con Dios.

Fue tal el acento de la dama al despedirle, que el jóven no se atrevió á contestar: salió, sintió que cerraban la puerta, y se encontró en un ámbito tenebroso, del cual no podia apreciar otra cosa, sino que estaba embaldosado de mármol, por el ruido que producian sobre el pavimento sus pisadas.

Con las manos delante, á tientas, siguió á lo largo de una pared; torció, revolvió, anduvo perdido un gran espacio, y al fin, guiado por el resplandor de una luz, que se veia tras una puerta, se dirigió á ella, se encontró en una galería baja, y luego en el patio.

Acontecióle entonces lo que nos acontece cuando despertamos de una molesta pesadilla: su corazon se espació y aspiró con placer el aire frio que, zumbando en las cornisas, penetraba en remolino hasta el fondo del patio.

Pero la impresion de toda pesadilla, continua aun despues de despertar: el jóven guardaba una fuerte impresion de su aventura, pero indeterminada, vaga, como un sueño: aquella impresion partia de la dama que habia visto un momento: recordaba, con no sabemos que agitacion, que era una mujer tan hermosa como no habia visto otra, pero no recordaba los rasgos de su semblante, ni el color de sus ojos, ni el de sus cabellos: ni su apostura, ni su trage: habiale acontecido lo que al que mira

de frente al sol: que solo ve luz, una luz que le deslumbra, que sigue lastimando sus ojos despues de haberlos cegado: estaba seguro de no conocerla si por acaso la veia otra vez, y esto le desesperaba: no se daba razon del sentimiento que aquella impresion le hacia esperimentar: no pensó en que podia estar enamorado, como al recibir una estocada, nadie por el momento se cree herido de muerte.

El amor es hijo de la imaginacion; la imaginacion del jóven no habia tenido tiempo, ni aun para formar el embrion de ese fantasma ardiente á quien damos la forma de la mujer que ha hablado fuertemente á nuestros sentidos: estaba aturdido y nada mas.

Asi es que, profundamente preocupado, se dirigió por instinto á una salida, y por efecto de su preocupacion, ni vió dos hombres embozados, que estaban parados en la puerta de las Meninas, ni oyó este breve diálogo, que pronunciaron al pasar el jóven junto á ellos.

—¿Hà salido?

—Si.

—¿Cuando?

—Hace algunos minutos.

—¿En litera?

—En litera.

El jóven pasó, y maquinalmente tomó por la embocadura de una calle inmediata.

La noche cerraba á mas andar: el temporal seguia: la lluvia lenta, sorda, pesada, espesa, producia un arroyo en el centro de la calle, y las gentes, rebujadas en sus capas, ó en sus mantos, pasaban de prisa.

Era esa hora melancólica del crepúsculo vespertino, anticipada por el estado de la atmósfera, y por la niebla que empezaba á tenderse sobre la tierra. En aquel tiempo, las calles de Madrid no estaban alumbradas, ni empedradas, ni abundaban las tiendas, y las pocas que existian, se cerraban al oscurecer: andaba poca gente por las calles, porque entonces Madrid, teniendo una periferia casi tan estensa como ahora, tenia mucho menos poblacion; las casas, construidas en su mayor parte á *la malicia*, como se decia entonces, ó para que lo entiendan nuestros lectores, con un solo piso, para librarse de la carga de aposento con que estaban gravadas las que se elevaban mas, eran bajas, de pobre aspecto, y muchas de ellas de madera: las calles eran irregulares, tortuosas, estrechas, con entrantes y salientes, y singularmente por la parte contigua al alcázar, por donde marchaba nuestro jóven, eran un verdadero labe-

rinto, habiendo trozos en que no se veia una sola puerta, á causa de formarlos las tapias de los huertos de los cuatro ó cinco conventos que habia en aquel barrio.

En uno de estos callejones escuetos y solitarios, se detuvo de repente nuestro jóven, que habia llegado hasta allí maquinalmente, para orientarse del lugar en que se encontraba.

El frio y la lluvia le habian vuelto al mundo real: miró en torno suyo en busca de una persona á quien preguntar, y se encontró solo: pero de repente, sin que antes hubiese sentido pisadas, sintió que se asian á su capa, y oyó una voz de mujer que le decia con gran precipitacion:

—¡Dadme vuestro brazo, y seguid adelante, seguid!

Volvióse el jóven, y vió junto á él, una mujer de buena estatura, de buen talante, de buen olor, completamente envuelta en un manto negro.

—¡Seguid, seguid adelante! dijo la dama con doble impaciencia; y no hagais estrañeza ninguna, que me importa. Ya os esplicaré.... ¡pero seguid!

Y la tapada levantó por sí misma la halda de la capa del jóven, y se asió á su brazo, y tiró de él.

—¡No os digo que sigais adelante! esclamó la incógnita con irritacion: ¡ó es que sois tan poco hidalgo, que no quereis favorecer á una dama!

No permitiendo la sorpresa contestar al jóven, se limitó á dejarse conducir por la tapada.

—¡Pero, yo os arrastro! ¡yo os llevo! dijo esta, con acento en que brotaba un tanto de irritacion; ¡y lo notará quien nos vea! ¿Cómo llevariais á vuestra amante, caballero?

—¡Ah! ¡segun! dijo el jóven... si ibamos huyendo de un marido, de un padre, ó de un hermano...

—No, no tanto como eso: marchemos naturalmente, como dos enamorados á quienes importan poco el frio, la lluvia y el viento.

—Sea como vos querais, dijo el jóven: y paréceme que si yo os conociera, seria muy posible, casi seguro mi enamoramiento.

—¿De dónde sois, caballero? dijo la tapada, marchando ni mas ni menos que si no hubiera llovido, y se hubiese encontrado junto al hombre de su eleccion.

—Soy... pero dispensad, señora, ni comprendo lo que me sucede, ni puedo adivinar el objeto de vuestra pregunta.

—Os pregunto qué de donde sois, porque me pareceis un tanto cortesano: me estais enamorando á la ventura sin soltar prenda.

—Pues os engañais señora, no soy cortesano sino desde esta tarde.

—¡Cómo! ¿no habeis venido hasta ahora á la córte?

—No: y, sin embargo, aunque no llega á una hora el tiempo que hace que estoy en ella, me han sucedido tales aventuras...

—¿Aventuras y en una hora?

—Si por cierto: he reñido con un palafrenero del rey; he conocido á dos grandes señores; me he perdido en el alcázar...

—¡Ah! ¡os habeis perdido... en el alcázar...! ¿y qué aventura os ha sucedido al perderos?

—¡Perderme! esclamó el jóven, y suspiró porque se acordó de la hermosura de la dama de la galería.

—En palacio es el perderse muy fácil, dijo la dama, y os aconsejo que si alguna vez entrais en él, os andeis con piés de plomo; ¿y no os ha acontecido mas aventura despues de haberos... perdido en el alcázar?

—Si, si por cierto: ¿no os parece una muy singular aventura esta en que me encuentro con vos á quien no conozco; que se me os habeis venido sin saber de donde y que...?

—¿Y qué...?

—Podeis acabar de perderme.

—¡Yo!

—Si, vos: debeis ser muy hermosa, señora, y muy principal, y hallaros metida en un gran empeño.

—Esplicadme...

—Os siento apoyada en mi brazo, y ¡Dios me perdone! pero quién tiene tan hermoso brazo debe tenerlo todo hermoso.

—¿En la tierra de donde venís, se acostumbra á abusar de las mujeres, caballero?

—¡Ah! perdonad: yo no creia...

—Vos lo habeis dicho: soy una dama principal: mas de lo que podeis creer, y, como habeis supuesto, me encuentro en un gran conflicto.

—Vuestra voz, aunque quisísteis disimularlo, era un tanto trémula cuando me hablásteis: vuestro brazo al asirse al mio temblaba.

—Acortad el paso y bajad mas la voz, dijo la dama: nos siguen.

—¿Y vos cuando os siguen os deteneis?

—Cuando sé que quien me sigue tiene dudas de si soy yo ó no soy, procuro no desvanecerlas huyendo: quien huye teme.

—¿Y vos no temeis?

—Si por cierto, y porque temo mucho, procuro que quien me sigue, dude; dude hasta tal punto, que siga su camino creyendo que pierde el tiempo en seguirme.

—¿No es vuestro esposo quien os sigue?

—Yo no soy casada.

—¿Ni vuestro padre?

—Está sirviendo al rey fuera de España.

—¿Ni vuestro hermano?

—No le tengo.

—¿Ni vuestro amante?

—Nunca le he tenido.

—¡Ah!

—¿Qué os sucede?

—Quisiera saber quien os sigue.

—No volvais la cara, que sin que la volvais os sobrará acaso tiempo de saberlo.

—Pero sino es asunto vuestro...

—¿Sabeis que sois muy curioso, caballero?

—¡Ah! perdonad: me callaré.

—No, hablad: hablad.

—Pero si mis palabras os ofenden...

—Habladme de lo que querais.

—¡Ah! ¿de lo que yo quiera? Yo quisiera conoceros.

—¿Y para qué?

—Os repito que debeis ser muy hermosa.

—Mirad no os engañe vuestro deseo.

—Descubrid el rostro.

—Mostraros el rostro ahora seria comprometer acaso un secreto que no es mio.

—¡Cómo!

—Si pudiérais dar señas de la mujer á quien vais acompañando...

—Soy noble y honrado.

—No os conozco.

—Y sin embargo os habeis amparado de mí.

—A la ventura: á la desesperada.

—¿Y no os inspira confianza la manera respetuosa conque os trato.

—Respetuosa y reservada: por ejemplo: no me habeis dicho quienes eran los dos grandes señores que habeis conocido.

—¿Y por qué no? eran el conde de Olivares y el duque de Uceda.

—¿Y cómo? ¿por qué habeis conocido á esos caballeros?

—Terciaron en mi disputa con el palafrenero.

—¡Ah! ¿y decidme? ¿de dónde salian?

—De las caballerizas del rey.

—¡Ah! ¡es estraño! dijo la dama: ¡juntos y en público Olivares y Uceda!

Y la dama guardó silencio por algunos segundos.

Seguian andando lentamente: por fortuna la lluvia no arreciaba y los anchos y bajos aleros de las casas los protegian.

El forastero iba fuertemente impresionado. La tapada apoyaba con indolencia en su brazo, un brazo mórbido y magnífico, á juzgar por el tacto: su andar era reposado, grave, indolente: el movimiento de su cabeza lleno de gracia, de atractivo: su voz sonora, dulce, estremadamente simpática, y se exhalaba de ella una leve atmósfera perfumada. Además una preciosa mano, cuajada de anillos, y estremadamente blanca y mórbida, sujetaba su manto cerrado sobre su rostro, sin dejar abierto mas que un candil, una especie de pliegue demasiado saliente para que pudiera versela ni un ojo.

La noche empezaba á cerrar densamente oscura.

El jóven empezaba á aturdirse con lo que le acontecia.

—¿Y qué aventura os sobrevino en el alcázar cuando os perdisteis?

—Os lo repito: mi aventura en el alcázar ha sido perderme.

—Pero esa es una palabra que puede entenderse de muchos modos.

—¡Ah señora...! ¡tengo una sospecha...!

—¿Qué? dijo con cuidado mal encubierto la dama.

—Que acaso vos seais la causa de que yo me haya perdido.

—¡Yo! ¡y no me conoceis!

—Esa es mi desesperacion: que no os conozco, y os recuerdo.

—¿Sabeis que ya es obra el entenderos? ¿si no me conoceis, como podeis recordarme?

—Pues ese el caso: yo os he visto un momento, un momento nada mas, y os he visto tan hermosa que me habeis cegado.

—¿Qué me habeis visto? ¿Y dónde?

—Cuando os asisteis á mí, teniais abierto el manto.

—¡Oh! ¡no! no recuerdo haberme descuidado. Y si no ¿de qué color son mis ojos?

—Es que vuestra hermosura me ha deslumbrado señora, y cuando he vuelto á abrir los ojos, me he encontrado á oscuras.

—Nos siguen mas de cerca, dijo la dama, y mucho será que quien nos sigue, á pesar de todo, no me conozca.

—La noche está oscura, señora; hace tiempo que vamos por calles desiertas, al que estorba se le mata.

—¡Ah! esclamó la dama y estrechó el brazo del jóven.

—Decidme: detened á ese hombre, y no da un paso mas.

—¿Y matariais por mí á quien no conoceis? ¿á un hombre que ningun mal os ha hecho?

—Si.

—¿Y si no fuera yo quien creeis?

—¿Quién otra pudiera ser?

—La dama de palacio.

—Es que yo no he visto en palacio ninguna dama.

—¿La habeis prometido callar?

—Os juro que á ninguna dama he visto.

—Decidme... pero rodeemos por esta calle: ¿á qué habeis venido á Madrid?

—A buscar á mi tio que es el cocinero mayor del rey.

—¡Ah! ¿y al arrimo de vuestro tio, venis á pretender algun oficio á la córte?

—Yo, señora, no pretendo nada.

—¿Sois rico?

—Soy pobre. Pero para servir bajo las banderas del rey como soldado, no son necesarios empeños.

—¿De modo que...?

—Vengo á traer á mi tio el cocinero, una carta de mi tio el arcipreste.

—¡Ah! ¿y de dónde venis...?

—De Navalcarnero.

—¿Y nunca habeis salido de esa villa?

—Si por cierto, señora. He cursado en la universidad de Alcalá.

—¡Ah! ¡ya decia yo!

—¿Y qué deciais vos?

—Que no erais novicio. ¡Estudiante! ¡ya!

—Y estudiante de teología.

—¿Y ordenado?

—No por cierto. Me gusta mas el coselete que la sotana: y luego el amor... ¡poder amar sin ofender á Dios ni al mundo!

—No sabeis hablar mas que de amor.

—Pues mirad; hasta ahora no he amado.

—¿Amais á la dama del juramento?

—Os juro señora...

—Si yo fuese la dama de la galería...

—¡Ah!

—Si yo fuese la que de tan mal talante os echó por una escalera escusada...

—¿Vos me libertais de mi promesa?

—Y porque habeis cumplido bien, espero que me contesteis en verdad: ¿es cierto que os he causado tal impresion, que no recordais mi semblante?

—Os lo juro, por mi honra.

—Pues bien: olvidad de todo punto vuestro amor que empieza: es tiempo aun: cuidad que no me volvereis á ver: cuidad que es un sueño lo que os sucede, y seguid callando, como callábais.

—¡Oh! ¡si! ¡callaré! pero amaré... os amaré... aunque no os conozca... ¡os amaré siempre!... ¡sin esperanza!

—Olvidemos locuras, y hablemos de lo que importa, porque vamos á separarnos. Parémonos en esta esquina. Respondedme, si es verdad que he causado en vos la impresion que decis. ¿Oisteis hablar á alguien en la galería?

—Si.

—¿Qué oisteis...?

—Estas ó semejantes palabras: «me va en ello la vida ó la honra...» ello era gravísimo. ¿Y quereis que sea franco con vos? He creido que quien pronunciaba aquellas palabras era...

La tapada puso su pequeña mano sobre la boca del jóven, y este aprovechando la ocasion, la retuvo, la besó; la dama dió un ligero grito, y desasió con fuerza su brazo de la mano del jóven: en esta quedó un brazelete, que el jóven guardó rápidamente, y aprovechando el haberse descompuesto el manto de la dama, la miró.

—¡Ah! esclamó con desesperacion.

—Está la noche muy oscura, dijo la dama cubriéndose de nuevo.

—¿Y no tendreis compasion de mí..?

—Escuchadme y servidme.

—Os serviré.

—Desde aquí voy á seguir sola.

—¡Sola!

—Si. Allí, junto aquella puerta, hay un hombre parado. Es necesario que ese hombre no pueda seguirme.

—No os seguirá.

—Evitad matarle, si podeis. Conque le entretengais un breve espacio, estaré en salvo.

—¿Pero nada me decis? ¿ninguna señal vuestra me dais?

—¡Ah! ¿quereis una señal? Tomad.

—¿Y qué es esto...?

—Tomadlo...

—¡Una joya!

—No, una señal. Y oid: seguid guardando un profundo secreto, acerca de vuestras dos aventuras conmigo. Vos no habeis estado en la portería de damas, vos no habeis oido nada. Sobre todo, no sospecheis, no os atrevais á adivinar que quien ha pronunciado aquellas graves palabras, ha sido...

—¡La reina!

—Si, dijo la tapada inclinándose al oido del jóven y con voz ardiente y entrecortada: era la infeliz Margarita de Austria. Ya veis si confio en vos. Deteniendo á ese hombre que me sigue, servis á su magestad. Sed caballero y leal y tened por seguro que aunque no volvais á verme vuestra fortuna ha de dar envidia á muchos.

—¡Oh! ¡esperad! ¡esperad, señora!

—¿No os he dejado una prenda?

—Pero...

—No puedo detenerme mas. Adios, impedid que ese hombre me siga. Adios.

Y la tapada tiró una calleja adelante.

El bulto que estaba parado á alguna distancia adelantó á buen paso.

—¡Eh! ¡atrás! no se pasa! dijo nuestro forastero, echando al aire la daga y la espada.

El que venia hizo un movimiento igual y sin decir una palabra, envistió al jóven.

—Os aconsejo que os vayais, dijo este, acudiendo al reparo de los

golpes que le tiraba el embozado; porque si no os vais, os va á suceder algo desagradable. ¡Ola! ¿se me os venís con estocadas? ¡perfectamente! pero es el caso que yo no quiero mataros, amigo mio.

Echó fuera dos ó tres estocadas bajas, y aprovechando un descuido del contrario le dió un cintarazo encima del sombrero.

—Eso ha podido ser un tajo que se os hubiese entrado hasta los dientes, dijo el jóven pronunciando esta nota con una calma admirable.

El otro redobló su ataque.

—Es el caso que yo no quiero mataros, dijo el sobrino de su tio: no por cierto, seria bautizar mi entrada en Madrid con sangre. ¡Ah! ¿os empeñais? pues... allá voy camarada...

Y se cerró en estocadas estrechas, obligando al contrario á repararse con cuidado.

—¡Ah! ¡ah! murmuró el jóven: en la córte no saben mas que *echar plantas*; paréceme que ya le tengo para el desarme de mi tio el arcipreste. ¡Veamos! ¡Pobre hombre! ¡Bah! ¡estais preso! ¡sois mio!

El forastero habia cogido á su contrario en el momento en que tenia puesta su daga sobre la espada, cerca de su empuñadura; habia metido una estocada baja y diagonal por el ángulo estrecho formado por la daga y por la espada del incógnito y habia hecho una especie de trenza con los tres hierros, sujetándolos contra el muslo izquierdo de su contrario.

Era un desarme completo: el enemigo no podia valerse de sus armas: entretanto al forastero le quedaba franca la daga para herir, pero no hirió.

—Idos, dijo al otro: puedo mataros: pero no quiero asustar á mi buena suerte tiñéndola de sangre la primera noche que entro en Madrid: envainad vuestros hierros y volveos por donde habeis venido.

Y diciendo esto sacó su espada del desarme, se retiró dos pasos del otro que habia quedado inmóvil, y luego se embozó y tiró la calle adelante por donde habia desaparecido la tapada.

El vencido quedó solo, inmóvil: un momento despues de haberse alejado su generoso vencedor, relumbraron luces en una calleja y adelantó un hombre á quien seguian otros cuatro.

Aquellos hombres eran alguaciles y traian linternas.

CAPITULO II.

Interioridades reales.

Doña Juana de Velasco, duquesa viuda de Gandia, era camarera mayor de la reina.

La viudez ú otras causas que no son de este lugar habian empalidecido su rostro y poblado, aunque ligeramente, de canas sus cabellos.

Pero, á pesar de esto, el rostro de doña Juana era bastante bello, dulcemente melancólico, y sobre todo, espresaba de una manera marcada la conciencia que la buena señora tenia de su nobleza, que segun los doctores del blason se remontaba nada menos que á los tiempos de la dominacion romana.

Satisfecha con su cuna, con la posicion que ocupaba en la córte, y con sus rentas, que la bastaban, y aun la sobraban para destinar parte de ellas á la caridad, doña Juana de Velasco ó sea la duquesa de Gandia, era feliz, salvos algunos importunos recuerdos de su juventud.

No se crea por esto que la camarera mayor de la reina gozaba de una manera pasiva de su buena posicion, ni que de tiempo en tiempo no la molestase algun grave disgusto.

Si la duquesa de Gandia no hubiese funcionado como una rueda, mas ó menos importante, en la máquina de intrigas oscuras que estaba continuamente trabajando alrededor de Felipe III, no hubiera sido camarera mayor de la reina.

La duquesa de Gandia era acérrima partidaria de don Francisco de Sandoval y Rojas duque de Lerma, marques de Denia y secretario de Estado y del despacho.

Tenia para ello muy buenas razones, porque solo apoyándose en buenos razones podia ser amiga del duque la virtuosa duquesa.

Dotada de cierta penetracion, de cierta perspicacia, comprendia la duquesa que Felipe III, si bien era rey por un derecho legítimo, que nadie podia disputarle, era un rey que no era rey mas que en el nombre.

Sabia perfectamente la duquesa, sin que la quedase la menor duda, que Felipe III era miope de inteligencia; que solo habia heredado de su abuelo Cárlos V. ciertos rasgos degradados de la fisonomía; que el cetro se convertia en sus manos en rosario; que era débil é irresoluto, accesible á cualquiera audacia, á cualquiera ambicion, que quisiera volverle en su provecho, y lo menos á propósito, en fin, para regir con gloria los dilatadísimos dominios que habia heredado de su padre.

La duquesa, para decirlo de una vez, estaba plenamente convencida de que el rey necesitaba andadores.

La duquesa estaba tambien completamente convencida, de que el duque de Lerma venia á ser los andadores de Felipe III.

El carácter tétrico del rey; su indolencia; su repugnancia, malencubierta, á la gestion de los negocios públicos; su falta de instruccion y de ingenio, hacian de él un rey vulgarísimo, en el cual ningun ministro podia apoyarse confiadamente, puesto que cualquiera intriga mal urdida, bastaba para dar al traste con el favorito, y para establecer esa sucesion ruinosa de gobernantes egoistas é interesados, que, desprovistos de todo pensamiento noble y fecundo, alentados solo por una ambicion repugnante, dan el miserable espectáculo de una lucha mezquina, que acaba por empequeñecer, por degradar á la nacion que sufre con paciencia esta vergonzosa guerra palaciega.

El duque de Lerma, que despues de una larga vida de cortesano, que le habia hecho práctico en la intriga, llegó á ser árbitro de los destinos de España como ministro universal al advenimiento al trono de Felipe III, se habia visto obligado, desde el principio de su privanza, á rodear al rey de hechuras suyas, á intervenir hasta en las interioridades domésticas de la familia real, y, lo que era mas fatigoso y difícil, á contrabalancear la influencia de Margarita de Austria que, menos nula que el rey, queria ser reina.

Esto era muy natural; pero por mas que lo fuese no convenia al duque de Lerma, que queria gobernar sin obstáculos de ningun género.

La duquesa de Gandia, pues, con muy buena intencion, y creyendo servir á Dios y al rey, era el centinela de vista puesto por el duque junto á la reina.

Servia la duquesa á Lerma tan de buena voluntad, con tan buena intencion, ya lo hemos dicho, como que creia que todo lo que faltaba á Felipe III para ser un mediano rey, sobraba á Lerma para ser un buen ministro.

Militaban además en el ánimo de la duquesa en pró del favorito, razones particulares de agradecimiento.

La duquesa era madre.

Lerma favorecia abiertamente á su hijo, el jóven duque de Gandia, confiriéndole encargos altamente honoríficos.

Por rico y por noble que sea un hombre, hay ciertos cargos que enaltecen su posicion, que aumentan su brillo.

La duquesa de Gandia estaba con justa causa agradecida al duque de Lerma.

Y como los bien nacidos no escusan nunca obligaciones á su agradecimiento, la duquesa servia á Lerma por conviccion y por deber.

Pero era el caso que Lerma tenia mas vanidad que perspicacia, y solia suceder que construyese sus mas soberbios edificios sobre arena.

Asi es, que con frecuencia se equivocaba en la eleccion de sus instrumentos, tomando lastimosamente la adulacion por afecto, y el servilismo por solicitud.

El duque de Lerma se habia creado sus enemigos en sus mismos instrumentos, y debia conservar el poder, hasta el momento en que, robustecidos por él sus adversarios, se encontrasen bastante fuertes para derrocarle.

Respecto á la duquesa de Gandia, la equivocacion de Lerma habia sido de distinto género: ella le servia de buena fé, pero la duquesa no servia para el objeto á que la habia destinado el duque.

Porque la reina era mas perspicaz, y sin ser un prodigio, porque en los tiempos de Felipe III, los prodigios personificados habian dejado completamente de manifestarse en España, sin ser un prodigio la reina, tenia un claro talento, y maravillosamente desarrollada esa cualidad que se llama astucia femenil.

Desde el principio comprendió Margarita de Austria, que su camare-

ra mayor era un instrumento de Lerma, y no le rompió porque preferia un enemigo de quien podia burlarse, á arrostrar el peligro de que, mas precavido el duque, ó mas atinado en una segunda eleccion, la pusiese al lado una influencia mas temible.

La reina, pues, procuró neutralizar el poder de Lerma respecto al insuficiente espía que la habia puesto al lado, colmando de favores y distinciones á la duquesa, y demostrándola un cariño de amiga, mas que de soberana.

La duquesa tragó el anzuelo, y no vió de la reina mas que lo que la reina quiso que viese.

Lerma no logró, pues, nunca, saber á lo que debia atenerse á ciencia cierta respecto á la reina.

La duquesa creia verlo todo, y alhagada de una parte por los favores del favorito, y de otro por el cariño traidor de la reina, vivia tranquila y feliz, salvos algunos disgustos inherentes á su posicion, inevitables.

Como mujer de estado, tenia satisfecha su vanidad, creyéndose uno de los primeros y mas importantes resortes del gobierno.

Como mujer particular, habia pasado de la edad de las pasiones, gozaba del respeto y de la consideracion de todo el mundo, y pasaba la parte de vida que la dejaban libre los delicados deberes de su alto cargo, rezando, leyendo vidas de santos, ó durmiendo.

De lo espuesto se deduce, que la duquesa de Gandia vivia soñando.

Y como la vida es sueño, vivia.

Para algo hemos presentado á nuestros lectores esta señora.

Ella va á servirnos de medio para empezar á conocer de una manera gráfica, por decirlo así, á uno de los mas importantes personages de nuestro drama.

Aquella misma noche en que acontecieron al sobrino de su tio las estraordinarias aventuras que dejamos relatadas en el capítulo anterior, y cabalmente en los momentos en que el jóven sostenia su estraño diálogo con la dama encubierta, doña Juana de Velasco estaba sentada en un ancho sillon forrado de terciopelo, al lado de una mesa, leyendo á la luz de los dobles mecheros de un enorme velon de plata, un no menos enorme libro á dos columnas, mal impreso y cuyo papel era fuertemente moreno.

Aquel libro tenia por título: Miedos y tentaciones de san Antonio Abad.

La habitacion en que la duquesa se encontraba, era una estensa cámara del alcázar, cuyas paredes estaban cubiertas de damasco rojo, y adornadas con enormes cuadros del Ticiano, de Rafael y de Pantoja de la Cruz.

El techo, oscuro, de pino, tallado profundamente, segun el gusto del renacimiento, estaba, á causa de su altura, casi perdido en la sombra, que no alcanzaba á disipar la insuficiente luz del velon; acontecia lo mismo respecto á las paredes, que veladas por una penumbra opaca, hacian aparecer de una manera estraña y descompuesta las figuras de los cuadros; y el fuego brillante de un brasero colocado á cierta distancia, en la sombra, contribuia á dar cierto aspecto fantástico y siniestro á aquella silenciosa cámara, en la cual no se veia de una manera determinada, mas que el plano de la mesa en que estaba el velon, parte de la pared, en que proyectaba una sombra fuerte la pantalla, y medio cuerpo de la duquesa, con su toca blanca y su vestido negro, leyendo en silencio y con una atencion gravísima.

No se oia ruido alguno, á escepcion del zumbar del viento, y el chasquido de una ventana que el viento cerraba de tiempo en tiempo, produciendo un golpe seco y desagradable.

La duquesa seguia engolfada en su lectura.

De repente se estremeció y palideció.

Habia llegado á un pasage en que el demonio estaba retratado tan de mano maestra, que la duquesa tuvo miedo, y cerró el libro santiguándose.

Un segundo estremecimiento mas profundo, mas persistente, se dejó notar en doña Juana, que exhaló un grito y se puso de pié aterrada.

No podia ser el libro lo que habia causado este nuevo terror.

En efecto, habia sido distinta la causa.

La duquesa habia visto abrirse una de las paredes de la cámara, y salir por la abertura una sombra negra.

Su sobresalto pues era muy natural.

Pero sobre los hombros de la figura negra, habia una cabeza blanca con sus correspondientes cabellos rubios.

Era, pues, un hombre lo que la duquesa habia tomado por una aparicion del otro mundo.

—¡Chits! ¡no griteis mi buena doña Juana! dijo aquel hombre poniéndose un dedo sobre los labios: ¿no veis que vengo solo y de una manera misteriosa?.

—En efecto, señor; y me habeis dado un buen susto, dijo la duquesa.

—¿Vos no sabiais que en las habitaciones de la reina habia puertas ocultas, eh? pues ni yo tampoco.

—Pero vuestra magestad... si saben...

—Os diré: nadie puede saber nada, porque he venido emparedado.

—Dejad, dejad que vuelva de mi susto, señor, ¿con qué es decir que si no hubiera sido vuestra magestad...?

—Eso digo yo: en nuestro alcázar tenemos entradas y salidas que no conocemos: de modo que si algun miserable como Ravaillac, conoce estos pasadizos, estamos espuestos á morir de la muerte del rey de Francia.

—En España no hay regicidas, señor: además vuestra magestad es un rey justo y bueno y no tiene enemigos.

—Dicen que Enrique IV era un buen rey.

—Pero hereje.....

—¡Ah! por la misericordia de Dios, somos buenos hijos de Roma. Sin embargo; ¡si supiérais doña Juana de que manera he sabido que se puede venir de mi cámara á la de la reina sin que nadie lo sepa!

—¿Pues como? ¿no conoce vuestra magestad quien se lo ha revelado?

—Cerrad las puertas, doña Juana, cerradlas, que no quiero que nadie nos vea, y venid á sentaros despues conmigo junto al brasero. Hace frio: si, si por cierto mucho frio, Tenemos que hablar largamente.

Mientras que la duquesa de Gandia cierra las puertas, toda admirada y toda cuidadosa, examinemos al rey, que se habia sentado junto al brasero y removia el fuego aspirando su calor con un placer marcado.

Felipe III solo tenia entonces treinta y tres años, pero su palidez enfermiza y la casi demacracion de su semblante, le hacian parecer de mas edad: su frente era estrecha, sus ojos azules no tenian brillo, ni el conjunto de sus facciones energía; el sello de la raza austrica, ennoblecido por el emperador don Cárlos, estaba como borrado, como enlanguidecido, como degradado en Felipe III; aquella fisonomía no espresaba ni inteligencia ni audacia, sino cuando mas la tenacidad de un ser débil y caprichoso; el labio inferior, grueso, saliente, signo característico de su familia, no espresaba ya en él el orgullo y la firmeza: habia quedado, si, pero un tanto colgante, espresando de una manera marcada la debilidad y la cobardía del alma: aquel labio en Cárlos V, habia representado la

magestad altiva y orgullosa en Felipe II, el despotismo soberbio; en Felipe III, nada de esto representaba: ni el dominador, ni el déspota: se habia vulgarizado, se habia degradado; no era un rasgo, sino un defecto.

Añádese á esto un cuerpo delgado y pequeño, caracterizado con el aspecto fatigoso de un cansancio habitual, y este cuerpo embutido dentro de un traje de terciopelo negro: añádanse un cordon de seda del que cuelga sobre el pecho el toison de oro, un pequeño puñal de córte, pendiente de un cinturon tachonado de pequeños clavos de plata, y al otro lado un largo rosario negro sujeto al mismo cinturon, y se tendrá una idea de Felipe III, tal cual se presentó á la duquesa de Gandia.

—¿Habeis cerrado ya doña Juana? dijo el rey, despues que hubo removido á su placer el brasero y colocádose en la posicion mas cómoda que pudo.

—Si señor.

—¿Es decir, que no puede escucharnos nadie?

—Nadie señor.

—Sentaos.

Sentóse la duquesa, pero en una actitud respetuosa y á corta distancia del rey.

—Acercaos, acercaos, doña Juana: hace frio... y sobre todo tenemos que hablar largamente y á corta distancia, á fin de que podamos hablar muy bajo: vengo á buscaros como un amigo; como un amigo que se confiesa necesitado de vos: no como rey.

—Vuestra magestad puede mandarme siempre.

—No tanto, no tanto, doña Juana: ya se yo que servís con el alma y la vida...

—A vuestra magestad.

—Ciertamente: sirviendo á Lerma, me servís, porque el duque es mi mas leal vasallo.

—Lo podeis afirmar señor... el duque de Lerma...

—El duque de Lerma me sirve bien: pero aquí, entre los dos, doña Juana: me tiraniza un tanto; á pretesto de que la reina es enemiga suya, me tiene casi divorciado; y la reina... esta ofendida conmigo... ya lo sabeis.

La duquesa se encontraba en áscuas: lo que la sucedia era un verdadero compromiso, porque, al fin, el rey era el rey.

—La rígida etiqueta de la casa de Austria, con arreglo á la cual raras

veces se encontraba el rey libre de una numerosa servidumbre, habia impedido hasta entonces que Felipe III la abordase con libertad, en su cualidad de cancervera de la reina: pero aquella desconocida comunicacion secreta, la habia entregado sin armas y, lo que era peor, desprevenida, á una entrevista particular con el rey.

La duquesa se calló, no encontrando por el pronto otra contestacion mejor que el silencio.

Alentado con este silencio el rey añadió:

—Vos misma conoceis la razon conque me quejo. Lerma es demasiado receloso, demasiado, y no se que motivo pueda tener para desconfiar de la reina, para impedirme mi libre trato con ella.

—Nunca, que yo sepa, se ha cerrado á vuestra magestad la puerta de la cámara de su magestad, ni yo, como camarera mayor, lo hubiera permitido.

—Si, pero yo creo que las paredes de la cámara de la reina oyen.

—Podrá suceder, respondió la duquesa con intencion, si las paredes de la cámara de su magestad, tienen pasadizos como ese.

Y la duquesa señaló la puerta secreta que habia quedado abierta.

—Sea como fuere, dijo el rey, cuando Lerma sabe que yo voy á ver á la reina, sabe todo lo que la reina y yo hablamos.

—Protesto á vuestra magestad que ninguna parte tengo...

—No, no digo yo eso, ni lo pienso, doña Juana: pero cuando la espulsion de los moriscos... la reina creia que el edicto era demasiado rigoroso... pretendia que los reinos de Granada y Valencia iban á quedar despoblados... me indicó otros medios... estábamos solos la reina y yo... al dia siguiente en el despacho, estuvo Lerma taciturno y serio y me hizo comprender con buenas palabras que lo sabia todo... es mas: estremó los rigores, sin duda saludables, de la ejecucion del edicto y yo tuve despues con la reina un serio disgusto: ahora con la espedicion de Inglaterra la reina pretende que es aventurada, ruinosa, ineficaz... Lerma ha enviado allá á don Juan de Aguilar y la reina se ha negado á recibirme de todo punto.

Detúvose el rey esperando una respuesta, pero la duquesa no contestó.

—¿Pero no se os ocurre nada que decirme, doña Juana? dijo el rey en el cual se iba haciendo cada vez mas visible la impaciencia, estais como asustada...

—En efecto señor, vuestra magestad acaba de decirlo: estoy asus-

tada y suplico á vuestra magestad que... señor... perdonadme pero no se me ocurre nada...

—Pues ello es necesario que se os ocurra, señora mia, insistió el rey con un tanto de aspereza... preciso... yo no contaba con encontrar á nadie, porque el papel que me han dejado decia...

—¡Ah! ¡el papel que han dejado á vuestra magestad...!

—¡Qué! ¿no os he contado...?

—Vuestra magestad me ha dicho...

—Que no sabia nada acerca de estos pasadizos, y eso es muy cierto. Pero... os exijo el mas profundo secreto, esclamó interrumpiéndose y con una gravedad, verdaderamente regia, el rey.

—¡Señor! ¡señor! ¡mi lealtad!

—¡Si! ¡si! ya se que la lealtad á sus reyes, es una virtud muy antigua en la noble familia de los Velascos. Y hace frio...

La duquesa removió de nuevo el brasero.

—Del mismo modo os exijo secreto, un secreto absoluto, acerca de lo que está sucediendo.

—¿Pero que está sucediendo, señor?

—Sucede que yo estoy hablando mano á mano y á solas con vos.

—Lo que me honra mucho.

—Pues bien, que nadie sepa, doña Juana, que habeis sido honrada de este modo... vos no me habeis visto.

—Crea vuestra magestad, señor...

—Si, si, creo que despues de lo que os he dicho, sereis discreta. Pero estamos pasando lastimosamente el tiempo.

Y el rey fijó una mirada vaga en la puerta que correspondia á la recámara de la reina.

Aquella mirada hizo sudar á la duquesa.

—Sabed, dijo el rey, acercándose mas á doña Juana, y en voz sumamente baja, que mi confesor ha estado encerrado gran parte de la tarde conmigo.

Detúvose el rey, y la duquesa solo contestó abriendo mucho los ojos, porque no sabia á donde iba el rey á parar.

—Fray Luis de Aliaga, me habló de muchas cosas graves que no vienen á cuento... pero tened presente que mi buen confesor estaba solo conmigo.

Interrumpióse el rey, y la duquesa por toda contestacion, volvió á abrir desmesuradamente los ojos.

—Estaba solo conmigo y encerrado, continuó el rey... ¿entendeis bien, duquesa? solo conmigo y encerrado...

—Si, si señor, entiendo á vuestra magestad.

—Pues bien, dijo el rey, soslayándose en el sillon y buscando en uno de los bolsillos de sus calzas: cuando el padre Aliaga salió, me encontré sobre mi mesa esta carta cerrada, puesta á la vista y que, como veis, dice en su sobrescrito: «A su magestad el rey de España.»

La duquesa miró el sobrescrito y continuó callando.

—Escuchad ahora lo que contiene esta carta, que por cierto, no es muy larga, pero que, á pesar de su brevedad, es grave, gravisima; si; ciertamente: muy grave.

Fijó el rey su mirada en la duquesa, que persistió en su silencio.

—Acercad la luz, doña Juana, dijo el rey.

Levantóse la duquesa, tomó el velon y continuó de pié junto á Felipe III, alumbrándole.

—Oid pues: oid, y ved á cuanto os obliga mi confianza.

—Vuestra magestad no puede obligar mas, á quien está tan obligada, señor.

—No importa, oid.

Y el rey se puso á leer.

«Sacra católica magestad: los traidores que os rodean...

Dejó el rey de leer, levantó los ojos y miró á la duquesa que estaba verdaderamente asustada.

—¡Los traidores que me rodean! dijo el rey: ¿que decís á esto?

—Digo, señor, que no lo entiendo, contestó la duquesa.

—Ni yo tampoco, repuso el rey: yo creo que estoy rodeado de vasallos leales.

—Alguna miserable intriga...

—Oid: «los traidores que os rodean, os tienen separado de su magestad la reina....»

Interrumpióse de nuevo el rey.

—En esto de tenerme separado de la reina, tienen mucha razon, y no teneis en ello poca parte, doña Juana.

—¡Jesús, señor! esclamó la duquesa, que á cada momento estaba mas inquieta.

—Como que sois muy grande amiga de Lerma.

—Yo... señor... contestó con precipitacion la camarera mayor, cuando se trata del servicio de mis reyes...

—Seguid oyendo... «os tienen separado de la reina: es necesario que este estado de cosas concluya...»

Dejó el rey de leer.

—Y yo tambien lo creo asi; dijo, en cuanto á lo de no ver libremente á mi esposa... en esta parte piensa como yo el autor incógnito: pero prosigamos.

Y el rey inclinó de nuevo la vista sobre la carta.

—«...es necesario que este estado concluya, pero, ni lo conseguirá vuestra magestad de Lerma, ni tendrá bastante valor... ¡para hacerse respetar!»

—Eso es una insolencia, señor, dijo la duquesa: quien escribe esto á su rey no puede ser mas que un traidor.

—Eso dije yo... pero mas abajo hay algo en que este traidor, me sirve mejor que me sirven mis mas leales vasallos, inclusa vos, doña Juana.

—¡Señor! esclamó toda turbada la duquesa.

—Vais á juzgar, dijo el rey, continuando la lectura... «pero lo que no conseguiríais del duque de Lerma, ni de *la camarera mayor*...

—¡Oh! ¡Dios mio! esclamó la duquesa: perdóneme vuestra magestad si le interrumpo, pero... me parece que el que ha escrito esta carta, me cuenta entre el número de los traidores.

—¿Quién dice eso? y aunque lo dijesen; ¿creeis que yo me dejaria llevar de carteles misteriosos? si he dado importancia á este, es porque dice algunas verdades, y, sobre todo, porque ha producido un hecho.

—¡Un hecho!

—Ciertamente: que yo conozca estos pasadizos. Pero continuemos que se pasa el tiempo y esta cámara es tan fria...

Inclinóse un tanto la duquesa, y, sin dejar de alumbrar al rey, removió de nuevo el brasero.

El rey leyó.

—«... pero lo que no conseguiríais del duque de Lerma, ni de la camarera mayor, esto es: hablar con su magestad la reina, en su misma cámara, sin temor de ser escuchado por nadie, va á procurároslo quien, no sirviéndoos por interés alguno, sino por su lealtad, os oculta su nombre. Buscad debajo de las almohadas de vuestro lecho: encontrareis un llavin de punta cuadrada: id luego al armario donde teneis vuestros libros de devocion, y junto á la pared, por la parte que mira á vuestro lecho encontrareis un agujero cuadrado tambien; meted en él el llavin,

dad vuelta, y el armario se abrirá, dejándoos franco un pasadizo: seguidle en línea recta: á su fin encontrareis una puerta que abrireis con el mismo llavin, y os encontrareis en las habitaciones de... de vuestra esposa.»

—El rey dobló la carta lentamente, se soslayó de nuevo, y la guardó en su bolsillo.

—¿Qué decis á esto, doña Juana? la preguntó el rey.

La duquesa se habia quedado con el velon en posicion de alumbrar al rey y hecha una estátua.

—Dejad dejad el velon, y venid á sentaros frente á mí. Dios me perdone, pero juraría que estábais temblando.

—¡Ah! ¡señor! dijo la duquesa que habia dejado el velon, volviendo y juntando las manos; ¡cuando pienso que un traidor puede llegar hasta aquí, impunemente!

—Hasta ahora solo ha entrado el rey: pero sentaos, sentaos y escuchadme bien: esceptuando lo mal que os trata á Lerma y á vos, yo no sabria con que pagar á quien me ha procurado los medios de llegar hasta aquí... de poder entenderme buenamente con vos: yo hubiera preferido que esa puerta hubiese dado inmediatamente al dormitorio de la reina.

—¡Cómo señor! ¿pesa á vuestra magestad haberme encontrado?

—No me pesaria sino fuéseis tan amiga de Lerma, ó si Lerma no creyera que la reina le quiere mal, aunque en ese caso, para nada necesitaba yo de pasadizos.

—Pero, señor, para mí, vuestra magestad, despues de Dios, es lo primero.

—Si, si, lo creo... pero... estoy seguro de que... me opondreis dificultades.

—¡Dificultades...! ¡á qué!

—Mirad, doña Juana... yo amo á la reina.

—Digna de ser amada y respetada es su magestad, por hermosa y por discreta.

—La amo mas de lo que podeis creer: y vos y Lerma me separais de ella.

—¡Yo señor...!

—Siempre que he pretendido atraeros á mi bando, á mi pacífico bando, os habeis disculpado con las obligaciones de vuestro cargo, con que necesitabais llenar las fórmulas, conque la etiqueta no permite al rey ver á su consorte, como otro cualquier hombre... y yo quiero verla con

la libertad que cualquiera de mis vasallos ve á su mujer... ¿lo entendeis?

—Si, si señor, pero...

—Os prometo que nadie lo sabrá: que ese pasadizo permanecerá desconocido para todo el mundo; que aunque la reina quiera hablarme de asuntos de Estado...

—¿Vuestra magestad me manda, señor, que le anuncie á su magestad la reina? dijo la duquesa levantándose.

—No, no es eso... no me habeis entendido, doña Juana: yo no os mando, os suplico...

—¡Señor! dijo la duquesa inclinándose profundamente.

—Si, si, os suplico: quiero que reservada, que secretamente, me procureis la felicidad que tiene el último de mis vasallos: la de poder amar sin obstáculo á su familia: mirad: hablaremos muy bajo la reina y yo... no os comprometeremos...

—Vuestra magestad no puede comprometer á nadie, porque vuestra magestad en sus reinos es el único señor, el único árbitrio á quien todos sus vasallos tienen obligacion de obedecer y de respetar.

—Pero si no se trata de obediencias ni de respeto, ni de que tomeis ese tono tan grave: lo veo: estais entregada en cuerpo y alma á Lerma: le temeis, le temeis, mas que á mí: ¿será cierto lo que dicen acerca de que don Francisco de Sandoval y Rojas marqués de Denia, duque de Lerma, por nuestra gracia, es mas rey que el rey en los reinos de España?

Estremecióse doña Juana, porque Felipe III se habia levantado de su indolencia y de su nulidad habituales, en uno de los rasgos en que, como en lucidos intérvalos, dejaba adivinar la rasa de donde provenia.

Tanto se turbó la duquesa, de tal modo tartamudeó, que Felipe III se vió obligado á apearse de su pasagera magestad.

—Os suplico bella duquesa, la dijo asiéndola una mano y besándosela, como hubiera podido hacerlo un caballero particular, que seais mi amiga.

—¿Vuestra magestad desea ver á la reina? dijo toda azorada doña Juana.

—Deseo mas.

—¿Y qué mas desea vuestra magestad?

—Deseo... que... que esto se quede entre nosotros.

—Yo jamás faltaré á lo que debo á mi lealtad, señor.

—Bien, bien: pues, ya que soy tan feliz que logro reduciros, id y decid á mi esposa... á la reina... que yo...

—Voy á anunciar á su magestad, la venida de vuestra magestad.

El rey se quedó removiendo el brasero y murmurando:

—Creo, Dios me perdone, que la duquesa me teme: bien haya el que me ha mostrado el camino: ¿pero quién será? ¿el padre Aliaga? ¡bah! el padre Aliaga no se anda conmigo con misterios... ¿quién será? ¿quién será?

Abrióse la puerta por donde habia entrado poco antes la duquesa, y el rey se calló.

Adelantó doña Juana, pero pálida y convulsa.

—¿Qué teneis, duquesa? dijo el rey que no pudo menos de notar la turbacion de la camarera mayor.

—Tengo... señor... que vuestra magestad va á creer que no quiero obedecerle.

—¡Cómo!

—Me es imposible anunciar á vuestra magestad.

—¡Imposible!

—Si, si señor, imposible de todo punto.

—Pero y ¿por qué...?

—Porque... porque su magestad no está sola.

—¿Que no está sola la reina? ¡otra desgracia...! ¿pero quién está con la reina?

—Está... esa doña Clara Soldevilla; esa menina á quien tanto quiere, á quien tanto favorece, de la cual apenas se separa la reina mi señora... esa mujer á quien no ha sido posible arrancar del lado de su magestad.

—¡Doña Clara Soldevilla! dijo el rey palideciendo mas de lo que estaba: ¿será necesario...?

—Si, si señor: será necesario espulsarla á todo trance de palacio... es... perdone vuestra magestad... una intrigante... una enemiga á muerte del duque de Lerma, de ese grande hombre, del mejor vasallo de vuestra magestad.

—Pero en resúmen... ¿el estar la reina con esa mujer impide...? ¿no es este un efugio vuestro, doña Juana?

—Juro á vuestra magestad por mi honor y por el honor de mis hijos, que me es imposible, imposible de todo punto anunciar á vuestra magestad... á no ser que vuestra magestad quiera que lo sepa doña Clara...

—¡Ciertamente que soy muy desgraciado...!

—Juro á vuestra magestad, que en el momento en que la reina mi señora quede sola... yo misma por ese pasadizo, iré á avisar á vuestra magestad.

—¡Cuando haya vuelto Lerma...! ¡cuando..! no, no, doña Juana, yo volveré: yo volveré... esta noche á la media noche... esperadme... y yo, yo, Felipe de Austria, no el rey, os lo agradeceré.

Y Felipe III como quien escapa, se dirigió á la puerta secreta, desapareció por ella, y cerró.

La duquesa viuda de Gandia, volvió á quedarse sola.

Durante algunos segundos permaneció de pié inmóvil, anonadada, trémula.

—¡Pero Dios mio! ¿qué es esto? esclamó con la voz temblorosa: ¿dónde está la reina? ¿dónde está su magestad?

Y saliendo de su inaccion, se precipitó de nuevo en la recámara de la reina.

Ni en esta, ni en el dormitorio, ni en el oratorio, habia nadie.

La reina, á juzgar por las apariencias, no estaba en el alcázar: al menos no estaba en las únicas habitaciones donde podia estar, porque suponer que la reina hubiese salido por las puertas de servicio, era un absurdo: ¿pero no podia haber salido la reina por algun pasadizo semejante á aquel por donde habia aparecido el rey?

—La reina estaba sola; me despidió á pretesto de sus devociones y se encerró en el oratorio; dijo la duquesa: nadie ha entrado, y la reina... su magestad.... no parece ¡oh! ¿qué es esto Dios mio?

Encontrábase entonces la camarera mayor en el dormitorio de la reina, buscando con una bujía que habia tomado del oratorio, por todas partes: su vista estaba maquinalmente fija en el voluminoso lecho, y una idea siniestra, una tradicion oscura, que reposaba como otras tantas en el seno del alcázar, vino á herir su imaginacion.

—Aquí, en esta misma cámara, murmuró con miedo, murió la reina doña Isabel de Valois.

La duquesa se detuvo.

—Dicen, continuó, que la envenenó por celos de su hijo, el rey Felipe II.

La camarera mayor, que hemos dicho era supersticiosa, empezó á encontrarse mal, á tener miedo en el dormitorio.

—¿Servirian estos pasadizos, dijo, para que el rey observase á su esposa?

Detúvose de nuevo la duquesa.

—Dicen que de tiempo en tiempo suceden en esta cámara cosas estraordinarias... que el alma de la reina doña Isabel....

En aquel momento la puerta que conducia al oratorio de la reina, dió un violento portazo. Sobresaltada, sobrecogida la duquesa, dejó caer la palmatoria que tenia en la mano y se quedó á oscuras.

Entonces sintió junto á sí los pasos de alguien que andaba por el dormitorio; sintió que aquellos pasos se acercaban á ella; sobrecogióla un pavor mortal; ni tuvo voz para gritar, ni para moverse, pero á pesar de aquel terror, oyó clara y distintamente una voz alterada, de entonacion fingida, que dijo muy cerca de ella:

—Si quereis que nadie sepa vuestros secretos, noble duquesa, guardad vos un profundo secreto acerca de lo que habeis visto y oido esta noche.

La voz calló, los pasos se alejaron, rechinó una puerta, y luego todo volvió al silencio anterior.

Instantáneamente la duquesa se lanzó fuera del dormitorio y de la recámara de la reina, entró en la cámara donde poco antes habia estado hablando con el rey y corrió á una campanilla y la agitó con violencia.

Entró una de las doncellas de la servidumbre.

—No, vos no, dijo alentando apenas la duquesa; decid á la señora condesa de Lemos que entre.

Poco despues entró una jóven como de veinte y cuatro años, hermosa, viva, morena, ricamente vestida, y sobre manera esbelta y gentil.

A la primera mirada comprendió que sucedia algo terrible á la duquesa.

—¿Qué es esto, señora? la dijo, estais pálida, mortal, temblais... ¿qué os ha sucedido...?

—Una pesadilla... amiga mia: me habia dormido al amor del brasero y... hacedme la merced de mandar que me traigan agua y vinagre... pero no os vayais... no... será una manía, añadió sonriendo penosamente; pero no quiero estar sola.

La jóven condesa de Lemos fué á pedir el agua, murmurando para sí mientras llegaba á la puerta de la cámara:

—¡Una pesadilla que la ha puesto azul de miedo! ¡quién será el duende de esta pesadilla!

Al poco tiempo y despues de haber bebido un enorme vaso de agua con vinagre, despues de haber logrado con grandes esfuerzos obtener una serenidad aparente, la duquesa, dijo á la jóven dama de honor:

—¡Ya se ve! ¡es tan tétrica esta cámara! luego, esas ventanas que golpean... el ruido de la lluvia... y además... antes de dormirme leia los miedos y tentaciones de San Antonio Abad.

—¡De tentaciones os ocupábais! dijo la de Lemos: pues mirad señora, la noche está de tentaciones.

—¿Vos tambien leiais?

—No señora, pensaba.

—¿Y pensando teniais... tentaciones...?

—Y muy fuertes, señora.

—¿Pero de qué?.. ¿qué diablo os tentaba?

—El diablo de la venganza.

—¡Oiga! esclamó la duquesa afectando una risa ligera; como para demostrar que habia pasado enteramente su terror: ¿con qué quereis vengaros?

—Me han ofendido.

—¿Quién?

—Mucha gente...

—Pero esplicaos si es que... podemos saber el motivo de vuestra venganza.

—¡Ay Dios mio! si señora.

—Y ¿quién os ha ofendido?

—Primero el conde de Lemos.

—¡Vuestro esposo!

—Mi esposo... y me ha ofendido gravemente.

—¿Pero y en qué?

—En dar motivo para que le destierren de la córte: ¡y qué motivo! un motivo por el cual se ha puesto á nivel de ese rufian, de ese mal nacido, de ese Gil Blas de Santillana.

—¡Ah, ah!

—Descender hasta...

—Pero eso debe ser una calumnia.

—No señora: el conde de Lemos ha cedido á una tentacion, y cediendo á ella me ha ofendido á mí... como que hay quien dice...

—¡Calumnias!

—Hay quien dice que hubiera sido capaz de llevarme de la mano y de noche, á oscuras, al cuarto del príncipe don Felipe, solo por heredar á mi padre en el favor del rey, como ha sido capaz de llevar al príncipe don Felipe á los brazos de una aventurera.

El padre de la condesa de Lemos era el duque de Lerma.

—¿Pero quién se atreve á decir eso?

—Quien se atreve á todo; quien arrastrándose delante de todo el que puede darle algo, practica los mas bajos oficios; quien no se detiene ni ante lo mas alto, ni ante lo mas grande: quien se atreve hasta á su magestad la reina, no contándome á mi que soy su dama de honor, y simplemente condesa de Lemos. En una palabra: don Rodrigo Calderon, á quien tan torpemente concede mi padre toda su confianza.

—¿Pero estais loca, doña Catalina? estais loca, ¿que cólera y qué malas tentaciones son esas?

—Acabo de recibir esta carta.

La jóven sacó de su seno un pequeño billete. La duquesa se estremeció involuntariamente porque recordó la carta del rey.

—Leed, leed, doña Juana: porque yo no me atrevo á leer esa carta dos veces.

La duquesa tomó la carta, se acercó á la luz, buscó sus antiparras, se las caló y leyó lo siguiente:

«Ayer fuí á vuestra casa y estábais enferma; yo se que gozais de muy buena salud: ayer tarde pasé por debajo de vuestros miradores, y al verme os metísteis dentro con un ademan de desprecio; anoche hicísteis arrojar agua sucia sobre los que tañian los instrumentos de la música que os daba; esta mañana no contestásteis á mi saludo en la portería de damas y me volvísteis la espalda delante de todo el mundo; todo porque no he podido ser indiferente á vuestra hermosura y os amo infinitamente mas que un esposo que os ha ofendido, degradándose. Me habeis declarado la guerra y yo la acepto. Empiezo á bloquearos procurando que el conde de Lemos no vuelva en mucho tiempo á la córte. Tras esto irán otras cosas. Vos lo quereis. Sea. Por lo demás, contad siempre, señora, con el amor de quien únicamente ha sabido apreciaros.»

La duquesa despues de leer esta carta, se quedó muda de sorpresa.

—Esta carta, dijo al fin, merece...

—Merece una estocada, dijo la jóven.

No por cierto: esta carta merece una paliza.

—¿Pero de quién me valgo? ¿á quién confio yo...?

—Mostrad esa carta á vuestro padre.

—Mi padre necesita á ese infame: además esta no es la letra de don Rodrigo; se disculpará, dirá que se le calumnia.

—¡Esperad!

—¿Qué espere?... ¡bah! no señor, yo he de vengarme pronto, y he ahí mis tentaciones.

—Pero ¿qué tentaciones han sido esas?

—Primero, irme en derechura al cuarto de su magestad.

—¡Cómo!

—Decirle sin rodeos que estoy enamorada del príncipe.

—¡Doña Catalina!

—Que valgo infinitamente mas que otra cualquiera para querida de su alteza.

—¿Y seriais capaz...?

—¿De vengarme...? ya lo creo.

—¿De vengaros deshonrándoos?

—Un esposo como el mio, que se confunde con la plebe, merece que se le iguale con la generalidad de los maridos.

—Vos meditareis.

—Ya lo creo... y porque medito me vengaré del rey, que no ha sabido tener personas dignas al lado de su hijo, mortificándole: del príncipe enamorándole y burlándole...

—¡Ah! burlándole... es decir...

—¡Pues qué! ¿habia yo de sacrificarme hasta el punto de deshonrarme ante mis propios ojos...? no... que el mundo me crea deshonrada me importa poco: ya lo estoy bastante solo con estar casada con el conde de Lemos: un marido que de tal modo calumnia, solo merece el desprecio.

—¡Cómo se conoce doña Catalina, que solo teneis veinte y cuatro años y que no habeis sufrido contrariedades!

—¡Ay sí! dijo suspirando la condesa.

—¿Pero supongo que no cedereis á la tentacion?

—Necesario es que yo me acuerde de lo que soy y de donde vengo para no echarlo todo á rodar: ¡escribirme á mí esta carta!

Y la condesa estrujó entre sus pequeñas manos, la carta que la habia devuelto la camarera mayor.

—¡Y si este hombre estuviese enamorado de mí, sería disculpable! pero lo hace por venganza.

—¡Por venganza!

—Contra mi marido, porque al procurar un entretenimiento al príncipe no ha tenido á mano otra cosa que la querida de don Rodrigo Calderon.

—Tal vez os ame... y aunque esto no disculpa...

—Don Rodrigo no me ama... porque...

—¿Por qué?

—Porque no se ama mas que á una mujer, y don Rodrigo está enamorado de...

—¿De quién? esclamó la duquesa cuya curiosidad estaba sobrescitada.

La de Lemos se acercó á la camarera mayor hasta casi tocar con los labios sus oidos, y la dijo en voz muy baja:

—Don Rodrigo está enamorado de su magestad.

—¡Esplicaos, esplicaos bien, doña Catalina!

—Ya se, ya se que un ambicioso puede estar enamorado de un rey mirando en su favor el logro de su ambicion: pero no he querido jugar del vocablo: no: don Rodrigo está enamorado de su magestad... la reina.

—¡Ved lo que decís...! ¡ved lo que decís doña Catalina! esclamó la camarera mayor anonadada por aquella imprudente revelacion, y creyendo encontrar en aquella revelacion una causa hipotética de la desaparicion de la reina de sus habitaciones.

—A nadie lo diria mas que á vos, señora, dijo con una profunda seriedad la jóven, ni os lo diria á vos, si hasta cierto punto no tuviese pruebas.

—¡Pruebas!

—Oid: hace dos años, cuando estuvimos en Balsain, solia yo bajar de noche, sola, á los jardines.

—¡Sola!

—En el palacio hacia demasiado calor. Acontecia además, para obligarme á bajar al jardin, que en las tapias habia una reja.

—¡Ah!

—Una reja bastante alta, para que pueda confesar sin temor, que por aquella reja hablaba con un caballero, mas discreto por cierto, mas agudo, y mas valiente y honrado que el conde de Lemos.

—Sin embargo, creo que hace dos años ya estabais casada.

—¿Y que importa? yo no amaba á aquel caballero, ni aquel caballero me amaba á mí.

—Os creo pero no comprendo...

—Pero comprendereis que cuando os confieso esto, os lo confesaria todo.

—¿Pero como podiais bajar á los jardines?

—Por un pasadizo que empezaba en la recámara de la reina, y terminaba en una escalera que iba á dar en los jardines.

—¡Ah! ¡tambien hay pasadizos en el palacio de Balsain!

—Un pasadizo de servicio que todo el mundo conoce.

—¡Ah! ¡si! ¡es verdad!

—Pues bien: la noche que me tocaba de guardia en la recámara de la reina, cuando su magestad se habia acostado, abria silenciosamente la puerta de aquel pasadizo y me iba... á la reja.

—Haciais mal, muy mal.

—No se trata de si hacia mal ó bien, sino de que sepais de que modo he podido tener pruebas... de los amores ó al menos de la intimidad de don Rodrigo Calderon con la reina.

—¡Amores ó intimidad...! murmuró la duquesa: ¡Dios mio! ¿pero estais segura?

—¿Qué si lo estoy? una noche, cuando yo me volvia de hablar con mi amigo secreto, al pasar por detras de unos árboles oí dos voces que hablaban: la de un hombre y la de una mujer.

—Y eran...

—Cuando arrastrada por mi curiosidad me acerqué cuanto pude de puntillas conocí... que la mujer era la reina: que el hombre era don Rodrigo Calderon.

—¡Y hablaban de amores!

—Al principio... es decir, cuando yo llegué, no: conspiraban.

—¡Qué conspiraban!

—Contra mi padre.

—¡Ah! esclamó la duquesa.

—Recuerdo que su magestad estaba vestida de blanco, y que don Rodrigo tenia un bello jubon de brocado: el trage de la reina me estrañó porque recordé que cuando entrámos á desnudarla, tenia un vestido negro.

—Pero... ¿como... á propósito de qué conspiraban... la reina y don Rodrigo contra el duque de Lerma?

—La reina se quejaba de que mi padre dominaba al rey; que no se hacia mas que lo que mi padre queria; que las rentas reales se iban empeñando mas de dia en dia; que la reina estaba humillada; que nuestras armas sufrian continuos reveses; que, en fin, era necesario hacer caer á mi padre de la privanza del rey, para lo cual debian unir sus esfuerzos la reina y don Rodrigo.

—¡Ah! ¡ah! pero el amor... ¿hablaron de amor...?

—Don Rodrigo pidió una recompensa por sus sacrificios, á la reina.

—Y la reina...

—La reina le dijo: ¡esperad!

—¡Pero una esperanza...!

—Mi buena amiga: cuando una mujer pronuncia la palabra ¡esperad! como la pronunció la reina, es lo mismo que si dijese: hoy no: mañana.

—Sin embargo, la reina por ódio al duque de Lerma, ha podido bajar hasta decir á un hombre que pudiese servirla contra el duque: ¡esperad! ¡pero bajar mas abajo!

—La reina tiene corazon.

—Es casada.

—Está ofendida.

—El rey la ama.

—El rey ama á cualquiera, antes que á su mujer.

—Tengo pruebas del amor del rey hácia la reina: pruebas recientes.

—Lo que inspira la reina al rey no es amor, sino temor, y procura engañarla sin conseguirlo. El rey quiere á todo trance que le dejen rezar y cazar en paz, y la lucha entre la reina y mi padre le desespera.

Quedóse profundamente pensativa la duquesa.

—Os repito, dijo recayendo de nuevo en su porfía, que no tengo la mas pequeña duda de que la reina inspira á su magestad un profundo amor.

—Ya os he dicho y os le repito: no se ama á un tiempo á dos personas.

—¿Y el rey...?

—El rey ama á una mujer que... preciso es confesarlo, por hermosa, por discreta, por honrada, merece el amor de un emperador. ¡Pero vos estais ciega doña Juana! ¿no habeis comprendido que el rey está enamorado hasta la locura de doña Clara Soldevilla, verdadero sol de la villa y córte, y que vale tanto mas, cuanto mas desdeña los amores del rey?

—¡Pero si doña Clara es la favorita de la reina! ¿Quereis que la reina esté ciega tambien?

—La reina sabe que si el rey ama á doña Clara, doña Clara jamás concederá ni una sombra de favor al rey, y la reina con el desvío de doña Clara á su magestad, se venga del desamor conque siempre su magestad la ha mirado.

—Vamos: no, no puede ser; vos os equivocais... teneis la imaginacion demasiado viva, doña Catalina.

—Quien tiene la culpa de todo esto, es mi padre.

A esta brusca salida de asunto ó, como diria un músico, de tono, la duquesa no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—¡Qué decis! esclamó.

—Mi padre, con la mania de rodearse de gentes que le ayuden, se fia demasiado de las apariencias y comete.... perdonadme, doña Juana, porque yo se que sois muy amiga y muy antigua amiga de mi padre pero su escelencia comete torpezas imperdonables.

—¡Dudais tambien de la penetracion, de la sabiduría y de la esperiencia de vuestro padre! yo creo que si seguimos hablando mucho tiempo acabareis por confesar que dudais de Dios.

—Creo en Dios, y en mi padre.

—Se conoce, dijo la duquesa no pudiendo ya disimular su impaciencia, que os galanteaba con una audacia infinita antes de que os casárais, don Francisco de Quevedo.

Coloráronse fugitivamente las megillas de la jóven.

—¿Y en qué se conoce eso?

—En que os habeis hecho... muy sentenciosa.

—Achaques son del tiempo: hoy todo el mundo sentencia: hasta el bufon del rey: ¡y que sentencias dice á veces el bueno del tio Manolillo! el otro dia decia muy gravemente hablando con el cocinero mayor del rey: «Hoy en España se come lo que no se debe guisar» y como el buen Montiño no le entendiese, replicó sin detenerse un punto: por ejemplo: allá va un maestresala que lleva respetuosamente sobre las palmas de las manos un platillo de cuernos de venado para la mesa de su magestad (1).»

A esta salida de la condesa, la camarera mayor no pudo contener un marcado movimiento de disgusto; reprimióse sin embargo y díjo procurando dar á su voz un acento conveniente:

(1) El autor se ve obligado para que sus lectores comprendan que los cuernos de venado pueden comerse, á transcribir la siguente manera conque dice se tienen de condimentar, Francisco Martinez Montiño, en la décima sesta impresion de su arte de cocina, á la pág. 163: dice así: *Platillo de las puntas de los cuernos de venado.* Los cuernos del venado ó gamo, cuando están cubiertos de pelo, tienen las puntas muy tiernas. Estas se han de cortar de manera, que quede hácia la punta todo lo tierno, y pelarlos en agua caliente, y quedarán muy blancos, y hánse de aderezar como la tripa del venado, salvo que no se han de tostar, sino cocerlos con un poco

—Vamos: se conoce que la insolencia de don Rodrigo os ha llegado al alma, porque estais terrible, amiga mia: nada perdonais, ni aun á vuestro padre, y voy convenciéndome de que por vengaros de ese hombre, sereis capaz de todo.

—¿Pues no? ¿os parece que una dama puede sufrir sin desesperarse insultos tan groseros?

—Confieso que teneis razon y que en vuestro lugar...

—¿Vos en mi lugar que hariais?

—Pediria consejo.

—Pues cabalmente yo no he hecho mas que pediroslo.

—¡Ah! yo creia que solo me habiais dado á conocer vuestras tentaciones.

—Pues de ese modo os he pedido que me aconsejeis.

Meditó de nuevo profundamente la duquesa.

—Pues bien, dijo despues de algunos segundos: voy á hacer mas que aconsejaros, voy á vengaros.

—¿A vengarme, señora?

—Voy á hacer que por lo menos destierren de la córte á don Rodrigo Calderon, y que levanten su destierro al conde de Lemos.

—Procurad lo primero, y aun mas si podeis, dijo con vivacidad la condesa; pero en cuanto al conde de Lemos, dejadle por allá: me encuentro muy bien sin él.

—Sea como querais: y á propósito de ello, voy á escribir ahora mismo á vuestro padre.

—¡Ah, señora! no sabré negaros nada si me desagraviais.

—Permitidme un momento, amiga mia; concluyo al instante.

La camarera mayor se acercó á la mesa, se sentó delante de ella, abrió un cajon, sacó papel, se caló las antiparras y se puso á escribir lenta, muy lentamente.

La lentitud de la duquesa consistia, no en que la fuese difícil escribir, sino en que pensaba mas que escribia.

de caldo, y sazonar con pimienta y jengibre, y échasele un poquito de manteca de vacas fresca; y con esto cuezan cosa de una hora; y no se ha de cuajar con huevos, ni se ha de echar género de verdura. Es muy buen platillo; solo el nombre tiene de malo.

Por lo que se ve, el cocinero de su magestad llamaba cuernos á los que en realidad solo eran cuernos en leche; como si dijéramos. cuernos *infieri*, por nacer ó no acabados de nacer.

Ni un solo momento durante la conversacion con la condesa de Lemos, habia olvidado la posicion difícil en que se encontraba: esto es: su posicion de camarera mayor de una reina que se habia perdido en su recámara, mientras ella hacia su servicio en la cámara.

La conversacion con la condesa de Lemos habia agravado á su juicio aquella situacion: habia descubierto grandes cosas: esto es: que la reina alentaba á don Rodrigo Calderon, confidente y secretario íntimo del duque de Lerma, á quién lo debia todo, y que don Rodrigo alentado por la reina hacia una completa traicion al duque.

Entonces sospechaba si seria don Rodrigo el que habia procurado al rey el conocimiento de aquellos pasadízos, y si seria tambien él, quién en medio de las tinieblas la habia amenazado con publicar sus secretos, sino guardaba un profundo silencio acerca de los singulares sucesos de aquella noche.

La duquesa desde el momento, habia comprendido la necesidad de avisar al duque de la aparicion inesperada del rey y de lo no menos estraña desaparicion de la reina; pero cuando hubo oido las terribles revelaciones de la condesa de Lemos, vió que era de todo punto imprescindible avisar á Lerma sin perder un segundo.

El duque tenia en su casa un convite de Estado, y era de esperar que aquella noche no viniese á palacio: la camarera mayor estaba retenida por las obligaciones de su cargo en el alcázar, hasta la hora de recogerse la reina, que era bastante avanzada: urgía avisar al duque, pero la dificultad estaba en procurarse un intermediario de confianza.

Porque es de advertir, que tan enmarañada estaba la intriga alrededor de Felipe III, que no habia de quién valerse con confianza para confiarle una carta para el duque de Lerma.

La duquesa vió con alegría que la de Lemos, la hija querida del duque de Lerma interesada gravemente en que aquella carta llegase sin tropiezo á su padre, era el intermediario que necesitaba.

Una vez tomada esta resolucion por la duquesa, su mano corrió con mas rapidez sobre el papel: llenó las cuatro caras de la carta, que era de gran tamaño con una letra gorda y desigual, en renglones corcobados; cerró la carta, la selló y puso sobre su nema:

«A su escelencia el señor duque de Lerma, de la duquesa viuda de Gandia.—En mano propia.»

—Tomad, doña Catalina, dijo la camarera mayor: será necesario que os encargueis vos misma de llevar esta carta á vuestro padre.

—¡Yo... misma...! contestó con altivez la de Lemos.

—Menos arriesgado es esto que lo que queriais hacer por vengaros de don Rodrigo.

—Pero tengo mis razones... no quiero mezclarme para nada en estos negocios directamente...

—Pero hay un medio. Poneos un manto, tomad una litera, id por el postigo de la casa del duque, que da á sus habitaciones.

—Peor aun: ¿qué dirá quién me abra ese postigo, al verme entrar casa de mi padre, de una manera tan misteriosa?

—El que os reciba nada os dirá... no se meterá en si vais encubierta ó no. Dad tres golpes fuertes sobre el postigo: cuando le abran, que será al instante, entregad al criado que se os presentará, esa carta para que lea su sobre. El criado os devolverá la carta, y os llevará al despacho de vuestro padre, que al punto irá á encontraros.

—Pero habré de darme á conocer á mi padre, me preguntará...

—De ningun modo; si vos no quereis descubriros vuestro padre no os pedirá que os descubrais, y podeis haceros desconocer de él y salir sin hablar una palabra, tan encubierta como habeis entrado. Pero en cambio, vos á quién únicamente interesa este negocio, estareis segura de que la carta ha ido á dar en las manos de vuestro padre.

—¡Iré! dijo con resolucion la de Lemos, despues de un momento de silencio.

—Pues si habeis de ir, que sea al punto.

—Si, si; os agradezco en el alma lo que por mi haceis, y voy á mandar que pongan una litera.

—Procurad que los mismos mozos que conduzcan la litera, no puedan conoceros.

—¡Oh! ¡por supuesto! Adios, doña Juana, adios, y hasta despues.

—Id con Dios, doña Catalina. Y... oid: hacedme la merced de decir á doña Beatriz de Zúñiga, que entre.

—No quiere quedarse sola, murmuró la jóven saliendo: ¿que misterio será este?

Y llegando en la antecámara á una hermosa jóven que acompañada de otras tres, reia y charlaba, la dijo:

—Doña Beatriz, la señora camarera mayor, os llama.

La jóven compuso su semblante dándole cierto aire de gravedad, y entró en la cámara de la reina, al mismo tiempo que la condesa abria la puerta de la antecámara y desembocaba por la portería de damas.

CAPITULO III.

En que se demuestra lo perjudiciales que son los lugares oscuros en los palacios reales.

La condesa de Lemos atravesó en paso lento, recibiendo los respetuosos saludos de ugieres y maestresalas, algunas galerías y habitaciones.

Lo lento del paso de la condesa, consistía en que iba abismada en profundas cabilaciones.

—Me he visto obligada, pensaba, á inventar lo de los jardines de Balsain, y á calumniar á la reina, para procurarme una venganza segura contra el miserable don Rodrigo. La buena de doña Juana de Velasco, vale de oro todo lo que pesa: en hablándola de mi padre, no sabe ser suya: es mucho lo que admira, mucho lo que venera, mucho lo que sirve la duquesa á su escelencia: y ha tragado el anzuelo..... hasta el cabo..... ¡lindezas dirá esta carta! El pensamiento ha sido diabólico... pero yo necesitaba vengarme... á conspirador, conspirador y medio, y salgan allá por donde puedan. ¡Ah! ¡ah! estoy orgullosa de mi misma, y creo que si yo me dedicara á la intriga seria... todo lo que quisiera ser.

Y la condesa respondiendo á su pensamiento, satisfecha de su diablura, soltó una alegre carcajada.

Por fortuna, nadie habia en la galería por donde atravesaba.

—Ahora, dijo para sí la condesa, continuando en su marcha y en su pensamiento, es necesario que esta carta llegue á manos de mi padre,

sin que la lleve yo... ¡bah! renuncio á mi venganza á trueque de que mi padre y señor pudiera reconocerme: preferiría irme á él con la cara descubierta, y mostrarle la carta de don Rodrigo. Pero mi padre, que deja estar en su destierro á su sobrino, mi señor esposo, por no disgustar á su servicialísimo don Rodrigo, seria capaz de desairar á su hija y de no creerla, porque su muy querido don Rodrigo no se disgustase. Ahora haciéndole sospechar que don Rodrigo le engaña, que le hace traicion; su escelencia, que es tan receloso, que en todas partes vé peligros, perderá de seguro á su muy amado confidente. ¿Quién os ha mandado, don necio soberbio, meteros conmigo? ¡Bien empleado os estará todo lo que os suceda, y en vano os devanareis los sesos para saber de donde ha venido el golpe.

La jóyen sonrió satisfecha de su pensamiento.

—Doña Clara Soldevilla, estará en la sala de las meninas, acaso: ella, que es valiente, que por nada se detiene, que aborrece de muerte á don Rodrigo Calderon, llevará con placer esta carta á mi padre, en cuanto sepa que esta carta puede hacer daño á don Rodrigo. Es necesario inventar otra historia, para engañar á doña Clara, aunque es necesario que sea mas ingeniosa que la que he contado á la camarera mayor, porque doña Clara tiene mucho ingenio. Y bien, dijo dándose un golpe en la frente: ya tengo la historia. Utilicemos el ruidoso asunto de los amores del príncipe don Felipe con la querida de don Rodrigo: eso es: adelante.

La condesa entró en una cámara solitaria, y llamó.

Presentósela inmediatamente una venerable dueña.

—¿Qué me manda vuecencia? dijo aquella ruina con tocas.

—Decid á doña Clara Soldevilla, que venga.

—Doña Clara no está en el cuarto de las meninas, señora, dijo la dueña.

—¿No está acaso de servicio?

—No señora; está en su cuarto enferma.

—¡Ah! ¿está enferma? esclamó la condesa con un despecho, que la dueña tomó por interés.

—Afortunadamente, señora, la indisposicion de doña Clara, es un ligero resfriado.

—Me alegro mucho: me habíais dado un susto. ¿Y dónde tiene su cuarto doña Clara?

—Vive sola con una dueña y una doncella, mas allá de la galería de los Infantes; si vuecencia quiere que la guie...

—No; no me es urgente ver á doña Clara; la veré mañana. ¿Con qué decis que vive...

—En la crugía oscura que está mas allá de la galería de los Infantes, en el número 10. Ademas, la puerta está pintada de verde.

—Muy bien: gracias: retiraos.

La dueña hizo una cumplidísima reverencia, y se retiró, casi sin volver la espalda á la condesa, que, en el momento en que se vió sola, tomó una bugía de sobre una mesa, y, abriendo una puerta de servicio, se encontró en un estrecho corredor, pasado el cual, entró en una ancha galería, medio alumbrada por algunos faroles y enteramente desierta, á escepcion de un centinela tudesco, que se paseaba gravemente en la galería y que, al ver á la condesa, se detuvo y al pasar ella por delante de él, dió un golpe con el cuento de la alabarda en el suelo, á cuyo saludo contestó la jóven con una ligera inclinacion de cabeza.

La condesa se perdió por una pequeña puerta al fondo.

La galería que acababa de atravesar, era la de los Infantes: el lugar en que habia entrado, era una galería densamente lóbrega, en la cual resonaban los pasos de la condesa de una manera sonora.

La de Lemos iba ceñida á la pared del lado izquierdo, con la bugía levantada, mirando los números pintados sobre las puertas, y ya habia recorrido un gran espacio sin encontrar el número 10, ni la puerta verde, cuando oyó al fondo de la galería ruido de pasos lentos y marcados, como los de un hombre que anda pesadamente y con dificultad.

Miró la de Lemos al lugar de donde provenia el ruido, y solo vió la area luminosa de una linterna.

El que la llevaba estaba envuelto en la sombra.

La condesa se detuvo contrariada, porque hubiera querido que nadie la viera en aquellos lugares y se detuvo irresoluta.

El de la linterna se detuvo tambien.

—¿Quién vá? dijo con un acento breve, descuidado y lijeramente sarcástico; esto es: con un acento que parecia estar acostumbrado de tal modo á espresar el sarcasmo, que le dejaba notar hasta en la frase mas indiferente.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿si será? ¡pero no! ¡no puede ser! ¡si estaba preso! ¿Quién vá? añadió con interés la condesa.

—¡Ah! dijo el hombre: yo soy Diógenes trasegado, que anda en busca de un hombre y no le hallo.

—Y yo soy una dama andante, que busca á una mujer y no la encuentra.

Acercábanse entre tanto, los dos interlocutores.

—Pero hallo una mujer, dijo el de la linterna, lo que no es poco, y me doy por bien hallado.

—Y yo dijo la condesa con afecto, encuentro un hombre y me doy por satisfecha.

—¡Ah! ¡doña Catalina!

—¡Ah! ¡don Francisco!

A este punto, don Francisco y doña Catalina, estaban á muy poca distancia el uno del otro, y se enviaban mútuamente al rostro, la luz de la bujía y de la linterna.

Era don Francisco un hombre, como de treinta años, de menos que mediana estatura, y mas desaliñadamente vestido que lo que convenia á un caballero del hábito de Santiago, cuya cruz roja mostraba sobre el ferreruelo. Tenia la actitud valiente del hombre que nada teme, y se atreve á todo: mostraba los cabellos un tanto mas largos que como se llevaban en aquel tiempo: la frente alta, ancha, prominente, atrevida; la ceja negra y poblada, y al través del vidrio verdoso de unas anchas antiparras montadas en asta negra, dejaba ver dos grandes ojos negros, de mirada fija, chispeante, burlona y grave á un tiempo; inteligente, altiva, picaresca, desvergonzada, escudriñadora: mirada que se reía, mirada que suspiraba, mirada *pandæmonium*, si se nos permite esta frase, á cuyo contacto se encogia el alma de quien era mirado por ella, temerosa de ser adivinada, ó de ser lastimada; aquellos dos ojos estaban divididos por una nariz aguileña de no escaso volúmen, y bajo aquella nariz y un poblado bigote, y sobre una no menos poblada pera, sonreia una boca en que parecia estereotipada una sonrisa burlona, pero con la burla de un sarcasmo doloroso.

Este hombre era don Francisco de Quevedo y Villegas, gran filósofo, gran teólogo, gran humanista, gran poeta, gran político, gran conspirador, caballero del hábito de Santiago, señor de la torre de Juan Abad, epígrama viviente, desvergüenza ambulante, gran bufon de su siglo, que acogia con carcajadas convulsivas, las verdades que le arrojaba á la cara.

Era en fin ese gran ingenio, cuyas obras leemos con deleite, perdonándole su cinismo, su escepticismo, su desvergüenza: ese grande ingenio á quien amamos, por lo que nos entretiene y por lo que nos enseña; ese hombre, á quién acaso ennoblecemos, ó á quién no comprendemos tal vez; esa colosal figura, colocada la mitad en luz y la mitad en sombra.



—¡AH, DOÑA CATALINA! —¡AH, DON FRANCISCO!

—¿Vos por aquí, don Francisco? dijo la condesa sin disimular su alegría, alegría semejante á la de quién de una manera inesperada tiene un buen encuentro.

—San Marcos llora; allá le dejo entregado á su viudez, y á los canonigos escandalizados de que Lerma se haya atrevido á tanto: allá se quedan llorando, porque ya no tienen quien les haga llorar... de risa, y yo me vengo aturdido á la córte, porque ya no tengo al lado, en un consorcio infame, á quien me hacia reir de... rabia.

—¡Siempre tan desesperado! dijo con acento conmovido la jóven.

—¡Y siempre vos tan buena! dijo Quevedo, á cuyos ojos asomó una lágrima: ¡tan buena!.... ¡tan hermosa y tan desgraciada! pero cambiando repentinamente de tono, dijo: ¿con qué el rey que os casó mal, os ha desenmaridado bien?

—¡Cómo! ¿sabeis?

—Se que por meterse en oficios de dueña, y por el pecado de torpe anda por esas tierras desterrado, el conde de Lemos, mi señor.

—¡Pero vos lo sabeis todo! ¡acabais de llegar...!

—Súpelo en San Marcos, y fue un dia grande para mí; el único de grandeza que conozco al rey Felipe III; como que desterraba de la córte á vuestro marido, y á mí me permitia venir á enterrarme en ella, ó mejor dicho: á enojarme.

—¡A enojaros!

—Si por cierto: á enojarme en vuestros ojos.

—¡Ah! ¡don Francisco! el amor debia tener un decálogo.

—¡Torpe soy!

—¿Vos torpe?

—¡Si no os entiendo! á no ser que el decálogo del amor empezase de esta manera: el primero amar á la condesa de Lemos, sobre todas las cosas.

—Bien decís que soy torpe: el decálogo del amor debia decir: el segundo no galantear en vano.

—Porque se que en vanísimo enamoro, digo que viniendo á la corte, me entierro. Pero del mal el menos; viviendo vos sola no temo que nadie pise mi alma en su sepultura.

—Acabareis por enfadarme don Francisco, dijo con seriedad la condesa.

—¿Enfadaros vos, cuando yo estoy alegre? ¿nublaros cuando yo amanezco?

—¿Es decir, que os alegrais de mi abándono?

—¡Alégrome de vuestra resurreccion!

—Es que yo no me he muerto.

—Os enterraron en el matrimonio, poniéndoos por mortaja al conde de Lemos. ¿Cómo quereis que no me alegre, cuando os desamortajan y os desentierran? ¿Cómo quereis que no esclame:

Conde que te has condenado,
porque pecar no has sabido;
bien casado, mal marido:
¡guárdete Dios, desterrado!

—¡Sois terrible! esclamó riendo la condesa.

—Perdonadme, pero de tal modo me han hecho vomitar veros en San Marcos, que aun me duran las ansias: donde piso, dejo sátiras: de donde escupo, saltan romances, donde llega mi aliento, se clavan letrillas. Pero prometo, á fé de Quevedo, no volver á hablaros sino en lisa prosa castellana.

—¿Sin jugar del vocablo?

—Lo otorgo.

—¿Ni del concepto?

—No me atrevo á jurarlo, porque me teneis tan presa el alma y os teme tanto, que no sabe por donde escaparse.

—Siempre que no me hableis de amor... ya sabeis donde vivo.

—Me aprovecharé de vuestra buena oferta, y me contentaré con adoraros en éxtasis.

—Es que yo no quiero veros idólatra. Pero dejando esta conversacion, que os lo aseguro, me disgusta. ¿A dónde íbais por aquí?

—Iba en busca de un hombre, que se me ha perdido, y voy á buscarle á casa del duque de Lerma, vuestro padre, donde segun dice le habré hallado.

—¿Vais á casa de mi padre?

—No, por cierto, voy á buscar al cocinero de su magestad.

—¿Qué se encuentra en casa de mi padre?

—Allí está prestado.

—¿Quereis hacerme un favor, don Francisco?

—¿No sabeis que podeis mandarme?

—Pues bien: os mando que lleveis esta carta á donde ese sobrescrito dice.

—«Al duque de Lerma, en propia mano» dijo Quevedo.

Y se quedó profundamente pensativo.

—¡Sé que sois enemigo de mi padre! ¡que os pido un gran sacrificio! Pero...

—¿Me lo pagareis...?

—Os lo... agradeceré en el alma.

—¡Iré! dijo Quevedo levantando la cabeza con resolucion.

—¿Y no quereis saber el contenido de esta carta?

—Me importa poco.

—Podrá suceder...

—Me importa menos.

—Adios, dijo precipitadamente la condesa.

—¿Por qué...?

—Suenan pasos, y se ven luces, dijo la de Lemos. Si nos encontráran aquí juntos...

Quevedo apagó la luz de la condesa de un soplo y luego sopló su linterna.

—¿Qué haceis? dijo la condesa que se sintió asida por la cintura y levantada en alto.

—Desvanecerme con vos á fin de que no nos vean.

—Soltad, ó grito.

—Pueden conoceros por la voz.

—¡Traen luces y nos verán!

—Allí hay unas escaleras.

Y luego se oyó el ruido de las pisadas de Quevedo hácia un costado de la galería.

Luego no se oyó nada, sino los pasos de algunos soldados que iban á hacer el relevo ds los centinelas.

Uno de ellos llevaba una linterna.

—¿Qué es esto? dijo el sargento tropezando en un objeto... un candelero de plata con una bujía.

—Y una linterna de hierro.

—Las acaban de apagar.

—Cuando entramos habia aquí una dama y un caballero.

—Dejad eso donde lo hemos encontrado y adelante. En palacio y en la Inquisicion chiton.

Siguieron adelante los soldados, atravesando lentamente la galería.

Poco despues se oyeron de nuevo las pisadas de Quevedo.

—Buscad mi candelero, dijo con la voz conmovida la de Lemos.

—Y mi linterna, contestó con un acento singular Quevedo.

—Ved que esta es mi mano, dijo la condesa.

—No creia que estuvieseis tan cerca de mí.

¡Ah! ya he dado con él.

—Ya he dado con ella.

—¡Adios, don Francisco! mañana me encontrareis todo el dia en mi casa.

—¡Adios, doña Catalina! mañana iré á veros... sino me encierran.

—¡Adios!

—¡Adios!

—¡Oh Dios mio! murmuró la condesa, alejándose entre las tinieblas, creo que no me pesa de haberle encontrado. ¿Amaré yo á Quevedo?

Entre tanto Quevedo, adelantando en direccion opuesta murmuraba:

—Capítulo VI. De como no hay virtud estando oscuro.

Poco despues estinguióse de una parte el crujir de la falda de la condesa, y de la otra el ruido de las lentas pisadas de Quevedo.

CAPITULO IV.

Enredo sobre maraña.

Quevedo salió del alcázar, se puso en demanda de la casa del duque de Lerma y se entró desenfadadamente en un destartalado zaguan cuya puerta estaba abierta de par en par.

Aquel zaguan, hijo genuino del siglo XVI, á pesar de su irregularidad, de su pavimento terrizo y de sus paredes rudamente pintadas de rojo y blanco imitando fábrica, no dejaba de ser suntuoso y característico, como representante de la época de transicion llamada del renacimiento.

Un techo de pino acasetonado, con altos relieves en sus vanos, sostenido sobre un ancho friso de la escuela de Berruguete, asi como una escalera de mármol con rica balaustrada del género gótico florido, parecian demandar otras paredes y otro pavimento, menos pobres, menos rudos: un enorme farol colgado del centro del techo, otro farol mas pequeño pendiente de un pescante de hierro y que compartia su luz entre un nicho en que habia un Ecce-homo de madera, de no mala ejecucion, y un enorme escudo de armas tallado y pintado en madera; seis hachas de cera, sujetas á ambos lados en la balaustrada de la escalera, y otro farol pendiente del centro del techo de la escalera al fondo, eran las luces que iluminaban el zaguan, y dejaban ver las gentes que en él habia.

Eran estas dos lacayos aristocráticamente vestidos con una especie de dalmática ó balandran negro, con bandas diagonales amarillas, color y

emblema de la casa Sandoval; un hombre vestido de camino, rebozado en una capilla parda, que estaba sentado en un largo poyo de piedra, que corria á lo largo de la pared en que se notaban la imágen y el escudo de armas, y una especie de maton que echado de espaldas contra una de las pilastras de la puerta, dejaba ver bajo el ala de su sombrero gacho, un semblante nada simpático, y nada á propósito para inspirar confianza.

Los dos lacayos ó porteros se paseaban á lo ancho del zaguan, apareados, hablando de una manera tendida, y riendo con una insolencia lacayuna, el jóven embozado del poyo, miraba de una manera hosca á los porteros, y el maton de la puerta fijaba de tiempo en tiempo, una mirada vigilante en el de la capilla parda, locatario del poyo.

Al entrar en el zaguan, Quevedo, que cuando iba á ciertos lugares, especialmente para entrar en ellos, no desatendia ninguna circunstancia, y todo lo abrazaba de una mirada rápida, oculta hasta cierto punto, por el verdoso vidrio de sus antiparras, se detuvo de repente junto al hombre que estaba en la puerta, le dió frente y le dijo encarándosele:

—¿Cómo tú aquí?

Afirmóse sobre sus plantas aquel hombre, y clavó sus ojos en Quevedo.

—¡Ah! ¡es vuesamerced!

—Yo te daba ahorcado.

—Y yo á vuesamerced desterrado.

—Pues encuéntrome en mi tierra.

—Y yo sobre mis canillas.

—¡Gran milagro!

—Sirvo á buen amo.

—¿A su escelencia...?

—Decís bien: porque sirvo á don Rodrigo Calderon...

—¡Criado del duque de Lerma! ¿con qué eres...?

—Medio lacayo...

—Medio requiem...

—Decis bien.

—¿Quién agoniza por aquí?

Lanzó el maton una rápida mirada de soslayo al hombre que estaba en el poyo.

—¡Ah! dijo Quevedo siguiendo tambien de soslayo aquella mirada.

—¿Y quién es él?

—¡Bah don Francisco! por mucho que yo os deba, tambien debo mucho á don Rodrigo y...

Sonó Quevedo algunas monedas en el bolsillo, y el maton cambió de tono.

—¿Pero qué importa á vuesamerced..? ¿no ha perdido vuesamerced la aficion á saberlo todo?

—Ven acá Francisco, ven acá, á lo oscuro, hijo, que en ninguna parte se dice mejor un secreto que donde no hay luz, ni nunca toma mejor dinero, quién como tú gasta vergüenza, que á oscuras. Ven acá, te digo, y si quieres embuchar desembucha.

Siguió aquel hombre á Quevedo un tanto fuera de la puerta, y cuando de nadie pudieron ser vistos ni oidos, dijo Quevedo:

—El hidalgo que se esconde entre sombrero y embozo, es mucha cosa mia.

—¡Ah! ¿es cosa vuestra... ese mancebo..? ¿pero cómo le ha conocido vuesamerced, si ni aun se le ven los ojos?

—Ver claro cuando está oscuro, y desembozar tapados, son dos cosas necesarias á todo buen hidalgo cortesano: y mas en estos tiempos en que es tan fácil á medio rodeo dar con la torre de Segovia; ¡hermano Juara, vomita!

—No me atrevo: don Rodrigo...

—Ni acuña mejor oro que el que yo gasto, ni usa mejor hierro que el que yo llevo.

—¡Pero don Francisco!

—O al son de mi bolsa cantas, ó si te empeñas en callar, hablan de tí mañana en la villa. Conque hijo, ¿qué quiere don Rodrigo con mi pariente?

—¿Vuestro pariente es ese mozo?

—Archinieto de una archiabuela mia, que era tan noble persona que mas arriba que el suyo no hay linaje que se conozca.

—¿Me promete vuesamerced guardarme el secreto, don Francisco?

—Por mi hábito te prometo, que nadie ha de saber el mal conocimiento que tengo contigo. Desembucha, que ya es tarde y hace frio, y no es justo que me hagas ayudarte tanto á ganar un doblon de á cuatro; y el tal doblon es de los buenos del emperador, que anduvieron escondidos por no tratar con herejes.

Y Quevedo sonó otra vez su bolsillo.

—El cuento es muy corto. Figuraos que yo, por órden de don Ro-

drigo, estoy desde el oscurecer acechando á los que salen del alcázar por la puerta de las Meninas.

—Palaciega historia tenemos.

—Figuraos que poco despues, baja una dama por las escalerillas de las Meninas, y se mete en una litera.

—¿Dama y tapada?

—Si señor.

—¿Estás seguro que no era dueña?

—Andaba erguida, y trascendia á hermosa.

—Buen olor tiene tu cuento. ¿Y quién era ella?

—No lo sé: don Rodrigo me habia dicho solamente: si sale de palacio una dama ancha de hombros, alta de pecho, gentil y garrida, manto á los ojos, y halda hasta el suelo, sigue á esa dama.

—He aquí unas señas capaces de volver el seso á Orlando Furioso. ¿Seguiste á la dama?

—Iba á hacerlo cuando llegó don Rodrigo.—¿Ha salido? me preguntó.—Si señor.—¿En litera?—Si señor.—¿Por dónde va?—por aquella calleja se ha metido.—Don Rodrigo tira adelante y yo detras de él, henos aquí metidos en una aventura. Llovia...

—Aventura completa.

—Estaba oscuro.

—Mejor aventura.

—Paró la litera, y salió la dama.

—¿Entróse dónde?

—Siguió adelante.

—¡Con lluvia y de noche, tapada y sola! Sigue hijo, sigue. Cantas que encanta.

—Pero de repente, al volver una esquina, étenos á la tapada asida de un embozado.

—¿Lluvia y tinieblas? ¿tapada y embozado..? buscona adobada y pollo que miente gallo.

—Mas alto debe picar, porque don Rodrigo me dijo: Juara, lance tenemos: estocadas barrunto.—Espada de gabilanes traigo y daga de ganchos.—No se trata de que me ayudes... ¡para un hombre otro hombre!

—¡Aventura con milagro!

—¿Qué milagro hay hasta ahora?

—Que don Rodrigo Calderon no vea mas que un hombre, cuando tiene delante un enemigo.

—Don Rodrigo es valiente...

—Pero mas valido. Y en cuanto á valor no niego que es mucho el valimiento de tal, como que de todo se vale para valerse: ¡válame Dios con tu cuento! Pero cuenta hijo, y ten presente de no mentir. ¿Qué hubo al cabo?

—Hubo que don Rodrigo me dijo:—No conozco á quién la acompaña: persona debe ser cuando tan tirado platican y tan despacio caminan. —Podrá suceder que cuando llegue el caso ese hombre me venza. Anda y busca una ronda, Juara.

—¿Y hubo un lance?

—Lance hubo.

—¿Hubo sangre...?

—Hubo un desarme...

—¿Quién mandó?

—El embozado del portal.

—¡Ah! Pues no sabia yo que tenia tan buen pariente.

—Llegué con la ronda: pero tarde: seguí á ese embozado de órden de don Rodrigo, metióse aquí, pretendió pasar de las escaleras, sin conseguirlo, y hace una hora que él está allí sentado, y que yo le estoy dando centinela.

—Por el cuento, dijo Quevedo, sacando una moneda del bolsillo: porque pierdas la memoria: y sacó del bolsillo otra moneda.

—¿La memoria de qué? dijo Juara.

—De que me has visto en tu vida.

Y sin decir mas, rebozóse y se entró gentilmente por el zaguan.

Al pasar junto al de la capa parda, se detuvo y le miró fijamente.

—Mucho os tapais, le dijo.

—Hace frio: contestó el otro con mal talante.

—Quién por damas se enzaguana, dijo don Francisco, ó es tonto ó merece serlo.

—Yo os conozco, ¡vive Dios! dijo el de la capilla poniéndose de pié, y dejando caer el embozo.

—¡Mi buen Juan! esclamó con alegría Quevedo.

—¡Mi buen Quevedo! esclamó con no menos alegría, Juan Montiño, que él era.

—Diez años me dais de vida; ¡apretad! ¡apretad recio!

—¡Qué me place! ¡siempre el mismo!

—No tal; contempladme espectro.

—¡Vos espectro!

—Quedé pobre.

—¡Pobre vos!

—Y... vedme muerto, que entre un tuvo y un no tiene, hay un mundo de por medio. En prisiones me han tenido, y hoy á la córte me vuelvo, á ser pelota de tontos y pasadizos de enredos.

—Pues en lo de hacer hablar con vos en verso al mas topo cuando quereis, sois el mismísimo Quevedo de hace tres años; cinco minutos lo menos hemos estado hablando en romance.

—¡Ah! si, teneis razon: sudo para hablar en prosa, ni mas ni menos que le acontece á Montalvan cuando quiere hablar en verso, ó como al duque de Lerma cuando no encuentra cosa á que echar el guante.

—¡Por la Vírgen! ¡ved que estamos en casa del duque, y que nos escuchan sus criados!

—¡Pues mejor!

—¿Mejor? no entiendo.

—Entendedme: las verdades, cuando las lleva un correo, llegan verdades sopladas, y ganan ciento por ciento. Pero... volviendo á nosotros, ¡mal hayan amen los versos! se me escapan como el flato. ¡Juro á Dios!...

—¡Guardad Quevedo!

—Decís bien: no está en mi mano: es ya enfermedad de perro: comezon: archimanía. ¿Qué buscais aquí?

—Pretendo...

—¿Lo veis? vos teneis la culpa.

—¿Yo la culpa?

—Si por cierto; me buscais el asonante.

—¡Sois terrible!

—Soy... Quevedo. ¿Habeis acompañado á una dama?

—Si: ¿quién os lo ha dicho?

—Los enredos con mi sombra: en viniendo yo á la córte, se vienen á mí los tales á bandadas, y lo que es peor: enrédanme, me sofocan, me traen de acá para allá, me sudan y me trasudan, y ni con reliquias de santo que lleve encima, dejan de acometerme. Pero volviendo á vuestra aventura. «Erase una tapada...

—Tapada era.

—...alta y garrida...

—¡Si!

—... ancha de hombros, alta de seno, manto á los ojos, y halda hasta el suelo.»

—¿Conocéisla?

—No: ¿y vos?

—Tampoco.

—¿Pero no habeis reñido por ella?

—Sí.

—¿No habeis vencido?

—Si.

—¿Y dónde la habeis dejado?

—Se fué sola.

—¿Y no venís aquí por ella?

—¡Ah! ¡no!

—¿Y no habeis vislumbrado quien ella sea?

—La tengo por principal.

—Dios os libre de un portento embozado, de un lucero entre nubes, de una mano entre rendijas; de un envido de buscona, y, sobre todo, de un quiero. Desconfiad de carta de dueña, como de pastel de hostería, y sobre todo, recibidme por maestro. ¿Dónde vivís?

—No lo sé aun, ¿y vos?

—Yo... vivo aquí.

—¿Acabais de llegar?

—Ya os lo dije: torno á esta tierra, de un destierro.

—Y yo acabo de llegar de Navalcarnero. Fuí á buscar á mi tio á palacio; llovieron sobre mi aventuras, y desventuras, porque esos porteros á quienes Dios confunda, no han querido avisar de mi llegado á mi tio.

—¿Y quién es ese vuestro tio?

—El cocinero de su magestad.

—¡Francisco Martinez Montiño! pues me alegro: ¡hombre sois!

—¡Cómo!

—¡Ahí es nada! ¡con tio en palacio, cocinero de su magestad y enredador, avaro, y celoso! ¡cuando os digo que habeis hecho suerte! ya vereis: ahora si os importa ver á vuestro tio, seguid á mi lado ni mas ni menos que si no os hubiesen negado la entrada: alta la cabeza, fruncido el ceño, y por no dar, que el dar daña, no les deis ni las buenas noches.

Y Quevedo tiró hácia las escaleras, desde en medio del portal donde habia estado hablando con Juan Montiño.

Al ver acercarse á un caballero del hábito de Santiago, á quien ha-

bian oido hablar mal de su señor, porque Quevedo habia levantado la voz para llamar ladron al duque, los porteros le tuvieron, sin duda por tan amigo de Lerma, que le dejaron franco el paso inclinándose, y sin duda tambien porque el caballero de Santiago se mostraba amigo del de la capilla parda, no se les ocurrió ni una palabra que decirle.

Entre tanto murmuraba Quevedo, subiendo lentamente las escaleras:

—Para entrar en todas partes, sirve una cruz sobre el pecho; mas para salir de algunas, solo sirve cruz de acero.

—¿Qué decis? le preguntó Juan Montiño.

—Digo que al entrar aquí, no somos hombres.

—¿Pues qué somos?

—Ratones.

—¿Supongo que mi tio no será el gato?

—No, porque vuestro tio es comadreja.

—¿Dónde vais caballero? dijo á Quevedo un criado de escalera arriba.

Quevedo no contestó, y siguió andando.

—¿No ois? ¿dónde vais? repitió el sirviente.

—¿No lo veis? voy adelante, contestó sin volver siquiera la cabeza, Quevedo.

—Perdonad; dijo el lacayo, que alcanzó á ver en aquel momento la cruz de Santiago en el ferreruelo de don Francisco.

Entraron en una magnífica antecámara estrellada de luces, y llena de lacayos.

—El lujo de aquella antecámara en la casa de un ministro, era escandaloso; alfombras, cuadros del Tiziano, de Rafael, de Pantoja, del Giotto; tapicerías flamencas; lámparas admirables; puertas de las maderas mas preciosas, incrustadas de metales; estátuas antiguas; un tesoro en fin, invertido en objetos artísticos.

Una antecámara alhajada de tal modo, era un deslumbrante prólogo, que hacia presentir verdaderas maravillas en las habitaciones principales.

—¡He aquí, he aquí el sumidero de España! murmuró entre su embozo Quevedo: ¡ah don Ladron ministro! ¡ah sanguijuela rabiosa! ¡Tántalo de oro! ¡chupador eterno! ¡para que se han hecho los dogales!

Y adelantó.

—Oid: dijo Quevedo, á uno que atravesaba la antecámara, llevando una fuente vacía.

—¿Qué me mandais, señor? contestó deteniéndose el lacayo.

—Llevad á este hidalgo á donde está su tio.

—Perdonad, señor: pero ¿quien es el tio de este hidalgo?

—El cocinero del rey.

—Seguidme, dijo el lacayo á Juan Montiño.

—¿Nos veremos? dijo el jóven á Quevedo, estrechándole la mano.

—Nos veremos: contestó Quevedo.

—¿Dónde?

—Adios.

—¿Pero dónde?

—Nos veremos.

Y volviendo la espalda al sobrino de su tio, se embozó en su ferreruelo, y se fué derecho á un maestresala que cruzaba por la antecámara.

Al ver el maestresala, que se le venia encima una figura negra y embozada donde todos estaban descubiertos, dió un paso atrás.

—No soy dueña, dijo Quevedo.

—¿Qué quereis? dijo el maestresala con acento destemplado.

—Decid á su escelencia, vuestro amo, que soy la duquesa de Gandía.

Dió otro paso atrás el maestresala.

—Mirad: dijo Quevedo, ganando aquel paso.

Y mostró al maestresala el sobrescrito de la carta que le habia dado la de Lemos.

—Acabáramos, dijo el maestresala: con haber dicho que teniais que entregar á su escelencia en propia mano...

—Esta carta viene sola.

Miró con una creciente estrañeza el maestresala al bulto que tenia delante, y se entró por una puerta inmediata.

Poco despues volvió y dijo á Quevedo:

—Podeis seguirme.

—Si puedo, dijo don Francisco; y tiró adelante, siguiendo al maestresala que, despues de haber atravesado algunas habitaciones mas suntuosas y mejor alhajadas que las de palacio, abrió con un llavin una mampara, y dijo á Quevedo:

—Pasad y esperad: mi señor me manda rogaros, le perdoneis si tardare.

Y el maestresala cerró la mampara.

—¡Perdonar! veré si perdono; dijo Quevedo adelantando meditabundo, en la habitacion donde le habian dejado encerrado: ¡esperar! si... tal vez... espero... espero... he entrado con buena suerte en Madrid...

y vamos... si... yo no creia... me ha puesto de buen humor esta pobre condesa, y he encontrado á ese noble jóven, por quién únicamente vengo á Madrid. ¡Casualidades! una mujer que puede servirme, un jóven á quien tengo el deber de servir, y una carta que no sé lo que contiene, pero que veré leer; y ver leer, cuando se sabe ver, es lo mismo que leer ó mejor... ¡pues bien, mejor! y la tapada que ha acompañado ese valiente Juan... y las estocadas de ese caballero con don Rodrigo Calderon... ¡enredo! ¡enredo! ¡y del enredo dos cabos cogidos! esta misma espera me ayuda: esperemos: pero esperemos pensando.

Y Quevedo se embozó perfectamente en su ferreruelo, se sentó en un sillon, apoyó las manos en sus brazos, reclinó la cabeza en su respaldo y estendió las piernas, despues de lo cual quedó inmóvil y en silencio.

CAPITULO V.

¡Sin dinero y sin camisas!

El lacayo que guiaba á Juan Montiño, le llevó por un corredor á una gran habitacion, donde, sobre mesas cubiertas de manteles, se veian platos de vianda.

En aquella habitacion se veian ademas lacayos que iban y venian; entre los cuales, como un rey entre sus vasallos se veia un hombrecillo vestido de negro con un traje nuevo de paño fino de Segovia, observándose, que en las mangas ajustadas de su ropilla faltaban los puños blancos.

Este hombre tomaba los platos de sobre las mesas, los entregaba á los lacayos, deciáles la manera que habian de tener para llevarlos y servirlos, y no paraba un momento, yendo de una mesa á la otra con una actividad febril, con entusiasmo, casi con orgullo, como un general que manda á sus soldados en un dia de batalla.

Aproximándose mas á este hombre se notaba: primero que tenia cincuenta y mas años; segundo que tenia los cabellos mitad canos, mitad rubio-panocha: tercero, que su fisonomía marcaba á un tiempo el recelo, la avaricia y la astucia: cuarto, que á pesar de todo esto habia en aquel semblante esa espresion indudable que revela al hombre de bien: quinto, que era rígido, minucioso é intransigible con las faltas de sus dependientes en el desempeño de su oficio: sesto y último, que emanaba de

él cierta conciencia de potestad, de valimento, de fuerza, que le daba todo el aspecto de un personaje *sui generis*.

Por lo demás este hombre tenia la cabeza pequeña, el cuerpo enjuto y apenas de cuatro piés de altura; el semblante blanco, mate y surcado por arrugas poco profundas, pero numerosas; la frente cuadrada, las cejas casi rectas, los ojos pequeños grises y sumamente móviles; la nariz afilada; la boca larga y de labios sutiles, y la barba, mejor dicho, el pelo de la barba, cano, lo que podia notarse en su vigote y su perilla, porque el resto estaba cuidadosamente afeitado.

A este hombre llegó el lacayo conductor del jóven que habia quedado á poca distancia y le dijo:

—¡Señor Francisco Montiño...!

—¡Eh! dejadme en paz: no os toca á vos, dijo el señor Francisco tomando una fuente de plata con un capon asado y dándole á otro lacayo.

—Perdone vuesamerced pero no es eso: vuestro sobrino...

—¡Mi sobrino...! dijo el cocinero del rey... yo no tengo sobrinos: llevad bien esa ánade; Cristobal.

—¿Sois vos el señor Francisco Martinez Montiño? dijo Juan Montiño adelantando.

—Si por cierto que asi me nombro, contestó el cocinero del rey dando á otro lacayo otro plato y sin volverse á mirar á quien le hablaba.

—Pues entonces, repuso el jóven, sois mi tio carnal, hermano de mi padre Gerónimo Martinez Montiño.

—¿Eh? ¿qué decis? repuso el señor Francisco volviéndose ya á mirar á quien le hablaba.

Y apenas le vió, su fisonomía tomó una espresion profundamente reservada.

—¡Diablo! murmuró de una manera ininteligible, ¡y es verdad! ¡y cómo se parece á...! perdonad un momento... ¡eh! ¡Gonzalvillo! ¡hijo que verteis la salsa de alcaparra! ¡animales! para esto se necesitan manos mejores que vuestras manos gallegas. ¿Conque qué deciais? añadió volviéndose al jóven.

—Digo que acabo de llegar, dijo Juan Montiño con cierta tiesura escitado por el carácter repulsivo de su tio.

—¿Pero de dónde acabais de llegar?

—De Navalcarnero.

—¡Ah! ¿y quién os envia?

—Pudiera suceder muy bien que hubiera venido solo por conocer al



EL COCINERO DE SU MAGESTAD.

hermano menor de mi difunto padre: pero no he venido por eso: vengo porque me envia mi tio Pedro Martinez Montiño el arcipreste.

—¡Ah! ¡os envia mi hermano el arcipreste! perdonad: perdonad otra vez: estos pajes... ¡eh! dejad ahí esas fuentes: son de la tercera vianda, venid para acá ¿pero señor, qué hacen esos veedores? ahora tocan las empanadas de liebre, los platillos á la tudesca y las truchas fritas.

Juan Montiño empezaba á perder la paciencia; su tio interrumpia á cada paso su diálogo con él para acudir á cualquier nimiedad; se le iba, se le escapaba de entre las manos, y no le prestaba la mayor atencion: pero si Juan Montiño hubiera podido penetrar en el pensamiento de su tio hubiera visto que desde el momento en que habia reparado en su semblante el cocinero del rey habia necesitado de todo su aplomo, de toda su esperiencia cortesana para disimular su turbacion.

Consistia esto en que tenia delante de sí un sobrino á quien no conocia y del cual en toda su vida solo habia tenido dos noticias dadas de una manera tal, que bastaba para meter en confusiones á otro menos receloso que el cocinero del rey.

Veinte y cuatro años antes, cuando el señor Francisco Montiño solo era oficial de la cocina de la infanta de Portugal doña Juana, es decir: cuando se encontraba al principio de su carrera habia recibido de su hermano Gerónimo la lacónica carta siguiente:

«Hoy dia del evangelista San Marcos, ha dado á luz mi mujer un hijo: te lo aviso para que sepas que tienes un criado á quien mandar.»

Francisco Montiño se quedó como quien ve visiones: sabia que su cuñada Genoveva era una cincuentona que jamás habia tenido hijos y que habia perdido, hacia mucho tiempo la esperanza de tenerlos, la noticia de aquel alumbramiento inverosímil, habia venido de repente sin que le hubiese precedido en tiempo oportuno la noticia del embarazo: por otra parte la carta en que Gerónimo Montiño se confesaba padre, no podia ser mas seca ni mas descarnada.

Francisco Montiño leyó tres veces la carta cada vez mas reflexivo, se encongió al fin de hombros, y dijo, guardando cuidadosamente la carta:

—¿Qué habrá aquí encerrado?

Era necesario contestar y Francisco Montiño en su contestacion, se templó al tono de la carta de su hermano.

«He recibido la noticia, le decia, de que tu mujer ha dado á luz una criatura y me alegro de ello cuanto tú puedas alegrarte.»

Despues en ninguna de las cartas que se cruzaban periódicamente entre los dos hermanos, volvió á nombrarse al tal vástago, ni en las posdatas que solia poner á las cartas de Gerónimo, Pedro, que entonces era simplemente beneficiado.

Pasaron así veinte y dos años: pero al cabo de ellos, Francisco Montiño, que ya habia llegado á la cúspide de su carrera, siendo hacia tiempo, cocinero de Felipe III, recibió una carta de su hermano Gerónimo concebida en estos términos:

«Estoy muy enfermo: el médico dice que me muero. Si esto sucede, podrá suceder que Juan Montiño, mi hijo, vaya á la córte. Algun dia podrá convenirte el que hayas servido á ese muchacho.»

—¿Qué habrá aquí encerrado? dijo Francisco Montiño despues de haber leido tres veces esta carta, como la otra fechada hacia veinte y dos años en el dia de San Marcos.

Gerónimo murió al fin: habian pasado dos años, sin que el señor Francisco recibiese noticias de su sobrino, cuando su sobrino se le presentó de repente como llovido del cielo y portador de una carta de su hermano el arcipreste: aquella carta podia ser la resolucion del misterio y como este misterio se habia agravado para Montiño desde el momento en que habia creido encontrar en el semblante del jóven, ciertos rasgos de semejanza con una alta persona á quien conocia demasiado, sintió una comezon aguda por apoderarse de aquella carta; pero siempre cauto y prudente disimuló aquella comezon, afectó la mayor indiferencia hácia su sobrino, y solo volvió á anudar el interrumpido diálogo con el jóven, despues de haber dado á los pajes dos docenas de platos, y seis docenas de órdenes y advertencias.

—Venid, venid acá, sobrino, dijo ya con menos tiesura llevándole á un aposentillo situado cerca de la repostería, en el que se encerraron: He servido ya la segunda vianda, y hasta que sea necesario servir la tercera pasará un buen espacio. No estrañeis el que yo os haya prestado poca atencion: con señores como el duque de Lerma, que gozan del favor de su magestad, hasta el punto de que su magestad se quede un dia sin cocinero, porque su cocinero les sirva, toda diligencia es poca. Me alegro mucho de conoceros. Sois un gentil mozo, aunque no os pareceis ni á vuestro padre ni á vuestra madre: mi hermano era asi poco mas ó menos como yo, lo que no impedia que fuese un valiente soldado del rey, y mi cuñada, vuestra madre, fue en sus mocedades un tanto cuanto oronda y frescota, pero era fea y morena que no habia mas que pedir:

vos sois muy gentil hombre, blanco y rubio, como si dijéramos, la honra de la familia, porque ya me estais viendo y ya sabeis lo que fue vuestro padre y lo que es vuestro tio Pedro.

—¡Ah! dijo el jóven, á quien desarmó completamente la insidiosa charla de su tio Francisco: vuestro pobre hermano, señor, acaso estará en estos momentos en la presencia de Dios.

Púsose notablemente pálido el señor Francisco, lo que demostraba que amaba á su hermano.

—¡Cómo! dijo, ¿pues tan enfermo se halla?

—Tan enfermo, que esta mañana despues de haber hecho testamento, me llamó y me dijo:— Juan, es necesario que te vayas á Madrid en busca de tu tio Francisco: yo me muero: es necesario que antes de que yo muera reciba mi hermano esta carta, que he escrito con mucho trabajo esta noche.—Y sacó de debajo de la almohada esta carta cerrada y sellada que me entregó.

El jóven sacó del bolsillo interior de su ropilla, una gruesa carta cuadrada, en la que fijó una mirada ansiosa, pero rápida, imperceptible, el cocinero del rey.

—A vos está dirigida esta carta por mi tio moribundo, dijo el jóven con voz conmovida, y á vos la entrego. Mi buen tio Pedro, á pesar del deplorable estado en que se encontraba, me encomendó tanto que era necesario que recibiérais cuanto antes esta carta, que ensillé á Cascabel, creyendo que podria tirar todavía de una jornada, y á duras penas he podido llegar al oscurecer. ¡El pobre jaco está tan viejo!

—¿Y cuándo salisteis de Navalcarnero, sobrino?

—Antes del amanecer.

—¡Diez horas para cinco leguas!

—Todo lo que habia en casa muere: solos quedamos vos y yo.

—¡Bah! ¡bah! dijo Montiño, guardando en los bolsillos de sus gregüescos la carta de su hermano: no nos aflijamos antes de tiempo: vuestro tio Pedro ha estado dos veces á la muerte, y una de ellas oleado y con el rostro cubierto.

—Pero á la tercera va la vencida, dijo el jóven...

—A la tercera...

Al pronunciar Francisco Montiño estas palabras, tenia el pensamiento en la carta de su hermano.

—¿Quién sabe? ¿quién sabe? añadió Montiño: ya es viejo: como que nació diez años antes que yo, y he cumplido ya los cincuenta y

cinco. ¿Pero qué le hemos de hacer? ¿Y vos..? ¿qué sois vos..? soldado, ¿eh?

—No señor: soy licenciado...

—¡Licenciado...! ¡no entiendo...! ¿de qué licencias hablais...?

—He estudiado teología y derecho, en la Universidad de Alcalá.

—¡Ah!

—Muchas veces he me dicho: tengo un tio en palacio... bien pudiera mi tio procurarme un oficio de alcalde ó corregidor.

Frunciόse un tanto el gesto del cocinero del rey.

—Pero no he querido incomodaros, añadió el jóven.

—Habeis pensado prudentemente, sobrino, porque me hubiera incomodado mucho no haber podido serviros.

—Sea como Dios quiera, dijo Juan Montiño.

La conversacion habia entrado en un terreno sumamente escabroso para el cocinero mayor.

—Sobrino, le dijo, me es forzoso dejaros: ya es tiempo de servir la tercera vianda: ¿dónde teneis vuestrá posada á fin de que yo pueda veros?

—En ninguna parte, señor.

—¡Cómo! ¿pues dónde habeis dejado vuestro caballo?

—En las caballerizas de su magestad.

—¡Diablo!

—Y contaba tambien con vivir en palacio, puesto que vos vivís en él.

—¡En mi cuarto! esclamó todo hosco el señor Francisco: ¡con una hija de diez y seis años, y una esposa de veinte, y vos jóven..! ¡esponerme á las murmuraciones! no puede ser: buscad una posada.

—Es el caso que no he traido dinero.

—¿Pero como os ha enviado así mi hermano? ¡vamos! ¡las gentes de los pueblos se creen que Madrid, es las Indias!

—Vuestro pobre hermano, señor, aunque nada os haya dicho, vive en la miseria, atenido á la limosna de tal cual misa, y á lo poco que yo gano enseñando latin. Pero en la enfermedad de mi tio se han ido nuestros últimos maravedises: ni aun maleta he podido traer... porque... toda mi hacienda la llevo encima.

—¡Diablo! ¡diablo! pero vos os volvereis al pueblo.

—¿Y qué he de hacer allí, despues de muerto mi tio, por quien únicamente permanecia en el pueblo?

—De modo que...

—Aquí me estaré.

—¡Y os venis asi á la córte, sin dinero... y aun sin camisas!

—Tio, enseñando latin se gana muy poco.

—Pero ese caballo... vendiéndolo...

—¡Cascabel! en primer lugar, que yo quiero mucho á Cascabel por que desde su juventud, que es ya remota, ha servido buena y lealmente á mi padre: en segundo, que no habria nadie que diese un ducado por Cascabel, porque ni el pellejo aprovecha.

—¡Diablo! ¡diablo! ¡diablo! murmuró Francisco Montiño: pues bien esperadme aquí y despues... despues veremos como podemos salir de este compromiso en que me habeis metido vos, y mi hermano Pedro.

Y diciendo esto, escapó, dejando solo al jóven.

A los veinte y cuatro años se piensa poco en las necesidades materiales, ni en el porvenir; el porvenir es de la juventud: á los veinte y cuatro años solo se tiene corazon: Juan Montiño, estaba profundamente preocupado con el doble recuerdo de la dama de palacio y de la tapada que le habia metido en un lance de armas, que se le habia escapado, y que se habia dejado dos prendas: una voluntariamente: otra, como quien dice, robada.

Juan no habia tenido ocasion de ver aquellas prendas, que pesaban en su bolsillo, y que representaban para él todo un mundo de esperanzas: pero cuando se encontró solo, arrastró la silla en que estaba sentado, se volvió de espaldas á la puerta para cubrir con su cuerpo las alhajas de la vista de alguno que pudiese entrar de repente, y sacó aquellas joyas.

Por el momento le deslumbró el brillo del brazalete: estaba cuajado de diamantes: su valor debia subir á muchos miles de reales: Juan Montiño se aterró.

—¡Oh! ¿qué es esto señor? ¿qué es esto? dijo: ¿qué dama es esa que tan ricas, tan magníficas joyas usa? ¿y dónde iba esa dama tan engalanada? ¡oh! ¡Dios mio! ¡y qué pensará de mí esa dama! ¡si al echar de menos esta prenda me tomase por un ladron...?

La frente del jóven se cubrió de sudor frio, y se sintió malo.

—Pero si estos diamantes fueran falsos... puede ser muy bien... sino lo fueran esa dama debia ser... veamos; examinemos bien esta alhaja.

Y Juan Montiño miró de nuevo y de una manera ansiosa el brazalete.

Entonces la sangre se heló en sus venas, pasando instantáneamente del frio á la fiebre, como si su sangre se hubiera convertido en la lava de

un volcan. Sintió un zumbido sordo en sus oidos, y delante de sus ojos una nube turbia que los empañaba. Habia visto en el centro del brazalete, una placa de oro, y sobre ella, esmaltadas y entrelazadas, las armas reales de España y las imperiales de Austria.

Aquella prenda era efectivamente de gran valor: pertenecia á no dudarlo á las albajas de la corona.

Al reparar en aquellos dos blasones, una sospecha tremenda asaltó la imaginacion de Juan Montiño:

—¿Seria la tapada que se amparó de mí, la reina?

Juan Montiño habia oido hablar muchas veces á Quevedo, tres años antes, en ocasion en que andaba huido en Navalcarnero, por cierta muerte que habia causado en riña, muchas y picantes aventuras acontecidas en la córte: sabia que la corrupcion de las costumbres habia llegado en ella al último límite: que las damas mas principales solian verse muchas veces, á consecuencia de sus galanteos y de sus intrigas, en situaciones estraordinariamente estrañas y comprometidas: ¡pero la reina..! la lengua de Quevedo, que nada respetaba, habia respetado siempre á las damas de la familia real: acaso el gran mordedor, el gran satírico, habia guardado silencio por consideracion, por afecto, por un galante respeto, acerca de la reina y de las infantas... pero...

Estos *peros* habian hecho una devanadera de la cabeza de Juan Montiño.

No podia tener duda de que aquel brazalete era una prenda real, que habia quedado por un acaso en su mano, al desasir de ella violentamente su brazo la tapada: ¿porque la tapada llevaba aquel brazalete sino era la reina? y si era la reina ¿por qué le habia dejado voluntariamente otra prenda: la sortija?

El jóven examinó la sortija.

Era de oro con una esmeralda, y muy bella, pero no podia ni remotamente compararse su valor con el del brazalete. No importaba; la reina podia llevar por capricho aquella sortija; la mano de la dama tapada, estaba cuajada de ellas: Juan Montiño lo recordaba: habia visto un momento aquella hermosa mano arreglando el manto, á la última luz del crepúsculo. ¿Habia elegido con intencion la dama, entre todas sus sortijas para dejarle una señal, la que tenia una esmeralda como en representacion de una esperanza?

Juan Montiño se volvia loco.

Sumido se hallaba en una confusion de pensamientos á cual mas des-

cabellado; cuando una voz que resonó á sus espaldas, le hizo guardar apresuradamente el brazalete y la sortija.

—¡Señor Juan Montiño! habia dicho aquella voz.

Volvióse el jóven, y vió un paje que traia ropa de mesa, terciada en un brazo, en la una mano algunos platos, y en la otra dos botellas asidas por el cuello.

—¿Sois vos, señor, el sobrino del señor Francisco Montiño? dijo el paje.

—Ciertamente, yo soy.

—Pues bien, á vos vengo.

—¿Y á qué venís?

—A serviros de cenar.

—¡Ah!

—Si por cierto: el señor Francisco Montiño me ha dicho: Gonzalvillo, hijo: ve á aquel aposento, y lleva á un hidalgo, que encontrarás en él y que es mi sobrino, una empanada de olla podrida, un capon de leche, un besugo fresco cocido, un pastel ojaldrado, frutas, confituras, y dos botellas del bueno de Pinto. Sírvele bien, y si quisiere otras cosas, téngalas; como si se tratara de mí mismo.

Y el paje salió y entró repetidas veces, y acabó de cubrir la mesa en silencio y con sumo respeto, quedando atrás dos pasos é inmóvil, despues de llenar la copa, como si se hubiera tratado del mismo duque de Lerma, su señor.

Es de advertir, que la vagilla era de plata cincelada.

—¿Qué habrá encontrado mi tio Francisco en la carta de mi tio Pedro que asi se ablanda de repente, y asi me trata? dijo el jóven que habia comprendido lo bastante el carácter de su tio para estrañar aquel brillante exhabrupto: por darme de comer, mi tio me hubiera enviado un pote cualquiera, en un plato de Alcorcon: ¡pero esta vagilla! ¡estas velas de cera perfumada...! ¡estos candeleros de plata...! vamos, mi tio tiene sin duda sus razones para adularme, y me adula á costa del duque de Lerma. ¿En qué vendrá á parar tanto misterio?

Y el jóven siguió comiendo y bebiendo gentilmente, porque á los veinte y cuatro años los cuidados no quitan el apetito.

CAPITULO VI.

Porque el tio daba de comer de aquella manera al sobrino.

Ansioso de conocer el contenido de la voluminosa carta de su hermano, apenas se separó de su sobrino Francisco Montiño, cuando, contra su costumbre, su vocacion, y su conciencia, dejó encargado el servicio de la tercera vianda, de los postres y de los licores y vinos generosos, á uno de sus oficiales de la cocina del rey, que le habia acompañado, y se encerró en un aposentillo semejante á aquel en que habia dejado esperando á su sobrino.

Una vez allí, solo y seguro de toda sorpresa y de toda impertinencia, sacó de su bolsillo una caja de tafilete, de ella unas antiparras montadas en plata, se las acomodó en las narices, acercó á sí las dos bugías, sacó la carta, rompió su nema, desdobló los tres grandes pliegos de que la carta constaba, y los estendió delante de sí.

—Mucho ha escrito mi hermano en una sola noche, para tan enfermo como dice mi sobrino que se halla, murmuró limpiándose cuidadosamente las narices; leamos ahora, añadió despues de haber doblado y guardado su enorme pañuelo blanco.

He aquí la carta, á cuya cabeza habia una cruz, y debajo las tres iniciales de Jesus María y José:

«Navalcarnero, á 30 de noviembre del año del Señor de 1610.»

—¡Ah! dijo Montiño; ahora comprendo: estamos á 15 de diciem-

bre: esta carta ha empezado á escribirse hace quince dias, y lo que sin duda hizo anoche mi pobre hermano, fue concluirla: veamos, veamos.

«Mi buen hermano Francisco: estoy enfermo de unas calenturas malignas: hace algun tiempo que tomaron muy mal aspecto, pero no he querido decírtelo: hoy tengo ya la certidumbre de que estas calenturas acabarán conmigo en un plazo brevísimo, y por una parte, una solemne promesa que hice á nuestro hermano Gerónimo cuando murió, y mi conciencia por otra, me obligan á traspasar á tí un gran secreto de familia.

»El jóven que lleva el nombre de Juan Montiño, no es hijo de nuestro hermano Gerónimo.»

—¡Ah! esclamó interrumpiendo su lectura el cocinero mayor: bien dije yo cuando dije, que habia algo encerrado tras la secatura y la brevedad conque mi hermano me anunció el nacimiento de ese hijo que no es su hijo. Veamos, veamos, porque yo no se como mi hermano Gerónimo siendo quien era, pudo cargar con hijos de otro.

Y volvió á la lectura.

«No siendo hijo de nuestro hermano, no tengo que asegurarte que tampoco lo es de nuestra cuñada Genoveva, porque te consta que si como era virtuosa y honrada, hubiera sido hermosa, habria sido un prodigio.»

—¡Pero señor! dijo Montiño, deteniéndose de nuevo: ¿de quién es hijo este muchacho?

Y siguió leyendo.

«Figúrate, Francisco, que eres sacerdote, y que cuando lees esta carta estás escuchando en confesion á un moribundo: porque yo voy á traspasar á tí, y con autorizacion suya, la confesion que me hizo nuestro hermano Gerónimo hace veinte y cuatro años.»

Tomó cierta gravedad, despues de la lectura del anterior periodo, el semblante del cocinero del rey; que el hombre, aun estando solo, toma el color que le dan los sucesos y las circunstancias.

«Hace diez años, me dijó Gerónimo arrodillado delante de mí, por una disputa impertinente maté al capitan de la compañía de que era alférez. No se si las leyes de Dios me disculparán de aquel homicidio, pero las del honor me absuelven. Sin embargo, las pragmáticas me condenaban á muerte y huí. Antes de seis meses, volvia á llevar en otro tercio, como alférez, la bandera del rey.

«Consistió esto, en que cierto señor poderosísimo, habia interpuesto para con el rey sus buenos oficios; para con la familia del muerto sus

doblones, y en que, perdonado por la viuda y por los hijos, é indultado por su magestad, volvia al goce de mi empleo, como si nada hubiera acontecido.

«El mismo poderoso señor, que ya habia hecho tanto por mí, cuidó de mis adelantos, y en muy poco tiempo llegué á teniente, á capitan despues. Una bala me habia dejado cojo é inútil, y me vine al pueblo, ya con los inválidos, y seguro de que cuando yo faltase quedaria viudedad á mi buena Genoveva.

«Yo no podia olvidar, ni dejar de ser agradecido, á quien tantos beneficios me habia hecho.

«Pero ha llegado el momento en que se me pida, si bien de la mejor manera del mundo, el precio de esos beneficios.

«El magnate á quien tanto debo, ha tenido una aventura amorosa con una dama muy principal: esta dama es casada: su marido está ausente y ella se encuentra en cinta. Ha venido ocultamente al pueblo, y mi favorecedor me ha buscado tambien de una manera oculta. Por amor á lo que naciera, quiere que no sea un hombre ó una mujer que tenga que avergonzarse de su orígen, y me ha suplicado que puesto que Genoveva y yo no tenemos hijos, hagamos un fingimiento de embarazo de Genoveva y demos nuestro nombre legítimo al hijo de esa dama.

«Despues de esta confesion, Gerónimo me pidió consejo como hermano mayor y como sacerdote.

«Yo teniendo en cuenta que cuanto Gerónimo era, hasta su vida, lo debia á aquel personaje, cuyo nombre decia, no poder revelarme; viendo que no se le pedia aquel sacrificio por dinero; que no era posible, atendida la edad de Genoveva, que pudiera tener hijos á quienes perjudicase acaso el postizo, siendo ademas una grandísima obra de caridad el mejorar la suerte de la criatura que naciera, le aconsejé, es mas, le reduje á que se prestase á aquel engaño, con el cual á nadie perjudicaba ni ofendia, antes bien hacia un beneficio inmenso á un desventurado.

«En efecto, cuatro meses despues, se trasladó de noche muy tarde y muy recatadamente, á casa de nuestro hermano, en una litera, una dama tapada, acompañada de un caballero cuidadosamente cubierto, y algunas horas despues, á oscuras, asistida por una partera, que creia asistir á Genoveva, dió á luz aquella dama, á nuestro pobre Juan.

«A pesar del peligro inminente en que ponia su vida, la dama salió de la misma manera misteriosa de casa de Gerónimo y desapareció.

«Al tercer dia yo mismo bauticé á Juan como hijo legítimo de nues-

tro hermano, y aunque todos en el pueblo estrañaban que Genoveva á sus años hubiese dado á luz un hijo, tuviéronlo á milagro, pero no desconfiaron.

«Pasaron algunos años: Juan crecia hermoso y robusto.

«A los diez años, ya sabia gramática, que yo le habia enseñado, trasladaba al romance á Horacio y á Virgilio, y ademas mostraba gran aficion á las armas.

«Queríale Gerónimo como si hubiese sido realmente su hijo: Genoveva al morir, nos encargó con las lágrimas en los ojos, que no le desamparásemos, y yo fenecia de placer cuando mi rapazuelo corregia á los padres graves que solian pasar por el pueblo, el latin corrupto que vomitaban con tanto esceso cuanta era su ignorancia.»

—De modo que, dijo interrumpiendo de nuevo su lectura Montiño: tenemos en nuestro sobrino pegadizo todo un sabio: pues mejor: al duque de Lerma le gustan los mozos de provecho. ¿Quién sabe?

Y despues de meditar un momento sobre esta pregunta que se habia hecho el cocinero del rey, tornó á la lectura.

«El mismo dia en que Juan cumplia los doce años, paró delante de la puerta de nuestra casa un domine vestido de negro, montado en una mula y acompañado de un mozo. Preguntó por nuestro hermano, y cuando le hubo visto le dijo: que era un eclesiástico que se dedicaba á ser ayo de jóvenes, que un caballero á quien no conocia, le habia dicho que nuestro hermano le habia encargado de buscar una persona docta y de buenas costumbres, que acompañase á un hijo suyo, cuidase de él, y le asistiese mientras hacia sus estudios en la Universidad de Alcalá, para cuyo efecto le enviaba con una carta de recomendacion. Guardó silencio nuestro hermano, mientras duró el mensage y tomando la carta, vió que el verdadero padre de Juan, aunque con un sentido doble, por el cual aunque se hubiera perdido aquella carta no se hubiera perdido el secreto, le suplicaba enviase á Alcalá á hacer los estudios que mas le agradasen á Juan, bajo la vigilancia del bachiller Gil Ponce, hombre de virtud y conciencia, en quien podia confiarse enteramente. Añadia la carta que no habia que pensar en los gastos, y concluia suplicando encarecidamente á Gerónimo no se negase á aquella demanda. A aquella carta acompañaba una maleta, y dentro de la maleta, se encontraron ropas para Juan, y doscientos ducados en oro.

«Nuestro hermano no tenia derecho alguno á oponerse, pero sintió grandemente que su pobreza no le permitiese sufragar los gastos de los

estudios de Juan: á los tres dias abrazó llorando á nuestro rapazuelo, que partió acompañado de su ayo y llevando en el bolsillo algunos ducados de que nos desprendimos sin dolor Gerónimo y yo, aunque no nos quedaban otros tantos.

«En cuanto á los doscientos que contenia la maleta, se entregaron íntegros al señor Gil Ponce.

«Juan volvió por vacaciones.

«Por lo que habia aprendidó, comprendí que los maestros de Alcalá eran dignos por su ciencia de la famosa universidad complutense. En cuanto al estado de educacion y de buenas costumbres en que Juan volvia, comprendí tambien que se habia tenido un gran acierto en elegir para ayo de un jóven, al señor Gil Ponce.

«Este permaneció con nosotros durante las vacaciones y se volvió con Juan cuando llegó el tiempo de abrirse de nuevo las aulas.

«Todos los años Gerónimo recibia una maleta llena de ropa, y doscientos ducados. Cuando Juan cumplió los diez y ocho años, acompañaron á la maleta y al dinero una espada y una daga magníficas, aunque muy sencillas, como convenia al hijo de un hidalgo pobre.

«Juan cursó en Alcalá letras humanas, teología, derecho civil y canónico; á los diez y ocho años era bachiller, á los veinte y uno licenciado; montaba á caballo como si á caballo hubiera nacido, y en cuanto á esgrimir los hierros, vencia á su padre, y aun á mí mismo, que ya sabes que meto una estocada por el ojo de una aguja, me hacia sudar y andar listo. Yo le enseñé todo lo que sabia en esgrima que no es poco y estoy seguro, de que no hay dos en la córte, que le metan un tajo ó que le alcancen con una estocada.»

—¡Ah! ¡ah! murmuró Montiño: tambien le gustan á su escelencia los mozos diestros y valientes.

Y siguió leyendo.

«Hace tres años que Juan volvió definitivamente, terminados sus estudios. Ya hacia dos que, por muerte del señor Gil Ponce, iba solo á Alcalá. Sin embargo, en esos dos años, no se pervirtió á pesar de andar entre estudiantes. Ni bebe, ni juega, ni riñe: solo tiene una aficion, y esta es muy natural á sus años: es enamorado y audaz con las mujeres.»

Dió un salto sobre su sillon al leer esto Montiño.

—¡Ah! ¡ah! bueno es saberlo, esclamó.

Y siguió la carta adelante.

«Pero ni las mujeres le engañan, ni él procura engañar á la que por inocente pudiera ser engañada.»

—¡Hum! interrumpió el cocinero, sin dejar de leer.

«Es un mozo completo, lo que se debe en gran manera á su padre, porque nosotros por nuestra pobreza, no hubiéramos podido darle los estudios que se le han dado, el título que posee y que podrá servirle de mucho.

«Pero la conducta de su padre, es hasta cierto punto estraña: solo ha atendido á la subsistencia de su hijo, mientras ha sido estudiante: pero despues le ha abandonado á sí mismo y á nuestra pobreza.

«La circunstancia que hay tambien estraña es, que siendo lo natural que para ir á Alcalá desde Navalcarnero, se pase por Madrid, siempre, por espresa prohibicion de su padre, ha pasado junto á Madrid, dejándole á alguna distancia á la izquierda, cuando ha ido á Alcalá.

«El pobre ha vivido ayudando al escaso sueldo de su padre, y á lo poco que yo gano como sacerdote, dando lecciones de latin, algunas fuera del pueblo, costándole todos los dias un viaje.

«Hace dos años, antes de morir, me dijo nuestro hermano: No te he dicho todo lo que se respecto á Juan: Dios no quiere que yo viva hasta que cumpla los veinte y cinco años: para entonces le espera una gran fortuna.»

—¡Una gran fortuna cuando cumpla los veinte y cinco años, y nació el dia de San Marcos del año de...! veamos: le quedan pocos meses para cumplirlos: ¡ah! ¡ah! ¡diablo! ¡Una gran fortuna! no hay como ser hijo secreto de gran señor: ¿y qué fortuna será esta? ¡oidor en Indias! ¿quién sabe? ¡secretario del rey! ó lo que es mejor, secretario del secretario de Estado. ¡Ah! ¡diablo! será necesario estar bien con el muchacho ¡eh! ¡eh! veamos, veamos.

«Esta gran fortuna, continuó nuestro hermano Gerónimo, está encerrada en un cofre que está guardado en aquel armario que no se ha abierto hace veinte y cuatro años.—¿Pero qué contiene ese cofre? pregunté á Gerónimo.—No lo sé, contestó, solo se que pesa mucho, y que cuando me le entregaron, ví meter en él como si se hubiesen olvidado algunos papeles: aquellos papeles parecian como escrituras.»

Abrió enormemente los ojos Montiño y le pareció que las letras que de allí en adelante contenia la carta eran de oro.

«Delante de mí el escribano Gabriel Perez, selló el cofre, y pegó sobre él, de modo que para abrirle es necesario romperle, un testimonio

en que constaba que yo habia recibido aquel cofre cerrado el dia de San Marcos de 1586.

«Yo firmé un recibo en que me obligaba á entregar aquel cofre cerrado, tal cual le habia recibido, á la persona cuyo nombre constase en el recibo, ó á Juan con facultades de abrirlo; si al devolverme el recibo se espresaba en él esta circunstancia; yo trasmito á tí ese cofre, por una cláusula de mi testamento que te obliga á cumplir, lo que yo no puedo por mi muerte.

«Despues me reveló el nombre del padre de Juan, nombre ilustre, nombre de uno de los españoles mas grandes y nobles que han honrado á nuestra patria, nombre que no me atrevo á escribir porque aunque Juan me inspira mucha confianza, una carta puede perderse.

«Es necesario, pues, que te pongas inmediatamente en camino. Deja en la córte á Juan, porque al pobre muchacho le seria muy doloroso verme morir. No le digas que tú vienes, para que no se empeñe en acompañarte.

«Ven, porque es necesario que ese ilustre nombre que ha guardado Gerónimo durante veinte y dos años como un depósito sagrado; que he guardado yo despues de la muerte de nuestro hermano, pase á tí despues de mi muerte.

«Ven, porque solo á tí diré yo ese nombre y eso muy bajo por temor de que lo escuchen las paredes: si cuando vengas he muerto, ese nombre bajará conmigo á la tumba.

«Como podrá suceder que llegues tarde porque mi mal se agrava estraordinariamente de momento en momento, permiteme que respecto á Juan te dé algunos consejos que podrán aprovecharte.

«No seas miserable ni áspero con Juan: te digo esto porque te conozco: has amado á tus hermanos, pero has amado mas al dinero: tus hermanos han sufrido resignadamente su pobreza, porque tus hermanos sabian bien, que si te pedian socorros se los hubieras enviado, pero causándote una dolorosa herida cada doblon de que te hubieras desprendido: tus hermanos no han querido hacerte sufrir; perdona á uno de ellos moribundo, el que te diga estas palabras y no veas en ellas una queja: se únicamente justificar el consejo que voy á darte: se generoso con Juan: se franco: él es sumamente agradecido y leal, y tal persona puede llegar á ser, que si tú te haces amar de él, sea para tí su amor un tesoro: tienes ademas, hermano, un escelente corazon, pero eres receloso, desconfias de todo... y luego... tu avaricia... Juan es muy generoso y muy

delicado. No desconfies de él porque esto le resentiria y te repito, el cariño de Juan dentro de muy poco tiempo puede valerte mucho.

«Allá te le envio pobre de ropa y de bolsillo, pero muy hermoso, pero muy valiente, muy noble, casi sabio.

«¡Ah! te advierto para lo que te pueda convenir, que hace tres años vino aquí huyendo de ciertas malas aventuras el docto y regocijado don Francisco de Quevedo. Conoció á Juan, y se hicieron los mas grandes amigos del mundo. Don Francisco es un hombre que vale mucho, y que podrá servir de mucho á Juan. Y cuando Quevedo que es un hombre que estrecha muy pocas manos de buena fé, distingue y ama y no muerde con su sangrienta burla á nuestro hijo, mucho debe este de valer.

«Allá te lo envio: sale de aquí sin un maravedí y sin una camisa. Cuando llegue á esa, llegará hambriento, cansado, mojado: préstale mesa á que sentarse, ropa con que mudarse, lecho en que descansar: no le niegues nada de esto Francisco: recuerda que tu hermano y yo le hemos amado como si fuera un hijo de nuestra sangre, y que yo, que nunca te he pedido nada, te lo suplico desde el borde de mi sepultura.

«Sobre todo: ven al instante, porque me siento morir.—Tu hermano que desea verte un solo momento y espirar en tus brazos, Pedro Martinez Montiño.»

Enjugóse el cocinero del rey dos lágrimas enormes que le habia arrancado el final de la carta de su hermano, la guardó cuidadosamente en un bolsillo y se puso á pasear por la pequeña estancia, profundamente pensativo.

—Si, si, es preciso, dijo al fin: me le han endosado: prescindiendo de que llegue á ser ó no ser, yo no puedo... vamos de ningun modo: un mozo hermoso, y esto es verdad, que ha sido estudiante, que le gustan desordenadamente las mujeres y que puede dar un chirlo al lucero del alba... no, no... es imposible que yo tenga á ese mancebo en mi casa... mi mujer, mi hija... gracias á que las tengo seguras guardándolas y cerrando mi puerta á piedra y lodo: y luego no teniéndole en mi casa, échese vuesamerced el cargo de pagarle un dia y otro la posada durante quince meses: no señor: será preciso que el duque de Lerma le dé un oficio... es verdad que cualquier oficio por pequeño que sea el que me dé el duque, podria valerme algo, y en estos tiempos... pero de mal el menos: ¡ah! me olvidaba de que ha salido sin almorzar de Navalcarnero. ¡Ola! ¡eh! dijo abriendo la puerta y entrando en la repostería: Gonzalvillo, hijo ven acá.

Acercóse un paje.

—Ve á aquel aposento, le dijo, y lleva un servicio de mesa, un pastel de olla podrida, un capon de leche asado, un besugo cocido, un pastel ojaldrado, frutas y confituras, y dos botellas de vino de Pinto, á un hidalgo que se llama Juan Montiño, que es mi sobrino, hijo de mi hermano : sírvele bien, hijo, sírvele, y guardate por el servicio las sobras, que bien podrás sacar de ellas dos reales.

Gonzalvillo se separó de la puerta, y cuando Montiño iba á cerrarla, se le presentó de repente un hombre.

—¡Eh! ¡esperad señor Francisco, esperad! ¡pues á fé que me ha costado poco trabajo llegar aquí para que yo os suelte!

—¡Ah! ¡señor Gabriel! ¿y qué me quereis? dijo el cocinero del rey, con mal talante. Entrad, entrad, y decidme lo que me hayais de decir.

Entró aquel hombre, y Montiño se encerró con él.

CAPITULO VII.

Los negocios del cocinero del rey.—De cómo la condesa de Lemos habia acertado hasta cierto punto al calumniar á la reina.

El hombre que acababa de entrar era un hombre característico.

Si la persona que tiene alguna semejanza típica con la fisonomía de algun animal, tiene las propensiones del animal á quien se parece, aquel hombre debia tener alma de lobo, pero de lobo viejo y cobarde, que en sus últimos tiempos hace por la astucia, lo que en su juventud ha hecho por la fuerza.

Habiendo dicho que la fisonomía de aquel hombre se parecia á la de un lobo viejo, nos creemos dispensados de una descripcion mas minuciosa.

Bástanos añadir, que aquel hombre en su juventud, debió ser alto y robusto, que á causa de sus años, que casi rayaban en los sesenta, estaba encorbado, y que á la espresion feroz que debió brillar en sus ojos y en su boca, cuando ganaba la vida matando á oscuras y sin dar la cara, habia sustituido una mirada hipócrita, y una sonrisa fria y asquerosa que parecia haberse estereotipado en su boca rasgada.

Aquel hombre que en otros tiempos habia sido rufian y asesino (nosotros sabemos que lo fue, y basta que lo digamos á nuestros lectores sin que nos entremetamos á contarles una historia que nada nos interesa) era hacia ya algunos años ropavejero en la calle de Toledo, y corredor de no sabemos cuantas honradas industrias.

Conocíale Montiño, y aun le trataba íntimamente, porque el cocinero del rey era hombre de negocios, y un hombre de negocios suele necesitar de toda clase de gentes. Pero como el buen Montiño sabia demasiado que el señor Gabriel Cornejo, habia sido perseguido por la justicia, salpimentado mas de tres veces por ella, puesto por sus méritos en esposicion pública mas de ciento, para ejemplo de la buena gente y compañero íntimo de un banco y de un remo durante diez años, guardábase muy bien, sin duda por modestia, de decir á nadie que conocia á tan recomendable persona, y mucho mas de que le viesen en conversacion con ella.

Por esta razon, Montiño que tenia suficiente causa para estar entristecido con la muerte próxima ó acaso consumada de su hermano y con la venida de un sobrino putático que se le entraba por las puertas, sin dinero y sin camisas, acabó de ennegrecerse al ver que el señor Gabriel Cornejo se arrojaba á buscarle nada menos que casa del duque de Lerma, y en medio de una legion de pajes y lacayos, gentes que á todo el mundo conocen, y que hablan mal de todo el mundo.

—¿Qué cosa puede haber que os disculpe de haberme venido á buscar de una manera tan pública? dijo severamente Montiño.

—¡Bah! señor Francisco: nadie tiene nada que decir de mí: contestó sonriendo de una manera sesgada Cornejo; si en mis tiempos fuí en tanto casquivano, y no supo guardar el bulto, ahora todo el mundo me conoce por hombre de bien y buen cristiano. Y luego sobre todo, cuando las cosas son urgentes y apremiantes, y es menester aprovechar los momentos...

—¿Pero que sucede?

—Suceden muchas cosas: por ejemplo: esta tarde ha estado en mi casa el tio Manolillo.

—¿Y qué me importa el bufon del rey?

—Despacio y paciencia. Quien escucha oye, y cosas pueden oirse, que valgan mucho dinero.

—Sepamos al fin de que se trata.

—Ya que de dinero he hablado, se trata de dinero, y de un buen negocio: de una ganancia de ciento por ciento.

—¡Ah! ¿y qué tiene que ver con eso el bufon del rey?

—El tio Manolillo ha ido esta tarde á mi casa, se ha encerrado conmigo ó yo me he encerrado con él, y de buenas á primeras como hombre de ingenio y de esperiencia, que sabe que todas las palabras que so-

bran en una conversacion deben callarse, me ha dicho:—¿Conoceis á un hombre que quiera matar á otro?

—¡Oh! ¡oh! esclamó Montiño, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Yo que tambien se ahorrar de palabras cuando conozco á la persona con quien hablo, le contesté:—¿Quién es el hombre que quereis despachar al otro mundo?—Un caballero muy rico y muy principal.—¿Cómo quién? por ejemplo, le pregunté.—Asi como el duque de Lerma ó el de Uceda, ó el conde de Olivares.—¿Pero no es ninguno de los tres?—No: pero aunque no lo parece vale mas que todos ellos.—Pues entonces si vale mas... por el duque de Lerma, pediria mil doblones: por el otro mil quinientos.—Trato hecho, dijo el bufon.—¿Cuándo ha de ser?—Guando esté depositado en buenas manos el dinero.—¡Qué! ¿no le teneis?—Nada os importa eso.—Es verdad.—Adios.—Dios os guarde.

—¡Con qué el tio Manolillo...! esclamó sériamente admirado Montiño: esto es grave, gravísimo. ¿Y no os dijo, señor Gabriel, quién era su enemigo?

—No me lo ha dicho, pero yo lo sé.

—¡Ah! ¿y cómo lo sabeis vos?

—¿Quién es en la córte, un hombre que vale tanto como el duque de Lerma, el de Uceda, ó el conde de Olivares?

—¡Bah! hay muchos: el duque de Osuna.

—Está de virey en Nápoles.

—El conde de Lemos.

—Está desterrado.

—Don Baltasar de Zúñiga.

—Ese es un caballero que suele estar bien con todo el mundo.

—Pues no acierto.

—Es verdad: lo que generalmente no vemos, cuando se trata de estos negocios, es lo que mas tenemos delante de los ojos. ¿Os habeis olvidado del secretario del duque de Lerma?

—¡Don Rodrigo Calderon!

—Ese, ese es el enemigo del tio Manolillo.

—Pero no entiendo porque pueda ser enemigo de don Rodrigo el bufon de su magestad.

—¡Bah! ya veo, señor Francisco, que vos sabeis muy poco.

—No me es fácil dar con el motivo de la ojeriza que decís tiene el tio Manolillo, á don Rodrigo.

—¿Conoceis á una comedianta, que se llama Dorotea, que baila como una ninfa en el corral de la Pacheca?

—¡Ah! ¿una valenciana hermosota, deshonesta, que ha estado dos veces presa, por no bailar como era conveniente?

—La misma. Pues bien esa mujer es hermana ó querida ó hija, no se sabe cual de los tres, del tio Manolillo.

—Me estais maravillando, señor Gabriel. ¿Con qué la Dorotea..?

—Si señor, la Dorotea es mucha cosa del bufon del rey. Pero no es esto todo. El duque de Lerma...

—Si, si, ya sé que el duque visita á la Dorotea.

—Pero no sabeis quien ha andado de por medio para concertar esas visitas.

—Si, si, ya sé que el medianero, el que ha llevado los primeros regalos, el que acompaña de noche al duque y le guarda las espaldas es don Rodrigo Calderon.

—Vamos, pues, de seguro no sabeis que el duque de Lerma, es quien paga, y don Rodrige Calderon quien goza.

—¿Pero quién os dice tanto? esclamó admirado Montiño.

—Ya sabeis que yo tengo muchos oficios.

—Demasiados quizá.

—Están los tiempos tan malos, señor Francisco, que para ganar algo es necesario saber mucho. Saben que sé muchas princesas, y una de ellas, conocida de la Dorotea, la encaminó á mí para que la sirviese. Dorotea queria un bebedizo.

—¡Ah! ¡ah! ¡las mujeres! ¡las mujeres!

—Son serpientes, vos no lo sabeis bien, señor Montiño: como se les ponga en la cabeza doctorar á un hombre en la universidad de Cabra, aunque el amante ó el marido las encierren en un arca y se lleven la llave en el bolsillo, le graduan.

Movióse impaciente en su silla el cocinero del rey, porque se le puso delante su mujer que era jóven y bonita.

—Pero á serpiente, serpiente y media. Cuando ella me pidió el bebedizo, me dije: podrá convenirme saber quien es el hombre á quien quiere esta muchacha entre tantos como la enamoran. Porque yo soy muy prudente, y se que el saber por mucho que sea no pesa. Díjela que el bebedizo no podia producir buenos efectos sino se conocia á la persona á quien habia de darse. Entonces la Dorotea poniéndose muy colorada me dijo:—El hombre que yo quiero que no quiera á ninguna mujer mas que

á mí es don Rodrigo Calderon.—Necesito saber como habeis conocido á don Rodrigo Calderon, la dije.—¿Necesario de todo punto?—Ya lo creo: y si fuera posible hasta el dia y la hora en que le vísteis por primera vez. —¿Y sino os lo digo no me dareis el bebedizo?—Os lo daré, pero sino sé de cabo á rabo cuanto os ha acontecido y os acontece con don Rodrigo Calderon, no os quejeis si el bebedizo no es eficaz.—Entonces la moza se sentó, y me confesó que habia conocido á don Rodrigo cuando don Rodrigo fué á hablarla de parte del duque de Lerma; que se habia enamorado de él, y don Rodrigo de ella. Que, en una palabra, el duque de Lerma paga y se cree amado, y don Bodrigo Calderon, que no la paga y á quien ella ama, la engaña amando á otra.

—¡Ah!

—¡Y si supiérais quién es esa otra, señor Francisco!

—Alguna cortesana que tiene tan poca vergüenza como don Rodrigo Calderon.

—Pues os engañais, es la primera dama de España.

—¿Por hermosa?

—No tanto por hermosa, aunque lo es, como por noble.

—¡La dama mas noble de España! ved lo que decís: cualquiera pudiera creer...

—¿Que esa tan noble dama es la reina? ¿no es verdad? dijo con una malicia horrible Cornejo.

—¡La reina! ¡su magestad! esclamó dando un salto de sobre su silla Montiño.

—La misma. Su magestad la reina de España es la querida de don Rodrigo Calderon.

—¡Imposible! ¡imposible de todo punto! ¡yo conozco á su magestad! ¡no puede ser! ¡Creeria primero que mi hija...!

—Vuestra hija podrá ser lo que quiera, sin que por eso deje de ser lo que quiera tambien la reina.

—¡Pero la prueba! ¡la prueba de esa acusacion! señor Gabriel, dijo el cocinero del rey, á quien se habia puesto la boca mas amarga que si hubiera mascado acibar. ¡La prueba!

—He ahí, he ahí cabalmente lo que yo dije á la Dorotea: ¡la prueba!

—¿Y esa mujerzuela tenia la prueba de la deshonra de su magestad?

—La tenia.

—¿Pero qué tiene que ver esa perdida con la reina? ¿quién ha podido darla esa prueba?

—El duque de Lerma.

—Me vais á volver loco, señor Gabriel: no atino....

—No es muy fácil atinar. Pero dejadme que os cuente, sin interrumpirme, sin asombraros, oigais lo que oigais, y concluiremos mas pronto.

—Y me alegraré, porque no me acuerdo de haber estado en circunstancias tan apremiantes en toda mi vida.

—Pues al asunto. Yo que habia hecho confesar á la Dorotea quien era la dama que la causaba celos, asegurándola que sino me contaba todas las circunstancias, sin dejar una, de su asunto, podría suceder que no fuese eficaz el bebedizo, me dijo en sustancia lo siguiente:—Una noche don Rodrigo fué muy tarde á verme: al quitarse la ropilla se le cayó de un bolsillo interior una cartera, que don Rodrigo recogió precipitadamente. Yo me callé, pero cenando, le hice beber mas de lo justo acariciándole, mostrándome con él mas enamorada que nunca. Don Rodrigo se puso borracho y se durmió como un tronco. Entonces me levanté quedito, fuí á la ropilla, tomé la cartera, la abrí y encontré en ella cartas de una mujer; de una mujer que firmaba *Margarita.*»

—Pero eso es muy vago... muy dudoso, dijo con anhelo Montiño: si la reina ha de responder de todas las cartas que lleven por firma Margarita...

—Oid, señor Montiño, oid y observad, que la Dorotea no es lerda:

—Cuando leí el nombre de Margarita, solo, sin apellido... sospeché, porque tratándose de don Rodrigo es necesario sospechar de todas las mujeres... sospeché que aquella Margarita que se dejaba en el tintero su apellido era... Margarita de Austria.

—Pero señor, señor, esclamó todo escandalizado y mohino el cocinero de su magestad: esa mujer tan vil, de cuna tan baja... esa perdida ¿sabe leer?

—Como que es comedianta, y necesita estudiar los papeles.

—¡Ah! dijo dolorosamente Montiño, cayendo desplomado de lo alto del que creia un poderoso argumento.

—Oigamos á la Dorotea que aun no ha concluido:—sospeché que aquella Margarita, que citaba misteriosamente á don Rodrigo, era la reina, y como no me atrevia á quedarme con una sola de las cartas, las miré, las remiré, hasta que fijé en mi memoria la forma de las letras

de aquellas cartas, de modo que estaba segura de no engañarme si veia otro escrito indudable de la reina. El duque de Lerma me dará ese escrito, dije, ó he de poder poco. Y volví á meter las cartas en la cartera, y la cartera en el bolsillo de donde la habia tomado.—Cuando se fué don Rodrigo, observé que de una manera disimulada, pero curiosa, se informaba de si la cartera estaba en su sitio, y cuando aquella noche vino el duque de Lerma, le recibí con despego, le atormenté, me ofreció como siempre alhajas y yo... yo le pedí que me trajese un escrito indudable de la reina. Asombróse el duque, me preguntó el objeto de mi deseo, insistí yo, diciendo que era un capricho, y á la noche siguiente el duque me trajo un memorial en que se pedia una limosna á la reina, y á cuyo márgen se leia: «Dense á esta viuda, veinte ducados por una vez:» y debajo de estas palabras una rúbrica. ¡Era la misma letra, la misma rúbrica de las cartas! no podia tener duda; la reina era amante de don Rodrigo Calderon.

—Pues señor, dijo Montiño: á pesar de todo os digo, señor Cornejo, que antes de creer en eso soy capaz de no creer en Dios.

—Sea lo que quiera: pero oid y atad cabos: ya os he dicho que el tio Manolillo me preguntó cuanto dinero se necesitaba para despachar una persona principal, y que yo le dije que mil y quinientos doblones: que el tio Manolillo no los tenia: que la Dorotea cree que don Rodrigo Calderon tiene cartas de amores de la reina.... que está celosa.... recordad bien esto.

—Si, si, lo recuerdo.

—Pues bien, esta noche, una dama muy principal á lo que parece, ha estado casa de mi comadre la señora María; la que tan honradamente vive con el escudero su marido el señor Melchor, que tan hermosa era hace veinte años, que sigue aumentando sus doblones empeñando y prestando con una usura que da gozo: ya sabeis que cuando la señora María necesita para sus negocios un dinero, viene á mí, como yo vengo á vos.

—Bien, bien, ¿pero qué?

—Esa dama que os he dicho, ha ido encubierta esta noche á casa de la señora María, ha ido encubierta tambien algunas otras veces á pedir dinero. Pero siempre escepto esta noche, ha llevado una alhaja de mucho precio, ha vuelto con otras, pero no ha desempeñado ninguna. Esta noche ha ido, toda azorada, asustada, trémula, ha pedido á la señora María mil y quinientos doblones (nunca habia pedido tanto) ofreciendo dar por ellos tres mil, en el término de un mes. Ya veis si es negocio.

—¡Pues hacerlo! ¡hacerlo! dijo Montiño.

—Lo haremos á medias, ó mejor dicho á tercias, entre vos, la señora María y yo: quinientos doblones cada uno.

—¿Y para eso me habeis buscado, me habeis entretenido y me habeis mentido tanto? dijo levantándose Montiño con visibles muestras de despedir á Cornejo.

—Esperad... esperad, que el negocio lo merece, repuso el señor Gabriel con gran calma. Recordad: yo pido al tio Manolillo esta tarde mil y quinientos doblones por la vida de un hombre principal, que sé de seguro que es don Rodrigo Calderon: don Rodrigo Calderon tiene unas cartas de la reina que la comprometen, y esta noche va á casa de la señora María á pedir mil y quinientos doblones una dama, que aunque no la conocemos, debe ser principalísima. ¿No creeis que debe meditarse esto, señor Francisco? ¿No creeis que en esto danzan las cartas, la reina y el tio Manolillo, y tal vez la reina en persona...?

—¿La reina en persona...? ¿Creeis que la reina haya podido ir á casa de la señora María de noche y sola?

—Yo ya no me admiro de nada, señor Francisco, de nada: ademas que la dama tapada ofreció como seguridad de los mil y quinientos doblones, mejor de los tres mil doblones, un recibo en forma de puño y mano de la reina, firmado por ella misma.

—¿Pues qué mejor seguridad quereis? haced el negocio, y dejadme en paz á mí; no quiero mezclarme en él: y siento mucho que me hayais dicho tanto, porque cuando se trata de enredos lo mejor es no saberlos.

—Pero venid acá: ¿no veis que nosotros solos no podemos hacer ese negocio?

—¿Y por qué? ¿acaso me vendreis á decir, á quererme hacer creer que la señora María y vos, no teneis mil y quinientos doblones?

—La dificultad no es el dinero, sino la seguridad de él: nosotros no conocemos la letra de la reina y vos...

—Yo no la conozco tampoco.

—Señor Francisco, vos sois mas en palacio, que cocinero del rey.

—¡Y bien! ¿qué? no quiero meterme en este negocio.

—O quereis hacerlo vos solo, dijo irritado por la codicia el tio Cornejo.

—Hablemos en paz, señor Gabriel, dijo el cocinero mayor, y concluyamos, concluyamos de todo punto. No digais á nadie lo que á mi me habeis dicho, porque podríais ir á la horca.

Echóse á temblar aquel viejo lobo, porque le constaba que el cocinero mayor era uno de esos poderes ocultos, que bajo una humilde librea, han existido, existen y existirán en todas las córtes.

—En cuanto al negocio, añadió Montiño, no me meto en él: haced lo que querais, y lo mejor que podeis hacer ahora, es... iros.

Vaciló todavía el señor Gabriel Cornejo, pero una mirada decisiva y un ademan enérgico de Montiño, le decidieron; se despidió hipócritamente deshaciéndose en disculpas, y cuando ya estaba cerca de la puerta, el cocinero del rey, como obedeciendo á una idea súbita, le dijo:

—Esperad.

Cornejo se volvió lleno de esperanza.

—¿Vais á ver á la señora María?

—Ciertamente, necesito decirla vuestra resolucion.

—Pues decidla ademas que prepare esta misma noche un aposento con lecho en su casa, y que cuando llame á su puerta uno que se nombrará sobrino mio, que le reciba que yo respondo de los gastos.

Voló la esperanza causando una dolorosa impresion en el señor Gabriel Cornejo, que se despidió de nuevo murmurando:

—He sido un imprudente: no debia haber hablado tanto: yo confiaba en su codicia; pero esta visto: su avaricia es mayor de lo que yo creia. Quiere hacer el negocio por si solo.

Entre tanto el cocinero del rey murmuraba abstraido y pensativo:

—Es muy posible que sea verdad cuanto ese bribon me ha dicho: yo no me fio de ninguno: un negocio redondo por otra parte: mil quinientos doblones de ganancia, como quién dice de una mano á otra: pero el asunto es demasiado grave, y la prudencia aconseja no meterse de frente en él... mi sobrino postizo es hombre, segun dice mi hermano, capaz de meter un palmo de acero al mas pintado, y don Rodrigo Calderon, está en el banquete del duque... despues se encerrará en su despacho, y saldrá allá muy tarde por el postigo... ¡Ah señor, sobrino! os voy á procurar una buena ocasion... una ocasion que os hará hombre.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció una dueña.

—¡Ah, señor Francisco! ¡y cuanto trabajo me ha costado encontraros! dijo la dueña. He tenido que decir que venia de palacio, con órden de sú magestad para vos.

—¿Y es cierto...? ¿traeis órden?

—Casi, casi. Os traigo una carta.

—Dadme acá, doña Verónica, dadme acá.

La dueña entregó una carta al cocinero mayor, que este abrió con impaciencia.

«Teneis un sobrino, decia, que acaba de llegar á Madrid: enviadle al momento á palacio. Tened en cuenta, que se trata de un negocio de Estado: que espere junto á la puerta de las Meninas, por la parte de adentro. Pero luego, luego.»

Esta carta no tenia firma.

—¿Quién os ha dado esta carta, doña Verónica? No conozco la letra, no tiene firma. ¿Estais de servicio?

—¡Ay! ¡si señor! Y yo no sé que hay esta noche en palacio: las damas andan de acá para allá. La camarera mayor está insufrible, y la señora condesa de Lemos tan triste y pensativa... algo debe de haber sucedido grave á la señora condesa.

—¿Pero quien os ha dado esta carta?

—La señora condesa de Lemos.

—La condesa de Lemos no es alta, ni blanca, ni... no señor, murmuró Montiño.

—Ea, pues quedad con Dios, señor Francisco, dijo la dueña. No me hallo bien fuera de palacio; es ya tarde y está la noche tan oscura...

—¿Os han dicho que lleveis contestacion?

—No señor.

—Pues id con Dios, doña Verónica, id con Dios. Voy á mandar que os acompañen.

—No, no por cierto: vengo de tapadilla; adios.

— Dios os guarde.

La dueña se envolvió completamente en su manto, y salió.

—Que me confundan si entiendo una palabra de esto, dijo Montiño. ¿Si será verdad...? ¿si será la reina la que necesite en palacio á mi sobrino...? ¡pero señor...! ¿cómo conocen ya á mi sobrino en palacio?

Montiño tomó el partido de no devanarse mas los sesos; para tomar este partido tomó tambien una resolucion.

—Es preciso, dijo, que mi sobrino vaya á palacio con las cartas de la reina.

Y saliendo del aposento en que se encontraba, atravesó la repostería y se entró en el otro aposento donde estaba su sobrino.

CAPITULO VIII.

De como el señor Francisco le pareció su sobrino un jigante.

Hacia ya tiempo que el jóven habia acabado de comer y hacia su digestion, recostada la silla contra la pared, puestos los piés en el último travesaño del mueble, y entregado á un pensamiento profundo.

Al sentir los pasos del cocinero mayor, dejó la actitud en que se encontraba para tomar otra mas decente.

—¿Habeis comido bien, sobrino? dijo el cocinero.

—Es la primera vez que he comido, tio, contestó el jóven.

—¿Os encontrais fuerte?

—Si por cierto.

—¿De modo que embistiríais con cualquier aventura?

Al oir la palabra aventura, Juan Montiño que se habia distraido por un momento de su idea fija, volvió á ella.

—¿Conoceis á la reina, tio? le preguntó.

—¡Pues podia no conocerla! dijo con sorpresa el señor Francisco.

—¿Es la reina alta?

—Si.

—¿Es la reina gruesa...? es decir... ¿buena moza?

—Si.

—Pues tio, yo quiero conocer á la reina.

—Yo creo que estás loco sobrino... ¿qué preguntas son esas, y qué empeño?

—Empeño... no por cierto... pero me ha hablado tanto de lo buena que es su magestad, mi amigo don Francisco de Quevedo...

El cocinero mayor estaba alarmado.

—¿Conoces tú á la reina, por ventura? dijo.

—¡Yo! ¡no señor! ni me importa conocerla: es muy natural que el que viene por primera vez á Madrid, despues de comer y beber, pregunte si el rey es alto ó bajo, hermoso ó feo: lo mismo me ha acontecido á mí; solo que en vez de preguntaros por el rey, os he preguntado por la reina. Nada mas natural.

—Pues es muy estraño: tú me preguntas por su magestad, y yo acabo de recibir esta carta de manos de una dueña de palacio.

Tomó la carta Juan Montiño, la leyó, se puso pálido y se echó á temblar.

—¿Y de quién creeis que pueda ser esta carta?

—Carta que viene por la condesa de Lemos, debe haber pasado por las manos de la camarera mayor, que debe de haberla recibido de la reina.

—¡Aquí dice secreto de Estado! dijo sin intencion el jóven.

Pero en aquellas palabras el suspicaz Montiño vió una intencion marcada mas que una intencion: una esplicacion completa: su sobrino creció para él de una manera enorme, creyóse relegado al silencio, dominado, convertido en un ser inferior á su sobrino.

—Y no, no creas, dijo, que yo pretendo saber tu secreto. No comprendo bien lo que sucede... pero... te llaman á palacio: la reina es demasiado imprudente.

—¡Tio!

—¡Despues de lo de las cartas!

—Pero tio, no os comprendo.

—Escucha, Juan, escucha, dijo Montiño que estaba atortolado y que habia perdido el tino. Don Rodrigo Calderon está aquí: luego saldrá por el postigo de la casa del duque: yo te llevaré á ese postigo: debes esperarle: lleva en el bolsillo de su ropilla las cartas que comprometen á la reina.

—¡Las cartas que comprometen á la reina!

—Si, dijo sudando el cocinero mayor: las cartas de la reina. Es necesario que antes de ir á palacio, esperes á don Rodrigo, que le acome-

tas, que le mates, si es preciso: pero esas cartas Juan... y mira, hijo mio, añadió el cocinero mayor asiendo las manos del jóven, y mirándole desencajado y pálido, porque cada vez se hacia para él un personaje mas respetable su sobrino: aprovecha tu buena, tu inesperada fortuna: no te pregunto como has podido llegar hasta donde has llegado en tan poco tiempo: eres ciertamente muy hermoso y las mujeres... pero se prudente, muy prudente... no te ensoberbezcas, aprovecha las horas de buen sol, hijo, pero mira que las intrigas de palacio son muy peligrosas....

—Pero tio... replicó el jóven que no comprendia una sola palabra.

—Nada, nada: no hablemos mas de esto: lo quiere ella..... en buen hora.

Juan Montiño no se atrevió á aventurar ni una sola palabra mas, por temor de cometer á ciegas una torpeza, y se encerró en una reserva absoluta; en una reserva de espectativa.

—No quiero que andando en tales y tan altos negocios no lleves mas armas que la daga y la espada: el oro es un arma preciosa. Toma hijo: y sacó una bolsa verde y la puso con misterio en las manos del jóven: no es grande la cantidad, pero bien habrá diez doblones de á ocho. Tu me devolverás esa cantidad cuando puedas. Ahora no hablemos mas, ni por la casa ni por la calle. Voy á llevarte, á esconderte frente al postigo del palacio del duque.

Y se volvió hácia la puerta.

Pero de repente se detuvo.

—¡Ah! se me olvidaba, dijo limpiándose con el pañuelo el sudor que corria hilo á hilo por su frente; por muy afortunado que seas no puedes pasar toda la noche en palacio: allí solo estarás un breve espacio... luego... en mi casa no quiero que estés... no seria prudente... cuando un hombre ocupa con una alta señora el lugar que tu maravillosamente ocupas, debe evitar que esta señora sepa que vive en una casa donde hay mujeres jóvenes y bonitas. Cuando estés libre sube á las cocinas: pregunta por el galopin Aldaba y dile de mi parte que te lleve á casa de la señora María, la mujer del escudero Melchor... no te olvides.

—No me olvidaré.

—Allí tienes preparado y pagado el hospedaje. Es lo último que tengo que decirte. Conque vamos, hijo, vamos.

Juan siguió á su tio: al pasar por la repostería este, dijo arrojando una mirada á las mesas y á los aparadores:

—Me voy á tiempo: ya se han servido los postres y los vinos. Buenas noches, señores.

Despidieron todos servilmente, pajes, lacayos y galopines, al cocinero de su magestad, y recibiendo iguales saludos de la servidumbre que ocupaba las habitaciones por donde pasaron, salió á la calle, siguió, torció una esquina, recorrió una tortuosa calleja, dobló otra esquina, y al comedio de otra calleja oscura se detuvo.

—Ese es el postigo de la casa del duque, dijo el cocinero mayor.

—¿Y por ahí ha de salir el hombre que lleva consigo esas cartas que comprometen á su magestad?

—Si: don Rodrigo Calderon: pero saldrá tarde: aunque te llaman luego á palacio, esto importa mas; creeme: espera aquí: porque podrá suceder que don Rodrigo salga temprano; dentro de un momento: podrá suceder tambien que salga acompañado: en ese caso... déjale y vuelve mañana á este mismo sitio hasta que le veas solo. ¿Pero estás seguro de tu valor y de tu destreza?

—Cuando se trata de la reina, tio, no hay que pensar mas que en servirla.

—Pues bien: ocúltate, que no puedan verte: aquí en este soportal. Y adios, voy á ver ahora mismo á mi hermano Pedro.

—Quiera Dios, tio, dijo tristemente el jóven, que le encontreis vivo.

—Adios sobrino, adios: nunca he sufrido tanto, quisiera irme y quedarme.

—Id tranquilo tio, que como Dios me ha sacado de otros lances me sacará de este.

—Dios lo quiera.

—Id, id, con Dios.

El señor Francisco Montiño tiró la calleja adelante y tomó á buen paso el camino del alcázar.

Para él, á quien habian fascinado las coincidencias casuales del relato de Gabriel Cornejo con la carta de palacio y con las impacientes preguntas de su sobrino postizo acerca de la reina, era indudable que Juan habia tenido un buen tropiezo; que en fin, la reina le amaba ó le deseaba... pero todo esto se hacia duramente inverosimil al cocinero mayor, porque, en efecto, lo era: y sin embargo, creia tener pruebas indudables: aquella carta que habia venido á sus manos por conducto de una dueña de palacio y con todas las señales de provenir de la reina; las medias palabras de su sobrino; el aspecto estraño, la sobreescitacion que en él ha-

bia notado, todo contribuia á hacerle creer lo que no queria creer, porque lo que repugna fuertemente á la razon, lo rechaza enérgicamente la voluntad.

Francisco Montiño no encontraba otra salida al pasmo que le causaba todo aquello, mas que encogerse de hombros y decir:

—¡Y yo que hubiera jurado que la reina era una santa!

Y luego añadia en una reaccion de la razon y de la voluntad:

—No, no señor: es imposible, imposible de todo punto, yo estoy soñando ó me he vuelto loco. Ni creo esto ni lo de don Rodrigo Calderon. ¡Bah! ¡blasfemia! es cierto que la reina no ama al rey: pero de esto á... á olvidarse de quien es... ¡Vamos no puede ser!

Y recordando luego cuanto habia visto y oido, esclamaba:

—Pero las mujeres con corona ó sin ella, son siempre mujeres: capaces de hacer lo que ni aun se podria pensar.

Al cabo terminaba su lucha con la siguiente conclusion:

—Ello, al fin, no me importa tanto que me esponga á volverme loco devanándome los sesos: si mi sobrino, es decir: si ese jóven que me cree su tio hace suerte... mejor: algo me alcanzará: si todo eso de la reina no es mas que una equivocacion, un enredo... mejor, mucho mejor, porque la reina será lo que yo creo que es y lo que debe ser. De todos modos no pasará mucho tiempo sin que yo sepa la verdad. Entre tanto vamos á pasar una mala noche por ver á mi hermano, y no nos detengamos, ya que hay que saber otro secreto importante, porque la muerte no se espera á que uno despache sus negocios.

Pensando esto entraba por la puerta de las caballerizas reales.

—¡Ola, eh! dijo desde la puerta de una cuadra: ¡los palafreneros de guardia!

Acudieron dos ó tres mocetones.

—Al momento, al momento, para el servicio de su magestad, dos machos de paso que puedan andar cinco leguas en dos horas, y un mozo de espuela, que no se duerma y que no me estravie.

—Muy bien, señor Francisco Montiño, dijo uno de los palafreneros: cuando vuesamerced vuelva, ya estarán las bestias y el mozo dispuestos para echar andar.

El cocinero mayor atravesó el arco de las caballerizas, la plaza de armas, el vestíbulo y el patio del alcázar, se metió por un ángulo, por una pequeña puerta, empezó á trepar por unas escaleras de caracol y á los cien peldaños desembocó en una galería apenas alumbrada por al-

gunos faroles; apenas entró llegó á sus oidos la voz de dos mujeres que cantaban de una manera acompasada y lenta, como quien se fastidia, un villancico.

—¡Qué feliz seria yo, dijo, sino me cercasen y me rodeasen y me amargasen la vida, tantos negocios y tantos enredos! ¡y sino, cuán felices y cuán contentas están mi mujer y mi hija..! es necesario dar un corte á esto: soy rico, á Dios gracias, y debo retirarme y descansar. Abre, Inesita, hija mia, dijo llegando á una puerta.

Cesó el canto, oyéronse unas leves pisadas, se abrió la puerta y con una palmatoria en la mano, apareció una preciosa niña de diez y seis á diez y siete años.

—¡Cuánto ha tardado vuesamerced, señor padre! dijo sonriendo al cocinero mayor: mi señora madre y yo estábamos con mucho cuidado.

—¡Y cantábais!

—Por entretener la espera.

—Pues mas voy á tardar, dijo Montiño entrando en una pequeña habitacion y sacudiendo su capa que estaba empapada por la lluvia.

—¿Cómo que vas á tardar, Francisco? dijo una jóven hermosa tambien, y como de veinte años, que al levantarse para tomar la capa del cocinero mayor dejó ver que estaba abultadamente en cinta.

—Si, Luisa, si; me obliga el hacer un pequeño viaje ahora mismo, un asunto bien desagradable.

—¡Y con esta noche..! dijo Luisa.

—Mi hermano el arcipreste, dijo tristemente el cocinero mayor, se muere, y acaso no llegue á tiempo ni aun de cerrarle los ojos.

—¡Oh! ¡qué desgracia! dijo Luisa.

—Está de Dios que yo no conozca á ningun pariente mio, añadió Inés.

—No hay que afligirse demasiado, dijo Montiño: nacemos para morir y mi hermano era viejo.

—¿Y durará mucho tu ausencia, Francisco? dijo Luisa.

—Mañana á mas tardar, estaré de vuelta. Saca mi loba de camino, Inesita, y mis botas: yo voy por mis pedreñales, siempre es bueno ir bien preparado.

Y Montiño abrió una puerta con una llave que sacó de su bolsillo, y entró y cerró.

La mujer lanzó una mirada ansiosa á aquella puerta.

Montiño atravesó otra habitacion, abrió otra puerta y se encerró en

un pequeñísimo aposento, en el cual habia un fuerte arcon, una mesa y algunas sillas. Pero todo tan empolvado, que á primera vista se notaba que no se habia limpiado allí en mucho tiempo.

El cocinero mayor abrió el arcon, que apareció lleno de talegos: buscó uno de ellos con la vista y con las manos, con cierto respeto de adoracion: desató lentamente su boca, y procurando que las monedas no chocasen, sacó como hasta una veintena de doblones de oro.

—Hago un sacrificio: un inmenso sacrificio: esclamó suspirando: el mayor de todos: dejar mi casa sola. No sé porque el tio Manolillo tiene conmigo de algunos meses á esta parte chanzas que me inquietan. ¡Bah! ¡bah! yo recelo de todo... no hay motivo... están contentas... ella cada dia mas cariñosa... mi hija cada vez mas empeñada en ser monja.... Afuera, afuera sospechas infundadas... una sola noche... ¿qué ha de suceder en pocas horas?

Y tomando un par de pedreñales ó pistoletes que estaban colgados de la pared, los cargó, les renovó los pedernales, y cerrando cuidadosamente el arca y las dos puertas que antes habia abierto, salió á la habitacion donde estaban su mujer y su hija, se vistió un traje de camino, se ciñó una espada, se colgó de la cintura los pedreñales y despues de despedirse de su mujer y de su hija, salió de la habitacion, luego del alcázar y llegó á las caballerizas donde montó en un mulo, y salió de Madrid acompañado de un mozo de espuela de la casa real, que iba montado en otro mulo.

No habria llegado aun Francisco Montiño al puente de Segovia, cuando su mujer, que habia despedido á su hijastra para irse á dormir, se encerró en su dormitorio, se dirigió á una ventana, que parecia clavada, sacó con suma facilidad dos de los clavos que solo servian de una manera aparente, abrió y tomando un papel, al que hizo tres agujeros, envolvió en él un pedazo de pan, sin duda para dar al papel peso, y se puso á cantar, teniendo fijos los ojos en una ventana cercana de una torre que por aquella parte del alcázar, estaba contigua á las habitaciones del cocinero mayor.

Poco despues se abrió aquella ventana y se dejó ver únicamente su fondo oscuro.

Luisa arrojó á aquel fondo el papel que envolvia el pan y que entró por el vano oscuro de la ventana que acababa de abrirse.

Inmediatamente cerró Luisa la ventana, y dijo suspirando como suspira una mujer impaciente y enamorada:

—Si á las tres no ha vuelto Francisco, no vuelve de seguro hasta mañana: tienen tiempo de avisarle y vendrá: ¡oh! ¡qué suerte tan infeliz la mia!

—¿Por qué cantará asi mi madre, siempre que mi padre pasa alguna noche fuera de la casa? decia Inés rebujándose en sus sábanas. ¡Ay si yo pudiera avisarle! pero le ha tocado hoy de servicio, y no se puede mover de la portería de pajes.

La niña se durmió sonriendo, como sonrie una vírgen á su primer amor: á su único amor puro. No sabemos si Luisa durmió tambien, pero lo que si sabemos es, que entre tanto el cocinero mayor caminaba rápidamente al paso de andadura de los dos poderosos mulos, y que el camino hasta Navalcarnero, se acabó antes de que se acabasen sus encontrados pensamientos.

Cuando llegó al pueblo eran las doce de la noche.

Apeóse en la puerta de la casa donde habia nacido, y no tuvo necesidad de llamar, porque encontró su puerta franca de par en par.

Algunas mujeres pasaban de la cocina á una sala baja muy atareadas, y entre ellas apareció una anciana.

—¿Vive mi hermano? dijo Montiño, adelantando hácia aquella mujer.

—¡Ah! ¡señor! ¿sois vos? dijo llorando la pobre anciana: yo no os conozco, no os he visto nunca: pero debeis ser el señor Francisco Montiño.

—El mismo soy; ¿pero vive aun mi hermano?

—Está acabando: pero entrad, entrad: desde que esta mañana fué Juan á Madrid, os espera con tanta impaciencia, que no parece sino que vos habeis de traerle la salvacion de su alma.

Y la buena mujer introdujo al cocinero mayor en una sala baja, y de ella en una alcoba, donde asistido por un fraile francisco, habia un anciano espirante.

—¡Señor arcipreste! ¡señor arcipreste! dijo la anciana: he aquí vuestro hermano que ha llegado.

Abrió penosamente los ojos el moribundo.

—No veo, dijo con voz apenas perceptible.

Y calló, como si aquel «no veo» le hubiese costado un inmenso esfuerzo.

—Padre, dijo la anciana, dirigiendo la palabra al religioso: el señor arcipreste me tenia encargado, que cuando viniese su hermano, le dejásemos solo con él.

—¡Oh! ¡pues cumplamos su voluntad! dijo el fraile y salió.

El moribundo y el cocinero mayor quedaron solos.

—¡Soy yo, hermano mio! ¡soy yo! dijo Montiño, estrechando las manos al arcipreste.

—¡Allí! ¡allí! dijo el moribundo, estendiendo el brazo hácia el fondo de la alcoba de una manera vaga y penosa.

—Si, si, no te fatigues, hermano mio: allí está el cofre que encierra la fortuna de Juan.

—Si, dijo el moribundo.

—¡Pedro! un esfuerzo, dijo Montiño acercando su semblante al de su hermano que empezaba ya ha descomponer la muerte: ¡Pedro el nombre de su padre!

—Su padre es... el gran... el gran... duque de Osuna.

—¡Ah! esclamó Montiño: ¿no deliras hermano?

—¡El duque de... Osuna! repitió el arcipreste, haciendo un violento esfuerzo que acabó de postrarle.

—¿Y su madre...? ¿su madre...?

—La duquesa... de...

—¡Pedro! ¡Pedro! un solo esfuerzo.

El moribundo hizo un esfuerzo desesperado para hablar y no pudo: levantó la cabeza, dejó oir un gemido gutural, y luego su cabeza cayó inerte sobre la almohada.

Habia muerto.

CAPITULO IX.

Lo que hablaron Lerma y Quevedo.

Desde que don Francisco de Quevedo se resignó á esperar, pensando, al duque de Lerma, hasta que apareció el duque, pasaron muy bien dos horas.

Era el duque uno de esos personajes que se llaman *sérios*: su edad rayaria entre los cuarenta y los cincuenta años: respiraba prosopeya: vestia con una sencillez afectada, y en sus movimientos, en sus miradas, en su actitud, habia mas de ridículo que de sublime: mas hinchazon que magestad: era un hombre envanecido con su cuna, con sus riquezas y con su privanza, que habia formado de sí mismo un alto concepto y que se creia, por lo tanto un grande hombre.

Quevedo permaneció algun tiempo sentado, despues que apareció el duque.

Esto hizo fruncir un tanto el ceño á su escelencia.

—Me han avisado, dijo con secatura, de que me esperaba aquí una persona, para darme en propia mano una carta de la señora duquesa de Gandia.

Quevedo se levantó lentamente y sin desembozarse, sin descubrirse, sacó de debajo de su ferreruelo una mano y en ella la carta de la duquesa de Gandia; cuando la hubo tomado Lerma, Quevedo se volvió hácia una puerta que el duque habia dejado franca.

—Pareceme que huis, caballero, dijo el duque.

Quevedo se detuvo, pero permaneció de espaldas.

—Y no creo que haya motivo, añadió el duque, mirándole de alto abajo y sonriendo de una manera que nos atreveremos á llamar triunfante; no creo que haya motivo, para que tan embozado, tan en silencio y con un encubrimiento y un silencio tan inútil, vengais á mi casa y pretendais salir de ella: como os habeis tapado la cruz y el rostro con el ferreruelo, debiérais haberos puesto en cada pié un talego, á fin de tapar vuestros juanetes, y disimular lo torcido de vuestras piernas: no digo esto por mortificaros, sino porque comprendais que os he conocido, don Francisco.

Volvióse Quevedo, se desembozó, se descubrió echando atrás con gentil donaire la mano que tenia su sombrero, y levantando su ancha frente, dijo fijando el vidrio de sus antiparras en los ojos del duque:

—¡Romance!

—¡Romance y vuestro! soltadle don Francisco, soltadle, que ya me teneis impaciente.

Guardó un momento silencio Quevedo, y luego dijo con voz sonante y hueca, cortando los versos de una manera acompasada, y dándoles cierta canturía.

—Dióme Dios, por darme mucho,
con una suerte perversa,
cabeza dos veces grande,
y piés para sostenerla.
Vine al mundo como soy,
aunque venir no quisiera;
la culpa fue de mi madre,
que no se murió doncella.
Por los piés me ha conocido,
el ingenio de vuecencia;
es difícil que conozcan,
á algunos por la cabeza.
Hay quien puede en piés de cabra,
enderezar su soberbia.
por lo que todo es aire,
cualquier cosa lo sustenta.

Y acabado el romance, se dejó caer el sombrero sobre la cabeza, se embozó de nuevo y se volvió á la puerta franca.



EL DUQUE DE LERMA.

El duque se adelantó y cerró aquella puerta.

—Sois mi prisionero, dijo.

—Mandadme dar cena y lecho, repuso Quevedo, sentándose otra vez en el sillon que habia dejado, como si se encontrara en su casa.

—No os he soltado de San Marcos, para encerraros otra vez, dijo Lerma. Quiero que seamos amigos.

—¡Ah, condesa de Lemos! esclamó Quevedo.

—¿Por qué nombrais á mi hija, cuando os hablo de otros asuntos? dijo con el acento de quien se siente contrariado el duque.

—Dígolo, porque vuestra hija ha sido antes y ahora la causa.

—No os entiendo.

—Basta conque Dios me entienda.

—Si vos galanteásteis á mi hija hace dos años...

—Don Francisco de Sandoval y Rojas, vos sois uno de aquellos hombres de quiénes dice la criatura: tienen ojos y no ven.

—Veo que os equivocais: vos creeis que la causa de vuestra prision en San Marcos, fueron vuestras solicitudes á doña Catalina.

—Me afirmo en lo dicho: sois ciego: yo cuando se trata de mujeres...

—Estais por las que valen... y pretendeis por ellas ser valido.

—Valiera yo poco si tal valimiento buscara: y continuo: yo cuando se trata de mujeres, no solicito, tomo...

—¿De modo que..?

—No he solicitado á vuestra hija.

—¿Y qué habeis tomado de ella? añadió con precipitacion el duque.

—Un ejemplo mas de lo que sois.

—¡Ah! vos para conocerme...

—Os miro.

—Pero me mirais con antiparras.

—Para veros no es necesario tener muy buena vista.

—Quiero saber que pensais de mí.

—Mucho malo.

—Al menos no se os puede culpar de reservado.

—Reserveme poco, cuando habeis podido encerrarme.

—Os he guardado porque os estimo.

—Tan acertado andais en mostrar vuestra estimacion, como en gobernar el reino.

—¿Pues no decís que en vez de gobernar soy gobernado? ¿no me

habeis fulminado uno y otro romance, una y otra sátira, tan poco embozadas que todo el mundo al leerlas ha pronunciado mi nombre? ¿no os habeis declarado mi enemigo, sin que yo haya dado ocasion á ello, como no sea en estorbar vuestros galenteos con mi hija?

—¡Ah! ¡es verdad! nos habiamos olvidado de doña Catalina: hablado habemos de memoria: nos perdemos y acabaremos por no decir dos palabras de provecho, desde ahora hasta el fin del mundo, si hasta la fin del mundo habláramos. ¡Vuestra hija! ¡pobre mujer! ¿y sabeis que yo no escribiria por nada del mundo contra vuestra hija?

—¿Tan bien la quereis?

—Se me abren las entrañas por todos los pobres.

—¡Ah! ¿y mi hija...?

—Es la mujer mas pobre de corazon que conozco.

—Pues yo creia...

—¡Pues! vos creeis en todo lo que no es: y de todo lo que es renegais.

—Quisiera entenderos.

—Pues entendedme: vos creeis á vuestra hija una mujer, y vuestra hija es una niña: vos la creeis contenta, y vuestra hija llora: vos la creeis feliz, y vuestra hija es desdichada: vos al casarla con vuestro sobrino, creísteis hacer un buen negocio... ¡bah! don Francisco; vos que lo primero que veis en mí son las antiparras, no sentís las antiparras que teneis montadas sobre las narices, y sin las cuales no veis nada: antiparras que vienen á ser para vos las antiparras del diablo, que todo os lo desfiguran, que todo os lo mienten, que os abultan las pulgas y os disminuyen los camellos: para vos, á causa de esas endiabladas antiparras, lo falso es oro, todo lo que es aire cuerpo, todo lo que es cuerpo aire. Yo os daria un consejo.

—¿Cuál?

—Haceos sacar del cuerpo los malos, y cuando os los hayan sacado entonces hablaremos: entonces veremos si yo os sirvo á vos, ó si vos me servís á mí.

Y Quevedo se levantó en ademan de irse.

—Esperad, esperad, don Francisco, os necesito aun.

—¡Ah! ¿con qué aun no me suelto?

—Nunca habeis estado mas libre que ahora.

—Pues mirad, nunca me he sentido mas preso.

—Veo que vuestra enemistad hácia mí es cruel.

—¡Bah! desengañaos: yo no tengo un enemigo en quien no temo.

—Preso os he tenido dos años..

—No: mas bien me he estado yo dos años preso.

—Mucho confiais en vuestro ingenio.

—Yo mas en el vuestro.

—Pero si yo no le tengo...

—Si por cierto, tenéislo... para hacer lo que no os conviene.

—Ponderan mi lisura y mi paciencia...

—Pues se engañan. Ni sois liso ni agudo, y en cuanto á lo de paciencia...

—Téngola, puesto que me estais desesperando y...

—Os estoy leyendo.

—Concluyamos de una vez, don Francisco: yo os tengo en mucho, y si os he tenido preso no ha sido porque no me servíais á mí, sino porque no serviéseis á otros.

—Yo solo sirvo á Dios.

—Y al duque de Osuna.

—Es lo que nos queda de grande y noble, porque algo de noble y grande quede en España. Sirviendo al duque sirvo á Dios, porque sirvo á la justicia y al honor.

—O porque sirviéndole, os servis á vos mismo. ¿Qué habeis visto en Giron, que os haga creer que es mas grande que Lerma?

—Que Giron, es grande sin decirlo, y vos llamándoos grande sois pequeño.

—¿Qué quereis, don Francisco, qué deseais? ¿con qué noble premio se os puede comprar?

—¿Quereis que sea vuestro amigo?

—¡Oh, don Francisco! me llamais ciego, y sin embargo no reparais en que os veo levantaros delante de mí como un gigante, y os respeto: no comprendeis que os aprecio en cuanto valeis, y que sé que con vuestra ayuda nada temeria; lo emprenderia todo; continuaria los tiempos de esplendor de España...

—Me estais ofreciendo moneda falsa.

—Y vos me estais desesperando.

—Ya os he dicho que puedo ser vuestro amigo.

—Hablad.

El duque de Lerma se sentó y Quevedo volvió á sentarse tambien.

—Voy á desembozar algunas palabras que os están haciendo som-

bra, á empezar por mi desembozándome. Naci contrahecho : vos me desembozásteis por los piés : ya os lo dije : ni eché memorial para venir al mundo, ni venido quejéme de los malos piés conque en él entraba : pero si Dios me dió piernas torcidas, dióme alma recta ; si piés torpes, ingénio ágil ; si cabeza grande, llenóla de grandes pensamientos : os estoy hablando completamente desembozado, y pienso desembozaros para con vos mismo, porque llegueis á ver claro, que, vos como sois, y yo como Dios ha querido que sea, hemos nacido para ir por camino diferente : yo bien me sé á donde vais á parar : yo pararé donde Dios sabe.

—Continuaré sacrificando mi vida á la grandeza de mi patria.

—Y como habeis nacido para que todo os salga al revés de como pensais, acabareis hundiéndoos con España en un abismo.

—¿Creeis, pues, que estoy engañado...?

—Si volvemos á las réplicas no acabaremos nunca.

—Continuad.

—Pretendieron mis padres que fuese docto. Alcalá me dió su ciencia, pero mas la universidad que se llama mundo. Cada mujer fue para mí un romance, cada hombre una sátira, cada dia un maestro, cada año un libro. Díjome la historia que siempre ha habido tiranos y esclavos, y que la vanidad, y la codicia, y la soberbia han escrito con sangre sus anales : quise quitar la carátula á la verdad y se la quité á medias, porque lo que ví, me dió miedo de ver lo que ver no quise. Encerréme conmigo, y allá en mi encierro me siguió el mundo, y me siguieron mis pasiones. Amé : ¡nunca hubiera amado! porque amé á vuestra hija.

Hizo un movimiento de impaciencia Lerma.

—Y vuestra hija me amó.

Movióse con doble impaciencia el duque.

—Y no fue mia porque no quise que lo fuese.

—¡Oh! esclamó con disgusto Lerma.

—No podia serlo : para querida me daba lástima : para mujer ojeriza.

—¡Cómo!

—Hubiérase dicho que me daba á trueque : á falta de riquezas y de títulos, servidumbre judaizante, adoracion del oro : yo que me precio de sangre limpia, y de ser buen cristiano, díjeme todo espeluzno y todo escándalo de mí mismo cuando pasó por mí el vergonzante pensamiento de ser vuestro yerno : honra dejáronte tus padres, don Francisco : búrlaste de las busconas : no mates tu honra ni tu musa y buscon no seas : que

cuando oro anda en medio de una mujer y un hombre, el mundo no ve el corazon sino el talego: no el amor sino la codicia: traguéme, pues, mi amor, como me he tragado otras tantas cosas, y no queriendo deshonrar á vuestra hija haciéndola mia, no me casé con ella por no deshonrarme.

El duque de Lerma no contestó una sola palabra; únicamente hirió una y otra vez con un movimiento nervioso la alfombra, con el tacon de su zapato.

—Casásteisla entonces con vuestro sobrino: vendísteis á vuestra hija...

—Era una alianza conveniente...

—Pudo conveniros á vos, no á ella. Conviniérala como mujer honrada, y honesta, y discreta, y bien nacida, no porque de vos viniera, sino porque nació buena, otro hombre, mas amor, mas alma, mas valor y dicha la verdad sea, mas vergüenza. Que si el conde de Lemos, tuviera todas estas cosas y con ellas alguna discrecion y buen ingenio, bien casada estuviera vuestra hija, y no escribiera yo despechado al verla tan mal casada, tan enterrada en vida, aquello de:

Oro es ingenio en el mundo,
oro en el mundo es nobleza,
y el que en vanidades trata
de vanidad se sustenta.
Con un leproso del alma,
Su padre casó á Teresa...

Con lo demás que decia el romance, que sinó hizo reir á nadie por el chiste, os hizo á vos llorar de rabia por lo claro, y dar conmigo en San Marcos, con tan poco disimulo de la causa, que todo el mundo tuvo por culpa de ella al romance, y por doña Catalina á la doña Teresa que el romance cantaba.

—¿Y creeis que aunque anduvísteis estremadamente injusto apasionado y mordaz en el tal romance, fue esta sola la causa de vuestra prision?

—Se que anduvieron tambien en ella vuestras antiparras.

—Mas claro.

—Por turbias que sean esas antiparras para el duque de Lerma, todos ven que son ellas don Rodrigo Calderon.

—¡Ah! ¡el bueno de mi secretario!

—Vuestro amo.

—¡Mi amo!.

—Y del rey.

—¡Ah!

—Y de España, porque como vos sois amo del rey, y el rey amo de España y es vuestro dueño don Rodrigo, resulta que don Rodrigo viene á ser amo de España.

—Seguid, don Francisco, á fin de que sepamos hasta que punto estais engañado.

—Era una simple cuestion de secretarios: don Rodrigo lo era vuestro, y yo lo era del duque de Osuna: el duque de Osuna era enemigo vuestro y por consecuencia, vuestro secretario debia serlo tambien del secretario del duque de Osuna. Temióse, no lo que hacia sino lo que pudiera hacer de la córte el ilustre descendiente de los Girones, y como es muy principal caballero, y muy poderoso, y muy bravo, se le desterró á Nápoles dorando el destierro con lo de Virrey; y como se creia que yo era mucha cosa con el duque, y que haria mas conmigo que sin mí, se me envió á San Marcos ha hacer penitencia; y como el duque de Osuna no ha cesado de reclamar en estos dos años á su pobre secretario, y como, por otra parte, vos os encontrais conque á pesar de los buenos oficios de don Rodrigo no veis claro en que consisten tantos reveses y tantas desdichas como sufre España, os habeis dicho: saquemos del encierro á aquel espíritu rebelde, veamos si podemos mudarle á nuestro provecho, y si sus antiparras son mas claras que los ojos de don Rodrigo.

—¿Y creeis que yo no pudiera pasarme sin vos?

—Creo que necesitais de todo el mundo.

—El rey me concede mas que nunca, su cariño, su confianza.

—Sin embargo, no ha gustado mucho al rey lo de que vuestro sobrino haya llevado á picos pardos al príncipe de Asturias. Y como el rey aunque no es muy perspicaz sabe que vos y el conde de Lemos sois una misma cosa; y como vuestro hijo el duque de Uceda se impacienta por ocupar vuestro puesto; y como la reina trabaja contra vos todo lo que puede; y como Olivares atiza, pensando en su provecho; y como Calderon creyéndose ya poderoso no disimula su soberbia; y como Espinola desde Flandes pide hombres y dineros; y como suceden tantas y tantas cosas que no debieran suceder, sino mandarais vos que no debiais mandar; y como vos creeis que el duque de Osuna me ha nombrado su secretario por algo, y que por algo tambien me pide en una y otra carta, nada de estraño

tiene que yo piense, que si quisiera podia vengarme de don Rodrigo enviándole á galeras y de vos haciéndoos mi secretario.

—Conócese, dijo el duque sonriendo á duras penas, que aun os dura la rabia del encierro.

—Os hablo desembozado y nada mas.

—¿Y si fuese cierto que yo necesitase de vuestra ayuda..?

—Os la negaria, porque ayudaros á vos seria desayudar á la patria y hacer traicion al rey.

—Supongo que no os habreis atrevido á llamarme traidor.

—No; pero sois ciego, soberbio y codicioso.

—Os habeis propuesto decididamente enojarme, cuando yo hago todo lo que puedo por haceros mi amigo.

—No debe enojaros la verdad: no puedo ser yo amigo vuestro.

—Sin embargo, sino recuerdo mal me habeis ofrecido vuestra amistad.

—*Sub conditione*.

—Pero vuestras condiciones...

—En el estado en que se encuentra la gobernacion del reino las condiciones serian muy duras para vos.

—¿Creeis que el mal si le hay...?

—¿Si le hay? desde que murió el rey don Felipe, que aun antes de que le royesen el cuerpo los gusanos, se sintió roido por el dolor de dejar la monarquía mas poderosa del mundo á un príncipe incapaz, no han pasado por España mas que desdichas: la hacienda real desde que vos subisteis á secretario de Estado, empezó á dar tales traspieses, que dejó muy pronto de ser hacienda, exhausta por los gastos mas exorbitantes, escandalizado el reino de tanto desbarajuste, de tal despilfarro, empezó á murmurar, como quien conocia que de su cuero habian de salir las correas: vos, para acallar al reino, os ayudásteis de clérigos para que volviesen á vuestro provecho el púlpito y el confesonario: no era bastante la mentira en nombre del rey: se mintió en nombre de Dios: se pasó de la deslealtad al sacrilegio. Don Rodrigo Calderon, trocado de vuestro paje en vuestro secretario, y engordado con vuestros secretos, y con los empleos que vende, y con la justicia que rompe, se hace fuerte y os domina; la guerra de los Paises-Bajos, funesta guerra de religion que ningun provecho ha podido nunca traer á España, se encrudece, se hace desastrosa, es mas, injusta, deshonrosa, porque nuestros soldados sin pagas, se convierten en una plaga de Egipto, rompen la disciplina, y nuestros va-

tientes tercios son vencidos, en las Dunas, en Ostende, en el Brabante, en todas partes á pesar de la pericia y del valor de Espinosa. Somos el juguete de Inglaterra que satisface el odio que siempre ha sentido hácia la casa de Austria, y de otra parte la Francia ayuda á los Paises-Bajos, para que entretenida España con una guerra desastrosa no pueda influir en sus negocios. Inútil la tentativa de ceder la soberanía de los Paises-Bajos al archiduque Alberto y á su esposa la infanta doña Isabel, continuan los desastres. Holanda y Flandes han resistido, resisten y resistirán, como quien pugna por arrojar de su casa un dominio estraño y tiránico. Para satisfacerse de algun modo de los reveses de los Paises-Bajos, se piensa en ganar gloria perjudicando al comercio inglés, y se envia allá una escuadra que aniquilan los elementos como aniquilaron á la *Invencible*: todo fracasa, todo muere. Perdido el tino, se firma una tregua vergonzosa de doce años con Holanda y Flandes, acogiendo por medianeras á Francia y á Inglaterra, y se cree tener algun respiro. Pero aqueja la pobreza pública, al par que crecen los dispendios de la córte, y se piensa en leyes suntuarias: leyes inoportunas, ineficaces, contra las que representan los mercaderes y quedan sin efecto: es necesario encontrar dinero á todo trance y se aumenta el valor de la moneda de vellon: espone los inconvenientes de esta medida el docto Mariana en su libro *De Mutatione monetæ* y el bueno, el sabio Mariana es perseguido: á la torpeza sigue la tiranía. Pero no se halla todavía dinero y la tiranía crece, la tiranía no respeta ya nada: ni la fé de los tratados humanos, ni la fé de este eterno pacto de justicia que el hombre tiene hecho con Dios. El edicto de la espulsion de los moriscos, llena de horror á todos los pechos generosos...

—Antes que Felipe III han sido sus abuelos rigororísimos con los moriscos, esclamó el duque de Lerma, aturdido por la filípica de Quevedo.

—¡Los clérigos y los frailes! siempre esa plaga que ha logrado dominar al trono y que acabará con la gloria y con el poder de España. Y sin embargo, un escesivo celo por la religion, un celo imprudente y ciego, pudo nublar con hechos indignos de su grandeza la gloria de los reyes Católicos, del emperador don Cárlos, de su hijo don Felipe: pero no la mancilló la codicia mortal, la sed infame del dinero: los moriscos fueron perseguidos, ¡pero no fueron robados!

—¡Robados!

—Si, Felipe III ha robado á los moriscos: y quien dice Felipe III, dice el duque de Lerma.

—Esto es ya demasiado, demasiado, dijo enteramente aturdido Ler-

ma, que no habia creido que existiese un hombre capaz de decirle de frente tan ágrias verdades. A tal punto le habian llevado su envanecimiento, su privanza, y la nulidad del rey.

—¡Pues ya se ve que es demasiado! Cuatro millones de españoles ricos, industriosos, han sido espulsados, pobres, desnudos, miserables, desesperados, del suelo que los vió nacer. Y el rey, su magestad, como si hubiérais hecho grandes merecimientos, como si en vez de disminuir en una cuarta parte la poblacion del reino la hubiérais aumentado y enriquecido, os da trescientos mil ducados para vos y para vuestro hijo el duque de Uceda, y ciento cincuenta mil á vuestra hija y á su noble esposo el conde de Lemos.

—¡Concluyamos, concluyamos, don Francisco! dijo el duque procurando rehacerse: está visto que no podemos entendernos.

—¡Ya queria yo irme..! dijo Quevedo levantándose de nuevo: queria irme sin hablar una sola palabra, porque no podria deciros mas que verdades lisas... pero vos... ¡bah!... vos habeis nacido para equivocaros...

—He llegado á vos y os he tendido la mano...

—Yo no puedo estrechar vuestra mano: yo no puedo serviros: yo no quiero hacerme cómplice de la ruina de España: á mi duque de Osuna me atengo... y si me desayudare el duque... me atendré á mi mismo que me basto y aun me sobro. Quede vuecencia con Dios.

—Esperad: no es por ahí don Francisco, dijo el duque tomando una bugía de sobre la mesa y yendo á una puertecilla.

—¡Cómo! dijo Quevedo: ¿vuecencia sirviéndome de paje?

—Honroso es servir al ingenio, á la grandeza y al valor.

—Muy cristiano andais.

—¡Cristiano!

—Si por cierto, dais favores por agravios.

—No hablemos de eso: no sois vos quien me agraviais sino la fortuna que se me os roba.

—Ahí os queda don Rodrigo Calderon.

Calló el duque y bajando unas escaleras llegó á un postigo, y puso la mano en un cerrojo.

—Perdonad, un momento, don Francisco, dijo Lerma: ¿quién os ha dado la carta que me habeis traido? ¿puede saberse?

—¿Y por qué no? me la ha dado vuestra hija.

—Y... ¿dónde?

—En palacio.

—¡Oh! ¿con qué ya habeis estado en palacio apenas venido?

—De palacio vengo y á palacio voy. Como me crié en él, soy palaciego y tanto que atribuyo al haberme criado en palacio mi cortedad de vista.

—Pues cuidad, don Francisco, en donde poneis los piés, porque palacio está muy resbaladizo.

—Como ando despacio, señor duque, nunca resbalo; como tengo los piés grandes me afirmo; cuando caigo no es que caigo sino que me caen. Guarde Dios á vuecencia y le prospere, añadió viendo que el duque habia abierto la puerta.

—Id, id con Dios don Francisco, dijo el duque, y no os olvideis nunca de que os he buscado.

—Lo que no olvidaré jamás es la causa porque he venido, dijo Quevedo y salió.

El duque que al abrir se habia cubierto con la puerta, cerró murmurando:

—¡Qué no olvidará la causa porque ha venido! ¡y quién le ha dado la carta de la duquesa de Gandia, ha sido mi hija! ¡ese hombre! ¿á dónde tenderá el vuelo don Francisco?

Detúvose de repente el duque: habia sonado en la calleja ruido de espadas que duró un momento.

—¿Qué será? dijo Lerma: donde va Quevedo van las aventuras. Don Rodrigo me lo dirá... si, si... ¡don Rodrigo! y es el caso que empiezo á desconfiar de él, pero yo desconfio de todo el mundo... de todos, hasta de mí mismo.

El duque acabó de subir en silencio las escaleras, entró en su despacho y abrió con una ansiedad marcada la carta de la duquesa de Gandia.

Hizo bien el duque en esperar á quedarse solo para leer aquella carta: nuestros lectores adivinarán su contenido. En ella á vueltas de pesadas reflexiones, participaba la duquesa á Lerma, lo que la habia acontecido con el rey, y la desaparicion de la reina de su cuarto.

El duque leyendo esta carta se puso sucesivamente pálido, lívido verde. No comprendia bien aquello. Creia tener comprimida á la familia real, y sin embargo, el rey y la reina se le escapaban, como quien dice por los poros. Creia saberlo todo, y sin embargo ignoraba que existiesen aquellas comunicaciones secretas de que hablaba la carta. Se creia seguro del afecto, de la fidelidad de don Rodrigo Calderon, y la duquesa le daba respecto á él una voz de alerta. Daba vueltas el duque á la carta

y la leia y volvia á releer una y otra vez como si dudara de sus ojos, y siempre leia la misma cosa.

«Su magestad el rey ha venido á mí por un pasadizo secreto, y me he visto en un grande apuro.»

Y mas abajo.

«Cuando obligada, fuí á anunciar á su magestad la reina que el rey deseaba verla, no encontré á la reina ni en su cámara, ni en su dormitorio, ni en su oratorio, y á la hora en que os escribo no se donde está su magestad.»

Y mas abajo aun:

«Personas estrañas, que no puedo deciros quienes son, porque no las conozco, aunque las he sentido y casi las he tocado, entran á mansalva en la cámara de su magestad la reina. Además he descubierto lo que nunca hubiera creido... desconfiad de don Rodrigo Calderon: está en inteligencias con la reina y os vende.»

El duque acabó de aturdirse, y como siempre que esto le acontecia mandó llamar á su secretario.

Pero antes de que este llegase tuvo gran cuidado de guardar en su ropilla la carta de la duquesa de Gandia.

A poco entró en el despacho del duque un hombre como de treinta á treinta y cuatro años.

Era buen mozo: moreno, esbelto, de mirada profunda, semblante serio, maneras graves, movimientos pausados, como quién pretende aumentar la dignidad de su persona: vestía rica pero sencillamente, y todo en él rebosaba orgullo, mejor dicho, soberbia y una estremada satisfaccion de sí mismo; era, en fin, uno de estos seres que jamás descuidan su papel, y que con su aspecto van diciendo por todas partes: «soy un grande hombre.»

Como sucede siempre á estos personages, su afectacion tenia algo de ridículo; pero era la del que nos ocupa una de esas ridiculeces que solo notan los hombres de verdadero talento; los hombres superiores.

A los demás, don Rodrigo Calderon, que él era, debia imponer respeto, y lo imponia.

Pero delante del duque de Lerma, el mas hinchado de los hombres hinchados, don Rodrigo, se apeaba de su soberbia, para trasformarse en un ser humilde, casi vulgar: en un criado, en un instrumento.

Pero esto solo en la apariencia.

Lo que demuestra que era superior al duque, puesto que le comprendia, y comprendiéndole usaba de él, humillándose.

Cuando entró, se inclinó respetuosamente, y su semblante tomó la espresion mas humilde y mas servicial del mundo.

Sin embargo, todos sus esfuerzos y toda su servil esperiencia de cortesano, no bastaron para borrar de su semblante, cierta espresion de profundo disgusto, de ansiedad, de molestia y de un malestar doloroso.

El duque lo notó, receló, pero sin embargo, disimuló y ocultó profundamente su recelo.

—¿Qué os sucede? le dijo: ¿no estais satisfecho de las ventajas que acabamos de alcanzar?

—¡Ventajas! ¡ventajas! tengo la desgracia de no verlas, señor, contestó con voz apagada don Rodrigo: si llamais ventajas, el haber logrado que se sienten á vuestra mesa y hablen como amigos, el señor duque de Uceda vuestro hijo, el conde de Olivares y don Baltasar de Zúñiga...

—Por el momento parecen desalentados, vienen á nosotros, olvidan sus diferencias y se estrechan las manos.

—Para engañarse mejor, engañando juntos á vuecencia.

—Y bien, sino podemos unirlos los separaremos: no nos ha de faltar pretesto para conferir una embajada al conde de Olivares; enviaremos de Virrey á Méjico ó al Perú á mi hijo, y alejaremos con otra honrosa comision á don Baltasar.

—Pero el conde de Olivares, preferirá su empleo de caballerizo mayor, que le tiene en la córte, y cerca del rey, y vuestro hijo y Zúñiga no dejarán por nada del mundo el cuarto del príncipe don Felipe. Desengáñese vuecencia: todos quieren ser; todos, aunque todo os lo deben, conspiran contra vos: los primeros vuestro hijo y vuestro sobrino..... el conde de Lemos...

—El conde de Lemos seguirá en su destierro; ha sido mas audaz que los otros... ha pretendido ganar la confianza de su alteza, despertando sus pasiones y halagándolas... ha sido pues necesario ser severo con él: y como lo he sido con él lo seré con los demás: lo seré, no lo dudeis, añadió el duque contestando á un movimiento de duda de don Rodrigo.

—Solo hay un medio... ya os lo he dicho... acabar de una vez... cuando un enemigo se hace demasiado terrible como, por ejemplo, la reina...

—No, no: dijo con repugnancia el duque: no es necesario llegar á tanto... la reina... la tenemos sujeta... esas cartas... esas preciosas cartas... ¡oh! guardadlas bien... guardadlas.

—Las llevo siempre conmigo: la reina por ahora no se atreve... pero si vuestros enemigos... si fray Luis de Aliaga...

—Ya os he dicho que Olivares, Uceda y Zúñiga, se sienten sin fuerza, se rinden y vienen á buscarla en mí; vuestro celo don Rodrigo os hace muy desconfiado. ¿Qué, creeis que yo no tengo poder?...

—¿Y de dónde sacar nuevos tesoros? ¿dónde encontrar otros moriscos? ¿cómo agravar los tributos? ¿qué hacer para acabar esas guerras eternas que nos desangran? ¿y cómo acabarlas sin esponerse á caer de lo alto ante el orgullo de España ofendida? ¿cómo quitar á un ambicioso de un puesto que satisface su ambicion para poner á otro? os lo repito, cuando se ha llegado á este estremo, cuando falta oro para tanta boca sedienta, siempre queda el remedio de...

—No, no: el remedio es peor cien veces peor. Todo se sabe...

—Y bien: ¿qué medio creeis que os queda para con la reina?...

—Las cartas que poseeis.

—Pero estas cartas no pueden usarse sin que yo me pierda.

—¿Creeis que vos estareis perdido cuando yo esté salvado?

—Hace algun tiempo que con mucho sentimiento mio, dijo con gran humildad don Rodrigo, vemos las cosas de distinto modo. Yo veo...

—Vos veis menos de lo que creeis ver.

—Yo veo todo lo que pasa en la córte, y fuera de ella, señor. Se que vuecencia no puede anunciarme una cosa grave que yo no sepa.

—Voy á deciros una gravísima: ¿sabeis dónde está la reina?

Miró con asombro Calderon á Lerma.

—No comprendo á vuecencia, dijo.

—Me esplicaré ¿sabeis porque la reina no parece?

—¿Qué no parece su magestad?

—Si por cierto, la reina se ha perdido esta noche, ó ha estado perdida. En una palabra: su magestad la reina á cierta hora de la noche no estaba en su cuarto.

—¿Cómo, á que hora?

—A principios de la noche.

—Pues puedo deciros, esclamó Calderon, poniéndose pálido, que si la reina ha desaparecido de su apasento, ha salido del alcázar.

—¿Qué ha salido?

—Si señor, sola y en litera.

—Eso no puede ser: ¡imposible! esclamó el duque poniéndose de pié. ¡Margarita de Austria, sola como una dama de comedias..!

—Es mas, señor; acompañada de un hombre.

—¿Pero no habeis dicho que salió sola del alcázar?

—Si, si por cierto: yo la habia dado una cita.

—¿Y esperábais...?

—No esperaba: pero á todo trance, y por no esperar yo mismo á la puertas del alcázar, para no dar que pensar, puse un hombre de mi confianza, y esperé mas lejos. Impaciente, fuí á informarme de mi centinela, y este me dijo que habia salido del alcázar, bajando por la escalera de las Meninas, una dama que tenia todo el aspecto que yo le habia indicado, que habia entrado en una litera y acababa de alejarse. Seguimos la direccion que la litera habia tomado. La hallamos al fin, la seguimos. De repente para la litera y sale...

—¡La reina!

—Una dama tapada que tenia el mismo aspecto, el mismo andar reposado, grave, gallardo de su magestad. Mas aun; de repente aquella dama se detiene junto á un hombre que estaba parado en una encrucijada, y se ase á su brazo y sigue.

—¡Oh! no podia ser la reina, no: ¿á qué habia de asirse á otro hombre?

—¡Ah! aquel hombre, cuando le dejó la dama tapada en una callejuela solitaria, me detuvo hierro en mano.

—¡Oh! esclamó el duque de Lerma: ¿se trataba de mataros?

—Y la reina se habia puesto por cebo; no tengo duda de ello. Además, aquel hombre habia sido buscado á propósito: yo me jacto de ser buena espada: pues bien: aquel hombre me desarmó y me hizo gracia de la vida.

—No querian, pues, mataros: no era la reina.

—Al contrario, la generosidad de ese hombre me confirma mas en mis sospechas: la reina se horroriza de la sangre... como vuecencia: la reina, sin duda ha querido decirme: aunque soy mujer, y me teneis obligada al silencio, puedo en silencio mataros: tengo una valiente espada que me sirve.

—¿Pero no se os ocurre que vuestro vencedor pudo quitaros las cartas?

—La reina no sabe que por guardarlas mejor llevo siempre las cartas conmigo.

—¿Y no se sabe quién es ese hombre que ha defendido á la reina?

—No lo se aun, pero lo sabré: le he hecho seguir por un hombre que no le perderá de vista.

—Pues bien: lo que mas urge ahora es desenredar este misterio de la reina: ver claro: saber como, por donde, pueden entrar personas estrañas en la cámara de la reina, y como la misma reina puede salir sin ser vista de nadie. Hay ciertos pasadizos en el alcázar que han estado á punto de causarnos graves disgustos. Haced que las gentes que están al lado del rey, cuenten sus pasos, oigan sus palabras...

—Tal las oyen, que aconsejo á vuecencia haga dar una mitra al confesor del rey.

—¡Cómo!

—Fray Luis de Aliaga ha pasado toda la tarde al lado de su magestad mientras vuecencia reconciliaba á sus enemigos y se creia por su reconciliacion libre de cuidados.

El duque quedó profundamente pensativo.

—¡El confesor del rey! ¡la reina apela al hierro! ¡oh! ¡oh! la lucha es encarnizada... y bien, será preciso obrar de una manera decidida...

—No digais, es necesario obrar... decidme obrad: y obro. Estas cartas son ya insuficientes... vuecencia no puede pedirme que me pierda al perder á la reina... la reina arrostra por todo... imitémosla.

—Procurad saber quien es ese hombre de que la reina se ha valido: averiguado que sea hacedle prender, y esto al momento. Despues id á avisarme al alcázar.

Don Rodrigo conoció que la órden era perentoria y fué á salir.

—No, por ahí no: tomad mi linterna: vais á salir por el postigo: de paso mirad si hay algun muerto en la calle, ó al menos señales de sangre.

—¡Ah!

—Si, antes que viniérais sonaron cuchilladas en la callejuela.

—¡Ah! ¡ah! dijo para sí Calderon, bajando las escaleras detrás del duque. ¡Cuchilladas junto al postigo de su escelencia, y su escelencia interesado en saber el fin de estas cuchilladas! ¡ah! ¿qué será esto? ¡Creo que este hombre, cuando me guarda secretos desconfia de mí! Pues bien, obraré como me conviene, señor duque: y es ya tiempo: no quiero sumergirme con vos.

Cuando llegaba á este punto de su pensamiento, Lerma abria

el postigo, y se cubria con él para no ser visto por un acaso desde la calle.

Calderon salió.

Apenas habia salido y cerrado el duque, cuando resonaron en la calle, como por ensalmo, delante del postigo, cuchilladas, y poco despues, unas segundas cuchilladas mas abajo, unieron su estridor al de las primeras.

El duque de Lerma subió cuanto de prisa le fue posible las escaleras, llamó á algunos criados, y los envió á saber que habia sido aquello.

CAPITULO X.

De como don Francisco de Quevedo encontró en una nueva aventura, el hilo de un enredo endiablado.

Cuando Quevedo salió de la casa del duque de Lerma por el postigo, apenas habia puesto los piés en la calle, se le vino encima Juan Montiño, que, como sabemos, estaba esperando en un soportal á que saliese por aquel postigo don Rodrigo Calderon.

Al verse Quevedo con un bulto encima, y espada en mano, echó al aire la suya, y embistiendo á Juan Montiño esclamó, con su admirable serenidad, que no le faltaba un punto:

—Muy oscuro hace para pedir limosna: perdone por Dios hermano.

Y á pié firme contestó á tres tajos de Juan Montiño, con otras tantas estocadas bajas y tales, que el jóven se vió prieto para pararlas.

Y no sabemos lo que hubiera sucedido, si Juan Montiño no hubiera conocido en la voz á su amigo.

—¡Por mi ánima, dijo haciéndose un paso atrás, y bajando la espada, qué aunque muchas veces hemos jugado los hierros, no creí que pudiéramos llegar á reñir de veras!

—¡Ah! ¿sois vos señor Juan? que me place: y ya que no nos hemos sangrado, alegróme de que hayamos acariciado nuestras espadas para daros un consejo: lo de tajos y reveses á la cabeza, dejadlo á los colchoneros, que sirven bien para la lana, y aficionaos á las estocadas: de mí solo se deciros que de los instrumentos de filo, solo uso la lengua. ¿Pero qué haceis aquí?

—Espero.

—Ya, ya lo veo. ¿Pero á quién esperais?

—A un hombre.

—Decid mas bien á un muerto: y dígolo porque á pesar del demasiado aire que dais á la hoja de la espada, si yo no fuera quien soy, me hubiérais hecho vos lo que no quiero ser en muchos años. Pero el nombre del muerto; digo, sino hay secreto ó dama de por medio, que no siendo asi...

—Dama y secreto hay: pero me venis como llovido; conozco vuestra nobleza, quiero confiarme de vos, y os pido que me ayudeis.

—Y os ayudaré, y mas que ayudaros: tomaré sobre mí la empresa y el cargo. ¿Pero de qué se trata?

—¿Conoceis á don Rodrigo Calderon?

—Conózcole tanto, como que de puro conocerle le desconozco. Es mucho hombre.

—Pues á ese hombre espero.

—Para...

Quevedo hizo con el brazo la señal de una estocada á fondo.

—Cabalmente.

—Perdonad: pero vos no sois cristiano, amigo Juan.

—¿Por qué me decis eso? No os he dejado tiempo para poneros en defensa?

—Dígolo, porque vuestro rencor no cede. ¿No os habeis satisfecho con haber desarmado hace dos horas á don Rodrigo Calderon, sino que pretendeis matarle?

—¡Cómo! ¿era don Rodrigo Calderon, el hombre con quien reñí cuando..?

—Si, cuando acompañábais á una dama muy tapada, muy hermosa y muy noble, que habia salido del alcázar.

—¡Cómo! ¿conoceis esta dama?

—Puede ser.

—¿Y es hermosa?

—Puede que lo sea.

—¿Y sabeis su nombre?

—Puede llamarse... se puede llamar con el nombre que mejor querais: os aconsejo que no tomeis jamás el nombre de una tapada, sino como un medio de entenderos con ella.

—¿Pero no decis que la conoceis?

—Lo que prueba, pues tanto me preguntais, que no la conoceis vos.

—¡Ay! ¡no!

—¿Os habeis ya enamorado?

—Lo confieso.

—Sin conocerla...

—Ahí vereis.

—¿Por la voz ó por el olor, ó por el bulto? ved que esas tres cosas engañan.

—Estoy seguro de que es una divinidad.

—Se me os perdeis Juan, se me os perdeis, y lo siento. Idos de la córte amigo mio, porque si apenas habeis entrado habeis caido, á poco mas sois hombre enterrado. Creedme, Juan, venios conmigo á una hostería y dejaos de tapadas, que no contentas con haberos matado os piden hombres muertos.

—Idos si quereis, dijo Juan Montiño, que yo estoy resuelto á quedarme y á cumplir lo que he prometido.

—No, no me iré, puesto que me necesitais: aquí me estoy con vos y venga lo que viniere.

—He reparado en un bulto que me sigue desde despues de mi primera riña con don Rodrigo.

—¡Ah! ¿si? ¿un bulto? razon mas para que yo me quede.

—Y ese bulto está allá abajo, junto á la esquina.

—¿Y no le habeis ahuyentado por no espantar la caza? bien hecho: por lo mismo dejárele yo allí: pero entrémonos en este zaguan.

—Entrémonos.

—¿Y estais seguro de que don Rodrigo Calderon está ahí dentro, y si está de que saldrá por ahí?

—No lo estoy, pero espero.

—Vais haciéndoos á las costumbres de los enamorados tontos, que se pasan la vida en esperar á bulto.

—Por mas que hagais...

—No os curo.

—No.

—¿Pero tanto vale esta dama?

—¡Oh!

—¡Oh! decir ¡Oh! vale tanto como si dijeseis: esa dama es para mí un acertijo.

—¿Creeis que estoy enamorado?

—¡Ayudeos Dios, si vuestro mal no tiene cura! ¿Y sabeis qué tarda don Rodrigo?

—¿Qué teneis que hacer?

—Mucho: por ejemplo, me urge ver á vuestro tio el cocinero de su magestad.

—Pues no podeis verle esta noche.

—¿Cómo?

—Va de viage. Se muere mi tio el arcipreste y va á cerrarle los ojos.

—¡Ah! pues sino puedo ver á vuestro tio, me importa poco que tarde nuestro hombre, entre tanto á dormir me echo.

—¡A dormir!

—Si; he encontrado aquí un poyo bienhechor, y estoy cansado. Y luego, ¿de qué hemos de hablar? No conoceis á esta dama... no puedo aconsejaros á ciencia cierta... me callo pues y duermo. Avisadme cuando sea hora.

Al sentarse Quevedo se desembozó y dejó ver una línea de luz por un resquicio de su linterna.

—¡Oh! ¡traeis linterna! dijo el jóven.

—Nunca voy sin ella.

—¿Me prometeis decirme el nombre de la dama, si os doy algo por lo que podais venir en conocimiento?

—Os lo prometo, dijo Quevedo.

—Pues bien, abrid la linterna y mirad.

Quevedo abrió la linterna y Juan Montiño, doblando la carta que su tio habia recibido de palacio, y dejando solo ver el primer renglon que decia: «Teneis un sobrino que acaba de llegar á Madrid...» mostró aquel renglon á Quevedo.

—¡Y es letra de mujer! dijo este.

—¿Pero no la conoceis?

—No, repuso Quevedo guardando la linterna.

—Voy á ayudaros, añadió el jóven: esta carta ha venido de palacio á mi tio, de mano de una dueña de la servidumbre.

—Sino me dais mas señas no puedo alumbrar vuestras dudas. ¡Y me duermo, vive Dios, me duermo! dijo Quevedo bostezando.

—Decidme: ¿hay en palacio alguna dama, cuya hermosura deslumbre como el sol?

—Hailas muy hermosas: ¿la vuestra es esbelta, ligera, buena conversacion, morena...?

—No, no : es blanca.

—¿Cómo, pues, sabeis su color si iba tapada?

—Una mano... .

—¡Ah! es verdad, las tapadas que tienen buenas manos no las tapan. Pues no es la condesa de Lemos, dijo para sí Quevedo.

—Era alta, gallarda, muy dama, muy discreta, jóven, andar magestuoso...

—No conozco dama que tenga mas magestad en palacio que la reina.

—¡La reina..! ¿pero creeis que la reina podria salir sola de noche y ampararse de un desconocido?

—¡Eh, señor Juan Montiño! hablais con demasiado calor, para que yo no sospeche que os ha pasado por el pensamiento que podia ser la reina la dama de vuestra aventura. Creedme, Juan ; eso, que si fuera posible, seria para vos una desgracia, es imposible de todo punto. Su magestad la reina... vamos no pensemos en ello. Es la única mujer que conozco buena y mártir, y la ilustre sangre que corre por vuestras venas os debe decir...

—Mi sangre no es ilustre, don Francisco, sino honrada, y por lo mismo, porque dudo, porque me parece imposible, os pregunto, quiero aclarar una duda que me vuelve loco... teneis razon : si fuese la reina la dama á quien amo...

—¿Pero qué amor es ese...? un amor de dos horas.

—¡Ay, don Francisco! en dos horas... menos aun; en el punto en que la ví...

—¿Luego la habeis visto?

—Si.

—¿Dónde?

—Perdonad, no me pertenece el secreto.

—Guardadle, pues; pero entendámonos : ¿decis que habeis visto á esa dama? dadme sus señas.

—No puedo daros seña alguna, porque fue tal el efecto que me causó su hermosura, que cegué.

—¡Vehemente y apasionado como su padre! murmuró Quevedo.

—¡Qué! ¿habeis conocido á mi padre, don Francisco? cuando fuísteis á Navalcarnero ya habia muerto.

—He oido hablar de él, dijo Quevedo.

—Pues os han engañado.

—Bien puede ser.

—Mi padre era lo mas pacífico del mundo.

—¡Pobre amigo mio! dijo Quevedo.

—¿Por quién hablais, por mi padre ó por mí?

—Hablo por vos. En cuanto á vuestro padre, bien se está allí donde se está; y en verdad y en mi ánima, que sino fuera por vos, ya estaria yo con él.

—¿En la eternidad?

—Decis bien: pero yo me entiendo y Dios me entiende.

—¿Estareis tambien enamorado y desesperado?

—¡Enamorado! no lo sé, pudiera ser. ¡Desesperado! no, porque á mí no me desesperan las mujeres.

—Sois muy afortunado.

—O muy pobre. Pero volviendo á la dama...

—Os repito que puedo hablaros de su hermosura, pero no daros señas de ella: os digo que la amo tanto, que si por desdicha fuese esta mujer la reina...

—¿Pero estais loco Juan? ¿Acabais de llegar á Madrid, y ya pretendeis haber tenido una aventura con... su magestad?

—¿Y no pudiera ser?

—¡Poder! todo puede ser si Dios quiere, puesto que es todo poderoso: pero lo que creo que ha sucedido ya, es que habeis perdido el juicio.

—Si esa mujer es la reina, lo pierdo de seguro.

—Y... ¿por qué?

—¿Por qué? la reina es casada.

—¡Ah! ¿y amais tanto á vuestra dama, que pretendeis encontrar en ella lo que creo que no se encuentra en ninguna mujer? ¿Pretendeis que no haya amado una dama que se sale de palacio de noche y sola, que se agarra al primero que encuentra y le embauca hasta hacerle perder el seso?

—Yo no os he dicho que esa dama ha salido de palacio.

—Pero yo lo sé.

—¿Y quién os lo ha dicho?

—¡Bah! quien os ha visto.

—Me estais desesperando: vos conoceis á esa dama.

—Vos me estais guardando un secreto.

—No es mio.

—De la reina.

—¡Ah! ¡no! ¡no!

—Escuchad Juan, yo tengo una obligacion mayor de la que creeis de mirar por vos, de guardaros...

—¡Vos!

—Si, yo; es mas: por vos he venido á Madrid; por vos necesito ver á vuestro tio.

—No os entiendo.

—Pues bien podeis entenderme. ¿No somos amigos?

—Si, ciertamente.

—¿No soy yo mas esperimentado que vos?

—Esperimentado y sabio.

—Pues respetadme por mayor en edad y en saber. Contestadme, jóven, y cred, suponed que os habla y os pregunta vuestro padre. Sois nuevo en la córte, y la córte es muy peligrosa. Habeis dado de bruces con palacio y para vos se ha centuplicado el peligro. ¿Para qué esperais á don Rodrigo Calderon?

—Para matarle.

—¿Y por qué?

—Porque ha ofendido á esa esa dama que me enamora.

—Me engañais.

—No os engaño.

—¿La ofensa de ese hombre á la dama...?

—Suponerla amante suya.

—¿Y á vos qne os da?

—Es inútil que pretendais disuadirme, estoy resuelto.

—Pues sea: me embarco con vos: agito con vos el cascabel de la locura: cometo la primera tonteria de que tengo memoria: Cervantes, á quien Dios perdone sus pecados, creyó haber muerto con su Ingenioso Hidalgo don Quijote, á los caballeros andantes; pero se engañó, porque aquí estamos dos. Vos porque teneis ojos y yo porque tengo corazon y agradecimiento.

—¡Agradecimiento!

—Dios me entiende y yo me entiendo.

—Pero no os entieedo yo.

—Cuando fuí huido á Navalcarnero... y fue por una mujer... siempre ellas... encontré en vos...

—Un jóven que se volvió á vos, asombrado, deslumbrado por vuestro ingenio.

—Muchas mercedes. Pues; encontré en vos un hermano, y tan agra-

decido quedé de ello, que en la primera carta que escribí al duque de Osuna, le hablé de vos.

—¡Ah! ¡don Francisco! ¿habeis hecho que llegue mi pobre nombre al gran duque de Osuna?

—Y tanto bien vuestro le he dicho que el duque, que no ha dejado de escribirme á San Marcos, me escribió por último en terminos breves pero precisos: «Mi buen secretario: el duque de Lerma os suelta, no se si por que me teme, ó porque os teme á vos, aunque preso y encerrrado. Venios al punto, pero traeos con vos á ese vuestro amigo Juan Montiño, de cuyos adelantos me encargo.»

—¿Eso os ha escrito el duque, y os llamais agradecido de mí?

—Sea como quiera, vengo, os encuentro cuando menos lo esperaba y metido en una aventura, y por fin y postre me metisteis tambien en ella. Pues adelante: no siento otra cosa sino lo que tarda el difunto.

No habia acabado Quevedo de pronunciar estas palabras, cuando rechinó una llave en la cerradura del postigo del duque, se abrió este, se vió luz y salió un bulto.

El postigo volvió á cerrarse.

—Ahí le teneis, dijo don Francisco en voz baja á Juan. Dejadle que adelante algunos pasos mas y á él.

Juan Montiño salió del zaguan y se fue tras aquel bulto. Quevedo se puso en medio de la calleja y desnudó la daga y la espada.

Hemos dicho que la noche era muy oscura.

—Defendeos ú os mato, dijo Juan Montiño, á dos pasos del que habia salido por el postigo.

Volvióse este y desnudó los hierros.

—¿Y por qué quereis matarme? dijo.

Juan le contestó con una estocada.

—¡Ah! vos sois el mismo de antes, dijo don Rodrigo, que él era.

—Entonces os desarmé, pero ahora que sé que sois don Rodrigo Calderon, os mato.

Al decir el jóven estas palabras, don Rodrigo Calderon dió un grito.

La daga de Juan Montiño, se le habia entrado por el costado derecho.

Y entre tanto Quevedo daba una soberana vuelta de cintarazos, sin chistar, á un bulto que habia venido en defensa de don Rodrigo.

Don Rodrigo quiso sostenerse sobre sus piés pero no pudo, le brotaba la sangre á borbotones de la herida, se desvaneció, vaciló un momento y cayó.

Juan Montiño se arrojó sobre él, le desabrochó la ropilla, y buscó con ansia en ella: en un bolsillo interior encontró una cartera que guardó cuidadosamente.

Don Rodrigo no le opuso la menor resistencia. Estaba desmayado.

Entre tanto el hombre á quien zurraba Quevedo, no pudo resistir mas y huyó dando voces.

—Habeis acabado ya por lo que veo, ó mas bien por lo que no escucho, dijo Quevedo á Juan Montiño.

—Si, por cierto, contestó Juan.

—Ya sabia yo que teniamos difunto: pero ese rufian de Juara va dando voces, y por sus voces pueden dar con nosotros, y con nosotros en la cárcel. Dadme vuestro brazo á fin de que yo pueda andar de prisa y tiremos adelante.

—Adelante, don Francisco, pero tiremos hácia palacio.

—¡Hácia palacio, eh! pues que palacio sea con nosotros.

Y marchando con cuanta rapidez les fue posible, que no era mucha á causa de la deformidad de las piernas de Quevedo, salieron de la calleja.

Poco despues entraban en ella muchos hombres con luces.

Aquellos hombres eran los criados que el duque de Lerma habia enviado á informarse del suceso.

CAPITULO XI.

En que se sabe quien era la dama misteriosa.

Quevedo y Juan Montiño tardaron un largo espacio en llegar á palacio, no porque palacio estuviese lejos de la casa del duque de Lerma, sino porque para Quevedo eran largas todas las distancias.

Entrambos iban embebecidos en hondos pensamientos y no hablaron una sola palabra durante el camino.

Cuando vieron delante de sí la negra masa del alcázar, Quevedo dijo á Montiño:

—He aquí que hemos llegado, y que estamos en salvo. Procurad vos no poneros en peligro: ved que palacio es un laberinto en que se pierde el mas listo.

—Aunque fuese el infierno entraria en él. Me lo manda mi honra.

—Pues si tan principal señora os manda, no insisto amigo Juan, y os dejo, porque supongo que necesitareis ir solo.

—De todo punto.

—Pues voyme á dormir: esperoos mañana en el *Mentidero*.

—¡Cómo en el Mentidero!

—Olvidábame de que sois nuevo en la córte. Llaman aquí el Mentidero, á las gradas de San Felipe el Real.

—¿Y por qué no esperarme en vuestra casa?

—Porque no sé aun si será pública ó privada; meson de traseuntes

ó tránsito del infierno. Quedad con Dios, y sobre todo prudencia, Juan, prudencia, y no os envanezcais con los favores de la fortuna.

—No sé lo que será de mí, dijo el jóven que estaba aturdido é impaciente.

—Pues procurad saber lo que haceis, y adios que no quiero deteneros.

—Adios, don Francisco, hasta mañana.

Quevedo se alejó un tanto, y luego al doblar una esquina se detuvo.

—¿Será sino de la sangre de los Girones, dijo, el encontrarse siempre metida en grandes empresas? ¿Quién sabe? ¡pero aquí hay algo grave! ¿qué no haya leido Lerma delante de mí la carta de la duquesa? ¿qué no haya yo podido ver lo que ha hecho ese noble jóven, en el breve espacio que ha estado inclinado sobre don Rodrigo Calderon, entretenido en detener á ese vergante de Juara? pero puedo ver algo... y algo tal, que sea una chispa que me alumbre. Pues procuremos ver.

Y se encaminó recatada y silenciosamente á la puerta de las Meninas, y con el mismo recato miró al interior.

Bajo un farol turbio estaba parado Juan Montiño.

—¿Con qué le esperan? ¿con qué le han citado? ¿quién será ella? dijo Quevedo.

Pasó algun tiempo, Juan Montiño esperando, y don Francisco observándole.

Oyéronse al fin leves pasos que parecian provenir de unas estrechas escaleras, situadas cerca del jóven; luego los pasos cesaron y se oyó un siseo de mujer.

—¡Ah! ¡ya pareció ella! dijo Quevedo: ¿pero quién será?

Entre tanto Juan Montiño, se habia dirigido sin vacilar á las escaleras y desaparecido por su entrada.

Sigámosle.

A los pocos peldaños una dulce voz de mujer, aunque anhelante y conmovida le dijo:

—¡Ah! ¡gracias á Dios que habeis venido!

Era la misma voz de la dama tapada á quien Montiño habia acompañado aquella noche.

La escalera estaba á oscuras.

—¡Señora! dijo Montiño.

—¡Silencio! replicó la dama: no hableis; seguidme y andad paso.

—¡Pero sino veo!

—¡Ah! es verdad.

—Y sino me guiais...

—Dadme, pues, la mano, dijo la dama con un acento singular en que se notaba la violencia conque apelaba á aquel recurso.

—¿Dónde estais?

—Acercad mas.

—Ya que me dais la mano, señora...

—Os la presto...

—Pues bien, prestadme la derecha.

—Seguid y callad, dijo la dama, poniendo en la mano de Juan Montiño, una mano que hablaba por sí sola en pro de lo magnífico de las formas de la dama.

—¡La que tiene una mano tal...! dijo para si Montiño.

Y acarició con deleite en su imaginacion el resto de un pensamiento.

Asido por la dama, seguia subiendo.

Terminada la escalera, atravesaron un espacio que debia ser estrecho, porque el traje de la dama, ancho y largo chocaba con las paredes.

La dama se detuvo y abrió con llave una puerta.

Pasaron, y la dama tornó á cerrar.

Y siguieron adelante.

—¡Oh! ¡vuestras espuelas! esclamó: ¡nos hemos olvidado de que os las quitáseis!

—Pues me las quitaré, dijo Montiño.

—No, no, seguid adelante, en esta galería no podemos detenernos: ¡oh Dios mio!

Y la dama siguió andando de prisa.

Al cabo de un buen espacio de marcha por habitaciones oscuras y sonoras, la dama se detuvo y soltó la mano de Montiño.

—¡Ah! dijo el jóven.

—Hemos llegado contestó ella.

Y sonó una llave en una cerradura: se abrió una puerta.

Al fondo de una habitacion, á través de la puerta de otra, vió Montiño el reflejo de una luz.

Vió tambien que la dama que hasta allí le habia conducido, estaba tan envuelta en su manto, como cuando la encontró en la calle.

—Entrad, dijo la dama.

—Montiño entró.

—Esperad aquí, repitió ella.

Montiño se detuvo junto á la puerta.

La tapada adelantó rápidamente, atravesó la puerta por donde penetraba el reflejo de la luz, y luego Montiño oyó el ruido de dos llaves en dos puertas distintas.

Luego la dama se asomó á la segunda puerta, y dijo:

—Pasad, caballero.

Montiño pasó.

Y entonces por la parte de afuera de la puerta, se oyó una voz ronca que dijo:

—¿Quién será ese hombre con quien ella se encierra? yo no lo creyera á no verlo. ¡Las mujeres! ¡las mujeres!

Y luego se oyeron unos tardos pasos que se alejaban.

Entre tanto Montiño siguiendo á la dama, tapada siempre, habia atravesado dos hermosas cámaras, alfombradas, amuebladas con riqueza, en muchos de cuyos muebles, reparados al paso por el jóven, se veian las armas reales de España y Austria.

Al fin la dama se detuvo en una cámara mas pequeña.

Sobre una mesa habia un candelero de plata con una bugía, única luz que iluminaba la cámara, y junto á la mesa un sillon de terciopelo.

—Sin duda que comprendeis porqué os he llamado, dijo con severidad la dama.

Juan Montiño que se habia descubierto respetuosamente, dejando ver, por completo su simpático y bello semblante y su hermosa cabellera rubia, sacó en silencio de un bolsillo de su jubon el brazalete real de que se habia apoderado y que en tantas confusiones le habia metido y le entregó á la dama.

—¡Ah! esclamó esta tomándole con ansia.

—Habiais dudado de mí, señora, dijo Montiño con acento de dulce reconvencion.

—Habeis hecho mal, prevaliéndoos de la casualidad que puso entre mis manos esta joya.

—Perdone vuestra magestad... dijo el jóven, y la dama no le dejó tiempo de concluir.

—¡Mi magestad! esclamó con asombro, volviendo con terror el rostro á una puerta cubierta con un tapiz.

—Creed, señora, dijo Juan Montiño que vió una afirmacion en la sorpresa, en el cuidado, casi en el terror de la tapada, creed, señora, que nada esponeis, nada, con quien es hijo de un hombre que ha vertido su

sangre por sus reyes... y mi lealtad y mi respeto hácia vuestra magestad.....

—¡Pero esto es horrible! ¡me creeis la reina!

—Llevábais en el brazo esa joya que tiene las armas reales de España.

—¿Conoceis á... la reina?

—Ya dije á vuestra magestad...

—Dejaos de importunas magestades, esclamó la dama con un acento en que habia angustia, mirando de nuevo á la puerta cubierta por el tapiz: tratadme lisa y llanamente como á una dama honrada, y concluid. ¿Ha visto alguien esta joya?

—¡Señora! esclamó con el acento de un hombre profundamente ofendido Montiño.

—Perdonad: pero fuísteis atrevido é imprudente...

—Yo creia que érais otra mujer... una dama principal y nada mas, y quise que me quedase algo vuestro por donde pudiera encontraros. Cuando vi esa joya, ya no tenia remedio... ya habiais desaparecido..... entonces me pesó haberos hecho escuchar...

—¿Palabras de amor?... dijo riendo la dama, que se tranquilizó porque en la turbacion, en las miradas del jóven habia comprendido su alma.

—Os ruego otra vez que me perdoneis.

—¡Pero, caballero, sino me habeis ofendido! únicamente, me habeis dado un susto horrible, porque habia quedado en vuestro poder esta joya y yo no os conocia. Ni vos ni yo hemos tenido la culpa de lo que va sucedido, añadió la dama volviéndose de nuevo á la puerta de los tapices; yo me vi obligada á ampararme de vos, y vos que por una circunstancia casual me habiais visto, y habiais dado en el capricho de enamoraros de mí.....

—¡Señora!

—Os hablo asi porque no soy la reina.

—¿Y entonces porque no os descubris?

—Ni puedo, ni debo.

—Pues permitidme que dude.

—Venid acá, testarudo y niño: ¿creeis que la reina os hubiese dado como prenda la sortija que yo os dí?

—Por deshaceros de mis importunidades.

Hizo un movimiento de impaciencia la tapada.

—Pero cabe en quien tenga razon que su magestad salga de palacio de noche y sola, y se ampare de cualquiera, y charle con él, y tenga, casi casi, una aventura.

—Cuando la causa es grave... cuando una reina está á punto de ser horriblemente calumniada....

—¿Que decis....?

—No tembleis señora, dijo Montiño desnudando su daga sangrienta y mostrándola á la dama.

—¿Y qué es eso?

—Sangre de don Rodrigo Calderon.

—¡Ah! esclamó con alegría la dama.

—Si: la reina estaba amenazada.

—¿Amenazada? ¿insistis en qué yo soy... la reina.

—¿Creeis acaso que he herido ó muerto á don Rodrigo cuando le detuve para que no os siguiese? Entonces le desarmé.

—¿Pues cuando le habeis herido?

—Hace media hora: cuando salia don Rodrigo de casa del duque de Lerma: era preciso quitarle unas cartas...

—¿Unas cartas?

—Tomad, señora, dijo Montiño, sacando una cartera de terciopelo blanco bordado de oro, sobre la cual se veian manchas de sangre fresca.

La tapada abrió la cartera, sacó de ella un paquete de cartas, y las contó.

Contó seis.

—Eran cuatro, dijo, y estas... del conde de Olivares... del duque de Uceda...

Juan Montiño no pudo entender estas palabras que la dama habia murmurado.

Luego reunió aquellas cartas, las guardó en la cartera, y dejó esta sobre la mesa.

—¿Habeis visto estas cartas?

—No señora.

—¿Habeis hablado á alguien de ellas?

—No señora.

—¿Quién os dijo que don Rodrigo tenia estas cartas?

—Mi tio.

—¡El cocinero de su magestad! esclamó con un acento singular la dama: ¿y qué os dijo vuestro tio?



SI; VOS SOIS EL HERMOSO SOL QUE ME DESLUMBRÓ.

—Me llevo á un lugar donde me ocultó y me dijo : ese es el postigo del duque de Lerma : por ahí saldrá probablemente don Rodrigo Calderon: espérale mátale, y quítale las cartas que comprometen á su magestad.

—¿Pero cómo ha sabido vuestro tio...?

—Lo ignoro.

Quedóse por un momento profundamente pensativa la dama.

—Yo creia no volveros á ver, dijo, y si os di como prenda mia una sortija por la cual no podiais reconocerme, fue por concluir con vuestras importunidades. Yo esperaba que no me volvieseis á ver porque vivo muy retirada. Pero cuando de tal modo os habeis equivocado...

—¡Oh! ¡dichoso yo, sino sois su magestad!

—¿Por qué?

—Porque si fuérais su magestad... ¡oh! ¡Dios mio! moriria de una manera doble... y perdonadme, señora... pero necesito hablaros de mi amor por la última vez : si sois la reina, mi lealtad, mi deber me obligan á sufrir, á callar, á guardar para mí solo este amor que yo no he buscado... y luego ¡al veros de otro hombre..! ¡casada..! ¡oh Dios mio...!

—¿Pero es posible que me ameis de tal modo...?

—Vuestra hermosura... la ocasion en que os ví... la aventura que sobrevino... yo no se, señora, no se porque os amo ; pero se y os lo digo por la última vez, que este amor, que ha sido el primero para mí, será tambien el último.

Hizo un movimiento de impaciencia la dama.

—¿De modo que, dijo, sino me descubro dudareis acerca de mí ? es decir, dudareis acerca de si yo soy la reina ó una dama particular?

—Y sino sois su magestad ; si, como me habeis dicho al principio de la noche, no teneis esposo ni amante, ¿por qué os obstinais en no descubriros?

—Porque quisiera que se os pasase esa mala impresion que por mi desdicha os he causado en solo un momento que me habeis visto : porque no quiero que alenteis ninguna esperanza...

—¡Ah! pues entonces, permitidme dudar...

—No dudeis, pues, dijo la dama echando atras el manto, y dejándose ver de Juan Montiño.

—¡Ah! esclamó el jóven : ¡si, vos sois el hermoso sol que me deslumbró!

Y cayó de rodillas, como quien adora, á los piés de la dama.

—Dejaos, dejaos de niñerías, dijo ella : tal vez nos observan, alzaos, y hablemos aun algunas palabras... pero no de amor. ¿Estais ya seguro de que no soy la reina?

—Si, si; estoy seguro de ello : esclamó con entusiasmo el jóven, aunque no conozco á su magestad; porque estoy segurísimo que la reina no es tan jóven ni tan hermosa. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿y no me amareis?

—Ya os he dicho que no me hableis de amor. Vuestro amor seria una locura... es imposible...

—Porque vuestro corazon me rechaza...

—No, no precisamente por eso... mi corazon ni os acoge ni os rechaza... pero... os lo repito... nuestros amores son imposibles.

—Habeis dicho nuestros amores.

—He querido decir, contestó con impaciencia la dama, que el logro de vuestros amores es imposible.

—Os disgusto y lo siento.

—Pues bien, no me hableis mas de amor.

—Callaré : pero una palabra : una sola palabra : ¿No podré veros?

—Siendo como sois sobrino del cocinero mayor del rey, y viniendo como vendreis por esta razon con frecuencia á palacio, me vereis de seguro.

—¿Pero vos no hareis nada porque yo os vea?

—No : respondió friamente la dama.

—¡Ah! perdonad, señora.

—Estais perdonado : ahora sepamos : ¿habeis muerto á don Rodrigo Calderon?

—No lo sé, señora : solo sé que le he tirado á muerte.

—¿Os ha conocido don Rodrigo?

—No lo sé, porque un hombre me seguia.

—¿Os acompañaba alguien?

—Si... si... señora, dijo vacilando Montiño.

—¿Quién os acompañaba?

—Don Francisco de Quevedo.

—¡Ah! ¿está don Francisco en la córte? esclamó con precipitacion la dama.

—Creo que como yo ha llegado á ella esta noche.

—Y... ¿sois amigo de don Francisco...?

—¡Oh! ¡si! y débole tanto, como que me ha dicho que me ha reco-

mendado al duque de Osuna, y que el duque de Osuna le ha encargado que me busque y me lleve consigo á Nápoles.

—¡Ah! ¡el duque de Osuna!

Y la dama miró con una profunda atencion á Juan Montiño y se puso pálida: pero sobreponiéndose añadió:

—Y decidme, ¿estaba con vos don Francisco cuando reñísteis con Calderon?

—Tan conmigo estaba que reñia al mismo tiempo con otro hombre que sin duda servia á don Rodrigo.

—¿Sabe don Francisco lo de las cartas?

—¡Ah! no señora: por mi boca no lo sabe nadie mas que vos.

—Permitidme que os lo pregunte otra vez. ¿No habeis leido esas cartas?

—Por mi honra de hidalgo y por mi fé de cristiano señora, bastaba conque yo supiese que esas cartas eran de su magestad, para que yo no pusiese en ellas los ojos.

—Esperad, esperad un momento caballero, dijo la dama.

—Esperaré cuanto querais.

—Vuelvo al punto.

La dama tomó la cartera y el brazalete de sobre la mesa, desapareció por la puerta de los tapices, y estuvo gran rato fuera dando tiempo con su tardanza á que Juan Montiño yendo y viniendo en su imaginacion con todo lo que le acontecia, con todo lo que sentia y con la noble, dulce y resplandeciente hermosura de la incognita, acabase de volverse loco.

Al fin la dama apareció de nuevo.

Traia una carta en la mano, y en el semblante la espresion de una satisfaccion vivísima.

—Su magestad, dijo, os agradece, no como reina sino como dama, lo que habeis hecho en su servicio: su magestad quiere premiaros.

—¡Ah señora! ¿no es bastante premio para mí, la satisfaccion de haber servido á su magestad?

—No, no basta. Sois pobre, no necesitais decirlo...

—Si, pero...

—Dejémonos de altiveces... recuerdo que me dijísteis que erais ó habiais sido estudiante en teología... pero que os agradaba mas el coleto que el roquete.

—¡Ah! si señora es verdad; soy bachiller en letras humanas, y licenciado en sagrada teología y leyes.

—Y bien, ¿quereis ser canónigo? dijo la dama mirando á Juan Montiño de una manera singular.

—Si soy canónigo no puedo alentar la esperanza de que por un milagro seais mia.

—Dejemos, dejemos ese asunto... ya que no quereis ser canónigo... ¿os convendria ser alcalde?

—¡Oh! tampoco: soldado de la guardia española al servicio inmediato de su magestad; asi os veré cuando haga las centinelas; os veré pasar alguna vez á mi lado.

—Y vereis pasar otras muchas hermosas damas.

—Para mí no hay maş que una mujer en el mundo.

—Contadme por vuestra amiga, por vuestra hermana, dijo la jóven tendiéndole la mano, otra cosa es imposible. Pèro abreviemos que ya es tarde. Tomad esta carta y llevadla á quién dice en la nema.

—«Al confesor del rey, fray Luis de Aliaga.—De palacio.—En propia mano,» leyó el jóven.

—¿Y en que convento mora el confesor de su magestad?

—En el de nuestra señora de Atocha... estramuros... ¡ah! y no me acordaba... esperad, esperad un momento.

Y la dama salió y volvió al poco espacio con otro papel.

—Tomad: es una órden para que os abran el portillo de la Campanilla que da al convento de Atocha: bajad á la guardia, buscad al capitan Vadillo y mostradle esta órden: él os acompañará y hará que os abran el postigo, y seguirá acompañándoos hasta Atocha; una vez en el convento, preguntad por el confesor del rey y mostrad el pliego que os he dado: sereis introducido. Ahora bien, como en vez de ser canónigo ó alcalde, quereis ser soldado, decid al padre Aliaga que deseais ser capitan de la guardia española del rey.

—¡Capitan á mi edad, cuando mi padre pasó toda su vida sirviendo al rey para serlo!

—¡Ah! ¡vuestro padre no ha sido mas que capitan! dijo con un acento singular la dama, fijando una mirada insistente en Montiño. Yo creia que fuese mas. Pero no importa: si vuestro padre tardó en ser capitan, en cambio vuestro padre, no hizo, de seguro, al rey un servicio tal como el que vos le habeis hecho esta noche, porque sirviendo á la reina habeis servido al rey y á España. Decid, pues, á fray Luis de Aliaga, que deseais ser capitan de la guardia española del rey.

—Pero... yo no pedia tanto.

—Se os manda... se necesita que seais capitan, dijo severamente la dama.

—¡Ah! ¡de ese modo!

—Id, pues.

—Una palabra.

—¡Qué!

—¿Sois dama de la reina?

—No, soy su menina.

—¡Ah! su menina... y vuestro nombre, vuestro adorado nombre.

—Doña Clara Soldevilla, hija de Ignacio Soldevilla coronel de los ejércitos del rey; contestó la dama.

—¡Ah! no en vano os llamais Sol...

—Pero concluyamos caballero. Vos teneis que ir á Atocha. Yo me he detenido ya demasiado.

—Adios, pues, dijo Juan Montiño tomando una mano á doña Clara y besándola.

Y se dirigió á la salida.

—Esperad, están cerradas las puertas, dijo doña Clara tomando una bujía y precediéndole.

Abrió en silencio dos puertas, y al abrir la esterior, Juan se volvió y quiso hablar, como si le costase un violento sacrificio separarse de doña Clara.

—Es tarde... adios, señor capitan, adios. Hasta otro dia, dijo doña Clara y cerró la puerta.

—¡Hasta otro dia! esclamó el jóven. Noche será para mí y noche oscura el tiempo que tarde en volveros á ver, doña Clara. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! no sé si alegrarme ó entristecerme con lo que me sucede.

Y Juan Montiño tiró la galería adelante, bajó unas escaleras y se encontró en el patio, y poco despues, dirijido por un centinela, en el cuerpo de guardia, donde, habiendo hecho llamar al capitan Vadillo, le mostró la órden.

—Aquí me mandan que os acompañe al monasterio de Atocha, dijo el capitan que era un soldado viejo. En buen hora: dejadme tomar la capa y vamos allá, amigo.

Poco despues el jóven y el capitan cruzaban las oscurísimas calles de Madrid.

CAPITULO XII.

Lo que hablaron la reina y su menina favorita.

Doña Clara entró en una pequeña recámara magníficamente amueblada. En ella una dama jóven y hermosa como de veinte y siete años, examinaba con ansiedad, pero con una ansiedad alegre unas cartas.

Aquella dama era la reina Margarita de Austria esposa de Felipe III.

—¡Oh! ¡valiente y noble jóven! dijo la reina: Dios nos lo ha enviado, Clara: ¿sin él qué hubiera sido de mí?

—Dios, señora, jamás abandona á los que obran la virtud, creen en él y le adoran.

—¡Oh! mandaré hacer en cuanto tenga dinero para ello, una fiesta solemne á nuestra señora de Atocha y la regalaré un manto de oro. ¡Oh bendita madre mia, si yo no tuviera estas cartas en mi poder!

Y los hermosos ojos de la reina se llenaron de lágrimas.

—Por estas cartas hubiera yo dado mi vida, añadió.—¿Y dime Clara; al saber que yo ansiaba tanto tener estas cartas, no has sospechado de mí?

—He sospechado, dijo Clara sonriendo y fijando una mirada de afecto en la reina, he sospechado que vuestra magestad, arrastrada por su buen corazon, por su virtud, por el deber que tiene de velar por los reinos de vuestro esposo, no habia meditado bien, no habia estudiado

al hombre en quien habia depositado su confianza, y se habia comprometido por imprevision.

—Esplícate, esplícate, por Dios, Clara.

—¿Qué esplicacion se necesita? esas cartas... estoy segura de ello, son citas á don Rodrigo Calderon: citas, no ciertamente de amor, pero que tal vez puedan parecerlo.

—Yo no te habia hablado nada de estas cartas: hasta hoy no te habia dicho nada de mis secretos hasta que he necesitado recobrar estas cartas, pero han venido á tus manos... ¿las has leido?

—¡Señora! esclamó con el acento de la dignidad ofendida doña Clara.

—Pues bien, leelas.

—¡Ah! ¡no! ¡no señora! dijo la jóven rechazando con respeto las cartas que le mostraba la reina.

—Te mando que las leas, dijo con acento de dulce autoridad Margarita de Austria.

Doña Clara tomó cuatro cartas que le entregaba la reina, abrió una y se puso á leerla en silencio.

—Lee alto, dijo la reina.

Doña Clara leyó.

«Venid esta noche á las dos: yo os esperaré y os abriré. No falteis que importa mucho.—Margarita.»

—Otra, dijo la reina.

«Os he estado esperando y no habeis venido: ¿en qué consiste esto? ya sabeis cuanto me importa que vengais. Os ruego, pues, que no me obligueis á escribiros otra vez. Venid por el jardin á las doce y encubierto.—Margarita»

—Otra, repitió la reina con acento grave.

«Es urgente urgentísimo que vengais esta noche: os espero con impaciencia. Nada temais, contando conmigo; atreveos á todo. Esta noche á la una hablaremos mas despacio. Venid.—Margarita.»

—La última, dijo la reina con acento opaco.

«Lo que me pedís es imprudente. Decis que nuestras entrevistas son peligrosas en palacio. Desde el momento conocí el peligro. Pero me interesaba demasiado veros, oiros, hacerme oir de vos, tratar con vos de lo que tanto importa á mi dignidad como mujer, á mis deberes como reina y como esposa, y no he vacilado un punto, confiada de vuestra lealtad. Pero me exigís que salga fuera de palacio, y esto no lo haré

jamás. Yo podria justificar, en un caso desgraciado, vuestra presencia en mi recámara; ¿pero cómo podria justificar mi ausencia de palacio, si por desgracia se notaba, ó mi presencia en un lugar estraño si un accidente cualquiera me descubria? Renunciad á ese peligrosísimo medio, y venid; seguid confiando en mí.—Margarita.»

—Quema esas cartas, dijo la reina.

Doña Clara las quemó una á una á la luz de una bujía.

—Ahora bien, dijo la reina cuando la jóven hubo concluido su auto de fé. Despues de haber leido esas cartas ¿qué piensas de mí?

—Pienso lo mismo que he pensado siempre: que vuestra magestad se ha comprometido por el bien de sus reinos y por recobrar su dignidad.

—Mas claro, mas claro, dijo con impaciencia Margarita de Austria.

—En esas cartas no veo, lo que tal vez podrian haber visto otros: una prueba contra la virtud de vuestra magestad: no, yo no veo eso: conozco demasiado á vuestra magestad para que pueda dudar ni un solo momento de su virtud. Veo una conspiracion.

—¡Ah! ¡ves una conspiracion!

—Si, por cierto: y una conspiracion justa y mas que justa, necesaria contra el duque de Lerma. Solo que vuestra magestad ha elegido un instrumento que la ha hecho traicion.

—Un dia, dijo la reina, reclinándose en su sillon y apoyando su bello semblante en una de sus bellísimas manos, cazaba el rey en el Pardo: entre los caballeros que acompañaban al rey iba don Rodrigo Calderon, que acaba de ser creado conde de la Oliva y estaba al pié de mi carroza, desempeñando accidentalmente el oficio de caballerizo. La carroza se habia detenido en una encrucijada por donde decian los monteros que debia pasar el javalí.—Me rodeaba mi servidumbre á caballo y cuatro damas que me seguian estaban detrás en otra carroza.—Hacia mucho calor, y yo sudaba.—Pedí agua, y don Rodrigo partió y volvió al punto, trayéndomela en un vaso de oro.—El vaso era bellísimo, y yo noté que no era de las vagillas de palacio.—¿Este vaso es vuestro? le pregunté.—Ese vaso no puede ser mio, me contestó, despues de haber bebido en él vuestra magestad.—No importa, guardadlo, le contesté.—Don Rodrigo lo tomó y dijo:—Lo guardaré como un testimonio de honra mientras viva, y despues de muerto, si para entonces tengo hijos, se lo legaré como una reliquia.—Todo esto fue dicho con respeto, en estilo cortesano, con dignidad y con un grave acento de lealtad: poco despues, sonaron bocinas y ladridos de perros, y voces que gritaban:—¡El javalí! ¡el ja-

vali!—Yo asomé la cabeza por la ventanilla de la carroza, y al ver un animal monstruoso que adelantaba con una rapidez horrible por el sendero junto al cual estaba mi servidumbre grité:—Apartaos caballeros, apartaos, yo os lo permito.—Unos por miedo, otros por aficion á la caza, se apartaron lejos ó siguieron al javali: don Rodrigo no se movió de junto á la portezuela, á pesar de que el javali pasó tan cerca de él que le hirió, aunque debilmente el caballo, y quedó solo al lado de la carroza: toda mi servidumbre, picadores, monteros, guardias se habian alejado.—En aquel momento, don Rodrigo me dijo:—¿Puedo alcanzar de vuestra magestad un momento de audiencia?—¿Y para qué, caballero? le contesté.—Para que yo pueda mostrar á vuestra magestad, mi respeto y el interés que me inspira como reina y como dama.—Esplicaos, le dije con severidad.—El duque de Lerma es enemigo de vuestra magestad.—¿Qué quereis decir?—Que vuestra magestad tiene un gran interés de dar en tierra con el duque de Lerma, lo que será muy fácil á vuestra magestad si se vale de mí.—¡Vos sois secretario del duque de Lerma!—Por lo mismo señora, porque sé sus secretos, se que se atreve á todo, y que obra como traidor y villano respecto á vuestra magestad.—Basta: lo que me tengais que decir me lo direis en un memorial.—¿Y cómo podré dar á vuestra magestad ese memorial, rodeada como está vuestra magestad siempre de enemigos pagados por el duque?—Dejad esta tarde vuestro memorial en uno de los mirtos que están bajo los balcones de mi recámara, en el palacio del Pardo.—Y me retiré al interior de la carroza. Don Rodrigo no me habló ni una palabra mas.—Poco despues volvió la servidumbre, acabó la cazería y nos volvimos á palacio.

Aquel dia, como otros muchos, comí separada del rey en mi cámara y su magestad no vino á pasar la velada conmigo. En cambio el duque de Lerma me hacia notar en cuantas ocasiones estaba delante de mí, el peso de su superioridad. Esta era insoportable, lo era y lo es... insoportable de todo punto.

Tú lo sabes, Clara, añadió la reina... yo no tengo esposo... tú, nadie mejor que tú, sabe que el rey no me ama.

—¡Ah! ¡señora! esclamó doña Clara: ¿vuestra magestad duda tambien?

—No, no: yo no tengo celos de tí, ni puedo tenerlos: primero, porque conozco tu corazon y tu altivez... tu virtud, mas bien: segundo, porque si me importa mucho mi dignidad como esposa y como reina, no me importa tanto el poseer el corazon del rey. Te hablo ahora, como te he

hablado siempre desde poco tiempo despues de conocerte: como á una hermana. Entre nosotras, Clara, no hay secretos. Tú sabes cual es mi vida. Tú sabes cual es mi lucha. No amo al rey, pero le respeto... no le ruego, pero me ofende que vasallos se atrevan á mandar en mi casa, y nieta y hermana y esposa de rey, no puedo sufrir con paciencia que el trono donde yo me siento esté hollado por traidores; que el rey á quien estoy unida por la religion y por las leyes, autorice el robo, la tiranía, los cohechos, las infamias de ese especie de gran bandido, que se llama don Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Dénia, duque de Lerma, y mas que secretario del despacho, verdadero rey de España. No puedo sufrir esto sin olvidarme de quien soy yo, y de quien es él: de que tengo esposo, de que tengo vasallos, y de que ese esposo está dominado y esos vasallos oprimidos: yo no puedo olvidar y no lo olvido, que España ha sido grande, poderosa, temida, ni puedo ver sin rubor y sin cólera, que hoy está pobre, vencida por todas partes, insultada, á punto de ser deshecha. No, yo no puedo olvidar lo uno, ni sufrir pacientemente lo otro. Odio á Lerma y he conspirado, conspiro y conspiraré contra él. Mi conspiracion ha estado á punto de costarme la honra, y todavía puede costarme la vida.

—¡Ah! ¡señora! ¿se atrevería ese hombre?

—A todo, á todo por sostener su soberbia, pero el misterio consiste en si me matará él á mí, ó en si yo le mataré á él.

—¡Matarle!

—Si, su cabeza, nada menos que su cabeza; su cabeza en un cadalso público: una vez por tierra esa cabeza...

—Se levantará otra mas soberbia.

—Haya yo puesto el pié sobre uno de esos ambiciosos y rapaces aventureros, y nada temo: como haya caido el uno caerán los otros: pero sigo la relacion de mi conocimiento con don Rodrigo. Aquella noche, apenas me quedé sola llamé á mi buena camarera mayor la duquesa de Gandia, y á pretesto del calor bajé con ella á los jardines. Cuando me retiré, cerca ya de la puerta, mandé á la duquesa que fuese al banco donde habia estado sentada, por mi pañuelo, que habia dejado olvidado de intento. La duquesa se alejó; el lugar á donde la habia enviado estaba algo lejos. Entonces fuí al mirto donde, al principio de la noche, habia visto desde detrás de las celosías de mi balcon poner un papel á don Rodrigo. En efecto encontré un papel doblado entre el ramaje del mirto, y tuve tiempo de ocultarle antes de que volviese la duquesa.—Cuando me

quedé sola, retirada en mi dormitorio, leí aquel memorial: en él don Rodrigo manifestaba de la manera mas clara, y con la indignacion mas profunda, el estado en que se encontraban el rey y España, dominado el uno por el favorito, mancillada, desangrada, robada por el favorito la otra; el golpe que pensaba darse á los moriscos: las descabelladas empresas contra Inglaterra, el descuido conque se veia venir á la Liga contra España sin conjurarla; los cohechos, el robo, la malversacion de las rentas reales: la depreciacion de la moneda, la corrupcion de la justicia, los mas altos oficios del reino en la familia de Lerma: su tio inquisidor general, su hijo gentil-hombre del príncipe... sus hechuras puestas como espías alrededor del trono: cerrado al vasallo el camino hasta el rey, todo dominado, todo usado en provecho propio, convertido el clero por su interés al interés del favorito: alejados de España los buenos españoles: todo vendido, todo profanado, todo enlodado: cuántas miserias, en fin, cuántas infamias, cuántas traiciones puedan suponerse de un hombre: y todo esto robustecido con pruebas, aunque yo no las necesitaba porque harto bien conozco por mí misma á Lerma: todas estas pruebas espuestas con claridad, con nobleza, con desinterés, con lealtad, como conviene á un buen vasallo: don Rodrigo logró interesarme con su memorial, no solo porque creí ver en él al hombre de honor interesado por su rey y por su patria, sino porque en él tambien vi al profundo hombre de Estado. ¿Pero á qué cansarme inútilmente? dijo la reina levantándose, yendo á un secreter, tomando de él un papel y dándole á doña Clara: He aquí el memorial de don Rodrigo.

Doña Clara miró aquel papel.

—¡Ah! ¡infame! dijo: ni un solo momento ha pensado en ser leal á vuestra magestad.

—¡Cómo! yo creo que cuando don Rodrigo escribió su memorial obraba de buena fé.

—Esta no es su letra, señora.

—¡Qué no es su letra! ¿y cómo lo sabes tú?

—Como que me ha escrito mas de una y mas de tres cartas de amor. Pero yo he sido mas cauta. He tomado las cartas, pero ni las he contestado, ni las he creido.

—¿Y estás segura de que esa no es la letra de don Rodrigo?

—Segurísima; como que la primera carta que me dió, se la vi escribir en la sala de las Meninas un dia que estaba de guardia.

—Bien, no importa, dijo la reina.

—Si, si por cierto, dijo doña Clara: importa demasiado, y cuando se está en una lucha tan peligrosa como la que vuestra magestad sostiene con ese miserable, es necesario no dejar pasar nada desapercibido. No, no está escrito este memorial de su mano, y siendo tan importante lo que en este memorial se contiene, indica que hay otro traidor desconocido que sabe los secretos de vuestra magestad.

La reina se puso levemente pálida.

—Dios nos ayudará sin embargo, dijo, como ya ha empezado á ayudarnos procurándonos á ese jóven que indudablemente es leal.

—Y amigo de don Francisco de Quevedo... que está en la córte.

—Pues bien, nos valdremos de don Francisco por medio de ese jóven, que pronto será tambien de palacio y además está enamorado como un loco de tí y con razon...

Doña Clara se puso encendida.

—Además, dijo la reina que habia quedado pensativa: podemos contar con otra persona, mas importante de lo que parece.

—¡Una persona importante!

—Importantísima.

—¿Y quién es esa persona?

—Ven, ven, dijo la reina, trae una bujía,

Y marchando delante de doña Clara, fue á su dormitorio.

—Aquí hay una puerta, dijo la reina, señalando un lugar de la tapicería.

—Muy oculta debe de ser, dijo doña Clara, porque no se conoce.

—Sin embargo la hay, y esplica como han podido entrar hasta aquí las misteriosas cartas que me avisaban secretos graves, que me ponian al corriente de lo que pasaba en el cuarto del rey; en que me proponian, por último, el castigo de Calderon.

—¿Y cómo ha descubierto vuestra magestad esa puerta?

—Cuando esta mañana encontré sobre la mesa, la carta que viste en que se me avisaba que don Rodrigo llevaba siempre sobre sí mis cartas, y se me ofrecia darme esas cartas por mil y quinientos doblones, me propuse averiguar quién era el que de tal modo, burlando el particular interés de la duquesa de Gandia, y la presencia de la servidumbre, lograba penetrar hasta mi dormitorio. Cuando tú saliste esta noche, en busca de los mil y quinientos doblones, con pretesto de recogerme en el oratorio, mandé á la duquesa que me dejase sola: entonces apagué las luces del dormitorio, y con una linterna preparada, me escondí detrás de las col-

gaduras del lecho.—Pasó bien media hora y ya empezaba á impacientarme cuando sentí pasos.—Preparé la linterna.—Pero la persona que se acercaba traia luz: entró precipitadamente en el dormitorio y miró con avidez: era la duquesa de Gandia, que siguió adelante y entró en el oratorio. Poco despues salió pálida, aterrada, murmurando:—¡Dios mio! ¿Dónde está la reina?

—¡Ah! ¡señora! ¡ha estado perdida vuestra magestad para la camarera mayor!

—¡Oh si! y me alegro, me alegro, porque se ha llevado un buen susto!

—Susto del que ha salido, porque al fin ha parecido su magestad... ¡acostada!

—Si, si, lo que no ha contrariado poco á la buena doña Juana por su torpeza en no mirar el lecho. Pero no hablo yo de ese susto, sino de otro mayor.

—¡De otro mayor!

—Si por cierto: á poco de haber salido la duqusa, volvió á entrar mas pálida y mas conmovida, fijó una mirada cobarde en el lecho y volvió á repetir:—¿Dónde está la reina? ¡no parece su magestad! ¿qué es esto Dios mio?—Si yo hubiera estado en una situacion menos ambigua que escondida tras el cortinaje hubiera salido, dejando para otra ocasion mi acechadero, me hubiera dado á luz y me hubiera reido del terror de la duquesa: pero un no sé que me retuvo inmóvil. Oí á la duquesa murmurar algunas frases acerca de lo que se cuenta de las apariciones en el alcázar de la desgraciada Isabel de Valois, y de repente sonó un portazo; cayóse el candelero de las manos de la duquesa, quedó el dormitorio á oscuras, y oí una voz de hombre que amenazaba á la duquesa con revelar no se que secretos suyos sino callaba acerca de lo que sucedia.—La duquesa dió un grito y huyó.—Luego oí pasos recatados sobre la alfombra en direccion á la mesa. Entonces encomendándome á Dios salí de mi escondite y abrí la linterna.—Vi un hombre, y en la tapicería una puerta abierta, una puerta que yo no conocia: aquel hombre cayó de rodillas á mis piés. Aquel hombre era... el hombre mas despreciado de palacio, el tio Manolillo: el loco del rey.

—¡Ah! ¡el loco de su magestad! esclamó doña Clara: ¿y ese hombre era el autor de las cartas que aparecian tan misteriosamente?

—Si.

—Y al verse cogido...

—Se repuso, y me dijo con su acostumbrada insolencia de bufon.

—Hé aquí un loco cogido por una loca; porque tú mi buena señora, hace mucho tiempo que estas haciendo locuras. ¿Qué te vá á tí, en que España se pierda ó se gane, y en que el rey no haga de tí tanto caso como de su rosario? En cuanto á lo uno, allá se las compongan ellos, que quien sufre los palos, merecidos los tiene; y en cuanto á lo otro, alégrate: asi el rey mi amigo no se hubiera acordado de tí.

—Son tuyas las cartas que he encontrado sobre esa mesa.

—Mias han sido, hasta que han sido tuyas.

—¿Y cómo sabes tú que don Rodrigo..?

—¡Bah! don Rodrigo es muy hablador: no quiere que se le entorpezca la lengua, y la usa de punta y de filo: por lo mismo, te he aconsejado ya, reina mia, que le tratemos de filo y de punta.

—¿Cómo sabes tú que existen esas puertas?

—¡Bah! es un cuento muy largo: dejémoslo para cuando el rey se ocupe de las cuentas de su rosario.

—¡Tú quieres escapar!

—¡Y vaya si quiero! como que yo y tú, mientras yo esté aquí estamos en una ratonera.

—¿Pero no me esplicarás..?

—Si, otro dia, mas despacio: por ahora lo que importa es que busques los mil y quinientos doblones que vale Calderoncillo, y que salgamos de él... creeme, mi buena señora: Dios es justo, y como se valió de un muchacho para matar á un gigante, se vale de dos locos para matar á un gran pícaro.—Nada temas.—Si el rey no es torpe, vendrá esta noche por esta misma puerta á visitarte.

—¡El rey! le dije.

—Si señora, el rey; y por cierto que te le hemos puesto blando como un guante, el padre Aliaga que es muy amigo tuyo, y muy bendito hombre, y yo, que soy un loco muy hombre de bien: con qué hermana reina, quédese en paz, y créame, y déjeme ir, y sobre todo, los mil y quinientos..... y cuenta que no los das por la vida de don Rodrigo, sino por la tuya.

Y se me escapó, huyendo por la puerta que se cerró tras él.

—¡Asi anda todo! dijo doña Clara: cuando un reino está sin cabeza...

La reina frunció un tanto el bello entrecejo.

—El rey es al fin el rey, dijo Margarita, con un tanto de severidad.

—Pero cuando sirve de escudo á traidores...

—Dará cuenta á Dios.

—Y al mundo cuando hace infeliz á una reina tal como vuestra magestad.

Margarita habia vuelto á su recámara.

—Afortunadamente, dijo la reina, sentándose de nuevo en el sillon que habia ocupado antes, la lucha podrá ser peligrosa, pero hemos apartado de ella la deshonra, gracias á ese noble jóven.

—Noble, y muy noble, dijo doña Clara: ¿le ha visto bien vuestra magestad cuando estaba hablando conmigo?

—Me ha parecido bien criado, generoso, franco, con el alma abierta á la vida... y enamorado, sobre todo, Clara, enamorado.

—¿Y no ha visto mas vuestra magestad en ese jóven?

—No, contestó con una ingénua afirmacion la reina.

—La frente, el nacimiento de los cabellos, la mirada de ese jóven ¿no han recordado á vuestra magestad, uno de sus mas grandes, de sus mas leales vasallos, que por serlo tanto está alejado de España?

—No, repitió con la misma ingenuidad la reina.

—Pues yo he creido durante algunos momentos, estar hablando con el noble, con el valiente duque de Osuna, no ya en lo maduro de su edad, sino á sus veinticuatro años.

—¡Parecido ese jóven al duque de Osuna!

—Es un parecido vago, en el que es muy difícil reparar cuando el semblante de ese jóven está tranquilo: pero cuando se exalta, cuando su mirada arde... entonces el parecido es maravilloso: yo creo que se parece mas ese jóven al duque en el alma que en el semblante, y como en ciertas situaciones el alma sale á los ojos...

—Sí, cuando se ama por primera vez...

—¡Oh, señora! juro á vuestra magestad que me contraría el amor de ese jóven.

—Hablemos un poco de tí, ya que tanto hemos hablado de mí: la verdad del caso es que ese jóven ha hecho por tí lo que difícilmente hubiera hecho otro hombre.

—Lo que ha hecho, lo ha hecho por vuestra magestad.

—Es que el creia, y no sin fundamento, que mi magestad eras tú.

Púsose vivamente encendida doña Clara.

—Una casualidad inconcebible: yo creí llevar mas seguro el brazalete en el brazo, y una audacia de ese jóven...

—¡Una audacia..!

—Mas bien una galantería.

—No es lo mismo: pero me agrada tu aclaracion: ya le disculpas, y eso significa mucho; eso significa, Clara, si yo no me equivoco...

—Que le hago justicia.

—No, que le amas.

—¡Qué le amo! ¡en una hora...!

—En una hora has recibido una impresion de tal género, que no le olvidarás, yo te lo afirmo; que recordándole le amarás..... le amarás de seguro, y contando con esa seguridad, y hablando por adelantado, puede decirse que ya le amas.

—No se, no sé... pero... he causado por mi desdicha una impresion tan profunda en su alma...

—Impresion de que estás orgullosa, Clara, y que por primera vez te he hecho bendecir á Dios por la hermosura que te ha concedido.

—No, no, contestó doña Clara con la misma turbacion que si la reina hubiera leido en su alma.

—¿Y por qué no amarle? un jóven que por tí lo ha arrostrado todo: que por tí está en peligro... porque al fin y al cabo ha herido ó muerto á don Rodrigo, ha deshecho con su espada, como noble, una traicion infame que traerá contra él poderosos enemigos, de los cuales acaso no podamos libertarle. ¿No merece tanto sacrificio que tú le ames?

—Mi amor señora, seria un tormento para mí, y una desesperacion para él.

—El dia en que caiga el duque de Lerma, ese jóven será tu esposo: te prometo ser tu madrina.

—Mas fácil es que el duque de Lerma muera en un patíbulo, lo que por desgrácia no deja de ser dificilísimo, que el que yo sea esposa de ese jóven.

—¿Y por qué?

—Olvida vuestra magestad que mi padre, tratándose de mi enlace, no prescindirá jamás de su nobleza.

—Ese jóven es hidalgo, segun he entendido.

—Si, si señora, hidalgo es, pero...

—No importa que sea pobre: es valiente y alentado.

—Sí, es cierto, pero...

—Como valiente y alentado hará fortuna.

—Por mucha que haga...

—Tu padre no es codicioso.

—Pero siempre verá que ese joven es sobrino de Francisco Martinez Montiño, *cocinero mayor* del rey.

Y doña Clara pronunció la palabra «cocinero mayor» de una manera singular, en que habia mucho de repugnancia propia.

—Pero se parece al gran duque de Osuna, insistió sonriendo la reina, sobre todo cuando se entusiasma.

—Pues peor, señora, peor.

—¡Oh! ¡peor!

—Si por cierto.

—Supongamos, porque estamos rodeadas de misterios, y los misterios no deben sorprendernos, que ese jóven es hijo del duque de Osuna, que bien pudiera ser, dicen que el duque en sus mocedades ha sido muy galanteador.

—Pues por eso digo que peor: ¡un bastardo! Ni mi padre ni yo querríamos semejante enlace.

—¿Ni aun interesándome yo por él?

—Respetar debe el rey la honra del vasallo, como el vasallo honra y reverencia la escelsitud del rey.

—¿Con qué no hay esperanza ninguna para ese pobre mancebo enamorado?

—Yo le desenamoraré.

—¡Ah! difícil lo veo.

—Le trataré...

—Como tu corazon te deje tratarle.

—He resistido los amores de unos por muy altos y de otros por muy bajos; resisteré este tambien. ¿Cree vuestra magestad que á los veinte y cuatro años, y criada en la córte no habré tenido ocasion de resistir tentaciones?

—Si, si, ya sé que eres una mujer fuerte... una maravilla, y esto es una de las razones del amor que te tengo, Clara. Pero en el asunto de que se trata, debo demasiado á ese jóven, para no ayudarle... aunque creo necesite poca ayuda; creo que él es bastante para hacerse amar de tí.

—Lo veremos, dijo sonriendo tristemente doña Clara.

—Lo veremos. ¿Pero que hora es esta?

—Las doce, dijo doña Clara contando las campanadas de un magnífico reloj de pared.

—¡Oh! ¡las doce!... ya es hora de que tú descanses, y de que yo me recoja; hasta mañana, Clara. Dí á la camarera mayor que me recojo.

—Adios señora, dijo doña Clara doblando una rodilla y besando la mano á la reina.

Margarita de Austria la alzó y la besó en la frente.

Doña Clara salió, y la reina se quedó murmurando:

—Ve, ve á soñar con tu primer amor. ¡Dichosa tú que amas! ¡dichosa tú que puedes amar!

Y dos lágrimas asomaron á los ojos de Margarita de Austria, que tuvo buen cuidado de enjugarlas porque se sentian pasos en la cámara.

Se abrió la puerta y apareció la camarera mayor: con ella venian la condesa de Lemos y la jóven doña Beatriz de Zúñiga.

La duquesa de Gandia se inclinó profundamente.

—¿Qué os ha sucedido esta noche mi buena doña Juana? dijo sonriendo la reina; creo que me habeis creido perdida y que habeis estado á punto de ofrecer un hallazgo por mi persona.

—¡Ah, señora! nunca me consolaré de mi torpeza: ¡no pensar que podia vuestra magestad estar recogida al lecho! ¡Y en que circunstancias! ¡cuando su magestad el rey estaba en la cámara..!

—¡Ah! ¡su magestad..! ¿y qué mandaba su magestad?

—Me mandaba que le anunciara á vuestra magestad...

—¡Ah! ¿y ese mandato os causó tanto miedo, que os oscureció la vista, y no reparasteis en mí?

—¡Señora!

—¿Y sin duda dijísteis á su magestad que me habia perdido?

Nunca la reina habia hablado de tal manera á la duquesa de Gandia: y era que la buena aventura de aquella noche la habia dado valor, que se creia de una manera tangible protegida por Dios y se sentia fuerte.

La duquesa de Gandia, que habia anunciado con mala intencion á la reina que el rey habia querido verla, al verse tratada de aquel modo seco y frio por Margarita de Austria se turbó.

No estaba acostumbrada á tanto...

—Yo señora... dijo... dí al rey la escusa de que vuestra magestad estaba acompañada.

—Retiraos, señoras, dijo la reina á la de Lemos y á doña Beatriz de Zúñiga: vuestro servicio ha concluido: no me recojo.

Las dos jóvenes se inclinaron.

La duquesa de Gandia quedó temblando ante Margarita de Austria.

—Debísteis registrarlo todo antes de suponer que yo no estaba en mi

cuarto ¿dónde habia de estar, duquesa de Gandia, la reina, sino en palacio y en el lugar que la corresponde...?

—¡Señora!

—Y sin duda, como servis en cuerpo y alma al duque de Lerma le habreis avisado de que yo me habia perdido, y sino se ha revuelto mi cuarto es porque menos ciega en vuestra segunda entrada disteis conmigo durmiendo. El duque de Lerma, sin embargo, puede haber tomado tales medidas que comprometan mi decoro, y todo por vuestra torpeza.

—¿Vuestra magestad me despide de su servicio? dijo sobreponiendo su orgullo á su turbacion la camarera mayor.

—Creo, Dios me perdone, que os atreveis á reconvenirme porque os reprendo.

—Yo... señora...

—Me he cansado ya de sufrir: y empiezo á mandar. Continuareis en mi servicio, pero para obedecerme ¿lo entendeis?

—Señora... mi lealtad...

—Probadla: id y anunciad á su magestad... vos... vos misma en persona, que le espero.

—Perdóneme vuestra magestad, el duque de Lerma acaba de llegar á palacio y está en estos momentos despachando con el rey.

—Os engañais, mi buena duquesa, dijo Felipe III abriendo la puerta secreta del dormitorio y asomando la cabeza: vuestro amigo el duque de Lerma despacha solo en mi despacho, porque yo me he perdido.

Y franqueando enteramente la puerta adelantó en el dormitorio.

La duquesa hubiera querido que en aquel punto se la hubiera tragado la tierra. Era orgullosa, se veia burlada en su cualidad de cancerbero de la reina, y se veia obligada á tragarse su orgullo.

—Retiraos doña Juana, y decid al duque que yo estoy en el cuarto de su magestad. Que vuelva mañana á la hora del despacho... ó sino... dejadle que espere... acaso tenga que darme cuenta de algo grave... Retiraos... habeis concluido vuestro servicio: la reina se recoge.

La duquesa de Gandia se inclinó profundamente y salió.

Apenas salió, la reina salió del dormitorio, y cerró la puerta de su recámara, volviendo otra vez junto al rey.

Felipe III y Margarita de Austria estaban solos mirándose frente á frente.

CAPITULO XIII.

El rey y la reina.

—¿Qué os he hecho yo para que me mireis de ese modo? dijo el rey que pretendia en vano sostener su mirada delante de la mirada fija y glacial de su esposa.

—Hace cinco meses y once dias que no pisais mi cuarto, dijo la reina.

—Dichoso yo por quien llevais tan minuciosa cuenta, Margarita, dijo con marcada intencion el rey.

—Esa cuenta la lleva mi dignidad, y la lleva por minutos.

—¡Ah! esclamó el rey... vuestra dignidad... no vuestro amor...

—¡Mi amor! no le mereceis...

—¡Señora!

—Hablo á mi esposo, al hombre, no al rey... vos no habeis entrado como rey en medio de vuestra servidumbre, con la frente alta, mandando: habeis entrado como quien burla, por una puerta oculta que yo no conocia. ¿Quién os obliga á ocultaros en vuestra casa?

—Creo, señora, que la camarera mayor y el duque de Lerma, saben que paso la noche con vos.

—Pero saben que la pasais por sorpresa.

—No tanto, no tanto.

—Os habeis venido huyendo del duque de Lerma.

—¿Qué haceis? dijo Felipe III.

—Ya lo veis: me siento.

—No creo que sea hora de velar, ni yo ciertamente he venido aqui para trasnochar sentado junto á vos.

La reina no contestó.

—Vos no me amais, dijo el rey.

—Haced que os ame.

—¡Pues qué! ¿no debeis amarme...?

—Debo respetaros como á mi marido, y una prueba de mi respeto son el príncipe don Felipe, y las infantas nuestras hijas.

—¡Ah! ¡ah! ¡me respetais! ¡y os quejais de que yo tema pasar de esa puerta, cuando en vez del amor que vengo buscando solo encuentro respeto!

—¿Habeis procurado que yo os ame...?

—Enamorado de vos me habeis visto...

—Pero mas de vuestro favorito.

—¡Oh! ¡oh! el duque de Lerma podria quejarse de vos, señora: le acusais.

—De traicion.

—¡Oh! ¡oh!

—Y le estoy acusando desde poco despues de mi llegada á España.

—Pero yo, Margarita, no habia venido ciertamente...

—Y yo don Felipe, que no os esperaba, que hace mucho tiempo que no puedo hablaros sin testigos, aprovecho la ocasion para querellarme á vos de vos y por vos.

—Pues no os entiendo.

—Es muy claro: tengo que querellarme á vos de vos y por vos, porque don Felipe de Austria ofende al rey de España.

—¿Que ofendo yo al rey de España? ¿es decir, que yo, á mi mismo..? pues lo entiendo menos.

—Ofendeis al rey de España, porque abdicais débilmente el poder que os han conferido, primero la raza ilustre de donde venis, y despues Dios, que ha permitido que descendais de esa raza, entregando el poder real, sin condiciones, á un favorito miserable y traidor.

—¿Habeis hablado hoy con el padre Aliaga, señora?

—No ciertamente: yo no hablo con nadie mas que con las personas cuya lista dá el duque de Lerma á la duquesa de Gandia.

—Os engañais, porque hablais todos los dias y á todas horas con una persona á quien no pueden ver ni la duquesa ni el duque.



LA REINA DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA.

—¿Y quién es esa persona?

—Esa persona es vuestra favorita... la hermosa menina doña Clara Soldevilla.

—Seria la última degradacion á que podia sentenciarme vuestra debilidad, el que yo no pudiese retener una de mis meninas en mi servidumbre. Apropósito; es ya demasiado mujer para menina, y voy á nombrarla mi dama de honor.

—¡Y quién lo impide!

—Nadie... pero os lo aviso.

—Enhorabuena: decid á doña Clara que yo la regalo el trage y el velo y aun las joyas, para cuando tome la almohada.

—Lo acepto, porque ella es pobre y yo no soy rica.

—Ni yo tampoco; pero para un deseo vuestro...

—Os doy las gracias, señor.

—¡Oh! no me deis las gracias: ved que os amo, y amadme...

—¿Qué me amais? dijo la reina inclinándose hácia el rey, dejándole ver un relámpago de sus hermosos ojos azules, y su serena frente pálida como las azucenas y coronada de rizos de color de oro.

—¡Oh! ¡que hermosa eres, Margarita! dijo el rey, en cuyas megillas apareció la palidez del deseo.

Y la atrajo á sí.

Margarita de Austria, se sentó en un movimiento lleno de coqueteria en las rodillas del rey, y se dejó besar en la boca.

—Depon al duque de Lerma, dijo la reina entre aquel beso.

El rey se retiró bruscamente, como si le hubiesen quemado los labios de Margarita.

—Ya sabia yo que no me amabais, dijo la reina levantándose y mirando al rey con cólera.

—Pero señor, ¿cuándo descansaré yo? esclamó el rey dejándose caer en el respaldo del sillon.

—Cuando arrojes de tí esa indolencia que te domina, dijo con dulzura la reina: cuando pienses que un rey no sirve á Dios solo rezando, sino mirando por la prosperidad, por el bien estar y por el honor de sus vasallos.

—Ya velan por todo eso mis secretarios.

—¡Tus secretarios! ¡si, es verdad! velan por los españoles, y cuentan sus cabezas como el ganadero cuenta sus reses para llevarlas al mercado.

—Eres injusta: yo no escucho ninguna queja.

—Las quejas no llegan á tí. Se pierden en el camino.

—Te pregunté si habias hablado hoy con mi confesor, porque el bueno del padre Aliaga, aunque mas embozada y respetuosamente, aprovechándose de que el duque tenia un banquete de estado, me ha tenido toda la tarde el mismo sermon. Y suponiendo que no os engañais, ni tú que eres la reina de las reinas, por virtud, por discrecion y por hermosura, ni el padre Aliaga que es casi un santo, ¿qué quereis que haga? Reduzca vuestra magestad los gastos de su casa, que España anda descalza, me dice el padre Aliaga. Y cuando esto dice el bueno de mi confesor, cuento las ropillas que tengo y los doblones que poseo, y hallo que cualquier pelgar anda mejor cubierto y mejor provisto que yo.

—Eso demuestra, que siendo exorbitantes las rentas reales; siendo parca nuestra mesa y pocos nuestros trenes y nuestros vestidos, las rentas reales son robadas.

—¡Robadas! ¡robadas! esto es demasiado grave. Yo no creo que un caballero tal como el duque...

—¿Si te doy una prueba de que el duque vende los oficios miserablemente..?

—Siempre se han vendido... me acuerdo de una provision de corregidor que se ha dado esta mañana á Diego Soto, para que la venda en lo que pudiere... y todo esto firmado por mí.

—Si, pero es que el duque vende por su cuenta... te roba...

—¡Oh! no puede ser.

—Mira.

Y la reina sacó, las dos cartas que se habian encontrado en la cartera de don Rodrigo Calderon, con las suyas, y dió una de ellas al rey.

Felipe III leyó la cabeza y la firma:

«¡A don Rodrigo Calderon!—¡El duque de Uceda!»

—Lee, lee... y juzga.

«Mi buen amigo: es necesario que se den las alcabalas de Sevilla á Juan de Villalpando. Ya le conoceis. Es un hombre muy á propósito para nuestros proyectos. No os olvideis que para acabar con el duque de Lerma.....

—¡Ah! ¡ah! dijo el rey: no lo creyera sino lo viera: y es letra y firma del duque de Uceda: con sus renglones torcidos... el hijo contra el padre..... ya sabia yo que no andaban muy acordes entrambos duques... ¡pero que llegasen á tanto...! ¡Ah! ¡ah!

—Sigue, sigue, dijo con impaciencia la reina.

—«No olvideis que para acabar con el duque de Lerma, y hacer comprender al rey cuan ruinoso y perjudicial es su gobierno, se necesita hacerse partidarios en las ciudades, y ninguno mejor para Sevilla que Juan de Villalpando: allí tiene hacienda, mujer y parientes, le conoce todo el mundo, y es audaz cuanto se necesita para que todos le respeten y le teman. Pero como el duque no proveerá en nadie las alcabalas de Sevilla en menos de diez mil maravedis, es necesario que vos interpongais para con él lo mucho que podeis, á fin de que de los diez mil rebaje la mitad. Ya llevamos gastado demasiado para que pensemos algo en los gastos. Hacedlo que conviene. El interesado lleva esta carta y yo os veré á la tarde en la comedia...

El rey dobló lentamente la carta y plegó su entrecejo: una espresion de magestad y de dominio aunque indecisa, se marcó en su semblante y luego volvió á desdoblar la carta y la leyó lentamente.

Aquella carta era para Felipe III, uno de esos rayos de luz que de tiempo en tiempo rompen la impura admósfera que rodea á los reyes.

Margarita de Austria, que miraba con profunda alegría el cambio que se habia operado en Felipe III, puso otra nueva carta abierta sobre la que el rey leia por segunda vez.

—Del conde de Olivares, dijo el rey leyendo la firma de aquella segunda carta.

—Lee, lee, y verás que el duque de Lerma á mas de ser ladron es torpe, que le manejan como quieren los que quieren ocupar su puesto y que el tal don Rodrigo es mas traidor, mas ambicioso, mas miserable que todos ellos.

El rey leyó:

«Os escribo porque, interesándoos á vos tanto como á mí el negocio de que trata esta carta, tengo una entera confianza en vos, y no quiero esponerme á que se sepa, por muchas precauciones que tomemos, que nos hemos visto. Importa que todo el mundo nos crea desavenidos. Sostened vos por vuestra parte el papel de enemigo mio, que por la mia yo sostendré el de enemigo vuestro. Seguid hablando mal de mí y mirándome de reojo, que yo seguiré hablando mal de vos sin miraros á derechas.—Lo de la espulsion de los moriscos, es necesario que se lleve cuanto antes á cabo, porque es necesario que cuanto antes, teniendo como tenemos guerra con Inglaterra, con Francia y en el Milanesado, la tengamos tambien en España, y esta guerra la provocarán los moriscos, que no se rendirán sin

combatir. Por otra parte, rebelados los moriscos dentro, se resentirá el comercio que ellos alimentan en gran manera, faltará mas de lo que falta el dinero, y reunidos y alentados Enrique IV y el inglés, apretará la guerra por fuera. Insistid en lo de la confiscacion de los bienes de los moriscos. El duque en su sed de oro, se dejará deslumbrar por este negocio en grande, y aun el mismo rey no encontrará de mas algunos millones de maravedises para remendar su ropilla. Dicen que Lerma tiene hechizado al rey. Hechizad vos al duque. El mejor hechizo para su escelencia es el oro. Conque apretad, apretad, que urge: que si hemos de esperar á que el príncipe sea rey, larga fecha tenemos. Lo del príncipe lo dejaremos al conde de Lemos, y á don Baltasar de Zúñiga, y puesto que el rey es quien puede hacer reyes, vámonos derechos al rey. Sitiemos por hambre al duque haciéndole cometer algunos disparates, y el duque, que si fuera tan buen hombre de Estado como es codicioso, seria invencible, caerá, no lo dudeis, aunque para ello nos veremos obligados á empobrecer el reino, á debilitarle. Nosotros le alzaremos. No os digo mas porque ni tanto era necesario deciros. Guardeos Dios.—El conde de Olivares.»

—Pero esto nada prueba contra el duque, y si mucho contra los condes de la Oliva y de Olivares.

—Prueba que los dos condes, son mas perspicaces que tú y que saben cuanto es torpe y ciego el duque de Lerma.

—Pero no le vencieron.

—Por una casualidad.

—El duque lo tenia previsto todo.

—Ni el duque ni nadie podia preveer que don Juan de Aguilar tuviese la fortuna de aterrar á los infelices moriscos en la primera batalla: ni el duque ni nadie podia preveer que los enemigos esteriores de España no se aprovecharan de aquellas circunstancias. Pero el duque fue traidor y torpe.

—¡Traidor!

—Sí, traidor, y de la manera mas criminal que puede ser traidor un vasallo: manchando ante la historia el nombre de su señor... porque tu nombre aparecerá manchado en la historia por esa tiranía feroz inmotivada contra los pobres moriscos; por esa codicia innoble que les robó.

La mirada del rey se hizo vaga.

—Y torpe, torpe... porque no previó las funestísimas consecuencias que pudo traer sobre España, y que en la parte de su riqueza y de su poblacion la ha traido, el cumplimiento de aquel infame edicto.

—¡Margarita! esclamó el rey, cuya conciencia se retorcia.

—Yo te pedí de rodillas, aquí en este mismo sitio, que revocaras aquel edicto; y te lo pedí por tí mismo, por la gloria de tu nombre, por tu dignidad de rey, mas que por el bien de tus reinos. Te lo pedí Felipe, porque te amo, y porque te amo, te pido la deposicion del duque de Lerma.

—¡Qué me amas, Margarita! ¡qué me amas! esclamó el rey: ¡y no me lo has dicho hasta ahora.

—¿Qué mujer honrada, y que nunca ha amado, no ama al padre de sus hijos? esclamó en un sublime arranque Margarita, arrojándose á los brazos del rey.

Y levantándose de repente, añadió.

—Y no te lo he dicho; no se lo he dicho á nadie, no, y me he mostrado siempre contigo reservada y fria porque... mi orgullo de mujer ha estado continuamente ofendido al verme pospuesta á un favorito.

—Y á quién, á quién buscar...

—¿A quién? Al duque de Osuna...

—Es demasiado soberbio.

—Pero es justo, y valiente y buen vasallo. Y sino Ambrosio Espinola, y sino... sino... Quevedo.

—¡Osuna, Espinola, Quevedo! ¡dos soldados y un poeta!

—Tres españoles que no han renegado de su patria, y que por lo mismo están alejados de ella por el temor de los traidores.

—Lo pensaré, lo pensaré, dijo el rey.

—No, no, pensarlo no: ya lo he pensado yo bastante, ¿no tienes confianza en tu esposa, Felipe...? ¿no me amas? ¿no crees en mi amor?

—Lo pensaré... me duermo... necesito rezar antes mis oraciones.

Y el rey se dirigió al oratorio de la reina.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo Margarita viendo desaparecer al rey por la puerta del oratorio. ¡Ten piedad de España! ¡Ten piedad de mi!

CAPITULO XIV.

Del encuentro que tuvo en el alcázar don Francisco de Quevedo, y de lo que averiguó por este encuentro acerca de las cosas de palacio, con otros particulares.

Apenas Juan Montiño habia desaparecido por la escalerilla de las Meninas, cuando Quevedo, que como sabemos, observaba desde la puerta, se embocó por aquellas escaleras en seguimiento del jóven.

—En peligrosos pasos anda el mancebo, dijo don Francisco: sobre resbaladiza senda camina: sigámosle, y procuremos avizorar y prevenir, no sea que su padre nos diga mañana: con todo vuestro ingenio no habeis alcanzado á desatollar á mi hijo.

Y Quevedo seguia cuanto veloz y silenciosamente le era posible, á la jóven pareja que le precedia en las tinieblas.

—¿Y quién será ella? ¿quién será ella? decia el receloso satírico.

Y seguia sudando, á pesar del frio, á los dos jóvenes que andaban harto de prisa.

—Pues ó he perdido la memoria y el tiento ó todo junto, decia Quevedo, ó se encaminan á la portería de Damas: paréceme que se paran: ¡adelante y chito! suena una llave, se abre una puerta, entran... ¡ah! esa momentánea luz... el cuarto de la reina... ¿será posible? ¿me habré yo engañado pensando bien de una mujer? Merecido lo tendría ¿Pero quien vá?

Habia oido pasos Quevedo.

—No vá, viene, dijo una voz ronca.

—¡Por el alma de mi abuela! ¿y de dónde venís vos hermano?

—Ni se sí del cielo ó si del infierno. Vos, hermano, ya se que del infierno sois venido, porque San Marcos no debe de haber sido para vos la gloria.

—Ha venido á ser el purgatorio, Manolillo, hijo.

—Veo que no habeis olvidado á los amigos.

—¿Y cómo olvidaros, si creo que por haberos tratado en mi niñez se me han pegado vuestras picardías?

—Yo no soy pícaro, y si lo soy, soy pícaro á sueldo.

—Tanto monta, que nadie hace picardías al aire. ¿Pero donde vivís? paréceme de que me llevais por las escaleras de las cocinas.

—Asi es la verdad, hermano Quevedo; he visto cuanto podia ver, y á mi mechinal me vuelvo.

—Pues sigoos.

—En buen hora sea.

—Decidme, ¿por qué me digisteis allá abajo, que no sabiais si veniais del cielo ó del infierno?

—Decíalo por un mancebo que acaba de entrar...

—¿En el cuarto de la reina..?

—¿Habéisle visto?

—Le seguia.

—¿Y no os parece que ese mancebo puede muy bien encontrar en ese cuarto una gloria ó un infierno.

—Alegraríame que le glorificasen.

—Y yo; aunque no fuese mas que por verme vengado...

—¿Del rey..?

—¡Qué rey! ¡qué rey! dijo el bufon.

—Paréceme será bien que callemos hasta que nos veamos en seguro.

—Decís bien... nunca palacio ha sido tan orejas todo como ahora. Pero ya llegamos.

Acababan de subir las escaleras, y el tio Manolillo habia tomado por un callejon estrecho.

Detúvose á cierta distancia del desemboque de las escaleras, y sonó una llave en una cerradura.

—Pasad, pasad, don Francisco, dijo el bufon.

Quevedo entró á tientas en un espacio densamente oscuro.

El bufon cerró.

Poco despues se oyó el chocar de un eslabon sobre un pedernal, sal-

taron algunas chispas, y brilló la luz azul de una pajuela de azufre, que el bufon aplicó al pábilo de una vela de sebo.

Quevedo miró en torno suyo.

Era un pequeño espacio abovedado, deprimido, denegrido, desnudo de muebles, á cuyo fondo habia una puerta á la que se encaminó el bufon.

Siguióle Quevedo.

El tio Manolillo cerró aquella puerta.

Era el bufon del rey, un hombre como de cincuenta años, pequeño, rechoncho, de semblante picaresco, pero en el cual, particularmente entonces que estaba encerrado con Quevedo, y no necesitaba encubrir el estado de su alma, estaba impresa la espresion de un malestar roedor, de un sentimiento profundo, que daba un tanto de amargura infinita á su ancha boca, cuyos labios sútiles habian contraido la espresion de una sonrisa habitual, burlona y acerada cuando estaba delante del mundo, sombría y dolorosa entonces que el mundo no le veia. El color de su piel era fuertemente moreno, sus cabellos entrecanos, la frente pronunciada, audaz, inteligente, marcada por un no se qué solemne: las cejas y los ojos negros; pero estos últimos, pequeños, redondos, móviles, penetrantes, en que se notaba un marcadísimo estravismo: la nariz larga y aguileña: la boca ancha, la barba saliente, el cuello largo. Sus miembros, contrastando desapaciblemente con su estatura, eran de gigante, cortos, musculosos, fuertes: vestia un sayo y una caperuza á dos colores, rojo y azul: llevaba calzas amarillas, zapatos de ante y un cinturon negro que solo servia para sujetar un ancho y largo puñal.

El bufon se sentó en un taburete de pino, y dijo á Quevedo:

—Ahora podemos hablar de todo cuanto queramos: mi aposento es sordo y mudo. Sentaos en ese viejo sillon que era el que servia al padre Chaves para confesar al rey don Felipe II.

—Siéntome aunque me esponga á que se me peguen las picardías del buen fraile dominico, dijo Quevedo sentándose.

—¡Oh! ¡y si hablara ese sillon! dijo el tio Manolillo.

—Si el sillon calla, España acusa con la boca cerrada, los resultados de los secretos que junto á este sillon se han cruzado entre un rey demasiado rey, y un fraile demasiado fraile.

—Pero al fin, don Felipe II...

—No era don Felipe III.

—En cambio, el padre Chaves, no era el padre Aliaga.

—El padre Aliaga no tiene mas defecto que ser tonto, dijo Quevedo mirando de cierto modo al bufon.

—Vaya, hermano don Francisco, hablemos con lisura y como dos buenos amigos, ya sabeis vos que tanto tiene de simple el confesor del rey, como de santo el duque de Lerma. Si quereis saber lo que ha pasado en la córte de los dos años que habeis estado guardado, preguntadme derechamente, y yo contestaré en derechura. Sobre todo, sirvámonos el uno al otro.

—Consiento. Y empiezo. ¿En qué consiste que esa gentecilla no haya hecho sombra del padre Aliaga?

—En que el rey, es mas rosario que cetro.

—¿Y cree un santo á Fray Luis?

—Y creo que no se engaña, como yo creo que si Fray Luis es ya santo, acabará por ser mártir, tanto mas, cuanto no hay fuerzas humanas que le despeguen del rey: y como el padre Aliaga es tan español y tan puesto en lo justo, y tan tenaz y tan firme, con su mirada siempre humilde, y con su cabeza baja, y con sus manos metidas siempre en las mangas de su hábito... ¡motilon mas completo..! Si yo no tuviere tantas penas, sería cosa de fenecer de risa con lo que se vé y con lo que se huele: mas bandos hay en palacio que bandas, y mas encomendados que comendadores, y mas escuchas que secretos, aunque bandos, encomiendas y enredos, parece que llueven. En fin, don Francisco, si esto dura mucho tiempo, el alcázar se convierte en Sierra Morena: lo mismo se bandidea en él que si fuera despoblado, y en cuanto á montería, piezas mayores pueden correrse en él, sin necesidad de ojeo, que no lo creyerais sino lo viérais.

—Me declaro por lo de las piezas mayores; veamos. Primera pieza.

—Su magestad el rey de las Españas y de las Indias, á quien Dios guarde.

—Te engañaste hermano bufon: tu lengua se ha contaminado y anda torpe. El rey no puede ser pieza mayor... por ningun concepto. Y lo siento, porque el tal rey es digno de esa, y aun de mayor pena aflictiva. La reina es demasiado austriaca.

—Y demasiado mujer, á lo que juntándose que hay en la córte gentes demasiado atrevidas...

—De las cuales vos no sois una de las menores.

—Tengo pruebas...

—Pues mostrad, tio Manolillo... dadme capote, que por mas que lo

sienta os aplaudiré... ¡pero engañarme yo tratándose de mujeres...! ¡creer, o que la buena Margarita de Austria...! si de esta vez me engaño, nf en la honra de mi madre creo... conque desembuchad, hermano, desembuchad, que me teneis impaciente, y tanto mas cuanto tengo que haceros preguntas de dos años. ¿Quién es el rey secreto?

—Para que lo fuera por entero, solo podia ser don Rodrigo Calderon.

—¡Ta! ¡ta! os engañásteis, hermano.

—Don Rodrigo tiene cartas de la reina.

—Téngolas yo.

—Bien puede ser, porque donde entra el sol entra Quevedo.

—Y aun donde no entra: pero de la reina no tengo mas que cartas.

—Sois leal y bueno.

—Tienenme por rebelde.

—Los pícaros.

—Y aun los que no lo son.

—Sois una cosa y pareceis otra.

—¡Ah! sino fuera porque estamos perdiendo el tiempo querria que me esplicaseis...

—Os he visto tamaño como una mano de mortero: cuando andábais poniendo mazas á las damas de palacio, y cuando mas tarde ellas os ayudaban á poner mazas á sus maridos. Yo os he soltado la lengua, y meciéndoos sobre mis rodillas he sido vuestro primer maestro. Nos parecemos mucho, don Francisco: yo soy deforme y vos lo sois tambien, aunque menos: vos llorais riendo, y yo rio rabiando: vos os mostrais contento con lo que sois, y quereis ser lo que ninguno se ha atrevido á pensar: yo llevo con la risa en los labios mi botarga, y siempre alegre sacudo mis cascabeles; y si pudiera convertirme en basilisco, mataria con los ojos á mas de uno de los que me llaman por mucho favor loco... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! yo estruendo y chacota del alcázar, llevo conmigo un veneno mortal, como vos en vuestras sátiras regocijadas ocultais el veneno de un millon de víboras; sois licenciado y poeta y esgrimidor, y aun muchas cosas mas. Yo no tengo mas licencias que las que á disculpa de loco me tomo; yo no escribo sátiras, pero las hago: yo no empuño hierros, pero mato desde lo oscuro. Vos sonais mas que yo: vos sois el bufon de todos por estafeta, y yo soy el bufon del rey por oficio parlante: cuando vos pasais por una calle todos dicen ¡allá va Quevedo! y se rien. Cuando yo paso por las crugías de palacio con mi caperuza y mi sayo de

colores, todos dicen, y no reparan en que al decirlo hablan con el rey mas que conmigo : ¡Allá va el simple del rey! y... se rien tambien; y vos os aprovechais de las risas de todos que son vuestra mejor espada, y yo me aprovecho de las risas de los cortesanos que son mi único puñal. Vos sois enemigo de los que mandan, y abusan del rey, y servis al duque de Osuna; y os declarais por la reina, por ambicion, y yo aborrezco á los que vos aborreceis y amo á los que vos amais por venganza. ¿Sabe acaso alguien á donde vos vais? ¿sabe alguien á donde yo voy? ¡oh! y si alguna vez llegamos al fin de nuestro camino, juro á Dios que no han de reirse mas de cuatro con los desenfados del poeta y con las desvergüenzas del bufon.

Quedóse profundamente pensativo Quevedo, como si hubiese sentido la mirada del bufon en lo mas recóndito de su alma, y luego levantó la cabeza, y fijó en Manolillo una mirada profundamente grave y dominadora.

—Dios sabe á donde vais vos, á donde voy yo, dijo; pero si me conoceis tanto como decis, saber debeis, que como me cuesta el andar mucha fatiga, nunca doy pasos en vano. A propósito de las piezas mayores de palacio, habeisme dicho que la primera es el rey. Os engañais; pero como sois hombre de ingenio y de esperiencia, quisiera saber el motivo de vuestro engaño. En esto debe de danzar la Dorotea... vuestra ahijada... ó vuestra hija, ó vuestra querida...

Púsose pálido como un difunto el tio Manolillo.

—¡Pobre Dorotea! esclamó el bufon.

—Pobre de vos que sois un insensato... Allá en San Marcos supe, por cartas de algunos amigos que se venian sin que nadie las viese á mi bolsillo, y que yo leia cuando de nadie era visto, supe, repito, que la Dorotea se habia escapado del convento donde la guardábais y se habia metido á cómica : supe además que el duque de Lerma la mantenia, y alegreme, porque dije : el tio Manolillo será enemigo á muerte de su escelencia. Ahora medito y despues de meditar saco en claro : que siendo la Dorotea amante vendida del duque de Lerma, debe de haber andado en la venta don Rodrigo Calderon; que siendo don Rodrigo Calderon lo que es, puede haber habido algo que no gustaria al duque de Lerma si lo supiese, porque el buen señor es muy vanidoso muy creido de que lo merece todo, á pesar de sus años y de sus afeites; que habiendo habido algo entre vuestra hija y don Rodrigo, vuestra hija habrá tenido celos, y no habrá encontrado otra mejor que la reina para justificarlos : de modo

que un ministro tonto, un rufian dorado, una mujerzuela semi-pública y un padre, ó amante, ó pariente tal como vos, que tratándose de Dorotea no sois ya un loco á sueldo sino un loco de veras, son ó pueden ser la causa de la deshonra de una noble y digna y casi santa mujer, que ha tenido la desgracia de ser reina de España, cuando rey de España es Felipe III.

—¿No habeis visto entrar en el cuarto de la reina un hombre, don Francisco?

—Si, por cierto: y os confieso que la tal entrada me pone en confusiones: como que el hombre que ha entrado en el cuarto de la reina es un mozo que me interesa mucho y que... os voy á dar un alegron tio Manolillo: pero habeis de pagármelo diciéndome todo lo que sepais.

—Si me alegro os pago.

—Pues bien, es muy posible que á estas horas don Rodrigo Calderon esté en la eternidad.

—¡Dios mio! esclamó el bufon. ¡Pero estais seguro don Francisco!

—Lo que se deciros es, que ese mancebo, que sabe lo que se hace cuando da un golpe, acababa de reñir con él y de tenderle cuando entró en palacio.

—¡Ah! ¡ah! ¡han encontrado quien les haga el negocio de balde!

—Acaso ese pobre muchacho pague muy caro el haber dado al traste con don Rodrigo Calderon.

—¿Muy caro?

—Si por cierto; como que está enamorado como un loco de la dama por quien se ha metido en ese lance.

—¡Esperad! ¡esperad! yo he visto al entrar ese mancebo en el cuarto de la reina su semblante, y no le conozco, aunque me ha parecido encontrar en él un no se qué... ¿conoceis á ese mancebo?

—¡Mucho!

—¿Y cómo se llama?

—Juan Martinez Montiño.

—¡Ah! ¿es pariente del cocinero del rey?

—Su sobrino carnal, hijo de su hermano.

—Don Francisco, no mereceis que yo os hable con lisura.

—¿Por qué?

—Porque vos no sois conmigo liso y llano.

—Cogedme en un renuncio.

—Estais cogido.

—¿Por dónde?

—Por ese mancebo.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? ¿no decis que es sobrino del cocinero mayor?

—Asi resulta de su partida de bautismo.

—Las partidas de bautismo se compran.

Miró profundamente Quevedo al bufon.

—Pero lo que no se compra es el semblante.

—¿Qué quereis decir?

— Digo que se algo de ese secreto.

—¿De qué secreto?

—Estamos jugando al acertijo, hermano Quevedo, á pesar de que nadie nos escucha.

—¿Teneis pruebas...?

—¿De que ese mancebo...? ¡vaya! al verle me acometió una sospecha: pero cuando me habeis dicho que es hijo de un Montiño... no pude dudar... como que... ya se ve estoy en el enredo...

—¿Acabaremos, hermano bufon?

—Si por ejemplo ese mozo en vez de llamarse Juan Montiño, se llamase don Juan Giron...

—¡Diablo! esclamó Quevedo.

—¡Cómo! ¿no lo sabiais don Francisco?

—Algo se me alcanzaba.

—¿Y sabeis cómo se llamaba su madre?

—No me lo han dicho.

—Pues yo voy á decíroslo.

—Sepamos.

—La madre se llamaba... y se llama, doña Juana de Velasco, duquesa viuda de Gandia, camarera mayor de su magestad.

Abrió enormemente los ojos Quevedo.

—Y que hermosa, que hermosa estaba entonces la duquesa.

—¿Pero estais seguro de ello, amigo Manolillo?

—¡Qué si estoy seguro! como lo estaria, si por ejemplo, dentro de algunos meses, la señora condesa de Lemos, despues de haber estado mucho tiempo en la cama á pretesto de enfermedad y en ausencia de su marido, saliese una noche de Madrid en una litera.

—¡Ah! ¡ah! ¿y no habeis encontrado para vuestra comparacion otra dama que doña Catalina de Sandoval?

—Es tan hermosa como lo era en otro tiempo la duquesa de Gandia, tan viva como ella, y tuvo la fortuna ó la desgracia de encontrarse una noche á oscuras en el Escorial con el duque de Osuna, como doña Catalina en el alcázar con...

—Pero tio Manolillo, vamos á cuentas ¿vos sois el bufon del rey ó el mochuelo del alcázar?

—De todo tengo. Siempre me han salido al paso los enredos.

—Como á mí.

—Si ya os lo dije; nos parecemos mucho. Pero continúo con mi suposicion: supongamos que con tales antecedentes, sale una noche la señora condesa de Lemos en una litera por un postigo de su casa, muy encubierta, y que yo, por casualidad paso por la calle y veo aquello: que al ver aquello me acuerdo de lo otro que oí por casualidad, ajusto la cuenta por los dedos, entro en curiosidad de saber en lo que quedará la aventura, y me voy detrás de la litera y de los hombres que la acompañan: que así andando, andando, y acatándome, amparado de una noche oscura, sigo á la litera por espacio de cinco leguas, y entro tras ella, recatándome siempre, en un lugar... supongamos que aquel lugar es Navalcarnero: que la litera se para delante de una casa, y sale la condesa de Lemos muy tapada y se oscurece en la casa cuya puerta se cierra en silencio: que yo me quedo á la mira, y á las dos noches despues vacilante y trémula veo salir de nuevo á la señora condesa muy tapada, que se mete en la litera, y que la litera sale del pueblo y toma el camino de Madrid. Que yo me quedo aun en el pueblo y que á los tres dias se bautiza solemnemente un niño. Aunque me digan frailes franciscos, que aquel niño es hijo de matrimonio, y que es hijo de Juan Lanas y de su mujer, yo diré siempre aun cuando pasen muchos años: ese tal, no se llama Juan Lanas, ó no debe llamarse, sino Juan de Quevedo y Sandoval.

—¡Ah! bribon redomado, esclamó Quevedo: gato sin sueño, huron de secretos: guardad por caridad el que habeis pescado esta noche, que ridículo fuera negároslo y decidme por caridad tambien, ¿era ya pieza mayor del alcázar cuando en él andaba, mi señor el conde de Lemos?

—No abundan los Quevedos, hermano, y necesario era uno para que la buena doña Catalina dejase de ser coto cerrado, como fue necesario todo un duque de Osuna con toda su audacia, para que la buena doña Juana de Velasco, añadiese á su descendencia un bastardo. Pero lo gracioso es que doña Juana de Velasco no sabe quién es el padre de su hijo

incógnito; ni el nombre del dueño de la casa en donde tapada y rebujada la metieron en Navalcarnero; que, en una palabra, la parece un sueño su encuentro con un hombre audaz en una galería del palacio del Escorial á punto que por un celo exagerado iba á avisar á la infanta doña Catalina, de que acababa de llegar un ginete con la nueva de que el mar y los vientos habian vencido á la armada Invencible: un soplo malhadado mató la bujía de que iba armada la duquesa y el duque de Osuna, que acudia al lado del rey, que estaba en el coro se dió un tropezon con ella. De modo que, si el viento no destruye á la Invencible, y si otro soplo de viento no mata la luz de doña Juana de Velasco, Juan... Montiño, no existiria.

—Y si vos no estuvierais en todas partes, no sabriais ese secreto endiablado de hace veinte y dos años, ni este otro secreto reciente... os pido por caridad hermano bufon que calleis, que calleis como habeis callado acerca del secreto de la duquesa... y como nos embrollamos y nos revolvemos, bueno será que volvamos á buscar el hilo. Deciamos...

—Justo: deciamos á propósito de si el rey era pieza mayor ó menor...

—A propósito de eso habiamos ido á dar en don Rodrigo, y á propósito de don Rodrigo en ese mancebo que ha entrado secretamente en el cuarto de la reina. Deciamos ó decia yo, que está enamorado como un loco de la dama que le ha metido en el lance, pero él no conoce á esa dama...

—¿Que no la conoce y está enamorado?

—Cosas de mozos: se ha enamorado á bulto.

—Pues mirad: ha acertado en enamorarse porque eso tiene ahorrado para cuando la vea el semblante.

—¿Pero quién es ella? ¿abremos tropezado con otra pieza mayor?

—No por cierto: se trata de una doncella, que á pesar de su hermosura nunca ha ténido novio.

—El nombre, tio Manolillo, el nombre.

—Doña Clara Soldevilla.

—La hermosa, la hermosísima hija, digo si en los dos años que no la veo no la han dado viruelas, la matadora de corazones, engendrada por el buen Ignacio Soldevilla. ¿Y dónde está su padre?

—En Nápoles con el duque de Osuna.

—¡Ah! ¡diablo! ¡diablo! paréceme que si los muchachos se quieren podremos tener boda; pero maravíllame que doña Clara, que no le ha conocido hasta esta noche...

—Aquí debe de haber algo... y algo grave, dijo el tio Manolillo, en lo que acaso yo no tenga poca parte.

—Esplicaos por Dios, hermano.

—Esplícome, y para esplicarme pregunto : ¿dónde ha visto don Juan Giron...

—Juan Montiño, hermano, Juan Montiño.

—Bien, ¿dónde ha visto Juan Montiño á doña Clara?

—En la calle.

—¡En la calle!

—Amparóse de él al verse perseguida por don Rodrigo Calderon.

—¡Ah! me parece que voy trasluciendo. ¿Y dónde llevó doña Clara á Montiño?

—Callejeole de lo lindo, largose, y le metió en un lance de estocadas con don Rodrigo..

—De cuyo lance...

—No por cierto... contentóse con desarmarle y se fué á buscar á su tio postizo á casa del duque de Lerma.

—¿Y cuando hirió ó mató, ese jóven á don Rodrigo?

—Eso es despues.

—¿Y cómo sabeis vos?

—Encontrele casa del duque de Lerma, adonde yo iba en busca del cocinero mayor, y le metí en la casa. Pero en la puerta me encontré antes de hablar con Montiño... ¿á quién direis que me encontré...?

—No adivino.

—A Francisco de Juara.

—Lacayo y puñal de don Rodrigo Calderon... ¡ah! ¡ah! ¡hermano Quevedo, y qué conocimientos teneis!

—El conocer no pesa. Francisco de Juara me contó lo que habia acontecido á su señor, con Juan Montiño, y Juan Montiño se alegró mucho de hallarme y yo de hallarle y... pero vamos al secreto. Yo iba á casa del duque de Lerma, con una carta de la duquesa de Gandia para el duque que me habia dado la condesa de Lemos con quien tropezé cuando iba al alcázar en busca del cocinero mayor... de modo que, válame Dios y que rastra suelen traer las cosas, ahora se me ocurre que el buen rey don Felipe el II tiene la culpa de mi encontron con la condesa de Lemos.

—¡Pardiez, no atino!

—Ciertamente: si al rey don Felipe no se le hubiera ocurrido armar la Invencible, y enviarla á saludar á la reina de Inglaterra, la tempestad

no hubiera deshecho la armada: no hubiera ido un ginete al Escorial á dar al rey la nueva del fracaso: la duquesa de Gandia no hubiera ido al cuarto de la infanta doña Catalina, ni el duque de Osuna al coro en busca del rey: no se hubieran encontrado, pues, á oscuras duquesa y duque, no hubiera nacido Juan, y no existiendo Juan, al soltarme de San Marcos me hubiera yo ido á Nápoles en vez de venirme á Madrid, y no me hubiera encontrado con la buena buenísima hija del duque de Lerma: ni ella me hubiera dado la carta de la camarera mayor para su padre, ni por consecuencia, hubiera yo encontrado en el zaguan del duque á Juan Montiño, ni hubiera salido por el postigo de la casa del duque despues de haber hablado con su escelencia, ni hubiera encontrado á Juan Montiño, que me acometió equivocándome con don Rodrigo, á quien esperaba para matarle, y si yo no hubiera estado allí cuando don Rodrigo salió, Juan Montiño muere; porque Francisco de Juara que guardaba las espaldas á don Rodrigo, no se hubiera encontrado con mi espada, hubiera dado un mal golpe por detrás á nuestro mancebo, mientras don Rodrigo le entretenia por delante. De modo, que puede decirse, que si el rey don Felipe no envia á la Invencible contra Inglaterra, no sucede nada de lo gravísimo que ha sucedido esta noche.

—Desenmarañemos este enredo, y pongámosle claro para dominarle, hermano Quevedo. Decís vos, que ese mancebo, entró casa del duque de Lerma amparado de vos, y pudo ver á su tio.

—Eso es.

—Que despues encontrasteis á ese mozo al salir por el postigo del duque, esperando á don Rodrigo para matarle.

—Verdad.

—Ahora bien; ¿por qué queria matar ese mozo á don Rodrigo? repuso el bufon.

—Porque decia habia comprometido el honor de una dama.

Quedóse profundamente pensativo el bufon, como quien reconcentra todas sus facultades para obtener la resolucion de un misterio.

—¡El cocinero mayor de su magestad, dijo el bufon, es usurero!

—¿Qué tiene que ver ese pecado mortal de Francisco Montiño para nuestro secreto?

—Esperad, esperad. El señor Francisco Montiño, se vale para sus usuras, de cierto bribon que se llama Gabriel Cornejo.

—Veamos, veamos á donde vais á parar.

—Me parece que voy viendo claro. Ese Gabriel Cornejo, que á mas

de usurero y corredor de amores, es brujo, y asesino, sabe por torpeza mia un secreto.

—¡Un secreto!

—Sabe que yo quiero ó queria matar á don Rodrigo Calderon. Sabe ademas otro secreto por otra torpeza de Dorotea: esto, es, que don Rodrigo Calderon tiene ó tenia cartas de amor de la reina.

—¡Tenia! ¡tenia! dijo con arranque Quevedo. Decís bien tio Manolillo, decís bien, vamos viendo claro: ya sé, ya sé lo que Juan Montiño buscaba sobre don Rodrigo Calderon cuando le tenia herido ó muerto á sus piés. Lo que buscaba ese jóven eran las cartas de la reina: para entregar esas cartas era su venida á palacio, para eso y no mas que para eso ha entrado en el cuarto de su magestad.

—Pues si ese caballero ha entregado á la reina esas cartas, y don Rodrigo Calderon no muere... ¿qué importa que muera don Rodrigo?... siempre quedarán el duque de Lerma, el conde de Olivares, el duque de Uceda, enemigos todos de su magestad: si esas terribles cartas han dado en manos de su magestad, esta se creerá libre y salvada, y apretará sin miedo, porque es valiente y la ayuda el padre Aliaga...

—Y la ayudo yo...

—Y yo.... y yo tambien.... pero.... son infames y miserables, y la reina está perdida... está muerta...

—¡Muerta! ¡se atreverán! y aunque se atrevan... ¿podrán...?

—Sí, si por cierto, y para probaros que pueden, os voy á nombrar otra de las presas mayores que se abrigan en el alcázar.

—¡Ah! ¡otra pieza mayor!

—Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor del rey.

—¡Ah! ¡tambien el buen Montiño!

—Lo merece por haber inventado el estraño guiso de cuernos de venado que sirve con mucha frecuencia al rey.

—Contadme, contadme eso hermano: ¡enredo mas enmarañado! ¡y no sé, no sé como se ha atrevido, porque su difunta esposa..!

—La maestra de los pages...

—¡Y qué horonda y qué fresca que era! ¡y qué aficionada á los buenos bocados!

—Y creo que el bueno del cocinero hubo de notar que habia ratones en la despensa; pero no dió con el raton.

—Y ya debe estar crecida y hermosa Inesita.

—¡Pobre Montiño!...

—Herege impenitente... pero sepamos quien es ahora el raton de su despensa.

—No es raton, sino rata y tremenda... el sargento mayor, don Juan de Guzman.

—¿El que mató al marido de cierta bribona á quien galanteaba, y partió con ella los doblones que el difunto habia ahorrado, por cuyo delito le ahorcan sino anda por medio don Rodrigo...?

—El mismo.

—Ha mandado don Rodrigo á ese hurtado á la horca que enamore á la mujer de Francisco Montiño...

—Como que la hermosa Luisa entra cuando quiere en las cocinas de su magestad, y nadie la impide de que levante coberteras y descubra cacerolas.

—No crei, no crei que llegase á tanto el malvado ingenio de don Rodrigo. Pero bueno es sospechar mal, para prevenirse bien. Alégrome de haberos encontrado, amigo bufon, porque Dios nos descubre marañas que deshacer..... y las desharemos ó podremos poco. Pero contadme, contadme: ¿en qué estado se encuentran los amores del sargento mayor, y de la mayor cocinera?

El tio Manolillo no contestó: habia levantado la cabeza; y puéstose en la actitud de la mayor atencion.

—¿Qué escuchais? dijo Quevedo.

—¡Eh! ¡silencio! dijo el bufon levantándose de repente y apagando la luz.

—¿Qué haceis?

—Me prevengo. Procuro, que si miran por el ojo de la cerradura de la otra puerta no vean luz bajo esta. Es necesario que me crean dormido; necesitan pasar por delante de mi aposento y me temen. Pero se acercan. Callad y oid.

Quevedo concentró toda su vida, toda su actividad, toda su atencion de sus oidos, y en efecto oyó unas levísimas pisadas como de persona descalza, que se detuvieron junto á la puerta del bufon.

Durante algun espacio nada se oyó. Luego se escucharon sordas y contenidas las mismas leves pisadas, se alejaron, se perdieron.

—¿Es él? dijo Quevedo.

—El debe ser; pero el cocinero mayor..... ¿como se atreve ese hombre...?

—Francisco Montiño no está en Madrid esta noche.

—¡Ah! ¿pues qué cosa grave ha sucedido para que deje sola su casa?

—Segun me ha dicho su sobrino postizo, á ido ha Navalcarnero donde queda agonizando un hermano suyo.

—¡Oh! entonces el que ha pasado es el sargento mayor Juan de Guzman.

Y el bufon se levantó y abrió la ventana de su mechinal.

—¿Qué haceis, hermano? cerrad que corre ese vientecillo que afeita.

—Oscuro como boca de lobo, dijo el bufon.

—¿Y qué nos da de eso?

—Y lloviendo.

—Pero esplicaos.

—¿Quereis ver al raton en la ratonera junto al queso?

—¡Diablo! dijo Quevedo. ¿Y para qué?

Y despues de un momento de meditacion, añadió:

—Si quiero.

—Pues quitaos los zapatos.

—¿Para salir al tejado?

—No tanto. Por aquí se sale á las almenas viejas, y por las almenas se entra á los desvanes y por los desvanes se va á muchas partes. Por ejemplo al almenar adonde cae la ventana del dormitorio del cocinero de su magestad.

—Pues no hay que preguntarme otra vez si quiero, dijo Quevedo quitándose los zapatos.

—No dejeis aquí vuestro calzado, porque saldremos por otra parte.

—Ya sabia yo que erais el huron del alcázar.

—Como me fastidio y sufro y nada tengo que hacer, husmeo y encuentro, y averiguo maravillas. ¿Estais listo ya, don Francisco?

—Zapatos en cinta me teneis y preparado á todo.

—No os dejeis la linterna.

—¿Qué es dejar? Nunca de ella me desamparo: cerrada y encendida la llevo y haciendo compañía á mis zapatos. ¿Estais vos ya fuera?

—Fuera estoy.

—Pues allá voy y esperadme. Eso es. ¿Y sabeis que aunque viejo no habeis perdido las fuerzas? me habeis sacado al terrado como si fuera una pluma. Estas piernas mias... parece providencia de Dios para muchas cosas el que yo no pueda andar de prisa ni valerme.

—Dadme la mano.

—Tomad.

—Estamos en los desvanes.

—Mi linterna nos valga.

—Nos viene de molde, porque estos desvanes son endiablados.

—*Fiat lux*, dijo Quevedo abriendo la linterna.

Encontrábanse en un desvan espacioso, pero interrumpido á cada paso por maderos y por desigualdades. El bufon empezó á andar encorbado y cojeando por aquel laberinto.

De repente se detuvo y enseñó un boqueron á Quevedo.

—¿Y qué es eso? dijo don Francisco.

—Esto es una providencia de Dios.

—Mas claro.

—Eso antes era un tabique.

—¿Y ocultaba algo bueno?

—Una escalera de caracol.

—¿Y á dónde va parar esa escalera?

—A muchas partes, entre ellas á la cámara del rey y de la reina, y á las cuevas del alcázar.

—¿Y cómo dísteis con ese tesoro, hermano?

—Buscando un gato que se me habia huido.

—Sois el diablo familiar del alcázar.

—Sigamos adelante que luego volveremos por aquí.

—Sigamos, pues.

Anduvieron algun espacio.

—Dadme la mano y cerrad la linterna.

—¿Hemos llegado?

—Estamos cerca.

—*Fiant tenebræ*, dijo Quevedo cerrando la linterna.

—Ahora venid, venid tras de mí, en silencio y vereis y oireis.

Zumbaba el viento, llovia, y el viento y la lluvia y la oscuridad de la noche protegian á los dos singulares espedicionarios.

—Marchaban entre un tejado y un almenar.

De repente el bufon asió á Quevedo, y le volvió sobre su derecha.

Entonces Quevedo vió frente á él una ventana, y por algunos agujeros de esta el reflejo de una luz en el interior.

Quevedo acercó su semblante y pegó sus antiparras á uno de aquellos agujeros, y el bufon á su lado se puso asimismo en acecho.

En aquel mismo punto dió el reloj del alcázar las tres de la mañana.



—¿Y QUE ES ESO?

CAPITULO XV.

De lo que vieron y oyeron desde su acechadero Quevedo y el bufon del rey.

Un hombre se paseaba en una habitacion muy pequeña y harto humildemente alhajada.

Una estera de esparto, algunas sillas, una mesa sobre la que ardia una lamparilla delante de una vírgen de los Dolores, pintada al óleo, y algunas estampas en marcos negros sobre las paredes blancas, componian todo el menaje de aquella habitacion.

Al fondo habia una puerta cubierta con una cortina blanca.

Sentada en una silla junto á una mesa apoyado en ella un brazo, y en la mano la cabeza, habia una mujer jóven y hermosa, pero triste, pensativa y á todas luces contrariada.

Esta mujer era Luisa la esposa del cocinero mayor de su magestad.

Blanca, blanquísima, pelinegra y ojinegra, gruesecita, de mediana estatura, sino se descubria en ella esa distincion, esa delicadeza que tanto realza á la hermosura, no podia negarse que era hermosa, muy hermosa pero con una hermosura plebeya, permítasenos esta frase.

Habia en ella sobra de vida, sobra de voluntad, violencia de pasiones disgusto profundo de su suerte, todo esto representado y como estereotipado en su semblante. Estaba, como dijimos anteriormente, en cinta de una manera abultada, y vestia sencilla, mas que sencilla, miserablemente.

El hombre que se paseaba en la habitacion y hablaba casi por monosílabos y lentamente con Luisa, era un hombre alto, fornido, soldadote en el ademan, en el traje y en la espresion, con cabellera revuelta, frente cobriza, ojos negros, móviles y penetrantes, mejillas rubicundas y grandes mostachos retorcidos. Vestia una gorra de velludo con presilla de acero, un coleto de ante, cruzado por una banda roja, una loba abierta de paño burdo que dejaba ver el coleto, la banda y un ancho talabarte de que pendia una enorme espada, unas calzas rojas imitadas á grana, y unos zapatos altos.

Este hombre en el conjunto podia llamarse buen mozo: uno de esos Rolandos lo mas á propósito para volver el seso á ciertas mujeres que pertenecian á cierta clase media, despreciadoras de gente menuda, que no podian aspirar á los amores de los caballeros de alto estado, y que se contentaban y aun se daban por dichosas con los amores de hidalgos del porte y talante del sargento mayor don Juan de Guzman, que era el hombre que hemos descrito, que se paseaba en el profanado dormitorio de Francisco Montiño y que hablaba por monosílabos con su mujer.

—Es preciso... pues... si... de otro modo..., decia este hombre cuando el bufon y Quevedo se pusieron en acecho.

Tembló toda Luisa.

—Ha sido herido, casi muerto... añadió el soldadote.

—Pero yo...

—Si; tu no tienes la culpa de que don Rodrigo Calderon haya tenido un mal encuentro, pero esto me impide pasar la noche á tu lado.

—¿Tienes miedo? dijo Luisa.

—¡Miedo! ¿y de que? dijo Guzman: es cierto que todo marido aunque sea tan ruin y tan cobarde como el tuyo es respetable: no se que tienen los maridos: pero cuando él llama por allá yo escapo por ahí.

Y el sargento mayor señaló la ventana.

—Bueno es saberlo, dijo para sí Quevedo, probando si su daga salia con facilidad de la vaina.

—Me alegro, por otra parte de que el bueno de Montiño haya tenido que ir á ver á su hermano. Tenia que hablarte.

—Yo tambien. Desde el dia en que te ví, estoy sufriendo, Juan. Primero porque te amé, luego... porque cuando te amé conocí lo horrible que era estar unida para toda la vida con un marido como el mio. Hace seis meses que te escuché, y poco menos tiempo que te recibí en esta habitacion por primera vez. La vida se me hace insoportable, Juan. Yo no puedo

vivir asi. Se pasan semanas y aun meses sin que podamos hablar... me veo obligada á contentarme con verte cruzar allá abajo por lo hondo del patio paseando con ese eterno amigo tuyo de quien tengo celos... me parece que le quieres mas que á mí, que á mí me tomas por entretenimiento.

—¡Dios de Dios! esclamó el sargento mayor, atusándose el mostacho y parándose delante de Luisa, el un pié adelante, afirmando el cuerpo en el otro y la mano en la cadera; ¿pues por qué buena moza no estoy yo ahora en Nápoles?

—¿Qué diablos tendrá que hacer este tunante en Nápoles? pensó Quevedo: oigamos y palabras al saco.

—Es que si tu te fueras y no me llevaras, yo moriria de pesar.

—Descuida, descuida paloma mia, dijo volviendo á su paseo el soldado, que en concluyendo cierta empresa que tenemos acá entre manos, iremos á Nápoles á concluir otra. Tu no sabes bien conque hombre tratas y que hombres tratan con él.

—Lo que es el que pasa contigo por los corredores bajos de palacio no me gusta nada, dijo Luisa: tiene el mirar de traidor.

—¡Ah! ¡Agustin de Avila, el honrado aguacil de casa y córte! Pues mira, el no dice de tí lo mismo. Solo se le ocurre un defecto que ponerte.

—Me importa poco.

—Maravillase mi amigo de que teniendo por amante un hombre tal como yo, puedas vivir al lado de un marido tal como el tuyo.

—¿Y que le de hacer?

—Ya te lo he dicho...

—¡Oh! ¡nunca..! ¡nunca..! ¡qué horror! esclamó Luisa.

—Pues será necesario que renuncies á verme.

—¡Juan! esclamó Luisa cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Preciso de todo punto: las cosas se ponen de manera que no se puede pasar mas adelante. ¡No oyes que esta noche la reina ha salido á la calle!

—¡Oh! no eso no puede ser.

—¿Qué la amparaba un hombre desconocido..?

—¡Dios mio! ¿pero que tengo yo que ver con todo eso?

—Que ese hombre ha herido malamente á don Rodrigo Calderon.

—¿Y á tí que te importa?

—Luisa, todo lo que soy lo debo á don Rodrigo.

—Bueno es ser agradecidos, pero cuando nos piden imposibles.

—Nada hay imposible cuando se ama.

—Don Rodrigo no puede pedirte tanto.

—Debo á don Rodrigo el no haber dado en la horca.

—¡En la horca tú..! ¿y por que?

—Por una calumnia. Pero tal, que si no hubiera mediado don Rodrigo...

—¿Y qué te cargaron?

—¡Bah! ¡poca cosa! haber envenenado al marido de una querida mia.

—¿Y es eso verdad? dijo estremeciéndose Luisa.

—Ni por asomo: pero como yo era amigo del marido y entraba en la casa aun cuando él no estaba, y la mujer era una moza garrida, y un dia amaneció muerto el marido, y dieron en decir los que le vieron que tenia manchas en el rostro...

—¿Y eso era verdad?

—Pudo serlo pero no lo era. Pues tanto dijeron y murmuraron y hubo tantos que supusieron que yo era el causante de aquella muerte, que dieron con los dos, con ella y conmigo en la cárcel.

—¡Dios mio!

—Ella murió.

—¿La ajusticiaron?

—Tanto da, porque la pusieron al tormento y no pudo resistir.

—¡Dios mio! ¿Y á tí no te atormentaron?

—Si, pero el alcalde y el escribano eran amigos: mejor: les habia hablado don Rodrigo y aun mas que hablado, y lo del tormento quedó en ceremonia. Dos meses despues estuve libre y salvo y declarada mi inocencia, y para satisfacerme, de capitan que era de la guardia encarnada, hízome su magestad por los buenos oficios del duque de Lerma á quien don Rodrigo habia dicho mucho bien mio, sargento mayor de la guardia española: mira pues, si estoy obligado á servir á don Rodrigo.

—¡Juan! ¡Juan! ¡por Dios! no me obligues á lo que yo no quiero hacer.

—¿Pero á tí que te importa? Toda la culpa caerá sobre tu marido.

—¡Y si le ahorcaran inocente...! ¡No y no!

—Pues bien, no me volverás á ver.

—No, tampoco.

—¿En que quedamos, pues? ¿no te digo que estoy haciendo falta en Nápoles?

—Echad abajo la ventana, con vuestras fuerzas de toro hermano, dijo rápidamente Quevedo al oido del bufon.

—Paciencia y calma y dejemos que corra el ovillo, dijo el bufon.

Una ráfaga de viento arrastró las palabras de Quevedo y del tio Manolillo.

Habiase distraido Quevedo y cuando volvió á mirar, vió que don Juan de Guzman mostraba á Luisa un objeto envuelto en un papel, sobre el cual arrojó una mirada medrosa Luisa.

—No, no, repitió la jóven. ¡Qué horror!

—Pues bien, dijo el sargento mayor guardando el papel con una horrible sangre fria; no hablemos mas de eso. Adios.

Y se dirigió á la puerta.

—No, no, dijo Luisa arrojándose á su cuello, lo pensaré.

—Pues bien, piénsalo y... si te resuelves, pon por fuera de la ventana un pañuelo encarnado.

—Bien si, ¿pero te vas?

—Es preciso, preciso de todo punto; no puedo detenerme ni un momento. No sabes, no sabes lo que sucede.

—¡Oh Dios mio! ¡y sabe Dios cuando podremos volvernos á ver!

—Cuando volvamos á vernos será para no separarnos. Pero adios, adios, que estoy haciendo falta en otra parte.

—¿Donde hará falta este pícaro? dijo Quevedo.

Oyóse entonces un beso dentro de la habitacion. Cuando miró Quevedo de nuevo por los agujeros, ni Luisa ni don Juan de Guzman estaban en la estancia.

—Nada tenemos que hacer ya aquí, dijo el tio Manolillo. Yo lo sospechaba, pero no habia creido que se diesen tanta prisa. ¿Y no haber muerto ese infame de don Rodrigo? ¿tenia acaso las manos de lana el bastardo de Osuna? Pues no, cuando su padre daba un golpe, no le daba en vano.

—Desengañaos, desengañaos, hermano Manolillo, dijo Quevedo: hay hombres que tienen siete vidas como los gatos.

Y volvióse bruscamente hácia el almenar, y poniendo en él las manos, esclamó con ronca voz entre las tinieblas:

—¡Ah! ¡infame alcázar, cueva de la tiranía, almacen de pecados, arca de inmundicias, maldígate Dios, maldígate como yo te maldigo!

—¡Oh! sí, maldiga Dios estos alcázares de la soberbia, donde solo se respira un aire de infamia, esclamó el bufon.

—Un dia soplará viento de venganza, y estos alcázares serán barridos como las hojas secas, murmuró con acento profético Quevedo. Pero hasta entonces, ¡cuánto crímen, cuánta sangre, cuántas lágrimas!

—Habeis visto lo alto del alcázar, hermano don Francisco, y voy á llevaros á que veais lo bajo. Seguidme.

—En buen hora sea, vamos á sorprender al alcázar en otra hora mala.

—Llegamos á los desvanes; bajad la cabeza, hay cinco escalones.

Poco despues añadió el bufon.

—Abrid la linterna. Voy á llevaros á la cámara de la reina.

—Vamos hermano, vamos, y que Dios nos tome en cuenta esta aventura gatuna, y el no haberla dado buena de esa infame adúltera, y de ese rufian asesino.

—No hubiera sido prudente: matar á don Juan de Guzman, hubiera sido romper una de las cien manos de que se valen los traidores, y nada mas. Les sobrarian medios de llevar á cabo sus proyectos, de modo que acaso no podríamos conocerlos y estar á punto para destruirlos. Confiad en mí, que ni duermo ni reposo, que estoy siempre alerta, y que como decís muy bien, soy el mochuelo del alcázar, y que contando con vos, don Francisco, nada temo. Don Rodrigo se nos escapa; pero juro á Dios, que como el diablo no le ayude...

—Diablo y aun diablos debe de tener al lado, cuando esta noche no ha dado con él al traste el bravo Juan Montiño. Pero dejad, dejad: yo tengo una espada tal y tan maestra, que ella sola se va á donde conviene y no toca á un hombre que no le mate. Pero sino me engaño estamos en el negro boqueron que vos encontrasteis tapiado cuando buscabais á vuestro gato.

—Y providencia de Dios fue que se me ocurriera destapiarle: porque yo me dije: detrás de ese tabique debe de haber algo: algo que yo no conozco, y eso que me son familiares todos los escondrijos del alcázar: como que he nacido en él, y en él he pasado los cincuenta años de mi vida. Destapé y hallé, con alegría, lo que nadie conoce mas que yo, y lo que vos vais á conocer. Entremos.

Dirigiéronse al negro boqueron, y Quevedo se encontró en lo alto de unas polvorientas escaleras de piedra, y tan estrecho el caracol, que apenas cabia por él una persona: aquella escalera estaba abierta, sin duda, en el grueso del muro.

Empezaron á descender.

Quevedo contaba los escalones.

A los ochenta, el bufon tomó una por estrecha abertura abovedada.

La escalera continuaba.

—Por aquí, dijo el bufon.

Y siguió por el pasadizo.

A los cien pasos abrió una puerta, y siguió por el mismo pasadizo que se ensanchaba algo mas.

A los pocos pasos se detuvo junto á una puerta situada á la izquierda.

—Mirad, dijo á Quevedo: esta puerta secreta corresponde al dormitorio de su magestad.

—¡Ah! ¿y para que os deteneis? ¿qué vamos hacer en el dormitorio de la reina?

—Miràd, mirad y vereis algo que os asombrará.

—¿Y cómo miro? ¿creeis acaso que yo tengo la virtud de ver á través de las paredes, como á través del vidrio de mis antiparras?

—Yo para observar he abierto dos agujeros pequeños. Hélos aquí.

—¡Ah! ¡famosa catalineta real! dijo Quevedo arrimando sus espejuelos á las dos pequeñas perforaciones que le habia mostrado el bufon.

—¡Jesucristo! esclamó Quevedo en voz muy baja: ¿será verdad lo que me habeis dicho á cerca de ser pieza mayor el rey? En el lecho de la reina, mas allá de ella, á quien dá la luz de la lámpara sobre el bello semblante dormido, hay un bulto. Y en un sillon junto al lecho vestidos de hombre.

—Y un rosario de perlas.

—¡Ah! ¡es el rey!

—¿Pues quién otro pudiera ser, ahí, en ese dormitorio y en ese lecho?

—¡Maravilla! ¡milagro! ¡y la reina parece feliz y satisfecha, sonrie á sus sueños!

—Guárdela Dios á la infeliz, dijo el bufon; pero sigamos.

—Duerman en paz sus magestades, dijo Quevedo siguiendo al bufon.

Este se detuvo un poco mas allá.

—Aquí hay otra puerta, dijo, y en ella otros dos agujeros. Mirad.

—¡Ah! dijo Quevedo mirando, ¡ah corazon mio! ¡guarda, guarda y no latas tan fuerte, que te pueden oir!

—¿Qué veis que murmurais, don Francisco?

—Veo á la condesa de Lemos que vela... y que llora.

—¡Ah! ¿y no se os abre el corazon?

—Abriera yo mejor esta puerta.

—No quedará por eso, si quereis: pero luego: seguidme y vereis mas.

—¿Y qué mas veré?

—Habeis visto á la hija llorando, y es muy posible que veais al padre rabiando.

—¿Y qué hace en el alcázar su escelencia?

—Ha venido á ver al rey y no le ha encontrado en su cámara: le han dicho que el rey está en la cámara de la reina, y si se le ha puesto saber hasta que hora están juntos sus magestades, se habrá quedado, sin duda, en la cámara real: pero hablemos bajo no sea que nos oigan.

—Para no ser oidos lo mejor es ser callados.

—Aquí, dijo con acento imperceptible el bufon, señalando otra puerta y en ella otros dos agujeros.

El bufon no se habia engañado: el duque de Lerma velaba en la cámara real; pero no estaba solo.

En el momento en que se puso en acecho Quevedo, un ugier acababa de introducir en la cámara á un hombre vestido de negro á la usanza de los alguaciles de entonces: era alto y seco, de rostro afilado, grandes narices, espresion redomada y astuta, y parecia tener un doble miedo por el lugar en que habia entrado, y por la persona ante quien se encontraba.

—¿Tú eres Agustin de Avila alguacil de casa y córte? dijo el duque.

—Humildísimo siervo de vuecencia, dijo el corchete, mientras Quevedo apuntaba en el libro de su memoria el nombre y la catadura del preguntado.

—¿Has visto á don Rodrigo Calderon que está herido en mi casa?

—Si señor.

—Te habrá dado instrucciones.

—Y las he cumplido señor; se quien es el delicuente, ó por mejor decir los delicuentes.

—Yo debí de haber matado á Francisco de Juara, pensó Quevedo; á veces la caridad es tonta, estúpida. Acúsome de necio: encerrado me doy.

El alguacil entre tanto sacaba un mamotreto de entre su ropilla.

—He aquí las diligencias de la averiguacion de ese delito, escelentísimo señor, dijo el corchete.

—Diligencias que habreis hecho vos solo, sin intervencion de otra persona alguna.

—Sí señor.

—Leed.

—« Yo Agustin de Avila...

—Adelante.

—«...Llamado por su señoría el señor conde de la Oliva...

—Adelante, adelante.

—«...Encontré á su señoría herido malamente...

—Al asunto.

—«...Preguntado Francisco de Juara, lacayo del señor conde de la Oliva, donde habia estado esta noche desde su principio, y conqué personas habia hablado dijo: que al principio de la noche su señor le mandó seguir á un embozado; que habiéndole seguido, el embozado se entró en el zaguan de las casas que en esta córte tiene el escelentismo señor duque de...

—Adelante.

—«...Que los porteros no dejaron entrar al embozado que se sentó en el poyo del zaguan. Que el declarante se puso á esperarle; que á poco entró en el zaguan don Francisco de Quevedo y Villegas...

—¡Ah! dijo el duque.

—¡Pecador de mí! murmuró Quevedo.

—«...Que el embozado á quien el declarante vigilaba, habló con don Francisco, y que amparado por este dejáronle subir los porteros: que el que declara se quedó esperando: que bien pasadas dos horas, el mismo embozado que habia entrado en casa del señor duque, salió acompañado del señor Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor de su magestad, y que entrambos rodearon la manzana y se detuvieron junto al postigo de la casa de su escelencia, donde estuvieron hablando algun espacio, despues de lo cual, el cocinero mayor partióse y el embozado se quedó escondido en un zaguan frente al postigo de la citada casa de su escelencia. Que el declarante se quedó observándole á lo lejos. Que algun ráto despues se abrió el postigo de la casa del duque y salió un hombre sobre el cual se arrojó á cuchilladas el embozado que estaba escondido: que á poco las cuchilladas cesaron y el embozado y el otro se dieron las manos hablaron al parecer como dos grandes amigos y se escondieron en el zaguan. Que transcurrida bien una hora se abrió otra vez el postigo y salió un hombre, en quien el declarante conoció á pesar de lo oscuro de la noche por el andar, á su señor don Rodrigo Calderon: que apenas don Rodrigo habia andado algunos pasos cuando

fue acometido, y que queriendo ir el declarante á socorrerle como era de su obligacion, se encontró con el otro hombre, que le esperaba daga y espada en mano, y en quien á poco tiempo conoció á don Francisco de Quevedo. Que siendo el don Francisco, como es notorio, muy diestro, y muy bravo, y muy valiente, y viendo el declarante que no podia socorrer á su señor, tomó el partido de ir á buscar una ronda y huyó dando voces. Que á las pocas calles encontró un alcalde rondando, y que por de prisa que llegaron al lugar de la riña encontraron á los delicuentes huidos y al señor don Rodrigo mal herido y desmayado y abierta la ropilla como si hubiese sido robado, rodeado de los criados del señor duque de Lerma que habian acudido con antorchas, que trasladaron al señor don Rodrigo á la casa del señor duque, y puesto en un lecho y llamado un cirujano, el alcalde tomó declaracion indagatoria bajo juramento apostólico al declarante, y á los criados del duque.» Esta, escelentísimo señor, es la declaracion de Francisco de Juara tomada por mi y á cuyo pié el declarante ha puesto una cruz por no saber firmar.

El duque de Lerma se levantó y se puso á pasear hosco y contrariado á lo largo de la cámara.

—¿Y no hay mas que eso? dijo despues de algunos segundos de silencio.

—Sigue la diligencia de haber buscado al cocinero mayor del rey y de no haberle encontrado.

—¿Pues donde está Montiño?

—Segun declaracion de su mujer Luisa de Robles, ha partido á Navalcarnero adonde decia haber ido su esposo á causa de estar muriendo un hermano suyo. Preguntada además si sabia que acompañase alguien á su marido, contestó que no: pero que podrian saberlo los de las caballerizas porque siempre que Montiño hace un viaje lo hace sobre cabalgaduras de su magestad. Luisa Robles puso una cruz por no saber firmar al pié de su declaracion.

—Iriais á las caballerizas.

—Ciertamente señor, y tomando indagaciones supe que el señor Montiño habia partido solo con un mozo de espuela. Y como sabia las señas del embozado: esto es sombrero gris capa parda y botas de gamuza, supe que aquel hombre habia llegado aquella tarde en un cuartago viejo que me enseñaron en las caballerizas, donde le habia mandado cuidar el señor conde de Olivares, caballerizo mayor del rey.

—¡Cómo! ¿conoce don Gaspar de Guzman al que ha dado de estoca-

das á don Rodrigo? dijo Lerma hablando mas bien consigo mismo que con el aguacil.

—No, no señor; pero el incógnito habia tenido una disputa con un palafranero á propósito de su viejo caballo, habia querido zurrarle, sobrevinieron el señor conde de Olivares y el señor duque de Uceda y el desconocido se descargó diciendo que era sobrino del cocinero mayor de su magestad.

—¡Sobrino de Montiño...! esclamó el duque. ¿Y no habeis afirmado mas la prueba del parentesco del reo con el cocinero mayor?

—Si, si señor; como el reo habia ido á las cocinas en busca del que llamaba su tio, fuí á las cocinas yo. Era ya tarde y solo encontré á un galopin que se llama Cosme Aldaba. Díjome que en efecto á principios de la noche habia estado en las cocinas un hidalgo, preguntando por su tio, y que le habian encaminado á casa de vuecencia donde se encontraba el cocinero mayor.

—¿Volveriais á mi casa?

—Volví.

—¿Preguntariais á la servidumbre?

—Pregunté.

—¿Y qué averiguásteis?

—Aquí está la declaracion de un page de vuecencia llamado Gonzalo Pereda, por lo que consta que el cocinero mayor del rey le mandó servir de cenar en la misma casa de vuecencia á un su sobrino, á quien llamó Juan Montiño.

—¿De modo que ese Juan Montiño y don Francisco de Quevedo y Villegas son amigos? dijo el duque.

El aguacil se calló.

—Dadme esas dilijencias, dijo el duque.

Entrególas el aguacil.

—Idos y que á persona viviente reveleis lo que habeis averiguado.

—Descuidad, señor, dijo el corchete y salió de la cámara andando para atras para no volver la espalda al duque.

Cogió este y examinó minuciosamente los papeles que le habia dejado el alguacil, y despues los guardó en su ropilla y llamó.

—¿Ha venido el señor Gil del Páramo? dijo á un maestresala que se presentó á su llamamiento.

—En la antecámara espera, señor, dijo el maestresala.

—Hacedle entrar.

Entró un hombre de semblante ágrio y ceñudo vestido con el trage de los alcaldes de casa y córte, y se inclinó profundamente ante el duque.

—¿Sois vos el que rondaba cuando encontrásteis herido al señor conde de la Oliva?

—Si, escelentísimo señor.

—¿Traeis con vos la diligencias que habeis practicado?

—Sí, escelentisimo señor.

—Dadmelas.

—Tomad, escelentísmo señor.

—Guardad un profundo silencio acerca de lo que sabeis y no procedais en justicia.

—Muy bien, escelentísimo señor.

—Podeis retiraros.

—Guardeos Dios, escelentísimo señor.

El alcalde salió.

El duque se sentó en un sillon y quedó profundamente pensativo.

—¿Te alegras ó te pesa, de lo acontecido? dijo Quevedo procurando ver á través de la inmóvil espresion de aquel semblante. Allá veremos. En cuanto á mí no me escondo. No por cierto. ¿Como he de tener yo miedo de un hombre que no sabe lo que le sucede? Ahora bien amigo bufon; ¿quereis guiarme á la puerta de la cámara donde está la condesa de Lemos?

—Que no os haga doña Catalina hacer una locura: yo que vos me escondia.

—Pues ved ahi, yo voy ahora mas que nunca á darme á luz. Pero guiad hermano, guiad.

El bufon desandó lo andado, llegó frente á una puerta y dijo:

—Aquí es.

—Esperad, esperad y no hableis; reconozcamos antes el campo. En palacio es necesario andar con piés, de plomo.

—Paréceme que hablan en la cámara,

—Pues escuchemos.

Quevedo observó.

Un gentil hombre estaba respetuosamente descubierto delante de doña Catalina.

—¿Con qué es decir, que la señora camarera mayor, dijo la de Lemos, se ha puesto tan enferma que se ha retirado?

—Y os suplica que la reemplaceis, noble y hermosa condesa.

—Muy bien: retiraos.

—¿De todo punto?

—De todo punto: que cieren bien las puertas esteriores y que las damas, las meninas y las dueñas se retiren tambien.

—¿Y se va vuesencia á quedar sola?

—Que esperen dos de mis doncellas en la saleta de afuera.

—Muy bien señora: Dios dé buenas noches á vuecencia.

—Gracias.

El gentil hombre salió.

Quevedo oyó cerrar las puertas.

La condesa se destrenzó los cabellos, se abrió el justillo, llegó á la luz la apagó y luego oyó Quevedo, como el crugir de un sillon al sentarse una persona.

Quevedo cerró su linterna y dijo al bufon.

—Abrid y hasta otro dia.

—Pero hermano don Francisco, ¿os vais á encerrar sin escape en la cueva del leon?

—La condesa de Lemos cuidará de darme salida.

—Dios quedé con vos hermano.

—Hermano, él os acompañe.

Crugió levemente la puerta, y en silencio Quevedo adelantó sobre la alfombra.

La puerta volvió á cerrarse sin ruido

Pero la condesa no dormia, y percibió los pasos de Quevedo.

—¿Quien va? dijo á media voz levantándose.

—No griteis por Dios, señora de mis ojos, dijo Quevedo, que el amor me trae.

—Os trae Dios, contestó doña Catalina, porque tenemos mucho que hablar.

—Pues hablemos.

—Pero no á oscuras.

Quevedo abrió su linterna.

—Gracia mi buen caballero, dijo la de Lemos, ahora sentaos y escuchadme.

—Siéntome y escucho.

—Oid.

Doña Catalina y Quevedo inclinados el uno hácia el otro empezaron á hablar en voz baja.

CAPITULO XVI.

El confesor del rey.

El capitan Vadillo, llevó á Juan Montiño al postigo de la Campanilla, que abrieron los guardas de órden del rey, y luego le acompañó hasta el convento de Atocha.

Por el camino fueron hablando de la mala noche que hacia, de lo oscuras que estaban las calles, y de las guerras de Flandes.

Cuando llegaron al convento, el mismo Vadillo tiró de la cuerda de la campana de la portería.

Pasó algun tiempo antes de que de adentro diesen señales de vida.

Al fin se abrió el ventanillo enrejado de la puerta, y una voz soñolienta dijo:

—¿Qué quereis á estas horas?

—Decid al confesor del rey, dijo Vadillo, que un hidalgo que viene en este momento de palacio, le trae una carta de su magestad.

El capitan no sabia si aquella magestad era el rey ó la reina.

—¡Una carta de su magestad!... dijo con gran respeto el portero; pero es el caso, que su paternidad estará durmiendo.

—Despertadle, dijo Vadillo, y entre tanto como hace muy mala noche abrid.

—Voy, voy á abrirles, hermanos, dijo el portero, retirándose del ventanillo y dejando notar á poco su vuelta por el ruido de sus llaves.

Abrióse la portería.

—Esperen aquí, ó en el claustro, como mejor quisieren, dijo: yo voy á avisar á fray Luis de Aliaga.

Montiño y Vadillo se pusieron á pasear á lo largo de la portería.

—¿Sabeis que estos benditos padres tienen unas casas que da gozo? dijo el capitan por decir algo.

—Si, si ciertamente: en este claustro se pueden correr caballos, contestó Montiño.

—Dan sin embargo cierto pavor esos cuadros negros, alumbrados por esas lámparas á medio morir.

—La falta de costumbre.

—Indudablemente. Los benditos padres no se encontrarian muy bien en un campo de batalla: como yo me encuentro aquí muy mal; corre un viento que afeita, y se hace sentir aquí mucho mas que en el campo. Esas crugías... con vuestra licencia, mejor estaríamos en el aposento del portero.

—¿Quién es el hidalgo portador de la carta de su magestad? dijo el frailuco desde la subida de las escaleras: adelante hermano y sígame.

—Entraos, entraos vos en el aposento del portero, amigo, y hasta luego.

—Hasta luego.

Y Juan Montiño tiró hácia las escaleras, y siguiendo al lego portero, recorrió el claustro alto hasta el fondo de una oscura crugía donde el lego abrió una puerta.

—Nuestro padre, dijo el lego: aquí está el hidalgo que viene de palacio.

—Adelante, dijo desde adentro una voz dulce, pero firme y sonora.

Montiño entró.

El lego se alejó despues de haber cerrado cuidadosamente la puerta.

Encontróse Montiño en una celda estensa, esterada, modestamente amueblada, y cuya suave temperatura estaba sostenida por el fuego moderado de una chimenea.

En las paredes habia numerosas imágenes de santos pintados al óleo, y guarnecidos por marcos negros.

En frente de la puerta de entrada, habia dos puertas como de balcones, y entre estas dos puertas la chimenea: á la derecha otra puerta cubierta por una cortina blanca lisa; á la izquierda, dos enormes estantes cargados de libros, entre los estantes un crucifijo de tamaño natural

pintado en un enorme lienzo y con marco tambien negro: á los piés del cristo un sillon de baqueta, sentado en el sillon un religioso, apoyados los brazos en una mesa de nogal cargada de papeles, entre los cuales, se veia un enorme tintero de piedra, y alumbrada por un velon de cobre de cuatro mecheros, dos de los cuales estaban encendidos.

El religioso era un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años, de semblante pálido, grandes ojos negros, nariz aguileña y afilada, y bigote y pera negrísimos.

Su espeso cerquillo, era castaño oscuro, y las demás partes de su cabello y de su barba estaban cuidadosamente afeitadas.

Su mirada se posaba serena y fija en Juan Montiño, y su mano derecha tenia suspendida una pluma sobre un papel, como quien interrumpe un trabajo importante á la llegada de un estraño.

La primera impresion que Juan Montiño sintió á la vista del religioso, fue la de un profundo respeto. Habia algo de grande en el reposo, en la palidez, en lo sereno y fijo de la mirada de aquel religioso.

Y al mismo tiempo el jóven se sintió arrastrado por una simpatía misteriosa hácia el fraile.

Adelantó sin encogimiento, saludó, y dijo con respeto:

—¿Es vuestra paternidad fray Luis de Aliaga, confesor del rey?

—Yo soy, caballero, dijo el fraile bajando levemente la cabeza.

—Traigo para vos una carta de su magestad.

—¿De qué magestad?

—De su magestad la reina.

Y entregó la carta al padre Aliaga.

—Sentaos, caballero, dijo el fraile.

Montiño se sentó.

Entre tanto el padre Aliaga abrió sin impaciencia la carta, y á despecho de Juan Montiño que habia esperado deducir algo del contenido de aquella carta, por la espresion del semblante del religioso, aquel semblante conservó durante la lectura, su aspecto inalterable, grave, reposado, dulce, indiferente.

Solo una vez durante la lectura levantó la vista de la carta, y la fijó un momento en el jóven.

Cuando hubo concluido de leer la carta, la dobló y la dejó sobre la mesa.

—Su magestad la reina nuestra señora, dijo el padre Aliaga reposadamente á Juan Montiño, al honrarme escribiéndome de su puño y letra,

me manda que interponga por vos mi influjo, y me dice que la habeis hecho un eminente servicio.

—He cumplido únicamente con mi deber.

—Deber es de todo buen vasallo, sacrificarlo todo, hasta la vida por sus reyes.

—Si señor, padre, replicó Montiño: todo menos el honor.

—Rey que pide á su vasallo el sacrificio de su honra ó de su conciencia, es tirano, y no debe servirse á la tiranía.

—Decis bien, padre.

—¿Sois nuevo en la córte?

—Si señor.

—¿Os llamais Juan Montiño?

—Si señor.

—¿Sois acaso pariente del cocinero mayor del rey?

—Soy su sobrino, hijo de su hermano.

—¿Qué servicio habeis prestado á su magestad? dijo de repente el padre Aliaga.

—Lo ignoro, padre.

—Pero...

—Si esa carta de su magestad no os informa, perdonad: pero guardaré silencio.

—¿Qué edad teneis?

—Veinte y cuatro años.

Quedóse un momento pensativo el padre Aliaga.

—Habeis matado ó herido á don Rodrigo Calderon.

—Han sido cuentas mias.

—Algo mas que asuntos vuestros han sido. Os pregunto á nombre de su magestad la reina. ¿Conoce vuestro tio el secreto?

—¿Qué secreto?

—El de vuestras estocadas con don Rodrigo.

—Mi tio está fuera de Madrid.

Guardó otra vez silencio el padre Aliaga.

—¿Cuando habeis llegado á Madrid?

—He venido á asuntos propios.

—¿Guardareis con todos la misma reserva que conmigo?

—¡Padre!

—Ved lo que haceis: la vanidad es tentadora: hoy podeis ser hidalgo, reservado; ser leal, de buena fé... mañana acaso...

—Ningun secreto tengo que reservar.

—Como ¿no es un secreto, el haber venido á mí en altas horas de la noche, á mí, confesor del rey, á quien todo el mundo conoce como enemigo de los que hoy á nombre del rey mandan y abusan, trayendo con vos una carta de la reina? ¿cómo ha venido esa carta á vuestras manos?

—Si lo sabeis ¿por qué me lo preguntais? si no lo sabeis ¿por qué pretendeis que yo haga traicion á la honrada memoria de mi padre, á mi propia honra? Me han enviado con esa carta: la he traido: no me han autorizado para que hable y callo.

—Seriais buen soldado... sobre todo para guardar una consigna: en esta carta me encargan que procure se os de un entretenimiento honroso para que podais sustentaros. ¿Qué quereis ser? sobre todo veamos: ¿en qué habeis invertido vuestros primeros años?

—En estudiar.

—¿Y qué habeis estudiado?

—Letras humanas, cronología, dialéctica, derecho civil y canónico, y sagrada teología.

—¡Ah! dijo fray Luis: ¿y cuál de las dos carreras quereis seguir; la civil ó la eclesiástica?

—Ninguna de las dos.

—¡Cómo! ¿entonces para que habeis estudiado?

—Por estudiar.

— Y bien ¿qué quereis ser?

—Soldado.

—¡Soldado!

—Si; si señor: soldado de la guardia española, junto á la persona del rey.

—He aquí, he aquí lo que son en general los españoles: quieren ser aquello para que no sirven.

—Perdonad, padre: al mismo tiempo que estudiaba letras aprendia estocadas.

—Es verdad: me habia olvidado: el que mata ó hiere á don Rodrigo Calderon... y bien: se hará lo posible porque seais muy pronto capitan de la guardia española, al servicio inmediato de su magestad.

—Es que no quiero tanto.

—Es que no puede darse menos á un hombre como vos: contaos casi seguramente por capitan, y para que pueda enviaros la real cédula dejadme noticia de vuestra posada.

—No se todavía cual esta sea.

—¡Ah! pues entonces, volved por acá dentro de tres días. Para que podais verme á cualquier hora, decid cuando vengais que os envia el rey.

—Muy bien padre. Contad con mi agradecimiento, dijo Montiño levantándose.

—Esperad, esperad; tengo que deciros aun: guardad un profundo secreto acerca de todo lo que habeis sabido y hecho esta noche.

—Ya me lo habia propuesto yo.

—No os oculteis por temor á los resultados de vuestra aventura con don Rodrigo.

—Aun no se lo que es miedo.

—Y preparaos á mayores aventuras.

—Venga lo que quisiere.

—Buenas noches, y... contadme por vuestro amigo..

—Gracias, padre, dijo Montiño tomando la mano que el padre Aliaga le tendia y besándosela.

—¡Qué Dios os bendiga! dijo el padre Aliaga.

Y aquellas fueron las únicas palabras en que Montiño notó algo de conmocion en el acento del fraile.

Saludó y se dirijió á la puerta.

—Esperad: vos sois nuevo en el convento y necesitais guia.

Y el padre Aliaga se levantó, abrió la puerta de la celda y llamó.

—¡Hermano Pedro!

Abrióse una puerta en el pasillo y salió un lego con una luz.

—Guie á la portería á este caballero, dijo el padre Aliaga al lego.

Juan Montiño saludó de nuevo al confesor del rey y se alejó.

El padre Aliaga cerró la puerta y adelantó en su celda, pensativo y murmurando:

—Me parece que en este jóven hemos encontrado un tesoro.

Pero en vez de volverse á su silla, se encaminó al balcon de la derecha y le abrió.

—Venid, venid amigo mio y calentaos, dijo; la noche está cruda, y habreis pasado un mal rato.

—¡Burrr! hizo tiritando, un hombre envuelto en una capa y calado un ancho sombrero, que habia salido del balcon: hace una noche de mil y mas diablos.

El padre Aliaga cerró el balcon, acercó un sillon á la chimenea y dijo á aquel hombre:

—Sentaos, sentaos, señor Alonso, y recobraos: afortunadamente el visitante no ha sido molesto ni hablador: estos balcones dan al norte y hubierais pasado un mal rato.

—Es que no le he pasado bueno. Pero estoy en brasas, fray Luis: si alguien viniera de improviso... teneis una celda tan reducida... os tratais con tanta humildad... pueden sorprendernos.

—El hermano Pedro está alerta: ya habeis visto que no ha podido veros el portero á pesar de que yo tengo siempre mi puerta franca.

—¿Y quién ha venido á visitaros, á estas horas? preguntó el señor Alonso.

—La providencia de Dios, en la forma de un jóven.

—¡Ah! ¡diablo! ¿nos ha sacado ese jóven ó nos saca de alguno de nuestros grandes atolladeros?

—Como que ha herido ó muerto á don Rodrigo Calderon....

—Mirad lo que decis, amigo mio: cuenta no soñeis.

—¿Qué es soñar? he aquí la prueba.

Y el padre Aliaga fué á la mesa en busca de la carta de la reina.

Entre tanto aprovechemos la ocasion, y describamos al nuevo personage que hemos presentado en escena, que se habia desenvuelto de la capa y despojado de su ancho sombrero.

Llamábase Alonso del Camino.

Era un hombre sobre poco mas ó menos de la misma edad que el padre Aliaga, pero tenia el semblante mas franco, menos impenetrable, mas rudo.

Habia en él algo de primitivo.

Era no menos que montero de Espinosa del rey.

A pesar de la ruda franqueza de su semblante, de formas pronunciadas, y de grandes ojos negros, se comprendia en aquellos ojos que era astuto, perspicaz y sobre todo arrojado y valiente, sin dejarse de notar por eso en ellos cierta chispa de prudencia: vestia una especie de coleto verde galoneado de oro: en vez de daga llevaba á la cintura un largo puñal, al costado una formidable espada de gavilanes, calzas de grana, zapatos de gamuza, y sobre todo esto, una especie de loba ó sobre-todo, ancho, con honores de capa.

En la situacion en que le presentamos á nuestros lectores mientras estendia hácia el fuego sus manos y sus piernas, miraba con una gran impaciencia al padre Aliaga que, siempre inalterable, desdoblaba la carta de la reina.

—Acercaos, acercaos y oid, porque esta carta debe leerse en voz muy baja no sea que las paredes tengan oidos.

Estiróse preliminarmente el señor Alonso del Camino, se levantó, se acercó á la mesa, se apoyó en ella y miró con el aspecto de la mayor atencion al confesor del rey que leyó lo siguiente.

«Nuestro muy respetable padre fray Luis de Aliaga: os enviamos con la presente á un hidalgo que se llama Juan Martinez Montiño. Este jóven nos ha prestado un eminente servicio, un servicio de aquellos que solo puede recompensar Dios, á ruego de quien le ha recibido.

—¿Pero qué servicio tal y tan grande es ese? dijo Alonso del Camino.

—Creo que jamás os corregireis de vuestra impaciencia. Escuchad.

Y fray Luis, siguió leyendo:

—«Ese mancebo nos ha entregado por mano de doña Clara Soldevilla, aquellos papeles, aquellos terribles papeles.

—¿Y qué papeles son esos?

—A mas de impaciente, curioso; son... unos papeles.

—¿Y no puedo yo saber...?

—No: oid y por Dios no me interrumpais.

—Oigo y prometo no interrumpiros.

—«A mas ha herido ó muerto para apoderarse de esos papeles á don Rodrigo Calderon.

—Pues cuento por mi amigo á ese hidalgo, por eso solo, esclamó olvidándose de su promesa Camino.

El padre Aliaga, como si se tratase de un pecador impenitente siguió leyendo sin hacer ninguna nueva observacion:

—«Pero ignoramos como ese hidalgo haya podido saber, que los tales papeles estaban en poder de don Rodrigo Calderon, como no sea por su tio el cocinero del rey. Os lo enviamos con dos objetos: primero para que con vuestra gran prudencia veais si podemos fiarnos de ese jóven, y despues para que os encargueis de su recompensa. A él por ciertos asuntos de amores, segun hemos podido traslucir, le conviene servir en palacio; nos conviene tambien, ya deba fiarse ó desconfiarse de él, tenerle á la vista. Haced como pudiereis, que se le de una provision de capitan de la guardia española al servicio del rey en palacio, y si no pudiereis procurársela sin dinero, compradla: buscaremos como pudieremos lo que costare. No somos mas largos porque el tiempo urge. Haced lo que os hemos encargado, y bendecidnos: la Reina»

—¿Cuánto costará una provision de capitan de la guardia españo-

la? dijo fray Luis quemando impasiblemente la carta de la reina á la luz del velon.

—Cabalmente está vacante la tercera compañía. Pero; ¡bah! ¡hay tantos pretendientes!

—¡Cuánto! ¡cuánto!

—Lo menos, lo menos, quinientos ducados.

Tomó el padre Aliaga un papel y escribió en él lo siguiente:

—«Señor Pedro Caballero: por la presente pagareis ochocientos ducados al señor Alonso del Camino, los que quedan á mi cargo.—Fray Luis de Aliaga.»

Y dió la libranza á Camino.

—He dicho quinientos ducados, y esto tirando por largo, y aqui dice ochocientos.

—¿Olvidais que el nuevo capitan necesitará caballo y armas y preseas? añadió el fraile.

—¡Ah! ¡en todo estais!

—¿Podemos tener la provision del rey dentro de tres dias?

—Sí, si por cierto, sobradamente: el duque de Lerma es un carro que en untándole plata vuela.

—No os olvideis de comprarla para poder venderla.

—¡Ah! ¿Y por qué?

—¿No conoceis que tratándose de estos negocios puede el duque conocer á ese jóven?

—Bien, muy bien se comprará la provision á nombre de cualquiera, como merced para que la venda, y este tal la venderá en el mismo dia á ese hidalgo. Creo que este sea un asunto concluido.

—Que sin embargo altera notablemente nuestros proyectos, los varia.

—No importa, no importa: no luchamos solo contra don Rodrigo Calderon.

—Os engañais; el alma de Lerma, es Calderon. Puesto Calderon fuera de combate cae Lerma.

—Pero quedan Olivares, Uceda, y todos los demás que se agitan en palacio, que se muerden por lo bajo, y que delante de todo el mundo se dan las manos. Creo que en vez de aflojar en nuestro trabajo, debemos por el contrário apretar, aprovechando la ocasion de encontrarse Lerma desprovisto de uno de sus mas fuertes auxiliares. Debemos insistir en apoderarnos de las pruebas de los tratos torcidos y traidores que Lerma sostiene en desdoro del rey y en daño del reino con la Liga. Debemos pro-

bar que las guerras de Italia y de Flandes se miran no solo con descuido sino con traicion...

—Esperad... esperad un poco... ese es un medio estremo: el rey es muy débil...

—Demasiado, por desgracia.

—El rey nuestro señor que no vé mas allá de las paredes de palacio...

—¡Pero si en palacio tiene los escándalos! ¿no le tiene Lerma hecho su esclavo, cercado por los suyos? ¿puede moverse su magestad, sin que el duque sepa cuantas baldosas de su cámara ha pisado? ¿No le separa de la reina? ¿No aleja de la córte á las personas que pueden hacerle sombra? ¿Vos mismo no estais amenazado?

—Creedme, el duque de Lerma no es tan terrible como parece: el duque de Lerma nada puede hacer por sí solo: no tiene de grande mas que lo soberbio...

—Y lo ladron...

—Su soberbia, que le impele á competir con el rey, le hace arrostrar gastos exorbitantes; en nada repara con tal de sostener su ostentacion y el favor del rey que es una parte acaso la mayor de su ostentacion. Pero en medio de todo el duque de Lerma es débil: se asusta de una sombra, de todo tiene miedo, procura rodear al rey de criados suyos, ó de personas que le inspiran poco temor. Un dia estaba yo en mi oscuro convento. Oraba por el alma del difunto rey don Felipe: se abrió la puerta de mi celda, y entró el superior: traia un papel en la mano y en su rostro habia no se qué particular, una alegria marcada. Venia á darme una noticia que á otro hubiera llenado de alegría y que á mí me aterró.

—¿Y que noticia era esa?

—Apenas subido al trono el rey nuestro señor, me habia nombrado su confesor; el papel que traia el superior en la mano era una carta en que el mismo duque de Lerma me daba la noticia. Yo resistí...

—¡Qué resististeis! ¡bah! de un confesor del rey sale un obispo y de un obispo un arzobispo, y de un arzobispo un papa.

—Yo no soy ambicioso: un dia una familia honrada me encontró llorando sobre el cadáver de mi madre: mi padre habia muerto poco antes: tuvieron piedad del pobre huerfano, y me llevaron á su casa. Yo he crecido en el dolor, y el dolor continuo, lento, que no proviene de los hombres, sino de la voluntad de Dios, labra la humildad y la fortaleza del alma que siente, que ha nacido para sentir. Mis bienhechores eran pobres: me miraban como hijo suyo... partian su pan conmigo... Yo oraba á

Dios por el descanso de mis padres muertos, y por la paz, por la felicidad de mis padres de adopcion: murieron tambien el uno tras el otro: mis hermanas adoptivas se habian casado; mis hermanos habian ido por el mundo á buscar fortuna: quedé otra vez solo: pero con el corazon completamente lleno por el dolor: por el dolor completo que ningun lugar ha dejado por herir, desde el amor propio hasta el amor de la familia, hasta ese otro amor que emana de la mujer.

—¡Ah! ¡habeis amado fray Luis!

—¿Y que hombre no ha amado? esclamó profundamente el confesor del rey. Y yo he amado como han amado muy pocos hombres, como mas daño hace el amor: callándole, dominándole, encerrándole dentro del alma, sin esperanzas, sin deseos, con una ansiedad desconocida, infinita, insufrible, con el vacío del alma que necesita llenarse y no puede ser llenado.

—¿Tan alta era la mujer de quién os enamorasteis?

—Ni me enamoré, ni era alta la mujer á quien mi pensamiento consagró mi amor. Era tan pobre y tan humilde como yo... ¡Margarita!

Fray Luis inclinó la cabeza sobre una de sus manos, y repitió en voz opaca y concentrada:

—¡Margarita!

Entre la entonacion conque habia pronunciado el padre Aliaga la primera vez aquel nombre de mujer, y la entonacion conque le habia pronunciado la segunda, habia la misma diferencia que puede existir entre un recuerdo dulce y tranquilo y una aspiracion desesperada.

Cuando el confesor del rey levantó la cabeza de su mano, Alonso del Camino que le contemplaba con una atencion y una curiosidad intensas, vió relucir por un momento un fuego sombrío en el fondo de los ojos del fraile.

Pero aquello pasó; dilataronse los músculos del semblante del fraile un momento contraidos, se dulcificó la espresion de su boca, que durante un momento habia reflejado una amargura infinita y su mirada se heló: dejó de ser la mirada mundana de un hombre combatido por fuertes pasiones, para convertirse en la mirada reposada, tranquila, de un religioso ascético.

—Margarita, continuó con la entonacion propia de un relato sencillo, era una de mis hermanas adoptivas: cuando yo entré en su casa para partir con ella el pan de su familia, para vivir como un nuevo hijo bajo el lecho comun, Margarita tenia cuatro años: era rubia, blanca, pálida con los ojos azules, y la sonrisa benévola, sonrisa en que se exalaba un alma

de ángel. Margarita creció, creció en hermosura y en pureza, creció á mi lado: yo la enseñé á leer, yo la espliqué los misterios de la religion, que el párroco nos esplicaba en la iglesia... Margarita creció en años y en hermosura, y se hizo mujer. Yo seguia tratándola como hermana, la amaba con toda mi alma, pero creyendo amarla con un amor de hermano. Un dia conocí que la amaba de otro modo, y la revelacion de mi amor fue para mí una prueba dolorosa, infinita, cruel. Un dia llegó á la casa un soldado con una cédula de aposento: fue aposentado, y vivió con nosotros algunos dias: Margarita cambió: se puso triste, esquivaba mi compañía, y no solo mi compañía sino la de todo el mundo... Yo no sabia á que atribuir aquella tristeza: la preguntaba y me respondia sonriendo:

—No estoy triste.

Su sonrisa desmentia sus palabras.

Una noche, estaba yo desvelado pensando en la tristeza de Margarita, pensando como haria para volverla á su tranquilo estado anterior. Nuestros hermanos dormian. De improviso y en medio del silencio de la noche oí unas leves pisadas... las reconocí: eran las de Margarita que pasó por delante de la puerta de nuestro aposento: yo me levanté y la seguí descalzo. Margarita marchaba delante de mí como un fantasma blanco. No se porque no la llamé. Habia dentro de mí un poder desconocido que me impedia hablar. Margarita bajó al corral, le atravesó... Llegó al postigo, sonó una llave en una cerradura. Entonces grité:

—¡Margarita! ¿á dónde vas?

Pero la puerta se habia abierto, un hombre habia aparecido en ella, y habia asido á Margarita, sacándola fuera.

Oí entonces un ruido que hizo arder mi sangre, que anegó mi alma en un mar de amargura.

El ruido de un beso, de un doble beso, y luego el llanto de Margarita, triste, apenado, como el de quien se separa de seres á quienes ama.

Yo me precipité al postigo. No se á qué. Pero un sueño de sangre habia cruzado por mi pensamiento.

Yo veia á un hombre que se llevaba á Margarita, y necesitaba matar á aquel hombre.

Era muy jóven y la amaba; la amaba como... como á ella sola, porque... no he vuelto á amar.

Cuando llegué al postigo, aquel hombre á quien reconocí á la luz de la luna y que era el mismo soldado que durante algunos dias habia

estado de aposento en nuestra casa, habia puesto á Margarita sobre el arzon de su caballo, habia montado y habia partido.

Y entre el sordo galope del caballo, oí la voz de dolor de Margarita, que me gritaba:

—¡Adios! ¡Luis! ¡adios! ¡hermano mio! ¡ruega á mi padre que no me maldiga! ¡pide á mi madre que me de su bendicion...!

Y Margarita seguia hablándome, pero el caballo se habia alejado, y el sonido seco, retumbante de su carrera envolvia las palabras de Margarita.

Al fin el ruido del galope se perdió á lo lejos, y solo quedaron la noche el silencio y mi desesperacion.

No sé cuanto tiempo estuve en el postigo inmóvil, con el rostro vuelto á la parte por donde habia desaparecido Margarita, con el llanto agolpado á los ojos y sin derramar una sola lágrima.

Al fin volví en mí: medité... y cerré el postigo con la misma llave conque le habia abierto Margarita, que habia quedado puesta en la cerdura: atravesé lentamente el huerto, entré en la casa y puse la llave del postigo en la espetera de la cocina de donde sin duda la habia tomado Margarita.

Y todo esto lo hice, estremecido, procurando como un ladron que no me sintiesen.

Y volví en silencio al aposento en que estaba mi lecho junto al de mis hermanos, y me recogí silenciosamente.

Todos dormian.

Ninguno me habia sentido entrar, como ninguno habia sentido salir á Margarita.

Sufrí... ¡oh! Dios lo sabe, porque yo ya lo he olvidado: solo recuerdo que sufrí mucho: pero tuve valor para ahogar dentro de mi mismo mi sufrimiento, le ahogué para que nadie me preguntase, para que nadie supiese por una debilidad mia el secreto de Margarita que solo sabiamos la noche y yo... y Dios que lo ve todo.

Al dia siguiente...

Figuraos, señor Alonso, una madre que busca á su hija y no la encuentra: un padre que no se atreve á pensar en su hija para maldecirla, ni puede pensar en su desaparicion sin suponerlo todo... suponedme á mí ocultando, disimulando mi dolor, hasta que el dolor de los demás protegió al mio... yo callé... callé... porque su padre no la maldijese, y su padre no la maldijo.

Poco tiempo despues, su padre murió... luego su madre despues de cuatro años de viudez: sus hermanas se habian casado, sus hermanos se habian alejado del pueblo... me habian propuesto que los siguiese... pero yo tenia otros proyectos.

—¡Buscar á Margarita! dijo Alonso del Camino.

—No: dijo con acento severo el padre Aliaga: buscar á Dios.

—¿Os hicisteis entonces fraile?

—Sí. Os he referido esa sencilla historia, para que sepais cuales fueron los motivos que determinaron mi vocacion, y cuales las desgracias que labraron en mi esta fuerza para los sufrimientos, este desden conque miro las grandezas humanas. Huérfano desde mis primeros años, malogrado mi primer amor, sin que nadie le hubiera comprendido, ni aun yo mismo hasta que le ví malogrado, pasando seis años de rudas fatigas para obtener mi alimento; combatiendo durante estos seis años de la ausencia de Margarita mis celos... sí, mis celos... mi amor sin esperanza.. mi ansiedad por la ignorada suerte de Margarita... fui un fruto lentamente madurado para la vida triste y silenciosa del claustro: en el fondo de mi corazon vacío solo habia quedado el nombre de Dios... y tendí mis brazos á Dios... le ofrecí mi vida...

—¿Y no volvisteis á ver á Margarita...?

—¡Oh! ¡basta! ¡basta..! os he referido lo antecedente para que comprendais, que mi nombramiento de confesor del rey me causó pena: yo estaba acostumbrado á una vida oscura y silenciosa en el fondo de mi celda; á la contemplacion de las cosas divinas, que levantaba mi espíritu de las miserias humanas dándoles la paz de los cielos; yo no podia ver sin dolor, que se pretendia arrojarme á un mundo nuevo para mí, y mas peligroso cuanto mas grande, cuanto mas elevado era ese mundo: yo no podia pensar sin estremecerme, en que se me queria confiar la conciencia de un rey, hacerme partícipe de su inmensa responsabilidad ante Dios... y me negué.

—¡Os negásteis!

—Sí por cierto: pero de nada me sirvió mi negativa. Una nueva órden del rey me mandó presentarme en la córte, y me fue preciso obedecer.

—Pero no comprendo como, aislado, oscurecido...

—Cabalmente se queria un fraile oscuro, de pocos alcances, devoto, que estuviese en armonía con la pequeñez, con la devocion exagerada del rey. Don Baltasar de Zúñiga me habia conocido por casualidad, habia

hablado de mí á su sobrino el conde de Olivares y este al duque de Lerma. Creyóse que en toda la cristiandad no habia un fraile mas á propósito que yo para dirigir la conciencia del rey, y se me trajo, como quien dice, preso á la córte.

Cuando llegué me espanté.

Ví, á la primera ojeada, que se me habia traido para ser cómplice de un crimen.

Del crimen de la suplantacion de un rey.

Engañado por mi aspecto el duque de Lerma, creyó habérselas con un frailuco, que por casualidad pertenecia á la órden de Predicadores... creyó que yo seria en sus manos un instrumento ciego... hoy acaso le pesa... hoy tal vez piensa en desasirse de mí á cualquier precio... pero esto importa poco... ellos no habian comprendido, cuanta firmeza ha dado el sufrimiento á mi alma: ellos no creian que habia en mí tal fuerza de voluntad; al conocerme... porque la debilidad del rey me ha descubierto ante ellos... han probado todos los medios: la ambicion... los honores... me han encontrado humilde siempre: han venido á mí con una mitra en la mano y yo la he rechazado; me han enviado á mi celda ricos dones, y los dones se han ido por donde habian venido: han tentado con todas las tentaciones al frailuco, y el frailuco las ha resistido como San Antonio resistió las del diablo en el yermo. ¿Y sabeis porqué cansado de esta lucha sorda no he ido á buscar la oscuridad de mi antigua celda? Porque he contraido el deber de guardar, de proteger una vida preciosa. La vida de la reina.

—¡La vida de la reina!

—Pero don Rodrigo Calderon, está herido ó muerto... si herido, ganaremos tiempo... si muerto, nos hemos salvado.

—Pero creeis...

—Don Rodrigo es capaz de todo...

—¡Regicida..!

—¿Pues no dicen que ha dado hechizos al rey? replicó el confesor del rey.

—Os he oido decir mil veces que eso de los hechizos es una superstícion.

—Lo he dicho y lo repito: pero no he dicho nunca que don Rodrigo Calderon, á pesar de su buen, su demasiado ingenio, no sea supersticioso. Quien se ha atrevido á dar al rey cosas que han alterado su salud, será capaz de envenenar á la reina.

—¡Pero si don Rodrigo Calderon, no pasa de ser el humilde secretario del duque de Lerma...!

—Don Rodrigo lo es todo. Solo tiene un rival... rival que con el tiempo le matará, si don Rodrigo no le mata antes á él.

—¿Y quién es ese rival?

—Don Gaspar de Guzman conde de Olivares, caballerizo mayor del rey, y sobrino de don Baltasar de Zúñiga, ayo del príncipe don Felipe.

—¡Bah! ¡bah! creo que daremos con todos al traste: con los medios que tenemos....

—Podremos si nos anticipamos dar un golpe, pero aunque lo demos siempre quedará un mal en pié.

—¿Y qué mal es ese?

—El rey.

—¡Ah!

—Sí, su debilidad: la facilidad conque se plega al dictámen del más audaz que tiene al lado: á falta de Lerma, y de Calderon, y de Olivares, vendrán otros, y otros, y otros.

—Que no serán tan malos como ellos.

—¿Quién sabe? pero vengamos á lo que conviene. Suspendamos por ahora nuestros trabajos...

—¡Ahora que nos dan un respiro, Dios ó el diablo!

—No seais impío señor Alonso; no sucede nada que no proceda de Dios. Por ahora, dejémoslos á ellos solos. Lerma sin don Rodrigo Calderon es hombre al agua. Uceda y Olivares le atacarán. Lerma entregado á sí mismo, cometerá de seguro algun grave desacierto: dejadlos, dejadlos hacer. Informaos de lo que hay de seguro acerca de don Rodrigo Calderon. No os olvideis de comprar la compañía para ese mancebo, y con lo que hubiere venid á verme mañana. Conque, que Dios os de muy buenas noches.

Y el padre Aliaga se levantó y abrió un balcon.

Aquella era la puerta por donde debia salir Alonso del Camino, y por la que salió descolgándose por el balcon á la huerta del convento.

Apenas habia cerrado el balcon el padre Aliaga, cuando se abrió la puerta de la celda, y asomó la cabeza el hermano Pedro.

—Un gentil-hombre que viene de palacio, dijo, quiere hablar con vuestra paternidad.

—¡Un gentil-hombre del rey! dijo el padre Aliaga con sorpresa: que entre, que entre al momento.

Poco despues un jóven gentil-hombre saludaba al padre Aliaga y le decia entregándole un grueso pliego :

—Del rey.

—¿Y esto es urgente? dijo el padre Aliaga.

—Urgentísimo.

—¿Y os han encargado algo además?

—Si por cierto: que vuesamerced se venga conmigo á palacio, para lo cual he traido conmigo una litera y algunos tudescos, añadió el gentil-hombre.

—¡Cómo! ¡que vaya yo ahora mismo á palacio! ¿pues qué está enfermo su magestad?

—No señor.

—¡Ah! ¿y quién os envia?

—El mayordomo mayor: pero ese pliego dirá á vuestra paternidad, sin duda, lo que yo no le puedo decir.

—Veamos.

El confesor del rey rompió el sobre : dentro venia una carta del duque de Lerma para el padre Aliaga sumamente afectuosa.

«Mi buen amigo, le decia, vuestras virtudes merecen que se os honre mas que con el empleo de confesor del rey : por lo mismo he aconsejado á su magestad que os nombre inquisidor general. Temo que vuestra humildad se resista á aceptar esta alta dignidad; pero cuando mediteis que asi conviene al servicio de Dios y del rey, estoy seguro que consentireis : para asegurarme de ello, y porque urge, seguid al portador á palacio donde os espera. Vuestro amigo : —El duque de Lerma.»

—¡Inquisidor general! murmuró el padre Aliaga, pues bien, acepto: no supieron lo que hacian cuando me nombraron confesor del rey, y no saben ahora lo que hacen nombrándome inquisidor general. ¡Oh! ¡Margarita! ¡Margarita!

Coloraronse febrilmente las megillas del fraile, que tomó su manto, se caló la capucha, y salió de la celda, siguiendo al gentil-hombre.

—Esperad, esperad un momento, dijo pasando junto á una puerta de un corredor.

El gentil-hombre esperó.

El padre Aliaga entró en aquella celda.

En ella velaba un religioso.

—Amigo Benitez, le dijo el padre Aliaga: salgo del convento de orden del rey, y acaso no vuelva tan pronto.

—¿Cómo? ¿os prenden? dijo el padre Benitez, que era un religioso anciano.

—No, no por cierto; pero me hacen inquisidor general.

—¡Inquisidor general! no sé si debo alegrarme ó entristecerme.

—Allá veremos. Entre tanto, y mientras yo estoy fuera del convento, quedaos á la mira.

—Descuidad.

—En vos confio.

—Id, id con Dios, y nada temais.

Salió de nuevo el padre Aliaga, atravesó el claustro seguido del gentil-hombre, salió del convento, entró en una litera, y aquella litera, rodeada de soldados tomó el camino de palacio.

CAPITULO XVI.

En que empieza el segundo acto de nuestro drama.

Francisco Martinez Montiño, esto es, *el cocinero de su magestad*, nuestro protagonista, en una palabra, habia vuelto de Navalcarnero al anochecer del dia siguiente á la noche en que habia ido á recibir un secreto de la boca de su hermano moribundo.

Montiño se habia traido consigo un cofre fuertemente cerrado y sellado, sobre cuya cerradura habia un papel.

El receloso cocinero habia tenido buen cuidado de envolver aquel cofre en un lienzo para que nadie pudiese reparar en sus señas particulares; le habia hecho subir á su alto aposento del alcázar, y sin decir á su mujer y á su hija mas palabras que las necesarias para darlas los buenos dias, se habia encerrado con el cofre en el aposento cerrado y polvoroso que ya conocemos, y en el cual tenia secuestrada, apartada de la vista de todo estraño al arca de sus talegos.

Una vez alli Montiño, despues de haber descubierto con respeto el cofre que habia traido de Navalcarnero, le estuvo contemplando en estásis.

No cesaba de leer y releer lo siguiente, que aparecia escrito en el papel que estaba pegado y sellado sobre la cerradura del cofre:

«Yo Gabriel Perez, escribano público de la villa de Navalcarnero, doy fe y testimonio de como el señor Gerónimo Martinez Montiño, reci-

bió cerrado y sellado como se encuentra, este cofre.» Seguia la fecha y el signo.

—¿Y qué habrá aquí? ¿qué habrá aquí? decia el cocinero levantando con trabajo el pesado cofre. ¿Dinero? no, no, mas bien alhajas. El señor duque de Osuna es muy rico, muy poderoso, y tratándose de un hijo suyo... ¿quién habia de pensar que aquel muchacho que se me presentaba bajo un trage tan humilde, con el humilde nombre de sobrino mio, habia de ser no menos que un Giron, aunque bastardo..? y pensar que yo por ignorancia he estado á punto de malquistarme con él..?

Y Montiño seguia abismándose en su pensamiento, y contemplando el cofre, y probando su peso, y queriendo deducir por él el valor de su contenido.

El cocinero mayor, sufria el tormento de los avaros.

Pero era necesario salir de su reservado aposento.

Puso cuidadosamente el cofre en un rincon, le cubrió con un tapiz viejo, y no contento aun, con una estera, y se dió al fin completamente á luz á su mujer y á su hija.

Despues se presentó como de costumbre en la cocina, y dió sus órdenes para la vianda del dia.

Despues, y libre ya por algunas horas, tomó su capa y su espada y se fué á Santo Domingo el Real, y oyó misa, ó procuró oirla, porque el cocinero mayor no tenia pensamiento mas que para el cofre y para el sobrino postizo.

Apenas hubo concluido la misa, cuando tomó á buen paso el camino de la calle de Amaniel.

En aquella calle en una casa chata y vieja, vivia la señora María Suarez, honrada esposa del escudero Melchor Argote, y honrada amiga del prendero Gabriel Cornejo.

Cuando Montiño llegó, encontró á la señora María fregoteando como la mujer mas hacendosa del mundo en la cocina.

—Buenos dias, buenos dias, señora, dijo el cocinero: ¿y cómo vá por acá?

—¡Ah! ¿sois vos señor Francisco? dijo la vieja...

Pero describámosla.

Era una mujer como de sesenta años, ó por mejor decir, una pelota con piés, cabeza y brazos: morena encendida y basta, con la nariz gruesa, los labios gruesos, los ojos pequeños y colorados, el izquierdo vizco, y los escasos cabellos, rubios entrecanos. Vestia un hábito de gerga cor-

to, sobre los hombros un pañuelo de lana azul, y por bajo del vestido que tenia levantado como acostumbran las mujeres durante ciertas haciendas caseras, se veian dos piernas rechonchas con medias azules, y dos piés redondos y abotargados, metidos dentro de dos zapatos gruesos y de un color indefinible.

El ojo vizco de esta mujer, era su único, pero completo rasgo flomómico-característico; era un verdadero ojo de demonio que lucia como un ascua medio apagada, y que en contínua movilidad dejaba ver sucesivamente todas las espresiones de los siete pecados capitales.

Esto en ciertas situaciones especiales, que cuando aquel ojo dormia cubierto por una espresion hipócrita, la señora María tenia el aspecto de la mujer mejor del mundo.

Pero cuando asomó á la puerta de la cocina el cocinero del rey, en cuanto la señora María le vió, el ojo se puso en movimiento y espresó la cólera mas concentrada y mas vengativa que darse puede.

—¡Buena la habeis hecho! dijo la señora María bajándose de una silla, á la que se habia encaramado para fregar una vidriera, y viniendo hácia el cocinero mayor con un estropajo en la mano: ¡buena la habeis hecho, señor Francisco!

—¿Pero qué he hecho yo, esclamó asustado el cocinero? porque le constaba, que la señora Mariá no hablaba nunca en balde.

—¿Que qué habeis hecho? ¡nada! ¡absolutamente nada..! ¡pero ello dirá!

—Sepamos.

—¿Teneis un sobrino?

—Si señora, tengo un sobrino.

—¿Y os habeis valido de este sobrino..?

—¿Para qué?... vamos á ver... ¿para qué me he valido yo de ese sobrino?...

—¡Pues! para malherir á don Rodrigo Calderon.

—¡Ah! ¡diablo!

—Y ¡ya se ve..! os habeis apropiado los tres mil ducados de la reina.

—Yo...

—Si señor... y sino, ¿por qué ha dado de estocadas vuestro sobrino á don Rodrigo Calderon?

—Han sido asuntos suyos...

—Pues mirad, tiene muy malos asuntos vuestro sobrino.

—¡Bah! ¡no tan malos como creeis! Pero en fin, ya que habeis

hablado de mi sobrino, por él venia, porque supongo que habrá pasado aquí la noche.

—Aquí la ha pasado, quiero decir aquí ha pasado la madrugada, porque el galopin Aldaba le trajo á las tres.

—¡Ah! ¿con qué ha salido á las tres de palacio mi sobrino?

—¡De palacio!

—¿He dicho en palacio..? sí... eso es... habrá estado en mi casa..? si, cierto...

—En vuestra casa mientras vos habeis estado fuera, no ha estado nadie mas que la justicia...

—Sí, sí; ya me ha dicho mi mujer...

—¿Y no os ha dicho vuestra mujer que haya estado nadie mas?

—No por cierto.

—Señor Francisco, los hombres viejos no debian casarse... sobre todo con mujeres jóvenes y bonitas.

—Señora María, esclamó todo bilis y enojo Montiño: sois una bribona...

—Bien, muy bien: ahora los insultos.

—¿Queréis vengaros de mí porque os he echado á perder un buen negocio..?

—Yo no me vengo, no os he dicho nada que merezca la pena de que me trateis así.

—Habeis querido hacerme sospechar de mi esposa.

—¡Jesus María! ¡vea vuesamerced lo que es ser los hombres maliciosos!

—No es necesario ser malicioso.

—¿Pues yo que os he dicho?

—Pues eso es lo malo, que no habeis dicho nada.

—He dicho que los hombres viejos no debian casarse teniendo hijas jóvenes y bonitas.

—Habeis dicho mujer.

—He dicho hija.

—¿Y bien qué teneis vos que decir de mi hija...?

—¡Hum! ¡nada! ¡pero haberse estado vuestro sobrino hasta las tres en vuestra casa, y no haber parecido cuando le buscaba la justicia!

—Mi hija no conoce á su primo.

—Pero como el tal primo es tan hermoso y tan atrevido... replicó la señora María.

—Dejemos esta conversacion señora María, que estais equivocada de medio á medio: mi sobrino no ha estado en mi casa...

—Pues sí ha estado en palacio y no en vuestra casa...

—Ha estado en la casa del rey, dijo una voz á la puerta.

Volvióse todo hosco é incómodo el cocinero y vió al bufon del rey.

El tio Manolillo entró con las manos puestas en las caderas, miró frente á frente al cocinero de su magestad, se le rió en las barbas y se sentó en un taburete de pino.

—Y bien ¿por qué os reis? dijo Montiño amostazado porque hacia mucho tiempo que le causaban ojeriza las bromas del bufon.

—Ríome porque siempre que os veo me da gozo, señor Francisco, dijo el tio Manolillo.

—Es que os estais gozando conmigo hace muchos dias.

—¿Que quereis? cuando yo veo la felicidad en los demás me perezco de alegría.

—¿Y qué felicidad veis en mí, amigo bufon!

—¡Bah! ¡vuestra mujer...!

—¡Mi mujer! esclamó sintiendo un sacudimiento nervioso el cocinero.

—Ciertamente vuestra mujer... os ama mucho... mucho... muchísimo... os ayuda en todo lo que puede.

—¿Sabeis que ya me incomoda el que me hableis tanto de mi mujer?

—Como que estoy enamorado de ella...

—Vos no amais mas que á esa comedianta que os tiene vuelto el juicio...

—Puede ser, porque tratándose del juicio de los hombres, no conozco cosa que tanto se lo vuelva como las mujeres. Pero dejándonos de bromas y ya que hablabamos de vuestro sobrino; ¿cómo ha pasado la noche, ese valiente jóven, señora María?

—¡Qué! ¿conoceis á mi sobrino, tio Manolillo?

—¡Bah si le conozco! ¿pero no habeis oido, señora María, ó es que tanto os interesa tener limpias las sartenes, ya que no podeis tener limpia la conciencia?

—¿No sé para que los reyes han de tener gordos y ensoberbecidos á estos avechuchos? dijo la vieja.

—Pero el sobrino del señor Francisco... os he preguntado por él tres veces y nada me habeis respondido... y se que ha pasado aquí la noche...

—La madrugada, direis.

—En buena hora... ¿y duerme todavía?

—El que se acuesta tarde no se levanta temprano:

—¿Y decis que conoceis á mi sobrino? dijo el cocinero,

—Ya se ve que le conozco.

—¿Dónde le habeis visto?

—Anoche en palacio.

—¿Pero en dónde?

—Donde no entran todos.

—¿Estais seguro de lo que decis?

—Vaya si lo estoy.

—¿Y habeis hablado con él?

—No: pero no importa; se que anda enamorado y en aventuras.

—¿Y le corresponden?

—Tal creo.

—Tenemos que hablar á solas... no os ofendais, señora María.

—La señora María no se ofende de otra cosa que de no ganar dineros.

—Yo no puedo ofenderme de lo que me da risa.

—¿Y qué os da risa en esto?

—El secreto que gastais... como si no supiéramos que en palacio es muy fácil tener amores altos.

—Como es muy difícil que vos dejeis de ser una deslenguada.

—Os advierto, hermano bufon, que si mi esposo os oye, que pudiera ser, os cortará una oreja.

—¡Bah! ¡el escuderote! pero dejando esto... ¿dónde tiene su aposento el señor Juan Montiño?

—Ved que sale en persona, dijo la vieja señalando una puerta que se abria y tras la cual apareció el jóven.

—¡Ah! ¡mi buen sobrino! esclamó Montiño corriendo hácia él.

—¿Cuánto pensará ganar con su sobrino el cocinero del rey, cuando tan bien le trata? dijo para sí el bufon.

—¿Y mi tio Pedro? dijo el jóven con solicitud.

—¡Tu tio...! ¡tu pobre tio ha muerto! contestó apagando su sonrisa y con acento triste Francisco Montiño.

El jóven se puso pálido, sus ojos se llenaron de lágrimas, y esclamó bajando tristemente la cabeza:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Y luego añadió dominándose :

—¿Y nada os ha dicho para mí?

—Nada; cuando llegué ya habia perdido el habla.

—¡Ah! ¡mi buen tio! la carta que me dió para vos era un pretesto para alejarme de sí : para que no le viese morir.

—No te has engañado sobrino : no te has engañado... ¿y qué he hecho yo de esa carta? creo que la llevé al pueblo, y que la he dejado olvidada allí. ¿Pero como has pasado la noche?

—Muy bien tio, muy bien.

—Pues me alegro, me alegro mucho, dijo el tio Manolillo, porque creo que teneis demasiado que hacer para no necesitar estar descansado.

—No os conozco amigo, dijo Montiño.

—Nada tiene de estraño. Yo soy el bufon del rey; pero sino me conoceis á mí, conoceis mucho á un grande amigo mio.

—¿Qué amigo?

—Don Francisco de Quevedo.

—¡Cómo! ¡don Francisco de Quevedo! dijo el cocinero mayor ¿y está don Francisoo en la córte?

—Y algo mas que en la córte, dijo el tio Manolillo.

—¡Ah! ¡ah! ¿y conoces tú á don Francisco de Quevedo sobrino? añadió el cocinero.

—Estuvo hace dos años en el lugar, iba huido...

—¡Ah! dijo Francisco Montiño recordando el pasaje de la carta de su difunto hermano en que se referia al conocimiento de Juan con Quevedo. ¡Ah! ¡sí! ¡es verdad!

—¿Y qué es verdad! dijo Juan.

—Que ha de ser verdad, sino que hace dos años anduvo huido por unas estocadas don Francisco.

—Pues amigo mio, dijo el bufon, don Francisco os espera.

—¿Qué me espera? ¿y dónde? habiamos quedado en vernos en San Felipe.

—Pero urge, urge. Así pues os vendreis conmigo.

—¡Sin almorzar! dijo el cocinero. ¡Yo que venia con él para que almorzase!

—Donde yo le llevo almorzará mejor.

—¿Mejor que en mi casa?

—Si señor; vuestro sobrino, señor Francisco, almorzará hoy mejor que el rey.

—¡Algunas empanadas de hostería de esas que no se digieren! esclamó Montiño con desprecio y picado en su calidad de cocinero.

—Yo daré de almorzar á vuestro sobrino pechugas de ángeles.

—¡Ah! ¡ah!... ¡vos teneis á vuestra disposicion pechugas de ángeles..! pero es el caso que yo necesito á mi sobrino, aunque solo puedo darle pechugas de ánade.

—No son malas, señor Francisco, no son malas; guardadme una para mas tarde; pero yo ahora me llevo conmigo al señor Juan Montiño. Como que le espera nada menos que don Francisco de Quevedo y para asuntos muy importantes.

—¡Oh! pues si don Francisco de Quevedo me espera, tio, necesario será que vaya.

—Iremos todos, dijo el cocinero.

—No puede ser, replicó el bufon: quedaos en buen hora siguiendo vuestra disputa con la señora María. En cuanto á mí, á vuestro sobrino me llevo.

—¿Y dónde para don Francisco?

—En una casa, y en una cama.

—Pues quedo enterado, dijo el señor Francisco.

—¡Cómo! ¿ha pasado algun mal accidente á don Francisco? dijo con cuidado Montiño.

—Cosa mala nunca muere, dijo desapaciblemente la vieja.

—Por eso no habeis muerto vos, aunque sois vieja del alma y del cuerpo, dijo el tio Manolillo; pero vamos señor Juan, y que no se diga que cuesta mas trabajo sacaros de aquí que si se tratase de sacar á una monja de un convento.

—No, no ciertamente, dijo el jóven; perdonad tio, pero cuando don Francisco me llama con tanta urgencia asunto debe de ser importante, en cuanto concluya iré á buscaros á palacio.

—Ve sobrino ve, dijo el cocinero: ya sabes que yo no me meto en tus asuntos; pero mira donde pones los piés, hijo mio, porque la córte se ha puesto para tí un poco resbaladiza.

—¿Nos veremos en la calle? dijo el bufon. Venid que el tiempo urge, y vos compadre, dejadnos por Jesús Nazareno, y vamos y no se hable mas, que en decir y replicar llevamos una hora. Conqué hasta despues; muchas espresiones al señor Cornejo, señora María, y al señor escudero que se compre un peine fuerte: hasta mas ver... ¡gracias á Dios que estamos en la calle!

Y el tio Manolillo, sin detenerse á escuchar la agria réplica de la señora María, sacó á remolque á Juan.

—¿Con qué tan hombre sois? le dijo el bufon.

—Segun, dijo Juan: no se por qué me haceis esa pregunta.

—¡Afortunado y reservadillo! hareis fortuna en la córte, jóven.

—Me alegraré.

—¡Ah! ¡ah! conozco á muy pocos que hayan entrado en palacio, con tan buen pié.

Miró profundamente Montiño al tio Manolillo.

—Vuestro amigo don Francisco, dijo el bufon contestando á aquella mirada, me llama el mochuelo del alcázar.

—Os juro que no os entiendo.

—¡Bah! ¿y cómo os va de vuestos amores?

—¿De mis amores...?

—¡Qué! ¿no estais enamorado...?

—¡Yo!

—Mirad que doña Clara Soldevilla, es demasiado persona para que se la engañe.

—¡Doña Clara! ¡oh! ¡doña Clara! ¿la conoceis?

—¡Vaya! ¿pues medrados estariamos, si el tio Manolillo, el loco del rey, no conociese hasta á las arañas del alcázar? Conozco á mi señora doña Clara, desde que era asi tamañita.

—¿Y qué se dice de esa dama en el alcázar?

—¿Qué se ha de decir? la llaman la menina de nieve.

—¿Por lo blanca?

—Bien pudieran; pero es por lo fria.

—¡Fria, y tiene dos ojos que abrasan!

—Pues ahí vereis. Nadie ha podido hacer que esos ojos le miren enamorados. ¡Cómo no seais vos...!

—¡Yo!

—¿Y qué tendria eso de estraño?

—Os aseguro que...

—Lo creo: doña Clara es dura como una roca.

—Pero yo no pienso...

—¡Vos...! ¡bah! vos sois capaz de saltar por esa dama, por cima de la torre de Santa Cruz: y si yo fuera otro, lo seria tambien... y no sois vos solo...

—¡Cómo!

—El primero que salta por doña Clara es...

—¿Quién?

—Un personaje muy alto...

—Acabad.

—Don Felipe.

—¿Don Felipe de qué?

—Don Felipe de Austria, mi buen amigo, mi entretenimiento, mi loco.

—¡Ah! ¡el rey!

—No os pongais pálido, amigo mio... no os pongais pálido; doña Clara hace tanto caso del rey como de mí.

—¡Pero decis que hay otros...!

—No hay ninguno: es decir, ninguno ha logrado hacerse amar de doña Clara... á no ser que vos...

—¿Yo?

—Seamos francos: ¿cuánto dariais vos por encontrar una persona que os sirviese de puente para con esa dama? ¿por dos ojos que viesen mas que los vuestros?

—¿Me haceis una proposicion?

—Me intereso por vos.

—¿Y qué clase de interés es el vuestro?

—Yo... os serviré... pero me habeis de pagar.

—Contad con mi bolsillo.

—Os perdono, porque los enamorados están locos... vos me pagareis pero no me pagareis en dinero... llegará un dia en que yo os diga: os he servido: servidme.

—Os serviré como me hayais servido á mí.

—No hablemos mas: estamos cerca de la casa donde para nuestro amigo don Francisco.

Entraban á la sazon en la calle ancha de San Bernardo. Al poco trecho, el bufon llegó á una puerta, tiró de un cordel y la puerta se abrió; siguióle Juan Montiño, el bufon cerró la puerta y subió por unas escaleras, seguido del jóven, á un hermoso recibimiento, y de allí á una sala, ricamente alhajada.

Sobre los sillones, habia algunos trajes relumbrantes, á todas luces trajes de teatro, y sobre una mesa, joyas en desórden y botes de perfumes.

En la sala no habia nadie, pero saliendo de una alcoba se escuchaba

una voz vibrante y acentuada que al parecer leia, y de tiempo en tiempo una voz juvenil y fresca, incitante voz de mujer que se reia de la mejor gana del mundo.

El bufon adelantó y levantó una de las cortinas bordadas que cubrian la puerta de la alcoba.

En un magnífico lecho, que por muchas señales demostraba ser un lecho de mujer, y de mujer galante, hundido en los colchones, medio sepultado en las almohadas, revuelta la cabellera, caladas las antiparras sosteniendo un libro en folio, leia Quevedo.

A los piés del lecho, indolentemente envuelta en una especie de bata de color de rosa con encages, mal cogidas las anchas trenzas negras, estendidos los piés que calzaban unos chapines de tafilete blanco, apoyado un brazo en otro brazo del sillon, y sobre la mano uno de esos semblantes en que nó se sabe que admirar mas, si la fuerza de la juventud, la fuerza de la hermosura ó la fuerza de la espresion, habia una mujer como de veinticuatro años, sonriente, alegre, escuchando con delicia á Quevedo, que leia uno de los mejores capítulos del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

Quevedo al leer no se reia; su acento al leer, era el de un profundo crítico, que aprecia cada uno de los detalles, cada uno de los pensamientos, cada una de las bellezas, y las determina, las anota por decirlo así, con la inflexion del acento, con la acentuacion particular de la palabra; que admira, y que acaso envidia, y que toma la lectura por lo serio.

Cervantes, leido por Quevedo, ganaba: el chiste se hacia irresistible: la jóven se reia con toda su alma.

Se nos olvidaba decir que la jóven tenia en la mano derecha abandonada sobre la falda, un cuaderno de papel en que se veian escritos versos.

A la cabeza de aquellos versos, se leia:

«Doña Estrella en la Estrella de Sevilla.»—Dorotea.

Aquel era un papel de una de las mejores comedias de Lope de Vega.

La que le tenia en la mano, era sin disputa una comedianta.

El papel revelaba su nombre.

Era Dorotea.

La querida pública del duque de Lerma.

La amante particular de don Rodrigo Calderon.

La mujer que tenia con el tio Manolillo unas relaciones, un punto de contacto que nadie podia calificar.

Quevedo, Cervantes y Lope de Vega, estaban allí; los dos en repre-

sentacion, el uno en persona, haciendo brillar el uno de los representados á Cervantes, y cautivando en favor de este la atencion de Dorotea en daño del otro representado: de Lope de Vega.

—Yo os daba durmiendo, dijo el tio Manolillo; y á tí estudiando holgazana, añadió dirigiéndose á la jóven.

—Gracias á mi buen Miguel que me he encontrado por ahí, no duermo, ni Dorotea estudia. Cuando habla Cervantes, es necesario no vivir sino para escucharle. ¡Qué ingenio! se entiende, cuando no se trata del Pérsiles. Parece mentira que el tan discreto... pero vamos al asunto, y perdone mi buen amigo, añadió Quevedo cerrando el libro y dejándole sobre la cama: ¿traeis con vos á ese sugeto?

—Tráigole por los cabezones.

—¿Cómo tal? ¿por los cabezones venis, cuando yo os llamo amigo Juan? Entrad, entrad, amigo mio, la dueña de la casa es una moza demasiado valiente para asustarse porque vos entreis en su alcoba.

—Decís bien, y tanto mas, cuanto me habeis curado de espanto apoderándoos de mi lecho: ¿qué pensarian de mí, si las gentes os vieran?

—Que estoy cansado. ¿Pero qué haceis que no entrais, amigo Juan?

—Entrad, entrad caballero, dijo Dorotea levantándose, esta casa es muy vuestra.

Y levantó la otra cortina que el bufon no habia levantado.

Al ver á Dorotea Juan Montiño, y al ver á este Dorotea, sucedió una cosa singular: los dos retrocedieron, los dos cambiaron de espresion. La sonrisa que vagaba en los labios de Dorotea se borró: en el semblante de Juan Montiño apareció una espresion de sorpresa, pero no mas que de sorpresa.

No esperaba ver á una mujer tan hermosa.

Le habia dado de repente en los ojos un relámpago de hermosura.

El bufon y Quevedo habian reparado esta circunstancia, la repentina y significativa seriedad de Dorotea, y el asombro de Juan Montiño.

—¡Ah! dijo el bufon.

—¡Oh! dijo Quevedo.

—Pasad caballero, pasad, dijo Dorotea ya perfectamente serena.

Juan Montiño entró en la alcoba, enteramente repuesto ya de su sorpresa.

—¿En qué nido le habeis encontrado, amigo Manolillo? dijo Quevedo.

—En el nido de una corneja.

—¿Y dónde tiene esa corneja su nido?

—Es la manceba vieja de un tal Cornejo, galeote huido que anda haciendo milagros en la córte.

—¡Ah! ¡un ensalmador de condenados, reparador de injurias y falsificador de doncellas! conozco al tal.

—¡Pero vos conoceis á todo el mundo, don Francisco! dijo Dorotea.

—Conócenme á mí todos: no es mia la culpa: el que en enredos anda enrédase.

—Yo creo haber oido hablar de ese Cornejo, dijo Dorotea.

—¿Ha graznado á vuestra oreja? pues mal agüero, hija: si supiera esto su escelencia, juntamente conque yo...

—Vos os tomais licencia para todo: en cuanto á ese Cornejo, conózcole por haberme hablado de él mis compañeras.

—Señor Juan Montiño, dijo Quevedo con voz campanuda: necesito hablar con vos á solas.

—Muchas gracias por la manera de echarnos, don Francisco, dijo Dorotea.

—Lope de Vega os espera: esta tarde á las dos debeis aparecer estrella; procurad que no os nublen los del patio... debeis, pues, agradecerme que no os distraiga. Paréceme que estareis aquí mejor que en palacio, tio Manolillo.

—Buenas noches, don Francisco, buenas noches y hasta que despierteis.

—Os engañais, hermano, aun no me duermo, ni llamo al amigo Juan para que me traiga el sueño... heme echado por descansar un poco, pero ya empiezan mis tareas cortesanas: el no dormir y el no parar. ¿Y vos habeis descansado? dijo Quevedo dirigiéndose á Montiño y prescindiendo enteramente del bufon, que salió y se sentó en la sala frente á Dorotea, que se habia puesto á estudiar su papel junto á una ventana.

—No he podido dormir Quevedo, dijo el jóven.

—Dichosa edad en que el amor desvela: ¿y no ha tenido parte en vuestro desvelo el lance de anoche?

—¿Cuál de ellos?

Quevedo marcó con el brazo una estocada.

—¡Ah! ¡no!

—Pues sabed que Lerma lo sabe.

—Me importa poco.

—Que os pueden encerrar.

—Me importa menos.

—Que os puede suceder algo que negro sea.

—Sucédame en buena hora.

—No negais la pinta.

—¿Qué pinta?

—La de vuestro padre.

—Creo que mi padre hubiera tenido en estas circunstancias tan poco cuidado como yo.

—Créolo sin dificultad y me alegro de que os parezcais á vuestro padre. Solo por eso os habia llamado : estaba cuidadoso por vos. Y decidme : ¿sino habeis dormido, tendrá la culpa doña Clara Soldevilla?

—¡Cómo! ¡pues qué! ¿sabeis...?

—Yo lo sé todo.

—Teneis sin duda un diablo familiar.

—Puede ser. ¿Y los amores os han quitado el apetito?

—No por cierto.

—No, pues me alegro; ni yo tampoco. ¡Dorotea! ¡amiga Dorotea! Decid á vuestra negra que nos dé de almorzar.

—Almorzaremos todos juntos, dijo Dorotea.

—Que me place : almorzarán juntos el amor y las musas, una ninfa un sátiro. ¿Y teneis buena despensa? supóngolo.

—¡Ah! me cuidan como una reina.

—Créolo; como creo que agradeceis como una reina los cuidados. Perdonad amigo Juan si me dejo ver de vos desencuadernado, dijo Quevedo saltando del lecho en paños menores; hacedme la merced de echar esas cortinas, no se escandalice Dorotea.

—¿Os levantais? dijo la comedianta : me alegro, voy á mandar sahumar la alcoba.

—Pues dudo mucho...

—¿Qué...?

—Que haya saumerio que la quite su olor : si yo no tuviera la cabeza tan fuerte, trastornado saldria y entontecido. Huele aquí...

—A hermosura...

—Bien, lo creo.

—Y de hoy en adelante, olerá á ingenio...

—¿Por qué pues sahumais...?

—Pudiera pegársele á don Francisco...

—¡Ah! ¡su escelencia! Créolo libre de tal contagio...

—Dios le ayude.

—Ya le ayudais vos...

—Pues yo creia que le desayudaba...

—Sois un oro...

—¿Os habeis vestido ya?

—Atácome las calzas.

—Voy á preparar el almuerzo.

—¿Quién es esta mujer? dijo Montiño.

—No lo sé, dijo Quevedo encajándose los gregüescos.

—¿Qué no lo sabeis, y os meteis en su casa como en una posada, y la tratais con una lisura que mete miedo?

—Tratándose de esta mujer, cuanto mas miro menos veo. No se lo digais á nadie, porque no me gusta pasar por torpe: pero no la leo... no la adivino. Hacedla el amor.

—¿Yo...?

—Es hermosa.

—Pero descarada.

—Por las descaradas se conoce á las enmascaradas; un amante ve lo que no ven los demás, y nos conviene ver á esta mujer.

—Enamoradla.

—Ya lo he hecho.

—¿Y no habeis podido leerla?

—No, porque ella no se ha enamorado de mi.

—¿Y quereis que yo envista con una mujer que os ha rechazado? replicó Montiño.

—Habeis sorprendido á esta mujer.

—¡Yo!

—Se ha puesto pálida al veros.

—Perdonad, á mí tambien me sorprendió...

—Mejor: ella ha reparado en vuestra sorpresa y espera.

—Perdonad, pero la sorpresa pasó.

—Créolo: pero os repito que los amores de esta mujer interesan.....

—¿A quién?

—A la reina...

—¡Ah!

—Además, no sabe aun lo de don Rodrigo. Procurad que cuando lo sepa le importe poco.

—No comprendo lo que me quereis decir con lo de don Rodrigo...

—La Dorotea cobra del duque de Lerma, y da á don Rodrigo Calderon.

—¡Ah!

—Os aseguro que si en el almuerzo ganais terreno, cuando le llegue la noticia, que no deberá tardar, la importará poco lo sucedido...

—Pero... un triunfo tan rápido...

—Asi se triunfa de estas mujeres... ó á primera vista ó nunca.

—Me repugna...

—Sois mal galan de capa y espada... no servis para una comedia.

—Lo confieso.

—¿No me habeis recibido por maestro?

—Si.

—Pues obedecedme.

—Bien quisiera, pero tengo el corazon lleno.

—¡Alma de niño! ¡majadero incorregible! doña Clara de Soldevilla, es el corazon, esta mujer la cabeza.

—¡Ah!

—¿Me habeis comprendido?

—¿Pero tan importante es esta mujer?

—No lo sé, pero pudiera serlo.

—La enamoraré.

—¡Callad! ó mas bien... ¿y qué tal, que tal os fue el último año en Alcalá?

Dorotea acaba de entrar en la sala.

—¡Cómo! ¿este caballero es estudiante? dijo dejando sobre una mesa dos botellas.

—Y de teología, dijo Quevedo.

—¡Estudiais para clérigo! dijo haciendo un mohin de repugnancia la comedianta, á tiempo que Montiño salia de la alcoba.

—Ha ahorcado los hábitos, dijo Quevedo saliendo tras Montiño.

—¡Ah! he ahí una justicia que me agrada: y eso que no puedo ver á un ahorcado sin tener malos sueños.

—¿Y qué diablos haceis ahí, hijo Manolillo, doblado y redoblado? dijo Quevedo.

—¡Ah! esclamó el bufon como un hombre que despierta: pensaba.

—¿Y qué pensabais?

—¿Qué se yo? era uno de esos pensamientos, que piensan en nosotros.

—Metafísico estais.



QUEVEDO.

—Y que nosotros no pensamos en ellos.

—Continuad.

—Que se vienen... y que se van...

—Una idea eterna...

—Eso es...

—Un combate...

—No, un tirano...

—Tengoos lastima...

—¡Ah!

—El tio Manolillo tiene unas cosas muy singulares, dijo Dorotea.

—¡Me voy! esclamó el tio Manolillo.

—¿Y no almorzareis con nosotros?

—El loco llama al loco; es la hora de levantarse el rey. Adios.

Y el tio Manolillo salió sombrío y cabizbajo: se le oyó bajar violentamente las escaleras y salió.

—No entiendo vuestro conocimiento con mi buen amigo, dijo Quevedo.

—Ni yo, esclamó Dorotea.

—¡Y os ama!

—¿Pero como me ama..?

—Sabreislo vos.

—Pues no lo sé: pero aquí viene el almuerzo, señores: sentiré trataros mal: vosotros tendreis la culpa: doy lo que tengo.

—¡Y como teneis un cielo..!

—¡Bah, don Francisco! cuando me requebrais no se si debo ofenderme ó...

—¿Es esta negra, vuestra cocinera?

—Si, por cierto... dijo un tanto resentida Dorotea del cambio de conversacion de Quevedo.

—Y bien, carbon viviente ¿qué nos das de almorzar?

La negra que traia una mesa ayudada por un lacayuelo contestó sobre la pregunta de Quevedo:

—Vuesamercedes almorzarán salmon fresco, pollas asadas, pastelones negros, pichones ensopados, tortas de dama...

—Basta, basta, y aun diré que sobra, aunque tengo un apetito de gigante encantado.

—Pues sentémonos... dijo Dorotea... ¿y vos teneis tambien apetito..?

—Está enamorado...

—¡Ah! dijo con cierto disgusto la Dorotea.

—Enamorado de vos.

—¡De mí! esclamó riendo la comedianta.

—¡Cosas de Quevedo! dijo Montiño terriblemente contrariado.

—No, no por cierto... cosas de Dorotea.

—¡Cosas mias!

—Ciertamente: porque vuestras cosas son las que han quitado el apetito de todas las cosas al señor Juan Montiño.

—¡Ah! ¿os llamais Montiño?

—Es sobrino del cocinero mayor del rey.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡os vá á parecer detestable mi almuerzo!

—El rey no almuerza tan bien como vos, ni con tan buen servicio... apuesto á que esta plata ha venido en derechura para vos del Potosí...

—Ved ahí que me importa poco el lugar de donde haya venido.

—Debe importaros mucho mas el lugar en donde ha parado.

—Sabe Dios si para.

—Mejor, porque será rio si corre.

—Me voy cansando...

—Decis bien, debeis descansar... aunque no sois vieja.

—Trabajo siempre para el público...

—Decis bien... debeis trabajar para menos gente... ya quise que trabajaseis para mí... con el corazon: pero vuestro corazon anduvo reacio.

—Punzais, don Francisco.

—¿Ortiga me haceis? desgraciado ando.

—No lo andais mucho, cuando os veis en la córte.

—Pues mirad: no quisiera ser cortesano.

—Soislo muy poco... y en prueba de ello cuando no estais preso...

—Me buscan... decis bien... y ahora me acuerdo... sois mi olvido de todo... ¿y de qué me habia olvidado..? figuraos que anoche anduve cómplice en unas estocadas.

—¡Apenas llegado!

—Es mi sino. Pero como estoy ya cansado de que me echen el guante, trato de echar un guante de oro al escribano para que se le entorpezcan los dedos... y me urge... y me duele dejar á medio roer este pichon... pero os dejo...

—¿Os vais? dijo Montiño poniéndose de pié.

—¡Oh! ¡no! vos no teneis nada que ver con la justicia, dijo Doro-

tea : almorzad al menos, caballero... sino es ya que os sepa mi almuerzo mal.

—Creo que jamás ha almorzado tan á gusto el señor Montiño, y se quedará... debe quedarse, añadió Quevedo cargando su acentuacion de una manera perfectamente inteligible para Montiño.

—Temeria abusar...

—¡Oh! ¿qué es abusar?... por el contrario no sabria á qué atribuir...

—Pues me quedo, dijo Montiño con voz insegura.

—Pues quedaos, esclamó Quevedo. Os suplico que no os vayais...

—Pero si tardareis...

—En ninguna parte pudierais sentir menos la espera. ¡Ah! las diez... conque hasta las doce. Quede con vosotros Dios.

Y Quevedo salió.

Toda esta escena, á pesar de que habia sido un poco picante, habia pasado delante de la negra y del lacayuelo.

—Servidnos los postres y marchaos á almorzar, dijo Dorotea ápenas salió Quevedo.

Montiño y la comedianta quedaron al fin solos.

—Teneis un amigo muy regocijado, dijo Dorotea.

—¡Oh! ¡si! contestó el jóven, que aunque no era novicio, sentia remordimientos por aquella especie de infidelidad que hacia á su dama, y estaba contrariado.

—Sino fuese por su lengua, añadió la Dorotea...

—¡Oh! ¡si! repitió Montiño.

—¿Pero no comeis? dijo la jóven que empezaba á sentirse preocupada.

—Perdonad señora, pero...

—¿Pero qué..?

Montiño alzó los ojos, y su mirada se encontró con la mirada negra y resplandeciente de la Dorotea.

Por culpa de la situacion, aquellas dos miradas fueron terriblemente criminales, y la Dorotea se puso encarnada, no de rubor, sino de despecho, porque habia conocido todo el valor aparente de su mirada.

Lo mismo y por la misma razon aconteció á Montiño.

—Vamos, esto es una tontería, dijo la Dorotea, sin pretender cubrir lo que no podia cubrirse. Quevedo tiene la culpa.

—Yo creo, señora, que nadie tiene la culpa de nada.

—Bebed, dijo la jóven llenando una copa de vino.

—Bebed primero vos...

La Dorotea llenó su copa.

—No: bebed en esta, ó bebamos la mitad de la nuestra cada uno, cambiamos.

—¿Sabeis lo que estais haciendo? dijo con seriedad la Dorotea.

—¿Os ofendo?

—Me estais enamorando.

—¿Y hago mal, suponiendo que eso sea?

—Eso lo sabreis vos.

—¡Cómo! ¿qué yo sabré si hago mal en enamoraros?

—Si, porque vos sabreis con cuanta lealtad, con cuanta razon podeis enamorar á una mujer á quien hace media hora que conoceis.

—La soledad tiene la culpa...

—Llamaré compañía...

—No, mas bien si os desagrada mi atrevimiento, me iré yo.

—Don Francisco vendrá á buscaros...

—Pues no encuentro medio...

—Si; dejar esta conversacion.

—Dejémosla.

—Hablemos de otra cosa.

Pero ninguno de los dos habló.

Bebieron en silencio sus copas.

Pasaron algun tiempo callando.

Dorotea miró involuntariamente á Montiño.

En aquel momento Montiño miró á la comedianta.

Esta doble mirada fue mas elocuente, mas intensa que la anterior.

Dorotea y Montiño se turbaron mucho mas.

Pero por aquella vez, Dorotea no se irritó.

Por el contrario, soltó una alegre carcajada, y dijo:

—¿Quién diablos os ha traido aquí?

Y llenó la copa, bebió la mitad, y ofreció la copa á Montiño.

Montiño la tomó y buscó el sitio donde habia puesto sus labios la jóven.

—Habladme con franqueza, dijo la Dorotea: ¿qué habeis visto en mí..?

Y se detuvo.

—He visto en vos, señora... ¡la verdad es que no he visto nada fuera de vuestra hermosura, que es divina!

—Pero..... mi hermosura sola no hubiera causado en vos.... en fin, no hablemos mas de esto... os recibo por mi amigo... conozco que os apreciaré... os aprecio ya, no sé porqué... sobre todo, no me gusta una guerra fatigosa; un galanteo que á nada conduciria porque es una locura.

—Seamos, pues, amigos; prefiero vuestra amistad á vuestro amor.

—¡Mi amor! ¿sabeis si yo he amado alguna vez? ¿sabeis si puedo amar?

—Todos hemos nacido...

—He aquí una cosa indudable.

—Para amar...

—Eso no es tan claro.

—Sino habeis amado amareis.

—¿Habeis amado vos?

—Si, y mucho, dijo Montiño suspirando por doña Clara de Soldevilla.

—¿Y amais...?

—¡Si amo! ¡si amo! ¡con toda mi alma! esclamó el jóven refiriéndose siempre á doña Clara.

La Dorotea, sin darse á sí misma la razon, se inmutó profundamente y dejó ver claro su disgusto en su semblante.

Acaso aquello era amor propio.

Acaso una sensacion involuntaria.

Montiño notó aquella conmocion, la tradujo, por amor propio á su favor, y acordándose de que Quevedo le habia dicho: —Importa á la reina acaso, el que volvais loca á esa mujer—y comprendiendo que el servir á la reina, el sacrificarse por ella, era la mejor seduccion que podia emplear para con doña Clara, se decidió á tomar á la comedianta por instrumento, y á destruir el mal efecto que le habian causado sus últimas palabras.

—Si, repitió con acento apasionado; amo á una diosa humana, con toda mi alma, con todo mi corazon... y esa divinidad... ¡sois vos!

—¡Yo! ¡imposible!

—Recordad que me turbé al veros.

—Eso nada prueba.

—Prueba que me habeis matado.

—Pero... caballero... dijo pálida y grave la Dorotea: creo que me tomais por entretenimiento.

—¿Me ofendeis...?

—Porque temo ser ofendida.

—¿Qué encontrais de estraño...?

—No sé... porque, como, lo repito, no he amado nunca, no sé si es posible que se ame asi como vós decis tan pronto.

—¿Cuánto tiempo tarda en arder la leña seca?

—¡Ah!

—El tiempo que tarda en acercarse á ella el fuego.

—Pero la llama dura poco...

—Pero cuando acaba ha consumido la leña.

—¿Y vos sois... leña seca...? yo os creia leña verde.

—Os engañais. En las universidades se empieza á vivir muy pronto, y se vive muy de prisa.

—¡Ah! ¡los estudiantes! ¡dicen que los estudiantes son muy embusteros!

—No se que puedan diferenciarse en esto de los otros hombres.

—Teneis razon: pero tienen tambien una fama tal los estudiantes...

—Injusticias, envidias... además, si fui estudiante, ya no lo soy.

—¿Pues qué sois ahora?

—Pretendiente.

—¿Y qué pretendeis?

—Una compañía.

—¿Compañía de qué...?

—¿De qué ha de ser...?

—Hay muchas compañías... la de Jesús, las de comediantes, las de los mercaderes...

—La que yo quiero, es una compañía de soldados.

—¿Y habeis hablado á alguien?

—La tengo casi ciertamente...

—¡Ah! ¡es verdad! ¡sois sobrino del cocinero de su magestad!

—¿Y creeis que mi tio puede...?

—Si Francisco Martinez Montiño se empeña, sereis... no digo yo capitan... sino cuartel-maestre, general... vuestro tio además de tener muchos doblones, tiene mucho influjo.

—Me alegro de saberlo, dijo para sí el jóven.

—¡Capitan! dijo la Dorotea... ¿y os ireis... á Italia ó á Flandes...?

—Me quedaré en Madrid: á mas de capitan quiero serlo de la guardia española.

—Lo sereis, porque á mas de vuestro tio, os ayudaré yo.

—¡Vos!

—Si, yo... ¿pues no sabe todo el mundo que soy la querida del duque de Lerma, y que su escelencia me quiere tanto, que hace todo lo que yo quiero?

—Temeria abusar de vos.

—¡Bah! yo debo agradeceros el que me hayais mirado tan bien.

—Mejor os agradeceria el que no me miraseis mal.

—¿Y por qué? no tengo motivo... os aprecio...

—Mas quiero...

—¿Mas que apreciaros...?

—¡Amadme!

—Echad un memorial á Cupido...

—Vos sois Venus, y le mandais.

—Ya sabeis que Cupido es un bribonzuelo, que no respeta ni aun á su madre.

—Casi creo que teneis razon.

—¿Por qué...?

—Porque creo que el rapazuelo me ayuda.

—Son muy presumidos estos estudiantes...

—Capitan, señora, capitan.

—Pues peor: la gente de guerra cree que las mujeres se toman como las murallas, al asalto... mudemos de conversacion.

—Mudemos...

—¿Hace mucho tiempo que habeis venido á Madrid? dijo la Dorotea procurando mostrarse completamente olvidada de la conversacion anterior.

—Vine ayer.

—¡Ayer!

—Si señora, ayer por la tarde.

—¿Y no habeis estado otra vez en Madrid?

—Nunca, señora.

—Es decir...

—¿Qué...?

—No recuerdo lo que os iba á decir.

—¿Quereis que os diga una cosa..?

—Decidla.

—Creo que teneis mas memoria cuando hablais de amor.

—¿Volvemos?

—¡Ah señora! no recuerdo haber visto en mi vida unos ojos que de tal modo me acaricien el alma.

—¡Cómo! ¡pues que..! ¡mis ojos..!

—Me están diciendo...

—Mienten... mienten mis ojos... vamos... será necesario que nos separemos.

—¿Sabeis que es muy dichoso don Rodrigo Calderon?

La comedianta hizo un gesto indefinible, mezcla de disgusto y de desden á un tiempo:

—No me nombreis ese hombre, dijo.

—¡Vah! ¿pues no le amais?

La Dorotea fijó una mirada dilatada, inocente, dolorosa, enamorada á un tiempo en Juan Montiño: estendió hácia él un magnífico y mórvido brazo, y estrechando una mano del jóven le dijo:

—Os suplico que me dejeis sola: yo os disculparé con don Francisco.

—¡Qué! ¿tanto os enoja que yo continue á vuestro lado?

—No, no me enoja: pero..... me siento mal: estoy turbada: ¿no lo veis? estoy avergonzada.

—¡Avergonzada! ¿y por qué?

—¡Porque soy una mujer perdida! dijo la Dorotea, y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Pero quién ha dicho eso? replicó Montiño acercándose á ella y apartándola suavemente las manos de sobre el rostro.

—Lo digo yo.

—Pues decís mal, señora, yo os creo una mujer vírgen.

—¡Ah! ¡esplicadme... esplicadme eso!

—La esplicacion es muy sencilla; vos misma, recuerdo que hace poco lo deciais: vos misma habeis confesado que no habeis amado nunca.

—¿Y lo creeis?

—Lo creo.

—¿Y no temeis engañaros?

—No.

—¿Pero qué razones, qué pruebas teneis..?

—Voy hablaros con el alma, sin embozar mis palabras: cuando yo os ví, me mirasteis como miran las cortesanas...

—¡Ah!

—Pero apenas me visteis, bajasteis los ojos como una niña que recibe la primera revelacion del amor en la mirada de un hombre: os pusisteis seria y grave.

—¡Ah! ¡ah! ¿y creeis, dijo con acento ardiente Dorotea: creeis que os habeis entrado en mi alma en el momento en que os he visto?

A aquella pregunta de Dorotea, pregunta hecha con sinceridad, con candor, con anhelo, Montiño sintió una especie de vértigo. Dorotea se habia transfigurado: su alma, un alma entusiasta, enamorada, noble, se exhalaba de su mirada, de la espresion de su semblante, de su boca trémula, de su acento cobarde, ardiente, opaco.

Pero Montiño estaba prevenido: el involuntario poder de fascinacion de la comedianta, luchaba con el amor intenso, voluntarioso, tenaz, que Montiño sentia por doña Clara, y el jóven vaciló un momento; pero se rehizo y se mantuvo firme, como un buen justador despues de un tremendo bote de lanza recibido en el escudo.

—Yo no me atreveria á decir, contestó Montiño, si yo me he entrado en vuestra alma ó no, señora, pero os puedo asegurar que vos os habeis entrado en la mia.

—Pero esto es una locura, dijo la Dorotea como quien pretende despertar de un sueño: una locura á que no debemos dar vuelo: vamos, esto no puede ser.

—¿Qué no puede ser? ¿y por qué? ¿tanto amais á don Rodrigo? ¿tanto os importa Lerma?

—Mirad, dijo Dorotea inclinándose hácia Montiño y fijando en él sus grandes ojos: el duque me importa lo mismo que esto—y tomó un pedazo de pan y le desmigajó de una manera nerviosa. Cuando tenia hambre... deseo de brillar por mi aparato, por mis trajes, por mis alhajas, le acepté con hambre... hoy... hoy me importa muy poco el duque.

—¡No le necesitais ya!

—No necesito ya ni alhajas ni brocados.

—¿Los teneis?

—Jamás se tienen: porque hoy se lleva uno y mañana otro. No es eso...

—¿Pues qué es..?

—Dejadme hablar: me habeis nombrado á don Rodrigo... don Rodrigo me da hastío, como eso.

Y señaló una copa que estaba llena de vino.

—Y sin embargo, si digo que esta desdichada conversacion de

amores en que sin saber como nos hemos metido, es una locura, no es por el duque, ni por don Rodrigo... sino por vos.

—¿Por mí..?

—He dicho mal: he debido decir por mi suerte.

—Esplicaos, porque no os entiendo bien.

—Yo no puedo ya amar.

—El amor viene sin que le llamen, y no se va aunque le echen.

—¡Oh! no me digais eso... porque seria muy desdichada... dejemos, dejemos mas bien este asunto..... soy franca con vos: estoy aturdida: ¿quereis que os cante la cancion que he estudiado para esta tarde? sereis el primero que la oiga... lo que no es poco favor, añadió sonriéndose: asi nos distraeremos los dos... vaya... ¡si esto parece una brujeria!

Y Dorotea se levantó, tomó un arquilaud que estaba sobre un sillon, se sentó junto á la ventana, templó el instrumento, preludió con maestria algunos instantes, y luego cantó con una voz fresquísima y de un timbre admirable, la siguiente seguidilla:

Como el amor es ciego
por tener ojos,
en los tuyos se esconde
dulces y hermosos;
y al esconderse,
el traidor con tus ojos
me da la muerte.

—Cantais... no se como deciros... esclamó Montiño: como un ruiseñor es poco, y como un ángel... lo ha dicho todo el mundo.

—¡Gracias! ¿creeis que gustaré esta tarde?

—Si los del patio sienten lo que yo he sentido...

—¡Ah!

—Habeis cantado como el amor... y esos ojos que cantais, son vuestros ojos.

—¿Sabeis que tarda demasiado don Francisco?

—Mejor: de ese modo no estorba...

—Hareis que me enoje... sois muy poco generoso.

—¡Señora...!

—¿Pero no comprendeis que os estoy pidiendo treguas?

—Pues bien, señora mia; yo solo puedo concederos una cosa.

—¡Ah! ¡ya me dictais condiciones!

—¿No por cierto?... pero quiero que me tranquilliceis el alma.

—¿Temeis?

—Caer del cielo.

—¡Pero señor esto es terrible! es la primera vez que me sucede... no me conozco...

—¿Porque me amais, no es verdad y no comprendeis que se pueda amar tan pronto?

—Yo creo que teneis mas esperiencia que yo.

—Os engañais: no he amado hasta ahora, pero por lo que siento no estraño que vos ameis lo mismo que yo.

—¿Pero que deseais de mí?

—¿Que deseo? vuestro cuerpo y vuestra alma: vuestro recuerdo contínuo.. quiero ser para vos el aire que respireis.

—¡Me estais engañando!

—¿Yo?

—¡Os ha traido don Francisco..!

—No creí yo que alguna vez fuese para mí una desgracia mi amistad con Quevedo.

—¡Ah! Quevedo es tal, que no solo no puede confiarse en él, sino que tampoco de una persona con quien él haya hablado tan solo dos veces.

Montiño estuvo á punto de decir á la comedianta que Quevedo tampoco se fiaba de ella.

Pero se contuvo á tiempo, y siguió aquel papel de enamorado que no le era difícil representar, porque además de ser hermosa Dorotea, estaba embellecida por una sobrescitacion profunda, dominada por el no se qué misterioso que emanaba para ella de Juan Montiño.

Podia decirse que Dorotea estaba enamorada, sorprendida en eso que se llama *cuarto de hora de la mujer* por el jóven, dominada por él.

Montiño tenia fijas en la memoria las palabras de Quevedo.—De estas mujeres se triunfa á primera vista ó nunca—y aquellas otras.—Interesa á la reina que enamoreis á esta mujer.

Juan Montiño desempeñaba con gusto su farsa, porque aunque estaba locamente enamorado de doña Clara, la comedianta tenia para él en la situacion en que se encontraba un encanto irresistible.

Montiño la veia luchar con una fascinacion amorosa.

La veia sufrir.

Los ojos de Dorotea se bajaban y volvian á levantarse para mirar á Juan Montiño con mas insistencia, de una manera mas elocuente.

La despechaba el no poder encubrir la impresion que la causaba el jóven, y su semblante se encendia en rubor.

Acaso hasta entonces no se habia ruborizado Dorotea.

Acaso hasta que habia sentido la primera impresion de ese amor del alma, que tan superior es al deseo de los sentidos, á esa otra sensacion que generalmente se llama amor, no la habia pesado de su vida anterior.

Acaso nunca hasta entonces se habia avergonzado de ella.

Juan Montiño comprendia la lucha que agitaba el alma de Dorotea y no la dejaba tiempo para descansar, para reponerse.

Se habia levantado de junto á la mesa.

Habia permanecido algun tiempo de pié.

Luego se habia sentado en el taburete donde apoyaba sus piés Dorotea.

Por último, habia abrazado la cintura de la jóven.

Al sentir el brazo de Juan Montiño, se alzó como se hubiera alzado la mujer mas pura.

—Me estais tratando mal, dijo, me estais haciendo daño.. daño en el alma. ¿Trataríais de este modo á la mujer á quien quisierais para vuestra esposa?

—¡Ah! esclamó Juan Montiño sorprendido.

—No, no he querido decir que yo os ponga por condicion para amaros que seais mi esposo: sé demasiado que yo no puedo aspirar á ser la esposa de un hombre honrado... pero os quisiera ver tímido, respetuoso, dominado por mí como yo lo estoy por vos... os quisiera ver sorprendido por un afecto nuevo, como yo lo estoy... quisiera.. yo no sé lo que quisiera.. que os bastara con amarme. ¡Oh Dios mio! ¡pero yo estoy diciendo locuras!

Y se volvió á sentar, y el jóven volvió á rodear su cintura.

Por aquella vez Dorotea se puso pálida, se estremeció pero no se atrevió á desasirse de los brazos de Montiño.

—Tengo sed, dijo el jóven.

—¡Sed! dijo la Dorotea bajando hácia él sus grandes ojos medio velados por la sombra de sus largas pestañas y dejando caer una larga mirada en los ojos de Montiño.

—¡Si, sed de vuestra boca!

—¡Oh! esclamó Dorotea.

Y de repente, rechazó al jóven.

—Alguien se acerca, dijo: alzaos, alzaos.

En efecto, Juan Montiño oyó abrir una puerta inmediata y se levantó y fué á tomar su sombrero.

—No os vayais; dijo Dorotea; quedaos sea quien fuere ¿qué importa?

Abrióse la puerta y apareció un hombre con traje de soldado.

Llevaba calado el sombrero, y su mirada era insolente y provocadora.

Al ver á Juan Montiño le miró de alto á abajo, y su mirada se apagó en la mirada fija del jóven.

Entonces se quitó el sombrero y saludó de una manera tiesa.

Montiño no se levantó de la silla donde se habia sentado antes de que llegara aquel hombre.

Dorotea le miró con una de esas miradas que quieren decir:

—Habeis llegado á mal tiempo. ¿Qué quereis?

Y como si el recien llegado hubiese comprendido aquella pregunta en aquella mirada dijo:

—Don Rodrigo está gravemente herido, casa del duque de Lerma.

Montiño se puso levemente pálido, y fijó con ansiedad los ojos en Dorotea.

—¿Y bien? dijo esta: ¿por qué me dais esa noticia como si se tratase de una persona muy allegada á mí?

—¡Cómo! dijo con insolencia aquel hombre: yo creia que os importaba algo.

—Pues os habeis equivocado, Guzman.

En efecto, aquel hombre era el sargento mayor don Juan de Guzman, el mismo á quien la noche antes hemos visto al lado de la mujer del cocinero mayor.

—Es singular lo que está sucediendo á don Rodrigo, dijo Guzman. Todos le abandonan. El duque de Lerma, sabe quienes son los agresores, y no manda proceder contra ellos. Vos recibís la noticia como si...

—Nada me interesase, ¿no es verdad?

—Lo que no deja de ser muy estraño.

—Estrañad todo lo que querais, podeis decir á don Rodrigo como he recibido esa noticia. Y podeis decir mas: me retiro del teatro, y tal vez me vuelva al convento.

—¡Ah! yo creí que fuese otra la causa, dijo Guzman mirando con insolencia al jóven.

—Sea cual fuese la causa nada os importa. Además que cuando tal le ha acontecido á don Rodrigo él lo habrá buscado.

—Acaso tengais vos la culpa.

—¡Yo! ¿le ha sucedido por mí esa desdicha?

—Sí por cierto : mediaban ciertas cartas.

—¿Cartas...?

—De una noble dama... vos habeis sido imprudente... el cocinero mayor ha llegado á saber lo de las cartas... y un sobrino del cocinero mayor...

—¡Qué decís!

—Que un tal Juan Montiño, que acababa de llegar á la córte, ha sido el que ayudado de don Francisco Quevedo...

—Os engañais, señor mio, dijo el jóven: Juan Montiño no ha necesitado de nadie para castigar á don Rodrigo Calderon, como de nadie necesitaria para castigaros á vos, á la menor palabra ofensiva que os atrevieseis á pronunciar contra esta señora, ó contra su tio, ó contra él.

—¡Ah! ¿sois vos acaso...?

—Si señor, yo soy.

—¡Ah! pues comprendo, y como nada tengo que hacer aquí, me voy. Guardeos Dios, señora. Hidalgo, hasta la vista.

Ni Dorotea, ni Juan Montiño contestaron al sargento mayor que salió.

Durante algun tiempo, Dorotea miró frente á frente y ceñuda á Juan Montiño.

—¡Ya crei yo que me engañabais! dijo con acento concentrado.

—¡Qué os engañaba!

—¡Y don Francisco! ¡ah! ¡don Francisco!

—¿Pero esplicaos por Dios, Dorotea?

—Quevedo no os ha llamado á mi casa para veros, sino para que yo os viese.

—No os entiendo.

—¡Quevedo! ¡Quevedo! ¡ah! ¡maldito sea!

—Pero esplicaos, Dorotea, esplicaos por Dios, que no os entiendo.

—Ese hombre, ese Quevedo... parece que lee en el alma, lo que en el alma está oculto: parece que adivina.

—Os suplico que os espliqueis.

—¡Qué me esplique! Quevedo es amigo de la reina, de esa mujer á quien todos creen una santa, que á todos engaña.

—Por Dios Dorotea, ¿ved lo que decis? no comprendo porque os irritais.

—¡Por qué! me habeis sorprendido entre los dos... me habeis engañado. Ya se ve... es hermoso, parece tan noble tan bueno... ella está sedienta de amor... ella no ha amado... el duque de Lerma es su esclavo... utilicemos esta mujer... ¡y el señor estudiante..! ¡Ah, don Francisco...! ¡don Francisco!

—Decid que os ha llenado de dolor la desgracia de ese hombre, dijo con impaciencia Montiño.

—¿Y qué me importa ese hombre? ayer acaso... hoy... hoy quien me importa sois vos... no se por qué... pero me habeis empeñado... y nos veremos, caballero, nos veremos.

—Y tras estas palabras se dirigió á la puerta de la sala.

—¡Casilda! gritó: ¡Casilda! mi manto de terciopelo: que ponga Pedro la litera al momento.

La negra trajo á Dorotea un magnífico manto de terciopelo: la jóven se puso algunas joyas, se arregló un tanto los cabellos, y salió.

Montiño se quedó solo en la sala sin saber lo que le acontecia.

Poco despues asomó Quevedo á la puerta.

—De seguro, dijo, habeis cometido alguna torpeza, amigo Juan.

—No por cierto, creo que la torpeza, aunque parezca estraño, viene de vos.

—¡Eh! acertádolo habeis; teneis razon... he sido torpe, porque no he podido prever que la tal ninfa se enamorase de tal modo de vos. ¡Milagro! apuesto á que haceis de ella una Magdalena; aunque os lo repito, estoy seguro de que habeis cometido una torpeza... sereis capaz de haberla dicho que heristeis á don Rodrigo.

—Pues os habeis equivocado de medio á medio.

—¿Pues quién ha sido?

—Una especie de Rolando de comedia, á quien creo que ella ha llamado Guzman.

—¡Ah! ¡Don Juan de Guzman ha estado por aquí..! pues bien, no importa... la verdad del caso es, que la Dorotea está loca por vos... ¿qué habeis hecho en tan poco tiempo? Debe existir en el espíritu humano algo terrible, algo misterioso... ¡estas influencias rápidas...! ¡este unirse un alma á otra...! ¡oh! ¿quién sabe... quién sabe lo que somos?

Quevedo pronunció estas palabras como hablando consigo mismo.

—¿Quereis hacer lo que yo os diga? esclamó de repente Quevedo.

—¿Y qué hemos de hacer?

—¡Qué! buscar postas, y marcharnos á Barcelona: embarcarnos allí y plantarnos en Nápoles.

—¿Teneis miedo?

—Os confieso que estoy asustado.

—¿Por lo de don Rodrigo...?

—No, por lo de la córte... cosas se están preparando... cosas inevitables... seria necesario ser un Dios...

—Pues yo no me voy, á no ser que se viniera conmigo doña Clara.

—¡Ah! maldiga Dios las mujeres... pero como estoy seguro, que ni frailes capuchinos son capaces de convencer á un enamorado como vos...

—¿Y la reina...?

—Dios guarde á su magestad...

—Seamos nosotros la mano de Dios.

—Decis bien... quedémonos... pero como yo ahora no puedo acompañaros, ni vos teneis á donde ir, quedaos aquí... tomad posesion de la casa que, os lo aseguro, es vuestra y empezad á ser el déspota de Dorotea. Os digo que está enamorada de vos, que resiste y que la resistencia acabará por hacerla vuestra esclava. No olvideis que es nuestro instrumento... y adios.

—¿Pero que he de hacer yo aquí?

—Primero quitaros la capa, la daga y la espada como si estuvierais en vuestra casa: mandar, hacer y desahacer, y que cuando venga Dorotea os encuentre apoderado de vuestro lugar de dueño.

—Pero esto me repugna...

—Seguid mi consejo... por veinticuatro horas.

—Pero si lo sabe doña Clara...

—Yo me encargo de eso. Pero adios. Me están esperando en las Descalzas reales.

Y Quevedo salió.

Juan Montiño permaneció algun tiempo perplejo, y despues sigió el consejo de Quevedo.

Se quitó la capa y el talabarte, acercó un sillon al brasero de plata que templaba la sala y poco despues dijo:

—¡Casilda!

Presentóse la negra y miró con asombro á Juan, apoderado de la casa de su ama.

—¿Qué me manda vuesamerced, señor? dijo.

—Traeme un vaso de sangría.

La esclava salió y poco despues entró con un vaso lleno de un líquido rojo en que flotaba una rueda de limon y puesto sobre una salvilla de plata.

Montiño se quedó solo pensando alternativamente en las cosas siguientes:

Primero en doña Clara.

Despues en la reina.

Luego en su banda de capitan.

Por último en Dorotea.

Al fin pensando en ella y bajo la influencia de la sangría, del calor del brasero y de la soledad, se quedó dormido.

CAPITULO XVII.

De como entre unos y otros no dejaron parar en toda la mañana al cocinero de su magestad.

Dejamos á Francisco Martinez Montiño en casa de la señora María.

Cuando la vieja se encontró sola con él, volvió toda su cólera contra la única víctima que le quedaba.

—Os habeis perdido y perdereis á vuestro sobrino, le dijo: y todo por vuestra avaricia.

—Tengamos la fiesta en paz, señora María: ni yo me he perdido ni trato de perder á nadie y con esto quedad con Dios, que yo solo venia por mi sobrino, y no habiéndomele llevado me voy á la cocina.

—Bien hareis en estar en ella, y en no perder en vista las cacerolas, y en ver quien anda con ellas.

—¿Qué quereis decir?

—Nada señor Francisco, nada... yo me entiendo y se lo que me digo...

—Pues maldito si os entiendo ni quiero entenderos. Quedaos con Dios, y si vuelve mi sobrino tratadle bien, y no seais con él parlanchina ni imprudente... ved que mi sobrino es mucho hombre y os pudiera pesar.

—¿Por qué no casais á vuestro sobrino con vuestra hija..? aunque os lo están acostumbrando mal ¡habersele llevado el tio Manolillo á casa de la Dorotea...!

—Quedad, quedad con Dios, que vos por hablar os olvidais de todo y yo no puedo olvidarme de nada. Conque hasta mas ver: muchas cosas al señor Melchor.

—Id con Dios y abrid los ojos.

—¡Oh! ¡maldiga Dios las malas lenguas! murmuró Montiño saliendo de la casa de la señora María Suarez.

Y se alejó la calle adelante.

—¡Qué le case con mi hija! pensaba el cocinero mayor: indudablemente que este seria un buen negocio ¿pero lo tomaría á bien su padre..? el duque de Osuna es un señor terrible... ¡y aquel cofre..! ¿que habrá en aquel cofre..? ¿para que se habrá llevado el tio Manolillo á Juan á casa de la Dorotea..? ¿y como señor? ¿Como se anda Juan por esas calles de Dios al descubierto, despues de haber dado de estocadas á don Rodrigo?

Todos estos pensamientos incoherentes, revueltos, se agitaban de tal modo en la cabeza del cocinero mayor, que andaba maquinalmente sin ver por donde iba.

Cuando entró en palacio por la puerta de las Meninas, sintió que le tocaban en un hombro.

Volvióse y se encontró delante de un viejo apergaminado.

—¡Ah! ¡el rodrigon de doña Clara Soldevilla! esclamó.

—Vuestro humilde criado, señor Francisco, dijo el vejete.

—¿Sois vos el que me ha tocado?

—Si señor, yo, que buscaba á vuesamerced. He estado en las cocinas y no hallándole allí, fuí á santo Domingo el Real por ver si allí le encontraba.

—¿Y qué me quereis?

—Mi señora os llama.

—¿Ahora mismo...?

—Ahora mismo.

—Decid á vuestra señora que me es imposible: que falté ayer de la cocina, por asistir, de órden del rey, á la de su escelencia el duque de Lerma, y que de seguro tendré mucho que arreglar: si yo faltara hoy tambien, sabe Dios lo que sucederia.

—Mi señora me ha dicho, que si os negábais á acudir, os dijese que lo manda la reina.

—Pero señor, esclamó Montiño: ¿quieren matarme..?

—Señor Francisco, yo digo lo que me dicen.

—Pues vamos allá, esclamó Montiño con una resolucion heróica.

Subieron por la escalerilla de las Meninas, atravesaron parte del alcázar, y al fin el rodrigon abrió una puerta, hizo atravesar á Francisco Montiño una antesala y le introdujo en una sala.

En ella, sentada junto á la vidriera de un balcon, estaba la hermosa doña Clara.

Su semblante aparecia pálido y triste, pero se animó cuando vió al cocinero mayor.

—Besoos los piés, señora, dijo este inclinándose delante de la jóven.

—Dios os guarde, Montiño, dijo doña Clara: ¡con cuanta impaciencia os he esperado! Sentaos.

—¿Y á causa de que ha sido esa impaciencia, señora? dijo Montiño sentándose.

—Anoche han pasado cosas muy graves.

—No se... ignoro... contestó Montiño: indudablemente en mi familia han pasado graves cosas, como que ha muerto mi hermano mayor...

—¡Qué desgracia! ¡vaya por Dios!

—Ya era anciano... pero tuve que ir allá... á Navalcarnero.

—Si, si, ya se que habeis estado anoche fuera de vuestra casa... no debeis dejar vuestra casa sola, especialmente de noche, señor Montiño... ¡dos mujeres solas!

—¿Esta tambien? dijo para sí Montiño. ¿Pero señor que pasará en mi casa?

—Os esperaba con impaciencia, para haceros algunas graves preguntas.

—¿Puedo yo contestar á ellas?

—Indudablemente.

—Pues bien, escucho.

—¿Teneis un sobrino?

—Si señora.

—¿Se llama Juan Martinez Montiño?

—Si señora.

—¿A qué ha venido ese jóven á la córte?

—Ha venido... pues... ha venido á avisarme de que mi hermano se moria.

—¿Náda mas...?

—Nada mas.

—Y decidme: ¿quién os dijo que don Rodrigo Calderon tenia ciertas cartas?

—¡Qué cartas...!

—Cartas que comprometian...

—No os entiendo, señora.

—¡Montiño! ¡estais comiendo el pan de su magestad!

—Eso es muy cierto, señora... pero... suceden tales cosas, que no se que hacer... no se que decir...

—Pues es necesario que sepamos á que atenernos...

—Mi sobrino es muy afortunado. ¿No es verdad?

A aquella pregunta imprevista, doña Clara se puso encendida como una guinda.

Montiño se equivocó al interpretar aquel rubor.

—En palacio señora, dijo, nos vemos obligados á hacer cosas que nos repugnan.

—¿Qué quereis decir...?

—Seamos francos y no nos ocultemos nada.

—¡Qué no nos ocultemos..!

—Yo se que Juan tiene amores en palacio.

—¿Qué sabeis...? ¿os ha dicho ese jóven...?

—No por cierto: es callado y firme como una piedra: pero yo he adivinado... es mas, tengo pruebas... es un secreto terrible... y si para ello me llamais... entendámonos completamente.

—Esplicaos con claridad, dijo doña Clara con la mayor reserva.

—Su magestad tiene disculpa... ¿nos puede escuchar alguien?

—Nadie, Montiño, nadie, dijo doña Clara que estaba cada vez mas encendida.

—Pues: el rey es el rey..... siempre rezando y siempre cazando..... pero sacadme de una duda: ¿donde ha visto su magestad á mi sobrino? digo á mi sobrino, por costumbre.

—¡Cómo! ¿no es vuestro sobrino?

—Doña Clara, os voy á confesar un gran secreto... Juan no es Montiño, sino Giron.

—¡Dios mio! esclamó doña Clara.

Y de encendida que estaba, se puso pálida como una difunta.

—Si, si señora; es hijo natural del gran duque de Osuna.

—¡Ah! ahora comprendo...

—¿Qué doña Clara..?

—Nada, nada: pero habia encontrado algo de singular en la mirada de ese jóven.

—Ya lo creo... cuando se entusiasma, cuando se embravece, se asemeja á su padre.

—¿Pero estais seguro, Montiño? ¿no os engañais?

—Mirad, señora, y juzgad, dijo Montiño sacando de su ropilla la carta que le habia traido la noche antes Juan: os revelo un secreto de familia; pero vos le guardareis.

—Si, si, pero dadme.

Montiño entregó la carta á doña Clara, que la leyó con un profundo interés.

—Aquí consta, dijo, que ese jóven es hijo de un gran señor y de una noble dama; pero el nombre... el nombre de su padre no está...

—Ya veis que mi hermano no se atrevió á confiarlo á un papel que puede perderse, pero cuando llegué me lo reveló.

—¿Y era... el duque de Osuna?

—Si, si señora...

—¿Y su madre..?

—Faltó el habla á mi hermano para revelármelo... murió poco despues de haber llegado yo.

—¡Qué desgracia! un secreto á medias... ¿y sabe él ese secreto?

—No, no señora: y si os lo revelo á vos, es porque media su magestad la reina...

—¡La reina..!

—Ya que se ha dignado favorecer á mi sobrino... á don Juan Giron, quiero decir... debe satisfacerla que alienta en sus venas la generosa sangre de los Girones.

—¿Pero qué la importa á su magestad..? dijo severamente doña Clara: don Juan la ha hecho un eminente servicio... la reina se lo agradece... y nada mas... ¿qué enredos son estos?.. ¿qué fatalidad puede haber para que se tome el nombre de su magestad de una manera ambigua?

—Perdonad, señora, pero yo no he querido decir...

—Cuando se habla de la reina, las palabras deben ser muy claras.

—Vamos, dijo para sí Montiño, he cometido una torpeza: doña Clara quiere todo el secreto y todo el provecho para sí.

—Os he llamado, dijo doña Clara, para saber cuántas personas conocen ese funesto secreto de haber tenido don Rodrigo Calderon cartas de la reina... cartas inocentes... cartas que nada tienen de vergonzosas, pero que debian ser destruidas, y que lo han sido por el valor de ese caballero... pero no basta... es necesario que no quede ni la mas leve nube

delante del nombre de su magestad. ¿Quién os dijo que don Rodrigo tenia esas cartas?

—Un tal Gabriel Cornejo, dijo Montiño dominado por doña Clara.

—¿Y quién es ese hombre? dijo doña Clara poseida de un terror instintivo.

Montiño se arrepintió de haber pronunciado aquel nombre, y no se atrevió á contestar.

—¿Quién es ese hombre? repitió con energía doña Clara.

—Es... un pobre diablo... un prendero del Rastro... contestó tartamudeando Montiño.

—¡Un prendero del Rastro..! ¿y á tales gentes ha ido á parar un secreto de su magestad?

—¿Que quereis, señora? don Rodrigo...

—Es un miserable, ya lo sé... ¿y ha sido don Rodrigo?..

—Don Rodrigo trata con una comedianta...

—¡Ah!

—Y esta comedianta que le ama...

—Le ha arrancado el secreto...

—¿Ha visto las cartas de su magestad?

—¡Ah! ¿pues no comprendo bien?..

—La comedianta fué á ver al Cornejo para pedirle un bebedizo, y le reveló el secreto de las cartas.

—Mas claro... mas adelante... concluid... ¿cómo ha llegado á vos ese secreto?

Montiño sudaba.

Doña Clara, inflexible, con una fuerza de voluntad incontrastable, dominaba al cocinero mayor.

—¿Quién me habrá metido á mí en estos enredos? decia para sí el cocinero.

—¿Cómo sabeis vos lo de las cartas? repitió doña Clara.

—Yo, señora... como tengo mujer... como tengo una hija...

—¿Pero qué tienen que ver en esto vuestra mujer y vuestra hija?

—Tienen... porque me obligan á pensar en ser rico...

—¿Pero no me comprendeis? ¡yo no os preguntó eso! ¡nada me importa eso!

—Es que, señora, como quiero ser rico, trato con ese Gabriel Cornejo.

—Me estais haciendo perder la paciencia.

—Estoy turbado, señora... no sé lo que me sucede... no sé lo que pasa á mi alrededor.

—Pues bien, procurad tranquilizaros, y vamos en derechura al asunto.

—Prometedme, señora, que alma viviente no sabrá lo que voy á deciros.

—Estad seguro de ello.

—Llevo toda mi vida trabajando, primero en la cocina de la señora infanta de Portugal, doña Juana; despues en la del señor rey don Felipe II, luego...

—¡Pero por Dios Montiño!

—Allá voy, allá voy... pues bien: á pesar de todo, he llegado casi á ser viejo sin ser rico... tenia en verdad, algunos ahorrillos... pero esto no era bastante... propúseme aumentar mis ahorros, poniendo dinero á ganancia... pero esto no es decente en un hidalgo... y si no hubiera tenido mujer é hija...

—Adelante, adelante.

—Pues como no era decente que yo me mezclase en cierta clase de asuntos, porque vengo de buen linage... me valí de ese Gabriel Cornejo...

—¿Y por causa de esas relaciones, dijo con impaciencia doña Clara, habeis llegado á saber?..

—Si, si señora... anoche se me presentó el tal Gabriel, y me dijo, que una dama encubierta, con trazas de muy principal, habia ido á casa de una tal María Suarez, mujer de un escudero llamado Melchior, y sin descubrirse pidió mil y quinientos doblones, por los cuales, se darian tres mil, pasando un mes, mediando un recibo de la reina...

—¡Ah!

—Aquella misma tarde el tio Manolillo, el bufon, habia ido á preguntar al tio Cornejo, cuánto queria por matar á un hombre principal: y como el tio Manolillo es pariente, ó amante, ó no se sabe qué de la comedianta, y como la comedianta tiene celos de la reina, y como don Rodrigo Calderon es un hombre principal...

—¡He aquí que ese Cornejo, que ese miserable, ha deducido..! y bien no importa... eso nada importa, afortunadamente.... ¿el nombre de esa comedianta? dijo doña Clara yendo á una mesa, buscando un papel y tomando una pluma.

—Dorotea, dijo Montiño enteramente atortolado.

—¿Dorotea, de qué?

—No tiene apellido.

—¿Es amante de don Rodrigo Calderon?

—Si señora... pero ocultamente...

—Esas mujeres, dijo con repugnancia doña Clara, tienen muy mala vida: si es secretamente... querida de don Rodrigo Calderon... tendrá de seguro otro amante público.

—Si, si señora: el duque de Lerma.

Doña Clara escribió.

—Bien, muy bien: ¿dónde vive esa mujer?

—En la calle Ancha de San Bernardo.

—Pasemos á la otra persona. ¿Qué antecedentes son los de ese tio Cornejo?

—No sé, no sé, dijo verdaderamente asustado Montiño.

—Tratándose de la honra de su magestad, dijo severamente doña Clara, ya comprendeis, Montiño, que es necesario obrar de una manera enérgica: creo que os será preferible confesar ante mí que ante otra persona...

—Por último, señora, dijo Montiño, sobreponiéndose á la situacion: este es un asunto que no puede llevarse ante la justicia, porque su magestad media: yo me he encontrado metido en él sin saber cómo, de buena fé...

—¡Pero si yo no os acuso! solo quiero saber...

—Pues bien señora, acerca del tal Cornejo, no sé nada.

—Os advierto una cosa. Es cierto que este asunto no puede llevarse á una audiencia: pero en España hay un tribunal, que con el mayor secreto, por medio de sacerdotes, averigua todo cuanto necesita averiguar.

—¡La Inquisicion! esclamó con terror Montiño.

—Hay un hombre, un santo, que defiende en esta córte tan corrompida, tan odiosa, la inocencia y la justicia: ese hombre es el confesor del rey: ya sabeis que fray Luis de Aliaga, es del partido de la reina, porque de parte de la reina están la razon y la justicia. Fray Luis de Aliaga ha sido recientemente nombrado inquisidor general.

—Os juro, señora, que yo no he tenido la menor parte... que cuando Cornejo se atrevió á indicarme que su magestad habia escrito cartas de amores á don Rodrigo... le desmentí... le desmentí con toda mi alma, porque yo sé que su magestad es una santa...

—Y sin embargo, engañado por las apariencias, habeis creido que su magestad amaba á... ese don Juan... á ese vuestro sobrino postizo...

—Yo no tengo la culpa de que se me haya mandado le enviase á pa-

lacio... hice lo que debia hacer; reprendí á Cornejo... le aterré... y sabiendo que don Rodrigo Calderon llevaba sobre sí las cartas que comprometian á su magestad... llevé á mi sobrino, quiero decir, á don Juan Giron, á un lugar donde podria encontrar á don Rodrigo, y le dije:—Mátale hijo, quítale las cartas de su magestad y llévalas á palacio donde te llaman. Mi sobrino.... perdonad: la costumbre me hace equivocarme.

—Equivocaos siempre: llamad siempre á ese jóven vuestro sobrino.

—Pues bien, mi sobrino ha obrado como un valiente, y yo como bueno y leal.

—No lo dudo... y por lo mismo debeis manteneros en vuestra honrosa lealtad, diciéndome cuanto sepais de ese Cornejo.

—Por el amor de Dios, señora, que no pronuncieis despues de esto mi nombre para nada. Ya sabeis que yo soy inocente.

—Podeis estar seguro de ello: pero hablad.

—Gabriel Cornejo, ha estado en galeras por robos y homicidios.

—¡Ah!

—Es galeote huido.

—Mas, mas que eso: con eso solo tiene que ver la justicia ordinaria, y de la justicia ordinaria no podemos valernos. ¿No decís que esa comedianta pidió un bebedizo á ese hombre?

—Si señora.

—Ese hombre tendrá, pues, un tanto de ensalmador, y otro tanto de brujo...

—Si, si señora: no tiene por donde el diablo le deseche.

—Bien: ¿y creeis que puedan encontrarse pruebas en su casa?

—Es probable... dientes de ahorcado, vasijas, untos... yo no lo he visto, pero lo supongo...

—¡Y vos tan cristiano, vos criado del rey Católico, os tratais con esa clase de gentes..!

—¡Ah señora! ¡si yo no tuviera mujer... si yo no tuviera hija...! ¡sino estuviese á punto de tener otro hijo...!

—Por la familia debe un hombre arriesgar la vida: pero debe conservar la honra... y sobre todo... ¡el alma! esclamó con repugnancia, y aun podremos decir que con horror, doña Clara.

—Estoy arrepentido...

—Bien, bien... dijo doña Clara, consultando el papel en que habia escrito: Dorotea vive en la calle Ancha de San Bernardo: está enlazada, no se sabe cómo, con el bufon del rey; es manceba secreta de don Ro-

drigo Calderon, y pública del duque de Lerma. Gabriel Cornejo es usurero, galeote huido, y brujo: ¿dónde vive ese hombre?

—Tiene una ropavejería en el Rastro.

—Además se trata con una María Suarez... ¿dónde vive esa mujer..?

—Creo, señora, que sabeis demasiado donde vive, y quién es la señora María.

—¡Yo!

—Creo que vos sois la dama principal que estuvo anoche en casa de la señora María.

—¡Yo! teneis la mala cualidad de suponer absurdos. ¿Qué tenia yo que hacer casa de tales gentes?

—Esa mujer, dijo desalentado Montiño, vive en la calle de la Priora.

—Bien, muy bien. Y vuestro sobrino... ¿dónde para?

—Preguntádselo al tio Manolillo.

—¡Al tio Manolillo!.. ¿pues qué el tio Manolillo le conoce?

—El tio Manolillo conoce á don Francisco de Quevedo, y don Francisco de Quevedo es amigo de de... mi sobrino.

—Habeis cumplido como yo esperaba de vuestra lealtad, Montiño, dijo doña Clara ya con semblante mas benévolo, y nada teneis que temer: seguid ayudándonos, y nada temais.

—¿Qué os ayude yo, señora?... ¡yo inútil, enteramente inútil!

—Ya sabemos lo que sois y lo que podeis, y contamos con vos. Pero estais inquieto, impaciente...

—Como que no he ido todavía á las cocinas, y ya debe de estar almorzando el rey. Si se han descuidado... si ha ido algun plato mal servido...

—Id, id, Montiño: tranquilizaos, nada temais. Id, que os guarde Dios.

Al llegar á la puerta esterior de las habitaciones de doña Clara, oyó la fresca y sonora voz de la jóven, que dijo:

—Que me vayan á buscar al bufon del rey.

—¿Para qué querrá doña Clara al bufon del rey? dijo Montiño alejándose rápidamente á lo largo de una galería, en direccion á unas escaleras que conducian á las cocinas. Seria chistoso que fuese doña Clara la dama de quien está enamorado mi... sobrino (es necesario que yo crea que es mi sobrino, á fin de que ni por descuido pueda írseme una palabra en contrario). ¿Si será, repito, esta doña Clara la mujer de quien mi sobrino está enamorado? ¿si será doña Clara la confidenta de sus amores

con..? pero, señor, ¿por dónde ha venido este enredo? ¿y ese afan de todos de hablarme de mi casa y de mi mujer..? vamos, es necesario no pensar en esto: ¿pero y lo otro? las cartas, don Rodrigo herido, la Dorotea, Cornejo, y la Inquisicion á punto de tomar cartas en el negocio. Con esto, y conqué me hayan echado á perder la vianda de su magestad, no nos falta mas. ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! y quién me ha metido á mi en estas cosas. ¿Para qué diablos ha venido mi sobrino á Madrid?

Y Montiño subia de dos en dos los peldaños de la estrecha escalera de caracol.

Cuando llegó jadeando á lo alto, atravesó, á la carrera casi, una crugía, se entró en la cocina, y sin hablar una palabra se precipitó á las hornillas, y levantó la tapa de una cacerola de una manera nerviosa.

Los ojos de Montiño brillaron de una manera particular.

—¿Quién ha rellenado este capon? dijo con voz estentórea y amenazadora.

A aquella pregunta, todos detuvieron sus faenas, y todos callaron: pero las miradas de todos se fijaron en un mozangon que miraba entre turbado é insolente á Montiño.

—¿Has sido tú, Aldaba del infierno? ¿has sido tú? esclamó Montiño, arrojando con cólera la tapadera, y echando mano á la espada que desenvainó.

Cosme Aldaba, que era el delicuente, cayó de rodillas en la situacion mas comicamente melodramática que puede darse.

—¿Quién te ha dicho, infame, esclamó todo irritado el cocinero, que á un capon relleno se le dejan el pescuezo y las patas? ¿No te he dicho cien veces que estos capones se rellenan entre cuero y carne, que no se les hecha en el relleno carne cruda, sino cocida, y que cuando se le pone á cocer, se les echan yemas de huevo picadas? Ven acá hereje y mal nacido, ven acá y huele y dime si esto huele á capon relleno?

Y asió á Cosme Aldaba del cogote le llevó á la hornilla y le hizo meter casi las narices en la cacerola.

Despues le arrojó de sí y le plantó cuatro ó cinco cintarazos.

Aldaba huyó dando gritos.

—¿Y quién ha sido, añadió Montiño cuyos ojos parecian próximos á saltar de sus órbitas, quien ha sido el que ha dejado que un galopin haga un plato que es difícil para mas de un oficial?

Todos se callaron.

—Es que el señor Gil Perez, tenia que ir á ver á su coima y me di-

jo que hiciera ese capon, esclamó desde la puerta con voz quejumbrosa el galopin Aldaba.

—¡Ah! ¿con que es decir, que las coimas son aquí primero que las viandas de su magestad? á la calle, Cosme, á la calle, y no me vuelvas á parecer por la cocina, ni en seis leguas á la redonda, y el señor Gil Perez que busque otro acomodo: asi escarmentarán los otros oficiales y no dejarán sus cuidados á los galopines. ¿Pero qué es esto? aquella empanada de pollos ensapados se abrasa.. ¡ya se ve! ¡si os estais todos parados, ahí mirándome como á una cosa del otro mundo...! ¿Apostamos á que hoy no tendremos un solo plato á punto que poner en la mesa de su magestad?

—Del señor duque de Lerma, dijo una voz detrás de Montiño.

Volvióse el cocinero mayor, y vió á un lacayo que le entregaba una carta.

Tomóla con la mano temblorosa aun por la cólera, la abrió y vió que decia.

«Señor Francisco: venid al momento, necesito hablaros.—El duque de Lerma.»

—Decid á su escelencia que no puedo separarme en este momento de la cocina: dijo al lacayo.

—Tengo órden de no irme sin vos.

—Pues no quiero ir.

—Tengo órden de presentaros, si os negais, esta otra carta.

El cocinero la tomó, y la abrió.

«De órden del rey, decia, y bajo vuestro cargo y riesgo, y pena de traicion seguireis al portador. El duque de Lerma.»

—Vamos, dijo el cocinero de su majestad, envainando su espada arreglándose de una manera iracunda el cuello de la capa y arrojando una mirada desesperada á la hornilla.

Poco despues seguia por las calles al lacayo del duque de Lerma.

CAPITULO XVIII.

El tio Manolillo.

Llena estaba la antecámara de audiencias de palacio, de pretendientes, cuando el tio Manolillo llegó al alcázar.

Su semblante, que hasta allí habia ido sombrío, pálido, contraido, se dilató, su boca estereotipó su maliciosa é insolente sonrisa de bufon, sus ojos vizcos empezaron á moverse y á lanzar miradas picarescas y su andar, sus ademanes, todo se trocó.

Sacó del bolsillo un cinturon de cascabeles y se le ciñó.

Luego atravesó dando cabriolas las galerías de palacio.

El pobre cómico habia delegado su corazon á lo profundo de su pecho, y habia empezado á desempeñar su eterno papel de loco á sueldo.

Cuando llegó á la antecámara de audiencias, cesó en sus cabriolas le detuvo un momento en la puerta, sonando sus cascabeles, como para llamar la atencion de todo el mundo, y luego con la mano en la cadera, la cabeza alta y la mirada desdeñosa, que parecia no querer ver á nadie, atravesó con paso lento, marcado y pretencioso la antecámara.

Todos los que le conocian en la córte se echaron á reir.

El tio Manolillo remedaba perfectamente la prosopopeya del duque de Lerma que poco antes acababa de salir con el mismo continente y la misma altivez de la cámara del rey.

Al llegar á la cortina, un sumiller le detuvo.

—No se puede pasar, le dijo.

—¡Eh! ¿qué sabeis vos? dijo el tio Manolillo: yo no paso, me quedo.

—El rey...

—¿Y quién hace caso del rey?... el rey sabe menos que nadie lo que se dice... déjame entrar ó te entro.

Y como el sumiller se opusiese, el tio Manolillo le asió por la pretina y se entró con él en la cámara real.

—Hermano Felipe, dijo al rey: aquí te traigo á este para que le castigues... se ha atrevido á faltarme al respeto... ¡pretender que la locura, no entre en la cámara del rey!

—Idos Bustamante, dijo el rey al sumiller. Ven acá, Manolillo. El señor Inquisidor general tiene que hacerte algunas preguntas.

Y el rey señaló al padre Aliaga, que estaba sentado en un sillon frente á la mesa donde almorzaba el rey.

—Dame primero de almorzar, porque asi como tú por haber pasado una buena noche tienes apetito, yo por haberla pasado en vela por tí, me perezco de hambre.

El rey empujó un plato hácia el bufon.

Este le tomó, se sentó sobre la alfombra, y se puso sin cumplimiento á comer.

—Están buenas estas lampreas, dijo: se conoce que no ha estado hoy en la cocina tu buen cocinero mayor.

—Calumnias al pobre Montiño. Es el cocinero mas famoso de estos tiempos.

—Lo era antes de tener mujer, pero su mujer le ha cambiado.

—¿Y vos, no sois casado, amigo Manolillo? dijo el padre Aliaga.

—No señor, la mujer con quien pude casarme, no tenia alma, y yo quiero las cosas completas. Por eso no me gusta la corona de España.

—¡Oh! ¡oh! dijo el rey.

—Si, si por cierto, porque la corona de España no tiene cabeza.

—Parece que os ha escuchado la conversacion, padre, dijo el rey.

—Todo consiste, en que el padre Aliaga es tan loco como yo.

—¿Me quereis esplicar eso, tio Manolillo? dijo el fraile.

—Con mil amores: pero dame otro plato Felipe; nunca hablo mejor que cuando tengo la boca llena.

El rey empujó otro plato hácia el bufon.

Este le tomó y dijo:

—Pues es necesario agradecerte el sacrificio que haces por mí, hermano, porque los embuchados te gustan mucho, razon porque te los sirven todos los dias tus dos cocineros Montiño y Lerma.

—¡Ah! ¡ah! ¡acometedor vienes hoy! dijo el rey riendo; algo sucede de seguro.

—Sucede, que no sucede nada.

—Pero decidme, ya que teneis la boca llena, tio, dijo el padre Aliaga: ¿por qué soy yo tan loco como vos?

—Porque vos como yo, os habeis empeñado en que un loco tenga juicio.

Y miró de una manera sesgada y maliciosa al rey.

—Como veis, dijo el padre Aliaga, su magestad almuerza sin gentiles hombres y sin maestresalas: está solo conmigo.

—Lo que demuestra que estais haciendo el oficio de loquero.

—Os ruego señor, dijo el padre Aliaga, que mandeis al tio Manolillo, avise al sumiller que no deje pasar á nadie, absolutamente á nadie, ni aun al mismo duque de Lerma.

—Ya lo oyes, obedece, dijo el rey.

—¿Qué será esto? dijo el tio Manolillo yendo hácia la puerta: ¡apoderado de ese imbécil el padre Aliaga, y que consejo conmigo! ¿qué querran? ¿sabrán algo? ¡veremos!

Y dió las órdenes al sumiller, cerró además la puerta de la cámara, y volvió á sentarse sobre la alfombra y á comer sus embuchados.

—Os ruego, dijo el padre Aliaga, que por estos momentos dejeis vuestro oficio de bufon y me respondais bien, lisa y llanamente.

—Entonces reclamo mi sueldo de consejero.

El rey sacó de su porta bolsa, una bolsa y la arrojó al bufon.

—¡Escudos de plata! ¡el rey no se conoce por su moneda de oro...! ¡pobre Felipe...! esclamó el bufon.

—Os pregunté, dijo el padre Aliaga, si habiais sido casado y me respondisteis...

—Que la mujer con quien yo pudiera haberme casado no tenia alma, por lo que no quise casarme con ella.

—Mas claro tio Manolillo: ¿vos no sois padre legítimo de Dorotea?

—¡Ah! esclamó el bufon como sorprendido, y dejando de comer: ¡Dorotea! ¿qué teneis vos que ver con Dorotea, padre?

Y los hoscos ojos del bufon dejaron ver un relámpago de amenaza.

—Deseo saber, ya que no podeis ser su padre legitimo, lo que sois de esa mujer.

—Soy su perro.

—Os he suplicado que me contesteis con lisura.

—Os he respondido la verdad: me tiendo á sus piés, lamo su mano, y velo por ella, siempre dispuesto á defenderla.

—¿Pero no es vuestra hija?

—No, contestó con voz ronca el bufon. ¡Oh! ¡si fuera mi hija!

—¿Ni vuestra... querida?

—¡Oh! ¡si fuera mi querida!

—¿Pero la amais?

—Ya os he dicho que soy su perro.

—Mas claro.

—Soy su protector. Ella dice: amo á este hombre, y yo la digo: amale: ella me pregunta ¿me vengareis si me ultrajaren? yo contesto: el que te ultraje muere.

—¿Habeis querido matar por tanto á don Rodrigo Calderon?

—Sí.

El rey miraba con espanto al tio Manolillo.

—No te conozco, le dijo.

—Tienes razon, hermano Felipe, dijo el bufon, porque ahora estoy loco.

—Decidme: dijo el padre Aliaga, ¿de quién es hija esa desgraciada?

—Un dia, dijo el tio Manolillo: por mejor decir: una noche... estaba yo en una casa de vecindad... tenia en ella un entretenimiento: una doncella asturiana que me ayudaba á comer mi racion: era ya tarde: de repente en el cuarto de al lado oí gritos; gritos desesperados, arrancados por un dolor agudo: gritos de mujer acompañados de invocaciones á la madre de Dios.

El rey habia dejado de comer y escuchaba con atencion.

El padre Aliaga con la cabeza apoyada en su mano, miraba profundamente al tio Manolillo.

El bufon estaba pálido y conmovido.

—Aquellos gritos, continuó el bufon, cesaron, y tras ellos oí el llanto de una criatura recien nacida.

—¿Era ella? ¿era esa Dorotea, Manolillo? dijo el rey.

—Sí, era ella, señor, dijo el bufon tratando por la primera vez al rey con respeto, como sino hubiese querido unir nada trivial á lo solemne de

aquel recuerdo: era ella que nació, la desventurada, en las primeras horas del dia en santa Dorotea.

El bufon inclinó la cabeza y se detuvo un momento.

Luego la alzó y continuó.

—A poco de haber nacido esa infeliz, oí dos voces: una débil, dolorida, llorosa, otra áspera, imperativa brutal.

—Es una niña, dijo el hombre.

—¡Oh! esclamó la mujer llorando ¿y no tener quien me ayude? ¡no tener un mal trapo en que envolver á este ángel!

—¿Y para qué? dijo el hombre: voy á envolverla en mi capa y á llevarla á la puerta de un convento.

—¡Oh! ¡no! ¡es mi hija! ¡no me róbes mi hija; ya que me has robado mis padres! dijo la mujer sollozando.

Tras estas palabras oí una lucha corta, pero breve, acompañada del llanto de una criatura: la lucha de un fuerte y de un débil: luego la voz de la mujer que gritaba.

—¡Mi hija! ¡la hija de mis entrañas! ¡dáme mi hija!

Y sentí pasos que se alejaban y una puerta que se abria y se cerraba de golpe y la voz de la mujer que gritaba:

—¡Maldito! ¡maldito! ¡maldito seas!

Despues un golpe, sordo como de un cuerpo que caia en tierra, y luego nada.

Yo así á mi manceba por la mano (ella lo habia oido todo como yo; era una buena muchacha y estaba horrorizada) la saqué de la habitacion al corredor, abrí la puerta de la habitacion vecina,—socorre á esa infeliz —la dije, empujándola dentro, y yo me lancé á la calle, y seguí á un bulto que se alejaba.

—Una criatura recien nacida que lloraba bajo su capa, me indicó que era él.

De tres saltos me puse junto á su lado.

—Una madre te ha maldecido, y yo soy la mano de Dios; esclamé.

Y le dí de puñaladas.

—¡De puñaladas! dijo el rey.

—Si, si por cierto, de puñaladas, el hombre que roba á una madre su hija, el hombre á quien una madre desventurada maldice, debe morir.

—¿Y confiesas el delito delante del rey? dijo severamente Felipe III.

—En primer lugar no fue delito: en segundo lugar ya lo confesé, y he cumplido la penitencia. ¿Y luego no velo yo por Dorotea? ¿no me sacrifico por ella? ¿no sufro un infierno por ella?

—¿Pero aquel hombre murió? dijo profundamente el padre Aliaga.

—No lo sé, contestó el bufon: yo no me detuve mas que á recoger la criatura, la envolví en mi capa y me volví á la casa de vencidad.

Cuando entré en el cuarto... (no lo olvidaré jamás) no habia mas muebles que un banco de madera, una mesa y un jergon casi deshecho cuando entré, ví que la infeliz que estaba aun desmayada, ensangrentada entre los brazos de Josefa, mi manceba, era una jóven como de veinte años, rubia, muy flaca, pero muy hermosa. ¿Conoceis á Dorota, padre?

—No.

—¿Pues por qué me preguntais por ella?

—Continuad.

—Cuando conozcais á Dorotea, sabreis cuan hermosa era Margarita.

—¡Margarita! esclamó el padre Aliaga poniéndose letalmente pálido.

—¡Se llamaba Margarita! observó maquinalmente el rey.

—Si, se llamaba Margarita: segun me dijo despues en algunos intérvalos de razon aquella desgraciada, porque se habia vuelto loca, habia salido de su casa con un soldado, habia corrido con él algunas tierras, y al fin habian venido á parar á Madrid, donde el amante vivia de las estocadas á oscuras que daba por la villa, la maltrataba, y, por último, la habia exigido que se prostituyese para ayudarle á vivir.

El padre Aliaga temblaba de una manera poderosa y concentrada.

—Algunas veces, continuó el bufon, cuando yo la preguntaba el nombre de sus padres me decia:

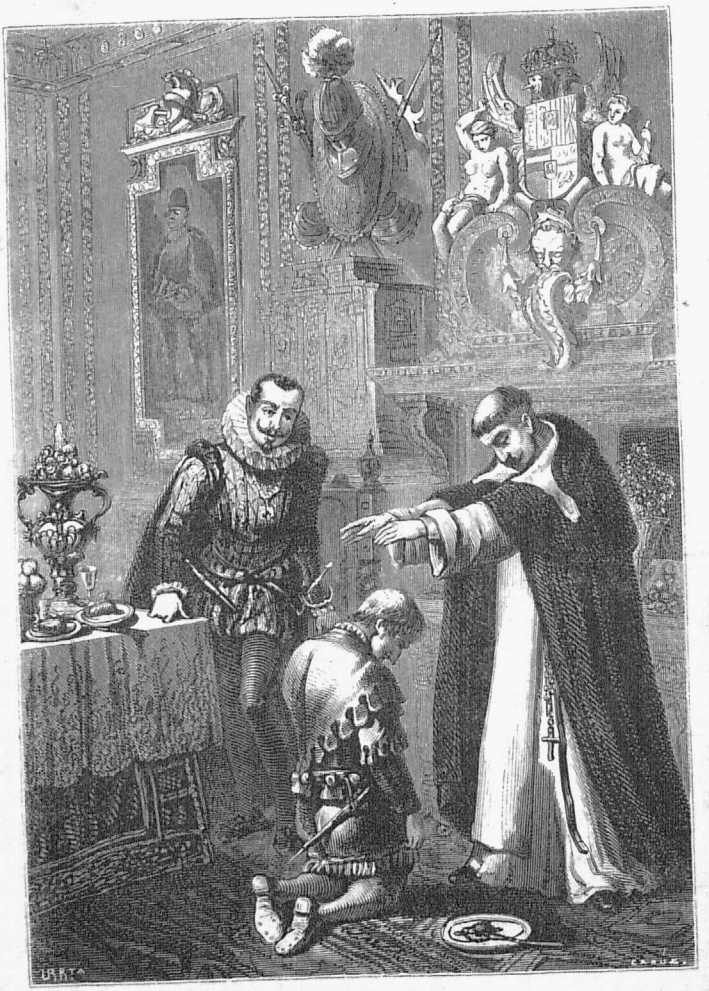
—No, no: yo he deshonrado su nombre: yo no tengo padres: Luis que me vió huir, se lo habrá dicho á mis padres y me habrán maldecido.

—¿Y quién es Luis? la preguntaba yo.

—¡Luis! Luis era mi hermano, me contestaba la infeliz con dulzura: él me amaba y yo... yo amé á otro... ¡pobre Luis!

—Y qué ha sido de esa desdichada dijo el padre Aliaga cubriéndose los ojos con la mano para ocultar sus lágrimas y procurando contener la revelacion de aquel llanto que aparecia en su voz.

—Murió: murió entre mis brazos loca, desgarrándome el alma al morir, porque yo la amaba, la amaba con toda mi alma y continuo amándo-



..YO, MINISTRO DE DIOS, TE ABSUELVO DE ESA MUERTE...

la en su hija. Ahora bien ¿creis que yo pequé? ¿que cometí un delito matando al infame asesino de Margarita?

—¡No! ¡no! dijeron al mismo tiempo el rey y el padre Aliaga.

—Yo te indulto de esa muerte, Manuel, dijo el rey, yo Felipe de Austria, rey de las Españas.

—¡Y yo, dijo el padre Aliaga levantándose y estendiendo sus manos sobre el bufon que al levantarse, al ver la accion del fraile, habia quedado de rodillas: yo ministro de Dios, te absuelvo de esa muerte en el nombre del Padre y del Hijo y del Espiritu-santo!

—¡Amen! dijo con una profunda uncion religiosa Felipe III.

—¡Ah! dijo el bufon cambiando de aspecto de una manera singular: vos, padre Aliaga, sois un santo y llegareis á mártir y tu hermano Felipe, aunque eres tonto, no eres malo. Dios os lo pague á los dos: á tí por tu indulto hermano rey, y á vos por vuestra absolucion, padre Aliaga.

Hubo un momento de silencio.

El tio Manolillo se habia levantado y llenaba lentamente de vino una copa.

El padre Aliaga estaba profundamente pensativo.

El rey oraba.

El bufon se bebió de un trago la copa.

—Ahora bien, dijo, y ya que sabeis que Dorotea no es ni mi hija, ni mi amante, ¿qué quereis de ella? ¿porque me habeis preguntado por ella?

—Basta, basta, dijo el padre Aliaga, me siento malo, y con la venia de vuestra magestad me retiro.

—Id con Dios padre Aliaga, id con Dios, dijo el rey.

—Os espero esta tarde en el convento de Atocha, dijo el padre Aliaga al bufon.

—Iré, dijo el tio Manolillo.

El padre Aliaga hincó una rodilla en tierra y besó la mano al rey.

Despues salió.

—¡Es muy singular la historia que nos has contado! Manolillo: dijo el rey.

—Tan singular, que me ha hecho daño el contarla y me ahogo en la cámara: es demasiado fuerte ese brasero y hace aquí calor. No sé como puedes resistir esto Felipe: tus gentes te cuidan muy mal; yo en lugar tuyo ya tendria consumida la sangre. Tú no quieres creerme. Hecha de tu lado á Lerma y á Olivares, y á Uceda, que son otros tantos braseros en que se abrasa la sangre de España, y que acabarán por sofocarte.

—¿Sabes, Manolillo, que despues de lo que me has contado, me pareces otro hombre? dijo el rey.

—¡Bah! tú que has nacido para ser víctima, no conoces la venganza. ¡Peor para tí!

—Un cristiano no puede, no suele ser vengativo.

—¡Pobre rey! mañana te herirán en el corazon... digo, si es que tú tienes corazon.

—¡Que me herirán en el corazon!

—¡Si mañana te matasen á tu buena esposa...!

—¡Oh! ¡si un traidor se atreviese á la reina, moriria; esclamó el rey con una llamarada de firmeza.

—¡No, no querrá Dios! dijo de una manera profunda el tio Manolillo, no pensemos en eso. Me voy y te dejo solo, Felipe; pero cuidado conque te metas con mi Dorotea, porque...

—¿Por qué?

—Porque me volveré loco, tendrás que hacer de Lerma tu bufon, y su escelencia te divirtiria muy poco: adios.

Y el tio Manolillo salió, dejando solo en su cámara á Felipe III.

CAPITULO XIX.

De cómo el tio Manolillo hizo que doña Clara Soldevilla pensase mucho y acabase por tener celos.

Al salir por una puerta de servicio, el tio Manolillo se vió detenido por el rodrigon de doña Clara Soldevilla.

—Os buscaba, maese, le dijo, y me habeis tenido cerca de una hora esperándoos en la antecámara de audiencias. Conque daos prisa y venid, que os espera la dama mas hermosa que se tapa con guardainfante.

—¡Ah, mal engendro! ¡ingerto de dueña en cuerpo de sapo..! ¿qué me querrás tú que bueno sea..? Mas ahora recuerdo... en efecto... doña Clara Soldevilla tiene el malísimo gusto de hacerse servir por tí: si es ella quien me llama huélgome, porque si ella no me llamara iria yo á buscarla.

—Pues ved ahí, que mi señora es quién os ruega que vayais á su aposento.

—Pues tirad adelante, don rodrigon, consuelo de contrahechos.

—¡Bah! tengamos la fiesta en paz, tio, que no sois vos ciertamente quien puede hablar de corcobas: y vamos adelante que mi señora espera.

—Pues adelantemos.

Y el rodrigon tiró delante del tio Manolillo y le introdujo al fin en la misma habitacion donde habia introducido antes al cocinero mayor.

El bufon quedó solo con doña Clara, que le salió al encuentro.

—¿Con qué al fin? dijo el bufon, mirando de una manera fija y burlona á doña Clara.

—¿Qué quereis decir? contestó la jóven.

—Digo que viene el sol, y derrite la nieve que ha estado hecha una piedra durísima todo el invierno.

—Venis tan hablador como siempre, Manuel, y os agradecería que me habláseis con formalidad.

—Tan formal vengo, que vengo á hablaros de lo mas formal del mundo.

—¡Cómo! yo creia que veniais porque os llamaba.

—En efecto: pero como yo he pensado buscaros á vos, antes que vos pensárais en buscarme á mí, me corresponde de derecho empezar primero. Y empiezo... pidiéndoos la mano, que el corazon no, para un amigo mio.

—Si volveis con ese enojoso asunto... dijo severamente doña Clara.

—Es verdad, repuso el bufon interrumpiéndola, que olvidándome de quién soy, y lo que á mí mismo me debo, vine un dia á traeros de parte del rey mi señor, una gargantilla y un billete.

—Por lo mal parado que entonces salísteis...

—Entonces erais nieve, y como el rey no es sol ni mucho menos...

—¿Venis decidido á no dejarme hablar del asunto para que os he llamado?

—Me corresponde de derecho el hablar antes del asunto que me trae á buscaros. Ya os he dicho que se trata de vuestra mano.

—Acabareis por impacientarme, Manuel.

—Yo creo que estais ya bastante impacientada.

—Será al fin necesario oiros, para que acabeis pronto.

—Os aseguro, que por interesante que sea para vos, señora la mas hermosa y mas dura que conozco, lo que teneis que decirme, os interesa mas lo que yo voy á deciros. Como que se trata de vuestros amores.

Púsose la jóven vivamente encarnada y escesivamente seria.

—Antes si erais fria como la nieve, teniais el alma blanca y pura como cuando erais piedra. No hay, pues, porque avergonzarnos, porque yo amo, tú amas, aquel ama, y todos en fin amamos.

—¿Pero qué estais diciendo, Manuel?

—Digo que sois la mujer mas dichosa y mas desdichada que conozco.

—No os entiendo.

—Dichosa, porque os ama un hombre que... perdonad... no os enojeis, no voy á hablaros de mi hermano Felipe, sino de mi amigo Juan Giron y Velasco que os adora... con toda su alma, como un loco.

—¡Juan Giron y Velasco, habeis dicho! esclamó doña Clara á quien habia hecho conmoverse de una manera profunda, aquel segundo apellido, añadido al nombre del jóven.

—Ya se vé, vos creeis que vuestro amante, el hombre con quien anoche anduvísteis de aventuras por esas calles de Dios, y á quien metísteis despues en vuestro aposento...

—¡Tio Manolillo...! esclamó con indignacion doña Clara.

—Si lo ví yo... como he visto otras muchas cosas, y porque he visto mucho, sé que el tal enamorado no es ni por pienso sobrino del cocinero mayor sino hijo de duques.

—Nada me importa.

—Y os está reventando el corazon por saber...

—Sino dejamos esta conversacion...

—Si la dejáramos, ¿cómo habiais de saber que ese mancebo, tan hermoso, tan honrado, tan franco, tan bueno, tan valiente, es hijo del duque de Osuna y de la duquesa de Gandia?

Doña Clara se puso muy pálida, pero se dominó. Manolillo la veia sufrir con cierta feroz complacencia.

—Pero si yo no os pregunto nada de eso: sino quiero saber nada de eso, dijo doña Clara.

—Sabeis que os he visto asi, doña Clara, tamañita, cuando erais de la cámara de la infanta doña Catalina. Que os he seguido paso á paso, cuando os hicísteis mozuela, y despues cuando fuísteis moza, hasta ahora que sois la dama de las damas. A propósito, se murmura que os nombran dama de honor.

—Pero por Dios, Manuel: yo os he llamado para un asunto importante.

—Lo sé todo: sé que lo mas importante para vos, es mi amigo Juan Giron y Velasco.

—Si os envia ese caballero—y os digo esto para concluir—decidle que le he dicho ya cuanto tenia que decirle, y que mas allá de lo que le he dicho no daré un paso.

—Sin embargo, le diré tambien que vos que sois la dama de alma mas tranquila que conozco, que dormís bien, que comeis bien, estais un

tanto ojerosa y pálida, y aun me parece que no tan gorda como ayer: habeis adelgazado algo, y si seguís asi tragándoos vuestro amor...

—¡Qué pesadez y qué insolencia! esclamó irritada doña Clara. ¿Será cosa de que os mande echar?

—Si continuais asi señora, os vais á poner flaca y fea.

—¿Os he hecho yo algun daño, Manuel? dijo la jóven á quien no se ocultaba lo que habia de agresivo é intencionado en las palabras del bufon.

—¡Daño! ¡á mí! yo no me enamoro, y vos no sois mala: si alguna vez me hicierais daño me vengaría.

—¿Y á qué ese empeño de hacerme oir lo que no me agrada?

—Cumplo con un encargo.

—¿Con un encargo de don Juan...?

—Si; ciertamente.

—¿Y un encargo para mí?

—Como que sois para él toda una ambicion.

—Yo creí mas noble y mas reservado á ese hombre.

—¿Qué quereis señora? es jóven: recienvenido á la córte: conoce que vos le amais...

—¿Qué lo conoce...?

—Y como os ha hecho un gran servicio...

—¿A mí?

—Lo mismo da, puesto que lo ha hecho á la reina...

—¿A la reina...?

—Por supuesto... las cartas de don Rodrigo...

—Ese hombre es un miserable, un calumniador...

—Es jóven, é inesperto.

—Pues decidle... decídselo, que si me ha podido interesar... algo... por circunstancias especiales... ahora por circunstancias especiales le desprecio.

—Pero le vais á matar...

—Quien es hablador, embustero, mal nacido, no puede amar..

—Pero ved que llorais.

—De rabia.

—¡Ah! ¡ah! y ello al cabo, á nadie lo ha dicho mas que á mí.

—Que sois el escándalo del alcázar.

—Estimo vuestro favor: no creia yo ciertamente que cuando venia á hablaros del único hombre que ha podido conmoveros...

—No hablemos mas de ese hombre.

—Como gusteis, porque os veo muy irritada.

—Vengamos al asunto que me ha obligado á llamaros.

—Vengamos en buen hora.

—¿Qué sois de esa comedianta que se llama Dorotea: padre, amigo, amante, marido..?

—Esa misma pregunta me han hecho hace poco, y he contestado: soy su perro, su perro valiente, que por lo mismo que Dorotea es desgraciada, la guarda: capaz de despedazar la mano del rey si toca á esa mujer.

—¡Sois pues, su padre!

—No, pero es lo mismo.

—¡Esa mujer es amante del duque de Lerma!

—Si, si señora.

—¿Y de don Rodrigo Calderon..?

—Lo fué: ahora creo que lo sea de otro.

—¿Y quién es esa mujer?

—Una huérfana.

—Esa mujer se ha atrevido á sospechar de su magestad.

—Ha tenido celos, como vos podeis tenerlos.

—Resulta, pues, dijo doña Clara terriblemente contrariada, que os he llamado en balde.

—Creo que no.

—Os veo tan decidido por esa mujer...

—Yo os veo mas por un hombre.

—Debeis tener mucha confianza en que vuestro oficio de bufon os saque á salvo de todo, dijo con una cólera mal reprimida doña Clara.

—Me habeis tomado ojeriza sin razon.

—No tengo mas que una cosa que deciros: mirad como tomais mi nombre en vuestros labios.

—No puedo tomarlo mal: sois honrada, y muy noble, y muy dama: si estais enamorada, enfermedad es esa conque nacemos, y enfermedad incurable, de que no debeis avergonzaros, conque ¿qué diré á don Juan Giron y Velasco?

—¿Qué le habeis de decir de mi parte? Nada. Id con Dios.

—Quedad con Dios, señora.

Y el bufon salió despues de pronunciar con un retintin insolente sus últimas palabras.

—¿Por qué me trata asi ese miserable? se quedó murmurando doña Clara.

Entre tanto decia el bufon saliendo de la sala:

—Dorotea ama al señor Juan Montiño: no tengo duda de ello: la conozco demasiado, le ama con la virginidad de su amor. ¡Qué dichosos son algunos hombres! pero ella le ama, y bien: yo he hecho cuanto he podido por emponzoñar los amôres de doña Clara con él: ¿sabrá doña Clara, que ese don Juan ha ido casa de Dorotea, ó indican un peligro mayor las preguntas de doña Clara acerca de ella? Las cartas de la reina... ¡oh! ¡oh! pues que se anden despacio, porque yo no tengo mas amor ni mas vida que Dorotea.

La intencion del tio Manolillo, sin embargo, no habia producido el efecto que se habia propuesto. Doña Clara era una jóven de razon fria.

Lo primero que la aconteció, fue sentirse herida en el corazon.

Porque amaba á Juan.

Las circunstancias en que le habia conocido, y las cualidades del jóven, justificaban aquel amor, naciente es cierto, pero arraigado ya en el alma.

Todo la habia agradado en el jóven.

Su figura, su entusiasmo, su franqueza, su valor, su discrecion, el mismo efecto violento que su hermosura habia causado en él...

Doña Clara, dentro de su pensamiento habia acariciado á aquel amor.

Se habia encariñado con él, es decir, se habia sentido halagada, enlanguidecida, llena por su influencia, y amaba á su amor.

Era uno de esos amores que pocas mujeres consiguen.

Un amor completo.

Un amor hermoso.

Una sola cosa podia haber contrariado á doña Clara, y entonces no la contrariaba aun.

La dificultad de su enlace con Juan Montiño.

Pero el amor de doña Clara, era su primer amor.

Ese amor casto, tranquilo, que no lleva consigo, que no se funda en el deseo de la posesion material del ser amado.

Doña Clara no habia pensado todavía que podia pertenecer á un hombre.

Su alma dormia envuelta en un velo de pureza.

Por lo mismo, no la habia contrariado en gran manera la dificultad de su enlace con Juan Montiño.

Y sin embargo; á pesar de la pureza de su amor, no habia dormido aquella noche, habia sentido un malestar vago, una inquietud ardorosa.

Su alma concentrada en el recuerdo del jóven, habia bebido en sus ojos, en su semblante, en su espresion, en su alma, no sabemos que lascivia interna, misteriosa, incomprensible para doña Clara, pero ardiente, profunda, llena de voluptuosidad.

Y es que no se pasa en la naturaleza bruscamente de un estado á otro, de una forma á otra: es que todas las modificaciones, todas las trasformaciones necesitan nacer, desarrollarse, hacerse, en una palabra.

Doña Clara, mujer en la razon, niña en el alma, para ser una mujer completa, necesitaba pasar por una gradacion necesaria, mas ó menos rápida, mas ó menos violenta, segun fuese la fuerza de impulsion que presidiese á aquella gradacion.

En una palabra, doña Clara estaba enamorada de Juan Montiño, todo lo que podia y de la manera que debia estarlo.

Porque nada sucede ni deja de suceder, que no pueda y no deba ser ó no ser.

Doña Clara habia considerado á Juan Montiño á primera vista y casi por intuicion tal cual debia considerarle.

Le halló profundamente simpático, y su alma se estendió hácia él.

Renunciar á su juicio, lastimarse el corazon renunciando á él, era cosa que doña Clara no podia hacer sin discutir su resolucion consigo misma.

Asi es, que si al principio se irritó con las confidencias del bufon, que suponia á Montiño un mozalvete lenguaraz y villano, como muchos de los que abundaban en la córte, despues mas serena se dijo:

—Cuando una persona se refiere á otra debemos antes de decidir, ver si hay en la persona que refiere algun interés en favor ó en contra de quien se ocupa. Ahora bien, que el tio Manolillo ama á esa comedianta es indudable. Que su amor sea capaz de todos los sacrificios, hasta el punto de amar los caprichos y las faltas de esa mujer es posible. Ahora bien: esa miserable tenia celos de la reina.... celos de Calderon... el tio Manolillo quiso matar á don Rodrigo, y para ello, pidió á la reina los mil y quinientos doblones; cierto es, que prometió rescatar las cartas, pero acaso si hubiera muerto ó herido á don Rodrigo, hubiera ido á llevar esas cartas á la Dorotea en vez de llevarlas á la reina. Se cruzó ese jóven de una manera providencial, rescató las cartas... esto puede ser un motivo de ódio que determine una calumnia del bufon. Ademas lo que

me ha dicho, podia saberlo y lo sabia sin duda sin necesidad de que ese jóven se lo dijese. Es necesario no obrar de ligero... ¿Pero y si ese empeño de que yo desprecie á don Juan, fuese porque le haya visto la Dorotea y le ame?

Esta era la verdad, y al suponerla doña Clara, sintió lo que nunca habia sentido: la dolorosa é insoportable sensacion de los celos.

Y como los celos nunca son hidalgos, ni se detienen ante nada, tomó una pluma y escribió una larga carta en que acusaba ante el inquisidor general á Dorotea y á Gabriel Cornejo.

Poco despues aquella carta entraba en la celda del padre Aliaga.

CAPITULO XX.

En que continúan los trabajos del cocinero mayor.

—¿Me da vuecencia vénia para entrar? decia una voz poco firme y contrariada á la puerta de la cámara del duque de Lerma.

—Dejad ese despacho, Santos, dijo el duque de Lerma á un secretario que trabaja con él, y enviad á buscar á mi sobrino el conde de Olivares.

Levantóse el secretario, arregló los papeles, los puso en una carpeta y luego aquella carpeta en un armario.

Despues salió.

Entonces el ministro-duque se volvió con afectacion á la puerta por donde habia entrado la voz que pidió permiso, y dijo con cierta hueca benevolencia:

—Entrad, Montiño, entrad.

Entró el cocinero mayor del rey, se inclinó profundamente tres veces, y luego haciendo una mueca que parecia una sonrisa, dijo:

—¿Quedó vuecencia contento del banquete de ayer, señor?

—Por el dinero que os dará mi mayordomo, podreis sacar la consecuencia, buen Montiño.

—¡Ah señor, escelentísimo señor! dijo Montiño poniéndose en arco y haciendo otra mueca: no lo decia por tanto.

—Si, si, ya sé que mil ducados mas ó menos son para vos muy poco.

—No tanto, no tanto como eso, señor.

—Sin embargo, haceis muy buenos negocios: debeis estar rico Montiño: ademas de que la vianda de su magestad debe dejaros buenas ganancias, siempre me estais pidiendo oficios.

—Y yo os agradezco á vuecencia...

—No hago mas que pagaros vuestros servicios: sois inteligente y activo: y luego... vos me servis bien.. es decir, servis bien á su magestad.

Volvió á inclinarse Montiño.

—¿Cómo anda el cuarto del príncipe?

—Don Baltasar de Zúñiga no perdona medio de captarse la voluntad de su alteza, como que dicen que hace versos con él.

—Y aun poesías eróticas...

—No comprendo bien, señor.

—Composiciones amorosas.

—No, no señor, eso se queda para el duque de...

Montiño se detuvo afectando la confusion de quien ha pronunciado una palabra inconveniente y peligrosa.

—¿El duque de qué? dijo Lerma: vamos, concluyamos: ¿quereis sin duda decir, mi hijo el duque de Uceda?

—Efectivamente, señor, yo creia haber sido indiscreto...

—No, no, de ningun modo: cuando se trata del servicio de su magestad, yo no tengo hijos: ¿y á propósito de hijos?.. recordadme mas adelante, que tengo que encargaros algo acerca de la condesa de Lemos.

—Muy bien, señor.

—Decíamos, que de las composiciones amorosas del príncipe está encargado el duque de Uceda.

—Si señor: eso dicen los de la cámara de su alteza.

—¿Y quién es la persona destinada á juzgar del mérito de esas composiciones?

—Una dama muy matronaza, muy hermosaza, á quién suele ver su alteza en la comedia, y en el Buen Retiro: que recoge á su alteza entero en la mirada de sus grandes ojazos negros.

—¿Y quién es esa mujer?

—No se sabe. Ha aparecido de repente en la córte: vive en la calle de Amaniel con una dueña y un escudero, y la visita mucho el duque de Uceda

—¿Y no la visita nadie mas?

—Dicen que tarde, de noche, suele entrar en la casa un hombre.

—¿Y quién es ese hombre? Me haceis preguntar demasiado, Montiño: sino bastan los maravedises que os doy para que esteis bien servido, pedidme mas. No importa lo que se gaste; necesito, para servir bien á su magestad, saber todo lo que sucede en palacio, y lo que sucediendo fuera de palacio pueda tambien convenir.

—Ese hombre es el sargento mayor don Juan de Guzman.

—¡Don Juan de Guzman! don Rodrigo Calderon me habló por él, me ponderó lo útiles que podian ser sus servicios, y en dos años le hemos hecho capitan, y despues sargento mayor. Don Rodrigo me le ha mostrado varias veces, y... veamos si le reconozco: es un hombre soldadote, buen mozo, ya maduro...

—Si, si señor, es un hombre de cuarenta y cuatro á cuarenta y seis años, aunque demuestra diez menos: ya en otra ocasion me mandó vuecencia que me informara, y yo acudí á mi compadre Diego de Auñon, que es un escribano real, que corta un cabello en el aire. A las veinticuatro horas me dijo:

—El tal por quien me preguntais, ha vivido honradamente matando á oscuras por poco precio. Hánle puesto á la sombra mas de tres veces, pero se da, ó se daba tal maña para su oficio, que nada se le ha podido probar, y por no mantenerle, y por hacer falta muchas veces desocupar la cárcel un tanto para que cupiesen otros presos, se le ha soltado. Ahora vive honradamente de su sueldo, y nada hay que decir de él.

—¡De modo, que si esa dama con quien entretienen al príncipe don Felipe, tiene tales conocimientos secretos, debe ser una bribona!

—No sé, no sé, escelentísimo señor, porque tambien hay damas y muy damas que se pierden por estos tunos.

—Tomad, dijo el duque abriendo un cajon, y sacando de él un estuche.

—¿Y qué es esto, señor?

—Una gargantilla.

—¡Ah! ¿debo visitar á esa dama?

—Si.

—¿Y qué la he de decir?

—Que un personage, un altísimo personage, la conoce y la ama.

—Puede creer que ese personage es su magestad.

—No importa: si ella lo supusiese...

—Niego...

—No, no negais... será bien que vayais vos en persona: en vez de negar, afectareis como que la haceis una gran confianza, y la direis: su magestad es muy grave, muy cuidadoso de su decoro: su magestad no quiere que nadie, ni vos misma sepais, que os ama... que os visita... su magestad vendrá á veros, y le recibireis sin luz: debeis ser muy prudente, y en las visitas que su magestad os haga, no indicar ni por asomo que le conoceis.

—¿Pero y si esa dama se negase á recibirme?

—¿No decís que tiene dueña?

—Si señor.

—Pues bien, tomad para la dueña.

El duque abrió otro cajon; sacó de él algunas monedas de oro, y las puso formando una columna bastante respetable, en el borde de la mesa del lado de Montiño.

El cocinero miró con codicia el oro; pero no le tocó.

—Guardad eso, le dijo el duque, y ademas... me olvidaba... tomad.

Y el duque sacó una cajita de terciopelo, la abrió y dejó ver dentro una cruz de Santiago esmaltada en una placa de oro.

—¡Ah! ¡señor! esclamó trémulo de alegría el cocinero: ¿me da vuecencia el hábito de Santiago?

—¿Y para que le quereis vos? ¿para que no os atrevais á entrar en la cocina, por temor de que se os manche la cruz?

Cayó dolorosamente despeñado de lo alto de su vanidad Montiño.

—¿Pues para quién señor, es ese hábito? dijo con un sarcasmo mal encubierto: ¿acaso para la aventurera con quién entretiene al príncipe el duque de Uceda?

—Para esa el collar de perlas y mas que fuere menester: esta cruz es para otra persona. ¿No conoceis á alguien que se haya hecho recientemente merecedor del hábito?

—Confieso á vuecencia que no.

—Si el servicio que pienso recompensar pudiera hacerse público, no le pagaria tan barato: seria cosa de titular á quien le ha hecho: ha salvado á su magestad.

—¿Pues que, su magestad ha estado en peligro?

—Su magestad la reina ha estado á punto de ser deshonrada, contestó el duque.

Montiño supo contenerse en el momento en que vió claro que se trataba de su sobrino postizo.

—Pues confieso á vuecencia, que no sabia yo que su magestad la reina...

—Vamos, señor Francisco. ¿A dónde llevásteis anoche á un vuestro sobrino?

—¿Yo...? á ninguna parte, dijo Montiño temiendo que lo de la cruz fuera un lazo.

—Será necesario probaros que obro de buena fé, dijo el duque y por lo tanto insisto: tomad esta cruz, llevádsela á vuestro sobrino Juan Montiño, y decidle que venga mañana á recibir la real cédula de mi mano.

—Muchas mercedes señor, dijo Montiño tomando la cruz.

—Pero esto no basta: vuestro sobrino será pobre.

—Lo es en efecto, señor.

—¿Y qué puede hacérsele?

—Es valiente...

—¿No mas que valiente...?

—Es licenciado.

—¿En qué?

—En teología y en derecho.

—¿Está ordenado?

—No señor.

—No conviene que sea clérigo; un mozo que dá tan buenas estocadas, no debe llevar un roquete: le está mejor un oficio de alcalde: los alcaldes brabos, que tienen letras y puños, valen mas que los que solo tienen letras: le haremos alcalde de casa y córte.

Montiño estaba espantado con lo que veia, y sobre todo de la buena suerte de su sobrino.

—Conque, dijo Lerma: ¿sabeis todo lo que debeis hacer?

—Si señor. Seguir averiguando cuanto pudiere.

—Eso es.

—Procurar introducirme en la casa de esa dama.

—Eso es.

—Dar á mi sobrino esta cruz, y mandarle que venga á dar á vuecencia las gracias.

—Eso es.

—Ademas vuecencia me dijo, le recordase que tenia que decirme algo acerca de la señora condesa de Lemos.

—En efecto, me importa saber uno por uno los pasos que da doña Catalina.

—Puedo deciros señor, que cuando yo venia para acá, entraba vuestra hija en las Descalzas reales.

—Nada tiene eso de estraño.

—Y ya que vuecencia quiere que se le diga todo, bueno será tambien que vuecencia sepa, que poco despues entraba en el convento don Francisco de Quevedo.

—¡Ah! ¡ah! ¿y en el convento, no en la iglesia?

—La señora condesa entró por la puerta de los locutorios, y por aquella misma puerta poco despues don Francisco.

El duque de Lerma escribió rápidamente una carta, la cerró, y escribió sobre la nema.

«A la madre Misericordia, abadesa de las Descalzas reales.—Del duque de Lerma.—En propia mano.»

—Id, id, Montiño, dijo el duque, id, llevad esa carta al momento á su destino, y traedme la contestacion.

Montiño salió casi sin despedirse del duque por obedecerle mejor, y su escelencia se quedó murmurando.

—¿Qué habrán ido á hacer mi hija y Quevedo á las Descalzas reales?

CAPITULO XXI.

De cómo en tiempo de Felipe III, se conspiraba hasta en los conventos de monjas.

La madre Misericordia, á pesar de ser abadesa de las Descalzas reales no era una vieja.

Esto no tenia nada de estraño, porque á falta de edad tenia caudal.

Gastaba generosamente gran parte de él en regalos á las monjas.

Y hemos dicho mal al decir que generosamente, porque aquellos regalos habian tenido su objeto antes de ser abadesa la madre Misericordia.

Serlo.

Despues de ser abadesa, los regalos servian para que todas las monjas la llevasen á su celda y misteriosamente los chismes del convento.

En el convento de las Descalzas reales se conspiraba.

Estas conspiraciones eran hijas de la rivalidad de las monjas.

La comunidad como toda sociedad, estaba dividida en bandos.

Cada uno de estos bandos queria influir en el ánimo de la abadesa, en aquella especie de presidenta de república.

Porque un convento de monjas es una república en que todos los cargos se obtienen por eleccion.

Y una república mas difícil de gobernar que lo que á primera vista parece.

A mas de la lucha de influencia, habia otras luchas secundarias que acababan de envenenar á la comunidad.

Llegaba un dia clásico.

Era necesario un sermon.

Seis meses antes empezaba una lucha sorda en el convento.

Cada madre queria que su confesor fuese el encargado de la oracion sagrada.

Y como habia muchas madres y muchos confesores, de aquí la lucha.

Cada confesor influia sobre su monja.

Y decimos sobre su monja, porque cada confesor no tenia ni podia tener mas que una hija de confesion en el convento, y aun en los conventos de la poblacion en que se encontraba.

¿Saben nuestros lectores lo que hubiera sucedido, si un fraile ó un clérigo se hubiese atrevido á tener á su cargo mas de una conciencia en la comunidad?

Esto hubiera sido una especie de adulterio *sui generis*.

No ha existido, ni existe, ni existirá, monja que pueda tolerar tal cosa.

Lo mas, lo mas que sucede es lo siguiente:

Se pone malo un confesor, y en un dia de confesion, se encuentra huérfana una monja.

Entonces otra por gran favor, por una gracia especial, especialísima, cede su confesor á la monja huérfana.

Y la rivalidad llega hasta á los regalos que las buenas madres hacen á sus confesores.

Qué sor fulana envió el dia de su santo una bizcochada magnífica á su director espiritual.

Sor futana pretende sobreponerse, y envia al jefe de su conciencia otra vizcochada mejor.

Las dos madres se pican: la una porque la otra ha hecho mas: la otra porque la primera ha murmurado de ella.

Entonces tercian chismes mas peligrosos.

Si sor fulana estuvo asomada á la celosía y dejó caer un billete, y si recogió el billete un estudiante.

Si sor futana soltó por su celosía un rosario bendito, que fué á caer en la halda de la capa de un soldado.

Porque en aquellos tiempos habia enamorados y galanes de monjas.

Quevedo lo dice, y hace su asercion verdadera, el que la Inquisicion revisó los libros de Quevedo, como los revisaba todos, y no se opuso á lo que decia respecto á los enamorados de las monjas, ni lo tachó ni lo encontró inmoral.

Esto estaba en las costumbres de entonces; lo sabia todo el mundo, y no habia por qué prohibir un libro que no decia mas que lo que todo el mundo sabia.

Ademas que estos eran unos amores simples.

Hoy es otra cosa.

De modo que la que en aquellos tiempos se metia en un convento para huir del mundo y de las tentaciones del demonio, se metia en otro mundo mas agitado, en donde encontraba otras peores tentaciones.

Y no era solo esto lo que constituia el carácter, el modo de ver y de obrar de los conventos de monjas del siglo XVII.

El clero los utilizaba para otros negocios.

Las monjas venian á ser los intermediarios de otras conspiraciones de carácter mas trascendental, puesto que tenian relacion con el estado.

¿Quién habia de creer que en una carta dirigida á la abadesa de un convento, iba otra que debia entregarse por la abadesa á tal ó cual alta persona?

¿Quién podia sospechar que en aquellas cartas se agitasen las parcialidades de la córte?

En aquellos tiempos y aun en otros, los conventos de monjas venian á ser para los conspiradores, lo que un arroyo ó un rio para el que quiere hacer perder las huellas de su paso á quien le sigue.

De modo que una abadesa de monjas en el siglo XVII, solia ser un personaje importantísimo.

Eralo la madre Misericordia, abadesa de las Descalzas reales, de la villa y córte de Madrid.

Primero porque su convento era el mas aristocrático.

Habia sido fundado en 1550 por la señora infanta de Portugal doña Juana.

Le protegian directamente sus magestades.

Le visitaban mucho é iban con suma frecuencia á comer en él conservas.

Las monjas eran todas señoras pertenecientes á la alta nobleza.

Por lo importante de su categoría, que hacia importante su influencia, llovian sobre el convento magníficos donativos.

En el siglo XVII, hubo un verdadero furor por las fundaciones religiosas y piadosas.

Solamente en Madrid durante aquel siglo se fundaron, diez y seis conventos de frailes, diez y siete de monjas, nueve iglesias, seis hospi-

tales y seis colegios: es decir que se fundaron cincuenta y cuatro establecimientos piadosos, de los cuales solo eran de beneficencia doce.

Esto sin contar un número igual de fundaciones anteriores.

De modo que en Madrid no podia darse un paso sin tropezar con una iglesia ó un oratorio.

Un número inmenso de los habitantes de la poblacion pertenecian á la clase monástica.

Solamente el duque de Lerma fundó dos conventos de frailes y uno de monjas.

Esta manía de las fundaciones religiosas á mas de la piedad, tenia un objeto mas egoista: el de hacerse una ostentosa sepultura para sí y para su familia en una fundacion.

Todo el que era bastante rico para ello fundaba un convento: el que no podia tanto una iglesia: el que podia menos una ermita: por último el que no podia fundar nada, hacia donaciones á los conventos y á las iglesias, á fin de asegurar á su alma sufragios perpétuos.

De ahí la gran masa de bienes muertos en poder de las comunidades.

De ahí esa costra de frailes y de monjas que se estendió sobre España, cuya influencia fue incontrastable, que hizo decir á los estranjeros que España era un monasterio, y que no hemos podido quitarnos aun completamente de encima.

En la edad media España era un castillo.

Cuando los nobles no pudieron construir fortalezas construyeron conventos.

No pudiendo tener bandera ni hombres de armas, tuvieron frailes y monjas con su guion y su cruz.

Con los hombres de armas se rebelaban contra el rey, y oprimian al pueblo en la edad media.

En en siglo XVII, sofocaban al trono rodeándole de frailes, y con esos mismos frailes embrutecian al pueblo.

Duraba el privilegio, crecia, se desbordaba.

La clase monástica, pues, pesaba en la balanza de los negocios públicos de una manera incontrastable.

Tenia tambien una espada, una terrible espada cuyo poder aterraba.

Esta espada era el Santo Oficio de la general Inquisicion.

El Santo Oficio, tuvo poder bastante para traer á España los vergonzosos tiempos de Carlos II.

En una época tal, el convento de las Descalzas reales, tenia una gran influencia.

La abadesa era un gran personaje.

Era sobrina, aunque lejana, del duque de Lerma, noble y rica.

Habia aportado un rico patrimonio procedente del dote y de las gananciales de su madre, y del tercio y quinto de su padre al convento.

En el mundo se habia llamado doña Angela de Rojas.

Era rica.

Pudo haberse casado: porque todas las mujeres ricas se casan.

Pero se habia enamorado de un hombre, que estaba enamorado de otra tan rica como ella y ademas hermosa y señora de título, con la que se casó al cabo.

Doña Angela, no encontrando otro medio mejor para desahogar su cólera, se metió en las Descalzas reales.

Duróle la rabia un año, y tuvo tiempo de profesar.

No sabemos si despues de haber profesado, se la pasó el despecho, y se arrepintió de haberse apartado de un mundo, para encerrarse en otro.

Ella no lo dijo á nadie.

Al profesar, por una antítesis violenta con su carácter, tomó el nombre de María de la Misericordia.

Desde que fue monja, empezó á conspirar por su cuenta y á sostener sus conspiraciones con su dinero.

A los seis años de su profesion, sor Misericordia, se llamaba la madre abadesa.

Su competidora vencida enfermó de rabia, y murió desesperada bajo la presion de su vencedora.

Hay entre las armas antiguas una que se llama puñal de misericordia.

Con este puñal remataban los vencedores á los vencidos.

A esta madre, en fin, fué á visitar la jóven y hermosa doña Catalina de Sandoval, condesa de Lemos.

A mas de ser abadesa de las Descalzas reales, en cuya comunidad tenia la condesa mucha familia, era parienta suya.

Cuando la condesa llegó al locutorio, la dijo la tornera:

—Será necesario que vuecencia espere; la madre abadesa está confesando en estos momentos.

La condesa se mordió los labios, porque aquella detencion la contrariaba.

—¿Quién es el confesor de mi prima, madre Ignacia?, dijo á la tornera.

—¡Oh! es un justo varon, un padre grave y docto de la órden del seráfico San Francisco. Fray José de la Visitacion.

—¡Ah! ¡Fray José de la Visitacion! le conozco mucho y ha sido mi confesor algun tiempo: tomé otro porque nunca acababa de confesarme; era eternizarse aquello.

—Es confesor muy celoso.

—Demasiado: ¿y hace mucho tiempo que mi prima está confesando?

—Ya hace mas de una hora.

—¡Ah! pues tenemos para otra hora larga.

—Tal vez, dijo la tornera.

—Decidme, madre Ignacia, preguntó la condesa, ¿está vacía la celda, aquella tan hermosa que está sobre el huerto?

—Si, si., señora condesa; está vacía porque las tapias son bajas, y una educanda que vivió en ella, se escapó descolgándose por el balcon, y saltando las tapias. Esto fue un escándalo que nadie sabe, que hemos guardado todas.... pero yo lo digo á vuecencia en confianza.

—Gracias, amiga mia. ¿Conque las tapias son bajas, y el balcon bajo?

—Si señora, era necesario tener una gran confianza en la persona que viviese en aquella celda.

—Y.... ¿no hay otra desocupada?

—No, no señora: apenas tenemos convento: será necesario ensancharlo: no cabemos.

—¡Bendito sea Dios!

—¿Piensa vuecencia traernos alguna novicia, ó alguna educanda?

—No, no por cierto.

La condesa que estaba profundamente preocupada calló.

La tornera calló tambien por respeto.

—Madre Ignacia, dijo doña Catalina: no me hagais visita, de seguro estais haciendo falta fuera.

—En verdad señora, que ese torno no para en todo el dia; pero no importa: allí he dejado á sor Asuncion.

—Id, id, y por mí no falteis á vuestra obligacion, ni molesteis á nadie. Tengo ademas mucho en qué pensar, y no me pesaria estar sola.

La tornera se inclinó profundamente y salió.

Doña Catalina quedó sola.

Su bello semblante moreno estaba pálido; por bajo de sus ojos se

veia una señal levemente morada como de quien no ha dormido; su mirada estaba fija: impregnada de no sabemos que espresion vaga, incomprensible.

Habia en su semblante un tinte de tristeza, una espresion de mal estar interior.

Golpeaba impaciente con su lindo pié el pavimento.

Parecia, en fin, contrariada, por la tardanza de su prima la noble abadesa.

De repente la distrajo el rechinar de la puerta del locutorio.

Se volvió y vió á Quevedo.

Doña Catalina se puso de pié.

—¿Con qué hasta aquí? dijo.

—Hasta donde vos vayais, mi cielo. No quiero quedarme á oscuras, y como sois mi sol, os sigo.

—¡Ah, don Francisco... don Francisco..! ¿no me prometisteis anoche que me dejariais venir á encastillarme contra vos?

—Si, es cierto; pero no lo prometí yo.

—¿Pues quién fue?

—Mi amor impaciente.

—¿Pero en tan poco me estimais, que viendo que huyo de vos quereis aun comprometerme?

—Recuerdo que en la galería oscura, me ofrecisteis vuestra casa.

—Tenia á oscuras la razon: no sabia lo que me acontecia.

—¿Pero no me amais?

—¡Ay!... ¡si...! esclamó doña Catalina tendiendo lánguidamente su mano, y de una manera instintiva á Quevedo.

—¡Ah! esclamó Quevedo, apoderándose de aquella mano: ¡y cómo me da la vida vuestro amor!

—Soltad, que estas monjas son muy curiosas, y siempre están en acecho.

—Decís bien: siempre andan alrededor de los del mundo, que se les acercan como el gato alrededor de las sardinas.

—Por lo mismo, mirando el lugar en que nos encontramos y sobre todo mi decoro, sed respetuoso conmigo.

—¿Y cuando señora no os he respetado?

—Dadme una prueba saliendo de aquí.

—Prometedme que vos no pasareis mas adelante.

—Aseguradme que sereis dócil á lo que yo quiera.

—Os lo juro, siempre que no me pidais lo que no puedo concederos.

—Pues bien, no entraré.

—¿Y podré yo entrar hasta vos?

—¡Qué adelantais, don Francisco, con sacrificar una mujer mas!

—Seriais vos la primera.

—Ved por qué no puedo fiarme de vos: negais lo que todo el mundo sabe: vuestros ruidosos galanteos.

—Hélos tenido con muchas hembras, pero tratándose de mujeres vos sois mi primera mujer.

—Tal vez os engañais... tal vez yo no sea mas que... como vos decís, una hembra... y harto débil y desdichada.

—Pues yo os creo demasiado fuerte, y en cuanto á lo desdichada, estando ausente de vos mi señor el conde de Lemos, no os podeis quejar.

—Quéjome de que siempre no haya estado lejos.

—¡Oh! ¡sino hubiérais sido hija de Lerma!

—Ni aun delante de mí perdonais á mi padre.

—Eso os probará que para vos, mi lengua es lengua de Dios.

—No os entiendo.

—Quiero decir, que para con vos mi lengua es lengua de verdad: para mejor probároslo, no solo aborrezco, sino que desprecio á vuestro padre.

—¡Ah! ¡qué desgraciada soy!

—Soislo en efecto: pero vuestra desgracia no os trae vergüenza: no se eligen padres.

—Si yo fuese una cualquiera no me hubierais amado.

—Soy hombre que visto negro y liso.

—¡Cómo!

—Quiero decir, que no me paro en bordaduras, ni en apariencias, ni en riqueza: siendo vos lo que sois, ademas de ser hija de un duque y mujer de un conde, para que yo no os hubiese amado, era necesario que no os hubiera conocido.

—De modo que si yo hubiese sido la hija de un mendigo...

—Hubiera quitado las conchas y hubiera tomado las perlas.

—Desconfio todavía de vos.

—¿Todavía...?

—Sois un abismo. Acaso no me enamorais sino porque soy hija del favorito del rey.

—Mal haya la fama, que mas que bienes da males.

—Sois gran conspirador.

—¿Conspirador, habeis dicho?* pues conspiremos.

—¿Y contra quién?

—Contra la abadesa vuestra prima.

—Conspirar ¿y para qué?

—Para salir del atolladero.

—¿De qué atolladero?

—De haberos metido vos aquí, y de haberme metido yo tras vos.

—Conque vos os vayais, hemos salido del paso.

—Os engañais, porque ya me han visto.

—¿Y por qué habeis dado lugar á que os vean?

—Se me os escapábais.

—No creo que puedan suponer...

—Las monjas no suponen nada bueno.

—Pero mi prima sabe...

—Que sois hermosa; lo que basta para que os mire mal.

—Es virtuosa...

—Con la virtud de las feas.

—¡Pero Dios mio, vos no perdonais á nadie!

—A nadie sentencio que él mismo no se haya ya sentenciado.

—Y ya que decis que estamos en un atolladero, ¿cómo os parece que podremos salir de él?

—Conspirando.

—¿Pero contra quién?

—¿Contra quién...? contra cualquiera... la abadesa á trueque de conspirar creerá todo lo que queramos que crea. ¿Quién es el confesor de nuestra noble prima?

—¿De nuestra prima...?

—He dicho de nuestra prima, porque hasta cierto punto vuestros parientes son mis parientes.

—¿Os habeis propuesto mortificarme?

—No quisiera. Pero volvamos á nuestra conspiracion. ¿Quién es el confesor de nuestra prima?

—Esperad: no sé por qué se me ocurrió preguntar eso mismo á la tornera, y me dijo que un fraile grave de San Francisco... fray José de la Visitacion.

—¿Aquel que se atrevió á deciros un dia, que el infierno era negro como vuestros ojos, y que vuestros ojos quemaban sin llama como el in-

fierno? Pues si es ese santo varon, ya sé contra quien tenemos que conspirar.

—¿Contra quién?

—Contra el conde de Olivares.

—¡Ah! el pobre conde nos va á servir de mucho.

—Pienso valerme de él para otras muchas cosas.

—¡Ah! ya no tenemos tiempo de prevenirnos. Me parece que oigo la voz de mi prima.

—¡Oh! pues dejadme hacer, fingíos muy turbada.

Quevedo no pudo decir mas.

Acababa de entrar en el locutorio una monja como de veinte y seis á veinte y ocho años muy morena, con un moreno impuro: casi sin cejas, con los ojos pequeños redondos y grises, desmesuradamente larga la boca, los pómulos salientes y todas estas partes componiendo un semblante cuadrado, un conjunto desapacible, hostil, antipático; añádase á esto el hábito, la toca cerrada, el velo, y la espresion monjuna, bajo la cual se encubria mal la soberbia, y se comprenderá que la madre Misericordia, tenia un nombre enteramente contrario á su aspecto, eminentemente antitético con ella misma.

Sin embargo se comprendia lo elevado de su cuna, en la distincion de sus maneras.

Adelantó gravemente hasta el centro de la parte del locutorio, situado del lado allá de la doble reja, y comprendió en una reverencia su saludo para doña Catalina y Quevedo.

—Ya nos une esa vivora, dijo para sí don Francisco; yo haré que nos desuna.

Y contestando con otra no menor reverencia á la abadesa, mientras la de Lemos callaba verdaderamente turbada por la situacion, dijo:

—¡Mi señora doña Angela...!

—Hace mucho tiempo que solo me llamo sor Misericordia, caballero, dijo la religiosa con acento severo y agresivo.

—Perdonad, pero yo busco en vos la dama, cuando voy á hablaros del mundo, cuando voy á sacar vuestro pensamiento del claustro.

—En primer lugar, caballero, yo no os conozco: en segundo lugar no comprendo como acompañais á mi parienta doña Catalina.

—Sentémonos.

Dijo Quevedo con gran calma.

Doña Catalina se sentó mas turbada que nunca, y la abadesa estraor-

dinariamente admirada, dominada por la sangre fria y la audacia de Quevedo.

—Vos no me conoceis, dijo: no lo estraño: vos habeis vivido siempre muy retirada del mundo, mientras que yo he vivido siempre muy metido en él, aun cuando he estado preso.

Al oir la palabra preso, la abadesa dejó ver una altiva espresion de disgusto y de contrariedad.

—Y digo preso, continuó Quevedo, como contestando á aquella espresion, porque los que en España nos encontramos entre cierta gente cuando no somos prendedores somos prendidos. En fin, señora, yo me llamo, despues de criado vuestro, don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de no sé que torre, y autor de no sé que libros.

—¡Ah! esclamó cambiando enteramente de espresion la abadesa: ¿y para que me buscais caballero?

—Primero he buscado á vuestra noble prima.

—¿Y para que...?

—Para asuntos que me tocan al alma... porque á mi me toca al alma, todo lo que directa ó indirectamente atañe al servicio de su magestad.

—¡Ah!

—Pues: he buscado á doña Catalina, cuya bondad conozco, á fin de que me sirviese para con vos de recomendacion y ayuda.

—Bastaba vuestro nombre.

—No habia necesidad de que nadie supiese que yo os buscaba: conócese mi nombre mas que mi persona... y cuando se trata de conspiraciones...

—¡De conspiraciones...!

—¡Se conspira!

—¿Pero contra quién, caballero?

—¿Contra quién se ha de conspirar, sino contra quién manda? Por todas partes hay conspiradores: salen de debajo de las piedras, duermen con uno debajo de la almohada. Es imposible gobernar.

—¡Contra quién manda! pero quién manda es el rey, y no sé que haya nadie que conspire en España contra su magestad.

—Si, si señora: conspiran contra su magestad, los que conspiran contra el duque de Lerma.

—Dicen que el duque de Lerma, de quién tan justa y honrosamente hablais, os ha tenido preso.

—Me tuvo, y cabalmente porque no me tiene, me intereso por su

escelencia. Me ha vencido su generosidad... y no sé... no sé como agradecérselo. Eso mismo lo he dicho á su hija, á la señora condesa de Lemos.

—Es verdad, dijo doña Catalina ya mas repuesta.

—Y se lo he dicho en la misma antecámara de su magestad la reina, donde estaba de servicio, donde nadie nos oia, donde no nos veia nadie, donde doña Catalina ha podido juzgar por pruebas indudables de la sinceridad de mis palabras. ¿No es verdad señora?

—Si, si don Francisco, es verdad, dijo la de Lemos, poniéndose ligeramente encarnada.

—¿No es verdad, señora, que á pesar de las malas ideas que teníais respecto á mí, me habeis creido enteramente, habeis confiado, y que despues en razon de vuestra confianza habeis variado vuestro propósito hácia mí y habeis consentido en que hablemos junto á vuestra noble prima?

—No, no lo puedo negar, todo esto es cierto, ciertísimo.

—Ya veis señora, que cuando doña Catalina hija de quién es, confia en mí, vos tambien debeis confiar.

—¿Pero por qué no habeis ido directamente á mi tio, caballero? dijo la abadesa.

—El duque de Lerma, acaba de darme la libertad; podía creer que yo... yo no puedo, no debo cambiar asi, delante de las gentes, delante del mismo duque. Anoche doña Catalina me dió una carta de la duquesa de Gandia para su padre, y su escelencia quiso atraerme á su partido creyéndome su enemigo.

—Se os presentó, pues, una buena ocasion de ceder.

—Si hubiera cedido, el duque hubiera desconfiado de mí.

—Vuestros hechos le hubieran convencido.

—Pues ved, ahi, señora, de tal modo hablé con el duque, que hoy me cree mas enemigo suyo que ayer.

—¿Y para que eso?

—Créame el duque su enemigo en buen hora. Yo nunca he cedido... me equivoco porque soy hombre, pero jamás lo confieso.... al menos á la persona respecto á la cual he caido en error. Pero tratándose de vos señora, de la señora condesa de Lemos, seguro como estoy de vuestra discrecion es distinto: á vosotras vengo para ayudar á ese grande hombre en cuyas manos está la gobernacion del reino. Vosotras sereis el medio por donde llegarán á él los beneficios de mi leal y oculta amistad.

—¡Ah! caballero... cuanto os agradezco... ¿y sabeis? ¿habeis descubierto...?

—Una conspiracion horrible.

—¿Pero como....?

—Anoche un amigo mio, un noble jóven que acababa de llegar á la córte, tuvo un desagradable encuentro á causa de una dama con don Rodrigo Calderon.

—Don Rodrigo, segun me ha dicho mi confesor, está herido, y esto es una desgracia.

—No, no señora, esto es una fortuna: don Rodrigo es un traidor.

—Don Rodrigo es un miserable, dijo doña Catalina que se acordaba de la insolente carta que don Rodrigo la habia enviado el dia anterior y de la que hablamos al principio de este libro.

—Mi tio confiaba ciegamente en él.

—El duque de Lerma, es muy confiado.

—Es sin embargo muy prudente.

—Pero don Rodrigo mas falso.

—¿Qué decís?

—Don Rodrigo queria alzarse con el santo y la limosna.

—¿Pero de quién se ayudaba ese hombre?

—¿De quién? del conde de Olivares.

—¡Ah! verdaderamente que don Gaspar de Guzman no tiene perdon de Dios: todo lo debe á mi tio, y sin embargo, pretende apoderarse del ánimo del rey.

—Es peor que eso: pretende apoderarse del ánimo del príncipe.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Nadie pretende la privanza de un príncipe, sino cuando cree que está próximo á ser rey.

Palideció la abadesa.

—¿Y serian capaces....? dijo.

—Yo no he dicho tanto.

—Pero tendreis algunas pruebas....

—No las tengo, pero las he visto.

—Seguid, don Francisco, esplicadme.

—Ya os he dicho que mi amigo es enemigo á causa de una dama de don Rodrigo Calderon. Pues bien, anoche mi amigo tuvo ocasion de dar de estocadas á don Rodrigo.... luego, deseando saber mi amigo si el herido tenia sobre sí alguna prueba de amores, le encontró...

—¿Y qué encontró?

—Unas cartas... la prueba de la conspiracion mas pérfida...

—¿Cartas de quién?..

—De varias personas...

—¿Habia alguna del conde de Olivares?..

—Sí... ciertamente, contestó Quevedo á bulto.

—¿Pero qué se han hecho esas cartas?

—Llevólas á palacio mi amigo.

—A palacio... ¿y para qué?..

—¿Para qué? para entregarlas al rey.

—No habrá podido... esas cartas estarán en poder de vuestro amigo: es necesario rescatarlas...

—Las tiene...

—¿Quién?

—La reina.

—¡La reina!..

—Que durmió anoche con el rey.

—¿Qué decís, caballero?

—El duque lo sabe... el duque que estuvo anoche en palacio gran parte de la noche.

—¿Pero cómo pudo vuestro amigo entregar... anoche esas cartas á la reina?

—Es sobrino del cocinero del rey, y tiene amores en la servidumbre de la reina.

—Me habeis maravillado, don Francisco... yo creia que lo sabíamos todo...

—Pues ya habreis visto que hay muchas cosas que ignorais.

—¡Madre abadesa! dijo en aquellos momentos á la puerta del locutorio una monja: aquí han traido una carta para vos.

—Dadme, dadme.

La monja adelantó, y dió una carta á la madre Misericordia.

Luego salió.

—Permitidme, prima mia; permitidme caballero, dijo la abadesa.

Doña Catalina y Quevedo se inclinaron.

La abadesa abrió con precipitacion la carta.

—¿De quién será? dijo para sí Quevedo.

La abadesa leyó la carta, la dobló, la guardó, y dirigiéndose á Quevedo, le dijo con acento reservado y glacial:

—Os agradezco las revelaciones que me habeis hecho, don Francisco, y estoy segura de que mi tio el duque de Lerma os las agradecerá.

—¡Oh! pero os habeis olvidado, señora, dijo con suma precipitacion Quevedo. Yo deseo, quiero, os suplico, que el duque de Lerma no sepa, no pueda sospechar siquiera la situacion en que me encuentro respecto á él.

—¡Ah! ¡si! es verdad, caballero: y puesto que asi lo deseais, respetaré vuestro deseo.

—Me hareis en ello gran merced; y como supongo que necesitareis de vuestro tiempo, me pongo á vuestros piés, y os pido licencia para retirarme.

—Supongo que nos volveremos á ver.

—Nos volveremos á ver... ¡De seguro!

—Pues adios, don Francisco.

—Que os guarde Dios, señora.

Y tomando una mano á la de Lemos, y besándosela cortesmente, y lanzándola rápidamente una mírada en que habia todo un discurso, salió.

—¿Qué significa este conocimiento que teneis con don Francisco de Quevedo, prima? dijo severamente la abadesa.

—Le conozco desde que era muy jóven, contestó con desden doña Catalina.

—Pero no creo que le conozcais lo bastante para acompañaros con él.

—Si don Francisco y yo tuviéramos un interés cualquiera en vernos, en andar juntos, no elegiríamos por cierto el locutorio de las Descalzas reales para lugar de nuestras citas, ni á vos por testigo.

—En lo cual hariais muy bien.

—Y mucho mas por la parte que me concierne, porque me escusaría de que pensárais mal de mí.

—Yo no pienso mal de vos; pero quisiera saber para qué habeis venido al convento.

—Unicamente para presentaros á ese caballero; pero la culpa la tengo yo que me intereso por mi padre y por mis parientes, que tan poco se interesan por mí.

—Si yo no me interesase por vos, no me importaría que diéseis pasos peligrosos.

—¡Pasos peligrosos!..

—¡Quien os haya visto acompañada por Quevedo... por ese hombre de tan mala fama!

—Pero es que nadie me ha visto, ni ha podido verme.

—Tanto os han visto, que ya lo sabe vuestro padre.

—¿Y qué es lo que sabe?

—Leed, prima.

Y la abadesa puso en el tornillo que tienen todos los locutorios la carta que acababa de recibir, y dió vuelta al tornillo.

La de Lemos tomó la carta y la leyó.

Era de su padre.

En ella decia á la abadesa, que habian visto meterse en el convento y en uno de los locutorios á su hija, y trás ella á Quevedo. Que procurase comprender lo que pudiese haber en aquello, y que le avisase.

—Es necesario confesar, dijo la de Lemos, poniendo otra vez la carta en el tornillo y dándole vuelta, que á veces mi padre está bien servido.

—¿Sereis franca conmigo, prima? dijo la abadesa despues de haber tomado la carta y de haberla guardado.

—¿Y por qué no he de serlo? ¿creeis acaso que yo tenga algun secreto?

—¡Creo que amais á don Francisco!

—¡Y qué! dijo friamente la de Lemos que era violenta.

—¡Lo confesais!

—Ahorro una disputa vergonzosa.

—¿De modo que el amor...?

—¿Y qué entendeis vos de amor? dijo con desprecio la de Lemos.

La abadesa se mordió los labios.

—Yo creia que os justificariais.

—Yo no me justificaré jamás de acusaciones tan absurdas, dijo levantándose con indignacion la de Lemos, y volviendo la espalda á la abadesa.

—Pero escuchad, mi querida Catalina, dijo la abadesa.

—¡Adios! esclamó la de Lemos, y salió dando un portazo.

—Creo que he obrado de ligero, y que mi tio recela mas de lo justo... murmuró la abadesa. Y dice bien ella.. si se amaran ¿á qué habian de haber venido aquí? lo mas que puede suceder, es que Quevedo ame á mi prima y quiera obligarla mostrándose amigo de mi tio: pero el padre José me ha revelado cosas que están muy en relacion con lo que me ha revelado Quevedo. Un sargento mayor, que es mucha cosa de don Rodrigo, tiene amores con la mujer del cocinero mayor de su magestad: el cocinero mayor de su magestad tiene un sobrino, que por una mujer da de estocadas á don Rodrigo Calderon, busca en él algunas pruebas, y encuentra cartas de Olivares á Calderon... cartas en que se hace traicion

á mi tio... Hay aquí algo que se toca... Alonso del Camino, montero de Espinosa del rey, estuvo anoche secretamente en el convento de Atocha, segun me ha dicho el padre José, y el confesor del rey, á pesar de que es enemigo declarado de mi tio, ha sido nombrado inquisidor general. En la revelacion de Quevedo hay algo de cierto. Las cosas han variado... pues bien... nuestra obligacion es ayudar á Lerma... si Quevedo le sirviese de buena fé... ¡oh! ¡don Francisco vale mucho! ¡pues bien! avisemos á mi tio, y él en su prudencia, en su sabiduría, sabrá lo que debe hacer.

La abadesa salió del locutorio.

—¿Quién ha traido esta carta? dijo á la tornera.

—El señor Francisco Martinez Montiño.

—¡Ah! ¡el cocinero del rey! ¿y espera?

—Si señora, espera la contestacion.

—Hacedle entrar, madre Ignacia.

Y la abadesa se volvió al locutorio, se sentó junto á una mesa que habia en él, y se puso á escribir.

Entre tanto Quevedo que habia bajado á la portería, notó que un bulto se metia rápidamente tras la puerta, sin duda por temor de ser visto.

Quevedo se fué derecho á la puerta y miró detras de ella.

Encontróse en un ángulo con el cocinero mayor, encogido y contrariado.

—Quién huye, teme, dijo Quevedo.

—Pues no, no sé, dijo saliendo Montiño, porque deba yo temeros.

—Vos debeis haber venido aquí para algo malo.

—¿Yo?

—Si por cierto, y ya sé á lo malo que habeis venido. A traer una carta del duque de Lerma á la abadesa.

—¡Cómo! ¡qué!

—¡Una carta en que se habla mal de mí!

—¡Pero don Francisco!

—Me la ha leido la abadesa y sé que andais en cuentas con ese bribon de Lerma.

—Os juro que... yo... no sé ciertamente.. el duque me ha llamado...

—Vos acabareis muy mal, señor Montiño.

—Mi sobrino tiene la culpa.

—¿Vuestro sobrino...?

—Por él me están aconteciendo desde ayer desgracias. Para él es todo lo bueno; para mí todo lo malo.

—Y será peor sino os confiais completamente á mí.

—Pero don Francisco...

—¡Se conspira!

—¿Qué se conspira?

—Y vuestro sobrino es uno de los primeros conspiradores.

—Mi sobrino...

—¡Escondeos!

—¡Cómo!

Quevedo empujó á Montiño detras de la puerta.

Habia oido en las escaleras unos pasos de mujer, y el crujir de una falda de seda: poco despues la condesa de Lemos atravesó la portería.

—Habeis mentido en vano, dijo la condesa, mi prima lo ha adivinado todo.

—¡Todo! pues mejor.

—Mejor, si... porque he acabado de resolverme... ¿y qué me importa? cuando se ama á un hombre que se llama Quevedo, no hay por qué avergonzarse de amarle.

—Dios bendiga vuestra boca.

—Os espero.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Por dónde?

—Por el huerto.

—Larguísimo va á ser para mí el dia.

—Y para mí insoportable: tenemos que hablar mucho.

—Ahora las noches son largas.

—Pues hasta la noche ¿á qué hora?

—A las ánimas.

—Pues hasta las ánimas.

—Ola, dijo la condesa á uno de sus lacayos que estaba á la puerta; que acerquen la litera.

La condesa de Lemos entró en ella y la litera se puso en marcha.

Quevedo estaba incómodo.

No se habia atrevido á cortar la palabra á la condesa, y temia que Montiño lo hubiese escuchado todo, á pesar de que doña Catalina habia hablado bajo.

—Salid, dijo á Montiño.

Montiño salió.

—Venid conmigo.

Y Quevedo asió del brazo al cocinero mayor.

—Lo siento, don Francisco, pero no puedo, tengo que hacer.

—Señor Francisco Montiño, dijo la madre Ignacia desde detrás del torno.

—¿Lo veis don Francisco? ¿lo veis? me llaman. Allá voy, allá voy, señora mia.

Y se acercó al torno.

—La señora abadesa, os ruega que subais al locutorio.

—Allá voy, allá voy, madre tornera: ya lo oís don Francisco.

Y Montiño tomó para las escaleras como quien escapa.

—Andad, que aquí os espero, dijo Quevedo.

Detúvose un momento Montiño como acometido por un accidente nervioso, y despues siguió subiendo aunque no tan deprisa.

Quevedo esperó con suma paciencia durante una hora.

Al fin de ella, sintió unos pasos precipitados en la escalera.

Poco despues Montiño con la gorra aun en la mano, espeluznados los escasos cabellos, la boca entreabierta, pálido, desencajados los ojos, crispado todo, pasó por delante de Quevedo esclamando:

—¡Como la otra!

Y se lanzó en la calle.

Quevedo partió tras él y le asió por la capa.

—¡Ea dejadme! esclamó el cocinero mayor.

—¿Os olvidais de que yo os esperaba?

—¡Como la otra! repitió en acento ronco y cada vez mas desencajado Montiño.

—¿Pero estais loco, señor Francisco? cubrios que el aire hiela: embozaos y componeos y venid conmigo.

Montiño se encasquetó la gorra de una manera maquinal y repitió su estraño estribillo.

—¡Como la otra!

—¿Pero que otra ni que diablo es ese? ea venid conmigo que recuerdo que aquí en la calle del Arenal hay una hostería.

Montiño se dejó conducir.

«*Hostería del ciervo azul*», leyó Quevedo en una muestra sobre una puerta.

—Pues señor aquí es: yo no he almorzado mas que un tantico de pichon, y no me vendrá mal una empanada de perdiz.

Y empujó adentro á Montiño.

Entraron en un gran salon irregular pintado de amarillo, color con el que se habia combinado el humo de las candilejas de hoja de lata clavadas de trecho en trecho en la pared.

Pero nos olvidamos de que nos hemos puesto fuera del epígrafe de este capítulo, hacemos una pausa y pasamos al siguiente.

CAPITULO XXII.

En la hostería del Ciervo Azul, y luego en la calle.

Aquellas candilejas de hojalata, aunque era medio dia, estaban encendidas.

Tan lóbrego era el salon donde habian entrado Quevedo y Montiño.

Quevedo habia pedido un almuerzo frugal: esto es, una empanada y vino.

Montiño habia guardado un profundo silencio.

Quevedo se habia ocupado en estudiar la fisonomía de Montiño.

Habia acabado por comprender, que en aquellos momentos el cocinero mayor no estaba en el completo uso de sus facultades.

—¡Habia de haber sido una monja! dijo Quevedo cuando se certificó del estado mental de Francisco Montiño.

Un mozo, entre tanto, trajo la empanada.

Quevedo sirvió la mitad de ella á Montiño.

Este cortó maquinalmente un pedazo de masa, y lo llevó á la boca.

Bastó esto para que volviese de su fascinacion.

—¿Qué es esto? dijo ¿quién es el hereje que ha hecho este pastel?

Y escupió el bocado.

—¡Ah! ¡ah! dijo Quevedo: me habia olvidado de que sois el rey de los cocineros y de los reposteros. Efectivamente, es necesario todo el apetito que yo tengo para tragar este engrudo.

—¿Dónde me habeis traido?

—A la hostería del Ciervo Azul.

—¡A la hostería del Ciervo! esclamó con espanto Montiño. ¿Qué habeis querido darme á entender con eso?

—¡Yo!

—Si señor, vos.... vos me habeis dicho no sé qué, acerca de mi mujer...

—¡Yo!

—Si señor. El tio Manolillo me ha dicho tambien algo de eso.

—¡Tambien el tio Manolillo!

—Y el duque de Lerma.

—¡Cómo!

—Y doña Clara Soldevilla.

—¡Ah!

—Y por último, esa mujer á quien Dios confunda... ¡Oh! ¡Dios mio! ¡como la otra! ¡como la otra!

—¿Cómo qué otra?

—Como Verónica: ¿no os acordais de mi primera mujer?

—¡Ah!

—Entonces érais paje del rey, y no habia paje que no conociese á Verónica.

—¿Pero estais loco, Montiño?

—Ahora no se trata de pajes: es mas... algo... mas gordo.

—Ved allí por dónde asoma el sargento mayor don Juan de Guzman, dijo Quevedo.

—¡Oh! pues vámonos de aquí, porque sino no respondo de mí mismo.

Y el cocinero se levantó.

—Sentaos, dijo Quevedo con voz vibrante: sentaos y no espanteis la caza: yo os vengaré.

—¿Pero es cierto? dijo con angustia Montiño que se sentó.

—Ciertísimo: pero no hableis con ese tono compungido. Vos no sabeis nada: estais almorzando alegremente. Comed.

—¡Imposible! aunque no me ahogase la pena, me ahogaría ese pastel.

—¡Mozo! ¡un real de olla podrida! dijo una voz estentórea al fondo del salon.

—Ya veis, ese hombre se ha ido allá muy lejos, y sin duda no os ha visto: estais de espaldas á él, á mí si me ve de frente, pero nada impor-

ta: si se atreve á mirarme un tanto tieso, mejor para vos, porque aquí mismo os vengo.

—¿Pero estais seguro de que es verdad, don Francisco?

—Verdad: vuestra esposa Luisa de Robles, es querida del sargento mayor don Juan de Guzman, y aun sospecho que lo que lleva en sí la Luisa, sea cosa de ese mayor sargento, como no me cabe duda de que Inesita, á la que llamais vuestra hija, es cosa, cosa indudable, de un paje talludo. Os aconsejo que doteis bien á la Inesita, porque es hija de buen padre.

—Pues mirad, ya lo habia yo sospechado. Habia olvidado con desprecio á aquella detestable Verónica... ¡pero Luisa...! ¡una muchacha que era moza de retrete, y á la que he hecho casi una dama.

—Pero no la habeis dado marido, y ella se ha provisto de galan.

—¡Pero qué galan!

—Cosas de las mujeres.

—¿Y qué debo hacer?

Quevedo que habia aprovechado aquella ocasion, y habia sido cruel con Montiño, solamente por apartar un peligro de la reina, contestó:

—¿Qué debeis hacer? separaros de Luisa.

—Decís bien.

—No os faltarán mujeres.

—Decís bien.

Pero de repente, en una reaccion del sentimiento, esclamó:

—¡Y lo que nazca!

—Podeis contar que no es vuestro.

—La separaré de mí.

—Hareis bien.

—La enviaré á Navalcarnero.

—Hareis mal: es demasiado cerca, enviadla á su país.

—¿A Asturias?

—Eso es.

—No hablemos mas de esto.

—Hablemos de lo otro. ¿Qué os ha dicho la madre abadesa?

—¡Oh! ¡oh! me ha preguntado quién es la dama á quién ama en palacio mi sobrino.

—¿Y vos que le habeis dicho?

—Yo... nada.

—¿Y qué ha replicado la abadesa?

—Me ha llamado ciego.

—¿Y qué mas?

—Para probármelo me ha dicho que anoche estuvo en mi casa encerrado con mi mujer, el sargento mayor don Juan de Guzman. ¡Como si uno pudiera saber lo que pasa en su casa estando á cinco leguas de distancia!

—Pero supongo que habreis tenido prudencia.

—Prudencia ¿acerca de qué...?

—Acerca de lo que sabeis, relativamente á vuestro sobrino.

—Para prudencias estaba yo.

—¿Pero qué habeis hecho?

—Cuando vi que la abadesa trataba con desprecio á mi mujer, la dije: pues dama hay en palacio mucho mas alta...

—¡Diablo!

—Si señor, mucho mas alta, que no es mejor que mi mujer.

—La abadesa os preguntaria quién era esa dama.

—Cierto que sí.

—¿Y vos?

—Yo... dije la verdad... la verdad pura, porque ha llegado la hora de decir las verdades.

—Diriais, que doña Clara Soldevilla...

—¿Qué tengo yo que ver con doña Clara Soldevilla? Dije que la reina...

—¡Desdichado!

—Era querida de mi sobrino.

—Pues habeis mentido como un bellaco, esclamó Quevedo: y ya que no tiene remedio lo que habeis dicho á la abadesa, guardaos, guardaos de volver á pronunciar esa calumnia.

—¡Ah, don Francisco! esclamó Montiño cuya alma se encogió de miedo, bajo la mirada terrible, incontrastable de Quevedo.

—De seguro la abadesa os ha dado una carta.

—Es verdad.

—Una carta para el duque de Lerma.

—Es verdad.

—Dadme esa carta.

—Pero tengo que llevarla á su escelencia.

—Dadme esa carta.

Montiño la sacó del bolsillo interior de su ropilla, y la dió á Quevedo. Quevedo rompió la nema.

—¿Pero qué haceis dijo Montiño?

—Esta carta, puesto que está en mi mano, es para mí.

Y la leyó.

—Ya lo sabia yo, dijo.

Y llamó á grandes golpes sobre la mesa.

Cuando acudió el mozo arrojó un ducado, y salió dejando solo á Montiño.

Apenas habia salido de la hostería Quevedo, cuando vió venir por la parte de palacio, una tapada ancha y magnífica, que se levantaba el manto para no coger lodos, y dejaba ver una magnífica pierna y un pequeño pié, calzado con un chapin dorado.

—Confúndame Dios, dijo Quevedo, si yo no conozco á esa. Detengámonos que de seguro al pasar junto á mí la saco por el olor.

Detúvose, y al emparejar con él la tapada, se detuvo delante de él, y se asió á su brazo.

—¿Tendremos buscona? dijo para sí Quevedo.

—Vamos, seguid, y no os hagais de rogar, don Francisco, dijo una voz irritada y breve, á pesar de lo cual, Quevedo conoció por aquella voz á la Dorotea.

—¡Ah! ¡reina mia! ¿y á dónde bueno por aquí?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabeis?

—No. Llevo hecha la cabeza un horno.

—Mas bien creo que la llevais hecha una olla de grillos.

—He tenido que dejar la litera: me mareaba dentro, me moria.

—¿Pero qué os ha sucedido?

—Se me ha subido el almuerzo á la cabeza.

—¡Ah! diablos; ¿y os habeis salido á tomar por estas calles un baño de piés?

—No, no señor: me he ido al alcázar.

—¿Y qué teniais vos que hacer en el alcázar?

—¡Qué! ¿qué se yo? buscaba al cocinero de su magestad.

—¿Y le habeis habido?

—Solo he habido á su mujer. El cocinero se ha perdido.

—Pobre Montiño: le ha salido un sobrino que le trae de cabeza.

—¡El sobrino del cocinero mayor! ¡el señor estudiante! ¡el señor capitan! ¡el embustero! ¡el mal nacido!

—¿Pero qué granizada es esa, amiga mia?

—Debeis saberlo vos. Vos que habeis formado la tormenta. ¡Pero yo

me tengo la culpa! ¡Yo no debí recibiros! ¡yo dibí conoceros! el que se atrevió á enamorarme en el convento cuando yo pensaba ser monja...

—No me recordeis eso... no me abrais la llaga. ¡Qué hermosa estábais, Dorotea!

—¿Qué ahora lo estoy menos? dijo con acento singular la comedianta.

—No, no por cierto. Ahora estais mas hermosa, pero sois tambien mas mujer.

—Entrémonos aquí, dijo la Dorotea: empieza á llover.

Y se detuvo delante de una puerta, tras la cual se veia un fondo largo y negro.

—Pero ved, hija mia, que esto es una taberna.

—¿Y qué se me da?

—¡Ah! pues si á vos no os da, á mi menos. Entremos. Se van á maravillar cuando vean en esa caverna un manto de terciopelo y una encomienda de Santiago. Nos echamos á rodar.

—Hace mucho tiempo que entrambos rodamos.

—Pues rodemos. Y el sitio es tal, que ni hecho de encargo. ¿Se puede entrar en este aposento? añadió Quevedo parándose en el fondo de la taberna delante de una puerta cerrada, y dirigiéndose á un hombre que desde el primer recinto de la taberna les habia seguido admirado.

—Si, si señor, con mil amores, dijo aquel hombre. ¡Nicolasa! ¡la llave del cuarto oscuro! ¡tráete una luz! Esperen un momento vuesamercedes.

—¿Qué hora es? dijo Dorotea.

—Acaban de dar las doce en Santo Tomás. Pronto, Nicolasa, pronto, que estos señores esperan.

Acudió una manchegota casi cuadrada, con una llave y una vela de sebo puesta en una palmatoria de barro cocido.

Abrió la puerta, entró y puso la palmatoria sobre una mesa.

—Dos sillas, Nicolasa, dijo aquel hombre.

La Maritornes entró toda apresurada y solícita, con dos sillas de pino.

—¿Qué quieren vuesasmercedes? dijo el hombre que se habia quitado la gorra.

—Vino, mucho vino, dijo la Dorotea.

—Solo tengo blanquillo de Yepes.

—Sea el que quiera.

El hombre salió.

—No os conozco, Dorotea, dijo Quevedo.

—Tampoco yo me conozco á mí misma.

—Mirad que el blanquillo de Yepes, es muy predicador.

—No importa.

—Que teneis que ser esta tarde, Estrella.

—Me nublo.

—El autor de la compañía os obligará.

—No puede.

—Estais anunciada, y el corregidor os meterá en la cárcel.

—Si me encuentra.

—¡Ah! ¡os perdeis!

—Me he perdido ya.

—¡Mirad no perdais á alguien!

—Una vez pérdida yo, que se pierda el universo.

—Traigo una azumbre, dijo el tabernero poniendo sobre la mesa un enorme jarro vidriado y dos vasos.

—¡Fuego de Dios! esclamó Quevedo.

—Idos, dijo con impaciencia Dorotea.

El tabernero se encaminó á la puerta.

—Volved lo de afuera adentro, dijo Quevedo.

El tabernero le comprendió, puesto que quitó la llave del lado de afuera y la puso por el lado de adentro.

Quevedo se levantó y echó la llave.

Luego colgó de ella su ferreruelo, á fin de que no pudiera verse nada desde afuera, y miró si habia alguna rendija.

La puerta era nueva y encajaba bien.

—Henos aquí metidos en un paréntesis.

Dijo don Francisco.

—Lo que es yo, me encuentro en un paréntesis de mi vida.

—Que me parece muy significativo, en un tan hermoso discurso como vos: pero dadme el manto, que es muy rico y será gran lástima que se manche.

Dorotea se desprendió la joya que sujetaba el manto sobre su cabeza, se lo quitó con un hechicero descuido y le entregó á Quevedo.

Quedó admirablemente vestida, un tanto descotada, y dejando ver en su incomparable garganta, una ancha gargantilla de perlas, con un pequeño relicario cubierto de brillantes.

—Deslumbrais Dorotea, dijo Quevedo, doblando cuidadosamente el

manto y poniéndole sobre su ferreruelo en la llave. Se me os vais subiendo á la cabeza.

—Sentaos y ponedme vino.

—No seais loca. No os parezcais á los tontos que cuando les viene mal un negocio, se emborrachan.

—Ponedme vino.

—Bebereis vos sola.

—¡Quereis tener sobre mí ventaja!

—Ando delicadillo y no me atrevo con Yepes; bastante tengo con vos.

—Decís bien... pero yo necesito hacer algo.

—¿Y os embriagais?

—Dicen que un clavo saca otro clavo: quiero ver si una embriaguez me quita otra.

Y levantó el vaso.

Quevedo se lo arrancó y tiró su contenido.

Luego tomó el jarro y le arrojó.

—Soy vuestra madre, dijo: dejémonos de locuras, y ya que os tengo aquí sola y encerrada, ya que me teneis á mí, hablemos juiciosamente, hija mia. ¿Creeis que yo soy malo?

—¿Quién sabe lo que vos sois?

—Yo soy un hombre que busca aire que respirar y no le encuentra.

—¡Vos venís á buscar aire de vida á la córte!

—No vengo por mi gusto.

—¿Decid don Francisco, no sois secretario del duque de Osuna?

—Por secretos del duque mi amigo, ando en la córte.

—¡Malhayan los tales secretos!

—¿Por qué decís eso?

—Porque creo que me habeis sacrificado á ellos.

—Pues mirad, ignoraba que pudiérais ser víctima. ¿Y á qué dios creeis que yo os sacrifico?

—No es dios es diosa.

—¿Diosa?

—Sí; la diosa ambicion.

—Conócese que tratais con el duque de Lerma.

—Porque me pesa de haberle tratado y porque quiero olvidarme de ello, de este año y medio que he pasado en el mundo: os he preguntado si sois secretario del duque de Osuna.

—Confiésome torpe: no os entiendo.

—Llevadme con vos á Nápoles, recomendadme al duque y que su escelencia me abra las puertas de un convento.

—¿Magdalena os tenemos?

—Si me dais medios de que lo sea, os perdono.

—Rechazo vuestro perdon, y me asombro de que me le ofrezcais: ¿pues en qué os he ofendido yo?

—¡Ay triste de mí! ¡Qué desgraciada soy!

Inclinó la comedianta la hermosa cabeza, y luego la levantó en un movimiento sublime.

Su mirada resplandecia.

Quevedo la miraba con asombro.

—No, no soy desgraciada, dijo la Dorotea, sino muy feliz, felicísima. Y teneis razon, don Francisco: no mereceis mi perdon sino mi agradecimiento.

—¡Qué lástima! dijo Quevedo.

—¿Y de qué?

—¿Pues no quereis que me lastime, si os veo loca?

—¡Loca! ¡creeis en los hechizos! ¡es verdad que se puede hacer mal de ojo!

—Desembozaos hija, á fin de que yo pueda veros. Porque me estais maravillando, vais creciendo, creciendo delante de mí, y ya no encuentro en vos á la educanda de las Descalzas reales, ni á la comedianta de esta mañana.

—Seguid, seguid: veamos como me vísteis en el convento, como me habeis visto esta mañana, y como me veis ahora.

—Son las doce, dijo Quevedo: á las dos empieza la comedia y necesitais media hora para vestiros. ¿Teneis la ropa en el coliseo?

—Si; ¿pero eso qué importa?

—Tenemos tiempo. He conseguido que no os emborracheis, y conseguiré del mismo modo que no hagais una locura. ¡Diablo! y debeis valer mucho, porque yo, que por nadie me intereso, empiezo á interesarme por vos.

—Creo que empezais á engañarme.

—Suponed que no me llamo Quevedo.

—Eso no es posible.

—Suponed que soy un hombre de bien, que me encuentro con una pobre loca y que deseo curarla.

—Dudo que lo consigais. Pero vamos al asunto : contestadme á lo que os he preguntado : decid lo que habeis pensado de mí en las tres distintas situaciones en que os he visto.

—Empecemos por lo del convento. Yo he sido palaciego ó palacismo, ó hijo de palacio como mejor querais.

—Bien, bien, ¿pero qué tiene que ver eso?

—Las cosas deben tomarse en su orígen. Voime, pues al punto, desde donde llegué á conoceros. Os conocí por medio del tio Manolillo.

—¡Ah! ¡el misterioso tio Manolillo!

—Teneis razon. No sé si es pícaro ó tonto, si cuerdo ó loco. Lo que sé es, que os ama con toda su alma, pero no sé cómo. ¿Lo sabeis vos?

—No por cierto, á veces me mira como un amante, á veces como un padre; á veces hay para mí cólera en sus ojos; á veces ódio.

—¡Misterios siempre! Un dia, hace tres años, me encontré al tio Manolillo, acurrucado como un gato que se encuentra huido y receloso, y hambriento en desvan ageno, en una galería oscura de palacio. El tio Manolillo y yo, somos muy antiguos conocidos y tenemos declarada una guerra de chistes. No sé qué le dije, ni recuerdo qué me contestó: pero es el caso, que nuestra conversacion se hizo formal.

—Yo no gasto como vos antiparras, me dijo: pero es el caso, hermano don Francisco, que veis mas claro que yo. ¿Quereis mirar una cosa que yo os muestre, y decidme qué habeis visto en ella?

—¿Y de qué cosa se trata, tio, le pregunté?

—De una mujer.

—Pues si vos tratándose de mujeres, no veis, estoy seguro de que yo me quedo á oscuras.

—No tanto, hermano Quevedo, no tanto, yo amo á esa mujer y tengo naturalmente una venda sobre los ojos.

—¡Os dijo...! ¡que me amaba...! ¡el tio Manolillo! esclamó Dorotea.

—Pero no me dijo de qué modo : no me lo ha dicho nunca, ni yo he podido adivinarlo; pero continuemos. El tio, me llevó al convento de las Descalzas reales, tocó al torno y dijo :

—Madre tornera, tened la bondad de decir á Dorotea, que aquí estoy yo con otro caballero.

Entramos en el locutorio.

Vos tardásteis.

Entonces me dije, yo no sé si con fundamento.

—Esa mujer se está componiendo para parecer mejor.

—¡ Ah, y que mal pensador sois! dijo la Dorotea.

—En efecto, cuando os presentásteis. veniais tan compuesta, como podiais estarlo en el convento.

—Habia en aquel sencillo hábito, en aquella toquilla en aquel escapulario azul, en aquella cruz de oro que pendia de vuestro cuello, una cosa que decia:—Ved que con lana y lino puede parecer una mujer mejor ataviada que otra con ropas, encájes y brocados.

Era ademas vuestra mirada ardiente, grave, fija; vuestra palabra sonora, vuestro discurso apasionado.

Yo me enamoré de vos.

Cuando salí del convento, dije al tio Manolillo:

—Esa paloma volará en cuanto halle una mano que la abra la jaula, y no me pesará que esa mano sea la mia.

—Si ella os amá, dijo el tio Manolillo, por mi parte nada tengo que oponer. Me he propuesto darla gusto en todo.

—¿Pero qué es vuestra Dorotea, le pregunté?

—Esa es una historia, me dijo:

Comprendí que el bufon del rey, no me diria una palabra mas acerca de vos, y no volví á preguntarle.

Pero me habiais llenado, el alma no, ni el corazon, sino los sentidos: ardia por vos, Dorotea.

—Por lo mismo que sabia que yo no podia contar con vos, que vos no podiais ser para mí mas que el primer amante...

—¡ Oh ! esclamó Quevedo.

—Me reí de vos.

—Y á mí que no me gusta divertir de balde, me bastó con que vos os riérais.

—Ya sé que sois altivo.

—No es eso; es que no me gusta malgastar el tiempo.

Aconteció ademas, que un dia en que por costumbre, no curado aun bien de la locura que me habiais pegado, estaba yo en la iglesia de las Descalzas reales... solo por oir vuestra voz, que la teniais escelente y me enamoraba, un mal nacido ofendió á una dama. Volví por ella, mediaron palabras y aun mas, salimos á la calle, y maté á aquel hombre. Como las pragmáticas en esto de duelos son rigorosas, y como á mí me querian mal en la córte, creí prudente huir, y me amparé en Navalcarnero. Allí conocí á Juan Montiño... escelente muchacho.... corazon de perlas, alma de ángel en cuerpo de hombre.

—Pero tan burlador como vos.

—¡Bah! despues hablaremos de eso. Estuve algun tiempo en Navalcarnero, se arregló lo de la muerte, y volví á la córte. Poco despues se le indigestó un romance mio con algunas otras cosas al duque de Lerma, y me cogió, y me enjauló en San Marcos. Allí he estado dos años; allí os he recordado mas de una vez...

—En resúmen, lo que vos pensásteis de mí en aquel tiempo...

—Fue, que erais una mujer ansiosa del mundo, de las disipaciones, de los placeres, de los amores galantes: una hermosísima criatura, poca alma y muchos sentidos: poco corazon, poca cabeza, y mucha vanidad; desde mi encierro escribí por vos... dijéronme que habiais huido del convento.

—Vióme un comediante, en ocasion de ensayar una farsa á las monjas.

—¿Comediante fue?

—Galan.

—Se llama...

—Gutierrez...

—¡Ah! la presuncion con ropilla; la vanidad ambulante...

—Me miró, le miré. Elogió mi ingenio y mi voz, y me engreí. Me escribió proponiéndome cambiar la vida del claustro por la del teatro... y... mi celda daba á un huerto que tenia las tapias muy bajas, los balcones eran muy bajos... me escapé... caí loca en los brazos de aquel hombre... perdí la virginidad de mi cuerpo, pero conservé la virginidad de mi alma. Gutierrez no habia sabido despertarla.... Gutierrez no me habia dado la ardiente vida que yo necesitaba... El público entre tanto me aplaudia... los poetas me dedicaban madrigales... yo era Filis, Venus... sol.. luna... lucero... yo era la incomparable Dorotea... la diosa del teatro. Este halagaba mi vanidad, pero no llenaba mi corazon. ¡Ah! ¡no! en él resonaban huecos los aplausos, le aturdian, pero no le conmovian. Y me faltaba algo: yo era pobre: trabajando á partido ganaba poco: me veia obligada á alquilar trajes, en que todo era falso y muchas veces viejo: otras llevaban sedas y brocados, y perlas y diamantes... eran queridas de algun gran señor. Gutierrez no podia darme nada de esto. Los galanes que me enamoraban no podian dármelo tampoco. Yo sufria, yo estaba humillada: yo soñaba en el gran señor que debia cubrirme de oro. Me importaba poco que fuese viejo y feo, con tal de que fuese rico y generoso. Yo necesitaba humillar á mis compañeras.—Una tarde ví en

un aposento, á un señor muy grave y muy tieso, y al parecer muy rico. —Detrás de él habia un hidalgo, altivo tambien, jóven y buen mozo. Los dos me miraban, los dos me aplaudian... yo me enamoré de los dos. Del uno por vanidad, del otro... por amor no... yo creia que era por amor... pero hoy me he desengañado.

—¿Eran Lerma y Calderon? ¿El amo y el perro?

—Ellos eran. Despues de la funcion, encontré en mi casa esperándome á uno de ellos. Se habia entrado por fuero propio pagando á mi doncella. Era don Rodrigo Calderon. Me traia un mensaje y un regalo del duque de Lerma. Yo acepté. Despues de haberme hablado por el duque, don Rodrigo me habló por sí mismo.

—Eso sucede casi siempre: el corredor de un gran señor, goza antes que él, y es muy justo, dijo Quevedo: el agua moja antes el cauce que el pilon. Vuestra historia es muy conocida.

—He sido la sanguijuela de Lerma, y la loca de don Rodrigo.

—Os leí, pues, en el convento.

—¿Y qué habeis leido hoy en mí?

—Vamos á vuestra segunda época.—Salia yo esta mañana de palacio y andaba por esas calles de Dios, pensando en donde encontraria posada, cuando al buscar en un balcon una cédula, os ví á vos tras de la vidriera.—He aquí mi posada, me dije.—y me entré.

—Y como éramos antiguos conocidos...

—Tomé posesion de vuestra casa, y os leí en una mirada. Erais la buscona perfecta en su época peligrosa.

—¡La buscona!

—Ese es el nombre.

—Es decir la mujer...

—Que ahorra sangrador, y deja á un prójimo de tal modo, que no puede valerse contra el aire. Gastadora de bolsillos, destructora de saludes, envenenadora de almas y perdimiento de cuerpos. Acostumbrada á la vida alegre, desvergonzada y serena, haciendo gala del sambenito y pregonándose á voces.

—¡Oh! ¡es verdad! ¡qué vergüenza!

—Pasando á vuestro tercer estado, al en que os encontrais en este momento, os confieso que no os conozco: que os habeis transformado; que os ha salido vergüenza, y habeis criado pudor. Cuando érais vírgen os ví cortesana, y ahora que sois cortesana os veo vírgen.

Dorotea bajó la cabeza avergonzada por única contestacion.

—¡Vos amais! ¡amais por la primera vez! dijo Quevedo con acento sonoro, seco, vibrante, solemne.

—¡Oh! ¡si! yo creo que sí: ¡yo estoy loca! esclamó Dorotea.

—¡Misterios del espíritu! murmuró Quevedo ¡no nos comprendemos! ¡la ciencia escrita! ¡mentira! ¡la ciencia permanece oculta! ¡yo adivino, yo presiento... porque veo... observo... y me asombro!

—¿De que os asombrais?

—De mí mismo.

—Sois un pozo oscuro.

—Porque me hundo en mi alma.

—¡Ah! ¿no es verdad don Francisco que esto es terrible?

—¿Y qué es lo terrible?

—Yo no le habia visto nunca: cuando le ví á él... ya sabeis quién es él...

—Si, si; mi amigo Juan.

—Cuando lo ví... cuando me miró: parecióme que mi alma descorria un velo misterioso que se entraba en ella aquella mirada, que la llenaba, que la besaba, que la acariciaba, que la encendia... sentí... un placer doloroso... debí ponerme pálida.

—Y séria como una difunta.

—Yo creo que él tambien vaciló.

—Pues ya lo creo.

—¡Ah! ¡don Francisco! ¿por qué habeis llevado á ese hombre á mí casa? yo creo que iba provisto de un hechizo.

—Su hechizo consiste en haber nacido para vos. Yo lo ignoraba... le llamé porque estaba cuidadoso por él... como que habia dado de estocadas á Calderon y le habia quitado unas cartas de la reina.

—¡De la reina! ¡las cartas de la reina! ¡que le habrá pagado poniéndole en el lugar de Calderon!

—¿Qué estais diciendo?

—He tenido celos de una mujer cuando creí amar á don Rodrigo... ahora... ¡ahora le aborrezco!

—Haceis mal.

—¿Qué hago mal?

—¿Sabeis para que llamaba la reina á Calderon en aquellas cartas?

Quevedo hablaba á bulto porque como saben nuestros lectóres no las conocia.

—¿Para qué llama una mujer á un hombre?

—Margarita de Austria mas que mujer es reina.

—Las reinas tienen corazon y caprichos.

—La reina llamaba á don Rodrigo para conspirar.

—¡Para conspirar!

—Si, contra el duque de Lerma.

—¡Ah! esclamó Dorotea como quien recibe una revelacion. Acaso... aquellas cartas no contenian ni una sola palabra de amor... ¿es verdad?

—Eran sin embargo ambiguas, dijo Quevedo que seguia hablando á bulto.

—Si, si... bien puede ser... pero si eso es verdad, don Rodrigo, es un miserable.

—¿Y que otra cosa puede ser un hombre que parte su querida con otro? Vos érais un instrumento de don Rodrigo Calderon. Estais, pues, en el caso de volver en vos.

—¿Me jurais don Francisco, que no me habeis tomado por instrumento?

—No, no os lo juro, porque quiero que me sirvais.

—¿Y por eso me habeis presentado á ese jóven para que me enamore?

—No he tenido esa intencion, pero ya que mi amigo Juan os ha enamorado, me alegro.

—No os alegreis mucho porque me ha empeñado.

—Mi amigo Juan os ama.

—¡Jurádmelo!

—Os lo juro por mi encomienda, y por mi honra y por mi alma. ¡Si cuando me quedé solo con él, no hablamos de otra cosa que de vos!

—Pues mirad, yo me habia irritado con vos y con él... en el momento que supe que habiais herido á don Rodrigo.

—¿Por amor á don Rodrigo...?

—No, porque ví... porque adiviné la verdad. Que don Rodrigo habia caido á causa de la reina... y me dije, me han tomado por juguete. Entonces quise vengarme, y para vengarme salí, y me fuí á casa del cocinero del rey, cargada de joyas: Montiño es avaro, y estaba segura de averiguar...

—Bueno es saberlo, dijo para sí Quevedo.

—Pero no le encontré y me abrasaba en el tabuco donde vive... me ahogaba allí, al lado de aquella carne con ojos de su mujer. Entonces salí, bajé, y seguí á pié.

—¿Y adónde íbais, cuando os encontré?

—A la ventura, á tomar el aire.

—Habeis, pues, tenido un buen encuentro, porque os he curado, dijo Quevedo.

—Aun no del todo.

—Mi amigo os espera en vuestra casa.

—¡Ah! ¡pero vuestro amigo me da miedo...! ¡no os digo que estoy asombrada...! ¡yo que me he burlado del amor!

—El amor se venga.

—Ya se ve: ¡es tan hermoso...! ¡mas que hermoso...! ¡tiene para mí tal paz tal dulzura, su mirada...! su voz resuena en mi corazon de un modo tal... he hecho una promesa á la vírgen de la Almudena... como mañana me dispierte curada de esta locura, la doy mis joyas que son muchas y muy buenas.

—Si vos no amárais mañana á mi amigo, le mataríais.

—¡Oh! no lo creo, dijo Dorotea, con una anhelante candidez.

—¡Si habeis causado en él una impresion terrible! ¡qué hermosa es esa jóven! me decia, mientras vos estábais fuera: no puedo mirarla sin enternecerme... sus miradas me vuelven loco... necesito que esa mujer... esa diosa no viva mas que para mí.

—Os lo repito don Francisco. Vámonos á Nápoles... ó sino quereis venir, dadme una carta para el duque de Osuna: entraré en un convento... vuestro amigo me ha hecho mucho daño... me ha hecho insoportable el duque de Lerma, odioso Calderon.

—Tal vez la vida de mi amigo, consiste en que os apodereis mas que nunca del ánimo de Lerma.

—¡Cómo!

—¿Creeis que Lerma dejará sin castigo á quién le ha estropeado á su favorito? no os hablo de mí, que importa poco... pero él... él que ha alcanzado gracia á vuestros ojos.

—Me pedís un martirio.

—Sed martir, si quereis la gloria.

—¡Me pedís que amando á un hombre, sea querida de otro! esclamó profundamente la Dorotea.

—Necesitais reparar el daño que habeis hecho.

—¡Yo!

—Si, vos: habeis calumniado á una santa...

—¿Creeis que la reina...?

—Es digna de que una mujer de corazon como vos, la ame en vez de odiarla.

—¿Y que puedo yo hacer?

—Sed mas que la querida pagada de Lerma.

—¡Ah!

—Enloquecedle: hacedle creer que le amais.

—Eso no es fácil: don Juan de Guzman ha visto en mi casa á vuestro amigo.

—¿Y que importa?

—Lo sabrá Calderon... lo sabrá Lerma.

—Bien: decid á Lerma, que mi amigo quiere casarse con vos...

—¡Deshonrarle yo...!

—Cuando median altos intereses, por todo se atropella.

—¿Puedo fiarme de vos, don Francisco?

—¡Fuego de Dios! ¿y para que habia yo de engañaros?

—A vos me entrego.

—¿Veis como he hecho muy bien en que no trabáseis conocimiento con el blanquillo de Yepes? Ea, vamos, que ya es hora. Os habeis enlodado: id á mudaros á vuestra casa. Allí encontrareis á Juan Montiño... id con él acompañada á la comedia.

—¡A la comedia! ¡Trabajar, fingir, con el corazon lleno de lágrimas! ¡y mostrarme serena y reir!

—Esa es la vida: sed una vez cómica... aprended á serlo que os importa. Este es vuestro manto... cubrios bien, hija. Este mi ferreruelo. ¿Os habeis cubierto?

—Si.

—¡Ah de casa! dijo Quevedo, abriendo la puerta.

Cuando acudió el tabernero, le dió un ducado.

—Cobrad y guardaos lo que os sobre, dijo.

Y salió con Dorotea.

—Ahora, añadió cuando estuvieron en la calle, idos sola. Todo el mundo me conoce, á vos podrian conoceros y no conviene que nos vean juntos. Conque adios: voyme á dormir que ya es hora.

—¿Y hasta cuando?

—Yo pareceré.

—Adios don Francisco: estaba irritada contra vos y dolorida en el alma, y me separo contenta de vos y consolada. Adios.

Dorotea se separó de Quevedo y se alejó á buen paso.

Llovia, y mas de un tránseunte, se detuvo á mirar con asombro á aquella dama que parecia tan principal y que en tal dia andaba sin litera, pisando lodos.

Dorotea llegó al fin á su casa y se detuvo á la puerta, dominada por un vago temor.

Sabia que en su casa estaba Juan Montiño.

Su irresolucion duró un momento.

Llamó, la abrieron y entró.

—¡Señora! la dijo Casilda; ¡ah señora! ¡no sabeis lo que sucede!

—¿Qué?

—Aquel caballero que almorzó con vos...

—¿Qué ha sucedido á ese caballero...? dijo con cuidado Dorotea.

—¡Nada! ¡nada! se quedó aquí....

—Y bien....

—Me pidió sangría...

—¿Y qué?

—Se la serví... y luego... como no le conocia, como nada sé... por ver lo que hacia, volví quedito... estaba dormido al lado de la chimenea en vuestro sillon.

—¿Y qué hay de malo en eso...?

—Nada, pero... cuando volví otra vez.., ya no estaba en la sala.

—¿Qué no estaba?

—No, sino en la alcoba acostado en vuestro lecho, y durmiendo.

—¡Ah! ¡Dios mio! dijo para sí Dorotea, entrando precipitadamente en la sala, y llegando á la alcoba: ¡conoce que le amo.... y se apodera de mí!

Montiño dormia á pierna suelta.

Dorotea levantaba el pabellon del lecho.

—¡Qué hermoso es! ¡y qué alma tan noble asoma á su semblante dormido! ¡Oh Dios mio! ¡y es ya la una y media! dijo oyendo á lo lejos un reloj.

Dejó caer la cortina y salió á la sala.

—Vísteme, dijo á Casilda: traeme ropa blanca; me he puesto perdida.

—¿Y le dejais asi? dijo Casilda señalando á la alcoba.

—Habla bajo, que no dispierte: se conoce que ha pasado mala noche.

—Pero señora....

—Mira Casilda, ese caballero es tu amo y el mio, dijo Dorotea.

La negra se calló y vistió á su señora.

Esta eligió un magnífico traje de brocado, alto, cerrado como los de las damas de la córte y cubierto sobre el pecho de joyas, se llenó las manos de anillos y derramó sobre sí agua de olor.

—Vete, y que Pedro ponga la litera, dijo cuando estuvo vestida.

Casilda salió, y Dorotea entró de nuevo en la alcoba, y levantó la cortina.

—Siento despertarle; dijo: ¡duerme tan bien, y está tan hermoso durmiendo! ¡oh! ¡si no me esperara el público! ¡esta es una esclavitud insoportable!

Estuvo un momento contemplando en silencio al jóven.

Al fin se resolvió.

—¡Caballero! dijo dulcemente: ¡caballero!

Montiño abrió los ojos.

—¡Ah! ¡dichoso el que despierta y se encuentra con un ángel! dijo despues de haber lanzado de sí la última influencia del sueño.

—¿Y no se os ocurre disculparos?

—¿De qué..? ¡Ah! ¡me ha traido aquí mi corazon...! ¡soy digno de lástima...! no os enojeis pues.

—¿Estais muy cansado?

—¡Ah! ¡no! es cierto, que esta noche por las estocadas, anduve huido y no dormí: pero.... he descansado ya... os fuisteis irritada, y yo no me resignaba á no volveros á ver sino me volviais á vuestra gracia. Me dió sueño; en el sillon dormia mal.... como ya Quevedo habia dormido aquí me dije:—¿qué importa que yo duerma tambien? pero he sido mas respetuoso que Quevedo: yo al menos no me he desnudado: con ponerme las botas estoy corriente.

—¿Y os vais?

—Si, pero contando conque vos...

—¿Qué?...

—¿Me volvereis á recibir?

—¿Pero no estais ya recibido? dijo la Dorotea.

—¡Cómo, señora!

—Si, ¿no estais en vuestra casa?

—¡En mi casa!

—Vais á juzgar. ¡Casilda!

Apareció la negra.

—¿Qué te he dicho hace un momento á cerca de este caballero?

—Que era vuestro...

—Dí lo que yo te dije.

—Que era vuestro amo y el mio.

—Vete.

—¡Ah, señora! dijo Montiño turbado á su pesar por la espresion y el acento de Dorotea.

—Yo no os conozco, dijo la jóven, pero me siento unida á vos por un poder invencible: conozco que al separarme de vos, mi alma se rompería: no he amado nunca: vos sois el primer hombre á quien amo: ¿quereis mi amor?

—¡Vuestro amor! esclamó asustado Montiño.

—¡Qué! ¿le despreciais?

—¡Ah! ¡señora! vuestro amor es la gloria.

Dorotea se arrojó en los brazos de Montiño.

—¡Oh! ¡qué delirio! ¡qué sueño! esclamó despues de algun tiempo. ¡Qué no despierte yo nunca, amor mio! porque sino me amases... me vengaría... y mi venganza... ¡oh! no hablemos de esto... ¡las dos! ¡yá es tarde, Dios mio! ¡y el coliseo..! ¡malditas sean las comedias! ¡pero es preciso! ¡vamos, acompáñame!

—¿Asi con este traje de viaje, pobre y enlodado, y tú tan resplandeciente, reina de mi vida?

—¡Y qué importa! me basta con tu hermosura. Estoy segura de que me van á tener envidia... mi litera es grande, cabemos los dos, ven.

Y Dorotea se llevó de su casa á Juan Montiño como robado.

CAPITULO XXIII.

De lo que quiso hacer el cocinero de su magestad, de lo que no hizo, y de lo que hizo al fin.

Montiño se habia quedado aturdido en la hostería del Ciervo Azul, despues de la salida de Quevedo.

Tenia tanto en que pensar el triste del cocinero mayor, que su cabeza estaba hecha una devanadera.

Iba y venia con sus cabilaciones, y de todas ellas no sacaba mas que una cosa en claro: lo referente á los amores de su mujer, con el sargento mayor don Juan de Guzman.

Este pensamiento se formulaba en la frase que Francisco Montiño pronunciaba con los nervios crispados:

—¡Como la otra!

Montiño era, pues, un hombre predestinado.

Pero como todos los predestinados, dudaba de su predestinacion.

—Y luego, decia: aunque todos lo dicen, es muy posible que todos se hayan engañado. Mi mujer puede haber cometido inocentemente alguna imprudencia... ¡y ese sargento mayor, ó ese demonio, está allí detrás de mí, en el fondo de la sala! le oigo coscurrear entre sus mandíbulas de lobo las cortezas del pan ¡si yo me atreviera..! si yo me presentara á él de improviso... ¡si le preguntara...!

Pero acordábase Montiño del semblante de bandido del sargento ma-

yor, de su mirada sesgada, de sus largos mostachos, y de su inconmensurable tizona, se desplomaba y renunciaba á su resolucion.

Y era el caso, que tampoco se atrevia á levantarse y á salir, por temor de ser visto por don Juan de Guzman.

Permanecia, pues, acurrucado en su silla, vuelto de espaldas al sargento mayor, y haciendo como que comia: pero en realidad, aterrado, reducido á la menor espresion, anonadado.

Pero de repente, sacóle de su anonadamiento una voz que conocia demasiado.

Aquella voz habia saludado al sargento mayor.

Aquella voz era la del galopin Cosme Aldaba.

—¡Maldígate Dios, racimo de horca! dijo el sargento mayor á Aldaba: hace una hora que me tienes esperando.

—Vuesamerced sabe que hay cosas que no se hacen por el aire: despues de que ví á vuesamerced y me dió el recado, he tenido que comprar el pañuelo. Por cierto que he tenido que poner algunos maravedises.

—No hay que hablar de ello. ¿Y le has hallado como convenia?

—Ya lo creo, encarnado, encarnado, sin pinta de otro color.

—¿Y lo has llevado á la señora Luisa?

Volvióse todo oidos el cocinero.

—He tenido que esperar á que saliera él señor Montiño; porque si despues de haberme despedido me hubieran encontrado, no sé lo que hubiera sido de mí.

—¡Buen temor el tuyo! si no fuera porque Luisa no quiere escándalos, ya le hubiera yo acostumbrado á que se saliese humildemente de su casa cuando yo entrase, solo con haberle hecho huir á puntapiés la primera vez. ¿Pero, qué te ha dicho la señora Luisa?

—Nada: ha tomado el pañuelo, se ha puesto muy pálida y ha esclamado: ¡me quiere perder!

—Si fuera viuda, no temblaria asi.

Estremecióse Montiño.

—¡Viuda! dijo Aldaba; el cocinero mayor está tan apergaminado y enjuto, que me parece que tiene vida para muchos años.

—El dia menos pensado... es rico ¿no es verdad?

—¡Vaya...! ¡si dicen que revende empleos!

—Luisa dice, que en un cuarto oscuro, tiene un arcon que debe estar lleno de talegos.

—Es muy avaro.



PERMANECIA, PUIS, ACURRUCADO EN SU SILLA.

—Y muy ciego: dicen que su primera mujer era peor que esta.

—Ya se ve: y que le gustaban los pajes.

—Y qué, Inés no es su hija

—No, pues la Inés, que es un pimpollo, ha sacado las mismas aficiones que la madre; ya ha tenido tres novios pajes de su magestad.

—¿Y cuál es el paje de ahora?

—Un muchachote rubio, paje de la reina; un chico rubicundo, que la hecha de valiente, y á quien tengo ojeriza.

—¿Y cómo se llama ese paje?

—Valentin Pedraja.

—¡Ah! ¡ah! ¡el hijo del palafrenero mayor!

—Eso es.

—Pues mira, Aldaba, no te metas con ese paje, le protejo yo.

—Si la Inés me quisiera, sería bastante; pero no queriéndome, ¿á qué buscar ruidos?

—Haces bien: toma un ducado por lo que has hecho, y puesto que el cocinero mayor te ha despedido, te tomo por mi criado, tú me guisarás y me escusaré de venir á este figon del infierno. Con qué vámonos hijo, y te enseñaré mi casa, que tengo mucho que hacer.

El sargento mayor, pagó y salió con Aldaba sin reparar en Montiño.

—¿Con qué es decir, esclamó Montiño, levantándose con la fuerza de un muelle, que mi honra anda ya por los figones, y no solamente por un lado sino por los dos? ¡mi mujer y mi hija! ¡y que no sepa yo lo que pasa en mi casa! ¡y que temiera yo llevar á ellá á mi sobrino! ¡mi sobrino! será necesario decírselo todo! ¡mi sobrino que es tan valiente! ¿pero como decirle: tu tia y tu prima son dos mujeres perdidas? ¡y yo que habia pensado en ver el medio de casarle con mi hija!

El cocinero mayor estaba tan desencajado que daba miedo verle.

Y póngase cualquiera en su situacion, en aquella situacion anormal, aflictiva, deshonrosa, interesados el corazon y la vanidad: todo herido, todo magullado en su alma: encontrábase de repente solo en el mundo, porque todo lo que constituia su familia era ficticio: su mujer no era su mujer, su hija no era su hija, su sobrino no era su sobrino.

Hacia casi veinticuatro horas que estaba sonando para él la trompeta del juicio final.

Su hermano muerto, su corazon amargado, su cocina, que constituia para él la mitad de su alma, abandonada.

Y además de esto, metido en enredos trascendentales, de los cuales, no sabia cómo salir: amenazado casi con la Inquisicion...

La cabeza de Francisco Martinez Montiño, era un hervidero.

Y en este hervidero se le olvidó una cosa importantísima: esto es, la carta que la madre Misericordia le habia dado para el duque de Lerma, y que se habia llevado Quevedo.

Pero necesariamente, ó permanecia de una manera indefinida en la hostería del Ciervo Azul, ó tomaba un partido.

Montiño tomó el de acudir á donde le llamaba su pensamiento dominante.

A su casa.

Por el camino fue pensando, que lo que debia hacer era encerrarse con su mujer, hablarla decididamente como hombre que lo sabia todo, presentarla como prueba lo del pañuelo encarnado, y despues hacerla abrir los cofres, apoderarse del pañuelo, apoyarse en él como en una prueba concluyente, y despues de esto, confesado el crimen, como no podia menos de suceder, por su mujer, montarla en un macho de los de palacio, y con un mozo de mulas enviarla á su país natal.

Luego meteria á su hija en un convento.

Una vez libre, haria dejacion de la cocina del rey, se retiraria de intrigas y de enredos, y se iria pacíficamente á comerse sus doblones á Navalcarnero, llevándose consigo la misteriosa arca, donde se encerraba indudablemente el destino del bastardo de Osuna.

Hay proyectos que se piensan, se redondean, se concluyen, que parecen ya conseguidos, pero que al quererlos poner en práctica se desvanecen como humo.

Habíase atravesado ademas una circunstancia puramente casual, un suceso que debia embrollar mas al cocinero mayor.

Poco despues de la desaparicion de Montiño, una litera llevada por dos ganapanes, y seguida á paso lento por un criado, se detuvo á poca distancia del alcázar, se abrió la portezuela y salió de una manera violenta una mujer.

Era Dorotea.

Hemos retrocedido algun tiempo.

Al punto en que Dorotea antes de encontrar á Quevedo, habia ido al alcázar en busca del cocinero mayor.

Cuando estuvo fuera de la litera, dijo al criado:

—Vete.

—¿Con la litera, señora?

—Si, con la litera.

—Pero llueve y hace lodos.

—No importa: me mareo, me muero dentro de ese armatoste. Vuélvete con la litera á casa.

Y se entró violentamente en el alcázar.

—Llevadme al cuarto del cocinero mayor, dijo á un lacayo de palacio dándole un ducado.

El lacayo tiró el patio adelante, y llevó á la comedianta á las altas regiones donde vivia el cocinero mayor.

—Allí es, señora, dijo señalando una puerta á Dorotea.

—Bien, idos; gracias.

El lacayo se fué.

Dorotea se quedó sola en una galería estrecha, larga y tortuosa y delante de una puerta.

Llamó á ella con impaciencia.

Abrióle una mujer jóven y bella.

Era Luisa.

—¿Sois la hija del cocinero mayor? dijo Dorotea.

—Soy su mujer, contestó con cierta mortificacion Luisa. ¿Para qué quereis á mi marido?

—Para hablarle.

—Acaba de salir.

—No importa, dijo Dorotea entrándose en el cuarto. Le esperaré.

—Pero yo, señora, no os conozco.

—No le hace: vengo á preguntarle una cosa importante.

—Pero es muy natural que una mujer honrada, cuando ve que otra busca en su misma casa á su marido... piense...

—Pensad lo que querais.

Y Doretea se sentó sin ceremonia.

—Y bien mejor... dijo Luisa sentándose á coser, ya sé lo que debo decir á mi marido cuando tenga un nuevo disgusto con él.

Ninguna de las dos mujeres habló mas.

Al cabo de cierto tiempo, Dorotea hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Dónde estará ese hombre? esclamó.

—Si lo deseais, dijo Luisa, le enviaré á buscar.

—¡Para largas esperas estoy yo..! dijo la Dorotea... me ahogo aquí

en este chirivitil... y me voy... decid cuando venga á vuestro marido, que le espera en su casa la querida del duque de Lerma.

—¡Ah!

—Si, del duque de Lerma, á quien sirve de correo vuestro buen marido, como le sirve de otras muchas cosas. Conque adios.

Y la Dorotea salió primero del cuarto de Montiño y luego del alcázar, tomó por la calle del Arenal, y en ella fue en donde encontró á Quevedo.

Cuando llegó Montiño á su casa, se encontró á su mujer y su hija cantando y cosiendo.

—Están juntas, se dijo, y esto me contraría.

Montiño debia haber supuesto que las encontraria de aquel modo, porque siempre las habia encontrado asi.

Dió dos ó tres vueltas por la sala.

Vió dos ó tres veces á su mujer.

Cada vez le pareció mas hermosa y mas inocente.

—Pero, señor, ¿y lo que yo mismo he oido? se dijo.

Y volvió á dar otras dos ó tres vueltas.

—¡Luisa! dijo al fin.

—¿Qué quieres? respondió tranquilamente su mujer.

—¿Ha estado alguien aquí?

—Ha estado Cosme Aldaba.

—¡Ah! ha estado ese bribon de Aldaba. ¿Y qué queria?

—Quería hablarme á solas.

—¿Y le hablaste.

—Si.

—¿Y qué te dijo?

—Que le habias despedido.

—Me ha echado á perder un capon relleno. Es un infame.

—En tratándose de la cocina, ciegas.

—No ciego mucho cuando ya no he hecho una atrocidad.

—La muerte de tu hermano te tiene de muy mal humor.

—Si, si, la muerte de mi hermano, eso es. ¿Y no te dijo mas Aldaba?

—Si, que me empeñase por él contigo.

—¡Pues hombre, no faltaba mas! ¡habrá insolencia!

—Yo le he dicho...

—¡Qué!

—Que ya te se pasará: que tú al principio tomas las cosas muy á lo

vivo y por donde queman; pero que eres muy buen hombre, y todo al fin se te pasa.

—¡Con qué soy yo muy buen hombre!

—Ya lo creo.

—¡Pues no señor! ¡soy un hombre muy malo!

—Como quieras Francisco cuando estás asi, es necesario dejarte en paz y luego tienes razon.

—¡Qué si la tengo! ¡qué si tengo razon! ¡tanta tengo, que se me sale por la tapa de los sesos!

—Pues mira, primero eres tú.

—Ya lo creo que primero soy yo.

—Ello pasará, los primeros momentos son crueles: pero cuando te acostumbres...

—¡Y á qué me he de acostumbrar!

—A pasarte sin tu hermano...

—¿Pues qué no me pasaba sin él?

—Si, pero no es lo mismo decir tenia un hermano, á decir ya no le tengo.

—Tienes razon, es muy doloroso perder una cosa que se ama.

Montiño se calló, y Luisa por no irritarle mas se calló tambien.

—Está delante Inesita, dijo para sí Montiño, y no me atrevo... será necesario quedarme solo con ella.

Y siguió paseándose en silencio durante ocho ó diez minutos.

Su mujer y su hija no cantaban, pero cosian.

—Pues señor, dijo para sí el cocinero mayor deteniéndose de repente: ello es preciso.

Y luego dijo alto:

—¡Luisa!

—¿Qué quieres? contestó la jóven.

—Tengo que hablarte á solas de un asunto muy importante.

Púsose levemente pálida Luisa.

—Vete Inés, hija mia, dijo á la niña.

Inesita se levantó, miró con cuidado á su padre, y dijo para sí saliendo:

—Me quedaré tras de la puerta, y escucharé lo que hablen.

Montiño fué á sentarse en la silla que habia dejado desocupada su hija.

—Vamos, Francisco, dijo Luisa, viendo que su marido guardaba silencio; ya estamos solos.

—¡Es que!... ¡si!... ¡yo!... ¡tú! tartamudeó Montiño á quien faltó de todo punto el valor.

Estaba viendo por completo sin gorguera el cuello blanco y redondito de su mujer.

—¿Pero qué es ello? dijo Luisa.

—Me encuentro en un gran compromiso, dijo Montiño renunciando de todo punto á hacer cargos á su mujer, y rompiendo para salir de la situacion por donde primero se le ocurrió.

—¡Un compromiso!

—Si por cierto, tengo un sobrino.

—Pues no comprendo...

—Ese sobrino ha venido á Madrid.

—¿Y bien?

—Necesito traerle á vivir aquí.

—¡Aquí! como quieras.

—Pero hay un obstáculo.

—¿Cuál?

—Inesita.

—¡Ah!

—Si, Inesita está ya alta y hermosa, y mi sobrino...

—Es su primo.

—No, no; no estaría bien. Es necesario que Inés salga de casa, replicó Montiño.

—¿Y á dónde ha de ir esa pobre niña?

—¿Dónde? á un convento.

—¡A un convento! ¡pero si ella no tiene vocacion de monja!

—A un convento mientras este aquí su primo.

—De modo que si lo haces porque Inés es jóven, yo soy tambien jóven pocos años mayor que ella.

—Tambien he pensado en eso.

—¡Como! ¿quieres echarme de casa por causa de tu sobrino?

—Escucha, Luisa, hija mia: tu embarazo está muy adelantado: las montañas de Asturias son muy sanas...

—Declaro que no me muevo de aquí, dijo Luisa levantándose y arrojando su costura. Yo no te dejo solo. Tú quieres echarnos de la casa no para meter á tu sobrino si no á una perdida.

—¡Cómo á una perdida! esclamó Montiño que se estremeció porque veia una nueva complicacion.

—Si... yo no habia querido decirte nada: pero ademas del galopin Cosme Aldaba, ha estado aquí una mujer.

—¡Una mujer!

—¡Buscándote!

—¡Eso es mentira!

—¡La querida del duque de Lerma!

Montiño puso asustado su mano sobre la boca de su mujer.

—Yo me he callado, dijo Luisa.... y tu te alborotas, yo tengo evidencias, y sufro... y me resigno... ¡qué desgraciada soy!

—Yo no quiero ir á un convento, padre, esclamó Inésita entrándose de repente y colgándose al cuello de Montiño.

—Yo me moriré si me encuentro en este trance cruel lejos de mi esposo y señor...

—Yo no puedo vivir sino al lado de mi buen padre.

Y las dos jóvenes lloraban desconsoladas, y se comian á besos al pobre hombre.

A Montiño se le partia el corazon.

—¡Pues señor! esclamó ¡no puedo! ¡yo me acostumbraré!

—Yo no me voy sino hecha pedazos, dijo Luisa.

—Ni yo saldré si no me llevan atada, esclamó Inés.

—Bien, bien, dijo el cocinero mayor rindiéndose á discrecion: mi sobrino no vendrá aquí: le buscaré una posada... esto me costará el dinero...

—Dinero os hubiera costado, padre, el tenerme en el convento, dijo Inés.

—Dinero te hubiera costado, Francisco mio, el enviarme á Asturias y el mantenerme allí, dijo Luisa.

A estas palabras dictadas por una lógica rigorosa no habia nada que contestar.

Ademas las dos jóvenes lloraban que era un desconsuelo.

Sucedióle á Montiño lo que á muchos que se creen invencibles antes del combate: huyó á la vista del enemigo.

Y huyó literalmente hablando.

Luisa al verle huir sintió una especie de perverso consuelo.

Habia adivinado algo aterrador en Montiño.

Se habia visto descubierta.

Habia temblado.

Pero al huir Montiño se tranquilizó.

Habia comprendido con la perspicacia peculiar á todas las mujeres, que su marido estaba domesticado.

Pero si Luisa hubiera podido leer por completo en el alma de su marido, no se hubiera tranquilizado tan completamente.

Montiño era uno de esos hombres cobardes para obrar por sí mismos, pero capaces de todo de una manera indirecta.

No podia tener duda de que su mujer le engañaba.

De que amaba á otro.

No tenia duda tampoco, puesto que acababa de esperimentarlo, de que jamás se atreveria á hacer nada contra su mujer.

Pero no se encontraba en las mismas disposiciones de debilidad respecto al amante de su mujer.

Esto ya era distinto.

Montiño necesitaba vengarse de aquel hombre.

Cierto es que el cocinero mayor, carecia de todo punto del valor suficiente para ponerse delante de Guzman y decirle:

—Os voy á matar, porque me habeis herido el alma.

Montiño se estremecia de miedo al pensar solamente que podia verse en un lance singular con el sargento mayor.

Pero Montiño tenia medios indirectos.

El primer medio que se le ocurrió, fue el señor Gabriel Cornejo.

Esto es: una puñalada dada por detrás.

Pero aquella puñalada debia costarle dinero.

Además podia envolverle en un proceso.

Montiño desechó aquella idea dos veces peligrosa.

Ocurriósele valerse de su sobrino.

Valiente, audaz, generoso, no vacilaría ni un punto en ponerse delante del sargento mayor, tirar de la espada y despacharle en regla.

¿Pero como decir á su sobrino que su tia...?

Montiño desechó este pensamiento como habia desechado el anterior.

Pero se puso en busca de otro medio de vengarse.

Quevedo se presentó á su imaginacion; Quevedo capaz de plantar una estocada al mismo diablo; Quevedo enemigo de Lerma, y de Calderon no muy amigo, segun las palabras que el mismo Montiño recordaba haberle oido en la hostería del Ciervo azul, del sargento mayor don Juan de Guzman.

Pero, al acordarse de Quevedo, se acordó del duque de Lerma; al acordarse del duque de Lerma, recordó que para él le habia dado una

carta la abadesa de las Descalzas reales; y que se la habia dado de una manera urgente.

Entonces hizo un paréntesis en sus imaginaciones, y dijo suspirando:

—Puesto que necesitamos vengarnos, es necesario servir á quien vengarnos puede. Vamos á llevar esta carta á su escelencia.

Y la buscó en el bolsillo interior de su ropilla.

Solo encontró dos estuches.

Aquellos dos estuches le recordaron que debia entregar á su sobrino de parte del duque de Lerma, una cruz de Santiago, y que para servir al duque debia entregar una gargantilla á la dama con quien pretendia entretener al príncipe de Asturias el duque de Uceda, y que se entretenia particularmente con don Juan de Guzman.

El amante de su mujer se le ponia otra vez delante.

—¡Dios mio! esclamó el desdichado: ¡me van á matar! ¡pero señor! ¡la carta que me dió la abadesa de las Descalzas reales! ¿qué lie hecho yo de esa carta..? ¡tengo la cabeza hecha una grillera! ¡todo me anda al rededor! ¡todo me zumba, todo me chilla, todo me ruge! ¡pero esta carta...! ¡esta carta!

Y se registraba de una manera temblorosa los bolsillos, los greguescos hasta la gorra.

Y la carta no parecia.

Empezó á sentir ese escalofrio, ese entorpecimiento que acompaña al pánico.

Aquello era muy grave.

Porque sin duda la madre Misericordia decia cosas gravísimas en su carta al duque de Lerma.

¿Y cómo decir al duque he perdido esa carta? ¿Cómo atreverse ni siquiera á presentarse sin ella ante él?

Y volvió á la rebusca, se palpó, y volvió á buscar.

Y la carta no parecia, y su terror crecia.

Por la primera vez de su vida blasfemó.

Por la primera vez de su vida se creyó el mas desgraciado de los hombres.

Y por la primera vez se olvidó de su cocina.

Esto era lo mas grave que podia acontecer á un hombre como el cocinero mayor.

Volvió de nuevo á su inútil pesquisa.

Y todo esto le acontecia, parado, siendo el objeto de la curiosidad de los que pasaban y cruzaban que no podian menos de decirse:

—¿Qué acontecerá al cocinero mayor?

Y Montiño no se acordaba de que habia dado á Quevedo la carta y de que Quevedo no se la habia devuelto.

Entonces aturdido enteramente, vacilante, asustado, semimuerto, salió del patio del alcázar en donde se encontraba, y escapando por la puerta de las Meninas, tiró hácia el laberinto de callejas del cuartel situado frente al alcázar y se perdió en él.

CAPITULO XXIV.

De cómo los sucesos se iban enredando hasta el punto de aturdir al inquisidor general.

Por aquel mismo tiempo el padre Aliaga se paseaba en su celda.

A juzgar por el semblante sombrío, pálido, inmóvil del confesor de rey, debia suponerse que gravísimos pensamientos le ocupaban.

De tiempo en tiempo se detenia, leia una carta arrugada que tenia en la mano, crecia su palidez al leerla, temblaba, y volvia á arrugar la carta en un movimiento de despecho.

Aquella carta era la que le habia escrito doña Clara Soldevilla, acusando ante la inquisicion á Dorotea y á Gabriel Cornejo.

Aquella acusacion era gravísima.

La carta contenia lo siguiente:

«Respetable padre y señor fray Luis de Aliaga: el celo por la religion de Jesucristo, y mi amor á la reina nuestra señora, me obligan á revelaros lo que por fortuna he podido averiguar y que interesa al servicio de Dios y al de su magestad.—Se trata de dos miserables: de un hombre y de una mujer. El hombre es un galeote huido, un hereje hechicero que vende untos, y hace ensalmos y presta á usura. Se llama Gabriel Cornejo y tiene una ropavejería en el Rastro.—La mujer es comedianta, hermosa y jóven y se llama Dorotea. Vive en la calle ancha de San Bernardo.—Es mujer de mala vida, y de malas costumbres, y de malos hechos, y tiene entretenidos á un tiempo al duque de Lerma y á

don Rodrigo Calderon. Es hija de padres desconocidos, segun he podido averiguar, y para asegurarse del amor de esos dos hombres, se vale de bebedizos y otras artes reprobadas.—He sabido esto procurando aclarar un misterio que interesa sobre manera á la honra y acaso á la vida de su magestad la reina.—Yo sé cuanto os interesais por su magestad, fray Luis : lo sé tanto, que no dudo que siendo vos inquisidor general, y aun cuando no lo fuérais, hariais cuanto fuese necesario hacer para sellar los labios de esos dos miserables, que, os lo repito, pueden comprometer gravemente á su magestad.—Si quereis informaros mejor decidme donde podremos vernos, pero entre tanto asegurad, os lo ruego, á esas dos personas, y haced de modo que no puedan hablar con nadie.—Es cuanto tengo que deciros.—Vuestra humilde servidora, doña Clara Soldevilla.»

Esta carta habia sido dictada á doña Clara, por su lealtad, por su amor á Margarita de Austria, que mas que su señora era su amiga : pero, ademas de esto, habia en doña Clara otro empeño íntimo de que no podia darse cuenta, pero que la impulsaba á obrar de una manera hostil contra Dorotea : su sospecha de que la comedianta hubiese visto al jóven, de que le amase, de que el bufon tuviese empeño de favorecer los amores de Dorotea.

Doña Clara, en fin, no habia escrito aquella carta sin un secreto placer, el placer de la venganza; porque una intuicion misteriosa, una conciencia íntima, la decia que Dorotea amaba á aquel jóven que era tan hermoso, tan leal, tan noble, tan valiente.

La carta de doña Clara habia aturdido al padre Aliaga.

Aquella carta era para él gravísima.

En el momento en que la leyó, la arrugó con cólera entre sus manos.

Porque cuando el padre Aliaga estaba solo, era un hombre distinto del que conocian las gentes.

Entonces no era humilde, ni su semblante conservaba la inmovilidad glacial que el mundo veia en él.

Por el contrario, su frente se levantaba con altivez, ceñuda, pálida, como cargada de tempestades.

Sus negros ojos brillaban, relucian, chispeaban, parecia que llevaban en sí una espresion de reto, continua, persistente, indomable.

Su paso no era lento, grave y acompasado, sino vago, indeciso, maquinal, nervioso por decirlo asi.

Estaba abandonado á sí mismo, y se reflejaban en su semblante, en su ademan, en sus movimientos pasiones enérgicas, tanto mas violentas

cuanto estaban de continuo mas dominadas, mas subordinadas á la conveniencia delante del mundo.

—¿Con qué comprenden, decia con voz ronca, consultando un pasaje de la carta, *cuanto me intereso por su magestad la reina*? ¿Con qué es decir, que en vano he pasado dias y noches de afan y de delirio, luchando conmigo mismo? ¿veinticuatro años de esfuerzos inútiles, puesto que esa mujer comprende...? si, si; lo dice con seguridad: lo afirma: con esas palabras se dirige á mi conciencia. ¿Lo habrá notado tambien la reina? No; su orgullo la defiende, la ciega. ¿La habrá dicho doña Clara...? ¿La habrá avisado? No, no: esa mujer no se habrá atrevido.... Yo lo sabré, yo lo comprenderé, y doña Clara no volverá á leer en mi alma, porque me ha avisado. ¡Y Dorotea..! ¡Dorotea! ¡la hija de aquella otra Margarita, infeliz..! ¡la acusan aquí! ¡en esta carta! ¡ella y ese Gabriel Cornejo pueden comprometer á la reina..! ¡Dios mio! Dios mio!

Y esta última esclamacion del inquisidor general, mas que una humilde invocacion á Dios, era la impaciente queja de un alma exasperada por el sufrimiento, saturada de dolor, violentada, enferma, desesperada.

Los ojos del padre Aliaga resplandecian con un fuego febril.

Su cuerpo temblaba de una manera poderosa.

—¡El mundo! ¡la tentacion! ¡siempre combatiéndome, siempre poniéndome á punto de ser vencido! esclamó con acento desesperado: ¡siempre fijo en mí el recuerdo doloroso de la una, la aspiracion desesperada, oculta, comprimida hácia la otra! Dos imposibles, porque solo Dios podria levantar de la tumba á la Margarita humilde: solo Dios podria llenar el abismo que me separa de la Margarita altiva: ¡y esa coincidencia en el nombre..! y luego... la hija de la una, enemiga, ó yo no sé qué de la otra! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Y esta segunda invocacion del padre Aliaga fue mas rugiente, mas desesperada, en una palabra: mas blasfema que la primera.

Y volvió á leer la carta, palabra por palabra, sílaba por sílaba, letra por letra: la devoró con una mirada hambrienta, como pretendiendo traslucir el misterio, que bajo aquellas letras se revolvia, grave, misterioso, aterrador, y volvió á arrugar con cólera la carta entre sus manos.

De tiempo en tiempo consultaba con impaciencia la muestra de un enorme reloj de pared.

—Ya es la tarde, dijo: el bufon vendrá... vendrá... de seguro... no puede tardar... el tio Manolillo tiene un gran interés por Dorotea: acaso la ama... acaso es por ella tan desgraciado como yo... pero él... él pue-

de mostrar al mundo su desesperacion; él no está adherido al claustro; él no está ligado por ningun voto, por ningun juramento; él puede decir sin temor al mundo: yo soy hombre: ¡yo!.... yo me veo obligado á hacer creer que soy un cadáver vivo, un cuerpo sin corazon, un alma sin pasiones.... ¡Mentira! ¡mentira repugnante...! hay momentos en que lo intenso de nuestra desesperacion, que se concentra en un ser que no pertenece al mundo, nos hace mirar con desprecio todo lo que al mundo pertenece: hay momentos en que creemos que nuestro corazon ha muerto, que no existe nada que pueda hacerle latir: necesitamos la soledad y el silencio y las tinieblas, todo aquello en que hay menos vida, todo aquello que habla mas al alma: entonces nos arrojamos á los piés de un altar: pronunciamos un voto: despues... ¡oh! despues; cuando el tiempo, que si todo no lo cura, lo gasta todo, ha cubierto con una capa mas ó menos densa de olvido, de ese polvo que cae sobre el alma, nuestros dolores... ¡oh! entonces... entonces... podemos ver otro ser... una mujer por ejemplo... y entonces volvemos con desesperacion los ojos enderredor de la prision que encierra, no nuestro cuerpo, sino nuestra alma... de ese claustro que nos dice con su silencio: soy tu sepulcro ó tu infierno.

El padre Aliaga calló, y siguió paseándose lento y solemne por la celda con la carta de doña Clara, arrugada entre las manos...

Pasó algun tiempo.

Oyéronse al fin pasos en el corredor.

Pasos tardos y acompasados.

Se abrió la puerta de la celda, y apareció el hermano Pedro.

Aquel lego en quien el padre Aliaga tenia tanta confianza.

Sin embargo, al sentir sus pasos, el padre Aliaga se habia dirigido á uno de los balcones, y permanecido de espaldas á la puerta como si se ocupase en mirar algo en la huerta del convento.

El lego no podia ver su semblante.

—Nuestro padre: dijo, un hombre pide hablaros con urgencia.

—¡Que entre! ¡que entre! dijo el padre Aliaga, suponiendo que aquel hombre era el tio Manolillo.

Poco despues el padre Aliaga sintió pasos en la celda.

Aun estaba de espaldas; aun no estaba seguro de que hubiesen desaparecido de su semblante las huellas de la lucha anterior, y queria evitar que nadie lo adivinase.

El hombre que habia entrado se habia detenido y no hablaba.

El confesor del rey se volvió. Su semblante estaba completamente sereno. Al volverse, vió que quien habia entrado en su celda no era el bufon, sino el cocinero del rey.

Francisco Martinez Montiño venia mojado completamente.

Su capa goteaba, ó por mejor decir, chorreaba la lluvia que habia empapado sobre la estera de la celda.

Era una de esas tardes lóbregas, en que parece que la naturaleza sobrecogida por un dolor silencioso, se cubre con un velo y llora.

Una tarde de luz fría y débil, melancólica y opáca, en que al gotear continuo y múltiple de la lluvia, se unia de tiempo en tiempo el silbido seco y sonoro del viento del Norte.

Nada, pues, tenia de estraño el estado en que se encontraban, la gorra, la capa y los zapatos de Francisco Martinez Montiño.

Pero lo que era verdaderamente alarmante, era el estado moral en que, á juzgar por el estado de su fisonomía, se encontraba el cocinero mayor.

Habia algo de insensatez en su mirada, en la contraccion de su boca, en la actitud de su cabeza, y la chispa de razon que en aquel semblante se revelaba aun, era una razon desesperada.

Temblaba ademas el mísero, y de una manera tal, que se comprendia harto claro que no era el frío el que le hacia temblar.

—¿Para qué me querrá este hombre y en este estado? dijo para sí el padre Aliaga al ver á Montiño.

A pesar de ser el dominico un padre muy respetado en Atocha, confesor del rey, y ademas recientemente inquisidor general, era un hombre de costumbres sencillas, humildes, hasta el cual todo el mundo tenia acceso.

En cuanto se comunicó á la Inquisicion su nombramiento, el consejo de la Suprema le invitó á que ocupase la casa casi palacio, que el inquisidor general tenia en Madrid.

El padre Aliaga lo agradeció mucho, pero á pretesto de que tenia amor á su celda, declaró que permaneceria en ella.

Enviarónle pajes, familiares y servidores, y como el padre Aliaga no queria ser espiado, y temia que para solo eso se le hubiese nombrado inquisidor general, despidió aquella servidumbre.

Enviaron algunos alguaciles para que sin pasar de la portería del convento estuvieran á la disposicion de su señoría el señor inquisidor general, y se deshizo tambien de los alguaciles.

Mandáronle una magnífica carroza, y el padre Aliaga lo agradeció mucho y dijo que le bastaba con su silla de manos de baqueta negra.

Pusiéronle por delante el decoro inquisitorial y contestó que cuando con la Inquisicion fuese á alguna ceremonia iria como al decoro de la Inquisicion conviniera.

Todas estas contestaciones pasaron en dos horas despues de que el padre Aliaga volvió aquella mañana de palacio.

El consejo de la Suprema le dejó en paz esperando á ver por donde saldria el fraile dominico, á quién todos, esceptuándose muy pocos, creian un pobre hombre.

Así es que á Montiño no le costó el ver á aquel personaje terrible por su posicion, mas trabajo que el de ir al convento de Atocha.

El padre Aliaga le conocia personalmente y le habló con suma afabilidad.

—Sentaos, sentaos, señor Francisco Montiño, le dijo, y sobre todo quitaos esa capa que debe helaros.

—¡Ah señor! no es la capa la que me hiela, dijo el cocinero mayor.

—Pues hace frio, repuso con su impasibilidad delante de las gentes el padre Aliaga: el invierno es muy crudo...

Y avivaba los tizones de la chimenea.

—Pero mas cruda mi fortuna, dijo Montiño.

—¿Pues que desgracia os ha sucedido? dijo el confesor del rey, dejando de ocuparse de los tizones, y mirando de hito en hito á Montiño.

—¡Oh! ¡si solo fuese una desgracia!

—¡Qué! ¿es mas que una desgracia?

—Sí, si señor, porque son muchas desgracias.

—¡Válgame Dios! dijo el padre Aliaga: la vida es una prueba...

—Sí, si señor, una prueba muy amarga.

—Pedid fuerzas á Dios, y Dios os las dará.

—¡Dios me castiga! esclamó Montiño, en una tremenda salida de toro, chillona, desesperada y rompiendo al mismo tiempo á llorar.

—¡Vamos! dijo el padre Aliaga: confiad en que Dios es infinitamente misericordioso y que si os castiga hoy os perdonará mañana.

—Soy muy pecador... y lo que á mí me sucede...

—Me pareceis muy desesperado...

—¡Si, si señor! ¡terriblemente desesperado!

Montiño se calló esperando á que el padre Aliaga le preguntase, pero el padre Aliaga se redujo á dejarle oir una de esas frases generales de

consuelo, que toda persona buena dirige á un semejante suyo á quien ve atribulado.

Despues el padre Aliaga se calló tambien.

Hubo algunos momentos de silencio.

—¡Perdonadme, señor! dijo tartamudeando Montiño.

—¿Y de qué os he de perdonar? contestó con dulzura el padre Aliaga.

—Vos, señor, sois un gran personaje.

—No lo creais: yo soy un siervo de Dios, aunque indigno, y vuestro hermano.

—Sois confesor del rey.

—Lo que no me hace ni mas ni menos sacerdote que otro.

—Sois inquisidor general...

—El rey me lo manda.

—Y yo soy un cocinero, no mas que un cocinero, que aunque lo es del rey...

—No dejais por eso de ser cristiano y hermano mio.

—¡Ah señor! ¡que bondadoso sois!

—No tal: pero dejaos de señorías y llamadme padre.

—Pues bien, padre Aliaga, ya que me dais valor, voy á deciros... me atrevo á deciros...

Montiño se detuvo.

Fray Luis siguió arreglando sus tizones.

—Pues... me atrevo á deciros, aunque os parezca impertinencia, que vengo á confesarme con vos.

—Vos no sois impertinente por eso: todos los dias abro el tribunal de la penitencia á desdichados que son tan pobres que me veo obligado á recomendarlos al limosnero de su magestad.

—Nadie hay tan pobre como yo... dijo Montiño saliéndose de nuevo de tono.

—¿Venis preparado? dijo el padre Aliaga.

—¿Preparado para qué...? dijo el cocinero que se alarmaba por todo.

—Para hacer una buena confesion: repuso el padre Aliaga: he querido preguntaros si habeis echo exámen de conciencia.

—Os diré, padre Aliaga: yo no habia pensado hasta hace algunos momentos en hacer confesion general.

—Resulta, pues, que no venís preparado y no puedo confesaros hoy.

El padre Aliaga esperaba con impaciencia al tio Manolillo y queria quitarse de encima de la mejor manera posible al cocinero mayor.

—Teneis razon, señor, dijo Montiño; pero como se trata de hacer una confesion general yo me atreveria á suplicaros...

Montiño se detuvo: fray Luis no dijo una sola palabra.

—Pues... yo me atreveria á suplicaros... que... me dirigiéseis... me ayudáseis en mi exámen de conciencia.,. y como se trata de una confesion general... y ¡como yo he sido muy malo!

Y para pronunciar esta última frase, salió de nuevo de tono y mas ruidosamente que las veces anteriores, el cocinero mayor.

El padre Aliaga sintió un poderoso impulso de impaciencia casi de despecho.

Su pensamiento estaba fijo en el bufon del rey, que segun él debia llegar de un momento á otro.

Montiño habia llegado á ponerse en la situacion de uno de esos grandes estorbos que contrarian al mas paciente.

Sin embargo, el impenetrable semblante del padre Aliaga no se alteró.

Montiño se le habia venido encima con una peticion á que no podia negarse como sacerdote.

Ademas no quiso alegar ninguna ocupacion.

Y por último, á pesar de la contrariedad que le causaba aquel incidente, tenia un interés vago en conocer la conciencia del cocinero mayor, que por su estado febril, por lo exagerado de su espresion, por otros mil indicios patentes, daba á conocer claro que se hallaba en una situacion grave.

Y todo el mundo sabia, y en particular el padre Aliaga, que Francisco Martinez Montiño era en la córte algo mas que cocinero del rey.

—¡Tratais de hacer una confesion general! dijo el padre Aliaga: esto es grave.

—¡Oh! si: lo que me sucede, es muy grave, dijo Montiño: desde ayer han pasado por mi tantas desdichas que con ellas se puede llenar un libro y por grande que fuese no sobraria mucho. ¡Ayer era yo tan feliz!

—¡Erais feliz y os confesais malo!

—¡Ah, padre! todo me venia bien y tenia dormida la conciencia.

—El que aduerme su conciencia puede despertar condenado.

—Cuando la desgracia me ha herido he dicho para mí: esto es que

Dios me avisa. Habia salido del alcázar loco y desesperado sin saber que hacer, sin saber á dónde ir y me acordé de vos, padre.

—Hicísteis bien, pero nos vamos olvidando del asunto principal.

—Si ciertamente: de mi exámen de conciencia.

—Veamos: recorramos el decálogo. ¿Habeis amado á Dios sobre todas las cosas?

Quedóse Montiño mirando de una manera perpleja á fray Luis.

Luego suspiró profundamente y dijo:

—Lo que yo he amado mas sobre todas las cosas ha sido...

Y se detuvo.

—Ved que estais hablando con vuestra conciencia, observó el padre Aliaga.

Montiño hizo un poderoso esfuerzo y contestó:

—Lo que yo he amado sobre todas las cosas ha sido... el dinero.

—Me dais cuidado por vuestra alma, Montiño, dijo fray Luis: el amor al dinero trae consigo muchos y grandes pecados.

—En efecto he pecado mucho.

—¿Y os habeis hecho rico...?

Vaciló Montiño entre su codicia que le impulsaba á ocultar su riqueza, y su temor á un terrible castigo de Dios, que creia ya empezado en las desgracias que una tras otra se le habian venido encima y seguian viniéndosele desde la noche anterior.

Al fin triunfó el miedo.

—Si, si señor, dijo; soy... muy rico.

—¿Qué medios habeis empleado para adquirir esa riqueza?

Púsose notablemente encarnado Francisco Montiño y guardó silencio.

—¿A qué quereis, pues, que yo os auxilie para prepararos dignamente á una confesion general? dijo con dulzura el padre Aliaga.

—A los quince años me huí de la casa de mis padres, robándolos.

—¿Considerablemente?

—Les hurté veinticinco ducados y una mula, que vendí en llegando á Madrid en otros diez ducados. Con aquel dinero viví ocioso algun tiempo. Cuando se me acabó el dinero, cuando sentí el hambre, quise buscarme la vida, y logré entrar de galopin en la cocina de la señora infanta doña Juana. Allí me apliqué al oficio...

—En el que habeis adelantado. Sois un cocinero famoso..... segun dicen.

—Cuando me tranquilice, yo mismo por mi misma mano os haré una merienda que os convencerá de que sé cumplir con mi obligacion.

—Gracias: seguid: hablábamos de vuestros pecados por el desordenado amor que teneis al dinero.

—Padre fray Luis, yo creia que con el dinero se conseguia todo.

—Si en la tierra, pero no en el cielo.

—Ni en el cielo ni en la tierra. Por rico que sea un hombre, no puede librarse de que se la pegue su mujer... y á mí me han engañado dos. Soy muy desgraciado.

—Acaso seais mas que desgraciado, mal pensador.

—¡Tan buena la una como la otra!

—Ya llegaremos á eso, ya llegaremos. Estamos en que entrásteis de galopin en la cocina da la infanta doña Juana.

—Si, si señor, y como el salario era corto, hurté.

—¡Hurtastes!

—Cuanto pude: hasta las especias.

—Hicisteis muy mal.

—¡El amor al dinero!...

El padre Aliaga iba ya fastidiándose.

—Reduzcámonos, reduzcámonos, porque no es necesario que me conteis vuestra vida. ¿De cuántas maneras habeis pecado por el dinero?

—Hurtando sagazmente, y procurando que la culpa de mis hurtos no cayese sobre mí.

—Eso es ya un grave delito. ¿Y de qué otro modo mas?

—Cuando fuí cocinero mayor del rey, poniendo en las cuentas otro tanto del gasto.

—¿Y de qué otro modo?

—¡Ah! sirviendo á todo el que me ha pagado bien.

—Entendámonos: mas claro: ¿qué clases de servicios han sido esos?

—Siendo espía de los unos y de los otros.

—¿De qué unos y de qué otros?

—Del padre y del hijo, del tio y del sobrino.

—Mas claro.

—Se comprende fácilmente: el padre es el duque de Lerma, el hijo el de Uceda, el otro don Baltasar de Zúñiga, y el sobrino, el conde de Olivares, esto sin contar el de Lemos y otros...

—¿De modo que habeis vivido engañando á todo el mundo?

—El amor al dinero... porque sin el dinero...

—¿Habeis llegado al punto de matar por el dinero?

—¡Ah! ¡no señor! ¡no señor! esclamó todo horrorizado Montiño.

—¿Y si os pagaran por envenenar á una persona que hubiese de comer de vuestros manjares?

—He sido y soy codicioso, esclamó levantándose el cocinero mayor; lo confieso, pero matar... ¡eso no!... ¡no!... ¡no!

Y habia verdadero horror, verdadera repugnancia en el aspecto, en la mirada, en el acento de Montiño.

El padre Aliaga se tranquilizó.

No podia dudarse en aquella situacion del cocinero mayor.

Sin embargo, dijo:

—Es pública voz y fama, que se han dado hebedizos al rey.

—Mientras se hace la comida de su magestad, nadie levanta una cobertera que yo no lo vea, nadie echa una especia que yo no examine: tengo hasta la sal guardada bajo llave. Pero su magestad come y bebe con mucha frecuencia en las Descalzas reales.

—¡Religiosas!

—Religiosas, si; pero la madre Misericordia es sobrina del duque de Lerma.

—¿Y bien?...

—¡Si yo tuviera una carta que me dió para el duque la madre Misericordia? es verdad, que si yo no hubiera perdido esa carta, no me hubiera desesperado hasta el punto de pensar en hacer confesion general.

—¿Pero tan importante creeis que era esa carta?

—Y qué se yo.

—¿Y no recordais cómo la habeis perdido?

—¡Qué si lo recuerdo!.. cuando la eché de menos no lo recordaba... pero cuando salí de palacio... el frío, la lluvia, me refrescaron de tal modo, que me acordé de que se me ha quedado con esa carta don Francisco de Quevedo.

—Veo con disgusto que andais en muy malos pasos, señor Francisco.

—Si, si señor, el amor al dinero...

—Veo ademas que habeis pecado tanto por el dinero, que desde ahora, sin que os confeseis, puedo deciros...

—¡Qué! ¡señor!

—Que sino reparais el mal que habeis hecho, os condenais.

Estremecióse todo Montiño.

—¡Qué me condeno! esclamó.

—Irremisiblemente.

—¿Y qué he de hacer, qué he de hacer, padre?

Fray Luis miró profundamente al cocinero mayor.

Habia creido que le echaban á aquel hombre para esplorarle, y le habia tratado con la mayor reserva. Pero muy pronto se convenció, de que el cocinero obraba de buena fé, que estaba desesperado, que tenia miedo.

Comprendió ademas, que siendo como era avaro y de una manera exagerada Montiño, no habia que pensar en imponerle reparaciones respecto á su dinero.

Consideró tambien que por esa misma avaricia, ademas de darle buenos consejos, se le debia dar dinero para que sirviese mejor.

En una palabra, el padre Aliaga determinó utilizar al cocinero mayor.

—La manera de reparar en cierto modo el mal que habeis hecho, le dijo, es decidiros á servir fielmente á una sola persona.

—¿A quién señor?

—Al rey.

—¡Al rey! ¿pues qué acaso no le sirvo?

—No por cierto: servis á sus enemigos.

—Yo creia que esos caballeros podian muy bien ser enemigos entre sí, pero al mismo tiempo leales servidores del rey.

—Os engañais: todos los que hoy se agitan alrededor del rey, piensan antes en su provecho, que en lo que conviene á su magestad. Y ciertamente que no podeis decir vos que no sabeis las traiciones de esos hombres, cuando anoche un vuestro sobrino tuvo ocasion de prestar un eminente servicio á su magestad la reina.

—He ahí un muchacho que tiene muy buena suerte, dijo Montiño con envidia, todos me hablan bien de él, todos le protegen: hasta el duque de Lerma.

—¡El duque de Lerma!

—¿Qué creeis que me ha dado para él, el duque de Lerma?

—¡Oro!

—No por cierto: una encomienda. Mirad, padre.

Y Montiño sacó un estuche y le abrió.

—Pero eso es un collar de perlas, dijo el padre Aliega.

Montiño que no se habia repuesto de su turbacion, habia tomado

un estuche por otro, y habia mostrado al fraile la alhaja que el duque de Lerma le habia dado para seducir á la aventurera con quien se pensaba entretener al príncipe don Felipe.

—Esto es otra cosa, dijo precipitadamente Montiño.

El padre Aliaga no contestó.

Montiño se encontraba terriblemente predispuesto á la confesion y continuó:

—Esta alhaja, me la ha dado el duque para una dama.

Hizo un gesto de repugnancia el padre Aliaga.

—Se trata de una dama á quien conoce el duque de Uceda.

—¡Qué vergüenza! ¡qué corrupcion! ¡qué escándalos! esclamó el padre Aliaga.

—Es una dama muy hermosa, de quien pretenden se aficionó el príncipe de Asturias.

—¡Ah!

—Una perdida aunque no lo parece.

—Importa al servicio del rey que averigüeis quién es esa mujer.

—Esa mujer se ha presentado en la córte hace un año.

—¿De dónde ha venido?

—No sé mas.

—¿Cómo se llama?

—Doña Ana.

—¿Doña Ana de qué?

—Doña Ana de Acuña.

—El apellido es noble.

—Ciertamente: se llama viuda de un caballero de la montaña.

—¡Ah! todas estas son viudas ó tienen el marido ausente.

—Y presente el amante.

—¿Y quién es el amante de esa dama?

—El amante de esa dama es el amante de mi mujer.

—¡El amante... de vuestra mujer..!

—Si señor: he sido muy desgraciado en el matrimonio: me he casado dos veces: mi primera mujer era muy aficionada á los pajes: llevósela Dios y quedeme en la gloria: pero como me habia quedado una hija, necesité casarme de nuevo: mi segunda mujer ha salido muy aficionada á los soldados: y como es soldado el amante de doña Ana de Acuña...

—Mirad no levanteis un falso testimonio á vuestra esposa.

—¡Un falso testimonio! si yo no supiera de seguro que mi mujer es

amante del sargento mayor don Juan de Guzman ¿por qué habia de estar desesperado?

—¡Don Juan de Guzman! esclamó el padre Aliaga, poniéndose pálido: yo conocí á un Juan de Guzman, soldado de á caballo: ¿qué edad tiene ese hombre?

—Mas de cuarenta años, pero aparenta menos.

Quedóse profundamente abismado en su pensamiento el padre Aliaga.

Guardó por un largo espacio silencio.

—¡Juan de Guzman, dijo al fin, es amante de una aventurera de quien se valen ellos! ¡y ademas es amante de vuestra mujer!

—Si, si señor.

—¿Habeis dado algun escándalo en vuestra casa?

—No, no señor: intenciones de mas que eso he tenido... ¡pero quiero tanto á mi mujer..! á la pobre han debido darla algun bebedizo.

—¿Ha podido sospechar vuestra mujer que conoceis su falta?

—No, no señor.

—Pues bien, seguid obrando en vuestra casa como si nada supiérais.

—Si, si señor.

—¿Qué pretende el duque de Lerma de esa doña Ana?

Montiño contó al padre Aliaga lo que respecto á aquella mujer le habia encargado el duque de Lerma.

—Es hasta donde puede llegar la degradacion, dijo el inquisidor general; de todo se echa mano. Oid Montiño: estais hablando al mismo tiempo que con el sacerdote, con el confesor del rey y con el inquisidor general.

Estremecióse Montiño.

El padre Aliaga habia cambiado de espresion y de acento.

—Yo, señor, dijo balbuceando, he venido á buscar en vos, amparo y consuelo.

—Y yo no os lo niego: pero habeis pecado mucho y es necesario que repareis el mal que habeis hecho, sirviendo de medio para que el crímen no triunfe de la virtud.

—Os serviré, señor.

—Hablábamos de vuestro sobrino. ¿Quién es ese jóven?

—Ese jóven, señor, no es mi sobrino, dijo Montiño que temblaba como un azogado.

—¿Qué no es vuestro sobrino?

—No, no señor.

—¿Pues por qué se nombra vuestro sobrino?

—El cree que lo es.

—Decidme lo que sabeis acerca de ese jóven.

—Os voy á confesar un terrible secreto de familia, dijo Montiño sacando con miedo la carta de su hermano Pedro, que habia traido para él la noche anterior el jóven.

—Yo guardaré ese secreto bajo confesion, dijo el fraile.

Montiño entregó la carta al padre Aliaga, que se levantó y fué á leerla junto á la vidriera de un balcon.

El padre Aliaga leyó y releyó aquella carta.

Luego volvió junto al cocinero mayor.

—¿Sabe esto alguien? dijo guardando la carta del difunto Pedro Montiño, con gran cuidado del cocinero.

—Si señor, esclamó Montiño: lo sabe una mujer.

—¿Qué mujer es esa?

—Doña Clara Soldevilla.

—¿Ha estado alguna otra vez ese jóven en la córte?

—No señor.

—¿Y entonces como conoce á doña Clara?

—Yo no lo sé, pero en palacio le conocen y mucho.

—Hablad, hablad.

—Yo creo señor, y casi tengo pruebas, que doña Clara solo es la cortina de ciertos amores.

—Esplicaos.

—La reina...

—¡Qué decís de la reina...!

—La reina ama á mi sobrino.

Pasó algo siniestro por el semblante del fraile.

—¿Decís, esclamó, que su magestad ama á ese jóven?

—Estoy casi cierto de ello.

—¡La prueba! ¡la prueba!

—No puedo dárosla ahora, pero... os la daré...

—Si me la dais os hago doblemente rico.

Montiño miró de una manera estraviada al fraile. Su razon se embrolló mas y mas, los grandes ojos negros del padre Aliaga le devoraban: no era ya la mirada indiferente y tranquila de antes la suya: habia en ella inquietud, ansiedad, cólera... un mundo entero de pasiones.

—¡Habeis dicho, esclamó roncamente, que la reina ama á ese caballero!

—Si, si señor, y creo... creo tener pruebas... en fin... yo... averiguaré...

—Si... si... averiguad... pero esto es imposible, imposible de todo punto, añadió como hablando consigo mismo el confesor del rey... y sin embargo las mujeres...

—Son muy caprichosas, señor: ya veis: mi mujer...

—¡Vuestra mujer..! ¡vuestra mujer..! ¿decís que es querida del sargento mayor don Juan de Guzman?

—¡Si señor!

—¿Cómo ha llegado ese hombre al empleo que tiene?

—Le favorece don Rodrigo Calderon.

—¿Y favoreciéndole don Rodrigo Calderon, ese hombre ha enamorado á vuestra mujer..?

—¿Qué pensais de eso?

—Vigilad á vuestra mujer.

—¿Y no seria mejor que vos, señor, que sois inquisidor general encerráseis á ese hombre...?

—Haced lo que os mando.

—Lo haré, señor.

—Ademas, en esta carta de vuestro difunto hermano que me habeis dado, se dice que existe un cofre sellado.

—Si, si señor.

—¿Dónde está ese cofre?

—Le tengo yo.

—Traedme ese cofre esta misma noche.

—¡Ese cofre, señor! ¿pero no sabeis que es un secreto?

—Para la Inquisicion no hay secretos.

—¡La Inquisicion! esclamó aterrado Montiño.

—Lo que me habeis revelado es muy grave, para que la Inquisicion deje de ocuparse de ello.

—Pero yo os lo he revelado en confesion.

—No importa. Sino quereis esponeros vos mismo, obedeced.

—Obedeceré, señor.

—Esta noche tarde... á las doce por ejemplo...

—El cofre es muy pesado, señor.

—Emplead para traerle cuantos hombres fueren necesarios.

—¡Ah!

—Ahora oid. No escandaliceis en vuestra casa.

—¡Sino me atrevo á ello, señor!

—¿Habeis dado ocasion para que vuestra mujer vea en vos desconfianza?

—No, no señor.

—Pues bien, no la deis. Seguid tratando á vuestra mujer como de costumbre.

—Es señor .. que... no sé en lo que consiste, pero ahora la quiero mas que antes.

—Seguid, seguid sin hacer novedad alguna.

—Muy bien, señor.

—Respeto al duque de Lerma, seguid sirviéndole de la misma manera que le habeis servido hasta aquí.

—¿Pero no me habeis dicho que peco sirviéndole de ese modo?

—Si antes pecásteis obrando asi, ahora que persistiendo en esas obras servireis al rey, haceis una obra meritoria.

—¡Ah!

—Para que lo entendais mas claro: antes obrabáis por codicia, por interés vuestro: ahora sois en cuerpo y en alma un hombre que sirve al Santo Oficio, para servir al rey.

—¡Ah! ¿es decir que yo...?

—Vos me dareis parte de cuanto sepais, de cuanto veais, de cuanto oigais...

—Pero yo acaso no sirva para eso.

—Servís demasiado para servir al duque de Lerma.

—¿Y es preciso absolutamente que yo...?

—Si os negais á ello, será prudente prenderos: sabeis secretos demasiado graves.

—Contad enteramente cónmigo, señor.

—No, no soy yo quien cuento con vos, sino la Inquisicion, siempre justa, siempre previsora. Por ejemplo: habeis descubierto que su magestad la reina ama á... vuestro sobrino postizo... observad... observad... vos por vuestro empleo en palacio podeis...

—No sé si puedo mucho.

—Procuradlo... y no dejeis de avisarme... de lo mas mínimo que descubrais acerca de esos amores.

—¡Oh Dios mio!

—¡Quién pudiera creelo...! ¡quién pudiera siquiera sospecharlo...! ¡la reina...!

—Es en verdad muy estraño... pero ello en fin... y yo he podido equivocarme.

—¡Oh! ¡si os hubiérais equivocado!

Montiño no pudo comprender el verdadero sentido de la esclamacion del padre Aliaga; si era una amenaza para él, ó un deseo íntimo del fraile.

—¿Con qué decis, dijo al fin, que yo debo seguir en mi oficio de espia y de corredor para ciertos asuntos del duque de Lerma?

—Si.

—¿Debo pues llevar este collar á doña Ana de Acuña?

—Indudablemente.

—¿Y despues debo deciros lo que me haya dicho esa dama?

—Si.

—Una cosa hay sin embargo que yo no puedo hacer.

—¿Cuál?

—Llevar al duque de Lerma la carta que me ha dado para su escelencia, la abadesa de las Descalzas reales... porque... ¡cómo don Francisco de Quevedo me ha quitado esa carta!

—No se la lleveis.

—Es que todo está entonces echado á perder... porque... de seguro... al no recibir contestacion de su escelencia la madre abadesa... le escribirá de nuevo... se descubrirá... ó se creerá descubrir que yo he hecho un mal uso de su carta... desconfiará de mí el duque...

—Esperad, dijo el padre Aliaga.

Y se fué á la mesa, se sentó y escribió lentamente una carta que cerró y selló, con el sello del uso privado del inquisidor general, sobre una especie de lacre verde.

—Tomad, dijo: llevad esta carta á la madre Misericordia y os dará otra, que llevareis al duque de Lerma.

—¡Ah! Dios os lo pague, señor, porque la pérdida de esa carta era una de las cosas que me tenian desesperado, esclamó con alegría el cocinero mayor.

—Ahora idos, dijo el padre Aliaga, y no os olvideis de volver esta noche á la hora que os he dicho, con ese cofre y con las noticias que hayais podido adquirir.

Francisco Martinez Montiño saludó profundamente al inquisidor ge-

neral, salió de la celda, y se alejó aturdido, con el pensamiento embrollado y en paso vacilante como el de un ébrio.

En tanto el padre Aliaga habia quedado inmóvil, pálido, sombrío, con los brazos fuertemente apoyados en la mesa.

—¡Dios me castiga! esclamó: no he sabido dominar mis pasiones: mi cuerpo está en el claustro, pero mi alma en el mundo: soy un miserable hipócrita. Amo... á una mujer casada... á la esposa de mi rey... de mi hijo... porque yo soy su confesor... Yo que le reprendo sus malos deseos, sus debilidades, no sé acallar el grito de los mios no sé ser fuerte... y al saber... al oir que ella ama á otro... por mas que esto pueda ser una equivocacion, una calumnia, me estremezco de celos, y siento odio... un odio terrible á ese hombre... que dicen ama ella... y le haria pedazos entre mis manos...

El padre Aliaga echó violentamente hácia atrás su pesado sillon, se levantó y se puso á pasear irritado á lo largo de su celda.

—¿Y sino es una calumnia? dijo con voz cabernosa, despues de algunos minutos de meditacion... ¿si en efecto ella... olvidada de todo le amase...? ella me escribió anoche... él trajo su carta... anduvo muy reservado en sus contestaciones... y es jóven y hermoso... tiene esa figura, esa espresion... ese conjunto... esa alma... ese todo que tanto agrada á las mujeres... y la carta de la reina... me le recomendaba eficazmente... veamos otra vez esa carta...

Y se fué á su mesa, abrió los cajones y los revolvió inútilmente.

—La carta no parecia.

—¡Oh! esclamó recordando: ¡la quemé!... pero... yo la recordaré entera... la recordaré porque quiero recordarla... la memoria obedece á la voluntad.

Y con toda su voluntad, con todo su deseo, el padre Aliaga procuró recordar el contenido de la carta de la reina.

Y le recordó, pero de una manera truncada, á trozos.

—¡Oh! dijo: la reina me decia que importaba mucho que ese jóven estuviese en palacio... en la guardia española... me mandaba comprarle una provision de capitan... y me hablaba con calor de él...

El alma del padre Aliaga se ennegreció mas.

—¡Oh! esclamó: ¡la gratitud de las mujeres! las mujeres no saben tener por un hombre un afecto profundo, sin que aquel afecto las lleve al amor... ¡si al verse salvada de un peligro por ese jóven..! pero en todo caso... si nunca ha estado ese jóven en Madrid... si anoche le vió ella

por primera vez, no puede suponerla tan liviana que... aun hay tiempo... indudablemente... obrando con sagacidad y energía podrá evitarse.. pero si todo esto no fuese mas que una locura de Montiño... una exageracion de mi recelo...

El padre Aliaga detuvo su paseo y miró á las vidrieras.

—Ya oscurece, dijo, y el bufon no ha venido... ¡el tio Manolillo! acaso el tio Manolillo pudiera darme alguna luz.

—Se puede hablar con vuestra señoría, dijo á la puerta el bufon, como si se hubiera evocado el pensamiento del padre Aliaga.

—Entrad, entrad, dijo con mal encubierta ansiedad el padre Aliaga: ¡cuánto habeis tardado!

—Decid mas bien, que habeis estado muy entretenido. Pero cerrad bien la puerta, padre Aliaga, cerradla bien, que tenemos que hablar cosas que no conviene que las oiga nadie.

—Dejad: antes es necesario que nos traigan luz: ya ha oscurecido.

—Y decidme, ¿hay por aquí algun lugar donde yo me oscurezca, de modo que no me vea el que traiga la luz?

—¿Y qué os importa que os vean ó no?

—Tanto me importa, como que esperando á que concluyéseis vuestra larga audiencia con el cocinero mayor, me he estado en el claustro bajo mirando los cuadros uno detrás de otro, y volviéndolos á mirar, esperando á que saliese el bueno de Montiño, y luego me he paseado otro gran rato en el claustro alto, á fin de encontrar un momento en que nadie me viese, colarme en vuestra celda.

—No comprendo la razon de ese recelo, pero puesto que no quereis ser visto, escondeos aquí, en mi alcoba.

Escondióse el bufon y el padre Aliaga pidió luz.

Cuando se la hubieron traido y se quedó de nuevo solo, cerró la puerta.

Entonces el bufon salió de la alcoba, y puso en la puerta colgado de la llave su capotillo.

—¿A qué haceis eso? dijo el padre Aliaga.

—A fin de que no puedan verme: y hablo muy bajo, á fin de que no puedan reconocerme por la voz.

—Nadie escucha ni observa lo que se dice ni lo que se hace en mi celda.

—¿Olvidais que la Inquisicion quiere teneros tan cerca que os tiene á su cabeza?

—¡La Inquisicion! ¡la Inquisicion es mia!

—¿Y no temeis que sea mas bien del duque de Lerma?

—Tio Manolillo, dijo con reserva el padre Aliaga: nada tengo que temer: sirvo á Dios y al rey...

—Pero no servís, sino que mas bien estorbais á algunos hombres.

—Muy quieto me estaba yo en mi convento de Zaragoza, sin salir de él sino para mi cátedra en la universidad, cuando el duque de Lerma me sacó de mi celda para traerme á la córte: muy alejado de toda codicia, cuando me hicieron provincial de la Tierra Santa, y visitador de mi Orden en Portugal, y muy ageno de que mas adelante me nombrasen archimandrita del reino de Sicilia.

—Y consejero de Estado... y á más, á más inquisidor general.

—No sé por qué se han empeñado en engrandecerme.

—Porque aun mismo tiempo os temen y os necesitan.

—Vano temor: yo me limito á dirigir la conciencia del rey.

—Vos conspirais, padre.

—¡Cómo!

—Como conspiro yo y como conspiramos todos: ¿acaso no conspira tambien el cocinero de su magestad?

Movióse impaciente en su silla el padre Aliaga.

—Hénos aquí juntos, dijo el bufon, vos fuerte en la apariencia, y yo en la apariencia débil: ¡sabe Dios cuál de entrambos es el fuerte!

—Tio Manolillo, no os entiendo, dijo con gran indiferencia el padre Aliaga. ¿Qué hablais de fuertes ni de débiles? sino recuerdo mal, yo os he llamado.

—Es verdad; esta mañana en la recámara del rey me digísteis: os espero esta tarde en el convento de Atocha.

—Necesitaba preguntaros...

—Si, por una mujer... y por esa mujer he venido yo. Y á propósito de esa mujer, ¿tendreis que hablarme tambien de algun hombre?

—Y de algunos.

—Esa mujer... la madre... se llamaba Margarita como la reina.

Coloróse levemente el semblante del padre Aliaga.

—En efecto, dijo: Margarita...

—Ha sido siempre vuestra desesperacion. Debe de ser para vos fatal ese nombre.

—¡Para mí!

—¡Esto de que hayan de llamarse Margaritas todas las mujeres que amais...

—¡Qué yo amo!

—¡Bah! ¡ya lo creo! un hombre al hacerse fraile no se arranca el corazon.

—Creo que os atreveis hácer suposiciones muy arriesgadas.

—Pero las hago en voz muy baja. Estamos solos. Vos teneis el corazon hecho pedazos: yo tambien: vos amais, yo tambien amo: pero amo con mas heroismo que vos, yo lo sacrifico todo á mi amor... todo... hasta los celos.

—Venis muy donosamente loco, tio: yo creí que os habriais dejado á la puerta de mi celda vuestros cascabeles de bufon.

—En efecto, ni aun en los bolsillos los traigo. Soy ni mas ni menos un pobre enfermo del corazon que viene á buscar á otro enfermo y á decirle: busquemos juntos nuestro remedio. En este momento, ni vos sois el padre grave de la Orden de Predicadores, maestro, provincial, visitador, confesor del rey, inquisidor general, y qué sé yo que mas, ni yo soy el loco, el simple, el cura fastidios del rey. Somos dos hombres. Si vos os empeñais en manteneros puesta la carátula, nada tengo que hacer aquí... me habeis llamado en vano... Adios.

Y el tio Manolillo se levantó y se dirigió á la puerta.

—Esperad, dijo el padre Aliaga.

El bufon volvió atrás, se sentó de nuevo y miró audazmente al padre Aliaga.

—¿Nos quitamos al fin el antifaz? dijo.

El padre Aliaga no contestó directamente á esta pregunta.

—Esta mañana, dijo, me contásteis una historia muy triste.

—Margarita cuando estaba mas loca, llamaba á su hermano Luis... vos os llamais Luis, padre Aliaga; hace muchos años que pasó esto y entonces debiais ser muy jóven, ¿sois vos acaso el Luis que recordaba Margarita?

—Me habeis dicho que la hija de esa desdichada se parece mucho á su madre; cuando la vea podré deciros...

—¿Quereis verla?

—¿Y cómo puede ser eso?

—De una manera muy sencilla: id ahora mismo á palacio.

—¡A palacio!

—Si por cierto. Nadie estrañará que el confesor del rey entre á estas horas en palacio. Yo estaré esperándoos en la escalerilla por donde se sube al cuarto del rey.

—Lo que no alcanzo es como pueda ir á palacio esa comedianta.

—La llevaré yo.

—En verdad, en verdad, tengo una obligacion grave de averiguar quien es esa mujer. ¿No se llama Dorotea?

—¿Quién os ha dicho que la hija de Margarita se llama Dorotea? esclamó con acento amenazador el bufon.

—Cuando se trata de esa mujer, dijo sonriendo tristemente el padre Aliaga, todo os espanta.

—Como os espanta á vos todo, cuando se trata de la otra.

El padre Aliaga pareció no haber oido la contestacion del tio Manolillo.

—Solo quiero ver á esa jóven, dijo, para salir de una duda; y puesto que vos podeis mostrármela en palacio, á palacio voy.

Y el padre Aliaga se levantó.

En aquel momento sonaron pasos en el corredor.

Al oirlos el bufon se levantó, y escuchó con atencion.

Luego se escondió precipitadamente y sin ruido, en la alcoba del padre Aliaga.

CAPITULO XXV.

De lo que oyó el tio Manolillo, sin que pudiera evitarlo el confesor del rey.

Abrióse la puerta y asomó el hermano Pedro.

—Nuestro padre, dijo: tras mí viene el señor Alonso del Camino.

—¡A qué hora! murmuró para sí el padre Aliaga.

Y fué á la puerta con la visible intencion de salir de la celda, pero Alonso del Camino no le dió tiempo.

Se entró de rondon en la celda.

—Aquí teneis, dijo, como quien se apresura á dar una noticia agradable, la provision de capitan para el señor Juan Montiño.

No era ya tiempo de tapar la boca al montero de Espinosa, y por otra parte, el padre Aliaga no se atrevia á dar ninguna señal de desconfianza al bufon del rey, que estaba en posicion de verlo y oirlo todo desde detrás de la cortina de la alcoba.

Tomó la provision y la miró.

Aquella provision habia sido vendida á un soldado viejo llamado Juan Fernandez, y este la habia revendido al señor Juan Montiño.

—Ya veis si he sido eficaz: esta mañana cobré los ochocientos ducados casa del señor Pedro Caballero, y en seguida me fuí á buscar á un tal Santiago Santos, secretario de Lerma, en su misma casa. Le hablé, tratamos el precio, díle trescientos ducados, fuese él á casa del duque, y

al medio dia me dió la provision firmada por su magestad. He invertido lo que me ha quedado de tiempo hasta ahora, en comprar armas y caballo para el dicho capitan, y la reina queda completamente servida.

—¡La reina! murmuró profundamente el padre Aliaga, lanzando una mirada recelosa á la cortina trás la cual se ocultaba el bufon.

—¡La reina! dijo con estrañeza el tio Manolillo, detrás de aquella cortina.

—Ademas no he perdido el tiempo: como he estado esperando en la antecámara del rey á que saliese el duque de Lerma á quien esperaba tambien el secretario Santos, para recoger la provision firmada por el rey, he visto algo bueno.

El padre Aliaga no preguntó qué era lo bueno que habia visto, á pesar de que Alonso del Camino se detuvo esperando esta pregunta.

El padre Aliaga estaba inclinado hácia la chimenea, arreglando los tizones y pidiendo á Dios que el montero de Espinosa callase, porque no se atrevia á imponerle silencio ni con una seña.

Sin saber porque, no queria dar una muestra de desconfianza al bufon.

Esperaba mucho de aquel hombre, y lo esperaba de una manera instintiva.

Alonso del Camino continuó:

—Se murmuraban en la antecámara muchas cosas.

—Allí siempre se murmura.

—Decian que don Francisco de Quevedo habia venido á la córte, y que habia dado de estocadas á don Rodrigo Calderon.

—¡Bah! siempre persiguen al bueno de don Francisco las acusaciones.... ya sabeis que no ha sido Quevedo.... ¿pero está en efecto en Madrid?

—Todos lo aseguran; y como todos le desean por su ingenio festivo, todos se preguntan ¿quién le ha visto? ¿quién le ha hablado?

—¿Y hay alguien que le haya hablado ó visto?

—No, no señor; es uno de esos rumores que suenan, y cunden y se saben en un momento en toda una ciudad.

—Estaba preso.

—Pues porque estaba preso, y por saber que le han soltado y que al verse suelto se ha venido á la córte, son las habilidades y la admiracion de todos.

—¡Bah! dijo el padre Aliaga.

—Se asegura, que va haber variacion en el consejo y en la alta servidumbre.

—¿Por qué ha venido don Francisco?

—Dicen que anoche estuvo don Francisco en palacio.

—Bien, ¿y qué?

—Añaden que la duquesa de Gandia se fué á su casa mala, porque el rey pasó la noche en el cuarto de la reina.

—¡Qué pasó el rey la noche en el cuarto de la reina! dijo con la voz ligeramente afectada el padre Aliaga. No me ha dicho nada su magestad.

—Pues preguntádselo al duque de Lerma, que dicen pasó la noche rabiando en el despacho del rey, dijo alegremente Alonso del Camino.

—Tened en cuenta, amigo mio, que en palacio se miente mucho.

—Don Baltasar de Zuñiga, va de embajador á Inglaterra.

—Nada tiene de estraño: don Baltasar ha nacido para embajador.

—Y entra en su lugar en el cuarto del príncipe, el obispo de Osma.

—Asi aprenderá su alteza mucho latin.

—No parece sino que nos escuchan, dijo bruscamente Alonso del Camino, segun andais de reservado.

—Pues no nos escucha nadie. Yo acostumbro á escuchar siempre con indiferencia las hablillas de antecámara.

—Podrán ser hablillas, pero á la verdad, lo que yo he visto...

—¡Ah! vos habeis visto...

—Si por cierto, y algo que significa mucho, en primer lugar he visto que el mayordomo mayor duque del Infantado, ha tenido que volverse desde la puerta de la cámara del rey, porque el ugier no le ha dejado pasar.

—Pero eso no prueba nada.

—Teneis razon, eso no probaria nada: si despues de no haber podido entrar tampoco el duque de Pastrana, ni el de Uceda á pesar de un oficio de gentiles-hombres de la cámara del rey, no hubiese salido el duque de Lerma tan risueño y alegre que parecia decir á todo el mundo: ya no tengo enemigos. Dióme lástima, porque en sí mismo tiene el mayor enemigo Lerma.

—Nada de lo que habeis dicho, prueba nada.

—Se dice...

—¿Se dice mas?

—Si por cierto, que se arma un ejército contra la Liga.

—Ejército que será vencido.

—Pero todo eso prueba que el duque de Lerma tiene miedo, y quiere contentar de algun modo á España: para eso... ya se lo que vais á decirme, lo mejor era, que empezase por irse á una de sus villas y dejar el gobierno.

—Perdonadme, señor Alonso, si no os he escuchado como debiera, dijo el padre Aliaga que se impacientaba, pero estoy enfermo.

—¡Enfermo!

—Si, si por cierto, tengo vaguedad en la cabeza, frío en los piés... la celda me anda alrededor.

—¡Ah! perdonad... yo no sabia... llamaré...

—No, no... me voy á acostar... con vuestra licencia...

—¡Oh! lo siento mucho... no os descuideis...

—Esto pasará.

—Ahí se quedan cien ducados que han sobrado.

—Bien...

—Perdonad... pero... mañana vendré á informarme...

—Muchas gracias... esto pasará.

—Quiera Dios aliviaros, y quedad con él.

—Id con Dios, y que él os pague vuestra buena voluntad, señor Alonso.

El montero de Espinosa salió, y al atravesar el corredor que conducia al claustro, dijo:

—¡Es estraño! ¡ponerse malo de repente! ¡y á mí me parece que está muy bueno! ¿qué habrá aquí?

Apenas habia salido Alonso del Camino de la celda, cuando salió de la alcoba el tio Manolillo.

—¿Por qué os tratais con gente tan habladora? dijo: pero nada importa que yo lo haya oido, porque ya sabia yo que conspirábais: ignoraba en verdad que tuviéseis vuestros espías tan cerca del rey. Y es un buen hombre ese Alonso del Camino.

—Me habeis dicho, contestó el padre Aliaga, como si nada le hubiese hablado el bufon, que si voy á palacio me mostraríais á esa Dorotea.

—Indudablemente: pero es necesario que os detengais en ir lo menos una hora.

—¿Y por qué?

—Porque necesito ese tiempo para llevar á la Dorotea á palacio. Ya debe de haber salido de la funcion del corral del Príncipe; pero como



FR. LUIS DE ALIACA.

ha ido acompañada muy á su gusto, podrá suceder, que despues de la funcion se haya metido con su compañía en alguna hostería apartada. Ya veis, el hablar mucho, el cantar y el bailar abren el apetito, y cuando se han hablado y cantado amores, y se está enamorado...

—¿Y de quién está enamorada Dorotea? dijo con interés el padre Aliaga.

—De una persona á quien vos conoceis.

—¿Qué yo conozco?

—Si, ciertamente y de la cual teneis celos.

—¡Celos!

—Si por cierto: unos celos concentrados crueles: que quereis ocultaros á vos mismo.

—¡Os equivocais! esclamó con precipitacion el padre Aliaga, yo no puedo tener celos de nadie, yo estoy retirado del mundo, muerto para el mundo.

—¡Bah! allá lo veremos.

—Os he preguntado, de quien está enamorada esa comedianta.

—No lo adivinais, por lo que os he dicho.

—No ciertamente.

—Llegará un dia en que me hableis con lisura: la Dorotea está enamorada con locura...

El bufon se detuvo como devorando con cierto placer maligno, la ansiedad del padre Aliaga.

—¿De quién? dijo el fraile con impaciencia.

—De cierto mancebo á quien ha hecho capitan la reina, con vuestro dinero.

El padre Aliaga sintió el golpe en medio del corazon, y se estremeció.

—¿Y ama el señor Juan Montiño á Dorotea?

—Debe amarla, porque le ama ella: pero sino la ama, y la engaña, peor para él.

Repúsose el padre Aliaga.

—¿Con qué... vais á buscar á esos dos amantes? dijo.

—No por cierto, voy á esperarlos á su casa... y como pueden tardar...

—Esperad cuando la hayais encontrado, en la galería de los Infantes.

—Esperaré...

—Cuando yo llegue, os avisarán.

—Muy bien.

—Y para que los encontreis mas pronto, id al momento.

—Quedad con Dios, padre Aliaga, quedad con Dios y hasta luego.

El bufon salió.

Cuando se hubo perdido el ruido de sus pisadas, el padre Aliaga llamó, y se presentó el lego Pedro.

—Que pongan al instante la silla de manos.

Algunos minutos despues, dos asturianos conducian á palacio al padre Aliaga.

Habia cerrado la noche y seguia lloviendo.

CAPITULO XXVI.

En que se ve que el cocinero mayor no habia acabado aun su faena aquel dia.

En el mismo punto en que el confesor del rey salia del monasterio de Atocha, salia del de las Descalzas el cocinero mayor.

Todo aquel tiempo, es decir, el que habia trascurrido desde la ida de Francisco Montiño de un convento á otro, lo habia pasado Montiño bajo la presion despótica de la madre Misericordia.

El haberse quedado Quevedo con la carta de la abadesa para Lerma, habia procurado al cocinero mayor aquel nuevo martirio.

Porque cada minuto que trascurria por él fuera de su casa, era un tormento para el cocinero mayor.

Aturdido, no habia meditado que necesitaba dar una disculpa á la madre abadesa, por aquella carta que la llevaba del padre Aliaga: Montiño no sabia lo que aquella carta decia: iba á oscuras.

Esto le confundia, le asustaba, le hacia sudar.

Si decia que Quevedo le habia quitado la carta, se comprometia.

Si decia que la habia perdido... la carta podia parecer y era un nuevo compromiso.

Si rompia por todo y no llevaba aquella carta á la abadesa, ni volvia á ver al duque de Lerma, y se iba de Madrid...

Esto no podia ser.

Estaba comprometido con el duque.

Estaba comprometido con la Inquisicion.

Montiño se encontraba en el mismo estado, que un reptil encerrado en un círculo de fuego.

Por cualquier lado que pretendia salir de su apuro, se quemaba.

Decidióse al fin por el poder mas terrible de los que le tenian cogido: por la Inquisicion.

Y una vez decidido, se entró de rondon en la portería de las Descalzas reales, á cuya puerta se habia parado, tocó al torno y en nombre de la Inquisicion, pidió hablar con la abadesa.

Inmediatamente le dieron la llave de un locutorio.

Al entrar en él, Montiño se encontró á oscuras: declinaba la tarde y el locutorio era muy lóbrego.

Detrás de la reja no se veian mas que tinieblas.

Poco despues de entrar en el locutorio, Montiño sintió abrirse una puerta y los pasos de una mujer.

No traia luz.

Luego oyó la voz de la madre Misericordia.

El triste del cocinero mayor se estremeció.

—¿Quién sois, y qué me quereis de parte del Santo Oficio? habia dicho la abadesa con la voz mal segura entre irritada y cobarde.

—Yo señora, soy vuestro humildísimo servidor que besa vuestros piés, Francisco Martinez Montiño.

—¡Ah! ¿sois el cocinero mayor de su magestad?

—Si; si señora.

—Pero esplicadme... esplicadme... porque no comprendo por qué os envia el Santo Oficio de la general Inquisicion.

—Ni yo lo entiendo tampoco, señora.

—¿Pero á qué os envian?

—Perdonad... pero quiero antes deciros como he trabado conocimiento con el inquisidor general.

—¿Es el inquisidor general quien os envia?

—Si señora.

—¿Pero sois ó erais de la Inquisicion?

—No sé si lo soy, señora, como ayer no sabia otras cosas: pero hoy como sé esas otras cosas, sé tambien que soy en cuerpo y alma de la Inquisicion: pero á la fuerza, señora, á la fuerza, porque todo lo que me está sucediendo de anoche acá me sucede á la fuerza.

—Pero esplicaos.

—Voy á esplicarme. Salia yo de aquí esta mañana con la carta que me habíais dado para su escelencia el duque de Lerma mi señor, cuando he aquí que me tropiezo...

—¿Con quién?

—Con un espíritu rebelde que me coge, me lleva consigo, y me mete en la hostería del... del Ciervo Azul: y una vez allí me quita la carta que vos me habíais dado para don Francisco de Quevedo.

—Yo no os he dado carta alguna para don Francisco.

—Teneis razon, es que sueño con ese hombre. Quise decir: la carta que me habíais dado para el señor duque de Lerma.

—¿Qué os la quitó..?

—Me la sacó... si señora... no sé como... pero me la sacó... y se quedó con ella.

—¡Que se quedó con ella...! ¿y por qué os dejásteis quitar esa carta? esclamó con cólera la abadesa.

—Ya os he dicho que me la ha quitado...

—¿Pero quién era ese hombre que os la quitó?

Sudó Montiño, se le puso la boca amarga, se estremeció todo, porque habia llegado el momento de pronunciar una mentira peligrosa.

—El hombre que... me quitó vuestra carta, señora, dijo con acento misterioso, era... era... un alguacil del Santo Oficio.

—¡Un alguacil!

—Si señora. Un alguacil que me habia esperado á la salida de la portería.

—¿Os vigilaba el Santo Oficio...? ¿es decir que el Santo Oficio vigila la casa de mi tio?

—Yo no lo sé señora, dijo Montiño asustado por las proporciones que iba tomando su mentira. Yo solo sé, que el alguacil me dijo:—Seguidme.—Y le seguí.

—¿Y adonde os llevó?

—Al convento de Atocha, á la celda del inquisidor general.

—¿Y qué os dijo fray Luis de Aliaga?

—Nada.

—¿Nada?

—Si, si señora, me dijo algo:—Desde ahora servis al Santo Oficio. Volved esta tarde.—Como con el Santo Oficio, no hay mas que callar y obedecer, me fuí y volví esta tarde. El inquisidor general me dió una carta y me dijo:—Llevadla al momento á la abadesa de las Descalzas reales.

—¡Ah! ¿traeis una carta para mí... del inquisidor general? ¿Dónde está?

—Aquí, señora.

—Dádmela.

—No veo... no veo donde está, señora.

La abadesa se levantó y pidió una luz, que fue traida al momento.

Entre el fondo iluminado de la parte interior del locutorio y la reja, habia quedado de pié, escueta, inmóvil, la negra figura de la abadesa, semejante á un fantasma siniestro.

No se la veia el rostro á causa de su posicion que la envolvia por delante en una sombra densa.

Tampoco se podia ver el del cocinero mayor, que estaba de pié en la parte interior del locutorio.

El reflejo de la luz atravesando la reja, era muy débil.

Esto convenia á Montiño, porque si la abadesa hubiera podido verle el semblante, hubiera sospechado del cocinero mayor, que estaba pálido, desencajado, trémulo.

—Dadme esa carta, repitió la abadesa.

Montiño metió la mano con dificultad por uno de los vanos de la reja, y dió á la madre Misericordia la carta.

La abadesa se fué á leerla á la luz.

Para comprender esta carta, es necesario que insertemos primero, la que el duque de Lerma escribió aquella mañana para la abadesa, y despues la contestacion de este.

La carta del duque decia:

«Mi buena y respetable sobrina: personas que me sirven, acaban de decirme que han visto entrar á mi hija doña Catalina en vuestro convento y en uno de sus locutorios, y tras ella en el mismo locutorio, á don Francisco de Quevedo. Esto no tendria nada de particular, sino hubiese ciertos antecedentes. Antes de casarse mi hija con el conde de Lemos, la habia galanteado don Francisco, y ella, á la verdad, no se habia mostrado muy esquiva con sus galanteos. Apenas casada, por razones de sumo interés me ví obligado á prender á don Francisco de Quevedo y enviarle á San Marcos de Leon. Púsele al cabo de dos años en libertad, y anoche se me presentó trayéndome una carta de la duquesa de Gandia, que le habia entregado doña Catalina, que estaba de servicio en el cuarto de la reina. Esto prueba tres cosas: que no deben mirarse con indiferencia: primero; que Quevedo no ha escarmentado; segundo: que está en in-

teligencias con mi hija; y tercero: que estuvo anoche en el cuarto de la reina. Por lo mismo, y ya que en estos momentos teneis á mi hija y á Quevedo en uno de los locutorios de ese convento, observad, ved lo que descubris en cuanto á la amistad mas ó menos estrecha en que puedan estar mi hija y Quevedo, porque lo temo todo, tanto mas, cuanto peor marido para doña Catalina, y peor hombre para mí, se ha mostrado el conde de Lemos. Avisadme con lo que averiguáreis ó conociéreis, dando la contestacion al cocinero del rey que os lleva esta. Que os guarde Dios.—El duque de Lerma.»

La carta que en contestacion á esta, escribió la abadesa y que entregó á Montiño y que quitó al cocinero mayor Quevedo, contenia lo siguiente:

«Mi respetable tio y señor: He recibido la carta de vuecencia tan á tiempo, como que, cuando la recibí, estaba en visita con mi buena prima y con don Francisco de Quevedo. Doña Catalina me habia dicho que su único objeto al verme, era hacerme trabar conocimiento con Quevedo, y este me habia hablado tan en favor de vuecencia, que me tenia encantada, y me habia hecho perder todo recelo. La carta de vuecencia, sin embargo, me puso de nuevo sobre aviso, y tengo para mí que doña Catalina y don Francisco se aman, no dentro de los límites de un galanteo, que siempre fuera malo, sino de una manera mas estrecha. He comprendido que don Francisco queria engañarme para inspirarme confianza, y que no ha sido el amor el que le ha llevado á hacer faltar á sus deberes á doña Catalina, sino sus proyectos: porque poseyendo á doña Catalina, posee en la córte, cerca de la reina, una persona que puede servirle de mucho, y por medio de la cual puede dar á vuecencia mucha guerra, y tanto mas, cuanto mas vuecencia confie en él. Mi humilde opinion, respetando siempre la que estime por mejor la sabiduría de vuecencia, es que debe desterrarse de la córte á don Francisco, ya que no se le ponga otra vez preso, lo que seria mas acertado, en lo cual ganaria mucho la honra de nuestra familia, impidiendo á doña Catalina que continuase en sus locuras, y en tranquilidad y tiempo vuecencia; porque don Francisco es un enemigo muy peligroso. Sin tener otra cosa que decir á vuecencia, quedo rogando á Dios guarde su preciosa vida.—Misericordia, abadesa de las Descalzas reales.»

Ahora comprenderán nuestros lectores, que al leer esta carta Quevedo en la hostería del Ciervo azul, la retuviese, saliese bruscamente y dejase atónito y trastornado al cocinero mayor.

Veamos ahora la carta que el padre Aliaga habia escrito á la abadesa, y que esta leia á la sazon.

«Mi buena y querida hija en Dios, sor Misericordia, abadesa del convento de las Descalzas reales de la villa de Madrid: He sabido con disgusto, que olvidándoos de que habeis muerto para el mundo el dia que entrásteis en el claustro, seguís en el mundo con vuestros pensamientos y vuestras obras. Velar por el rebaño que Dios os ha confiado debeis, y no entrometeros en asuntos terrenales, y mucho menos en conspiraciones y luchas políticas, que eso, que nunca está bien en una mujer, no puede verse sin escándalo en una monja, y en monja que tiene el mas alto cargo á que puede llegar, y por él obligaciones que por nada debe desatender.—Escrito habeis una carta á vuestro tio el duque de Lerma y entregádola á Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor del rey, á fin de que al duque la lleve. El señor Francisco, contra su voluntad y bien inocente por cierto, no puede llevar esa carta al duque, é importa que el duque no eche de ver la falta de esa carta. Escribid otra, mi amada hija, pero que sea tal, que ni en asuntos mundanos se entrometa, ni haga daño á nadie.—Recibid mi bendicion.—El inquisidor general.

Sintió la madre Misericordia al leer esta carta, primero un acceso de cólera, luego un escalofrío de miedo. Porque si bien su tio como ministro universal del rey, era un poder casi omnipotente en España, la Inquisicion no lo era menos, y cuando Lerma habia nombrado inquisidor general al padre Aliaga, ó le necesitaba ó le temia.

He aquí lo que la abadesa escribió debajo de una cruz, y de las tres iniciales de Jesús, María y José:

«Mi venerado y respetable tio y señor:— He recibido vuestra carta en el momento en que estaba en el locutorio en una doble visita con mi prima, y con don Francisco de Quevedo. Y digo una doble visita, porque cada cual de ellos habia venido por su intencion, primero doña Catalina, y despues don Francisco.— Doña Catalina, muy al contrario de lo que vuecencia ha sospechado, venia con la pretension de apartarse de la córte y del mundo, y encerrarse en este convento durante la ausencia de su marido.— Yo procuré disuadirla, y tanto la dije, que al fin ha renunciado á su propósito.—En cuanto á don Francisco, ya sabe vuecencia, porque lo sabe todo el mundo, que mató á un hombre que en la iglesia de este mismo convento, se habia atrevido á insultar á una dama.—Don Francisco, que es muy buen cristiano, y muy caballero, venia á darme una cantidad de ducados, á fin de que mandase decir mi-

sas por el alma del difunto, y celebrar una solemne funcion de desagravios á su Divina Magestad por haber sacado de su templo un hombre para darle muerte. Esto es cuanto ha acontecido. De lo demás que vuecencia dice en su carta, no sé nada, ni me parece que haya nada, porque aunque despues de leer la carta de vuecencia, observé cuidadosamente á entrambos, solo ví que se trataban como conocidos, pero sin interés alguno.—Doy á vuecencia las gracias por la prueba de confianza que me ha dado en su carta, y quedo rogando á Dios por su vida.—Misericordia, abadesa de las Descalzas reales de la villa de Madrid.»

—¡Perdóneme Dios, por lo que en esta carta miento! dijo la monja cerrándola: la Inquisicion tiene la culpa; para que no me cojan el embuste será necesario avisar á mi prima y á don Francisco, y gastar algunos doblones en la funcion de desagravios. ¿Quién habia de pensar que el cocinero del rey era alguacil, ó familiar, ó espía de la Inquisicion?

La madre Misericordia, pues, tuvo miedo.

Y no solamente tuvo miedo al padre Aliaga, sino tambien al cocinero mayor que estaba temblando al otro lado de la reja.

Era aquella una de esas situaciones cómicas que tienen lugar con frecuencia cuando el poder hace uso del misterio, cuando esplota el recelo de los unos y de los otros, y cuando sus agentes no saben, ni pueden saber á que atenerse.

Por eso estaban en una situacion casi idéntica la abadesa de las Descalzas reales, y el cocinero del rey.

Pero era necesario tomar una determinacion, y la madre Misericordia abrió el cajon de la mesa en que se apoyaba, y sacó un papel, le estendió, le pasó la mano por encima, permaneció durante algunos segundos irresoluta, y luego tomó una pluma.

Pasó un nuevo intervalo de vacilacion.

—¿Y qué digo yo á mi tio, esclamó con despecho, que le satisfaga y no le obligue á recelar de mí? ¿Cómo contestar á su carta sin incurrir en el enojo del inquisidor general?

La abadesa empezó á dar vueltas á su imaginacion buscando una manera, un recurso.

Montiño veia con una profunda ansiedad á la abadesa, pluma en mano, meditando sobre el papel.

—¿Qué irá á decir la abadesa al duque? murmuraba el asendereado Montiño; ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡y quién me hubiera dicho ayer que esto iba á pasar por mí!

Al fin se oyó rechinar la pluma sobre el papel bajo la mano de la madre Misericordia.

Despues que la cerró, se levantó: pero se detuvo y volvió á sentarse y sacó otro papel y escribió otra carta.

Aquella carta era para el padre Aliaga.

Decia asi despues de la indispensable cruz y de las iniciales de la sacra familia:

«Ilustrísimo y escelentísimo señor inquisidor general.—He recibido la carta en que vuestra escelencia ilustrísima tiene la bondad de reprenderme.—Yo, desde que abominé del mundo, y busqué la paz de Dios en el claustro, no he incurrido en el pecado de dejar la contemplacion de las cosas divinas por las terrenales.—Si en la carta que vuecelencia ilustrísima conoce, escrita por mí á mi tio el señor duque de Lerma, hay mucho de mundano, consiste en que mi tio me ha pedido informes acerca de lo que media entre don Francisco de Quevedo y la condesa de Lemos.—Faltaria yo á lo que debo á Dios y mi conciencia, si en lo que digo en la tal carta mintiera.—Doña Catalina y don Francisco, á no dudarlo, cometen el crímen de mancillar la honra de dos familias ilustres.—Por lo que toca á los consejos que daba á mi tio, los creo lícitos y buenos porque he visto que don Francisco es su enemigo.—Si he pecado escribiendo mas, sin intencion ha sido, pero sin embargo, espero la penitencia, para cumplirla, que vuecencia ilustrísima se digne imponerme como padre espiritual y sacerdote, y por otra parte, he escrito la carta para mi tio que vuecencia ilustrísima me manda escribir en la suya y en la cual carta, desvanezco completamente las dudas de mi tio acerca de los deslices de su hija, y de la enemistad de Quevedo.—Ademas para que vuecencia ilustrísima vea cuan sin culpa estoy, inclusa va la que me escribió el señor duque de Lerma.

Detúvose al llegar aquí la abadesa.

—Para que el padre Aliaga desconfie menos de mí, murmuró, debo enviarle copia de la carta que escribo á mi tio... Es necesario andar con piés de plomo... hago, es verdad, traicion al duque... ¡pero la Inquisicion..!

La madre Misericordia se acordó con horror de que el Santo Oficio habia quemado viva á mas de una monja.

Este recuerdo la decidió: copió la carta que habia escrito para Lerma, y continuó la que estaba escribiendo para el inquisidor general, de esta manera:

«Ademas incluyo la que á mi tio escribo, y creo que vuecencia ilustrísima quedará completamente satisfecho de mí.—Recibo de rodillas su bendicion y se la pido de nuevo.—Dios guarde la vida de vuecencia ilustrísima como yo deseo.—Humilde hija y criada de vuecencia ilustrísima. —Misericordia, abadesa de la comunidad de las Descalzas reales de la villa y córte de Madrid.»

Puso la abadesa bajo un sobre la carta para el padre Aliaga y las dos copias adjuntas á ella, y con la dirigida al duque de Lerma, la entregó á Montiño.

—Dad el un pliego, le dijo, al señor duque de Lerma, y el otro al señor inquisidor general.

—¡Al inquisidor general! ¿y cuándo?

—Al momento.

—¿Y si me detuviere el duque de Lerma?

—En cuanto os veais libre.

—¿Teneis algo que mandarme, señora?

—Nada mas. Id, buen Montiño, id que urge y que os guarde Dios.

—Que Dios os guarde, señora.

El cocinero mayor salió murmurando:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios quiera que estas cartas no me metan en un nuevo atolladero!

Entre tanto la madre Misericordia que se habia quedado abstraida é inmóvil en medio del locutorio se dirigió de repente á la salida en un exabrupto nervioso, y dijo saliendo á un espacio cuadrado donde estába el torno á una monja que dormitaba junto á él.

—Sor Ignacia, que vayan á buscar al momento á mi confesor.

CAPITULO XXVII.

De los conocimientos que hizo Juan Montiño, acompañando á la Dorotea.

Debemos retroceder hasta el final del capítulo XXII.

Esto es: al punto en que Dorotea salió de su casa con Juan Montiño.

La litera era en efecto grande: la conducian dos mulas una detrás y otra delante, y un criado vestido decorosamente de negro; ya que la comedianta, en razon de su oficio que estaba declarado infame por una ley de partida, no podia llevar á sus criados con librea, llevaba del diestro la mula delantera.

Arrellanóse el jóven en un blandísimo cojin, y sintió á sus espaldas y á su costado derecho otro no menos blando rehenchido.

Aunque Juan Montiño no se admiraba de nada, causóle impresion aquel lujo, no por sí mismo, sino porque le usase Dorotea.

La litera estaba forrada de raso blanco, con pasamanería de galon de oro, cristales de Venecia en las portezuelas, ricas cortinillas tras los cristales y una rica piel de oso en el fondo.

Podia asegurarse que muchas damas principales y ricas no poseian un tan lujoso vehículo.

Es verdad que antes y ahora muchas señoras de título no podian ni pueden tener los trenes que usaban las comediantas.

Con decir que aquella litera era un regalo del duque de Lerma, está esplicado todo.

Del mismo modo, despertado el jóven por ella, sorprendido por el breve y estraño diálogo anterior á su salida de la casa, no habia podido hacerse cargo de lo esquisitamente engalanada que iba la jóven.

Al entrar en la litera, Dorotea se habia echado atrás el manto, dejando descubierto su maravilloso traje de brocado de tres altos plata y oro sobre azul de cielo, con bordaduras en el cuerpo y en las cuchilladas de las mangas de oro á martillo, que no parecian sino verdaderas bordaduras hechas al pasado: una rica gola de cambrai que realzaba lo blanco, lo terso, lo dulce, por decirlo así, de su cutis, un largo collar de gruesas perlas prendido en el centro del pecho por un joyel de diamantes; herretes de lo mismo en la cerradura del cuerpo; guarnicion de perlas en las pegaduras de las mangas sobre los hombros, y un grueso cordon de oro con rubíes y esmeraldas ciñendo su cintura y cayendo doble y trenzado en una especie de greca, por cima de la ancha y magnífica falda, hasta los piés.

Uno de estos piés, pequeño, deliciosamente encorvado, asomaba como al descuido bajo la falda, calzado con un zapatito blanco de terciopelo de Utrech y con un lazo de oro y diamantes de la descotadura.

Con decir que bajo los puños rizados de encaje, sobre las manos, preciosas por sí mismas y riquísimas por sus sortijas, se veian dos pulseras asimismo de perlas y diamantes, y que tambien diamantes y perlas salpicaban las anchas trenzas negras de la Dorotea, está hecha la descripcion de su atavío.

Todo aquello, y otra infinidad de trajes y de alhajas, era regalo tambien del duque de Lerma.

Esto no queria decir que Lerma amase demasiado á la comedianta; sino que era la mujer de moda en el teatro, y la envidiada fuera del teatro; lo que bastaba para que la ostentacion de Lerma la hubiese deseado para querida pública; y siéndolo, no podia buenamente presentarse al público de otro modo sin desdoro del duque.

Ademas, este lujo escandaloso de la Dorotea, servia al duque de prospecto, para con otras mujeres. Solo que la mayor parte de las que se suscribian á las obras del duque, se encontraban conque las obras no correspondian, ni con mucho, al lujo del prospecto.

Pero á Juan Montiño que, á pesar de todo, conservaba un fondo de candor y virginidad en el alma, le maravilló todo aquello.

No se dió razon de la razon de aquel lujo, aturdido por él.

Dorotea, como mujer y como atavío, se le habia subido á la cabeza; le habia embriagado.

Y era muy difícil defenderse de la embriaguez causada por aquella portentosa armonía de formas, por aquella riqueza de cabellos, de color, de atractivos; por aquella mirada dulcísima y ardiente que le sonreia, le enamoraba, le acariciaba, le chupaba, por decirlo asi: por aquella nobleza de lo bello, por aquella mágia de lo maravilloso.

Encanta una mujer hermosa vestida de blanco ó de negro.

Pero una mujer hermosa, matizada, abrillantada por brocados y pedrerías y saturada de blandos y esquisitos perfumes, embriaga.

Por eso estaba embriagado Juan Montiño.

Y como cuando estamos dominados por la embriaguez no somos dueños de nuestra razon y lo olvidamos todo, el jóven dentro de aquella litera y en aquella situacion, se habia olvidado completamente de doña Clara Soldevilla.

Es verdad que la embriaguéz pasa, y que despues de haber pasado, quien tiene dignidad en el alma, se avergüenza de su pasada embriaguez.

Brillaba, relucia la mirada del jóven fija en Dorotea; su semblante tenia esa dulce seriedad del sentimiento que solo modifica á veces una indicacion de sonrisa, sensual, característica, que parece decir á una mujer ó á un hombre: no vivo, no siento mas que para tí.

A mas que por la espresion de su semblante, el estado físico y moral del jóven se revelaba para Dorotea en el ardor febril de sus manos, que estrechaba una de las suyas, y en el temblor leve y sostenido de su cuerpo.

Dorotea era entonces feliz.

Durante algun tiempo, solo se hablaron con la mirada lúcida y fija, y con la involuntaria y espresiva presion de las manos.

Hubo un momento en que Juan Montiño acercó demasiado su semblante al de Dorotea.

Dorotea retiró el suyo, y dejó ver en él una dolorosa seriedad.

—Perdonad, dijo Juan Montiño: estoy loco.

—Perdonad vos mas bien, dijo Dorotea: pero por vos y para vos soy una mujer nueva.

No hablaron mas durante algunos segundos.

La seriedad de la jóven pasó, como pasa un nubladillo por delante del sol.

—Estoy pensando una cosa, Juan. ¿No os llamais Juan?

—Si, si señora, Juan me llamo: ¿en qué pensábais?

—En que me espongo, llevándoos al teatro.

—¡Qué os esponeis!

—Si por cierto: allí vereis á mis compañeras.

—¡Bah! dijo con desprecio el jóven.

—No seais fanfarron; no desprecies al enemigo antes de conocerle.

—Me habeis puesto fuera de combate: me habeis hechizado.

—Quiéralo Dios, dijo suspirando la Dorotea, y oprimiendo dulcemente las manos de Juan Montiño.

—Pues mirad, repuso el jóven: yo pensaba en otra cosa.

—¿En qué?

—En que antès de salir de vuestra casa...

—De nuestra casa, caballero...

—Bien: pensaba en que antes de salir de casa, nos hablemos de tu.

—Es verdad, hay momentos en que... pero eso no debe ser... figuraos que yo soy la mujer mas honrada y mas respetable del mundo.

—Y qué: ¿no lo sois para mí?

—Y tanto como lo soy: ya vereis.

—¿Os habeis propuesto desesperarme?

—Me he propuesto que me ameis.

—¡Qué! ¿no os amo ya?

—No, ni yo os amo tampoco.

—¡Cómo! esclamó con acento severo el jóven, creyéndose objeto de la burla de una cortesana.

Dorotea comprendió su intencion por su acento, y se apresuró á decir:

—Antes de pensar mal de mí, escuchadme.

—Habeis dicho una herejía.

—No por cierto. Suponed... que por un accidente cualquiera nos separásemos... hoy; que no nos volviésemos á ver...

—Péro eso no puede ser.

—Todo puede ser... por ejemplo: si os prendiesen y os sacasen de Madrid y no pudiéseis escribirme... ó bien, si á mí me prendiese... la Inquisicion por ejemplo, y me empozase y no volviéseis á saber de mí: ni siquiera que estaba presa.

—¡Ah no digais eso!

—Es una suposicion. Pues bien ¿sabeis lo que sucederia caballero? Me buscariais ó yo os buscaria: á medida que pasara el tiempo nos buscariamos el uno al otro con menos interés: allin solo nos quedaria al uno

ó al otro ó tal vez á los dos, esa impresion vagamente dolorosa de una esperanza desvanecida; si, de una esperanza; porque lo que somos el uno respecto al otro... ó para hablar con mas seguridad: lo que vos sois para mí, no es mas que una bella esperanza, una esperanza que yo no habia alentado, porque no habia comprendido que el amor es la vida de la mujer; que el amor es lo único que puede hacerla buena, casi santa... el amor como yo le comprendo... desde que os ví... porque antes yo no habia amado sino deseado... y del amor al deseo hay la misma diferencia que creo existe entre vuestra alma y la mia.

—¡Ah señora! ¿creeis que mi alma..?

—No, yo no pienso mal de vuestra alma... entonces no desearia vuestro amor... pero me parece que solo os inspiro deseo.

—Yo no sé lo que me inspirais, señora.

—Puede ser que algun dia sintais amor por mí... pero eso solo puede hacerlo el tiempo... espero... espero con ansia... y esperando os amaré mas cada dia.

—¿Pero es cierto que no me amais aun, señora?

—No quiero engañaros: he meditado mucho en el breve tiempo que ha mediado desde que nos conocimos hasta ahora, y me he convencido de que soy otra mujer... cuando os ví, sentí... voy á probar si puedo haceros conocer lo que sentí... sentí que un no sé qué desconocido, dulce, inefable, se entraba en mi alma, se mezclaba con ella, la fecundaba, la iluminaba: y eso... eso lo siento ahora... pero de una manera tranquila, sin deseos... como no he sentido por ningun otro hombre.

—¿Y sin embargo no quereis ser mia por completo? dijo con acento de queja Juan Montiño.

—No... no... mi amor no es eso... y por eso tiemblo, por eso temo llevaros al teatro. Vos sois como todos: mas materia que alma... al menos para mí... en el teatro vereis á la Angela, á la Andrea, á la Mari Diaz, que es muy hermosa, alta, gallarda, con un cuello de cisne, unas manos de diosa, un talle de clavel, y sus grandes ojos azules... los ojos mas graciosamente desvergonzados del mundo: cuando os vea tan hermoso... sobre todo, cuando os vea conmigo, de seguro se pone en campaña, y empieza á disparar contra vos... mejor dicho: contra mí, toda su batería de miradas y de suspiros enamorados. ¡Oh! tengo miedo... y sin embargo os llevo porque quiero probaros... si me haceis traicion, mejor... os olvido... os perdono... y me quedo libre de un galanteo que puede acabar por romperme el corazon: si os manteneis firme... ¡oh! eso

seria una felicidad... porque me probaria que vos sois para mí lo mismo que yo soy para vos.

—¿Y podeis dudarlo?

—Pero sino dudo... tengo... por el momento al menos... una certeza: puede haberos enamorado mi cuerpo... pero mi alma... ¡bah! cuando yo veia en una comedia de Lope, unos amores repentinos, me decia siempre, riéndome del autor: eso es escribir como querer y nada mas. El amor no es obra de un momento... el amor es hijo del tiempo, del trato continuo y apasionado... lo demás... si yo no sintiese por vos mas que una impresion causada á primera vista, si me hubiese enamorado, hubiera caido en vuestros brazos como en los de tantos otros, y os hubiera dicho que os amaba. Pero me hubiera engañado, como me he engañado respecto á otros... hubiera mentido de buena fé y luego... os hubiese abandonado.

—Confieso que no os comprendo, señora.

—No importa, ya me comprendereis. Pero ya estamos cerca del teatro, oid: delante de las gentes en presencia de los comediantes, os trataré de tal modo como si fuese vuestra querida. Que eso no os aliente para exigirme igual conducta cuando estemos solos.

—¿Y eso por qué?

—Si yo no os tratase delante de esas gentes como á un amante favorecido, creerian que me burlaba de vos. Yo no quiero que nadie pueda creer tal cosa. Os aprecio y os respeto demasiado, para que yo os ponga en rídiculo delante de nadie. Pero cuando estemos solos... ¡Oh! dejadme que sea á vuestros ojos una mujer digna y pura... dejadme que yo, mujer perdida, realice para vos ese hermoso sueño de la mujer vírgen y honrada... dejadme soñar, ya que soy tan infeliz que la realidad me mata... dejadme buscar un cielo, aunque sea fingido.

En aquel momento la litera se paró en la calle del Lobo delante de un portalon feo que se veia en una fachada irregular.

Llovia, y el criado que hasta allí habia conducido la litera, abrió un enorme paraguas, y luego la portezuela: Dorotea salió, y cubierta con el paraguas, salvó de un salto, sobre las puntas de los piés, y la ancha falda recogida con suma coquetería, el espacio enlodado de la entrada y ganó la parte seca del interior.

—¡Oh, reina de las reinas! dijo al verla un jóven de aspecto aristocrático por sus maneras y por su traje: dignaos tomar mi brazo para subir esas endiabladas escaleras del vestuario.

—Gracias, don Bernardino, dijo la Dorotea sonriendo; pero viene conmigo persona tal, que no cambiaria su brazo por el del rey.

Al mismo tiempo Juan Montiño salia de la litera, y Dorotea se asió á su brazo.

—¡Ah! perdonad, señora... dijo don Bernardino siguiendo á los jóvenes que se encaminaban á unas estrechas, negras y horribles escaleras: yo ignoraba que... como dicen que don Rodrigo Calderon...

—Está herido y medio muriéndose, ¿no es verdad? dijo Dorotea.

Subian por las escaleras.

—Me espanta la serenidad conque hablais, y las galas que vestis.

—Como que estoy de boda.

—¿Os casais?

—Con Sancho Ortiz de las Rodas.

Todos los que conocen las comedias de Lope de Vega, saben que Sancho Ortiz era el amante ó novio de la Estrella de Sevilla, comedia que se representaba aquella tarde, y en la que desempeñaba la parte de la protagonista, Dorotea.

—¡Ah! ¡si, es verdad! ¡venís vestida desde vuestra casa!

—Si por cierto.

—Habeis hecho bien, porque la funcion se ha empezado: la loa está casi á la mitad, y han empezado á correr por el patio unas noticias que tienen disgustado al público.

Seguian á la sazon por un corredor estrecho alumbrado por candilejas, á cuyos dos costados habia puertas.

—¿Y qué noticias eran esas? dijo la Dorotea avanzando por el corredor delante de Juan Montiño.

Detrás de los dos iba don Bernardino.

—Esas noticias eran, que vos, á consecuencia de la herida de don Rodrigo, estábais desesperada y no representábais.

—Ya veis que no.

—Ya lo veo. Y os anuncio que al salir os van á victorear con frenesí. El público está enamorado de vos.

—Pues no se conoce, porque me paga poco.

—Eso consiste en que Gutierrez es un judío. Tiene en vos una mina de oro.

—¿No quereis entrar? dijo Dorotea empujando una puerta al fondo del corredor, y entrando en un pequeño aposento.

A pesar de que como habia sido pronunciado aquel *¿no quereis en-*

trar? suponia lo mismo que esta otra frase: *hareis bien en iros, porque estorbais*, don Bernardino se hizo el desentendido y entró.

El aposento, aunque reducido, era muy bello: estaba ricamente entapizado y alfombrado, tenia un ancho camapé ó sofá con almohadones de damasco, y sillones de gran lujo, y al fondo habia una puerta con cortinaje de seda.

En medio se veia un brasero de plata con fuego.

—Petra, dijo Dorotea á una doncella que estaba esperándola en su cuarto, vé y dí al autor que por mí no tiene necesidad de detener la funcion.

La doncella despues de tomar el manto de su señora, salió á cumplir su encargo.

Juan Montiño, á una indicacion de Dorotea que se habia sentado en el camapé, se sentó en un sillon y se descubrió.

Don Bernardino se descubrió tambien, aunque con suma impertinencia; se sentó en otro sillon, con el mayor desenfado del mundo, puso un brazo sobre el respaldo del sillon, y cruzó una pierna sobre la otra.

Juan Montiño, que no habia hablado una sola palabra, empezaba á amostazarse.

Era don Bernardino uno de estos jóvenes fátuos, que han frecuentado siempre los vestuarios de los teatros, en busca del desinteresado amor de una bailarina, sin encontrarlo jamás, y que acaban por creerse adorados de una especie de desecho del mundo, que les hace pagar el vidrio como si fuera diamante: galanes que se creen hermosos y discretos y valientes, y junto á los cuales no se puede estar un minuto sin sentir desprecio ó cólera.

Don Bernardino de Cáceres era un segundon de una familia principal de Córdoba; gastaba mas vanidad que doblones, y por razon de su vanidad andaba siempre perdonando vidas.

Hacíalo con tal aplomo, y se creia tan de buena fé valiente, que los demás acabaron por creerlo, y por respetarle.

Esto habia acabado de hacer insoportable á don Bernardino.

—¿Es pariente vuestro este hidalgo, Dorotea? dijo cuando se hubo sentado, y con cierto espíritu de proteccion.

—Algo mas que pariente, dijo con descaro la Dorotea: es..... mi amigo, y el amigo á quien mas quiero.

Miró de alto abajo don Bernardino á Juan Montiño como buscando la razon, el por qué, del cariño de Dorotea hácia aquel hombre.

—Debeis ser forastero, dijo don Bernardino.

Juan Montiño hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¿Es paisano vuestro, Dorotea?

—No lo sé, porque yo no sé de donde soy.

—¡Ah! vos sois del cielo.

—Pues entonces no somos paisanos, dijo Juan Montiño con mal talante: porque yo soy de la tierra.

—¿Habeis estado alguna vez en la córte?

—Ayer vine por vez primera.

—Y como en la córte no conoce á nadie, ha venido á parar á mi casa.

—Os doy la enhorábuena por haber hallado tal posada, dijo don Bernardino, y estimando yo como estimo á vuestra... amiga, no puedo menos de ofreceros mi amistad.

Y tendió la mano á Juan Montiño, que se la estrechó friamente.

En aquel momento se oyó una voz de hombre que decia en el corredor:

—¡Dorotea!

—La escena me llama, señores, dijo la jóven: venid, venid conmigo Juan, y me vereis trabajar desde adentro.

Montiño siguió á Dorotea; don Bernardino siguió á Montiño.

Siguieron un trozo de corredor, bajaron unas pendientes escaleras y se encontraron en la parte interior del escenario.

En los tiempos de Felipe III empezaban á usarse ya los bastidores, en vez de las tres cortinas que antes cerraban la escena.

El lugar comprendido fuera de los bastidores, estaba lleno de gente, toda alegre y toda *non sancta*: comediantes y comediantas, poetas, galanes de bastidores y criadas: se hablaba, se murmuraba, se mentia; y al pasar Dorotea junto á un grupo de hombres, enmedio del cual habia una jóven sumamente hermosa, dijo á uno de los del corro, haciéndole repàrar con una indicacion en Juan Montiño:

—Dejad estar entre bastidores á este caballero: es cosa mia.

Despues se dirigió á un bastidor, para esperar su salida.

El escándalo estaba dado.

Y decimos el escándalo, porque en la manera de presentar Dorotea á Juan Montiño, habia dicho á todos:

—Ese jóven es mi amante.

Y presentarse con un nuevo amante, en un momento en que corria

por la córte la nueva de que don Rodrigo Calderon estaba herido, era un verdadero escándalo.

—¿Qué decís á esto Mari Diaz? dijo un comediante rechoncho á la jóven que hemos dicho estaba enmedio del grupo.

—Digo que debe ser muy grave el estado en que se halla don Rodrigo, cuando la Dorotea se atreve á tanto.

—¿Qué es eso? dijo otro de los del corro. ¿A quién aplauden de ese modo?

—¿A quién ha de ser sino á la Dorotea? dijo encubriendo mal su despecho la Mari Diaz; ¿pues no sabeis que en los locos gastos del duque de Lerma por ella, entra una compañía de mosqueteros que hacen salva en cuanto abre los labios ó se mueve la *señora duquesa*? La Dorotea tiene mucha suerte.

Los aplausos se repitieron fuera, nutridos, espontáneos, persistentes.

—No, pues esos no son los mosqueteros, dijo un poeta: ó si lo son, es mosquetero todo el público.

—¿Qué sabeis vos? repuso Mari Diaz: hay tardes en que están de humor, y en sonando una palmada, allá se van todos detrás, como borregos.

—Pues yo voy á ver que maravillas está haciendo Dorotea, dijo don Bernardino de Cáceres.

—Soberbio modrego, dijo la Mari Diaz apenas habia vuelto la espalda el presuntuoso hidalgo: si tuviera tantos doblones como vanidad, no andaria la Dorotea tan desdeñosa con él.

—Pues no tiene trazas de ser muy rico el nuevo amante, dijo otro.

—Pero es muy hermoso, replicó la Mari Diaz.

—¿Os habeis ya enamorado de él?

—¡Yo...!

—Dicen que sois muy enamoradiza.

—Por eso los llevo detrás haciendo cola.

—Es que dicen que los llevais delante.

—Pues mienten. Solo he tenido uno y ese ha sido bastante para que no quiera tener mas. Pero volvamos al asunto del dia: ¿conoceis á ese nuevo amante de la Dorotea?

—Yo no le he visto nunca, y eso que voy á todas partes, dijo un comediante.

—Ni yo, repuso otro.

—Tiene cierto aire de buen muchacho, que me indica que hace poco tiempo que está en la córte, dijo la Mari Diaz.

—¡Bah! ¡pues si es altivo como un rey, y lleva su capilla parda como si arrastrase un manto ducal! ¡como vos cuando haceis de reina, reina mia! dijo un poeta.

—Eso quiere decir, que no es un cualquiera, recargó la comedianta.

—¿De que se trata? dijo un alférez de la guardia española que se habia acercado al grupo.

—¿De que se ha de tratar, señor Ginés Saltillo, sino de un acontecimiento estraordinario? contestó un comediante.

—¡De un escándalo! añadió un poeta.

—¡De una enormidad! recargó un tercero.

—¿Pero qué milagro, qué escándalo, y qué enormidad son esas?

—Ya sabreis, porque lo sabe todo el mundo, dijo la Mari Diaz, que don Rodrigo Calderon tuvo anoche una mala aventura no se sabe con quién.

—Pero eso no es un milagro.

—Escuchad: sabreis ademas que está muy mal herido.

—Pero eso no tiene nada de escandaloso: donde las dan las toman; don Rodrigo la echa de guapo, y si se ha encontrado con la horma de su zapato... conque vamos al negocio y veamos en que consisten el milagro, el escándalo, y la enormidad.

—El milagro consiste, en que la Dorotea se ha enamorado de un pobre, dijo la Mari Diaz.

—¡Ah! eso es ya distinto: comprendo que esteis asombrados: vamos al escándalo.

—El escándalo consiste, en que se haya presentado al público con sus mejores galas, cuando no es un misterio su trato con don Rodrigo.

—En efecto, esto tiene algo de escandaloso, dijo el alférez. Pero la enormidad... veamos la enormidad.

—¡La enormidad! ¿no os parece una enormidad el que nos haya presentado á todos su nuevo amante?

—Efectivamente: esa muchacha se va echando á perder mas que de lo justo. Y es lástima, cuando se trata de la mujer mas hermosa del ejercicio... perdonad, Mari Diaz, la mas hermosa despues de vos.

—Afortunadamente estoy aquí para daros las gracias, señor Ginés

Saltillo, dijo la comedianta sin poder dominar completamente su mortificacion.

—¿Y quien es él?

—No le conoce nadie.

—¿Es forastero?

—Y altivo.

—¿Aunque pobre?

—Pobre soy yo, dijo el alférez, y en punto á orgullo, no me trueco por un portugués. ¿Y qué tal? ¿es buen mozo?

—No tanto como vos, dijo la Mari Diaz, pero aun así puede presentarse sin miedo donde haya galanes..... se entiende siempre, despues de vos.

—Muchas gracias por la fineza, prenda mia: aunque no me satisface mucho vuestra opinion.

—¿Y por qué no?

—Jamás os he visto acompañada de un hombre que valga seis maravedises. Y esto qué, sin contar conmigo que hace un siglo me estoy muriendo por vos, os siguen y os persiguen mas de cuatro gentiles-hombres. Por eso, porque en vuestro gusto particular no confio, y porque no es cosa de preguntar á estos señores que por envidia podrán informarme mal, quisiera conocer á ese portento.

—Pues allí está, en el primer bastidor... con don Bernardino de Cáceres, que como sabeis es el perro de la Dorotea.

—Voy, voy á verle; pero antes tengo que pagaros vuestras noticias con otras no menores.

—¡Qué! ¡qué sucede! esclamaron todos.

El alférez se metió mas al centro, y dijo en voz baja y con sumo misterio.

—¡Hay novedades!

—Novedades, ¿y en dónde?

—Novedades en palacio.

—¡Ah!

—¡Oh!

—¡Eh! esclamaron todos.

—Pero hablemos muy bajo, porque como por todas partes hay espiones, no se puede uno fiar de su camisa.

—Dicen que lo de las estocadas que tal han puesto á don Rodrigo, tiene su intríngulis.

—¿Su qué...?

—Su misterio, señores, su misterio. Dicen que esas estocadas han venido de lo alto.

—¿De lo alto?

—De palacio.

—¡Ah!

—Parece que don Rodrigo queria alzarse con el santo y la limosna.

—Siempre ha sido don Rodrigo muy alentado

—Y que tal zancadilla tenia armada al duque, que este ha echado por el camino mas corto para no perder tiempo.

—¿Con qué acusan á su escelencia..?

—Si; pero hablad mas bajo, vida mia, sino quereis dormir esta noche sin mas compañía que las ratas.

—Seguid, señor Ginés, seguid, y vos Mari Diaz no interrumpais, dijo uno.

Todos los cuellos estaban estirados, todas las cabezas estendidas hácia el noticiero: todos los oidos atentos: porque han de saber nuestros lectores, que en todos los tiempos los comediantes como gente libre, se han tomado gran interés por los negocios públicos.

—Se dice, añadió el narrador, que el duque... pues... su escelencia... no hay que citar nombres, tiene en su casa como preso al herido.

—¡En su casa!

—Como que le hirieron junto al postigo de su casa.

—¿Y no se sabe quién le hirió?

—Todavía no. Pero nadie hay preso ni mandado prender... de modo que... ¿qué mas prueba quereis de que estas estocadas han venido de lo alto?

—Esto es grave, dijo uno.

—Gravísimo, añadió otro.

—Y á mí me parece lo mas fastidioso del mundo, dijo la Mari Diaz: ¿qué nos importa todo eso? por mi parte me voy.

—Id con Dios, princesa, id con Dios, dijo el alférez: sino fuera por dejar con su curiosidad á estos señores, os acompañaria.

—Muchas gracias, dijo la Mari Diaz alejándose.

—Allá va al primer bastidor, dijo uno.

—A ponerse en guerra con la Dorotea.

—Esas chicas acabarán por arañarse.

—No, porque la Dorotea es magnánima: ¡como siempre vence!

—Dejémonos de mujeres, señores, y vamos á lo que importa, dijo el alférez que reventaba por soltar sus noticias.

—Si, si, seguid.

—Decíamos que las tales estocadas, habian venido de lo alto, segun todos los indicios. Pues bien, hay mas. Ha entrado el rasero, señores.

—¡El rasero...!

—Como que acabo de llegar de haber dado escolta de honor, á don Baltasar de Zúñiga, que va de embajador á Inglaterra.

—¡Pero si don Baltasar no se mete en nada!

—¿Cómo que no se mete, y estaba metido de hoz y de coz en el cuarto del príncipe? Don Baltasar es muy suave, pero eso no quita; no señor; don Baltasar conspiraba... ¿y sino por qué andaban hoy en palacio tan graves y tan cariacontecidos el conde de Olivares y el duque de Uceda, sin poder entrar en la cámara del rey? ¿Y por qué estaba tan alegre el duque?

—Verdaderamente, todo esto es grave, dijo uno de los del grupo, que tenia el vicio de verlo todo bajo el punto de vista de la gravedad.

—¡Gravísimo! dijo el alférez: ¡pues ya lo creo! Pero hay una cosa mas grave aun.

—¡Qué!

—¡Qué!

—No se ha dejado salir de su cuarto al príncipe don Felipe, de órden del rey.

—¡Ah! pues esto es tres veces grave.

—Se cree, dijo el alférez, que Lerma se haya puesto del lado de la reina.

—¡Bah! eso no puede ser, dijo uno.

—La reina odia al duque, añadió otro.

—Creo mas fácil que la Mari Diaz deje de ser envidiosa, dijo un tercero.

—Prueba al canto, contestó el alférez.

—Veamos.

—El confesor del rey fray Luis de Aliaga, es á todas luces del partido de la reina.

—Indudablemente.

—Pues bien, el padre Aliaga ha sido nombrado inquisidor general.

—¡Inquisidor general! ¿pues y cómo ha quitado esta dignidad á su tio don Bernardo de Sandoval y Rojas el duque de Lerma.

—Don Bernardo de Sandoval, se ha quedado con el arzobispado de Toledo y tiene bastante. Cuando el duque de Lerma se ha espuesto á enojar á su tio, dando al confesor del rey la dignidad de inquisidor general, le importará mucho tener de su parte al padre Aliaga. Es indudable... indudable: el duque se ha puesto del lado de la reina.

—¿Pero cuando han nombrado inquisidor general al padre Aliaga?

—El nombramiento ha sido cosa de hoy, y no estraño que no lo sepais; lo saben muy pocos. ¡Cuando os exageraba que habia novedades...!

—¿Pero qué interés tiene el duque...?

—¡Oh! la zancadilla que se le habia preparado era feroz. Se le iba á acusar de traicion, de estar vendido á la Liga.

—¡Oh!

—Y uno de los que mas han trabajado en esto, ha sido el duque de Uceda.

—¡Su hijo!

—Los grandes no tienen hijos ni padres: Al duque de Uceda le tarda llegar á la privanza y no perdona medio.

—Todo esto es grave, gravísimo, dijo el que todo lo veia por el lado serio.

—Pues hay ademas algo que aumenta la gravedad de estos sucesos.

—¡Qué!

—¡Qué!

—Se cree... dijo el alférez, bajando mas la voz y con doble misterio.

—¡Pero traeis un saco de noticias, alférez!

—Que doy de balde. Pero oid lo que se dice en palacio, por los rincones por supuesto, y en voz muy baja: en estas cosas anda el duque de Osuna.

—Se tiene la manía de atribuirlo todo al duque de Osuna, que, sin duda, para huir de estos enredos, se ha ido á ser virey de Nápoles, dijo un autor de entremeses.

—Aunque el duque de Osuna esté en Nápoles, vieron anoche en Madrid á su secretario don Francisco de Quevedo y Villegas.

—¡Qué está don Francisco en Madrid! esclamó el autor de la compañía, ó como diríamos en nuestros tiempos, el representante de la compañía; ¡bah! eso es mentira. Hubiera venido por aquí y yo le hubiera encargado un entremés.

—En cuanto á lo de venir, quizá no pueda porque está escondido, dijo el alférez.

—Pues si está escondido, ¿quién le ha visto?

—Le vieron anoche en palacio.

—Creerian verle.

—Allá lo veremos: ¿pero qué es esto?

Lo que habia motivado la pregunta del alférez era un ruido particular, un alboroto que provenia del primer bastidor de la derecha del escenario.

Todos corrieron allá.

Lo que habia sucedido, lo verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXVIII.

De cómo Juan Montiño, con mucho susto de la Dorotea, se dió á conocer entre los cómicos.

La Mari Diaz, dejando en su chismografía política al alférez, á los comediantes, á los poetas *é tutti cuanti*, se fué decididamente pero como al descuido, al hueco del primer bastidor de la derecha del escenario.

En él estaban dos solas personas: Juan Montiño y el finchado hidalgo don Bernardino de Cáceres.

—¿Me permitís, caballero? dijo la Mari Diaz tocando suavemente en un hombro á Juan Montiño, y con la voz mas dulce del mundo.

El jóven se volvió y vió á la comedianta que le saludó con una graciosa inclinacion de cabeza y una sonrisa.

—Esta debe ser una de las que me ha hablado Dorotea, dijo el jóven para sí. Y es hermosa esta muchacha... sino fuera tan desenfadada.....

Y se volvió á mirar hácia el escenario donde trabajaba Dorotea.

Don Bernardino se encontraba relegado á un último lugar, la comedianta delante, detrás Juan Montiño, y él á sus espaldas.

—Permitidme, caballero, dijo don Bernardino.

Juan Montiño no se movió.

Don Bernardino guardó silencio.

Pasó asi algun tiempo.

Mari Diaz seguia arrojando sobre Juan Montiño mirada tras de mi-

rada, sonrisa tras de sonrisa, á vuelta de algunas frases de elogio á la Dorotea.

Juan Montiño contestaba con otra frase, pero era tan económico y tan liso en sus contestaciones, que Mari Diaz se impacientaba.

—¿Hace mucho tiempo que conoceis á mi amiga? dijo la comedianta entablando ya decididamente una conversacion.

—Es un conocimiento nuevo, dijo don Bernardino, que tenia el vicio de introducirse en todas las conversaciones por mas que nada le importasen.

—Este caballero, dijo secamente Juan Montiño, se ha tomado el trabajo de responder por mí.

—Pero es que yo os he preguntado á vos.

—Lo que ha dicho este hidalgo, es la verdad.

—¡Oh! yo sé siempre lo que me digo, contestó con fatuidad don Bernardino, atusándose el vigote izquierdo.

—Menos cuando no, dijo la comedianta:

—Mejor será que callemos, prenda, que os estará bien.

En mal hora se metió don Bernardino con la comedianta.

Esta que queria tener un motivo sólido de entablar conocimiento con Juan Montiño, forzó la situacion.

—¿Y por qué hemos de callar? veamos: ¿qué teneis vos que echarme en cara, como no sea el no hacer caso de vos por impertinente?

—Si como sois de desvergonzada, fuérais de hermosa y discreta, seríais un prodigio.

—Como vos sino fuérais grosero y mal nacido.

—¡Vive Dios, doña perdida, esclamó don Bernardino todo fuera de sí, que me la habeis de pagar!

—¿Me haceis el favor de iros á cien leguas de aquí? dijo Juan Montiño volviéndose y encarándose á don Bernardino, á tiempo que levantando este la mano sobre la Mari Diaz, la hacia ampararse de Juan Montiño, y decirle:

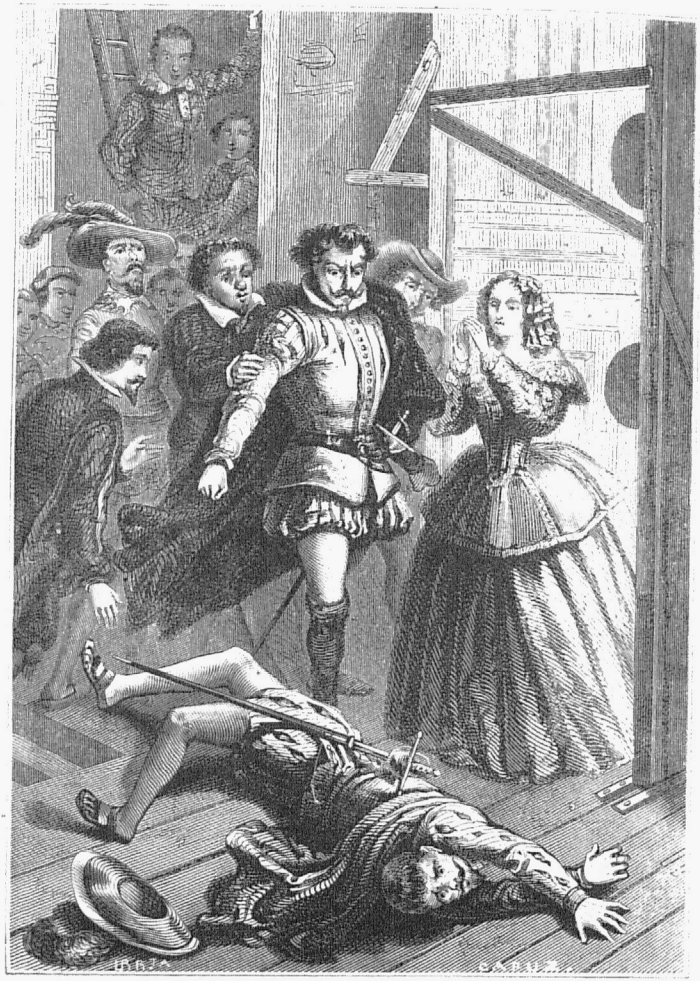
—¡Defendedme de este hombre, caballero! ¡es un infame!

—Idos, repitió Juan Montiño con una calma inalterable.

—¡Qué me vaya! esclamó todo cólera don Bernardino.

—Me estais cargando la paciencia hace una hora, y no quiere ya mas peso. Idos, ó vive Dios:..!

—Mirad no os tire yo en medio de la escena, don brabatas, esclamó el hidalgo que echaba fuego por los ojos.



...CAYÓ, COMO LANZADO POR UNA MÁQUINA.

—¡A mí! ¡echarme vos á mí.....! esclamó Montiño poniéndose pálido.

Y en seguida sonó una bofetada, y luego un hombre cayó, como lanzado por una máquina, del lado de adentro de los bastidores.

Juan Montiño habia dado aquella bofetada.

Don Bernardino la habia recibido.

Juan Montiño era el que habia arrojado.

Don Bernardino el que habia caido.

Este era el estruendo que habia distraido de su chismografía política, al alférez de la guarda española Ginés Saltillo y á sus oyentes.

Montiño se habia vuelto con suma tranquilidad á su bastidor.

Mari Diaz estaba temblando ó haciendo que temblaba junto á él.

Don Bernardino, empolvado por el tablado que no estaba muy limpio, se habia levantado trémulo de cólera, habia desenvainado la espada y se habia ido hácia Juan Montiño.

El alférez y sus acompañantes se interpusieron.

—Dejad que mate á ese hombre que me ha afrentado, dijo don Bernardino.

Y como no le dejasen acercarse á Juan Montiño, empezó á llenarle de improperios.

—Sinó quereis que os tengamos por mujer, callaos, dijo Juan Montiño acercándose al grupo: y si quereis tomar satisfaccion de esa afrenta, decidme dónde y cuando podremos vernos, á fin de que yo os pruebe que no es tan fácil desagraviarse de mí.

—Ahora mismo... fuera...

—No puede ser ahora: tened un poco de paciencia, que tiempo sobra.

—Dice bien ese caballero, dijo el alférez que se perecia por este género de lances... ademas, que las pragmáticas son rigorosas, y en esto de duelos es necesario irse con piés de plomo. Cerca de San Martin hay unas casas echadas por tierra: el sitio es medroso y apartado... y allí... hasta se puede enterrar un muerto entre los escombros... á las doce de la noche...

—Acepto por mi parte, dijo Juan Montiño, y como soy nuevo en Madrid, y no conozco sus calles, desearia que uno de vosotros me acompañara, señores.

—Yo, dijo el alférez.

—Y yo acompañaré á don Bernardino, dijo un poeta.

—En horabuena. A las doce estaré en las casas derribadas de San Martin, dijo don Bernardino, y salió.

—¿Y dónde nos veremos nosotros, señor alférez? dijo Juan Montiño á Ginés Saltillo.

—¿Sabeis á las gradas de San Felipe?

—Si.

—Pues á las once y media, en las gradas de San Felipe.

Montiño saludó y se volvió al bastidor.

Todavía estaba allí la señora Mari Diaz.

—Gracias, caballero, gracias, le dijo: os estoy tan agradecida que no sabré como demostraros...

—No hay por qué, señora, contestó brevemente Montiño.

—Vivo en la calle Mayor.

—Muchas gracias.

—Número sesenta...

—Gracias señora.

—Me encontrareis allí todo el dia...

En aquel momento la Dorotea salia de la escena, y oyó las últimas palabras de la Mari Diaz.

La Dorotea era una verdadera reina, una leona de la escena, y aunque la estremecieron aquellas palabras que habia cogido al paso, no dió el mas leve indicio de haberlas escuchado.

Devoró sus celos, se mantuvo serena y miró á Juan Montiño.

Entonces se aterró.

El semblante del jóven estaba demudado aun de cólera.

—¿Qué ha sucedido? esclamó: ¿qué teneis Juan? ¿Os habeis visto obligado acaso...?

—Se ha quitado una mosca de encima, dijo el alférez Saltillo... y de una manera brava... estos señores pueden testificar.

—Ha sido una bofetada digna de que la cante un Homero, dijo un poeta.

—Eneas haciendo rodar á Aquiles, añadió otro.

—Un lance por una... hermosa, dijo otro.

—De cuyo lance resultarán estocadas.

—¿Quereis hacerme un favor, señores? dijo Juan Montiño.

Miraron todos con atencion al jóven.

—No hablemos mas de esto, dijo.

—¡Pero...! esclamó Dorotea...

—En resumidas cuentas, dijo un comediante... como don Bernardino de Cáceres es vuestra sombra, y se ha encontrado con otra sombra mayor...

—¡Ah!

—Pues... nada... estas son cosas que suceden en el mundo, dijo el alférez, y que una vez sucedidas, no tienen mas que un remedio... este caballero lo sabe y yo lo sé y todos lo sabemos... conque no hay que hablar mas de ello.

Dorotea se asió del brazo de Juan Montiño, y se le llevó entre los telones, en donde estuvo paseando con él, dando lugar á las murmuraciones del corro que crecieron.

—¿Por quién habeis pegado á don Bernardino? dijo Dorotea: ¿por mí ó por Mari Diaz...? estamos solos, Juan, y quiero que me digais la verdad... cuando yo salia la Mari Diaz os citaba.

—He pegado á ese hombre, por él mismo; y en cuanto á esa mujer, no teneis motivo para enojaros conmigo.

—¿Y qué pensais hacer?

—¿Qué he de hacer mas que matar á ese hombre, y dejar ir por su camino á esa mujer?

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿pero sabeis quién es don Bernardino?

—Un impertinente.

—Todos le temen.

—Hacen muy mal.

—Os matará ú os estropeará.

—Creo que ese hombre tiene la espada mas vírgen del mundo, dijo con desprecio Montiño.

—¡Ah! ¡no lo creais! cuando él habla todos callan.

—Razon mas para dudar de su valentía. Cuando todos temen á un hombre es cuando menos debe temérsele.

—Vos no ireis.

—¡Cómo! ¿me pedís vos que me deshonre? ¿Consentiríais vos á vuestro lado á un hombre que hubiese perdido la vergüenza?

—Os quiero vivo.

—Y vivo me tendreis.

—Pero suponiendo que... lo que es suponer mucho... venciéseis á don Bernardino...

—Anoche vencí dos veces á Calderon.

—¡Ah! ¡es verdad! y don Rodrigo es muy valiente y muy diestro...

me habia olvidado... pero ¡Dios mio! aunque eso sea, de todos modos, os pierdo: si le matais tendreis que huir.

—No le mataré.

—¡Oh! gracias..¿no ireis no es verdad? esperareis á que se acabe la funcion y os vendreis conmigo... yo haré... yo diré al duque de Lerma que destierren á ese hombre.

—¿Qué estais diciendo...? iré á encontrar á don Bernardino al lugar donde me ha citado... y no le mataré, pero le escarmentaré... ¡miserable! ¡vive Dios que ningun hombre se ha atrevido como él á probarme la paciencia!

—Malhaya la hora en que os traje al teatro.

—¿Y por qué? nada temais: yo haré de modo que me conozcan esos señores, y cuando me conozcan me respetarán, os lo juro.

—¡Dorotea! ¡Dorotea! dijo una voz cerca de ellos.

—¡Otra vez á la escena! esclamó la jóven: ¡oh! ¡malditas sean las comedias y mi suerte...! esperadme, no os vayais.

Y desasiéndose del brazo de Juan Montiño, atravesó rápidamente el espacio comprendido entre los telones, y salió á la escena.

Poco despues, se oyeron fuera estrepitosos aplausos.

—Es mucha, mucha mujer esa, dijo una voz junto á Juan Montiño, y no me estraña que la ameis.

Volvióse el jóven, y vió junto á sí, á Ginés Saltillo.

—¿Quién os ha dicho que yo amo ó dejo de amar á esa señora? y sobre todo, ¿os importa á vos? dijo el jóven que estaba resuelto á sostener la cuerda tirante hasta que saltase.

—Teneis una manera de contestar... dijo contrariado el alférez.

—Cada cual tiene sus costumbres, como vos las teneis en meteros en lo que no os va ni os viene.

—Perdonad, yo creí que un hombre que se ha ofrecido á serviros de testigo...

—¿Y qué falta me hacen á mí testigos para mis asuntos?

—¡Ah! pues os digo que si lo tomais así, vais á tener mil camorras todos los dias, sino es que á la primera os escarmientan.

—Os suplico que me dejeis en paz.

—Señor mio, dijo el alférez retorciéndose su mostacho: yo soy un hombre que lo tomo todo con mucha calma, que antes de tirar de la espada, miro si hay motivo para ello, y que antes de ofenderme de las palabras de otro hombre, procuro conocer en que estado se halla al de-

cirlas. Vos estais irritado, no sé si con razon ó sin ella. Habeis abofeteado á un hombre, ignoro con qué motivo: ese hombre os ha pedido que le desagravieis riñendo con él, y vos habeis aceptado: yo era el único hombre de espada que estaba presente, y me ofrecí...

—Y yo he aceptado... gracias, dijo seca y brevemente Juan Montiño.

—Cuando un hombre acepta de otro esta clase de servicios, es ya casi un amigo, y cuando un hombre es amigo de otro, puede decirle... lo que os he dicho acerca de Dorotea, y tanto mas, cuanto me habia quedado solo, porque los otros se han ido, para serviros. Ahora... y el alférez se retorció el otro mostacho y dió una entonacion singular á su voz: si encontrais en mí impertinencia... es distinto, caballero... decídmelo para que yo sepa á lo que debo atenerme, y obrar como obrar deba.

—Perdonad, dijo Juan Montiño; estaba y lo estoy fastidiado: os he confundido con esa turba que me miraba sonriendo, y acaso por equivocacion os he ofendido... perdonad, yo no os conocia, no os habia visto hasta hoy.

Y tendió su mano al alférez.

—Hubiera sentido reñir con vos, dijo este apretando con fuerza la mano del jóven; teneis para mí un no sé qué... algo que me habla en vuestro favor. ¿Sois soldado?

—Puede ser que á estas horas lo sea de la guarda española.

—¡Ah! vive Dios: ¡pues si sois de la guarda española, y de la tercera compañía de la que soy alférez, seremos camaradas. Y ya que eso puede ser, me alegro de vuestro lance con don Bernardino.

—¿Por qué?

—A todo el que entra en la guarda española, se le piden pruebas de valiente: conque hayais reñido bien con don Bernardino de Cáceres, las llevais hechas.

—Me parece poco hombre para prueba ese hidalgo, dijo con desprecio Juan Montiño.

—¡Bah! don Bernardino es una espada valiente, y muy bravo y sereno. Conque salgais de un lance con él sin que os mate, no hay mas: habeis quedado recibido en todas partes y por todo el mundo por valiente y buen espada.

—¿Sabeis á cuantos ha matado don Bernardino?

—Saber por mí mismo... no... pero se dice de él...

—¡Eh! del dicho al hecho...

—Pues bien, alégrome de que esteis tan bien alentado... pero por allí pasa la Dorotea, y os hace señas... id... que aquí os espero.

—Mas bien, cuando se acabe la funcion, y yo haya dejado á Dorotea en su casa, esperadme en las gradas de San Felipe.

—Pues, hasta la noche.

—Hasta la noche.

Montiño siguió á la Dorotea, y el alférez harto pensativo por lo que habia mostrado de sí Juan Montiño, salió del vestuario.

CAPITULO XXIX.

De cómo hizo sus pruebas de valiente por ante la gente brava, Juan Montiño.

Eran las doce de la noche.

Dos hombres adelantaban por la calle del Arenal hácia la subida de San Martin.

Era la noche oscura, continuaba lloviendo, y no podia conocerse á aquellos bultos.

Encaminároнse á San Martin, llegaron, tomaron á la izquierda por la estrecha calleja del postigo, revolvieron á la derecha, y se entraron por unos tapiales derribados, en un ancho hundimiento.

Treparon aquellos dos hombres sobre los escombros, y á poco les detuvo una voz que les dijo:

—¿Quién vá?

—El alférez Saltillo, dijo uno de los que llegaban.

—¿Viene con vos el difunto? dijo otro.

—No sé por qué decís eso, amigo Velludo, sino es porque aquí hay un olor á muerto que vuelca.

—Yo creo que traeis ese olor metido en las narices, amigo Saltillo.

—Pronto hemos de ver si está este olor aquí, ó si le traemos nosotros. ¿Está don Bernardino?

—Impaciente.

—Pues aun no han dado las doce.

—Es que el reloj de la honra adelanta siempre.

—Pues adelante.

—Adelante.

—Me habeis prometido no desenvainar la espada, señor alférez, dijo Juan Montiño.

—Es verdad que os lo he prometido aunque no es la costumbre: los padrinos siempre riñen.

—Lugar tendreis de reñir si me matan; pero entremos bajo techado porque llueve muy bien.

—Eso es: en estas casas hundidas han quedado algunas habitaciones en pié. ¿Estais ahí, amigo Velludo?

—Aquí estoy.

—¿Habeis traido linterna?

—Si, ¿y vos?

—Tambien.

—Pues hagamos luz.

En aquel momento salieron dos linternas de debajo de las capas de los padrinos.

A su luz turbia y escasa se vió una habitacion destartalada, ennegrecida, polvorienta, en estado de inminente ruina, y sin maderas en los vanos de las puertas y ventanas, que se habian convertido en boquerones.

Al fondo de la habitacion habia dos hombres.

Don Bernardino de Cáceres y su padrino.

—Creo que podemos empezar cuanto antes, dijo don Bernardino desnudando la espada y tomando la linterna de mano de su padrino.

—Por nosotros no hay inconveniente, dijo el alférez, dando su linterna á Juan Montiño. Pero antes de empezar debo advertiros una cosa, amigo Velludo.

—¿Qué?

—Nosotros no reñiremos.

—La costumbre es que los padrinos riñan.

—Cierto; pero yo no soy padrino del señor Juan Montiño, sino su amigo, que viene á ver lo que va á pasar aquí para contarlo despues á todo el mundo, si es que este hidalgo lleva á cabo lo que se ha propuesto.

—¿Y qué se ha propuesto este hidalgo? dijo con desprecio don Bernardino.

—Se ha propuesto, dijo el alférez, daros á los dos una vuelta.

—¡Una vuelta! ¡vive Dios, esclamó don Bernardino, que este hidalgo debe ser de Andalucía!

—Una vuelta de cintarazos, añadió el alférez.

—Pues á verlo, esclamó don Bernardino avanzando ciego de furor hácia Juan Montiño.

Al primer testarazo de este, y decimos testarazo porque no encontramos otra frase mejor, la linterna de don Bernardino cayó al suelo, se rompió y se apagó.

Montiño y Saltillo se echaron á reir.

—¿No decia yo que os ibais á divertir, alférez? dijo Montiño, parando un tajo de don Bernardino: pues ya os habeis reido, y ahora vereis. ¿Qué haceis ahí, don murciélago, puesto á la sombra? añadió, dirigiéndose al que el alférez habia llamado Velludo.

Y tras estas palabras le metió un cintarazo.

Velludo dió un rugido, desnudó la espada, y se fué á Montiño.

El jóven tenia delante dos enemigos que le acometian ciegos de furor; pero alcanzaba con su espada á uno y otro lado de la habitacion, y no les dejaba avanzar.

El alférez con la espada envainada, estaba detrás del jóven.

Juan Montiño volvia la luz de su linterna, tan pronto sobre el uno como sobre el otro de sus enemigos.

De tiempo en tiempo les metia un furioso cintarazo.

El alférez soltaba una carcajada.

Otra carcajada de Juan Montiño contestaba á la del alférez.

Los aporreados blasfemaban y apretaban los puños.

Pero Juan Montiño los habia acorralado en un rincon, y dominados ya, les sacudia que era una compasion.

Aquello habia pasado á ser una burla feroz.

Era el desprecio mayor que podia hacerse de dos hombres.

Juan Montiño demostraba, no solo que era valiente y bravo, sino que su destreza era maravillosa.

El alférez se tendia de risa, y cuando Montiño tras una doble parada difícil sacudia dos cintarazos, aplaudia.

De repente se vió un resplandor vivo, y sonó una detonacion.

Don Bernardino, aturdido ya por los golpes, irritado, mortificado, fuera de sí de cólera, habia desenganchado un pistolete de su cinturon y habia hecho fuego.

Pero, por fortuna para Juan Montiño, este vió el pistolete, y tocó con el único tajo que habia tirado, al brazo de don Bernardino; el tiro fué al suelo; don Bernardino, que habia cambiado la espada á la mano izquierda para apelar á aquel recurso villano, estaba fuera de combate: no podia valerse del brazo derecho.

Velludo estaba acobardado, y habia bajado la espada.

—Basta de leccion, dijo Juan Montiño: idos don Bernardino á curar, y vos estiraos, don encogido, y largaos mas que á paso. Y en adelante mirad con quien os meteis, que no todos los caminos son andaderos.

—Lo que habeis hecho es una iniquidad, dijo don Bernardino.

—¡Cómo! ¡he reñido contra dos y llamais esto inícuo! esclamó Juan Montiño: ¡vos que habeis tenido la cobardía de disparar contra un hombre con quien reñiais con ventaja!

—Mirad, don Bernardino, dijo Saltillo: os aconsejo que os vayais de Madrid.

—¡Me vengaré...!

—Dejaos de simplezas... lo mejor es que os vayais, porque cuando se sepa lo que aquí ha pasado, os van á tirar tomates los muchachos por la calle.

—Os prevaleis de que tengo herido un brazo.

—Yo no creia que erais tan cobarde y tan torpe, dijo el alférez. Ea, idos sino quereis que os eche á puntapiés....

—Nos veremos, señor alférez, dijo don Bernardino y salió.

Velludo se iba á escurrir tras él, pero le detuvo el alférez.

—He ¿adónde vais vos, señor Diego?

—Me voy avergonzado.

—No lo estraño, porque sois valiente.

—Yo no soy nada... lo que me ha sucedido esta noche...

—Si sois valiente y honrado, siento lo que os ha acontecido, amigo, dijo Juan Montiño; yo lo he hecho sin intencion.

—Pero esto es un milagro... ¿Quién os ha enseñado á esgrimir?

—¡Bah! ya lo creo: dijo el alférez cruzando con su palabra la contestacion de Juan Montiño, es verdaderamente maravilloso: ya sabeis que yo meneo bien los hierros.

—Si por cierto.

—Pues bien, antes de venir aquí, supliqué á ese caballero tuviese la bondad de manifestarme su destreza, porque ya sabeis que don Bernardino es diestro. Yo no quería ser testigo de un asesinato. Nos fuimos casa del

maestro Tirante, y este caballero ha tirado con él. Le ha plantado en un santiamen cinco botonazos y tres tajos; entonces me dijo el maestro Tirante:

—Aunque riña solo contra dos, dejadle, señor Saltillo, que no se le acercarán.

—Gracias á mi pobre tio, dijo Juan Montiño.

—Gracias á vuestra ligereza, á vuestros puños, á vuestra vista, á vuestra serenidad... pero vamos á otra cosa: ¿vos señor Velludo sentiríais mucho que esto se supiera?

—Yo me voy de Madrid.

—No por cierto: nosotros callaremos, pero vos habeis de contar la villanía obrada por don Bernandino, y la paliza que este caballero le ha dado.

—Pero don Bernardino se irá.

—Don Bernardino dirá que hemos venido dos contra él.

—Pues no, eso no, dijo Velludo; lo que ha pasado lo sabrá todo el mundo.

—No hay necesidad de hablar de esto una palabra, dijo Juan Montiño; si ese hombre sigue haciéndose molesto, yo le daré una nueva leccion delante de todo el mundo, ó vosotros, señores, si se os viene rodado. Por ahora me parece mejor otra cosa.

—¿Qué?

—Que nos vayamos á una hostería.

—¿Y Dorotea, que estará con cuidado?

—Se la avisará.

—Pues á la hostería.

—¿Y adónde que no nos molesten? dijo Juan Montiño.

—A la Caba-baja de San Miguel. Allí hay truchas y perdices frescas.

—Pues á la Caba-baja.

Los tres jóvenes se pusieron en marcha.

El aporreado parecia haber olvidado su aporreo, y charlaba como los otros dos.

Los tres se burlaban de don Bernardino.

Y entre burlas y risas, se encontraron en la Caba-baja de San Miguel, delante de una puerta.

—Ante todo, señores, nadie paga mas que yo, dijo Montiño.

—Concedido, dijo el alférez.

—Muy bien, añadió Velludo; pero á condicion, que yo he de pagar otra vez.

—Bueno, pero esta noche es mia.

—Enhorabuena.

Y acercándose el alférez á la puerta, llamó.

Nadie contestó de adentro.

—No nos abrirán dijo Velludo: ha pasado hace mucho tiempo la hora fijada de las ordenanzas.

—Ya vereis, dijo el alférez tocando de nuevo á la puerta: ¡abrid al alférez Saltillo!

Como si aquel nombre hubiera sido un conjuro la puerta se abrió.

—Entrad, dijo una voz recatada, y no armeis ruido no os oigan los vecinos y den parte á una ronda.

—¡Vaya unos vecinos!

—Como que de la multa de diez ducados que nos sacan, dan dos al acusador: y están los tiempos tan malos... las gentes dan en la tentacion... ¡si se llevaran quince millones de demonios al duque de Lerma...!

Cuando el hostalero se atrevió á decir estas palabras, habia ya cerrado la puerta, y estaba bien adentro de su casa.

—Mira, le dijo el alférez, llévanos arriba, á aquella sala azul pequeña que tienes tan cuca, y que nos sirva aquella muchacha de los ojos verdes: aquella Inés...

—Está durmiendo...

—Que despierte.

—Y si para que nos sirvais mejor se necesita muestra, hela aquí, dijo Juan Montiño poniendo en las manos del hostalero un doblon de á ocho.

Sonaron otros muchos en el bolsillo del jóven.

El alférez y Velludo se miraron con asombro.

Juan Montiño habia crecido para ellos dos palmos.

En cuanto al hostalero, se habia avanzado á un corredor esclamando:

—Inesilla, hija, despierta, y vístete y ponte maja, que tres gentiles hombres te favorecen queriendo que tú los sirvas. Al momento viene, señores. Vamos á la sala azul. Luego yo bajaré á disponer los manjares, y á sacar las botellas de la bodega. Eh, ya estamos en la sala azul. Es muy buena: en ella solo comen personas principales: he comprado esta docena de sillones y estos espejos á un indiano que se volvia á las Indias. Vais á estar como príncipes: os traerán brasero, que hace frio... y... necesito dejaros para serviros mejor... con qué... ya vereis, caballeros, ya vereis.

El hostalero salió, y los jóvenes acababan de sentarse, cuando se oyó en la calle una voz angustiosa y desesperada que gritaba:

—¡Ladrones! ¡ladrones!

La voz se apagó instantáneamente, pero los tres jóvenes estaban ya de pié, y se habian dirigido instintivamente á la salida con las manos puestas en las espadas.

—Juraria, dijo Juan Montiño saliendo y precipitándose por las escaleras, que esa era la voz de mi tio.

—¡De vuestro tio!

—Si: abrid, abrid la puerta, gritó Montiño al hostalero.

—¿Y quién es vuestro tio? dijo el alférez que le seguia.

—Francisco Montiño, cocinero mayor del rey.

—Os aconsejo que no salgais, dijo el hostalero: nadie se mueve de noche aunque oiga lo que oiga.

—¡Abrid, vive Dios! esclamó Juan Montiño, ú os abro la cabeza.

El hostalero abrió sin replicar.

Los tres jóvenes se lanzaron en la calle.

Un hombre estaba rodeado de otros cuatro.

Otros dos hombres se llevaban un bulto.

—Seguid á aquellos y detenedlos, dijo Juan Montiño, yo me quedo con estos.

Pero antes de proseguir, necesitamos ocuparnos de ciertos antecedentes, que empezarán en el capítulo que sigue.

CAPITULO XXX.

De cómo engañó á Dorotea para llevarla á palacio el tio Manolillo.

Dorotea se habia quedado sola en su casa, hasta la cual la habia acompañado Juan Montiño despues de la salida del teatro.

Eran ya bien las ocho de la noche.

La jóven estaba triste, porque Juan Montiño se habia separado de ella para acudir á un lance desagradable y acaso peligroso.

—¿Qué necesidad tenia yo, dijo, de haberle llevado al teatro?

Ninguna.

Ha visto á Mari Diaz, y ha tropezado con don Bernardino.

Bien empleado me está.

He querido lucirle.

Vamos: si sucede algo malo á Juan, no sabré de qué manera castigarme.

¡Casilda!

—Señora.

—Si viene el duque de Lerma, que estoy mala.

—Muy bien.

—Si se empeña en entrar, que el médico ha dicho que no puede hablárseme.

—Muy bien: ¿y si viene el señor Juan Montiño?

—Viene á su casa. ¡Ah! me olvidaba: pon una cama en el gabinete de tapicería.

—Muy bien.

—Y cuanto se necesite: un aposento bien servido.

—Muy bien. ¿No os desnudais?

—No... mira... si viene el tio Manolillo...

—¿Le digo que no puede entrar?

—De ningun modo... si viene...

—Ha venido ya, y dijo que volveria.

—Pues cuando vuelva, que entre.

—Me parece que es ese que llama á la puerta.

—Pues ábrele... ábrele.

Casilda salió.

Dorotea se quedó esperando con impaciencia.

Poco despues entró el tio Manolillo, que arrojó al suelo la capa y la gorra que venian empapadas de agua.

Luego adelantó, se sentó junto al brasero y se puso á mirar de hito en hito á Dorotea.

—¡Qué hermosa, y qué engalanada estás, hija mia! la dijo: De seguro no esperas al duque de Lerma. Para él no te atavías tanto.

—Este es el traje que he sacado en la comedia, y por cansancio no me le he quitado todavía.

—No, no es eso, el duque te ha puesto hermosa para otro.

—¡Ah! puede ser.

—¿Estás enamorada Dorotea?

—No lo sé.

—Esa contestacion me asusta.

—¿Y por qué?

—Cuando una mujer no ve claro en su corazon...

—Prueba que está ni dentro ni fuera.

—Te creo demasiado dentro.

—Puede ser.

—¿Me hablarás la verdad, si te pregunto?

—Nunca os he engañado: me servís de padre.

—Padre que ahora hace bien poco por tí.

—Vos habeis hecho cuanto podíais por mi. Habeis pasado miserias y trabajos durante muchos años, para poder pagar mis alimentos en las Descalzas reales. Yo he sido una ingrata...

—No hablemos, no hablemos de eso: ya no tiene remedio.

—Si que le tiene: y en eso estaba pensando.

—¿En eso?

—Si, en el remedio. Pienso despedirme del teatro.

—¡Ah!

—Y dar ocasion al duque para que se despida de mí...

—¡Ah! ¿Y con quién piensas quedarte?

—Con él, si me ama.

—¿Con el señor Juan Montiño?

—Si.

—Yo te daria un consejo.

—¿Cual?

—Que olvidaras á ese jóven.

—No puedo.

—¿Tan enamorada estás de él?

—Si no estoy enamorada, estoy empeñada.

—Puede ser que mañana sea demasiado alto para tí.

—¡Pero si yo no quiero que se case conmigo!

—Puede suceder que él se case con otra mujer.

—¿Qué habeis dicho? esclamó levantándose Dorotea.

—¡Oh! ¡le ama! esclamó el bufon.

—¡Que se casa con otra..! si, si, todo puede suceder... pero por ahora...

—Puede ser que ame á otra.

—¡Que ame! ¡es que me avisais! dijo Dorotea conteniéndose pero temblando: ¿es verdad que ama á otra mujer? ¿será verdad lo de la reina?

—No, lo de la reina no: pero el señor Juan Montiño tiene amores en palacio.

—¿Y con quién?

—Con doña Clara Soldevilla.

—¡Doña Clara! pero si esa mujer... si la llaman... la desesperacion de los hombres...

—Si... si... es cierto, la llaman la menina de nieve.

—Y aunque él la ame...

—Le ha amado ella antes. La nieve se ha derretido.

—¿Pero cuando ha visto doña Clara á Juan?

—Anoche... en la calle.

—¡Oh! ¿y se ha enamorado de él?

—Como tú.

—Pero él... él no la ama.

—Doña Clara es muy hermosa.

Plegó el bellísimo entrecejo Dorotea, y adelantó el labio inferior en un mohin desdeñoso.

—Aunque tú seas tan hermosa ó mas hermosa que doña Clara, hija, te falta una cosa que á ella le sobra.

—¿Y qué es lo que me falta?

—Ser fruto prohibido.

Conmovióse profundamente la Dorotea, y sus ojos se arrasaron de lágrimas; al tio Manolillo, se le desgarró el corazon.

—¡Oh! ¡si, es verdad! dijo dolorosamente la Dorotea: ella es una noble dama; su padre es un valiente soldado... yo... yo no tengo padres... yo soy una mujer perdida: ella es menina de la reina... yo soy comedianta... pero ella no le ama como yo... no, no le ama como yo... de seguro... ella no es capaz de hacer por él lo que yo haré... ella... ¡ah! ¡ella es altiva! está enorgullecida por su nombre, por su nobleza, y él es sobrino de un cocinero... esa mujer... aunque le ame... estoy segura de ello, no le confesará su amor... mientras que yo le he abierto mi alma entera.

—¡Ah! ¡estás loca por él, hija mia!

—Yo no sé... yo no sé... pero me parece que le he conocido toda mi vida; que Dios me ha criado para él... me parece el mas hermoso del mundo.. .no se aparta de mi memoria... y mirad: hoy he representado mejor que nunca... y es que... hasta hoy no habia comprendido el amor... hoy he pronunciado los amores de la comedia con el alma... y el público me ha aplaudido con frenesí... y escuchad: nunca los aplausos me han satisfecho tanto... nunca me han causado tanta alegría... nunca me han enorgullecido de tal modo... porque estaba él allí... me veia... me oia... escuchaba aquellos aplausos... ¡oh! si ese hombre no es de piedra me amará... me amará... porque yo quiero que me ame... lo quiero y será.

—¡Estás loca! repitió tristemente el tio Manolillo.

—Pero decidme... decidme... ¿cómo sabeis vos que esa mujer... doña Clara... ama á Juan?

—¿Quieres tú saberlo tambien?

—¿Que si quiero? ¡Si!

—Pues bien, ven conmigo.

—¿Adónde?

—A palacio.

—¡A palacio! ¿y qué tengo yo que hacer en palacio? dijo con desden la Dorotea.

—Verás lo que yo he visto, verás entrar á Juan en el aposento de doña Clara.

—Esta noche no irá Juan á palacio, dijo con acento profundamente triste la jóven.

—¿Y por qué?

—Porque tiene que hacer en otra parte.

—¿A qué hora?

—Es verdad: yo no sé... no sé si antes tendrá tiempo... y si la ama... irá antes... antes de un peligro en que puede morir: todo hombre que ama va á ver á la mujer de su amor.

—¡Morir! esclamó el bufon.

—Si: le he llevado por mi desdicha al teatro: allí ha tropezado con ese impertinente de don Bernardino de Cáceres, que le ha provocado: que le ha metido en un lance.

—¡Bah! pues don Bernardino no le matará, esclamó con gran confianza el tio Manolillo.

—¿Y decís que irá al alcázar Juan?

—De seguro.

—¡Oh! ¿y podeis ponerme en sitio desde donde le vea..? añadió con ansiedad la jóven.

—Desde donde veas y oigas.

—¡Casilda! ¡mi manto y mi litera! gritó la Dorotea poniéndose violentamente de pié.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! murmuró para sí el bufon: ¡si al menos ella no fuera tan desgraciada! ¡si ya que de tal modo ama á ese hombre, él la amase...!

Entre tanto, Dorotea se ponia apresuradamente el manto: cuando le tuvo prendido se volvió impaciente al bufon, y le dijo con la voz temblorosa:

—Vamos, llevadme al alcázar.

—Una palabra no mas: ¿serás prudente?

—Si.

—¿Me obedecerás?

—Si.

—¿Vieres lo que vieres?

—Si.

—Pues bien, hija mia, vamos.

El bufon y Dorotea salieron de la sala: poco despues, una litera cerrada se encaminaba á palacio.

CAPITULO XXXI.

Continúan los antecedentes.

El padre Aliaga habia entrado en el alcázar, por la puerta de las Meninas.

No habia ido á él con el solo objeto de conocer á Dorotea.

Nuestros lectores recordarán que en la carta que habia escrito al padre Aliaga doña Clara Soldevilla, acusando á Dorotea y á Gabriel Cornejo, le habia espresado el deseo de hablar con él para esplicarle enteramente el contenido de la carta.

Este era otro de los objetos que llevaban á palacio al padre Aliaga: hablar con doña Clara.

Sentia ademas un deseo punzante de hablar á la reina y doña Clara, que era la favorita de la reina, podia satisfacer este deseo.

Le importaba tambien no poco, sentir por sí mismo que aire corria en palacio.

De modo que, eran muchos los objetos que llevaban á palacio al confesor del rey, objetos todos enlazados, que reconocian una misma causa: su amor á la reina.

Porque nuestros lectores lo habrán comprendido; el padre Aliaga amaba á Margarita de Austria.

Alma vacía de felicidad; llena de dolor; pensamiento enérgico, corazon ardiente, fray Luis de Aliaga habia abrazado por desesperacion

la vida del claustro. El, como nos lo ha dicho, en los primeros momentos de dolor por la perdida de la primer mujer que habia amado, creyó que todo lo que podia ligarle en el mundo habia concluido.

El padre Aliaga, jóven entonces é inesperto, no habia comprendido que el hombre vive para sí mismo, por mas que se haga la hermosa, la noble ilusion de que vive para los demás: que el corazon tiene una tendencia invencible hácia el sentimiento dulce, y que rechaza el dolor, que es un sentimiento amargo; le rechaza como rechaza todo lo que existe, lo que le es el contrario, mientras busca ansioso ese otro sentimiento de dulzura que es su alimento, por decirlo así, de vida; no habia comprendido que el tiempo mata el dolor, y concentra el deseo, y se encontró demasiado vivo, cuando se creia muerto; vigoroso, cuando se creia gastado; necesitado de un mundo de impresiones, de afectos, de contrastes, de vida, en una palabra, cuando huyendo del mundo, se habia refugiado en el claustro.

Pero fray Luis de Aliaga tenia el sentimiento de la virtud, la amaba y la practicaba.

Comprendió que su suerte estaba decidida y la aceptó.

No dió el escándalo de rebelarse contra ella.

Tuvo bastante fuerza de voluntad para encerrar, para contener dentro de su alma sus pasiones, y que no se demostrasen en sus actos, ni saliesen siquiera á su semblante, ni á sus palabras.

Se mortificó, oró, luchó, pero si consiguió la paz en su aspecto, no consiguió la paz de su espíritu.

Se dedicó al estudio, arrojó sobre sí los penosos trabajos del púlpito y del confesonario, y llegó á ser catedrático de la Universidad de Zaragoza, y logró que le mirase todo el mundo con afecto.

Al verle con su cabeza baja y meditabunda, con los brazos cruzados sobre su cintura y las manos perdidas en las anchas mangas de su hábito, atravesar tristemente las calles de Zaragoza en direccion á la universidad, acompañado de un lego, todos decian:

—¡Oh, que buen sacerdote y que santo varon es el padre Aliaga!

Y sus compañeros, los padres graves del convento, al ver su leve y triste y siempre dulce sonrisa, su palabra siempre tímida y escasa, lo dulce de sus sermones y la paciencia con que asistia un dia y otro al confesonario, habian acabado por creerle pobre de espíritu, le trataban con cierta superioridad impertinente, y decian de él que era *un buen hombre*.

Su fama de buen hombre trajo sobre él, no sin envidia de sus compañeros, el nombramiento de confesor del rey.

Todos los padres doctos de la Orden de Predicadores, hubieran querido ser en aquellas circunstancias tan buenos hombres como el padre Aliaga.

Este siguió en la córte su inalterable línea de conducta. El rey, que era sumamente devoto, estaba encantado con su confesor, que pasaba con él largas horas hablando de cosas místicas, y con un misticismo tal, que aventajaba al del rey.

Porque el alma del padre Aliaga estaba huérfana, sola y desterrada y buscaba consuelos en la dulzura de la religion de Jesús.

Encantaba, ademas, al rey, el que el padre Aliaga no se entrometiese jamás en los asuntos de Estado, porque Felipe III, en abierta contraposicion con su padre Felipe II, que pasaba su vida sobre los negocios, sentia hácia ellos una repugnancia invencible.

A poco tiempo de llegar fray Luis á la córte, conoció á la reina.

Al verla el religioso se inclinó y permaneció con los ojos bajos.

Si los hubiera alzado, la reina hubiera visto algo estraño en ellos.

Al ver á Margarita de Austria, el padre Aliaga habia esperimentado esa violenta impresion que produce sobre ciertos hombres la vista repentina de una mujer que, por sus formas, influye poderosamente sobre los sentidos, y por ese misterioso poder que se llama simpatía, en el alma.

Fray Luis, acostumbrado á la lucha consigo mismo, tuvo suficiente poder para dominarse, para apagar su mirada, para contener el estremecimiento de sus músculos; se habia puesto la careta y á través de ella miró ya, sin temor de que su alma fuese sorprendida, á la reina.

Y al verla con mas reflexion, dominado, sereno, fray Luis se estremeció. Vió que la reina era una víctima que luchaba, que estaba sola en la lucha, que era infeliz: comprendió que la reina era valiente, que habia luchado, luchaba y lucharia, y que la lucha debia haberla procurado enemigos; vió en los ojos, en el semblante de la reina, la altiva tristeza de la dignidad hollada: comprendió cuanto debia sufrir aquella mártir coronada, unida á un rey casi nulo, sobre el que tenian una decidida, una incontrastable influencia, palaciegos codiciosos, vanos, miserables, capaces de todo por sostenerse en el favor del rey, que era el medio para ellos de sostener su vanidad y sus rapiñas: fray Luis, por amor á la reina, fue enemigo de aquellos hombres, contrajo consigo mismo el grave compromiso de defender á la reina, de ayudarla, combatiendo á sus

enemigos; y sin embargo, nada dijo á la reina, jamás una mirada suya torpe ó descuidada, pudo revelarla lo que por ella sentia el padre Aliaga.

Y eso que el desdichado estaba cada dia mas enfermo del alma, mas desesperado, mas reñido con su terrible posicion.

Uno solo, el bufon, el tio Manolillo habia adivinado el secreto del confesor del rey, y esto en vagas y fugitivas señales, cuando los celos devoraban al religioso, al oir decir al rey:

—Fray Luis, rogad á Dios por la vida de mi muy amada esposa: anoche su magestad me ha revelado que está en cinta.

Dos veces que el rey dijo esto al padre Aliaga, fue en presencia del tio Manolillo.

Este, que era observador por temperamento, y astuto y sagaz, y de imaginacion vivísima, habia reparado en lo que el rey no habia podido reparar por su descuido: esto es: que al recibir esta noticia imprevista, habia pasado por la mirada del fraile algo estraño; que se habia revuelto algo misterioso en el oscuro foco de sus negros ojos; que se habia puesto pálido, y que una ligera, pero violenta contraccion, habia pasado con la rapidez de un relámpago por su semblante.

El tio Manolillo, á la luz de aquel relámpago, habia visto hasta el fondo tenebroso del alma del padre Aliaga.

Importábale mucho al bufon poseer un secreto del padre Aliaga y un secreto importante.

Le importaba por Dorotea.

Debemos tener en cuenta que la Dorotea era para el bufon, lo que la reina para el padre Aliaga: el alma entera. Disimulaba el bufon su amor, le comprimia, le devoraba, le contenia, aunque por distinta causa.

El padre Aliaga obedecia á sus deberes.

Sacerdote, debia combatir aquella tentacion impura.

Cristiano, debia huir del solo pensamiento de unos amores adúlteros.

El tio Manolillo debia respetar, respecto á Dorotea, otra razon gravísima para todo corazon de sentimientos elevados.

Dorotea no podia amarle.

Por su edad, por su figura, por la costumbre de Dorotea de verle todos los dias desde su infancia, por la proteccion especial que la dispensaba, Dorotea no podia ver otra cosa en él que un padre providencial, que habia reemplazado á su padre natural. Otros amores en Dorotea respecto al bufon, hubieran sido repugnantes.

Mas que repugnantes, monstruosos.

El tio Manolillo lo comprendió, y dominó su amor.

El padre Aliaga y el bufon, aunque por causas enteramente distintas, estaban, por los resultados, en el mismo caso respecto á las dos mujeres que amaban.

Entrambos tenian el alma noble y grande, y rechazaron de ella todo lo impuro.

Idealizaron su amor.

Pero al idealizarle, le hicieron mas grande.

Por amor á la reina, el padre Aliaga que no era ambicioso, procuró hacerse influyente en la córte, pero de una manera indirecta, sorda, sin dar la cara en cuanto le fuese posible. Procuró atraerse, y se los atrajo, á los enemigos de los enemigos de la réina, y solo se descubrió en la parte que le fue imposible cubrirse: esto es, respecto al rey.

Ya hemos visto que el padre Aliaga conspiraba de una manera sorda.

Hemos indicado tambien que habia sabido hacerse necesario á Felipe III de tal modo, que Lerma, desesperado de poderle alejar de la córte, en vista de repetidas é inútiles tentativas, habia acabado por procurar atraérselo á fuerza de honores y distinciones.

El padre Aliaga recibia las distinciones y los cargos que por sí mismos le daban mas fuerzas, mas influencia, y respecto á Lerma, se mantenia firme como una roca.

El padre Aliaga se habia constituido en escudo de la reina.

El tio Manolillo habia presentido, que, á causa del carácter casquivano de Dorotea, podia suceder que alguna vez tuviese necesidad de una poderosa influencia para sacarla de un terrible compromiso.

Dorotea era violenta, tenia, como la mayor parte de las gentes poco instruidas de aquel tiempo, ideas sumamente supersticiosas: ya, por alguno de sus amantes, la habia visto el bufon recurrir á los medios reprobados del bebedizo, de los conjuros, de las hechicerías: si la supersticion de Dorotea llegaba hasta el punto, como no era difícil, de querer adquirir la mentida ciencia de la adivinacion y de los sortilegios, podia suceder que la Inquisicion, implacable con todo lo que tendia á empañar la fé de la religion católica, se apoderase de ella.

El tio Manolillo, al sorprender el secreto del alma del padre Aliaga, se alegró: porque tener en sus manos á un religioso de la Orden de Predicadores, tal como el padre Aliaga, era tener un tesoro para el caso no imposible, de que Dorotea se viese sujeta á un juicio por la Inquisicion.

Ya hemos visto en la carta de doña Clara Soldevilla al padre Aliaga, que los presentimientos del bufon no habian sido exagerados.

Le hemos visto tambien conmoverse al oir en los labios del padre Aliaga, el nombre de Dorotea.

El bufon queria acercar á la jóven al padre Aliaga, y esplotar en su provecho el amor que el padre Aliaga habia sentido en su juventud hácia su madre.

Por eso habia sacado de su casa á Dorotea para llevarla á palacio.

El padre Aliaga, por su parte, gravemente interesado en conocer á la Dorotea, y por las demás razones que hemos indicado, habia ido á palacio tambien.

El confesor del rey entró, llevado en su silla de manos, por la puerta de las Meninas, y se hizo conducir á un rincon del patio, bajo las galerías. Una vez allí, salió, despidió la silla de manos, y llamó á una puerta.

Al primer llamamiento nadie contestó.

Al segundo se sintió cerrar silenciosamente una ventana, luego pasos dentro, y al fin se oyó una voz tras la puerta, que dijo:

—¿Quién llama por aquí á estas horas?

—Muy temprano os recogeis, señor Ruy Soto, dijo el padre Aliaga.

—¡Ah! contestó el de adentro con el acento de quien reconoce á una persona respetable: voy, voy á abrir al instante.

En efecto, la puerta se abrió.

—Perdóneme vuestra señoría, dijo la misma voz dentro, sino tengo luz: estaba en acecho.

Y se cerró la puerta.

—¡En acecho! dijo el padre Aliaga: ¿en acecho de qué?

—De ciertos prógimos que andan rondando desde el oscurecer por las galerías bajas del patio: yo no sé por qué en siendo de noche dejan pasar gentes por el patio de palacio como si fuera una calle; pero voy á cerrar la ventana, y luego á traer luz.

Oyóse en efecto el leve crugir de una ventana que se cerraba, y luego los pasos de un hombre que poco despues volvió con un velon encendido.

Tenia la librea de palacio, y por su edad, que era ya madura, y por su aspecto y por un no sé qué característico, se conocia que era uno de los jefes de la baja servidumbre.

En efecto, Ruy Soto era portero de una de las subidas de servicio

del alcázar, que se comunicaban, de una parte con el cuarto del rey, y de otra con las galerías superiores ocupadas por la alta servidumbre.

—¿Quiere vuestra señoría que avise al ugier de cámara de su magestad? dijo Ruy Soto.

—Esperad un momento: decíais que estabais acechando...

—Si, si señor, á dos hombres sospechosos que no han cesado de pasearse desde el oscurecer, y en silencio por la galería de la derecha.

—¿Y qué trazas tienen esos hombres?

—Malas, señor; pero aunque las tuvieran muy buenas, la tenacidad con que se pasean...

—Habeis hecho bien en acechar: dadme papel y tintero.

Ruy Soto sirvió al momento los objetos pedidos al padre Aliaga, que escribió rápidamente una carta y la cerró.

En el sobre se leia:

«Al tribunal de la santa Inquisicion.»

—Que lleven al momento esta carta dónde dice el sobre, dijo el padre Aliaga: vos seguid acechando: si esos hombres salen antes de que lleguen dos ministros del Santo Oficio, les hareis seguir por el lacayo de palacio que creais mas á propósito.

—Muy bien, señor.

—Ahora enviad recado á la señora doña Clara Soldevilla, menina de su magestad, de que yo la pido licencia para verla.

—Venga vuestra señoría conmigo: cabalmente doña Clara, segun me ha dicho su dueña, no está de servicio.

—Vamos pues, dijo el padre Aliaga.

Ruy Soto encendió una lámpara de mano, abrió una puertecilla y subió por una escalera de caracol.

El padre Aliaga le siguió.

Poco despues Ruy Soto llamaba á la puerta del cuarto de doña Clara, y daba el recado del padre Aliaga.

El confesor del rey fue introducido en el elegante gabinete de doña Clara.

La jóven estaba pálida, cansada, y la palidez y el cansancio aumentaban su hermosura.

—¡Oh! ¡bendito sea Dios que os veo! dijo levantándose y poniendo un sillon junto al brasero al padre Aliaga.

—Me habeis escrito una carta que me ha puesto muy en cuidado, dijo fray Luis.

—En efecto, me he visto obligada á escribiros, y no me he atrevido á confiárlo todo al papel : sino hubiérais vivido en un convento yo misma hubiera ido á veros.

—¿ Tan importante es el asunto ?

—¡ Oh ! si : importantísimo.

—Ya he visto por el contenido de vuestra carta...

—Que su magestad está amenazada.

—¡ Ah ! ¡ ah ! esto es muy grave.

—La traicion nos rodea por todas partes.

—Habeis acusado á dos personas.

—¿ Y no las habeis preso ?

—No : no tenia bastantes razones.

—Sois otro misterio para mí, fray Luis.

—¿ Otro misterio... ?

—Si por cierto : no os comprendo bien : se os acaba de dar un poder formidable : ha llegado nuestra hora... y sin embargo vacilais.

—Creo que estamos en los momentos de mayor peligro, doña Clara : dijo el padre Aliaga : y os engañais : no vacilo : soy prudente y nada mas : ¿ creeis que nuestros peligros puedan estar en un ropavejero y en una comedianta ?

—Ellos pueden disfamar á su magestad.

—Si esos miserables pueden, de seguro hay personas mas altas que pueden mas que ellos, y con prender á esos ruines, no haremos mas que dar un aviso á gentes á quienes debemos tener hasta cierto punto confiadas.

—No soy de la misma opinion que vos, cuando hay un incendio, antes de todo se corta para que no se propague.

—¿ Y sabeis doña Clara si tenemos fuerzas bastantes?

—Dios, de seguro, nos ayudará.

—Dios en sus altos juicios permite el martirio de los inocentes, dijo profundamente el padre Aliaga : somos muy pocos los leales, muy pocos los que servimos como Dios manda á nuestros reyes... luchamos y lucharemos... si caemos en la lucha habremos caido cumpliendo con nuestro deber. Pero aprovechemos el tiempo, señora : ¿ qué pasa en palacio? Cuando yo vine esta mañana, encontré grandes novedades : el rey y la reina se habian reconciliado, su magestad estaba contenta...

—Y el tio Manolillo mas provocativo que nunca.

—¡ Oh ! ¡ no comprendo á ese hombre !

—¡Oh! ¡juro á Dios: dijo doña Clara que no habia olvidado la entrevista de aquella mañana con el bufon, que yo conoceré á ese hombre!

—Paréceme sin embargo, que tiene un buen fondo.

—¿Y quién sabe lo que hay en el fondo del alma de ese hombre?

—Pues creo que le debemos mucho: el rey me ha hablado de ciertas comunicaciones secretas...

—En efecto, el tio Manolillo conocia el secreto de esas comunicaciones.

—Se le debe, pues, el que se hayan visto sus magestades y el que la reina haya influido sobre el rey.

—En esto han andado otras dos personas.

—Si: un hidalgo que ha llegado á Madrid á quien conoce su magestad la reina, dijo el padre Aliaga con el acento mas reposado del mundo, aunque sentia una ansiedad cruel por oir la contestacion de doña Clara.

—La reina no conoce á ese caballero: dijo la jóven.

—¿Qué no le conoce...?

—No; ni siquiera le ha visto.

—Me ha escrito, sin embargo su magestad, en su favor.

—Es lo mas natural del mundo; ha hecho un gran servicio á su magestad, rescatando ciertas cartas que, escritas por su magestad á don Rodrigo Calderon, con sobrada confianza en su lealtad, la comprometian. Es muy natural, que cuando se ha encontrado, como quien dice, enmedio de la calle un corazon y una espada tales, se les aproveche: no sobran hoy los amigos... á propósito, ¿habeis conseguido ya la compañía para ese caballero?

—Si, si por cierto, dijo el padre Aliaga metiendo una de sus manos en el interior de su hábito, y sacando un papel doblado: he aquí su provision de capitan de la tercera compañía de la guarda española, al servicio de su magestad... tomad.

—¿Y para qué quiero yo eso?

—Me han dicho que ese joven os ama.

Púsose vivamente encarnada doña Clara.

—¿Y quién dice eso? esclamó con precipitacion.

—El tio Manolillo, y aun añade mas: dice que vos le amais...

—¡Yo! ¡á un hombre que he visto dos veces!

—Pero es un hombre hasta cierto punto estraordinario... ¿que digo, hasta cierto punto: grandemente estraordinario?

—Lo estraordinario de ese jóven: dijo tartamudeando doña Clara...

—Consiste en todo: en su nacimiento, en su hermosura, en su corazon, en su vida, en su suerte, que le ha procurado una ocasion envidiable de darse á conocer apenas llegado á Madrid.

—¿No hay ninguna intencion debajo de vuestras palabras, padre Aliaga? dijo la jóven mirando de hito en hito al confesor del rey.

—¿Y qué intencion puede haber?

—¿No habeis temido que no fuera yo, sino otra persona quien amase á ese jóven?

A su despecho, el padre Aliaga se conmovió ligeramente.

—¿Qué motivos tengo yo, dijo, para sospechar nada de ese caballero?

Habeis hablado con el tio Manolillo, que os ha dicho sin duda lo mismo que á mí.

—El tio Manolillo solo me ha hablado de vuestros mútuos amores...

—¿Y del nacimiento de ese jóven?

—No por cierto: lo que sé acerca de ese jóven, lo he encontrado en esta carta que me ha dado el cocinero mayor del rey, dijo el padre Aliaga, sacando de debajo de su hábito la carta de Pedro Martinez Montiño.

—Tambien el cocinero mayor me ha dado á leer esa carta, dijo doña Clara.

—Sabeis, pues, entonces, dijo el padre Aliaga guardándola de nuevo, que ese caballero...

—Es hijo bastardo del duque de Osuna, y de la duquesa de Gandia.

—¡Cómo! esclamó el padre Aliaga; ¡el duque de Osuna y la duquesa..! esta carta no dice nada de eso... cuenta solo, que ese jóven es hijo ilegítimo de padres nobles...

—¡Ah! ¡no sabíais los nombres de los padres de ese caballero!

—No... pero vos ¿cómo lo sabeis?

—El del padre me le ha revelado el cocinero mayor: el de la madre el bufon del rey.

—¿Y no teneis mas pruebas que el dicho de esos dos hombres?

—No. Las circunstancias especiales en que me hallo respecto á ese jóven me impidieron preguntar, informarme, acerca de él.

—¿Las circunstancias especiales en que os hallais, os han impedido?

—De todo punto... hubiera sido inconveniente.

—Yo lo sabré, y creo que con pruebas indudables: cuando conozca ese secreto, os lo revelaré.

—¿Y para qué revelármelo? dijo con un acento singular doña Clara.

—Decís que os encontrais en circunstancias especiales respecto á ese jóven: mostrais repugnancia en entregarle vos misma esa provision de capitan de infantería... ¿que media entre vos y ese caballero..? ¿creeis que yo puedo tener derecho para haceros esta pregunta?

—Mas que derecho, teneis un gran interés en saber á que ateneros respecto á ese caballero.

—Conozco á vuestro padre, le aprecio mucho, os aprecio mucho á vos, y me intereso como me interesaría por mi hermano y por mi hija.

—No lo dudo: pero creo que hay en vos otro móvil. Francisco Montiño, por no sé que singular error, ha creido que la reina ama á ese jóven... me lo ha dicho á mí... Francisco Montiño es un ente muy singular, y puede haberos dicho lo mismo: esto es: que su magestad y ese caballero se aman: esto es absurdo, esto es monstruoso, esto no puede ser, tratándose de una señora tal como la reina doña Margarita de Austria, que por su nacimiento, por su virtud, y digámoslo todo, por su orgullo, está muy lejos hasta del pensamiento de una accion vergonzosa. El que se haya atrevido á levantar sus miradas hasta su magestad, ó es muy loco ó tiene formado de la dignidad y de la virtud de la mujer, una idea muy desfavorable: su magestad no podria apercibirse de los deseos de un insensato tal, porque no los comprende, porque mira desde muy alto; seria necesario que olvidado de todo, el que amara á la reina se atreviese á declararlo, para que su magestad lo comprendiera, y aun así creería que estaba soñando: solamente el cocinero del rey podia concebir tal sospecha... y vos... por vuestro exagerado celo por la dignidad de la reina.

—¡Yo...! dijo confundido y descompuesto á pesar de su serenidad el padre Aliaga.

—Vuestro celo os ha engañado, fray Luis, repitió la jóven con su acento siempre igual, siempre reposado, pero siempre frio y hasta cierto punto severo.

—Yo no he dudado jamás de su magestad, dijo el padre Aliaga, puesto por doña Clara hasta cierto punto en el banquillo de los acusados, pero he temido que ese caballero...

—Si, ese hombre, dijo doña Clara, ha tenido la avilantez de decir, de indicar, aunque de la manera mas envuelta, que su magestad ha sentido por él, lo que es imposible que sienta, imposible de todo punto, por él... ni por ninguno... ha mentido como un villano.

—No... no... ese jóven al darme anoche la carta de su magestad, de que era portador, ha estado lo mas prudente....

—¡Que ha estado prudente!

—Reservado... mudo... hasta el punto de no permitir decir qué clase de servicio habia prestado á su magestad, á pesar de que yo lo sabia, porque la reina me habia hablado acerca de las cartas que tenia suyas don Rodrigo Calderon y pedídome consejo... no... ese caballero, valiente para librar á su magestad de un compromiso, ha sido discreto, reservado, noble: ha dado harto claro á conocer en su conducta la influencia de la generosa sangre que corre por sus venas.

—Entonces, si ese caballero no ha dado motivo para que sospecheis... para que temais en la reina un escandaloso, un increible olvido de sí misma, el hablador, el menguado cocinero del rey ha sido sin duda quien...

—Si él ha sido... dice que... su sobrino... él llama su sobrino á ese jóven... entró anoche en el cuarto de su magestad.

—Es cierto; entró: pero no pasó de la saleta que corresponde á la galería: allí estaba yo: su magestad le vió, pero desde detrás del tapiz de la puerta de la cámara: ese caballero no conoce á su magestad: yo misma le dí la carta que os llevó; yo misma le eché fuera de palacio: ese caballero no ha vuelto á pisar á palacio desde anoche: dicen que anda mal entretenido.... lo que importa poco.... añadió disimulando mal su despecho doña Clara.

—Confieso, que me he engañado torpemente, dijo el padre Aliaga: es cierto que no habia creido llegasen á un estremo criminal los favores de su magestad á ese jóven; pero temia que él hubiese interpretado mal algun favor de la reina.

—Para que acabeis de tranquilizaros, fray Luis, sabed que á quien ese caballero enamoró, fue á mí. Y me enamoró de un modo que... llegó á engañarme: creí que no mentia.

—Valeis mucho doña Clara: la hermosura y la virtud resplandecen en vuestro semblante, y nada tiene de estraño...

—No hablemos mas de esto.

—Quisiera veros mas propicia á un casamiento con ese mancebo.

—No puede ser.

—¿Por su bastardía? ¿ignorais que el nombre de Giron, es tal que hace ilustres hasta á los bastardos? vuestro padre no tendrá reparo.....

—Es que yo no quiero, y mi padre no me violentará.

—¿Quereis ser franca conmigo, hija mia?

—No pretendo ocultaros nada, padre Aliaga.

—¿Merezco yo vuestra confianza?

—¡Oh! si... dijo doña Clara cambiando de tono y haciéndole sumamente dulce y afectuoso.

—Pues bien, no me oculteis nada. Vos amais á ese caballero.

—¡Yo! ¡no lo quiera Dios! esclamó con un verdadero terror doña Clara.

—¿No os habeis sentido interesada por él..?

—Si...

—¿No le recordais..?

—Si...

—¿No sufrís por él..?

—Sufro, si... sufro una humillacion que no he buscado, á la que no he dado lugar, porque no le he dado esperanzas de ningun género.

—Os sentís humillada... luego amais.

—Y bien... si, le amo... le he visto galan, apasionado, respetuoso, valiente: me ha acompañado anoche por calles oscuras, lloviendo, teniéndome en su poder, y ha sido un modelo de caballeros... me ha obedecido..... despues cuando ha venido á palacio á traer esas cartas que habia arrancado á don Rodrigo... cuando le ví... cuando en su semblante conmovido adiviné un parecido vago con una ilustre persona... de que no podia darme cuenta... en fin, padre Aliaga... no sé... yo me he visto asediada, acaso mas que por otra cosa, por mi fama de esquiva, por lo mas ilustre, por lo mas noble, por lo mas hermoso de la córte... el mismo rey... os lo digo, porque lo sabeis... me ha solicitado... ni á los grandes que me han querido para esposa, ni al rey que me ha ofendido pretendiendo hacerme su entretenimiento, he dado ni el mas ligero motivo de esperanza: y no me ha costado trabajo, no: porque yo no he amado... hasta ahora: porque yo para disponer de mí no miraré jamás mi conveniencia, sino mi voluntad, mi corazon. Pero él... ¡Dios mio..! lo digo al sacerdote y al desgraciado... él, fray Luis, me ha hecho espantarme de mí misma... porque... anoche... no dormí... su recuerdo tenaz, continuo, embriagador... acompañado de no sé qué esperanzas, de no sé qué temores, me desvelaba... todavía no he dormido... me pesa la cabeza, me duelen los ojos... no sé, no sé por qué le amo tanto... porque le amo, no os lo quiero negar.

—Pues bien, sereis su esposa, doña Clara.

—No... imposible... de ningun modo... ¿no os digo que me ha humillado?

—No os comprendo.

—¿No creeis que es una humillacion para mí que yo tan altiva, tan severa, tan desdeñosa con todos hasta el punto de que, creyéndome incapaz de amar, me hayan llamado la menina de nieve, caiga de repente de mi indiferencia, de mi frialdad, en el estremo opuesto, y que el hombre por quien tanto he variado en pocas horas, apenas separado de mí se enamore de una mujer perdida, y se vaya á vivir con ella y la acompañe al teatro?

—¿Pero quién os ha dicho eso?

—El bufon del rey, padre ó amante, ó qué sé yo, segun dicen de esa Dorotea, de esa dama de comedias, que es amante pública del duque de Lerma: ¡esa miserable!

—Tal vez desgraciada.

—Nunca he creido desgraciada, sino infame, á una mujer tal: ¿una perdida que se ha atrevido á poner la lengua impura en la honra de la reina?

—Estais irritada... irritada, acaso sin razon. El tio Manolillo puede ser que por un interés que aun no podemos conocer, haya querido haceros creer que ese caballero ama á esa comedianta. No es posible habiéndoos visto á vos. A no ser que de tal modo le hayais descorazonado...

—Yo no podia obrar de otro modo... y no me pesa, porque yo dominaré este amor que se me ha metido por el alma; le dominaré, os lo juro.

—Si tuviérais necesidad de dominarle, le dominariais. Pero no será necesario. Yo desenredaré todo esto; yo pondré á cada uno en su lugar. ¿Con que quereis encargaros de dar vos misma esta provision de capitan al señor Juan Montiño, sobrino del cocinero mayor del rey, y vuestro enamarado?

—Se la daré y aprovecharé la ocasion para darle un desengaño, dijo doña Clara, como obedeciendo á un pensamiento repentino.

—Pues bien, tomad, guardadlo y hablemos de otra cosa. Del cambio que me han dicho se ha efectuado en palacio.

—Ha pasado tanto en mis asuntos propios, dijo doña Clara, he estado tan poco desocupada en todo el dia, que no he tenido tiempo para pensar en nada...

—¿En nada mas que en escribirme que prendiese á esa comedianta?

—Os juro por la sangre de nuestro Divino Redentor, dijo doña Clara

con vehemencia, que al aconsejaros que prendiéseis á esa mujer, no he pensado en mí misma, sino en lo que convenia á su magestad.

—Os creo, pero muchas veces causamos el mal sin darnos cuenta de ello: hay veces en que nuestra alma obra por sí misma, sin participacion de la razon. Afortunadamente yo soy hombre acostumbrado á mirar las cosas á sangre fría, y no me he apresurado. Y no dejará por eso de hacerse todo cuanto se deba y se pueda hacer. ¿Con qué no me podeis dar noticias acerca de lo que sucede en palacio? A mí solo me han llegado noticias vagas... y venia ansioso.

—Os repito que me he ocupado hoy muy poco de los asuntos agenos asustada de los mios propios. Pero seguidme, padre Aliaga: os voy á llevar donde os informen de una manera completa: á la cámara de su magestad, la reina.

—¿Creeis que su magestad no se enojará...?

—La reina sabe con cuanto celo la servís, cuanto os interesais por ella, os tiene en opinion de santo y se alegra siempre de veros. Podrá suceder que tambien veais á su magestad el rey, porque lo único que puedo deciros, es que ya el rey no encuentra dificultad alguna en pasar al cuarto de la reina: como que de cierto sobresalto recibido anoche anda enferma la duquesa de Gandia. Conque seguidme, padre Aliaga.

Doña Clara se levantó y tomó una bujía.

El padre Aliaga se levantó tambien y siguió á doña Clara, que se dirigió á una puerta, la abrió y atravesó algunas habitaciones.

Al fin abrió una puerta de servicio y dijo el padre Aliaga.

—Esperad.

Y entró.

Poco despues volvió y dijo el fraile.

—Su magestad os espera.

El padre Aliaga hizo una poderosa reaccion sobre sí mismo, se preparó, como siempre que la reina le recibia en audiencia, y entró.

Doña Clara cerró la puerta y desandó el mismo camino que habia traido murmurando:

—¡Infeliz! ¡cuánto debe sufrir! ¡yo no sabia lo que hacen padecer los celos!

CAPITULO XXXII.

El suplicio de Tántalo.

Entró el padre Aliaga en una estensa y magnífica cámara, en la misma en que presentamos al principio de este libro á la duquesa de Gandia.

Llevaba el confesor del rey la cabeza inclinada, las manos cruzadas y el corazon de tal modo agitado que quien hubiera estado cerca de él hubiera podido escuchar sus latidos.

Margarita de Austria estaba sentada junto á la misma mesa donde la noche anterior leia los miedos y tentaciones de San Anton, su camarera mayor.

Un candelabro de plata cargado de bujías perfumadas, iluminaba de lleno el bello y pálido semblante de Margarita de Austria.

Vestia la reina un magnífico traje de brocado de oro sobre azul, tenia cubierto el pecho de joyas, y en los cabellos, rubios como el oro, un prendido de plumas y diamantes.

—Espera al rey, dijo para sí el padre Aliaga.

Y adelantó hácia la reina.

Margarita de Austria dejó sobre la mesa un devocionario ricamente encuadernado que tenia en la mano á la llegada del padre Aliaga.

Este cuando estuvo cerca de la reina, se arrodilló:

—¿Qué haceis, padre mio? dijo dulcemente Margarita. ¡Un sacerdote tal como vos, arrodillarse ante una pecadora tal como yo!

—¡Oh! si todos pecasen en este mundo como vuestra magestad... dijo el padre Aliaga levantándose.

—Pues mirad, padre: lo que peco me espanta. Tengo muy poca paciencia...

—Vuestra magestad es una mártir.

—No, porque no acepto mi martirio. Ademas hay momentos en que me bañaria en sangre.

—En sangre de traidores.

—Indudablemente... ¡pero soy tan desgraciada...!

—Demasiado, señora.

—Hoy no... hoy soy casi feliz.

—Quiera Dios, señora, completar esa felicidad y aumentarla.

—Sentaos, fray Luis, sentaos, quiero hablaros mucho, y no quiero fatigaros.

—Las bondades de vuestra magestad no tienen límite para conmigo, dijo el padre Aliaga tomando un sillon, y sentándose á una respetuosa distancia.

—¡Mis bondades! no ciertamente, padre Aliaga, dijo con acento dulce la reina: os debo mucho: despues de Dios, sois la proteccion que tengo sobre la tierra.

—La proteccion mia, señora, es muy débil.

—¿Y vuestros consejos? ¿á quién debo la resignacion conque sufro mis desventuras de mujer y de reina mas que á vos?

—Lo debe principalmente vuestra magestad, á su gran corazon.

—Ha habido momentos en que me he desalentado, en que he creido inútil la resistencia, en que he estado á punto de abandonarlo todo, de rendirme á mi desdicha. Y entonces vos me habeis aconsejado valor y fortaleza; habeis robustecido mi alma con vuestra palabra; me habeis salvado. Y á esa lucha, sostenida por vos, debo el haber llegado á un gran dia: á un dia de triunfo.

—¡Un dia de triunfo! dijo tristemente el padre Aliaga.

—Creo que no habeis reparado en mí, padre mio: miradme bien.

El padre Aliaga levantó la vista de sobre la alfombra, y la fijó en la reina.

Margarita de Austria sonreia: su sonrisa era la espresion de un contento íntimo y aumentaba su dulce belleza.

La mirada que el padre Aliaga fijó en la reina, era la perpétua mira-

da que el mundo conocia en él: reposada, tranquila, y aun nos atrevemos á decirlo: ascética.

Pero las manos que fray Luis tenia escondidas en las mangas de su hábito, estaban crispadas, y sus uñas se ensangrentaban en sus brazos.

Y no contestó á la reina, porque estaba rezando con su espíritu; porque estaba pidiendo á Dios alejase de él la tentacion.

—Ya podeis ver, dijo la reina despues de que el inquisidor general la estuvo mirando frente á frente algunos segundos, que ni por mi traje, ni por mi semblante, soy la pobre esposa medio viuda, la reina reclusa y humillada: soy la desposada que se viste de fiesta para esperar á su esposo... porque espero á su magestad: ya no hay traidores que impidan al rey llegar hasta la reina... las puertas de mi cámara están francas para su magestad: anoche empezó ese milagro; anoche el rey fue mi esposo.

Fray Luis contuvo una violenta conmocion y se puso de nuevo á rezar apresuradamente.

La reina continuó:

—Y he descubierto una cosa que me ha llenado de alegría, que ha abierto mi alma á la esperanza y á la felicidad: el rey me ama. ¡Oh! ¡si! ¡me ama con toda su alma! y yo... ¡oh! ¡Dios mio! para vos padre Aliaga, que teneis las virtudes y la pureza de un santo, he tenido abierta por completo mi conciencia, mi alma de mujer: vos no sois mi confesor, pero sois mas que mi confesor: mi padre: yo os habia dicho que no amaba al rey, á mi Felipe, al padre de mis hijos... ¡oh! y os lo decia como lo sentia... yo estaba irritada, humillada, abandonada: habian pasado dias, y semanas y meses sin que yo viera á su magestad mas que en los dias de ceremonia, delante de la córte, rodeada de personas pagadas para escuchar mis palabras: yo no era allí mas que la mitad de la monarquía: la reina cubierta de brocados, con el manto real prendido á los hombros, con la corona en la cabeza; una mujer vestida de máscara presentada á la burla de la córte; despues de la ceremonia, el rey se iba por un lado con su servidumbre, y la mia me traia como presa á mi cuarto... esto me irritaba... me indisponia con todo... hasta conmigo misma... pero anoche... cuando ví al rey delante de mí... ¡oh Dios mio! comprendí que le amaba mas que nunca: que mi amor no se habia borrado sino que habia dormido, que habia estado cubierto por mi despecho. Y sin embargo de que el rey no quiso oirme una sola palabra de política, á pesar de que esto me entristeció, porque ya sabeis cuanta falta nos hace

el que su magestad tome sobre sí el peso del gobierno, fuí feliz, concebí esperanzas; el rey se mostró trasformado...

—Su magestad medita demasiado las cosas...

—Por el contrario, dijo con arranque la reina; el rey no medita nada.

—Quiero decir, dijo el padre Aliaga, que el rey en ciertos negocios anda con piés de plomo.

—Decid mas bien, que cuando se trata del duque de Lerma, no se mueve.

—Su magestad cree que no encontrará otro mejor que el duque: le fatiga la lucha, ama la paz, su alma es escesivamente piadosa...

—¡Pero si el rey continua asi, la monarquía queda reducida á una sombra que solo sirve para autorizar á magnates miserables capaces de todo! dijo la reina con violencia.

—¿Vuestra magestad dice que las cosas han variado?

—Si fray Luis; si, dijo la reina inclinándose hácia el padre Aliaga, con las muestras de la mayor confianza; escuchad: yo no sé cómo, pero la variacion es completa: ya sabeis... aquellas cartas tan imprudentemente escritas por mí á ese vil Calderon, cartas que me tenian reducida á mí, á Margarita de Austria, á una posicion de esclava, que han estado á punto de hacerme cometer un crímen, porque un asesinato, aunque la causa sea justa, siempre es un crímen...

—Solo Dios puede juzgar las acciones de los reyes.

—Y algo que está mas bajo que Dios, fray Luis: su conciencia, la conciencia de sus vasallos, y despues la historia... pero Dios, á quien adoro y bendigo, me ha librado de cometer un crímen: me ha procurado una buena y valiente espada y un corazon de oro... á propósito... ¿cómo estamos, en cuanto á la recompensa de ese valiente jóven?

—Ya he dado la provision de capitan de la tercera compañía de la guarda española á doña Clara Soldevilla para que se la entregue.

—¡Oh! y habeis hecho muy bien porque... se aman: él á ella como un loco: ella á él... no sé cuanto, pero esta mañana tenia señales en los ojos de no haber dormido.

—Pero segun creo no se habian visto hasta anoche.

—No importa: se aman: yo os lo aseguro padre Aliaga: él la hablaba con el corazon... ella le escuchaba con el alma, aunque no lo demostraba, porque doña Clara es muy reservada y muy firme... tan firme como hermosa, noble y honrada: ese jóven es un tesoro... sino hubiese

sido por ella... ella me procuró á ese valiente defensor, á quien yo ennobleceré de tal modo, á quien levantaré tan alto, que el orgulloso Ignacio Soldevilla, no se atreverá á negar á la reina la mano de su hija para ese hidalgo.

Hablaba con tal entusiasmo la reina de Juan Montiño, que el padre Aliaga volvió á sentir en su alma la amarga desesperacion que le habia causado la sola sospecha de que Margarita de Austria amase al jóven.

Y la reina hablaba de tal modo por agradecimiento, porque Juan Montiño la habia salvado de un compromiso horrible.

—Y no es estraño, continuó la reina, que doña Clara le ame de ese modo: se amparó de él en la calle, á bulto, como se hubiera amparado de otro cualquier hidalgo, porque la seguia de cerca don Rodrigo: estuvieron largo rato juntos; nuestro jóven la enamoró, la salvó, en fin, de don Rodrigo: fue una aventura completa: despues cuando le presentó las cartas que yo buscaba á costa de cualquier sacrificio, manchadas con la sangre de don Rodrigo... doña Clara me ama... como la amo yo, y ama á mi salvador... y si á esto se añade que ese jóven, considerado como hombre es casi tan hermoso como doña Clara, que es la mujer mas hermosa que conozco, hay que convenir en que es necesario casarlos. Yo los casaré. ¿Por lo pronto le tenemos ya dentro de palacio...?

Fray Luis ahogó en su garganta un rugido que se revolvió sordo, poderoso en su pecho.

La última pregunta de la reina le habia aterrado.

Sin embargo, conservó su aspecto sereno, su semblante impasible, é inalterable su acento, cuando respondió á la reina.

—Solo falta que doña Clara le entregue su provision de capitan de la guarda española.

—Se la entregará... mañana... Ahora bien: ¿cuanto ha costado esa provision porque supongo que Lerma la habrá vendido?

—Vuestra magestad no tiene que ocuparse de esa pequeñez, dijo fray Luis. Vuestra magestad ha querido que ese caballero tenga un medio honroso de vivir y ya le tiene. Lo demás importa muy poco.

—No, no: cuando os escribí, no era reina, y necesitaba de vuestros buenos oficios por completo: hoy ya es distinto: he vuelto á ser reina: Lerma ha dispuesto que se me pague lo que se me debe y... soy rica: os mando, pues, que me digais, cuanto ha costado esa provision. Os lo mando: ¿lo entendeis?

—Ha costado trescientos ducados.

—¿Y los demás gastos...?

—No lo sé á punto fijo, señora.

—Pues haced la cuenta y decidme la cantidad redonda. Casi casi voy haciéndome partidaria de Lerma. ¿Si habrá tocado Dios el corazon de ese hombre?

—El duque ha tenido miedo.

—Y le ha tenido con razon: dijo con acento lleno y magestuoso la reina: le ha tenido y debe tenerlo: se ha atrevido á sus reyes y se atreve: Lerma caerá... caerá... y yo pisaré su soberbia, yo que me he visto indignamente pisada por él. ¿Y sabeis, sabeis á quien se debe todo este cambio...?

—¡A Dios! dijo con una profunda fé el padre Aliaga.

—Si; indudablemente á Dios; pero Dios para obrar respecto á nosotros se vale de medios naturales. El medio de que Dios se ha valido ha sido de ese jóven... del sobrino del cocinero del rey.

—Creo que vuestra magestad en su bondad abulta los méritos de ese mancebo, dijo el padre Aliaga cuya alma habia acabado de ennegrecerse.

—Hiriendo á don Rodrigo Calderon, ese jóven ha producido todo ese cambio.

—Lo dudo.

—El duque al verse solo, privado de la ayuda de Calderon, que es su pensamiento, no se ha atrevido á seguir en una senda en que Calderon le ha sostenido... esto lo sospecho yo... puede ser que Calderon al verse herido de sumo peligro, haya sentido remordimientos, y haya revelado al duque lo que se tramaba contra él... y esto es lo mas probable, por la conducta del duque. ¿Sabeis lo que ha dicho su hijo el duque de Uceda al verse arrojado del cuarto de mi hijo don Felipe á todo el que ha querido oirle?— Mi señor padre teme que haya quien tire de la cortina, y deje ver sus tratos con la Liga, y sus inteligencias con Inglaterra.— El duque de Uceda no ha debido decir esto de una manera muy secreta, porque lo ha sabido su padre, y sin perder tiempo ha propuesto al rey la guerra contra la Liga, y ha enviado de embajador á Inglaterra á don Baltasar de Zúñiga. Y no es esto solo: ha desterrado y preso, y asustado á los mismos á quienes ayer llamaba sus amigos, y ha honrado y favorecido á otros á quienes miraba como enemigos. ¿Sin ir mas lejos, no os ha nombrado á vos inquisidor general?

—Lo que me ha hecho tener mas cuidado ahora que nunca, señora: cuando el lobo lame la mano que odia...

—¡Oh! yo os aseguro que el duque de Lerma no tendrá tiempo de revolver sobre nosotros. El duque de Lerma es hombre muerto...

—¡Ah! ¿hablábais de mi buen don Francisco de Rojas y Sandoval, mi muy amada esposa, mi respetable confesor? dijo Felipe III que habia entrado poco antes en la cámara, y adelantado en silencio.

La reina y el padre Aliaga se levantaron á un tiempo.

—Sentaos, sentaos, dijo el rey: vos sois mi buena, mi hermosa, mi amada Margarita, dijo el rey tomando á la reina una mano, y besándosela, y vos padre, sois mi amigo y mi confesor. Ya sabeis cuánto he defendido yo el que os aparten de mi lado, á pesar de que Lerma me ha hablado muy mal de vos. Yo os aprecio mucho, fray Luis: mas que apreciaros: os reverencio. He tenido un placer y una sorpresa cuando esta mañana el duque de Lerma me ha dado á firmar vuestro nombramiento de inquisidor general. Como he firmado con sumo gusto el nombramiento de embajador para don Baltasar de Zúñiga, y el de gentil-hombre de mi cámara para el duque de Uceda: estaban demasiado apoderados del príncipe don Felipe. Sentaos, sentaos, pues, señora; y vos tambien, padre Aliaga: nadie nos vé: yo entro y salgo, merced á ciertos pasadizos, sin que nadie me vea, y estamos completamente libres de la etiqueta.

Todos se sentaron.

El rey que era muy sensible al frío, removió el brasero.

—Que invierno tan crudo, dijo: aseguran que hay miseria en los pueblos: ¡pobres gentes!

Y volvió á revolver con delicia el brasero.

—Cuando llegué conspirábais, dijo el rey.

—Es verdad, contestó la reina: conspirábamos contra Lerma, y es necesario que vuestra magestad conspire tambien.

—Yo no necesito conspirar, dijo el rey: el dia que quiera, Lerma caerá: pero Lerma me sirve bien. Os tenia quejósa, señora, pero el duque me ha hablado largamente. Le tenia engañado don Rodrigo Calderon.

—¿Y cómo ha sabido el duque que don Rodrigo Calderon le engañaba?

—Le han avisado... no sabe quién... pero tiene pruebas: al conocer su engaño, Lerma se ha apresurado á repararlo. Debeis, pues, perdonarle, señora, que perdon merece quien confiesa su error, y perdonar tambien á la buena duquesa de Gandia que es una pobre mujer, cuyo único delito

es ser escesivamente afecta al duque... me lisonjeo en creer que empezamos una nueva era... enviaremos un respetable ejército á Flandes contra la Liga, arreglaremos nuestros negocios con Inglaterra, y nos haremos respetar.

El rey repetia palabra por palabra lo que le habia dicho Lerma.

La reina y el padre Aliaga callaron, porque sabian que en ciertas ocasiones era de todo punto inútil, y sobre inútil, perjudicial, el contrariar á Felipe III.

En aquellos momentos, este se estaba haciendo la ilusion de que era un gran rey.

—No sé, no sé que os he oido hablar de cierto hidalgo á quien deciais vos, señora, que debíamos mucho: lo oí al abrir la puerta, pero me pareció sentir pasos en el corredor secreto, y me volví... debió ser ilusion mia, porque los pasos no se repitieron; pero cuando me volví de nuevo hácia vosotros, ya no hablábais del tal hidalgo.

—Hablábamos de un sobrino del cocinero mayor de vuestra magestad.

—¡Ah! ¿del buen Montiño? ¿y ese mozo, es tan buen cocinero como su tio?

—Sabe á lo menos manejar la espada tan bien como su tio las cacerolas, contestó la reina procurando serenarse, porque la habia turbado la imprevista pregunta del rey.

—¡Ah! ¡ah! ¿es buen espada?

—Tan bueno, como que es quien ha herido á don Rodrigo Calderon.

—¿El que ha herido á don Rodrigo?

—Si por cierto.

—¿Y por qué le ha herido?

—Defendiendo la honra de una mujer.

—¡Ah! ¡ah! y... ¿quien es ella?

—Una dama á quien vuestra magestad y yo apreciamos mucho.

—Pues no... no acierto.

—Doña Clara...

—¡Ah! ¡si! ¡vuestra menina! quiero decir, vuestra dama de honor... porque ya recordareis que hemos convenido en que es ya muy crecida para menina... la bella y honradísima doña Clara Soldevilla.

—Y ademas, está ya en buena edad para casarse, dijo la reina.

—Casarse... si bien... es una mujer envidiable... yo sé de muchos que la han solicitado, que han querido casarse con ella... pero ella no ha querido á ninguno.

—Yo aseguro á vuestra magestad, que con quien yo querria casarla, es muy del agrado de doña Clara.

—¿Y quién... ? ¿quién es él ?

—El vencedor de don Rodrigo Calderon.

—¡El sobrino de mi cocinero ! esclamó con desprecio el rey. Esa es una alianza indigna de doña Clara: mi valiente coronel Ignacio Soldevilla, tendria mucha razon de enojarse conmigo, si yo introdujera en sus cuarteles un mandil y un gorro blanco: eso no puede ser... no será...

—Los reyes ennoblecen... dijo contrariada la reina.

El padre Aliaga acudió en socorro de Margarita de Austria.

—Ese jóven, dijo, no es sobrino del cocinero mayor.

—¿Pero en qué quedamos? ¿qué es ese mancebo?

—El se cree hijo de Gerónimo Martinez Montiño, hermano de Francisco Martinez Montiño, cocinero de vuestra magestad: pero no es así... es... hijo de padres muy nobles, como lo reza esta carta, dijo el padre Aliaga presentando al rey la ya tan traida y llevada carta de Pedro Martinez Montiño á su hermano.

—Leedme, leedme esa carta, padre Aliaga, y veamos esa historia.

El padre Aliaga, leyó la carta de la cruz á la fecha.

—Esa carta es una buena historia, dijo el rey: pero en esa historia faltan los nombres de los padres; nada hacemos con eso.

—Los padres, señor, son, segun dice Francisco Montiño, el duque de Osuna.

—¡Oh ! ¡mi altivo Giron ! ¿y ella?

—Ella, segun dice el tio Manolillo, es la duquesa de Gandia.

—¡Ah ! ¡la duquesa de Gandia ! ¡ah ! ¡ah ! ¡el duque de Osuna... y la duquesa de Gandia..! ¡por san Lorenzo nuestro patron ! eso es ya distinto... ¿y lo sabe eso doña Clara ?

—Lo ignoro señor.

—Si no recuerdo mal, dijo el rey, en esta carta que acabais de leerme, padre Aliaga, dice que ese mancebo no ha estado nunca en la córte: si llegó anoche, ¿cómo conoció á doña Clara ? y aun dada la ocasion de conocerla, ¿cómo se enamoró ella de él? esto es estraordinario; esto no puede creerse; por otra dama debió reñir con don Rodrigo ese jóven... precisamente... ó yo no lo entiendo.

Afortunadamente el rey se habia estendido en sus consideraciones, y habia dado tiempo á la reina de improvisar una respuesta.

—Fue una casualidad, dijo Margarita de Austra: al venir nuestro

jóven á Madrid con esa triste carta de su tio, que acaba de leernos el padre Aliaga, vino naturalmente al alcázar á buscar á su otro tio: por un descuido de los maestresalas, perdido en el alcázar, se encontró en la galería oscura á donde corresponde la puerta del cuarto de doña Clara, y oyó voces de dos personas.

—¡Ah! ¡una aventura como las de las comedias de Lope de Vega! dijo el rey. ¿Y esas dos voces eran de una dama y de un galan?

—Eran las de don Rodrigo Calderon y doña Clara Soldevilla.

—¡Ah! ¿conque al fin la rigorosísima doña Clara...?

—Nada de eso: como don Rodrigo es tan audaz, tan miserable, tan malvado, habia corrompido á una criada de doña Clara, y esta habia robado á su señora una prenda muy conocida y la habia entregado á Calderon. Este, prevalido de la prenda conque habia querido obligar á doña Clara, se habia introducido en su aposento.

—¡Ah! ¡ah! esto es grave, gravísimo... dijo el rey: ese don Rodrigo es demasiado voluntarioso y bien poco mirado... ¡atreverse á una dama tal como doña Clara, á quien sabe que tienen sus reyes en gran estimacion y poco menos que como á una hija! ¡Una dama á quien ha dejado en nuestra servidumbre un buen caballero, que derrama su sangre en nuestro servicio, seguro de que la reina será para ella una madre... seguro de que bajo el amparo de la reina, estará á cubierto de asechanzas!

La voz del rey, al decir esto, temblaba de un modo particular.

—A pesar de mi proteccion, señor, dijo sonriendo la reina, se han puesto grandes tentaciones delante de doña Clara, y á no ser ella tan honrada, tales han sido algunas, que todo mi poder no habria podido salvarla...

—Si, si, dijo el rey á quien parecian atragantarsele las palabras segun se le enredaban las letras y aun las sílabas... doña Clara, en efecto, vale mucho... ha podido suceder, que personas ilustres hayan tenido... puede ser que... hayan caido en una tentacion disculpable... porque... puede... si... pero en fin... ¿y qué prenda era la que don Rodrigo suponia haber recibido de doña Clara? añadio el rey, saliendo bruscamente del discurso en que se habia embrollado, porque le acusaba la conciencia.

—Un hermoso rizo de cabellos negros, sujeto... con... no recuerdo... dijo la reina, poniéndose un rosado dedo en los labios, como quien medita... ¡ah! ¡si..! con un pequeño lazo de diamantes... en el cual estaban esmaltadas nuestras armas.

—¡Nuestras armas!

—Si por cierto, era uno de los seis lazos que para que me sirviera de sobreherretes, me habia regalado vuestra magestad.

—¡Ah! ¡si! recuerdo ese regalo.

—Yo habia dado uno de esos lazos á doña Clara.

—Pues se conoce que estima en poco vuestros regalos doña Clara, dijo el rey, cuando asi los da á sus enamorados.

—¡Pero si doña Clara no le ha dado á don Rodrigo!

—¿Pero como le tenia don Rodrigo?

—La criada á quien habia sobornado don Rodrigo, habia robado por insinuacion de este, á su señora.

—Pero, ¿cómo sabia don Rodrigo que doña Clara tenia el tal lazo...?

El padre Aliaga, que escuchaba en silencio y con la cabeza baja este diálogo, oraba en el fondo de su alma porque la reina saliese bien del atolladero en que se habia metido; la reina, sin embargo, no demostraba la menor turbacion.

—Don Rodrigo, dijo, sabia que doña Clara poseia aquel lazo, porque le ha llevado muchas veces sobre el pecho delante de la córte; porque han hablado mucho del tal regalo las damas, porque es una prenda muy conocida de doña Clara: sino hubiese sido conocida aquella prenda, ¿para qué la queria don Rodrigo?

—Me parece señora, dijo el rey, que creeis demasiado á doña Clara, que doña Clara no es tan esquiva como cuenta la fama, y que acaso don Rodrigo...

—¡Oh! ¡no! ¡estoy segura de ella!

—¿Pero creeis fácil que se corten cabellos á una mujer sin que lo sienta? ¿os habeis olvidado de ese hermoso rizo, sujeto por ese hermoso lazo?

—Siempre que se peina una mujer que tiene tan largos, tan hermosos, tan abundantes cabellos como doña Clara, queda una maraña: con pocas marañas como las que produce cada peinado de doña Clara, basta para hacer un hermoso rizo.

—¡Ah! efectivamente, no habia pensado en ello, dijo el rey... pero me agradaria ver ese rizo... si fuera posible...

—No sé si doña Clara le habrá destruido, dijo con la mayor serenidad la renia, mientras el padre Aliaga se estremecia, porque veia llegado de una manera fatal el momento de las pruebas.

—¿Cómo recobró doña Clara ese rizo? dijo el rey.

—Casualmente, ese es el gran servicio que ha prestado el jóven de quien hablamos á doña Clara.

—¿Pero como supo ese mancebo...?

—De una manera muy sencilla: decia, señor, que por descuido de los maestresalas, sin duda, ese jóven, habiéndose perdido en el alcázar, como quien nunca habia por él andado, habia venido á parar, entrando por la portería de damas, á la galería oscura á donde corresponde la puerta del aposento de doña Clara.—Al entrar en la galería, segun dijo despues á doña Clara ese hidalgo, oyó las voces de un hombre y de una mujer. El hombre, sin pasar de la puerta, se negaba á devolver una prenda á la mujer, y la mujer decia:—No faltará quien os arranque esa prenda que me habeis robado, con el corazon.

—Desengañaos, doña Clara, contestó el hombre: vuestro padre, el buen Ignacio Soldevilla, está muy lejos, y aunque le llameis y aun cuando venga, vendrá tarde: toda la córte sabrá ya que la ingrata hermosura á quien llaman la menina de nieve, no ha sido esquiva para mí.

—¡Ah! dijo el rey dándose una palmada en la frente: pues ya lo comprendo todo: el tal afortunado hidalgo, quitó á estocadas á don Rodrigo la prenda, y como sabia por haberlo oido, el nombre y el empleo en palacio de la dama, vino á presentarla la prenda... se vieron y se enamoraron el uno del otro ¡ah! ¡ah! ¡véase lo que son los acasos...! y si... si... ¡por mi ánima que quisiera ver...! ¿habrá algun inconveniente en pedir á doña Clara esa prenda?

La reina se estremeció.

El padre Aliaga se cubrió de sudor frio.

Pero la reina no se detuvo; dió dos palmadas, y se abrió la puerta de la cámara.

Apareció la condesa de Lemos, que, por enfermedad de la duquesa de Gandia, desempeñaba accidentalmente las funciones de camarera mayor, como primera dama de honor.

—Id y decid á doña Clara Soldevilla, mi menina, que venga, dijo la reina, haciendo un supremo esfuerzo para que no se trasluciese en su semblante, la agonía de su alma.

El padre Aliaga, se puso literalmente malo.

La condesa de Lemos dejó caer el tapiz de la puerta de la cámara.

Solo una casualidad podia salvar á la reina de ser cogida en una grave mentira por el rey. La reina por instinto se conservaba serena.

—Es estraño... es estraño todo esto, dijo el rey: y sin embargo



FELIPE III.

siendo así, no estraño que doña Clara agradecida... ella tiene unas ideas talmente de dama de comedia... bien, muy bien... si se aman... los casaremos... ennobleceremos á ese hidalgo cuanto sea necesario, pretestaremos un gran servicio... mentiremos un poco á fin de que Ignacio Soldevilla no se ofenda... Dios nos perdonará esta mentira.

—Yo creo, dijo la reina con intencion, que cuando se miente para salvar grandes intereses, no se peca: el padre Aliaga que está presente y que es muy teólogo, puede decirnos...

—Señora, se apresuró á decir el padre Aliaga, hay ocasiones en que el no mentir seria un crímen.

—¿De suerte que, dijo el rey, que en asuntos de conciencia era muy escrupuloso, la mentira puede y aun debe usarse, segun las circunstancias?

—Indudablemente: dijo el padre Aliaga: veamos el caso actual: hay que engañar á un hombre... á Ignacio Soldevilla, para evitar grandes males. Debe engañársele, el fin es bueno: el tósigo se emplea comunmente como medicina.

—¿Pero que grandes males amenazan...?

—Supongamos que doña Clara ame... como suelen amar al cabo las que han llegado á cierta edad sin conocer el amor... que se obstine... que no pudiendo lograr su amor por buenos medios...

—Basta, basta: ahora comprendo que debe mentirse, que es una obligacion mentir en ciertas ocasiones.

—Ademas, dijo la reina, de que para honrar á ese jóven no es necesario mentir.

—¿Nos ha prestado algun servicio? dijo el rey.

—¡Oh! ¡importantísimo! ¿recordais, señor las dos cartas escritas por el conde de Olivares y el duque de Uceda, á don Rodrigo Calderon, que os dí á leer anoche?

—¡Oh! ¡sí! cartas que yo he dado á leer al duque de Lerma.

—Y que han causado la variacion que se nota en el duque.

—Indudablemente.

—Y que han hecho que el duque se deje de favoritos y venga á buscar la fuerza en el rey.

—Si, si; todo eso es cierto.

—¿Y creeis, señor, que quien ha hecho este servicio, es decir, quien ha sido causa de que esto suceda, no merece una gran recompensa?

—Sí por cierto, merece un título y una renta.

—Pues bien, ese caballero, ese noble bastardo de Osuna, ha prestado á vuestra magestad ese servicio.

—¡Cómo!

—Al quitar á don Rodrigo Calderon, despues de haberle vencido, el rizo y el lazo que habia robado Calderon á doña Clara, le quitó tambien esas dos cartas que Calderon, por ser tan importantes, llevaba sobre sí, y entregó con la prenda las cartas á doña Clara.

—Pues ya no estraño que doña Clara ame á un tal hombre: doña Clara aborrece á Lerma... tengo pruebas de ello, porque doña Clara es vuestro consejo; y al ver á Lerma comprometido... en efecto: esas cartas han producido un resultado saludable... los casaremos: se hará cuanto haya que hacer con el coronel Soldevilla... pero siento pasos en la antecámara, acaso sea doña Clara.

La reina se estremeció: el padre Aliaga se heló: se levantó el tapiz, y la condesa de Lemos, dijo desde él:

—Señora: doña Clara está enferma, pero me ha dicho que si vuestra magestad lo desea, se hará conducir.

La reina respiró: al padre Aliaga se le quitó de sobre el corazon una montaña.

—No... no... se apresuró á decir el rey; de ningun modo. ¿Y está... en mucho peligro nuestra buena doña Clara?

—Está recogida al lecho, señor, contestó la de Lemos. Ademas, permítame vuestra magestad que le dé un mensange importante.

—Pero pasad, pasad, doña Catalina, dijo el rey: vos sois algo mas que un ugier.

—Gracias, señor, dijo la de Lemos entrando, deteniéndose á una respetuosa distancia, y haciendo una reverencia á los reyes.

—¿Y qué mensage... tan importante es ese? dijo el rey.

—Don Francisco de Quevedo y Villegas, del hábito de Santiago, señor de la torre de Juan Abad, y secretario del virrey de Nápoles, solicita urgentemente y para asuntos graves, una audiencia de vuestra magestad.

—No me dejarán parar, dijo el rey con disgusto: ¿y quién ha dicho á don Francisco que yo estoy aquí?

—Le he visto tan afanado buscando medio de hablar á vuestra magestad, me ha encarecido de tal modo la importancia del asunto que le mueve á pedir una audiencia inmediata á vuestra magestad, que siendo quien es don Francisco, he creido de mi obligacion...

—Pues bien, doña Catalina, decid á don Francisco que se presente á los de mi cámara: yo daré órden... le recibiré...

La condesa de Lemos se inclinó y salió.

—Ya lo veis, mi muy amada Margarita: el rey se lleva al esposo, dijo don Felipe: pero os dejo en buena compañía: adios: tengo cierta impaciencia por saber lo urgente que me trae don Francisco... están pasando por cierto cosas estraordinarias... Adios... adios...

Y el rey se levantó, y salió por la puerta secreta.

—¡Oh! ¡qué ángel de la guarda nos ha salvado! esclamó la reina.

—Un milagro de Dios, señora, dijo el padre Aliaga.

—Si, si, Dios que se vale de los hombres... pero dejadme sola fray Luis; tengo sospechas... quiero averiguar... al salir, decid á la condesa de Lemos que entre.

El padre Aliaga se levantó, besó la mano que le tendió Margarita, sin atreverse á posar demasiado los labios sobre ella, y salió.

El infeliz habia sufrido toda una eternidad de tormentos, durante el tiempo que habia pasado en la cámara de la reina.

CAPITULO XXXIII.

En que se esplicará algo de lo oscuro del capítulo anterior, y se verá cómo doña Clara encontró un pretesto para favorecer el amor de Juan Montiño, á pesar de todos los pesares.

Apenas habia salido el padre Aliaga de la cámara de la reina, cuando entró la condesa de Lemos.

—¿Qué enfermedad padece doña Clara? dijo la reina.

—Ninguna, señora, contestó doña Catalina: doña Clara está sana y buena esperando en la saleta.

—¿Qué significa, pues, vuestra mentira?

—He creido que debia mentir.

—¿Por qué?

—Contaré á vuestra magestad lo que me ha sucedido: salia yo de la antecámara á llevar en persona la órden de vuestra magestad á doña Clara, porque por fortuna, vuestra magestad me habia dicho terminantemente: id, y decid á doña Clara Soldevilla... debia yo ir... y fuí.

—Es cierto... una distraccion mia, doña Catalina.

—Vuestra magestad puede disponer de mí como quiera, y siempre honrándome, contestó inclinándose la de Lemos.

Y luego continuó.

—Salia yo, pues, del cuarto de vuestra magestad, cuando encontré de repente junto á mí, á don Francisco de Quevedo:—decid á doña Clara Soldevilla, me dijo, si quereis sacar de un negro compromiso á su magestad la reina, que diga que no puede venir porque está enferma: que os

siga, sin embargo, porque su magestad la necesita, y que cuando el rey haya salido de la cámara de su magestad la reina, entre á verla; para que el rey salga, decid á su magestad de mi parte que yo le pido audiencia para un asunto gravísimo, que no he podido encontrar quien me anuncie por la hora que es, y que me valgo de vos. Decid además á su magestad la reina, que yo hallaré medio de entretener al rey largo tiempo, y adios, y id que urge, y que Dios nos saque en paz.—Tengo yo tal fé en don Francisco de Quevedo, que he hecho á la letra lo que él me ha dicho.

—Habeis hecho bien; dijo Margarita de Austria, y puesto que está ahí doña Clara, que entre al momento.

Salió doña Catalina y doña Clara entró.

La hermosa jóven se acercó anhelante á la reina.

—¿Qué sucede, señora, dijo, que la condesa de Lemos, me trae consigo, á pesar de decir al rey, que estoy enferma?

—¡Ah! ¡Dios mio! déjame respirar Clara: ¡todavía aquellas cartas! ¡Dios mio!

—¿Pero si las quemó vuestra magestad? ¿se habia olvidado alguna...? ¿ha aparecido alguna mas?

—No, no: pero las consecuencias... mira, Clara; ve á mi joyero: busca uno de los lazos de diamantes, de los seis que sabes... y traémelo... tráete tambien unas tijeras.

Doña Clara salió de la cámara por una puerta opuesta á la por donde habia entrado y volvió á poco: traia un lazito de oro y diamantes, cuyo nudo podia contener en la parte interior, un grueso como de un dedo.

—¡Dame! dijo la reina con ánsia: dame las tijeras y siéntate á mis piés.

La jóven admirada y confusa, se sentó á los piés de la reina, sobre un taburete de terciopelo.

—¡Oh! ¡y que hermosos cabellos tienes! dijo Margarita de Austria: tus cabellos me van á salvar, Clara.

Y la reina deshacia con mano trémula las gruesas trenzas negras de doña Clara.

—¡Oh! afortunadamente, dijo, por mucho que te corte no te se conocerá la falta; no te asustes Clara; no voy á cortarte mas que como el grueso de un dedo, del centro.

—Córtelos todos vuestra magestad, si quiere... pero no comprendo...

—Ya te esplicaré... ¡perdóname Clara si te robo... pero es necesario... necesario de todo punto! Ya está.

Y se oyó el leve pero característico ruido de las tijeras, que cortaron con trabajo los cabellos del centro de la cabeza de doña Clara.

—¡Oh Dios mio! esto es demasiado largo: no puede sacarse un ramal tal, de marañas: el pelo de maraña es mas corto.

—¿Pero que maraña es esa, señora?

—Una verdadera maraña que tu sola puedes desenredar.

—¿Yo?

—Tú, si, y de una manera muy dulce.

—No comprendo á vuestra magestad.

—Casándote con tu caballero de anoche.

—¿Yo?... imposible... no le amo, no puedo amarle.

—Veamos, veamos: luego trataremos de eso: dime ¿cómo harias tú para hacer un rizo, con estos cabellos que te he cortado?

—¿Un rizo, señora?

—Si, un rizo para regalarlo á un hombre amado.

—¡Dios mio! es que á mi nunca se me ha ocurrido, ni podia ocurrirseme... de ningun modo... regalar cabellos mios, como no fuese á mi marido.

—Es que tú te casarás, y será tu marido el hombre á quien vas á regalar este rizo.

—Permítame vuestra magestad, dijo con seriedad doña Clara: vuestra magestad puede disponer de mi vida, de mi alma, pero no de mi honra: yo no haré eso.

—Hagamos, hagamos primero ese rizo, dijo la reina: tú le guardarás y no se usará de él, si tú no quieres. Pero hagámosle.

Doña Clara ató aquel magnífico ramal de cabellos, haciendo con él una ancha sortija, y la presentó á la reina.

—Bien, dijo Margarita de Austria: ahora sujétale con este lazo.

Doña Clara obedeció.

—He aquí una verdadera joya, dijo la reina. Ahora siéntate y escucha, y recógete el cabello entre tanto.

Doña Clara se sentó.

La reina con voz trémula la contó punto por punto lo que la habia acontecido con el rey.

Cuando la reina concluyó guardó silencio, y no pronunció ni una disculpa ni una súplica.

Doña Clara que se habia trenzado y arreglado entre tanto sus cabellos, permaneció largo tiempo en silencio.

La reina estaba llena de ansiedad.

—Me casaré con ese hombre, dijo al fin doña Clara.

—¡Ah! ¡hermana mia! esclamó la reina arrojándose al cuello de doña Clara, y besándola en la boca.

—Yo le amo... dijo doña Clara con voz conmovida, pero no sé si es digno de mi amor, no sé si él me ama como le amo yo.

—El se mostraba ardientemente enamorado de tí... le ennoblecerá el rey, procuraremos que el duque de Osuna le reconozca... tú serás feliz.

—¡Dios mio! ¡feliz!... ¡y se ha ido á vivir á casa de una comedianta! ¡y la ha acompañado al teatro y... no me ama... si me amara... no afrentaria mi amor, enamorando á una mujer perdida!

—¿Pero quién te ha dicho eso?

—El bufon del rey.

—¿Qué mujer mas hermosa y mas pura que tú puede él encontrar...? ¿le has desesperado acaso, Clara?

—Si señora.

—Pues ve ahí la esplicacion de esos amores indignos con la comedianta... cuando sepa que tú... quieres ser su esposa...

—Su esposa... lo seré y pronto.

—¡Ah Clara mia!

—En el estado en que á vuestra magestad para salir de un compromiso imprevisto la han puesto las cosas, es necesario esplicárselo todo: es nesario que esté prevenido por si el rey ha sospechado é insiste. Es necesario que esta noche en mi mismo cuarto le vea yo, y para ello voy á escribirle.

—Pero Clara ¿tienes tú seguridad de ese hombre? dijo la reina asustada por la violenta salida de doña Clara.

—El no abusará ni de mi carta, ni de mi cita. Y adios, señora, adios, necesito prepararme.

Y doña Clara salió sin esperar la respuesta de la reina.

—Señora condesa, dijo la jóven al pasar por la antecámara, deteniéndose delante de la de Lemos: hacedme la merced de que sepa don Francisco de Quevedo, que necesito hablarle antes de que salga del alcázar y en mi aposento. ¿Me lo prometeis?

—Os lo prometo, amiga mia, y os aseguro que don Francisco os verá.

—Gracias, doña Catalina, gracias y adios.

—¿Para qué querrá doña Clara á Quevedo? dijo para sí sumamente pensativa y contrariada doña Catalina; pero ¡bah! añadió: él me ama, me ama, y es leal. Esto debe ser parte de ese enredo que no comprendo. Cuando salga de la audiencia con el rey, pasará precisamente por la galería. Voy á esperarle: Dios quiera que no se entretenga mucho con su magestad.

Y doña Catalina salió de la antecámara de la reina, y se metió por una galería oscura.

CAPITULO XXXIV.

De cómo Quevedo sin decir nada al rey, le hizo creer que le habia dicho mucho.

Felipe III atravesó con impaciencia el pasadizo secreto que ponia en comunicacion su cuarto, con el de la reina.

Alhagaba al rey el hacer alguna cosa por sí propio; tan acostumbrado estaba á la tutela de Lerma, desde muy jóven.

El recibir en audiencia reservada, sin conocimiento de su ministro-duque, á un hombre tan *peligroso* como Quevedo, pareciale un acto de verdadera soberanía, una emancipacion monstruosa.

Y todo esto lo pensaba la conciencia íntima del rey: esa voz misteriosa que parece pertenecer al instinto, que nunca nos engaña, y que seria nuestro mejor guía si oyesemos su voz, en vez de oir la de nuestra conciencia artificial, producto de nuestra posicion, de nuestras costumbres, y de nuestras inclinaciones.

Con arreglo á esto que nosotros llamamos, no sabemos si con demasiado atrevimiento, conciencia artificial, el rey don Felipe III se habia creido siempre rey, rey en el uso espédito de su soberanía, por mas que su conciencia íntima le dijese: tú eres un instrumento de tu favorito; tú eres un pretesto; tú eres un esclavo de tu debilidad, de tu nulidad.

Y esta conciencia íntima era la que hablaba al rey cuando se dirigía del cuarto de la reina al suyo por el pasadizo oculto.

Cuando entró en su dormitorio, cerró cuidadosamente la puerta secreta, y se encaminó con paso magestuoso á su cámara.

Llamó, y mandó que en llegando don Francisco de Quevedo y Villegas del hábito de Santiago etc., le introdujeran.

En seguida se sentó junto á la mesa, y abrió su libro de devociones.

No tardó mucho un gentil-hombre en decir á la puerta de la cámara.

—Señor: don Francisco de Quevedo y Villegas del hábito de Santiago, señor de la torre de Juan Abad.

—Y pobre, dijo entrando en la real cámara Quevedo.

Se detuvo el gentil-hombre, y Quevedo adelantó.

El rey seguia leyendo, como si no hubiera visto á Quevedo.

Este llegó junto al rey, y se arrodilló.

—Sacra, católica, magestad, dijo con su voz hueca y vibrante.

Volvió el rey la cabeza, miró con suma magestad á Quevedo, y le presentó la mano.

Quevedo la besó respetuosamente.

—Alzad, don Francisco, dijo el rey.

Quevedo se puso de pié.

El rey esperaba á que Quevedo hablase, pero Quevedo, se mantuvo mudo é inmóvil como una estátua, pero con la mirada fria, y fija en el rey.

El rey se sentia mal ante aquella mirada, vista por aquellas antiparras.

—¿En qué pensais don Francisco? dijo el rey por decir algo.

—Estoy contemplando á la monarquía, señor, contestó Quevedo: contemplando en vuestra magestad á la gran monarquía española en ropilla.

Frunció el rey el entrecejo.

—¿Y era todo eso lo que teniais que decirme con tanto empeño?

—Si señor.

—Pues si ya me lo habeis dicho, idos, dijo un tanto contrariado el rey.

—Si vuestra magestad me lo permite, le diré mas.

—Decid.

—Digo, que me espanta el que pueda decir á vuestra magestad algo.

—¡Ah! dijo el rey, ¿y por qué os espanta eso?

—Porque á la verdad, hablo con vuestra magestad por compromiso.

—¡Oh! repitió el rey.

—Y espántame que yo me vea comprometido á hablar con vuestra magestad...

—Esplicaos...

—He estado preso en San Marcos.

—¡Ah! ¿habeis estado preso?

—Si señor.

—¿Qué delito cometísteis?

—El ser ciego y no andar con palo: me dí con una esquina en las narices.

—Dicen que sois hombre de ingenio.

—Eso he oido decir, pero acontéceme, señor, que ahora que estoy hablando con vuestra magestad, no me le hallo: si alguna vez tuve ingenio me lo han robado.

—Dijéronme, que os era urgentísimo hablarme.

—Y tan urgente señor, que solamente con veros se me ha pasado la urgencia.

—Pues os digo, que no os entiendo.

—No es fácil, porque yo no me entiendo tampoco.

—Paréceme que habeis venido para algo.

—Indudablemente, señor, he venido para irme.

—Pero... ¿por qué habeis venido?

—Por venirme á cuento.

—¿Pero qué cuento es el vuestro?

—Es, señor, un cuento de cuentos.

—Pues empezad.

—Ya he concluido.

—¡Pero sino me habeis contado nada!

—Si vuestra magestad quiere, contaré las palabras.

—¡Don Francisco! esclamó con irritacion el rey.

—¡Señor! contestó Quevedo inclinándose profundamente.

—¿No teneis nada de que quejaros?

—Quéjome de mi fortuna.

—¿Ni nada teneis que pedir?

—Si por cierto, señor, todos los dias pido á Dios paciencia.

El rey se calló y abrió de nuevo su devocionario.

Quevedo permaneció inmóvil con el sombrero echado al costado derecho, y la mano izquierda puesta sobre los gavilanes de la espada.

Esta situacion duró algun tiempo.

—Permita Dios que se duerma, dijo Quevedo para sí: no se ya que decir á su magestad... y es necesario que la reina se prepare... en mi vida ni en mi muerte, espero verme en tanto apuro ¡gran rey el nuestro! por menos de lo que yo estoy haciendo, azotan á otros.

—¡Aun estais ahí! dijo el rey levantando del libro los ojos.

—Esperaba señor que me mandárais irme.

—Pues idos enhoramala, dijo el rey; y volvió á su lectura.

—Aun es pronto, dijo Quevedo: todo se reduce á que este imbécil se acuerde de que es rey y me encierre. Espérome.

Pasó otro gran rato, el rey murmurando sus devociones, Quevedo inmóvil delante de él.

Habia bien pasado una hora desde que el rey recibió á Quevedo.

Levantó otra vez los ojos del libro, y esclamó:

—¡Por San Lorenzo! ¿no os dije que os fuérais?

—Ocurrióseme, señor, pediros que me perdonáseis por haber malgastado el precioso tiempo de vuestra magestad, y como vuestra magestad habia vuelto á sus devociones...

—Pues antes de que vuelva otra vez, idos... idos... y perdonado, y vuelto á perdonar, con tal de que no se os ocurra en vuestra vida el volver á pedirme audiencia.

—Beso las reales manos de vuestra magestad, contestó Quevedo y salió.

—¿Qué habrá querido decirme don Francisco? dijo el rey cuando se quedó solo: indudablemente me ha dicho algo, y algo grave, pero es el caso que yo no lo he entendido. Estos hombres de ingenio, son crueles. ¿Pero qué habrá querido decirme? quitando lo de la monarquía en ropilla, que creo que quiere decir, que el reino anda medio desnudo, no le he entendido mas. Y de seguro... me ha dicho algo... ¡pero ese algo...! ¡ese algo...!

El rey se quedó hecho un laberinto de confusiones, y creyendo de buena fé, que Quevedo le habia dicho grandes cosas que él no habia podido entender.

Entre tanto Quevedo iba soplándose los dedos por las crugías del alcázar.

—Bendito mi amor sea, esclamaba, que me obligó á pedir al tio Manolillo que me abriese la gatera. Mi deseo por ver descuidada y sola conmigo misma á mi doña Catalina, me ha traido á saber el grande apuro

en que se halla la pobre mártir, la infeliz Margarita de Austria. Enredo, enredo y siempre enredo.

Y el buen *ingenio* seguia adelante.

—Y ¡vive Dios, que ya sudaba...! no sabia como seguir diciendo al rey palabras y no mas que palabras. Si se hubiera tratado de otro marido, ¡Bah! la caridad es mas difícil á veces de lo que parece. ¡Pero qué rey... señor! ¡qué rey!

De repente, Quevedo se detuvo y escuchó con atencion.

Habia oido un *siseo*.

El *siseo*, volvió á repetirse.

—De aquella reja sale, y nadie hay presente mas que yo. Llámanme, pues, acudo. ¿Es á mi?

—Si por cierto, contestó la condesa de Lemos, entreabriendo la reja.

—¡Ah, lucero de mi oscura noche! esclamó Quevedo: creo que mi pensamiento me ha traido por tan buen camino, como que en él habia de encontraros.

—No podiais pasar por otra parte.

—¿Me esperábais?

—Con ansias del corazon.

—No digais eso, sino quereis verme loco.

—Aunque mucho os amo, que bien lo sabeis, no por vuestro amor son mis ansias, que de él estoy segura, sino por ella.

—¿Por la ella del enredo?

—Si; ¿cómo os ha ido con el rey? Me dejásteis temblando.

—Y allá se queda él confuso.

—¿Tanto le habeis dicho?

—Al contrario: no le he dicho nada. Pero decidme ¿por qué ansiais?

—Porque vayais á ver al momento á doña Clara Soldevilla.

—¿A tan hermosa dama me enviais?

—Vos podeis ir á ella sin que yo os envie.

—Me estoy bien donde me quedo... ¿Llámame doña Clara?

—Si.

—Correo soy de seguro.

—Para correo habeis nacido.

—Por mi mala estrella: que los portes pueden ser tales, que de buena voluntad se perdonen.

—Sois hombre afortunado.

—Decidme donde está mi fortuna, ya que habeis dado con ella.

—¿Pues qué no os amo yo?

—¡Si se muriera uno!

—Dadle por muerto. Pero id, id, don Francisco, que creo que importa mas de lo que pensamos.

—Adios, pues, señora mia. Conque me digais donde vive doña Clara, me dejo con vos el alma, y allá me emboco.

—Mas allá de la galería de los Infantes, en aquella galería oscura.

—¿En la de anoche...?

—Si, frente á aquellas escaleras.

—¡Ah! ¡frente á las escaleras aquellas! no he de perderme con tales señas. Quedad con Dios, señora mia, y tratadme bien el alma que con vos se queda.

—¡Ay, que os llevais la mia! Adios.

La condesa sacó una mano por la abertura de las maderas, y Quevedo la besó suspirando.

—Adios, dijo, y se alejó.

La reja se cerró silenciosamente.

Poco despues Quevedo llamaba á la puerta del aposento de doña Clara.

Aquella puerta se abrió al momento.

Encontró á doña Clara sobrescitada, encendida, inquieta con la mirada vaga, con todas las señales de una inquietud cruel.

—Vos lo sabeis todo, don Francisco, dijo la jóven con anhelo.

—Lo sé señora, y lo sé tanto, como que aun estoy dudando de ello.

—No os pregunto cómo lo sabeis, no tengo tiempo para nada, ni cabeza: me estoy muriendo: sobre mi vienen...

—Las culpas agenas os premian.

—¿Qué decís?

—¡Si le amais!

—¡Dios mio! pero... yo hubiera vencido esta aficion...

—¿Y á que vencerla?

—¿Podeis ver esta noche á vuestro amigo?

—¿A Juan?

—Si, contestó con esfuerzo doña Clara.

—Le veré, si vos quereis.

—¿Sabeis donde está?

—Está donde le han arrojado vuestros desdenes.

—¿Y le sacarán de allí mis favores?

—¡Oh! vos señora podeis sacar un alma en pena del purgatorio.

—Bien sabe Dios que me sacrifico por su magestad.

—O no os conoceis, ó no me conoceis, señora, dijo gravemente Quevedo.

—No os entiendo, don Francisco.

—Estais desconfiando de vos misma, y desconfiais de mí: vos, señora, sois una valiente, una generosa, una noble jóven: vuestra alma es toda caridad: os sacrificais por una mártir: doblais vuestro orgullo de mujer, esponeis vuestro corazon, arrostrais la cólera de vuestro padre: Dios os premiará, yo os reverencio y os admiro.

—Me veo obligada á casarme con vuestro amigo por salvar á su magestad de unas apariencias que podian perderla: cierto es que vuestro amigo me ha interesado el corazon, no os lo niego, pero le conozco poco: el paso que voy á dar es decisivo: ¿le conoceis vos, don Francisco? ¿estais seguro de que su galanteo con esa comedianta, pasará en el momento en que le abra mi corazon? ¡decidme por Dios cuanto pierdo ó cuanto gano en mi sacrificio!

—Juan es un rey sin corona, doña Clara: para Juan sois sola; Juan es solo para vos.

—Esplicadme mejor...

—Quiero decir que Juan, tal como Dios ha querido que sea, necesita una mujer tal como vos. Que vos, tal como Dios os ha formado, necesitais un hombre como Juan. Que, en fin, habeis nacido el uno para el otro. Por eso os habeis amado en el punto en que os habeis visto: por eso Dios ha querido que sea inevitable vuestro casamiento.

—Pero mi padre...

—Vuestro padre ¡vive Dios! se dará por muy contento conque os caseis de tal modo, y tales andan las cosas que mas servis para envidiada que para envidiosa.

—¡Ah, os creo! ¡os creo, porque sois caballero y cristiano, y no me engañais! os creo y creyéndoos soy feliz. Tomad, don Francisco, tomad: esta carta es para vuestro amigo.

—Ya sabia yo que habia de ser correo: pero no importa. Solo siento una cosa.

—¡Qué!

—Que acaso no podreis ver á mi amigo tan pronto como quisiérais.

—¿Y por qué?

—Acaso no podais verle hasta despues de la media noche.

—En ese caso se dará órden para que le abran el postigo de los Infantes á cualquier hora que llegue.

—La señal.

—El capitan Juan Montiño.

—¡El capitan!

—Tengo para él una provision de capitan de la guarda española.

—¡Ah! ¡pues me pesa! ¡se necesita para que os caseis con él de la licencia del rey!

—No paseis pena por eso.

—El rey os ama.

—El rey está ya bien curado.

—¿Y... cuando pensais casaros con mi amigo...?

—Si él consiente... pronto... muy pronto.

—¿Será cosa de prepararlo para que no le haga mal el susto?

—¡Oh! no, no tanto. Y os agradeceria que me hiciéseis un favor.

—¿Cuál?

—¿Me dais vuestra palabra de que me lo concedereis?

—Doiósla y ciento y mil.

—No digais una sola palabra de lo que hemos hablado de él á vuestro amigo.

—Otorgo.

—Y quisiera que...

—Si; que vaya á cumplir mi oficio cuanto antes.

—No, no es eso; que viniérais con vuestro amigo.

—Vendré; y adios, señora.

—Adios.

Quevedo salió pensativo y cabizbajo murmurando:

—¡Pobre Dorotea! ¡ella tambien le ama con todo su corazon!

Apenas salió Quevedo cuando doña Clara se dirigió al cuarto de la reina y dijo á la condesa de Lemos:

—Hacedme la merced, señora, de decir á su magestad, que quiero hablarla al momento.

CAPITULO XXXV.

De cómo el padre Aliaga puso de nuevo su corazon y su virtud á prueba.

Cuando el confesor del rey salió de la cámara de la reina, al verse en las galerías del alcázar, medio alumbradas, y por consecuencia medio oscuras, solo, sin otro testigo que Dios, la entereza del desgraciado se deshizo; vaciló, y se apoyó en una pared.

Y allí anonadado, trémulo, lloró... lloró como un niño que se encuentra huérfano y desesperado en el mundo.

Y lloró en silencio, con ese amargo y desconsolado llanto de la resignacion sin esperanza, muda la lengua y mudo el pensamiento, cadáver animado que en aquel punto solo tenia vida para llorar.

Pero esto pasó: pasó rápidamente, y se rehizo, buscó fuerzas en el fondo de su flaqueza, y las encontró.

—Sigamos hácia nuestro calvario, dijo: sigamos con valor: apuremos la copa que Dios nos ofrece, y dominemos este corazon rebelde..... que obedezca á su deber ó muera: que Dios no pueda acusarnos de haber dejado de combatir un solo momento.

Se irguió, serenó su semblante, y se encaminó al lugar donde le esperaba el tio Manolillo.

El bufon le salió al encuentro.

—¿Ha venido? dijo el padre Aliaga.

—He tenido que engañarla: ahora mismo la estoy engañando.

—¡Engañando!

—Si por cierto, la tengo escondida en mi chirivitil: en el agujero de lechuzas que me sirve de habitacion hace treinta años.

—¡Y por qué la engañais?

—Sino fuera por sus celos, ella no hubiera venido: la he asegurado de que veria entrar á su amante en el aposento de doña Clara Soldevilla.

—¡Su amante! ¿y quién es su amante?

—El señor capitan don Juan Giron y Velasco.

—¡Ah! ¡ese jóven! esclamó con un acento singular el religioso.

—Aquí hay una escalera, dijo el bufon: yo no hubiera querido traeros por estos polvorientos escondrijos, pero vos habeis deseado conocerla... asíos á las faldas de mi ropilla.

Empezaron á subir.

—¿Sabeis, dijo el bufon que hay esta noche gentes sospechosas en palacio?

—Lo sé, y la Inquisicion vigila.

—¿Dónde creeis que estén esas gentes?

—En el patio.

—Algo mas adentro: mucho me engaño, si por los altos corredores de mi vivienda no anda el sargento mayor don Juan de Guzman...

—¡Ese miserable!

—Y sino le acompaña el galopin Cosme Aldaba. Háme parecido haberlos oido hablar en voz baja á lo último del corredor.

—¿Y qué pensais de eso?

—Temo mucho malo.

—¿Contra quien?

—Contra la reina.

—¡Ah!

—No os asusteis, yo estoy alerta.

—Será preciso prender á esos miserables.

—Dejémoslos obrar no sea que prendiéndolos perdamos el hilo. Por lo mismo, y porque no puedan veros y conoceros y alarmarse, os traigo á oscuras; por la misma razon, ya que estamos cerca de lo alto de las escaleras, callemos.

Siguió á la advertencia del bufon un profundo silencio.

Solo se oian sobre los peldaños de piedra, los recatados pasos del religioso y del tio Manolillo.

En lo alto ya de las escaleras, atravesaron silenciosamente un trozo de corredor, y el bufon se detuvo, y llamó quedito á una puerta.

Oyéronse dentro precipitados pasos de mujer, y se descorrio un cerrojo.

La puerta se abrió.

El padre Aliaga solo pudo ver el bulto confuso de la persona que habia abierto, porque el aposento estaba oscuro: pero oyó una anhelante y dulce voz de mujer, que dijo:

—¿Ha venido ya?

—No, hija mia, dijo el bufon, y segun noticias mias, no vendrá esta noche. Pero pasa, pasa al otro aposento, que no es justo que hagamos estar á oscuras á la grave persona que viene conmigo.

—¿Quién viene con vos, tio?

—El confesor de su magestad el rey.

—¡Ah! ¡el buen padre Aliaga!

—¿Me conoceis? dijo fray Luis entrando en el mismo aposento en que en otra ocasion entró Quevedo con el tio Manolillo.

—Os conozco de oidas: delante de mí han hablado mucho de vos el duque de Lerma y don Rodrigo Calderon.

Al entrar en un espacio iluminado, el padre Aliaga miró con ansia á la comedianta: al verla dió un grito:

—¡Ah! esclamó: ¡es ella! ¡Margarita!

—Os habeis engañado, señor, dijo la Dorotea: yo no me llamo Margarita.

—Es verdad: dijo el padre Aliaga: vos no os llamais Margarita, pero ese mismo nombre tenia una infeliz á quien os pareceis como vos misma cuando os mirais al espejo. ¡Oh Dios mio! ¡qué semejanza tan estraordinaria!

—Miren que casualidad, dijo el bufon: que tú, hija, mia hayas querido venir al alcázar, que el reverendo fray Luis de Aliaga haya querido venir á mi aposento, y que este santo varon encuentre en tí una absoluta semejanza con otra persona.

La Dorotea miraba fijamente al padre Aliaga.

—¡No me conocíais! ¡no me habeis visto antes de ahora! dijo la Dorotea que comprendia en la mirada del fraile fija en ella, algo de espanto, mucho de anhelo, y muchísimo de afecto.

El bufon se anticipó al padre Aliaga.

—No hija, no: este respetable religioso no te conocia ni de nombre.

—Me estais engañando, dijo de una manera sumamente seria la Dorotea.

—No, hija mia, no, dijo el padre Aliaga: pero me estraña ver en el aposento del tio Manolillo, y á estas horas, una mujer tal como vos.

La Dorotea sacó su labio inferior en un gracioso mohin, que tanto espresaba fastidio como desden por la observacion de fray Luis.

—¿Os une algun parentesco con esta jóven, Manuel?

—Os diré fray Luis: si y no: soy su padre y no lo soy: no lo soy, porque ni siquiera he conocido á su madre, y lo soy, porque no tiene en la tierra quien haga para ella oficio de padre mas que yo.

—¿Y vos habeis conocido á vuestros padres, hija mia?

—No señor, dijo la Dorotea: me he criado en el convento de las Descalzas reales: recuerdo, que desde muy niña iba todos los dias á visitarme el tio Manolillo: yo le creia mi padre; pero cuando estuve en estado de conocer mi desdicha, me dijo el tio Manolillo:—yo no soy tu padre: te encontré pequeñuela y abandonada...

—¡Y no te he mentido, vive Dios! en la calle te encontré, dijo el bufon.

—¡Válgame Dios! dijo el padre Aliaga: ¿pero en qué os ejercitais, que baste á costear honradamente esas galas y esas joyas?

—¿Quién habla aquí de honra? dijo la Dorotea cuyo semblante se habia nublado completamente: ¿á qué este engaño? ¿á qué ha subido á este desvan del alcázar el confesor del rey, cuando yo me encuentro en este desvan? Demasiado sabeis, padre, que soy comedianta, y menos que comedianta... una mujer perdida. Bien, no hablemos mas de ello... pero sepamos... sepamos, ¿á qué he venido yo aquí? ¿á qué habeis venido vos?

—¡Oh Dios mio! esclamó el padre Aliaga levantando las manos y el rostro al cielo, y dejando caer instantáneamente el rostro sobre sus manos.

Pero esto duró un solo momento.

El religioso volvió á levantar su semblante pálido, melancólico y sereno.

—¡Vos me conoceis! esclamó la Dorotea... mas que eso... vos conoceis á mis padres... ó los habeis conocido... mi madre se llamaba Margarita.

—Es verdad.

—¿Y dónde está mi madre? preguntó juntando sus manos, y con voz anhelante Dorotea.

—¡En el cielo! contestó con voz ronca el bufon.

—¡Ah! esclamó la Dorotea.

Y dejó caer la cabeza, y guardó por algunos segundos silencio.

Luego dijo con doble anhelo.

—¿Pero mi padre...?

—¡Tu padre....! dijo el bufon..... ¿quién sabe lo que ha sido de tu padre?

—Sentaos hija mia, sentaos y escuchadme, dijo el padre Aliaga.

Dorotea se sentó, y esperó en silencio y con ansiedad, á que hablase el padre Aliaga, que se sentó á su vez en el sillon aquel que en otros tiempos habia servido al padre Chaves para confesar á Felipe II.

—No os habeis equivocado, hija mia, dijo el confesor de Felipe III; se os ha traido aquí con engaño... mi carácter de religioso me vedaba entrar en vuestra casa.

—El engaño, sin embargo, ha sido cruel. Sin él hubiera yo venido... pero ya está hecho: continuad, señor, continuad; os escucho.

—Os encontrais en unas circunstancias gravísimas. Lo que voy á deciros, debeis olvidarlo: debeis olvidar que os habla el inquisidor general.

—¡Dios mio! esclamó la jóven poniéndose de pié pálida y aterrada.

—Nada temais: el inquisidor general, tratándose de vos, y por ahora, ni ve, ni oye, ni siente: mas claro: en estos momentos no soy para vos, mas que el hermano adoptivo de vuestra madre.

—¡Dios mio! repitió Dorotea juntando las manos.

—Yo amé mucho á vuestra madre... no he podido olvidarla aun.... la robó un infame de la casa de sus padres... yo fuí el último de la familia que escuchó su voz... Despues... no la he vuelto á ver... pero la estoy viendo en vos... en vos, que sois su semejanza perfecta.

—Creo que me parezco tanto á mi madre en la figura como en la suerte.

—De vuestra suerte nos importa hablar. Estais acusada á la Inquisicion.

—¡Acusada á la Inquisicion! esclamó el tio Manolillo poniéndose delante de la jóven como para defenderla: ¡acusada á la Inquisicion! ¿y por qué?

El padre Aliaga no quiso comprometer á doña Clara Soldevilla, arrojar sobre su cabeza el odio del bufon, y contestó:

—Por las inteligencias con un hombre, en el cual, segun me he in-

formado, está puesto y siempre vigilante el ojo del Santo Oficio: con un tal Gabriel Cornejo...

—¡Con ese miserable...! esclamó el bufon.... ¿tienes tú conocimiento con ese miserable, Dorotea?

—Si, contestó la jóven: lo he buscado... porque creía amar á un hombre... desconfiaba de él... necesitaba un bebedizo... pero yo soy cristiana, señor, yo creo en Dios, yo le adoro, esclamó llorando la Dorotea.

—Os he asegurado que nada teneis que temer, dijo el padre Aliaga: pero es necesario que cambieis de vida: que dejeis el teatro, y no solo el teatro, sino el mundo.

—El teatro si, dijo la Dorotea: sin que vos me lo aconsejárais estaba resuelta á ello... pero el mundo... el mundo no: en el mundo... fuera del claustro está mi felicidad: está él, y él me ama....

—Ese caballero no puede ser vuestro esposo: ese caballero no puede amaros.

—¡Ah! ¡le conoceis..! ¡os ha enviado él..! ¡ama á la otra..! ¡ama á doña Clara..! ¡y se casará con ella..! ¡oh! ¡no! ¡no se casará...! ¡será necesario para ello que me haga pedazos la Inquisicion!

—¡Oh Dios mio! esclamó á su vez el padre Aliaga.

—¿Pero qué te ha dado ese hombre? esclamó con irritacion el tio Manolillo: ¿qué te ha dado que te ha vuelto loca?

—Me ha dado la vida y el alma, porque yo no sabia lo que era vivir, lo que era tener alma, lo que era amar, hasta que le he visto, hasta que le he oido.

—¡Y con esa vehemencia tuya le habrás hecho tu amante! dijo el bufon.

—No... no... y mil veces no: para él no soy una mujer perdida.

—¿Pero qué felicidad podeis encontrar, hija mia, en unos amores ilícitos? dijo el padre Aliaga: ¿por qué ligar á vos á un jóven noble y digno..? ¿por qué dar ocasion á que mañana se avergüence..?

—Me estais desgarrando el corazon, esclamó con una angustia infinita la Dorotea: me estais repitiendo lo que me dice mi conciencia.

El rostro del bufon mientras dijo la jóven estas palabras se habia ido poniendo sucesivamente y con suma rapidez, pálido, verde, lívido.

—Es verdad, dijo con la voz opaca y convulsiva: decid á una pobre niña abandonada de todo el mundo: se fuerte, renuncia al amor, que es tu vida, porque la desgracia te ha hecho indigna del amor de un hombre honrado: ensordece, cuando puedas escuchar palabras de consuelo:

ciega, cuando el sol de la felicidad nace para tí: muere, cuando empiezas á vivir: no, Dorotea, no; tú vivirás porque Dios quiere que vivas: tú amas á ese hombre: ese hombre será para tí... ó para nadie... y cuenta conque el Santo Oficio se ponga frente á frente del bufon.

—¡Manuel! ¡estais loco! esclamó el padre Aliaga.

—No: no estoy loco: pero todos los que tienen algun poder abusan de él: no en balde he pasado cincuenta años en este alcázar: nací en un desvan de él, y el alcázar me conoce y me confía sus secretos: yo soy tambien poderoso, yo puedo decir al rey... si... si, por cierto... yo puedo decirle: hay un hombre... un señor grave... que parece un santo... y oye Felipe: ese hombre tiene el corazon como yo... y como el otro... y como el de mas allá... es un embustero con máscara... es una virtud de comedia... es mentira... ese hombre ama á tu Margarita... observa, observa á ese hombre cuando esté delante de tu esposa... ese hombre no vela por la reina por lealtad, ni por virtud... sino por amor... por un amor dos veces adúltero, por un amor sacrílego...

—¡Ese hombre que dice el tio Manolillo, sois vos! dijo la Dorotea, pálida, sombría, señalando con un dedo inflexible la frente del religioso.

—Yo... ¡Dios mio! ¡yo! ¡que amo á su magestad!

—Y si ocultais vuestro amor, si le devorais... porque al fin ella es una mujer casada, y vos sois un fraile; si teneis la virtud de sufrir en silencio vuestro infierno, si sabeis cuanto ofendeis á Dios, por qué os está prohibido amar á otro que á Dios y amais á vuestra reina... si sabeis que puede llegar un dia en que blasfemeis, y en que la blasfemia os condene... ¿por qué quereis que una mujer libre, engañe á Dios, y se encierre en un claustro, y dentro de él sufra un infierno de amor, y blasfeme, y se condene tambien? Yo... puedo servirle, amarle con toda mi alma sin ofender al mundo porque no soy casada: sin ofender á Dios, porque no soy esposa de Dios. Y haced de mí lo que querais: prendedme, matadme, llevadme á la hoguera... Dios sabe que no le he ofendido, que le adoro, que creo en él, Dios dará su gloria á quien ha sufrido tres veces el martirio.

—La Inquisicion no te tocará, no te acusará á tí. ¿No es verdad padre que la Inquisicion no se atreverá á ella?

Y las últimas palabras del tio Manolillo, eran un rugido amenazador.

—¡Dejadme! esclamó el padre Aliaga ¡dejadme! ¡y que Dios tenga piedad de los tres!

Y salió desatentado.

—Esperad, voy á alumbraros y á guiaros, fray Luis: ¡bah! eso pa-

sará, nos entenderemos y seremos los mas grandes amigos del mundo. ¡Ah! ¡ah! tú te quedas aquí hija mia. No llores, que no hay para qué. Vámos, padre Aliaga.

El bufon salió, y cerró la puerta esterior.

Despues de cerrarla se detuvo.

—Juraria dijo: que al llegar á la puerta por la parte de adentro, he sentido pasos silenciosos, pero precipitados que se alejaban. No importa, yo volveré y veremos lo que esto significa. Dadme la mano para que os guie, fray Luis.

El padre Aliaga, dió á tientas la mano al bufon.

—Estais muriendo, padre: vuestra mano está fria como la de un muerto, dijo el bufon al sentir el contacto de aquella mano.

El padre Aliaga no contestó.

El bufon le llevó por donde le habia traido.

Al llegar á la galería de los Infantes, le soltó.

—Desde aquí, dijo, sabeis salir del alcázar. Pero una palabra antes de que nos separemos: tened compasion de ella, tened compasion de vos mismo, tenedla, por Dios, de mí.

El padre Aliaga se alejó en silencio, y con la cabeza baja.

—Acaso he sido imprudente, dijo el bufon estremeciéndose: acaso he sido injusto; ¡Dios mio! cuando se trata de ella, me vuelvo loco.

El tio Manolillo, volvió á tomar en silencio el camino de su mechinal.

Antes de llegar á su puerta, se detuvo.

—Es necesario que yo vea, dijo, qué gentes andan por aquí esta noche.

Y abrió la puerta, entró, encendió una lámpara, y salió á los corredores sin hablar con Dorotea que estaba replegada y llorando en un rincon.

El tio Manolillo recorrió y examinó minuciosamente la parte alta de aquel departamento.

A nadie encontró por mas que registró todos los escondrijos.

—Vamos, dijo, seria el viento.

Y siguió adelante hacia su vivienda.

Al pasar por delante de la puerta del cuarto del cocinero mayor se detuvo, habia oido la voz de Francisco Martinez Montiño que decia:

—Aseguradle bien que pesa mucho, hijos, y tapadle de modo que no se conozca que es un cofre: vosotros dos no os separeis de mí: las manos en las espadas, y que se conozca si llega el caso que sois un par de buenos mozos de la guarda española.

—Descuide vuesamerced, señor Francisco, dijo una voz franca y ligera, que aunque vengan muchos y buenos, vive Dios que no nos han de robar.

A seguida el bufon oyó el ruido de una llave en la cerradura, y apagó la luz y se retiró precipitadamente al hueco de una puerta inmediata y se embebió en él cuanto pudo y escuchó con una profunda atencion.

Se abrió la puerta y salió el cocinero: tras él, dos hombres que conducian, puesto sobre dos palos, un bulto al parecer pesado, y luego dos soldados de la guarda española, á juzgar por sus armas y por sus coletos rojos.

El cocinero mayor volvió á cerrar la puerta.

El y los cuatro hombres se alejaron.

Iba á seguirlos el bufon, cuando sintió pasos tras sí á muy poca distancia.

Embebióse mas en la puerta y desenvainó su puñal.

—Cosme, hijo, síguelos, dijo una voz muy conocida del tio Manolillo: yo me quedo aquí: abajo en la plaza están los otros: quitadle lo que lleve, y que no se diga que os ponen miedo esos fanfarrones de los coletos encarnados.

Alejáronse los pasos, y se perdió la voz á lo largo de los estrechos corredores.

—¡El sargento mayor, don Juan de Guzman! dijo el tio Manolillo: van por la crugía larga: rodeando yo por la derecha, les gano la delantera: para algo estaban aquí esos bribones: no me habia yo engañado: pues bien; veamos que es esto... pero ¿y Dorotea?... no importa... yo volveré...

Y luego se oyeron los rápidos pasos del bufon.

Si hubiera seguido tras el sargento mayor, se hubiera visto obligada á pasar por la puerta de su aposento.

Y entonces hubiera tropezado con un bulto, que estaba colocado delante de él.

Aquel bulto era el sargento mayor.

Escuchaba.

—Está sola y llora, dijo: ¿dónde estará el bufon?

Y volvió á escuchar.

—Tengo conmigo una llave maestra: puedo abrir: cierto es tambien que el tio Manolillo puede volver: no sé porqué me causa miedo ese hom-

bre: pero bien, necesariamente ha de hacer ruido en la cerradura... y puedo muy bien escapar por la ventana, ganarle tiempo, y perderme. Me importaba ver á Luisa: pero despues de lo que he oido me interesa mas verla á ella. Ea, adelante.

Sonó un hierro en la cerradura, que resistió un momento: luego se sintió correrse el fiador.

La puerta se abrió.

Cerróla de nuevo el sargento mayor, y entró en el aposento donde se encontraba Dorotea.

CAPITULO XXXVI.

De cómo el diablo iba enredando cada vez mas los sucesos.

La jóven permanecia aun inmóvil en el lugar donde la habia dejado el tio Manolillo, y continuaba llorando.

—¿Quién habia de decirme, murmuró roncamente el sargento mayor, la noche en que no sé quien me quitó esta muchacha reciennacida, que habia de llegar un momento en que nos sirviese de mucho?

Siguió Guzman contemplando por algun tiempo y de una manera profunda á la jóven, y al cabo dijo:

—Bien empleado os está lo que sufrís ¿quien os manda fiaros del primero que llega?

Levantó la cabeza la Dorotea y al ver al sargento mayor, dijo con desprecio.

—¿Quién os ha llamado? idos.

—No necesita que le llameis quien os sigue ansioso todo el dia deseando encontraros sola. ¡Pero ya se ve! No solo no habeis estado sola, sino que habeis servido de estorbo.

Una vaga sospecha pasó por el pensamiento de la Dorotea.

—¿Y para que he podido yo serviros de estorbo?

—Para hacer una justicia, cuando ni el rey ni el duque de Lerma piensan hacerla.

—¿Y cómo he podido yo estorbar...?

—Desde esta mañana hasta que vinísteis á palacio, no os habeis descosido del ajusticiado.

—¡Ah! ¿se trata...?

—Del señor Juan Montiño: y en matarle no solo se venga á don Rodrigo Calderon, sino tambien á vos.

—Esplicadme como se me venga matando á ese caballero.

—Ese caballero se ha burlado de vos.

—¿De mí?

—Si por cierto: cuando os enamoró estaba ya enamorado.

—¿De quién? esclamó todo afan Dorotea.

—De una dama muy hermosa, con quien anduvo anoche vuestro burlador por las calles de Madrid y á quien prometió entregarle las cartas que tenia de la reina don Rodrigo.

—¿El nombre de esa dama?

—No hace mucho que se pronunció en este mismo aposento: os escuchaba... desde esa ventana: os veia á vos, al padre Aliaga, al tio Manolillo.

—¿Doña Clara...?

—Eso es... doña Clara Soldevilla.

—¿Pero es cierto que él la ama?

—Podreis juzgar de ello dentro de poco.

—¡Cómo! ¿vos podeis procurarme...?

—Para que no os estrañe lo que voy á deciros, es bueno que sepais que yo conozco mucha gente en palacio: que parte por este conocimiento y parte por mi dinero me sirven bien. Entro, pues, en palacio, cuando quiero, y ando á caza de secretos... por las galerías... que algunos se cogen en ellas de noche. Fuí á ver esta mañana á don Rodrigo, y bueno será que lo sepais... le encontré muy malo con un dagazo en los pechos, lo que debeis sentir mucho; porque en fin, aunque vos le hayais dejado por otro, cuando tan malparado le veis, don Rodrigo os quiere bien.—Díjome el nombre de quien le habia herido, que le habia quitado las cartas de la reina, y que era menester seguirle, y estar al cuidado de si entraba ó salia en palacio.—Pero como don Rodrigo no le conocia, no pudo darme las señas, sin las cuales me hubiera costado maña y trabajo averiguar. Pero afortunadamente le encontré en vuestra casa y vos me le dísteis á conocer.—Se os ha seguido, se sabe donde ha ido ese hidalgo... lo que ha hecho...

—Tenia un duelo concertado...

—Hace como una hora ha salido bien del duelo. En cuanto á mí, tengo seguridad de que esta noche vendrá á palacio, y á la salida... cuando salga solo...

—¿Y que seguridad teneis de que ese caballero vendrá á palacio?

—Desde el oscurecer estamos en palacio cuatro de los mios y yo: dos fuera en acecho; dos en el patio hasta que se cerraron las puertas, y yo en el interior.—Vagaba yo por las galerías, y sin saber cómo no podia separarme de la habitacion de doña Clara Soldevilla, cuando he aquí que un hombre llama y le abren.—A la luz de quien le habia abierto reconocí á don Francisco de Quevedo, y como don Francisco de Quevedo es muy amigo del señor Juan Montiño, me dije: esperemos: por algo viene aquí don Francisco, que no acostumbra á perder el tiempo. —Salió don Francisco y yo le seguí.—Don Francisco se fué derecho á vuestra casa y llamó.—Abriéronle y preguntó por vos.—Dijéronle que habiais salido.—Cerróse la puerta, y don Francisco se sentó en el dintel.—Indudablemente don Francisco habia salido del cuarto de doña Clara Soldevilla, en busca de Juan Montiño.

—¿Y decís que él vendrá?

—Ha concluido ya su lance con don Bernardino, segun me han dicho, y no debe tardar en ir á vuestra casa... porque tambien sé que vive en vuestra casa: tropezará con don Francisco que le está esperando, y vendrá.—Entrará sí, pero Dios le asista á la salida...

—¿Y sino sale?

—Esperaremos á otro dia para vengaros á vos, para vengar á don Rodrigo.

—Si veo entrar en el aposento de doña Clara esta noche á ese caballero, contad conmigo.

—Le vereis, os lo aseguro... pero es necesario que me sigais.

—Al fin del mundo os seguiré.

—Pues venid.

—Juradme que esto no es un lazo que me tendeis.

—¿No os tengo aquí sola?

—Es verdad.

—Ademas, que vos sois preciosa para don Rodrigo: vos habeis abierto la herida y vos la cerrareis. Vamos, pues, no perdamos el tiempo y entre sin que le veamos.

—¿Y le podré ver sin ser vista?

—En esta parte descuidad.

Dorotea se levantó, se arregló el manto y siguió á Guzman.

Este abrió de nuevo con la llave maestra la puerta, y sin cuidarse de cerrarla, llevó á oscuras á la Dorotea á la galería, á donde daba la puerta del aposento de doña Clara.

—Aquí es, dijo el sargento mayor.

—¿Y la puerta por donde ha de entrar?

—Esta.

—No se oye nada.

—Esperan sin duda.

—¡Oh! ¿y por qué no llamar? ¿por qué no entrar?

—¿Pero estais loca?

—Teneis razon... no sé lo que pienso ni lo que digo.

—Venid: frente á esta puerta hay el hueco de unas escaleras: ocultos bajo ellas podremos esperar, sin que nadie aunque traiga luz nos vea.

Guzman y la comedianta, se pusieron en acecho bajo las mismas escaleras donde la noche antes habia ocultado Quevedo á la condesa de Lemos, para que no la vieran los tudescos.

CAPITULO XXXVII.

De lo que vió y de lo que no vió el tio Manolillo, siguiendo á los que seguian al cocinero mayor.

Muy pronto el bufon del rey se convenció de que su papel estaba reducido en la aventura que corria, al de un simple testigo.

Seis hombres, á la larga separados y con gran recato, seguian al cocinero mayor, á los dos hombres que conducian el pesado bulto, y á los dos soldados de la guarda española que le escoltaban.

El tio Manolillo de todos aquellos hombres que seguia, solo veia al último y aun á larga distancia para no ser reparado.

Favoreciale la oscuridad de la noche, el ruido sordo y continuo de la lluvia qne no cesaba, y lo desierto de las calles.

Porque entonces no habia serenos, ni vigilantes nocturnos, ni nada que los reemplazase, á escepcion de las rondas de los alcaldes, que en atencion á lo crudo y lluvioso de la noche, no se encontraban en todo Madrid para un remedio.

El hombre á quien, como al estremo de una cola, seguia el bufon, recorrió parte de la calle del Arenal, la de las Fuentes, atravesó la Mayor, la Plaza Mayor luego, y por la calle de Toledo, torció hácia Puerta cerrada; pero de repente se detuvo: á la luz del farol de una imágen puesta en una esquina, le vió el bufon desnudar la espada y partir luego á la carrera hácia la Caba baja de san Miguel donde un momento antes habian sonado voces de ¡ladrones! y poco despues ruido de espadas.

El bufon desnudó su puñal, y corrió tambien, pero cuando llegaba á la Caba baja se encontró con que el ruido de las cuchilladas habia cesado, y en su lugar se escuchaban á un tiempo grandes carcajadas y la voz trémula, turbada del cocinero mayor que decia:

—¡Ah señor! ¡señor! ¡me habeis salvado y os habeis salvado á vos mismo!

—¿Qué dice ese imbécil? esclamó el bufon: indudablemente los buenos mozos del señor sargento mayor han sido zurrados bravamente; pero escuchemos.

—¿Qué hablais de señor, mi querido tio? dijo Juan Montiño riendo: el miedo os ha turbado la vista, y no me conoceis.

—Si, si señor, os conozco, os conozco demasiado, dijo Francisco Montiño: pero veamos de ir á cualquier parte, donde yo pueda recobrarme y revelaros un secreto.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! dijo el bufon, mientras Juan Montiño, el alférez Saltillo, Velludo, el cocinero mayor, los hombres que conducian el bulto y los dos soldados de la guarda española, entraban en la hostería de donde habian salido los tres jóvenes; mucho será que el misterio de ese nacimiento no se aclare esta noche para el señor don Juan Giron y Velasco. ¡Pobre Dorotea! todo la viene mal: el don Juan al saber quién es puede suceder que la desprecie: ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡hay criaturas que nacen maldecidas!

Y el bufon guardó silencio, adelantó á lo largo de la oscura y desierta calle, se detuvo delante de la hostería, se acurrucó en el vano de una puerta y frente á ella esperó.

Dentro de la hostería, en el primer aposento, en la sala comun, sentados á una mesa y esperando con semblante alegre una cena, estaban dos lacayos de la casa real, á juzgar por su librea, y los dos soldados de la guarda española.

—¿Sabes Perico, que el tal cofre pesaba como una bendicion, y que tengo los brazos dormidos, dijo el un lacayo al otro?

—Debe estar lleno de oro para pesar tanto: contestó el otro lacayo.

—Indudablemente, dijo el un soldado, mucho debia valer cuando querian aliviaros del peso.

—Y á no ser por los tres hidalgos que salieron de la hostería, dijo el otro soldado, no sé lo que hubiera sucedido; yo creo que eran mas de veinte los que nos acometian.

—No eran sino seis, dijo el otro soldado: el miedo te ha hecho la vista de aumento, Dieguillo.

—¡Que miedo ni que berenjenas! dijo el otro picado: consistirá en que me han metido un latigazo sobre el sombrero, que me hizo ver estrellas y que si no se le tuerce la mano al que me lo dió, me raja como una zanahoria; y me ha levantado un chichon, dijo el soldado quitándose el sombrero y tentándose la parte superior de la cabeza.

—Pues no, repuso el otro soldado; el hidalgo á quien despues del lance llamaba señor el señor Francisco Montiño, es un hombre de provecho: no tiraba mas que estocadas, lo ví bien, y se los llevaba delante que era una alegría verlo. Y él llamó su tio al señor Francisco: ¿qué será eso?

—Sea lo que fuere y ya que la cena que nos regalan viene, á cenar y á beber á ver si comiendo y bebiendo se me aplaca el dolor del cintarazo, dijo el otro soldado.

—Vamos buenos mozos, dijo uno de la hostería que traia sobre las dos manos una enorme cazuela; aquí teneis tres conejos en vinagrillo con sus correspondientes cabezas, y voy á traeros segun órden superior, ocho botellas de vino que hace seis años que está á oscuras.

—¿Con vinagre son los conejos? dijo el un soldado; pues gracias á que nosotros somos gente de buenas tragaderas, pero cuida, que lo del vinagre no entre en parte con el vino.

—Tinto de Valdepeñas voy á traeros, que no le bebe mejor ni aun tan bueno el papa.

—Tienes razon porque el papa le bebe de otra parte.

Pero pasemos adelante.

En una habitacion del piso alto, estaban el alférez Saltillo, y Velludo.

Inesilla les servia.

El alférez devoraba con los dientes una pechuga de perdiz y con los ojos el redondo cuello, y el alto seno de la muchacha, soltando uno que otro guiño y una que otra frase que la jóven recibia sonriéndose.

—¿Y qué decís de esto? dijo entre un bocado, un guiño y una galantería soldadesca á la muchacha el alférez.

—¿De que quereis que diga? contestó Velludo; ¿de esta buena moza, de estas perdices, ó de vos?

—No por cierto, de lo que acaba de suceder.

—Ello dirá.

—Por lo pronto, esclamó el alférez, ha acabado de maravillarme nuestro nuevo amigo ¿sabeis que hace cosas que no las creyera sino las viese? ¡Ira de Dios y que modo de tener la punta de la espada en todas partes, y de tener siempre las paradas donde hacia falta! ¡y cortas vive Dios! ¡paradas de valiente!

—Es mucho mozo.

—Pero esta chica es mejor moza.

—¡Ah! ¡os gusta á vos tambien, señor Velludo! muchacha trae dados.

La jóven salió y volvió con un cajoncillo en que habia dos dados y un cubilete, los puso sobre la mesa y esperó con una inquietud de cierto género.

—Amigo Velludo, como nosotros somos dos, la jugaremos.

—¡Jugarme! ¿y quién os ha dicho que yo quiero que me jugueis?

—Vamos, pues tú puedes evitar que lo echemos á la suerte, dijo el alférez ¿cuál de nosotros dos te gusta mas?

—Ninguno, dijo la muchacha.

—¡Ah! pues entonces jugaremos.

—¿Y qué vamos á jugar?

—El derecho esclusivo de hacerla el amor, y el regalo para que se ablande.

—Vaya, vuesas mercedes están muy divertidos, dijo la muchacha poniéndose encendida como una amapola.

—¡Ah! dijo el alférez, ¿todavía tienes vergüenza? cosa rara estando sirviendo en esta casa y siendo tan bonita.

—¿Quieren vuesas mercedes algo mas, que les sirva?

—Nada mas.

—Pues que Dios guarde á vuesas mercedes.

Y la muchacha salió.

—Amigo Velludo, no juguemos, dijo el alférez.

—¿Por qué?

—Esta muchacha es honrada y querria bendiciones.

—Bendígala Dios y paso.

—Hablemos de nuestro amigo, ya que hemos quedado solos.

Y se pusieron á charlar y á aventurar deducciones.

En otro aposento cerrado, dentro de otro aposento cerrado tambien, en un lugar en donde de nadie podian ser oidos, estaban mano á mano, sentados en una mesa Juan Montiño y su supuesto tio.

Sobre aquella mesa en vez de manjares, habia un cofre de hierro, como de pié y medio de largo, y un pié de alto y ancho.

A pesar de que el tiempo no era caloroso, el cocinero mayor sudaba hilo á hilo.

Estaba jadeante, pálido, desencajados los ojos, tembloroso.

Juan le miraba con sumo interés, mas que con interés con cuidado.

Temia que Montiño se hubiese vuelto loco.

—¿Pero qué os sucede tio?

—En primer lugar, dijo el cocinero mayor, no me llameis tio: yo no lo puedo consentir: he obedecido y he callado: pero me falta ya la resistencia á fuerza de desgracias y no callo ni obedezco mas. Yo no soy vuestro tio.

—¿Qué estais diciendo?

—La verdad.

—Pues sino sois mi tio, no sois hermano de mi padre.

—Justamente, porque vuestro padre no es mi hermano: ¡oh! ¡si lo fuese!

—Pero entonces vos no sois Montiño.

—Al contrario, vos sois el que no lo sois.

—¿Yo?

—Vos: vuestro padre es algo mas ilustre: ¿qué digo? vuestro padre es despues del rey el mas grande grande de España.

Miró profundamente el jóven al cocinero, temoroso de si este tenia ó no cabal el juicio, y dijo:

—¿Y quién es esa noble persona?

—Aquí, en este cofre debe decirlo.

—¿Pero vos no lo sabeis?

—El cofre lo dirá: abrámosle: asi como asi iban á abrirle á la fuerza: vos sois á quien lo que este cofre contiene interesa mas, y aunque todavía no habeis cumplido los veinticinco años, no importa: no callo mas, no puedo ya con este secreto, harto tengo con lo mio... pero es el caso que yo no tengo la llave. Le romperemos.

Y Francisco Montiño volvió el cofre.

Entonces Juan vió el papel que estaba pegado y sellado sobre la cerradura, y leyó en él en letras gordas lo siguiente:

«Yo Gabriel Perez, escribano público de la villa de Navalcarnero, doy fé y testimonio, de como el señor Gerónimo Martinez Montiño, recibió cerrado y sellado como se encuentra este cofre.»

Y por bajo de estas palabras se veia la fecha, y el signo y la firma del escribano.

—Pero no podemos abrir este cofre, dijo el jóven.

—Sino le abrís vos le abrirá la Inquisicion.

—¡Ah!

Francisco Montiño desnudó su daga y despegó de un solo corte, y de una manera nerviosa el papel.

Debajo de él y en un rebajo del arca, encontró una llave.

—¡Ah! todo estaba previsto, dijo el cocinero del rey. Abramos.

—A vos dejo la responsabilidad de este hecho, dijo Juan.

El cocinero abrió con mano trémula el cofre.

Apareció primero un paño de seda azul.

Levantado aquel paño aparecieron algunos papeles.

Levantados aquellos papeles, quedaron largos rollos empapelados.

Sacado un rollo y abierto, se vió que le formaban relucientes doblones de á ocho.

Contados los doblones, resultó que el rollo contenia cincuenta.

Contados los rollos, que eran cuarenta.

Es decir, que la caja contenia dos mil doblones.

Sacados los rollos, se encontró un nuevo paño de seda azul.

Levantado el paño, se hallaron veinte cajas forradas de terciopelo.

Abiertas estas, se halló un riquísimo y completo aderezo de dama, de perlas preciosas, y multitud de alhajas de hombre: joyeles para el sombrero; herretes para la ropilla, sartas de perlas para las cuchilladas, rosetas para talabartes, cadenas, sortijas, una placa de Santiago, una empuñadura de espada de córte, desarmada y conteras para la misma; todo de oro y pedrería, y de pedrería de gran valor.

A la vista de aquel tesoro relucieron los ojos del cocinero mayor, le acometió un vértigo, y se asió á la mesa con ambas manos para no caer.

—¡Oh! ¡si todo esto fuera mio! esclamó olvidado de que le escuchaba el jóven.

Este por su parte no le oyó, porque su interés estaba vivamente escitado.

Pero en la espresion de su semblante, se comprendia que no era la codicia la causa de aquel interés.

—Veamos esos papeles, dijo Juan, ya que habeis abierto ese cofre, á fin de que sepamos á quien pertenece esto.

—Si, veámoslo, señor, veámoslo, dijo maquinalmente el cocinero mayor.

Cortó Montiño las cintas que ataban los papeles, y cayeron sobre la mesa.

Tomó uno á la ventura y leyó:

Era una partida de bautismo, librada por Pedro Martinez Montiño, y testimoniada por el escribano Gabriel Perez.

La partida de bautismo de don Juan Tellez Giron, hijo natural del escelentísimo señor duque de Osuna, y de una principalísima dama, cuyo nombre segun decia la partida, se ocultaba por la honra de la misma dama.

Juan apartó aquel papel y tomó otro.

En él el duque de Osuna de su propio puño y letra, declaraba ser hijo suyo natural, el conocido por hijo del capitan inválido de infantería española, Gerónimo Martinez Montiño, conocido bajo el nombre de Juan Montiño: le reconocia públicamente, le daba su apellido y los derechos que como á tal hijo natural suyo le correspondiesen; firmaban como testigos Gerónimo Martinez Montiño y un Diego Salgado, ayuda de cámara del duque. El escribano Gabriel Perez, testimoniaba la legitimidad de estas firmas.

Habia otros cuatro papeles, que eran otras tantas escrituras públicas de bienes libres del duque, consistentes en dehesas, tierras y molinos, con una renta de cien mil ducados, cedidas por el duque como patrimonio á su hijo don Juan Giron.

Otro papel, era una cédula de gracia del hábito de Santiago desde su nacimiento, dada por el rey Felipe II, por los grandes servicios del duque de Osuna, para su hijo natural don Juan Giron, de cuya gracia podia gozar desde su nacimiento.

El último papel era una carta del duque para su hijo.

El contesto de aquella carta era solemne.

Decia asi:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo. Don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, marqués de Peñafiel, conde de Ureña, á su hijo natural, don Juan Giron.

»Hijo mio:

»Cuando esta carta leyéreis, ó habré yo muerto, ó habreis cumplido vos los veinticinco años, y estaré satisfecho de vos y seguro de que podeis llevar sin mancharle mi apellido.

»Un amor incontrastable, y una ocasion desgraciada para vuestra

noble madre, y aprovechada por mí, no sé si con harta locura, son la causa de vuestro nacimiento.

»No dudeis de vuestra madre: ni aun siquiera sabe quien es vuestro padre, ni el lugar en donde os ha dado á luz. Sin embargo, por un aviso secreto, sabiendo que existís, vuestra buena madre os ha legado un magnífico aderezo que vale muchos cuentos de maravedises para vuestra esposa cuando os caseis. De la misma manera secreta, y sin darme yo á conocer de ella, la he jurado por mi fé de caballero, no revelar á nadie, ni á vos mismo, que sois su hijo, su nombre. Guardo, pues, el secreto. Pero como vivireis en la córte, si os casais, vuestra madre podrá reconoceros, ya que no pueda por vuestro nombre, en la primera ocasion en que presenteis en la córte á vuestra esposa, prendida con ese aderezo, si es que vuestra madre no ha muerto cuando vos os caseis.

»Al reconoceros, al daros lo bastante para que un noble pueda vivir en la córte de sus reyes como conviene á su nombre, he cumplido con Dios, con mi corazon y con mi honra. Un Giron, por mas que sea bastardo, no puede llevar si no como antifaz, y durante cierto tiempo, un apellido ageno por noble que sea. Escribo esta carta con las lágrimas en los ojos; acabais de nacer, y llorais junto á mí. No os recojo, no os tengo á mi lado, porque quiero que el orgullo de ser mi hijo, no os haga mal criado. Quiero que vivais en una esfera humilde, que os crieis, sino en la desgracia, en una pobreza honrada. Quiero, en fin, haceros bueno y leal, y sabio, y valiente. Quiero... todo lo que un padre quiere para el hijo de la mujer que ha amado como yo amo á vuestra madre. Espero en Dios que mis propósitos se cumplirán, y que Dios me dará vida para abrazaros.

»Como podrá suceder, que por una infidelidad de las gentes que se han encargado de vos, aunque no lo espero, ó por otro acaso cualquiera, sepais el secreto de vuestro nacimiento, es mi voluntad que entreis desde tal punto en el goce de cuanto os doy, pero si yo vivo, venid sin perder tiempo á buscarme, ó de no poderlo hacer, escribidme.

»Creo que baste con lo que os digo.

»Que vuestra suerte no os ensoberbezca; seguid siendo siempre bueno y leal, y recibid la bendicion de vuestro padre,

EL DUQUE DE OSUNA CONDE DE UREÑA.

—¿Comprendeis ahora por qué os llamaba, señor? dijo todo trémulo Francisco Martinez Montiño.

Don Juan Giron (le llamaremos ya asi en adelante), no costestó.

En vez de mostrarse alegre, se mostraba contrariado, y se veia temblar la cólera bajo su semblante.

Recogió los papeles, los guardó cuidadosamente en lo interior de su ropilla, y en sus bolsillos el aderezo de su madre.

Luego dijo levantando los ojos hácia el cocinero mayor:

—Señor Francisco Montiño, me pesa mucho el no poder seguir llamándoos tio: pero no lo sois, y me veo obligado á tener paciencia.

—¡Obligado á tener paciencia, Dios de bondad, y os encontrais casi un príncipe!

—Hacedme la merced de meter eso otra vez en ese cofre, de cerrarlo y de llevároslo.

—¿Y si me lo roban, señor?

—¡Eh! ¡si os lo roban! ¡qué importa! ¡adios!

—¡Pero...!

—Adios, ya os veré.

Y don Juan salió.

—¡Pero está loco, Dios mio! dijo el cocinero mayor guardando todo aquello con precipitacion como si hubiera temido que se lo robasen las paredes: ¡y marcharse sin que yo haya podido decirle el apuro en que me encuentro con el inquisidor general..! mis negros, mis terribles apuros. ¡Vive Dios que se conoce en él la sangre de los Girones...! y al fin, me servirá de mucho... me vengará ahora mucho mejor que antes; porque al fin, él me ha dicho que siente mucho no poder seguir llamándome su tio. Me parece que puedo dejar esperar sin peligro al inquisidor general.

Entre tanto el cocinero mayor habia metido en el cofre su contenido, le habia cerrado, y metióse cuidadosamente la llave en el bolsillo.

—¡Eh! ¡hostalero! dijo llamando; y cuando apareció este añadió: decid á los dos lacayos y á los dos soldados que están abajo que suban.

Cuando hubieron subido, el cocinero hizo cargar de nuevo á los lacayos con el cofre, y salió.

Al llegar á la puerta, el hostalero le dijo con la gorra en la mano:

—¿Y el gasto, señor?

—¡Cómo! ¡no han pagado! dijo el cocinero deteniéndose con sobresalto.

—Esos caballeros se han marchado sin pedirme la cuenta, y como arriba quedábais vos...

—¿Y cuanto es la cuenta? dijo todo turbado el señor Francisco.

—Quince ducados, señor.

—¡Quince ducados! esclamó Francisco Montiño, metiéndose en un regateo que en aquellas circunstancias era un rasgo determinante del miserabilísimo carácter del cocinero; ¿pues cuántas gentes han comido y bebido?

—Dos hidalgos, señor, cuatro criados...

—Basta... basta: dijo el cocinero sacando de una manera nerviosa un bolsillo de sus greguescos, tomad y adios. Con muchas cuentas como esta os poneis rico.

—Vaya en paz vuesamerced, dijo socarronamente al cocinero mayor.

—¡A palacio! dijo Montiño á los suyos.

Y se puso en marcha delante de ellos.

CAPITULO XXXVIII.

De cómo Quevedo conoció practicamente la verdad del refran : el que espera desespera.

Cuando don Juan Giron se encontró en la calle con sus dos nuevos amigos, se apresuró á despedirse de ellos, citándoles para el dia siguiente, y alegando un pretesto, tomó á la ventura por la primera calle que encontró á mano.

El jóven estaba aturdido.

No de orgullo, sino por el contrario, de abatimiento.

El hubiera preferido una condicion humilde, afanosa, con padres legítimos, á la riqueza y á la consideracion que le daba la circunstancia de ser hijo bastardo reconocido de aquel poderoso magnate, á quien llamaban por escelencia el gran duque de Osuna conde de Ureña.

Le pesaban en los bolsillos las joyas que habia encontrado en el cofre; sentia sobre su pecho los papeles que acreditaban su nacimiento : y aquellas joyas y aquellos papeles le abrumaban.

Indudablemente era harto raro el modo de pensar del jóven, en una época en que abundaban los bastardos reconocidos y respetados, porque en aquel tiempo eran otras las costumbres.

Estaban en tal predicamento en tal valia la nobleza de algunos apellidos, que honraban á todos los que los llevaban, aunque fuesen judíos convertidos, apadrinados por algun grande.

Pero don Juan se habia criado en un pueblo, en medio de los ejemplos de virtud y de dignidad de los que habia creido sus parientes y pensaba de otro modo.

No le afligia el ser bastardo por sí, sino por su madre.

Por su madre, que por mas que abonase por su inculpabilidad el duque, estaba acusada delante del mundo, por aquel reconocimiento público de su hijo.

Estas y otras muchas afecciones, mortificaban al jóven, y entre ellas no era la menor, la de que á su juicio, su condicion social hacia dificilísimo su casamiento con doña Clara Soldevilla.

Porque á pesar de que la Dorotea le habia fascinado, y empeñádole como una dificultad, la Dorotea solo llenaba el deseo del jóven, mientras doña Clara interesaba sus sentidos, su razon, su corazon, su vida; en una palabra, su cuerpo y su alma.

Don Juan sufria de una manera intensa: se encontraba entre dos mujeres: á la una le arrastraba todo, á la otra su deseo y su caridad.

Su caridad, porque habia comprendido que Dorotea le amaba, á pesar del poco tiempo que habia pasado desde su conocimiento, de una manera que no podia esplicarse sino por otro hecho tambien escepcional: por el amor violento que el jóven habia concebido por doña Clara.

Es verdad que don Juan, habia supuesto de la hermosa menina, menos de lo que ella era, ya se tratase de hermosura de cuerpo, ó de hermosura de alma; de ternura hácia el ser que tuviera la fortuna de ser amado por ella, de tesoros de pureza reservados para aquel hombre: don Juan se habia anamorado de sus suposiciones, y de ver que sus suposiciones habian sido mezquinas, debia enamorarse todo cuanto su alma era capaz de amar, que lo era hasta lo infinito: don Juan, pues, moria pensando en doña Clara, sufria recordando á la Dorotea.

Poema tranquilo y dulce la una: poema sombrío y desgarrador la otra: dos grandes mujeres, consideradas en cuanto al corazon, pero puestas en condiciones, enteramente distintas: la una altiva con su dignidad de mujer y de nobleza de raza: la otra, humilde, paciente, devorando en silencio las contrariedades de su nacimiento y de su vida: las dos hermosas, espirituales, codiciadas, celebradas: las dos hablando con lenguaje tentador elocuente al jóven.

Don Juan, pues, tenia fiebre.

Pero enérgico, valiente, acostumbrado á acometer de frente las contrariedades vulgares que hasta entonces habia esperimentado, acometió

de frente la dificultad escepcional en que se encontraba metido, y dijo para sí:

—El ser yo hijo de Osuna, ya no tiene remedio: en cuanto á doña Clara, será mi esposa, porque yo lo quiero: Dorotea... Dorotea será mi hermana.

Otro hombre hubiera dicho, frotándose las manos de alegría:

—Bastardo ó no, soy hijo de un gran señor, y tengo una gran renta: las dos célebres hermosuras de la córte y del teatro, me aman: la una será mi mujer, la otra será mi querida.

Por el contrario, don Juan, con arreglo á su corazon, sin meditar, porque no tenia esperiencia, que con las mujeres no hay términos medios posibles, habia creido salir del atolladero, con una hipotésis, que á realizarse satisfacia á su corazon y á su conciencia.

Y mas tranquilo ya, se orientó, tomó por punto de partida la calle Mayor, y sin vacilar ya, se dirigió á la calle Ancha de San Bernardo, y á la casa de la Dorotea.

Al llegar á la puerta retrocedió.

Un bulto se habia enderezado y permanecido inmóvil delante de él.

—¡Quién va! dijo don Juan poniendo mano á su espada.

—Decid mas bien ¿quién espera? ¿quién se desespera? ¿quién tirita? ¿quién se remoja? ¿quién está en batalla descomunal con el sueño, esperando á un trasnochador insufrible? ¡cuerpo de mi abuela, que bien son ya las dos de la mañana!

—¡Don Francisco! esclamó admirado el jóven: ¿qué haceis aquí?

—Esperar para deshacer.

—¿Para deshacer qué?

—Enredos y dificultades: cuando mi duque de Osuna me escribió que viniese á la córte en busca vuestra, no sabia yo el trabajo que habíais de darme, ni verme metido en tales laberintos, como en los que por vos estoy, sin corazon y sin cabeza, sin cuerpo y sin alma.

—¡Vos!

—Sin cuerpo, porque tal como le tengo de aporreado no aprovecha, y sin alma, porque la tengo trastornada, y revuelta, y andando en cien lugares y no sabiendo donde pararse.

—¡Ah! ¡esperábais!

—Si señor, y habia perdido ya la esperanza, amigo Montiño.

—No volvais á llamarme Montiño, os lo ruego don Francisco: ese apellido me hace daño.

—¡Ah! ¿ha rebentado del secreto vuestro tio? dijo Quevedo con intencion.

—El cocinero del rey, por una casualidad, ha venido á parar á mis manos con un cofre, y en ese cofre...

—Pues me alegro ¡vive Dios! alégrome de que sepais... pero en fin, ¿qué es lo que sabeis?

—Llevo conmigo mi partida de bautismo, unas escrituras, por las que el duque de Osuna me hace rico, y una carta de mi padre.

—¿Pero quién es vuestro padre?

—El escelentísimo señor don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, marqués de Peñafiel, conde de Ureña, virey de Nápoles, y capitan general de los ejércitos de su magestad, dijo con amargura el jóven.

—¿Y os pesa de ello, don Juan? dijo Quevedo cambiando de tono.

—Pésame por mi madre.

—¿Sabeis quién es vuestra madre?

—No: ¿y vos?

—Tampoco, contestó prudentemente Quevedo.

—¿Pero sabíais que el señor duque...?

—Si por cierto: su escelencia se ha levantado para mí la mitad de la carátula.

—¿Y qué hacer?

—Decir á voces para que todo el mundo lo oiga: yo soy don Juan Tellez Giron, hijo del grande Osuna... pero por lo pronto hay que hacer otra cosa, recibir esta carta que vos no esperábais.

—¿Acaso una carta de mi padre?

—De persona es esta carta, que os alegrará, cuando el duque por ser vuestro padre y por pensar como pensais, os entristece.

—¿Pero de quién es?

—Oledlo, y ved si trasciende á hermosura, y á amor, y á gloria para vos, que como sois jóven, buscais la gloria en una mujer.

—¡De doña Clara! esclamó alentando apenas el jóven.

—¡Ah! ¡pobre Dorotea! dijo Quevedo; su hermosura y su amor, á pesar de ser tan peligroso, no ha podido haceros olvidar á la hermosa menina. Quisiera que doña Clara os oyese. Tiene celos.

—¡Celos!

—Como que ama.

—¿Y os ha dado esta carta para mí?

—Mirad á lo que por vos me reduzco.

—¡Ah! Dios os premie, don Francisco, la ventura que me dais: Pero agonizo de impaciencia.

—¿Por leer? pues leamos.

—¿A oscuras? ¡maldiga Dios la noche!

—Y bendiga los farolillos de las imágenes callejeras: á la vuelta de la esquina hay uno, á cuya luz, si le han alimentado bien, podreis salir de ánsias.

Don Juan tomó adelante hácia la vuelta de la esquina, y de tal modo, que Quevedo que no podia ir ligero, se quedó atrás.

—De todas las necesidades que hacen andar mas de prisa á un hijo de Eva, dijo, no conozco otra como la mujer.

Y siguió á paso lento.

Entre tanto don Juan habia doblado la esquina.

Efectivamente, alumbrando, aunque á media luz, á una vírgen de los Dolores embutida en su nicho, habia un farol.

Don Juan tenia una vista escelente y, gracias á ella, pudo leer lo que sigue en la carta de doña Clara.

«Os espero; os espero, no podré deciros con cuanta impaciencia: nunca he ansiado tanto; estoy resuelta á esperaros toda la noche. Venid en cuanto recibais esta á palacio por el postigo de los Infantes. Si don Francisco de Quevedo no pudiere acompañaros como se lo he rogado, llamad al postigo; dad por seña: el capitan Juan Montiño, y el postigo se abrirá y una doncella mia os traerá á mi aposento: romped ó quemad esta carta y venid, venid que os espero ansiosa.—Doña Clara Soldevilla.

El jóven sintió lo que nosotros no nos atrevemos á describir por temor de que nuestra descripcion sea insuficiente; era aquella una de esas agudas sorpresas, que trastornan, aplanan por decirlo asi, causan una revolucion poderosa en quien las esperimenta.

Don Juan vaciló, y para sostenerse apoyó sus manos y su frente en la repisa de piedra del nicho de la imágen.

Llegó Quevedo, se detuvo y contempló profundamente al jóven.

—¡Si las tormentas no se calmaran al fin...! dijo, ¡como su padre! ¡son muchos, muchos hombres estos Girones! ¡ó muy poco! ¿quién sabe? Y hace frio y llueve. ¡Don Juan!

El jóven se levantó de sobre la repisa aturdido.

—Paréceme que os esperan, y que os espera alguna persona á quien no debeis hacer esperar... y acaso... acaso os esperan muy altas personas.

—Vamos, dijo el jóven.

Y tiró adelante.

—No es por ahí, dijo Quevedo.

—Pues guiadme vos.

—Y vos llevadme, si hemos de andar de prisa.

Y Quevedo se asió al brazo de don Juan, y en silencio entreambos, porque el jóven estaba mas para pensar que para hablar, y Quevedo mas que para andar y hablar para dormir, tomaron el camino del alcázar.

Don Francisco se fué derecho, como quien tanto conocia el alcázar, al postigo de los Infantes, y llamó.

Al primer llamamiento nadie contestó.

—¿Qué es esto? dijo don Juan, ¿nos habremos equivocado de puerta ó se habrá arrepentido doña Clara?

—No; sino que aquí tambien hace sueño ¡ya se vé! ¡es tan tarde!

Y Quevedo bostezó y llamó por segunda vez.

—¿Quién llama? dijo tras el postigo una soñolienta voz de mujer.

—¿No os lo dije? dormian; contestó Quevedo ¿Pero que haceis que no contestais?

—¿Quién es? dijo la voz de adentro mas despierta.

—El capitan Juan Montiño, contestó don Juan.

Rechinaron los cerrojos del postigo que se abrió á medias.

—Entrad, dijo la mujer.

Y cuando don Juan hubo entrado, el postigo volvió á cerrarse.

—Esperad, dijo Quevedo conteniendo con la mano el postigo: aun queda uno: digo, sino es que yo sobro, que me alegraria.

—¿Sois don Francisco de Quevedo y Villegas?

—Creólo asi.

—Entrad pues, y en entrando oid lo que habeis de hacer, dijo la jóven que jóven era á juzgar por la voz la que hablaba, y cerró la puerta quedando los tres en un espacio oscuro.

—¿Os han dado algun mandato para mí? dijo Quevedo.

—Mi señora me ha dicho que su magestad os está esperando, que vayais á su cuarto y os hagais anunciar por la servidumbre.

—De las dos magestades ¿cuál me espera?

—Su magestad el rey.

—¡Ah! pues corro, dijo Quevedo permitiéndose una licenciosa suposicion de ligereza.

—¿Sabeis el camino?

—Aprendile ha rato.

—Pues id con Dios.

—Guardeos él y á vos amigo don Juan.

—¡Ah! don Francisco, esta es la primera aventura que me hace temblar.

—No digais eso, que al conoceros medroso, pudiera tener miedo vuestra guía y equivocar el camino. Tengo para mí que os deben llevar por la derecha.

—Y vos debeis iros por la izquierda, dijo la mujer.

—Bien me lo sé.

—Adios.

—Adios.

Y se oyeron los tardos pasos de Quevedo que se alejaba.

—¿Dónde estais, caballero? dijo la jóven que habia abierto el postigo.

—Junto á vos, á lo que parece, contestó don Juan.

—Dadme la mano que os guie.

Diósela el jóven, y por su tacto ni áspero ni suave, comprendió que se trataba de una medio criada medio doncella.

Llevóle esta, por unas escaleras, luego por una galería, y al fin se detuvo, sonó una llave en una cerradura, se abrió una puerta, se vió al fondo de su habitacion el reflejo de la luz que alumbraba á otra, y la sirviente dijo al jóven.

—Pasad, en su cámara encontrareis á mi señora.

Adelantó temblando el mancebo, combatido por la duda y por la impaciencia, que nunca es mayor que cuando estamos próximos á tocar un objeto ansiado, y entró en la habitacion de donde salia el reflejo de la luz.

CAPITULO XXXIX.

De cómo el noble bastardo se creyó presa de un sueño.

De pié, inmóvil, apoyada una mano en una mesa, encendida, trémula, con la mirada vaga, estaba doña Clara, alumbrada de lleno por la luz de un velon de cuatro mecheros.

Don Juan no pasó de la puerta.

Al verla se quedó tan inmóvil como ella.

Durante algun tiempo ninguno de los jóvenes pronunció una sola palabra.

Doña Clara miraba de una manera singular á don Juan.

Don Juan estaba mudo de admiracion, dominado por la mágia que se desprendia de doña Clara y con la vista fija en ella.

Estaba maravillosamente vestida.

Un traje de terciopelo blanco de Utrech con bordaduras de oro y cuchilladas de raso blanco, realzaba la magestad, y la belleza de las formas, lo arrogante de la actitud, que constituian el ser de doña Clara, en un indefinible conjunto de distincion y de hermosura.

Estaba hechiceramente peinada, ceñia su cabeza una corona de flores de oro esmaltadas de blanco, y de esta corona pendia un velo de gasa de plata y seda.

Inútil es decir que á este bello traje, servian de complemento bellas y

ricas alhajas. No podia darse nada mas hermoso, mas completamente hermoso.

—Acercaos, dijo con acento dulce doña Clara.

—¿Para que me habeis llamado? esclamó el jóven con afan acercándose.

—Decidme primero lo que habeis pensado de mí, al leer la carta que os he enviado con don Francisco.

—He creido... no he creido nada, porque vuestra carta me ha aturdido. ¿No lo veis señora? ¿No conoceis que estoy muriendo?

—Dominaos, reflexionad y decídmelo: ¿qué pensais de esta estraña cita?

—Pienso, señora, que sabeis bien que mi vida es vuestra, y no solo mi vida sino mi alma, y que si me habeis llamado es á causa sin duda de hallaros en un grave compromiso.

—Teneis razon: en un compromiso harto grave. Me caso...

—¡Qué os casais!

—Si por cierto, y voy á mostraros la causa porque me caso.

Don Juan no contestó, porque se le habia echado un nudo á la garganta.

Doña Clara, entre tanto, habia tomado de sobre la mesa un objeto envuelto por un papel y le desenvolvió lentamente.

El jóven, vió un magnífico rizo de pelo negro, sujeto por un no menos magnífico lazo de brillantes.

—He aquí lo que me casa con vos, dijo doña Clara con la voz. firme y lenta, aunque grave.

—¡Conmigo! ¡os casareis conmigo! esclamó el jóven en una esplosion de alegría: yo..! ¡yo vuestro esposo...! ¡yo poseedor de vuestra alma, de vuestra hermosura...! ¡esto... esto es un sueño!

Y don Juan retrocedió y por fortuna encontró un sillon en el que se dejó caer.

Estaba pálido como un difunto, temblaba, miraba de una manera ansiosa á doña Clara.

De repente se levantó, asió una mano á doña Clara, la estrechó contra su corazon y esclamó:

—Esplicadme, señora, esplicadme este misterio que me vuelve loco.

—Cuando seais mi esposo.

—Pero eso será pronto...

—¿No me veis vestida de boda? la corona nunpcial de mi madre, las

joyas que llevó en una ocasion semejante, me adornan: á falta de traje á propósito la reina me ha regalado este. Yo queria casarme lisa y llanamente... pero me han mandado ataviarme... me ha sido preciso obedecer: todo se ha reducido á aceptar este traje de su magestad, á abrir el cofre donde conservo las joyas de mi madre y á ponerme en manos de mis doncellas; ya veis que todo esto indica que el casamiento corre prisa: el padre Aliaga alegó no sé qué del concilio de Trento, pero la reina dijo que eso se arreglaría despues... de modo, señor, que sus magestades, el inquisidor general y yo, os estamos esperando desde hace tres horas. Solo falta que vos me digais si quereis casaros conmigo.

—Vuestra duda es impía doña Clara: ignoro porqué habeis cambiado vuestros desdenes de anoche.

—Los ha cambiado este rizo.

—Pero ese rizo...

—Es mio.

—¿Y no me direis mas?

—Luego; despues de las bendiciones, á solas con vos.

—Doña Clara, yo os amo; sois lo único á que aspiro: ser vuestro y que vos seais mia es una gloria que me enloquece... pero noto en vos no sé qué de terrible, de violento. ¿Os obligan á que os caseis conmigo?

—Si por cierto, me obliga mi corazon.

—¡Vuestro corazon! habeis pronunciado de tal manera esas palabras que me espantan: no, vos no me amais...

—¿Quién sabe?

—Si me amárais pronunciaríais ese ¿quién sabe? con menos amargura... ¿qué digo con menos..? lo pronunciaríais con el alma, que asomaria á vuestro acento y á vuestro rostro por mas que lo quisiérais ocultar.

—¿Y qué no asoma?

—Despechada y amarga, que enamorada y contenta no.

—¿Pero á que esta disputa? ¿no quereis casaros conmigo?

—He querido y quiero... pero segun os veo... me niego...

—¡Ah! ¡os negais!

—No quiero ayudar á que os sacrifiquen.

—¡Don Juan!...

—¿Por qué me llamais don Juan?

—Por... ¡por qué sé yo! ¿pero esto qué importa?

—Mucho... acaso el ser yo sobrino del cocinero del rey...

—Eso no importa nada...

—¿Y si fuera peor? ¿si yo fuera un bastardo...?

—¡Cómo! ¿sabeis...?

—¿Y qué he de saber? ¿que soy hijo del duque...?

—Del gran duque de Osuna, y...

—¿Y de quién? ¿sabeis acaso señora el nombre de mi madre, como sabeis el de mi padre?

—¡Cómo! ¿no sabeis quién es vuestra madre...?

—No ¿y vos?

—Tampoco...

—Ayer ni aun el de vuestro padre conocíais.

—Lo he sabido por una casualidad esta noche ..

—Yo lo supe ayer...

—¿Quién os lo dijo...?

—Vuestro supuesto tio...

—¡Ah! ¡mi tio... Francisco Montiño os lo dijo...! ¿y á que propósito...?

—Estamos pasando el tiempo don Juan... estamos haciendo esperar á sus magestades.

—Un solo momento: leed, y despues decidme si os quereis casar conmigo.

Y sacó de su ropilla los papeles; buscó la carta del duque y la dió á doña Clara.

Esta la leyó.

—Me caso con vos, dijo devolviéndosela.

—Pero esto es cruel... vuestra decision me espanta.

—¿No me amais...? dijo con impaciencia doña Clara... pues si me amais ¿á qué esa obstinacion...? ¿dudais acaso de mí...? ¿amais acaso á otra, á causa de esa facilidad que teneis de enamoraros en dos minutos?

—Me estais desgarrando el alma, señora... y... no os comprendo... arrostrais un sacrificio al casaros conmigo... todo lo indica en vos; y cuando quiero salvaros, si es posible, á costa mia de ese sacrificio... ¿me preguntais, no solo si os amo, sino si amo á otra?

—Son las tres de la mañana, dijo doña Clara, y sus magestades esperan: concluyamos: ó volveos libre, ó seguidme.

—Esperad: puesto que vais á ser mi esposa...

—¿Qué...?

—En la carta que habeis leido, se habla de las alhajas de mi madre: aceptadlas como vuestro dote, señora...

Y el jóven se metió la mano en el bolsillo.

—Despues, muy despues, dijo doña Clara: ahora, puesto que entrambos queremos unirnos, venid.

Y se dirigió á una puerta, en paso rápido, poderoso, en que se revelaba la escitacion de que estaba poseida.

Don Juan la siguió.

Y dominado por lo estraño, por lo maravilloso, y aun podemos decir por lo terrible de la situacion, ni aun se acordó de que iba pobremente vestido, con su sombrero ajado, su capilla parda, y sus botas de camino enlodadas hasta las corbas.

Porque todo habia variado en el jóven: menos el trage, todo.

CAPITULO XL.

De cómo Quevedo se quedó á su vez sin entender al rey.

—Enredo como este, confesad que es mayor que vuestra perspicacia, don Francisco, decia Quevedo, dirigiéndose á oscuras desde la parte baja del palacio al cuarto de Felipe III. Y eso, añadia, que teneis una perspicacia que os mata. Que doña Clara se haya enamorado de nuestro hombre, pase, porque yo que no peco por los amores barbados, estóilo de él; que doña Clara se haya valido de mí como de un anzuelo para pescar á su enamorado, cosa es que no espanta á nadie, porque las mujeres se agarran á todo... que se encierre con él... cosa es que de comun apesta... pero que me digan: acompáñele vuesamerced; y acompañado que ha sido: vaya vuesamerced á ver al rey que le espera, á las tres de la mañana, cuando nuestro señor, que Dios guarde, es mas dado á dormir que un gusano de seda, dígome que no me entiendo, dóime capote, y sigo y prosigo hácia el cuarto de su magestad.

Y seguia don Francisco, pero dando vueltas á su poderosa imaginacion.

—¿Qué será, qué no será?.. lo que fuese sonará, dijo al fin cansado de cabilar y entrando en una galería alumbrada, á donde daba la puerta de la primera antecámara del cuarto del rey.

Llegó, habló á una ayuda de cámara, y fue introducido hasta el rey á quien habian despertado para anunciar á Quevedo, y que habia vuelto á dormirse.

Es de advertir, que el rey estaba en su lecho, y convenientemente rebujado.

El ayuda de cámara despertó á su magestad.

—Pronto amanece hoy, dijo el rey.

—Son las tres de la mañana, señor, dijo el ayuda de cámara.

—¡Ah! ¡son las tres de la mañana! dijo el rey bostezando, y poniéndose la mano á manera de pantalla, para mirar á Quevedo, sin que le ofendiese la luz de la lámpara: ¿quién es ese? añadió despues de haber bostezado otras tres veces, y de haber mirado durante tres minutos á Quevedo, que estaba tieso é inmóvil delante del lecho real.

—Es don Francisco de Quevedo y Villegas, señor, dijo el ayuda de cámara.

—¡Ah! pues creo, Dios me perdone, que estamos perseguidos por don Francisco.

—Perdóneme vuestra magestad, señor, dijo Quevedo con voz campanuda y vibrante: yo he sido llamado: que si llamado no fuera, no aportára yo en todos los años de mi vida por vuestra cámara.

—¡Ah! es verdad... ahora recuerdo; solo que no recuerdo para lo que os he llamado... os necesitaba para algo.

Quevedo no contestó.

—¿Sabeis que tengo frío, don Francisco? dijo el rey.

—Andan los tiempos muy crudos, señor, contestó Quevedo.

—Efectivamente, han dado en decir de estos tiempos, que si son crudos, que si son cocidos. ¿Sabeis si se guisa algo bueno por el alcázar?

—No señor, no me he dado á lo cocinero, y aunque lo fuese, hace mucho tiempo que el alcázar no es cacerola mia.

—¡Ah! pues en la tal cacerola, hierve por un lado, y por otro hiela. Y hace frío, si señor, hace frío. Hacedme la merced, don Francisco, de llamar.

Quevedo fué á una puerta, y dijo:

—Su magestad llama.

—Oye Sarmiento, dijo el rey: ponme detrás dos almohadones á fin de que pueda recostarme, y el gaban de pieles.

Sirvió el ayuda de cámara al rey, y este le despidió.

Felipe III se quedó sentado en la cama recostado sobre los almohadones, y envuelto en el gaban.

—Os aseguro, don Francisco, dijo el rey bostezando de nuevo y ha-

ciendo la señal de la cruz sobre el bostezo, que estoy pasando una mala noche.

—No la paso yo mejor, dijo Quevedo.

—Vos os divertís; yo me fastidio.

—Pues doy la diversion por dos blancas.

—Os juro que no puedo dormir.

—Y yo os afirmo, señor, que no puedo acostarme.

—Yo os habia llamado para algo.

—Yo creia que para algo era venido.

—Y es que no me acuerdo... ¿podeis vos adivinar..?

—¡Cómo! ¡señor! yo no me atrevo á penetrar en la alta voluntad de un rey tan grande como vuestra magestad, dijo Quevedo inclinándose profundamente.

—Pues mirad, don Francisco, hay ocasiones en que yo tengo que tragarme mi voluntad.

—Y yo con mucha frecuencia las palabras.

—¿Y no se os ocurre para que os podría necesitar yo?

—Creo que soy demasiado humilde para que haya vuestra magestad necesidad de mí.

—¡Ah! ya recuerdo... recuerdo que tenia que preguntaros algo. ¿No teneis nada que decirme?

—Que Dios prospere á vuestra magestad, y le de centuplicados reinos.

—Paréceme que los que tengo me sobran... pero ayudadme, don Francisco...

—¿Y á qué, señor..?

—A que saquemos en claro para que os he llamado yo.

—¿Apostamos, dijo para sí Quevedo, á que el rey se está vengando de mí por lo de esta mañana? pues aguarda.—Yo creo, señor, dijo en voz alta, que me habeis llamado para entretener la vela; es decir, que me usais como á libro malo que solo se busca para llamar el sueño: si quiere vuestra magestad, convertireme en libro, y contaré á vuestra magestad un cuento.

—No tal, ni por pienso, dijo el rey, porque vuestros cuentos no los entiendo yo. Hablemos de otra cosa. ¿Qué me decís de vuestro duque de Osuna?

—Que no es mio.

—¡Ah! pues por vuestro os le dan.

—Agradezco la intencion porque indudablemente quieren hacerme un buen regalo.

—¿Está contento con su vireinato de Nápoles?

—Nada debe de dolerle, porque no se queja.

—¿Y vos estais contento aquí?

—Segun: rabio á ratos á ratos rio: cómo olla podrida y si no engordo no enflaquezco.

—Decíamos que el duque... pues... decíamos que el duque... ¿qué decíamos don Francisco?...

—Yo no decia nada.

—Yo he querido decir algo... pues... queria haberos dicho algo de cierto hijo.

—No entiendo á vuestra magestad.

—Pues hablemos de un sobrino.

—Lo entiendo menos.

—De un rizo...

—Continuo á oscuras...

—De unas estocadas...

—Ni aun con la lengua las doy hace un siglo.

—Pues señor, dijo el rey, ahora veo que no os he llamado para nada.

—Me ha llamado indudablemente vuestra magestad para que venga.

—Y siendo venido para que os vayais...

Y el rey bostezó mas profundamente, se escurrió á lo largo de las almohadas y se rebujó.

—Dios dé á vuestra magestad muy buenas noches, dijo Quevedo.

El rey no le contestó: se habia dormido.

Quevedo dió media vuelta y salió vivamente contrariado.

—¿Y que debo yo hacer ahora? dijo cuando se vió en la galería. ¿Irme ó quedarme? ¿y si me quedo, dónde me quedo? ¿y que habrá querido decirme el rey? ¿Cuando los mentecatos pretenden hacerse graves, quien los entiende? ¿Si su magestad querrá dar al traste con Lerma y servirse de Osuna? ¡qué hable claro su magestad, que no soy yo hombre que sirva para catas, ni para ser traido y llevado! Aquí debe de andar la reina... si yo pudiese ver á la reina... ¡vamos! lo mejor será no pensar en ello: lo que fuere sonará.

Y siguió adelante pero con paso vago, como de quien no sabe á dónde va.

—¡Eh caballero! le dijo una voz de mujer al pasar junto á una puerta.

—Hábito llevo, dijo don Francisco; conque bien puedo responder aunque á pié me hallo. ¿Qué se os ocurre señora?

—Mi señora os llama.

—¿Y quién es vuestra señora?

—La señora condesa de Lemos.

—¡Ah! pues sed mi estrella.

—¡Qué!

—Que me guieis.

—Seguidme.

La mujer que era una doncella de la condesa de Lemos, le llevó á la antecámara de la reina, donde le salió al encuentro doña Catalina de Sandoval.

—Gracias á Dios que el rey os ha soltado, dijo.

—¿Y por qué esas gracias...?

—Os esperan.

—¿Dónde?

—En el oratorio de la reina.

—Pues no adivino.

—¿No os ha dicho el rey que vos debeis representarle como padrino de una boda..?

—¡Ah! ¡si! ¿Se trata de boda? ya lo habia yo olido. Pero de nada menos que de eso me ha hablado el rey.

—No importa, yo represento como madrina á la reina.

—¡Ved ahí que casualidad, que nos hayan buscado á los dos para representar un matrimonio! ¿Y los testigos?

—Son de la casa.

—¿Se trata de un casamiento secreto?

—No señor, sino de un matrimonio de conciencia.

—Pues entonces no es la boda que yo creia.

—Si, si por cierto: el capitan de la guarda española del rey, Juan Montiño se casa con la dama de honor de su magestad la reina, doña Clara Soldevilla.

—¿Y hay conciencias ya entre esos...? ¡pues si se conocieron ayer...! aunque cuando se vieron en la calle, tarde y á oscuras y ya sabeis que la soledad y las tinieblas... ¡pero señor, si él estaba desesperado...!

—No os canseis don Francisco, lo de la conciencia ha sido un pre-

testo para engañar al rey á fin de que dé al momento la licencia; todo proviene del enredo de anoche; de aquel rizo de doña Clara.

—¡Ah! ¡el rizo de doña Clara! ¡pues ya entiendo lo que no entendia!

—¡Cómo! ¿el rey puede haber sospechado...?

—El rey no ve mas que á dos dedos de sus narices...

—Se ha temido: para perder el temor se ha hecho necesario que ese jóven sepa todo el enredo. Pero anoche doña Clara declaró solemnemente á la reina, que no llamaba al señor Juan Montiño, que no le ponia en antecedentes, que no permitia que tuviese el rizo... sino siendo su marido.

—Como que no desea otra cosa, y se agarra como un alacran á un pretesto.

—Como que era necesario obrar cuanto antes, entraron en la conspiracion la reina y el padre Aliaga, y despues de conspirar se determinó que el padre Aliaga fuese al momento á ver al rey, y le dijese que enamorada, loca, en una ocasion desgraciada, doña Clara habia dado un mal paso con Juan Montiño. Que á mas de ser urgentísimo casarlos, la reina no queria que su dama favorita estuviese un solo momento espuesta á quedarse como se estaba y que era necesario casarlos luego, luego... como el rey es tan devoto y en estos asuntos tan delicado de conciencia, á pesar de que por doña Clara ha hecho mas de dos simplezas, á pesar de que está enamorado de ella, cuanto su magestad puede estarlo de una mujer, ha dado la licencia para el casamiento, pero no ha querido asistir.

—¡Ah! ¡la mala noche del rey! ¡ya pareció ella!

—La reina tampoco quiere asistir á la ceremonia, porque... piensa que doña Clara se sacrifica por ella.

—¡Mentira, mentira y mas mentira!

—Y allá están ambos novios con el padre Aliaga y los testigos esperando únicamente por vos.

—¿Y quiénes son los testigos?

—Pedro Sarmiento, ayuda de cámara del rey, y Juan de Urdiales maestro de ceremonias: los que se han encontrado mas á mano.

—Vamos, pues, allá y no retardemos la felicidad de los enamorados. ¡Y llevar yo cuarenta y ocho horas sin dormir por descanso de viaje!

—Ya dormireis bien esta noche...

Y la condesa asió á Quevedo de una mano y guiándole desapareció con él por una puerta.

CAPITULO XLI.

De cómo don Juan Tellez Giron se encontró mas vivo que nunca cuando mas pensaba en morir.

Una hora despues de haber salido de la estancia doña Clara con el jóven, volvieron.

Pero volvian casados.

Don Juan miraba de una manera avara á la jóven.

La alegría, la felicidad, la pasion, brillaban en su semblante.

Doña Clara estaba vivamente escitada, y á duras penas podia disimular que era feliz.

Y sin embargo, no miraba al jóven.

Y sin embargo, se mantenia duramente reservada.

Atravesó el aposento rápidamente, y al llegar á una puerta, como pretendiese pasar don Juan le dijo:

—Esperad un momento, señor.

El jóven respetó la voluntad de doña Clara y se detuvo.

La puerta se cerró.

Don Juan se quitó la capa y el sombrero, la daga y la espada, las arrojó sobre un sillon y se sentó en otro descuidadamente junto al brasero, como pudiera haberlo hecho en su casa.

Y esto era lógico.

El cuarto de su mujer, era su cuarto.

¡Su mujer doña Clara! ¡aquella dama cuyo semblante apenas visto

le habia deslumbrado! ¡aquella divina y magnífica hermosura, que encubierta se habia asido á su brazo! ¡aquella dama tan gentil, tan jóven, tan pura, que le habia llamado para recoger una prenda de la reina y que habia acabado de enamorarle! ¡aquel dulce imposible estaba vencido!

Don Juan gozaba de un bienestar completo; se adormia en las ardientes ilusiones de su pensamiento; abrasaba con deleite su alma en aquel amor afortunado.

¡Suya doña Clara!

¡Su mujer doña Clara!

¡Doña Clara la madre de sus hijos, el dorado rayo del sol de su casa, su compañera de por vida!

Don Juan se creia soñando, y cuando se convencia de que no soñaba moria de impaciencia.

Al fin apareció doña Clara, sencillamente vestida de casa, pero elegante, con un ancho traje de seda negra y una toquita blanca en los cabellos.

—¡Oh! ¡felicidad mia! esclamó el jóven levantándose con tal rapidez que no pudo evitar doña Clara que la abrazase, y la besase en la boca.

La jóven dió un grito y quiso desasirse, pero no pudo.

Don Juan la retenia entre sus brazos, reclinaba sobre su hombro su cabeza y lloraba.

—Apartad, señor, apartad, dijo doña Clara con voz dulce: vuestra esposa os lo suplica.

Don Juan soltó á doña Clara que estaba ruborosa y trémula.

—¿Es verdad que me amais tanto..? esclamó la jóven, mirando con toda la fuerza de sus ojos negros á don Juan.

—Si no os amara; si no fuérais para mí antes que todo ¿me hubiera casado con vos, sin pretender aclarar antes de nuestro casamiento, el misterio de tal casamiento?

—Sentaos don Juan, sentaos y escuchadme: escuchadme como si jamás me hubiérais hablado de amores, como si no fuéramos marido y mujer.

—Pero...

—Hacedme la gracia de escuharme: bien sé que casada con vos, vuestra voluntad es para mí una ley: pero yo apelo á vuestra hidalguía; yo os pido, y os lo pido con toda mi alma, que por ahora no mireis en mí mas que á doña Clara Soldevilla, no á vuestra esposa. ¿Me lo concedeis?

—Será siempre, señora, todo lo que vos querais, menos no amaros.

—No os pediré eso jamás, porque vuestro amor para mí lo es todo siendo como soy vuestra mujer.

—¿Me decís al fin que me amais?

—Os amo como debe amar una mujer casada á su marido... mas claro: por el momento os respeto... os quiero... tengo en vos esperanzas...

—¿Pero no sois para mí la mujer enamorada?

—No quiteis al tiempo lo que es suyo ¡Yo no os conozco!

—Y sin embargo os habeis casado conmigo.

—Os confieso que en la situacion en que me he casado con vos, y por la razon que lo he hecho, me hubiera casado con cualquiera de quien hubiera podido buenamente ser esposa.

—¿Sin amor?

—Sin amor.

—¿Pero qué misterio, qué razones son esas?

—Las vais á oir: en primer lugar tomad este rizo; guardadlo.

—¡Este rizo vuestro! esclamó el jóven besándole con locura. Pero esta joya...

—Es necesario que la dejeis en el rizo.

—La dejaré... pero tomad vos las de mi madre...

—Despues, don Juan, despues. ¿Quereis oirme?

—Seguid señora.

—Cuando os pregunte alguien que por qué heristeis á don Rodrigo Calderon, inventad una mentira razonable... pero si el rey os preguntase por un acaso...

—No pienso que tenga ocasion de hablarme.

—Os engañais, el rey tendrá ocasion de veros con mucha frecuencia.

—¿Como esposo vuestro?

—Por eso no tiene el rey que veros. Pero sí como capitan de la guarda española.

—¡Ah! ¡con qué yo soy capitan!

—Tal vez despues de saber quien sois, no querais ser soldado.

—Por el contrario, señora, tengo obligacion de servir al rey.

—Con tanta y tan grave cosa como me tiene en cuidado, me olvidé de daros una provision de capitan que tengo para vos. Esperad. Voy á dárosla.

Y la jóven se levantó, sacó del cajon de un mueble un papel, y le dió á don Juan.

—Ésta provision ha sido vendida y revendida, dijo el jóven.

—Se ha comprado para vos.

—¿Y quién la ha comprado?

—La reina.

—¡Me paga el servicio casual que la he hecho!

—No, no por cierto: el servicio que habeis hecho á su magestad no hay conque pagarlo.

—Demasiado recompensado estoy si por conoceros he servido á su magestad, y por servirla sois mia. Nada hay en el mundo que valga lo que este premio. Por lo tanto, esta provision está demás... si la acepto, la pagaré.

—No lleveis vuestra altivez, muy digna sin duda, hasta el punto de ofender á su magestad: aceptad tal como se os dá esa compañía, y estad seguro de que ya tendreis mas de una grave ocasion de servir á la reina.

—Sea lo que vos querais, dijo el jóven guardando la provision.

—Sea lo que debe ser, dijo doña Clara: continuemos: como capitan de la guarda del rey, cuando esteis de servicio, recibireis en muchas ocasiones las órdenes directamente de su magestad, en particular en las partidas de caza, donde por vuestro oficio estareis junto al rey. En una palabra: estais al servicio inmediato de su magestad. Si un dia, mañana acaso, el rey os preguntase á cerca de mí... decidle... hacedle entender que entre nosotros mediaban amores... que... que en una palabra: por deber y por conciencia estábais obligado á casaros conmigo.

—Pero eso no es verdad.... yo no puedo ofenderos.... el rubor que tiñe vuestro semblante, dice bien claro que os ofenderia.

—Don Juan, la reina es mi hermana, dijo profundamente doña Clara: ella en su alta posicion y yo en la mia, al conoceros... oid desde el principio don Juan. Yo tenia una madre buena, amante, hermosa... venid... vais á conocer á mi madre.

Doña Clara se levantó, tomó una bujía y precedió al jóven.

Pasaron por un aposento de vestir, y entraron en un dormitorio.

En él habia un pequeño lecho blanco que respiraba pureza, algunos ricos muebles, y en una de las paredes, un cuadro cubierto con un velo negro.

Doña Clara corrió aquel velo, y quedó á la vista de don Juan una dama de cuarenta años, pálida, escesivamente hermosa, y á juzgar por su traje y por su espresion, muy principal dama.

—Esa era mi madre, dijo doña Clara, con acento vivamente conmovido.

—¡Ah! ¡digna madre de tal hija! dijo el jóven no menos conmovido.

—¿No es verdad, don Juan, que yo debo estar orgullosa de mi madre?

—Como debeis estarlo de vos misma.

—No hablemos de mí, dijo doña Clara corriendo de nuevo el velo. Ya os he dado á conocer á mi madre de la única manera que me ha sido posible. Volvámonos á donde estábamos.

Don Juan salió suspirando de aquel dormitorio tan blanco y tan puro, pero enorgullecido por su mujer, porque la atmósfera de aquel dormitorio, habia venido á ser para don Juan un testimonio de la valía de doña Clara.

Sentáronse entrambos jóvenes de nuevo, el uno en un estremo, y en otro estremo el otro, de la ancha tarima del brasero.

—Nuestra familia, y la vuestra, porque en ella acabais de entrar, se componia hace cuatro años, de mi padre Ignacio Soldevilla, coronel de infantería española, encanecido en los combates: de mi madre doña Violante de Saavedra, hija de un mayorazgo de la montaña, y de mí. Cuando conozcais á mi padre, que espero sea pronto, él os relatará nuestro abolengo, él os dirá muchas de esas cosas que una mujer no debe decir á su marido. Yo solo os hablaré de mis padres. Mi madre, criada con el recogimiento de una casa de solar de la montaña, no tuvo mas amores que los de mi padre: le amó como yo os amaré despues de casada.

—¡Ah! ¡ni vuestra madre amó á su esposo, sino despues de casada, ni vos me amais aun!

—Continuemos. Pasaba mi padre, hace mas de diez y ocho años, con su compañía hácia Navarra, é hizo noche en casa de mi abuelo materno, donde fue aposentado. Vió á mi madre... durante la cena... y no pudo dormir.

—Como yo...

—Mi padre lo ha recordado muchas veces á mi madre delante de mí, y mi buena madre le contestaba sonriendo: yo, señor, no dormí tampoco.

—¿Pero creo que vos habeis dormido esta noche pasada? dijo don Juan.

Doña Clara continuó, sin contestar á la pregunta del jóven:

—Al dia siguiente, mi padre, á pesar de que debia marchar, detuvo con un pretesto su marcha, y como es escesivamente franco, buscó á mi

abuelo, y le suplicó que para hablarle de cierto negocio, quisiese dar un paseo con él por el campo. Accedió mi abuelo, y apenas se vieron fuera de la poblacion, mi padre le dijo quién era, cuánto poseía, que estaba perdidamente enamorado de su hija, y que quería casarse sobre la marcha con ella. Mi abuelo le contestó que partiese con su compañía, por lo pronto, que él se informaría acerca de mi padre, y que con lo que hubiese resuelto le contestaría. Mi padre partió sin ver á mi madre, y al mes recibió en Navarra una carta de mi abuelo, en que le decia, que habiéndose informado lo que bastaba para saber que mi padre era noble, honrado, y valiente, y no oponiéndose á ello su hija, podia, si persistía en su pensamiento, volver á recibir las bendiciones. Mi padre no vió por segunda vez á mi madre, sino á los piés del altar.

—Pero de seguro, y á pesar de no conocer bastantemente á vuestro padre, vuestra madre nó le desesperó, dijo el jóven que no desaprovechaba ocasion.

Doña Clara no contestó tampoco á esta indirecta.

—Fueron felices; ricos, amantes, honrado mi padre por el rey, respetado por todos, respetada mi madre como merecian su virtud y su nobleza.—Yo nací en el término preciso despues de su matrimonio. Yo he sido su hija única.—Crecí al lado de mi madre; lo que sé lo aprendí de ella: durante las largas ausencias de mi padre en la guerra, nuestra casa estaba cerrada, algunos criados antiguos eran nuestra única compañía.—Yo era feliz.—Mi madre lo parecia tambien.—Hace cuatro años, mi madre murió.

Doña Clara se detuvo, inclinó la cabeza durante un momento, y luego la alzó.

En sus hermosos ojos brillaba una lágrima.

Don Juan la contemplaba estasiado: creia á cada momento que su amor no podia crecer, y sin embargo, á medida que se le iba revelando el alma de doña Clara, su amor crecia.

La jóven continuó.

—La muerte de mi madre fue mi primer dolor. Hasta entonces no habia yo comprendido que podia quedarme sola en el mundo, pero cuando mi madre murió, cuando no la ví á mi lado durante el dia, al acostarme, llamando sobre mí los buenos sueños con un dulce beso, al levantarme abriéndome con otro nuevo beso otro hermoso dia, ¡ay! hasta que todo esto me faltó, no comprendí el horrible vacio á que puede verse condenada una mujer, porque para una mujer, su madre lo es todo.— La

mujer para su madre es siempre una niña.—Mi pobre madre murió de tristeza, murió de amor.

—¡De tristeza! ¡de amor! esclamó don Juan.

—Del año, los nueve meses los pasaba mi padre en campaña, y aun habia años en que no venia.

—¡Ah! esclamó el jóven, arrastrado por el profundo sentimiento de la voz de doña Clara al pronunciar aquellas palabras.

—Mi madre no se quejaba á mi padre: si se hubiera quejado, mi padre hubiera dejado el servicio, pero hubiera enfermado de tristeza. Entre su propio sacrificio, y el de su esposo, mi madre se decidió por sacrificarse. Y se sacrificó por completo. Cuando mi padre volvia, y contaba á mi madre los peligros que habia arrostrado, mi madre le escuchaba sonriendo; cuando mi padre se despedia para una nueva campaña, le abrazaba sonriendo tambien; cuando nos quedábamos solas, mi madre se me mostraba, alegre, tranquila. No quería ennegrecer mi alma de niña con su tristeza.—Pero llegó un dia... ya hacia tiempo que mi madre estaba enferma.... un dia de muerte me lo reveló todo, pero me hizo jurar que nada sabria mi padre.—Entonces me hizo comprender, cuan terrible es amar y saber que el hombre amado está en un continuo peligro. Recibir cada dia noticias de batallas sangrientas, en que se quedaba tendida la flor de la nobleza española, y decir á cada noticia, recibida en carta de mi padre.—¡De esta ha salido salvo...! pero ¡y de la siguiente!—Esto es horrible, es una carcoma lenta que mata, ó la mujer que no muera en tal situacion, no merece ser amada.

—¡Oh! ¡no seré soldado! esclamó don Juan. Mi rey, mi orgullo, sois vos.

—Si, si, sereis soldado mientras sea necesario que lo seais; pero despues no: ¡no quiero morir como mi madre!

—¡Oh, Clara de mi alma! esclamó el jóven, recibiendo, el puro, el glorioso relámpago de amor que destelló de los ojos de doña Clara, al pronunciar sus últimas palabras; ¡vos me amais!

—Os amaré si mereceis que os ame, dijo doña Clara volviendo á apagarse por decirlo así.

Y luego con acento reposado, mientras don Juan suspiraba dominado por la firmeza de carácter de su mujer, esta continuó:

—Llegó por acaso mi padre á tiempo de recibir la última mirada, la última sonrisa de mi madre. Cuando la vió muerta, su dolor me espantó, me hizo olvidarme de mi propio dolor para acudir aterrada al socorro de

mi padre. ¡Creí que se habia vuelto loco! Y cuando pasó el primer acceso, me dijo:

—»¡Yo no puedo permanecer por mas tiempo en esta casa! ¡está maldecida para mí! ¡no tengo parientes con los cuales llevarte, y no permanecerás aquí tampoco: ¡la reina! ¡yo he derramado mi sangre por el rey! ¡mi lealtad ha costado la vida á ese ángel!—Mi padre habia adivinado la causa de la muerte de mi madre.—¡El rey no me negará la gracia de que entre en la servidumbre y bajo el amparo de la reina.... ó no hay Dios en los cielos!

Y me trajo consigo á palacio: habló al rey que le oyó benévolamente, y le envió á la reina, y la buena Margarita de Austria, se conmovió de tal modo al ver tanto dolor, que me abrazó, me besó en la frente, y me recibió como menina en su servidumbre.—Mi padre levantó la casa; me entregó las alhajas y las ropas de mi madre, y yo me traje á nuestros antiguos y leales criados que aun me sirven, y que os recomiendo, señor, porque desde hoy lo son vuestros.

—Amarelos yo porque vos los aprecias, dijo don Juan.

—Muy pronto no fue ya amistad lo que me dispensó la reina, sino cariño; cariño que creció de dia en dia, y que hoy—vos lo debeis saber, señor, porque debeis saber todo lo que tiene relacion conmigo—ha llegado á ser amor de hermanas.—Y este amor ha crecido por las mútuas confianzas.—Este amor ha hecho, que por servir noble, y dignamente siempre, á su magestad, que de otro modo no la sirviéra yo, haya salido muchas veces sola de noche, yo que no he estado nunca sola ni aun en mi casa.

—¡Bendito Dios sea que tal lo ha dispuesto! esclamó el jóven, porque anoche os ví durante un momento en el alcázar; sino hubiérais salido no me hubiérais encontrado, no os hubiérais amparado de mí, no hubieran empezado estos amores que para mí tan glorioso fin han tenido.

—Decid mas bien que os han casado, y me han casado á mí. ¿Os acordais de las dudas que anoche tenías acerca de si yo era ó no la reina?

—Y no me he engañado, porque sois la reina de mi alma.

—Recordad las cartas que me trajísteis: anoche os preguntó doña Clara Soldevilla, hoy os pregunta vuestra esposa: ¿habeis leido aquellas cartas, señor?

—Os afirmo por mi honor, que no: sabia que contenian un secreto de la reina, y ese secreto me atormentaba; hubiera querido conocerle porque yo creia que la mujer á quien amaba..... mi supuesto tio tuvo la

culpa de que yo creyese por sus exageraciones, que aquella mujer á quien yo tanto amaba, era su magestad. Y sin embargo de que sentia celos, no lei aquellas cartas.

—¿Y qué habeis pensado de la reina?

—Dejándome guiar de las apariencias, hubiera pensado de ella mal si don Francisco de Quevedo y Villegas, mi amigo, no me hubiera hablado de su magestad bien.

—Si os guiais por las apariencias, debeis haber pensado de mí muy mal.

—Yo... séquese mi pensamiento, si llego á pensar mal de vos...

—Sin embargo, una dama jóven, que sale sola de noche... dijo doña Clara con amargura.

—Haciais un sacrificio por su magestad.

—Es verdad: mi padre me dijo hace un año al ver como me trataba la reina.—Clara: hija mia, eres fuerte y valiente: vela por su magestad, y si es necesario sacrificaselo todo... todo menos el honor.—Pero volviendo á esas malhadadas cartas, es necesario que conozcais ese secreto.

A seguida doña Clara contó punto por punto á don Juan el estado en que la reina se encontraba, las traiciones de don Rodrigo, la historia, en fin, de aquellas cartas, su contenido, el incidente que en el principio de aquella noche habia obligado á mentir á la reina; la historia del rizo, por último.

—En tal situacion, prosiguió doña Clara, habiendo tomado la reina en su apuro vuestro nombre, siendo muy posible que el rey desconfiase y os llamase y os preguntase, la reina con las lágrimas en los ojos me suplicó que la salvase: era preciso que yo os llamase: que os hablase á solas en las altas horas de la noche en mi aposento, que os revelase toda una sucesion de misterios... yo creia que todo aquello era necesario para salvar á su magestad y... me sacrifiqué: me dije:—El se me ha mostrado ciegamente enamorado... le propondré que se case conmigo... si acepta, al momento, al momento... y se preparó todo... me vestí de boda y os esperé anhelante... anhelante por consumar el sacrificio.

—Hay un medio, señora, de que ese sacrificio no caiga sobre vos.

—¡El medio de vivir como dos amigos, como dos hermanos!

—Sino sois mas que mi amiga ó mi hermana, podiais ver mañana á un hombre... amarle...

—¡No he amado cuando era libre...! ¡y me han importunado!

—Sufriríais vuestro amor, le callaríais, porque ademas de vuestra honra, teneis que guardar la mia... lo sé bien señora; sé que mi honor está seguro en vos : pero os sacrificaríais, moriríais. Yo os libraré de ese sacrificio.

El acento de don Juan era lúgubre.

Cuando acabó de pronunciar estas palabras se levantó.

—¡Sentaos! dijo con acento lleno y grave doña Clara.

El jóven se sentó.

—¿De qué manera pretendeis libertarme de este que yo llamo mi sacrificio? dijo con un acento singular doña Clara.

—¿De qué manera? ¿de qué manera decís? esclamó el jóven, con la mirada estraviada y la voz sombría ¡muriendo! ¡dejándoos viuda!

—¡Dios mio! esclamó doña Clara levantándose de una manera violenta y asiendo una mano de don Juan : ¿qué hablais de morir?

—Tengo enemigos, enemigos que me he hecho por vos, los buscaré, los provocaré y me dejaré matar.

—¡No! contestó con la voz opaca doña Clara, fijando en don Juan una mirada ardiente, fija, aterrada, mientras la mano conque le asia témblaba de una manera violenta.

—Sino encontráre enemigos mios, buscaré los del rey, los de España y me matarán.

—¡No! repitió de una manera profunda doña Clara.

—¿Y para qué quiero yo vivir, dijo el jóven con profundísima amargura, si vos no me amais? ¿si al casaros conmigo habeis hecho un doloroso sacrificio por su magestad?

—¡Y esa comedianta! esclámó doña Clara con acento seco y rápido, acercándose mas al jóven.

—¡Dorotea!

—Si, esa hermosísima Dorotea, con quien habeis pasado el dia.

—¿Si yo os pruebo que no amo á esa mujer...?

—Si me lo probais... pero no me lo podeis probar, no: ¿por qué me habeis dicho que os matareis...? ¿por qué me habeis aterrado..?

—¡Dios mio!

—Tengo no sé porqué, de una manera que me espanta, el alma desgarrada, ensangrentada, por lo que nunca habia sentido: por los celos.

—¡Celos vos de mí!

—Venid conmigo, dijo doña Clara tomando una bujía y encaminándose de nuevo á su dormitorio.

Y cuando estuvieron en él, descorrió de una manera nerviosa el velo que cubria el retrato de su madre.

—Juradme delante de ese cuadro, por vuestra alma y por la de vuestra madre, por vuestra honra y por la mia, que á nadie amais mas que á mí.

—Lo juro, lo juro, por mi madre, por la vuestra, por Jesucristo Sacramentado.

—Yo os amo con toda mi alma, esclamó doña Clara, os amo desde que anoche salísteis de mi aposento; os amo no sé cómo: como... al recuerdo de mi madre... no sé porqué... pero yo os amo, señor; si la casualidad no lo hubiera hecho, si el honor de la reina no lo hubiera exigido, yo no me hubiera casado con vos.... sino me hubiérais aterrado... ¡Oh Dios mio...! he visto que la palabra morir no era en vos una amenaza cobarde... os he creido ver muerto... ¡Por la sangre de Jesucristo, señor! yo no sé lo que me habeis dado que me habeis vuelto loca... y soy vuestra, vuestra esposa, vuestra amante, vuestra esclava... vuestra, y solamente vuestra, sin que tengais que temer que yo haya amado á otro hombre, ni autorizado galanteos, ni dado esperanzas... soy vuestra con toda la alegría de mi alma... no sé con cuánto amor... pero no morireis, ¿no es verdad, que no morireis ya..? porque mi amor es vuestra vida y yo os lo entrego entero y puro y resplandeciente como el sol.

El jóven miró á doña Clara pálido, temblando, estendió hácia ella los brazos, cayó de rodillas á sus piés y lloró.

CAPITULO XLII.

Continúan los trabajos del cocinero mayor.

Al amanecer se abrió la puerta del aposento de doña Clara.

En el mes de noviembre amanece muy tarde y los amaneceres son nublados y fríos.

Y decimos esto para que nuestros lectores aprecien, cuanto sufriria la Dorotea agazapada cinco horas mortales, debajo de una escalera, frente á la puerta del aposento de doña Clara, al lado del sargento mayor don Juan de Guzman, que renegaba y blasfemaba por lo bajo, para que la Dorotea no le oyese.

Cuando se abrió la puerta del aposento de doña Clara, Dorotea al reflejo de una luz que tenia en la mano una mujer, vió que aquella mujer era doña Clara y que la acompañaba un hombre.

Vió que aquel hombre era don Juan Tellez Giron.

Vió que doña Clara estaba negligentemente vestida, pálida, y con la palidez mas hermosa, y el semblante iluminado por una ardiente espresion de felicidad.

Vió que don Juan la miraba de una manera avara, que estrechaba con delicia una de las hermosas manos de doña Clara, que antes de despedirse se miraron con una espresion de amor infinito y satisfecho, y oyó el siguiente diálogo :

—A las once volveré y me presentaré al rey contigo, dijo don Juan.

—Y el rey nos recibirá con la reina y con su servidumbre, y yo llevaré las joyas de tu madre.

—¡Adios mi cielo!

—Adios mi señor.

Aquellas dos cabezas se unieron, y sonó un doble y tierno beso.

Don Juan se rebujó en su capilla, porque hacia frio, y doña Clara cerró la puerta.

Don Juan tomó la salida de la galería, guiado por la débil luz del alba que penetraba por una claraboya.

Apenas desapareció don Juan, se lanzó en medio de la galería la Dorotea.

Siguióla don Juan de Guzman.

El semblante de la Dorotea espantaba.

Tal representaba lo supremo del dolor, de los celos, de la rabia, de la sorpresa.

—¡Qué se presentarán juntos al rey y á la reina! esclamó con voz ronca: ¡luego se han casado!

—Una dama tal como doña Clara Soldevilla, dijo el sargento mayor, no podia recibir de noche en su aposento á nadie mas que á su marido. Ya sabia yo que ese buen mozo os engañaba.

—¡Que me engañaba...! ¿y se ha casado con esta mujer...? pues bien... acepto lo que me habeis propuesto y os sigo.

—Ya sabia yo que habíamos de ser amigos.

—Pero salgamos pronto de aquí.

—Cubríos antes con vuestro manto: de seguro el bufon del rey, ha vuelto á su aposento, no os ha encontrado, y os anda buscando como un tigre: procuremos pues, que no nos encuentre, y aprovechemos esta hora en que aun no se ve bien claro.

—Vamos, si, vamos: tengo impaciencia por vengarme.

Y rebozándose completamente en su manto, se asió del brazo del sargento mayor, atravesaron las galerías, bajaron unas escaleras y salieron por una de las puertas del alcázar recientemente abierta, dando ocasion á que dijese el portero:

—Muy temprano van de aventuras las damas de la reina.

Cuando salieron á la calle, vieron que ya era entrado el dia: esto es que se habia retardado el amanecer á causa de una densa niebla, á través de la cual pasaba la lluvia.

—La niebla nos favorece, dijo el sargento mayor: pero andemos de

prisa : ya es tarde ; acaban de dar las siete y media en el reloj del alcázar.

Y siguió andando á gran paso, arrastrando consigo á la Dorotea.

Pero se habia engañado el sargento mayor al decir que la niebla les favorecia.

Al salir ellos, de entre el hueco de una de las pilastras de la puerta, por la que habian salido, se destacó un bulto informe y se puso en su seguimiento.

Era el bufon.

Al seguir á don Juan de Guzman y á la Dorotea, se encontró con el cocinero mayor del rey, que, pálido, lacio, mojado, á pesar del frío y de la lluvia, se dirigia en paso lento al palacio.

Tras él venian dos hombres que traian harto mohinos un pesado bulto sobre dos palos, y cariacontecidos y atormentados detrás, dos soldados de la guarda española.

Hizo el acaso, que distraidos bufon y cocinero, pensativos ambos y no habiendo podido verse á distancia á causa de la niebla, se dieran un encontron formidable.

—¡ Por mis desdichas ! esclamó al sentir el choque el cocinero mayor.

—¡ Cien legiones de demonios ! esclamó el bufon.

—¡ Tio Manolillo ! esclamó el cocinero acercándose á él con ansia : Dios os envia.

—Y á vos el diablo, para que me detengais.

—Soy el hombre mas desdichado del mundo, añadió el cocinero.

—Aguantad vuestro aprieto como yo aguanto el mio : y basta de bromas y soltadme y adios.

Y escapó.

—Hijo Marchante, dijo el cocinero mayor precipitadamente á uno de los soldados : métete con eso en la portería del señor Machuca, y guárdalo como guardarias á su magestad, mientras yo vuelvo.

—Muy bien, señor Francisco, dijo el soldado.

Y el cocinero mayor apretó á correr tras el bufon, que apretaba tras la Dorotea y el sargento mayor.

Asióse al fin á su brazo.

—¿Qué me quereis? ¡por mi vida! esclamó el bufon sin cesar de correr.

—Pediros consejo.

—Dádmelo, y lo agradeceré.

—Me están sucediendo cosas crueles.

—A mí me pasan cruelísimas.

—Nos aconsejaremos mútuamente.

—No necesito consejos.

—Yo si los vuestros.

—Pues ya que no os despego de mí, callad, que no puede ser hablar y correr.

Y el bufon siguió á gran paso porque á gran paso iban el sargento mayor y la Dorotea.

El sargento mayor habia tomado por las callejuelas de la parte de arriba del convento de San Gil; habia entrado con la Dorotea en la calle de Amaniel, se habia parado delante de una casa que estaba herméticamente cerrada, y habia dado sobre su puerta tres golpes fuertes.

—¿Quién vivirá en esa casa? dijo el tio Manolillo parándose, cuando vió que en aquella casa habian entrado el sargento mayor y la Dorotea, y habia vuelto á cerrarse la puerta.

—¿Os interesa mucho el saber quién vive en esa casa? dijo el cocinero mayor.

—Lo averiguaré, dijo el bufon como contestándose á sí mismo á la pregunta que á sí mismo se habia hecho poco antes.

—Pero en averiguarlo tardareis algun tiempo; hay ciertos negocios que se pierden si el tiempo se pasa, y yo os puedo decir ahora mismo...

—¿Qué me podeis decir vos...?

—Si, si señor, os puedo decir que en esa casa vive la querida del sargento mayor don Juan de Guzman.

—¿Y nadie mas?

—Nadie mas, que una dueña y un escudero.

—¿Y quién es esa mujer?

—Tio Manolillo, hace mucho frío, llueve, yo no he dormido en tres noches y si quereis que os oiga, metámonos á cubierto.

—¿Y dónde, que no perdamos de vista esa casa?

—Cabalmente frente á ella hay una taberna.

—¡Una taberna! yo tengo hambre y sed.

—Y yo tambien: vamos que yo pago.

—Lo aprecio, y lo recibo, porque no tengo blanca.

—Ni yo abundo mucho de dinero, porque hace dos dias mis manos están hechas un río: ¡qué suerte, señor, qué suerte!

Y se encaminaron á la taberna.

Cuando entraron en ella, se sentaron junto á una mesa, en un rincon oscuro, desde el cual podian ver la puerta de la casa donde habian entrado el sargento mayor y la Dorotea.

Pidieron pan, carne y vino, y se pusieron á comer y á beber vorazmente, sin dejar por ello de hablar.

—Segun lo que yo he entendido, dijo el bufon, vos teneis la culpa de todo, señor Francisco Montiño.

—¿De que tengo yo culpa?

—De lo que á entrambos nos está sucediendo.

—A mí me suceden muchas cosas malas.

—A mí no me suceden menos cosas peores que las vuestras.

—¡Peores! yo no tengo mujer.

—No la habeis tenido nunca.

—Yo no tengo hija.

—Vuestra difunta fue muy dada á criar pajes.

—¡Ah! y por último, yo no tengo sobrino.

—Vuestro sobrino... he ahí, he ahí la causa de todo: malhaya amen vuestro sobrino... si vos no tuviérais ese sobrino...

—Es que no le tengo.

—Le habeis tenido; y vos... vos teneis la culpa... si hubiérais estado en el alcázar antes de anoche...

—Entonces no tengo yo la culpa, sino un maldito cuadrúpedo, un jaco endiablado que invirtió todo el dia en traer desde Navalcarnero á aquí á mi sobrino postizo: ¡caballo infernal! ¡haber echado para cinco leguas desde el amanecer hasta el anochecer! ¡si ese jaco hubiera andado mas de prisa...! si hubiera llegado al medio dia...!

—Lo de vuestra mujer habia sucedido antes.

—Pero probablemente yo no lo hubiera sabido.

—Señor Francisco, no hablemos de cosas pasadas.

—Es que las cosas pasadas traen las presentes... ¡qué suerte la mia! yo me voy á morir, tio Manolillo.

—¡Calla! ¿quién es ese que llama á la puerta de esta casa y que viene cargado con un cesto.

—¿No veis que tiene librea?

—Si por cierto.

—¿Amarilla y encarnada?

—Si... ya sé, del duque de Uceda. ¿Pero cómo el duque de Uceda...?

—El duque viste, calza, da joyas y dineros, y á mas envia todas las

mañanas á uno de sus criados con un ceston lleno de lo mejor que se vende en los mercados, para doña Ana de Acuña.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¿Doña Ana de Acuña se llama la que vive en esa casa?

—Si por cierto.

—¿Y es querida del duque de Uceda?

—No por cierto, pero está haciendo al príncipe de Asturias aficionarse á las mujeres.

—¡Ah! ¡si! hasta de los niños se echa mano, dijo el bufon.

—Y de las mujeres y de los viejos, añadió el cocinero.

—¿Pero no tiene algun otro amante rico esa mujer?

—Anda en vísperas de gastar de las rentas reales, dijo el cocinero mayor.

—Esplicaos...

—Puede ser que una de estas noches reciba á su magestad.

—¿Habeis andado vos en ello?

—Si por cierto; anoche traje una gargantilla de parte del rey aunque sin nombrar la persona, á esa mujer.

—¿Pero quién es el que, contrario al duque de Uceda, que pone ó quiere poner al príncipe en manos de esa mujer, pretende hacerle tiro, enredándola con el rey..? no puede ser otro que el duque de Lerma.

—Acertádolo habeis.

—Pero eso me importa muy poco. Que el duque de Uceda venza á su padre ó que el duque de Lerma se sostenga sobre su hijo... allá se las hayan... necesitaba únicamente saber en qué casa habia entrado Dorotea y ya lo sé: con que pagad y vámonos.

—Hace cuarenta y ocho horas que estoy pagando y yendo y viniendo, dijo Montiño sacando la bolsa con ese trabajo peculiar á los miserables y escurriendo de ella un escudo. ¡Ola, tarbernero, cobraos!

—Falta aquí; se han comido vuestras mercedes tres libras de carne, dijo el tabernero.

—Y aunque eso sea, ¿á cómo va la carne en el mercado?

—Falta señor, falta...

—Conciencia á vos y á mí paciencia para tanto robo, ¿qué falta de mas de eso?

—Un real.

—Tomadle.

—Dios guarde á vuestra merced muchos años.

—De pícaros como vos. ¿Pero qué es eso? dijo el cocinero mayor viendo que el bufon se ponia de pié.

—Que nos vamos.

—¿Y no me dais los consejos que os he pedido?

—Voy á dároslos: montad á vuestra mujer en un macho y enviadla á Asturias; meted á vuestra hija en un convento, y luego idos de palacio.

—¡No puedo!

—Pues entonces adios, porque no tengo mas que deciros.

Y el bufon salió de la taberna y se fué derecho á la puerta de en frente á la que llamó.

El cocinero mayor desesperado, salió de la taberna, y se fué paso á paso hácia el alcázar, pero al llegar á él, se encontró con un alguacil del Santo Oficio que le dijo:

—¿Es vuesamerced el señor Francisco Martinez Montiño?

—Yo soy, contestó todo trémulo el cocinero al ver que se las habia con un alguacil del Santo Oficio.

—Venios conmigo.

—Os lo agradezco, dijo Montiño haciéndose el sueco, pero es la hora de preparar la vianda para su magestad: porque yo, sino lo sabeis amigo, soy cocinero mayor del rey.

—Ya lo sabia y por lo tanto, aunque falteis á vuestra cocina, conmigo os vendreis mal que os pese.

—¿Y si no quiero ir?

—Pediré favor á la Inquisicion, y os llevaré atado.

—¡Atado! ¡un hidalgo! vos os habeis equivocado.

—Mirad esta órden, de su señoría ilustrisima el inquisidor general.

—¡Ah! ¡el inquisidor general!

—Si por cierto.

—¡Y no hay remedio!

—No señor.

—¿Y si yo os diera diez doblones?

—No puedo.

—¿Y si os diera veinte...?

—Ya veis que yo los tomaría de buena gana, y que si no los tomo es porque no puedo.

—Decid que no me habeis encontrado.

—Eso sería muy bueno, para que no me estuvieran viendo hablar con vos.

—¿Y qué saben?

—Saben que vengo á prenderos.

—¿Qué lo sabe todo el mundo?

—Mirad á aquella esquina.—Montiño miró de una manera nerviosa.—¿No veis ahí una silla de manos?

—Sí, si señor.

—Esa es la silla en que se os ha de llevar, y los que están alrededor ministros del tribunal; conque ni yo puedo remediarme con el dinero que vos me daríais, ni vos libraros con vuestro dinero.

—Pero... un momento... un momento...

—Ni un instante.

—Os daré lo que querais, si me dejais dar una vuelta por la cocina, y entrar en mi casa.

Meditó un momento el alguacil.

—Se entiende que yo iré con vos.

—Venid, dijo Montiño disimulando su alegría porque se vió suelto.

—Vamos, pues, dijo el corchete.

Entraron en palacio, y al verse el corchete en un lugar donde no podia ser visto por los otros ministros del Santo Oficio, dijo al cocinero:

—De aquí no pasais sino me dais lo que me habeis de dar.

—¡Asesino! murmuró Montiño, y sacando cuatro doblones de oro los dió al corchete con el mismo dolor que si le hubiera dado una ala de su corazon.

—Esto es poco, dijo el tremendo alguacil.

—No tengo mas.

—Tendreis en vuestra casa.

—Puede ser.

—Pues vamos.

Montiño se dirigió á la portería del señor Machuca y encontró en ella al soldado á quien habia mandado guardar el cofre consabido, durmiendo y con la cabeza sobre el cofre.

—¡Eh! ¡holgazan! ¡despierta! dijo el cocinero mayor dándole con el pié: señor Machuca, hacedme la merced de llamar dos mozos y que lleven eso á mi aposento.

—¿Pero dónde vais con ese ministro? dijo el portero.

Montiño creyó que debia ser prudente y contestó sin vacilar:

—Es un amigo á quien convido.

—¡Ah! dijo el portero creia...

—Venid, señor ministro, venid: vamos á las cocinas...

Y subieron por unas escaleras.

—No hay como ser cocinero de su magestad para convidar á los amigos sin disminuir los ahorros, se quedó murmurando el portero.

Entre tanto Montiño y el alguacil subieron á las cocinas.

Lo primero que encontró Francisco Montiño, y lo encontró con espanto, fue al galopin Cosme Aldaba caceroleando en las hornillas.

Aldaba vió al mismo tiempo al cocinero mayor; pero sin turbarse ni asustarse se fué para él, le hizo una profunda reverencia y esclamó:

—Muchas gracias, señor Francisco, muchas gracias, no esperaba yo menos de vuestra caridad.

—¿De qué me da las gracias este tunante? dijo el cocinero mayor todo hosco y espeluznado de indignacion; ¿quién ha permitido á este lobezno, á este hereje, á este malhechor, que entre en la cocina?

—La señora Luisa ha venido con él esta mañana, y nos habia dicho que vuesamerced le perdonaba.

—¡Ah! ¡mi mujer ha venido... con este!

El cocinero se detuvo: temió que los misterios de su familia entrasen en la cocina y bajo el dominio de oficiales, galopines y pícaros, la gente mas maleante del mundo.

—Mi mujer tiene las entrañas muy blandas, dijo tragando la saliva mas amarga que la hiel: mi mujer se deja engañar de cualquiera... pero en fin, ello está hecho y mi mujer... pues... mi mujer es mi mujer. Ea, quitaos de mi vista... y á vuestro trabajo.

—Muchas gracias, señor Francisco, dijo Cosme Aldaba, porque las últimas palabras del cocinero habian sido para él un favor y un disfavor.

A seguida Montiño revisó una por una las cacerolas puestas al fuego, se enteró de todos los pormenores y viendo que todo estaba á punto para el almuerzo y la comida de sus magestades, se escurrió hácia la puerta de la cocina, evitando el mirar al alguacil porque se le figuraba que no viéndole tampoco el corchete le veia.

Este no dijo una palabra, pero se fué en silencio tras Montiño.

Al llegar á la puerta de su aposento, el corchete adelantó y le asió por un brazo.

—Pero señor, dijo Montiño: ¿creíais que me iba á escapar?

—No, no señor, dijo el alguacil, pero podríais olvidaros de mí, entraros, cerrar la puerta y dejarme fuera. Luego se os podia ocurrir que lo mismo puede salirse del alcázar por los tejados y escondrijos, que por

las escaleras, y estarme yo esperando sabe Dios cuánto tiempo á que volviérais de vuestro paseo.

—¡Asesino! ¡asesino! murmuró Francisco Montiño viendo frustrado su proyecto de escapatoria.

Y llamó á la puerta.

Le abrió su mujer en persona.

Estaba pálida y ojerosa.

Montiño sintió un estremecimiento cruel; pero parecióle Luisa mas bonita que nunca con su palidez y sus ojeras, y no se atrevió á ponerla mala cara.

—Buena hora es de venir á su casa un hombre casado, dijo con mal talante Luisa: donde habeis pasado la noche, pasad el dia: ¿y venis acompañado para volveros á ir sin duda? aquí han traido no sé qué y os esperan.

—Eso es, ríñeme.—Entrad amigo, entrad, vos sabeis si altas personas me tienen ocupado.

—Ya lo creo: espera á su merced el inquisidor general.

Palideció levemente Luisa.

—¿Y has estado tambien esta noche con el señor inquisidor general?

—Si, hija mia, si; y con otros señores: en gravísimos asuntos que no son para comunicados á mujeres.

—No, no; ni yo pretendo saberlos, dijo Luisa: yo habia creido...

—Has creido mal.

—Has pasado dos noches fuera de casa.

—La una yendo á cerrar los ojos á mi difunto hermano: la otra sirviendo á su magestad.

—No hablemos mas de eso: yo me alegro de que mi marido sea hombre de bien.

Montiño tuvo impulsos de echarlo todo á rodar; pero era por una parte su mujer tan bonita... y ademas, no queria dar al público sus asuntos domésticos y estaba delante del alguacil.

—¿Y á que has llevado á la cocina á ese tunante de Aldaba? dijo el cocinero que ante todo queria conservar delante de aquel estraño su autoridad doméstica.

—Como tú tienes tan buen corazon y el pobre vino llorando...

—Bien, bien; dijo Montiño: todo está muy bien: tú haces lo que quieres porque yo te quiero. ¿Dónde están esos?

—En el cuarto de adentro.

Pasó Montiño y el inflexible alguacil tras él.

El cocinero mayor rugía ya por lo bajo; encontró á dos mozos de la casa real y al soldado.

Entonces, con una sonrisa nerviosa, abrió la puerta de aquel aposento empolvado donde hacia tantos años no entraba nadie mas que él.

—Meted eso aquí, dijo con voz ronca.

Los mozos pusieron el cofre envuelto como estaba en la parte de adentro de la puerta.

—Idos, dijo Montiño á los mozos y al soldado.

—¿Y no nos dais para beber? dijo este último: mis camaradas se han ido rendidos.

Dió un escalofrío al cocinero mayor, que dió con un violento esfuerzo cuatro escudos al soldado y un ducado á los mozos.

Al fin se encontró solo con el alguacil que habia penetrado en aquella especie de *sancta sanctorum* del cocinero mayor.

Este cerró la puerta.

—Ya estamos solos, dijo al corchete: ahora bien; ¿cuánto quereis y me dejais libre?

—Nada.

—Pero ello es preciso... ya veis, yo tengo que perder... mi presencia hace mas falta de lo que pensais en mi casa...

—Señor Francisco, guardad todo eso para el señor inquisidor general.

Montiño tuvo en los labios la palabra: *os haré rico*: pero meditó que acaso no era tan grave el motivo de su prision, que fuese necesario herirse mortalmente para librarse de ella, y se calló, dió otro doblon al corchete y las gracias por haberle dejado subir hasta allí; salió, cerró cuidadosamente y despidiéndose de su mujer asegurándola que no tardaria, salió del alcázar con el corchete.

Apenas habia bajado el cocinero mayor las escaleras, cuando el galopin Cosme Aldaba, se quitó el mandil y el gorro, y bajó á las galerías del alcázar dirigiéndose á la antecámara de pajes del cuarto de la reina, á cuya puerta se paró.

A poco un paje talludo, rubicundo, de mirada aviesa salió.

Alejáronse por la galería y Aldaba dijo al paje:

—Ya está el negocio... dentro de una hora: escucha bien Cristobalillo: hay seis perdices; pero una sola está asada con aceite: ya conoces tú las perdices asadas con aceite.

—Si, hombre, si.

—No basta decir si: ¿qué color tienen las perdices asadas con aceite?

—Un color, asi, dorado blanquizco.

—Eso es: ademas y para que no te equivoques, ten presente que, la perdiz estará adornada con berros, y que tendrá todas las patas y el pico.

—No se me escapará.

—Veremos si eres hombre de ingenio.

—Descuida.

—Procura que sea de los primeros platos.

—Ya...

—Despues... Inesilla te quiere mucho, y la señora Luisa quiere mucho tambien á don Juan de Guzman... el viejo es rico y puede morir...

—Descuida, hombre, descuida.

—Y avísame, para que yo avise á la señora Luisa.

—Te avisaré.

—Adios.

—Adios.

Y el paje se volvió á la antecámara, y el galopin á las cocinas.

CAPITULO XLIII.

Lo que se puede hacer en dos horas con mucho dinero.

Don Juan Tellez Giron, habia salido feliz, enloquecido de amor del alcázar, trasformado, gozando de una nueva vida.

Pero, despues de haber asegurado su amor, de haber saciado su sed, delante del sol de su felicidad, de aquella felicidad suprema, que el dia anterior no se habia atrevido á soñar, cruzaba una nubecilla negra.

Aquella nube era Dorotea.

Don Juan no la podia apartar de su memoria. Sentia hácia ella ó creia sentir un impulso de ardiente caridad.

Y ademas de la caridad, un no sé qué mas íntimo, mas humano, mas sensual.

Comprendia que quedaba algun licor en la copa de su deseo.

Era jóven, habia crecido entre privaciones, tenia el corazon vírgen, y le habia consagrado sin saberlo á dos mujeres.

Don Juan habia salido á la ventura.

No sabia donde ir.

No tenia en Madrid casa propia, aunque habia tomado posesion de dos; de la de la Dorotea primero: despues y de una manera mas completa, de la de su mujer.

Don Juan habia salido para procurarse un traje conveniente.

¿Pero dónde buscar aquel traje?

Y luego, ¿con qué dinero?

No tenia en el bolsillo mas que algunos de los doblones que le habia dado su supuesto tio.

Y esto no bastaba para un equipo de caballero.

Pesóle entonces de no haber tomado una buena cantidad del cofre de hierro: pero al acordarse del cofre, se acordó de que llevaba un tesoro de pedrería en los bolsillos.

—Empeñaré una de estas alhajas, se dijo, y punto concluido... ¿pero y dónde?.. no sé cómo hacer para hallar á Quevedo, y no conozco á nadie en Madrid mas que á mi tio postizo: y no me vuelvo atrás ni le pido mi dinero: es menester obrar de cierto modo con cierta clase de gentes.

Y cuando daba vueltas á su imaginacion, se acordó de la señora María Suarez, la insigne esposa del bravo escudero Melchor Argote.

—¡Ah! dijo el jóven, la casa donde dormí anteanoche... paréceme aquella mujer á propósito para cualquier cosa. ¿Pero podré yo dar con la casa...?

Y se puso en su busca, y al fin, como la suerte le protegía, pudo reconocer la calle y la casa á las pocas vueltas.

Antes de entrar en ella, sacó á bulto de uno de los anchos bolsillos de sus gregüescos, uno de los estuches mas pequeños, y le abrió.

Contenia una gruesa sortija de oro, con un grueso diamante.

—Puede que valga esta joya... pediré mil doblones, y ya veremos.

Entróse, y encontró á la señora María, entregada á sus faenas domésticas, y al señor Melchor Argote, sentado junto á un fuego mezquino almorzando pan y queso.

—Dios os guarde, señora, dijo don Juan entrando.

Miróle la vieja con su vista cruzada durante un segundo, y luego dijo:

—¡Jesús, buen mozo! ¡yo os daba por perdido! ¿y de dónde venís, hijo?

—Vengo á veros para que me saqueis de un apuro, dijo don Juan.

Tomó el rostro de la vieja la espresion de una innoble reserva, y contestó con voz compungida:

—¡Jesús, señor! ¡apuros teneis apenas entrado en Madrid! ¡y venís á que yo os saque de ellos! ¡si yo supiera quién queria sacarme de los mios!

—Mi apuro consiste, en que como soy nuevo en la córte, no sé dónde podré empeñar una rica alhaja.

—¡Ah! dijo tranquilizándose la vieja: ¡alégrome de que ese sea vuestro apuro! ¡con qué ya os regalan! ¡preciso! ¡hidalgos como vos...!

—Gastan de lo que han heredado de su padre, contestó severamente don Juan.

—¡Ah! perdonad, perdonad señor: y ¿es de mucho valor la alhaja?

—No entiendo de eso... pero yo pido por ella mil doblones.

—Rica debe ser: pero mostrad.

—Sacó el jóven el estuche, y del estuche la sortija.

Entonces pasó por la vieja una cosa estraña.

Se estremeció, tembló, y su pequeño ojo vizco y colorado, se puso á bailar mirando la sortija.

—Rica es en efecto: pero me parece que pedís mucho: en fin, lo que yo puedo hacer es enviaros... mejor... mi marido os acompañará: Melchor, lleva á este caballero á casa del señor Gabriel Cornejo.

Levantóse renegando Melchor, acabó de tragarse los dos últimos bocados de pan y queso, bebió agua, se limpió la boca con el revés de la mano, tomó su capa y su sombrero, y dijo á su mujer.

—¿Con qué á casa del señor Gabriel Cornejo?

—Si, el os dirá, señor, cuánto puede dárseos por esta alhaja.

—Muchas gracias, señora, y adios, y quedad en paz que estoy de prisa.

Melchor y don Juan salieron.

Cuando estuvieron algo apartados de la casa, el escudero dijo:

—Os advierto, que ese Gabriel Cornejo es un bribon, y que si quereis que os de lo que vale la joya, será bueno que la tase un platero.

—Os agradezco el aviso. ¿Y conoceis á alguno?

—Hailos aquí á montones, en Santa Cruz.

—Pues llevadme á uno.

—¿Veis aquella tienda oscura de los portales?

—Si que la veo.

—Allí vive el señor Longinos, platero viejo, que desde que era mozo anda surtiendo de alhajas á la grandeza de España. Pasa por ser un hombre muy honrado.

—Pues vamos allá.

Encamináronse á aquella especie de sótano y entraron.

Un hombre como de setenta años, tembloroso, y escesivamente flaco y encogido, se levantó con cuidado de detrás de un mugriento mostrador.

Nada habia en la tienda que demostrase riqueza.

Las paredes blancas estaban desprovistas de muebles, y solo se veia á un lado un fuerte armario de hierro.

—¿Qué se les ofrece á vuesasmercedes? dijo el platero mirando con recelo á don Juan y á su guia, porque sus trajes no le inspiraban la mayor confianza.

—Se trata de que taséis esta alhaja, dijo don Juan dándole el estuche.

Abrióle el señor Longinos, y miró y remiró la sortija.

—Muy rico es quien ha mandado montar este diamante, dijo con una entonacion particular el platero.

—En efecto, es grandemente rico; pero no se trata de eso. El valor esa joya, ¿á cuánto ascenderá?

—¿Quereis venderla?

—Os pregunto qué cuánto vale esa joya.

—¡Valer! este diamante vale, sin el aro que es muy rico y que está muy bien esmaltado y cincelado, tres mil y quinientos doblones.

Abrió enormemente los ojos el señor Melchor.

—De modo que, continuó el platero, para ganarme yo algo os daria por ella ahora mismo, tres mil doscientos cincuenta doblones.

—No hariais mal negocio.

—No lo crea vuesamerced, porque como esta joya es de tanto valor, tardaria mucho tiempo en venderla: acaso años.

—En fin, yo no la quiero vender: quiero solamente empeñarla, y empeñarla por horas.

—Pues bien: yo os daré por su empeño tres mil doblones...

—Es que no se va á quedar empeñada aquí, dijo el señor Melchor, que temia las iras de su mujer si el negocio se hacia con otro que con el señor Gabriel Cornejo.

—¡Dios de misericordia! esclamó el platero. ¿Y dónde irá este señor que pueda dejar con seguridad esta alhaja? dijo con acento insinuante Longinos. Os advierto, caballero, que os vayais con tiento. En primer lugar que un usurero no os daria lo que yo... en segundo lugar, que yo os daré un recibo en regla de esta joya, y yo tengo responsabilidad... todos los vecinos de alrededor, de casa abierta, me fiarán...

—La verdad del caso, es que me ahorro de andar mas, dijo don Juan: acepto vuestros tres mil doblones: dadme un recibo de esta alhaja, y yo os daré un recibo de vuestro dinero.

—Un recibo de tres mil y doscientos doblones, por los tres mil.

—En buen hora.

—Pero.... dijo el señor Melchor que temblaba presintiendo las iras de su cónyuge.

—¿Qué teneis vos que ver en esto? dijo don Juan: asunto concluido: estendamos los recibos.

El señor Melchor se calló.

El señor Longinos puso sobre el mostrador papel y tintero, y los respectivos recibos se estendieron dictándolos el platero.

Poco despues hizo entrar en la trastienda á don Juan, guardó cuidadosamente el estuche con la sortija en un armario, y del mismo armario sacó un talego, le puso sobre una mesa, contó, y un monton de oro, representando, los tres mil doblones, apareció sobre la mesa.

El señor Melchor que se habia quedado fuera del mostrador como una cosa olvidada, oia, estremeciéndose, el sonido escitador del oro que contaba maese Longinos.

—¡Me he perdido! esclamaba: mi hombría de bien me ha puesto en el caso de no poder aguantar á mi mujer lo menos en tres meses: esta aventura me va á costar una enfermedad.

En aquel momento apareció don Juan, y dió diez doblones al señor Melchor.

—¿Y qué es esto? dijo todo turbado el pobre diablo que en su vida habia visto tanto oro junto, por mas que fuese poco.

—Eso es vuestro trabajo.

—¡Mi trabajo, señor!

—Debo agradeceros el que no me hayan engañado.

—Muchas gracias, señor.

—Y como ya no os necesito, podeis iros.

—Que Dios os guarde, señor.

Y el escudero salió de la tienda, riendo con un ojo y llorando con otro.

Don Juan entró de nuevo en la trastienda.

El señor Longinos se ocupaba de alinear de una manera simétrica las columnas de oro, con esa sensualidad característica de los avaros.

—Me pareceis bastante hombre de bien, dijo don Juan, y quiero valerme de vos. Yo soy capitan de la guarda española del rey.

—Por muchos años, señor.

—Me casé anoche con una dama principal.

—Dios os haga muy felices, mis señores.

—Pero como veis, este vestidillo de viaje, no es á propósito para que yo me presente al rey en medio de la córte con mi esposa.

—De ningun modo, señor.

—Ahora bien: ¿qué ropas, qué galas, en una palabra, dignas de un caballero del hábito de Santiago, puedo yo procurarme con ese dinero?

—¿Piensa vuesamerced gastar esos tres mil doblones?

—Y mas que sea necesario.

—¿Y para cuando necesita vuesamerced presentarse á su magestad con su señora esposa?

—Hoy á las once.

Rascóse una oreja con su trémula mano maese Longinos.

—Y son cerca de las nueve de la mañana. Es decir, que solo tenemos dos horas.

—Aprovechémoslas.

—En primer lugar necesita vuesamerced, ropas blancas de Cambray: esto es lo de menos, hailas hechas dos puertas mas abajo. ¡Antonio!

Apareció un jóven con mandil de cuero, á todas luces oficial de platería.

—Vete al momento á casa del señor Justo, le dijo Longinos, y que envie ropas de Cambray para un hidalgo y una gola rica rizada que no haya mas que ponérsela, luego pásate por casa del señor Diego Soto, y que envie unas calzas de grana de lo mas rico, pero al punto, al punto.

El mancebo con mandil y todo se lanzó en la calle.

—Faltan jubon, gregüescos, ferreruelo y sombrero, el ferreruelo debe ser de terciopelo, el jubon de brocado, los gregüescos de lo mismo que el ferreruelo, y el sombrero igual. Pero es el caso que estas ropas, que yo sé quién las tiene sin estrenar, ricas y buenas, y que es persona asi de vuestras carnes, que os vendrá pintada su ropa y que si se le paga bien y secretamente, no tendrá reparo, y que á mas se halla necesitadillo de dinero...

—Pues al momento.

—Poco á poco: el sombrero necesita una toca rica; una toca por lo menos de oro á martillo: el jubon necesita herretes; las cuchilladas piedras ó perlas; y luego espada.

—Todo eso lo tengo, dijo don Juan, descubriendo el resto de su tesoro y abriendo los estuches.

—¡Misericordia de Dios! ¿sabeis lo que teneis aquí, señor?

—Pienso que es mucho.

—Esta pedrería vale lo menos dos millones de ducados.

—Pues bien: puesto que soy tan rico, veamos si me puedo presentar en la córte como conviene.

—Indudablemente, señor, indudablemente; el dinero hace milagros. Voy á escribir á algunos caballeros conocidos, que andan necesitados; porque la córte traga mucho: voy á procuraros hasta carroza: en cuanto á lacayos y cochero yo haré que vengan buenos: las libreas se comprarán hechas... y la espada, la espada es lo primero: yo tengo aquí una buena espada de córte, pero no vale ni la centésima parte que esa empuñadura y esas conteras: se montará al momento...

—No; montad esta buena hoja, dijo don Juan desnudando su espada.

—¿Sabeis señor que teneis un arma de las buenas...? Andresillo, hijo, ven acá...

Apareció otro oficial.

—Déjalo todo: monta esta hoja en esta empuñadura, y esta contera en una baina blanca, rica... anda, hijo, anda: dentro de una hora ha de estar corriente: entre tanto, señor, mis nietas coserán los herretes, la toca y las perlas, y las chapas del talabarte...

—Y entre tanto yo... me dareis de almorzar... me lavaré despues...

—Si, si señor: entrad... y ya vereis... ya vereis.

Y precedió al jóven por unas oscuras escaleras murmurando:

—¿Y que por estos quehaceres no pueda yo oir como todos los dias la misa del licenciado Barquillos? ¡Válgame Dios!

CAPITULO XLIV.

En que el autor presenta, porque no ha podido presentarle antes un nuevo personaje.

En una habitacion magníficamente amueblada, estensa, iluminada blandamente por una lámpara de noche, á través de un cortinaje de damasco, en una ancha alcoba y en un no menos estenso lecho, dormia una mujer sumamente bella.

Debia ser sombrío su sueño, porque su entrecejo estaba fruncido, corria abundante sudor por su frente morena, y su boca sonrosada y de formas voluptuosas levemente entreabierta, dejaba salir un sobrealiento poderoso y ronco.

Las anchas trenzas de sus cabellos caian abundantes y desordenados sobre su garganta y sobre sus hombros y fuera del abrigo que la cubria se dejaba ver un brazo de formas admirables, cerca de cuya mano se veia una pulsera de pelo, cerrada por un broche de diamantes.

Habia algo de terrible en el aspecto de aquella hermosa mujer dormida.

Y dormia profundamente.

Abrióse de improviso una puerta en el fondo de la cámara y apareció una mujer jóven.

Abrió un balcon y penetró en la alcoba la luz fría de aquella mañana nublada y lluviosa.

La mujer despertó.

Se incorporó en el lecho y miró con disgusto á la puerta de la alcoba á donde habia llegado la jóven.

—¡Está amaneciendo! esclamó con acento duro. ¿Que sucede Casilda? anoche me acosté demasiado tarde y me despiertas al amanecer. Estoy servida detestablemente.

—Son las ocho y media, señora, dijo temblando la doncella.

—Te dije que no me llamaras hasta las doce.

—Es que está ahí don Juan.

—¡Don Juan! ¡y de dia! ¡y acaso por la puerta principal!

—Si, si señora.

—¡Que imprudencia!

—Nadie ha podido verle. El lacayo de su escelencia no ha venido todavía.

Este escelencia era el duque de Uceda.

—El duque se fué anoche muy tarde; cuando yo te avisé aun no se habia ido: tú te acostáste: yo misma le hice salir por el postigo... podia estar el duque todavía aquí. Te tengo dicho, que cuando don Juan venga á una hora imprevista, le contestes como sino le conocieras y le despidas. Esto está convenido entre don Juan y yo. Eres, pues, una torpe.

—Perdonad, señora.

—Pero en fin: ¿don Juan está ahí?

—Si señora: ha venido con una mujer.

—¡Con una mujer! ¿y qué trazas tiene esa mujer?

—Es jóven, hermosa, viene ricamente vestida, y parece segun está de pálida y ojerosa que ha pasado muy mala noche.

—¿Dónde están?

—En el camarin.

—Vísteme.

Y la dama saltó del lecho, y se vistió apresuradamente ayudada de la doncella, se arregló ligeramente los cabellos, se puso sobre ellos una toquilla, y se dirigió rápidamente á una puerta de escape.

Pero al llegar á ella se detuvo, y dijo á la jóven:

—Díle á don Juan que entre solo.

Y se sentó en un sillon, se arropó en un abrigo de pieles que se habia puesto y esperó á que la doncella cumpliese sus órdenes.

Poco despues se abrió aquella misma puerta, y entró el sargento mayor don Juan de Guzman, que, sin quitarse el sombrero, adelantó has-

ta cerca de la dama, y deteniéndose á poca distancia de ella y permaneciendo de pié, la dijo:

—Nos sucede mejor de lo que queríamos, Ana.

—¡Ah! ¿estamos de plácemes?

—Si por cierto: el asunto de la reina está á punto de concluirse: una vez quitado de en medio ese estorbo, es distinto: nos quedamos solos con el padre y con el hijo.

—¿Pero y don Rodrigo...?

—Don Rodrigo... afortunadamente la herida segun dicen los médicos es limpia y no ha tocado á ninguna parte peligrosa: un dedo mas acá ó mas allá y no tenemos hombre; pero ha faltado un dedo... y don Rodrigo vivirá. Ayer tarde estuvo hablando conmigo largamente, preguntándome y dándome órdenes y consejos. Dentro de algunos dias don Rodrigo dejará el lecho, y todo irá bien.

—¿Y el duque de Lerma?

—Cariñoso y solícito con don Rodrigo... por el duque no hay que temer: es ciego.

—Sin embargo, ha enviado á don Baltasar de Zúñiga de embajador á Inglaterra, ha sacado del cuarto del príncipe al duque de Uceda, y su escelencia está dado á los diablos con su padre. Creo que hay un diablo familiar que le aconseja. Anoche estuvo aquí hasta las tantas y me dijo: Por ahora es necesario echar la red por otra parte: el señor duque de Lerma mi augusto padre, nos ha conocido la intencion: paciencia: en cuanto á vos (se referia á mí) ya que no podeis ser la maestra del señor príncipe, sed mi consuelo.

—¿Eso te dijo el duque?

—Vaya: y que hacia mucho tiempo que no podia olvidar mis ojos.

—¿Y tú que le dijístes?

—Que procurase hacer que mis ojos le pareciesen feos.

—Es decir...

—Que no quiero galanteos con el duque de Uceda.

—Has hecho mal, muy mal. Tus amores con el duque valen mas que tus lecciones al príncipe don Felipe. Nos conviene saber lo que hace, lo que no hace, lo que piense ó deje de pensar esa gente. Has hecho mal, muy mal.

—¡Bah! dijo doña Ana: yo sé que he hecho muy bien: como sé que haré muy bien en decirte, que por algun tiempo no vengas á verme hasta que yo te avise.

Pronunció de tal manera, con tal frialdad, con tal descaro doña Ana estas palabras, que el rostro del sargento mayor se cubrió de una palidez colérica.

—¿Qué viene á ser eso? dijo con acento amenazador.

—Ya te irritas, querido mio, dijo doña Ana: ¿dudas acaso de que te amo?

—Me parece que quieres engañarme.

—¿Y para que te habia de engañar? ademas de que te amo me sirves de mucho, hijo, para que yo piense enajenarme de tí. Pero...

—¿Pero qué?

—Espera.

Doña Ana se levantó, entró en el dormitorio, abrió un cofre, y del cofre sacó una cajita: volvió, se sentó y abriendo la caja mostró su contenido al sargento mayor.

—Mira el por qué de no haber querido yo por galan al duque de Uceda y de pensar en que por algun tiempo no nos veamos.

—¿Quién te ha dado esta gargantilla? dijo con acento ronco Guzman.

—Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor del rey.

—¡Ah! en verdad que ese hombre es muy rico, dijo el sargento mayor: pero segun pienso y por los informes que tengo, dentro de poco no podrá hacerte tales regalos.

—Es mucho lo que los celos entorpecen los sentidos, dijo doña Ana; el cocinero mayor, me ha dado en verdad esta joya, pero ha sido en nombre de mas alta persona.

—¡Del duque de Lerma!

—¡Mas alto!

—¡Del rey!

—¡Del rey!

—¡Imposible! ¡de todo punto imposible! el rey no piensa mas que en cazar, en dormir y en rezar. Con presentarse muy hinchado y grave al lado de Lerma en las audiencias, piensa que ya tiene hecho todo lo que tiene que hacer para ser rey... pero á don Felipe III no se le conocen galanteos... tan devoto... tan asustadizo... buena fortuna seria, y estaríame yo sin venir á verte á tú casa, que ya nos veríamos fuera de ella, aunque fuese de año á año... ¡pero vamos! ¡es imposible!

—Estos hombres creen que las gentes no son mas que lo que parecen, dijo con desden doña Ana.

—No tal, no: yo no creo eso, porque sé muy bien que tú y yo so-

mos una cosa y parecemos otra. Pero tratándose del rey... ¡cuando te digo que no puede ser!

—¿Y de dónde ha sacado el cocinero mayor esta alhaja?

—Cuenta conque las perlas no sean cera, el oro cobre y los diamantes vidrio blanco.

—Ya está visto esto, y apreciada la alhaja: vale mil doblones.

—¡Mil doblones!

—No podia ser menos un regalo de rey.

—¿Pero dónde te ha visto su magestad?

—Eso mismo pregunté yo á Montiño: ¿dónde me ha visto su magestad?

—¿Y qué te respondió?

—Que no lo sabia.

—¡Qué no lo sabia! pero... cuéntame desde el principio.

—Anoche ya tarde, llamaron á la puerta. Yo creí que seria el duque de Uceda y mandé á Casilda que abriese. Poco despues oí abajo un altercado: era Casilda que disputaba con un hombre, que á todo trance queria entrar, que decia tenerme que decir cosas graves, y que al fin dijo era el cocinero mayor del rey. Como nuestros asuntos están ahora por las cocinas, sentí yo no sé que terror, yo no sé que cuidado y mandé á Casilda que dejase subir al cocinero del rey.—Cuando le ví (yo no le conocia) me espanté. Venia pálido, desencajado, desgreñados los escasos cabellos, y la primera palabra que me dijo, fue:

—Desde hace veinticuatro horas, no me suceden mas que desgracias.

Estas palabras no eran las mas á propósito para tranquilizarme, y le rogué que se sentara y que se esplicase.

—Tras las desgracias que me suceden, me dijo, hubiera sido la última la de no poder veros.

—Tranquilizaos, y decidme despues, por qué hubiera sido una desgracia para vos el no haberme visto.

—Porque una persona muy principal, y á quien temo mucho, me ha encargado que os vea.

—¿A mí? ¿para qué?

—Para que os dé de su parte, en prenda de la mucha estima en que os tiene, esta alhaja.

Y me dió esa gargantilla.

—Yo no puedo aceptar un regalo, le dije, de una persona á quien no conozco.

—Podeis estar segura, de que es muy principal.

—Pues siendo tan principal, y teniendo por mí tanto interés que me regala, le dije, ¿qué interés puede tener en que yo no sepa su nombre?

—Tanto interés tiene, me replicó, en que vos no sepais quién es, que desea veros misteriosamente.

—Esplicaos.

—La alta persona que me envia, dijo el cocinero dando vueltas á su gorra, porque sin duda hallaba gran dificultad en cumplir con su mensaje, quiere... pues... quiere que le recibais sin luz.

—¿Por quién me teneis? dije al cocinero mayor fingiéndome gravemente ofendida, á pesar de que tenia una viva curiosidad por saber quién era aquella persona: ¡ea! añadí; idos de mi casa sino quereis que os haga echar á palos.

—Perdonad, señora, me dijo: pero temo mas las consecuencias de no llevar una contestacion vuestra á la persona... ¿qué digo? al ilustre personaje que me envia, que la riña que pudiera tener con vuestros criados.

—Ya llevais la contestacion á esa persona.

—A la persona que me envia, no se la puede contestar de ese modo me dijo, porque esta persona...

—¡Me ultraja!

—Será necesario deciros quién es, para que veais que no hay ultraje.

—Solo una persona pudiera no ultrajarme... una persona tal que ni aun para mí pudiera pasar por galanteador.

—¿Habeis adivinado?

—No, no he adivinado; he dicho únicamente, que solo hay una persona que pudiera pretender ser mi amante sin que yo le conociera.

—Pues bien: decidme el nombre de esa persona.

—Esa persona, no podia ser otra que el rey.

Miróme fijamente el cocinero mayor, con la boca abierta, y los ojos espantados.

—¿No me comprometereis, me dijo, si os declaro la verdad?

—Os lo prometo.

—¿Sereis prudente?

—Sí.

—Pues bien, señora; la persona que os solicita, que está ciegamente enamorado de vos, es... ¡el rey!

—¡El rey! dije sin poder contener mi asombro: ¡su magestad enamorado de mí!

—Esa rica gargantilla es una señal de ello, me contestó.

—¿Y dónde me ha visto su magestad? le dije.

—No lo sé. El rey me ha llamado y con gran secreto me ha dicho: Montiño, mi buen cocinero; yo aunque soy rey, tambien soy hombre, y como hombre tengo debilidades; amo á una dama, y no puedo contener mi amor: toma, llévala esta joya, y dila que te indique cuando puedo yo ir á visitarla: pero ha de ser de modo, que las luces estén muertas cuando yo entre, y no pueda conocerme. Ofrécela cuanto quiera y mas que quiera, y toma las señas de la casa donde vive y su nombre.

Yo, añadió el cocinero, no me atreví á negarme: he venido, y temeroso de llevar á su magestad vuestra contestacion, he preferido, confiando en vos, deciros lo que os he dicho: pero por Dios, no pronuncieis ni una sola palabra imprudente, porque su magestad es muy mirado, y nos perderíamos los dos.

Yo le juré guardar el mas profundo secreto, acepté la gargantilla, y el cocinero se fue prometiéndome volver para decirme qué noche y á qué hora debe venir su magestad.

—En esto debe de haber andado el duque de Lerma... estoy casi seguro, dijo el sargento mayor; porque ¿á quién interesa mas que al duque el tener bien cogido al rey? Ademas de eso: ¿no han desterrado al conde de Lemos porque habia llevado una noche al príncipe de Asturias á casa de una de las queridas de don Rodrigo Calderon? ¿No han apartado de la crianza del príncipe á don Baltasar de Zúñiga, porque daba demasiado gusto á su alteza, y no han sacado tambien al duque de Uceda del cuarto del príncipe, sin duda porque han sabido que le traia aquí para que desde bien temprano se acostumbrase á las favoritas? Acaso ha sabido el duque de Lerma que su hijo se valia de tí para educar al niño príncipe, como, siendo aun mas pequeño, se valió para ello de la Angelica el conde de Lemos su sobrino, y habrá dicho: puesto que esa hermosa doña Ana servia para hacer adquirir al jóven príncipe malas costumbres, puede servir tambien para corromper las del rey y estraviarle.

—Acaso acaso, dijo doña Ana.

—Pues estamos de doble enhorabuena: confio en que sabrás manejar al rey.

—¡Oh! ¡ya lo veremos!

—No me ocultes nada.

—¿Y cómo? ¿qué soy yo sin tí?

—Don Rodrigo es lo que mas nos conviene.

—Serviré á don Rodrigo. Creo que este asunto esté concluido, y ahora recuerdo que me han dicho que contigo venia una mujer jóven, hermosa, ricamente vestida.

—Si, muy hermosa y muy jóven, dijo el sargento mayor apretando el gesto y retorciéndose los mostachos.

—¿Y á qué traes tú esa mujer á mi casa?

—¡Qué! ¿tendrás celos?

—Pudiera tenerlos.

—Pues bien, no los tengas, porque esa muchacha es mi hija.

—¡Tu hija!

—Si: la hija de aquella Margarita que yo robé de su casa; la hija que me quitó un hombre una noche cuando iba á dejarla en la puerta de un convento, dejándome tres puñaladas, de las cuales estuve á la muerte: la hija de quien no volví á saber, hasta que la conocí siendo á la vez querida secreta de don Rodrigo Calderon, y pública del duque de Lerma. En una palabra: la comedianta Dorotea.

—¿Pero estás seguro de que no te has engañado?

—¡Si tu hubieras conocido á su madre!

—Si, si, ya me has dicho...

—Verla á ella, es ver á Margarita: ademas, yo la habia hecho una señal...

—¡Una señal!

—Si, antes de salir de la casa, para llevarla á esponer en el cajon de San Martín, sin saber por qué, pensando no sé en qué, la señalé.

—¡Qué la señalaste!

—La arranqué un pequeño bocado de un brazo.

—¡Ah! esclamó con disgusto doña Ana.

—Fue la manera mas pronta que se me ocurrió de señalarla.

—¿Pero has visto tú esa señal?

—No: pero un dia, don Rodrigo que quiere mas de lo que parece á la Dorotea, me dijo:

—Juan: yo te he hecho hombre.

—Indudablemente, señor, le costesté.

—Eres listo y astuto, y parece que hueles las cosas.

—¿Qué hay que averiguar?

—Tu sabes cuánto quiero á la Dorotea.

—Si señor.

—Hace mucho tiempo que estoy viendo en su hombro derecho una señal: pero nunca hasta ahora la he preguntado: es una cicatriz como la de una mordedura: ella ha dicho que recuerda haber tenido siempre esa señal: he preguntado al tio Manolillo, y me ha dicho que la encontró abandonada en la calle, y que efectivamente, cuando la llevó á su estancia en el alcázar, notó que las pobres ropas en que iba envuelta estaban manchadas de sangre, que la descubrió y vió una mordedura reciente, de la que costó trabajo curar á la niña: ahora bien: la Dorotea sufre porque no conoce á sus padres, yo la quiero bien, y te recompensaria grandemente, si encontrases esos padres perdidos.

Pude en el momento decirle:

—Su padre soy yo: su madre era una muchacha tan hermosa como ella, á la que conocí en su casa donde estuve aposentado algunos dias, y á la que me llevé conmigo. No se si su madre vive ó ha muerto...

—¡Con qué esa hermosa mujer, esa famosa Dorotea, la querida de Lerma y de Calderon es tu hija! ¡y ella no lo sabe!

—No.

—¿Y para qué la traes aquí?

—Es como su madre, apasionada y violenta: de la misma manera que su madre se enamoró de mí á primera vista, ella se ha enamorado de un hombre; ese hombre es el que ha herido á don Rodrigo: ese hombre que es sobrino del cocinero mayor de su magestad, ha hecho suerte en veinticuatro horas: antes de ayer por la noche entró en Madrid, y hoy se encuentra metido en palacio, protegido, y casado con la dama mas hermosa y mas difícil de la córte: con doña Clara Soldevilla.

—¡Y esa mujer que es querida del duque de Lerma, está celosa de una dama que es la favorita de la reina!

—La reina importa ya poco... tal vez á estas horas... pero conviene á pesar de esto, que esa muchacha siga enloqueciendo á Lerma: ella queria hacer un disparate, pero yo la he prometido que la vengaria si ella me ayudaba, y ha consentido en seguirme. Te la he traido y te la entrego... tú sabes envenenar el alma, Ana; envenena la de esa muchacha, y haz de modo que nos sirva bien. Voy por ella.

Y se dirigió á la puerta por donde habia entrado.

Pero al abrirla, se vió tras ella un hombre, y se oyó una ronca voz que dijo temblorosa, colérica, rugiente, amenazadora:

—¡Atrás! ¡atrás, sargento mayor! ¡tu no saldrás de aquí!

El hombre que habia pronunciado estas palabras, que habia adelantado sombrío y letal, y que habia cerrado por dentro la puerta, era el bufon del rey.

El sargento mayor retrocedió sorprendido.

En su semblante apareció la espresion del espanto.

Doña Ana miró con terror al bufon.

Y el bufon adelantó pálido hácia el sargento mayor, que retrocedia.

CAPITULO XLV.

De cómo la Providencia empezaba á castigar á los bribones.

Necesitamos decir como el tio Manolillo habia podido aparecer tan dramáticamente enmedio de aquel bandido y de aquella ramera.

Sabemos que al salir de la taberna donde habia estado con el cocinero del rey, se habia ido derecho á llamar á la puerta de doña Ana.

Abriéronle, porque hay maneras de llamar que mandan, que se hacen obedecer, y el tio Manolillo habia llamado de una de aquellas maneras.

Es decir, de una manera rotunda, decidida, nerviosa, fuerte, retumbante.

Quien llama asi en una casa debe tener derecho para entrar ó fuerza, lo que no es lo mismo, ó las dos cosas á la vez.

Hemos dicho que le abrieron: ahora debemos decir que apenas encontró franca la puerta, el bufon se lanzó sobre el criado que le habia abierto, que era un escudero viejo.

Se arrojó sobre él como un tigre; le derribó, le sofocó, y le tapó la boca con un pañuelo, al que hizo un nudo que introdujo en la boca de la víctima.

Esta manera de enmudecer que se conserva aun hoy, y se usa por los ladrones, se llama la *tragantona*.

Hasta el crímen tiene sus tradiciones.

Despues quitó al escudero la correa que sugetaba sus gregüescos

á la cintura, y le ató atrás las muñecas, y con el estremo sobrante ató un pié de la víctima y le dejó tendido en el portal; el escudero no podia gritar, ni aun rugir, ni moverse.

El tio Manolillo se acurrucó en un rincon del zaguan, y esperó:

Poco despues bajó una dueña, á quien habia llamado la atencion el que el escudero hubiese bajado á abrir y no hubiese subido.

El bufon la acometió por detrás, la hizo otra tragantona con la toca, y la ató de igual modo que al escudero, valiéndose de la correa del hábito de la dueña.

—Aun me faltan la cocinera y la doncella, dijo: doña Ana, esa bribona, no tiene mas criados: el olor de la cocina me llevará.

El tio Manolillo adelantó.

No era entonces un hombre, sino una fiera astuta que adelantaba recelosamente sin producir ruido, hácia su presa.

Un momento despues la cocinera y la doncella estaban enmudecidas y atadas.

El tio Manolillo habia arrostrado por todo y habia tenido la suerte de que no surgiese ninguno de esos incidentes que frustran las sorpresas mejor meditadas.

Ya seguro de los criados, el tio Manolillo adelantó por las habitaciones principales.

Al ir á levantar un tapiz, vió de repente á la Dorotea.

La pobre jóven estaba sentada en una silla, replegada, sombría, inmóvil, con la mirada fija, sufriendo de una manera visible, aterradora.

Hubiera podido ver al bufon, á no estar tan abstraida, pero no le vió.

El bufon se retiró sin ruido, la miró un momento al través de la abertura del tapiz con una mirada profunda, en que habia tanta ternura hácia ella, como amenaza, como cólera, hácia los que causaban el doloroso estado de la jóven.

—Esta sola, dijo, y entró con él: él debe estar con la otra: busquemos otro camino, es necesario saber de lo que tratan esos miserables.

Y tomó por una puerta, y se encontró en un corredor oscuro.

Y adelantó sin hacer ruido como una sombra.

A medida que se acercaba á una puerta, oia dos voces.

La de un hombre y la de una mujer.

Adelantó hasta la puerta, llegó, y se puso á escuchar.

Por esta razon, cuando el sargento mayor fué á entrar por aquella puerta, se encontró con el bufon.

—¡Ah! ya sabia yo que habias de buscar á la Dorotea, dijo el sargento mayor: peor para tí.

Doña Ana miraba aquella escena improvista con asombro: mas que con asombro: con un terror instintivo.

—¿Con qué tu eres su padre? dijo el tio Manolillo: ¿con qué eres el padre de Dorotea? ¿con qué, aun no contento con haber asesinado á la madre, quieres asesinar á la hija?

Y la voz del tio Manolillo, era ronca, amenazadora, sombría; sus ojos vizcos se revolvian de una manera espantosa, estaban inyectados de sangre, y su barba temblaba.

Don Juan de Guzman se sentia dominado, doña Ana estaba coartada por el miedo.

La actitud del bufon, de aquel hombre pequeño, cuadrado, robusto, encogido como para arrojarse sobre una presa, y en el cual se adivinaban el valor, la fuerza y la agilidad del tigre, parecian indicar que iba á suceder allí algo terrible.

—Si quereis llevaros á esa muchacha, lleváosla, dijo el sargento mayor que tenia miedo: preguntadla si yo la he violentado.

—¿La habeis dicho que sois su padre? dijo el bufon.

—No.

—Pues mejor.

—No he tenido necesidad de decírselo.

—Y has hecho bien: porque tú no eres su padre, sino una especie de animal monstruoso, que has sido la causa de su existencia. Pero no tengo tiempo que gastar contigo... estoy de prisa... añadió el bufon con una sonrisa horrible, con la sonrisa de un loco: ¿te acuerdas de que una noche llevabas á esa niña reciennacida en los brazos...? ¡oh! era una noche muy oscura: de repente un hombre se arrojó á tí y te dió tres puñaladas.

Y al decir esto el bufon saltó, se aferró al sargento mayor y le dió una puñalada en el pecho.

Don Juan de Guzman dió un grito, vaciló y cayó.

Luego el bufon vió que doña Ana corria á una puerta, y la asió de una mano.

Doña Ana cayó de rodillas creyendo llegada su última hora.

El tio Manolillo sin soltar á doña Ana, dirigió su terrible palabra á don Juan de Guzman, empuñando aun la daga conque le habia herido:

—Entonces fueron tres, y ahora ha bastado una... es que ahora ten-

go la mano mas segura... ¡asesino de mi hermana Margarita! ¡envenenador de la reina Margarita! ¡verdugo de tu hija! ya no cometerás mas crímenes.

En efecto, don Juan de Guzman estaba muerto.

—Y tú Aniquilla, que te llamas doña Ana; tú, que hace veinte años andabas por las playas de Gijon descalza, cogiendo ostras y buscando á los marineros; tú, aventurera ennoblecida por tu hermosura; tú, miserable, ase de los piés de ese cadáver y pronto, porque no tengo tiempo que perder.

—¿Pero qué va ser de mí? esclamó desesperada la hermosa doña Ana.

—Sea lo que el diablo quiera.. Tú tendrás en tu casa algun escondrijo...

—¡Los sótanos! esclamó doña Ana.

—Pues á los sótanos: agarra pronto, sino quieres perderte... concluyamos por el momento que yo volveré.

—Esperad... esperad... voy á abrir las puertas, dijo con angustia doña Ana, para que nada nos entretenga, y salió y volvió poco despues.

Entonces la ramera y el bufon asieron del bandido, y le llevaron.

Por donde quiera que pasaba, quedaba un rastro de sangre.

Al fin bajaron al piso bajo, y el bufon señaló un rincon oscuro en una sala lóbrega.

—Dejémosle aquí, dijo.

—Por el amor de Dios, dijo doña Ana; vós, que no sé como me conoceis; vos, que cuando no me habeis muerto tambien, no me aborreceis, ayudadme á borrar las señales de esta muerte... yo diré á los mios que ese hombre ha salido por el postigo...

—En lo que harás muy bien, dijo el tio Manolillo, será en soltarlos de las ligaduras conque yo los he sujetado, y despedirlos á pretesto de que se han dejado sorprender: ¡quédate sola, que yo volveré y le enterraremos..! ¡por ahora, adios! ¡Adios, que mi conciencia me llama á otra parte!

Y subió de dos en dos los peldaños de una escelera, atravesó algunas habitaciones, y entró en la que Dorotea se encontraba todavía inmóvil y dominada por su mudo dolor.

—Ven conmigo, la dijo el bufon asiéndola de una mano.

—¡Ah! ¿sois vos?

—Ven conmigo... yo te salvaré... yo te consolaré... pero ven, ven... no perdamos un momento.

Y arrastró consigo á la Dorotea, que se dejó conducir maquinalmente, bajó por la escalera principal, pasó por junto al escudero y la dueña que permanecian atados, abrió la puerta, salió y la tornó á cerrar.

Cuando estuvieron en la calle, el bufon dijo á la Dorotea.

—Vuélvete á tu casa, y espérame : yo no te puedo acompañar.

—Pero...

—Ve, ve... hija mia... acabo de salvarte de un peligro... yo te salvaré de todos : adios.

Y partió hácia el alcázar.

La Dorotea, atónita, asombrada, sin comprender lo que la sucedia, le vió desaparecer, se envolvió en el manto, y á paso lento, con la cabeza inclinada, pisando lodo, se encaminó á la calle ancha de San Bernardo.

CAPITULO XLVI.

De lo perjudicial que puede ser la etiqueta de palacio en algunas ocasiones

El tio Manolillo, corria como alma que lleva al diablo.

Tropezaba acá y allá con las gentes, como un caballo desbocado, las lanzaba un gran trecho ó las dejaba caer y seguia corriendo.

En pocos momentos llegó al alcázar.

Antes de llegar á él vió á Luisa y á Inés que iban envueltas en sus mantos.

Pararon un momento.

—¿A dónde vais? las dijo con acento amenazador.

—A misa... contestó temblando Luisa.

—¡A misa! ¿en dia de trabajo...?

Pero el bufon recordó que tenia mucha prisa, y tomó de repente el camino de la puerta de las Meninas del alcázar.

Al entrar salian algunos hombres, y el tio Manolillo tropezó rudamente con uno de ellos.

—¡Qué brutalidad! dijo el tropezado recogiendo un pesado talego que habia caido al suelo, produciendo un sonido sonoro.

—¡Ah! ¡el alguacil Agustin de Avila, esclamó el bufon, y pasó por sus ojos un relámpago de muerte.

Pero de repente apretó de nuevo á correr esclamando:

—Lo otro es primero... la reina... ¡Dios mio!

Y entró en el patio del alcázar.

Allí de una manera involuntaria, superior á su resistencia, se detuvo de nuevo, y miró á una torre almenada que se veia por cima de las galerías en un ángulo del patio.

Sobre aquellas almenas habia un cuerpo de edificio coronado por una montera de pizaras; en aquel cuerpo de edificio, habia una ventana: en aquella ventana el viento ondeaba un pañuelo encarnado.

—¡Oh! ¡la señal de muerte! esclamó el bufon.

Y siguió corriendo, subió, no como un hombre, sino como una araña que huye, unas escaleras, atravesó como un frenético la galería, y atropellando casi al guardia de corps que daba la centinela de la puerta esterior del cuarto de la reina, se lanzó dentro.

Dióse un tremendo pechugon con una persona á la que no arrojó.

Por el contrario le asió, y le detuvo.

—¡Cuerpo de Baco! esclamó aquel hombre, ¿venís ú os disparan, tio?

Aquel hombre era don Francisco de Quevedo.

El bufon no le contestó: por cima del hombro de Quevedo habia visto un paje talludo, rubicundo, que llevaba sobre las palmas de las manos una vianda adornada con yerbas verdes.

—¡Allí tal vez...! ¡en aquel plato...! dijo el bufon, ¡soltad, vive Dios, ú os mato...!

—¿Pero estais loco...? tengo que deciros graves cosas... ¿no me conoceis tio?

—¡La reina...! ¡la reina...! ¡dejadme don Francisco...! ¡aquel paje...! ¡es el amante de la Inés...! ¡el pañuelo encarnado está en la ventana...!

—¡Ah! esclamó Quevedo con una espresion terrible por su horror... ¡un paje...! ¡un plato...! ¡el pañuelo...!

Y soltó al bufon, que se lanzó á la puerta de la antecámara.

Los tudescos le cerraron el paso cruzando sus alabardas.

—¡Ah! ¡no me dejais pasar...! esclamó el bufon: y asió las alabardas con la fuerza de la zarpa de un leon.

Se entabló una lucha.

Quevedo no podia llegar pronto, pero desde donde estaba gritó con la autoridad que sabia dar á su voz en las ocasiones solemnes:

—¡Dejadle pasar! ¡dejadle pasar, de órden del rey!

Al sonido de aquella voz poderosa, á la vista del hábito de Santiago, del que la pronunciaba, los tudescos dominados dejaron pasar al bufon,



¡PARA MÍ! ¡PARA MÍ!

Quevedo á pesar de la deformidad de sus piés, que le impedia andar de prisa, corrió.

En la puerta de la cámara de la reina, se entabló otra lucha con los ugieres.

La autoridad de Quevedo fue allí inútil.

El bufon apeló á la fuerza.

Tiró á un ugier á un lado, y otro á otro y entró tambien.

Pero entre la inocente detencion causada por Quevedo, la de los tudescos y la de los ugieres habia pasado mucho tiempo.

El paje habia desaparecido.

Cuando el bufon entró, se precipitó á la mesa y se arrojó sobre ella.

La reina dió un grito.

El padre Aliaga, que almorzaba con la reina, se puso de pié.

El tio Manolillo buscó con ansia un plato entre los que cubrian la mesa de la reina, y vió uno solo puesto delante del plato de Margarita de Austria.

Aquel plato estaba adornado con berros.

Era una perdiz que tenia todas las patas.

El bufon le agarró y al apoderarse de él dijo, con una admirable fuerza de espíritu, soltando su hueca carcajada de bufon:

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡he ganado! ¡Le ganado! ¡para mí! ¡para mí!

Y haciendo como que devoraba al paso la perdiz, dió á correr esclamando:

—¡Para la reina no! ¡para mí!

Y soltó una larga y estridente carcajada que hizo temblar á todos los que la oyeron y escapó.

—¡Oh! ¡esto es ya demasiado! dijo la reina.

—Perdonad señora... dijo Quevedo: yo no le he podido contener: ¡el tio Manolillo está loco!

Y Quevedo saludando profundamente á la reina y antes de que esta, reponiéndose de su sorpresa le pùdiera contestar, salió.

Quevedo buscó inútilmente en la parte baja del alcázar al tio Manolillo, y subió á su aposento á cuya puerta llamó inútilmente repetidas veces.

Al fin Quevedo gritó:

—Si estais ahí tio Manolillo, abrid, hermano, abrid á Quevedo.

Oyéronse violentos pasos y se abrió la puerta.

Apareció el bufon pálido y desencajado.

—¡Entrad! ¡entrad! esclamó: entrad y pensemos en la venganza... hoy ha amanecido un dia de muerte...

—¡Teneis sangre en las manos! esclamó Quevedo...

—¡Es poca! esclamó el bufon: ¡es poca! ¡venid!

Y tiró de Quevedo, le llevó á lo último de su aposento y le mostró una fuente de plata puesta sobre una mesa.

—Mirad esto: faltan las pechugas... mirad aquello, y señaló en un rincon un pedazo de perdiz, junto á la cual está echado, impasible, un gatazo rodado.

—El Chato devora cuanto halla, porque es un gato pobre, y no ha querido ese pedazo de perdiz. Los animales conocen la muerte. ¡Que Dios tenga piedad de la reina!

—¿Y qué hacer?

—¿Qué hacer..? yo no sé.... ¿quién dice...? ¿quién declara...? ¡Oh! ¡no! ¡sentenciarnos á ser tenidos por cómplices, á morir deshonrados...! ¡hemos hecho cuanto podíamos hacer... y acaso... acaso nos hayamos engañado..! pero no... no... el Chato no ha comido... ¡Dios mio!...

—Sois cobarde... esclamó Quevedo... suceda lo que quiera, yo voy á buscar al médico de su magestad.... guardad esa perdiz, guardadla; sobre todo quitadla de esa fuente que es de plata...

El bufon quitó los restos de la perdiz de la funente, los echo en una escudilla, y con ellos el pedazo que habia arrojado al gato.

Entretanto Quevedo habia desaparecido.

Un paje de la reina se presentó poco despues.

—Tio Manolillo, dijo; os aconsejo que os escondais por algun tiempo.

—¿Pues qué pasa, hijo? contestó dominándose el bufon.

—Que habeis dado un susto á su magestad, y no ha acabado de almorzar; se ha dejado casi todo lo que tenia en el plato cuando entrasteis vos.

—¿Pechugas de perdiz...?

—Eso es... ¡una perdiz que olia tan bien..! me la he comido, tio.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Gonzalo.

—¿Y te has comido la perdiz que quedaba en el plato de la reina?

—Si... al salir... no me veian...

—¿Y quedaba mucho?...

—Casi una pechuga... y me ha hecho mal... ya se vé... ¡comí tan de prisa porque no me vieran!

El paje en efecto, empezaba á ponerse pálido.

—¿Y por qué vienes, hijo? esclamó el tio Manolillo haciendo un violento esfuerzo para dominar su horror.

—Por la fuente de plata que os habeis traido.

—¿Y comió mucho la reina?

—¡Quiá! no... ni el padre Aliaga...

—¿Y te has comido las dos?...

—Si.

—Ven, hijo mio, ven... ven á las cocinas... voy á darte aceite, que es bueno para que arrojes... ¡Oh! Dios mio!...

—Tengo ansias, tio...

El bufon asió al mozo y le arrastró consigo.

Pero al llegar á las escaleras, el paje dió un grito, avanzó, cayó rodando por las escaleras, y con él la fuente de plata.

El bufon se retiró precipitadamente, fué á su aposento y se puso á rezar por el alma del paje.

CAPITULO XLVII.

De cómo muchas veces los hombres no reparan en el crímen aunque sus vestigios sean patentes.

Pasó mucho tiempo, sin que nadie subiese por las escaleras por donde el paje habia caido.

Al fin subió una moza de retrete.

La escalera era oscura.

La moza tropezó en la bandeja, que sonó.

Recogióla la moza.

—¡Calla! dijo: ¡una bandeja de plata! ¡y sucia...! ¡llena de grasa! ¿cómo está aquí? La llevaré á la repostería.

Y siguió subiendo, y tropezó de nuevo.

Pero tropezó en un cuerpo humano.

Aquel cuerpo estaba frío.

La moza empezó á dar gritos.

A los gritos de la moza acudieron algunos de la servidumbre.

Muy pronto corrió la voz de que se habia encontrado muerto un paje de la reina en las escaleras de las cocinas.

Y junto á esta, corrió otra voz no menos escandalosa.

El aposento del cocinero mayor estaba abierto y abandonado, rotas algunas puertas; roto un gran cofre y vacío.

La mujer y la hija del cocinero mayor habian desaparecido.

El alcaide de palacio, el guarda mayor y el mayordomo mayor del rey, se habian presentado en los lugares de estas dos catástrofes.

A nadie se le ocurrió que entre la muerte del paje y la desaparicion de la familia y el robo del cocinero mayor, podia haber una relacion íntima.

A nadie se le ocurrió tomar acta de haberse encontrado junto al paje muerto una fuente de plata del servicio de mesa de la reina.

Los médicos declararon que, segun los vestigios que quedaban en el cadáver, el paje habia muerto de repente á consecuencia de un ataque cerebral.

Y tenian razon, porque el veneno que Guzman habia dado á Luisa, y Luisa al galopin Aldaba, y el galopin Aldaba al paje rubio, y este á la mesa de la reina, y la mesa al paje Gonzalo, habia obrado sobre el cerebro de este último produciéndole una violenta congestion.

El paje fue conducido al depósito de muertos de la parroquia de Santa María.

La fuente de plata entregada en la repostería y lavada.

Los únicos vestigios del crímen quedaban en una escudilla de madera en el cuarto del bufon.

Y el bufon, vuelto al fin en sí de tan violentas impresiones, se lavaba las manos borrando un vestigio de otro crímen, mientras la fuente se lavaba en la repostería.

Entre tanto el alcaide de palacio y el mayordomo mayor del rey á quien se habia dado parte de lo acontecido en el aposento del cocinero mayor, hacian estender testimonio á un escribano de como:

«El dia 17 de diciembre de 1610, llamado etc. (aquí el largo fárrago curial) yo el infrascripto, entré con su escelencia el señor mayordomo mayor del rey y con su señoría el señor alcaide de palacio y con los señores Lope Rios, y Diego Luque, camareros del rey en el aposento que en palacio habita el señor Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor de su magestad el rey nuestro señor, que Dios guarde, y los espresados y el infrascripto escribano hallamos que la puerta del dicho aposento no estaba cerrada sino abierta y franca; y en la primera habitacion hallamos á mas de los muebles conocidos del uso del dicho Montiño y su familia, un cofre de hierro muy pesado, cerrado, sobre el cual se veian señales de haberle querido forzar: el cual cofre fue entregado en depósito al escelentísimo señor mayordomo mayor. Y entrados en el siguiente aposento hallamos los muebles revueltos, y algunas prendas de ropas esparcidas, con

mas, un ejemplar impreso del Arte de cocina, pastelería, vizcochería y conservería que ha compuesto el dicho cocinero mayor; y pasando á las otras habitaciones, las hallamos en el mismo desórden, y á la ventana de una de ellas, atado un pañuelo encarnado de algodon; en otra habitacion mas interior hallamos un gran cofre descerrajado á viva fuerza de sus tres cerraduras, y el cofre vacío y sobre la mesa algunos papeles y libros de dinero puesto á ganancia; y otrosí: halláronse dos espadas y un arcabuz, y examinadas aquellas y este hallóse ser de la marca que mandan las pragmáticas; y otro sí: acá y allá esparcidos halláronse seis doblones de á ocho y cuatro escudos de cruz, y veinte maravedises de plata, de todo lo cual y de los muebles y efectos se hizo el inventario adjunto y quedó entregado de todo el dicho escelentísimo señor mayordomo mayor, por cuyo mandado libro la relacion presente de que doy fé. En testimonio de verdad.—Pero Ponce Lucas.

Libróse asimismo testimonio de haber desaparecido:

Del cuarto del cocinero, su mujer, Luisa Robles y su hija Inés Martinez.

De las cocinas, el galopin Cosme Aldaba.

De la servidumbre de la reina, el paje Cristobal Cuero.

Y se tomaron declaraciones, y por estas declaraciones se averiguó que la cocinera tenia un amante, que se llamaba don Juan de Guzman.

Que el paje Cristobal Cuero era amante de la Inés Martinez.

Que el galopin Cosme Aldaba, andaba en inteligencias con los unos y con los otros, que habia sido despedido por el cocinero mayor y que su mujer le habia enviado á las cocinas.

En vista de lo cual sumariamente averiguado, y teniendo de ello conocimiento el rey, mandó su magestad que esta sumaria pasase á un alcalde el cual alcalde mandó que fuesen presos donde fuesen habidos los espresados don Juan de Guzman, Luisa Robles, Inés Martinez, Cosme Aldaba y Cristobal Cuero, por delito de robo y otros, cometidos contra la hacienda y en la honra y otros estremos y particulares del cocinero mayor de su magestad.

Pero en cuanto á la entrada exabrupta del tio Manolillo en la cámara de la reina, tomóse á gracia y la misma Margarita de Austria, cambió su enojo en risa.

Y en cuanto á lo del paje, creyóse en lo de la muerte casual y violenta y se le enterró; diéronse á su madre de órden del rey ciertos maravedises para lutos, diéronse otros á un capellan para que dijera misas

por el alma del difunto y no se habló mas de ello, ni á nadie se le ocurrió pensar en venenos ni asesinatos.

Sabian el crímen, los asesinos don Francisco de Quevedo, el bufon y Dios que lo sabe todo.

CAPITULO XLVIII.

De cómo la duquesa de Gandia tuvo un susto mucho mayor del que le habian dado los miedos de San Anton.

Doña Clara Soldevilla era feliz.

Feliz de una manera suprema.

Estaba consagrada enteramente al recuerdo de su felicidad.

Apenas, si habia hecho desde que habia salido aquella mañana de su aposento su marido, mas que pensar en él, sentada en un sillon junto al brasero.

Ya bien entrado el dia, creyó que era un deber suyo dar parte á su padre de lo que la acontecia, y tomó la pluma para escribir una larga carta.

Pero una vez puesta á ello solo pudo escribir lo siguiente:

«Padre de mi alma: mi lealtad y la reina me han obligado á casarme; pero al casarme no he hecho un sacrificio. Soy feliz. Mi marido se llama don Juan Tellez Girón. No puedo escribiros mas, mi buen padre. Estoy aturdida con lo que me sucede: enviad vuestra bendicion, señor, á vuestra hija que os ama y queda rogando á Dios por vuestra vida.—Clara.

Cerró esta carta y llamó.

—Que venga al momento Anselmo, dijo.

Presentóse poco despues un escudero como de cincuenta años.

—Monta al momento á caballo, mi buen Anselmo, dijo Clara, y ve á llevar á mi padre esta carta.

—¿Pues qué sucede, señora? dijo Anselmo cuidadoso, porque era un antiguo criado de la casa.

—Sucede que doy á mi padre la noticia de mi casamiento.

—¡Cómo! ¡la señora se casa!

—Me he casado ya.

—¡De secreto!

—No por cierto, me casé anoche delante de testigos en la capilla real.

El escudero se puso pálido, y no se atrevió á preguntar mas.

—Pero... me olvidaba... esta carta no puede ir sin otra suya y él no ha venido.

En aquel momento entró en el cuarto una dama de la reina que venia de ceremonia.

—¡Ah! ¡doña María! esclamó la jóven.

—Vengo, doña Clara, primero á daros la enhorabuena... una triple enhorabuena... que sé yo cuántas enhorabuenas...

—¡Oh! ¡muchas gracias, señora! Anselmo vete fuera. Sentaos, doña María.

—No por cierto; estoy en el tocador de la reina y la reina me envia. Di á doña Clara Soldevilla, me dijo, que no nos haga esperar; que se vista como conviene á una recien casada que va á ser presentada con su marido á la córte y á tomar la almohada de dama de honor, mientras que su marido toma el mando de la tercera compañía de guardias españolas. He venido, pues, doña Clara, contenta porque vos debíais estarlo mucho.

—¡Oh! ¡si! ¡gracias á Dios!

—¿Con qué casada?

—Anoche...

—¡Y no haber conocido al novio...! ¡reservada siempre!

—En cambio, señora, conocereis al marido.

—Pues vestios, vestíos, doña Clara, dentro de poco vendrán por vos y por vuestro esposo, el conde de Olivares representando al rey, y la duquesa de Gandia representando á la reina, como que son vuestros padrinos. Ademas, permitidme un momento—y doña María salió y volvió á entrar trayendo un cofrecillo en las manos—la reina me encarga que os prendais estas joyas que os regala. Y es un bello aderezo... muy bello... su magestad os ama mucho.

—No sé como pagar á su magestad... y siento, siento mucho no poder complacerla... pero mi marido me ha regalado otro aderezo.

—¡Ah! ¿conque es rico...? os doy otra nueva enhorabuena. ¿Y sereis tan reservada respecto á vuestras galas de novia, como respecto á vuestros amores?

—¡Ay Dios mio, no! si quereis ver antes que nadie esas joyas, os daré gusto. ¡Isabel!

Apareció una doncella.

—Trae un cofrecillo que hay en mi retrete: aquel cofre de sándalo donde yo guardo mis alhajas. ¿Y decís, continuó doña Clara, que la duquesa de Gandia vendrá por nosotros como madrina en nombre de la reina?

—Asi me lo ha dicho su magestad.

—Ved el aderezo de que os he hablado, dijo doña Clara abriendo el cofre.

Doña María, que habia sabido con envidia el casamiento de doña Clara con un jóven capitan de la guarda española, y con disgusto su nombramiento de dama de honor, que las igualaba á entrambas, vió con despecho las ricas alhajas que la mostró doña Clara con la mayor lisura, sin alegría y sin orgullo.

—Sois completamente afortunada, dijo, y os repito mis enhorabuenas. Pero me voy; ya os he dado el mensaje que os traia, y me espera su magestad: y salió.

Apenas habia salido doña María, cuando entró una doncella.

—Señora, dijo, un caballero pregunta por vos; yo le he dicho que no acostumbrábais á recibir visitas, pero me ha contestado riendo, que estaba seguro que vos le recibiríais.

—Como se llama ese caballero.

—Se llama don Juan... don Juan...

—¿Tellez Giron?

—Eso es.

—Pues que entre al momento.

—¿Llamo á vuestra dueña?

—No.

La doncella salió escandalizada: doña Clara jamás habia recibido visitas de hombre.

Introdujo sin embargo á don Juan y salió.

Pero se quedó mirando por el quicio de la puerta y su escándalo creció, cuando vió que su señora y el jóven caballero se asian tiernamente de las manos, y que el caballero se atrevia á dar un beso á su señora..

—¡Oh! ¡qué hermoso y que gentil vienes, mi don Juan! dijo doña Clara mirando arrobada al jóven. Y cómo se conoce la ilustre sangre que te alienta. Yo tambien voy á engalanarme, á prenderme las hermosas joyas que me has regalado.

La doncella escandalizada se fué á decir á los demás criados al rodrigon y á la dueña y al escudero, que su dama, habia recibido á solas á un caballero que la besaba, y lo que era peor, que la regalaba joyas.

Pero cuando estaba en lo mas ardiente de su acusacion fiscal, entró la dueña cogitranqueando y dijo:

—Todo el mundo al cuarto de la señora.

El mundo todo aquel á que se referia la dueña, eran un rodrigon que ya conocemos, dos doncellas, dos escuderos, dos criados y un paje.

Todo el mundo entró con cuatro palmos de curiosidad en el aposento de la jóven.

Don Juan estaba lisa y llanamente sentado junto al brasero y con el sombrero puesto.

Como el señor en su casa.

Los criados miraban á don Juan con asombro.

—Amigos mios, dijo doña Clara: anoche mientras vosotros dormiais, apadrinada por sus magestades, me casé con este caballero... con don Juan Tellez Giron, que siendo mi esposo y mi señor, es vuestro amo.

—Sea por muchos años, esclamó el rodrigon que era el mas viejo y el mas autorizado: que Dios haga muy felices á sus mercedes... este es el segundo casamiento que veo en la casa... cuando la señora madre de vuesamerced se casó...

—Os dió muestras del aprecio en que os tenia: yo os las daré tambien: ahora idos: quedaos vosotras—añadió dirigiéndose á las doncellas —necesito vestirme.

Los criados salieron por una puerta, y doña Clara y las doncellas por otra.

Quedóse solo el jóven.

Una gravedad que hasta ahora no hemos conocido en él, habia acabado por ser la espresion de su semblante.

La fortuna le sonreia: se encontraba poseedor de una mujer hermosa entre las hermosas, noble entre las nobles, dificultad viviente que habia desesperado á los mas peligrosos galanes de la córte: la poseía por completo; doña Clara le habia dejado ver todo el tesoro de ternura y de amor de su alma, y le habia dicho embriagada de no sabemos que deleite:

—Vos habeis sido la mano que ha descorrido el velo de mi alma: os habeis presentado en tan poco tiempo delante de mí, tan hermoso primero, tan valiente, tan generoso, tan enamorado, tan noble despues, que yo tengo para mí que habeis ganado bien en veinte y cuatro horas, lo que otro no hubiera ganado tal vez en años.

Y cuando don Juan la replicaba:

—¿Y si la suerte nos hubiese separado?

—No os hubiera olvidado nunca: nunca hubiera dejado de sufrir al recordaros.

Y don Juan asia la hermosa cabeza de su mujer entre sus dos manos, la besaba y esclamaba entre aquel beso.

—¡Oh! ¡bendita seas!

No podia ser mas feliz don Juan.

Y esta felicidad le habia hecho grave.

Contribuian ademas á esta gravedad, un remordimiento y una aspiracion.

Aquella aspiracion y aquel remordimiento estaban representadas por dos mujeres.

La aspiracion era por su madre.

Don Juan sabia que era una dama ilustre. Pero su nombre... el jóven hubiera hecho un doloroso sacrificio por saber el nombre de su madre.

El remordimiento estaba representado por Dorotea.

Doña Clara despues de haber asegurado, jurado el jóven, que á nadie amaba mas que á ella, no le habia vuelto á hablar de la Dorotea.

La Dorotea era una cosa pasada, olvidada.

Su deber le prohibia volver á los amores de la comedianta.

Y sin embargo, don Juan sabia que la Dorotea le amaba: que le amaba con toda su alma, que él habia sido para ella, una especie de regeneracion: que, en una palabra, en la Dorotea se habia abierto para él un alma tan vírgen como la de doña Clara.

La comedianta no era, es cierto, la mujer digna, pura, magnifica: el tesoro en una palabra: pero la Dorotea era un ser desgraciado, tenia en su favor su infortunio... abandonarla era herirla... y luego... digámoslo de una vez: ¡era tan hermosa la Dorotea... ! ¡amaba de una manera tan profunda, tan delicada, tan ardiente..!

Don Juan luchaba en vano con el recuerdo de la Dorotea, no podia dominarle, no podia recusarle... y del recuerdo doloroso de la Dorotea pasaba al misterio de su madre...

Don Juan estaba de muy mal humor.

Y cuando se hallaba en uno de sus momentos mas tétricos, se abrió la puerta, y uno de los pajes dijo.

—Señor: la duquesa de Gandia.

Don Juan se quitó el sombrero lo arrojó precipitadamente sobre la mesa, y salió al encuentro de la duquesa.

Doña Juana de Velasco entró vestida, por decirlo así, de pontifical, y contrariada, sumamente contrariada.

Su orgullo estaba lastimado.

Un mandato espreso de la reina, la obligaba á presentarse como madrina en el cuarto de una jóven dama de honor, á quien, como sabemos, tenia ojeriza, á quien llamaba intriganta y enemiga del duque de Lerma.

Pero lo mandaba su magestad y era necesario obedecer.

Lo que por otra parte contrariaba grandemente á la duquesa era, que el encargado de representar al rey como padrino, fuese el conde de Olivares, otro intrigante, otro enemigo del duque de Lerma.

Asi es que la duquesa no se cuidaba de disimular su disgusto.

Don Juan la saludó profundamente.

—¿Sois vos el novio, no es esto? dijo sentándose en un sillon y mirando al jóven con el mismo aire impertinente con que hubiera mirado á un ayuda de cámara.

—Si, señora, yo soy, dijo don Juan, templando su acento al tono del de la duquesa, porque en orgullo no cedia á nadie: yo soy el marido de doña Clara.

—No os conozco, dijo la duquesa: y sin embargo, vestís como noble y llevais hábito, lo que nada prueba, porque hoy se da á todo el mundo una encomienda.

—Me llamo don Juan Tellez Girón, señora.

—¿Sois pariente de don Pedro?

—Soy su hijo...

—¡Su hijo!... no conozco ningun hijo del duque que se llame Juan.

—Soy su hijo bastardo...

—¡Ah! ya decia yo...

—Pero es un bravo mozo, está reconocido por su padre,— digo, segun me han dicho—y ha hecho grandes servicios á su magestad, dijo un caballero que acababa de entrar.

—¡Ah! ¿sois vos don Gaspar? dijo la duquesa con sobreceño.

—Pésame mucho, mi señora doña Juana, dijo el llamado don Gas-



EL CONDE DE OLIVARES

par, de que su magestad se haya acordado de mí para representarle en este padrinazgo, cuando su magestad la reina se ha acordado de vos para el mismo objeto. Ya sé que no me quereis bien, y lo siento porque yo os estimo.

La duquesa se mordió los labios y no contestó.

—¿Y esa hermosa señora? dijo el conde de Olivares, dirigiéndose al jóven y le dió la mano.

—Se viste en este momento, señor conde, dijo don Juan,

—¡Ah! de modo que dentro de poco se nos aparecerá un cielo. Os doy la enhorabuena, amigo, y veo que no me habeis olvidado. Hace tres dias, ignorábais... creo que ignorábais...

—Ciertamente, señor conde.

—Pero no os habeis olvidado de mí... me alegro.... soy vuestro amigo... nos iguala la nobleza y el celo conque entrambos servimos á su magestad. ¿Y... vuestro tio? añadió sonriendo el conde. ¡Pobre Francisco Montiño! creo que le suceden grandes desgracias. Pero debeis olvidar eso y tender las alas que las teneis poderosas. Aprovecho esta ocasion para ofrecerme todo entero á vos: despues que con vuestra esposa hayais sido presentado á la córte, el capitan general de la guarda española y yo os presentaremos á vuestra brava compañía de arcabuceros.

—Gracias, señor conde.

—Pero me parece que vuestra esposa se acerca.

En efecto se levantó un tapiz y apareció doña Clara, radiante de galas y hermosura: llevaba un traje de brocado de oro sobre verde, con doble falda y con segunda falda de brocado de plata sobre blanco; en los cabellos, en la garganta, sobre el seno, en los brazos, en la cintura, llevaba un magnífico aderezo completo.

—¡Señora duquesa! ¡señor conde! esclamó la jóven dirigiéndose á ellos ¡cuánto siento haberos hecho esperar!

Pero de repente doña Clara se detuvo.

Los ojos de la duquesa de Gandia estaban fijos con espanto en ella.

Doña Juana de Velasco estaba pálida y temblaba.

—¡Qué joyas tan hermosas! dijo: sobre todo... ese collar de perlas... y ese relicario... perdonadme... pero quiero ver ese relicario...

La jóven se acercó á la duquesa.

Doña Juana volvió el relicario.

Su mano temblaba.

—¿Quién os ha dado estas joyas? dijo en voz baja y rápida á doña Clara.

—Mi marido, señora, contestó en voz muy baja y profundamente conmovida, doña Clara.

—¿Y sabe vuestro marido...? ¿sabeis vos...?

—Si; sabemos que por estas joyas puede conocer á su madre.

—¡Ah! esclamó la duquesa, dando un grito, y retirándose bruscamente de doña Clara.

—¿Qué es eso mí buena duquesa? dijo con gran interés el conde de Olivares.

—Nada: no es nada: es un accidente de que padezco... caballero, añadió dirigiéndose á don Juan: ¿quereis darme vuestro brazo...? apenas puedo sostenerme... y sus magestades esperan.

—¡Ah! señora : contestó don Juan turbado y conmovido porque el acento de la duquesa habia cambiado enteramente para él.

Y la dió el brazo.

Temblaba tanto don Juan, como la duquesa de Gandia.

Doña Clara tenia los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué sucede aquí? murmuró don Gaspar de Guzman dando el brazo á doña Clara.

Y siguió hácia una puerta por donde se habia llevado la duquesa de Gandia á don Juan.

Se dirigian por el interior de las habitaciones, á la cámara pública de audiencia.

La duquesa iba de prisa.

Al pasar por una galería oscura, la duquesa, que iba muy delante del conde Olivares, y de doña Clara, dijo con acento cortado.

—Por piedad, caballero no me engañeis : ¿por qué habeis querido que vuestra esposa se ponga esas joyas hoy?

—Porque... va á ser presentada á la córte, y en la córte puede estar mi madre, dijo balbuceando el jóven.

—¿Y amais mucho á vuestra madre? dijo llorando la duquesa.

—¡Por Dios, señora! ¡por vuestro honor...! vamos á salir á los salones.

—¡Ah! esclamó la duquesa.

Y deteniéndose de repente, asió la cabeza de don Juan y le besó en la boca.

Despues apresuró el paso.

Cuando salió á los salones, se mostraba serena: pero severa, sombría.

Poco despues los novios y los que representaban como padrinos á los reyes, fueron presentados á estos.

Despues doña Clara tomó la almohada de dama de honor.

Cuando el conde de Olivares, se llevaba á don Juan para presentarle á su compañía de arcabuceros de la guarda española, la duquesa le dijo:

—Espero que ireis, en cuanto esteis libre, con vuestra esposa á mi casa.

—Iré, señora, iré.

Y el jóven salió.

CAPITULO XLIX.

De cómo don Francisco de Quevedo quiso dar punto á uno de sus asuntos.

Cumpliendo lo que habia prometido á la duquesa, don Juan y doña Clara salieron una hora despues del alcázar, en una litera.

Era la litera enorme.

Los esposos iban sentados en el testero: los asientos delanteros iban vacios.

Entrambos iban silenciosos y pensativos.

De repente una voz muy conocida, dijo al lacayo que guiaba á la mula delantera:

—¡Eh! ¡conductor de venturas! ¡para, para, que la desdicha te lo manda!

El lacayo paró.

Una cabeza asomó á la portezuela, y una mano tocó á los cristales.

Don Juan abrió la portezuela.

—¿Es decir que quepo? dijo don Francisco de Quevedo.

—Donde quiera que estemos nosotros cabeis vos, pero entrad que llueve.

—Desde que llegué á Madrid, que fue el mismo dia que llegásteis vos, dijo Quevedo entrando, no ha cesado ni un punto de llover: hambre tengo de cielo y hambre de que no me llueven desdichas: lastimado ando, y espantado y sin sueño aunque no duermo. ¿A dónde vais?

—Casa de la duquesa de Gandia.

—¿Vais casa... de la duquesa...? dijo Quevedo con acento hueco á doña Clara.

—Yo no he tenido la culpa, dijo la jóven.

—¡Cómo! ¿de que no has tenido tú la culpa, Clara mia? dijo don Juan.

—Don Francisco lo sabe todo.

—¡Cómo! ¡sabeis...!

—Si por cierto, sé...

Y Quevedo se detuvo.

—Si, sabe que la duquesa de Gandia es... tu madre...

—¿Os ha dicho acaso mi padre...?

—Si, si... vuestro padre... eso es... dijo Quevedo que no queria que don Juan supiese que el tio Manolillo conocia aquel secreto.

—Mi padre ha hecho mal... dijo don Juan.

—¡Jóven! esclamó severamente Quevedo: secretos hay entre vuestro padre y yo que importan tanto, como que él es el duque de Osuna, el grande Osuna, y yo soy don Francisco de Quevedo, su secretario; y si yo no fuera secretario de secretos, no secretearía, y si el duque no tuviera secretos, no me tendria por secretario, y por último, tan duque soy yo, como el duque es Quevedo, y Dios dirá y ya veremos, y pasemos á otra cosa. ¿Cómo está su magestad la reina?

—Buena y contenta, contestó doña Clara.

—¿Y no está pálida?

—Nunca ha tenido mas hermosos colores.

—Pues que paren la litera.

—¿Pero yo no os entiendo? dijo don Juan.

—Entiéndome yo: vóime donde me iba, y adios.

Y abrió la portezuela.

—Para, dijo al lacayo.

La litera paró, salió Quevedo, se embozó en su capa y echó á andar.

Cerró don Juan la portezuela, y la litera siguió.

Quevedo pisando lodos, atravesó con pena algunas calles, se detuvo en una, en la de Fuencarral, delante de una gran casa y se entró.

Poco despues, una doncella decia á la condesa de Lemos:

—¡Don Francisco de Quevedo!

—Haced, señora, que me den tintero y papel, dijo Quevedo entrando.

—Os lo daré yo, dijo la condesa. ¿Pero que es esto, amigo mio? dijo cuando quedaron solos.

—Esto es, que como no tengo mas casa que la vuestra, ni mas alma que vuestra alma, aquí me vengo á hacer mis cosas; por delante, es decir, por el zaguan cuando es de dia: por detrás cuando es de noche. Vos me fortificais y me consolais... y yo me convierto en niño para vos: pero dejadme que sea por algun tiempo hombre y cumpla con mi obligacion; que escribir tengo al duque... y largo... y de tal modo que le digo que me espere.

—¡Cómo! ¿os vais, don Francisco?

—Y me alegro.

—No digais eso, porque creeré...

—Debeis creer que os amo mucho.

—Tenéisme vuestra...

—Por lo mismo; porque vos no sois vuestra siendo mia, os lo digo: que si yo no os amara... Oid: el alma... lo que se llama alma, tiene mas de una corcoba.

—No os entiendo.

—Quiero decir... que lo mejor que puede hacer una criatura, es enderezar su alma.

—¡Ah!

—Si vos no fuérais quién sois...

—Don Francisco, dijo la condesa: mirarlo debísteis antes: vos me caisteis como llovido.

—En esta aventura de aventuras, ha llovido de todo. Asi estoy yo de calado; el agua me llega ya á las narices, y á poco mas me ahogo. Pero dadme licencia para que escriba, que os lo afirmo, importa. No tiene trazas de dejar de llover, y como no quiero morir ahogado de este diluvio, dejadme que fabrique mi barca.

—Y esa barca...

—Ha de serlo una carta. Y en ella heme de salvar yo huyendo de vos: y habeos de salvar, por mi huida, y á mas han de salvarse ciertos reciencasados que no andan muy seguros...

—¿Conque es cosa decidida?... dijo de mal talante la condesa.

—Bien veo que os enojo: pero en este pueblo de orates algun loco ha de haber con barruntos de juicio. Si solo se tratara del conde mi señor... merecido lo tiene, pero vos... vos sois distinta cosa... y creedme, doña Catalina... cuando dos almas se casan no hay nada que las divorcie: bús-

canse, se juntan, se acarician, por mas que los cuerpos que las aprisionan anden lejos... y la memoria... ¡bendiga Dios la memoria, consuelo de desterrados!..

—Tormento de malnacidos...

—¿Por malnacida os teneis?

—Mal nace quien nace para penar.

—Penárais mas á mi lado: escorpion nací.... ortiga crezco... hiel lloro... ponzoña respiro. Maldicion debo de tener encima, que si escribo muelo, si obro rajo... donde piso no nace yerba. Pidiera á Dios razones, si Dios con su lengua muda no me las diera, y paciencia si ya no tuviera callos en el alma. Cansado estoy de vivir, y tengo para mí que de cansado, sin haberme muerto, hiedo, y que se me puede sacar por el olor á poco que se me trate. Tomad á sueño lo que ha pasado, señora, como yo lo tomo á locura y maldicion mia, y entendedme, y no me digais que no os amo, que al revés de otros, mi amor os pruebo cuando de vos me aparto, y con esto, dejadme que mi barca fabrique, que la tormenta arrecia y el puerto está lejos, y no por mí sino por otros, á piloto me meto. Dadme, pues, papel, no lloreis, que tragos de hiel son para mí vuestras lágrimas, y si me provocais á beberlas, mataranme, porque olvidaré mi propósito, y todo se lo llevará el diablo, y no hay para qué tanto.

—¡Pluguiera á Dios que nunca hubiérais venido! dijo la de Lemos levantándose y sacando papel de un cajon.

—Pecados agenos me trajeron, y pecados agenos me llevan, como sino bastaran y aun sobraran para llevarme y traerme mis pecados propios. Y Dios os lo pague por el papel, y dadme licencia para que escriba.

La condesa no contestó: fuése al hueco de un balcon, y se puso á llorar de espaldas á Quevedo.

Quevedo escribia entre tanto al duque de Osuna lo siguiente:

«Señor:

»Con ansias os escribo, y bien podeis creerlo cuando yo lo afirmo, que ya sabeis que en lo de *garlar* soy duro, y no se me pone tan fácilmente en el *ansia*. Pero tal se ensaña conmigo mi suerte pecadora, que tengo para mí que tendré que irme á un desierto, y aun allí, ya que no haga daño á las gentes, se lo haré á las piedras. Víneme á Madrid desde san Marcos, no sin algun escrúpulo é inapetencia, porque no ha habido vez en que yo haya vuelto á Madrid desde que salí de él á aventuras, que no me haya sucedido una desventura. Apenas llegado, topéme con vuestro hijo, y halléle ya tan enredado y tan en palacio metido y á tanto puesto,

que me entró miedo de si podria desatollarlo, y esta es la hora, en que no solo desatollarlo no he podido, sino que con él atollado me veo, y eso que aun no hace tres dias cabales que entrambos estamos en la córte: tal turbion de enredos ha caido sobre nosotros, que yo estoy enredado y aun con telarañas en los ojos, y tan pegajosas y tales, que por mas que restrego no aprovecha. Punzó el mozo, y de tal manera, que de la punzadura anda Calderon en un grito, boca arriba en el lecho, con un ojal en el costado que por poco es de pasion, lo que dudo mucho que llegue á ser de escarmiento. Salvóse por la cala la reina, que no menos que la reina anda en el lance, pero fue salvacion de comedia de sustos, que no se sale de un peligro sino para caer en otro. El mal aventurado cocinero del rey, hermano del fingido padre de nuestro mozo, se ha encontrado cogido por los enredos, y como es de pasta quebradiza y cicatera, ha cangilado de plano, y vuestro hijo sabe quien es su padre, y sábelo la córte, y sábelo todo el mundo, y lo único que ha sucedido á derechas y de lo que me alegro, porque el mancebo parece nacido con buena ventura, anoche le casó la reina con la hija del coronel Ignacio Soldevilla, que por ahí anda á las órdenes de vuecencia en los tercios de Nápoles. Y lo que mas de espantar es, que siendo ella una dama de acero, donde se han mellado hasta ahora los dardos de Cupido (quiero decir: del diablo), es cera para su esposo, y le ama como si de encargo hubiera nacido para amarle, y está loca y encariñada con él, y él no acertando á mirar ni á ver mas que á su doña Clara. ¡Vive Dios que los chicos me dan envidia, y que será gran lástima que tanta miel se acibare! Gran parte para evitar esta desdicha, será el apartar de la córte al recien casado, y que vuecencia le ponga bajo su mano, y nos marchemos de aquí todos; que vos señor, lo conseguireis con escribirle, y él se apresurará á obedeceros, que en cuanto á mí, he hecho cuanto he podido, metiéndome por sacarle donde yo por mi voluntad no me hubiera metido. Pero me descuaderno y me voy de un lado para otro, y no puedo mas, y á vuecencia recurro. Venga la órden por la posta, y cuanto antes logre yo poder decir á vuecencia lo que no es para escrito, sino para relatado y aun asi en voz baja y á puerta cerrada. Réstame por deciros, que el mozo es un oro, que si su sangre pudiese honrarse, la honraria, y que es gran pena, que en vez de ser hijo á trasmano, no lo fuese de mi señora la duquesa doña Catalina. Y como me tarda que esta llegue á manos de vuecencia, abrevio el tiempo poniendo punto final.—Guarde Dios á vuecencia.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Plegó esta carta, la cerró, y se fué hácia doña Catalina.

—¿Llorais? la dijo.

—¿No os basta que os esconda mis lágrimas, dijo la condesa, sino que venis á buscarlas?

—Ellas me ahogan, y ellas me dan vida. Llorado me vea por vos, yo, á quién no llorará nadie, y quiera Dios que por vuestro recuerdo, salgan de mi pecho las lágrimas que me hinchan.

—¿Pero no volvereis?

—No.

—Pues... adios...

—Adios...

La condesa se quedó llorando; Quevedo salió atusándose el bigote distraido.

—Si me ama, dijo, es feliz y no hay porque dolerse... si no me ama, si no me ama, otro vendrá y la enjugará los ojos.

Y haciendo un nuevo ademan que podia traducirse por la frase: *adelante,* enérgicamente pronunciada, salió á paso lento de la casa.

Quevedo habia tomado su resolucion y dejaba abandonado á tiempo, un instrumento que ya no le servia.

CAPITULO L.

En que encontramos de nuevo al héroe de nuestro cuento.

El padre Aliaga salió del alcázar inmediatamente despues de haberse turbado de una manera tan estraña, por el tio Manolillo, el almuerzo de la reina.

El confesor del rey estaba aturdido con lo que le acontecia.

El bufon habia llegado á hacerse para él un gigante.

Aquel hombre habia leido en su alma.

Aquel hombre habia visto su fondo tenebroso.

Ademas, el hombre que se habia creido amado por la reina, don Juan Tellez Giron, el hombre por quien acaso la reina se interesaba, el que se habia casado con doña Clara Soldevilla para cubrir acaso á Margarita de Austria, el recuerdo de aquel hombre, roia el alma del padre Aliaga.

Porque el padre Aliaga, desesperado y loco estaba celoso.

Y los celosos desconfian de todo, y aun en el mismo sol ven sombras.

El padre Aliaga hizo por lo mismo prender al cocinero mayor.

Porque tenia celos.

De modo que, el misero de Francisco Martinez Montiño, estaba constantemente pagando pecados de otros.

El alguacil del Santo Oficio le habia llevado en derechura al convento

de Atocha, le habia metido en la celda, y se habia quedado guardándole por fuera.

Cuando se vió allí Montiño, respiró un tanto.

—Vamos, dijo, estos son asuntos del inquisidor general. ¿Pero y mis asuntos? aquel Cosme Aldaba metido en las cocinas... y habia en mi casa un no sé qué... yo estoy en ascuas... ¡y cuánto tarda el padre Aliaga! ¡Dios mio!

Y el pobre Montiño tuvo que esperar mas de tres horas, esto es, desde las ocho hasta las once, sin atreverse á moverse del rincon de una de las vidrieras de los balcones de la celda donde se habia pegado, viendo como caia el agua contínua sobre la tierra de la huerta.

El ver llover da tristeza.

El cocinero mayor que tenia mas de un motivo para estár triste, se puso mas triste aun.

Sus monólogos fueron tomando un no sé qué de insensato.

Sus ojos miraban de una manera singular la compacta cerrazon del cielo, como si ella hubiera tenido una relacion directa con el nublado que envolvia su alma.

Acabó por adormilarse, que no eran para menos la inaccion en que se encontraba, la insistencia de un mismo pensamiento: esto es: su casa y su cocina, y el lento, contínuo, incesante rumor de la lluvia.

De repente le hizo volverse despavorido una mano que se apoyó fuertemente en su hombro.

Encontró delante de sí al padre Aliaga.

Pero no al padre Aliaga humilde, impenetrable, sencillo, sino á un varon pálido, ceñudo, cuyos ojos brillaban de una manera terrible, y tenian allá en su fondo algo que hizo temblar á Montiño.

—¿Por qué no me tragísteis anoche el cofre de que hablamos? le dijo:

—¡Porque me lo robaron! esclamó todo lagrimoso, asustado y empequeñecido el cocinero mayor.

—¡Qué os lo robaron!

—Si señor: en la Caba-baja de San Miguel. Pero miento: no me lo robaron... es decir, si me lo robaron...

—Tranquilizaos, Montiño, porque estais diciendo disparates.

—Es que vuestra señoría me está mirando con unos ojos...

El padre Aliaga comprendió que el cocinero mayor estaba bastante asustado para que fuese necesario asustarle mas, y que seguir asustándole seria dar motivo á que no dijese una palabra con concierto.

—Vamos, vamos: no os he hecho venir...

—Perdone vuestra señoría: me han traido preso.

—Pues bien, no os he mandado prender para manteneros preso, sino para que viniérais. No pretendo haceros mal alguno.

—Asi fueran todos como vos, padre, porque desde hace tres dias, todos me están haciendo daño.

—Tranquilizaos, que yo os protegeré contra todos.

—¿Y mi mujer y mi hija? ¿y el galopin Cosme Aldaba? ¿y don Juan de Guzman? dijo el cocinero recayendo en su pensamiento fijo.

—Ya hablaremos de eso. Sentaos aquí, junto al fuego, que hace frío, y si teneis apetito pediré de almorzar.

—No, no señor, he almorzado ya... y por cierto con buen apetito... y sino me encuentro al tio Manolillo que me animó...

—¡Ah! ¿habeis almorzado con el tio Manolillo?

—Si, si señor... el tio Manolillo iba que centellaba, tras la comedianta, tras la Dorotea... que iba con el sangento mayor don Juan de Guzman y se metió con ella en casa de doña Ana de Acuña

El cocinero mayor, fuese por temperamento, fuese por debilidad, fuese por cálculo vomitaba todo lo que sabia.

—¡Ah! dijo el padre Aliaga cuya fisonomía habia vuelto á ser impenetrable y benévola: ¿conque esa comedianta entró con el sargento mayor en casa de doña Ana?

—Si, señor.

—¿Y el tio Manolillo?

—Se entró conmigo en una taberna de enfrente donde almorzamos.

—¿Y luego?

—Luego el tio Manolillo se fué á la casa de doña Ana, llamó...

—¿Luego conoce...?

—Debe conocer, porque le abrieron.

—¿Y vos...?

—Yo me fuí al alcázar: y llegaba á él, cuando me prendieron.

—Os trajeron... Montiño.

—Yo digo que me prendieron, y aunque alegué que tenia que estar á la mira del almuerzo de sus magestades, y evacuar otros negocios, el alguacil que me prendió, solo me dejó dar una vuelta por las cocinas, y llevar á mi casa el cofre, el famoso cofre, que habia dejado en una portería por irme con el tio Manolillo.

—¿Pues no decíais que os habian robado el tal cofre?

—Si, si señor: me le robaron.

—¿Y cómo le recobrásteis?

—No le recobré yo.

—¿Pues quién fue?

—Ese caballero, que no sé porqué razon acertó á venir con dos amigos por la Caba-baja, cuando ya se llevaban el cofre.

—¡Don Juan Tellez Giron!

—¡Ah! ¿sabeis ya como se llama?

—Anoche le casé.

—¡Qué le casásteis!

—Si; con doña Clara Soldevilla.

—Pero señor, ese mancebo ha caido de piés en la córte: todas le aman.

—Sigamos, sigamos, dijo el confesor del rey con voz ronca. Le casé, y al pedirle su nombre, me dijo: don Juan Tellez Giron.

—Como que lo sabia... como que abrió el cofre y dentro encontró papeles, y una carta del duque de Osuna en la que le llamaba su hijo, y un tesoro en joyas y en buenos doblones de oro, que es lo que queda únicamente en el cofre, porque los papeles y las joyas se las llevó.

—¿Y por qué no vinísteis?

—Tenia miedo.

—¿Qué hicísteis pues?

—Me volví á palacio, pero estaban las puertas cerradas, y me ví obligado á meterme con el cofre y con mis gentes en donde mis gentes me entraron, en una muy mala casa, señor, donde me dieron un jergon muy malo, y pasé una muy mala noche y luego me hicieron pagar un muy buen precio... desdichas y mas desdichas... y cuando creia que iba á descansar, hé aquí que me prenden en nombre del Santo Oficio, y me asusté, señor, porque, sin que os ofendais, el nombre del Santo Oficio mete miedo, y me entran, y me encierran en vuestra celda.

—De aquí saldreis libre y favorecido, pero me habeis de hablar con verdad.

—Os diré cuanto sepa y mas que supiere á trueque de que me ampareis, que bien he menester de amparo.

—¿Antes de ir por el cofre consabido, para traerle, dónde estuvísteis?

—En el convento por la carta de la madre Misericordia.

—¿Y luego?

—Fuí á casa del duque de Lerma, pero su escelencia no estaba en casa.

—¿De modo que...?

—Tengo todavía en el bolsillo la carta de la madre Misericordia para el duque, y otra carta de la misma madre, para vos.

—Dadme, dadme.

—Tomad, señor.

El padre Aliaga abrió la carta dirigida á él, y encontró todo el fárrago que nuestros lectores conocen.

—¡Ah! ¡ah! dijo el padre Aliaga para sí: ¿con qué la de Lemos y Quevedo mancillan los nombres de dos familias ilustres? ¡se aman! ¡Quevedo es amigo de ese don Juan, y la condesa de Lemos es camarera de la reina!

El padre Aliaga se quedó profundamente pensativo y guardó la carta de la abadesa.

—Llevareis esta otra al duque de Lerma, dijo el padre Aliaga devolviendo á Montiño la carta que la noche antes habia escrito la madre Misericordia para su tio, bajo la presion del temor causado en ella, por el Santo Oficio.

El cocinero se levantó súbitamente porque le tardaba en verse en libertad.

—Esperad, esperad todavía.

Montiño volvió á sentarse con pena.

—Cualquier cosa que os suceda, la remediaré yo, y sino puedo remediarlo, procuraré satisfaceros lo mejor posible.

—¡Ah! ¡señor! ¡Dios se lo pague á vuestra señoría!

—¿Para cuando ha citado doña Ana de Acuña al duque de Lerma?

—Al duque de Lerma, no; dijo en una suave advertencia el cocinero.

—Al rey... eso es... es lo mismo... ¿cuando debe ir el duque de Lerma á hacer el papel del rey en casa de esa mujer?

—Tengo que avisarla.

—Id á llevar esta carta al duque.

Montiño se levantó de nuevo.

—Si el duque os envia á casa de doña Ana, avisadme.

—Avisaré á vuestra señoría de todo.

—Y como vivís en palacio, procurad no perder nada en cuanto os fuese posible de cuanto haga ese don Juan.

—Serviré fielmente á vuestra señoría.

—Y como os quejais de haber hecho gastos...

—Yo no me he quejado aunque los he hecho...

—Tomad.

El padre Aliagá abrió un cajon y sacó un centenar de escudos que dió al cocinero.

—¡Ah! ¡señor! dijo Montiño: yo no tomaria esto, sino fuera porque estoy pobre.

Y en aquellos momentos el cocinero mayor decia la verdad sin saberlo.

—Id, id, que el dia avanza, y tal vez os busquen.

—No lo quiera Dios: y puesto que vuestra señoría no me necesita, voy... voy á dar una vuelta por mi casa...

—Id con Dios.

Montiño salió desalado.

A pesar de que estaba asendereado y molido, de que llovia, de que el terreno estaba resbaladizo, de que hay una gran distancia desde el convento de Atocha á palacio, Montiño recorrió aquella distancia en pocos minutos.

Cuando estuvo en la puerta de las Meninas, se abalanzó por las escaleras mas próximas y subió á saltos los peldaños.

Cuando llegó á su puerta, llamó.

Nadie le contestó.

—Volvió á llamar y sucedió el mismo silencio.

Entonces vió lo que en su apresuramiento en la turbacion no habia visto.

Un papel pegado sobre la cerradura en que se leía en letras gordas, lo siguiente:

NADIE ABRA ESTA PUERTA, DE ÓRDEN DEL REY NUESTRO SEÑOR.

Si hubiera visto la cabeza de Medusa, no hubiera causado en él tan terrible efecto como le causó la vista de aquel papel.

Pero de repente se serenó y soltó una carcajada insensata.

—¡Vamos, señor! dijo: he perdido el tino; en vez de venirme á mi casa me he venido á otra puerta.

Y siguió el corredor adelante.

Pero á medida que adelantaba se convencia de que estaba en el corredor de su vivienda.

Entonces volvió á sobrecogerle el terror, y se volvió atrás, y volvió á llamar, pero de una manera desesperada.

—¡Si, si! esclamó: esta es la puerta de mi aposento, y no hay nadie en él, y luego este papel sellado: ¡Dios mio!

El cocinero mayor se agarró con entrambas manos la cabeza, como pretendiendo que no se le escapara, y de repente dió á correr y se entró en las cocinas.

Oficiales, galopines y pícaros, habiaban en corros.

De repente, una voz desesperada, horrible, llamó la atencion de todos.

Aquella voz habia gritado con una entonacion que partia el alma:

—¿Dónde está mi mujer? ¿dónde está mi hija?

Por el momento nadie le contestó.

Al fin, uno de los oficiales de mas edad adelantó, y le dijo:

—Señor Francisco, es menester que vuesa merced, tenga mucho valor.

—¿Pero que ha pasado? gritó con mas desesperacion, con mas miedo, con mas horror Montiño.

—Hace una hora se ha encontrado abierto el cuarto de vuesamerced y robado.

—¡Robado!

Y aquel robado, no fue un grito, sino un ahullido, ni un ahullido tampoco, porque no hay en ninguno de los sonidos que representan el dolor, el terror, la muerte, el fin de todo, la agonía, cuanto puede sentir y sufrir un ser humano, nada comparable al grito del cocinero mayor.

—Luego, dejó caer los brazos y la cabeza y repitió aquel *¡robado!* pero de una manera ronca, grave, semejante á la preparacion del rugido del leon.

Y luego llorando como un muchacho á quien han roto su botijo, y teme la cólera de su madre, repitió la frase ¡robado! y dió á correr sin saber á donde, como un gato espantado, tropezando en todo, dándose en las paredes.

De repente se sintió asido como por unas tenazas de hierro, y lanzado dentro de un aposento.

Luego se oyó la llave de una puerta, y le arrastraron á otro aposento.

Y al fin Montiño se vió delante del tio Manolillo que con los ojos como brasas, amenazador, terrible, le mostraba una escudilla de madera en la

cual habia algunos berros y los muslos, las patas, los alones y el caparazon de una perdiz, todo verde, como los berros sobre que estaba.

—¡Rezad á Dios por el alma de un difunto! esclamó con voz con entrada el bufon ¡rogad á Dios! cocinero de su magestad.

—¡Cosme Aldaba! esclamó Montiño, y cayó de rodillas y con las manos juntas á los piés del bufon.

CAPITULO LI.

De cómo empezó á ser otro el cocinero mayor.

«Un clavo saca otro clavo» se dice vulgarmente.

Un nuevo terror disipó el anterior terror de Montiño.

Aquella perdiz verde que le presentaba la inflexible mano del tio Manolillo, le devoraba, le mordia, le magullaba el alma por decirlo asi.

Pálido, contraido, yerto, con la boca dilatada, los ojos fijos, desencajados, espantosos; los brazos estendidos, crispados los dedos, herizados los cabellos, temblando todo, estaba horrible por el terror que sentia; detrás de aquella perdiz verde veia un cadáver... el cadáver de la reina, y detrás del cadáver de la reina los dos palos escuetos y rojos de la horca.

—¡Infame Cosme Aldaba! esclamaba con un acento indefinible. ¡Infame Cosme Aldaba...! ¡él ha sido...! ¡yo no...! ¡yo no...! ¡no he parecido por las cocinas en dos dias!

—¡Pero habeis sido ciego... miserablemente ciego...! esclamó con acento de desprecio y de cólera el bufon: habeis sido ciego y por vuestra ceguera ese infame Guzman ha podido volver loca á vuestra esposa... ha podido hacerla un instrumento de muerte... y todo por vos... por haber sido tonto.

—¡Oh Dios mio! pero su magestad...

—Esa perdiz se ha servido en el almuerzo de la reina.

—¿Pero ese difunto... ese difunto de que hablábais...? dijo el bufon levantándose.

—Ha sido un paje.

—¡Ah! esclamó el cocinero... ¡un paje...!

—Si, un paje que se ha comido las pechugas que habian quedado en los platos de la reina y del padre Aliaga.

—El padre Aliaga está perfectamente bueno, esclamó con alegría el cocinero mayor.

—¿Qué está bueno el padre Aliaga...?

—¡Si acabo de hablar con él!

—¿Y la reina...? yo no me he atrevido á preguntar... no me he atrevido á hablar... pero el alcázar está tranquilo... ¡oh! ¡si hubiese querido Dios que el golpe se hubiese frustrado...!

—¡Si, si, Dios lo habrá querido...! esclamó el cocinero... ¡porque Dios no querrá que nos ahorquen inocentes!

La horca era el pensamiento fijo de Montiño.

—¡Qué nos ahorquen! ¡no! ¡no puede ser! se ha perdido el rastro.

—¡Qué se ha perdido el rastro, y teneis ahí en esa escudilla los restos envenenados de la perdiz!

—Teneis razon, teneis razon, Montiño, dijo el bufon: pero esto desaparecerá, desaparecerá, yo os lo juro.

Y yendo á un negro fogon que le servia para condimentar su pobre comida, el tio Manolillo hizo fuego, y puso sobre él la escudilla de madera con los restos de la perdiz.

—¿Y no queda mas señal que esa? dijo el cocinero viendo arder con ansiedad la escudilla.

—No... el veneno solo queda ahí... y en las entrañas del paje muerto... Pero segun he oido se han llevado el paje á la parroquia sin que nadie sospeche: cuando le hayan enterrado...

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡pero mi mujer! ¡mi hija!

—¿Aun amais á vuestra mujer...?

—No la amo... no... pero siento una horrible sed de venganza... la miserable... la desagradecida... yo que la habia sacado de la miseria... y luego el hijo que lleva en el seno...

—Vos nunca habeis tenido hijos.

—¿Cómo? ¿y no es hija mia Inés?

—Vuestra primera mujer os engañó, como os ha engañado la segunda.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—De modo que debeis alegraros de que se os haya escapado.

—¡Pero se ha escapado robándome...! esclamó en una de sus acostumbradas salidas de tono el cocinero mayor.

—¡Bah! consolaos: ya tendreis algun dinero empleado por ahí.

—No tengo ni un solo maravedís... habia pensado retirarme.

—Segun me han dicho, ha quedado un cofre muy pesado, que se encontró en vuestro aposento, que los ladrones no pudieron abrir porque es de hierro, y que no se atrevieron á llevarse por su tamaño, en poder del mayordomo mayor.

—¡En todo tiene suerte ese mancebo... mi sobrino postizo! esclamó con una rabia angustiosa el cocinero mayor; me roban á mí, encuentran su dinero en mi aposento cuando me roban y no pueden robarle á él. ¡Dios mio, Dios mio! me quedo solo en el mundo y pobre y viejo.

—En primer lugar, don Juan Tellez Giron, vuestro sobrino postizo, os debe todo lo que es. Vos habeis sido la causa de las casualidades que le han hecho esposo de doña Clara Soldevilla y favorito de la reina, y que sé yo que mas cosas... pero ya se ha quemado la escudilla con lo que contenia, ya no queda rastro por aquí del veneno... el alcázar se me cae encima: salgamos... salgamos de aquí Montiño.

—Llueve que es una maldicion. Llovia cuando llegó á Madrid mi sobrino... quiero decir, don Juan Giron; y yo tengo para mí que mientras llueva no cesarán las desdichas.

—Ya veremos dónde nos metemos. Arreglaos los cabellos y el vestido que los teneis desordenados, poneos la capa y el sombrero y vamos.

Púsose el bufon una caperuza, envolvióse en una capilla, salió de su aposento con Montiño y cerró la puerta con llave, murmurando:

—Ahí te quedas terrible secreto: tú, aposento miserable del bufon, no hablarás, como tampoco hablará la tumba del paje. Vamos, Montiño, vamos: ¿pero á dónde vais?

—A las cocinas. ¿Quereis que cuando me veo arruinado, abandone el único recurso que me queda?

—¡Dios ayude al bolsillo de su magestad!

—¡Otros diez años de cocinero, solo, triste, viejo...! otros diez años para reunir la décima parte de lo que me han robado! esclamó Montiño con desesperacion.

Y no habló una palabra mas hasta llegar á las cocinas.

Ni allí habló otras palabras, que las referentes al servicio.

Lo miró todo, lo inspeccionó todo, dió órdenes, y todos le escucharon con un silencio terrible, con un silencio de espanto, porque á pesar de que el desdichado no decia una sola palabra de su desgracia, ni nadie se atrevia á recordársela, su rostro estaba espantoso.

Se pintaba en él no solo una desesperacion profunda, sino el principio de una insensatez horrible.

Sus miradas vagaban inciertas sobre los objetos, sus mejillas habian como enflaquecido, sus cabellos como blanqueado, habíase afilado su nariz, temblaba de tiempo en tiempo el mezquino, y repetia una misma órden, é iba de acá para allá, volviendo siempre á un mismo punto.

Hasta su voz se habia alterado.

Cuando salió, el oficial mayor dijo en medio del silencio general.

—¡Pobre señor Francisco! ¡está loco!

Y aquella palabra *loco* retumbó fatídicamente en las cocinas, repetida por todos.

Entre tanto Montiño decia asiéndose al brazo del bufon:

—Vamos á donde vos querais, le dijo: afortunadamente entre tanta desgracia la vianda del rey está lista, no falta nada y... no me despedirán... tendrán lástima de mí...

—¡Infeliz! murmuró enteramente desarmado el tio Manolillo.

Y entrambos en silencio se encaminaron á la salida del alcázar.

CAPITULO LII.

En que se deja ver de claro en claro el bufon del rey.

El tio Manolillo habia aceptado la situacion.

Habia comprendido que para dominar los sucesos necesitaba dominarse á sí mismo, y se habia dominado.

Para dominarse habia hecho el siguiente raciocinio:

—Segun todas las apariencias, el plan de los asesinos ha fracasado: la reina ha comido muy poco, y es ya viejo aquello de que: poco veneno ni mata ni daña... podrá suceder que á la reina... pero en fin... ¿y qué me importa á mí la reina? ¿qué favores la debo? he cumplido con lo que Dios me manda, procurando evitar el crímen. Sino lo he denunciado con tiempo, ha sido por escusarme de un proceso... de una prision... de un tiempo perdido, durante el cual no podria velar por Dorotea... por ella que es todo lo que me interesa en el mundo... por ella que es... mi vida, mi pensamiento único... á la que me he sacrificado, que es desgraciada... no, no: yo he debido conservar mi libertad á todo trance... he hecho bien en callar... el crímen ha pasado sin que nadie le conozca... Guzman, el incitador de este crímen está muerto... no puede traslucirse... puedo, pues, consagrarme entero á Dorotea. Francisco Montiño podrá darme luz acerca de ciertas cosas que yo no comprendo... es necesario que yo utilice á este hombre... que le ayude... para todo esto debo estar muy sobre mí... pues sobrepongámonos á todo.

Despues de este razonamiento consigo mismo, el semblante del bufon tomó su aspecto vulgar, su aspecto de todos los dias como podríamos decir.

Pero no aconteció lo mismo á Montiño.

Continuaba desencajado, contraido, fuera de sí.

Bastaba ver su semblante para comprender su situacion.

—¡Mi dinero! ¡mi mujer!

Esta era la esclamacion que de tiempo en tiempo se escapaba de sus labios.

Hécuba, la desventurada esposa de Priamo, la madre sin hijos, la reina esclava, no tuvo nunca el corazon tan desgarrado como lo tenia en aquellos momentos el infeliz cocinero de su magestad el rey don Felipe III.

Cuando salieron del alcázar, continuaba lloviendo ni mas ni menos que como tres dias antes al entrar don Juan Giron en Madrid.

Montiño no sintió la lluvia.

Pero el bufon que tenia sobre sí un dominio inmenso, apresuró el paso para ponerse cuanto antes á cubierto de ella.

El cocinero mayor se quedó atrás.

—¡Eh! ¡señor Francisco! dijo el bufon: ¿en qué pensais? andad de prisa amigo mio, andad de prisa, que necesitamos aprovechar el tiempo... y sobre todo... si quereis que se os haga justicia...

—¡Qué si quiero que se me haga justicia! pues ya lo creo: ¡á Dios la pido! ¡á Dios clamo por ella...! y estaré clamando hasta que la consiga...

—Pues aligerad.

—¿A dónde me llevais?

—A casa de otra alma desconsolada.

—No hay alma mas desconsolada que la mia.

—¡Quién sabe, Montiño! ¡quién sabe! pero andad, andad.

—¿Y quién es esa otra alma desconsolada?

—Una muger que está enamorada de vuestro sobrino.

—¡Ah! ¿y quién es?

—La Dorotea.

—¡La querida del duque de Lerma!

—Eso es.

—¡Y esa mujer..!

—Esta loca por don Juan.

—¿Y esa mujer puede...?

—Ya lo creo... pero si os ayuda, será necesario que vos la ayudeis.

Y el rostro del bufon, al decir estas palabras tenia algo de terrible.

—Vamos pues, vamos, dijo Montiño alentando una esperanza; ¿y está muy lejos la casa de esa comedianta?

—No, no por cierto: en la calle ancha de San Bernardo.

—Pues he aquí que estamos de la plazuela de Santo Domingo.

—Y dentro de poco estaremos á su puerta.

En efecto poco despues el bufon llamaba á la puerta de la Dorotea.

Salió á abrir Casilda.

—¡Oh! ¡bien venido seais, tio Manolillo! dijo la jóven: no sabíamos que hacer con la señora: está terrible. Entrad, entrad. ¿Pero quién es ese que viene con vos?

—Es un amigo.

—No creo que esté la señora en disposicion de que nadie estraño la vea.

—¡No importa! ¡no importa! entrad, señor Francisco, entrad, dijo el bufon viendo que Montiño se habia detenido al escuchar la observacion de la criada.

—Vamos á juntarnos dos locos, por lo que veo, dijo entrando Montiño.

Cuando entraron en la sala la encontraron revuelta; estaba llena de cofres abiertos, de trajes sobre los sillones, de objetos sobre las mesas.

Todo aquello era rico, relumbraba, punzaba la vista con los vivos colores y lo brillante de las telas: era, en fin, un magnífico equipaje de comedianta pagado por un gran señor.

—¡Ah! dijo Montiño: bien se conoce que aquí no ha habido ladrones.

La Dorotea, destrenzados los cabellos, desarreglado el traje, iba de acá para allá pálida, sombría, llorosa, sin acuerdo de lo que hacia, obrando maquinalmente, irritada, poseída por una pasion tremenda.

No vió ni al tio Manolillo ni á Montiño.

El bufon adelantó, y en un momento en que la Dorotea estaba de pié, inmóvil, con la cabeza inclinada, sostenida sobre una de sus manos, con el otro brazo abandonado á lo largo del cuerpo, era un vivo trasunto de una estátua pagana, representando á una mujer maldecida por los dioses y meditando de una manera terrible, blasfema é impía, sobre la causa de su desgracia.

El bufon se acercó á ella.

—¿En qué piensas, hija mia? la dijo.

—¡Yo no sé! contestó con acento de desesperacion Dorotea.

—¡Pero estos cofres, estas ropas!

—Es necesario huir de aquí...

—¡Huir! ¿y á donde...?

—¿A donde? ¡no lo sé! ¡no he pensado en ello!

Guardó un momento silencio, y luego dijo con un arranque de resolucion terrible.

—¡Sí, si, sé á donde! ¡á un lugar donde pueda ocultarme...! ¡donde nadie sepa, que estoy...! ¡pero cerca de él! ¡cerca de ella! ¡á un lugar desconocido para todos, del cual pueda salir de noche, silenciosa, envuelta en mi manto... sola con mi venganza! ¡No sé donde! ¡pero no importa! ¡cuando haya vendido todo esto...! ¡lo estoy sacando de los cofres para venderlo...! ¡cuando mis ricos trajes, mis perlas, mis diamantes, estén reducidos á dinero...! ¡porque para vengarme es menester dinero...! ¡entonces...! ¡entonces... saldré de esta casa... y encontraré donde ocultarme! ¡oh! ¡sí! ¡villano! ¡infame! ¡hacerme conocer el amor y abandonarme!

—¡Pero no os ha robado! dijo el cocinero mayor que tenia el amor propio de creer que era la suya la desgracia mayor que podia acontecer á un mortal.

—¿Qué no me ha robado? gritó Dorotea clavando en Montiño una mirada resplandeciente de fiereza que hizo temblar al cocinero mayor... ¿qué no me ha robado? ¿y mi alma? ¿y mi corazon?

—Os queda á lo menos dinero para vengaros.

—Vamos, vamos, dijo el bufon: esto es una locura, Dorotea... tú no has pensado, tú no has meditado.

—Yo no puedo meditar: yo no quiero meditar: me basta saber que se ha casado con otra...

—Debes, pues, despreciarle.

—No se desprecia lo que se ama.

—Lo mismo digo yo, esclamó Montiño.

—Vos estais sentenciado á no decir nunca mas que necedades. ¿Qué tiene que ver lo que á vos os sucede...?

—¡Pues podia sucederme mas!.. mi mujer, mi hija...

—¡Cómo! esclamó Dorotea: ¿vos tambien, pobre señor, habeis sido ultrajado... abandonado... insultado..?

—¡Oh! si, si señora, dijo plañideramente Montiño: abandonado.... ultrajado y robado.

—¡Vengaos! esclamó roncamente Dorotea, saliendo de su inercia y continuando en su exhibicion de trajes de los cofres á las sillas.

—No, yo no quiero vengarme... si yo recuperara mi dinero...

—¿Quién es ese? dijo la Dorotea escandalizándose de que un hombre en tales circunstancias se acordase de otra cosa que de vengarse, y perdiendo de todo punto el miramiento al cocinero mayor.

—Es Francisco Martinez Montiño, dijo el bufon.

—¡Cómo! ¡su tio!

—¿Tio de quién? esclamó el cocinero...

—De Juan Montiño...

—De don Juan Tellez Giron, querreis decir, señora, dijo el cocinero mayor.

—De Juan Montiño digo, repitió con impaciencia la Dorotea.

—Juan Montiño, hija mia, dijo dolorosamente el tio Monolillo, es don Juan Tellez Giron.

Una palidez biliosa, lívida, terrible, cubrió las megillas de la comedianta; sus ojos irradiaron una mirada desesperada, tembló toda, y esclamó con acento opaco:

—¡Con que me ha engañado!.. ¡con que me ha mentido!.. ¡ya lo sospeché yo!... Quevedo le trajo ayer á mi casa... si, si, veo claro... muy claro... ¡ya se ve...! ¡como yo soy... ó era la querida del duque de Lerma...! ¡oh! ¡han querido tener en mí un instrumento..! ¡ese maldito don Francisco, que lee en el alma... que adivinó que yo me enamoraria de él... que me volveria loca por él!... ¡oh! ¿y quién habia de creer que Quevedo fuese tan villano? ¡oh! ¿quién habia de pensar que un jóven de mirada tan franca y tan noble, sucumbiria á tal bajeza... á tal crímen..! ¡enamorar á una pobre mujer que vive tranquila, resignada con su fortuna... hacerla odioso su pasado y desesperado su presente... matarla el alma..! ¡oh! ¡que crímen! ¡que crímen... y que infamia! ¡Es necesario que aunque yo me pierda se acuerde de mí! ¡Es necesario que yo me vengue...!

—Si, es necesario que te vengues, dijo el bufon que enloquecia por Dorotea... sino es necesario que me vengue yo...

—¡Vos! esclamó la jóven: ¡os ha hecho tambien desgraciado ese hombre!

—¡Oh! ¡si, muy desgraciado!

—Vuestra desgracia, sea cual fuere, no puede compararse con la mia, dijo Dorotea que tenia el doloroso egoismo de creer que su desgracia era la mayor de las desgracias posibles.

—¡Oye! esclamó el bufon, asiendo de una mano á Dorotea: oye... y oye tu sola, añadió llevándosela al hueco de un balcon mientras Montiño desvanecido por lo que le sucedia, se dejaba caer sin fuerzas sobre un cofre cerrado aun: oye Dorotea, y sabe que tus desgracias son humo, viento, nada, comparadas con las mias.

Y la mano del bufon estrechaba ardiente y calenturienta la mano de Dorotea, y sus ojos cruzados, encendidos, estraviados, se fijaban en ella con una ansia dolorosa, y en su boca entreabierta, por la que salia una respiracion ronca, asomaba una ligera espuma blanca.

La jóven se aterró al ver el aspecto del bufon, y quiso desasirse.

—No, no; escucha dijo el bufon: es necesario que escuches: es necesario que conozcas el infierno que arde en mi alma... es necesario que lo conozcas para que comprendas que á pesar de lo que te acontece, de lo que te desespera, de lo que te hace creerte la mas desventurada de las criaturas, tu infierno comparado con el mio, es la gloria; tu amargura comparada con la mia, es miel; tu desgracia comparada con la mia, es una ventura envidiable.

Y la voz del bufon al pronunciar estas palabras, era ronca, opaca, casi imperceptible, y á pesar de esto, era poderosa y marcaba todas las entonaciones, todas las gradaciones de la pasion.

Dorotea le escuchaba muda, aterrada, dominada por aquella pasion viva.

—Oye, la dijo el bufon: yo amo.

Y pronunció de tal manera estas palabras, miró de tal manera al pronunciar estas palabras á la jóven, que esta no pudo dudar que era ella á quien de una manera tan terrible amaba el bufon.

Y ahogó un grito de espanto, y quiso desasirse.

Pero el tio Manolillo la retuvo.

—Yo amo, repitió con acento mas concentrado: amo con toda la desesperacion de Satanás: mi amor es mas ardiente, mas terrible, mas atormentador que el fuego del infierno: me consume, me abrasa las entrañas, es un tósigo de muerte que llevo conmigo; un dardo envenenado que no puedo arrancarme.

El bufon se detuvo para tomar aliento, porque de todo punto habia enronquecido.

—Oye, oye; yo he visto crecer una mujer, crecer desde la cuna: la arrebaté de los brazos de su infame padre...

—¡Mi padre! esclamó Dorotea.

—El padre de aquella niña era un monstruo: la llevaba consigo para abandonarla: aquella niña sin mi hubiera ido al hospicio...

—¡Ah!

—Yo fui para la desdichada madre de aquella niña un hermano: comí pan seco y duro, dormí sobre el suelo, anduve sin capa en el invierno, viví en una calorosa buarda en el verano, llevé mi racion entera, y mi soldada entera de bufon, á aquella pobre madre abandonada, y cuando poco despues murió, empeñé mi soldada por muchos meses para comprarla un nicho en el panteon de la parroquia, donde durmiese tranquila.

—¡Ah! esclamó Dorotea.

—La misma noche en que enterraron á Margarita... oye... oye bien Dorotea, oye con toda tu alma porque... vas á oir una cosa horrible— y el rostro del bufon tomó toda la terrible espresion de un condenado— cuando tu madre...

—¡Oh! ¡no me habia engañado! esclamó la jóven.

—Si... si... tu madre... pero mas bajo, mas bajo... ¿no ves que yo devoro mi voz, cuando si estuviese solo rugiría?... cuando tu madre estuvo sepultada... es el nicho de la segunda hilera junto al rincon, en la pared derecha de la puerta, conforme se entra.... nunca olvido aquel nicho... cuando estuvo sepultada... parecióme que me quedaba solo en el mundo... no habia amado nunca...

—¡Amásteis á mi madre!

—La amé... ¡oh! si, como yo podia amar á una mujer que habia conocido amando á otro, con toda mi caridad... y cuando digo con toda mi caridad, digo con todo mi corazon... la amé... ¡oh! si mucho, mucho... pero era un amor que no me inquietaba... porque nada queria... mas que proteger á tu madre... consolarla, y protegiéndola y consolándola, y viéndola vuelta hácia mí como su único consuelo... mi amor recibia toda la recompensa que podia recibir... y al mismo tiempo... aquel amor puro, tranquilo... aquel cuidado de una pobre enferma, me alentaba... me reconciliaba con la vida... cuando perdí á tu madre me encontré solo... salí del panteon con el corazon oprimido... por el momento no pensé en nada... pero luego... el frío de las noches de invierno, la lluvia, refrescan la sangre, y cuando la sangre que arde se refresca, el pensamiento

se calma y la razon sobreviene... pensé y ví que no estaba solo en el mundo... que vivias tú... que te habias quedado sola en tu cuna... tenia una hija... una hija de quien Dios me encargaba... y yo no tenia dinero... no esperaba tenerlo en mucho tiempo, porque habia empeñado mi soldada por mucho tiempo... para enterrar á tu madre.

—¡Oh Dios mio! esclamó Dorotea.

—¡Qué debia yo hacer! esclamó con acento ronco el bufon: amparte, criarte, velar por tí... y no tenia dinero... ¡el diablo á veces acude al ausilio de los desesperados y acudió al mio!

Y el bufon soltó una carcajada opaca, silenciosa, horrible.

Dorotea se sentia estremecida por un terror inesplicable.

—Si, si; añadió el bufon: el diablo acudió en mi socorro: al pasar por delante de una tienda cerrada... en Santa Cruz... sentí contar dinero... mucho dinero...

—¡Ah! esclamó Dorotea que empezó á adivinar la horrible verdad.

—Escucha, escucha, prosiguió el bufon: no es eso solo... no es solamente lo que tu has sospechado... es mas horrible... y todo por tí... por tí...

—¡Oh! ¡mas horrible aun! esclamó Dorotea...

—Oye... oye... el ruido tentador del oro me detuvo, me trastornó, me atrajo... y... me quedé inmóvil, pegado á la pared... cerca de aquella puerta... yo no sentia, no oia otra cosa que el ruido del dinero... y tras él me parecia escuchar tu llanto desconsolado... me parecia verte estendiendo tus bracitos... llamando á tu madre... ¡oh! ¡Dios mio...! yo no sé cuanto tiempo pasé de aquel modo... al fin aquella puerta... la puerta de la tienda se abrió y salió un hombre... la puerta se cerró y el hombre que habia salido se alejó solo: yo le seguí... le seguí recatadamente... eran mis pasos tan silenciosos que no podia oirme... era la noche tan oscura que aunque hubiera vuelto la cabeza no hubiera podido verme... y una fascinacion terrible, involuntaria me acercaba mas á aquel hombre... de repente aquel hombre dió un grito y cayó de boca contra el suelo... al caer se oyó un ruido metálico... el de un saco de dinero... luego se oyó crugir de nuevo aquel saco, y otro hombre dió á correr... el que habia caido no volvió á levantarse... el otro no volvió á pasar jamás por aquella calle... tres dias despues estabas tú en las Descalzas reales... porque yo... yo tenia oro... mucho oro... yo era rico... y podia criar bien á mi hija.

—¡Matásteis por mí un hombre...! esclamo Dorotea : ¡algun desdichado padre de familia!

—No sé quién era... ni aun oí hablar á nadie de aquella muerte... el tiempo ha pasado... pero aquella sangre... aquella sangre está cada dia mas negra é indeleble en mi conciencia. ¡Dicen que estoy loco! es verdad... ¡loco! y es muy razonable que yo esté loco... porque he sufrido mucho... mucho...

El bufon se detuvo fatigado.

Dorotea temblaba.

—Oye... oye aun... continuó el bufon. Durante los primeros años de tu vida, te amé como á mí propio... mas que como á mí propio... yo lo empleaba todo en tí... el oro que habia robado... mi soldada... tú eras una pequeña dama... estabas mejor vestida, tenias mas juguetes y mas ricos que las hijas de gente noble y poderosa que se criaban en el convento... yo enloquecia por tí... porque tú eras para mí mas que mi amor: eras el recuerdo de un horrible crímen... yo veia sobre tu pura y hermosa frente de ángel una mancha roja...

—¡Dios mio! esclamó Dorotea exalando un grito de espanto, mirando con terror al bufon; ¡vos me habeis criado á precio de sangre humana, y vuestra maldicion ha caido sobre mí!

Y como Dorotea quisiese huir, el bufon la retuvo.

—Espera, espera, la dijo : aun no he concluido : llegó un dia en que ya no fuiste una niña, sino una mujer, y una mujer hermosísima... entonces sin poderlo evitar te amé...

La Dorotea miró con espanto al bufon.

—Te amé, continuó el tio Manolillo, como nunca he amado: ninguna mujer me parecia ni me parece tan hermosa como tú... y te he amado con ese terrible amor que no espera satisfacerse; con ese amor resignado al silencio, resignado al martirio : te amé y te amo de ese modo : he trasmitido mi vida á tí y gozo cuando gozas, sufro cuando sufres. Tú sufres ahora y yo sufro tambien. Tú estás celosa de esa mujer, de esa doña Clara Soldevilla : yo tambien estoy celoso : tú amas á ese don Juan y ese don Juan no te ama... es necesario que ese don Juan sufra las mismas penas que nosotros sufrimos; es necesario que ese don Juan se desespere.

—¡Ah! esclamó Dorotea estremeciéndose, ¡y qué terrible situacion la nuestra!

—¡Si! ¡terrible, muy terrible! pero del mismo modo que nosotros

la sufrimos, es necesario que otros la sufran. Es necesario que nos venguemos.

—¡Y cómo! ¡cómo! esclamó Dorotea.

—Primero: oye... don Juan vendrá á verte.

—¡A verme! esclamó la jóven poniéndose densamente pálida.

—¿Ha obtenido algo de tí?

—No.

—Don Juan vendrá á verte: eres demasiado hermosa para que no vuelva: don Juan sabe que le amas... y querrá hacerte su querida.

—¡Oh! esclamó Dorotea.

—A nadie le desagrada el que le amen dos hermosísimas mujeres. Don Juan vendrá, pretenderá engañarte...

—Le despreciaré.

—No: no le desprecies: desespérale.

—Desesperarle ¿y cómo?

—¿De que te servirá ser cómica, sino sabes ser cómica mas que en el teatro? Cuando venga recíbele bien.

—¿Recibir yo bien á ese traidor...?

—La sonrisa en los labios y el ódio en el corazon; porque tú debes odiarle, como odiarias á un ladron, á un asesino, porque él te ha robado tu paz, él te ha matado el alma.

—Yo no puedo aborrecerle: ¡yo le amo, yo le amaré siempre! esclamó llorando Dorotea.

—Mas bajo, mas bajo que no nos oigan.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¿y qué me importa todo?

—Ese hombre que está ahí doblegado bajo su rabia, bajo su desconsuelo, como lo estamos nosotros, ese hombre, Dorotea, puede ser tu puñal.

—¡Mi puñal!

—¿No aborreces á doña Clara?

—¡Oh! ¡si!

—¿No deseas que don Juan sufra como tú?

—Si, si.

—Pues bien, ese hombre que está ahí reducido á la nada, aniquilado, ese hombre es el cocinero de su magestad.

—No os comprendo.

—Doña Clara vive en palacio.

—¿Y qué...?

—Un plato de las cocinas del rey, puede bajar al aposento de doña Clara.

—¡Oh! ¡si! ¡es verdad! ¡yo me vengaré del desamor de don Juan!

Y en los ojos de la Dorotea, apareció una mirada valiente, enérgica, en la cual, cosa estraña en aquella situacion, habia mucho de generoso y de sublime.

—¡Oh! ¡y que grato será hacerle llorar! dijo el bufon.

—¡Oh! si, si; es el último recurso, el último consuelo que queda á mi alma: hacer llorar á don Juan.

—Pero para eso es nécesario que le engañes.

—Le engañaré.

—Que le desesperes.

—Le desesperaré.

—Y para ello, que recojas esas ropas, que vuelva el color á tus mejillas, la risa á tus labios: que continues siendo la querida de Lerma y la amante de Calderon: que representes como siempre... que vuelvas á ser la cómica.

—Lo haré, lo haré, descuidad.

—Empieza, pues, por secarte las lágrimas, como yo, mira: yo me las trago... yo me rio... ¡ah! ¡ah! ¡qué buen chasco les vamos á dar! dijo el tio Manolillo, saliendo del hueco del balcon y dirigiéndose al cocinero mayor.

—¡Chasco! ¡chasco! ¿qué mas chasco que lo que á mí me sucede? esclamó Montiño llorando.

—Pues de eso hemos estado tratando la Dorotea y yo: del chasco que vamos á dar á vuestra mujer, á vuestra hija... á los que os han robado.

—¡De veras!

—Dorotea... ya lo sabeis... es mucha cosa del duque de Lerma.

—Y tanto, dijo la Dorotea que empezaba á representar su papel, que el duque hace cuanto yo quiero.

—¿Y vos os interesareis por mí?

—Ya me intereso.

—¿Y lograreis que mi mujer y mi hija sean castigadas, y que yo recobre mi dinero?

—Haré cuanto pueda: tened por cierto, que antes de mucho, una nube de ministros de justicia, estarán buscando á los criminales.

—¡Ah! ¡señora!

—Debes escribir al duque, dijo el bufon.

—En efecto, hace tres dias que no le veo, dijo la Dorotea : esperad, esperad un momento, voy á escribirle.

Y se sentó junto á una mesa, tomó papel y pluma y escribió lo siguiente :

—«Señor mio : hace tres dias que no me honrais : ¿habré caido en vuestra desgracia? no lo creo : al menos no he dado motivo para ello. No me quejo como me quejaria en otra ocasion, porque sé que andais muy sériamente ocupado, y mas de un tanto cuidadoso por la vida de nuestro buen amigo don Rodrigo Calderon. Pero segun entiendo, habeis salido bien de vuestros negocios y la vida de nuestro amigo no corre peligro. Debeis, pues, venir : dedicar algun tiempo á la que os ama tanto, señor, que no es dichosa sin veros.—Vuestra Dorotea.»

Plegó y cerró esta carta la jóven, y la dió á Montiño.

—Llevadla ahora mismo, le dijo, al duque de Lerma : le digo en ella que quiero verle, y cuanto mas pronto le vea mas pronto podré hablarle de vuestros negocios.

—¡Oh señora! ¡cuánto os deberé si consigo recobrar mi dinero! esclamó Francisco Montiño.

—Pues id, id, amigo mio.

—De todos modos, yo tenia tambien que ir á ver á su escelencia.

—Pues adios.

—Adios. Adios vos tambien, tio Manolillo.

—¡Ah! id, id con Dios, señor Francisco : id con Dios, y hasta mas ver.

El cocinero mayor salió tambaleándose como un ébrio..

Dorotea empezó á recoger en silencio sus joyas y sus trajes, y á guardarlos en los cofres.

Durante esta operacion no habló una sola palabra.

El tio Manolillo sentado en un sillon la miraba con ansiedad.

Dorotea estaba serena, sus lágrimas se habian secado, solo quedaba en su semblante como vestigio de la pasada tormenta una profunda gravedad.

El bufon guardaba tambien silencio.

Casilda y Pedro llevaron los cofres á su lugar, y pusieron en órden el mueblaje.

Dorotea entre tanto habia cambiado de vestido y se habia puesto en el hueco de un balcon á estudiar su papel en la comedia antigua titulada: *Reina Moraima*.

—¡Oh! tu calma me espanta, hija mia, dijo el bufon.

—¿No me habeis dicho que debo ocultar el éstado de mi alma, para vengarme mejor? dijo la Dorotea: yo he creido bueno vuestro consejo y empiezo á representar mi papel: estoy tranquila ya lo veis: y estoy tranquila porque estoy resuelta. Ya sé lo que puedo esperar, y para representar mi papel es necesario que continue en mi vida de costumbre. Esta tarde tenemos un primer ensayo, y es necesario que la dama sepa su papel. Estudio, ya lo veis: no podeis pedirme mas.

El bufon miró dolorosamente á la jóven.

En aquel momento entró Casilda.

—Señora, dijo, aquel caballero jóven que estuvo aquí ayer, acaba de bajar de una carroza y pide veros.

—¡Ah! ya sabia yo que vendria, dijo el bufon: adios Dorotea, adios, y mira lo que haces.

—Id sin cuidado, ya os lo he dicho, estoy resuelta.

—¡Adios! repitió el tio Manolillo, y salió por la puerta de la alcoba.

—Que entre ese caballero, dijo Dorotea.

Y puso de nuevo los ojos en su papel, tranquila, serena, como si nada la hubiera acontecido.

Solo la quedaban como vestigio de la tormenta, dos círculos ligeramente morados alrededor de los ojos.

Toda su fuerza de voluntad no habia podido borrar aquellas dos señales de las lágrimas y del insomnio.

Pero Dorotea sabia que tenia aquellas señales, y estaba tranquila.

CAPITULO LIII.

Como saben mentir las mujeres.

Don Juan entró con recelo: esperaba un recibimiento terrible.

Pero se sorprendió al ver que Dorotea se levantaba solícita, salia á su encuentro y le abrazaba.

—¡Oh! ¡y cuánto me habeis hecho padecer! ¡cuánto me habeis hecho llorar, señor mio! le dijo con toda la ardiente espresion de su alma: venid, venid que yo os vea: ya sé, ya sé que no os han herido... pero vuestro lance con don Bernardino... ¡no haber vos venido anoche! ¡y luego como yo no sé dónde vivís...!

—Vivo en palacio... dijo con turbacion don Juan.

—¡Ah! ¿vivís en palacio... con vuestro tio...? me alegro... y por lo visto vuestro tio es un buen tio: me ha dicho Casilda que habeis venido en carroza... y vuestro traje, vuestras alhajas ¡oh! ¡y qué hermoso y que gentil y que galan venís!... cada dia os amo mas... y me alegro, me alegro de que vuestro riquísimo tio emplee sus doblones en vos con tanta magnificencia... prefiero que no me debais nada... porque así sabré que me amais por mí misma... no podré ofenderos en nada ni aun desconfiar de vos.

Miró don Juan de una manera franca y valiente á Dorotea.

Aquella mirada estuvo á punto de hacer llorar á la jóven.

—¡Ah! no, vos no podeis engañarme, dijo esta, ya lo sé y por eso confio en vos.

—Escuchadme, señora, y suceda lo que quiera, sabed todo lo que debeis saber, yo no soy sobrino de Francisco Martinez Montiño.

—¡Ah! ¿no sois sobrino... del cocinero mayor de su magestad?

—No; soy hijo bastardo del duque de Osuna.

—¡Oh! ¡me alegro, me alegro! esclamó fingiendo la alegría mas verdadera la Dorotea: vos no debíais ser hijo mas que de un gran señor.

—Pues me pesa, señora, de no ser verdaderamente hijo del honrado hidalgo á quién he tenido por padre hasta anoche.

—¡Ah! esclamó la comedianta: ¿con que es decir que cuando me dijísteis que erais sobrino del cocinero mayor del rey me dijísteis la verdad?

—Nunca he pretendido engañaros: anoche por un acaso, el mismo Francisco Montiño me dió ocasion de conocer mi nacimiento.

—¿Y dónde pasásteis la noche señor mio? yo os estaba esperando.

—Es necesario que yo os lo diga todo.

—¿Teneis mas que decirme?

—Ciertamente: vuestra hermosura, y un no sé qué inesplicable que existe en vos, que me obligó á amaros desde el momento en que os ví tuvo la culpa de que yo, no conociéndoos bien os haya engañado.

—¡Ah! ¡me habeis engañado!...

—Y de una manera grave.

—¿Pero en qué? ¿cómo?

—Soy casado.

—¿Y eso qué importa? dijo la Dorotea cuyo semblante no se alteró.

—¡Cómo! ¿no os importa nada que yo sea casado? dijo don Juan que sintió un vivo impulso de despecho.

—No, porque no habia de haberme casado con vos.

—Sin embargo...

—Porque nunca hubiera sido vuestra querida.

—¡Ah! ¿es eso cierto?

—Ciertísimo.

—¿Es decir que os soy indiferente?

Y el jóven pronunció estas palabras con un acento tal y tan doloroso, que Dorotea sintió que su amor crecia; se sintió amada: sin embargo conservó su severidad.

—No; vos no me sois indiferente: no ¡Dios mio! ¡por el contrario! sois el único hombre á quien he amado, el que ha encontrado mi corazon



DON JUAN GIRON.

vírgen... pero por lo mismo, porque solo mi corazon estaba puro, os amo con pureza... por eso yo querida del duque de Lerma, querida de don Rodrigo Calderon, mujer perdida, no quiero arrastraros hasta el fango donde está mi cuerpo: os doy mi alma, mi alma entera y nada mas: ¿que me importa que seais casado? ¿que me importa que no me ameis si yo os amo?

—¡Dorotea!

—¿Os ama tanto como yo vuestra mujer?

—¡Oh! ¡qué pregunta!

—Es que yo quiero, es que yo deseo que os ame, no mas que yo, porque eso es imposible: sino tanto: yo bien sé que siendo vuestra esposa será digna de serlo....

—¡Oh! ¡si!

—¿Y quién es? ¿la conozco yo? Decidme su nombre.

Fue la primera situacion difícil en que se encontró despues de casado don Juan: creia profanar el nombre de su esposa y tartamudeó algunas palabras en una torpe escusa: Dorotea vió lo que pasaba en el alma de don Juan.

—Pronunciad, pronunciad, sin temor el nombre de esa señora, dijo la Dorotea: no es la comedianta, no es la mujer perdida quien os lo pregunta, no es tampoco la mujer celosa: es vuestra hermana, vuestra buena hermana, que porque os ama, ama á la mujer que os ama y es tambien hermana suya: decidme su nombre.

—Doña Clara Soldevilla, contestó don Juan con acento opaco.

—¡Ah! ¡la famosa menina de la reina! famosa por su virtud y por su hermosura... pero no se decia que esa señora fuese casada... no os estrañe que yo la conozca: yo trato á la gente mas principal de España: mi retrete en el teatro y mi casa, están frecuentados por lo mas rico, por lo mas noble: como delante de mí se habla sin empacho, he oido hablar mucho de doña Clara, ponderan su hermosura, y al mismo tiempo su desden para con todo el mundo. Dicen que el rey—Dorotea bajó la voz—dicen que el rey ha amado á doña Clara; que ha tenido empeño, que ha enviado á Nápoles al coronel Ignacio Soldevilla, para dejarla mas aislada; pero que á pesar de esto el rey se ha llevado chasco. A tal altura ha llegado la virtud de vuestra esposa que la llamaron la *menina de nieve*; ¡oh! me alegro mucho... cuando esa señora se ha casado con vos debe amaros mucho, muchísimo, con toda su alma, con todo su corazon, con todo su deseo. Debeis haberla vuelto loca, don Juan; es la única mujer

que conozco digna de vos, y me alegro, ¡oh! ¡si! me alegro... y la amo porque os ama y me alegraré de tener una ocasion en que demostrarla dignamente mi amor.

—¡Oh! no os comprendo Dorotea... yo creia...

—Habeis creido mal... yo no podia casarme con vos: yo no podia daros esa suma de encantos de nobleza, de dignidad que os ha dado vuestra esposa; yo era, yo soy una mujer perdida para el amor; lo he conocido al conocerle... al amaros he comprendido que no debia ser para vos lo que he sido para otros... queria ser mas... queria ser... vuestra hermana... vuestra hermana del corazon... oid... no vendreis á mi casa... no... eso se sabria... creerian que yo era vuestra querida... lo sabria vuestra esposa, porque conoce á muchas gentes, y entre esas gentes, que son como todas, las hay sin duda, que se gozan en la desgracia agena... esto es odioso pero es verdad: por recatadamente que viniérais á verme, alguien os veria... ya lo creo... os sentirian mis criados... y mis criados... lo dirian, porque los criados lo dicen todo... no, no debeis, no podeis venir á mi casa porque no podeis, no debeis herir el corazon de vuestra esposa.

—¿Qué hay en vuestras palabras, Dorotea, que las hace para mí agudas y afiladas como un puñal?

—Hay, que no me conoceis bien: hay vuestro recelo... ¡creeis que yo estoy ofendida de vos!

—Debeis estarlo.

—Lo estaria si os hubiéseis casado con otra mujer.

—Una mujer que ama no cede á ninguna su amor.

—No, su amor no: pero si ama de veras, si ella no puede hacer la felicidad del hombre amado, se alegra de que otra mujer la haga; la ama porque ella es la paz del corazon del hombre á quien ama.

—Teneis mucho ingenio.

—Si le tengo está en mi corazon.

—Entre tanto me prohibís que venga á vuestra casa.

—¿Y para qué quereis venir?

—¡Dorotea! yo no sé lo que pasa por mí: yo estoy loco.

—¡Loco! si... debeis estarlo... loco de felicidad.

—No, no: loco de desesperacion.

—¿Y por qué? ¿no sois afortunado? la mujer mas pura y mas hermosa y mas codiciada de la córte os ama. La comedianta que á todos enamora, que á todos desespera, y que tiene buen corazon, es... vuestra hermana. Ella os da en su hermosura, mas de lo que puede soñar el enamo-

rado mas loco: en su amor un cielo: yo os doy mi alma dolorida y triste, mi pobre alma desterrada y sedienta; os amo, con toda esa alma desventurada, y solo tengo ojos y corazon y oidos para vos. ¿Qué mas quereis?

—¡Yo no os conocia! vos habeis amargado mi felicidad.

—¡Que he amargado yo...! ¡que puedo yo amargar vuestra vida! ¡oh! ¡no me lo digais, no! ¡eso me desesperaria! ¡eso no puede ser! ¡eso no es!

—Yo no podia comprender... no, no podia comprender, que de repente, á primera vista pudiese el corazon interesarse de tal modo...

—¡Ah! decidme... me interesa conocer vuestro corazon. ¿Vais á ser franco y leal conmigo?

—Os lo prometo.

—Decidme: ¿qué efecto os causó doña Clara Soldevilla la primera vez que la visteis?

—No lo sé.

—¡Pero esperimentariais algo al verla!

—Un deslumbramiento, una ofuscacion, un no sé qué... luego... luego la casualidad me puso junto á ella... y mi alma entera fue suya... no, mi alma entera, no... ha quedado en ella lugar para vos...

—No, no sois franco... ¿os inspiró deseo doña Clara?

—No.

—¡Ah! no os inspiró deseo; ¿y deseásteis volver á verla?

—Desee... desee tenerla siempre á mi lado, vivir en su vida.

—Y no sobrevino el deseo...

—No.

—¿Y os habeis casado...?

—Con el alma llena de felicidad.

—¿Y la habeis hecho vuestra, con trasporte, enloquecido?

—No: con miedo...

—¡Con miedo!

—Sí, con miedo por vos,

—¡Ah! ¡yo! ¡siempre yo!

—La posesion de doña Clara no podia hacer que yo olvidara, que yo arrojara de mí esta fascinacion poderosa que me causais...

—Ya que hemos llegado á mí, decidme, decidme, ¿que impresion causé en vos?

—La impresion ardiente de una hermosura divina: yo no habia visto unos ojos que tuviesen la hermosura, el poder, el dulce fuego que hay en vuestros ojos... y luego vuestros ojos al arrojar sobre mí su primera

mirada, exhalaron instantáneamente una mirada de sorpresa, y luego una mirada de atencion, y luego una mirada que me dijo claro, claro, como me lo podrian decir vuestros labios: soy tuya, tuya, cuando quieras: tuya toda, cuerpo y alma, corazon y vida... pude engañarme, pero yo leí eso sin quererlo en vuestros ojos, lo leyó mi alma: y mis ojos debieron deciros lo mismo...

—Si, si; ¿y no os han dicho lo mismo los ojos de doña Clara?

—¡Ah! ¡si! ¡si! pero al decirme sus ojos soy tuya, habia en ellos alegría, confianza.

—¡Pureza! ¡decidlo de una vez! ¡y en los mios debió de haber dolor, vergüenza!

—¡Dorotea! ¿por qué os he visto?

—¡Por qué! porque Dios es bondadoso y justo, porque Dios sabia que mi alma estaba sedienta de amor y en vos me lo ha dado.

—Y á mí me ha dado en vos un remordimiento.

—No, no lo creais: escuchad: doña Clara me hace un gran bien: doña Clara hace imposible el que yo me arroje en vuestros brazos: de la única manera que puedo ser feliz, es sufriendo por vos, teniendo celos... viendo que vos los teneis.

—¿Qué decís...?

—Oid... mi primera mirada de amor hácia vos, fue una mirada impura, ¿sabeis por qué...? porque ví en vuestros ojos el alma que yo anhelaba encontrar; porque ví en vos una hermosura que me enlanguidecia, que absorvia mis sentidos, que llenaba mi corazon: sentí un dolor agudo, porque como doña Clara no podia deciros: eres mi primero y mi último amante... ya lo sabeis... yo, que hubiera sido vuestra cuando vos hubiérais querido, no lo seré nunca...

—¿Y sino me hubiese casado...?

—Sino os hubiérais casado... si: vuestra... vuestra: por lo mismo me alegro de vuestro casamiento... me alegro de ese imposible puesto entre los dos.

—Pero sois desgraciada... ó no me amais como decís...

—Os amo mas... mucho mas... ¿no notais que cuando estoy á vuestro lado soy feliz?

—¡Asoman las lágrimas á vuestros ojos!

—Puede ser... puede ser... si, es verdad: que quereis... ¡soy tan infeliz! Y la pobre Dorotea se desplomó, lloró y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Y quereis que no tenga remordimientos?

—No los tengais.

—¡Os he hecho desgraciada, sin poderlo evitar...!

—¿La amábais..?

—Debeis aborrecerla... y ella...

—¡Ella! ¿sabeis lo que ella haria conmigo? si os ama como yo creo, como indudablemente os ama, me mataria...

—Como vos la matariais á ella...

—Yo... yo... ¡Dios mio! yo no... no... porque seria mataros á vos... si, mataros... estais loco por ella... y yo no quiero mataros... no... de ningun modo... no quiero que sufrais...

—Nos encontramos en una situacion muy difícil... muy grave.

—No... suframos cada cual... pero no sufrais mas que lo que inevitablemente debais sufrir, porque ya no tiene remedio... no agraveis el mal, llevándole á vuestra casa... no vengais á la mia.

—No habeis podido sostener vuestra serenidad: habeis llorado: el castillo de vuestra firmeza se ha venido á tierra... al verme unido á otra os mata... y eso... eso me rompe el corazon.

—Eso ya no tiene remedio: doña Clara os ha inspirado ese amor puro, noble, intenso, ese amor del alma del que yo hubiera querido ser digna; doña Clara es para vos vuestra hermana, mas que vuestra hermana, porque es vuestra amante. Yo soy para vos ese demonio tentador que embriaga, que no se puede apartar de la memoria, que no merece ser amado y que no se ama pero que se desea, que se desea con una sed insoportable, que hace arder nuestra cabeza en una fiebre dolorosa, y gemir nuestro pecho que respira mal, que está dolorido... y al mismo tiempo soy para vos la pobre mujer que ningun mal os ha hecho, á quien veis sufrir de una manera desesperada, cuyas lágrimas no podeis secar, cuyo corazon no podeis dilatar, cuya agonía no podeis curar: un deseo vehemente.. una compasion profunda... eso es lo que yo inspiro... ¡amor! ¡amor! ¡oh!

—¡Me estais desgarrando el alma, Dorotea! esclamó dolorosamente don Juan.

—Lo siento, y esto me hace mas desgraciada: daria yo porque me olvidárais mi eternidad.

—Escuchadme, dijo don Juan tomando á Dorotea una mano que ardia y que al sentir la mano del jóven tembló.

—Decid.

—Cerremos los ojos á todo. Lo sucedido no tiene remedio. Olvidaos de que me he unido á doña Clara.

—No puedo olvidarme... por ella misma... por vos.

—No os entiendo.

—No debes venir á mi casa, os lo repito.

—¡Ah! ¡vos os vengais!

—Justo seria; pero no me vengo, no me puedo vengar. Me dominais no me pertenezco, porque os pertenezco entera, porque soy lo que vos quereis que sea.

—¡Dorotea! ¿con qué pretendiais engañarme?

—Mentia al hablaros de... de qué sé yo... porque no me acuerdo de lo que os he dicho que no sea mi amor, y mi humildad á vos, que sois dueño de mi alma y de mi voluntad... pero esto no impide el que comprenda que vos olvidais arrastrado por mí... lo que no debeis olvidar... yo no puedo olvidarme de vuestra felicidad... yo que os amo, no puedo esponerla... por eso os digo que no vengais á mi casa... es necesario que vuestra esposa no lo sepa... no por mí... sino por ella misma... por vos.. si viniérais... lo sabria... si lo supiera... ¡oh! ¡si se viese engañada..! ¡si los celos la estraviaran... si en un momento de despecho quiere vengarse dándoos celos por celos... infamia por infamia...!

Don Juan se levantó como herido por una punta envenenada.

—Es necesario evitar que eso suceda: pero nos volveremos á ver.. si, nos volveremos á ver... siempre que podamos, sin causar sospechas: en un lugar retirado, donde nadie nos vea, donde nadie nos conozca; yo... guardaré vuestro secreto... no os hablaré jamás de ella... no me hablareis de ella vos... nos veremos mientras vos querais que nos veamos... despues... despues... si me abandonais... yo os veré... iré cubierta con mi manto á la iglesia donde vos vayais... cuando represente, si estais en el teatro yo os haré conocer sin que nadie lo conozca, que represento para vos: mi pensamiento será siempre vuestro... os lo juro.... pero ahora idos. Habeis estado demasiado tiempo. Una recien casada, encuentra siempre largas las horas que está separada de su marido.

—¡Ah!

—¿Quereis que sea menos desgraciada don Juan?

—¡Que si quiero..! ¿y me lo preguntais..?

—Pues bien sed feliz...

—No os comprendo.

—En doña Clara teneis el alma, teneis esa dulce y casta compañera,

el ángel del hogar: no lleveis á vuestra casa la tristeza: en mí teneis la mujer que enloquece, la mujer que embriaga: no traigais á mis brazos el remordimiento: resignémonos á nuestra suerte. No sufrais por mí porque cuando yo conozca que no sufris, que sois completamente feliz, yo seré menos desgraciada.

—No sé qué contestaros, no sé qué deciros...

—Yo si, yo sé lo que os tengo que decir... ¡os amo! ¡os amo! mas que ayer, mas á cada momento: ¡os amo! ¡muero por vos! ¡pero idos! volved tranquilo á vuestra casa... yo os avisaré... y nos veremos.

Don Juan hizo un esfuerzo y salió.

Dorotea se quedó mirando de una manera imposible de hacer apreciar, á la puerta por donde habia salido el jóven, y no reparó, en que apenas aquel habia desaparecido, el bufon habia abierto las vidrieras de la alcoba, habia adelantado en silencio, y se habia sentado en la alfombra á los piés de Dorotea.

No habia querido salir por la puerta de escape, y lo habia oido todo.

—¡Eres una mujer perdida! dijo con voz ronca.

Al sonido de la voz del tio Manolillo, Dorotea dejó de mirar á la puerta, y miró al bufon.

La ansiosa, la profunda mirada de este, la estremeció.

—Si, soy una mujer despreciable, dijo contestando á las palabras del bufon.

—No, no he querido decir eso, dijo el tio Manolillo. Quiero decir que te has perdido. No has sabido empezar á vengarte... á vengarte de una manera horrible.

—¿Qué hubierais hecho vos en mi lugar?

—¿Qué hubiera yo hecho? esclamó el bufon sonriendo de una manera espantosa, y dejando ver su blanca dentadura que se entrechocaba. ¿Qué hubiera hecho yo?

Y se encogió, se dilató su pecho, y lanzó un aliento que rugía, poderoso, ardiente, indicio de la horrible lucha que conmovia su alma destrozada.

—Si, si, dijo impaciente Dorotea.

—¿Yo? ¿qué hubiera hecho yo? ¡dar mal por mal y con creces, con horribles creces! primero..... en el primer momento se me ocurrió matar... cuando me hieren, lo primero que se me ocurre es matar: pero despues... la reflexion, la calma... ¡matar! ¡hacer morir! ¡es decir, esterminar! ¡no! ¡no! ¡es poco! yo creia que tenias mas alma... y tienes

el alma débil... no has sabido sacrificarte para sacrificarle... para sacrificarla á ella...

—¡Oh! ¡ella! ¡ella! pensar que ella le posee completo, delante del mundo, con la frente alta, siendo su orgullo...

—Tienes que contentarte con matarla... y esto es poco, muy poco.

—¿Pero qué hubiérais vos hecho?

—Le he estado observando desde allí; temblaba, temblaba estremecido de deseo... sus ojos devoraban tus ojos, se fijaban en tu cuello, en tu seno... sufria... está loco por tí... no te ama... tiene hambre de tí y nada mas.

—¡Eso es mentira!

—¡Pobre loca! porque ella le ama, porque le ama con toda su alma, cree que él... ¡él! lo mas puro que él siente por tí, es lástima... y eso es humillante...

—¿Pero qué queriais que hubiera hecho?

—¡Qué! mantenerte firme, hacerle comprender, aunque fuera mentira, que te importaba poco que se hubiera casado... empezáste muy bien... yo estaba diciendo allí, detrás de los cristales... ¡qué buena cómica es mi hija...! ¡qué pobre hombre es ese don Juan! pero luego lo has echado todo á perder, le has dejado ver tu desesperacion: y se gozaba en ella sin saberlo! ¡oh! ¡qué felicidad tan incomprendida es para algunos hombres, magullar á una pobre mujer, como el gato que magulla á un raton! ¡Oh! ¡cuán felices, cuán felices son algunos hombres, y que poco merecen su felicidad!

La escitacion febril del tio Manolillo asustó á Dorotea, la asustó por don Juan; comprendió que debia engañar al bufon.

—Veamos que hubiérais vos hecho; mejor: que he debido yo hacer.

—Oye: el hambre pasa cuando se satisface: pero cuando no, se irrita: el que muere de hambre... el que muere de hambre, no niega nada al que le ofrece un pedazo de pan.

—Seguid, seguid, me parece adivinaros: veamos si me he engañado.

—Tu irás misteriosamente á ver á ese hombre. Debes ir. Yo te buscaré el lugar.

—¡Ah! no, no: dijo Dorotea.

—Bien, no insisto... no quieres ser espiada... no quieres sermones... bien, mejor... buscarás un lugar retirado: lo embellecerás, lo perfumarás, enloquecerás en él con tú don Juan: te resignarás á todo, lo olvidarás todo: porque le amas con el amor mas humilde del mundo: tu don

Juan, esperará impaciente los primeros dias la hora de verte: le será muy cómodo lograr tus amores sin que lo sienta la tierra, sin que pueda tener celos su doña Clara: despues, á medida que vaya pasando el tiempo, le parecerás menos hermosa, y esperará con menos impaciencia la hora de verte: luego irá por ir, por lástima: te hará esperar: despues le esperarás envano algunos dias, y te volverás á tu casa, humillada desesperada, celosa, al fin y al cabo te abandonará, hastiado de tí...

—¡Oh!

—Matarás á doña Clara; puedes matarla..... pero esa no es la venganza que tu necesitas...

—Seguid, dijo Dorotea, con el alma helada, por decirlo asi: decidme, ¿de qué otro modo mas horrible me puedo vengar?

—¿De qué otro modo? Oye: procura buscar un retiro á propósito: el lujo, las pinturas, los perfumes, todo esto favorece á una mujer, y la hace mas hermosa, cuando es tan hermosa como tú: viste ademas, como te vistes cuando quieres que el público te aplauda solo al verte: los hombros desnudos, los brazos desnudos; perlas en el cuello, diamantes en los brazos, y en la cabeza flores: una corona de flores es lo mejor que puede llevar una mujer hermosa: allí, en aquel hermoso gabinete, mas hermosa tú por tu atavío, una cena esquisita; vinos... pero tu no bebas... no bebas... conténtate con arrojar sobre él la doble embriaguez de tu hermosura y de los licores... y enmedio de todo esto... desespérale, irrítale, háblale continuamente de su mujer... llámale tu hermano... llegará un dia en que no podrá sufrir mas: un dia, en que loco, no podrá negarte nada... en que podrás dictarle condiciones...

—¡Y esas condiciones!

—¡Esas condiciones! ser suya cuando sea tuyo.

—¿Y cómo?

—¡Cómo! abandonando á su mujer... siendo tu amante delante de todo el mundo... llevándote á todas partes...

—¡Oh!

—Entonces habrás matado su felicidad: doña Clara Soldevilla, la conozco bien... te obligará á huir... pero él... él... te seguirá... ella... ella... puede ser que no sea tan honrada..... si llegas á herirlos en el alma..... porque se aman.... ¡se aman! no necesitas mas venganza..... te habrás vengado horriblemente.

—¡Pero si el queria seguir viniendo á mi casa! esclamó la Dorotea.

—Y tú has cometido la imprudencia de decirle, que el venir á tu casa podia robarle la paz de la suya... tú no quieres vengarte.

—Os juro que me vengaré, que me vengaré de una manera cruel.

El bufon movió la cabeza en un ademan de duda, de incredulidad.

—Si, me vengaré, insistió ella.

—¿Y cómo?

—Ya lo vereis.

—No... adivino.

—Yo haré de modo que en su vida me olvidará.

—¡Don Francisco de Quevedo! dijo á la puerta anunciando Casilda.

—¡Ah! ¡ese hombre! ¡ese hombre! esclamó el bufon.

—Dejadme sola con él, dijo Dorotea.

El bufon salió por la alcoba.

Dorotea le siguió.

—¡Ah! no quieres que te escuche, dijo dolorosamente el bufon: pues bien, adios.

Y salió por la puerta de escape de la alcoba.

Despues volvió á la sala.

Ya estaba en ella Quevedo.

CAPITULO LIV.

Quevedo visto por uno de sus lados.

El buen *ingenio* llevaba sobre sí las señales de la ruda actividad á que se habia visto sentenciado desde su llegada á Madrid.

Sus ojos estaban un tanto hundidos, su nariz parecia mas afilada; la blanca golilla de su cuello estaba mas de un tanto ajada, su traje descuidado y todo él descuadernado y lánguido que no habia mas que pedir.

Habia movido el brasero y se calentaba y se restregaba las manos.

Cuando apareció Dorotea, don Francisco la miró con suma gravedad.

La comedianta adelantó, se detuvo junto á Quevedo y le miró intensamente.

—*Mea culpa*, dijo don Francisco.

—Lo que quiere decir en castellano, que vos teneis la culpa de todo lo que me sucede.

—Trasladais el latin al romance con grande licencia. Yo no tengo la culpa de lo que os pasa.

—¿Pues quién trajo aquí á ese hombre?

—¿Y tengo yo la culpa de que os hayais derretido como cera? Allá os las compongais.

—¿Os acordais de lo que me digísteis ayer en aquella taberna?

—Os confieso que estoy tan manoseado, tan traido, tan cansado, tan sin sueño y tan con hambre, tan calado y tan frío, tan asendereado

y lastimoso, que no tengo memoria, ni siento mas que los huesos que me duelen, las ropas que me mojan, los ojos que se me cierran, el estómago que pide mas que cien frailes, y los piés que me chillan. Esto sin contar la cabeza que se me anda. Si mi amigo Miguel de Cervantes viviese, juro á Dios, que al ver lo que me pasa habia de escribir un libro intitulado: Trabajos de don Francisco, que le habia de dar mas fama que el *Ingenioso hidalgo*.

—Sin embargo, noto que no se os ha cansado la lengua.

—¡Ah lengua mia! quemárala yo, sino me doliera, para que no tuviese que hacerme arrepentir.

—¡Ah! conoceis que habeis hablado mal, dijo la Dorotea sentándose, y que vuestras malas palabras han hecho mucho daño.

—¿Y quién habia de creer que ese don Juan era un milagro y una fortuna insolente? ¿quién habia de esperar lo que ha sucedido? Cuando os digo que estoy atónito, y espantado y medroso, y que de mí mismo recelo, y que no sé ya que decir, ni que pensar, ni por dónde salir...

—Menos lo sé yo.

—¿Sabeis las novedades que han ocurrido?

—Sé que es hijo del duque de Osuna y que se ha casado.

—¿Quién os lo ha dicho?

—¡El mismo!

—¡Ha estado aquí! No me espanta, esperado me lo habia... ¡horror! recien casado y...

—¿No es verdad que eso es terrible..?

—Lo peor será que vos seais tan loca como él.

—No puedo remediarlo. La última desgracia que podria sucederme seria no verle.

—¡Pobre Dorotea! debeis haber pecado mucho.

—¡Yo! ¡bah! yo no he hecho tanto como deberia haber hecho: yo no he hecho mal á nadie.

—¿Amais mucho á don Juan?

—No debia amarle.

—No acabaremos nunca. Os pregunto...

—Y bien, le amo.

—¿Y pensais disputársele á su mujer?

—No.

—Haceis bien: lo demás seria indigno de vos.

—Vos habeis venido para algo, don Francisco.

—Ciertamente, he venido á que me deis de almorzar.

—¡Casilda! un almuerzo abundante, dijo Dorotea en el momento en que se presentó la doncella.

—Sois un ánjel, á quien es lástima hayan cortado las alas: pero me teneis cuidadoso.

—¡Cuidadoso!

—Estais demasiado tranquila despues de lo que os ha sucedido.

—¿Y qué quereis que haga?

—Que no hagais nada.

—¿Y qué hago con esta afliccion que se me ha metido en el alma?

—Gozarla.

—¡Gozarla! decís: ¡gozar los celos, la desesperacion, la rabia!

—¡Ah! ¡todavía no sois bastante desdichada!

—¿No?

—No, porque no gozais en la desdicha.

—¡Decis unas cosas don Francisco!

—La desgracia es no sentir, tener el corazon de corcho y la cabeza de hielo: vivir por necesidad: por aquello de que por cien mil y mas razones, es necesario vivir. ¡Ah! cuando nada os interese en el mundo, cuando nada ostigue vuestro pensamiento, cuando todo os importe nada, cuando no penseis en nada, cuando comais por no morir y durmais por que se cierren vuestros ojos; cuando os hayais convertido en un pedazo de carne insensible á todo, que obra como una máquina: cuando el amor y las locuras de los otros os den hastío, cuando no os encontreis bien en ninguna parte, cuando vuestra alma haya muerto, entonces, entonces si que podreis llamaros desgraciada. No sentir es no ver, no ver es no vivir, no vivir es el sufrimiento mayor. Pero ahora que os abrasa la vida, ahora que soñais, que luchais, que esperais, que llorais, que os agitais, ahora mas que nunca vivís: hay algo en el mundo que os deslumbra, que os atrae, que os hace gozar el gran placer del sufrimiento. ¡Vos sois muy feliz!

—¡Oh! ¡y qué felicidad tan horrible!

—Pero siempre es una felicidad. Yo quisiera padecer.

—¿Cómo, no padeceis?

—Padezco, el que no padezco: pero dadme licencia: veo á vuestros criados que adelantan con la mesa. Y traen dos servicios. ¿No habeis almorzado vos?

—No por cierto.

—Habeis hecho mal; con el estómago frio, la cabeza está débil y vaga y se pierde. Almorzad, almorzad conmigo, y despues de almorzar ya vereis como pensais de otro modo.

—Si, si, es preciso, dijo Dorotea: y aunque solo fuera por probar...

—Observo que en el estado en que nos vemos necesitamos mas vino: una botella es poco.

—Traed, traed mas vino: cuatro botellas... dijo Dorotea.

—¿De qué? repuso Casilda.

—Puesto que teneis bodega, que venga, si hay Jerez, dijo Quevedo.

—Hailo y muy rico, dijo Casilda.

—Pues cuatro botellas, virtud sirviente: búscalas de las que estén mas empolvadas y si tienen telarañas mejor. ¿Y qué haces tú ahí? añadió don Francisco dirigiéndose á Pedro que estaba detrás de la mesa con una servilleta en el brazo. La señora y yo necesitamos estar solos.

Pedro salió.

—Os voy á hacer el plato: dijo Quevedo dirigiéndose á Dorotea: este jamon de Granada es sumamente confortante: se ceba con víboras: es un plato que yo, que solo gozo cuando como, le prefiero á todos: voy á haceros la copa: este tintillo de Pinto es un gran vino de pasto: refrigera y no predica. Vamos: arriba con esa copa y no lloreis ¡vive Dios! que me lastimais.

—Os hago feliz puesto que os hago sentir, dijo Dorotea enjugándose los ojos y apurando de un trago la copa, despues de lo cual tomó un pedazo de jamon y se lo llevó á la boca.

Quevedo la miraba profundamente.

Dorotea arrojó el bocado sobre el plato.

—¡Oh! no puedo, no puedo; me mataria como si fuera un veneno.

—Tan llena está de despecho que no la cabe ni un bocado: es necesario andar con cuidado con esta loca. Bebed mas, añadió alto, el beber os dará apetito.

Y la llenó de nuevo la copa.

Dorotea apuró la mitad y luego puso los codos sobre la mesa, apoyó la cabeza entre sus manos, y quedó profundamente pensativa.

Quevedo entre tanto devoraba la enorme cantidad de jamon que se habia servido y mientras comia, pensaba.

Casilda trajo cuatro botellas, las puso sobre la mesa y se retiró.

—¿Sabeis Dorotea, dijo de repente Quevedo, que es necesario que tomeis una determinacion? estais muy enferma hija.

—Tengo ya mi determinacion tomada, dijo Dorotea.

—¡Veamos si en medio de vuestra locura teneis juicio!

—Pienso... sufrir y callar y no vengarme de nadie... ni aun de vos.

—¡De mí! ¿y qué culpa tengo yo?

—Porque lo tragísteis á mi casa...

—¿Quién habia de pensar...?

—Vos adivinásteis que me habia yo de enamorar de él... y no os engañásteis, porque no os engañais nunca.

—Eso, no es verdad porque me he engañado con vos.

—¿Me creiais mas perdida de lo que estoy?

—No os creia tan corazon, y tan alma y tan voluntad...

—¿De modo que vos creísteis que mis amoríos con don Juan...

—Serian sol que sale y sol que se pone... yo os necesitaba por un solo dia y creí que con teneros asida de cualquier modo de sol á sol...

—¡Ah! ¿hicísteis venir á propósito, con mala intencion, á don Juan á mi casa?

—Vamos claros: ¿os pesa de amar á don Juan?

—Por muy desgraciada que su amor me haga, no quiero verme curada de él.

—Bien, muy bien: respondeis á mis preguntas como un instrumento perfectamente templado á la mano que sabe tocarle. Sigamos hablando, y acabaremos por ser los dos mas grandes amigos del mundo. Pero bebed, hija, bebed: vuestro Jerez es un verdadero néctar de los dioses, se conoce que se lo han regalado al duque de Lerma.

—¿A que pronunciar ahora su nombre?

—Es que como todo tiene una causa en este mundo, el estado en que os encontrais la tiene, y esta causa es el duque de Lerma.

—¿El duque de Lerma tiene la culpa de que yo me haya enamorado de él?

—Si por cierto, porque yo... que he tenido gran parte en el estado en que se encuentra don Rodrigo Calderon, yo que he venido á la córte para mucho, necesitaba tener asido á su escelencia: ningun asidero mejor que vos...

—Muchas gracias... dijo dolorosamente Dorotea.

—Perdonad, que si yo hubiera sabido lo que iba á resultar... hubiera hecho mas para que os hubiérais empeñado mas por mi amigo.

—Gracias otra vez, don Francisco.

—Ya me habeis dicho que por nada del mundo os pesará el haberle

conocido: cuando no os pesa, es que os alegra; cuando os alegra es que os hace bien; cuando os hace bien... debeis estar agradecida á quien ese bien os ha hecho: he sido yo... recibo vuestras gracias y me saboreo con ellas... y tengo razon.

—Indudablemente, dijo la Dorotea, mirando con una espresion de doloroso candor á Quevedo, creo que en parte teneis razon cuando decís que vale mas sufrir que hastiarse.

—¡A! ¿y quién duda acerca de eso? para dudar de ello, es necesario ser tonto y vos no lo sois: todo hasta la salud cansa: vos viviais sin rivales en la escena, sin rivales en la hermosura: poseíais una hermosa casa, una buena mesa: os galanteaba en vano toda la córte: el duque de Lerma es un amante muy cómodo, que se contenta conque todo el mundo sepa que paga á la mujer codiciada por todos, que os visita poco, y cuando os visita os habla de la última comedia de Lope, ó del tiempo y se vá saludándoos gravemente, sin haber mortificado mas que al sillon donde su hinchada vanidad se ha sentado. Don Francisco de Rojas y Sandoval, no os desea, ni os ha deseado nunca, ni nunca ha pasado de vuestro recibimiento, ni se ha acercado á vos, ni conmovídose delante de vos: os tiene como á su papagayo y á su negro y á otras muchas cosas que el buen señor tiene solo por tener lo que cuesta caro.

—¿Pero quién os ha dicho eso?

—Conozco demasiado á su escelencia.

—Aunque no hayais acertado por completo, aunque siempre no haya sido tan feliz como suponeis con la indiferencia del duque, es cierto que para mí es mas bien un gran señor que compra el derecho de entrar en mi casa cuando quiere, que un amante. Vuestros ojos penetran en lo mas escondido.

—Y mis narices, que por algo son largas, huelen donde no huele. Resulta pues, que vos para don Francisco sois mas la vanidad que el deseo.

—Es verdad.

—Si vos dijerais al duque de Lerma: no volvais á poner mas los piés en mi casa, el duque, herido en su vanidad, seria capaz de hacer cualquier desatino.

—¡Oh! el duque haria cuanto yo quisiera, solo porque no pudiera nadie decir: la Dorotea le ha despedido.

—Pues bien: ved ahí porque he venido yo á veros.

—¿Para utilizarme?

—Para valerme de vos.

—¡Ah! ¿me necesitais?

—Dios me perdone sino me han seguido hasta vuestra casa cuatro corchetes.

—¡Ah! ¡os quieren prender!

—Mucho me lo temo, y aunque estoy ya muy acostumbrado á encierros, os afirmo que ahora sentaríame muy mal el ser guardado.

—Pues yo me alegraria... me alegro... os tendré preso algun tiempo solo por haceros rabiar, en cambio de lo que vos me haceis sufrir.

—¡Ingratitud inaudita! os saco de vuestra cansada vida, os hago mujer, os desentierro, os hago probar el divino fuego del amor y me aborreceis. No os creia yo mala.

—No os aborrezco, dijo sériamente la jóven, porque yo no he nacido para aborrecer: no os estremeceis vos del daño que me habeis causado por vuestro interés propio, porque... no veis mi alma; porque no sabeis que horribles pensamientos pasan por ella, ó porque, si lo comprendeis, no teneis corazon. ¿Qué os importa á vos, poeta que de lo mas santo se burla, que lo mas respetable zahiere, que arroja su chiste mordaz sobre todo y todo lo calumnia; cortesano enredador que sobre todo pasa, cuando encuentra un obstáculo en el tenebroso camino que sigue; sabio que no ha sabido conservar la ternura, la caridad de su alma si alguna vez la ha tenido; que os importa, digo, que una pobre mujer que sino era feliz no era desgraciada, se retuerza como una sabandija en el fuego por vuestra causa, porque la habeis necesitado para vuestros proyectos, y que caiga ante vos ensangrentada, palpitante, aniquilida? ¿qué importa? ¿qué importa? adelante don Francisco, adelante: vuestros semejantes son para vos figuras que se mueven, que andan: despreciables criaturas sobre las cuales, por que os humilla el estar confundido con ellas, necesitais levantar la frente maldita, pisarlas, destrozarlas bajo el lento y pesado paso de vuestros pies; ¿que os importa á vos alma fria, que yo sufra, que yo grite, que yo blasfeme, si os he servido para algo? Yo no os aborrezco, no, porque os desprecio, porque lo que habeis hecho conmigo os hace despreciable: yo no os temo porque no podeis hacerme mas daño que el que ya me habeis hecho; yo no me vengaré de vos porque quiero ser mas grande que vos; quiero heriros en vuestro orgullo, quiero que tengais el recuerdo de una víctima que ha caido mirándoos frente á frente á vos, hombre funesto, mientras sus ojos han podido mirar.

—¡Pobre loca! esclamó profundamente Quevedo, separando de sus labios una copa que llevaba á ellos: ¡pobre niña, digna de cuanto una

mujer puede alcanzar de menos malo en este mundo, donde todo es locura ó lodo! ¡pobre ciega, que deslumbrada por su desgracia no ve, no sabe distinguir el oro del barro!

Y Quevedo se levantó y cerro las puertas.

Luego vino, se sentó frente á Dorotea que estaba doblegada.

—He cerrado las puertas porque vais á oir lo que nadie ha oido: porque vais á ver lo que nadie ha visto; vais á oir al hombre, vais á ver al hombre en este pobre Quevedo, en quien todos ven lo que el quiere que vean. Os confieso que solo conozco cuatro personas dignas de que yo les tienda la mamo, de que yo las hable palabras de verdad, de que yo las ame, de que yo me sacrifique por ellas. Teneis razon: yo no veo en el mundo, alrededor mio, aturdiéndome siempre con su charla insoporble, dándome nauseas con su vanidad estúpida, repugnándome con sus vergonzosos vicios, mas que miserables divididos en dos mitades; los comidos y los que comen; teneis razon, yo no tengo alma ni corazon ni mas que indiferencia, ó hastío ó mala intencion, para el mundo: pero yo en medio de ese mundo, tengo un pequeño mundo mio, que me consuela del otro, por el que lucho, por el que vivo, para el que tengo alma, corazon, amor, lágrimas; el uno, el primero de esos cuatro seres es el duque de Osuna, alma grande, noble y generosa, cuyo pensamiento comprende el mio, cuyo corazon no late sino por lo grande por lo verdaderamente grande, y que tan grande es, que los que no le comprenden le llaman estravagante: el duque y yo nos fuimos aproximando el uno al otro insensiblemente, porque debíamos estrechar la distancia que nos separaba; nos unimos al fin, porque era necesario que nos uniéramos, y al cabo nos confundimos de tal modo, que el duque se reflejó en mí, y yo me reflejo en el duque; que yo sin Osuna seria un filósofo arrinconado, y Osuna sin mí un águila sin alas. No somos dos sino uno: la desgracia que suceda al duque debe necesariamente hacerse sentir en mí, como en el duque la desgracia que á mí me suceda. Sabe Dios adonde irémos á parar don Pedro Tellez Giron y yo, pero nuestra suerte será igual: él me comprende y yo le comprendo, él me ama como amaria á su cabeza, y yo le amo á él como á mí brazo. Dióle Dios riqueza y poder, y cuna ilustre, y á mí me dió ingenio y dominio sobre los demás, y ojos que saben mirar, y oidos que sin escuchar oyen; somos, pues, uno solo.

—¿Y qué me importa á mí de todo eso? dijo la Dorotea.

—Oid, oid, y esperad al fin. Como el duque no tiene para mí secretos, sabia yo que tenia un hijo bastardo: llegó el tiempo de que su hijo

cumpliese sus veinticuatro años, y como quiera que por uno y otro informe se sabia que era digno de su padre, cuando salí de mi última prision, recientemente, me encargó don Pedro que buscase á su hijo, que le revelase el secreto de su nacimiento, y que me le llevase á Nápoles. Sin el señor Juan Montiño, que asi se llamaba falsamente el hijo de don Pedro, yo no hubiera venido á Madrid. Hubiera tomado postas para Barcelona, y allí un barco para Nápoles. Pero vine, y encontreme á nuestro hombre metido en enredos que me dieron susto. Estos enredos produjeron las heridas de don Rodrigo Calderon, y los amores de don Juan con su esposa.

—¡Ah! esclamó Dorotea.

—De todo ello han tenido la culpa dos animales.

—¡Dos animales!

—Si por cierto: un caballo viejo y cojo, á quien juro á Dios se ha de cuidar como á un rey, hasta que se muera de viejo, y el cocinero de su magestad.

—No os comprendo.

—El caballo que debia haber llegado á Madrid con su ginete, es decir, con el venturoso que de tal modo os hace desventurada, antes del medio dia, llegó á la noche: Francisco Martinez Montiño, que debió haber estado en su casa, y recibido á su sobrino postizo á la hora de la cena del rey, estaba dando un banquete de Estado al duque de Lerma. Las circunstancias eran ademas gravísimas. La reina se encontraba grandemente comprometida por una endiablada intriga de don Rodrigo, y doña Clara Soldevilla habia salido sola á la calle por el compromiso de la reina, y seguida por don Rodrigo Calderon, al primero á quien encontró, de quien se amparó, como se hubiera amparado de otro cualquiera, fue don Juan. Solos de noche por esas calles de Dios, generoso y valiente él, generosa y ansiosa de amor ella, protegida por don Juan, puesta en contacto íntimo con él, que es impetuoso, y noble, y valiente como su padre, apasionado como vos, y como vos hermoso, aconteció lo que no podia menos de suceder, se enamoró ella de él con tanta mas fuerza y mas pronto, cuanto ella estaba ansiosa de un amor que no habia podido encontrar en la córte, de un amor digno de ella. El enredo se habia hecho terrible cuando yo encontré en el zaguan de la casa del duque de Lerma á don Juan, que como yo habia ido allí en busca del cocinero de su magestad, y se agravó hasta hacerse negro, lúgubre, al caer don Rodrigo bajo la espada de don Juan. Entonces lo temí todo, todo: empezé á buscar una ayuda para salir

del atolladero, y en cierta casa donde me refugié por el momento, supe que vos erais la mujer codiciada, la mujer envidiada por todos al duque de Lerma, á quien engañais siendo amante de Calderon. Entonces dije: de seguro, la Dorotea, aquella hermosa niña á quien yo conocí en el convento de las Descalzas, tiene gran poder ó puede tenerle para con don Francisco de Rojas; y en cuanto á Calderon, yo que le conozco, mucho me engaño sino es para Dorotea uno de esos hombres á quienes una mujer ama mientras no se le presenta otro mejor. Nuestro don Juan está terriblemente atollado: pues bien, procuremos que él mismo se desatolle enamorando á la Dorotea: y entonces me vine aquí y llamé á don Juan, y sucedió mas de lo que yo creia: que vos os enamorásteis de él, y él se deslumbró al veros. Los sucesos han hecho que don Juan sea esposo de doña Clara, y que vos os encontreis con el alma negra, deshecha, desesperada. Yo no creí que ninguno de los tres valieseis lo que valeis: mi mundo, el mundo de mi corazon y de mi amor, que se reducia á una persona, se ha aumentado con otras tres: y la que mas amo, porque es la mas débil, sois vos hija mia, vos que me habeis sorprendido, que me habeis enamorado con el corazon que me habeis dejado ver. De modo que no me pesa de lo que ha sucedido, no; pero estoy aterrado, aterrado por vos.

—¡Aterrado por mí!

—¡Ah! si vos creeis que yo tengo el alma helada, os engañais: que la tengo muerta, que solo ha sobrevivido en mí lo malo, os engañais Dorotea, os engañais: mi vida es una vida poderosa, insoportable, insaciable, una calentura contínua: mi vida necesita espacio donde estenderse, y no le halla: mi vida está comprimida, encerrada como en una caja de hierro: cada corazon digno de mí que encuentro, es un poco de espacio que se dilata en esa caja terrible, en esa prision que no puedo romper por mas que hago: y al mismo tiempo es una amargura mas, una amargura infinita: habeis dicho que yo os sacrifico á sangre fría, y al veros sufrir, al veros de tal modo desesperada, tengo el corazon apretado, siento ansias, y me pregunto qué razon desconocida hay para que el hombre se alimente del hombre, el alma del alma, la alegría del dolor, la vida de la muerte: me digo y me espanto al decirlo ¿por qué Dios no nos ha dado otros sentimientos mas fáciles de satisfacer? ¿por qué esta contínua carnicería? ¿por qué esta durísima é interminable batalla? Os habeis engañado respecto á mí: insensible, duro, cruel, si se quiere, para todos, pero no para vos, no para vos que, como os he dicho, sois mi aire de

vida. Yo haré con vos todo lo que pueda hacer: os haré menos infeliz.

—Menos infeliz ¡y cómo!

—Procuraré prestaros parte de mi fortaleza: emplearé con vos todo el tesoro de consuelos de que mi alma está llena: os enseñaré á encontrar la alegría en la tristeza, el placer en el dolor: haré que reconcentrada vuestra alma busqueis la vida en vos misma; os daré el filtro que hace soñar, levantando vuestra alma: sereis mi hija, y yo seré vuestro padre: os retirareis del teatro, y no entrareis en un convento: vivireis en el mundo, dominándole, despreciándole, engrandeciéndoos á vuestros propios ojos, con la comparacion interna de lo que vos valeis, y lo que el mundo vale. Llegará un dia, en que no sereis la amante de don Juan, sino su hermana, en que pondreis á sus hijos sobre vuestras rodillas, y los amareis como si fueran vuestros; en que purificada por el martirio, levantareis á Dios la frente lavada, blanca y resplandeciente por el Jordan del sufrimiento. ¡Oh! ¡Dorotea! ¡Dorotea! ¡hija mia! si vierais mi corazon, si apreciárais su amargura y su despecho, si supiérais cuánto esta insoportable amargura y este despecho frio están dominados, puestos en silencio... si vierais cuántas terribles ambiciones, cuántos proyectos inconcebibles se agitan, rugen en mi cabeza, y al mismo tiempo me vierais estudiar, buscar ansioso la ciencia, que siempre me parece poca, reir, y hacer reir á los demás, convertir las lágrimas en burlas... ¡oh! yo os aseguro que os compadeceriais de mí, que encontrariais injusta la maldicion que sobre mí pesa, y poco toco el aire de la creacion para dar á mi pecho el aliento que necesita.

—Conque, ¿solo me hicísteis conocer á don Juan para salvarle? dijo Dorotea, que no podia apartarse de su pensamiento dominante, de su pensamiento desesperado.

—Si, ¡por Dios vivo! contestó Quevedo.

—Pues habeis hecho bien, muy bien, y os pido perdon por el odio que os he tenido, por las injurias que me habeis escuchado.

—¡Bah! no podeis injuriarme.

—Y decidme: ¿habeis venido tambien, á que yo siga salvando á don Juan?

—Si.

—¿Y de qué modo puede ser eso?

—Impidiendo que me prendan. Porque preso yo, don Juan queda sin consejo, sin ayuda.

—No os prenderán ó he de poder poco.

—Se necesita ademas...

—¡Qué..!

—Que engañeis á vuestro... ¿qué sé yo lo que es vuestro el tio Manolillo?

—¡Ah! ¡infeliz!

— Es necesario que le digais, que le hagais creer que nada os importa ya don Juan.

— Os comprendo, os comprendo, descuidad.

En aquel momento sonó el ruido de una carroza y Casilda entró azorada.

—¡El duque de Lerma! esclamó.

—El duque... llevaos al momento esta mesa... y vos... vos don Francisco, escondeos aquí.

—¡Cómo! ¿en vuestro dormitorio?

—Si, si, desde ahí podreis oir y ver. Desde ahí podreis juzgar si soy digna de que me aprecieis.

Don Francisco entró.

Poco despues, quitada ya de en medio la mesa, sentada en el hueco de un balcon Dorotea estudiando su papel de reina Moraima, entró el duque de Lerma.

CAPITULO LV.

En que el autor retrocede para contar lo que no ha contado antes.

Cuando entró en su casa doña Juana de Velasco, duquesa de Gandia de vuelta de palacio, se encerró diciendo, á su dama de confianza:

—Cuando vengan don Juan Tellez Giron y su esposa doña Clara Soldevilla, introducidlos y avisadme.

A seguida se sentó en un sillon, y quedó inmóvil, pálida, aterrada, muda como una estátua.

Nada tenia esto de estraño: la caia de repente encima el hijo involuntario que le habia procurado una fatal casualidad, una fatal sorpresa, un sobrecogimiento funesto, una inaudita audacia de las mocedades del duque de Osuna.

Nunca una mujer se habia visto en tales y tan originalísimas circunstancias.

Es el caso que la duquesa, si tenia mucho porque desesperarse, no tenia nada porque acusarse, porque avergonzarse.

Ella no tenia la culpa absolutamente de aquello; ella no lo habia autorizado, es mas; ella, hasta que vió el aderezo funesto sobre doña Clara y supo que el esposo de doña Clara era un Giron, no sabia, no podia imaginarse, quien era el padre de aquel hijo completamente fortuito.

Entonces comprendió doña Juana, la razon de ciertas sonrisas intencionadas que el duque de Osuna se habia permitido hablando en la córte con ella, despues de la aventura de que habia sido oculto testigo en el Es-

corial el tio Manolillo. Ella irritada por el recuerdo de aquella enormidad, sin atreverse á mirar á nadie frente á frente, temerosa de que el hombre á quién mirase fuese el autor de su vergüenza, con el duque de Osuna habia sido con el único que habia hablado sin empacho.

En verdad que el duque de Osuna se habia permitido enamorarla aun antes de ser viuda del duque de Gandia, pero el noble don Pedro á pesar de que era jóven é impetuoso, sabia enamorar á doña Juana, sin que esta se ofendiese, de la manera mas delicada, mas discreta, mas respetuosa, mas peligrosa, sin embargo, para la mujer objeto de aquellos amores que nadie conocia, mas que el duque que los alentaba, y doña Juana causa de ellos.

Y luego estos amores tenian disculpa.

El duque de Osuna no habia conocido á doña Juana hasta que despues de casada la presentó en la córte su marido, y á parte de esto, doña Juana era una mujer sumamente peligrosa.

A una hermosura delicada, espiritual, resultado de una maravillosa combinacion de encantos, unia un candor y una pureza de ángel: se habia casado crecida, mas que crecida, á los treinta años, veinticuatro de los cuales los habia pasado en un convento, y era sin embargo una niña y tenia en su mirada, en su sonrisa, en su espresion una fuerza imponderable de sentimiento: dormia bajo su inesperiencia, bajo su timidez, una alma vivamente impresionable, ardiente, apasionada, por lo dulce y por lo bello, pero sin aspiraciones, sin comprender su deseo, sin irritarle.

El duque de Gandia, su esposo, era un señor antiguo, provecto, que se acordaba del emperador continuamente, que no sabia hablar mas que del emperador, y que miraba con desprecio á los que no habian nacido en aquella generacion de gigantes, en aquella época de gloria, en aquel periodo de embriaguez de las Españas.

Soltero siempre, porque no habia sentido nunca el amor, porque su alma de plomo, por decirlo asi, no podia sentirle, se casó cuando era viejo con el único objeto de tener un hijo á quien trasmitir su nombre, un hijo que impidiese que sus estados pasaran á sus parientes bilaterales, á quienes aborrecia lo mas cordialmente posible: entonces se encaminó á la casa del conde de Haro, condestable de Castilla, hombre viejo, tan duro y tan escéntrico como él, y que por una casualidad se habia casado jóven y le dijo:

—Amigo don Iñigo: los medicos me dicen que cuando mas, cuando mas puedo prometerme cuatro años de vida.

—Los médicos quieren robaros, amigo don Francisco, contestó el conde.

—Podrá ser; pero sucede endiabladamente que yo pienso lo mismo que ellos: me siento mal, muy mal: me pesa cada pié un quintal, y cuando quiero andar derecho como *in illo tempore*, me da un crugido el espinazo y el dolor me hace volver á encorbarme un tanto: el peso del arnés y del yelmo son malos, muy malos, amigo mio, bien lo sabeis, porque vos como yo los habeis llevado mucho tiempo: ademas, este respirar dificultoso, este hervor en el pecho: yo estoy muy malo y voy á hacer cuanto antes testamento.

—¿Y venís á preguntarme sin duda, á cuál de vuestros parientes...?

—¿Qué? ni por pienso: si me heredan será porque yo no pueda hacer otra cosa.

—Pues no veo el medio de evitar... ¿teneis algun hijo incógnito...?

—¡Quiá! no: yo no he amado nunca: no comprendo para que se quiere una mujer, como no sea para hacerla mujer madre; como una cosa; para un objeto de utilidad; por eso nunca me he acercado á una mujer, como no haya sido á las reinas que he conocido, y eso en los dias de córte para besarlas la mano.

—Pues por mas que hago, no adivino la razon de que hayais venido á hablarme de vuestro testamento.

—Para hacer testamento á mi gusto, necesito tener un hijo, y vengo á que vos me deis ese hijo.

Púsose en pié de un salto el conde de Haro.

El duque de Gandia no se movió del sillon en que estaba sentado.

—Si, si señor, vengo á que me deis un hijo por medio de una de vuestras hijas.

—¡Ah! esclamó sentándose de nuevo el conde de Haro; eso es distinto: ahora lo comprendo: pero decidme, amigo don Francisco ¿estais seguro, es decir, teneis probabilidades de obtener hijos?

—Al menos los médicos me lo han asegurado.

—Bien: ¿y cuál de mis hijas quereis?

—La mas hermosa.

—La destino para monja, y sino ha profesado ya, es porque todavía no ha salido de ella: no quiero violentarla.

—¿Pero tiene hecho algun voto?

—No.

—¿Sabe ella vuestra voluntad?

—No, porque yo quiero que haga la suya.

—¿Habeis hecho alguna promesa á Dios?

—Tampoco, porque no puedo prometer lo que otro ha de cumplir, y mucho mas cuando ese otro es hija mia.

—¿De suerte, que solo teneis un ligero deseo de que sea monja?

—Es tan candorosa, tan sencilla mi hija doña Juana...

—Pues mejor, mucho mejor: yo solo sabia, porque lo habia oido á muchas personas tratándose de vuestra familia, que teníais una hija que era un portento... como para mí la mujer es completamente inútil, sino para madrear, ni reparé en ello, ni sentí absolutamente deseo por conocer á ese portento de vuestra hija: pero cuando empezé á pensar en que yo debia tener un heredero, y para ello me era forzoso casarme, sin saber cómo se me vinieron á la memoria los elogios que á cerca de una de vuestras hijas habia oido.

—Pero si la mujer es para vos completamente indiferente, si solo os casais mecánicamente, dijo el conde de Haro que era un tanto socarron: casaos con la menor de mis hijas: tiene veinte años, es fea, fuertemente fea de cara, pero robusta, llena de vida, y á propósito, decididamente á propósito para la maternidad. Me quitarías de encima un cuidado, porque aunque la he dotado mejorándola, para contrapesar con dinero lo que la falta de hermosura, no hay un cristiano que cargue con ella: vos es distinto; á vos para quién no existen los encantos de la mujer ¿qué mas os dá?

—Amigo don Iñigo, yo he sido muy buen mozo.

—Ya lo sé.

—Y quiero que mi hijo ó mi hija lo sean.

—Es muy justo.

—Porque á mas de la nobleza de la sangre, es conveniente tener la nobleza natural de la hermosura.

—Sin duda.

—Ahora bien: un chiquillo se parece á su padre ó á su madre ó á los dos: si se parece el que yo tenga de una hija vuestra á mí cuando tenia treinta años, estoy satisfecho, pero si le da la gana de parecerse á su madre... es necesario que sea hermosa.

—Esto se parece á la manera como se hacen los caballos de la cartuja de Jerez, dijo el conde de Haro, á quien convenia una alianza con el duque de Gandia, y á quien la tiesa estravagancia de este hacia feliz.

—En efecto quiero un heredero robusto y hermoso: por lo mismo

os pido esa hermosísima hija que teneis... que se quedará viuda pronto con un título ilustre y con cien mil ducados de renta.

—No hablemos de eso, dijo poniéndose sério el conde de Haro: mi hija llevará á vuestra casa en dote, las buenas tierras de un mayorazgo de hembra que posee, cuya renta sube á trescientos mil ducados.

—No hablemos de eso, dijo el duque de Gandia: yo no necesito mas que la hermosura y la nobleza de vuestra hija.

—Tiene treinta años.

—Mejor.

—Pues entonces... ¡Sanjurjo! ¡Sanjurjo!

El llamado era el secretario del conde de Haro.

—Poned una carta para la abadesa de las Descalzas reales, en que la direis, que entregue mi hija la señora doña Juana, al aya doña Guiomar: al momento, al momento, y que me perdone sino voy yo en persona porque el catarro no me deja.

Escribió Sanjurjo, firmó el conde y partió la carta, y los dos grandes quedaron departiendo y arreglando aquella alianza improvisada.

Porque es de advertir que los dos eran hombres de fibra y aficionados á ver realizados cuanto antes sus deseos.

Dos horas despues, entró de repente en la cámara, una jóven, una divinidad, vestida con un hábito, un velo y una toquilla de educanda y se detuvo al ir á arrojarse en los brazos del conde de Haro, al ver que habia con él otro respetable señor, que la miraba ni mas ni menos que como hubiese podido mirar á una yegua de raza, sin mover una pestaña.

Doña Juana se puso encarnada, hizo una profunda reverencia al duque de Gandia, y adelantó con menos apresuramiento hasta su padre, y se arrodilló y le besó la mano.

—¿Te han dicho que no volverás al convento, hija? la preguntó el conde.

—Si señor.

—¿Y te pesa?

—No señor.

—Dilo sin reserva, sin temor.

—Yo no tengo mas voluntad que la de mi buen padre.

—Se trata de que cambies de estado.

—Muy bien, señor.

El conde besó á su hija en la frente, la levantó y la sentó junto á sí. Doña Juana permaneció con los ojos bajos.

—Este caballero, es mi antiguo amigo, mi hermano de armas don Francisco de Borja, duque de Gandia de quien me has oido hablar tantas veces con nuestra parienta la abadesa de las Descalzas.

Doña Juana levantó la cabeza, miró de una manera serena á don Francisco, que no habia cesado de examinarla, y le saludó de nuevo.

—Este caballero, añadió el conde, te pide por esposa.

Pasó por los ojos de doña Juana algo doloroso, pero tan recatado, tan fugitivo, que ni su padre ni el duque lo notaron.

Pero no pudieron dejar de notar el vivísimo color que cubrió las hermosas mejillas de la jóven.

—¿Qué respondeis á eso? dijo el conde.

—Que vuestra voluntad es la mia, padre y señor, contestó doña Juana.

No se habló mas del asunto, porque no era necesario hablar mas.

Dióse parte á deudos y amigos de estas bodas, encargáronse galas á Venecia, se renovaron muebles, y se aumentó la servidumbre de la casa del duque de Gandia, con lo que hacia muchísimos años desde la muerte de su madre no habia tenido, esto es: con dueñas y doncellas, y dos meses despues de la peticion, doña Juana de Velasco fue duquesa de Gandia.

Entonces y solo entonces la conoció don Pedro Giron.

Conocerla y codiciarla, fue cosa de un momento.

Codiciarla y poner los medios para obtenerla, fue subsiguiente.

Pero el terrible duque de Osuna encontró una barrera insuperable á sus deseos, en las costumbres, en el candor, en la pureza de doña Juana.

Cuando el duque aprovechando una ocasion, la decia amores, doña Juana se callaba, se ponia encendida y buscaba en la conversacion general una defensa contra las solicitudes del duque.

Si este la encontraba sola en su casa, doña Juana llamaba inmediatamente á sus doncellas.

Si el duque la seguia á la iglesia, la duquesa no levantaba la vista de su libro de devociones.

Llegó á contraer un empeño formidable el duque de Osuna.

Y lo que era peor, un amor intenso.

Porque doña Juana de Velasco lo merecia todo.

Irritábale aquella resistencia, porque él estaba acostumbrado á llegar, ver y vencer como César.

La conducta fria, tiesa, sostenida de doña Juana, le sacaba de quicio.

Y sin embargo, doña Juana le amaba con toda su alma; desde el momento en que le vió guardó su recuerdo, reposó en él, acabó en fin por enamorarse, pero pura, y digna, y acostumbrada á las rígidas prácticas del convento, guardó su amor dentro de su alma, le combatió, le dominó sino le venció, y ni el mismo hombre amado pudo apercibirse de él, ni aun el confesor tuvo noticia alguna.

Porque decia doña Juana:

—La honra de un esposo es un depósito tan sagrado, que no debe menoscabarse, ni aun delante del confesor.

La duquesa se confesaba directamente con Dios, y le pedia fuerzas para resistir al duque que no cesaba en su porfía.

Y Dios se las daba.

Y cuenta que junto á doña Juana no habia nada estraño que concurriese á defenderla.

El duque de Gandia, rara vez, y aun asi por pocos momentos, y tratándola ceremoniosamente entraba en sus habitaciones.

No era un marido, ni mucho menos un amante, ni siquiera un amigo.

Doña Juana para el duque de Gandia, no era mas que un medio.

Y como aquel medio habia respondido admirablemente á su intento puesto que al poco tiempo de casada, los médicos declararon que la duquesa se encontraba en cinta, el duque logrado su deseo, se fué á sus posesiones de Andalucía á pasar el invierno, y dejó en completa libertad y en absoluta posesion de su casa á su esposa.

Esto tenia sus peligros que no se ocultaban á la duquesa.

Don Pedro Tellez Giron no era un amante vulgar.

Irritado como se encontraba por la resistencia de doña Juana, debia poner en juego todos sus recursos.

Doña Juana, que era sencilla, pero no simple; modesta y dulce, pero no cobarde; callada y circunspecta, pero no torpe, se entró un dia sola en el aposento del duque su esposo, tomó un pistolete y le llevó á su aposento, despues de cerciorarse de que estaba cargado.

Doña Juana se habia puesto en lo peor.

Y como todo el que se pone en lo peor, habia acertado.

El duque, no encontrando ya persuacion ni insistencia que bastasen para ablandar á aquella roca, apeló al oro, y corrompió, enriqueciéndola, á la servidumbre particular de la duquesa.

Esta oyó una noche rechinar levemente una puerta.

Cuando el duque, que era el que habia hecho rechinar aquella puer-

ta, entró en el aposento de doña Juana, se encontró á esta vestida de blanco de los piés á la cabeza, mas hermosa que nunca, pero terrible.

Doña Juana tenia un pistolete amartillado en la mano, y apuntaba con él al pecho del duque, á dos pasos de distancia.

—¡Bravo recibimiento me haceis! dijo el duque, á quien de antiguo no imponia espanto el peligro: contaba con resistencia, porque os conozco bien, pero no creia que me presentaseis batalla.

—Sino os vais, os mato, dijo la duquesa con la voz mas serena y mas sonora del mundo.

—Habeis de ser mia, dijo el duque, y se fué.

La duquesa desarmó el pistolete, y se acostó como si tal cosa.

Al dia siguiente, las dueñas y las doncellas del cuarto de la duquesa, fueron despedidas por el mayordomo.

—¿Pero por qué se nos despide? dijo una doncella que habia sido envuelta sin culpa en el naufragio universal.

—No lo sé señoras, mias: dijo el mayordomo: no sé mas, sino que su escelencia acaba de decirme que despida á sus dueñas y á sus doncellas.

Y el mayordomo decia la verdad.

No sabia absolutamente nada.

El duque se dió á los diablos, y tomó el prudente partido de esperar.

Mientras esperaba, la duquesa dió á luz un hijo varon.

El duque de Gandia no pudo saber si su heredero, para el cual habia escogido con tanto cuidado una hermosa madre, era feo ó hermoso.

Con tanta precipitacion quiso hacer su viaje el duque de Gandia, que le dió un causon en el camino, y se murió en una venta sin otro consuelo, sino que tambien en un meson se murió el gran rey don Fernando el Católico.

Tragéronle difunto á su panteon de Madrid, y doña Juana se puso el luto sin alegria, pero sin sentimiento.

El que se alegró poco cristianamente, fue el duque de Osuna.

Muerto el obstáculo mas grave, el duque creyó que los demás obstáculos serian fáciles de vencer.

Dejó pasar algun tiempo, y un dia, al fin, completamente vestido de negro, y de la manera mas sencilla, se hizo anunciar á la duquesa.

Doña Juana le recibió en audiencia particular: solo que tenia vestido de negro tambien, sobre sus rodillas á su hijo.

Con el luto estaba la duquesa encantadora.



¡BRAVO RECIBIMIENTO ME HACEIS! DIJO EL DUQUE.

Don Pedro Giron que era violento, se sentó temblando de pasion y de deseo junto á ella.

—Os amo, dijo el duque de Osuna, y os declaro que soy tan vuestro que no soy mio. Acoged propicia mi amor, que os juro que es tal, que si se ve despreciado, dará lugar á alguna desgracia.

—Señor duque, dijo tranquilamente doña Juana: mirad que os oye el duque de Gandia.

Y señaló á su pequeño hijo.

—Pero sois libre...

—No por cierto, porque aun vive mi honor.

—¿Y no confiais en el mio?

—El vuestro está tan enfermo, que dudo mucho que no muera sino le curais á tiempo.

—¿Qué decís, señora?

—Que si yo soy libre, vos no lo sois.

—¡Ah!

—Si: doña Catalina, vuestra esposa, tiene en mí una buena guardadora por lo que toca de sus derechos.

—¿De modo que si yo fuera libre...?

—Me esclavizaria con vos.

—¿Me amais?...

—Me casé sin amor, y con vos, si ser pudiera, me casaria por tener un noble apoyo. Pero como esto no puede ser, adios señor duque, y perdonadme sino estoy mas tiempo aquí.

Y la duquesa se levantó, saludó profundamente á don Pedro, y salió con su hijo en los brazos.

El duque estuvo á punto de hacer un desacierto, pero, como un desacierto hubiera producido un escándalo, y el duque de Osuna era demasiado principal caballero para atreverse á un escándalo, se contuvo, salió de la casa, y despues de haber dado vueltas á cien proyectos, y de haberlos abandonado por inaceptables, se redujo al último recurso de todo el que desea un casi imposible: á esperar.

Y no sabemos cuanto tiempo hubiera esperado, si el mar, los vientos y los ingleses, no hubieran vencido á la *Invencible*; si por esto, doña Juana que era del cuarto de la infanta doña Catalina no hubiera ido á dar á su señora la nueva del fracaso, y no se hubiera encontrado sola en una galería oscura, con un hombre que tuvo buen cuidado de matar la luz antes de que pudiera reconocerle.

Puede fácilmente suponerse el terrible efecto, la honda impresion, la desesperacion que causaria en la duquesa aquel lance tan serio, tan grave, de tan terrible trascendencia.

¡Y luego no saber el autor de aquel desacato!

Doña Juana, estuvo como ya hemos dicho, muchos dias avergonzada, sin atreverse á mirar frente á frente á ningun hombre de los de la servidumbre interior que habian estado de servicio la noche de su mala aventura: doña Juana se habia informado de quiénes eran aquellos hombres, con gran reserva se entiende; pero el duque de Osuna no habia estado aquella noche de servicio, ni en el Escorial por aquel tiempo.

Esto consistia en que el duque acababa de llegar á la ligera desde Madrid al Escorial, cuando se tropezó en la galería oscura con la duquesa, y despues de su crímen, para no dar sospechas, se habia vuelto á Madrid sin ver al rey.

De modo que la duquesa no podia sospechar siquiera que el duque de Osuna hubiese sido el reo de aquella enormidad.

Por lo tanto, era el único delante el cual se presentaba serena, y el duque era el único que se sonreia dolorosamente delante de la duquesa.

Pasó algun tiempo y la duquesa se heló de espanto: conoció que era madre. ¡Madre de un bastardo, sin culpa, sin mas culpa que la de un aturdimiento hijo de su misma pureza! ¡madre y viuda!

¡Y sin conocer al padre de su hijo!

Confesamos que la situcion de doña Juana era escéntrica, escepcional, terrible.

Llegó un momento en que la duquesa tuvo miedo de que conociesen su estado, y se retiró de la córte, se encerró en su casa.

El duque de Osuna al no ver en la córte á la luz de los ojos, quiso verla en el hogar doméstico.

Pero encontró cerrada la puerta del hogar de doña Juana.

Esperó, pero pasó algun tiempo, y doña Juana no se dió á luz.

Entonces el duque tuvo una sospecha: la de si el retiro de doña Juana tendria por objeto ocultar un estado embarazoso.

Bajo la influencia de este pensamiento, don Pedro se encerró en su camarin mas reservado, tomó unas tijeras y en un libro, y provisto de una escudilla de plata con engrudo, se puso á cortar, á aislar á descomponer una por una las letras de imprenta, y luego pegándolas con el engrudo sobre un papel, compuso la siguiente carta:

«Juana de mi alma: corazon mio: yo soy el dichoso y el desdichado

que te encontró en una galería del Escorial, una noche de que es imposible que te olvides. Como has desaparecido de la córte, como te has encerrado, temo que sea una verdad dolorosa lo que sospecho. Si la deshonra te amenaza confía en mí; yo te salvaré. Pero contestame. Mañana á la noche estaré despues de las doce á los piés de tus ventanas que dan á la calle escusada.»

Tanto tardó el duque en componer esta carta que ya era de noche cuando concluyó.

Vistióse de negro, envolvióse en una capa parda, cubrióse con un ancho sombrero, y se fué en derechura con su carta cerrada, á casa de la duquesa de Gandia, ó mas bien á la calle donde la casa estaba situada.

Esperó en un zaguan y cuando salió un lacayo, le siguió y le dijo, fingiendo la voz de tal modo que no podia ser reconocido:

—Yo soy tal persona, que puedo hacerte mucho daño si te niegas á servirme, y rico si me sirves bien.

Y diciendo esto, puso en las manos del lacayo algunos doblones de á ocho.

—¿Y que puedo hacer, señor? dijo el lacayo vencido completamente.

—Dime: ¿Esperanza la doncella de la duquesa, tiene amante?

—Si señor, dijo el lacayo, y está para casarse.

—¡Malo! dijo para sí el duque: ¿y con quién se casa Esperanza?

—¿Con quién ha de ser sino con el señor Cosme Prieto...?

¿Quién es ese Prieto?

—El ayuda de cámara del duque difunto.

—¡Ah! ¿un vejete...?

—Si señor.

—¿Y con ese se casa doña Esperanza?

—¿Qué quereis? tanto robó á su escelencia que es muy rico.

—¡Ya! pues mira: vas á buscar ahora mismo á Esperanza.

—Muy bien.

—La darás esta sortija y la dirás: el caballero que os envia como señal esta sortija, espera hablaros un momento por una de las ventanas que dan á la callejuela escusada.

—Muy bien, señor.

—Pero al instante, al instante.

—En el momento en que vuelva de avisar al médico de la señora duquesa.

Dióle un vuelco el corazon al duque, pero temeroso de comprometer

á doña Juana, no preguntó ni una sola palabra mas al lacayo, y recomendándole que concluyera pronto, se fué á esperar á la calleja.

Pasó mas de una hora.

Al fin el duque sintió abrir una de las maderas de una reja y luego un ligero *siseo* de mujer.

El duque se acercó á la reja, y con la voz siempre fingida dijo:

—¿Sois vos, Esperanza?

—Yo soy, caballero, contestó de adentro una voz de mujer que, aunque fresca y sonora, no tenia nada de tímida; ¿y vos sois quién me ha enviado un recado con el lacayo Rodriguez?

—Si, si señora.

—¿Y qué me habeis enviado?

—Un diamante que vale cien doblones.

—¿Eso habrá sido por algo?

—Indudablemente.

—¿Me conoceis?

—Si, sé que sois muy hermosa. La hembra mejor que ha venido de Asturias.

—Muchas gracias caballero: ¿y vos quién sois?

—¡Yo...! ¿qué os importa?

—¡Vaya!

—Soy jóven; no tengo ninguna enfermedad contagiosa, ni me huele el aliento.

—¿Y por qué fingís la voz?

—Porque no quiero que me conozcais.

—¿Os conozco yo?

—No: pero no quiero que me podais conocer mañana.

—¿Pero...?

—Os amo.

—¿Qué me amais? Si sois un caballero principal, no querreis mas que burlaros de mí.

—Vamos claros. Tú te casas con repugnancia con el viejo Cosme Prieto.

—¡Ah! si señor: con mucha repugnancia.

—Tú eres muy jóven y puedes esperar.

—Como que no tengo mas que diez y ocho años.

—Pero apuesto cualquier cosa á que si Prieto se casa contigo, es porque no ha podido ser tu amante.

—¡Bah! bien lo ha querido y me ha ofrecido dinero.

—Pero poco; ¿no es verdad?

—Es muy mísero.

—Vamos, yo soy muy rico y muy generoso: ¿quieres ser mi querida?

—¡Señor!

—No tendrás que casarte contra tu voluntad: y mucho menos con ese escuerzo de Cosme Prieto.

—¿Pero qué dirán mis padres...?

—Vamos, toma esta buena bolsa de doblones de oro.

—¡Señor!

—¿No la quieres?

—Si, si señor.

—Pues entonces tómala.

Salió una mano por la reja, y tomó la bolsa.

—Ahora abreme, dijo don Pedro.

—¡Ah! ¡no! ¡no señor! esclamó vivamente Esperanza.

—¡Ya! ¡ya te entiendo! ¿te parecen poco el diamante y el bolso, ó temes que pueden ser falsos?

—No, no señor: es que soy una doncella honrada.

—Oye, acaban de dar las ánimas, desde aquí á las doce de la noche van cuatro horas: ¿puedes tú bajar á las doce á esta reja?

—¡Por esta reja! ahora su escelencia está en el oratorio, y he podido bajar; pero á las doce su escelencia estará en su dormitorio, y el dormitorio de su escelencia da á un corredor, y este corredor á unas escaleras que están aquí orilla.

—¡Ah! ¿con qué tu señora se ha venido á lo último de su casa?

—Vive muy retirada.

—¿Y no te atreves á venir por esta reja?

—No senor.

—¿Pues por cuál?

—Por la última, seis rejas mas allá.

—Pues vendré á las doce.

—Venid: pero no os abriré el postigo: bajaré á hablar.

—Bien, muy bien: me basta.

—Pues quedaos con Dios, que temo que mi señora me llame.

—Ve con Dios y no te olvides de mi cita.

—No lo olvidaré: á las doce: por la última reja del lado de allá: esta es la primera.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

La reja se cerró.

—¡Con qué, junto á esta reja, hay una escalera que da á un corredor al que sale una puerta del aposento de mi ingrata amante! es necesario pensar en ello... es necesario que ya que por una locura, por una pasion violenta la he comprometido, la salve: y que la salve sin que nadie medie: con mi ingenio, con mi dinero, y con la ayuda de Dios... si, si: la honra de doña Juana ha de quedar intacta. Pero observemos bien esta reja que no se me despinte: encima hay otra reja con celosias. Otra reja volada: no se me confundirá. Ademas es la primera.

Y el duque se separó de la reja, tomó el camino de su casa y se entró en ella por un postigo sin ser sentido de nadie.

Abrió un pequeño guardajoyas que tenia en su aposento para su uso diario, y tomó una rica cadena de diamantes y la guardó en su escarcela.

Entonces se puso á trabajar de nuevo: esto es, á componer con letras pegadas bajo lo que habia compuesto antes en la carta que habia llevado consigo lo siguiente:

«Me he procurado un medio de penetrar hasta la puerta de vuestro dormitorio, sin que nadie sepa que por vos he entrado en la casa: mañana habrá desaparecido de vuestra servidumbre la doncella Esperanza: no la busqueis porque no la encontrareis: no temais nada por vuestra honra porque esa Esperanza cree que estoy enamorado de ella y que solo por ella voy. Sed prudente por vos misma, que ya podremos comunicarnos, sin que os comprometais.»

Eran cerca de las doce, cuando el duque de Osuna acabó de componer las anteriores líneas. Volvió á salir secretamente por el postigo, llegó á la calle adonde daban las rejas posteriores de la casa de la duquesa, reconoció aquella por donde habia hablado con Esperanza cuatro horas antes, la dejó atrás y se detuvo junto á la última y esperó.

Al dar las doce, el duque sintió pasos indecisos de una mujer en el interior; acercarse aquella mujer á la reja, detenerse un momento como irresoluta, y abrir por fin las maderas.

—¿Sois vos? dijo con voz trémula Esperanza.

—Yo soy, contestó con la voz siempre desfigurada el duque.

—Pero ¿por qué si me quereis os ocultais?

—Ya me conocerás. Entre tanto toma esta cadena.

—¡Una cadena!

—Que vale trescientos doblones.

—¡Ah! ¡trescientos doblones! dijo Esperanza tomando con ansia la cadena.

—Ya conocerás que quién tanto te da, debe amarte mucho.

—¡Oh! ¡y qué buena suerte la mia, señor!

—No es la mia tan buena.

—¿Por qué? yo... os quiero ya... os quiero bien.

—No lo dudo. Pero me parece que no me querrás tanto que me recibas esta noche.

—¡Ah señor! no he tenido tiempo de buscar la llave del postigo.

—¿Pero la tendrás mañana?

—Sí, si señor.

—Y dime ¿nos podrán sorprender por esta parte?

—No, no señor: por aquí no viene nadie: ese postigo no se abre nunca: por lo mismo es necesario buscar la llave.

—Cuento conque mañana...

—¡Oh! si, si señor.

—Pues entonces hasta mañana despues de las doce.

—Hasta mañana.

El duque se fué y la doncella se subió á su aposento, con el corazon latiéndola de impaciencia por ver el regalo que la habia dado su estraño amante.

Cuando tuvo luz, cuando estuvo sola, miró estremecida la cadena y ahogó un grito de asombro.

—¡Dice que vale trescientos doblones! esclamó: y bien lo creo, esto es muy bueno, muy hermoso: ¿pero por qué me da tanto ese caballero? ¿si serán falsas estas piedras? yo soy bonita es verdad, (y la muchacha no mentia) pero nadie me ha ofrecido tanto: cuando á una le dan para vivir toda su vida, cuando puede ser rica... y luego... debe ser hermoso... yo le veia los ojos en la sombra y me abrasaban... como que creo que le quiero... pero si fueran falsas estas piedras...

Esperanza no durmió en toda la noche: al dia siguiente se levantó muy temprano, y se fué á una platería.

—Un caballero que me solicita, dijo al platero, me ha dado estas joyas: yo he temido que sean falsas.

—¿Falsas ¡eh! señora? si quereis ahora mismo por ellas docientos doblones...

—¿De verás?

—Tan de veras como que os los doy.

—No, no las vendo; quedaos con Dios.

Y Esperanza volvió loca de alegría á su casa.

Entre tanto el duque de Osuna decia á su mayordomo:

—Oye: ¿no tengo yo ninguna casa en Madrid desalquilada?

—Si, si señor: en la calle de la Palma alta tiene vuecencia una.

Hazla amueblar, y luego tráeme la llave y las señas de la casa.

—Muy bien, señor.

A la noche á las doce en punto, el duque de Osuna llegó á la calleja adonde daba la parte posterior de la casa de la duquesa de Gandia.

Reconoció la primera reja por donde habia hablado la noche anterior con Esperanza; vió sobre ella el mirador con celosías, y arrancándose una cinta del traje, la ató en un hierro; despues llegó á la última reja y esperó.

Pero tuvo que esperar muy poco, porque Esperanza que ya le esperaba, abrió al momento el postigo de la reja.

—¡Ah! ¡buenas noches! dijo la jóven; os esperaba con impaciencia.

—¿Y me esperabas decidida á todo, luz de mi vida? dijo el duque fingiendo siempre la voz y haciendo una violencia para enamorar á la doncella.

—Si, si señor: pero vos no pensareis mal de mí, dijo con cierto embarazo Esperanza.

—No, de ningun modo, dijo con impaciencia el duque: ¿tienes la llave?

—Si señor: trabajo me ha costado quitarla del manojo del conserje... pero ya está aquí.

—Concluyamos entonces...

—¡Ah señor!... si os sintiesen...

—¿Decididamente, consientes ó no en abrirme?

—¡Ah! ¡si señor...! pero si me engañáseis...

—Mejor suerte has de tener que la que esperas...

—Pues bien... si... si señor... id por el postigo ¡Dios mio!

El duque de Osuna se acercó al postigo latiéndole el corazon.

Esperanza abrió.

Cuando hubo abierto, el duque la asió una mano y tiró de ella.

—¿Qué haceis? dijo asustada Esperanza.

—Yo no me atrevo á entrar, dijo el duque.

—¿Y entonces para que queriais que abriese?

—Para que salieras tú...

—¡Pero Dios mio...! yo no os conozco.

—¿Y qué te importa...?

—Si, si, dijo con energía Esperanza: venis encubierto, podeis ser un ladron, haberme dado esas joyas y ese dinero para engañarme.

—Y tiene razon la muchacha, dijo para sí el duque de Osuna, pero sin soltarla.

Esperanza estaba fuertemente asida al marco de la puerta y pugnaba por desasirse del duque.

—Sino me soltais, grito.

El duque se decidió á darse á conocer.

—Y si gritas y vienen y yo no te suelto te encontrarán con el duque de Osuna.

—¡El duque de Osuna! ¡Dios mio! ¡pero esto no puede ser! ¡no, no señor, vos me engañais! ¡el duque de Osuna como habia de reparar en mí!

—¿Conoces tú al duque de Osuna?

—Le he visto entrar muchas en casa.

—Y yo te he visto á tí muchas veces, y me he enamorado de tí.

—¡Oh Dios mio!

—Entra un tanto, que me voy á dar á conocer de tí.

Entró Esperanza, el duque con ella, cerró el postigo, hizo luz con la linterna que llevaba bajo la capa, se quitó el antifaz y dijó ver su semblante á Esperanza.

La muchacha se estremeció, palideció y cayó de rodillas.

—¡Ah señor! ¡perdonadme, perdonadme por haber dudado de vuecencia! esclamó.

—No me conocias, dijo el duque, y nada tiene de estraño. Pero abreviemos, estoy en ascuas... quiero verme fuera de aquí cuanto antes. ¿Te negarás ahora á seguirme?

—No, no señor... pero no tengo manto... me he dejado arriba en mi aposento, en mi cofre las joyas que vuecencia me dió...

—Nos espera una silla de manos muy cerca... en cuanto á las joyas no importa... vamos.

—¡Ah señor...! ¡voy á seguiros...! ¡no sé lo que me sucede! ¡pero no me perdais...!

El duque tiró de ella, llegó al postigo, tomó la llave de la parte de

adentro, la puso por la parte de afuera, cerró, guardó la llave y se alejó con Esperanza.

A la revuelta de la primera calle, el duque dió una palmada.

Acercaron una ancha silla de manos, y Esperanza y el duque entraron en ella.

La silla se puso inmediatamente en movimiento.

Esperanza guardaba silencio : el duque meditaba.

—Es necesario, necesario de todo punto, pensaba el duque, que yo sea por algun tiempo amante de esta muchacha, para que no pueda sospechar nada, para que crea que todo esto lo hago por ella.

Y acercándose á Esperanza la abrazó.

Esperanza en el primer movimiento instintivo luchó por desasirse del duque; pero luego se estuvo quieta.

—¡Diablo! dijo don Pedro: del mal el menos: es buena moza cuanto puede pedirse, y parece honrada y buena... ¿qué diablos de complicaciones..? una querida mas, y una pension mas... porque sino es mi querida, sospechará... podrá presumir, y es necesario que no presuma.

Y tras este pensamiento, el duque enamoró de tal modo á Esperanza, que esta dijo al fin para sus adentros:

—Le parezco hermosa, y como estos señores son tan ricos y tan orgullosos, ha querido tenerme sin que nadie lo sepa... pero esto durará poco... y me dejará enamorada. ¡Dios mio! ¡y qué hermoso, y qué galan es!

Y la muchacha suspiró.

—¿Por qué suspiras? la dijo el duque.

—Porque os amo, dijo Esperanza dejando caer la cabeza sobre el hombro del duque.

—Ya no me llamas escelencia, ni señor, dijo don Pedro, y esto me agrada.

—Por lo mismo lo hago, porque creo que estais anamorado de mí.

—Pero aun queda ese enojoso vos.

—¡Hablaros yo de tú, como á Cosme Prieto! es verdad que yo no soy como otras que vienen á servir de mi tierra. Yo soy noble.

—¡Ola!

—Mi padre tiene una torre con almenas en la Montaña, nuestro solar es muy antiguo: me llamo Esperanza de Figueroa.

—¡Ah! ¿Es eso cierto?

—Ya lo sabreis...

—¿Y servías?...

—Como doncella, á una grande de España: hay muchas damas sirviendo en la córte, hijas de nobles pobres; no se nos trata como se debia... ¡la necesidad!... somos siete hermanos... mi padre enfermo... mi madre anciana...

—¡Ah! ¡ah! pues mejor, mejor... yo enriqueceré á tus padres... yo no te abandonaré.

—¡Una sola palabra!

—¡Qué!

—¡Me amais de veras!

—Si, dijo el duque.

—Pues bien: el amor iguala... yo no sé por qué te amo tambien, duque mio.

—¡Diablo! esclamó para sí el duque, esta muchacha es mas hechicera, y tiene mas talento de lo que yo creia. Me va interesando ya... como puede interesarme una mujer que no es la duquesa de Gandia.

Abrióse en aquel momento la puerta de una casa, y entró la silla de manos.

Se detuvo, y los hombres que la conducian se alejaron, y volvió á cerrarse la puerta.

El duque abrió entonces la portezuela, salió, hizo luz con la linterna, y dió la mano á Esperanza.

—Estamos enteramente solos, dijo el duque: los que nos han traido no saben quién eres, ni de dónde sales.

Y esta era la verdad.

—¡Oh Dios mio y qué locura! dijo Esperanza, asiéndose encendida y trémula, al brazo que el duque la ofrecia.

Subieron unas escaleras.

Dos horas despues, el duque bajó por aquellas mismas escaleras, pálido y pensativo.

—Una mujer da otra mujer: el corazon por lleno que esté, siempre tiene un hueco para la hermosura, y para el corazon de otra mujer..... ¡diablo! ¡diablo! me parece que me hace pensar demasiado sériamente esta muchacha... será necesario enviarla cuanto antes y bien dotada á sus nobles padres, antes de que tengamos una historia, y acaso un remordimiento.

Y el noble don Pedro, abrió la puerta y salió.

Eran las tres de la mañana.

Dirigióse precipitadamente á la callejuela adonde le llamaba su amor, su verdadero amor, la pasion de su alma, que no podian apagar las pasageras lluvias de amorcillos que caian á cada paso, á causa de su carácter y de sus riquezas, sobre el duque.

Llegó, y antes de poner aquella llave que tan cara, y al mismo tiempo tan dulcemente habia comprado, se estremeció, dudó, retrocedió: temia que un accidente cualquiera, denunciase, descubriese, aquella su entrada surrepticia casa de la duquesa: pero el duque de Osuna, don Pedro, no retrocedia tan fácilmente: antes que dejar abandonada á si misma á la duquesa, arrostró por todo: confiaba en su nombre, en su fama: ya en su juventud, don Pedro Tellez Giron, era un magnífico grande, á quien se respetaba poco menos que al rey.

Una vez dentro, recorrió algunas habitaciones desamuebladas, húmedas, á lo largo del muro de la calle, y fué reconociendo las rejas, ocultando la luz de la linterna cada vez que abria una.

Al fin, dió con aquella, en uno de cuyos hierros habia puesto como seña una cinta: quitóla, cerró, dió luz de nuevo, y buscó la subida de la escalera, por la cual, segun le habia dicho Esperanza, se subia al corredor donde correspondia una puerta de escape del dormitorio de la duquesa.

Aquel corredor tenia dos puertas: una á cada estremo.

El duque en esta perplegidad se dirigió á la de la derecha, con paso silencioso como el de un ladron, oculta la luz de la linterna, con las manos por delante.

. . . . . .

En un ancho y magnífico dormitorio, en un no menos ancho y magnífico lecho dormia, mejor dicho, estaba acostada la hermosa duquesa de Gandia.

Desvelábala el cuidado.

La espantaba el dia en que no pudiendo ocultar mas su estado, la fuese de todo punto indispensable confiar á alguien su secreto.

¿Y cómo hacer creer á nadie la singular manera como habia acontecido aquel terrible compromiso?

Doña Juana que era virtuosa y honrada, no podia menos de afligirse amargamente, y de llorar al verse sometida á aquella inaudita desgracia.

Pidió á Dios que hiciese un milagro para librarla de la deshonra, de una deshonra á que ella no habia dado lugar, sino siendo mujer; cuando

oyó dos golpes recatados, en la puerta de escape de la habitacion inmediata.

Doña Juana detuvo el aliento y escuchó de nuevo.

Pasó algun tiempo y los dos golpes se repitieron.

Pero á aquella puerta, condenada hacia mucho tiempo, y demasiado fuerte y bien cerrada para que pudiese libertarla de tener miedo, no podia llegar nadie como no fuese alguno de su servidumbre intima, que tuviese interés en decirla algo secretamente, sin pasar por las habitaciones donde dormian la dueña y las doncellas de servicio.

Doña Juana se levantó, se echó por si misma un traje y se acercó á la puerta, á la que llamaban por tercera vez.

—¿Quién llama? dijo en voz baja.

—Tomad lo que os doy por bajo de la puerta, y con ello mi corazon y mi alma hermosa señora, dijo una voz tan desfigurada, que la duquesa no pudo reconocer.

Al mismo tiempo sintió el roce de un papel por debajo de la puerta.

Bajóse la duquesa y tomó el papel.

Era la carta que habia compuesto para ella el duque de Osuna.

Se fué, latiéndola el corazon, á la luz, y leyó el doble contenido que ya conocen nuestros lectores.

Apenas le leyó rápidamente, cuando corrió á la puerta.

Necesitaba conocer al hombre audaz, causa del compromiso horrible en que se encontraba.

Pero aquella puerta estaba condenada, no tenia la llave, y la duquesa se vió reducida á tocar á ella, á llamar levemente la atencion de la persona que suponia al otro lado.

Pero nadie la contestó.

Volvió á llamar, y obtuvo por respuesta el mismo silencio.

Poco despues oyó allá desde el fondo de la calle, una voz intensa, dolorosa, que esclamó:

—¡Adios!

Doña Juana se precipitó á la reja, la abrió, miró á la calle, y vió á lo lejos en uno de sus estremos entre lo oscuro, un bulto que desaparecia.

Doña Juana permaneció un momento en la reja mirando de una manera ansiosa al lugar por donde el bulto habia desaparecido, como si hubiera querido atraerle, y luego se retiró, cerró lentamente las maderas, y se fué á la mesa, tomó su libro de devociones, cortó algunas hojas, y luego buscó unas tijeras y se puso á cortar letra por letra.

Cuando tuvo una gran cantidad, las fue clasificando en montoncitos por órden alfabético: como podria decir un cajista: distribuyéndolas, y cuando las tuvo distribuidas, reparó en que no tenia con que pegarlas sobre el papel.

—No importa, dijo: aprovecharé el tiempo: escribiré lo que he de copiar con esas letras.

La duquesa de Gandia se puso á escribir su original, es decir, lo que debia despues componer.

Y al escribirlo la infeliz lloraba.

Cuando estuvo concluida la carta, que no fue sino mucho despues del amanecer, porque la duquesa habia pensado mucho, habia rayado muchas palabras, que por la delicadísima índole del asunto, la habian parecido inconvenientes, resultó lo que sigue:

«Señor, que no puedo llamar de otro modo al que tiene por una casualidad desdichada mi honra y mi vida, que todo es uno, en sus manos; yo quiero creer que sois noble y generoso, y que será verdad que no me habreis comprometido valiéndoos para hacer llegar á mis manos la carta vuestra á que contesto, de la liviandad de una de mis doncellas, á quien yo creia por cierto mas honrada. Quiero creer, que ni me culpais por lo sucedido, ni habreis revelado ni revelareis á nadie, ni aun á vuestro confesor, lo que sin conocernos ha pasado entre nosotros. En efecto, señor: lo que temeis es una horrible realidad, soy madre: por el amor de Dios, señor, ya que lo sucedido no tiene remedio, á vuestro honor me entrego, de vos, que sois la causa de mis desdichas, espero la salvacion, y si me salvais, si nadie en el mundo mas que vos puede saber lo que me sucede, si queda secreto, yo os perdonaré. Entre tanto, señor, seais quien fuereis, noble ó plebeyo, necesito saber vuestro nombre, necesito conoceros, para no dudar, para no creer que todos los que me hablan conocen mi desdicha. Cuando recibais esta noche á las doce mi carta, entrad, entrad como habeis entrado hace poco, y hablaremos con la puerta de por medio, hablaremos y convendremos en lo que hayamos de convenir.— Adios, señor, la desdichada á quien conoceis, y que no os maldice, porque no sabe maldecir; que no os odia, porque no sabe odiar.»

Despues de escrita esta carta la duquesa, la guardó cuidadosamente, envolvió cada suerte de letras de las que habia cortado en su papel correspondiente y las guardó, cerró asimismo el libro de devociones, y se acostó.

Algunas horas despues, ya muy entrado el dia, cuando la despertaron, la dueña mas antigua la dijo toda azorada:

—¡Señora! ¡Esperanza de Figueroa ha desaparecido!

—¡Qué ha desaparecido Esperanza! esclamó la duquesa con tal asombro, tan ingénuo y tan natural, como si aquella hubiera sido la primera noticia.

—Si, si señora: desaparecido completamente.

—Habrá salido...

—Si señora: pero es el caso que se ha dejado su manto.

—Esperad, que ya volverá: cuando vuelva, la decís que la despido, y que Bustillos corra con lo necesario para enviársela á su padre, con una carta en que se diga por qué la vuelvo.

—Muy bien, señora.

—Haced que me traigan algo que sirva para pegar papel.

Trajeron á la duquesa almidon cocido.

—Retiraos, dijo la duquesa, cerrad la puerta, y que nadie entre bajo ningun pretesto sin que yo le llame.

—¿No almuerza la señora?

—No.

La dueña salió admirada.

La pobre duquesa, empleó todo el dia en componer su carta con las letras cortadas, pegándolas como habia hecho el duque de Osuna sobre un papel.

Guardó cuidadosamente lo que podia indicar su trabajo, quemó la carta del duque de Osuna, y el original de la suya, llamó y comió algo.

—¿Ha venido Esperanza, doña Agueda? dijo mientras comia la duquesa á la dueña que la habia dado la primera noticia de la desaparicion de la jóven.

—No, no señora, dijo la dueña, ni parece á pesar de que se han enviado algunos lacayos á buscarla. Parece que se la ha tragado la tierra. Será necesario dar parte á la justicia.

—No, no: respetemos á su pobre padre... ocultémosle su desgracia, dijo la duquesa: que nadie hable de ello... ya veremos lo que tenemos que hacer.

—Muy bien, señora.

—¿Ha dejado su cofre?

—Lo ha dejado todo.

—Pues bien : sacad ese cofre, que lo descerragen delante de vos, y que me lo traigan. Yo sola he de verlo.

—Muy bien, señora.

Poco despues la duquesa tenia en su habitacion el pequeño cofre de Esperanza, descerrajado.

Quedóse sola, y fue sacando la pequeña hacienda de la jóven.

Consistia en escasa ropa blanca, algunos abanicos, y otras joyuelas.

Pero en un rincon del cofre, la duquesa encontró un pequeño envoltorio : un envoltorio pesado.

Le abrió, y encontró quince doblones de oro de la cruz, una rica sortija, y una cadena de diamantes.

La duquesa lo adivinó todo.

—¡Oh! dijo profundamente : la ha deslumbrado, la ha engañado, se la ha llevado consigo para que no hable: ¿quién será este hombre que tan villanamente obró conmigo aquella noche funesta, y que con tanta hidalguia cuida de que nadie, ni el aire pueda sospechar de mí? ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡si fuera el rey..! dicen que el rey es muy dado á las mujeres, muy enamoradizo... pero el rey no se recataria tanto... no, no... ¿quién será, Dios mio? ¿quién será?

Y ni por sueños pasó por la imaginacion de la duquesa, que aquel hombre pudiera ser don Pedro Tellez Giron.

Tan imprudente le creia doña Juana, que á habérsela ocurrido aquel pensamiento, le hubiera desechado como absurdo.

Y eso que siempre tenia en la memoria al duque de Osuna porque le amaba.

Pero para ella sola, con un amor encerrado en el fondo de su alma.

La duquesa guardó el dinero y las dos alhajas, puso de nuevo en el cofre lo que de él habia sacado, y mandó que lo pusiesen entre sus cofres de uso diario.

Luego esperó con impaciencia á que diesen las doce de la noche.

Poco antes, ocultó la luz, se asomó á la reja y esperó.

Al dar las doce, se oyeron pasos en la calleja, apareció un bulto, y se detuvo debajo de la reja donde estaba asomada la duquesa.

Esta, temblando dejó caer la carta.

El bulto la recogió, y la dijo con la voz desfigurada :

—Mañana te contestaré, adorada mia: á las doce echa un cordon donde yo pueda poner mi carta.

Y cuando la duquesa, atropellando por todo iba á contestar, el bulto desapareció.

Doña Juana se entró despechada en su dormitorio, se acostó, pero no durmió.

A la noche siguiente, en punto de las doce, al entrar el duque de Osuna en la calle, al pararse bajo la reja, sintió abrir la del piso bajo.

—Caballero, quien quiera que seais, esclamó la duquesa de Gandia, que ella era: escuchadme en nombre de vuestro honor.

El duque sobresaltado guardó silencio por algunos segundos.

Luego desfigurando completamente la voz, contestó:

—¡Oh! ¡y qué imprudente eres, y á qué terrible prueba me sujetas!

—Habladme como querais, dijo la duquesa, yo no puedo evitarlo: soy vuestra esclava.

—Perdonad, ¡ah! perdonad, señora, dijo el duque... pero os amo tanto.....

—¿Y por qué siendo yo viuda, antes de llegar al punto á que habeis llegado?...

—¿No os he dicho mi amor... no es verdad? sois tan virtuosa, señora, tan insensible.....

—Soy lo que debo ser; pero no se trata de eso: ¿quién sois vos?

—Un hombre que os ama.

—¿Os conozco yo?

—No.

—¿Ni acudís á lugares donde yo pueda hablaros?

—No.

—¿Sois sin embargo rico?...

—Y noble: pero el ser rico y noble no supone que haya uno de entrar en los salones del rey.

—¡Ah! ¿si sois rico y noble, por qué no os casais conmigo?

—Porque no puedo.

—¿Sois casado?

—No.

—¿Pues si no sois casado...?

—Mi cabeza está sentenciada...

—¡Sentenciada! ¿por qué delito...?

—Por haber puesto mano á la espada contra el rey.

—¡Ah! ¿y sois noble?

—Porque soy noble: la misma noche en que fuisteis mia...

—¡Callad...! pero si es cierto... yo preguntaré...

—Nada sabreis, porque el rey y yo estábamos solos.

—¿Y no puede el rey perdonaros...?

—El rey me hará ahorcar el dia en que me coja...

—Sois cruel; sois miserable... habeis cometido conmigo un crímen inaudito y no lo quereis reparar.

—No puedo... pero nadie conocerá...

—Eso es imposible.

—Os juro que el secreto quedará únicamente entre los dos.

—¿Por qué no me hablais con vuestro acento natural?

—Si os hablo sin desfigurar la voz soy perdido.

—¿No cedereis?

—No.

—¡Que os castigue Dios!

—Bastante castigado estoy señora.

—¡Oh! ¡qué situacion tan horrible la mia! esclamó la duquesa.

—Horrible, si, muy horrible, esclamó el duque: horrible para los dos.

—Porque... porque vos habeis sido un infame, dijo la duquesa, que no pudo contenerse mas, llorando.

—Culpad á Dios que os ha hecho tan hermosa.

—Concluyamos, caballero, concluyamos, dijo la duquesa: os habeis burlado de mi... ya no tiene remedio: yo no me vengaré, yo no os maldeciré... pero Dios os castigará.

—Ya os he dicho que estoy harto castigado.

—¿Pero no os dais á conocer? os juro que no me quejaré, que me resignaré... pero vuestro nombre...

—No puedo... no debo... no lo diré...

—Yo debo conoceros puesto que con tal cuidado fingís la voz.

—No, no me conoceis. Pero veamos, señora, lo que hemos de hacer: lo que importa es salvar vuestro honor.

—¡Ah Dios mio! ¿y cómo?

—Nadie sabe por mi parte que yo os he escrito: para que mi carta llegue á vuestras manos ha sido preciso que yo engañe á una de vuestras doncellas.

—¡Esperanza! la habeis seducido, la habeis comprado...

—¡Cómo sabeis...!

—Sí, si por cierto... y os entrego el dinero y las alhajas que la disteis.

—Yo guardaré como preciosísimas estas alhajas y estas monedas que han estado en vuestro seno y que guardan su dulce calor, dijo don Pedro, tomando aquellos objetos que le daba la duquesa, y estrechando de paso una de sus manos que la duquesa retiró vivamente.

—¡Ah! esclamó con indignacion: ¡no os basta el haberme perdido sino que aun me seguís insultando!

—¡Perdonad, señora, pero os amo tanto!

—¿Y desde cuando me amaís...?

—Desde la noche en que...

—De modo que cuando me encontrasteis, por mi mala ventura...

—Me deslumbrásteis, señora; yo no os conocia, os ví... y...

—Fuísteis un infame.

—Teneis razon; pero no fuí yo... fue un impulso superior á mis fuerzas... no hablemos mas de eso...

—Pero en la situacion en que me encuentro...

—Os salvaré de ella...

—Alguien habrá de saber...

—Dios que lo sabe todo, vos y yo.

—¿Y qué pensais hacer? decidme.

—Por el momento alejar á Esperanza de Madrid. Para eso necesito irme con ella, estar á su lado algun tiempo.

—¡Ah!

—Un mes á lo menos. Hoy estamos á primero de abril; el primero de marzo á las doce de la noche en punto, estaré en esta reja. Adios.

—¿Os vais?

—Sí...

—Y si yo os dijese que... que os amo... dijo con gran dificultad la duquesa.

—Yo sé que no me amaís; yo sé que mentís... perdonadme, pero esta es la verdad; que mentís para arrancarme mi nombre; vos no me amais.

—No... no miento, esclamó toda turbada la duquesa.

—Pues bien, señora, yo tengo la llave de ese postigo: si es cierto que me amais permitidme que llegue hasta vos.

—¡Ah! ¡no! ¡no! ¡imposible! si quereís que yo sea vuestra, hablad, descubrios el rostro que yo os juro ser vuestra esposa.

—¡Ah! ¡si eso pudiera ser! Pero adios, señora, adios.

—¡Volvereis!

—Volveré... dentro de un mes: el primero de marzo á esta misma hora, por esta misma reja. Adios.

—Adios.

El duque de Osuna notó que doña Juana se quedaba en la reja.

Tuvo intenciones de volver.

De decirla: soy yo: yo el hombre que os ama: el hombre á quién amais.

Porque el duque de Osuna habia llegado á comprender que doña Juana le amaba.

Pero habia comprendido tambien que doña Juana tenia fuerza sobrada para contener su amor.

Que era capaz de morir antes que deshonrarse.

El duque, pues, no se habia atrevido á darse á conocer.

El amor tranquilo de la duquesa, espresado por una tierna amistad, se hubiera convertido en odio al saber esta que él era el causador de su situacion horrible: doña Juana se hubiera negado á verle y don Pedro no se atrevió á romper el incognito.

Trasladóse á la calle de la Palma alta á la casa donde tenia á Esperanza.

La jóven dormia profundamente, y en su boca entreabierta por el sueño lucia una sonrisa de deleite.

—Dejémosla dormir, dijo el duque de Osuna, y entre tanto dispongamoslo todo para apartarla de aquí.

Y bajó, abrió una reja y dió una palmada.

Acudió un hombre.

—Eres tu, Diaz, dijo el duque.

—Si, escelentísimo señor.

—Sabe alguien quién es la dama que está conmigo en esta casa.

—Yo mismo no lo sé: vuecencia tenia la silla de manos dispuesta en una encrucijada; la noche en que vine era tan oscura que aunque hubiéra querido...

—Bien, bien: ahora mismo buscarás un coche de camino.

—Muy bien, señor.

—Que el mayoral y los mozos sean estraños, que no me conozcan.

—Muy bien, señor.

—Necesito ese coche dentro de una hora.

—¿Y el equipaje del señor?

—No necesito equipaje. Toma esta llave, entra en mi recámara y

abre el armario: en uno de sus tableros hay un cofre pequeño muy pesado: tráetelo.

—¡Oh! y sin perder un minuto, traeré tambien á vuecencia equipaje.

—Bien: escucha: pon algunos trajes de córte, es posible que sin descansar me plante en París.

—¿Y va ir vuecencia solo?

—Enteramente solo, pero ve, mi buen Diaz, ve que estamos perdiendo el tiempo.

El criado del duque partió á la carrera.

Don Pedro volvió á subir al aposento donde dormia Esperanza, se acercó á la luz y miró la muestra de un enorme relój de oro.

—Las tres y media, dijo: á las cuatro y media está aquí el coche: aun no es de dia ni con mucho. Hay el tiempo preciso para que esa muchacha se vista.

Y entrando en la alcoba la despertó.

—¡Ah! sois vos, señor, dijo Esperanza, apenas puedo ver claro.

—Si, yo soy: levántate y vístete: nos marchamos.

—¿Qué, nos marchamos? ¿y adonde?

—Donde pueda vivir libremente á tu lado, Esperanza mia, contestó con ternura el duque.

—¡Oh! cuánto te amo, dijo Esperanza colgándose del cuello del duque.

—Si, si, pero aprovechemos el tiempo.

—¿Y adonde vamos, señor? dijo Esperanza saltando casi vestida de la cama.

—A París.

—¡A París!

—Si, á una hermosa ciudad... muy noble y muy populosa... que vale algo mas que Madrid.

—¿Y allí no os conocen?

—Si por cierto; pero en París es difícil encontrarse con los conocidos.

—¿Pero vos no podeis estar siempre en París?

—No; pero iré á verte largas temporadas. Tú puedes llevar á tu familia, vivir en un palacio.

—¡Oh Dios mio!

—Quiero que pases por una dama principal.

—¡Oh! ¡descuidad! ¡no os avergonzaré! no diré á nadie que he estado sirviendo.

—Lo quiero... no por mí, que eres tú harto hermosa para que pueda disculparme, sino por tí.

—Si; por tí y por mí. ¡Oh Dios mio y que feliz soy! ¡Cuando pienso que he estado á punto de casarme con Cosme Prieto!

—Eso hubiera sido una atrocidad.

—Bendita sea la hora en que el gran duque de Osuna me vió.

—El amor iguala á los bajos con los altos, y sino fuera yo casado...

—¿Te casarías conmigo?

—No, pero no me casaria con otra.

—Yo os quiero asi mi señor... yo me muero por vos, y aunque no fueseis rico ni duque os amaria del mismo modo

—Oye: es el ruido de un coche. Mientras concluyes de vestirte voy á ver si falta aun algo.

El duque bajó á oscuras y abrió la puerta.

Entre la sombra vió un enorme coche de camino, y detrás un carro.

La zaga del coche era un promontorio.

—Que es esto, Diaz, dijo.

—He concluido en menos de una hora. Como las ventas de España son tan malas he cargado un carro de comestibles y vinos; ademas he buscado un cocinero, y cuatro lacayos.

—¿Y todo eso en media hora?

—Como que hemos sido diez trabajando á un tiempo.

—¿Y sabe esa gente que me acompañará quien soy yo?

—No señor.

—¿Y qué es eso que abulta en la zaga?

—Es un equipaje completo: el cofre pesado que estaba en el armario está en el cajon del coche, y esta es la llave; he puesto ademas un talego lleno de ducados y otro de doblones de á ocho en el mismo cajon.

—Bien, bien Diaz, que esté todo dispuesto para marchar. Cuando salga yo con esa dama, cierra esta casa y vete: si pregunta alguien dónde estoy responded que me he ido á caza.

—Muy bien señor: ¿y si la señora duquesa...?

—Di á Alvarado mi secretario, que la diga que no he podido despedirme de ella porque he partido en posta con un encargo secreto del rey para la córte de Francia. Adios.

—Que vuecencia lleve buen viaje.

Poco despues salió Esperanza cubierta con la capa del duque, y asida á su brazo entró en el coche.

Las mulas se pusieron en movimiento, sonaron las campanillas, rechinaron las ruedas y el pequeño convoy compuesto del coche y del carro salió de Madrid.

Quince dias despues entraba en París.

El duque tomó una hermosa casa en la calle de san Dionisio.

Es decir, la compró.

La hizo amueblar magníficamente en dos horas.

Llamó modistas y vistió á Esperanza de una manera régia.

Despues la mostró un cofre lleno de alhajas y de doblones de oro.

—Esto la dijo, es para tí: llama á tus padres y vive con ellos; no digas á nadie que el duque de Osuna te ha traido, ni que has sido doncella de servir; no te conviene. Yo ademas te enviaré, ó hare que te envien todos los meses, mientras vivas, trecientos ducados.

—¿Cómo señor, os vais?

—Necesito estar en Madrid á fin de mes.

—¿Y no volvereis?

—No lo sé.

El duque se puso aquel mismo dia en camino.

Como no hemos de volver á encontrar á Esperanza diremos, cual fue su suerte.

Esperó durante algun tiempo al duque de Osuna siéndole fiel.

Pero como el duque no fué, acogió los amores de un par de Francia, no tan rico ni tan jóven ni tan hermoso como su primer amante grande de España.

Arruinó al par, y despues á un consejero del Parlamento, y luego á un caballero de san Luis, y despues á un tendero de la calle de san Honorato: esplotó cuanto pudo su hermosura hasta los venticinco años, en que rica y célebre, se casó con un hermoso oficial de mosqueteros que encontró inoportuno pedir honra á una dama tan hermosa, tan rica, y tan pretendida.

El duque habia logrado su objeto.

Esperanza se guardó muy bien de decir á nadie que habia servido á la duquesa de Gandia, ni que habia salido de su casa con el duque de Osuna.

El guardar el decoro de la duquesa habia costado á don Pedro un tesoro.

Este volvió á Madrid de su espedicion á París el mismo dia en que lo habia prometido á la duquesa.

A las doce de la noche estaba en la reja.

Al llegar, la madera de la reja se abrió.

La duquesa de Gandia estaba esperando al duque.

—¡Oh vos, quien quiera que seais! esclamó la duquesa... es necesario que me salveis... vos que me habeis perdido... temo la mirada de todos... mis megillas empalidecen ¡oh Dios mio! creo que todos conocen mi deshonra.

—¡Oh! descuidad, señora, esclamó conmovido el duque, aunque siempre desfigurando la voz... pero es necesario que pongais de vuestra parte.

—¿Y cómo?

—He encontrado un medio...

—¡Cuál!

—Decid á vuestro confesor que habeis tenido una revelacion.

—No os comprendo.

—Si, he pensado mucho en vos... en vuestro compromiso.

—¡Oh! ¡Dios mio!

—Decid, pues, á vuestro confesor que el santo de vuestra devocion se os ha aparecido...

—¡Una mentira sacrílega!

—¡Para salvar el honor de una ilustre familia! ¡para salvar vuestro perdido honor!

—Seguid, seguid.

—Direis que el santo os ha revelado que vuestro esposo está en el purgatorio.

—¡Ah!

—Que para salir de él, necesita que vos hagais un año de penitencia...

—No os comprendo aun.

—Un año privada de la vista de todo el mundo.

—¡Dios mio!

—Os juro señora, que no me perdonaré nunca el sacrificio á que os obliga mi locura...

—No, no: merezco bien esa penitencia.

—¡Vos!

—Si: yo: yo al sentirme deshonrada debí darme la muerte... y sino fuera por el hijo que siento en mis entrañas...

—Pues bien, señora: yo os juro hacer tan grande y tan poderoso á ese hijo...

—¡Ah señor! ¿sereis acaso el rey?

—¡El rey! guardaos muy bien señora de indicar nada á su magestad: os juro por la salvacion de mi alma, que no soy el rey, ni mucho menos; que el rey ninguna parte tiene en vuestra desdicha, que yo soy... yo solo... el causador de ella.

—¡Sin embargo, podeis hacer grande al desdichado fruto de vuestro delito!

—Si, si señora; grande entre los grandes.

—Pero continuad, continuad: como he de hacer yo para que nadie me vea.

—Oid: tendreis dos habitaciones enteramente provistas de cuanto necesiteis: cuando querais algo, lo pedireis por escrito, llamareis y os ocultareis antes que puedan llegar.

—Y... os comprendo... no sospecharán...

—Vos sois piadosa, os habeis criado en un convento de monjas...

—¿Y si sobreviene alguna enfermedad?

—Dios no querrá y si eso sucede ya encontraré otro medio.

El duque y la duquesa acabaron de madurar su plan.

Al dia siguiente doña Juana llamó á su confesor, y le dió parte de que habia tenido una revelacion, que para salvar del purgatorio á su esposo, se la habia mandado recluirse durante un año de tal manera que no la viese persona viviente; que habia prometido hacerlo y que estaba resuelta á cumplir su promesa.

El confesor que era un reverendo fraile francisco, bueno y crédulo, aprobó la conducta de la duquesa, y no solo la aprobó sino que la escitó á que la cumpliese cuanto antes.

Preparáronse dos habitaciones, y empezó el encierro.

Cuando la duquesa se levantaba, llamaba.

Entonces la preparaban el almuerzo, y la ropa blanca, y lo que habia menester, en otra habitacion, y cuando todo el mundo habia desaparecido, hacian señal con una campanilla.

La duquesa pasaba á la otra habitacion, que estaba completamente á oscuras, para evitar cualquier curiosidad reprensible: la duquesa cerraba por una parte y otra dos puertas, y solo cuando era imposible que nadie la viese, abria las ventanas que estaban cubiertas por cortinas.

El paso de una á otra habitacion, se hacia siempre asi.

Era imposible que nadie comprendiese su estado.

Todo estaba previsto; hasta los menores detalles se llenaban.

Súpolo el rey, y no lo estrañó: porque conocia la piedad de la duquesa; celebrólo mas bien.

Súpolo la córte, y nadie sospechó, porque no podia sospecharse nada de doña Juana.

Todos, en aquellos tiempos en que la religion estaba sostenida por una fé ardiente, encontraron muy natural el sacrificio de la duquesa, y la tuvieron por una santa.

¡Y cuánto luchó la desgraciada en aquel largo encierro! ¡cuánto sufrió! ¡cuánto gozó en su sufrimiento!

Habia perdonado al causador de sus males, porque al fin se mostraba generoso, y sentia una viva ansia por conocerle.

Pero el duque de Osuna que iba recatadísimamente á verla por la reja algunas veces en la semana, y en las altas horas de la noche, conservaba rigorosísimamente su incógnito.

En vano doña Juana pretendia desvanecer la sombra de aquel bulto negro que se acercaba á la reja.

En vano pretendia recordar una voz conocida en aquella voz afectada.

El causador de su desdicha seguia siendo para ella un misterio un imposible, un pensamiento fijo.

Y por intuicion, como por instinto, al sentir á su hijo en su seno, la pobre madre pensaba involuntariamente con el corazon abrasado de amor, en el duque de Osuna, en aquel hombre á quien no podia pertenecer, que no debia conocer jamás su amor.

Y nunca sospechó que aquel encubierto de la reja fuese el duque de Osuna.

Pasáronse al fin seis meses desde el encierro de la duquesa.

Hacia ya algunos dias que el duque ocupaba una casa frente por frente de las rejas de la duquesa, desde donde á una señal debia acudir á todo trance.

El duque conservaba aun la llave del postigo.

Desde hacia algunos dias, el duque lo tenia preparado todo: la casa de Gerónimo Martinez Montiño, en Navalcarnero, una litera y mozos en la casa vecina á la de la duquesa; cuanto era necesario.

Una noche del mes de setiembre, que Dios quiso fuese oscura y lóbrega, el duque acudió á la reja.

Abrióse esta al momento, y la dolorida voz de la duquesa esclamó:

—Salvadme, caballero, salvadme: abrid el postigo, entrad: yo muero.

El duque entró, y encontró á doña Juana desmayada.

Entonces hizo salir la litera de la casa de en frente, sacó á doña Juana en sus brazos, la metió en la litera, cerró el postigo, y partió hácia Navalcarnero.

Hizo el diablo, que en aquellos momentos pasase por la calle el tio Manolillo, y lo viese todo, y siguiese á la litera.

Antes del amanecer, doña Juana volvió á su casa.

Habia dejado á su hijo en Navalcarnero.

Doña Juana, esponiéndose á morir, no alteró la costumbre que desde el primer dia de su encierro habia establecido.

Nadie pudo saber nada.

El tio Manolillo que habia cogido el secreto dos veces, su principio en el Escorial, su fin en Navalcarnero, calló, porque el tio Manolillo sabia que ciertos secretos valen tanto, que no deben malgastarse.

Durante algunas noches, el duque de Osuna entró por el postigo.

Cuando la duquesa estuvo restablecida, cuando pudo bajar las escaleras, le habló por la reja.

—Os doy las gracias, le dijo, por lo honrado que habeis sido: me habeis salvado, despues de haberme perdido, y os perdono enteramente. Existiendo lo que entre los dos existe, ¿no podré saber quién sois?

—No, contestó con voz ronca el duque.

—No insisto: pero juradme que nada tengo que temer por mi hijo.

—El será grande y noble.

—Oid: yo quiero alguna vez conocerle.

—No es prudente.

—Cuando ya sea hombre á lo menos.

—Hablad, señora.

—¿Cuando sea hombre, ocupará un lugar distinguido en la córte?

—Si señora.

—Se casará, le casareis con una dama.

—Si, si señora.

—Pues bien, esperad.

La duquesa subió, y bajó á poco.

—Tomad.

—¿Y qué es esto, señora?

—La herencia que doy á mi hijo: el aderezo que llevé puesto el dia en que me velaron con el duque de Gandia.

—¿Y bien..?

—Si se casa mi hijo... nuestro hijo, con una dama, y esa dama concurre á la córte, que lleve algunos dias puesto este aderezo, y un medallon en que hay un rizo de mis cabellos.

—Bien, muy bien, señora.

—Ahora caballero, ahora que todo ha concluido entre nosotros, no volvais á verme, sino para algo demasiado grave, para decirme, por ejemplo, si soy tan desgraciada... nuestro hijo ha muerto.

—¡Ah! ¡no quiera Dios, señora, que muera el hijo de nuestro amor!

Despues de algunos momentos de conversacion, duque y duquesa, se separaron.

Y no volvieron á verse por la reja.

Pero cuando doña Juana acabó de cumplir su voto aparente, y se presentó en la córte, el duque de Osuna se presentó á ella, galan y hermoso.

La duquesa palideció.

—¡Oh! ¡cuánto os amo! dijo el duque con un acento salido del corazon: yo sabia que erais hermosa y pura; pero no sabia que erais una santa.... ¡y un año mortal sin veros!... y á fé, á fé que me pareceis mas hermosa.

La duquesa se vió obligada á imponer silencio al duque, pero no sospechó que él fuese el encubierto de la reja: nunca lo sospechó.

El duque creyó por su parte que nadie sabia el secreto de la duquesa.

Ignoraba que el bufon del rey lo sabia por completo, por dos estrañas casualidades.

Ignoraba tambien, que cuando dejó de socorrer á su hijo con la intencion de que se acostumbrase á la lucha y á la pobreza, Gerónimo Martinez Montiño que amaba al bastardo como si fuera su propio hijo, fue traidor al secreto por amor á don Juan.

Un dia llamó al escribano Gabriel Perez que ya estaba viejo y le sedujo para abrir el cofre que le habia dejado en depósito el duque.

El escribano, como que podia poner un nuevo testimonio, cedió por curiosidad y por algunos ducados.

Abrióse el cofre, y encontraron la carta en que don Pedro revelaba á su hijo que conoceria á su madre por medio del aderezo de brillantes.

Pero como no constaba el nombre de la madre y solo el amor que decia haberla tenido el duque, Gerónimo Martinez Montiño, empeñado en saber quién era la madre de don Juan, se trasladó á Madrid, y tanto preguntó á amigos, á conocidos, acerca de una dama á quien hubiese amado mucho el duque de Osuna en cierta época, que hubo de saber que el duque habia andado enamorado de la duquesa viuda de Gandia, pero sin obtener nada.

Entonces Gerónimo quiso conocer á la duquesa y la conoció.

Vió que los cabellos de la duquesa eran rubios del mismo color que el rizo que estaba encerrado en el medallon.

Despues preguntó quién era ó habia sido el joyero del duque de Gandia.

Dijéronselo, y le buscó, y en secreto le preguntó presentándole un brazalete, si lo habia él fabricado.

—En efecto, dijo el platero, este brazalete es una de las alhajas del aderezo completo que hice para el casamiento de la señora duquesa de Gandia.

—Pues devolved estos dos brazaletes á la duquesa, dijo Gerónimo, que comprendió que era el mejor medio de escapar, y dejando las dos joyas, salió de la tienda y se perdió.

El platero llevó al momento las joyas á la duquesa.

Al verlas doña Juana, tembló, palideció.

—¿Quién os ha dado esto? le dijo.

—Un hombre á quien no conozco, que me ha encargado de hacer devolucion de ello á vuecencia.

—Pero su nombre...

—No le conozco señora.

—Os haré prender.

—¡Ah señora! eso seria muy injusto.

—Id, id con Dios: dijo la duquesa meditando que si se empeñaba en averiguar por dónde habian venido aquellas joyas podia descubrir su secreto.

Pero doña Juana quedó en una ansiedad mortal.

¿Habria muerto su hijo, aquel hijo á quien amaba tanto?

Doña Juana, pues, no era feliz.

Y de repente se le habian revelado dos grandes misterios, por medio del aderezo usado por doña Clara Soldevilla.

Habia conocido á su hijo.

Era un mancebo hermosísimo, capaz de enloquecer á una madre; noble, generoso, honrado por el rey, casado con una dama sin tacha, por mas que no fuese muy de la devocion de la duquesa, por ser amiga doña Clara de la reina y conspirar contra el duque de Lerma.

¿Y aquel mancebo era hijo del duque de Osuna?

Nada tiene de estraño, pues, que doña Juana de Velasco, se sintiese mala al ver su aderezo sobre doña Clara; nada, pues, que esperase con tanta impaciencia á los dos jóvenes.

Tenia, á pesar de su prevencion hácia ella como conspirador, gran confianza en doña Clara: sabia cuánto era noble y pura y en cuanto á hermosa...

Como madre tenia lleno el corazon doña Juana con la esposa de su hijo.

Pero... se veia obligada á defenderse delante de ellos, habia llegado el momento de la defensa y temblaba.

Al fin se abrió una puerta, y un maestre-sala, dijo:

—El señor don Juan Tellez Giron, y su señora esposa están en la cámara de vuecencia.

CAPITULO LVI.

Amor de madre.

Doña Juana fué allá desalada.

Sin embargo se detuvo cobarde antes de levantar el tapiz de la puerta esterior.

Vió á don Juan que miraba los retratos de familia de sus abuelos, y á doña Clara que los miraba tambien hechiceramente apoyada en el hombro de su marido con el mas delicioso abandono.

—¡Oh Dios mio! dijo la duquesa, ¡y es preciso, preciso de todo punto!

Y adelantó.

—Los dos jóvenes se volvieron.

La duquesa miró á don Juan, hizo un ademan de arrojarse en sus brazos; pero se arrojó de repente en los de doña Clara.

La jóven la estrechó entre ellos, la besó en la frente con ternura y la dijo exhalando su alma en su aceńto y en su voz que solo la duquesa pudo oir:

—¡Oh! ¡madre mia!

La duquesa se levantó de entre los brazos de doña Clara, y la miró al través de sus lágrimas.

La jóven habia tenido la delicadeza de no llevar el aderezo de bodas, aquel terrible aderezo.

Pero en cambio llevaba uno no menos rico de su madre.

—Si, si; ¡mis hijos! esclamó la duquesa: pero hablad bajo... muy bajo... vos... añadió dirigiéndose á don Juan, hacedme el favor de cerrar por dentro aquella puerta.—Ahora venid, venid conmigo á mi recámara donde nadie pueda escucharnos.

Los dos jóvenes siguieron á la duquesa.

Esta llevaba asida de la mano á doña Clara.

Cuando estuvieron solos, en un reducido y bellísimo gabinete, la duquesa no pudo contenerse; se arrojó entre los brazos de don Juan, le besó, lloró, rió y por último cayó desvanecida sobre el estrado.

—¡Agua! ¡agua! ¡Clara mia! esclamó don Juan... ¡mi pobre madre...!

Doña Clara buscó agua y no encontrándola sacó de su seno un pomito de agua de olor y la esparció sobre el rostro de la duquesa.

Al poco tiempo, como el desvanecimiento habia sido ligero, doña Juana volvió en sí.

Vió á los jóvenes y se ruborizó.

Ellos conocian su secreto.

La duquesa se habia visto obligada á llamarlos.

Su honor exigia una esplicacion, una revelacion.

Y en medio de la situacion difícil en que se encontraba, gozaba un placer infinito, una alegría inmensa, inefable como nunca habia esperimentado.

Al fin era madre y tenia delante á su hijo.

Y su hijo era hermoso.

En su ancha y noble frente se reflejaba la grandeza de su raza: en sus ojos brillaban la generosidad, el valor, cien nobles pasiones.

Y aquellos ojos, fijos dulcemente en ella, inundaban de un placer desconocido el alma de la duquesa, la inflamaban en un amor infinito.

Era el purísimo amor de una buena madre, que habia llorado veinte y cuatro años por su hijo á quien no conocia, y que le era tanto mas querido cuántos mas sacrificios de todo género la habia costado.

Junto á sí y esposa de su hijo, tenia á aquella admirable mujer, modelo de la dama española, tipo por desgracia perdido, con su belleza espiritual, con su noble aspecto, con la delicada atmósfera de distincion que vemos aun en los retratos contemporáneos de Pantoja, de Velazquez y de otros tantos.

Doña Juana pues sufria y gozaba: lloraba y sonreia, se avergonzaba y sin embargo su alma se dilataba, reposaba en una dulce confianza.

Doña Juana entonces estaba en el cielo, sin haber desaparecido de la tierra.

Asió las manos de los dos jóvenes, los atrajo á sí, los estrechó á un tiempo contra su pecho, y partió con los dos sus besos y sus lágrimas.

Despues separándolos dulcemente de sí, les dijo:

—Necesito justificarme ante vosotros.

—¡Madre y señora! esclamó don Juan.

—¡Justificaros vos! ¿y de qué? dijo doña Clara.

—Vos don Juan, sois noble y á mas de noble hombre de honor: no desmentís la ilustre sangre que por vuestro padre y por mí corre en vuestras venas. Estoy segura, no tengo duda de ello, que os pesa de ser mi hijo.

—¡Ah! ¡no! ¡no! esclamó don Juan.

—Y vos doña Clara: vos cuya fama brilla pura y resplandeciente como el sol: vos hija mia, vos tan hermosa que no hay hermosura que os iguale en la córte; vos tan noble como yo y como su padre; vos pretendida por tantos ilustres caballeros, y tan insensible con todos, vos casada con don Juan, enamorada... porque no teneis que decírmelo... la felicidad brilla en vuestros ojos... enamorada con toda vuestra alma de vuestro esposo, sin duda seríais mas feliz si vuestro esposo no fuera mi hijo.

—Os juro mi buena, mi amada madre, que no.

—Y sin embargo, hemos sido enemigas.

—¡Enemigas! dijo don Juan.

—Sino enemigas, yo no la he querido bien, y ella me ha querido mal.

—No, no señora: todo consiste en que vos sois amiga de Lerma, y yo amiga de la reina... pero eso nada importa: vos habeis querido separarme de la reina... esto era natural. La reina tenia y tiene en mí un apoyo muy fuerte: porque es fuerte todo aquel que lleva su amistad, su amor hasta el punto de sacrificarlo todo por la persona á quien ama, y una prueba de ello ha sido mi casamiento.

—¡Ah! esclamó la duquesa.

Don Juan se sonrió, y miró de una manera elocuentísima á su mujer.

—Digo, señora, que una prueba de mi amor á su magestad, ha sido la causa de mi casamiento con mi don Juan: yo me hubiera casado con cualquiera en las circunstancias en que su magestad se encontraba...

—No os comprendo...

—Tiempo tendré de esplicarme. Digo, que en las circunstancias en

que se encontraba la reina, con cualquiera me hubiera casado: pero al casarme por obligacion con don Juan....

—¡Por obligacion!...

—Antes he sido su esposa ante Dios y los hombres, que su mujer.

—¡Ah! perdonad: pero suceden, aun á la mujer mas pura cosas tan estraordinarias... y él, un Giron... audaz y apasionado como su padre... os repito que no os comprendo.

—Sin tener comprometido mi honor, me he visto obligada, por salvar á su magestad, á casarme con vuestro hijo. Pero he sido tan afortunada, que ansiaba ese casamiento, que ardia en amores por él... que al darle mi voluntad, mi libertad, mi vida, delante de Dios, no era yo quien daba, sino quien tomaba, no era yo quien hacia feliz, sino quien se hacia á sí misma dichosa.

—¡Cómo! esclamó don Juan.

—Hace ya algunas horas, que somos uno en dos: marido y mujer, don Juan: estoy delante de vuestra madre, que siéndolo vuestra lo es mia: nadie nos oye mas que nuestros corazones. Ya os lo puedo decir, os lo debo decir: cuando os ví por primera vez... cuando vuestra torpeza os hizo perderos hace tres noches en palacio...

—¡Cómo! ¿no os conocíais hasta hace tres noches..? esclamó la duquesa.

—No, madre mia, no, dijo don Juan.

—Sino hubiera sido torpe... no nos hubiéramos visto.

—Si mi tio fingido hubiera estado en palacio, no nos hubiéramos conocido.

—Y sino nos hubiéramos conocido, no seríamos tan dichosos, tan completa, tan inmensamente dichosos. Perdonad, señora, añadió doña Clara; pero yo no le debo ocultar nada: me parece ahora, ahora que le veo delante de mí, que es mio... mirad, madre, me parece que estoy entregada á un sueño dulce, y mi vida se llena de no sé qué delicia, que me embriaga, ¡y soy tan feliz! ¡Dios mio! ¡tan feliz! ¡tan feliz!

Doña Clara se puso vivamente encendida, y ocultó su rostro embellecido por la felicidad y por el pudor, en el seno de la duquesa.

—Sois un tesoro, doña Clara, dijo la duquesa, levantando entre sus manos la hermosa cabeza de doña Clara, y besándola en la boca.

Don Juan, dominado por su amor, por sus sentidos, apoyó un brazo en el sillon, y en su mano la cabeza.

—Como debo decírselo todo, es necesario que sepa, delante de vos que

sois su madre, como quisiera que viera mi alma entera.. ¿por qué no he de decirlo...? que al abrir la mampara de la cámara de la reina, al verle delante de mí, me sentí herida, no sé cómo, de una manera dolorosa, y al mismo tiempo dulce: que le amé... que le amé cuanto se puede amar... y despues... despues... cuando amparada de él recorrí á oscuras las calles de Madrid apoyada en su brazo... yo... le amo desde que le ví... y sino hubiera sido su esposa, me hubiera metido monja... ¿cómo quereis que me pese que sea hijo de vos, de la madre que le ha dado el ser para que haga mi ventura?

—Y aunque no os pese, hijos mios... ¿qué pensareis de vuestra madre?

Los jóvenes bajaron la cabeza.

—Vuestra madre, don Juan, es digna de vuestro respeto: la madre de vuestro esposo, doña Clara, es tan pura como vos... una violencia.. una locura... un mal pensamiento de vuestro padre, tienen la culpa de todo. Yo no sabia, yo no he sabido hasta que he visto el aderezo conque os presentásteis á la córte, hija mia, que era el duque de Osuna el que tan cruelmente abusó del terror, de la debilidad, del aturdimiento de una mujer en una ocasion funesta. Yo no he sido amante de vuestro padre, don Juan, yo no tengo de comun con él, nada mas que vos que sois nuestro hijo, y os he reconocido... porque mi corazon de madre no ha podido contenerse... os he llamado despues para abrazaros, para veros junto á mí á solas: para deciros: yo os amo, os amo con mis entrañas, con mi alma, con mi vida... os amo desde el momento en que os sentí alentar en mi seno, os amo mas que á mi hijo don Carlos, mas, mucho mas, porque me habeis sido mas costoso, y al conoceros, don Juan, estoy orgullosa de ser vuestra madre... y yo os veré, os veré todos los dias... ¿no es verdad que os veré?

—¡Oh! ¡si!

—Y oid... cuando vos os aparteis de vuestra esposa...

—¡Apartarse..! esclamó con profunda energía doña Clara.

—Todos sus abuelos han servido al rey.

—¡Ah! ¡no! ¡no! bastantes aventureros tiene España que vayan á matarse en la guerra, en Flandes, en Italia y en Francia; don Juan es valiente... don Juan es capitan de la guardía española junto al rey y no saldrá de Madrid: no saldrá de la córte: vos sois camarera mayor de la reina y yo dama de honor: los tres unidos viviremos muy felices, y luego... lo dominaremos todo... ganará la reina y perderá Lerma.

Frunció el bello y pálido entrecejo doña Juana.

—Lerma abusa de vos, madre mia, de vuestra buena fé, dijo don Juan. Lerma es un ladron duque, un miserable. Yo os convenceré, vos no debeis servir á Lerma... y ademas sino os conociesen tanto en la córte, como aun sois hermosa y jóven...

—Cincuenta y seis años, dijo la duquesa.

—Sin embargo: podrian creer...

—¡Qué!

—Podrian creer que amábais...

—No... no pueden creer eso... eso no es verdad... yo no he amado á nadie... mas que á vuestro padre... y nunca lo ha sabido... no lo sabrá jamás... porque vosotros á quienes debe interesar el honor mio, no se lo direis... ¿no es verdad..?

—No... no señora.

—No le digais nunca... os lo pido con el corazon abierto, por Jesús sacramentado, no le digais nunca, que doña Clara se ha puesto aquel aderezo, que yo os he reconocido, don Juan... no le digais nunca lo que está sucediendo entre nosotros... lo que sucederá... jurádmelo, hijos mios, jurádmelo.

—Señora, esclamó don Juan, os lo juro por el nombre de mi padre, que conservaré sin mancha; por vuestro amor que guardaré en lo mas profundo de mi alma.

—Y yo os lo juro por mi honra y por la suya, madre mia.

—¡Oh! ¡pues entonces soy la mujer mas feliz del mundo! esclamó dando un grito ahogado por las lágrimas la duquesa.

Pero de repente palideció y tembló.

—¿Qué teneis madre mia? esclamó don Juan.

—¡Oh! hay alguien que conoce no sé cómo este secreto, dijo la duquesa.

—¡Alguien! ¿y quién es? dijo don Juan.

—No lo sé... no lo sé... antes de anoche... antes de anoche no encontraba yo á su magestad en su cámara... la buscaba... de repente me dejan caer el candelero de la mano, y oí una voz ronca, una voz que no pude reconocer y que me dijo, no he olvidado una de sus palabras, no he podido olvidarlas: *Si quereis que nadie sepa vuestros secretos, noble duquesa, guardad vos un profundo secreto acerca de lo que habeis visto y oido esta noche.*

—¿Y no habeis podido averiguar quién era ese hombre?

—No.

—Sin duda se referian á vuestras inteligencias con el duque de Lerma, dijo doña Clara.

—¿Creeis vos, que fuese eso?

—¿Y cómo podria ser otra cosa? dijo don Juan. Mi padre ha guardado un profundo secreto: solamente yo he sabido por esta carta...

Y dió á la duquesa la carta del duque de Osuna que habia encontrado en el cofre.

—Pero aquí vuestro padre no me nombra: os dice solo que por medio de un aderezo, podreis reconocerme si yo quiero darme á conocer de vos.

—Ya veis madre mia, que mi padre no ha podido ser mas hidalgo.

—Si, pero...

—No es posible que ese secreto...

—Sin embargo... ¿quién os ha dado esta carta?

—El cocinero mayor del rey.

—¡El cocinero mayor!

—Si, Francisco Martinez Montiño.

—¡De modo que ese hombre, dijo doña Clara, os ha dado padres y esposa!

—Sin quererlo y sin saberlo.

—¡Cómo! dijo la duquesa: ¿Montiño no conoce esta carta?

—No señora.

—¿Pues no os la dió?

— Si, si señora, pero dentro de un cofre cerrado.

—¿Y no pudo haber abierto ese cofre?

—No, madre mia, porque la cerradura estaba cubierta con un papel sellado, y en aquel papel habia un testimonio de escribano con la fecha de veinticuatro años ha.

—Es necesario, necesario que me espliqueis todo eso... pero otro dia... hoy estoy muy conmovida.

—Y yo... yo necesito ir á palacio, mi buena madre, dijo doña Clara.

—¡Esperad! ¡esperad un momento!

La duquesa se levantó y salió.

—¡Juan! ¡Juan de mi alma! el secreto de tu madre está vendido... dijo doña Clara.

—¡Vendido..!

—Si... vendido... el hombre que dijo aquellas palabras á tu madre

á oscuras, en la cámara de la reina, era... ¡el tio Manolillo! ¡el bufon del rey!

—¿Y qué interés tiene el tio Manolillo..?

—El tio Manolillo... perdóname Juan de mi alma, perdóname... no creas que tengo celos al decirte... al nombrarte á esa comedianta.

—¡Dorotea! dijo don Juan y se puso pálido.

Helósele el alma á doña Clara al notar la palidez de don Juan, pero no dió indicio alguno de ello.

—Si, Dorotea; esa mujer te ama.

—¡Oh! ¿y qué importa? dijo don Juan ya completamente rehecho de su turbacion.

—Importa mucho, muchísimo, dijo gravemente doña Clara.

—¿Crees que yo..?

—¡Oh! ¡no! ¡no! yo sé que tu corazon, tu alma, tu pensamiento, todo tú eres mio: pero el bufon del rey es padre ó pariente ó amante, de esa perdida..... el tio Manolillo es terrible... ella te ama... tú te has casado conmigo... si por vengarse ese hombre...

—¡Oh! te juro... te juro que el bufon no hablará: pero para eso es necesario...

—¡Qué!

—Que don Francisco de Quevedo, mi amigo... mi buen amigo, pueda estar seguro en la córte.

—¡Cómo!

—El duque de Lerma...

—¡Oh! descuida... pero tu madre se acerca.

En efecto, la duquesa venia cargada con una multitud de estuches.

—¿Qué es eso, señora? dijo don Juan.

—Este es el dote de tu esposa que yo la doy.

—¡Ah! ¡no! ¡no! señora: yo estoy convenientemente dotada por mi padre.

—Tu padre... es rico... lo que se llama rico entre simples caballeros, que no se ven obligados á sostener gran casa, gran servidumbre; pero tú eres esposa de mi hijo...

—Me basta con eso.

—Y mi hijo mañana será muy alto, muy grande...

—Mi padre, madre mia, me ha dado ya una renta, dijo don Juan.

—Si has recibido de tu padre, ¿por qué no recibes de tu madre?

—¡Ah!

—Mira: son mis mejores joyas: valen cientos de miles de ducados... yo no las necesito ya... tengo las bastantes para presentarme de una manera riquísima en los dias de córte... toma, toma, llévatelas, hijo mio... redúcelas á dinero... compra haciendas, y dalas en dote á mi buena, á mi hermosa hija... á mi pequeña enemiga.

—Meditad...

—¡Oh! ¡no me amas!... ¡me engañas..!

—Ya tenemos el magnífico aderezo... dijo doña Clara.

—Y aquí van otros diez... mas ricos que aquel.

—¿No creereis que nuestro amor es interesado si aceptamos?

—Creeré que no me amais sino recibís lo que os doy... lo que es tuyo porque eres mi hijo... lo que te doy secretamente porque no puedo dártelo de otro modo.

—Acepto, pues, madre mia.

—Ademas, dijo doña Juana acercándose á la jóven, tomándola una mano, y poniendo en uno de sus dedos una sortija, quiero que tengas esto mio.

—¡Ah! ¿una sortija?

—Mi anillo nupcial.

—¿Y este blason?

El blason de los Velascos, condes de Haro.

—¿Pero por este blason?..

—Sabrán que la duquesa de Gandia ha hecho un regalo á su buena amiga doña Clara Soldevilla: solo vosotros sabreis, que ese anillo dado por mí, mi anillo nupcial, representa la bendicion de vuestra madre. Ahora, hijos mios... idos... estoy muy conmovida, necesito llorar á solas... llorar de alegría.

—Una palabra, una sola palabra madre mia, dijo don Juan.

—¿Cuál?

—Tengo que haceros un encargo muy importante.

—Un encargo importante...

—Don Francisco de Quevedo...

—¡Don Francisco!... ¡ese hombre...! ¡enemigo del rey...!

—Os engañais, madre mia.

—Secretario del duque de Osuna...

—Secretario de mi padre.

—¡Ah! aun me parece un sueño que el duque de Osuna... pero y bien ¿qué hay que hacer por don Francisco?

—Antes de anoche... madre mia... herí malamente á don Rodrigo Calderon.

—¡Tú!

—Y me ayudó don Francisco.

—¡Cómo! ¡dos hombres contra uno!

—No, no señora; dos contra dos.

—¡Ah!

—No podia ser de otro modo... la verdad del caso es que don Francisco y yo estamos amenazados.

—¡Amenazado tú!

—Sabe Dios de qué, porque sabe Dios si morirá don Rodrigo.

—¿Pero por qué le heriste?

—Por miserable.

—¡Por miserable!

—Habia comprometido la honra de...

—Mi honra... dijo doña Clara.

—No, tu honra no; esclamó con estremada energía don Juan: la honra de la reina.

—¡Cómo!

—Siendo traidor á Lerma, fue traidor á la reina... tenia en su poder unas cartas de su magestad...

—Hiciste bien en matarle...

—No lo he conseguido por desgracia.

—Tú no tienes nada que temer.

—Para salvarme á mí, es necesario salvar á don Francisco.

—Le salvaré. ¡Ola! ¡doña Violante! ¡doña Violante!

Acudió una doncella.

—Mi manto, al momento; que pongan una carroza.

La doncella salió.

—¡Cómo, madre mia! ¡vos...! ¿vais á ir...?

—Si, si; yo en persona casa del duque de Lerma.

—¿Pero no seria mejor que él viniese...?

—No, no... quiero verle al momento... ire. Pero, toma esas joyas... y la carroza tarda...

—La nuestra...

—¡Ah! ¿teneis carroza..?

—Y muy bella.

—¡Oh! bien, muy bien... haz poner en esa carroza el escudo de los

Girones, hijo mio: es un noble escudo: ¡ay! ¡si pudiera ser unir á sus cuarteles los del escudo de Velasco!

La última esclamacion de la duquesa representaba para los jóvenes el corazon de una madre.

Para nosotros y para nuestros lectores y para la duquesa, aquella esclamacion salia del corazon de la madre y de la amante.

Porque doña Juana enemiga política del duque de Osuna, le amaba; continuaba amándole de secreto: el duque de Osuna era la pasion de toda su vida.

Los recien casados dejaron á la duquesa de Gandia casa del duque de Lerma, despues don Juan dejó en palacio á doña Clara, y con el pretesto de ir á esperar á su madre para llevarla á su casa, fué á casa de Dorotea y marchó la carroza á las órdenes de la duquesa de Gandia á la puerta del duque de Lerma.

CAPITULO LVII.

Las audiencias particulares del duque de Lerma.

Acababa el duque de Lerma de apurar un almuerzo suculento, y se ocupaba de hacer la digestion comodamente arrellenado en su ancha y magnífica poltrona, cuando entró su secretario Santos.

—¿Qué ocurre amigo Pelegrin? le dijo el duque, que vienes tan serio y cuando acabo de almorzar. ¿Tendremos algo estraordinario?

—Lo ignoro, señor: pero su escelencia la señora condesa de Lemos vuestra hija, pregunta por vuecencia y viene tras de mí y vestida de casa.

—¡Vestida de casa!

—Si señor, y siento ya las fuertes pisadas que bastan para adivinar que se acerca su escelencia.

—¡Oh! si; mi hija es muy buena moza, ¿no es verdad?

—¡Señor! ¡yo no he querido decir...!

—Demasiado buena moza, demasiado hermosa, por desgracia... pero ya está ahí... vete... por ahí...

Y le señaló á Santos una puerta de escape.

La condesa entró en el despacho del duque, cerró la puerta y asiendo un sillon, le acercó al del duque y se echó el manto atrás.

—¿Qué es esto Catalina? ¿qué es esto? ¡pálida, llorosa, con los ojos encendidos! ¿qué tienes condesa....?

—No me llameis condesa, padre, malhaya la hora en que me casásteis con el conde de Lemos.

—¡Ah!...

—Soy la mujer mas desdichada de la tierra.

—¿Y por qué?

—Porque amo á un hombre.

—¡Catalina!

—Será todo lo escandaloso que querais el que yo os diga esto... pero vos, padre y señor, me habeis sacrificado.

—El hombre á quien amas, me dijo antes de anoche con la mayor desvergüenza, que no se hubiera casado contigo por nada del mundo.

—¿Pero quién es el hombre á quien yo amo?

—Yo no estraño que le ames: porque yo tambien le amo, es decir, le amo porque para el rey, para España y por consecuencia, para mí, sería precioso si fuese mi amigo, en vez de serlo del duque de Osuna.

—¡Ah! ¡creeis que...!

—Si... me consta que le amas, mancillando mi nombre, ultrajando á tu esposo, confundiéndote con esas despreciables mujeres...

—¡El nombre, el nombre de quien amo!

—Don Francisco de Quevedo.

—Pues bien, si es verdad: le amo... mas que eso: soy su amante.

—Irás de aquí á un convento, esclamó irritado el duque.

—No iré.

—¿Qué no irás..?

—No, porque me necesitais... no... porque sin mí no sabriais muchas cosas que pasan en palacio.... no.... porque vos no teneis derecho para reprenderme... me habeis perdido.

—¡Estás loca! esclamó el duque levantándose irritado.

—Loca, si, fuera de mí... desesperada... ¿qué me importa todo..? se va... me deja... me abandona... y no ha de irse.

Volvióse á sentar el duque.

—Afortunadamente, están cerradas todas las puertas..... pero eres demasiado violenta, Catalina, y gritas... no grites... ya que te has atrevido, ya que te atreves á presentarte sin pudor á tu padre...

—¡Sin pudor! ¿creeis que por que yo amo á Quevedo he perdido el pudor? ¿y me decís eso cuando me habeis casado con don Fernando de Castro?

—Es un igual tuyo...

—Ni igual mio, ni igual vuestro, padre: el conde de Lemos ha llegado á ser mi esposo, sirviéndoos de una manera harto miserable: os convenian sus servicios, y me casásteis... cuando yo era una inocente... cuando no sabia quién era el marido que me dábais... despues él mismo se ha encargado de que yo conozca el mundo al conocerle á él: me encontré viuda, viuda del corazon, y Quevedo... el gran Quevedo...

—Nadie niega su grandeza: tu pasion es disculpable; pero no lo es el que me la vengas á arrojar á la cara.

—¿Y qué os importa á vos que se deshonre vuestra hija, cuando vos mismo habeis deshonrado á su esposo?

—¡Yo!

—¿Por qué llevó el conde, desempeñando un ruin oficio, al niño príncipe de Asturias á donde no debia llevarle..?

—Vamos, vamos, Catalina, tú estás loca.

—Pues bien, en mi locura seré capaz de todo. Vos no me habeis de matar, y sino me matais, ya tendré medios para haceros entender que os conviene el que yo sea vuestra amiga.

—Indudablemente.... indudablemente deben de haberte dado algun bebedizo.

—¿Qué mas bebedizo que el amor?

—Pero... prescindiendo de todo: ese amor debe humillarte.

—Lo que me humilla es, que don Francisco no me ame.

—¡Hum! esclamó el duque de Lerma: nunca hubiera creido posible que este caso llegase para mí.

—Vos teneis la culpa.

—¡Yo!

—Vos me habeis dejado conocer tales cosas, que me habeis curado de espanto.

—¿Y qué cosas son esas?

—¿No se ponen en práctica los medios mas repugnantes por todos, para conservar el favor del rey..? ¿Vos mismo no habeis ennoblecido á ese don Rodrigo Calderon, que al cabo se ha vuelto contra vos.... como que no puede obrar sino miserablemente, el que por miserables medios se ha engrandecido? ¿no lo he visto yo aprovechado todo? ¿qué hay que estrañar en que yo cansada de sufrir, haya querido ser feliz de la única manera que podia serlo, y haya abierto mi alma á Quevedo?

—Es necesario que olvides eso, Catalina: don Francisco es un hombre funesto: lleva consigo la desgracia.

—¡Ah! harto lo sé; pero no lo puedo olvidar: figuraos, padre, que le amaba, sin saberlo, antes de casarme, y que me hubiera casado con él con toda mi voluntad, con todo mi afecto. Pero estamos perdiendo el tiempo: decid de mi lo que querais... pero es necesario que don Francisco no salga de Madrid.

—¡Cómo! ¿quiere irse?

—A Nápoles.

—¡A Nápoles!

—En Nápoles, al lado del duque de Osuna puede haceros mucho daño.

—Pues no sé...

—Prendedle.

—¡Qué le prenda!

—Si por cierto.

—¿Para que tú... esto es... para que tú tengas ocasion de obligarle á ser agradecido?

—Sea para lo que fuere... ¿creeis que yo puedo serviros de mucho, padre y señor?

—Indudablemente.

—¿Sabeis padre y señor, que vuestra privanza está muy en peligro?

—¡Bah! eso dicen siempre, hace mucho tiempo que lo dicen, y sin embargo...

—Si os vais privando de la ayuda de todos los que os sirven, acabareis por no ver nada... yo os he servido bien.

—Esto en resúmen es dictarme condiciones, y de una manera indigna.

—Estoy desesperada.

—¿Y si prendo á don Francisco?

—Sabreis todo lo que suceda en el cuarto de la reina.

Meditó un momento el duque.

—Le prenderé, dijo al fin.

—¿Al momento?

—Al momento.

—Y yo, señor, os serviré con el alma. Empiezo á serviros: guardaos de mi hermano.

—¡Ah! ¡esto es terrible!

—El duque de Uceda tiene el pecado de la soberbia y de la ambicion.

—Y vos mi hija manchando asi un nombre...

—No lo sabe nadie...

—Lo sabe el que lo mancha.

—No lo puedo remediar... y vos, padre, debeis comprender cuán resuelta á todo estaré cuando me he atrevido á dar este paso.

—Y ademas mi hijo... pero ¿con qué pretesto...?

—Las ciudades se quejan de los tributos, del abuso de los empleos; piensan acusarnos de inteligencias con los ingleses... y la reina...

—¡La reina!

—Se ha propuesto dar con vos en tierra.

—Sin embargo yo... he cedido.

—Habeis cedido tarde... despues de haberla insultado.

—Yo volveré á reducir á su magestad al estado á que estaba reducida.

—Y yo os ayudaré... yo diré al rey...

—¿Qué puedes tú decir al rey...?

—Mucho.

—Y... ¿qué le puedes decir...?

—Despacio... quiero tener armas reservadas.

—¿Tú tambien te vuelves contra mí?

—¿Porque procuro ser fuerte? No, no señor. Yo os he dicho... como sino fuera vuestra hija: amo á un hombre, tengo empeño por él, ese hombre huye... detenedle, servidme... en cambio yo os serviré.

—Pues bien: detendré á ese hombre... detened vos, evitad, avisadme de lo que pueda hacerme daño.

—¿Cuándo prendeis á Quevedo?

—Al momento.

—Pues desde el momento empiezo yo á serviros. Adios señor.

—Id, id en paz, doña Catalina y que Dios os perdone.

La condesa salió.

La escena que acababa de tener lugar entre el padre y la hija no podia ser mas repugnante.

El duque de Lerma lo posponia todo á su ambicion, hasta su dignidad de padre.

Llamó á su secretario Santos, y le mandó estender y llevar para su cumplimiento á un alcalde, una órden de prision contra Quevedo.

No se sabia por qué se prendia á Quevedo.

Pero era necesario prenderle y se le mandaba prender.

El duque quedó profundamente agitado.

Habia pasado poco tiempo desde que doña Catalina habia salido de la

casa de su padre, hasta que un criado anunció á su escelencia la duquesa de Gandia.

Maravilló esto al duque, porque doña Juana jamás habia ido á su casa.

Cambió precipitadamente de traje y fué á su cámara á recibir á la duquesa.

Doña Juana estaba conmovida, pálida, ojerosa.

—¿Que sucede, mi buena amiga, la dijo el duque despues de los saludos, que asi me alegrais y asustais al mismo tiempo, viniendo á mi casa?

—Sucede... sucede mucho... dijo la duquesa... muchísimo.

—Adverso debe ser, porque teneis señales de haber sufrido.

—Me he reconciliado con doña Clara Soldevilla.

—¡Cómo! ¿con nuestra eterna enemiga?

—Desde hoy, duque, doña Clara es mi mejor amiga: es mi hija.

—¡Duquesa!

—No os quiero engañar... desde hoy...

—¿Qué...?

—Dejo de ser camarera mayor.

—Meditad lo que haceis, dijo el duque alarmado... fuera vos de palacio no podeis ayudarme á hacer el bien del reino.

—Estoy cansada don Francisco... sufro mucho... lo que pasó anoche en palacio...

—¿Pero que pasó anoche?

—Anoche... ¡pasaron tantas cosas...! el padre Aliaga estuvo en audiencia particular con sus magestades... don Francisco de Quevedo anduvo enredando por el alcázar...

—¡Ah! no enredará mas. He dado órden de prenderle y en cuanto me avisen de haberle preso, le envio bien asegurado al alcázar de Segovia.

—Hareis muy mal, dijo alarmada la duquesa, que no se olvidaba un momento de que importaba á su hijo la libertad de Quevedo.

—¿Que haré mal, en prender á un tan encarnizado enemigo mio? ¿Ignorais lo que ha hecho don Francisco?

—De ningun modo.

—Nos ha hecho mucho daño.

—No importa, es preciso que don Francisco esté seguro en Madrid.

—¡Para que nos haga libremente la guerra...!

—Os lo pido yo.

—Pues os digo que no os entiendo.

—Ni yo me entiendo tampoco.

—Os quejais de lo que ha pasado anoche en palacio, y entre las cosas de que os quejais es una de ellas el que Quevedo ha andado enredando.

—Es que ha sucedido mucho mas.

—¿Mucho mas?

—Don Juan Tellez Giron, se ha casado con doña Clara Soldevilla.

—¿Don Juan Tellez Giron? ¿pariente del duque de Osuna?

—Su hijo...

—¿Hijo suyo..?

—Bastardo, pero reconocido...

—¿Y qué tiene que ver con nosotros..?

—Y tanto como tiene que ver. ¿Ignorais que ese don Juan Tellez Giron, es el que ha herido á vuestro secretario don Rodrigo?

—¡Cómo! ¡si quien hirió á don Rodrigo ayudado por Quevedo, fue un tal Juan Montiño, sobrino del cocinero mayor de su magestad!

—Es que ese Juan Montiño, es don Juan Giron.

—Me estais maravillando.

—Lo que debe maravillaros, es que siendo vos secretario de Estado universal, no sepais cosas que han pasado en palacio delante de todo el mundo. No teneis un solo amigo junto al rey: entre tanto yo me he visto obligada á ser madrina en nombre de su magestad la reina de los recien casados, cuando era padrino á nombre de su magestad el rey, el conde de Olivares.

—¿Y este matrimonio lo ha hecho don Francisco de Quevedo?

—Sin él no se hubiera efectuado.

—¿Y quereis que á un hombre que asi me sorprende y que asi de mí se burla, no le prenda y le sujete? Preso he de tenerle todos los dias de su vida.

—¿Aunque yo os ruegue que no le prendais?

—Vos no debeis rogármelo.

—Os lo suplico.

—Pero yo no entiendo ni una palabra de esto. Creo que todo se vuelve en contra mia: mis hijos, mis amigos... vos... en quien yo confiaba ciegamente.

—¡Yo..!

—Si, vos: me habeis dicho que os retirais de la servidumbre de la rei-

na... y vos me haceis mucha falta al lado de la reina... no contenta aun os haceis amiga de nuestra enemiga doña Clara, y amparais á mi enemigo don Francisco.

—¿Quereis que yo continúe desempeñando el cargo de camarera mayor?

—¿Que si quiero? os lo suplicaría de rodillas.

—Pues bien, continuaré siéndolo.

—¡Ah! ya sabia yo que no me abandonariais.

—Pero con una condicion.

—Hablad.

—Don Juan Tellez Giron no será molestado, por la estocada que tiene en el lecho á don Rodrigo.

—Os lo juro.

—Don Francisco de Quevedo no será preso.

—¿Pero qué causa hay que os obligue á protejer á esas gentes?

—No me pregunteis la causa porque no os la diré.

—¿Y estais empeñada?

—Empeñada de todo punto.

—¿Y si prenden á don Francisco?....

—No solo dejo de ser camarera mayor, sino que ofendida de vos...

—¿Ofendida de mí?...

—Si por cierto, porque habreis desatendido mi recomendacion... ofendida por vos, dejaré de ser vuestra amiga.

—No se prenderá á don Francisco, dijo trassudando Lerma, porque al decirlo, recordó el irritado empeño con que su hija pretendia que se le prendiese.

—Gracias, muchas gracias, dijo la duquesa levantándose: no esperaba menos de vos. Y ya que me habeis complacido, me vuelvo á mi casa.

—¿Pero seguireis en palacio?

—Sí.

—¿Y me ayudareis?

—Os ayudaré... y en prueba de ello, desconfiad del duque de Uceda y de la condesa de Lemos. Vuestros hijos son vuestros mayores enemigos.

—Será necesario destruirlos.

—Obrad con energía.

—Obraré. Pero decidme, ¿qué os ha dado don Francisco de Quevedo que asi os ha vuelto en su favor?

—Nada, no me pregunteis nada. Pero tened en cuenta que amo mucho á doña Clara Soldevilla, y que llevo vuestra palabra de que Quevedo no será preso.

Y saludando al duque salió.

El duque salió acompañándola y murmurando:

—Ese Quevedo debe de ser brujo.

Apenas el duque se volvió de haber acompañado á la duquesa hasta las escaleras, cuando un criado le dijo:

—Señor: Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor de su magestad, solicita hablar á vuecencia.

Lerma mandó que le introdujesen, y le recibió en su despacho.

Volvemos á tener en escena al mísero cocinero mayor.

Parecia haber enflaquecido desde la víspera, y sus cabellos antes entre canos, estaban completamente blancos.

Alrededor de sus ojos hundidos y escitados por una fiebre ardiente, habia un círculo rojo.

Francisco Martinez Montiño, habia llorado mucho.

Primero por su dinero: despues por su mujer y por su hija.

—Os he esperado con impaciencia, Montiño, le dijo con severidad el duque.

—Señor, escelentísimo señor, poderoso señor... dijo todo compungido y trémulo el cocinero mayor.

—¿Qué os mandé ayer? ¿qué me prometísteis ayer?

—¿Qué me mandó vuecencia? dijo espantado Montiño ¿qué prometí á vuecencia?

Se detuvo asustado, como quien no encuentra una contestacion satisfactoria á una pregunta importante.

Y luego rompió á llorar, y dijo en una de sus tremendas salidas de tono.

—Haga vuecencia de mí lo que quiera; pero yo no me acuerdo de nada.

—¿Que no os acordais? ¿habeis perdido la memoria?

—Lo he perdido todo, señor: mi dinero.... mi mujer.... mi hija....

Y en otra nueva y mas violenta salida de tono, añadió:

—¡Me han robado! ¡me han perdido!

—¡Que os han perdido...!

—¡Qué, señor! ¿quién ha dicho que me han perdido..? ¡mienten! ¡mienten! ¡bah! ¡la reina está sana y buena!

—¡Montiño! ¡qué decís de la reina!

—¡Yo! ¡bah! ¡yo no digo nada de la reina!

—Si, si... hay algo en vos que me aterra, no sé por qué... vuestros ojos... vuestra voz...

Y el duque se levantó, salió, cerró todas las puertas de modo que de nadie pudiesen ser oidos, y se volvió al lado del cocinero mayor, á quien asió violentamente de un brazo.

Habia recordado aquellas palabras que le habia dicho poco antes la duquesa de Gandia: «*sucede... sucede mucho... lo que pasó anoche en palacio...*» y una relacion misteriosa, terrible, se habia establecido en la imaginacion del duque, entre aquellas palabras de la duquesa, y las que acababa de oir, vagas, reticentes, respecto á la reina, al cocinero de su magestad.

—Oye.... le dijo el duque.... estamos solos: yo soy omnipotente en España.

—Lo sé, señor, lo sé... dijo Montiño.

—Puedo... ¿qué sé yo lo que puedo hacer contigo..? puedo, por un lado destruirte... por otro, enriquecerte.

—¡Señor..! ¡señor..! ¡que me lastimais!

—Y si no me respondes á lo que te pregunto, claro, muy claro..... mira: mando que traigan aquí mismo una silla de manos, que te metan en ella, y que te lleven á la Inquisicion...

—¡A la Inquisicion!..esclamó trémulo, acongojado el cocinero mayor.

—Y allí, encerrado yo contigo, á quien mandaré poner en el potro, te haré pedazos si no me contestas...

—¡Ah, señor! ¡señor! esclamó Montiño, cayendo de rodillas á los piés del duque... ¡esto solo me faltaba!

—Y, oye... añadió el duque, soltando á Montiño, y yendo á la mesa y escribiendo y trayendo despues el papel escrito á Montiño: si me respondes con verdad, y lo que me dices vale la pena, te doy este vale para que, al presentárselo, te pague mi tesorero mil ducados.

—¡Mil ducados, ó la Inquisicion y el tormento!

—Elige.

—Si... si... señor... pues... elijo... ¡los mil ducados!

Y tendió las manos al vale.

—Despacio, despacio, señor Francisco Montiño, dijo el duque sentándose en el sillon: antes es necesario que me respondais á lo que voy á preguntaros.

—Si puedo responderos, señor, lo haré con toda mi alma.

—Decidme: ¿por qué habeis dicho con terror que la reina, que su magestad está sana y buena?

—¡Yo...! ¿he dicho yo eso?... si, si señor... la reina está muy buena... su magestad goza de muy escelente salud.

—Montiño, estais pálido, aterrado cuando me decís eso: hablad, hablad por Dios: os lo mando, os lo suplico. Tengo antecedentes...

—¡Cómo! ¡sabeis, señor...!

—Si... si... sé que en palacio han mediado cosas graves.

—Pero sabreis tambien, señor, y si no lo sabe vuecencia yo lo puedo probar, que en tres dias no he parecido por las cocinas, y que soy inocente.

—¡Inocente! ¿luego era verdad? ¿luego se ha cometido un crímen?

—Señor... ¡yo no he dicho eso!

—Será preciso para que hableis, que yo me encierre con vos en la Inquisicion.

Y el duque se levantó.

—¡Ah! ¡no! ¡no señor! esclamó el cocinero agonizando de terror, sudando, estremeciéndose: yo lo diré todo.

—Hablad, pues.

—Habeis de saber, señor, que mi mujer...

—Pero si no se trata de vuestra mujer... esclamó con impaciencia el duque.

—Si, si, ya sé, señor, que no se trata de mi mujer; pero es necesario empezar por mi mujer.

—Veamos, veamos... seguid.

—Pues... mi mujer ha sido seducida por el sargento mayor don Juan de Guzman.

—¡Oh! ¿don Juan de Guzman enamora á vuestra mujer?... seguid, seguid.

—Y mi mujer se ha dejado enamorar de don Juan de Guzman.

—¿Y qué tiene que ver eso...?

—Tiene que ver mucho. Don Juan de Guzman, es ó era servidor de don Rodrigo Calderon.

—¡Ah!

—Y como don Rodrigo Calderon, ayudaba á los unos y á los otros, á vuecencia contra la reina...

—¡Montiño!..,

—Vuecencia me ha mandado decir la verdad.

—Seguid.

—Pues... ayudaba á vuecencia contra la reina, y al conde de Olivares contra el duque de Uceda y contra vos, y al duque de Uceda contra vos y contra el conde de Olivares, y traia enredado á todo el mundo, de cuyo enredo ha resultado el lance que le tiene en el lecho malherido, y un delito horrible...

—¡Un delito..!

—Oigame vuecencia, y llegaremos á ese delito.

—Seguid, seguid.

—Seducida mi mujer por don Juan de Guzman, ella sedujo á uno de los galopines de cocina... estoy seguro de ello... á Cosme Aldaba... y á un page de la reina... amante de mi hija, como don Juan de Guzman era amante de mi mujer.

—Acabad de una vez.

—Llegamos al crímen. Hoy por la mañana, apenas me ví libre de negocios, me fui á las cocinas... á cumplir con mi obligacion... y me encontré en ellas á ese infame Cosme Aldaba...

—No os entiendo bien... al resultadó... al resultado.

—El resultado ha sido, que se ha servido en el almuerzo de su magestad la reina, una perdiz envenenada.

El tio Manolillo, revelando aquel crímen al cocinero mayor, habia cometido una imprudencia gravísima: Francisco Montiño que en otra ocasion, por interés propio, hubiera guardado la mas profunda reserva, enloquecido, aterrado, fuera de sí, habia roto el secreto.

El duque de Lerma, pálido y desencajado, estuvo algunos momentos sin hablar despues de haber oido la frase: una perdiz envenenada.

Se levantó, y se puso á pasear á lo largo del despacho.

Temblaba: estaba aterrado.

—Pero no, no es esto lo que me indicó la duquesa de Gandia, no, no puede ser, decia paseándose... y luego... no me han llamado á palacio... este hombre está fuera de sí.... se engaña sin duda.... veamos.... dominémonos.

Y se detuvo delante de Montiño.

El cocinero mayor le miró de una manera que queria decir:

—Yo no he tenido parte en ese crímen.

—¿Y decís... que su magestad está buena? preguntó al cocinero mayor.

—Si, si señor, contestó Montiño: y el padre Aliaga tambien... acabo de hablar con él... y está bueno, y tiene buen color... y eso que el padre Aliaga almorzaba con su magestad la reina...

—¿Es decir, que no han comido de la perdiz...?

—No, no señor... yo creo que no... pero quien puede deciros eso... es... el tio Manolillo... el bufon del rey, que fue quien me lo dijo á mí.

—¿Pero cómo se sabe que esa perdiz estaba envenenada?

—Porque ha muerto un page que se comió lo que habia quedado en los platos de la reina y del padre Aliaga.

—Pero si quedó en los platos, debieron comer...

—No, porque el tio Manolillo, asustó á la reina...

—Yo creo que estais loco, Montiño: que lo que os sucede os ha trastornado el seso.

—Puede ser, puede ser, señor.

—No hableis de eso á nadie, porque si de eso hablais con otras personas, podeis dar en la horca... yo me informaré... aunque de seguro estais equivocado.

—¿Y por qué ha huido mi mujer, con mi hija y con el sargento mayor don Juan de Guzman, y con Cosme Aldaba, pinche de la cocina, y con Cristóval page de la reina... robándome...?

—Yo me informaré, me informaré... y veremos. Si se ha intentado el crímen, por lo que sucede... es decir... por lo que no sucede, es casi seguro que ese crímen se ha frustrado... si ha habido crímen, estoy seguro que estais inocente de él... se os conoce... y á mas... yo os conozco hace mucho tiempo: por dinero sois capaz de engañarme y de engañar á todos los que os paguen; de servir á personas enemigas, las unas contra las otras, á un mismo tiempo... pero no cometeriais un asesinato por dinero... estoy seguro de ello... callad, pues, acerca de ese atentado que yo lo averiguaré todo, sabré lo que hay de cierto y castigaré á quien deba castigar.

—¿Y no correré yo ningun riesgo?

—No, si sois inocente como creo.

—¿Y mandareis buscar, señor, á mi mujer, y á mi hija, y al dinero que me han robado?

—Si, si... pero volvamos al principio. ¿Recordais lo que os mandé? dijo el duque cambiando la conversacion.

—Me han sucedido tantas desdichas, señor... que estoy aturdido.

—Pues yo recuerdo perfectamente lo que os mandé. En primer lugar

os dije que fuéseis á visitar á cierta dama de quien se vale el duque de Uceda para pervertir á pesar de sus pocos años al príncipe don Felipe.

—Si, si señor, doña Ana de Acuña.

—Os di una gargantilla de perlas para ella.

—Si señor; y la gargantilla está en poder de esa dama.

—¡Ah! ¿la habeis visto?

—Si señor.

—¿Y cuándo la visteis?

—Con gran trabajo, porque se negaba á recibirme, anoche, ya tarde.

—¿Y que pasó en vuestra visita?

—Díjela que un altísimo personaje me enviaba á ella, y en prueba de su estimacion me mandaba entregarla una alhaja de gran precio. Entonces la di la gargantilla. Alegráronsela los ojos; pero puso dificultades... me dijo que no conociendo á quien aquel regalo la hacia, no debia recibirle...

—Pero al fin...

—Díjela yo, que quién la deseaba era tan alto personaje, que seria necesario para que no le conociese, que le recibiese sin luz.

—¿Y qué dijo á eso?

—Quiso echarme rudamente de su casa... hizo como que se irritaba... pero no me echó... al fin de muchas réplicas me dijo: no hay persona que no pudiera ofenderme con una solicitud tan estraña sino el rey.

—¿Eso dijo? esclamó el duque.

—Eso dijo.

—¿Y vos?...

—La dejé en su creencia.

—Habeis hecho bien: ¿y en qué habeis quedado?

—Doña Ana aceptó..... y cuando vuecencia quiera, yo la avisaré que... el rey... irá á verla, y la hora en que irá.

—Pues bien: avisadla que iré á verla esta noche. Despues vendreis y me direis á qué hora y qué seña... y me acompañareis...

—Muy bien, señor.

—Estoy satisfecho de vos por lo tocante á esa dama: pero os mandé ademas que diéseis una encomienda de Santiago á vuestro sobrino...

—Es que mi sobrino, no es mi sobrino...

—Si, si, ya sé que es hijo bastardo del duque de Osuna: pero esto no impide que le hayais dado de mi parte la encomienda que os dí para él.

—Os diré, señor: estaba tan turbado con lo que me sucedía, que se me olvidó: aquí está la encomienda, (y sacó del bolsillo el estuche que le habia dado el duque de Lerma, conteniendo una placa con la cruz de Santiago), y además, señor, hubiera sido inútil.

—¡Inútil! ¿por qué? ¿hubiera despreciado don Juan un favor del rey hecho por mi medio?

—No digo yo eso... pero don Juan es caballero del hábito de Santiago desde que nació, por merced del señor rey don Felipe II.

—¡Ah! dijo el duque con asombro; sin embargo, no hubiera estado de mas que don Juan hubiera sabido que tenia en mí un amigo.

—Perdonad mi olvido, señor; ¡pero me sucedian cosas tan cerríbles!..

—Guardad... guardad de nuevo esa cruz; llevadla de mi parte á don Juan, y decidle que venga á verme para recibir la cédula real. En este negocio habeis andado torpe...

—¡Señor! ¡me sucedian tales cosas!

—Veamos si habeis hecho otro encargo mio. Os dí una carta para la madre Misericordia...

—Y la contestacion está aquí... dijo con suma viveza Montiño: la tengo en el bolsillo desde ayer.

El duque leyó aquella carta.

En ella, por instigacion del padre Aliaga, como dijimos en su lugar, la madre Misericordia desvanecia todas las sospechas del duque acerca del género del conocimiento que podia existir entre su hija y Quevedo.

Pero como el duque sabía ya por su misma hija que era amante del tremendo poeta, no pudo menos de fruncir el gesto.

—¡Con que es decir que tambien mi sobrina la abadesa de las Descalzas reales me engaña! dijo para sí; ¡con qué es decir que todos me abandonan, y que ahora sé menos que nunca en dónde estoy! Es necesario atraernos decididamente á Quevedo, y si nos pone por condicion perder á don Rodrigo, hacer una de *pópulo bárbaro*, la haremos... aprovecharemos despues la primera ocasion para dar al traste con Quevedo... ó cuando menos... sirviéndole, conservaremos nuestra dignidad esterior... Esto es preciso, preciso de todo punto.

Y luego añadió alto, tomando el vale de los mil ducados, y dándoselo al cocinero:

—Hasta cierto punto me habeis servido bien: seguidme sirviendo, y os haré rico.

—¡Ah! bastante falta me hace, señor, porque la infame de mi mujer me ha dejado arruinado, esclamó Montiño volviendo de una manera tremenda á su pensamiento dominante.

—Yo haré que prendan á vuestra mujer. Dejadme su nombre, sus señas, las de vuestra hija, y las de esos otros.

El cocinero escribió con cierto sabroso placer, y entregó el papel que habia escrito al duque.

—En cuanto á lo que sospechais respecto á ese crímen que decís intentado contra su magestad, guardad por vos mismo el mas profundo secreto.

—¡Oh! no temais señor: yo no sé cómo lo he dicho á vuecencia: ¡estaba loco!.. pero ahora con el amparo de vuecencia es distinto... distinto de todo punto... empiezo á vivir de nuevo.

—Id, pues, á ver á doña Ana, y convenid con ella, á qué hora podré verla esta noche.

—Iré señor.

—Y volved á avisarme.

—Volveré.

—Buscad á don Juan Tellez Giron, y dadle de mi parte esa cruz.

—Le buscaré.

—Podeis iros Montiño, confiando en mí.

—Perdonad, señor, pero antes tengo que deciros algo.

—¡Qué!

—¡La Dorotea..!

—¡Dorotea!

—Si, si señor: Dorotea la comedianta, me ha dado para vuecencia esta carta.

El duque la leyó.

—¡Dorotea! esclamó para sí el duque: Dorotea es... yo no sé lo que Dorotea es del bufon del rey... esta muchacha me ama... la deslumbro... pues bien... me conviene ir á verla... Tranquilizaos é id en paz, dijo en voz alta dirigiéndose á Montiño.

—Beso las manos á vuecencia, y le doy gracias por tanto bien como me hace.

—Id, id con Dios buen Montiño, dijo el duque abriendo una puerta para que el cocinero saliera, y confiad en mí.

Montiño salió haciendo reverencias al duque.

Cuando el duque quedó solo, mandó poner una litera, y cuando esta

estuvo corriente, salió de su casa, sin acordarse de revocar la órden de prision que á instancias de su hija habia dado contra Quevedo.

Lerma estaba tan trastornado con lo que le acontecia, como con sus asuntos el cocinero mayor.

La duquesa de Gandía, por el momento habia interpuesto en balde, respecto á Quevedo, su influencia para con el duque.

Este se hizo conducir en derechura á casa de la Dorotea.

CAPITULO LVIII.

De cómo Dorotea era mas para con el duque, que el duque para con el rey.

Dijimos al final del capítulo LIV, que cuando Casilda, la doncella de Dorotea, anunció á su señora la llegada del duque de Lerma, la Dorotea escondió á Quevedo en su dormitorio, á fin de que pudiese oir su conversacion con el duque de Lerma, y que luego, quitado de en medio cuanto podia parecer estraño al duque, se sentó en el hueco de un balcon, y se puso á estudiar su papel de reina Moraima.

El duque entró al fin, grave, espetado y con el sombrero puesto como tenia de costumbre.

Al verle la Dorotea se levantó, arrojó el papel sobre una silla, y se inclinó ceremoniosamente en una cumplida reverencia ante su hinchado amante.

—Mil gracias, señor, le dijo, pues al fin os dejais ver de esta pobre mártir.

Y puso un sillon al duque.

—¿Cómo os va, Dorotea? dijo este sentándose y estendiendo hácia la jóven una mano, que esta estrechó con respeto.

—Me va muy mal, dijo la Dorotea sentándose bruscamente en un taburete á los piés del duque, y esto no puede continuar asi.

—¿Qué decís, señora?

—No me llameis señora, dijo la Dorotea: yo no soy señora, soy una comedianta; una mujer que ha nacido para vivir libre como los pájaros, cantando siempre de rama en rama... para estar alegre, para gozar.... para tener un amante... un verdadero amante que la ame, y no la trate con esos insoportables miramientos con que vos me tratais... que no se pase los dias sin verla... que no la olvide por nada... que no se vea obligada á llamarle señor, mas que de su alma... y esto dulcemente... en fin, que no la aburra, que no la entristezca, que no la fastidie.

—Indudablemente estais de muy mal humor, Dorotea.

—Teneis razon, estoy de un humor endiablado.

—¿Y qué quereis..?

—Que acabemos de una vez: yo no sé aun lo que soy para vos.

—¿Que no lo sabeis?

—Quiero no saberlo, aunque vos me lo decís claramente con vuestra conducta.

—Pero en fin... ¿qué creeis vos?

—Creo que yo para... vuecencia... soy... asi, como una cosa que se tiene por vanidad... porque cuesta muy cara.

—¡Oh! ¡oh!

—Ni mas ni menos: vos supísteis que habia en la córte una mujer que habia despreciado las ofertas, los regalos, las súplicas de los señores mas principales y os digísteis... por vanidad, por pura vanidad: es necesario que esa mujer sea mia, cueste lo que cueste, valga lo que valga: es necesario que como soy el dueño de la primera persona del reino, lo sea tambien de esa dificultad viviente. Es necesario que yo humille la vanidad de los demás.

—¿Y me habeis llamado para esto?

—Cierto que si: para deciros que de vanidad á vanidad, la mia es mayor que la vuestra.

—¡Ah! ¡vuestra vanidad!

—Ciertamente: ¿habíais creido que yo os amaba?

A esta inesperada pregunta de la Dorotea, el duque puso un gesto imposible de describir, en que lo que mas se determinaba era una contrariedad terrible.

La Dorotea soltó una larga carcajada.

—Pues no os amo, ni os he amado nunca, ni os puedo amar, dijo inmediatamente despues de la carcajada.

—¡Señora! dijo el duque pálido de cólera.

—No me llameis señora, ya os lo he dicho: llamadme Dorotea: no os irriteis tampoco: debeis apreciar el que yo os diga la verdad. Y ademas si no os amo, no es porque no quiera amaros, sino porque no lo mereceis.

—¡Que no lo merezco!

—No, porque no me amais. El corazon se rinde al amor, y el amor es tan libre, que todos los tesoros del mundo no bastan para comprarle: ¿cómo he de amaros yo, si, desde que os conocí, estoy quejosa de vos?

—¡Quejosa! ¿Qué habeis querido que no lo hayais tenido?

—¡Bah! si yo he aceptado vuestros regalos, no ha sido porque me hagan falta, sino porque mi vanidad se halaga con los sacrificios que vuestra vanidad hace por mí.

—¡Sacrificios! ¿creeis que me he visto obligado á hacer sacrificios para complaceros?

—Si.

—Os equivocais.

—Cuando se me ocurrió tener una casa mia, amueblada á mi gusto ostentosamente, como la de un grande de España, con bodega, y despensa provista de los mejores vinos y de los mejores manjares del mundo, os vísteis apurado.

—Os juro que no.

—No me dijísteis ni una palabra en contra, ni hicísteis nada, ni siquiera un gesto que pudiera indicar que mi peticion os disgustaba: por nada del mundo hubiérais pronunciado la palabra *no quiero*. Yo lo sabia, pero queria que la vanidad de decir, de que supiese todo el mundo que yo era vuestra querida, os costara muy caro: y no me contenté con la casa, y con los muebles, y con la cocina, y con los criados, y con la carroza, y con el camarin forrado de raso en el Coliseo: no, no señor: os pedí diamantes, y perlas, y brocados, y sedas, y plumas, y encajes..... habeis gastado conmigo un tesoro, solo por hacer rabiar á los otros grandes y decirles: yo soy mas que vosotros, mucho mas que vosotros: yo tengo todo lo que vosotros no podeis tener, desde el rey hasta la cómica... y ellos rabian... y como lo que me habeis dado es el precio de la rabia que haceis tener por mí á mas de tres, no os agradezco lo que me habeis dado, y lo doy á mi vez á quien quiero.

—Si sé para lo que me llamabais, no vengo.

—Y yo creo que vos no habeis venido porque os he llamado, que os he llamado otras veces y no os ha faltado pretesto para no venir: creo

que habeis venido para algo que os conviene... sobre todo de dia y viéndoos las gentes...

—Dejemos esta conversacion, Dorotea.

—Por el contrario, sigámosla para que lleguemos adonde debemos llegar.

—¿Pues qué, tenemos que llegar aun á alguna parte?

—¡Vaya!.. pero continuemos. A mí no me hacia falta, absolutamente falta nada de lo que me habeis dado: me trataba muy bien antes de conoceros, y tan cierto es esto que os he llamado para devolveros todo eso, y salir antes que vos de esta casa, si no quedamos en lo que hemos de quedar.

—¡Qué decís!

—Digo... que... sino sois enteramente mio, como el rey lo es vuestro, tomo ahora mismo por amante.... ¿á quién diré yo?... á un aposentador muy rico, que anda enamorado de mí, y á quien puedo arruinar en tres dias.

—¿Pero estais loca?

—Y todo el mundo dirá, conociéndoos, al ver que os dejo: mal debe de andar el duque de Lerma; su querida, que es una cómica interesada donde las hay, le ha dejado por un aposentador... luego el duque puede menos; ved de qué modo una cómica puede poner á vuecencia, secretario de Estado universal del rey, por debajo de un cualquiera, de un hombre burdo, de un aposentador.

—¿Y seríais capaz?... ¿hablais sériamente?

—Tan sériamente, que voy á empezar á deciros lo que quiero.

—Veamos, veamos lo que quereis.

—Quiero, en primer lugar, ocupar el lugar que me corresponde.

—¿Pues qué no le ocupais?

—No por cierto. Las queridas de los grandes hombres, son ó deben ser mas que sus queridos. Deben partir con ellos el poder, la autoridad, deben ser omnipotentes. ¿Qué importa que la querida sea una cómica? al elegirla, el grande hombre la ha igualado á sí: esto no admite réplica porque la querida de un grande hombre, debe ser una gran mujer, y sino lo es, algo hay de vano en el hombre á quien todos tienen por grande.

—Esa mujer puede tener como vos una gran hermosura...

—No me estravieis; no me respondais. No será muy grande su hermosura, sino enloquecen al grande hombre.

—Los negocios no son para las mujeres: para las mujeres las delicadezas de la vida, la buena casa, la buena mesa, las joyas, las galas, las sedas, las pieles... y el amor. Los cuidados graves, deben quedar para los hombres.

—Decís bien, cuando los hombres no son torpes.

—¡Cuando los hombres no son torpes! esplicaos mejor; ¿me teneis por torpe, Dorotea?

—Por torpísimo; y como yo soy orgullosa, sumamente orgullosa, me mortifica que mi poderoso amante sea burlado.

—¡Burlado!

—Como que no sabeis donde estais de pié.

—¡Vos tambien! ¡vos tambien os habeis convertido en esa voz que por todas partes me avisa!

—Si... si por cierto: yo os aviso con mas interés que nadie.

—¿Pero de qué me avisais?

—Os aviso de que... debeis mudar de amigos.

—¡De amigos!

—Porque los que os fingen amistad, os venden.

—Hablad mas claro.

—Don Rodrigo...

—¡Herido!.. ¡medio muerto!..

—A causa de sus traidores enredos.

—Creo que erais muy amiga suya, Dorotea, y aun algo mas que amiga.

—Pues ahí vereis: cuando yo de repente me vuelvo en contra de don Rodrigo, algo debe de haber. Don Rodrigo, como pretendió robaros la querida, ha pretendido y pretende robaros de una manera villana el favor de su magestad.

—Hablad, hablad Dorotea: decidme todo lo que sepais.

—Para abreviar, solo os diré que desconfieis de todos los que hasta ahora se han llamado vuestros amigos, y que busqueis para ayudaros, porque no hay hombre sin hombre, á alguno que os haya dicho frente á frente que es vuestro enemigo.

—¿Habeis querido que os pregunte quién es ese hombre?

—Puede ser.

—Pues bien, ¿decidme cómo se llama?

—¿No conoceis entre vuestros enemigos alguno tan noble y tan grande que no pueda confundirse con ninguno otro?

—¿El duque de Osuna?

—Si: pero no os hablo de él; aunque el que yo digo anda cerca de él.

—¡Quevedo! ¡pero si Quevedo no quiere ser mi amigo!

—Mereced su amistad.

—¡Merecer su amistad! dijo con orgullo el duque.

—Si por cierto: bien merece Quevedo, por sabio y por ingenioso, que se merezca su ayuda.

—¿Conoceis tambien á ese hombre?

—Si por cierto, y porque le debo muy buenos consejos, creo que vos podreis debérselos tambien, si conseguís que os trate con la buena amistad que á mí me trata.

—Ese hombre es tenebroso.

—Para los que no tienen ojos para mirarle.

—Le temo.

—Haceis mal en temerle, porque es el único hombre que os puede salvar.

—Pero, señor, ¿qué ha dado don Francisco á todo el mundo, que asi todo el mundo me habla de él, y las personas que mas estimo, que mas quiero, se ponen de su parte?

—Eso consiste en que teneis personas que os aman, que saben que vuestro favor con el rey está amenazado, que quieren salvaros y que no encuentran otro mejor medio de salvacion que don Francisco de Quevedo.

—¿Donde vive don Francisco? dijo Lerma profundamente pensativo.

—En mi casa.

—¡En vuestra casa!

—Si por cierto: aquí le doy mesa y lecho; pero no para un momento: anda en ciertas diligencias del duque de Osuna, y concluidas que sean se marcha á Nápoles. Por lo mismo, es necesario que os apresureis á atraérosle.

—¿Y está por acaso en casa?

—No por cierto.

—¿Pero vendrá?

—Vendrá indudablemente á la tarde.

—A la tarde vendré yo. Entre tanto y ya que en tal asunto nos hemos entrometido, Dorotea, voy á deciros francamente la razon de haber yo venido á veros.

—¡Ah! ¡ya sabia yo que no veníais porque yo os habia llamado!

—Hubiera venido mas tarde, á la noche.

—Veamos á que habeis venido.

—¿Qué es vuestro, el bufon del rey?

—¿El tio Manolillo? es mi padre.

—¡Vuestro padre!

—Es decir, padre en toda la estension de la palabra no: ¿pero qué nombre quereis que dé al que me ha criado á costa de privaciones de todo género, al que vela por mí, al que me ama como ninguno es capaz de amarme?

—Teneis razon: y decidme: ¿cómo haré yo para atraerme á ese hombre?

—Siendo desde ahora todo mio: haciéndole creer que me haceis feliz.

—Lo creerá. Decidle que vaya esta noche á verme encubierto á mi casa al oscurecer.

—No le dejarán entrar.

—Que presente esta sortija en mi casa, dijo el duque quitándose una del dedo y entregándola á Dorotea.

La jóven conoció á primera vista que aquella sortija era de gran valor.

—Procuraré dejaros tan satisfecho de mí, dijo el duque levantándose, que no querais poner en mi lugar á ese aposentador.

—Lo veremos... ¿pero os vais?

—Si, es ya tarde y voy á palacio.

—No quiero deteneros, señor: ¿pero volvereis?

—Si, esta tarde: si para cuando yo llegue ha venido don Francisco, cuento conque me le tendreis entretenido.

—Se me ocurre una idea; comed hoy conmigo: os trataré bien y sobre todo Quevedo comerá con nosotros.

—Vengo en ello: comeremos juntos los tres: pero por ahora adios.

—Id con Dios, señor duque.

Lerma salió y Dorotea le acompañó hasta la puerta. Cuando oyó el ruido del carruaje del duque volvió á la sala.

En ella estaba ya Quevedo.

—Confieso que mereceis mucho, hija Dorotea, esclamó; habeis evitado que me prendan del modo que mas me convenia á mí, y que menos os compromete á vos. En cambio yo prometo curaros de ese amor homicida que se os ha metido por el alma, que es lo que mas necesitais y lo mejor que se puede hacer por vos.

—¡Ay, don Francisco, que creo que este amor me va á costar la vida!

—El amor no mata mas que en las comedias de autor tonto: no se despega á tres tirones el alma de la carne, y el tiempo... vamos, vamos, no hay que pensar mucho en ello; y como tengo harto que andar y estoy seguro de que no me han de prender, quedad con Dios, hasta la tarde, en que hemos de comer juntos, el duque, vos y yo.

Y Quevedo salió.

—Casilda, dijo la Dorotea cuando se quedó sola: que vaya Pedro al coliseo, y que avise de que esta tarde no puedo representar. Estoy muy enferma.

CAPITULO LIX.

Lo que hace por su amor una mujer.

Con tanto accidente habiásele olvidado al duque de Lerma revocar la órden que habia dado á Santos, su secretario, para que prendiesen á Quevedo.

Y esto no tenia nada de estraño.

El pobre duque estaba tan acosado por todas partes de recelos, tan asustado por avisos, y era tan grave lo que acerca de la reina le habia dicho Francisco Martinez Montiño, que su cabeza se habia convertido, como decimos los españoles, en una olla de grillos.

El único, el esclusivo pensamiento de Lerma cuando salió de casa de la Dorotea, fue encaminarse á palacio en busca de algo exacto, de algo que ver por sí mismo.

El duque de Lerma no habia visto nunca nada, por mas que habia procurado ver y sin embargo reincidia en poner á prueba su mala vista.

Pero si el duque de Lerma se habia embrollado, no aconteció lo mismo á su hija doña Catalina.

Ella tenia muy buena vista y ademas tenia concentrada toda su atencion, todo su cuidado en un objeto: en que no se la escapára Quevedo.

Y como no confiaba demasiado en su padre, no dejó abandonado á su padre el negocio, ni se fió de otra persona que de sí misma.

Doña Catalina estaba enamorada, y á mas de enamorada, irritada.

Temia haber sido burlada por Quevedo, y esto la hacia temblar de indignacion.

Le habia abierto su alma y sus brazos, y la condesa de Lemos era demasiado altiva, demasiado honrada, demasiado pura, para permitir que el único hombre por quien se habia olvidado de todo, se desprendiese de sus brazos riendo.

Asi, pues, cuando salió de casa de su padre y se metió en su silla de manos, se hizo llevar á una tienda inmediata, donde tomó una silla y se ocultó tras de la puerta.

—Rivera, dijo á un hombre embozado que acompañaba á la silla de manos; id, entrad casa del duque, buscad á su secretario Santos, y decidle de mi parte que venga.

Rivera, criado de confianza de la condesa, fué á cumplir las órdenes de su señora; poco despues entró en la tienda con Santos.

La condesa se dirigió entonces á la tendera que estaba admirada y aun enorgullecida, por tener á una tan gran señora y tan hermosa en su casa.

—Necesito, la dijo, un lugar donde hablar á solas con este hidalgo.

La tendera abrió la compuerta del mostrador, y manifestando servicialmente á la condesa, que su casa, ella y su familia estaban á su disposicion, la llevó á la trastienda.

Siguió Santos á la condesa, y cuando quedaron solos entre sacos de garbanzos, castañas y judías, la condesa dijo al secretario del duque:

—¿Os ha dado mi padre alguna órden?

—Su escelencia me da muchas todos los dias, señora, contestó respetuosamente Santos.

—Una órden de... prision.

—Efectivamente, señora: su escelencia me ha dado órden de que mande en su nombre á un alcalde de casa y córte, que prenda á...

—¿Don Francisco de Quevedo?

—Si señora.

—Don Francisco es caballero del hábito de Santiago y no puede ir á la cárcel, dijo doña Catalina.

—Se le prenderá en su casa.

—Don Francisco no tiene casa en Madrid... por ahora.

—Se le llevará á una torre del alcázar.

—Estaria demasiado cerca del rey.

—La torre de los Lujanes...

—Es demasiado honor para un simple caballero, que le encierren donde ha estado encerrado un rey de Francia.

—Le llevaremos á un convento.

—Quevedo se serviria de los frailes.

—Consultaré, pues, á su escelencia.

—¿El duque no os ha indicado el lugar de la prision de Quevedo?

—No señora.

—Ha sido un olvido. Mandad al alcalde que le envie resguardado por una guardia de cuatro hombres al alcázar de Segovia.

—Su escelencia no me ha dicho eso.

—Mejor... mucho mejor.

—No comprendo á vuecencia.

—¿Creeis que merece la pena el servirme á mí?

—¡Oh, señora! vuecencia puede disponer de mí como de un esclavo.

—Gracias, Santos, gracias: de mi cuenta corren vuestros adelantamientos: por lo pronto guardad esto en memoria mia.

La condesa se sacó del seno un relicario de oro guarnecido de perlas y diamantes y del hermoso cuello la cadena de que pendia.

Habia algo de tentacion en dar á un hombre una prenda tan íntima, cuando podia haberle dado una de las ricas sortijas que llevaba en las manos.

Aquello podia tomarse por un favor.

Santos era jóven, buen mozo é hidalgo, y las mujeres, aun las de mas alto coturno, han dado en todos tiempos tales ejemplos...

Santos á quien doña Catalina parecia deliciosa, como lo parecia á todo el mundo, porque en efecto lo era, y mucho mas cuando ella tenia interés en parecerlo de una manera enérgica, se turbó, se puso pálido, guardó el relicario en lo interior de su justillo por la parte del corazon, y tartamudeó algunas palabras.

Doña Catalina le habia dado un golpe rudo.

Y para hacer mas terrible aquel golpe, los ojos poderosos de doña Catalina, medio velados por sus sedosas pestañas negras, arrojaban sobre él fuego; le miraban de una manera tal que... Santos hubiera dado su alma al diablo porque aquellos ojos le hubiesen mirado de una manera mas clara, porque le hubiesen prometido, aunque remotísimamente, algo.

Pero la intensa y ardiente mirada de la condesa era incomprensible.

—¿Estais enterado de lo que debeis hacer? dijo doña Catalina cuando vió que tenia á Santos rendido á discrecion.

—Sí, si señora, contestó Santos reponiéndose: pero suplicaria á vuecencia me dijese claramente punto por punto...

—Oid: ireis á buscar al alcalde de casa y córte mas duro, mas valiente, mas á propósito para no dejarse engañar por Quevedo.

—Ruy Perez Sarmiento, es que ni pintado.

—Bien: direis á ese señor... le mandareis que, sin perder un momento, suelte por Madrid cuantas rondas de alguaciles pueda en busca de don Francisco. Todos le conocen. Encargadle que los alguaciles sean bravos por si Quevedo arrastra de espadas.

—Es decir: que le prendan muerto ó vivo.

—¿Quién ha dicho eso? esclamó la condesa con impaciencia y cólera: que le prendan vivo y sin tocarle con las espadas: seis hombres bien pueden apoderarse de uno solo por valiente que sea, sin herirle.

—¡Ah! muy bien, señora.

—En seguida... si es de dia, que le metan en una litera y le lleven á una de mis casas desalquiladas... mi criado Rivera os llevará á ella...

—Muy bien, señora.

—Luego... cuando sea de noche y en la misma litera, que le saquen, resguardado por cuatro alguaciles á caballo, para Segovia.

—¿Cuatro alguaciles no mas? ¿y si se escapa?

—Que sean buenos los cuatro.

—Ahora bien: vuecencia comprenderá que sobre mi carga la responsabilidad del envio á Segovia de don Francisco.

—No importa: si el duque de Lerma os hace cargo, decidle que habiais entendido la órden de llevarle á Segovia.

—Su escelencia tiene muy buena memoria.

—Y bien: todo puede reducirse á que os despida, y á que si ahora sois secretario de mi padre, lo seais despues mio.

—¡Oh, noble condesa!

—Con qué, ¿habeis comprendido bien lo que os he dicho?

—Si si, señora: prender á don Francisco sin herirle ni maltratarle, aunque resista: llevarle adonde Rivera me diga, y á la noche, enviarle en una litera, cerrada, con una guarda de cuatro alguaciles á caballo, al alcázar de Segovia.

—Al punto de oscurecer.

—Muy bien, señora.

—Recordad que esto es lo primero que os mando.

—Soy enteramente vuestro, señora.

—Pues no perdais tiempo.

—Guarde Dios á vuecencia.

—Adios.

Santos salió, embriagado, fascinado, loco, porque la condesa, sin concederle nada, sin dar lugar á ninguna suposicion de parte de Santos, habia sido con él una gran coqueta.

Despues salió de la trastienda doña Catalina, dió algunas monedas de plata á la tendera, se metió en la silla de manos, y mandó que la llevasen á su casa.

Cuando entró en ella, se encerró en su recámara con Rivera.

—Voy á encargaros, le dijo, de una comision muy reservada, y tanto, que si cumplís bien, os saco una bandera para Flandes, y antes de dos años, os hago capitan de infantería.

—Sin eso, señora, podeis mandar.

—¿Qué casa tengo yo desalquilada en un lugar retirado de Madrid?

—Vuecencia tiene una á la malicia en la calle de la Redondilla.

—Pedid las llaves de esa casa, y, con ellas, idos á acompañar encubierto á Pelegrin Santos, secretario del duque de Lerma, y haced lo que él os mande.

—Muy bien, señora.

—En seguida, buscad un hombre bravo y de puños, que tenga conocimiento con algunos como él, y avisadme cuando le tuviéreis.

—Muy bien, señora.

—Idos; pedid las llaves de esa casa, y buscad en seguida, con ellas, á Pelegrin Santos.

Rivera se inclinó y salió.

La condesa de Lemos, sobreescitada, trémula, enamorada, se quedó profundamente pensativa, y devorada por la impaciencia, paseándose á lo largo de su recámara.

CAPITULO LX.

De cómo le salió á Quevedo al revés de lo que pensaba.

Entre tanto el buen ingenio habia salido de la casa de la Dorotea pensando para sus adentros, mientras atravesaba las calles en derechura del alcázar, bajo la tenaz lluvia que no habia cesado hacia tres dias:

—Esa pobre chica, me dá compasion, y me siento ademas agradecido: confiésola una gran mujer: deberémòsla por los buenos oficios que nos hace, el salir de este atolladero, sin sacar del mas que el lodo; pero con arrojar en Nápoles las botas hemos concluido: paréceme que resurrezco, que por envuelto me he dado y á pique de desconfiar de mí mismo; el médico de su magestad dice que no hay que tener cuidado alguno; que Margarita se encuentra en muy cabal salud... por aquí la divina providencia ha evitado un crímen... un crímen horrible: Lerma está confiado y sigue durmiendo; Dorotea aleccionada por mí le engañará de tal modo que tendré tiempo para llevarme á los recien casados: despues... si mi doña Catalina me ama... vamos no hay que pensar en ello... llevármela seria tocar á badajo perdido la campana del escándalo... será necesario que se cure y yo tambien necesito curarme... el tiempo y la paciencia y la conformidad... bendito sea Dios que nos ha criado para pelota en manos de chicos... vamos adelante, vamos... yo haré que la Dorotea se cure... y olvide... doña Catalina olvidará... y yo... yo... ¡bah! ¿qué importo yo? Seguiré vengándome de lo que el mundo me hace sufrir, obligando al mundo á que se ria, como un necio, de sí mismo.

Llegaba entonces al alcázar y entróse resueltamente en él, con la frente descubierta y alta: como quien no tiene por qué temer.

Sin embargo, reparó en que en el zaguan de la puerta de las Meninas, por donde se habia metido en el alcázar, habia dos alguaciles de córte.

—¿Cuervos tenemos? esclamó: cerca anda carne muerta... tormenta está aparejada para alguno. Dios le ayude.

Y se encaminó con su forzada lentitud á la primera escalerilla.

No sabia Quevedo, no podia pensarlo, despues de lo que habia oido en la casa de la comedianta entre esta y el duque de Lerma, que la tormenta se preparaba para él; que él era la carne muerta, esto es, el hombre preso, á cuyo olor iban aquellas aves de rapiña.

Apenas se perdió Quevedo por las escalerillas, cuando uno de los alguaciles se echó fuera del alcázar, mas ligero que un rehilete.

Entre tanto Quevedo, atravesando callejones y galerías, se entró en el aposentó de doña Clara Soldevilla.

Don Juan se calentaba al brasero y doña Clara escribia.

—Consuela este olor, dijo Quevedo entrando.

—¡Ah, mi buen amigo! dijo don Juan.

—¡Ah, don Francisco! esclamó doña Clara: ¿de qué olor hablais?

—Huele aquí á contento, á paz, á alegría, á amor... Dios os bendiga, mis amigos, que teneis sol claro en dia de lluvia, y que vivís mientras otros se aperrean. ¿Y qué bueño haceis, diosa?

—Escribo á mi padre largamente: antes habíale escrito una brevísima carta, pero no me basta. Estoy impaciente porque mi padre sepa punto por punto...

—¿Es decir que os habeis metido á letrado...?

—No os entiendo.

—Esplicáreme: la historia de vuestro casamiento, mis buenos amigos, es un proceso. Largo habreis de escribir si de todo habeis de dar cuenta, y es grande lástima que la tinta ponga negros unos dedos tan rosados. Dejadlo eso para mí, señora, que todo lo tengo negro, hasta la esperanza, y venios aquí al amor de la lumbre y escuchadme, que tenemos harto que hablar.

Dejó doña Clara la pluma y luego la mesa, y fué á sentarse junto al brasero entre su marido y Quevedo.

—¡Vive Dios! esclamó Quevedo, que estoy viendo en vos una esperiencia, doña Clara.

—¡Una esperiencia!

—¡Si pardiez! los ojos y la razon engañan.

—Esplicaos.

—¡Si sois mas doncella hoy que ayer! dijo Quevedo mirando de una manera profunda á doña Clara.

Púsose la jóven vivísimamente encendida.

—Con las mujeres me reconciliais, señora; yo las tendria á todas por partículas del diablo, y confiésome engañado: si quereis ser mas feliz, don Juan, sois usurero, y no mereceis respeto, que en vuestra mujer teneis un cielo.

—¿Sabeis que venís muy adulador, don Francisco?

—Adulado me vea yo, que es el mayor desabrimiento que puede probar el que no ha nacido tonto, sino son borbotones del corazon mis palabras, y faltéme aire sino es verdad que el corazon no me cabe en el pecho. ¡Ah, manos de marfil vivo, esclamó tomando entre las dos suyas una de las hermosas manos de doña Clara, y qué corona de gloria habeis puesto sobre la frente de mi amigo!

—Pues no soy completamente feliz, dijo don Juan.

—Alumbradme ese concepto á fin de que yo le vea, que tenebroso es y encrucijado y capaz de hacer perderse en un laberinto al mas diestro. ¿Mayor felicidad pedís que una mujer toda alma, tan delicada como el alma el cuerpo y tan hermosa como el cuerpo el alma? ¿qué mas blancura que la de la nieve que nadie ha pisado? ¿qué calor mas dulce que el de este sol de primavera al que no empañan nubes...?

—Muy poeta andais, don Francisco, amigo mio, dijo doña Clara: ¿me haceis la merced de que hablemos de otra cosa?

—Poeta de verdades soy cuando os admiro, hija mia, y digoos hija, porque aunque casi soy mozo en años, y negros tengo los cabellos, peinome hace mucho tiempo canas en el alma, y desengaños padezco y esperiencias lloro. Ni he tenido yo como don Juan la fortuna de encontrarme dentro de un jardin tal como vos, que si encontrádome hubiera, echado me habria á su sombra sin que cosa en el mundo fuera bastante á despertarme del sueño. Espántame, pues, y razon tengo, de que don Juan pida mas felicidad teniéndoos á vos, y conjúrole á que su concepto me esplique, porque tanto le quiero que me doleria haberle de tener de aquí en adelante por tonto ó por malo.

—No soy completamente feliz, dijo don Juan, porque me creo de poco valor, comparado con mi doña Clara.

—¡Ah! dijo la jóven,

Y aquella esclamacion era una protesta dolorosa.

—Perdonarse deben las necedades á los que aman, porque el amor ciega: escrupuloso andais mas que monja, y os meteis á apreciar lo que á vos no toca. Bien me sé yo, que doña Clara no piensa otro tanto.

—¡Oh! ¡no!... pero os ruego don Francisco...

—Si, si por cierto... vamos á lo que importa: es el caso que yo tengo mucho sueño.

—¡Oh! ¡teneis sueño amigo mio!... pues bien, en vuestra casa estais: voy...

—Estaos queda... tengo mucho, muchísimo sueño: necesito urgentemente dormir, y en Madrid no duermo... es decir, no paso en Madrid esta noche, á lo menos por voluntad mia.

—¡Cómo! ¿nos dejais?

—¡Dejaros! dejárame yo primero las antiparras, sin las cuales soy hombre muerto! ¡buena cuenta daria yo al duque de Osuna! llévoos conmigo, y por lo tanto, os dije que cartas eran vanas: que la mejor carta para el duque, lo serán sus hijos: asunto es no mas que de algunos cientos de ducados y de camisas limpias. Dejemos á Madrid á oscuras, amanezcamos muy lejos, y veamos á Neptuno dentro de ocho dias, embarcados con rumbo á Nápoles: que os afirmo que mientras aquí estemos, ni duermo, ni descanso, ni vivo: cerrado está el cielo, de llover no cesa, y temo que esto pare en diluvio que nos ahogue. Conque sus, y en vez de hacer procesos, señora, haced cofres, y mientras se pide licencia á sus magestades, el coche se apareje y huyamos, antes de que llegue el caso de que cuando queramos huir, no sea tiempo, y creedme y no disputemos, que allí teneis entrambos los padres, y si vos dejais de ser dama de la reina, doña Clara, sereis señora en vuestra casa: y á falta de la tercera compañía de la guarda española, tendreis vos allí, don Juan, los no menos bravos alabarderos de la guarda del virey.

Quedáronse atónitos los dos jóvenes á estas palabras de Quevedo y guardaron por algun tiempo silencio.

—¡Tan pronto! ¡tan de repente! dijo al fin doña Clara. ¿Qué motivo puede haber?...

—Motivo y aun motivos. Es el primero, que yo no estoy muy seguro, y tanto, que sino estoy preso, en engaños consiste que no pueden durar mucho tiempo.

—¿Pero esos motivos?

—¿Olvidais que don Rodrigo Calderon está malamente herido, y que

es vuestro esposo quien asi le ha maltratado? dijo Quevedo de una manera profunda.

—Pero hasta ahora... dijo don Juan.

—Si, hasta ahora... y gracias á que el duque de Lerma está mareado, nadie nos ha dicho una palabra; pero en la córte, los mareos salen por donde entran; se amaña en minutos lo que parecia imposible, y el viento cambia de tal modo, que el que era céfiro blando para alguno, se le convierte de repente en huracan que le echa por tierra: particularmente yo, si paro algunas horas mas en Madrid, doyme por embargado, y por algun tiempo, porque yo no he de hacer ni puedo hacer lo que seria necesario hacer para no ser encerrado. Y si me encierran, yo no respondo de nada; porque enemigos crueles teneis vos, doña Clara, y vos, don Juan, aunque solo hace tres dias que estais en la córte, no los teneis menos. Creedme, que yo nunca hablo en balde, y pienso mucho lo que digo antes de decirlo, y cuando pienso mucho, no me engaño. No disputemos, por Dios uno y trino, improvisemos nuestro viaje salvador, y no nos chanceemos con la fortuna, que como mujer es mudable, y suele dar sinsabores tales como ha dado dulzuras.

—¡Pero dejar abandonada á su magestad!... dijo doña Clara.

—Dios vela por los reyes... ¿creis vos que la reina tiene en vos un escudo?

—Tengo valor y mi vida es de su magestad.

—Pues bien: mientras vos estábais entregada á vuestra felicidad, Dios ha salvado de una manera estraordinaria á Margarita de Austria.

—¡Salvado!

—Sin la misericordia de Dios, su magestad hubiera sido villanamente asesinada.

—¡Asesinada!

Quevedo contó punto por punto á los dos esposos la tentativa de asesinato contra la reina, y el modo estraño y providencial de su salvacion.

—¡Oh! esclamó doña Clara: ahora menos que nunca me separo de su magestad.

—Dejad, dejad á Dios que la proteja: tened fe en la misericordia divina, y ademas, por salvar á la reina, no espongais á perecer á vuestro esposo, al padre del hijo que acaso empieza ya á ser de vuestras entrañas; que sin duda vive ya, porque os amais demasiado, y sois harto buenos para que Dios no haya bendecido vuestro amor.

—¡Ah! ¡me haceis temblar, don Francisco! dijo doña Clara.

—Procurad que vuestro hijo, si vive, no sea huérfano.

—¡Dios mio!

—Hombres como don Juan, que son caballeros desde el seno de su madre, están siempre espuestos á morir sin gloria y sin combate, asesinados entre el cieno de esta infame córte. Creedme, y no vacileis mas.

—Partiremos, dijo doña Clara.

—Pues bien; mandad preparar lo necesario, pedid entre tanto la licencia á sus magestades, y adios, que yo voy á otro lugar que me interesa.

Y Quevedo, seguro de que habia asustado lo bastante á doña Clara, para que se dilatase por su parte el viaje, salió.

Iba contento atravesando las calles.

—¿Qué puede suceder, decia, en tan poco tiempo? iré á comer esta tarde casa de la Dorotea, y de tal manera me mostraré amigo del duque, que acabará de creerme y me daré tiempo suficiente para dejarle burlado. Ahora volvamos junto á la pobre loca Dorotea, y concluyamos por aquel lado con lo que debemos á nuestro corazon.

Pero al entrar en la calle Ancha de San Bernardo, Quevedo vió venir hácia él un alcalde de casa y córte con sus alguaciles.

—¡Otra bandada de grajos! esclamó: está de Dios que nunca hayan de dejarme los tales. Y es el bueno de Ruy Perez Sarmiento, asno ingerto en lobo, y alcalde de casa y córte por la gracia de Lerma: ¿y qué me querrá este? paréceme que se arroja á hablarme.

En afecto, un alcalde de casa y córte avanzaba, bara enhiesta, hácia Quevedo. A poca distancia le seguian sus alguaciles, y venia detrás una silla de manos.

—Guárdeos Dios, dijo el alcalde á Quevedo parándose delante de él, ¿me conoceis?

—Hace mucho tiempo, por el servidor mas ciego de la justicia.

—¿Creeis que un alcalde de casa y córte puede prender á toda persona viviente en los reinos de su magestad, y por su real mandato?

—Artículo de fe es ese de que no he dudado nunca, dijo Quevedo, al que pasó por los ojos tal cosa, que dió ocasion á que le rodeasen y asiesen de él de improviso los alguaciles.

—¡Eh! ¿qué es esto? ¿habréme convertido en doblon cuando con tal ansia me echais mano? dijo Quevedo.

—Os habeis convertido en hombre preso por el rey.

—Su magestad viva, y pues su magestad lo quiere, preso me reconozco.

—Metedle en la silla de manos.

—Meteréme yo que aun no estoy impedido: que si yo al rey no respetara...

—¿Qué decís...?

—Digo que nada digo, y concluyan y vamos y demos todos gusto al rey, que no hay para qué menos.

Y Quevedo se entró en la silla de manos.

Inmediatamente cerraron la portezuela, y como no tenia celosías ni vidrieras, Quevedo se quedó á oscuras.

—Al menos es blanda, dijo, sintiendo el almohadon mullido de la silla, y puesto que no podemos hacer otra cosa, y la alcoba nos cierran y á oscuras nos dejan, durmamos.

La litera echó andar en aquellos momentos.

Poco despues Quevedo, consecuente á su propósito y cansado y trasnochado, roncaba.

CAPITULO LXI.

De cómo el duque de Lerma se encontró mas desorientado que nunca.

Don Francisco de Sandoval y Rojas, atravesó las antecámaras de palacio en medio de los mas profundos saludos y de las reverencias mas profundas de los cortesanos.

Hasta allí todo iba bien: se le consideraba por los pretendientes, que son un barómetro, como señor omnipotente, en el pleno goce del favor del rey.

Los ugieres se mostraron con él, y del mismo modo, profundamente respetuosos.

Los gentiles-hombres le saludaron con sumo respeto.

Pero cuando entró en la cámara real, la encontró desierta.

El rey acostumbraba á estar siempre en la cámara cuando llegaba Lerma.

Lerma se alarmó al no encontrar al rey en su cámara.

Porque en las raras ocasiones en que se habia entibiado para él el favor de su magestad, si bien es cierto, que nunca el rey le habia hecho hacer antesala ó antecámara, le habia hecho hacer cámara.

Tomólo primero su orgullo á casualidad: pero pasó un cuarto de hora, y esto era ya mucho; pasó media hora, y esto era ya demasiado.

Lerma, á quien la cólera hacia audaz, se acercó á la mesa real, tomó la campanilla de oro, y la agitó como si hubiera estado en su casa.

Se presentó un gentil-hombre.

—¿Qué manda vuestra magestad? dijo sin reparar en su servil apresuramiento que el rey no estaba en la cámara.

—No, no es su magestad quien llama, dijo Lerma mordiéndose los labios. Soy yo.

—¡Ah! ¡perdone vuecencia! ¿qué desea vuecencia?

—¿Habeis avisado al rey de mi llegada?

—Si, si señor: en el momento en que llegó vuecencia.

—¿Dónde está el rey?

—En su recámara.

—¿Con quién?

—Con el duque de Uceda.

—¡Con mi hijo!

—Si señor.

—Gracias, caballero, gracias.

El gentil-hombre salió.

—¿Con qué se me hace esperar en la cámara por Uceda, que está en la recámara? dijo el duque: ¿con qué el rey se olvida al fin de lo mucho que me debe? y... mi hijo... ¿qué hubiera sido de mi hijo sin mí? ¡Esto es infame! Vendido ó abandonado por todos... ¿y qué hacer? ¿qué hacer? Esto de que me lancen del favor del rey, que me reduzcan á una vida oscura... esto no puede ser, y no será... Quevedo... Quevedo tiene ingenio bastante para dar al traste con toda esta falange de cortesanos hambrientos y miserables... Quevedo me impondrá duras durísimas condiciones... pero no importa... mas vale ceder en secreto ante un solo hombre, que no caer en público combatido por tantos. ¡Oh! creo que debo dar una leccion al rey, que debo retirarme... mostrarme enojado: si yo hubiera hablado ya con Quevedo, veria si podia atreverme á presentar al rey mi renuncia del empleo de secretario de Estado universal; pero sin contar con don Francisco, seria una locura. Lo que debo hacer indudablemente es irme de aquí. Esto será decir sin palabras al rey que no debe hacer esperar hasta tal punto al duque de Lerma.

Iba Lerma á poner en práctica su propósito, esto es, á irse, cuando se levantó un tapiz, asomó trás él una persona, y sonó una voz que dijo:

—¿A dónde vais, mi buen duque?

Lerma se volvió, adelantó rápidamente, dobló una rodilla ante el hombre que le habia hablado, y le besó una mano.

Aquel hombre era su magestad católica, don Felipe III de Austria.

Habia cierta quijotesca tiesura en el semblante del rey.

—¿A dónde ibais, pues, duque? repuso Felipe III.

—Iba... como vuestra magestad estaba tan ocupado...

—¿Y tardaba, eh?

—¡Señor!

—Hace un siglo que yo estoy esperando, dijo el rey, y no me impaciento; y vos, porque graves negocios me impiden venir cuando me avisan que estais aquí, ¿os impacientais?

—¿Y por qué teneis vos que impacientaros, señor? dijo Lerma levantándose, y permaneciendo de pié junto el rey que se habia sentado en su sillon: ¿no es ley vuestra voluntad? ¿No os obedecen todos vuestros vasallos?

—No, duque, no: y esa es mi paciencia: en vano pido á mis vasallos que se avengan, que no luchen, que no se despedacen, porque yo deseo la paz, la concordia: en vano: los ódios crecen, las enemistades se aumentan, las quejas zumban alrededor mio, y me trastornan. ¿Sabeis que he estado hablando con vuestro hijo el duque de Uceda mas de una hora?

—Me lo han dicho, señor.

—Es verdad: vos lo sabeis todo.

—Señor...

—¿Pero á que no aciertais cuál era la estraña pretension del duque?

Tembló interiormente Lerma, porque el rey usaba cierto tonillo acre que no acostumbraba mucho á usar.

—Lo ignoro, señor.

—Ya sabia yo que lo ignorariais. Vuestro hijo se me quejaba de injusticias.

—¿Y por qué el señor duque de Uceda no ha venido á mí, secretario universal del despacho? dijo ya con alguna irritacion Lerma.

—Vuestro hijo sabe que yò no hago nada sin consultarlo con vos, y encaminarse á mí, es punto menos que si á vos se hubiera encaminado.

—¿Pero de que se queja el duque de Uceda?

—De que se le haya separado del cuarto del príncipe don Felipe.

—¡Ya! su escelencia quiere sin duda privar desde temprano con su alteza, y esto es ya un principio de rebeldía.

—Pues ved ahí lo que dice el duque de Uceda: que al separarle del príncipe, se ha dudado de sus intenciones, que se ha supuesto lo que él en su lealtad no ha pensado; que las gentes creen ver en su separacion

motivos ocultos y por lo tanto pretende... lo mas estraño que puede decirse, duque; es casi una rebeldía lo que vuestro hijo pretende.

—¿Y qué pretende, señor? dijo Lerma á quien pinchaban las palabras del rey.

—Pretende que se le haga proceso: que en el tal proceso, se demuestren las causas porque se le ha quitado su oficio de ayuda de cámara del príncipe... en fin, el duque dice que se vá á presentar preso y á pedir el proceso, sino se lo concedemos, al consejo de Castilla.

—El duque está loco, señor, dijo Lerma, y como á tal no podeis tenerle al lado del príncipe. Su peticion demuestra su locura. ¿Pues qué vuestra magestad tiene necesidad de decir á un vasallo, por muy alto que este sea, ni debe decirle las razones que ha tenido para quitarle un oficio que le habia dado? Este es un crímen de lesa magestad, señor, que debeis castigar con energía.

—Es que el duque de Uceda, protesta hácia mí el mas profundo respeto, y dice... dice que sois vos su enemigo.

—Es decir, que el que comete un delito de lesa magestad contra su rey, suponiéndole injusto, comete y debe necesariamente cometer otro no menor delito: el de lesa naturaleza revelándose contra su padre.

—Pues ved ahí: Uceda dice que no le mirais como hijo.

—Desgracia y grande ha sido para mí, que tal hombre sea hijo mio.

—Y añade, que quiere ese proceso para demostrar las razones que vos habeis tenido para proponerme su separacion del cuarto del príncipe.

—¡Razones contra mí!

—Si; habla de pruebas...

—¿De pruebas de qué?

—Lo mismo pregunté á Uceda, pero pidiéndome perdon por no revelarme lo que yo queria saber, me dijo que solo presentaría las tales pruebas al juez ó á los jueces que le hiciesen el proceso.

—¿Es decir, que el duque de Uceda supone..?

—Que no me servís bien.

—Que presente, pues, las pruebas; que las presente, dijo, conteniendo mal su cólera por respeto al rey, Lerma: entre tanto, señor, yo me retiro á mi hogar, y dejo el honroso puesto que vuestra magestad me ha dado.

—Ved, ved ahí por qué digo yo que hace un siglo estoy teniendo paciencia: en vano me esfuerzo porque haya paz entre los mios: yo bien sé que vos y vuestro hijo y todos los que me rodean, me quieren, son

leales, capaces de perder por mí la vida: pero todos reñís, todos os mordeis, todos procurais parecer los mas leales, á costa de los otros: y esto es un zumbar eterno que ya me atolondra, que me cansa, que me hace infeliz.

—Por lo mismo, señor, admita vuestra magestad mi renuncia.

—No hay necesidad: yo no he desconfiado de vos.

—Sin embargo, señor... esas graves acusaciones exigen: ó que yo sea juzgado, ó que lo sea mi hijo.

—¿Qué estais diciendo, duque? ¿qué estais diciendo...? ¿meterme quereis en esos cuidados? yo os mando que sigais ayudándome en el gobierno de mis reinos.

—Y yo, señor, obedezco á vuestra magestad. Pero...

—¿Pero qué?

—Es necesario para que tengamos paz apartar de la córte á muchas personas.

—La primera á don Francisco de Quevedo.

—¡Cómo, señor!

—Es muy aficionado á contar cuentos que nadie entiende.

—Don Francisco de Quevedo, es uno de los vasallos mas leales de vuestra magestad.

—Paréceme, sin embargo, que le hemos tenido preso.

—Dos años. Es un tanto turbulento...

—Por lo mismo, dejémosle que se vaya con su duque de Osuna.

—Por el contrario, yo le guardaria...

—Pues prendedle otra vez, que no ha de faltar motivo. No sé qué he oido de unas estocadas... ¡ah! ¡si! don Rodrigo Calderon...

—En efecto, mi secretario Calderon, hace tres noches fue muy mal herido y está en mi casa.

—Hiriόle... ese bastardo de Osuna, ese don Juan, á quien yo no sé quien ha hecho capitan de la tercera compañía de mi guarda española.

—Lo ha hecho, señor, la reina, por amor á su favorita doña Clara Soldevilla.

—Esposa recientemente de ese don Juan... y á quien creo que ama mucho... pues bien, prendamos á ese don Juan para poder prender á Quevedo.

—¡Cómo!

—Como que dicen que Quevedo ayudó á don Juan á herir á don Rodrigo.

—Es necesario andarse muy despacio en eso, señor: tales negocios pueden salir al aire si se prende á don Francisco...

—¡Cómo! ¿tambien por ahí?

—Sí, si señor: don Juan hiriendo á don Rodrigo ha obrado como bueno y leal, y como buen amigo suyo Quevedo, ayudándole... esto es... midiéndose con otro hombre que favorecia á don Rodrigo.

—Pues mirad, podré engañarme, pero ese don Juan no me gusta.

—¡Y yo que traia á vuestra magestad para que la firmase una real cédula de merced, para ese don Juan, del hábito de Santiago!

—Pues no: no hay que pensar en ello: ¿conque es decir, que se nos lleva la dama mas hermosa de palacio, que se nos pone á la cabeza de la compañía mas brava de nuestros ejércitos, que nos hacemos los ciegos ante un homicidio intentado por él y todavía quereis que le demos el hábito de Santiago?

—No haríais mas que doblárselo señor, pues le tiene ya.

—¡Cómo! ¿pues quién se lo ha dado?

—El gran don Felipe II, padre de vuestra magestad, lo concedió al duque de Osuna para su hijo bastardo cuando aun no le habia dado su madre á luz.

—¿Y para qué dos mantos á un mismo hombre? eso es decirle que tiene mucho frío y que queremos abrigarle.

—Eso quiere decir que vuestra magestad, le cree digno del hábito por sus hechos, como el gran don Felipe II le creyó digno de él por ser hijo de quien era.

—Pero esto no estorba para que le prendamos.

—No; pero vuestra magestad no le debe prender.

—Dad, dad acá esa cédula, dijo el rey.

Lerma sacó un papel arrollado y le estendió delante del rey.

—Ahora, dijo Felipe III, necesito firmar otros dos papeles.

—¿Cuáles, señor?

—Dos órdenes de prision.

—Creo que sean necesarias mas.

—Pues bien Lerma: decidme vos los que quereis que sean presos, y yo os diré los que quiero tener encerrados y no disputemos mas.

—Señor, yo no disputo con vuestra magestad.

—¿Pues qué estamos haciendo hace ya mas de media hora? Disputar y no mas que disputar. Conque sepamos: ¿á quiénes quereis vos prender?

—Al duque de Uceda.

—Bien, prendámosle en el cuarto del príncipe.

—¡Señor! esclamó completamente desconcertado por aquella salida del rey, Lerma.

—Si, si, volvámosle su oficio al ayuda de cámara del príncipe don Felipe.

—Pues cabalmente eso es lo que el duque desea.

—Pues porque lo desea, y para que nos deje en paz, concedámosselo: mandad estender la provision y traédmela al momento al despacho.

Lerma desconocia al rey.

El rey mandaba.

Lerma no estaba acostumbrado á aquello.

—Señor, dijo, yo no puedo seguir siendo secretario de vuestra magestad.

—Os lo mando yo, dijo el rey.

—Obedezco, señor.

—A fray Luis de Aliaga, le nombramos confesor de la reina: dijo el rey.

Estremecióse Lerma.

—Traednos el nombramiento. Al conde de Olivares le reponemos en su oficio de caballerizo mayor.

—¡Ah señor! ¡Dios quiera que no os pese!

—Al conde de Lemos vuestro sobrino, levantamos su destierro.

—Todos son enemigos mios, señor.

—¿Y qué os importa si es vuestro amigo el rey?

—Sea lo que vuestra magestad quiera.

—Enviénse correos á don Baltasar de Zúñiga para que se vuelva á su oficio de ayo del príncipe don Felipe.

Lerma aterrado se resignó.

Aquel era un golpe mortal.

Sus enemigos triunfaban.

¿Pero de qué medios se habian valido?

Ignorábalo el duque y esta ignorancia le aterraba.

—Ademas, dijo el rey, órden de prision contra don Francisco de Quevedo y don Juan Tellez Giron. Los enviareis á Segovia.

Lerma no se atrevió á replicar.

—Id, id, estended todas esas órdenes y traédmelas al momento para que las firme.

Y el rey se levantó y escapó por una puerta de servicio.

El duque quedó aterrado en medio de la cámara.

—¿Qué tal? ¿eh? dijo una voz detrás de un tapiz.

Miró Lerma al lugar de donde salia la voz, y vió que el tapiz se levantaba y que de detrás de él salia un hombrecillo.

Aquel hombrecillo era el bufon del rey.

CAPITULO LXII.

De cómo el duque de Lerma, vió al bufon de su magestad estenderse, crear, tocar las nubes... etc.

Estuvieron mirándose durante algunos segundos el ministro y el bufon.

Los ojos del tio Manolillo relumbraban como brasas.

Sus megillas no estaban pálidas sino verdi-negras.

Miraba al duque con una fijeza y una insolencia tales, que el duque se irritó.

—¿Qué me quereis? dijo Lerma con acento duro.

—¡Eh! ¿qué os quiero yo? nada; vos sois quien me quereis á mí.

—¡Yo!

—Si, vos me necesitais.

—¿Qué, os necesito yo?

—Si por cierto. ¿No es verdad que nuestro buen rey tiene de vez en cuando ocurrencias insufribles?

—¡Cómo! ¿sabeis?...

—Vaya si lo sé: como que estaba allí, detrás de aquel tapiz, y no he perdido uno de los gestos, una sola de las convulsiones, que os ha causado el ver al rey hecho por un momento rey. Y el bueno de Felipe, traia su leccion bien aprendida; no ha olvidado nada: y es que los tontos tienen muy buena memoria.

—¡Ah! ¿han hecho aprender á su magestad una relacion de memoria?

—Si, escelentísimo señor.

—¿Y quién le ha enseñado esa leccion?

—Escelentísimo señor, yo.

—¡Vos! ¿pero á quién servís?

—Me sirvo á mí mismo.

—Pero, si el rey dice que ha hablado con el duque de Uceda...

—Y tiene razon; como que yo le he metido al duque de Uceda en su recámara.

—Venid, venid conmigo, bufon, y hablemos donde de nadie podamos ser escuchados.

—Eso quiero yo.

—Seguidme.

—No por cierto. No nos deben ver salir juntos de la cámara del rey. Sois muy torpe, escelentísimo señor. Nos veremos sin que nadie lo sepa ni lo entienda, en vuestro camarin de la secretaría de Estado. Hasta dentro de un momento. Adios.

Y el bufon levantó el mismo tapiz por el que habia aparecido, y desapareció trás él.

—¿Qué sucede en palacio, señor? ¿Qué hay aquí, esclamó el duque, que me veo obligado á tratar con ese miserable?

El duque hizo un violento esfuerzo, salió de la cámara real, bajó á la planta baja del alcázar, y se entró en la secretaría de Estado.

—¡Ledesma! dijo á uno de los oficiales que trabajaba en la primera sala; cuidad de que nadie vaya á interrumpirme, y estad dispuesto para cuando yo os llame.

Ledesma, que se habia levantado como todos á la presencia del duque, se inclinó profundamente.

Lerma atravesó otras dos salas, en las cuales los oficiales se levantaron con el mismo respeto que los de la primera, llegó á una puertecilla, sacó una llave, abrió la puerta, entró y cerró.

Atravesó despues un largo corredor, abrió otras dos puertas; y se encontró al fin en un pequeño aposento, en el cual habia únicamente, una gran mesa cubierta de papeles y legajos en el testero de la mesa, un sillon de terciopelo carmesí, con las armas del duque bordadas; detrás, en la pared, un retrato de cuerpo entero del rey; á los dos lados, contra la pared, dos secreteres de ébano incrustados de plata, nácar y concha, y delante de la mesa, un sillon mas modesto destinado sin duda á un secretario: una magnífica alfombra y algunos escelentes cuadros, completaban

el aspecto de aquel aposento, que era el camarin reservado de despacho del secretario universal del rey.

Al abrir el duque la puerta del camarin, retrocedió y tembló.

Sintió pavor á impulsos de una impresion supersticiosa.

Sentado en el sillon del duque, arreglando unos papeles, estaba el tio Manolillo.

El camarin no tenia mas entrada que aquella por donde habia ido el duque: una reja le daba luz, y aquella reja tenia vidrieras de colores.

Los hierros de la reja eran demasiado espesos para que pudiese haber entrado por ella el bufon, y las vidrieras estaban cerradas.

—Cierra y siéntate, dijo el tio Manolillo al duque de Lerma. Aquí no puede oirnos ni vernos nadie. Eres mi secretario, duque.

—¿Qué significa esto? esclamó Lerma: ¿en qué poder confiais para atreveros á tanto?

—Es singular, singularísimo tu orgullo, duque. Cualquiera al escucharte, no viéndote, creeria que no tenias miedo. Y estás temblando, Lerma. Temblando como un raton delante del gato. Sin duda me crees brujo: ¿no es verdad? porque tú guardas como un tesoro las llaves de este camarin, donde escondes todos tus secretos, en los secretos de esos secreteres, y sabes que nadie puede entrar aquí sino le das tú las llaves de esas tres puertas: y esas tres llaves no se separan de tí desde hace trece años: desde que eres favorito del rey mas desfavorecido de ingenio que ha criado Dios para ejemplo de reyes imbéciles y torpes.

—No comprendo... no comprendo cómo...

—¿Cómo estoy aquí? Yo soy brujo, duque.

Desconcertóse de una manera tal Lerma, que el tio Manolillo soltó una carcajada hueca, larga, pero de un sonido, de una espresion tal, que se le crisparon los nervios al duque.

—Estoy aquí, dijo el bufon, porque estoy: te tengo en mis manos, porque eres un traidor, un villano.

El duque se creia delante de un poder sobrenatural y no pudo irritarse: le faltaba completamente el valor.

Adelantó vacilante, y se apoyó en el sillon destinado al secretario.

—Siéntate, siéntate y no tiembles, dijo el bufon dulcificando su voz, nada te sucederá si tú no quieres que te suceda.

El duque se sentó maquinalmente.

—Yo se todos los secretos de palacio, dijo el bufon: como que no ha-

go otra cosa que ver y escuchar. Del mismo modo que he hecho que el rey vuelva á llamar á su alrededor á tus enemigos, puedo hacer que el rey los mande encerrar; y del mismo modo, duque, si quiero, puedo llevarte al patíbulo.

—¡Al patíbulo!

—Si, por traidor al rey y por ladron.

—¡Ah! ¡ah! ¿y qué pruebas?...

—Oye, tengo preparadas las pruebas; estan aquí. Primera: carta de milord duque de Bukingam al escelentísimo señor duque de Lerma.

—¡Ah! esa carta...

—¡La España vendida á los ingleses, duque!

—Pero esa no es una carta.

—Es una copia de la carta.

—Pero la carta...

—Está con otras tres de Bukingam y cuatro de milord conde de Seymur y otras varias, que prueban cumplidamente que tú mas que secretario del rey de España eres secretario del de Inglaterra; estas cartas están tan bien guardadas que no las encontrarás á tres tirones. Se trata en esta que he traido de muestra, del casamiento de la infanta doña Ana, de ciertos tratos vergonzosos entre Bukingam y tú, de condiciones recíprocas, de infamias... ¿quieres que te la lea don Francisco de Sandoval y Rojas?

—No, no: pero eso es imposible, dijo el duque abalanzándose al secreter de la derecha y abriéndole.

—Si, busca, busca: encontrarás ahí alhajas que yo no he querido tomar á pesar de que soy muy pobre, porque no soy ladron: pero las cartas de que te hablo y otros importantísimos papeles, no están ahí; los tengo yo: auténticos, con tu firma, porque en todos ellos, ó en todas ellas, porque son cartas, has cometido la torpeza de escribir: «*Contestada en tal fecha.-Lerma.*» El rey podrá encontrar en esos papeles el secreto de la espulsion de los moriscos, las causas de su desavenencia con Francia, el porqué de los reveses que sufre en todas partes donde hace la guerra España: el rey sabrá que de los tributos que saca á sus vasallos la tercera parte es para el rey, otra tercera parte para los corregidores, alcaldes mayores y demás exactores, y la otra tercera parte para el nobilísimo, el escelente señor don Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, duque de Lerma, del consejo de estado, su protonotario en Indias, su secretario universal, su favorito, su todo: sabrá el rey... aunque me mates, porque los papeles se presentarán solos al rey, que ha criado en tí

un cuervo, que ha levantado á su enemigo, y como el rey aunque es débil, no es malo y no le gustan los bribones; y como el rey aunque no es rey, tiene grandes humos de rey y de rey poderoso; y como el rey es del último que llega, nada tendrá de estraño que su magestad retire de tí su proteccion y te arroje al verdugo: porque tú has hecho lo bastante mi buen duque para ser primero degradado y despues ahorcado.

—Sin duda tienes algo muy grande que pedirme: sin duda me necesitas para mucho, cuando asi me hablas; ¿qué quieres?

—Creo que nos entendemos. Ahora voy á decirte lo que quiero.

—Si puedo, si está en mi mano...

—Oye: tu conoces á una mujer á quien yo conozco tambien. Yo quiero que esa mujer sea feliz.

—¡La reina!

—¡Qué me importa la reina! ya la he salvado hoy.

—¿Con qué era verdad?

—Verdad, verdad: quisieron envenenarla.

—¡Envenenarla! ¿pero quien ha querido cometer ese atentado?

—Tu buen secretario don Rodrigo Calderon.

—¡Pero si ese atentado se ha intentado hoy y don Rodrigo está en el lecho mal herido!

—Pero no estaba mal herido el sargento mayor don Juan de Guzman, que ha estado yendo y viniendo al lecho de don Rodrigo: y como don Juan de Guzman era amante de Luisa, la mujer del imbécil cocinero de su magestad; y como de las cocinas baja la vianda para la reina, Luisa, pudo hacer que ciertos polvos entrasen en uno de los platos del almuerzo de su magestad. Quevedo y yo, que eramos muy amigos, nos hemos visto negros para salvar á Margarita de Austria, pero tales eran los polvos, que un pobre paje á quien se le apeteció lo que habia quedado sobrante en los platos de la reina y del padre Aliaga, ha muerto en momentos.

—¡Horrible! ¡horrible! esclamó el duque.

—Yo no sé si tú has tenido parte en esa infame tentativa de asesinato, ó si ha sido únicamente cosa de don Rodrigo Calderon.

—¡Yo! ¿me creeis capaz de esa infamia?

—Te creo por tu vanidad y por tu ambicion, capaz de todo.

—¡Oh! ¡oh! esto es demasiado, demasiado faltarme al respeto.

—La reina te estorba tanto como á don Rodrigo: la reina conspira contra tí, y la temes.

—Pero jamás llegaria á ese punto, jamás: me calumniais.

—Quiero creerte, porque hasta ahora, si has sido traidor y ladron, no has sido asesino.

—En muestra de ello, quiero las pruebas, las pruebas del crímen de Calderon: las pruebas para enviarle al cadalso.

—No hay pruebas.

—Vive la mujer del cocinero mayor, y aunque prófuga, se la buscará, se la encontrará, se la sujetará á la prueba del tormento.

—Y declarará que don Juan de Guzman era su amante, que la dió unos polvos, que ella los dió al galopin Cosme Aldaba, que, en ausencia de su marido, le introdujo en la cocina. Siguiendo el hilo, prendiendo á Cosme Aldaba, atormentándole, se sabrá que el tal Cosme, envenenó en las cocinas una perdiz destinada al almuerzo de la reina, que la entregó para que la sirviera al paje Cristóbal Cuero, y el paje preso y sujeto al tormento, declarará que puso en la mesa de su magestad la perdiz envenenada: pero todas las pruebas recaerán en el sargento mayor don Juan de Guzman.

—Se le prenderá, se le hará pedazos para que declare.

—Eso es imposible.

—¡Imposible!

—Si; no has reparado en que cuando me he referido al sargento mayor, he dicho: *¿era*, no *es?* El sargento mayor ha muerto.

—¡Muerto!

—A mis manos, á puñaladas.

El bufon que habia crecido de una manera imponderable á los ojos del duque, aumentó otro tanto en tamaño.

Se habia convertido para Lerma en un gigante.

—Por lo que toca á la reina, continuó el bufon el negocio está perfectamente concluido; un paje ha muerto y se le ha enterrado... nadie ha sospechado... no asustemos á su magestad: sírvate esto para conocer á don Rodrigo Calderon y guardarte de él. La mujer, pues, á quien ambos conocemos y por la que he procurado tenerte en mis manos, por la que he penetrado aquí, en este lugar que tú creias tan seguro, y he abierto valiéndome de mis artes, artes acaso del diablo, esos secreteres, y me he apoderado de esas cartas, obteniendo con ellas armas bastantes fuertes para rendirte, para hacerte mi esclavo; la mujer, pues, que á tal punto nos ha traido á los dos, no es la reina, aunque muchas veces represente reinas.

—¡Dorotea!

—Cabalmente, Dorotea: esa pobre niña que es tu querida públicamente, y mi corazon, mi alma en secreto.

—¿Qué sois vos de esa mujer?

—¡Qué soy yo! ¡su padre! ¡su hermano! ¡su martir!

—¡Ah!

—La amo... mas que á mí mismo: la deseo con todo mi deseo, con toda mi sed de gozar, y sin embargo devoro y comprimo mi deseo. Vivo de su felicidad, y sus lágrimas me despedazan el alma. Dorotea sufre: Dorotea es infeliz. Se han valido de ella como de un instrumento, la han despedazado el alma... ama á un hombre y le roban ese hombre.

—¿Y qué hombre es ese?

—Don Juan Tellez Giron.

—¡Siempre ese hombre! esclamó con desesperacion el duque.

—Sin embargo, dijo el tio Manolillo, á ese hombre debes el empezar á ser algo.

—¡Cómo!

—Si; si ciertamente. Si ese hombre no hubiera venido á Madrid, no hubiera conocido á doña Clara Soldevilla, y no hubiera podido ayudarla, cuando esa mujer servia á la reina con su vida, con su honra; no hubiera encontrado á Quevedo, y sin Quevedo, no hubiera herido á tu buen secretario don Rodrigo Calderon: sino hubiera herido á don Rodrigo, sino le hubiera arrebatado las cartas que tenia de la reina...

—¡Cómo! ¿ese caballero ha quitado á Calderon las cartas...?

—Si, las cartas que yo acaso no hubiera podido arrancarle. Y don Rodrigo armado con aquellas cartas, obrando por cuenta propia era omnipotente: hubiera dictado condiciones á Margarita de Austria, te hubiera vencido, hubiera ocupado acaso ya tu lugar, un lugar que, sino le pones fuera de combate, ocupará algun dia: ¿comprendes ahora todo lo que debes á ese afortunado jóven?

—¡Oh! ¡oh! ¡y yo ciego!...

—Tú, torpe y confiado creyèndote en tu vanidad asegurado en el favor del rey y superior á todo... pero continuemos y te convencerás de cuanto es lo que debes al bastardo de Osuna sin que él, que porque es amigo de Quevedo te aborrece, sepa, ni por pienso, que te ha hecho el mas leve servicio. Por otra parte don Juan Tellez Giron, hiriendo á don Rodrigo te ha hecho otro inmenso servicio: don Francisco de Quevedo, que conoce la córte, tuvo miedo al ver herido, sin saber si era muerto ó vivo, á don Rodrigo, y como solo habia venido á Madrid por encargo del duque de Osu-

na para buscar á ese don Juan y con el solo objeto de llevársele consigo á Nápoles, quiso ponerle á cubierto de toda eventualidad, y acordándose de Dorotea concibió un terrible pensamiento.

—¡Dorotea!

—Si por cierto. Como don Juan, es jóven y hermoso, con esa hermosura que deslumbra á las mujeres...

—No le conozco.

—¡Oh! pues es un mancebo hermosísimo: ya ves: cuando en tres dias ha llegado á ser marido de doña Clara Soldevilla, á quien todos menos yo, creian de nieve, y ha enamorado á Dorotea, que no habia amado nunca...

—¡Pero Dorotea le ama! esclamó con cierta celosa impaciencia Lerma.

—Con toda su alma, con toda su vida, de tal modo que si le pierde muere.

—¿Pero qué se proponia Quevedo al hacer conocer á Dorotea ese hombre?

—Que se enamorase de él, y lo consiguió.

—Pero no entiendo el objeto de Quevedo al pretender que Dorotea se enamorase de ese hombre.

—Estás cada dia mas torpe, duque.

—No teneis razon en llamarme torpe, porque es incomprensible el objeto de Quevedo.

—Lo que á tí te falta de ingenio, le sobra á Quevedo, Lerma.

—Pero en esta ocasion...

—Dime: ¿no es tu querida Dorotea?

—Si.

—Aun no me comprendes. Será necesario llegar al fin. Dime: ¿no harias tú cualquier locura por evitar que Dorotea te humillase despidiéndote?

—Segun, segun.

—No hay segun. Tú eres todo soberbia. Tú hubieras hecho lo que hubiera querido Dorotea, y como Dorotea una vez enamorada de don Juan, debia procurar que no le prendiesen por sus heridas á don Rodrigo...

—¡Ah!

—Has comprendido al fin, gracias á Dios y á mi paciencia. Pues bien, Quevedo ha tenido suerte; Dorotea ama como una loca á don Juan, le ama mas que á si misma, y es capaz de cometer cualquier terrible desacierto, porque tiene celos.

—¡Celos!

—¡Oh! ¡si Dorotea no tuviese celos! ¡si la amase don Juan, el primer hombre á quien ha amado, como ella le ama! Entonces yo le amaria tambien, porque haria feliz á mi Dorotea, y amaria á Quevedo que los habia puesto en el caso de amarse, y procuraria que como don Juan te ha robado el corazon de Dorotea, te robase el favor del rey. ¡Pero ya se ve! don Juan habia visto antes que á Dorotea á doña Clara: habian andado de aventura por esas calles de Dios... y doña Clara es tan hermosa... no es mas hermosa que Dorotea, no; pero no es cómica, ni es tu querida, ni lo ha sido de nadie: doña Clara... yo he visto á todos, altos y bajos mirarla con codicia... y el mismo rey...

—¡El rey!

—Si, el rey ama á doña Clara: tibiamente, eso si; pero la ama cuanto puede amar, como no ha amado á ninguna mujer... ya ves: cuando siendo tan devoto y tan temeroso de Dios se ha atrevido á arrojarse á pretensiones... la mujer que ha sido capaz de sacar de quicio á su magestad, tiene no sé qué poder, que Dorotea no tiene... Dorotea, pues, amando al marido de doña Clara es una mártir, y ya que no puedo evitar su martirio, quiero vengarla, y la vengaré.

—¿Qué la vengarás? ¿y cómo?

—Valiéndome de tí.

—¡Ah! creo que tambien te vales de otra persona.

—¿Del rey? cierto que si. Su magestad no puede ver á don Juan desde que sabe que le ama doña Clara. Y anoche que fueron las bodas no durmió. Sabe ademas su magestad que Quevedo ha tenido gran parte en ese casamiento, y no puede ver á Quevedo.

—¡Por eso me ha mandado prenderlos!

—Ya lo creo, como que se lo he aconsejado yo.

—Y si teniais interesado al rey, ¿á qué imponerme condiciones á mí?

—Esa es una pregunta de simple. El rey nuestro señor, no es mas firme que una caña: le mueve hácia un lado el mas ligero vientecillo, y otro vientecillo no mayor, le inclina al lado contrario. Hoy manda prender á don Juan y á Quevedo, porque yo he sabido irritarle. Presos serán, porque el rey, aunque no sea rey, se llama al fin rey, y es necesario obedecerle cuándo manda. Pero hubiera sobrevenido doña Clara, sobrevendrá, se arrojará á los piés del rey, llorará, le besará las manos... y el rey se derretirá y revocará la órden de prision, y será capaz de honrar á

don Juan y á Quevedo por añadidura. Es necesario que el rey no pueda hacer nada.

—¿Y cómo?

—¿Cómo? poniendo entre la gracia del rey y don Juan, la justicia ofendida.

—¿Es decir: formando proceso á don Juan por la herida de Calderon?

—Y por añadidura, á don Francisco de Quevedo.

—¿Y si todo eso sucede, me devolvereis esas cartas que me habeis robado?

—Cuando Dorotea posea completamente á don Juan, ó cuando yo la haya vengado de él.

—¿Pero no considerais que si la Dorotea sabe que su amante está preso, interpondrá todo su influjo para salvarle?

—Eso quiero yo. Que Dorotea tenga ocasion de demostrar á don Juan hasta que punto le ama.

—¡De modo que me veo reducido á coligarme con vos!

—Si, si por cierto, noble y poderoso señor duque de Lerma; conmigo el bufon, el loco, el miserable, el despreciable. Conmigo que he sabido levantarme á vuestros ojos fuerte como un leon. Conmigo, comadreja del alcázar, que puedo perderos.

El duque no estaba en estado de regatear; ni aun podia defenderse: lo que le sucedia, le tenia aterrado: y lo que mas le humillaba, era verse obligado á ayudar los amores de su querida.

—Haré, haré lo que pueda, dijo al fin.

—Tú harás lo que yo quiera: prenderás á don Francisco de Quevedo.

—En verdad, en verdad que ya he dado la órden de prision, y á pesar de que una persona, á quien no puedo negar nada, me habia comprometido á que no le prendiese, me he olvidado de revocar la órden.

—Adivino cuales son las dos mujeres que te han pedido, la una la prision y la otra, la seguridad de don Francisco.

—Si sabeis eso, es necesario concederos mucho poder.

—Con saber á quien interesa que sea preso y que no sea preso don Francisco, se sabe quien es quien ha obrado en su favor, y quien en su contra. Voy á decirte los nombres. La condesa de Lemos, tu hija, te ha obligado sin duda á que prendas á Quevedo, y la duquesa de Gandia, la buena, la inocente doña Juana de Velasco, ha sido, sin duda, quien te ha exigido la promesa formal de no meterte en prenderle.

En vano el duque quiso ocultar su turbacion, producida por la sagacidad del tio Manolillo: sin embargo se dominó y dijo riendo:

—¡Bah! ¿y qué les importa ni á la condesa de Lemos, ni á la duquesa de Gandia que Quevedo sea preso ó no?

—¿Qué si les importa? Voy á revelarte dos secretos.

—¿Dos secretos mas?

—¿No te he dicho que soy la comadreja del alcázar, que velo mientras los otros duermen, que todo lo veo y lo oigo? Pues bien: por esa razon sé que tu hija es querida...

—¡Querida! esclamó el duque afectando una esplosion de dignidad ofendida.

—Querida, manceba, moza, entretenimiento, como quieras, de don Francisco de Quevedo.

—¡Mentira!

—Vamos: lo sabias, dijo el bufon: debe de habértelo dicho tu misma hija.

—¡Que yo sé esa deshonra!

—¡Si en tí todo es deshonra y fango y podre, cubierto por un manto ducal! La manera que tienes de negar esa deshonra, que, lo confieso, es grande, me prueba que la conocias.

—¡Oh! ¡oh! ¡yo te juro que esa es una calumnia!

—No disputemos. Debe herirte demasiado lo que hago contigo, y yo que adoro la venganza, reconozco el derecho y la necesidad que tienes de vengarte de mí. Cuando puedas, mátame, hazme pedazos, pero entre tanto sírveme.

El duque no contestó: estaba lívido de cólera, se le saltaban los ojos de las órbitas.

El bufon continuó:

—Como doña Catalina es una dama muy discreta y tiene mucho ingenio, y es intrigante y enredadora y sagaz donde las hay, nada tiene de estraño que haya averiguado que Quevedo solo ha venido á Madrid á buscar al hijo del duque de Osuna para llevárselo á Nápoles. Y como doña Catalina ama mucho á Quevedo, con toda su alma ardiente, á la que tan mal dueño has dado en tu sobrino el conde de Lemos, naturalmente, para no perder sus amores, te ha obligado, Lerma, porque tu hija puede obligarte á que prendas á Quevedo.

El duque se movió violentamente en el sillon.

—Por lo que sufres conozco que he acertado en todo: voy ahora á

decirte las razones que tengo para creer que la duquesa de Gandia te ha obligado á que no prendas á Quevedo. La duquesa de Gandia es madre natural de don Juan Tellez Giron.

Dió un salto sobre el sillon Lerma y volvió á caer desplomado.

Aquella noticia le espantó.

Tal concepto tenia formado de la duquesa de Gandia, que le pareció un sacrilegio la revelacion del tio Manolillo.

—Eso es imposible; imposible de todo punto: tu lengua ponzoñosa nada respeta: esa es una calumnia infame. La duquesa de Gandia es una santa.

—Pero cuando una santa se encuentra á oscuras en una galería apartada con un hombre tal como el duque de Osuna, por lo mismo que es una santa, se encuentra sin saber cómo en la situacion en que se halla la duquesa de Gandia. Pregunta á tu hija, que sin ser una santa es y lo será siempre una mujer honrada, á pesar de ser querida de Quevedo, lo que son tales encuentros: ¡bah, Lerma! tú te estremeces porque estás en la misma situacion que un hombre atado por cada uno de sus remos á cuatro caballos. No te asustes: al pedirte yo lo que te pido, he pensado primero en procurarte los medios de hacerlo, porque yo no soy tan insensato que pida imposibles. Por eso he abierto camino al duque de Uceda hasta el rey. Por eso he procurado que tus enemigos sin vencerte se crean de nuevo en posicion de hacerte la guerra. Para que volviese á la córte el conde de Lemos, era necesario hacer todo eso. Y yo necesito que el conde de Lemos vuelva. Entonces doña Catalina estará mas contenida, porque un marido al fin es un marido y si pretende hacer algo, yo la haré callar. Del mismo modo haré que la duquesa de Gandia te sirva de cabeza. Conque ayudémonos resueltamente duque y no disputemos mas. A cambio de tu favor con el rey, la prision de don Francisco de Quevedo y de don Juan Tellez Giron ante la justicia, como homicidas de don Rodrigo Calderon.

—Lo haré, dijo el duque... ¿pero esas cartas, esos secretos?...

—Las unas y los otros los guardo yo como armas preciosas.

—Escucha, dijo el duque: yo puedo enriquecer á Dorotea, enriquecerte á ti...

—¿Y el oro da la felicidad? la da á los imbéciles que creen verdades las adulaciones de los miserables, pero la sed del corazon no la calma el oro. Ni un maravedí quiero tuyo. Y escucha; como dentro de un momento no esté preso don Juan Tellez Giron, que está en el alcázar y

en el cuarto de su esposa y ese Quevedo no duerme preso esta noche; obro duque, obro y ¡ay de tí en el momento que yo obre!

—¡Y no hay medio en lo humano!

—Ninguno.

—Bien: será lo que quieras.

—¡Presos don Francisco y don Juan!

—¡Presos!

—¡Al momento!

—¡Al momento!

—Pues vete y manda estender las órdenes.

—¿Y te quedas aquí?

—Si, no quiero asustarte desapareciendo delante de tí.

—Debe haber aquí alguna puerta secreta.

—Pues bien; ¿qué importa? bastante seguro te tengo. Mira.

El bufon se levantó, llegó al secreter de la derecha, oprimió un resorte y el secreter giró dejando descubierta una oscura entrada.

—Adios, duque, adios, dijo el bufon desapareciendo por ella, y no te atrevas á desobedecerme.

El secreter volvió á girar.

El duque quedó aterrado.

Parecíale, ó mejor dicho, queria que le pareciese aquello un sueño.

Pasóse la mano por la frente, hizo un violento esfuerzo, se resignó y salió y abrió la primera puerta.

—Que entre Ledesma, dijo á uno de los oficiales.

Y se volvió al camarin y se puso á papelear para disimular su turbacion.

Entró Ledesma.

—Sentaos, le dijo el duque, y tomad nota.

Ledesma se sentó.

—Levantamiento del destierro del conde de Lemos, dictó el duque: reposicion en su oficio de ayo del príncipe de Asturias á don Baltasar de Zúñiga: reposicion en su oficio de caballerizo mayor al conde de Olivares: nombramiento de confesor de su magestad la reina al reverendo padre fray Luis de Aliaga: y por último reposicion en su oficio de ayuda de cámara de su alteza el príncipe don Felipe al duque de Uceda.

—Ya está, señor, dijo Ledesma.

—Ahora aparte: comuníquese urgentemente órden al alcalde mayor para que luego haga prender donde los halle, á don Francisco de Queve-

do y Villegas y á don Juan Tellez Giron, como causantes de la herida de don Rodrigo Calderon, y pase de oficio para que sin levantar mano se empiece á formar el proceso; que cada oficial estienda una de esas minutas y traedmelas para el despacho de su magestad.

Ledesma salió asombrado, comprendiendo la razon de la malísima cara que tenia el duque.

Poco despues, en vista de las minutas que se estaban estendiendo, se daba por segura en las secretarías de Estado la caida del ministro universal duque de Lerma.

Lerma entre tanto encerrado de nuevo, buscaba en vano el resorte del secreter que cubria el pasadizo por donde habia desaparecido el bufon.

CAPITULO LXIII.

De cómo Quevedo buscó en vano la causa de su prision, y de cómo cuando se lo dijeron se creyó mas preso que nunca.

Antes de entrar en la materia de este capítulo, debemos dar algunas noticias á nuestros lectores á la manera de sueltos de periódico.

—Don Juan Tellez Giron, fue preso aquel mismo dia en el aposento de su esposa doña Clara Soldevilla, como causador del estado en que se encontraba don Rodrigo Calderon, y en el momento en que preparaba un viaje, circunstancia agravante que el alcalde encargado de su prision hizo constase en la diligencia del escribano que le acompañaba.

—Doña Clara Soldevilla, solicitó una audiencia del rey y no pudo conseguirla.

—Dorotea esperó en vano toda la tarde al duque de Lerma y á don Francisco de Quevedo, con la mesa puesta, y ya cerca de la noche, se puso verdaderamente mala y se metió en el lecho.

—El cocinero de su magestad fué á avisar al escelentísimo señor duque de Lerma, que doña Ana de Acuña recibiria á oscuras al rey á las doce de aquella noche.

—Al salir Francisco Martinez Montiño cocinero mayor de su magestad, de casa del escelentísimo señor duque de Lerma, se encontró manos á boca con el tio Manolillo bufon del rey, que le asió por un brazo y le metió en una taberna donde se encerró con él en un aposento.

—El tio Manolillo hizo vomitar al cocinero de su magestad cuanto sabia, acerca de la cita que el duque tenia aquella noche con doña Ana de Acuña.

—Al salir de la taberna, separáronse el cocinero mayor y el bufon, y este último se fué en busca de un alcalde de casa y córte.

Conocidas de nuestros lectores estas noticias, entraremos de lleno en el asunto del presente capítulo.

La silla de manos en que habia sido metido Quevedo, y en que Quevedo se habia dormido, anduvo hasta parar en un lugar de que no podia darse cuenta Quevedo, primero: porque con su cansancio, su largo desvelo y su admirable fuerza de ánimo, dormia profundamente, y segundo: porque aunque hubiera estado despierto, la silla de manos estaba herméticamente cerrada y á oscuras.

Pero de repente Quevedo hubo de despertar al contacto de una mano que le movia.

Abrió los ojos, se los restregó, se desperezó y... se encontró todavía á oscuras.

—Salid don Francisco, dijo la voz del alcalde Sarmiento.

—¡Ah! ¡con que hemos llegado! ¡pues me alegro! quitaos de delante no tropiece con vos, licenciado Sarmiento, que lo sentiria por lo que de mí se os pudiese pegar, y dígame vuesamerce, sino le enoja: ¿se han acordado de poner cama?

—Aquí os quedareis, dijo el alcalde.

—Sea por minutos, amigo. Y como no me contestais, y os despedís, id con Dios.

—Que Dios os guarde.

Sintió Quevedo el ruido de las pisadas de algunos hombres, y luego cerrarse una puerta.

—¿De dónde vendrá este chubasco? dijo para sí, palpando en torno suyo: no lo sé... no adivino: una silla... pues señor estoy en mi casa.... una cama mullida... afírmome en lo dicho... y á oscuras... me afirmo mas: calabozo tenemos, guardados estamos, y... sueño tengo, dejémonos de suposiciones inútiles, y acostémonos, y continuemos el sueño interrumpido.

Y Quevedo se acostó, no asi como quiera, sino desnudándose como si hubiera estado en su casa.

Pero por esta vez no se durmió.

Habia descabezado, como suele decirse, el sueño en la silla de ma-

nos, la situacion en que se encontraba, era grave por mas de un concepto, y su poderosa imaginacion empezó á dar vueltas.

Pero las vueltas de su imaginacion se agitaban en un laberinto oscuro, en el que se perdia mas y mas cuanto mas pugnaba por encontrar la salida.

Y como la imaginacion es tan libre que se agita mas cuanto mas pretendemos sujetarla, la cabeza de Quevedo llegó á convertirse en una devanadera.

Pasáronsele muy bien dos horas sin que pudiese atinar con la causa de su prision, porque para él era indudable que el prenderle no convenia al duque de Lerma, y que siendo el duque tan apegado á su conveniencia, no era ni aun razonable creer que su prision proviniera de él.

Ocurrióselo, y acertó, que doña Catalina podia ser la causante, pero Quevedo tenia, como todos los hombres, dentro del cuerpo, el enemigo mayor del género humano: el amor propio.

Y su amor propio decia á Quevedo que doña Catalina estaba rendida á su voluntad, que lloraria mucho, que buscaria todos los medios imaginables para retenerle á su lado, pero que jamás obraria en contra suya.

Su amor propio, como ven nuestros lectores, engañaba á Quevedo, sobreponiéndose á su sagacidad y á su prudencia, que de una manera instintiva le decia, y le habia dicho, que todo debia temerlo de la rabia y el despecho de la condesa de Lemos.

Ni asaltó el pensamiento á don Francisco, que el bufon podria tener interés alguno en que le hiciesen preso, ni pudo, por consiguiente, encontrar una solucion satisfactoria que justificase su prendimiento.

—Hánme preso, decia, por recelos muchas veces; hánme traido de acá para allá; pero en esas ocasiones, sino he mordido, he conspirado, y sino he conspirado, he pensado en conspirar. Ahora no tengo contra mí nada, absolutamente nada, porque segun el viento que corre, lo de la herida de Calderon no hay que tomarlo en cuenta. Temí por don Juan, pero puse en planta lo que sobra para tener descuido, y, ó yo me he vuelto tonto, ó mi prision no entiendo, ó anda por la córte algo que yo no veo. Por fortuna, no hay bien ni mal que cien años dure; alguno ha de hablar conmigo, que no han de tenerme emparedado, y entonces ya sabré yo lo que me pasa, mas por lo que no me digan, que por lo que me quieran decir.

Interrumpió á Quevedo el ruido de una llave en una cerradura, sintió pasos, y una voz desconocida que le dijo:

—Sígame vuesamerced, señor don Francisco de Quevedo y Villegas.

—Del hábito de Santiago, señor de Juan Abad y poeta, contestó Quevedo.

—Espera á vuesamerced quien le ha de llevar á otra parte.

—Pues espérese el que ha de llevarme á que me vista, que yo me creia en mi casa y habíame desnudado; y si quieren que despache pronto, traíganme luz, que no se ponen bien las agujetas á oscuras.

—A oscuras habeis de vestiros como á oscuras os habeis desnudado, y á oscuras habeis de ir como habeis entrado á oscuras.

—Oscuridad cerrada tenemos, en el caos andamos: alguna creacion anda cerca: ¿y á dónde habeisme de llevar, señor mio?

—No lo sé yo eso; que no traigo órden mas que de sacaros de aquí, y hágame vuesamerced la gracia de no preguntarme mas, porque tendré el dolor de no poderle responder.

—¿Adolecedor sois? pues con alguacil no trato; hombre de bien tengo al canto; hidalgo barrunto; huélgome de ello, que siempre es bueno aun en lo mas malo, el dar con gente bien criada.

—Pero vuesamerced se vale de eso para vestirse con gran espacio y yo rogaria á vuesamerced que abreviara, que la jornada es larga, la noche mala, y los caminos con tanto llover, de los diablos.

—¿Es decir que Madrid se me escapa?

—Fuera de Madrid va vuesamerced.

—Pues quien de Madrid me saca debe de ser persona que puede.

—Gran secreto se tiene con vuestra prision, dijo el hombre misterioso acercándose mas á Quevedo: interés hay en que vuesamerced se pierda...

—Pues no es eso fácil que no nací yo para perdido.

—Traspapelar quieren á vuesamerced; pero yo que soy algo dado á papeles, y por algo letrado me tengo, y me he regocijado mucho con los versos de vuesamerced, y aprendido muy mucho mas con los discursos de vuesamerced, no soy mio, por mas que me hayan mandado que calle, y quiero advertir á vuesamerced.

Púsose en guardia Quevedo, á quien parecia un tanto sospechosa aquella facilidad en soltarse de lengua en quien tan severo habia empezado, y dijo:

—Páguele Dios, hermano, la buena voluntad que me tiene, si es que yo no puedo pagársela, que si podré, que estas son tormentas que pasan, y dígame lo que quiera, que aprovechará.

—Breve tiene que ser, porque esperan y pudieran sospechar.

—Con media palabra entiendo yo. ¿Por quién soy preso?

—Por el rey.

—Eso ya me lo sabia, que á nadie se prende sino á nombre de su magestad: que el nombre de su magestad hace ya mucho tiempo que sirve para embozar cosas malas.

—Os han preso con justicia.

—Cierto es que con alguaciles me prendieron.

—Con razon.

—Teneis razon, que razon es que los tales prendan, que sino prendieran no serian corchetes.

—Quiero decir, que vos teneis la culpa de haber sido preso.

—Tambien decis verdad, que por dejar yo la espada presa, he dado en prisiones.

—No es eso don Francisco: habeis cometido un delito.

—Estais echando un rio de verdades. Gran delito es en efecto el venir en estos tiempos á la córte.

—Habeis malherido á don Rodrigo Calderon.

—No fuí yo... pero quiero tomar mi parte en esa buena accion, porque al fin ayudé á ella. ¿Y por haber sangrado á un pícaro me prenden? ¿y á esto llaman delito?

—Las cosas han variado.

—¿Priva de nuevo Calderon?

—El alcázar se ha vuelto de arriba á abajo.

—Gran suceso y grande espectáculo. ¿Echádose ha el alcázar á volatinero?

—Mas de lo que pensais. En fin y para abreviar que ya nos detenemos demasiado, habeis sido acusado por el duque de Lerma, juntamente con don Juan Tellez Giron, de homicidio contra don Rodrigo; y como don Rodrigo se va por la posta...

—Pues si se va me alegro, que nosotros por aquí nos quedamos, y á fe mia, que no ha de faltar quien pague las costas. Gran servicio habremos hecho con la ida de tal, al rey y á la patria.

—Pues piden vuestra cabeza.

—Menores cosas he pedido yo, y heme quedado sin ellas; que si á todo el que pide le dieran, pronto se echarian todos á pedir y no quedaria quien pudiera dar. ¿Y á dónde me llevan?

—A Segovia.

—Honrosa cárcel me dan. Y con esto y con no tener ya nada que ponerme salvo la daga y la espada que me han quitado, recibid mi agradecimiento, alguacil desalguacilado, y vamos, que el moverme me hará provecho.

—Acercad y asíos de mi capa.

—Tengoos ya.

—Pues marchemos, y silencio.

—Silencio y marchemos.

Tiró para adelante el hombre, á cuya capa iba asido Quevedo, y siguióle este pensando para sus adentros:

—Póneme mas en cuidado que nunca la amistad de este: paréceme que se han propuesto asustarme... ¡y vive Dios! que lo han conseguido... por mí, acostumbrado estoy á estas aventuras... pero don Juan... preso tambien... ¡pueden salir de aquí tantas cosas!...

—Señor alcalde, dijo en aquel punto el hombre que guiaba á Quevedo: aquí tiene vuesamerced al preso.

—¿Sois vos don Francisco? dijo la voz ronca y tiesa, por decirlo asi, del licenciado Sarmiento.

—Yo soy, á menos que no me equivoque, amigo.

—Entrad en esta litera.

—Pónganme junto á ella: pero ya la topo: adentro voy: buenas noches y buen viaje.

—¡Si vos sois el que os vais!

—No, licenciado Sarmiento; vos sois el que os vais de mí... y me alegro. Guardeos Dios.

Estaba ya dentro Quevedo y se cerró la puerta de la litera.

Esta se puso en movimiento.

Durante algun espacio, Quevedo oyó el ruido de las gentes que pasaban, y el viento que zumbaba en los aleros de las calles.

Despues aquel ruido cesó: oíase el zumbar del viento, largo, estendido, como en el campo, y solo se oyeron los pasos de las mulas de la litera y los de algunas cabalgaduras que marchaban constantemente junto á ella.

CAPITULO LXIV.

De cómo el tio Manolillo no habia dado su obra por concluida.

Apenas el licenciado Sarmiento habia entregado á cuatro alguaciles de á caballo la guarda de Quevedo, con la órden verbal de que le recibiese preso el alcaide del alcázar de Segovia, y se habia alejado de la casa, con su ronda de alguaciles, cuando se le plantó delante de la luz de la linterna (porque era ya de noche) un hombre pequeño, cubierto con un sombrero gacho, y envuelto en una capa negra.

—¿Qué me quereis? dijo secamente el licenciado.

—¿Es vuesamerced, como lo parece, alcalde de casa y córte? dijo aquel hombre cuyo acento era indudablemente afectado.

—Tal soy, dijo el licenciado.

—Pues tomad este pliego y enteraos de él, en servicio del rey y de la justicia.

Tomó el alcalde el pliego, y apenas le hubo tomado, cuando el desconocido, volviéndole rápidamente la espalda, dió á correr con una velocidad maravillosa.

—¡Síganle y agárrenle! gritó el alcalde.

Siguiéronle algunos alguaciles, pero volvieron á poco diciendo que aquel hombre se les habia perdido.

Puso presos el alcalde á aquellos alguaciles, por el delito de no haber tenido tan buenas piernas como el huido, y despues de esto, fuese á su

casa, encerróse en su despacho, sentóse delante de una mesa cargada de procesos, y sacando el pliego que el hombre misterioso le habia dado, leyó en él lo siguiente:

—«Señor alcalde: un hombre ha sido asesinado...

Al leer esto el licenciado Sarmiento, se le bailaron los ojos de alegría.

Porque el licenciado Sarmiento era alcalde en cuerpo y en alma, y se alegraba de los delitos, como los médicos se alegran de las enfermedades, los clérigos de los entierros, y los sepultureros de los muertos.

La alegría le hizo detenerse un momento, y luego prosiguió:

—«Un hombre ha sido asesinado á traicion. Este hombre es el sargento mayor don Juan de Guzman. El causante de este asesinato, ó los causantes, han sido, don Francisco de Quevedo y Villegas...

La alegría nubló de nuevo los ojos del licenciado, porque, como todos los tontos á los hombres de ingénio, tenia suma ojeriza á Quevedo.

Despues prosiguió:

—»Los causantes han sido don Francisco de Quevedo y Villegas del hábito de Santiago, y don Juan Tellez Giron, homicidas, al menos por intento, de don Rodrigo Calderon. El medio del asesinato ha sido Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor de su magestad, por instigacion de los tales don Francisco y don Juan, y el lugar del asesinato donde, si se busca bien, se encontrará el cadáver del dicho sargento mayor, la casa de doña Ana de Acuña, aventurera y manceba á un tiempo del duque de Uceda y del difunto, en la calle de Amaniel. Esté vuesamerced atento, y verá como á la media noche entran algunos en su casa por el postigo. Guarde Dios á vuesamerced.»

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! esclamó el alcalde: ¡asesinato de hombre casa de la querida del duque de Uceda, y á manos del cocinero mayor de su magestad! Este tal cocinero es muy rico, y el duque podrá ser que se interese harto por su manceba. ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

Y el licenciado se quedó gratamente abismado en la contemplacion del resultado futuro de un negocio en que podrian cruzarse sendos doblones.

Pero como todo lo que tenia de salvaje en la acepcion completa de la frase el licenciado, lo tenia de activo, hizo llamar á aquella hora que ya era bien entrada la noche, á un escribano, empezó por encabezar el proceso con la declaracion testimoniada de lo que le habia acontecido con el hombre de la capa, sin olvidarse de unir la denuncia original, é *incontinenti* con el mismo escribano y diez alguaciles, fuese á la calle de Ama-

niel, y con las linternas cerradas y la mayor cautela, escondiéronse él y sus gentes de tal modo, que nadie, como no hubiera tenido la cualidad de oler á la justicia, hubiérala creido en aquellos lugares.

Entre tanto, la hermosa doña Ana, sola, porque siguiendo los consejos del bufon, habia despedido á sus criados: aterrada, porque la situacion en que se encontraba, teniendo en las habitaciones inferiores el cadáver cosido á puñalados del sargento mayor, no era para menos; halagando la sola esperanza de que el rey, á quien esperaba por anuncio de Montiño, enamorada de él, la salvaria, ocupábase en acabar de ataviarse de una manera magnífica, porque aunque, segun lo convenido, debia recibir al rey á oscuras, por el tacto, lo mismo que por la vista, se aprecian las buenas telas y las ricas alhajas, y en echar esencias en sus cabellos y en procurarse por todos los medios parecer hermosa sin luz.

La situacion de aquella desdichada no podia ser mas espantosa, mas dramática: basta anunciarla para que se comprenda. Un terror profundo, y una ansiedad mortal..... y sin haber comido, privada de sus criados; y sin haber visto un solo resquicio de salvacion, entre las tinieblas de horrores que la rodeaba.

Cada vez que resonaba un reloj á lo lejos, el corazon de doña Ana cesaba de latir; cada vez que resonaban pasos en la calleja adonde daba el postigo de su casa, una ansiedad mortal la devoroba. Los pasos se acercaban, llegaban, se alejaban. No era el rey.

Al fin, dieron á lo lejos las doce de la noche.

La sangre de doña Ana circuló con fuerza, ardió, la dieron fuertes latidos las sienes y el corazon: se nublaron sus ojos... era la hora de la cita: resonaron inmediatamente pasos en la calleja: doña Ana escuchó con toda su vida apoyada en el alfeizar de la ventana que daba sobre el postigo: luego resonó una llave en aquel postigo: la alegría dió fuerzas á doña Ana: la esperanza valor: se retiró precipitadamente de la ventana: tomó la luz que habia en la habitacion, y entró en otra que era su dormitorio: de allí pasó á otra que era su cámara: allí encendió una linterna de resorte que tenia preparada, la cerró, la puso sobre una mesa, apagó la bujía, y se quedó á oscuras esperando impaciente en medio de la cámara.

Resonaron al fin pasos en el dormitorio, crugieron las vidrieras al tropezar en ellas una persona, y la voz cobarde, trémula del cocinero mayor, dijo desde en medio de la oscuridad:

—¿Estais ahí, señora?

Doña Ana hizo un violento esfuerzo sobre sí misma para que su voz no temblase y contestó con acento dulce:

—Si, si, señor Francisco Montiño. ¿Viene con vos ese caballero?

—Teneisme aquí impaciente, hermosa señora, dijo el duque de Lerma.

Debemos advertir que doña Ana no habia oido nunca hablar ni al rey ni al duque de Lerma; y que la voz del duque, por la soberbia de este y su gran aprecio de sí mismo, tenia un timbre particular, hueco, campanudo, grave, que daba á conocer al gran señor que habla siempre mandando, imponiendo, obteniendo inmediatamente una respetuosa obediencia.

—Retiraos abajo, Montiño, añadió el duque.

Y luego dijo:

—¿Dónde estais, señora?

—Aquí, mi señor: venid, adelantad, tomad mi mano; yo os guiaré.

El duque guiado por el sonido, buscó entre la oscuridad y tropezó primero con un traje de brocado; luego con un hombro redondo que se retiró de una manera nerviosa y al fin con un brazo desnudo de una morvidez y una suavidad esquisitas, yendo á parar, por último, á una mano incomparable por su forma, pequeña, gruesecita, cuajada en los dedos de gruesos cintillos, que temblaba y estaba fria.

—¿Qué os espanta, señora? dijo el duque mientras doña Ana le conducia á tientas hácia un lado de la cámara.

—Me espanta, dijo doña Ana con su sonora y dulce voz de mujer hermosa, me espanta la situacion en que me encuentro, que es horrible.

—¡Horrible! no alcanzo á comprenderos: ¿horrible porque yo estoy aquí?

—Si, si señor, porque si mi situacion no fuese horrible no estariais vos aquí.

—¡Esplicadme, esplicadme, señora! dijo el duque con cierta magnífica magestad, porque suponia que todo aquello no era mas que un prefacio de costumbre.

—Si yo no hubiera necesitado de la proteccion de una alta persona, cuando Montiño me trajo de vuestra parte el regalo que tengo al cuello...

—¡Ah! ¡señora!...

—Podeis creer que el haber yo consentido ha sido por ese regalo; pero os engañais si creeis eso, señor: lo he aceptado porque me encontreis humilde, porque querais mejor ampararme.

—¿Pero qué os sucede?

—Estoy sola en el mundo: sola y amenazada de mil peligros. Cuando Montiño me dijo que una altísima persona me amaba...

—Otros hay mas altos que yo, señora.

—¡Oh! ¡no! ¡solo Dios!

—¿Quién os ha dicho eso? dijo con una gravedad eminentemente cómica el duque que queria pasar por el rey...

—Nadie... pero... mi corazon...

—¡Vuestro corazon...!

—Yo habia ido muchas veces á la córte, señor: las mujeres somos locas, insensatas: nos gusta, nos enamora lo grande, lo que deslumbra...

—¡Y os he deslumbrado yo!

—¡Ah, señor! vos sois el sol de las Españas.

—¡El sol yo! ¡pero no veis que estamos á oscuras!

—Yo os veo claro, como si fuera de dia... como si... estuviérais...

—¿Cómo si estuviera dónde?

—No me atrevo señor, ¡habeis mostrado tal empeño en no ser conocido...!

—Sin embargo, vos lo mostrais tambien en hacerme entender que me conoceis.

—Porque en ello me va mi honra.

—¡Vuestra honra...!

—Si, si por cierto: yo no podia ser esclava de otro que de vos.

—¡Ah! ¿pero quién creeis que soy yo?

—No me atrevo á decíroslo.

—Hablad, hablad sin temor, señora.

—¿Me dais vuestra noble palabra de no enojaros?

—Os la doy.

—Pues bien, dijo doña Ana arrodillándose de repente á los piés del duque de Lerma: yo soy vuestra, señor, en cuerpo y en alma... porque hace mucho tiempo que loca, fuera de mí, amo á vuestra magestad.

—¡Mi magestad! dijo el duque fingiendo el mas profundo asombro: ¡cómo, señora! ¿habeis creido que yo soy el rey?

—¡Ah, señor! ¡señor! esclamó doña Ana cubriendo de trémulos besos las manos del duque, vuestra magestad me ha dado su real palabra de no ofenderse.

—Y no me ofende mas, que el dolor de no ser el rey, puesto que al rey amais vos; pero levantaos señora, no sois vos la que debeis estar á mis piés.

—¿Es decir que teneis empeño formal en que yo no os reconozca?

—Creed que hay en mí grandes razones para no querer ser conocido de vos.

—Respeto esas razones, señor, las respeto y me someto á vuestra voluntad.

—¿Quedamos, pues, en que yo no soy el rey?

—Si, si señor.

—Gracias, señora, gracias. Ahora decidme: ¿cuál es la situacion horrible en que os encontrais? Hablad que aunque yo no sea el rey tengo poder bastante para salvaros.

—Juradme por vuestra alma que me salvareis y que no desconfiareis de mí.

—Os lo juro.

—Voy á ser muy franca con vos.

—Os lo agradeceré.

—Yo señor, no soy noble.

—Teneis la nobleza de la hermosura.

—Nací en las playas de Galicia, señor, y Dios sin duda para probarme, me dió esta funesta hermosura.

—¡Vuestros padres fueron pobres!

—Pescadores, sin mas bienes que una barca y una cabaña en la playa; yo crecí allí libre, al sol y al aire, delante del mar, tan ancho, tan azul, tan hermoso, guardada por las espaldas por las verdes montañas de mi hermosa Galicia. ¿No es verdad, señor, que nadie al verme, al escucharme, puede creer que yo he sido una pobre muchacha que se llamaba Aniquilla, que corria descalza por las rocas buscando mariscos cuando era niña, y que mas tarde... ¡oh! ¡Dios mio!

—No, no, nadie lo creeria, porque Dios os ha dado la nobleza, como ya os lo he dicho de una grande hermosura, y con esa maravillosa hermosura, una discrecion adorable y un claro ingénio. Vos sois una dama completa.

—¡Pluguiera á Dios que no lo fuese!

—¿Pero qué misterio hay en vuestra vida..?

—Seria en mí un crímen el engañaros, señor.

—Os escucho con afan.

—Apenas dejé de ser niña, cuando dejé de ser pura.

—¡Ah! ¡la inocencia!

—La libertad... y luego mi anhelo de salir de aquella cabaña... las

solicitudes de los marineros .. todos me prometian sacarme de allí... yo ansiaba ser mas... los creia... y todos me dejaban.

—¡Oh!

—Un dia, señor, fondeó en la caleta que estaba delante de la choza de mis padres, un barco de rey. Yo estaba sentada en la punta de una roca, triste y desesperada, porque mi último amante acababa de hacerse á la mar. La blanca vela de su bergantin, se veia allá á lo lejos, como una motita próxima á desaparecer en la inmensidad de los mares.— Sacóme de mi distraccion el ruido acompasado de muchos remos: miré y ví que era una barca que entraba en la caleta llena de hombres que llevaban plumas y corazas relucientes, y bandas sobre las corazas los unos, y los otros largas lanzas en las manos. Eran gente de guerra que habia venido en el barco del rey.— Yo era la persona primera que vieron.— Todos aquellos hombres, al saltar en tierra me miraron.— Particularmente uno, jóven y buen mozo, que llevaba banda de seda sobre la coraza, me miró con mas fijeza que los otros, y se detuvo.— Los restantes se encaminaron á la aldea, y los marineros se pusieron á llenar de agua unos barriles que traian en la lancha, en una fuente que habia en la playa.

—Rapaza, me dijo el hombre que se habia detenido junto á mí, ¿cómo tan sola, siendo tan hermosa? ¿Esperas á tu amante?

Yo no le contesté; pero mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué lloras? me preguntó.

—Porque mi amante se ha ido para no volver. Le contesté, arrojando una mirada al mar, en cuyo horizonte se veia ya imperceptiblemente, como un punto blanco próximo á desaparecer, el bergantin que conducia á mi último amante, que acaso no se acordaba ya de mí.

—¡Bah, muchacha! me dijo el soldado: á rey muerto, otro al puesto: por mucho que le quieras, pronto le olvidarás, si pones á otro en su lugar.

—El, como todos, me habia dicho que me llevaria consigo... y como los otros me ha dejado aquí.

Miróme profundamente el capitan, y dijo como hablando consigo mismo.

—Pedirla mas hermosa seria avaricia, y parece inocente. Muchacha, añadió dirigiéndose á mí: ¿quiéres ser la prenda de un mozo de rumbo?

—No os entiendo, le contesté.

—¿Quiéres ser mi moza, digo? Yo te pondré en el cuello corales y

encajes, y te meteré la cintura en sedas, y te calzaré los piés con chapines, y si ahora pareces un lucero, despues parecerás un sol.

—¿Es de veras? le pregunté olvidada ya del otro que iba en el bergantin, que habia desaparecido por completo en alta mar.

—Tan de veras, que si estás aquí en este mismo sitio á la noche, vendré por tí.

—Estaré.

—¿Palabra de buena muchacha?

—Os lo prometo.

—Pues veremos quien falta á lo prometido, dijo el capitan.

Y me estrechó la mano, y se fué á la aldea donde habian entrado los soldados.

—¿Y fuísteis? dijo el duque de Lerma.

—Si, si señor, fuí, puesto que estoy hablando con vos: fuí por mi desgracia: ó mejor dicho, no me moví de la roca.... no me despedí de mis padres, ni entré siquiera en la cabaña.

Cuando me habló el capitan, se ponia el sol.

La noche por lo tanto no tardó en llegar.

Pasó algun tiempo desde que cerró la noche, y por cierto bien oscura.

Yo esperaba con impaciencia.

Toda mi ambicion era salir de aquel estrecho valle, encerrado entre el mar y las montañas.

¡El mar sin límites, que recibió mis primeras miradas! ¡las verdes montañas de mi hermosa Galicia, de entre las cuales pluguiera á Dios no hubiera salido nunca!

Como os decia, la impaciencia me devoraba.

Solo veia delante de mí, porque la noche era muy oscura, una línea algo mas clara, una línea movible.

Era el mar, que venia á romper sus olas en las rocas.

Solo escuchaba su quegido incesante, y el ligero zumbar del viento.

—¡Bah! dije llorando: el hermoso soldado se ha olvidado como los otros de sus promesas: pero este al fin no ha sido infame, porque no ha sido mi amante.

Y me levanté de la roca, y con el corazon amargo me volví para encaminarme á la choza de mis padres, por cuya puerta se veia relucir á lo lejos la llama, la alegre y dichosa llama del hogar.

Pero de repente, un ruido que sentí á mis espaldas me detuvo.

Era ruido de remos.

Mi corazon se ensanchó y me volví de nuevo á la roca.

Abordó una barca, y de ella saltó un hombre.

—¿Estás ahí muchacha? dijo.

En aquella voz reconocí la del capitan.

—Si, aquí estoy esperándoos, le dije.

—Pues ven conmigo, y no te detengas, que el viento es favorable y vamos á zarpar.

Acerquéme á él, y él me asió de una mano y me llevó hasta la barca.

Su mano temblaba.

Luego me asió de la cintura para meterme en la barca.

Sus brazos temblaban tambien, y su corazon latia con fuerza.

Me dió un silencioso beso en el cuello, y sus lábios abrasaban.

Yo empecé á sentir no sé qué por aquel hombre.

Me parecia hermoso, y luego... me trataba como no me habia tratado ninguno.

Los otros me habian tratado con desprecio.

El me trataba como á una señora: se estremecia á mi lado, se ponia pálido.

Me retuvo en sus brazos en la barca; y luego, siempre en sus brazos me subió á la galera.

Noté que nadie se reía de mí; que nadie me miraba; que todos, cuando pasaba junto á ellos el capitan, que me llevaba de la mano, se descubrian.

Era él el capitan de la galera, y ademas muy rico y muy principal.

Por eso me respetaban todos.

Y yo iba mal vestida, despeinada, descalza.

Y sin embargo, don Hugo de Alvarado, que asi se llamaba mi esposo...

—¡Vuestro esposo..! esclamó con asombro el duque de Lerma.

—Si; yo soy viuda de un capitan de mar de su magestad, señor.

—Contadme, contadme como fue eso.

—Cuando llegamos al puerto del Ferrol, don Hugo, que no se habia tomado conmigo la menor libertad, á pesar de que yo estaba enteramente sometida á él, hizo venir de tierra unas sastras.

Aquellas mujeres me tomaron medidas, y tres dias despues me llevaron ricos vestidos, y muchos: trajes de dama, y de dama principal: por otra parte, don Hugo me llevó joyas.

Cuando me vistieron, cuando me engalanaron, don Hugo esclamó enamorado:

—¡Es un sol!

Yo estaba aturdida: me miraba en un espejo, y no me conocia; me parecia que mi hermosura habia crecido.

La felicidad me hacia sufrir.

Habia visto otras playas: veia otras montañas: tenia á mis piés un amante jóven, hermoso, que me trataba con el mayor respeto.

Mis vestidos eran ricos: sentia perlas en mi cuello, y cuando me miraba en el espejo, veia que mi cuello era mas nacarado que las perlas.

Y no me acordaba de mis padres.

Amaba la vida en que entraba, y me moria por don Hugo.

—¡Le amábais! dijo el duque de Lerma.

—Como no habia amado nunca: como no he vuelto á amar hasta que os he conocido á vos, señor.

El duque de Lerma, iba olvidándose rápidamente del objeto que le habia llevado á aquella casa, esto es: el hacer la guerra por uno de sus flancos, á su hijo el duque de Uceda, que se valia de aquella mujer para escitar las precoces pasiones del príncipe, que se llamó despues Felipe IV, y de cuyas escandalosas aventuras amorosas están llenas la historia y la tradicion.

El duque de Lerma aunque circunspecto, porque la gravedad era su vicio, hombre al fin, empezaba á sentirse escitado por la galante historia de doña Ana.

Y luego, hay que convenir en que doña Ana tenia una gran práctica de cortesana, que conocia el secreto de inspirar la voluptuosidad, y en que, tales eran las manos que tenia abandonadas dulcemente entre las del duque, que por su forma y su tersura, venian á ser el prólogo de bellezas incomparables.

Si el duque no hubiera llevado allí, segun su sentido político, un alto objeto, hubiera roto por todo y hubiera pedido á doña Ana luz. Pero aquella mujer le parecia muy importante, y necesario y conveniente de todo punto seguir representando á oscuras un papel de rey enamorado y celoso de su dignidad.

El duque de Lerma incurria en su millonésima equivocacion

Estaba allí representando por la millonésima vez, su papel de simple.

—¡Ah! ¿con qué amais á su magestad cuanto habeis amado al que habeis amado mas? dijo el duque.

—Os ruego, señor, que no volvamos á la pasada disputa: yo no me atrevo á disputar con vos. Respeto vuestros deseos y callo.

—Continuad, señora, continuad, dijo el duque alhagado por las palabras de doña Ana, porque tal era su vanidad, que se hinchaba con el placer de representar al rey de una manera indirecta, aunque esto no fuese sino como podia ser, á oscuras y ante una persona que nunca hubiese oido la voz del rey.

Doña Ana continuó:

—Amaba yo á don Hugo por cuantas razones puede amar á un hombre una mujer: me enamoraba y me enorgullecia. Pero fuí muy desgraciada en mis amores. No los logré.

—¡Cómo! ¿pues no sois su viuda?

—Oid, señor, oid: cuando estuve ataviada como una dama, don Hugo zarpó de nuevo y tomó rumbo para Barcelona: durante la travesía, me trató con el mayor respeto. Yo no comprendia por qué don Hugo me respetaba; despues lo he comprendido: don Hugo respetaba en mí su amor, un amor tan estrañamente concebido por una pobre muchacha deshonrada. Pero contra el amor no hay razones: se ama porque se ama y nada mas.

En Barcelona saltamos en tierra, y don Hugo me llevó á casa de una anciana tia suya. Habíamos convenido, para que nada pudiese decir la tia, en decirla que don Hugo me habia rescatado de unos piratas berberiscos que me habian apresado algunos años antes, matando á mis padres.

La buena vieja era muy crédula, y creyó todo lo que su sobrino quiso que creyese.

Don Hugo estuvo algunos dias en Barcelona, y partió al fin, dejando encomendado á su tía que hiciese de mí una dama.

Yo quedé con un agudo dolor.

Don Hugo me escribió al poco tiempo una carta muy tierna que aumentó mi amor hácia él. Con el afan de poder leer sus cartas, de poder escribirle, aprendí en muy poco tiempo á leer y á escribir.

Al año pude contestar, aunque mal, por mí misma á aquel amante que se me habia entrado en el alma y á quién debia el verme cambiada en otra.

Porque ya no era yo la pobre muchacha ignorante que andaba descalza por la playa, entregada al primero que encontraba al paso, abandonada á sí misma: habia formado otro concepto del mundo: estaba en una casa rica, prevenian mis deseos numerosos criados, vestia ostentosa-

mente, iba á todas partes y á todas partes en litera ó carroza: la buena doña María me amaba y no habia sospechado nunca de la verdad de la historia que la habíamos contado su sobrino y yo. Por otra parte, yo, que en realidad me llamaba Ana Pereira, me llamé doña Ana de Acuña como ahora.

—¿Y cómo pudo ser eso? dijo admirado el duque de Lerma.

—No lo sé, porque don Hugo no me lo dijo por escrito ni pudo decírmelo de presente.

—¡Cómo!

—¡Don Hugo y yo no nos volvimos á ver!

—¡Y sois su viuda!

—Seguid escuchando. Un dia recibí una ejecutoria, que aun conservo, y unos papeles que acreditaban que yo era en efecto doña Ana de Acuña, única descendiente de una familia ilustre, pero pobre.

—¿Era rico don Hugo? preguntó el duque de Lerma.

—Riquísimo.

—Pues entonces comprendo perfectamente como os ennobleció... compraria su apellido y su ejecutoria á una familia pobre...

—Eso debió de ser.

—Continuad, señora.

—Pasaron dos años, y al cabo de ellos, cuando yo estaba completamente tranformada, cuando acababa de cumplir los diez y nueve años, doña María adoleció de su última enfermedad. Escribí á don Hugo que me veia espuesta á quedarme sola en el mundo, y don Hugo me contestó, enviándome los papeles necesarios por medio de un amigo suyo para que pudiera casarme con él, por poder que para este efecto habia dado á su amigo.

En efecto, una noche en que la dolencia de doña María se habia agravado de una manera tal, que los médicos no la daban mas que algunas horas de vida, me casé, junto á su lecho, con don Hugo, representándole el amigo que para ello habia enviado.

Acabada la ceremonia, el amigo de don Hugo y los testigos, se retiraron, y yo triste y temerosa por aquellas bodas que se habian hecho junto á una moribunda, me quedé velando su agonía.

Al amanecer murió.

Aquel dia un escribano vino á abrir el testamento.

La buena doña María habia dejado todos sus bienes, que eran muchos, á la esposa de su sobrino.

Yo era ya rica.

No sé si por esto, yo que habia olvidado completamente á mis pobres padres, lloré por aquella mujer.

Quedeme en la casa como dueña.

Escribí á mi esposo, participándole la muerte de su tia, y al poco tiempo recibí una carta enlutada.

La abrí con el corazon helado, y recibí un golpe cruel.

Don Hugo habia muerto en Flandes como bravo, peleando por el rey, pero habia tenido tiempo para darme la última prueba de aquel estraño amor que habia sentido por mí.

En su testamento aparecia yo su heredera universal.

Encontréme viuda, jóven, hermosa y dos veces rica.

Lloré mucho por don Hugo, pero todo pasa, todo muere y muere tambien y pasa el dolor.

¡Oh! ¡si yo entonces me hubiera acordado de mis pobres padres y hubiera ido á sacarlos de su miserable cabaña!

¡Dios acaso, entonces, me hubiera amparado!

Pero me olvidé de todo y acabé por olvidarme de don Hugo, del único hombre á quien habia amado.

Rica, jóven y hermosa, me propuse apagar mi sed de placeres, mi sed de vanidad.

Y aunque muchos quisieron casarse conmigo, yo no quise.

Queria volar libre, suelta, poderosa; devorar cuanto el mundo tiene de incitante y bello.

Y lo gocé.

Pero lentamente mi caudal disminuia.

Vivia en la córte, y gastaba, gastaba sin reflexion el caudal que me habian dejado una santa y un hombre de corazon.

Gasté su caudal y su nombre, porque fuí una mujer galante, una aventurera: porque en mi sed de gozar me olvidaba de mi honra, como me habia olvidado de mis padres, como me habia olvidado de mi esposo.

—¡Oh! ¡oh! vos sin duda exagerais, señora.

—Os digo la verdad; no he querido engañaros. Soy una mujer perdida, y no comprendo cómo, vos, señor, podeis haberos enamorado de mí, cómo no he podido comprender nunca porqué de mí se enamoró don Hugo.

—Teneis una hermosura maravillosa, doña Ana.

—Gracias, muchas gracias, señor: pero escuchadme todavía, que aun no he concluido.

—Os escucho.

—Muy pronto estuvo enteramente perdido lo que habia heredado; empecé á contraer deudas, y no sé lo que hubiera sido de mí, si un dia no me hubiese visto en el coliseo del Príncipe, el príncipe don Felipe.

—¡Ah!

—Aunque es muy niño, clavó en mí sus ojos y no los apartó en toda la funcion. El duque de Uceda estaba en el aposento del príncipe.

—¡Oh! ¡oh! esclamó el duque de Lerma con un acento que engañó á doña Ana.

—Yo no deberia deciros esto, señor, dijo ella; pero no debo engañaros; no debo escusaros ni la parte mas leve de la verdad. Ademas que su alteza es muy niño...

—¡Y sin embargo, quiere pervertirle el buen duque de Uceda...!

—El duque de Uceda es muy ambicioso, y hace la guerra á su padre el duque de Lerma, de la manera que puede. El duque de Uceda es tan mal hijo como lo he sido yo. Dios le castigará como me ha castigado á mí. En cuanto al príncipe...

—Decid, decid...

—El duque le trae algunas noches. Su alteza se alegra cuando me ve y me abraza y me besa, y me dice que cuando sea rey yo seré lo que quiera ser.

—¿Pero el príncipe está ya pervertido?

—No, no señor: pero si... su magestad el rey no pone remedio, el príncipe será un rey débil capaz de todo, si para lograr sus intentos le pone un ambicioso delante una mujer hermosa.

—Gracias, señora, gracias en nombre del rey.

—¡Oh! el rey puede contar con mi corazon, con mi alma. Pero el rey tendrá compasion de mí y me salvará. ¿No es verdad, señor?

—¿Pero de qué tiene que salvaros el rey?

—¡Ah, señor! ¡yo no os lo he dicho todo! Pero antes de que concluya la triste confesion de mis desdichas, dadme, señor, vuestra palabra de que me protegereis.

—Os protegeré, no lo dudeis. Pero alzad, alzad, señora, y no tembleis de ese modo.

Doña Ana se habia arrojado de nuevo á los piés del duque de Lerma, y besaba llorando sus manos.

El duque creyó que quien causaba el miedo de doña Ana, era el duque de Uceda.

Doña Ana se levantó.

—Continuad, señora, dijo el duque.

—Yo tenia un amante, mas por miedo que por amor.

—¡Un amante!

—Si, señor, el sargento mayor...

—¿Don Juan de Guzman?

—¡Cómo! ¿lo sabíais, señor?

—Si; me lo habian dicho.

—Y á pesar de eso, señor, ¡me habeis solicitado!

—Sé que ese hombre ha muerto.

—¿Lo sabeis?

—¡A puñaladas!

—¿Pero sabeis quién le ha matado?

—¡Si!

—¿Lo sabeis?

—Permitidme que no lo diga: su hombre.

—Os lo diré yo, porque ninguna parte tengo en su muerte.

—¿Qué decís?

—Que le ha matado el tio Manolillo, el bufon de... el rey.

—¿Lo sabíais?...

—Pero yo creia que le habia matado por distinta causa.

—¡Cómo! señora, ¿creeis que yo he mandado la muerte de ese hombre?

Y en el acento de temor y de sorpresa del duque que era siempre hinchado, doña Ana creyó oir el acento de un rey ofendido.

—¡Ah! ¡perdon! ¡perdon, señor! esclamó: no crea vuestra magestad...

Era tan grave lo que sucedia, que el duque de Lerma perdió la serenidad y esclamó:

—¿Cómo os he de decir que yo no soy el rey?

—¿Pues quién sois entonces? esclamó con espanto doña Ana, á quien parecieron enérgicamente verdaderas las palabras del duque.

—Yo, dijo Lerma reponiéndose, pero torpemente, soy... un caballero que os ama.

—¡Ah! esclamó con acento rugiente doña Ana; ¡me ha engañado ese miserable Montiño! Pero yo sabré quién sois.

Y corrió al rincon donde, como dijimos, habia dejado la linterna sorda, vino hácia donde estaba el duque, y abriendo la linterna, inundó de luz su semblante.

—¡El duque de Lerma! esclamó.

—¡El duque de Lerma! esclamó un hombre que abria al mismo tiempo una puerta.

Lerma arrancó la linterna de las manos de doña Ana, y miró á aquel hombre y retrocedió:

—¡Mi hijo! esclamó con espanto.

—Si, si señor, vuestro hijo, contestó el duque de Uceda.

Y el padre y el hijo delante de doña Ana aterrada, quedaron mirándose frente á frente.

CAPITULO LXV.

El padre y el hijo.

Entrambos se encontraban contrariados.

Ni el padre ni el hijo habian esperado verse allí de una manera tan ambigua.

El duque de Lerma que habia tenido aquella mañana una entrevista escandalosa con su hija la condesa de Lemos, debia tener aquella noche otra con su hijo el duque de Uceda.

Condiciones eran de su posicion.

Habia asaltado el poder por medio de intrigas y de bajezas, y la bajeza y la intriga debian acometerle á su vez.

Y como su hijo era bajo é intrigante, he aquí que en la maraña en que ambos estaban enredados, debian encontrarse y se encontraron en aquella situacion absurda, casa de una cortesana, y rivales en todo hasta respecto á la mujer que los miraba aterrada sin saber que la sucedia.

Doña Ana con el terrible acontecimiento de aquella mañana, lo habia olvidado todo y cuando dió la cita al cocinero mayor para el duque de Lerma, creyendo que se la daba para el rey, se olvidó de que el duque de Uceda tenia una llave de la puerta principal de la casa, por medio de la cual podia entrar á cualquier hora.

Si doña Ana se hubiera acordado, con haber corrido los cerrojos de la puerta, punto concluido.

Pero se habia olvidado de ello, y como un descuido basta á veces para producir consecuencias inmensas, he aquí que el duque de Uceda, á quien enamoraba doña Ana de una manera doble, como mujer y como instrumento, llegó, abrió, subió y entró en la cámara de la cortesana á tiempo que esta reconocia al duque de Lerma.

Ya hemos dicho que doña Ana estaba aturdida.

Ni aun se la ocurrió desmayarse.

Un silencio de estupor enmudecia á los tres personajes.

El primero que le rompió fue el duque de Uceda.

—Encended las bugías, doña Ana, dijo, venid despues acá, y decidnos, ¿por qué razon, de una manera tan imprevista y tan enojosa nos encontramos aquí mi señor padre y yo?

—Yo he venido á deshacer vuestras rebeldías, señor duque de Uceda, dijo el duque de Lerma, mientras doña Ana, aturdida encendia las bujías.

—¿Mis rebeldías, escelentísimo señor? dijo el duque con calma: ¿pues acaso hago yo otra cosa que defenderme?

—Defenderos ¿de qué?

—De los agravios que vuecencia me ha estado continuamente haciendo por celos.

—¡Por celos!

—Si, vuecencia cree, que nadie puede acercarse al rey sino para hablarle mal de vos.

—Vos habeis conspirado constantemente contra mí.

—Es cierto: por vuestro nombre y por el mio.

—¿Por vuestro nombre?

—Cierto: soy vuestro hijo y no puedo tolerar á sangre fria, que cegado por viles favoritos aconsejeis constantemente al rey lo que deslustra vuestro nombre.

—¿Sabeis que á mas de ser vuestro superior por mi estado, lo soy tambien por ser vuestro padre?

—Padre y señor, hace mucho tiempo que no somos padre é hijo.

—Tan seguro teneis, porque os ha repuesto el rey en vuestro oficio de ayuda de cámara del príncipe, que soy hombre al agua, que ya se me os atreveis.

—Os encuentro casa de mi querida.

—¡Casa de vuestra querida! ¡yo creia que esa mujer era la primera querida de su alteza, querida que vos le habiais procurado!

—Venid acá, perdida: dijo el duque de Uceda asiendo violentamente

de una mano á doña Ana: ¿asi se juega con gentes principales? ¿para esto te doy yo los brocados que vistes y las joyas que gastas?

Doña Ana se echó á llorar, y para que llegase basta lo último lo escandaloso de aquella escena, el duque de Uceda dió una bofetada á doña Ana, como pudiera haberlo echo el último de los rufianes.

—¡No os conozco! esclamó el duque de Lerma escandalizado, avergonzado, porque nunca el duque de Lerma habia prescindido de las formas; vos no debeis ser mi hijo, no; si fuérais mi hijo no hubiérais hecho, y delante de vuestro padre, lo que acabais de hacer.

Doña Ana lloraba: el duque de Lerma se dirigió á la puerta.

—Esperad, esperad, señor, dijo el duque de Uceda interceptando á su padre la puerta.

—En nombre de la ley divina y de la humana, apartaos duque de Uceda, esclamó Lerma con la dignidad que siempre tiene un padre respecto á su hijo.

—Esperad, os lo suplico, señor: no somos, os lo repito, el padre y el hijo, somos dos enemigos: vuestra es la culpa de esta enemistad: me habeis provocado.

El duque, ciego de cólera, puso la mano en la empuñadura de su espada: el duque de Uceda, permaneció inmóvil.

—Ved de escucharme á sangre fría, dijo: reparad en que causaria gran escándalo que vos me maltratáseis aquí en las altas horas de la noche, casa de esa mujer.

Y señaló á doña Ana que continuaba llorando arrojada en un sillon.

—Dirian las gentes, si dejándoos llevar de vuestra violencia pusiéseis en mí las manos, que no bastando los ódios políticos que nos separan, habíamos reñido por una querida.

—Yo diria á las gentes, si os castigase, como debo castigaros, que vos os habeis olvidado de todo: que para corregir vuestros escesos, me he visto obligado á recurrir á este caso, á sorprender á esta mujer de quien os valeis para pervertir á su alteza el príncipe de Asturias.

—¡Ah! ¡vuecencia diría eso! pues bien: yo puedo decir, yo puedo probar para acreditar de falsa vuestra acusacion, que vos vendeis al rey y al reino.

—¡Yo!

—Si, vos. Y lo declararian sin saberlo los duques de Bukingam y de Seimur; lo declararian sin saberlo vuestros satélites delegados por vos para sangrar al reino, por medio de cartas que puedan presentarse al rey.

—¡Mentís! esclamó el duque, que delante de doña Ana, no queria rendirse, por decirlo asi, á lo tremendo de su situacion; no queria confesarla.

Su hijo lo adivinó.

—¿Qué haces tú ahí? dijo á doña Ana: ¿no ves que su escelencia y yo tenemos que entendernos? Vete.

Doña Ana se levantó, y salió doblegada, cabizbaja, llorando.

El duque de Uceda cerró las puertas.

—Ya estamos solos, padre y señor, dijo: sé á que habeis venido aquí: sé que por el afan de guardar para vos solo el favor de su magestad, habeis llegado hasta el caso de traicion de tomar el nombre de su magestad, de querer pasar ante esa mujer por su magestad, para deshacer uno de los medios que suponeis de mi privanza con el príncipe.

—¿Pero quién os ha dicho eso?

—El bufon del rey.

—¡Ese hombre lo sabe todo!

—Ese hombre trabaja por su cuenta, es astúto, tenaz, y sabe aprovecharse de las debilidades, de los vicios, y aun de los crímenes de las personas que necesita.

—¿Pero cómo sabe el bufon del rey?...

—¿Que doña Ana os esperaba creyendo esperar al rey? Se lo ha dicho el cocinero de su magestad.

—Es necesario cerrar las bocas de esos dos hombres.

—Si, es necesario que la lucha quede entre nosotros dos, es necesario destruir esas bajas personas intermedias, y ya que de nuestros rostros han caido los antifaces, entendámonos directamente, padre; solapemos esa lucha que, por vuestra imprudencia va haciéndose escandalosa, y convengámonos.

—¿Pero qué es lo que vos quereis?

—Padre y señor: yo quiero heredaros cuando sea tiempo.

—¿Y cuándo creis que será tiempo?

—Cuando muera el rey.

—Su magestad es jóven, y goza de muy buena salud.

—Podrá ser larga la espera, ya lo veo, pero vos me ayudareis á esperar.

—Esplicaos.

—Vos, antes de que muriese Felipe II, mucho tiempo antes, érais el favorito, los andadores del príncipe de Asturias: cuando Felipe II murió,

vos fuísteis lo que sois ahora, secretario de Estado universal de Felipe III. Vuestra privanza con el rey cuando era príncipe, os costó poco: era, como lo es, vanidoso y grave, y vos, adulásteis su vanidad y su tiesura: era, como lo es, devoto, y vos supísteis haceros mas devoto que él.

—Felipe III tenia un padre muy prudente... y cuando me dejó al lado de su hijo...

—Demostró que no era tan prudente ni tan sagaz como dicen, cuando no conociendo que vos representábais vuestro papel de estado, os hacíais señor del príncipe su hijo; os lo repito: vos tuvísteis la fortuna de dar con un príncipe imbécil, y yo... el actual príncipe de Asturias, está viciado precozmente por la pasion á la mujer, que hará de él un rey á quien será imposible servir, contentar sin humillarse, sin manchar la dignidad. ¿Creeis que yo he traido al niño príncipe al regazo de esa mujer? Os engañais: él me ha obligado á traerle: sino le hubiera traido... es un niño muy adelantado á su edad. Lope de Vega escribió su primera comedia á los doce años: el príncipe don Felipe, ha tenido su primera querida á los siete... Vió á doña Ana en un coliseo, y concibió por ella una verdadera pasion; pasion de niño, pero que tiene ya la impureza del hombre.—Quiero mucho á aquella dama, me dijo: quiero ir á casa de aquella dama... y yo resistí, porque aunque yo no era asustadizo, me asusté... me asusté porque ví adonde me llevaria la necesidad de halagar á su alteza para no perder su favor... y me ví obligado á ceder... hizo el diablo que el príncipe viese otras dos veces en el mismo coliseo á doña Ana, y ya fue imposible resistir á su voluntad... me hubiera arrojado de sí, si me hubiese negado.—Busqué á esa mujer... afortunadamente es una cortesana, y la compré... el príncipe vino, y desde entonces soy para él la vida, el alma... porque yo soy quien le puede traer junto á esa mujer. Me cuesta, pues, mucho mas el afecto del príncipe, que lo que os costó á vos el de su padre. Dejadme, pues, seguir libremente mi camino, no me pongais embarazos, porque como vos sois el privado de Felipe III, quiero yo serlo de Felipe IV.

—Yo no puedo tomar parte en esa indignidad, yo no puedo permitirla; por el contrario he venido aquí para cerciorarme en ella y evitarla.

—Vos podeis perderme, señor duque de Lerma, mi buen padre; vos podeis hacer con una sola palabra, que el rey me encierre en un castillo; pero desde el fondo de mi calabozo, yo puedo hacer que caigais desde tan alto que no podais sobrevivir á vuestra caida.

—Horrorizaros debia lo que estais haciendo, dijo el duque á falta de de otra contestacion mejor.

—¿Y por qué? ¿Acaso vos, señor, no habeis querido perderme?

—Debí separaros de la servidumbre del príncipe y os separé: pero no os prendí como pudiera haberlo hecho; ni os desterré, ni aun siquiera os envié á nuestro ejército de Italia.

—Y habeis hecho muy bien, porque os conviene tenerme por amigo.

—¿Que me conviene?

—Solo vos, no podríais defenderos de la multitud de hombres de valía que acechan el favor de su magestad; con vos yo, falta á esos hombres un aliado, y vos teneis en mí unos ojos que todo lo ven; unos oidos que todo lo oyen. Puesto que os tengo cogido...

—¡Cogido...!

—Preso y de tal modo que no os podeis mover: voy á deciros las condiciones...

—¡Vos condiciones á mí!

—Aquí no hay padre ni hijo: solo hay el duque de Lerma, favorito del rey, y el duque de Uceda, favorito del príncipe de Asturias. Oid, pues, las condiciones de avenimiento entre el duque de Lerma y el duque de Uceda.

—¡Oigamos! dijo con sarcasmo Lerma.

—Me dareis una parte de lo que os produce el favor del rey.

—Disgustos, compromisos.

—Una parte del oro que os dan los ingleses y del que os procura tanta y tanta cosa como teneis en las manos, secretario de Estado universal de su magestad. Quiero ademas un puesto en el Consejo real. Quiero participacion, aunque secreta, en el gobierno con vos. Quiero una parte en los empleos y las encomiendas que se dan para venderse...

—Pues no quereis poco, señor duque.

—Mi privanza con el príncipe en vez de producirme ganancias me produce gastos exorbitantes. Bien es verdad, que es dinero que se siembra para cogerle, dentro de diez, dentro acaso de veinte años, y esto de una manera dudosa Estoy empeñado; los acreedores me asedian, y para pagarles me veo obligado á conspirar.

—¿A conspirar contra mí?

—Contra todo el mundo.

—¿Con qué es decir, que me proponeis una alianza? dijo el duque cuya voz temblaba de cólera.

—Sí señor.

—¡Ah! ¡pedís por esa alianza la mitad de mi poder!

—No señor, os pido... que vos calleis respecto á mí, lo del príncipe, á cambio de mi silencio respecto á vos por lo de Inglaterra.

—¡Ah! ¡son mútuas concesiones!

—Por supuesto.

—Pero á cambio del tesoro que quereis que yo os dé, ¿qué me dareis vos?

—Os daré... la traicion que haré por vos á mis amigos.

—¿Es decir...?

—Que sabreis cuanto piensan, Olivares, Zúñiga, Sástago, Mendoza, cuantos están contra vos, y de los cuales seguiré fingiéndome amigo.

—Aceptado, dijo Lerma, tendiendo la mano crispada á su hijo, aceptado, señor duque de Uceda. Pero se me ocurre una cosa.

—¿Qué?

—Conocen nuestros secretos dos hombres.

—Se da de través con ellos. ¿Quiénes son?

—El tio Manolillo y Francisco Martinez Montiño.

—Esperad: ¿no es vuestra amante la Dorotea, la hermosa comedianta?

—Si.

—Pues por ahí teneis cogido al bufon del rey.

—Aun queda el cocinero mayor, y este es tal por lo que veo, que un secreto se le va con la misma facilidad que se escapa el agua de una cesta.

—Francisco Martinez Montiño, es harto débil para que no le rompamos cuando sea menester.

—Aun todavía quedan otros enemigos, enemigos terribles que no son vuestros enemigos...

—¿Quiénes?

—El primero, la reina.

—¡Ah! ¡la reina! la tenemos segura... hay ciertas cartas que Calderon nos venderá...

—Os engañais, esas cartas han desaparecido.

—¡Cómo!

—¿No sabeis que don Rodrigo ha sido gravemente herido?

—Si, pardiez: por ese brabo bastardo de Osuna, que se nos presentó hace tres dias, sobre un cuártago viejo, á Olivares y á mí.

—Pues el ginete de ese viejo cuártago, don Juan Tellez Giron, el marido de doña Clara Soldevilla, el maltratador de don Rodrigo, el salvador de la reina, ha estado á punto de dar con vosotros al traste, señores conspiradores de palacio: á él debeis el haber estado dos dias separados de vuestros oficios, aturdidos, sin saber de dónde venia el golpe.

—¡A él!

—Mejor dicho: me lo debeis á mí.

—Esplicaos.

—Si yo no hubiera tenido ocupado á Francisco Martinez Montiño, en el banquete de Estado que os dí hace tres dias, el cocinero mayor hubiera estado en palacio, le hubiera encontrado su sobrino, y habiéndole encontrado no se hubiera perdido en palacio, no hubiera visto á doña Clara...

—¿El sobrino del cocinero del rey ha tenido tambien aventuras con esa castísima señora?

—Como que és su marido.

—¿Pues cuántos maridos tiene doña Clara?

—Uno; el sobrino del cocinero del rey, que es lo mismo que don Juan Tellez Giron.

—¡Ah! ¡es cierto! me habia olvidado. Pero estamos perdiendo el tiempo. Debemos concluir por el momento. Tenemos prendas recíprocas... es decir, estamos unidos por la necesidad. Sepamos cómo quedamos.

—¿Pues cómo hemos de quedar? Unidos como hemos debido estarlo siempre.

—Lo estaremos desde hoy en adelante. Para concluir, os voy á decir lo último en que debemos quedar convenidos y eso porque es urgentísimo.

—Sepamos.

—Destierro del padre Aliaga.

—¡Hum! ¡eso es algo difícil!

—¡Destierro del padre Aliaga! dijo Uceda como quien repite una órden que no admite réplica.

—Haré cuanto me sea posible.

—Separacion del lado del rey de la reina.

—Bien.

—Destierro de doña Clara Soldevilla.

—¡Otra dificultad! ¡la ama el rey!

—¡Destierro de doña Clara Soldevilla!

—Se procurará.

—Prision y proceso á don Juan Tellez Giron y don Francisco de Quevedo.

—Eso ya está hecho. Don Francisco de Quevedo va camino de Segovia, y don Juan está preso en la torre de los Luxanes.

—En cuanto al bufon y al cocinero, dejadme obrar.

—Bien, muy bien. Pero aun tenemos algo que decidir. ¿Y esa mujer?

—¿Doña Ana de Acuña?

—Si; ¿os interesa esa mujer?

—Yo no he dicho eso.

—Esa mujer, tenedlo entendido, no es mi querida: pensaba que lo fuese por cálculo; pero os la cedo.

—Yo no he dicho...

—Pues bien, padre y señor: no disputemos acerca de esto. Vine á interrumpiros, y os dejo de nuevo libre. Estaba aquí con vos esa hermosa señora, y justo es que con vos la deje.

Y el duque de Uceda salió por la puerta por donde antes habia salido doña Ana, y volvió con ella de la mano.

—Mañana nos veremos en palacio, padre y señor, dijo el duque de Uceda. Hasta mañana.

Y salió por la misma puerta por donde habia aparecido.

Quedaron de nuevo solos el secretario de Estado universal del rey y la cortesana.

El escándalo habia crecido. La escena tenida por el duque con su hija la condesa de Lemos aquella mañana, era nada, una cosa inocente y casi digna, comparada con la que acababa de tener con su hijo el duque de Uceda.

Lerma no sabia ya donde se encontraba.

Era un buque sin timon, sin velas, y sin járcias, entregado á merced del mar é impulsado por todos los vientos.

El duque no veia.

Sin embargo, veia delante de sí á doña Ana, pálida, llorosa, aterrada.

El duque necesitaba decirla algo.

Vaciló algun tiempo y al fin la dejó:

—No soy el rey, pero soy sobre poco mas ó menos lo mismo que el rey, ¿quereis servirme?

—Si; dijo doña Ana; vuestra soy, en cuerpo y en alma, si me salvais y me vengais.

—¡Vengaros! ¿y de quién?

—Del duque de Uceda. Aun siento su mano sobre mi rostro: aun abrasa mi mejilla. El que ha sido villano con una mujer debia ser infame con su padre. De ese hombre quiero que me vengueis.

—Pues bien, ayudadme.

—Os ayudaré: pero para que os ayude es necesario que me salveis.

—Si, si, os salvaré.

—Pero de un peligro inmediato.

—¿Cuál?

—No os dije que el tio Manolillo habia matado á puñaladas al sargento mayor...

—Si.

—Pues bien: el cadáver de ese hombre está aquí: está en mi casa.

—¡En vuestra casa! esclamó aterrado el duque.

En aquel momento se oyeron grandes golpes en la puerta de la casa y una voz terrible, la voz del licenciado Sarmiento que dijo desde la calle:

—¡Abrid á la justicia del rey!

Quedóse el duque perplejo por un instante, pero luego dijo:

—Mandad á vuestros criados que abran, señora.

—¡Criados! ¡no los tengo! ¡si los he despedido para que no se enterasen!

—¡Abrid á la justicia del rey! repitió el alcalde golpeando con furia la puerta.

—Id, id á abrir señora, dijo el duque.

—¡Yo! ¡sola!

—Si, si, decís bien: iremos los dos.

Y doña Ana y el duque, bajaron á abrir á la justicia.

CAPITULO LXVI.

De cómo el licenciado Sarmiento hizo bueno una vez mas al proverbio que dice: que no es tan fiero el leon como le pintan, y de cómo todas las pulgas se van al perro flaco.

Apenas el duque de Uceda habia salido de casa de doña Ana y aventurádose en la calle de Amaniel, que estaba oscura como boca de lobo, sirviéndole de guía entre las tinieblas su linterna, cuando se sintió fuertemente sujeto por detrás y oyó una voz áspera que le dijo:

—¡Sois preso por el rey!

—¡Preso yo! ¿y por quién?

—Por quién puede y debe.

—¿Sabeis que soy grande de España?

—¡Ah! ¿vuecencia es grande de España?

—¡El duque de Uceda!

—¡Ah! ¡ah! ¡una linterna! ¡una linterna pronto! esclamó la misma voz que no era otra que la del licenciado Sarmiento.

Hizo luz uno de los alguaciles, es decir, abrió su linterna que entregó al alcalde, y este vió con la luz de la linterna el rostro al duque de Uceda.

—¡Ah! ¡perdonad! ¡perdonad! escelentísimo señor; ha sido una equivocacion: dijo Sarmiento todo trémulo, porque su vara se rompia al tocar á personas tan encumbradas, como una caña, fuerte para matar un raton, pero estremadamente inútil para un leon. Perdone vuecencia: nos hemos equivocado, creimos que vuecencia salia de una casa donde perse-

guimos un delito: vuecencia perdone otra vez, y no se enoje, que la noche y las tinieblas me disculpan.

—Venid, venid acá á un lado, alcalde, dijo el duque de Uceda.

El alcalde se apartó con él todo cuidadoso.

—Es necesario, dijo el duque, que nadie sepa que me habeis encontrado por estos sitios.

—Descuide vuecencia que nadie lo sabrá, dijo todo humilde y reverencioso el alcalde.

—Y para que esto no se os vaya de la memoria, tomad.

Y dió al alcalde una sortija.

—¡Ah, escelentísimo señor! esclamó el alcalde inclinándose hasta el suelo, y apreciando al mismo tiempo por el tacto que la sortija tenia una gruesa piedra.

—Si alguien tiene noticia de que me habeis encontrado, os pesará.

—Descuide, descuide vuecencia, que no lo sabrá nadie.

—Quedad, alcalde, con Dios.

—Dios vaya con vuecencia.

El duque se alejó y el alcalde permaneció por algunos segundos inmóvil.

Despues dijo con la voz no tan tonante como otras veces:

—¡Ola! ¡á mí!

Rodearónle inmediatamente todos los alguaciles.

—El que no quiera ir á galeras, dijo el alcalde, que calle mucho.

—¿Y qué hemos de callar, señor alcalde? dijo el mas audaz de los alguaciles.

—Que hemos encontrado á ese caballero.

—Callaremos, dijeron todos.

—Ahora hijos, yo creo que nos hemos equivocado; que ese caballero no ha salido de la casa que creimos.

—Si, si, señor, nos hemos equivocado.

—Pues bien: como ya hemos esperado harto, y tenemos que evacuar mas diligencias en esa casa, venid conmigo.

Entonces fue cuando el alcalde se acercó á la puerta, y llamó.

Al tercer llamamiento se abrió la puerta.

Lo primero que vió el alcalde, fue delante de sí un hombre embozado, pero con tal capa y con tal pluma y tal cintillo en la gorra, que le entró miedo.

—¿Tendremos otro grande de España? dijo.

—Entrad solo, señor alcalde, dijo gravemente el duque de Lerma.

El licenciado Sarmiento entró.

—¿Sois alcalde de casa y córte segun creo? dijo el duque.

—Si, si, señor.

—¿Os vendria bien ir de oidor á las Indias?

—¡Oh! ¡escelentísimo señor!

—No os equivocais: soy... el duque de Lerma.

—¡Ah! esclamó el alcalde: perdonad, señor, pero me habian dicho que en esta casa se habia cometido un asesinato á instigacion de...

—¿De quién?

—¿Me exige vuecencia que rompa el sigilo del proceso?

—Os lo mando.

—Pues bien: el acusado es Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor del rey, por instigacion de don Francisco de Quevedo y Villegas, y de don Juan Tellez Giron.

—Pero eso no es verdad, dijo doña Ana que estaba detrás del duque.

—Callad, señora, callad, dijo Lerma. ¿Con qué el acusado de ese asesinato es el cocinero de su magestad?

—Si, señor.

—¿Y sus cómplices, Quevedo y Giron?

—Si, señor.

—Venid, dijo el duque de Lerma despues de haber meditado un tanto.

El alcalde siguió al duque.

—Decid, señora, dijo Lerma á doña Ana, ¿dónde está el difunto?

Doña Ana se estremeció.

—Nada temais, dijo el duque: voy á salvaros.

—El sargento mayor, dijo doña Ana, está en un patinillo, junto al postigo que da á la calle de San Bernardino.

—Guiad, pues, señora: alcalde, venid.

Siguieron los tres adelante, atravesaron algunas habitaciones, y al fin doña Ana se detuvo en un patinillo lóbrego.

Llovia con abundancia, y empapado por la lluvia, estaba en el centro del patinillo el cadáver del sargento mayor.

Doña Ana le señaló con terror.

—¿Veníais en busca de ese cadáver? dijo el duque.

—Si, si señor, contestó el alcalde.

—Pues es necesario que le encontreis, pero que no sea aquí.

—¡Cómo, señor!

—Vais á sacar este cadáver por el postigo á la calle.

—¡Señor!

—Sé que os pido mucho: ¿pero sabeis lo que yo puedo hacer por vos?

—¡Oh, escelentísimo señor! ¿pero cómo he de hacerlo?

—Quitad esas luces de en medio, dijo el duque.

Doña Ana tomó la linterna del alcalde, y con la suya las puso en una habitacion inmediata.

El patinillo quedó á oscuras.

Cuando volvió doña Ana el duque la dijo:

—Abrid el postigo, señora.

—Pero abridle silenciosamente, dijo el alcalde.

Doña Ana abrió en silencio el postigo.

—Ahora, alcalde, sacad ese cadáver á la calle.

El alcalde con la esperanza de merecer por el favor del duque de Lerma, hizo, como vulgarmente se dice, de tripas corazon, asió á tientas el cadáver por los piés, le arrastró hácia el postigo y le sacó fuera.

Luego entró.

—¿Habeis concluido ya? dijo el duque.

—Si, escelentísimo señor.

—Cerrad el postigo, señora, y despues traed las luces.

Poco despues volvia con las linternas y el duque y el alcalde examinaban el patinillo.

—No queda rastro de sangre, dijo el duque: la lluvia la ha lavado.

—Pero quedan la mancha en la alfombra de la habitacion, donde sin culpa mia y sin poderlo yo evitar, ese hombre fue herido, y los rastros en los lugares por donde ha pasado hasta aquí.

—Pues bien: quemad esa alfombra y lavad esos rastros, señora; algo habeis de hacer por vuestra parte. Ahora bien, alcalde: vais á salir de esta casa. En ella no habeis encontrado nada. En premio de vuestros servicios, miraos ya presidente de los oidores de la real audiencia de Méjico, con tres mil ducados para costas de viaje.

—¡Ah! ¡señor! ¡escelentísimo señor!

—No es esto todo lo que teneis que hacer.

—Mande vuecencia.

—Cuando salgais de aquí, ireis con vuestra ronda á la calle de San Bernardino, á donde da ese postigo. Dentro de poco, el cocinero mayor de



LE ARRASTRÓ HÁCIA EL POSTIGO Y LE SACÓ FUERA.

su magestad saldrá por ese postigo. Prendedle junto al muerto, y hacedle cargo del delito.

—Muy bien, señor.

—Vamos, señora, guiad á la puerta principal.

Cuando estuvieron en el zaguan, el duque se embozó, se cubrió, y abrió la puerta.

El alcalde salió.

La puerta volvió á cerrarse.

Los alguaciles no habian visto mas que el hombre encubierto que habia franqueado por dos veces la puerta: una para que el alcalde entrase, otra para que saliese.

—He registrado toda la casa, hijos, decia el alcalde á los alguaciles, y no he encontrado nada de lo que buscaba: es una nobilísima familia, á quien conozco, y que me merece la mayor confianza. Vámonos, pues, pero ya que estamos de faena, rondemos un poco por estos barrios, que no son muy seguros.

Y tiró adelante á la cabeza de la ronda diciendo para su embozo:

—Si esa dama no fuera tan maravillosamente hermosa, nadie la hubiera librado de la horca: es verdad que sin la hermosura de esa dama, no seria yo presidente de la real audiencia de Méjico. Adelante, adelante pues, y acabemos con lo que nos ha dado que hacer esta noche, para mí tan venturosa.

Y diciendo esto, dobló con ansia la esquina de la calle de san Bernardino, donde él mismo habia puesto el cadáver del sargento mayor.

CAPITULO LXVII.

De cómo se agravó la demencia del cocinero mayor, y acabó por creerse asesino del sargento mayor.

Apenas salió el duque de Lerma por la puerta principal, cuando doña Ana aterrada aun, se fué á buscar al cocinero mayor, que se habia quedado dentro de la casa.

Encontróle mas allá de su dormitorio, en un pasadizo, rebujado en el capotillo, temblando de miedo y de frio, y murmurando entre dientes palabras ininteligibles.

—¡Oh! ¡oh! ¿quién es? dijo retirándose de una manera nerviosa al ver á doña Ana.

—Nada temais, señor Montiño, dijo doña Ana: soy yo, que de órden del duque de Lerma, voy á echaros fuera para que os vayais á descansar.

—¡A descansar! ¡á descansar! ¿con qué sabeis al fin que es el duque de Lerma? ¿con qué os habeis arreglado? todos se arreglan menos yo.

—Vamos, amigo mio, que es ya tarde.

—¡Que es ya tarde! dijo Montiño siguiendo á doña Ana que se encaminaba á unas escaleras: decídmelo á mí que he estado dos horas arrinconado en el pasadizo, y temblando, mas encogido que un orejon.

—Por lo mismo, es conveniente y justo que os volvais á vuestra casa.

—¡A mi casa! ¡á mi casa! ¿y dónde está mi casa?

Habian bajado las escaleras, y se encontraban en el patinillo.

Doña Aca llegó al postigo, y le abrió.

—Id con Dios, señor Montiño, dijo.

—Quedad con Dios, señora, dijo el cocinero rebujándose: pero esperad un momento... como vereis á su escelencia... cuando nada importante tengais que hablar, recordadle la situacion en que me hallo: ya la sabe su escelencia; decidle que estoy muy necesitado de amparo.

—Si, si, se lo diré, contestó doña Ana con suma impaciencia.

—Perdonad, perdonad señora, dijo Montiño notando el disgusto de doña Ana: los desventurados creemos que nadie tiene nada que hacer mas que pensar en ellos. Adios señora, adios... y recibid mis plácemes por vuestra buena fortuna.

—Adios, señor Francisco, adios.

El cocinero salió y doña Ana cerró con precipitacion el postigo.

—Pues señor, dijo el cocinero mayor rebujándose de nuevo en su capotillo, sigue lloviendo, y la noche no es mas clara que un tizon: ¿y á dónde voy yo ahora? el alcázar estará cerrado á piedra y lodo: y aunque no lo estuviera... por nada del mundo voy yo á mi casa á despedazarme el alma con aquel doloroso espectáculo: ¡mi dinero! ¡mi mujer! ¡mi hija! vamos: me voy á casa del señor Gabriel Cornejo: no es muy buena casa, pero mejor estaré allí que en la calle: y sin linterna... y con esta noche... pues señor, por lo que pueda suceder desnudemos la daga y vamos de prisa para llegar cuanto antes.

Y el cocinero arrancó.

Pero á los pocos pasos tropezó y cayó.

Al caer sintió bajo de sí un cuerpo humano.

Una de sus manos se apoyaba en su semblante.

Aquel semblante estaba frío y rígido.

—¡Dios mio! ¡poderoso señor! ¡un difunto! esclamó todo erizado el cocinero mayor.

Y para acabar de probar un terror, como despues de él no ha probado ninguno, se oyeron algunas voces cercanas que dijeron:

—¡Téngase á la justicia!

—¡La justicia! ¡y sobre un muerto yo! esclamó el mismo Montiño: ¡el infierno llueve sobre mí desventuras!

A este tiempo le habian asido dos alguaciles, y el licenciado Sarmiento inundaba con la luz de su linterna el semblante de Montiño, que esta-

ba lívido, descompuesto, desencajado: el triste temblaba, gemia, no podia tenerse de pié y sino se caia era por los dos alguaciles.

—¡Me van á matar! dijo con el acento de angustia mas épico, mas terrible que ha oido nunca un alcalde de casa y corte.

—¿Pues qué quereis que hagamos con vos, señor asesino, á quien encontramos cebándoos en vuestra víctima y con el homicida arma aun en la mano?

—¡La daga que habia desnudado para defenderme y que me pierde! esclamó el desdichado.

—Amarradle y con él á la cárcel, dijo el bribon del licenciado Sarmiento.

Los alguaciles sacaron cuerdas de sus gregüescos y ataron codo con codo á Montiño.

—¿Pero qué vais á hacer conmigo? esclamaba el infeliz llorando.

—Brinco mas ó menos, bailarás, hijo, y bailarás en el aire, dijo un alguacil.

—¡Que bailaré! ¡para bailar estoy yo! yo no quiero bailar, dijo Montiño.

—Que quieras que no quieras á la fuerza ahorcan, repuso otro de los alguaciles.

—¡Ahorcan! ¡qué me ahorcarán! ¡con qué despues de haber sido robado en cuerpo y alma, he de ser ahorcado!

—Si probais que el hombre que habeis muerto era un ladron... dijo el alcalde.

—Pero si yo, señor, no he muerto á ningun hombre, dijo Montiño: ¡si yo no he matado jamás otra cosa que pabos, capones y conejos!

—Si probais que el hombre á quien habeis muerto, era un ladron, y que le habeis muerto en defensa propia sereis absuelto... no lo dudeis.. pero sino sereis ahorcado como asesino. Veamos, pues, que tales trazas tiene el difunto.

—Es un sargento mayor, dijo un alguacil.

—¡Un sargento mayor...! esclamó Montiño.

Y de una manera instintiva arrojó una mirada cobarde al cadáver cuyo semblante estaba alumbrado por la luz de la linterna de un alguacil.

—¡Don Juan de Guzman! esclamó Montiño reconociéndole, ¡el infame que me ha robado mi dinero, mi mujer y mi hija!

—¡Ah! ¡ah! ¿le conoceis? dijo el licenciado Sarmiento, ¿y ademas decís que ese hombre os ha causado perjuicios?

—¡Perjuicios! ¡Dios solo sabe lo que ese infame ha echo conmigo!

—Aunque yo no os hubiera encontrado sobre el cadáver y con la daga en la mano, y á tales horas y en tal noche, las palabras que acabais de decir y que demuestran que sois enemigo del muerto, bastan para llevaros á la horca. Pero no perdamos tiempo. Adelante con él á la cárcel, hijos; uno de vosotros avisad á la parroquia y que vengan por el muerto.

El licenciado Sarmiento echó á andar hácia la cárcel de Córte, y los alguaciles empujaron á Montiño que se resistia instintivamente á ir preso.

Al fin, inflexible el alcalde de casa y córte á las súplicas y á las declamaciones, Montiño fué, ó mejor dicho fue llevado por los alguaciles á la cárcel, donde le arrojaron en un calabozo en que habia otros presos.

Cuando Montiño oyó crugir las cadenas y rechinar los cerrojos de la puerta se desmayó.

CAPITULO LXVIII.

En que continuan las desventuras del cocinero mayor, y se vé que la fatalidad le habia tomado por su instrumento.

Un farol de hierro con un vidrio empañado, clavado á grande altura en la pared, arrojaba una luz turbia sobre el calabozo destartalado, negro, húmedo, un verdadero antro, alrededor del cual habia un poyo de piedra.

Francisco Martinez Montiño, no pudo ver nada de esto, porque tal iba cuando entró, ó cuando le entraron en el calabozo, que no veia: ni los que estaban allí pudieron verle el rostro, porque los alguaciles le dejaron en la sombra negra proyectada por el farol.

Eran los que allí estaban, dos hombres y dos mujeres.

No podia verse el semblante de ninguno de ellos, porque estaban replegados en sí mismos, en un ángulo los dos hombres silenciosos y sombríos, y en otro, las dos mujeres abrazadas, una de las cuales lloraba silenciosamente.

Pasó como media hora, y con el frío del calabozo, que era mayor que el que hacia al aire libre, y con la inmovilidad, pasó el vértigo que dominaba al cocinero mayor. Levantó primero la cabeza, y miró con la espresion mas miserable del mundo en torno suyo: luego desenvolvió unos trás otros las piernas y los brazos, y al fin se puso de pié.

Entonces notó que le faltaban la espada y la daga.

Esto era natural, porque á un preso no se le dejan armas.

Pero lo que no era natural y lo que le asustó, fue el reparar que su bolsillo no pesaba. Se registró y halló que no hallaba el dinero que en los bolsillos habia tenido.

Buscó la placa de oro con la cruz de Santiago esmaltada, que le habia dado para su ex-sobrino don Juan Tellez Giron, el duque de Lerma, y halló que no parecia; vivamente asustado, buscó con ánsia el vale que le habia dado el duque de Lerma por valor de mil ducados, y halló que tampoco parecia: un enorme reloj de plata, que Montiño usaba para acudir con regularidad á las funciones de su oficio, habia tambien desaparecido; y por último, hasta le habian despojado del lienzo de narices.

Entonces la amargura de Montiño no conoció límites.

Job en padecimientos y Jeremías en lamentaciones, se quedaban muy por bajo de él.

Tenia sino de ser robado, y hasta la justicia le robaba.

Los alguaciles le habian despojado completamente.

Al primer grito herido de Montiño, una de las dos mujeres levantó la cabeza y la otra se estrechó mas contra su compañera; en el momento en que la una de las mujeres le miró, la luz del farol heria de lleno la calva frente de Montiño, levantada al cielo en una actitud mas épica y mas impía que la que puede suponerse en Ayax amenazando á los dioses; verle aquella mujer y esconder otra vez, temblando, su cabeza entre el seno y el hombro de su compañera, fue todo cosa de un momento, y uno de los dos hombres que estaban en un ángulo, y que no le veian el rostro por la razon capital de que le veian las espaldas, le dijo con acento áspero é insolente:

—Háganos el menguado la merced de callar, que aquí, al que mas y al que menos le huele el pescuezo á cáñamo, y no alborote de ese modo.

Desde la primera palabra que aquel hombre dijo, tomó el semblante del cocinero una espresion espantosa de sorpresa y de rábia, que fue aumentando á medida que el otro pronunciaba su poco cortés, aunque breve razonamiento, y habian ya acabado, y aun duraba el mudismo colérico de Montiño y su temblor horrible.

Al fin dijo con voz cabernosa:

—¡Ah! ¿estás tú ahí, miserable, enjendro del diablo, infame Cosme Aldaba, galopin maldito, envenenador protervo? pues espera, espera, que al fin te tengo en mis manos y frailes franciscos que vengan no te han de valer.

Y se arrojó furioso sobre los dos hombres.

Pero uno de ellos se levantó y adelantó hasta Montiño, sujetándole por los brazos con unas fuerzas hercúleas.

—¡He! ¿qué vais á hacer con este pobre muchacho, señor Francisco Martinez Montiño? dijo con acento socarron: ¿es de personas hidalgas querer maltratar á los amigos que se encuentran cuando se creian perdidos?

—Amigos ¿eh? amigos que me roban mi caudal, y juntamente con él mi mujer y mi hija.

—¿Quién os las quita? ahí las teneis en aquel lado, que no se atreven á hablaros las pobres porque temen que las maltrateis.

—¡Mi Luisa! ¡mi Inés! dijo el imbécil Montiño olvidándolo todo por su amor de padre y de marido.

—Si, si: tu Inés y tu Luisa, dijo alentada por aquel reblandeciento del cocinero mayor, su mujer, que ella era en efecto.

En vano quiso Montiño recobrarse; Luisa se habia avalanzado á su cuello por una parte y por otra Inés, alentada por el ejemplo de su madrastra; veia por un lado los negros ojos de Luisa, que le miraban de una manera tentadora, y por otro la dulce é infantil cabeza de Inés que le miraba suplicante.

Fuera ó no criminal su familia, Montiño la habia llorado, y al encontrarla de nuevo junto á sí, de una manera orgánica, por razon de temperamento, sin poderlo evitar, sin pensar en evitarlo, se alegraba.

Aquella era una nueva desgracia que sucedia al cocinero mayor.

No puede concebirse la audacia de Luisa, sino por la esperanza de que la debilidad de su marido la salvaria del apuradísimo trance en que se encontraba.

Porque no se les habia dicho porqué se les habia preso, y la prision no podia ser resultado sino del envenenamiento de la reina, ó del robo hecho á Montiño.

Si se les hubiera preso por lo primero, los hubieran cargado de cadenas, los hubieran maltratado, les hubieran tomado inmediatamente declaracion: por alguna palabra al menos, hubieran comprendido la causa de su prision: nada de esto habia sucedido: luego no estaban presos por el envenenamiento de la reina, sino por su fuga y por el robo.

Esto sin embargo no estaba claro, y Luisa queria ponerlo como la luz del sol; porque tratándose de asuntos de su marido, Luisa estaba segura de domesticarle.

—¿Y os atreveis á abrazarme despues de lo que habeis hecho, mi-

serables? dijo al fin el cocinero mayor que queria conservar su entereza.

—¿Y qué hemos hecho señor, mas que lo que debiamos? dijo con la mayor audacia Cristóbal Cuero, el paje rubio amante de la Inesilla.

—¿Cómo que lo que debiais? ¿pues no habeis intentado envenenar á su magestad?

—¿Quién os ha dicho eso, señor Montiño? dijo Cristóbal.

—¿Quién ha de habérmelo dicho? ¡Los funestos, los terribles resultados!

—¡Cómo! ¿pues qué ha sucedido? dijo Luisa, á quien se la puso un nudo en la garganta.

—El paje Gonzalo ha muerto de repente.

—¿Y qué tenemos que ver con la muerte de Gonzalo?

—¡Cómo! ¡infames! ¿qué teneis que ver? ¿sabeis por qué ha muerto el paje?

—Por lo que se muere todo el que entierran, dijo Cosme Aldaba; porque se le ha acabado la mecha.

—¡Vil raton de cocina! ¡asesino! ¡infame! esclamó el cocinero mayor; ha muerto por haber comido de una perdiz que se sirvió en la mesa de su magestad.

Todos se pusieron pálidos, pero Cristóbal Cuero conservó toda su serenidad.

—¿Y ha comido la reina? dijo.

—La providencia de Dios ha salvado por fortuna á su magestad.

—Pues yo digo, contestó con una serenidad irritante Cristóbal Cuero, que es lástima que su magestad no haya comido.

—¡Cómo! ¡mónstruo! ¡cuando debias dar gracias á Dios de que tu crímen no haya producido todo el terrible resultado que esperabas, infame, deploras que ese gran crímen se haya frustrado!

—Señor Francisco, dijo con una gran serenidad el paje: os han informado mal.

—¿Qué me han informado mal?

—Si por cierto: ¿sabeis lo que eran los polvos conqué se avió la perdiz que se puso en la mesa de su magestad?

—Un veneno tal, que el paje Gonzalo que comió las pechugas de la perdiz, rebentó á los cuatro minutos, y que hizo que el gato del tio Manolillo, que siempre está hambriento, no quisiera comer los pocos restos que quedaron de la perdiz.

—Pues bien, señor Francisco Martinez Montiño: los polvos de que hablamos, (aquí tengo todavía parte en este papel), no son un veneno, sino un hechizo.

—¡Un hechizo! dijo el cocinero tomando el papel.

—Si, si, señor, un hechizo que no puede matar á la persona que se le dá porque está hecho para ella, y se tiene en cuenta si es mujer ú hombre y el dia de su nacimiento, y su estado, y otras muchas cosas. Ahora, si le toma una persona distinta de aquella para quien se ha hecho, aquella persona muere.

Dijo con tal soltura y con tal aplomo estas palabras Cristóbal Cuero, que Montiño se desconcertó, dudó, vaciló, y empezó á ver las cosas de distinto color.

—¿Pero para qué se daban esos hechizos á su magestad?

—Oid', señor Francisco: la mujer que tales hechizos toma, se vuelve lo mas obediente del mundo para su marido.

—¡Oh! ¡oh! esclamó Montiño, á quien empezaban á parecer bien aquellos polvos; ¿y para qué querian que la reina fuese obediente al rey? ¿y quién lo queria?

—Os diré, señor Francisco: la reina en la apariencia obedece al rey; pero en realidad conspira.

—¡Ah! ¡ah! eso es cierto.

—Pues bien: con las conspiraciones de la reina no se puede gobernar.

—¡Ah! ¡ya!

—Y como su escelencia el duque de Lerma, quiere labrar la prosperidad en los reinos de su magestad...

—¡Ah! ¡ya!

—He aquí que un dia encargó á don Rodrigo Calderon, que buscara un medio para que la reina no conspirara: y don Rodrigo buscó al sargento mayor don Juan de Guzman para que viese de que modo podia hacer el que la reina no conspirase.

—No se lo volverá á encargar mas, dijo con acento lúgubre Montiño.

—¿Y por qué, esposo y señor? dijo suavemente Luisa.

—Porque nadie encarga nada á los muertos, contestó con acento doblemente lúgubre el cocinero.

—¡Qué! ¡ha muerto! preguntó con la misma suavidad y la misma indiferencia Luisa.

—¿Pues por qué estoy yo aquí? esclamó en una de sus chillonas salidas de tono Montiño.

—¡Cómo! ¡marido mio! vos que sois tan humano y tan compasivo, ¿habeis matado á un hombre? dijo Luisa.

—Y si le hubiera matado, razones me hubieran sobrado para ello, señora, esclamó con acento amenazador Montiño.

—¡Razones!

—¡Si, si señora! ¿pues no érais vos amante de ese hombre?

—¿Yo...? ¡que yo era amante de...! ¡de ese hombre...! ¡Dios mio...! ¡y sois vos...! ¡vos mi marido...! ¡quien me dice...! ¡esa calumnia horrible...! ¡yo, la mujer mas honrada que ha nacido de madre!

—¡Con qué vos sois honrada...! ¡y habeis salido de mi casa! ¡y me habeis pervertido mi hija...! ¡y me habeis robado!...

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! dijo con el aplomo mas admirable Cristóbal Cuero; ¡qué vuestra mujer! ¡que esta santa os ha robado! ¡lo que ha hecho es lo que no hubiera hecho ninguna mujer!...

—Creeolo bien, porque ninguna mujer hubiera cometido contra mí tan negra infamia.

—¿Llamais infamia el poner á salvo vuestro dinero?

—¡Cómo! ¡que mi dinero está en salvo! ¿y dónde?

—Casa del señor Gabriel Cornejo.

—¿Qué están allí mis sesenta mil ducados?

—Si, si señor.

—¡Dios mio! esclamó Montiño. Pero eso no puede ser... seria demasiada fortuna... ese dinero que yo he ganado con tantos afanes... perderlo... llorarlo... volverlo á encontrar...

—Si, si... encontrado lo teneis... y no lo teneis...

—¡Cómo! ¡pues qué! ¿hay alguna duda? esclamó alentando apenas el cocinero mayor.

—Yo he entregado ese dinero al señor Gabriel Cornejo, dijo Cristóbal: á mí es á quien el señor Gabriel lo entregará únicamente...

—Pues le llamaremos, le llamaremos, hijo, por eso no quede... no veo duda alguna.

—Es que yo, señor Francisco, no pediré al señor Gabriel Cornejo ese dinero, sino yendo á su casa á pedírselo: es decir, estando en libertad.

—¿Y cómo puede ser eso? ¡pecador de mí! dijo lleno de angustia Montiño.

—En vos consiste.

—¡En mí!

—Si, señor Francisco, en vos y solo en vos, porque solo por vos estamos presos.

—¿Por mí?

—Si por cierto: ¿no decís que la reina no ha comido de la perdiz?

—Si hubiera comido... hubiera muerto como el paje.

—Si, si, teneis razon... hubiera muerto, dijo Cosme Aldaba.

—¡Cómo! ¿pues no decia Cristóbal que los polvos conque estaba aderezada la perdiz eran un hechizo?

—¡Bah! Cristóbal y vuestra mujer creen eso, pero yo no lo creí nunca.

—¡Ah Judas traidor! ¿con qué tú sabias que era veneno?

—Como vos sabeis que os llamais Francisco: me lo habia dicho don Juan de Guzman, y... me habia ofrecido tanto dinero...

—¡Oh! ¡infame!

—Para ganarlo, necesitaba yo estar en las cocinas... vos me habiais despedido... era urgente el negocio... entonces fuí á ver á vuestra mujer, y la rogué, la supliqué... si vos hubiérais estado... os hubiera rogado tambien.

—¡Infame!

—Ello es que ya no tiene remedio lo hecho... busquemos la salida. Vuestra esposa me llevó inocentemente á las cocinas... yo aderecé la perdiz... pero en el momento en que estuvo servida, me fuí á vuestro aposento y dije á vuestra mujer... «salvaos...» la dije que podiais ser preso... y en esto fuí hombre de bien, porque pudiendo salvarme solo, quise salvaros tambien.

—Despues de haberme perdido... ¡Dios mio! yo no sé como puedo mirarte á la cara, ¡miserable! ¡con qué es decir que si su magestad come de la perdiz!...

—¡Os ahorcan! y por eso yo avisé á vuestra mujer: como no estábais en la casa, vuestra mujer procuró salvarse, y salvar vuestro caudal... dejamos encargado á cierta persona que os avisara, pero sin duda no ha dado con vos.

—¡Bueno he andado yo todo el dia!

—No culpeis, pues, ni á vuestra esposa, ni á vuestra hija, ni á su novio. Yo tengo la culpa de todo, señor Francisco, y yo os prometo que en saliendo de aquí, no me vereis mas, porque iré á meterme fraile.

—¿Y crees tú que yo dejaré que tu crímen quede impune por mi parte?

—¡Ah! ¡quereis dar parte á la justicia!

—Es mi obligacion: me lo manda mi conciencia.

—Pues bueno: iremos juntos á la horca... todos á la horca... sin escapar siquiera ni vuestra mujer, ni vuestra hija.

Montiño lanzó un rugido de rabia, de dolor, de miedo.

—Conque, ¿qué os parece?

—¿Que ha de parecerme, dijo Montiño despues de algunos momentos de un silencio enérgicamente espresivo: que ha de parecerme, sino que estoy en poder de Satanás?

—Pues bien: si; es verdad; dijo Cristóbal Cuero: pero Satanás os tiene tan bien agarrado que no os soltará á tres tirones. En vos consiste recoger vuestro caudal, tener á vuestra mujer y á vuestra hija, ó que nos ahorquen á todos. Escoged.

—¿Pero cómo puedo yo hacer...? dijo Montiño en el colmo de la desesperacion.

—Decir que no teneis queja alguna de vuestra esposa, de vuestra hija ni de nosotros.

—Eso no puede ser.

—Tened toda la queja que querais, pero no lo digais á nadie, dijo Cosme Aldaba.

—¿Y os soltarán...? dijo Montiño.

—Indudablemente.

—Pero yo me quedaré aquí.

—¡Vos, marido mio!

—Si, si por cierto: como que me acusan de haber dado muerte á vuestro amante.

—Decid al sargento mayor don Juan de Guzman, pero no digais á mi amante, esclamó con altanería Luisa; sobre todo no deis mal ejemplo á vuestra hija diciendo delante de ella tales cosas.

—¡Mi hija..! ¡tan perdida como vos!

—¡Padre! esclamó con su dulce voz la Inesilla: es verdad que quiero á Cristóbal, pero le quiero para mi marido... y mirad, señor, que mi madre es una mujer honrada.

—¡Hum! dijo el cocinero mayor. Pero eso no quita el que yo tenga encima un proceso.

—¿Y sois vos en efecto quien ha matado al sargento mayor? dijo Luisa cuya voz estaba perfectamente serena.

—Os diré... no lo puedo asegurar... no sé de fijo si le he matado ó no.

—¿Qué no lo sabeis? ¿pues entonces quién lo sabe?

—¡Dios!

—Pero esplicaos.

—Salia yo de una casa, y como la hora era alta y la noche lóbrega y el barrio apartado, desnudé la daga... me previne... á los pocos pasos tropiezo, caigo, y me encuentro sobre un cuerpo humano, y con la justicia encima que viéndome con la daga desnuda y sobre un difunto, me toma por homicida y me prende.

—Decidme, señor Francisco, preguntó Cosme Aldaba; ¿llevábais vos la daga de punta?

—No me acuerdo, contestó con angustia Montiño.

—Pero es muy posible que la lleváseis con la punta al frente.

—Si, que es muy posible.

—Pudo ser muy bien que entre lo oscuro tropezaseis con don Juan de Guzman.

—No me acuerdo, pero pudo ser.

—Cayó don Juan y vos sobre él... eso ha sido... un homicidio involuntario...

—Dios que le llevaba á aquellas horas para su castigo, al infame: ¡pero Dios mio! ¡haberle yo matado sin saberlo...!

—Si os quejais de vuestra mujer, dijo gravemente Cristóbal Cuero, teneis que fundar la razon de vuestra queja: si la acusais de amores con don Juan de Guzman, os acusais del homicidio.

—¡Y es verdad! esclamó en una nueva salida de tono Montiño.

—Cuando por el contrario, si decís que vuestra mujer es honrada y buena, y que os satisfacen las razones porque se salió de vuestra casa con vuestra hija y con vuestro dinero, nos salvamos todos.

—¿Y yo...? ¿cómo me salvo yo?

—Recobrando vuestro dinero, que de otra manera no recobraríais, y entorpeciendo con él las ruedas del carro de la justicia, á fin de que eche por otro camino.

—Pero... sepamos, sepámoslo todo: ¿cómo y dónde os han preso?

—En el camino de las Pozas, cuando íbamos sobre cuatro jumentos en busca de un caserío donde pasar la noche.

—Ibamos á Navalcarnero, esposo, dijo Luisa.

—¿Y no os han dicho nada?

—Nada mas sino que la justicia nos prendia.

—Pues bien, el duque de Lerma os prendió, porque yo se lo pedí al

duque de Lerma, y el duque os soltará porque yo le pediré que os suelte. A seguida, tu Cristóbal, irás á casa del señor Gabriel y me devolverás mi dinero.

—En seguida.

—¡Oh! ¡que alegría, madre! esclamó la Inesilla: ¿ya no nos harán nada?

—Nada, hija mia.

—¡Ni nos ahorcarán!

—¿Quien piensa en la horca?

—¡Eh! ¡callad! ¡callad por Dios! dijo el cocinero, que parece que se acerca gente.

En efecto, se oian pasos fuera del calabozo y en direccion á él.

Todos se callaron y se acurrucaron cada cual en su sitio.

Despues de haber crugido tres llaves y tres cerrojos, la puerta del calabozo se abrió y un carcelero dijo desde ella.

—Señor Francisco Martinez Montiño, salid.

Confuso, sin atreverse á alegrarse, temeroso de una nueva desdicha, el cocinero mayor, salió y siguió al carcelero.

Se cerró de nuevo la puerta y se oyeron los tres cerrojos y las tres llaves.

CAPITULO LXIX.

En que se ennegrece gravemente el carácter del tio Manolillo.

Cuando el duque de Lerma, de vuelta de la casa de doña Ana, llegó al postigo de la suya, se le atravesó un bulto embozado.

—¡Ola! le dijo aquel bulto: detente y escucha.

—¡Ah! ¡eres tú bufon! dijo el duque contrariado.

—Soy tu amo, contestó el tio Manolillo.

—¿Qué quieres?

—Muy poca cosa: una órden tuya al alcaide de la cárcel de Villa, para que me deje hablar á solas y cuando yo quiera con el cocinero mayor del rey.

—¡Cómo! ¿Montiño está preso? ¿y por qué?

—Por un homicidio.

—¿Pero á quién ha muerto?

—Al amante de su mujer.

—¡Cómo! ¿no lo habias matado tú?

—¡Ah! es verdad que sabes que yo he matado á ese infame. Pues bien: tengo suerte: la justicia no sé por qué ni cómo, ha encontrado daga en mano y sobre el cadáver de Guzman á Montiño: me quito un muerto de encima. Pero tengo mis proyectos: necesito hablar al cocinero de su magestad. Conque la órden.

—Entra, dijo el duque, á quien como sabemos tenia sujeto el bufon.

—No, te espero aquí: no quiero subir escaleras: bájame tú mismo la órden.

Como ven nuestros lectores, para lo que habian sacado á Montiño del calabozo era para que hablase con el bufon.

Paseábase este en una de las habitaciones de la alcaidía.

Habia dejado la capa y el sombrero que estaban empapados en agua, y asi, con los brazos cruzados, encorbado, meditabundo, con la cabeza sobre el pecho, tenia algo de terrible.

El carcelero introdujo en la habitacion á Montiño, y con arreglo á las órdenes que tenia salió y cerró la puerta.

—Venid acá, tio Francisco, venid acá; le dijo el bufon, tenemos que hablar mucho y grave.

—¡Ah, tio Manolillo! mucho y grave es lo que á mí me sucede, dijo compungido el cocinero mayor.

—Sois el rigor de las desdichas, Montiño, y por vuestra torpeza y vuestra cobardía haceis esas desdichas mayores: y esa horrible codicia...

—Yo creia que veníais á otra cosa, tio Manolillo, dijo el cocinero, y no á reñirme por desgracias que yo no he podido evitar.

—En efecto, contestó el bufon, vengo á sacaros de aquí.

—¡A sacarme! ¡Ah! ¡Dios os bendiga, tio Manolillo! no esperaba tanto... pero vos sabeis que yo soy un hombre de bien, muy desgraciado eso sí, pero que no he hecho mal á nadie.

—¿Qué no habeis hecho mal á nadie? Vos teneis la culpa de lo que está sucediendo desde hace cuatro dias: vos, torpe y miserable vendido á todos, volviéndoos á todos los vientos... vos, por quien ha venido á Madrid ese hombre fatal.

—¿Qué hombre?

—Don Juan Tellez Giron.

—Pero yo no tengo la culpa: me le envió mi hermano Pedro...

—¿Y por qué no le admitísteis en vuestra casa...?

—¿En mi casa...?

—Sí, si vuestro sobrino, es decir, si don Juan cuando os buscó os hubiera encontrado...

—¿Pero tengo yo la culpa de no haber estado en mi casa cuando llegó á Madrid ese caballero?

—Pero cuando os encontró, ¿por qué le dejásteis...?

—¿Cómo llevarle, jóven y buen mozo en compañía de mi mujer y de mi hija?

—Que os han robado, y os han abandonado, y os han deshonrado...

—No, no señor: eso creia yo... pero mi mujer me ama, mi mujer es honrada y mi hija...

—Y si vuestra mujer es honrada, ¿por qué habeis matado al sargento mayor?

—¡Yo! ¡qué he matado yo á don Juan de Guzman!

—Pues sino le habeis matado, ¿por qué estais preso?

—Si le he matado, dijo el cocinero, en una de sus frecuentes salidas de tono, ha sido sin querer... os lo juro... llevaba yo la daga por delante... la noche era muy oscura...

—¡Mentís! dijo el bufon mirando profundamente al cocinero, cuyo semblante estaba desencajado: ¡mentís tan descaradamente, como villanamente habeis muerto al sargento mayor!

—Os juro que yo, ni aun siquiera sabia que podia encontrármele.

—¡Mentís! vos sabíais demasiado que don Juan de Guzman, á mas de ser amante de vuestra mujer...

—¡Ah! no, no, tio Manolillo: eso ha sido una equivocacion.

—Sabíais, insistió el bufon, que á mas de ser amante de vuestra mujer, lo era tambien de cierta dama buscona: de doña Ana de Acuña...

—¡Ah! ¡no! ¡no!

—Se os puede probar.

—¿Qué se me puede probar?

—Si, con el testimonio del duque de Lerma, y con el mio.

—Y bien, aunque se me pruebe que yo sabia eso...

—Habeis matado á don Juan de Guzman junto al postigo de la casa de doña Ana: allí, sobre el cadáver, hierro en mano, os ha encontrado la justicia. ¿A qué ibais por allí, señor Francisco Martinez Montiño?

Pronunció de una manera tan fatídica el bufon estas palabras, que Montiño se aterró: aturdido, embrollado su pensamiento, llegó á creer lo que no habia visto claro; esto es: que en efecto y por una terrible casualidad hermana de las inauditas que le estaban abrumando desde que llegó á Madrid su sobrino postizo, habia matado sin quererlo, sin sospecharlo siquiera, al amante de su mujer. Vió que todas las apariencias estaban en contra suya, y se echó á llorar.

—Ha sido un asesinato, meditado, llevado á cabo con una frialdad horrible, dijo el bufon: á un asesino tal, se le ahorca...

—¡Qué me ahorcarán!... ¡Dios mio! ¡y no hay remedio!

—La ley es rigorosa y espresa... y no era necesario que vuestro pro-

ceso estuviese en manos del terrible alcalde de casa y córte Rui Perez Sarmiento, que se perece por ahorcar gente; cualquier otro alcalde, por bueno y por compasivo que fuese, os entregaria al verdugo.

—¿Y habeis venido á decirme eso, cuando yo, ¡triste de mi! creia que veníais á salvarme?

—Sois mezquino y cobarde, que sino lo fuérais, yo os salvaria.

—¡Vos!

—¡Yo!

—¿Y podeis?

—Puedo.

—Os daré mi caudal.

—Yo no quiero vuestro oro.

—¿Pues qué quereis? vos quereis algo.

—Quiero vuestra conciencia.

—¡Mi conciencia!

—Si: quiero que mateis á la persona que una persona que yo os diré, os nombre.

—¡Matar! yo no tengo valor para matar... yo no he matado á nadie.

—Habeis matado hace dos horas...

—Sin saberlo, sin quererlo, ¡Dios mio!

—Lo que no impedirá que vayais al patíbulo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Ya que habeis matado un hombre, matad una mujer, y nada os acontecerá.

—Pero ya os he dicho que no me atreveré nunca... ¡oh! ¡no! no tengo valor.

—No será necesario que la hirais.

—No os entiendo.

—Un cocinero puede matar...

—¡Ah!

—Con un guiso hecho por su propia mano...

—¡Ah! pero... el veneno... yo no he pensado jamás en eso...

—Buscad el veneno.

Montiño se acordó entonces de que tenia en el bolsillo los polvos que le habia dado envueltos en un papel el paje Cristóbal Cuero.

—¡El veneno! esclamó; ¡un veneno que mata en cinco minutos! ¡como murió ayer el paje Gonzalo!...

—Eso es. .

—No... y cien veces no...

—Pues á la horca por asesino.

—¡Dios mio! pero dejadme pensarlo.

—Ni un momento.

—Pues bien, dijo Montiño: sobre vuestra conciencia caerá ese asesinato... no seré yo quien mate, sino vos... que me dais á elegir entre mi muerte... una muerte horrible, y la muerte de otro.

—En buen hora; yo cargo sobre mi conciencia con ese crímen.

—Y si sabes que es un crímen ¿por qué le cometeis?

—Señor Francisco, no hablemos mas de esto: dentro de dos horas estareis en libertad.

—¿Absuelto de la acusacion?... es muy justo.

—No; absuelto no: se os pondrá en libertad bajo fianza, pero tendreis á Madrid por cárcel, y os guardaré yo: os juro que en el momento en que querais huir, os prendo.

—¿Es decir que me teneis sujeto?...

—Cuando me hayais servido, el proceso se rasgará.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! esclamó trémulo, anonadado, el cocinero mayor. ¡Tened compasion de mí!

—Hasta mañada, que iré á veros á vuestra casa, dijo el bufon llamando á la puerta de la habitacion en que se encontraban.

Abrió el que hasta allí habia llevado al cocinero mayor, y el bufon le dijo:

—Dejad aquí á ese hombre: no le bajeis al encierro: dentro de poco saldrá de la cárcel con fianza. Adios.

El bufon desapareció.

El carcelero cerró la puerta.

Montiño, inmóvil, con los escasos cabellos herizados de horror, se quedó en el sitio donde le habia dejado el bufon, murmurando:

—¡Desdichado de mí! para librarme del castigo de ese crímen que no he cometido, me veo obligado á cometer un crímen horroroso. ¿Y quién será esa persona que quieren que mate yo?

CAPITULO LXX.

De cómo Quevedo dejó de ser preso por la justicia, para ser preso por el amor.

Iba Quevedo en la litera y á oscuras, aunque sin ir en la litera á oscuras hubiera tambien ido por lo tenebroso de la noche, y luchando con un millon de conjeturas, á ninguna de las cuales encontraba una esplicacion razonable.

Esto sucedia al principio de la noche.

La litera, segun podia juzgar Quevedo por el silencio que le rodeaba, solo interrumpido de tiempo en tiempo por lejanos ladridos de perros campestres, y por lo sordo de los pasos de las cabalgaduras de sus guardianes, adelantaba por un camino.

Oíase ademas el lento, monotono y acompasado rumor de aquella lluvia tenaz que no habia cesado durante cuatro dias.

La soledad y el silencio, turbado solo por estos ruidos melancólicos, influyen de una manera poderosa sobre el pensamiento, le concentran, le entristecen, le dan un giro espècial en armonía con las impresiones esternas.

Quevedo meditaba lentamente.

Sentia en su cerebro el embrion de algo, cuyas formas no podia determinar, embrion que con su misterio le traia cuidadoso y, mas que cuidadoso, cobarde.

Pasó muy bien una hora sin que sobreviviese ningun incidente, pero de improviso, sonó muy cerca un arcabuzazo, y tras este un grito de do-

lor y tras el grito un golpe sordo como el de un cuerpo humano que hubiese caido desplomado desde un caballo á tierra.

La litera se detuvo.

Sonaron otros dos tiros, y otros dos gritos, y otras dos caidas y algunas voces confusas.

—Pues esto es peor, mucho peor, dijo Quevedo: paréceme que en esto andan mis enemigos y que perderme quieren: achacaranme resistencia á la justicia, embrollaranme el proceso, y bien podrá ser que algo mas que negro me sobrevenga. España está en manos de bandidos: en nada se repara: artes del diablo se ponen en uso, y lo mismo se derrama la sangre de los hombres para cualquier enredo villano que agua de lavadero. Malayan de Dios los reyes tontos, que dan ocasion á la soberbia y á la codicia de los pícaros. ¿Pero quienes serán estos? Paréceme que andan en la litera.

En efecto, sonaba una llave en la portezuela.

Esta se abrió.

La luz de una linterna penetró en el interior.

Quevedo miró profundamente al bulto que estaba pegado al brazo que tenia la linterna.

Pero nada vió mas que el bulto.

—¡Ah! ¡vive Dios! esclamó una voz ronca. Por bien empleado doy el trabajo que me ha costado encontrar la llave en la ropilla de uno de esos alguaciles, á quien el diablo hospeda sin duda en estos momentos en la mejor cámará del infierno.

—¡Ah! ¡voto á...! ¿eres tú Juan de Francisco? dijo Quevedo reconociéndole por la voz.

—Humilde criado de vuesamerced, contestó el maton.

—Pues si mi criado te confiesas, mándote que te entres, que lugar hay en este calabozo andante y que me espliques...

—Con mil amores, don Francisco: pero esperad, voy á dar á mis brabos muchachos la órden de que nos volvamos á Madrid.

—¿Con qué á Madrid nos volvemos?

—De órden superior.

—Como quien dice, de órden de su magestad el dinero.

—¿Pues á quien otro obedezco yo?

—Despacha, hijo, y ven y entendámonos.

Francisco de Juara se separó de la litera y dió algunas órdenes en voz baja y rápida.

Luego, á oscuras, entró en la litera, se sentó á tientas al lado de Quevedo, cerró la portezuela é inmediatamente esta se puso en marcha.

—¿Quién ha armado todo esto? dijo Quevedo.

—Una mujer que os ama.

—¡Ah! por mis pecados, condesa de Lemos, dijo Quevedo, que no sabia yo que tan valiente érais.

—Las mujeres son diablos, don Francisco, repuso Juara.

—Y aun archidiablos; una perdió al mundo, y sus nietas siguen perdiéndole: aconsejadas siguen por el diablo. ¡Audacia como ella! Pero cuenta, hijo, cuenta: asi entretendremos el tiempo. ¿Cómo te me he venido yo á las manos? ¡Lance mas donoso!...

—Esta mañana, dijo Juara, en la hora en que fuí á comer mi olla, encontreme con un criado de la condesa de Lemos, antiguo amigo y compañero mio. Este tal me dijo sin rodeos: traigo para tí treinta doblones.

—Pues quiera Dios que yo los pueda tomar, que harto bien me vienen, repliqué, y los doblones no llueven asi como se quiera: ¿de qué se trata?

—De un empeño brabo, me contestó mi amigo; esta noche, al oscurecer, irás á ponerte en el lugar que mejor te parezca del camino de Segovia: no tardará mucho en pasar una litera resguardada por cuatro alguaciles á caballo: quita á esos alguaciles el preso que irá en la litera, y vente con él por el portillo de la Campanilla.

Como vuesamerced conoce, don Francisco, todo era negocio de ir á galeras; yo las conozco ya y ellas me conocen, y no era cosa, por temor de volver á *gurapas*, de despreciar treinta buenos de los de á ocho, de presente, y otros treinta de añadidura, una vez cumplido el empeño.

—¿Por supuesto, que tu compadre te daria alguna luz? dijo Quevedo.

—Diómela, sin quererlo, haciéndome él el encargo; porque habeis de saber, don Francisco, que, como os he dicho, yo sabia que es criado de la condesa de Lemos.

—¡Ta! ¡ta! ¿y qué sabias tú?...

—Olia de una legua el encargo á faldas... yo soy muy práctico en estos negocios... lo que no pude adivinar, fue que vos fuéseis el galan que habia de robar á la justicia. ¡Suerte teneis!...

—¡Cómo mia!

—¿Os quejais aun? preso os llevan, y una mujer os salva, tan hermosa como la condesa. Otro en vuestro lugar, veria el cielo abierto.

—Veríale yo, si la litera abrieses, y en Madrid pudiese encerrar-

me y perderme, que si tal hicieras, doble habias de ganar de lo que has ganado.

—No hablemos de eso una palabra, porque no me conviene serviros de ese modo... temo á la condesa mas que á una daga buida, y por nada del mundo me atreveria á ponerme en su desgracia. Pero otros medios hay, don Francisco, y en dejándoos yo en poder de quien me paga, os serviré de balde.

—¿Y de qué modo?

—Haciendo que la condesa os suelte.

—Antes soltará una ala de las entrañas: empeñada y resentida anda conmigo, y mucho será que no tengamos encierro, duende y comedia para rato... y cada minuto me parece ahora una eternidad: anímate, hijo, y cuenta por tuya una razonable cantidad de los de á ocho, y una bandera en los tercios de Italia.

—Os cojo la palabra.

—Entonces, si quieres cogerme, suéltame.

—Os soltaré, ¡vive Dios!

—Pues avisa que paren en llegando á las tapias de la villa.

—No me habeis entendido... yo por mí no puedo soltaros; pero haré que otros os suelten.

—El siglo que viene.

—Quizá dentro de pocas horas.

—Esplícate.

—Suceden en la córte cosas, que el diablo que las entienda; entre ellas, me lo ha dicho el criado de la condesa, sucede el que el duque de Lerma ha hecho al rey que levante el destierro al conde de Lemos.

—¿Es decir, que tendremos aquí á don Fernando de Castro dentro de un mes?

—¡Quiá! el conde de Lemos estaba en Alcalá: por la mañana, antes del alba, salia de allí, y por trochas y sendas llegaba hasta mediar el camino de Madrid: yo he ido á llevarle muchas veces cartas de don Baltasar de Zúñiga y del secretario Céspedes, y de otros varios: el conde esperaba que de un momento á otro le levantasen el destierro: por la tarde se volvia, y ya de noche entraba otra vez en Alcalá. Hace un mes que está sucediendo esto. Por lo mismo, apostaria cualquier hacienda, á que el conde está en Madrid y en su casa á estas horas.

—Pues eso es peor, mucho peor. Guardárame mas profundo la condesa.

—Ya encontraremos huron que llegue hasta lo último de la madriguera.

—Paréceme que me engañas, Juara.

—No por cierto, don Francisco, porque os temo: aun tengo sobre mí los cardenales de los cintarazos que me apretásteis la noche pasada, y sé que conviene estar bien con vos, porque yo tengo para mí que aunque os metieran en una botella y taparan con pez encima, habíais de escaparos. Os serviré, pues, de miedo, pero como me parece que marchamos ya sobre el puente de Segovia, que empedrado suena bajo el paso de las cabalgaduras, dejadme salir, don Francisco, y confiad en mí, y haced lo que podais, que yo no he de dejar de ayudaros.

El maton hizo parar la portezuela, salió de ella, y cerró de nuevo con llave.

—Paréceme, dijo Quevedo, que este tunante quiere vengarse de la paliza que le apliqué hace cuatro noches; pues dias pasan y dias vienen, y los tiempos andan, y alguna vez nos encontraremos, racimo de horca. ¡Y pensar que don Juan está abandonado á sí mismo y acaso preso! ¡Válgame Dios! ¿y con qué cara me presento yo, si acontece al muchacho una desgracia, á don Pedro Giron?

—¡Alto allá! dijo de repente una voz robusta en el camino.

Dejó Quevedo de pensar para poner su atencion en lo que pasaba fuera, y oyó que algunos hombres hablaban amigablemente.

—Ha llegado, por lo que veo, dijo Quevedo, la hora de la entrega y pronto llegará la de la presentacion. Si ese Juara no me engañase... si ese Juara me sirviese... y estoy mas indefenso que un raton cogido en trampa.

Abrióse la litera.

Un bulto se acercó á ella.

—Salid, caballero, dijo á Quevedo.

Este no conoció la voz del que le habia hablado, pero salió.

—Asíos de mi brazo, que la noche está lóbrega, dijo aquel hombre, y sois torpe de piés.

—Y de cabeza, lo que no creia, y me ha hecho creer el verme perdido en estos enredos, dijo don Francisco asiéndose al brazo de quien le habia hablado: ¿y adónde vamos, amigo? alegraríame que fuese cerca, porque llueve que cala, y ciegos andamos.

—¿No ois?

—Campanillas.

—De mulas de coche.

—Muy ruidoso me haceis.

—No hay porque taparse.

—Alégrome.

—Pero ya llegamos: ¡eh! ¡Andresillo! la meseta á este caballero para que suba.

—No veo, dijo Quevedo.

—Guiareos yo: delante teneis la meseta.

Quevedo levantó el pié y le puso sobre una pequeña mesa, que entonces, y mucho despues, servia de estribo á los empinadísimos coches de nuestros abuelos.

Al ir á entrar Quevedo por la portezuela, se sintió asido, y escuchó un suspiro, y al mismo tiempo aspiró un delicado olor á dama, (porque en todos tiempos las damas se han dejado conocer á oscuras); lo que hizo pensar á Quevedo lo siguiente:

—La tragicomedia empieza... ella es... por el olor la saco: veamos de qué modo puedo engañarla, aunque no me parece fácil: ello dirá.

Y se entró en el coche.

—Pues no: este coche no es suyo, dijo Quevedo palpando la badana usada de los asientos. Callóme y veamos.

Pero la mujer que en el coche estaba, no habló.

El coche se puso en movimiento: sonaron las campanillas de las mulas, rechinaron los ejes y empezó á crugir toda aquella vieja armazon.

Quevedo adelantó las manos y tropezó con la mujer.

Esta le rechazó.

—Tormenta se prepara, dijo Quevedo para sí: pues retirémonos, y estémonos quedos para que mas pronto descargue.

La dama continuó callando.

Solo de tiempo en tiempo, dejaba oir un suspiro mal contenido.

—Esos son los relámpagos, continuó diciendo para sí Quevedo.

Al cabo de algun tiempo la mujer hizo un movimiento de impaciencia.

—Encima la tenemos, murmuró Quevedo.

—¿Sabeis, caballero, dijo al fin la dama, que sois el traidor peor nacido que conozco?

—Ya lo sabia yo, dijo Quevedo.

—Pues yo quisiera haberlo sabido antes de... antes de haberme olvidado por vos de lo que soy, dijo la condesa de Lemos.

—He dicho que ya sabia yo que no habíais de estaros callada mucho tiempo, doña Catalina.

—¿Y es posible que yo guarde silencio, cuando tengo tanto que echaros en cara?

—Mas valiera que á la cara no me hubiérais echado vuestra hermosura, y al alma vuestro amor, que tan caros me han salido.

—¡Qué mentir tan villano! ¿hermosa llamais á quien habeis despreciado? ¡llamais amor á una burla infame! ¡y despues de haberme ofendido de una manera tan odiosa, os burlais aun! ¡he hecho bien en castigaros!

—Ved que castigándome os castigais.

—¡Yo!

—¿Sino me amarais, hubiérais hecho lo que haceis?

—¡Qué necios y que vanos son los hombres! porque han tenido á una mujer rendida, creen que esta mujer no puede recobrar su dignidad al conocerlos, aborrecerlos, procurar vengarse de ellos...

—¡Ay, Catalina de mis ojos! ¡suspiras muy profundo para que yo te crea!

—Respetadme, caballero, dijo la condesa, y no veais en mí mas que una mujer que todo lo ha perdido por vos en un momento de locura, y os castiga.

—Si culpa hay entre nosotros, no sé quien está mas castigado: si tú, Catalina mia, viéndote obligada á prenderme por amor, ó yo por amor viéndome obligado á huir de tí.

—Os aseguro que no huireis.

—Entonces seremos los dos felices.

—No os entiendo.

—Si me prendes, serás mi carcelera, porque no te fiarás de nadie: y si eres mi carcelera, teniéndote al lado tengo contigo un cielo. ¡Qué no se muriera el conde de Lemos!

—Me estais destrozando el corazon.

—Ya sabia yo que la tormenta acabaria en lluvia, dijo para sí Quevedo: ¿lloras alma mia?

—¡Lloro mi desdicha, mi desesperacion! ¡me pesa de haber nacido!

—¡Catalina de mi alma!

—¡Oh! ¡cuánto, cuánto os amo aunque no lo mereceis! dijo la condesa.

—No os amo yo menos.

—Eso es mentira.

—Sabe Dios, que si alguna mujer me ha lastimado el corazon, has sido tú: que si en algun vaso puro he calmado la sed de mis labios, ha sido en tu boca; que si alguna luz ha iluminado mi alma, ha sido la luz de tus ojos; que si en alguna parte ha descansado mi cabeza quemada por el desprecio y el cansancio de todo, ha sido en tu seno. No miento, Catalina, no miento: yo te amo, yo te adoro, yo te venero... ¡Dios lo sabe!

Y Quevedo no mentia.

Amaba con toda su alma á la condesa.

Pero amaba mas á su ambicion.

Su ambicion estaba personificada en el duque de Osuna, y Quevedo servia al duque en cuerpo y en alma.

Importaba por lo tanto, demasiado á Quevedo, salvar de los peligros que le amenazaban á aquel hijo natural del duque, por el que únicamente habia ido á la córte.

Pensando en esto, y para tener una ayuda, un medio, habia sido audaz con la condesa de Lemos, y cuando la condesa de Lemos se convirtió para él en un inconveniente, la abandonó, abandonando su amor; la lastimó lastimándose á sí mismo.

Se veia cogido por una mujer justamente ofendida y enamorada, y no sabia cómo escapar de sus manos.

Apeló, pues, á la fascinacion del amor.

Pero la condesa estaba ya escarmentada, no le creia y el asunto iba haciéndose negro para Quevedo.

Todo su ingenio se estrellaba contra el recelo de la condesa.

—Si, si, mentid cuanto querais, le dijo doña Catalina; pero esta vez me convierto para vos en un tirano. Necesito vengarme, satisfacerme, haceros sufrir tanto como vos me habeis hecho sufrir á mí: al menos tendré el consuelo de que no me hayais burlado de balde, vos que estais acostumbrado á burlaros á mansalva de todo el mundo.

—Porque zaheri á vuestro padre en un romance, escrito por mi desesperacion y por mis celos, cuando os vi casada con don Fernando de Castro, hanme tenido dos años preso entre frailes: porque recobro la razon y tengo valor bastante para apartarme de vuestros brazos, dejando en ellos mi vida y mi ventura me prendeis vos. No de balde me burlo, sino que bien de veras pago el no tener el corazon de corcho, que si yo no os amara tanto, no me aconteceria esto.

—Pues bien... suframos los dos, yo, el teneros contra vuestra voluntad, vos, en verme, cuando no quisiérais, á vuestro lado. Y como hemos hablado todo lo que teníamos que hablar, y como yo estoy contenta todo cuanto puedo porque os castigo, no hablemos mas, que si mas hablamos no haremos mas que ofendernos.

—Os voy á dar un consejo.

—¿Cuál?

—Que dejeis para mas tarde vuestra venganza, ó que os vengueis de otro modo.

—No os comprendo.

—Han levantado el destierro á vuestro marido.

Guardó la condesa un silencio de espanto.

—¡Cómo! dijo: ¿el conde de Lemos vuelve á la córte? ¡pues bien! ¡me alegro! ¡vuelve á tiempo! ¡como que solo hace cuatro dias que vos habeis venido!

—Oidme por Dios, que importa: vuestro marido si os obstinais en retenerme, acabará por saber que yo... y que vos... que estoy en vuestras manos. Aunque el conde de Lemos no os ama porque los necios no aman á nadie mas que á sí mismos, tiene orgullo: y como el que seais vos mi amante solo le da deshonra á secas, es natural que la tome por alto: para embargarme os habeis valido de gentes en las cuales un secreto no está mas seguro que un doblon en medio de la calle... Sabrán...

—Que se sepa.

—¿Pero estais loca?

—Si lo estoy, mi locura no tiene remedio.

—Oid, prenda de mi alma. Ya que os decidís á todo, unámonos. Me importa poco si á vos os importa menos: podrá ser cuando mas asunto de estocadas, y yo no soy miserable de ellas. En vez de tapujos y encierros, entrareme yo á la luz del sol en vuestra casa... y así os habreis vengado de don Fernando de Castro que os ofendió casándose con vos.

—Eso queria yo hacer, y vos no quisísteis.

—Temí por vos.

—Y hoy por vos teneis miedo.

—Os ruego que lo penseis.

—Lo tengo pensado.

—¿Con qué soy vuestro prisionero?

—Prisionero por amor.

—Sois, pues, mi Carlos V.

—Y vos, mi Francisco I: por lo mismo temo firmar con vos las paces, no sea que vos me engañeis, como Francisco I engañó á Carlos V.

—¡Entendida sois en historia!

—Por mi desdicha: quisiera ignorarlo todo.

—Me dais miedo.

—¡Ah! ¡por fin!

—Mientras una mujer injuria ó llora ó se desespera, aun hay esperanzas de dominarla; pero cuando, como vos, acaba por hablar á sangre fria, y casi rie...

—Entonces está resuelta... decís bien: y mi resolucion es invariable.

—Pues bien, doña Catalina, os juro que os salvaré de vuestra propia locura, antes de algunas horas.

—¿Y cómo?

—Escapándome.

—Os juro que no os escapareis.

—Lo veremos.

—¿Y cómo hareis para escaparos? yo os guardaré por mí misma: viviré con vos, comeré con vos... ni de dia ni de noche me separaré de vos.

—Me escaparé.

—Quereis asustarme, pero no lo conseguís. Si vos sois valiente y resuelto yo no lo soy menos.

—Ello dirá.

—Pues va á decirlo pronto. El coche se para. Hemos llegado.

—¿Y adónde hemos llegado?

—No quiero ocultároslo. A mi casa de campo del rio.

—Creo que esta casa es del conde mi señor, y que la pintó y la amuebló para vuestras bodas.

—Asi es.

—¿Y aquí quereis tenerme?

—¿Y por qué no?

—Ocurrencia del diablo es.

—Dejadme bajar que abren la portezuela.

—¿En galan os tornais, y en dama me comvertís? dijo Quevedo.

—Si por cierto: dadme la mano para bajar.

—Os la diera mejor para subir.

—Ya subiremos.

—Y aun llueve, dijo Quevedo.

—Y hace oscuro: por lo mismo os guio.

—¿Y las gentes que os acompañaban?

—Se han ido.

—Misteriosa aventura.

—Y mas misteriosa la felicidad que mas allá de esta puerta me aguarda.

Y la condesa, abrió con llave el postigo de una cerca.

—Entrad, dijo.

Quevedo entró.

La condesa siguió tirando de él.

Quevedo sintió que otra persona cerraba el postigo.

—Pero doña Catalina, corazon mio, ¿estais en vos? enterado habeis de este lance á medio mundo.

—¿Y qué se me da? No soy yo mujer á quien mate su marido, ni el conde de Lemos, un marido que mate á una mujer tal como yo: ni á un se divorciará, porque divorciándose perderá la administracion de mis bienes. Por lo demás me importa todo un bledo. Dirán: la condesa de Lemos es querida de Quevedo: y bien, vos me habeis enseñado á despreciar al mundo.

—Ya no llueve, dijo Quevedo.

—Como que estamos bajo techado, contestó doña Catalina: ahora vamos á subir... y yo os doy la mano.

—No hablaba yo de esta subida.

—Pues mirad, yo estoy muy contenta.

—No veo el motivo.

—Os tengo.

—¡Pero si decís qué no os amo!

—No me amais todo lo que yo quisiera... pero me amais... si; me amais... y yo os haré tanto... yo seré para vos tanto...

—¿Qué sereis para mí?

—El camino de los honores, del mando, del trono.

—¡Eh! ¿qué decís de trono, señora? dijo Quevedo con un acento tan singular como nadie hasta entonces habia oido en él.

—Digo, que sin haceros rey, os pondré sobre el rey, y como el rey está en el trono...

—¿Sabeis qué esta escalera se parece á la subida de la montaña aquella á cuya cumbre llevó el diablo á Cristo? dijo con un doloroso sarcasmo Quevedo.

—Muchas gracias, señor mio, por la galantería. Pero estais irritado, y con razon, y es menester perdonároslo todo. Entrad.

—Y tiró de Quevedo que se encontró de repente en un magnífico salon completamente iluminado, y con una mesa servida.

Doña Catalina cerró la puerta por donde habian entrado, se aseguró por sí misma de que las otras puertas estaban cerradas tambien, y luego arrojó el manto, y apareció deslumbrante vestida.

—He aquí, dijo Quevedo, que el sol sale á la media noche.

—Os he traido á mi cámara de bodas, y para ello me he vestido el traje de mis bodas.

Y luego sentándose en un sillon y señalando otro á Quevedo, le dijo con la mirada llena de amor, de embriaguez, de encantos:

—¡Cenemos!

—¡Oh! ¡qué feliz podia yo ser! murmuró Quevedo.

Y luego sentándose resueltamente, dijo con una voz que espantaba por su sarcasmo, por su desesperacion, por su amargura, y con la mirada ardiente y fija en los ojos de doña Catalina:

—¡Cenemos!

CAPITULO LXXI.

De cómo el duque de Lerma encontró á tiempo un amigo.

Amaneció el dia siguiente.

Y seguia lloviendo, y nublado y sin señales de mejor tiempo. Estaba en su despacho el duque de Lerma, y su secretario Santos escribia á mas y mejor lo que el duque le dictaba.

Se notaban en el semblante del duque señales de insomnio.

Lo que demostraba que habia pasado muy mala noche.

Como que volvian á la córte todos sus enemigos, y podian hacerle la guerra y derrocarle, sin que él pudiera defenderse, atado como estaba por los terribles secretos suyos que poseia el bufon.

En lo que se ocupaba el duque, era en escribir á sus parciales de las provincias, á fin de que le hiciesen un partido entre la gente que alborota y que ha existido en todos tiempos bajo todas las formas de gobierno, á fin de que escribieran cartas honrosas para él, esto es: una especie de opinion pública ficticia, que debia figurar ante los ojos del rey como la opinion pública del reino.

Para esto se ofrecia á comunidades de frailes, cosas que el duque habia resistido; á los ayuntamientos arbitrios; á los labradores tolerancia en el pago de los tributos; á las corporaciones de todo género nuevos privilegios; á este y al otro señor, amenazado por desafueros, hacer la vista gorda, como suele decirse, y á las audiencias, desestimar las nu-

merosas quejas de injusticias, cohechos y violencias que pendian por ante el rey.

Claro es, que todo esto venia á gravar en último punto, sobre la gran masa del reino, sobre el pobre, sobre el débil, sobre el querelloso: pero importaba poco: era necesario que el rey recibiese de todas partes plácemes por el buen gobierno del duque de Lerma.

Desde el amanecer estaban trabajando en esto el duque y su secretario.

Santos á pesar de que hacia frío, sudaba la gota tan gorda.

El duque estaba fatigado.

—No puedo mas, señor, dijo Santos: de tanto escribir, se me ha puesto el brazo tan frío y tan pesado como si fuera de plomo.

—Urge, urge, Pelegrin: ya sabes que mi sobrino no ha perdido el tiempo, y que ya está en Madrid: viene irritado contra mí y no perdonará medio: ademas, se encontrará al duque de Uceda apoderado del príncipe de Asturias, y empezará de nuevo entre ellos la guerra, que vendrá á herirme de rechazo.

—Yo aconsejaria á vuecencia que tomase un partido, mucho mas prudente, que el de lograr por medio de estas cartas que se corten las quejas que vienen de todas partes, dijo Santos estirándose el brazo derecho y frotándoselo con la mano izquierda.

—¿Y qué partido es ese, Pelegrin?

—¡Hum! vuecencia está muy comprometido.

—Si, es cierto: pero todo lo que puede suceder, será perder la gracia del rey.

—Perdonad, señor, de antemano, lo que voy á decir á vuecencia, porque mi lealtad no me permite guardar por mas tiempo silencio.

—¡Crees tú...!

—Creo que puede sucederos peor que perder la gracia del rey.

—¿Peor?

—Podeis ser procesado.

—¡Procesado! esclamó con orgullo el duque.

—Porque podeis ser calumniado: esta gente enemiga vuestra, os teme: sabe que el rey está acostumbrado á vos, y como en el rey no hay nada mas poderoso que la costumbre, como es indolente y enemigo de luchas y de mudanzas y sobre todo irresoluto y débil, usarán contra vuecencia de armas infames: se han cometido en la córte grandes desaciertos: vuestro secretario don Rodrigo Calderon ha usado y abusado de

vuestro nombre y no se ha detenido en nada : se ha pretendido, primero deshonrar á la reina, despues envenenarla...

—¡Cómo!

—Hay quien lo sabe, y quien lo murmura... lo que hoy es un rumor sordo, será mañana un estruendo, y un estruendo tal, que no podrá menos de oirlo el rey... ¡si para entonces estais desprevenido!...

—Pero yo no he pensado... yo no he hecho...

—En la córte, es muy fácil hacer caer sobre una persona los delitos de otra : Calderon ha sido vuestro favorito, y aun lo es, al menos para todo el mundo, que ve que en vuestra casa le teneis, que en vuestra casa le curais. Calderon es presuntuoso, soberbio, tiene mucho ingenio, vale mucho, conoce la córte, y en cuanto pueda, se abrirá paso, obligándoos á que vos le faciliteis el camino, porque os tiene sujeto...

—¡Pelegrin!

— Enojaos cuanto querais conmigo, señor : pero no oiga vuecencia á Pelegrin Santos, pobre hidalgo que os debe cuanto es, sino á la voz severa de la verdad : sucédame cuanto quiera, aunque vuecencia irritado conmigo me haga pagar cara mi lealtad, no puedo callar por mas tiempo. Porque se hace necesario prevenir el mal, necesario de todo punto : no se puede perder un minuto.

—Sigue, sigue, Pelegrin.

—Como os decia, aunque sabeis que don Rodrigo os ha hecho traicion, no podeis deshaceros de él : como no podeis deshaceros ahora de Uceda, de Lemos, de Olivares, de Sástago, de tantos y tantos á quien vuecencia estorba : os vereis obligado á servir de escala á Calderon, que partirá con vos la ganancia, porque os necesitará siempre, pero que os comprometerá : porque Calderon, soberbio y ciego y codicioso, hará tales cosas, que él mismo se hundirá... y al hundirse, os hundirá con él.

—¿Pero qué puede suceder?...

—Yo veo á Calderon marchar de frente hácia el cadalso, sin verle, confundiéndole con el trono.

—¡Ah!

—Dejad que suba solo al cadalso... cubrios...

—¡Cómo! ¡Pelegrin! ¡crees!...

—Lo creo posible todo. Si fuera tiempo, os diria : retiraos de la córte... pero ya no es tiempo, señor : estais en el mismo caso que aquel, que subiendo unas escaleras, va dejando caer los escalones : no tiene mas

remedio que seguir subiendo, ó caer desde una inmensa altura á una muerte cierta: no podeis retroceder.

—Y entonces... ¿qué hago?

—Roma insiste sobre el asunto de las preces...

—Pero no puedo complacer á Roma sin rebajar la dignidad del rey.

—Es un recurso desesperado. Complaced al papa, á cambio de otra complacencia del papa.

—Esplícate mejor.

—Pedid á Roma el capelo.

—¡Ah! esclamó el duque de Lerma, abandonando su sillon y yendo á abrazar á Santos: si, si: tú eres mi amigo: tú eres la única persona leal conque cuento: ¡el capelo! ¡y no se me habia ocurrido! ¡y sin embargo, tengo el alma llena de una inquietud vaga, del temor de verme envuelto en las traiciones infames, en los delitos de los que me rodean! ¡el capelo! ¡gracias, Pelegrin, gracias! El duque de Lerma puede ser juzgado y condenado por el rey. ¡El cardenal duque de Lerma, solo puede ser juzgado y sentenciado por Roma! ¡Roma! yo haré que Roma esté tan contenta de mí, que me crea ser su mejor hijo. Escribe, escribe, Santos...

—¿A Roma?

—¡A Roma!

—No es asunto para escrito... es necesario que vaya una persona de toda la confianza de vuecencia.

—¡Y quién mejor que tú! ¡tú que acabas de darme una prueba inapreciable de tu amor y de tu lealtad hácia mí!

—¡Partiré!

—Al momento.

—Esperemos...

—¿Qué esperemos, y dices que es de todo punto necesario...?

—Esperemos á mañana.

—Preconíceme Roma y nada temo.

—Nada de preconizaciones: basta conque en un momento dado, autorizado por el papa, podais vestiros la púrpura: sed en buen hora cardenal, pero no lo digais á nadie... no mostreis miedo...

—¡Ah! ¡Pelegrin! ¡yo no te conocia!

—Como no habeis conocido á los traidores hasta que ha sido de todo punto imposible que no los conozcais, no habeis conocido á los leales hasta que los leales se han visto obligados por amor vuestro á darse á conocer.

—¡El capelo! ¡el capelo! esclamaba el duque de Lerma paseándose á largos pasos por su despacho. ¡Y que no se me haya ocurrido! ¡el capelo! ¡hijo de Roma! ¡la iglesia puesta entre el poder temporal y yo! ¡qué quieres, Pelegrin!

—Seguir siendo vuestro secretario.

—¿Y nada mas?

—Nada mas. Pero para que siga siendo vuestro secretario, es necesario que no me deis muchos dias como hoy.

—Vete, vete á descansar, y... está dispuesto.

Santos se inclinó y salió.

El duque de Lerma estaba contento: habia encontrado al fin, la difícil solucion de un problema oscuro que le tenia vivamente inquieto. Cubrir su responsabilidad como ministro, cuando tan duros eran los tiempos, con el manto de la iglesia, era cosa que jamás se hubiera ocurrido al duque de Lerma.

Saboreando estaba su contento, cuando un ayuda de cámara abrió la puerta, y dijo respetuosamente:

—Señor, el cocinero mayor de su magestad, solicita hablar á vuecencia.

Lerma mandó entrar á Montiño.

Presentóse este pálido, desencajado, estropeado completamente, en cuerpo y traje: miró al entrar con recelo en torno suyo y dijo con grande misterio:

—¿Podrá escuchar alguien lo que voy á decir á vuecencia?

—Nadie, Montiño, nadie: contestó el duque: ¿pero qué sucede?

—Sucede, señor... en primer lugar, la Dorotea me envia.

—¿Y que quiere la Dorotea? preguntó el duque estremeciéndose, porque veia de nuevo asomar la fatídica figura del bufon que habia llegado á convertirse para él en un espectro.

—La Dorotea... quiere ver á vuecencia... al momento: me ha mandado llamar para eso solo... está enferma... muy enferma...

—Iré, iré... id á decírselo.

—Un momento, señor: tengo que hablar á vuecencia de asuntos mios.

—¿De asuntos vuestros?

—Creo, señor, dijo Montiño á quien la desesperacion daba atrevimiento, que en mi tiene vuecencia un esclavo, que ha hecho por vuecencia...

—Lo bastante para que os ampare: lo sé.

—¡Ah, señor! necesitado y muy necesitado estoy de amparo. Por servir anoche á vuecencia al salir de aquella casa, me aconteció una negra aventura.

—¿Y que fue ello?

—El diablo me echó delante al sargento mayor don Juan de Guzman.

—¡Qué os encontrásteis anoche á don Juan de Guzman! dijo con asombro el duque. ¡Bah! ¡imposible! ¡no puede ser! ¡vísteis visiones!

—No ví, tropecé: y como llevaba la daga de punta, porque eran malos sitios, mala hora y mala noche, sin quererlo, sin pensarlo, le maté.

—¡Ah! ¡matásteis... al sargento mayor...!

—Y me encontró sobre él la justicia.

—¡Ah! dijo el duque de Lerma comprendiéndolo todo, porque como saben nuestros lectores estaba en el secreto: ¿y os prendió el alcalde de casa y córte Ruy Perez Sarmiento?

—¡Cómo, señor, sabeis!

—Si, el licenciado Sarmiento me ha hablado de una prision. ¿Pero si os prendieron, cómo estais en libertad?

—Bajo fianza de un tal Gabriel Cornejo...

—¿Y qué quereis...?

—¡Señor! ¡señor! esclamó Montiño arrojándose á los piés del duque y con los brazos abiertos: puesto que lo sois todo en España, y que yo soy inocente, porque quien mata sin querer no mata, salvadme, señor, salvadme.

—Levantaos, levantaos Montiño, y nada temais: se le echará tierra al muerto, se romperá el proceso...

—¡Ah! ¡señor! ¡piadoso señor! ¡mi vida!...

—Mereceis que se os ampare.

—Despues de lo que vuecencia acaba de hacer no me atrevo á pedirle otra gracia.

—Hablad, hablad.

—Muchas gracias, señor, muchas gracias, no sé como pagar á vuecencia.

—Acabando pronto, Montiño.

—Es el caso, que mi mujer y mi hija y el galopin Cosme Aldaba, y el paje Cristóbal Cuero están presos.

—Ya veis que no me he olvidado de lo que me pedísteis.

—Muchas gracias, señor, pero ahora pido á vuecencia que se deshaga lo hecho.

—¡Cómo!

—Que sin ruido, y sin que nadie pueda saber que han estado presos, suelten á mi mujer, á mi hijo, al galopin y al paje.

—¿Pero estáis loco Montiño? ¿no os ha deshonrado vuestra mujer?

—¡No señor!

—¿No os ha robado?

—¡No, señor! y ruego encarecidamente á vuecencia...

—Sentaos y escribid vos mismo.

El cocinero se sentó.

El duque le dictó una órden de soltura para el alcaide de la cárcel de villa, y otra para el alcalde de casa y córte, para que diese por nulo y destruyese todo lo que se habia escrito é intentado contra los presos.

Despues de esto y de haber saludado humilde y profundamente al duque, el cocinero salió.

Poco despues, Montiño entraba triunfante en palacio con su mujer y su hija.

Al mismo tiempo, el duque de Lerma entraba en casa de Dorotea.

CAPITULO LXXII.

En que el duque de Lerma continua representando su papel de esclavo.

Encontró el duque á la jóven en el lecho.

Pero no la encontró sola.

A su lado estaba el tio Manolillo.

El duque se estremeció como si en el bufon hubiese visto personificada su conciencia.

—Gracias, muchas gracias, señor, porque habeis venido, dijo la jóven sacando un magnífico brazo de debajo de las ropas y estrechando una mano del duque. Tengo que hablaros gravemente. Manuel, amigo mio: hacedme el favor de dejarme sola con su escelencia.

El bufon se levantó y salió en silencio, pero no sin haber dicho antes con una profunda mirada al duque:

—Os mando hacer todo lo que ella quiera.

El duque se sentó en un sillon junto al lecho, y por la primera vez, se descubrió delante de Dorotea.

—Cubrios, cubrios, don Francisco, dijo la jóven: yo os lo ruego. Os habla una pobre mujer, y esa mujer os suplica. Cubrios, sino quereis lastimarme.

El duque se puso la gorra.

—¿Qué quereis, pues?

—Don Juan Tellez Giron ha sido preso: preso como causante de la herida de don Rodrigo.

—Es cierto: todas las pruebas están contra él.

—Pues bien: yo quiero que se destruyan esas pruebas.

—No es eso fácil.

—Ya lo sé: sé que doña Clara Soldevilla, su esposa, se ha arrojado á los piés de su magestad el rey: sé que su magestad la reina ha intercedido por la peticion de su amiga: porque doña Clara, mas que dama, es amiga de la reina, y sé que el rey se ha mantenido severo: que ha respondido á la reina y á doña Clara, que no puede hacer nada estando de por medio la justicia.

—Ya veis, Dorotea, que cuando el rey...

—Pero vos podeis mas que el rey.

—¡Yo!

—Si, vos: basta una palabra vuestra para que la justicia calle, para que la puerta de la prision se abra, y yo quiero que don Juan salga libre y seguro... porque le amo, lo entendeis... porque es mi vida, y el mal que le sucede, me vuelve loca, me asesina. Quiero ir yo... yo misma á abrirle su prision: quiero ser para él la libertad, la vida: quiero ser su recuerdo contínuo... quiero que no pueda olvidarme nunca... y tanto haré, que no me olvidará... ¡Oh! ¡no! y con eso solo seré feliz.

—¡Pardiez! ¡y lo que amais á ese mozo! dijo contrariado el duque.

—No os ofendais, señor: vos me teneis por lujo... ya os lo he dicho... pues bien: vuestra querida pública seré, ya que esto os alhaga, hasta la muerte, hasta la muerte, señor: pero... tened compasion de mí: concededme lo que os pido.

El duque miró á la cortina de la puerta, trás la cual habia desaparecido el bufon.

Aquella cortina estaba inmóvil.

Aquella cortina era en aquellos momentos para el duque el velo impenetrable de la fatalidad.

—No puedo... dijo al fin.

—Si, si podeis, dijo Dorotea: vos lo podeis todo.

—No me atrevo, dijo el duque, que no quitaba ojo de la cortina.

—Necesito la libertad y la seguridad de don Juan, dijo con acento voluntarioso Dorotea.

—Yo no puedo sobreponerme á las leyes.

—Sobreponeos, dijo la voz ronca del bufon detrás de la cortina.

Tembló el duque al sonido terrible, fatídico, de aquella voz.

— Es el caso que... yo... mi poder... no alcanza á veces...

—¿No os he dicho ya, duque de Lerma, que hagais cuanto ella quiera? ¿ó es que sois tan torpe que no comprendeis lo que se os manda? dijo el bufon abriendo la cortina y apareciendo.

Sonrojóse vivamente el duque al verse tratado de tal modo por el bufon, en presencia de una tercera persona, y balbuceó algunas palabras.

El bufon adelantó lento y sombrío.

—No te agites, Dorotea, dijo: no llores; no supliques: el señor duque hará lo que sea necesario hacer: el señor duque no puede negarte nada: escelentísimo señor, afuera, en la sala, hay recado de escribir: yo sé donde vive el licenciado Sarmiento: escribidle una carta, y concluyamos, que Dorotea está impaciente.

—Esto es ya demasiado, dijo el duque colérico.

—Ya lo creo que es demasiada obstinacion la vuestra.

—No os irriteis, señor, dijo Dorotea: yo os lo ruego, yo os lo suplico.

—No hay que suplicar: tú no tienes que suplicar á nadie, hija mia: yo soy tu esclavo, y el duque de Lerma es esclavo mio. Ayer quisiste la prision de don Juan y fue preso: hoy quieres su libertad y hoy se verá libre, por que su escelencia y yo... nos entendemos.

—¿No temeis que llegue un dia, en que os pese de lo que haceis?

—Algunas cosas horribles tengo hechas por ella, y todavía no me ha pesado: servidnos ahora y despues cuando podais, no tengais compasion de mí... pero ahora... haced lo que ella quiere.

Y señaló á Lerma con toda la autoridad y la arrogancia de un señor despótico, la puerta que conducia á la sala.

El duque se levantó maquinalmente y salió de la alcoba.

Maquinalmente se encaminó á una mesa donde habia recado de escribir y escribió.

Luego cerró la carta y la entregó al bufon.

Aquella carta estaba concebida en estos términos:

«Mi buen Ruy Perez Sarmiento: en el punto en que recibais esta, rasgad todas las diligencias que hayais practicado en averiguacion del delito cometido en la persona de don Rodrigo Calderon: proveed auto de libertad en favor de don Juan Tellez Giron, y de don Francisco de Quevedo Villegas, y guardad esta carta para cambiarla por una provision de oidor en la real audiencia de Méjico. A cualquier hora, mañana, me encontra-

reis en la secretaría de Estado ó en mi casa. Guardeos Dios.-El duque de Lerma.»

Apenas entregada esta carta, el duque salió de casa de Dorotea, sin despedirse de ella, trémulo, irritado.

El bufon salió tambien, llevando consigo la carta del duque de Lerma.

Dorotea quedó en un estado horrible de ansiedad.

Una hora despues el tio Manolillo volvió con unos pliegos en la mano.

—¿Teneis ya la órden de libertad? dijo la jóven con anhelo.

—Si, respondió con voz ronca el bufon, este pliego es el auto de libertad de tu amadísimo don Juan: este otro el auto de libertad de don Francisco de Quevedo que yo me guardo porque importa que esté preso: y este otro pliego es una órden para que tú puedas entrar en la torre de los Lujanes donde está encerrado don Juan.

Dorotea, á pesar de la fiebre que la devoraba, llamó á Casilda, saltó de la cama, se hizo vestir, pidió una litera, y salió de su casa.

CAPITULO LXXIII.

Lo que hizo Dorotea por don Juan.

Irritado, contrariado, impaciente, cuidadoso, se encontraba don Juan encerrado en un aposento alto de la torre de los Lujanes.

La opaca luz de aquel dia nublado y lluvioso, penetrando en el encierro por dos estrechísimas saeteras, apenas bastaba para determinar los objetos que en el aposento habia.

Podia juzgarse sin embargo que no se habia tratado mal á don Juan: algunos muebles, aunque no de lujo, decentes; una cama limpia, una alfombra usada, pero aceptable aun, y un brasero con fuego, hacian cómodo aquella especie de calabozo, si es que un calabozo puede ser cómodo para un preso.

Comprendíase claro que aquel encierro estaba destinado á personas á quienes por su clase era necesario tratar bien.

Don Juan no sabia porqué estaba preso: pero se lo figuraba: no podia ser por otra cosa que por el asunto de don Rodrigo Calderon.

Lo que mas inquietaba al jóven era, que suponia que Quevedo habria sido tambien preso, porque ¿cómo esplicarse, que estando libre Quevedo no hubiese hecho en su favor maravillas?

Y dolíale ademas, el estado aflictivo que suponia en doña Clara Soldevilla.

Cuando le prendieron en su aposento, la jóven se puso pálida y se desmayó.

Don Juan no vivia : agonizaba en aquel calabozo, habia pasado una noche horrible, de cavilaciones, de temores; se habia acordado de todo, habia dado vueltas á todo, y sin embargo no se habia acordado de Dorotea.

Cuando el carcelero la noche antes le entró luz, don Juan le dió dinero, y le preguntó por la causa de su prision.

El carcelero le respondió con sumo respeto, pero encogiéndose de hombros, que nada sabia.

Encargóle don Juan que procurara informarse, que avisase á su esposa del lugar donde se encontraba, y que procurase ver á don Francisco de Quevedo ó saber de él.

El carcelero volvió á la hora de la cena, trayendo una escogida y abundante.

Pero lo que le dijo el carcelero le puso en mayor ansiedad.

Empezó por asegurarle, que por mas que habia hecho no habia podido averiguar la causa de su prision : pero que él creia, que cuando le habian traido á la torre de los Lujanes, y con tal misterio, debia tratarse de un grave asunto de Estado.

Añadió, que habia ido al alcázar y que no habia podido hablar á doña Clara, porque estaba en audiencia con el rey, y que en cuanto á don Francisco de Quevedo, ninguna de las personas á quienes por él habia preguntado, le habian dado razon de tal persona.

Se empeoraba el negocio á la vista de don Juan, y como hemos dicho, no pudo dormir en toda la noche.

Al dia siguiente, cuando volvió el carcelero con el almuerzo, cuando don Juan le habló, el carcelero le respondió con gran respeto :

—Se me ha prohibido terminantemente hablar con vuesamerced una sola palabra : estas que le digo son imprudentes, porque las paredes escuchan. No me pregunte vuesamerced mas porque no le contestaré.

Despues de esto, el carcelero salió, y don Juan quedó mas cuidadoso que antes.

Adelantó el dia y con él la desesperacion y la impaciencia de don Juan.

Nadie parecia á tomarle declaracion ni á darle noticia alguna.

Al fin, al medio dia se oyeron pasos en las escaleras y luego el ruido de los candados y cerrojos de la puerta.

Entró el carcelero.

No traia la comida.

Esto dió alguna esperanza á don Juan.

—¿A qué venís? dijo al carcelero.

—Vengo á pediros licencia en nombre de una dama que quiere hablaros, contestó aquel.

—¿De una dama? ¿qué señas tiene?

—Está completamente encubierta por un manto, pero parece principal y hermosa.

—¡Ah! ¡es ella! dijo don Juan pensando en doña Clara y sin acordarse, ni remotamente, como hasta entonces no se habia acordado, de Dorotea.

—Trae una órden terminante para que se la permita hablaros á solas, del señor alcalde de casa y córte Ruy Perez Sarmiento, de quien pende vuestro proceso.

—¡Oh! ¡pues que entre! ¡que entre! esclamó con afan el jóven.

—Entrad, señora, dijo el carcelero llegando á la puerta.

Entró una mujer completamente envuelta en un manto, y mandó con un ademan enérgico al carcelero que saliese.

La puerta se cerró.

Entonces la mujer se echó atrás el manto, adelantó hácia don Juan, le asió de las manos y le miró exhalando toda su alma, y su alma enamorada, por sus ojos.

—¡Ah! ¡Dorotea! esclamó con una sorpresa dolorosa don Juan.

—¿La esperábais á ella? dijo Dorotea con la voz apagada de quien sufre un dolor agudo.

—Os confieso que... señora... me sorprende... dijo trastornado don Juan.

—¿Os sorprende que yo sea la primera mujer que penetra por vos en este horrible encierro? ¡No sabíais, no habeis podido saber cuánto yo os amaba! ¡cuánto era capaz de hacer por vos! ¡pues sabedlo: os traigo vuestra libertad!

—¡Mi libertad! ¡vos! esclamó dejando ver la espresion de una profunda sorpresa, don Juan.

—Si, yo... aquí está: dijo Dorotea mostrando al jóven un pliego cerrado.

—¿De modo que ya puedo salir de aquí?

—Aun no, contestó dolorosamente Dorotea.

Esta respuesta de la jóven irritó á don Juan.

—¡Ah! ¡venís á imponerme condiciones!

—¡Condiciones! ¡condiciones yo á vos! ¡qué condiciones puede dictar el esclavo á su señor! ¡cuán poco me conoceis, por mi desdicha!

—¿Entonces, por qué no me dais esa órden?

—¡Hay en el mundo otra mujer que os ama, que puede y debe confesar el amor que os tiene ante Dios y los hombres! ¡una mujer que por vos sufre, que por vos está enferma, que por vos muere! ¡una mujer que por vos se ha arrojado á las plantas del rey, y que no ha podido conseguir nada, ni aun saber el lugar donde estais preso! ¡Vuestra esposa! ¡Doña Clara de Soldevilla, que es vuestra vida!

—¡Ah! esclamó don Juan.

—Y esa mujer venturosa, porque tiene vuestro amor; esa mujer á quien únicamente debeis amar, esa será la que reciba, sin saber de quien lo recibe, este pliego cerrado: esa mujer será la que venga á abriros la puerta de vuestra prision: esa mujer será, porque debe serlo, quien goce toda la alegría de recobraros, cuando os creia perdido, cuando se creia casi viuda.

—¡Viuda!

—¿Pues no sabeis de lo que os acusan?

—No.

—De homicidio premeditado y con ventaja, intentado contra don Rodrigo Calderon.

—Mentira: como hidalgo y frente á frente, reñí con él por un grave asunto, y sirviendo á la reina: vos lo sabeis.

—Pero vos no podeis, por lo mismo que sois hidalgo y leal, sacar á juicio lo de las cartas de la reina, y os sentenciarian cometiendo una injusticia, es cierto: pero las injusticias no sorprenden á nadie en España. Me debeis, pues, la vida, y os lo digo para que lo sepais; para que no podais olvidarme.

—Me estais desgarrando el alma, Dorotea.

—¿Y qué importo yo... pobre cómica... querida miserable del duque de Lerma? pero dad gracias á Dios de que yo sea querida del duque, y de que el duque, por una casualidad que Dios ha permitido, sea esclavo de un hombre terrible, que es á su vez esclavo mio.

—¿Y quién es ese hombre?

—El tio Manolillo: el bufon del rey. El, porque sabe que os amo, y que vos íbais á salir de la córte, hizo que Lerma os prendiera. El, porque yo se lo he pedido, ha hecho que Lerma mande rasgar vuestro proceso y poneros en libertad. Si yo le hubiese dicho: ese hombre me des-

precia, ese hombre me insulta, quiero vengarme de él y de ella, mátale; hubiérais subido al cadalso, y con vos Francisco de Quevedo, á quien Dios maldiga. Sabedlo, quiero que lo sepais para que no podais olvidarme jamás: os lo repito. ¿Qué me importa que os aparteis de mí, que no os vuelva á ver mas, si estoy segura de que vos no olvidareis nunca mi memoria?

Don Juan inclinó la cabeza, y no supo que responder.

Estaba seguro de que no podia engañar á Dorotea, porque esta sabia demasiado que él amaba, que él no podia dejar de amar á doña Clara.

Y sin embargo, la hermosura y el amor inmenso, escepcional de la comedianta, escitaban su deseo, halagaban su orgullo; don Juan, si hubiera podido, sin dejar de amar á doña Clara y de ser feliz con ella, hubiera sido amante de Dorotea.

Pero esto era imposible: Dorotea tenia demasiado corazon.

Dorotea no podia partir el amor de su alma con otra, por mas que aquella otra fuese la esposa del hombre de su amor.

La situacion de don Juan, ante quien Dorotea se presentaba de una manera enloquecedora, dándole la libertad y con la libertad la vida, sacrificándoselo todo, con la abnegacion sublime de que solo es capaz una mujer que ama, la situacion de don Juan era horrible.

—¿Cómo podré yo hacer, dijo al fin, que vos me perdoneis la desgracia de no haberos conocido antes?

—No blasfemeis de vuestra fortuna, dijo gravemente Dorotea: Dios os ha dado en doña Clara una mujer digna de vos. Amadla, reverenciadla, alegraos como de una felicidad inmensa de que sea vuestra esposa. En cuanto á mí, conque vos me aprecieis, conque me recordeis, conque os cause compasion mi desdicha, estoy satisfecha, seré feliz.

Y Dorotea, á quien hasta entonces habia sostenido la escitacion febril de la alegría que la causaba el llevar la libertad á don Juan, se sentó y se puso sumamente pálida.

—Estais mala, Dorotea: dijo el jóven acercándose rápidamente á ella. ¿Qué teneis?

—¡Me muero!

—Disponed de mí: yo soy vuestro... yo os amo, dijo don Juan embriagado.

Y en aquel momento, olvidándolo todo, asió con sus dos manos la hermosa cabeza de Dorotea y la besó en la boca.

—¡Oh! ¡qué horror! esclamó la jóven poniéndose en pié de un salto: ¡qué crueldad! ¡qué daño me habeis hecho tan horrible!

Y arreglándose el manto, se dirigió á la puerta y llamó.

—¿A dónde vais, Dorotea? dijo don Juan.

—Es necesario que venga cuanto antes vuestra esposa.

Sonaron entonces las llaves del carcelero.

—Esperad un momento, dijo don Juan asiendo por el manto á Dorotea que estaba vuelta hácia la puerta.

—¿Qué mas quereis de mí? contestó la jóven.

—Quiero... quiero volveros á ver.

—¡Qué quereis volverme á ver..! ¡si, yo tambien quiero! pues bien: estad esta noche... á las ocho, al pié de la cruz de Puerta de Moros.

—Estaré.

En aquel momento se abrió la puerta.

—Adios, dijo Dorotea, y salió precipitadamente.

—Adios, dijo don Juan, y se dejó caer aniquilado sobre una silla.

El carcelero cerró la puerta.

—No merece este amor asesino que se me ha entrado en el alma, murmuraba la comedianta bajando precipitadamente las escaleras. ¡Yo estoy loca! ¡yo me muero! ¡Dios mio! ¡irá! ¡irá! ¡le parezco hermosa! ¡le embriago!... ¡si, irá! pues bien... ¡me vengaré de él y de ella! ¡él me obliga! ¡aquel horrible beso...! ¡oh! ¡Dios mio!

Y acabando de bajar las escaleras atravesando la alcaidía sin reparar en nadie, salió.

En la puerta de la torre habia una litera.

Al aparecer Dorotea, un criado abrió la portezuela.

Dentro de la litera habia un hombre.

Era el tio Manolillo.

Estaba mas pálido, mas cadavérico que Dorotea.

Al ver el aspecto de aniquilamiento y de desesperacion de la jóven, una chispa de alegría involuntaria pasó por los ojos del bufon.

—Ese miserable no te comprende, dijo.

—Os engañais, Manuel: le enamoro, haria de él cuanto quisiera, menos que me amara como yo quiero ser amada. Estoy irritada: la cólera y la desesperacion me matan. Quiero vengarme, y empiezo. ¡Pedro! ¡al alcázar!

La litera se puso en movimiento.

—¿A qué vas al alcázar, hija mia?

—No voy yo, sino vos. Tomad.

—¡Ah! ¡la órden de libertad de don Juan! ¡no se la has dado! ¡quieres que la devuelva el duque de Lerma, y que el proceso siga! ¡haces bien! ¡ese no es digno de nuestra proteccion! ¡no amarte á tí que tanto le amas! ¡que tanto haces por él! ¡véngate! ¡ya que no sea tuyo, que no sea de la otra!

—Vais á entrar en el alcázar y á hacer de modo que doña Clara Soldevilla reciba esta órden sin que pueda saber de donde viene.

—¡Cómo!

—¡Lo quiero!

—Haces mal.

—Lo quiero. ¡Y cuenta conque doña Clara pueda ni aun por indicios sospechar!

—¡Haces mal! repitió el bufon y tomó la órden, y la guardó suspirando.

Ni Dorotea ni el bufon hablaron una palabra hasta que la litera llegó á las puertas del alcázar.

—Entrad, dijo Dorotea al bufon: haced que esa órden llegue, como os he dicho, á las manos de doña Clara: y luego buscad al cocinero mayor y hacedle que vaya á verme.

El bufon salió de la litera.

—¡A casa! dijo la Dorotea.

La litera se puso de nuevo en marcha.

El bufon despues de meditar un momento en el vestíbulo, se entró resueltamente en la secretaría de Estado.

—Decid á su escelencia, dijo, que yo, mi magestad el bufon, le mando que me reciba y me oiga.

Riéronse todos de la manera cómica conque el tio Manolillo dijo estas palabras, y uno de los oficiales contestó:

—No está su escelencia de humor para recibiros, tio.

—¡Quién le mete al menguado en lo que no le importa! repuso gravemente el bufon: diga al duque que Felipito mi amigo me envia.

—¡Ah! ¡si traeis órden del rey!...

—¡Qué pesado! ¿te pagan para que repliques ó para que hagas lo que te se mande?

—Vamos, no os incomodeis, tio, dijo el oficial: decid á su escelencia, Lasala, que el bufon de su majestad quiere verle.

El enviado entró.

—Ya vereis como Lerma no me hace esperar tanto, dijo el bufon paseándose con gran prosopopeya por la secretaria.

En efecto, un momento despues de haber entrado, Lasala abrió una mampara y dijo:

—Su escelencia, espera al bufon de su magestad.

Cinco minutos despues de haber entrado el tio Manolillo en el despacho del duque, este subia por una escalera de servicio á la cámara del rey.

Felipe III estaba ocupado en examinar con su montero mayor, una magnífica escopeta de dos cañones que acababa de regalarle respetuosamente la muy noble y leal villa de Eivar.

—¡Eh! vienes á tiempo: dijo el rey al ver al duque: tú que eres aficionado ¿qué te parece este arcabuz de caza? Mira que llaves, Lerma: una invencion, una verdadera invencion.

—En efecto, señor, dijo el duque, los vizcainos son muy hábiles y muy industriosos. A primera vista se conoce la bondad de esa arma. Pero con licencia de vuestra magestad, vengo á hablarle de un negocio muy importante.

—¿Tan importante que no admite demora?

—De ningun modo, señor.

—No me dejarán reposar: ni aun cuando rezo estoy seguro: vamos, Lerma, vamos: y tú espera aquí; dijo el rey al montero mayor.

Felipe III y su secretario universal se encerraron.

—¿Veamos de que se trata? dijo el rey con el empacho que le causaban todos los negocios.

—Del asunto de doña Clara Soldevilla.

—¡Ah! pues mira: ese asunto me trae disgustado: la buena doña Clara me pidió ayer una audiencia, se la dí, me rogó por su esposo, se me arrojó á los piés, lloró... y como tú me habias dicho que se trataba de un negocio grave, me mantuve inflexible, hasta tal punto que se me desmayó doña Clara, y la llevaron á su cuarto sin sentido. Despues he tenido una verdadera batalla con la reina. Me ha amenazado... me ha dicho que no la obligase á hablar... y yo no sé qué tenga que hablar la reina en este asunto. En fin... me ha dicho la reina que yo y ella debemos grandes eminentes servicios á ese don Juan, que ha hecho muy bien hiriendo á don Rodrigo, y que mejor hubiese sido que le hubiera matado. ¿Qué dices tú á eso?

—Digo, señor, que su magestad la reina tiene mucha razon.

—¿Pues no me dijiste ayer que era necesario castigar con mano fuerte á ese don Juan y á don Francisco de Quevedo su cómplice?

—Ayer estaba mal informado, señor: por las primeras diligencias del proceso resulta, que no fueron dos contra uno, sino que por el contrario don Rodrigo llevaba otro hombre contra don Juan. Que Quevedo no hizo mas que ayudar como hidalgo á su amigo, y que don Juan se vió en la necesidad de defenderse. Ni siquiera ha sido un duelo.

—Pues entonces es necesario formar proceso á Calderon.

—Aconsejo á vuestra magestad, que me permita echar tierra á este negocio.

—Pues bien, échasela; pon en libertad á don Juan y á Quevedo y que se vayan benditos de Dios á Nápoles.

—Ya, contando con el beneplacito de vuestra magestad, he mandado al alcalde Ruy Perez Sarmiento, que destruya la causa y libre auto de libertad, para Quevedo y Giron: el auto de libertad de don Juan está aquí, señor.

—¡Ah! ¿conqué ya está todo hecho?

—Aun falta algo que hacer.

—¿Y qué hace falta?

—Tan activo ha andado el alcalde Ruy Perez en este proceso y tan leal, que merece un premio.

—¡Ah! ¡merece un premio! Pues dásele.

—Aquí está estendida ya la provision para él, de oidor de la real audiencia de Méjico con las costas del viage, y solo falta la firma de vuestra magestad.

El rey firmó la provision, y la recogió el duque.

—Por aquí, dijo para sí Lerma, guardando la provision del licenciado Sarmiento, hemos salido de un testigo enojoso.

—¿Queda algo mas que hacer? dijo el rey que en su marcada antipatía por los negocios deseaba verse libre.

—Si, señor: yo creo que vuestra magestad debe aprovechar esta ocasion de complacer á su magestad la reina.

—¿Y cómo?

—Dándola este auto, que pone á cubierto de todo proceso al marido de su dama favorita.

—Tienes razon, Lerma, tienes razon, y ahora mas que nunca conozco el grande afecto que me tienes: no me gusta estar reñido con la reina. Voy... voy... adios Lerma, adios.

Y el rey abrió una puerta, atravesó un largo corredor, abrió otra puerta y se encontró en la recámara de Margarita de Austria.

La reina leia.

Al ruido de los pasos del rey volvió la cabeza.

Al verle, dejó el libro, se puso ceremoniosamente de pie, y miró al rey con severidad.

—Veo que aun estás enojada, Margarita, dijo el rey.

—En efecto, señor, contestó la reina; tengo un profundo disgusto.

—¡Por tu queridísima doña Clara!

—Me he propuesto no volver á hablar mas á vuestra magestad de este asunto.

—¡Mi magestad!... ¡pero si estamos solos, Margarita, si estamos solos! ¡Siéntate aquí, al lado mio! vengo á que hagamos las paces.

La reina se sentó al lado del rey, pero con tiesura, con el semblante nublado y sin mirar á Felipe III.

—¡Lo que yo digo! ¡eso es! esclamó con impaciencia el rey: ¡yo soy lo último de todo!

—¡Señor! dijo la reina con dignidad.

—Se me respeta, pero no se me ama: basta el mas ligero motivo, para que no se me oculte el desvio que causo. ¡Cómo ha de ser! ¡y yo á pesar de todo me afano por complacerte, Margarita!

La reina comprendió que debia bajar del empinado lugar á que se habia subido; que debia ser mujer, y combatir al hombre, no al rey.

—Si, dijo, hiriendo con su pequeño pié la alfombra y mordiéndose impaciente su grueso labio austriaco: si, se conoce que mi esposo... me ama locamente, que adivina mis deseos, que se anticipa á ellos: ciertamente que soy una insensata, cuando me quejo: ¿qué puedo yo desear? ¿qué reina ha tenido mas influencia sobre su esposo?

—Puedo hacerte que llores de alegría, y que me abraces como una loca, Margarita, dijo el rey.

—¿De veras? preguntó disimulando mal su ansiedad la reina, porque en las palabras y el aspecto del rey conoció que podia prometerse algo satisfactorio.

—Tan de veras, como que te traigo una medicina que pondrá buena de repente á tu amiga doña Clara, que creo que anda enferma.

—¿Cómo quereis que esté una reciencasada, que adora á su marido, y que ni aun sabe donde para?

—¡Es verdad! ¡es verdad! pues bien: toma, Margarita, toma: he

mandado romper el proceso de don Juan Tellez Giron, y aquí está la órden de libertad.

Y el rey dió á Margarita de Austria el pliego cerrado que contenia el auto.

Pasó una alegría infinita por los ojos de la reina.

Rompió el sobre, y leyó ávidamente la órden de soltura.

—¡En la torre de los Lujanes! ¡y allí está mi libertador preso, dudando, temiendo...!

—¡Tu libertador! dijo el rey con asombro.

—¡Si, mi generoso y valiente libertador!

—No te comprendo.

—¿Por qué he de callar mas? Yo estaba resuelta á revelároslo todo, cuando no me quedase otro medio de salvar á ese caballero. ¿Por qué no he de ser franca y leal con vos cuando está salvado?

—¡Qué! ¿tú me ocultabas algo, Margarita?

—¡Oh! ¡si, señor! ¡no sé porque he tenido miedo! vos no podeis dudar de mí ¿no es verdad?

—¡Dudar yo de la reina! ¡de mi esposa! dijo el rey en uno de los arranques de verdadera dignidad que á veces dejaba conocer. ¡Cómo! ¿por qué habia yo de dudar de vos, señora?

—Oidme, don Felipe, oidme, y perdonadme, porque por una sola vez en mi vida he obrado con ligereza.

—Yo estoy seguro de que no tengo que perdonarte nada, dijo el rey volviendo á su debilidad habitual, y procurando escusarse de entrar en esplicaciones que le asustaban, porque á primera vista parecian graves.

—No, no: me habeis de oir, os lo suplico; dijo la reina; necesito librar mi conciencia de este peso.

Al oir la palabra conciencia, el rey que tenia algo de lo asustadizo de su padre, aunque no su firmeza ni su sombrío recelo, se alarmó.

—¡Tu conciencia, dices!

—Si, porque siendo vos mi rey y mi esposo, os he callado lo que no debia haberos callado.

—¿Tendremos alguna otra conspiracion? dijo todo asustado el rey.

—Si, si señor, de conspiraciones se trata; pero de conspiraciones que ya no deben daros cuidado, porque ya pasaron.

—¿Conspiraciones vuestras?

—Por recobrar vuestra dignidad y la mia.

—Pues, lo de siempre. ¿Y quien os ayudaba á conspirar? porque nadie conspira solo.

—Don Rodrigo Calderon.

—¡Ah! ¡ah!

—Se me mostró leal... cuando era traidor: le concedí algunas audiencias secretas...

—¿Contra el duque de Lerma?

—Contra el duque de Lerma.

—¡Ah! ¡don Rodrigo conspiraba contra su bienhechor, contra el hombre á quien todo lo debe! ¡No sabia yo que ese tal era tan malvado!

—Lo es mas aun: ese hombre se ha atrevido á dictarme condiciones.

—¡Condiciones á la reina! ¡un vasallo! ¿pero, cómo podia ese miserable atreverse á dictarte condiciones?

—Fuí imprudente: creyéndole un vasallo leal, le escribí algunas cartas de mi puño y letra, avisándole de la hora en que podia entrar en palacio y verme.

—¡Y esas cartas! ¡esas cartas!

—Las he quemado yo por mi mano, gracias á don Juan Tellez Giron, que se las arrancó á estocadas.

—¡Ah! dijo respirando el rey: ¿y de resultas de esas estocadas está herido don Rodrigo?

—Si, señor.

—¿Pero don Juan sabrá...?

—Don Juan entregó aquellas cartas sin leerlas á doña Clara.

—¡Ah! ya: si... esas cartas acompañaban sin duda al rizo de cabellos aquel de doña Clara, y don Juan habrá creido que de doña Clara eran las cartas...

—Si, si señor, dijo la reina, que no se atrevió á ser mas esplícita.

—Pues es necesario premiar á ese caballero.

—Harto premiado está ya con ser esposo de doña Clara: solo os pido una cosa, señor.

—¡Qué!

—Que me perdoneis si por amor á vos, por la dignidad de la monarquía, pude ser una vez imprudente.

Y la reina se arrojó á los piés del rey.

—¡Oh! ¡no! ¡no! ¡en mis brazos que tan ansiosos están de tí! ¡en mis brazos, Margarita mia! ¡oh, qué hermosa eres!

Y besó á la reina en la frente.

—¡Oh! ¡cuánto te amo Felipe mio! dijo la reina llorando de placer y estrechando al rey entre sus brazos.

—No me dices eso siempre, contestó el rey con el acento y la espresion de un niño voluntarioso.

—Es que no siempre me tienes contenta: pero hoy has hecho mucho bueno, Felipe: has vuelto su esposo á mi buena doña Clara, y á pesar de lo que te he revelado, no has dudado de mí. ¡Te amo! ¡te amo!

—¡Oh, Dios mio! dijo el rey: ¡si esto durara mucho...!

—Durará... todo lo que tú quieras que dure, Felipe... ¡oh! ¡y qué feliz soy! pero hay alguien á quien debemos mucho, que llora por nosotros, y cuyas lágrimas es necesario enjugar.

—¡Doña Clara!

—Doña Clara... y voy... voy sin perder un momento.

—¡Ir tú...! ¡la reina...! dijo Felipe III que no olvidaba nunca la ceremoniosa etiqueta de la casa de Austria.

—Iré... por las comunicaciones interiores... nadie me verá... enviaré delante á la duquesa de Gandia, para que doña Clara cuando llegue yo esté sola. Y adios, adios: es necesario no olvidarnos de que para el que sufre, cada momento es un siglo. Te amo. Adios.

Y la reina escapó.

—¡Ah! dijo el rey: cuando se hace una buena accion, se le queda á uno el alma tan llena de no sé qué... Vamos, Dios quiera que por estos momentos de felicidad que me ha dado, no nos pida Lerma algo que vuelva á ponernos tristes.

Y el rey, por el mismo sitio por donde habia ido á la recámara de la reina, se volvió á la suya y al exámen de la escopeta vizcaina que tenia aun entre las manos su montero mayor.

CAPITULO LXXIV.

El sol tras la tormenta.

Vestida, arrojada sobre un lecho, con el rostro vuelto contra la almohada, en una bellísima alcoba habia una mujer.

Aquella mujer lloraba silenciosamente: de tiempo en tiempo un sollozo desesperado hacia desgarrador su llanto.

En la alcoba sobre un reclinatorio, delante de una vírgen de los dolores habia una lamparilla encendida.

Fuera de la alcoba junto á la puerta estaban sentadas dos dueñas silenciosas é inmóviles.

Pasó algun tiempo asi.

Abrióse al cabo una puerta y asomó por ella la cabeza de una doncella.

—La camarera mayor de la reina, quiere ver á la señora, dijo la jóven en voz baja.

—¿Qué hacemos, doña Inés? dijo tambien en voz baja la una dueña á la otra.

—¿Qué os parece que hagamos, doña María? preguntó la preguntada.

—La señora no duerme, que solloza, dijo doña María.

—Y acaso su escelencia la traiga una buena noticia, dijo doña Inés.

—Pues, avisémosla.

—Avisémosla.

—Id vos.

—No, vos.

—Cualquiera.

Y doña Inés se levantó, abrió las vidrieras, y de puntillas se acercó al lecho, y dijo casi al oido de su señora:

—La escelentísima señora camarera mayor de su magestad, quiere veros, señora.

—¡Oh! ¡qué entre! ¡qué entre al momento! dijo doña Clara apartándose de sobre la frente las pesadas bandas de sus negros cabellos: ¿por qué la habeis detenido?

La dueña salió como un relámpago.

Cuando doña Clara abrió las vidrieras y salió á la cámara, ya estaba en ella la duquesa de Gandia.

—¿Qué noticias me traeis, señora? esclamó anhelante la jóven arrojándose al cuello de doña Juana de Velasco.

La duquesa miró en torno suyo, y al ver que habian quedado solas esclamó llorando:

—¡Ah! no sé nada: ¡desdichado, hijo mio!

—Me habiais hecho concebir una esperanza, dijo con desaliento doña Clara.

—Su magestad está en la saleta azul, dijo la duquesa enjugándose las lágrimas: me ha enviado delante, para que aparteis de aquí las personas que pudieran verla. Su magestad os creia muy enferma.

—¡Ah! si, del corazon, del alma.... me estoy muriendo. Pero no estoy tan débil que no pueda ir á ver á su magestad. Vendrá á consolarme.

—La reina viene alegre, impaciente.

—¡Oh! ¡Dios mio! esclamó doña Clara.

Y apartándose de la duquesa dió á correr, loca, anhelante, atravesó algunas habitaciones, y en una cayó entre los brazos de la reina que la habia salido al encuentro.

—Oye, Clara: la dijo Margarita: consuélate, enjuga tus lágrimas: te traigo buenas noticias.

—¿Dónde está, señora?

—En la torre de los Lujanes.

—¿Y puedo verle?

—Si.

—¡Ah! señora, perdonad... pero... permítame vuestra magestad

que vaya al momento... le he creido perdido... son esos hombres tan infames... y... ¡le amo tanto!

—Espera, espera... serénate, tranquilízate, Clara, amiga mia: no ves que yo me sonrio, que estoy contenta. ¿Cómo podia estarlo si te amenazase una desgracia?

—¡No corre peligro su vida!

—No, ni mucho menos...

—Y entonces ¿qué hay que temer?

—Nada.

—¡Nada! pues si no hay nada que temer, ¿por qué continúa preso?

—Tú eres valiente, Clara. Domínate, prepárate...

—¿Para qué?

—Tanto valor se necesita para soportar la desgracia, como para resistir la noticia inesperada de una dicha.

—¡Ah! ¡señora! tendré valor, le tengo.

—Pues bien: toma, Clara mia, toma, y vé tú misma á sacarle de su prision.

Y la reina dió á doña Clara el auto de libertad.

La jóven la leyó, se dominó, se puso pálida, y miró con una elocuente ansiedad á la reina.

—Si, si, vé amiga mia: dijo la reina, pero no te olvides de decir á doña Juana que la espero para volverme á mi cámara.

Doña Clara se arrojó á los piés de la reina, y la cubrió las manos de besos y lágrimas.

Luego se levantó y dió á correr, como una loca, hácia sus habitaciones.

—¡Libre! ¡libre, madre mia! esclamó arrojándose en los brazos de la duquesa y riendo y llorando á un tiempo, ¡libre! y ¡libre de todo cargo!

—¡Ah! ¡gracias á Dios!

—Y no podia eso ser de otro modo, porque Dios no podia querer mi desesperacion: pero la reina os espera. Yo voy por él. ¡Un manto! ¡una litera! añadió dirigiéndose á una puerta. Despues, venid, madre mia: él estará ya aquí. ¡No ois! ¡dueñas! ¡lacayos!

—Adios, hija mia, adios, dijo la duquesa viendo que se acercaba gente, y salió.

—Pronto, doña Inés, mi manto: que pongan una litera al momento, repitió con impaciencia doña Clara.

Y cinco minutos despues, dentro de una litera salia del alcázar la jóven.

Como la torre de los Lujanes no estaba lejos y los lacayos que llevaban la litera iban de prisa, muy pronto la litera paró á la puerta de la torre, salió de ella doña Clara, y presentó la órden de soltura al alcaide.

—Y van dos, las dos principales y hermosas, dijo entre dientes el alcaide leyendo la órden.

Afortunadamente no le oyó doña Clara.

—No hay que oponer nada á esto; dijo el alcaide dando vueltas á la órden; en pagando ese caballero ciertos derechos y el alquiler de los muebles....

—Bien, bien, pero llevadme á donde está, dijo doña Clara.

—¿Y quién le diré que le busca?

—Su esposa.

—¡Ah! perdonad, señora, dijo el carcelero quitándose su caperuza que hasta entonces habia tenido encasquetada: como vuestro esposo es jóven y gentil-hombre á estos tales señores suelen buscarlos...

—¿Pero hay algun inconveniente para que yo vea al momento á mi marido?

—Ninguno, señora. ¿Qué ha de haber? yo mismo voy á llevaros: Molinete, dame las llaves del encierro alto. Vamos, señora, vamos.

El alcaide se metió por una estrecha puerta y por una escalera oscura.

Doña Clara le seguia sin pensar en donde ponia los piés, acertando con los escalones y con las revueltas por instinto.

Al fin, se vió alguna luz en las escaleras, y al acabar de subirlas, se encontraron en un corredor estrecho alumbrado por claraboyas, á cuyo fin habia una puerta de hierro con tres cerrojos y tres candados.

Doña Clara no tuvo paciencia para que el alcaide acabase de abrir.

Golpeó con su pequeña mano la puerta y dijo con toda la fuerza de sus pulmones y toda la alegría de su alma:

—¡Juan! ¡Juan!

—¡Clara de mi alma! gritó desde adentro el jóven.

—Sin duda ninguna son marido y mujer, cuando se tratan asi delante de gentes, dijo el alcaide acabando de abrir.

Y cuando la puerta estuvo franca como nada habia ya que guardar allí, se volvió dejando la puerta abierta y murmurando por las escaleras:

—¡Ya lo creo! con una mujer como esa ya puede uno hacer lo que le dé la gana: ¡Dios de Dios! en mi vida he visto otra tan hermosa.

Entre tanto doña Clara y don Juan, estaban estrechamente abrazados, mudos, en el primer momento de alegría. Parecíales á entrambos que habian resucitado el uno para el otro.

Al fin se separaron, se miraron, y don Juan vió en los ojos de su mujer lo que jamás habia visto, lo que ni aun habia sospechado, lo que no sabia que existiese: un amor sobrenatural, una vida que vivia en su vida; una alegría que era su alegría, un alma que absorvia la suya la envolvia, la acariciaba y la defendia: una fuerza infinita de absorcion que no le dejaba vida, ni deseo, ni voluntad como no fuesen para doña Clara.

Habíale parecido su mujer hermosa: pero entonces le pareció que la hermosura de su mujer no pertenecia á la vida, que tenia algo de fantástico, de divino.

—¡Juan de mi alma! le dijo doña Clara; vámonos de aquí: me parece que me van á arrancar de tus brazos, que se vá á cerrar de nuevo esa puerta, que no te voy á volver á ver. Vámonos, vámonos: estás libre: he traido la órden yo misma, y nadie puede impedirte que salgas: nadie, como no sea Dios, me volverá á separar de tí.

—¿Quién te ha dado esa órden, Clara mia? dijo don Juan acordándose á pesar de todo de la pobre Dorotea.

—¡La reina! contestó doña Clara: no sé por qué medio: anoche yo me arrojé en valde á los piés de su magestad: en valde la reina suplicó al rey. Ni aun pudimos saber donde estabas preso.

—¡La reina te ha dado esa órden! dijo profundamente don Juan que no acertaba á comprender como aquella órden habia pasado de las manos de Dorotea á las de la reina.

—Si, si, repuso impaciente doña Clara, ¿pero qué importa eso? Lo que importa es salir de aquí.

Y tiró de su marido que se dejó conducir.

Al pasar por la alcaidía, el alcaide les salió al encuentro respetuosamente y gorra en mano.

En la otra mano tenia una daga y una espada, sencillas pero hermosas y fuertemente bruñidas las empuñaduras de acero.

—El señor alcalde de casa y córte, Ruy Perez Sarmiento, acaba de enviarme para vuesamerced, estas armas, que le ocupó cuando le prendió, dijo el alcaide.

El jóven se puso la daga y la espada en el talabarte, y dió las gracias al alcaide.

—Perdonad, caballero, dijo el alcaide al ver que los dos esposos seguian hácia la puerta; pero quisiera que antes de salir miráseis esta cuentecita.

Y presentó un papel á don Juan.

Aquel papel decia:

«Cuenta de lo que ha adeudado don Juan Tellez Giron, en las veinte y cuatro horas que ha estado preso en la torre de los Lujanes.

»Por alquiler de la habitacion alta donde estuvo preso en otro tiempo el rey Francisco, y donde solo se encierran personas principales, diez ducados.

»Por el alquiler de una cama con colchones de pluma, sábanas de holanda y repostero de damasco, mantas y demás, cinco ducados.

»Por idem de doce sillas, un sillon, una mesa, un candelero de plata y una alfombra, seis ducados.

»Por una comida traida de la hostería de los Tudescos, ocho ducados.

»Por una cena de idem, cuatro ducados.

»Por un almuerzo de idem, cuatro ducados.

»Por una vela de cera, cuatro reales de vellon.

»Por asistencia, dos ducados.

»Por derechos de carcelaje, ocho ducados.

»Todo lo cual monta la suma de treinta y siete ducados y cuatro reales de vellon.—Ginés Pidrahita.»

Debemos advertir, que de esta cuenta, solo leyó don Juan la suma total.

—¿Traes contigo dinero, Clara? dijo don Juan.

—Si, por acaso: ¿que se necesita?

—Da á este hombre, dos doblones de á ocho.

Doña Clara sacó un precioso bolsillo, y de él dos doblones.

—Aquí sobra dinero, señor, dijo con un acento particular el alcaide, al recibir las dos monedas de oro.

—Guardadlo, dijo don Juan.

—Vivais mil años, señor, dijo el alcaide apresurándose á abrir la puerta.

Doña Clara, llevando á don Juan de la mano, salió de la torre con la

precipitacion y la alegría conque sale un pájaro á quien abren la jaula, y se metió con su marido en la litera.

—¡Ah! dijo, cuando se vió caminando hácia el alcázar: ¡gracias á Dios, que ha pasado esta horrible pesadilla!

Y estrechó de una manera ardiente las manos de su marido que tenia entre las suyas.

Don Juan, sin embargo, se mostraba sombrío, pensativo y cabizbajo.

Le preocupaban el recuerdo de Dorotea y la cita que tenia aquella noche con ella en Puerta de Moros.

CAPITULO LXXV.

De cómo el cocinero mayor conoció con despecho, que no se habian acalmado para él las angustias

Encerrado en aquel aposento reservado, que como sabemos, tenia en su casa Francisco Martinez Montiño, se ocupaba en contar una gran cantidad de dinero que tenia sobre la mesa.

Con un placer sin igual, apilaba los relucientes doblones de oro, y á otro lado los escudos y los ducados de plata.

—Cabal, cabal, decia: nada he perdido; ni un maravedí: mi mujer no me ha engañado; habia puesto á cubierto mi dinero, y el señor Gabriel Cornejo es un hombre de bien. Mis treinta mil ducados están aquí... completos, justos. Solo he perdido el dinero que llevaba en el bolsillo y que me quitaron los alguaciles. Pero lo doy por bien empleado y mas que hubiera sido. El arca de hierro donde está el dinero de don Juan la tiene el mayordomo mayor del rey, y me será entregada segun me han dicho, para que yo responda de ella á su dueño. Ademas, ese bribon de sargento mayor que habia llegado á inquietarme, ha muerto. Casaré á mi hija con ese Cristóbal Cuero, y allá se arreglen: haré lo posible para que el duque de Lerma dé un empleo al galopin Cosme Aldaba, y cuando todo esté hecho, me iré con Luisa y con lo que haya nacido á Asturias, compraré una tierra y viviré en paz.

El cocinero empezó á poner en sacos su dinero, y á colocar aquellos sacos en una arca.

—Solo me inquieta una cosa : decia entre dientes y compungido... la muerte de ese pobre paje Gonzalo... esa muerte cuyo autor conozco, y á quien no me atrevo á delatar porque seria necesario delatar á mi mujer... Vamos, es necesario olvidar esto, olvidarlo de todo punto... yo no he tenido la culpa : y luego, ¿quién sabe si aquellos polvos que me dió en la cárcel Cristóbal son un hechizo ó un veneno? los tengo aquí : me los metí sin reparar en ello en el bolsillo. Yo los llevaré al señor Gabriel Cornejo que entiende de esto y él me lo dirá. Vamos... por último... yo soy inocente : yo no tengo la culpa de nada de lo que ha sucedido.

Acabó de colocar su dinero en el arca, y saliendo del cuarto y cerrándole cuidadosamente, se fué á una habitacion donde su mujer y su hija estaban ocupadas en ponerlo todo en órden.

—¡Eh! ¿que tal? ¿te se ha pasado ya el susto, mujercita mia? dijo Montiño, en quien la debilidad era un defecto incurable.

—No ha sido tan pequeño que pase tan pronto, marido mio : si vos hubiérais sido mejor de lo que sois y no hubiérais pensado mal de vuestra mujer, y no la hubiérais hecho meter en la cárcel, estaríamos mejor : yo no puedo olvidarme tan pronto de lo mucho malo que habeis hecho contra mí : yo no puedo perdonaros tan fácilmente.

Esto lo decia Luisa, subida sobre una silla, de espaldas á Montiño, clavando clavos en la pared y dejándole ver el pié mas pequeño y el principio de unas piernas lo mas bonito que podia darse.

—Vamos, no hablemos mas de esto, mujercita mia : yo he estado loco y á los locos se les perdona todo : yo te compraré un justillo y una saya de terciopelo tomados de oro y collar y arracadas de corales, y te daré aquellos cintillos de diamantes que te gustan tanto.

—Ya sois bueno, dijo Luisa, conoceis que habeis sido un malvado, y quereis contentarme con regalos, como si con los regalos pudiera curarse el alma.

Y Luisa se echó á llorar desconsoladamente : aquel llanto era por la muerte del sargento mayor á quien amaba, y con quien habia pensado gozar fuera de España el dinero robado á su marido.

Pero Montiño era de esos ciegos que no ven ó no quieren ver, y esclamó :

—¡Válgame Dios y que llanto tan inútil! ya no tienes nada que temer, y yo te amo mas que nunca.

—No quereis que llore, ¡y me habeis llamado adúltera y miserable! dijo Luisa buscando un pretesto á su llanto.

—Vamos, mujer, por Dios, olvidemos eso: ya te he dicho que yo estaba loco. ¿No estás bastante vengada de mí?

—No, no y no: necesito vengarme mas.

—Pues bien, haz de mí lo que quieras, pero no me atormentes mas con tus lágrimas. Tendrás todo lo que quieras: ricos trajes, hermosas alhajas...

—¡Ah! esclamó desconsoladamente Luisa.

—Y á mí, padre, ¿qùe me dareis á mí? dijo la Inesilla.

—A tí, hija mia, te daré un hermoso ajuar, un buen dote y te casaré con Cristóbal.

—¡Ay, padre! y ¡que bueno es vuesamerced!

—No lo cree asi tu madre, que dice que se ha de vengar de mí.

—¡Bah! madre Luisa está irritadilla... pero eso se le pasará: ¿no es verdad, madre?

—¡Eh! ¡no! dijo Luisa.

—¡Todo sea por Dios! dijo Montiño: voy á las cocinas, que ya es tiempo de que yo vuelva de nuevo á mi obligacion; quiera Dios que cuando vuelva te encuentre de mejor humor, mujer.

Y Montiño salió y se trasladó á las cocinas.

—Señor Gomez Puente, dijo al oficial mayor, que adelantó cuchilla y tenedor en mano: ¿qué haceis?

—Salpimento unos lechones, señor Francisco, contestó el oficial mayor.

—Muchas gracias, señor Gomez, dijo Montiño.

—¿De qué, señor Francisco? dijo el oficial mayor.

—Todo está en órden, todo limpio, todo á punto: parece que no he faltado yo de las cocinas.

—Vos nos teneis acostumbrados á trabajar bien.

—Veamos que vianda habeis preparado á su magestad.

—Aquí está là lista, dijo el oficial mayor, dejando la cuchilla sobre un mantel, y sacando un papel doblado del bolsillo de su mandil.

Montiño desdobló con gran interés aquel papel y le recorrió.

—Bien, muy bien, dijo, diez principios con perniles, diez platos de volatería, otros tantos de pescados, ocho de caza mayor, surtido completo de entremeses, variedad de empanadas, de asados y de fritos, seis ensaladas: todas las frutas secas y frescas de la estacion, y abundancia de conservas y dulces de repostería: bien, muy bien, señor Gomez: ya veo que no hago aquí gran falta. ¿Y la cena, señor Gomez?

—Hela aquí, dijo el oficial sacando otra lista.

Recorrióla con suma avidez Montiño y con cierto disgusto, porque no halló nada que reprender, y esto hasta cierto punto ofendia su amor propio.

—Está visto, que yo aquí no hago absolutamente falta, repitió. Todo esto está muy bien.

—Vuesamerced hace siempre falta en las cocinas, dijo Gomez: hemos podido salir adelante dos dias, pero si vuesamerced faltara un dia mas, no sabríamos como componernos. Asi como asi, faltan en estas dos listas algunos platos de que gusta sobremanera su magestad, y que son tan delicados, que solo vuesamerced los sabe preparar.

—En efecto: y quiero hacer dos platillos de los mios reservados, para que el rey conozca que no me he muerto todavía. ¡Ola! Lamprea, hijo: prepárame unos filetes de ternera.

—Buenos dias, ó mas bien buenos medios dias, señor Francisco, dijo una voz áspera en aquel punto á las espaldas del cocinero, al mismo tiempo que una mano pesada se apoyaba en su hombro.

Volvióse de una manera nerviosa Montiño, y vió detrás al tio Manolillo que le presentaba una escudilla de madera.

Estremecióse el triste del cocinero.

El bufon le miraba de una manera terriblemente fija, y con una espresion qua era un misterio para el cocinero mayor.

—¿Qué quereis? dijo Montiño con la voz temblorosa de miedo.

—Quiero que me deis algo bueno que almorzar: tengo mucha hambre, y no puede esperar mi estómago á la mesa de mi hermano don Felipe: paréceme que esas empanadas que acaban de salir del horno, por lo que huelen, son de anguilas: apropiadme una.

Montiño puso por sí mismo una hermosa empanada en la escudilla del bufon.

—Ahi veo formadas en batalla algunas botellas con telarañas: la masa, señor Francisco no pasa bien sin vino: dadme una botella.

El cocinero dió al bufon una botella que este se puso debajo del brazo.

—Ahora echadme aquí, dijo quitándose la caperuza algunos pastelillos y confituras, conque acabar mi almuerzo.

Montiño le llenó la caperuza.

—Muchas gracias, hermano, dijo el bufon.

—¿Y qué mas quereis? dijo con voz chillona, con impaciencia Mon-

tiño, viendo que el bufon con la botella bajo un brazo, la escudilla en una mano, y la caperuza en otra, no se movia.

—Quiero que me acompañeis.

—Yo he almorzado ya.

—Que me acompañeis mientras almuerzo yo.

—No puedo: tengo que hacer un platillo de filetes de ternera sobreasados, por mi propia mano...

—Y yo tengo que hablaros urgentemente de un platillo que he inventado yo, y que quiero que hagais, dijo con voz ronca el bufon.

—¡Ah! ¡habeis inventado un manjar...! dijo el cocinero que tenia graves motivos para no atreverse á desobedecer al bufon. Pues esto es distinto. Vamos, tio Manolillo, y veamos vuestra invencion.

Y salió con el tio Manolillo.

—¡Pobre señor Francisco! dijo el oficial mayor: cada dia me convenzo mas de que está loco.

—Tiene los ojos que le echan fuego, dijo otro de los oficiales.

—Y se sonrie de una manera que mete miedo, observó otro.

—¡Pobre señor Francisco! dijeron todos.

Entre tanto el bufon habia llevado al cocinero á su aposento, y se habia encerrado con él.

Puso los manjares que llevaba sobre una grasienta mesa, y empezó á comer con ansia.

—Es necesario alimentarse para tener fuerzas, dijo: y sobre todo cuando hay que obrar.

—Decidme, tio Manolillo ¿para que me habeis traido aquí?

—Para deciros que Dorotea tiene que haceros un encargo y os espera al momento.

—Yo no puedo ir... y no iré... dijo el cocinero.

—¿Cómo que no ireis? ¿ignorais que sobre vuestra cabeza pende un proceso de asesinato?

—El duque de Lerma ha mandado romper ese proceso.

—¡Ah! ¡el duque de Lerma...! pues bien, el duque de Lerma os mandará prender de nuevo, en cuanto se lo mande yo.

—¡En cuánto vos se lo mandeis! ¡bah! vos sois algo fanfarron, tio Manolillo.

—Oye Montiño: si te vuelves á permitir burlas conmigo, te doy una paliza: ¿me entiendes?

El cocinero mayor se acobardó.

—Y si te niegas á servir á Dorotea, te llevo á la horca.

Entróle pavor á Montiño.

—¿Pero en qué hay que servir á Dorotea?

—Puede suceder que Dorotea quiera matar á alguien.

—¡Y se valdrá de mí!

—Ya lo creo: en tu casa no es ya nuevo el veneno.

—Os digo que no, y que no, y que no: esclamó Montiño poniendose lívido de miedo: si vos sois un infame, yo no quiero serlo, y no lo seré.

—Urge aprovechar el tiempo: el asunto es importante y te voy á revelar lo que solo sabemos Lerma y yo: voy á convencerte de que Lerma es mi esclavo. Mira.

El bufon sacó de su pecho un legajo de papeles, le desató, y desdoblando uno de aquellos papeles le dijo:

—Lee.

—¡Dios mio! esclamó el cocinero despues de haber leido aquella carta.

—Es una prueba de traicion á favor de la Inglaterra, contra el duque. ¿No es verdad? Pues lee estotra.

—¡Señor! ¡señor! esclamó el cocinero despues de haber leido aquella segunda carta.

—Aquí se prueba que Lerma roba al rey ¿no es verdad?

—Si, si.

—¿Y crees tú, que quien tiene estas y otras terribles pruebas contra Lerma, no te tiene en sus manos?

—¡Dios mio! esclamó medio muerto de terror el cocinero.

—¿Y crees tú, que si yo digo á Lerma: la vida de Francisco Martinez Montiño por estas cartas, no te llevará Lerma al cadalso?

—Tened compasion de mí, Manuel: tened lástima de un hombre de bien, que ningun mal os ha hecho.

—Dorotea necesita vengarse, y para vengarse te llama. Tú eres mio y yo uso de tí. ¿Qué importa una muerte mas? ¿no matástes anoche al amante de tu mujer?

—¡Le mató Dios! ¡le mató Dios! ¡yo solo fuí la mano de Dios!

—Pues bien, seguirás siendo la mano de Dios, porque haciendo lo que Dorotea te mandará, habrás matado á ese infame.

—Pensadlo bien, Manuel, pensadlo bien.

—Lo tengo pensado.

—¿Y decís que..?

—Que si no obedeces á Dorotea, vas á la horca.

—Dejadme tiempo para pensar.

—Si no te decides, te dejo encerrado aquí, voy á ver á Lerma, le arranco la órden de prenderte como asesino y vengo con la justicia.

—Bien, dijo el cocinero sudando de angustia, iré á casa de Dorotea.

—Vendrás conmigo: ya he acabado mi almuerzo, y me siento con mas fuerzas que nunca. Vamos.

Y llevándose tras sí á Montiño que estaba adherido á él por el terror, salió de su aposento, y poco despues del alcázar.

Encamináronse á casa de la Dorotea.

Cuando llegaron á la puerta, el bufon dijo al cocinero:

—Llamad y entrad, aquí os aguardo.

Montiño llamó temblando.

Abrióse la puerta y apareció Pedro.

—Decid á vuestra señora, dijo Montiño con voz apenas inteligible, que aquí está el cocinero mayor del rey.

—No es necesario avisarla, dijo Pedro: os espera, y me ha dicho que en cuanto vengais, entreis.

El cocinero entró, y poco despues estaba á solas con Dorotea.

CAPITULO LXXVI.

En que se ennegrece á su vez el carácter de Dorotea.

La jóven cerró las puertas en cuanto entró en la sala Montiño.

A pesar de su turbacion, Montiño notó que Dorotea estaba llorosa, muy pálida, y visiblemente enferma. Sobre una mesa habia mucho dinero en oro.

—Tomad de aquí lo que necesiteis para una buena merienda para dos personas dijo Dorotea.

Montiño que iba resignado, contestó:

—¿Cómo quereis que sea esa merienda, señora?

—Como pudiera serlo para el rey

¿Con vinos y licores?

—Si... si... con vinos y licores.

—Pues bien, tomo diez doblones.

—Tomad lo que querais.

—¿Y para cuándo ha de estar dispuesta esa merienda?

—Para esta noche á las ocho.

—Es muy pronto.

—Tomad por vuestro trabajo lo que querais.

—No, no es eso. Lo que importa es tener cocina y utensilios.

—Cocina tendreis: utensilios, compradlos.

—Entonces se necesitan otros cuatro doblones.

—Gastad, gastad, y sino basta con el dinero que ahí está, os daré mas.

—¡Dios mio! con ese dinero basta para dar un convite de Estado en palacio.

—Pues bien, el oro hace milagros. Gastad sin miedo, y que la merienda esté dispuesta para las ocho de la noche.

—Lo estará.

—El tio Manolillo os llevará á la casa donde habeis de guisar y servir esa merienda.

—¿Será necesario buscar bajilla?

—No, se llevará de casa. Pero es indispensable buscar otra cosa, para lo cual no dudo que necesitareis mucho dinero.

—¿Qué cosa, señora?

—Un veneno que mate como un rayo.

Y al decir estas palabras Dorotea, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

—¡Un veneno, señora! esclamó aterrado el cocinero: ¡un veneno! ¿y para que le quereis?

—Buscad un veneno: ¿cuándo habeis venido aquí, no habeis venido resuelto á obedecerme?

—Si.

—Pues bien, tomad todo ese dinero, tomad mas si es necesario. Ahí deben quedar sesenta doblones. ¿Habrá bastante?

—Si, si señora.

—Pues tomadlos.

El cocinero tomó maquinalmente el dinero y le guardó.

—Oid: el veneno le pondreis en una sola confitura, pero en gran cantidad: por ejemplo: en una pera: cuidareis que no haya otra: á esa pera la pondreis un lazo rojo y negro.

—¡Señora! ¡señora!

—Estais demasiado turbado: voy á escribiros lo que debeis envenenar, con la señal que debeis ponerle, para que no podais equivocaros.

Y la jóven se puso á escribir con mano segura pero llorando sobre el papel.

Cuando hubo acabado de escribir, entregó el papel á Montiño.

—Tomad, idos: le dijo, á las ocho todo ha de estar dispuesto. ¿Lo entendeis?

—¡Adios, señora, adios! dijo Montiño, y salió apresurado porque le

parecia que saliendo de allí, se libertaba del horrible compromiso en que se veia metido.

Pero al abrir la puerta se encontró delante al tio Manolillo.

Entre él y el bufon, creyó el cocinero ver levantarse los dos palos rojos de la horca, y se decidió á hacer todo lo que quisiese con tal de no verse colgado de aquel patíbulo horrible.

La fatalidad arrastraba á Montiño.

—¿Estais dispuesto? le dijo el bufon.

—Si, si señor, estoy dispuesto á todo.

—Pues vamos adonde sea necesario ir.

—Es necesario comprar cacerolas, vasijas; todo lo indispensable para preparar la vianda que quiere Dorotea.

—Vamos, pues.

No habia pasado una hora, cuando Montiño, ayudado por el bufon, guisaba sin mandil y sin gorro, sin mas oficial ni galopin que el tio Manolillo, en la cocina de una casa deshabitada.

Eran las dos de la tarde.

A cada momento llegaban mozos cargados de muebles, de alfombras, de cuadros, y un tapicero se ocupaba en adornar á toda prisa un inmenso salon, en aquella misma casa.

CAPITULO LXXVII.

En que se siguen relatando los estupendos acontecimientos de esta verídica historia.

Era ya cerca del oscurecer.

En dos bufetes, (asi se llamaban en aquellos tiempos una especie de mesas aparadoras), se veian puestos en tres filas como hasta dos docenas de platos, conteniendo una riquísima variedad de manjares.

Sentado á un lado de la cocina, limpiándose el sudor que corria en abundancia por su frente y mirando con cierta vanidad inevitable á pesar de la situacion, su magnífica merienda, perfectamente arreglada, estaba el cocinero mayor.

Al otro lado, arreglando sobre otros dos bufetes una magnífica vajilla de plata, y un no menos rico y bello juego de cristal, estaba el tio Manolillo, ceñudo y taciturno.

Ninguno de los dos hablaba una palabra.

Pero como oscureció hasta el punto de que ya no se veia en la cocina, el bufon dijo al cocinero como pudiera haberlo dicho á un criado:

—Encended una luz.

—Dejad, dejad que descanse un tanto, tio Manolillo, contestó humildemente el cocinero: acabo de sentarme y estoy rendido: nunca he trabajado tanto: es cierto que las confituras y los ojaldres y las empanadas se han traido de fuera, pero asi y todo, he hecho mas de doce pla-

tillos en tres horas, y buenos todos, y sin oficiales, ni aun siquiera galopines. Solo yo podria hacer otro tanto: ¡qué dia! ¡qué dia, señor!

—Despues descansareis, dijo el bufon: pero antes, concluyamos; encended, encended luz.

—¿Pues qué? ¿no hemos concluido? dijo el cocinero levantándose.

—Yo creo que no.

—Pues yo creo que si, dijo el cocinero mientras encendia una tras otra seis bujías que puso sobre los bufetes.

—¿No os ha hablado Dorotea de cierta confitura que ha de ir á la mesa, señalada con un lazo de seda negro y rojo?

Montiño se estremeció todo: sus ojos erraron vagos, atónitos, espantados, sin fijarse en ningun objeto.

—El lazo está aquí, dijo tomando un papel ahuecado de un aparador el tio Manolillo, y muy bello por cierto: como que me ha costado tres reales, á pesar de ser una quisicosa: mirad, mirad, Montiño: ¿no es verdad que es muy bello?

Y desenvolvió el papel y mostró al cocinero un precioso lazo de seda.

Montiño miró y apartó instintivamente los ojos del terrible lazo.

—Ademas, dijo el tio Manolillo, tomando otro papel mas abultado: aquí hay otra porcion de lazos: blancos, verdes, azules, dorados: adornad ese plato de confituras, Montiño, que esté vistoso: vamos, que se pasa el tiempo.

Montiño se acercó á uno de los bufetes, tomó un plato de frutas enconfitadas, y lentamente, pálido, convulso, fue poniendo á cada dulce, un lazo, un adorno, una flor, que tambien las habia.

Quedaba únicamente por poner el lazo negro y rojo.

Montiño le tomó con la estremidad de los dedos, con el mismo horror que si hubiera sido un reptil ponzoñoso.

—Esperad, esperad, dijo el tio Manolillo: voy á daros la confitura que debeis adornar con ese lazo: es una pera bergamota; una hermosa pera: tomad.

Y desenvolvió de un papel que tomó de sobre una mesa una magnífica pera enconfitada.

Montiño tomó la pera con la misma repugnancia que habia tomado el lazo, y fué á adornarla con él.

—Esperad, esperad, Montiño, dijo el tio Manolillo: aun falta algo á esa pera.

—¡Por Dios! ¡Por su Santísima Madre! ¡Por todos los santos y santas del cielo! ¡No me obligueis á ser asesino! esclamó el cocinero juntando las manos y llorando.

—Bien; no lo hagais: todo se reduce á que desde aquí mismo os lleve yo á la cárcel.

—Pues bien: dijo Montiño desesperado, no soy yo el asesino, sino vos, vos que me obligais á elegir entre mi vida y la de otro: yo juro á Dios...

—Acabad, que lugar tendreis de jurar despues.

—Pues bien, sea; dijo el cocinero metiendo su mano derecha de una manera violenta y nerviosa en el bolsillo derecho de sus gregüescos: que Dios tenga piedad de la criatura que va á morir.

Y sacó un papel ajado y le desenvolvió.

—¡Cuidado! ¡cuidado con lo que haceis! no vaya á caer el tósigo en algun otro plato, dijo el bufon dando la confitura al cocinero y apartándole del bufete donde los otros platos estaban servidos. Hacedlo aquí.

—Ni veo, ni sé lo que me hago, dijo el cocinero mirando con terror los polvos rojizos que contenia el papel.

—Pues ved de ver, dijo el bufon.

—¿Y cómo pongo yo esto en la pera? dijo Montiño cuya voz aterrada por el miedo, apenas se oia.

—Introducid el veneno con la punta de un cuchillo.

Montiño se dominó, tomó la pera, y con un cuchillo la hizo una hendidura. Luego, con una agonía infinita, llorando, rezando, estremeciéndose todo, tomó de aquellos polvos con la punta del cuchillo, é introdujo otra vez la punta en la hendidura. El bufon le hizo repetir esta operacion tres veces consecutivas.

Una gran cantidad de los polvos habia sido introducida en la pera.

—Ahora podeis ponerla ese lazo, dijo el tio Manolillo.

Montiño puso en la pera el lazo rojo y negro.

Tomó la pera el bufon, y colocándola sobre una hoja de parra contrahecha, para aislarla, la puso sobre las otras confituras.

—Ahora podeis descansar cuanto querais, dijo el bufon.

—No, no señor, dijo el cocinero mayor; lo que yo quiero es irme de aquí; irme muy lejos de aquí, porque aquí tengo mucho miedo, porque me muero aquí; porque creo que se me va á caer encima esta maldita casa. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Y se echó estrepitosamente á llorar.

El tio Manolillo cantaba entretanto entre dientes y mientras acababa de arreglar la vajilla, una cancion picaresca.

Pero habia algo de horrible en el acento y en el canto del bufon.

—¿Dónde están mi capa, mi sombrero, mi espada y mi daga? dijo Montiño, que buscaba por todos los rincones.

—¿Cómo? ¿os empeñais en iros?

—Os juro que no me quedo aquí si no me matais.

—Es que yo tengo que salir y quisiera que no se quedára la casa abandonada.

—Es que si he de quedarme solo, no me quedo.

—Y bien mirado, dijo el tio Manolillo, como hablando consigo mismo; ¿para qué quiero yo á este aquí? ¿para que cometa alguna imprudencia? Vamos, vamos Montiño: saldremos juntos. Afuera están vuestras prendas.

Y tomando una bujía salió de la cocina.

En la pieza inmediata encontró el cocinero mayor su capa, su sombrero y sus armas.

Púsoselos como pudo, y siguió al tio Manolillo que no se habia detenido.

Cuando estuvieron en el piso bajo, el bufon dejó la bujía en el patio, entró en el oscuro zaguan y abrió la puerta.

Montiño escapó con la misma rapidez y el mismo sobresalto conque escapa un pájaro á quien abren la jaula.

Y sin detenerse, sin volver la cara atrás, temeroso de ser cogido de nuevo, no paró de correr hasta que dobló tres esquinas.

Entonces se detuvo y escuchó con atencion.

Nada se oia mas que el rumor monótono y sostenido de la lluvia, porque seguia lloviendo, y el zumbar del viento pesado y fuerte á lo largo de las estrechas calles.

Miró y tampoco vió nada porque la noche era oscura.

Montiño no podia apreciar en donde estaba precisamente, porque habia salido de la casa tan azorado, que no sabia si habia tomado hácia la derecha ó hácia la izquierda.

Y tal era el miedo, tal la preocupacion del menguado cocinero, que no se le ocurrió orientarse, ni otra cosa mas que seguir adelante, y aun esto no se le ocurrió, sino que lo hizo maquinalmente.

Y siguió, siguió torciendo esquinas á la ventura, empapándose en agua, tropezando aquí, resbalando allá, sin encontrar ningun transeunte, sino de tiempo en tiempo y aun asi sin reparar en él.

No se habia atrevido á desenvainar la daga, porque temia no le aconteciese otra negra aventura como la que creia haberle acontecido la noche anterior: esto es: matar á un hombre entre lo oscuro, sin voluntad alguna de matarle.

Y siguió, siguió andando con paso tan rápido, que se cansó al fin y se sentó en el escalon de una puerta.

Y allí, encogido, temblando á un mismo tiempo de frío y de miedo, se puso á llorar sin saber por qué lloraba, porque el pobre cocinero mayor en aquellos momentos habia perdido la conciencia de todo.

Pero pasó algun tiempo, y con el frío de la noche, con la lluvia, con el viento, afectado de una manera esterna, fue volviendo al uso de sus facultades, recordando, apreciando su situacion.

Entonces, no estando sujeto á la influencia próxima del tio Manolillo, la conciencia del cocinero se rebeló contra lo que habia hecho, operóse en su alma una reaccion poderosa, y se levantó como al impulso de un sacudimiento galvánico.

—¡Ah, Dios mio! ¡Dios mio! esclamó: ¡no ha sido un sueño, no! ¡no ha sido una pesadilla! ¡ha sido una verdad horrible! yo he cedido de miedo: de miedo por aquellos terribles secretos del duque de Lerma, que posee ese miserable, ese infame Manolillo! ¡y por mi miedo va á morir una criatura humana, y yo me condenaré! No, no: es necesario evitar... es necesario correr... avisar... ¿y á quién? á la justicia... porque... ¿qué sé yo á quien quieren matar...?

El cocinero adelantó algunos pasos.

—Pero Dios mio, dijo al fin: ¿dónde estoy yo? he venido hasta aqui sin saber por donde he venido, y no pasa nadie, y la noche está oscura como boca de lobo.

En aquel momento y como contestando á la pregunta del cocinero, traido por el viento, llegó hasta él el sonido de un relój cercano.

—¡Dios mio! esclamó Montiño: es el relój de Nuestra Señora de Atocha. Me he perdido; estoy de estremo á estremo de palacio y son las nueve de la noche. Cuando yo sali de aquella maldita casa debian ser cuando mas, las siete. En dos horas ha habido tiempo para que se cometa el crímen. Pero, ¡ah! Dios, sin duda, me ha traido aqui, cerca del padre Aliaga, que puede impedir el crímen, que yo le revelaré bajo secreto de confesion, y que tiene mucho ingenio y sabrá sacarme del paso sin comprometerme: y no hay que perder tiempo: ¡no, Dios mio, no!

Y siguió adelante, guiado ya por la pendiente de la calle de Atocha y casi á la carrera.

Cinco minutos despues tiraba de la cuerda de la campana de la puerta del convento, y pedia al portero ver al padre Aliaga de órden del rey.

Inmediatamente fue introducido.

El padre Aliaga sentado delante de su mesa, ceñudo y sombrío, pensaba mas que leia sobre un libro.

Al ruido de los pasos del cocinero mayor, levantó la cabeza.

Al ver el aspecto de Montiño, su palidez singular, su temblor, y, sobre todo, la estraña é insensata mirada de sus ojos, se estremeció instintivamente, porque al ver el aspecto del cocinero, habia creido ver el presagio de una desgracia.

—¿Qué sucede? dijo cerrando el libro y levantándose.

—Sucede, que va á suceder un horrible crímen, si no ha sucedido ya.

—¿Un crímen?

—Si señor, un crímen.

—¿Y por qué no habeis ido á la justicia, en vez de venir á mí?

—Porque... porque... yo no revelaré ese crímen sino bajo sigilo de confesion.

—¿Pero no decís que va á cometerse sino se ha cometido? urge, pues, el impedirlo.

—Por lo mismo, seguidme, señor, seguidme y por el camino os haré mi confesion.

—Vamos, dijo el padre Aliaga tomando su manteo y su sombrero y saliendo sin avisar á nadie, de su celda, con Montiño.

Cuando el portero vió salir no menos que á su señoría ilustrísima el inquisidor general fray Luis de Aliaga, de noche, á tal hora y con tal prisa, y á pié con un hombre que habia entrado en el convento trayendo órdenes del rey, no pudo menos de maravillarse y santiguarse porque aquello era verdaderamente estraordinario.

—Empezad, empezad, pues, dijo el padre Aliaga, y sobre todo, sepamos á dónde me llevais.

—A la calle de Don Pedro.

—Nos perderemos: está la noche muy oscura y nos hemos olvidado de tomar una linterna; esa calle está lejos. Volvamos al convento, y proveámonos de luz.

—No podemos perder ni un instante, señor; acaso ya no sea tiempo

de impedir el crímen: es necesario ir de prisa. Asios á mi brazo, que seguro estoy de no perderme: toda la calle de Atocha arriba, á la calle de la Magdalena, la de la Merced, la del duque de Alba, la de Toledo, la plaza de la Cebada y la calle de don Pedro: iria con los ojos vendados.

—Pues bien; vamos, y apresurémonos, dijo el padre Aliaga recogiéndose con una mano los hábitos y asiéndose con otra del brazo de Montiño: empezad, pues, os escucho, añadió el religioso.

—Advierto á vueseñoría que no le revelo nada sino bajo sigilo de confesion.

—Os prometo el sigilo por lo que respecta á vuestra persona, *in verbo sacerdotis*.

—¡Cómo!

—Bajo palabra de sacerdote.

Entonces, y con esta seguridad, Montiño se persignó y rezó apresuradamente la confesion general.

Despues dijo:

—Hace dos horas envenené una confitura que ha de servirse en una merienda.

Y apenas pronunciadas estas palabras, Montiño rompió á llorar.

El padre Aliaga se detuvo de repente y oprimiendo el brazo de Montiño, hasta el punto de hacerle gritar de dolor y de miedo, y convirtiéndose de fraile en hombre, y en hombre enérgico y terrible, esclamó sacudiendo con furia al cocinero y con voz concentrada, espantosa:

—¡Miserable! ¡habeis envenenado un manjar que debe comer una criatura de Dios!

Montiño tembló de los piés á la cabeza, vaciló y cayó de rodillas sobre el suelo encharcado murmurando:

—¡Ah! ¡perdon! ¡perdon, señor! esclamó: me aterraron... el tio Manolillo...

—¡El tio Manolillo...! ¡el bufon del rey! esclamó aumentando en severidad el padre Aliaga: ¡pero, levantaos y seguid! ¡sigamos, corriendo, volando, si pudiéramos! ¡llevadme al lugar donde esa criatura va á morir, donde está muriendo acaso!

El cocinero, que hacia ya mucho tiempo no era otra cosa que una máquina que se movia á voluntad de la potencia que tenia al lado, se levantó y dió á correr, temblando, llorando y rezando todo á un tiempo.

El padre Aliaga, levantándose los hábitos, asido del brazo de Montiño corria tambien.

—¿Y quién es la persona á quien mata el tio Manolillo? dijo el padre Aliaga.

—¡No lo sé, no lo sé! contestó todo gemibundo y miedoso Montiño.

—¡Cómo! ¿No os ha dicho el tio Manolillo ..?

—No, ni la Dorotea tampoco.

—¿Qué decis de la Dorotea?

—La Dorotea ha sido la que me ha mandado envenenar un dulce... guisar una merienda...

—¡La Dorotea...!¡Dios mio! ¡corred, corred! ¡que la Dorotea quiere envenenar á una persona...! ¡y no os ha dicho el nombre de esa persona...!

—No, no señor.

—Si fuera por acaso don Juan Tellez Giron.

—¿Mi supuesto sobrino?

—Si, si: él ha pasado hasta ahora por sobrino vuestro... la Dorotea le ama... le ama con toda su alma...

—Si, si señor.

—Y pudiera suceder tambien que no sea á don Juan á quien se quiere matar... sino á su mujer... doña Clara Soldevilla...

—¡Dios mio!

—¡Corramos! ¡corramos! y callemos, que las palabras nos fatigan y retrasan nuestra marcha.

Y siguieron corriendo sin hablar ya, sin escucharse mas que de tiempo en tiempo alguna esclamacion angustiosa del cocinero.

Y así, sin encontrar á nadie, bajo la lluvia, azotados por el viento, llegaron en muy poco tiempo á la calle de don Pedro.

Pero al entrar en ella, oyeron dos voces irritadas, ruido de aceros que se chocaban, y á poco un grito de agonía, tras el cual no se volvió á oir el choque del acero.

Montiño se detuvo, pero el padre Aliaga tiró violentamente de él y le arrastró hácia un lugar donde resonaban grandes golpes á la puerta de una casa.

CAPITULO LXXVIII.

Del medio estraño de que se valió Quevedo para soltarse de la prision en que le habia puesto el amor de la condesa de Lemos.

Dejamos al final del capítulo LXX á Quevedo y á la condesa de Lemos en un magnífico salon de una quinta, y sentados á una mesa admirablemente servida.

El moreno y hermosísimo semblante de la condesa, estaba embellecido por el color febril de una escitacion estraña: el amor, pero un amor lastimado, ofendido, receloso, entumecia sus ojos fijos en Quevedo.

Su morvida garganta se hinchaba hasta el punto de que parecia no poderla contener la gargantilla de gruesas perlas, con broche de diamantes, que la ceñia, y la magnífica cruz que pendia de esta gargantilla, se levantaba y descendia á impulsos de la continua dilatacion y compension del casi desnudo seno de doña Catalina; sus hermosas manos cuajadas de cintillas, y sus brazos que dejaban descubiertos hasta la mitad, entre encages de flandes, las anchas mangas de su rico traje de brocado blanco, temblaban al hacer el plato á Quevedo.

Este, por su parte, tenia fija una mirada atónita, ardiente, asombrada, en la condesa.

Nunca la habia visto, ni aun la habia soñado, tan hermosa.

Y era porque todo se combinaba aquella noche en la condesa, para aumentar su hermosura.

El estado de su alma, su voluntarioso amor por Quevedo, la manera

como, pensando en seducirle, en deslumbrarle, se habia ataviado, todo lo cual la hacia resplandeciente, y luego el carácter particular de aquella aventura, en que una mujer enamorada lo arrostraba todo, la deshonra, y acaso la muerte, por el amor de un hombre, daban á la condesa un poderío terrible, tratándose de un hombre tan sensual y tan espiritual á un tiempo como Quevedo, que se sentia halagado por completo, en los sentidos, en el alma y en el orgullo por aquella mujer, toda hermosura, toda alma, toda voluptuosidad, toda deseo, para él y solo por él.

Y ademas, hasta la vanidad de Quevedo, que tambien tenia vanidad, estaba halagada, y su buen gusto, que le tenia esquisito, estaba satisfecho.

Todo lo que le rodeaba era magnífico, rico y bello: desde el techo de madera ensamblada, pintada y dorada, hasta el pavimento, cubierto de una alfombra de terciopelo; las tapicerías, los cuadros, los cortinages, los muebles, las arañas de cristal de Venecia, los espejos con marcos de plata cincelada, las mesas cargadas de bujerías preciosas, aquella otra mesa con riquísimos manjares servidos en vajilla de oro, y lo que alegraba la malicia de Quevedo, con el escudo de armas cincelado de la casa de Lemos, las viandas esquisitas, los trasparentes y límpidos vinos generosos en costosas y raras cristalerías; el fausto, el brillo, la nobleza por todas partes, y en medio de esto, viviendo para él solo, hermosa para él solo, enamorada para él solo, una mujer engalanada con un tesoro de joyas y de alhajas, semejante á un sueño, noble por su cuna, distinguida por su talento, envidiada por hermosa y esquiva, sensible, poética, valiente, obstinada, en lucha con él, todo esto mareaba á Quevedo, le aturdia, le adormecia, le fascinaba.

Y la mirada de la condesa, que continuamente pasaba de los ojos de Quevedo, á un bello pórtico dorado y misterioso, á cuyo interior servia de telon una cortina de encages... Quevedo tuvo necesidad de afirmarse, por decirlo así en los estrivos y acordarse de su porvenir: sobreponerlo en grandeza, en gozes, en belleza, á aquel su bellísimo presente, para poder luchar con alguna esperanza de triunfo con la condesa.

Se encontraba en el alcázar mágico de una encantadora.

—Cuando hayamos dado un enorme escándalo, dijo la condesa sirviendo un plato á Quevedo y haciéndole la copa; cuando sin temor á nadie ni á nada, seamos yo tuya y tu mio; cuando nuestro nido de amor sea mas hermoso y mas rico que este; cuando nos rodee una familia tuya y mia...

—Dios nos libre de bastardos... dijo Quevedo mascando á dos carrillos y tomando una copa de oro rebosando de vino. Un bastardo tiene la culpa de que nos suceda lo que no debia sucedernos...

—¡Qué! ¿te pesa... don Francisco...?

—Pesaríame por tí... ¿pero qué digo pesarme...? bebe, Catalina, luz de mis ojos, bebe... embriaguémonos... olvidémonos de todo... pidamos á Dios que disponga como nos conviene de mi señor el conde de Lemos.

—¡Qué! ¿serias tú capaz...?

—Yo... ¡eh! ¡de qué he de ser yo capaz...! abriria yo de buena gana, que bien lo merece, al alma torcida del conde, puerta bastante para que se escapase del cuerpo, sino hubiera de perderte...

—¡Ah! si... si... yo estoy loca .. tan desesperada estoy que si tú fueras otro hombre, no sé á dónde me llevaria mi locura; pero si tú fueras capaz de una infamia... yo no te amaria...

—Dios nos libre de espectros, como de bastardos... los unos y los otros acaban por pesar mucho... no pensemos en echar peso sobre nuestra conciencia. Pero... ¡no bebes luz de mis ojos!

—No... me basta con la embriaguez de mi amor: ya que he perdido el corazon, no quiero perder la cabeza. Resignate á ser mio, y no esperes escapar por ningun medio: te tengo, y no te he de soltar tan pronto.

—Hablemos con juicio, Catalina mia.

—¡Juicio...! no sé si lo he tenido alguna vez; pero ahora solo tengo amor y miedo de que te me vayas.

—No puedo irme: aunque estuviésemos separados, aunque tu, lo que Dios no permita, murieses, yo no me veria libre: tu memoria... la memoria de mi felicidad perdida, de mi corazon muerto...

—¡Ah! ¡don Francisco! ¡por qué antes no nos comprendimos!

—El hombre es necio é insensato; necesita ver lo suyo en manos de otro, para conocer que era suyo lo que le han robado... ¡oh! ¡si yo hubiera sido menos necio! ¡sino hubiera mirado en tí á tu padre...! porque en fin, ¿qué tiene que ver tu padre contigo? ni tu hermosura ni tu alma, las has heredado de él; te las ha dado Dios... yo... desde mis primeros años he vivido soñando: y aun sueño... aun sueño...

Las dos últimas palabras de Quevedo fueron sombrías.

Despues de pronunciarlas, inclinó la cabeza sobre el pecho, é instantáneamente la levantó, dejando ver en sus enormes y poderosos ojos negros una espresion de soberbia y de blasfemia tales que aterraron á doña Catalina.

—¡Oh! ¡qué soy yo para tí! dijo la jóven comprendiendo la mirada de Quevedo.

—Tú... ¿qué puedes ser tú, Catalina? Tú puedes ser y eres mi diablo amor.

—¡Oh! ¡y qué palabras!

—Creo que he nacido maldito, Catalina, continuó Quevedo.

—Tú quieres asustarme.

—No... respondió Quevedo con voz vibrante: las palabras que te digo, se me salen á borbotones del corazon. Escúchame, Catalina: tú eres la única mujer nacida para mí: tú... tú tienes todo lo que yo he soñado en la mujer... ya lo ves, te estoy hablando frío y desnudo como si hablara conmigo mismo. Oye, Catalina: yo necesito dominar, dominarlo todo, porque desprecio todo lo que me rodea, todo menos á tí, que eres mi mujer como yo tu hombre... ¿entiendes...? hay en mí algo rebelde, algo de Satanás... yo marcho, marcho y sigo marchando sin detenerme, la vista fija en un punto, la cabeza firme en un propósito... ¿por qué te me pones delante de ese propósito? ¿por qué me has obligado á huir, á ofenderte?

Quevedo miraba de hito en hito á doña Catalina, que de hito en hito le miraba tambien.

Entrambos estaban transfigurados, fuera de sus condiciones ordinarias.

El rostro, la mirada, la actitud de Quevedo eran terribles: no era el mismo hombre que doña Catalina conocia; hasta su lenguaje, aquel lenguaje artificial, tan usado por él, habia desaparecido.

Y era que doña Catalina, verdad para él, le arrastraba con su influencia, le llevaba por el camino de la verdad.

—Creo que yo te puedo servir de algo, don Francisco, dijo la condesa dejando su asiento, dando vuelta á la mesa, rodeando con un brazo el cuello de Quevedo y asiendo una de sus manos.

—Ahora de mucho, de todo, Catalina mia; dijo Quevedo rodeando la cintura de la condesa que se estremeció.

—Cuenta conmigo.

—Cuidado con lo que ofreces, dijo Quevedo.

—Todo cuanto yo pueda, es tuyo.

—¿La ambicion de tu padre...?

—Sí...

—¿La vida de tu esposo...?

—Sí, y cien veces sí.

Pasó algo terrible, inmenso, doloroso por su alma de Quevedo, esto es, por sus ojos.

La condesa no vió aquella mirada breve y rápida, pero sombría, que pasó como un relámpago.

Si la hubiera visto, se hubiera asustado.

Quevedo empezaba á cobrar miedo á la condesa.

Era demasiado enérgica, demasiado terrible.

Quevedo vió de un golpe que doña Catalina podia ser el obstáculo perenne de su vida.

Tanto amor y tan ciego, y en una mujer tan ardiente y con tanto ingenio como doña Catalina, era respetable, mas que respetable, terrible.

Quevedo llegó á temer si habia mas que amor en doña Catalina hácia él.

Si la ambicion la impulsaba á recurrir á él por una poderosa simpatía.

Serenó su semblante y atrayendo á sí con ambas manos la cabeza de la jóven, la dijo:

—¡Oh! y ¡cuán bien que brillaria sobre esta serena y noble frente una corona!

—Sí, una corona de mirto y rosas purpúreas, dijo doña Catalina sonriendo: una corona de amor.

Desconcertóse Quevedo: doña Catalina no tenia mas ambicion que su amor.

Si la ambicion de doña Catalina hubiera sido otra, Quevedo hubiera tenido esperanzas de dominarla.

Para con doña Catalina no habia otro dominio que el amor, y estaba escarmentada, recelosa.

—Dime, don Francisco, dijo doña Catalina sentándose sobre sus rodillas: ¿es cierto que tú sueñas grandezas...?

—¿Yo...?

—¿Qué porque las sueñas, te sirves de la soberbia y de la locura del duque de Osuna?

—El duque de Osuna es mi amigo.

—No: es tu criado.

—¡Catalina...!

—¿No has pensado nunca en el reino de Nápoles?

Quevedo miró profundamente á la jóven.

La jóven sonreia de una manera singular.

—¡Rey! dijo con acento hueco Quevedo. ¿Y qué es ser rey?

—Ser esclavo de un favorito, dijo la condesa: de modo que, si el duque de Osuna en vez de llamarse virey, se llamase rey de Nápoles, lo que no seria otra cosa que un reino mas perdido para el rey de España, el secretario del virey seria secretario del rey... y ¿quién sabe...?

—El duque de Lerma ha nacido para equivocarse, y nada mas que para equivocarse.

—¿Y qué tiene que ver mi padre...?

—Tú... no has sido tú quien ha pensado ese desvarío que me supones... lo has oido al duque de Lerma.

—Es que te he adivinado, don Francisco.

—¡Y bien! ¡qué! ¿si eso fuera cierto...?

—Entonces unamujer que ocupase un alto lugar en la córte de España, que supiese conspirar, que lo viese todo, que lo oyese todo y que te amase... seria tus piés y tu cabeza: podrias obrar aquí y allá... aprovechar las ocasiones propicias... ¿crees tú que yo puedo ser esa mujer?

—Sí.

—¿Crees tú que yo soy capaz de sacrificarlo todo por tí?

—Lo creo.

—¿Crees tú que seria capaz de doblar mi orgullo hasta el punto de ser dama de la duquesa de Osuna, si la duquesa llegase á ser reina?

—Sí.

—Y entonces ¿por qué quieres destrozarme el corazon abandonándome?

—Es que yo no te abandono, me ausento.

—Tu ausencia es la muerte de mi esperanza. ¡Dicen que son tan hermosas las napolitanas! ¿No has dejado allí ningun amor, don Francisco?

—No he amado á nadie mas que á tí: vírgen del alma, me has tenido y no me has dejado alma para otra mujer.

—Pues bien: no nos separaremos.

—Es urgente, necesario, que yo salga de aquí esta noche. No sé lo que ha sido dél hijo bastardo del duque de Osuna.

—Yo lo sabré.

—Lo que yo puedo hacer por él no puede hacerlo nadie.

—¿Es decir, que tienes empeño de salir de aquí?

—Lo necesito: lo arriesgo todo si paso algunas horas sin correr al auxilio de don Juan.

—Pues bien, primero soy yo que nadie: no saldrás.

—Te aborreceré.

—Aunque me aborrezcas: ¿qué me importa si insistiendo en huir de aquí me pruebas que no me amas? para el hombre que ama, lo primero es la mujer de su amor.

Y doña Catalina se levantó irritada de sobre las rodillas de Quevedo.

—¿Con que, somos decididamente enemigos, dijo don Francisco?

—Aun hay un medio de entendernos.

—¿Cuál?

—Entre mis bienes dotales, tengo yo hacienda cerca de Nápoles.

—¡Oh! pues entonces...

—Si me pruebas que me amas, abandono á España, y con el pretesto de la salud, de mudar de aires, del deseo de ver aquellas posesiones mías, me voy contigo.

—No puedes dudar de mi amor.

—Necesito una prueba.

—¿Cuál?

—Permanece aquí, deja á mi cuidado el salvar á ese don Juan, y cuando esté en salvo, partiremos juntos.

—A don Juan no puede salvarle nadie mas que yo.

La condesa se irritó.

—Y bien, dijo: tú me desprecias; á nada te avienes, quieres verte libre de mí... quieres burlarme: que se pierda pues don Juan, piérdete tú y piérdame yo en buen hora... todo me importa nada.

—Malaya, amen, la primera mujer que vino al mundo, para producir mujeres, esclamó perdida ya la paciencia Quevedo.

—Malditas sean, dijo la condesa, si han nacido para ser tan desventuradas.

—Ello es necesario, señora, que yo salga de aquí, dijo Quevedo acabando de perder completamente la paciencia.

—Por lo mismo que tú quieres salir, yo no quiero que salgas y no saldrás.

—No me obligueis á cometer una villanía.

—Será necesario que me mates, y nada me importa morir: ¿no te he dicho que estoy desesperada?

—Hasta en amar me persigue la desventura, dijo Quevedo.

—Bien merece ser desventurado, quien no es capaz de amar.

Quevedo se puso á pasear á lo largo de la cámara: la condesa se sentó en un sillon, silenciosa y sombría, y quedó profundamente pensativa.

Pasó algun tiempo durante el que, ni ella ni él, hablaron una sola palabra.

De improviso se detuvo Quevedo.

—Paréceme que se acerca alguien, dijo.

La condesa se puso sobresaltada de pié.

—Y bien, ¿qué me importa? dijo dominándose y sentándose de nuevo: sea quien quiera, nada me importa.

—Pues no, dijo Quevedo: oye, se acercan... llaman.

La condesa volvió á ponerse de pié.

Llamaron por segunda y tercera vez con insistencia, y se oyó una voz de mujer que dijo recatadamente detrás de la puerta:

—¡Señora! ¡señora! ¡por amor de Dios! ¡oid, si no quereis que suceda una desdicha!

La condesa se acercó á la puerta.

—¿Qué sucede, Josefina? dijo.

—El señor conde de Lemos acaba de llegar á la quinta y pregunta por vuecencia.

—¡Ah! ¡mi marido! dijo la condesa.

—¡Tu marido! vé, Catalina: evítame un desastre; el conde es orgulloso y yo estoy desarmado.

—¡Desarmado! ¡desarmado no! en aquel retrete hay armas de todas clases, blancas, de fuego... ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! Espera, Josefina, espera... y tú espera tambien... Yo te juro que á pesar de todos los condes y de todos los maridos del mundo, no te me escaparás, no huirás de mí.

Doña Catalina abrió violentamente la puerta y salió.

Quevedo la oyó cruzar por fuera una barra y echar llaves.

—Pues no, dijo Quevedo: ella es muy capaz de engañar á ese imbecil de don Fernando de Castro, ó lo que es peor de hacerle consentir en un convenio vergonzoso: como si lo viera; despues de una hora de conversacion con su marido volverá, para tenerme al lado y no separarse de mí en una eternidad: sino aprovecho esta coyuntura largo cautiverio me espera: y don Juan... y mi proyecto... perder por una mujer... ¡ah! ¡no! ¡Quevedo! ¡muy poco valdrás y merecerás todo cuanto te suceda si no logras escaparte! Lo primero es prevenirse: me ha dicho que en aquel retrete hay armas: armémonos.

Quevedo tomó una bujía de sobre la mesa y se dirigió á una puerta situada á un estremo de la cámara: la abrió y entró.

En los ángulos habia algunos hermosos arcabuces; en las paredes, en una especie de espeteras de madera rica y tallada, gran número de espadas y dagas: algunos preciosos pistoletes se veian acá y allá.

Quevedo tomó una espada, una daga y dos pistoletes, despues de cerciorarse que estaban cargados, y se los puso en el talabarte: á seguida salió á la cámara y abrió una de las puertas que suponia de balcon: pero se habia engañado: aquella puerta tenía detrás una fuerte reja.

Quevedo era hombre de imaginacion pronta: recordó que en el estante entre las armas de caza habia algunos frascos de pólvora, y entró, se apoderó de aquellos frascos y los puso junto á la reja: luego, con la daga abrió algunos huecos entre el marco de la reja y la pared, rellenó de pólvora aquellos huecos, puso en comunicacion con ellos un reguero, que llevó hasta un lugar desde donde podia ponerle fuego á cubierto de la esplosion de las cargas de pólvora de la reja, y á continuacion, se puso á apilar las mesas, las sillas y los muebles junto á la puerta de entrada.

Luego se dirigió á aquel misterioso apartamiento cubierto por una cortina, en el que tantas veces se habia fijado la vista en la condesa y se encontró en un precioso dormitorio. Quevedo suspiró, pero suspirando cargó con un colchon y le llevó á la cámara; volvió y cargó con otro, y asi, sucesivamente, colchones, ropas, muebles aumentaron el monton que cubria la puerta de entrada de la cámara: y cortinas, tapices, cuadros, ropas, todo fué á parar allí, y todo esto en pocos momentos.

Entonces Quevedo aplicó la luz de una bujía á aquella especie de pira que casi tocaba al techo, y luego otra bujía y luego otra: una llama viva y brillante apareció á los pocos momentos y un humo denso y blanco inundó la cámara.

Era inevitable un incendio.

La cámara debia convertirse en pocos minutos en una hoguera.

Quevedo aprovechó el tiempo, se fué al ángulo donde empezaba el reguero de pólvora que iba á terminar en los depósitos de pólvora de la reja y le puso fuego: instantáneamente retumbó una detonacion y á seguida un golpe, como de un objeto desprendido y que habia parado á poca profundidad.

Quevedo, cuanto deprisa se lo permitieron sus mal configurados piés, corrió al vano cubierto antes por la reja, y la encontró franca.

Como habia previsto Quevedo, la pólvora habia hecho volar la reja.

Y sin pararse á meditar si la altura era ó no tal que pudiese arrojarse á tierra un hombce sin peligro, Quevedo se dejó caer.

Pero Quevedo no habia contado con el reblandecimiento de la tierra por una lluvia que habia sido constante durante cuatro dias, y sucedió lo que no podia menos de suceder: que al llegar al suelo se clavó hasta las rodillas en una tierra gredosa, quedando preso y en la completa imposibilidad de salir por sí solo.

Dejémosle allí, para concluir este capítulo y sigamos á la condesa de Lemos.

Su primer cuidado fue cambiar absolutamente de traje y tomar uno que no se hiciese sospechoso á su marido.

Por poco que quiso tardar, tardó lo bastante para que, cuando fué á encontrar al conde de Lemos, que estaba en la cámara principal de la quinta, este la recibiese de una manera duramente escepcional.

Ni uno ni otro dieron señales de alegría al verse, como convenia á esposos que habian estado separados largo tiempo.

La condesa hizo una reverencia á su marido, y don Fernando de Castro bajó levemente la cabeza en contestacion al saludo de doña Catalina.

—Paréceme, señora, dijo el conde, que habíais tomado la resolucion de haceros ermitaña.

—Si lo sabíais, no debíais haber dado ocasion á disgustarme respetando mi voluntad.

—Siempre nos hemos llevado mal, señora, desde el momento en que nos casamos, y en que tuvísteis la franqueza de decirme que casada conmigo contra vuestra voluntad, nada podia esperar de vos sino vuestra sumision á vuestra suerte: yo no he abusado de vuestra sumision: yo no he intervenido en vuestra vida, pero ha sido mientras habeis respetado mi honor.

—Bien: concluid.

—¡Teneis un amante!

—Fuerza era que yo amara á alguien.

—¡Lo confesais!

—Habia pretendido que no lo supiérais: habia tomado mis medidas para ocultároslo, pero como vuestro acento me amenaza, y ningun derecho teneis sobre mí, sino delante del mundo, y aquí estamos solos, os lo confieso: amo á un hombre y soy suya... es mas... lo seré.

—¿Y quién es ese hombre?

—Don Francisco de Quevedo.

—¿Y está aquí?

—Aquí está.

—Bien: esto me da ocasion para encerraros en un convento y matar á ese hombre.

—Al separaros de mí... ruidosamente, perdereis la administracion de mis bienes.

Púsose pálido el conde.

—Si me servís, continuó la condesa, os pagaré bien.

—¿Meditais bien lo que decís? dijo aturdido el conde, porque la amenaza de perder la administracion de los bienes de su mujer le habia aterrado.

—Estamos solos, don Fernando y podemos hablar libremente: yo habia querido retardar estas esplicaciones porque me repugnan: yo hubiera querido mas bien que hubiérais meditado mejor lo que os convenia y que nos hubiéramos entendido tácitamente. Pero ya que me habeis amenazado, yo, que si estoy obligada á ser vuestra ante los hombres, no lo he estado ni lo estoy ante Dios ni ante vuestra conciencia, os declaro que tengo un esposo del corazon; que digna y honrada he sido de ese esposo, por mas que yo no se lo haya confesado; que suya seré únicamente, y no vuestra ni de ningun otro. En cambio de vuestro silencio y de vuestro nombre que podrá suceder se necesite, tomad de mí lo que querais, y contad con mi apoyo en la córte.

—Lo que me pedís, dijo balbuceando el conde, es horrible.

—Haced lo que mejor os plazca: en ocasion estais de consentir ó de rehusar.

—Pero el escándalo...

—Evitaréle yo, por mí misma.

—Lo pensaré.

—Pensadlo en buen hora.

En aquel momento sonó una detonacion, y poco despues se oyeron las voces de los criados que gritaban:

—¡Fuego! ¡fuego en la cámara de su escelencia la señora condesa!

—¡Eso es que Quevedo se me escapa! esclamó doña Catalina.

Y corrió deshalada al lugar del incendio.

Entretanto el conde sacó del bolsillo una carta, la retorció y la puso á la luz.

Aquella carta ardió.

Aquella carta antes de quemarse, decia:

«Escelentísimo señor conde de Lemos: vuestra esposa, ignorando que habeis sido perdonado de vuestro destierro con el rey, pone en vuestro lugar un amante, y se solaza con él en vuestra hacienda del río.»

Esta carta no tenia fecha y era anónima.

CAPITULO LXXVIII.

De cómo el interés ageno influyó en la situacion de Quevedo.

No sabemos cuanto tiempo hubiera estado nuestro buen ingenio preso por los piés en el lodo pegajoso, y maldiciendo de su suerte, y del amor, y de las mujeres, y de los hijos bastardos y del mundo entero, y si acaso hubiera perecido, á no ser por un incidente imprevisto para él.

Y decimos *si acaso hubiera perecido*, porque el incendio habia progresado con una vorazidad tal, que las llamas salian en turbiones rugidores por las rejas de la cámara de la condesa de Lemos, al poco tiempo de estar enclavado Quevedo en el fango y los escombros, que no debian tardar en caer, debian caer sobre él inflamados.

Al resplandor de estas llamas, Quevedo vió un hombre embozado que se deslizaba junto al muro del edificio, sobre un terreno que no habian podido reblandecer las lluvias por estar cubierto por los anchos aleros.

—¿Quién será este, dijo Quevedo, que adelanta y me mira? ¿estaria cercada la casa? pues si es así, á lo menos con este, me quedo.

Y sacando de su cinto uno de los pistoletes, le armó y apuntó.

—¡Eh! ¡vive Dios! ¡don Francisco! dijo deteniéndose de repente el embozado que adelantaba: ¿así quereis tratar á quien viene á salvaros?

—¡Ah! ¡por mis pecados! ¿con que eres tu Francisco de Juara? dijo todo admirado Quevedo: ¡Milagro patente que tú hagas una buena accion!

—Me conviene. Os tengo cogida una palabra.

—Cógeme primero á mí, y sácame de este atollo.

—A eso vengo, y por vos esperaba. Allá vá la punta de mi capa, que si yo me meto, me atollo tambien y somos dos pájaros en vez de uno.

—Paréceme bien la idea y agárrome á ella, dijo Quevedo agarrándose á la punta de la capa que le habia echado el maton.

Tiró este, y crugiendo costuras, abriéndose telas, y con gran trabajo, logró verse al fin en firme Quevedo, pero con una arroba de tierra en cada pierna y perdidos los zapatos.

—Descalzádome has, condesa, dijo Quevedo; pero fuego te dejo; agarrado por los piés me has tenido; pero no por la cabeza: libre me veo y de ti me escapo: no creia tanto: pero dias pasan y dias vienen, y tal vez llegue alguno, en que vuelva á pedirte lo que de mí contigo se queda. ¿Y á dónde vamos en esta guisa? añadió Quevedo.

—Al camino donde en un ventorrillo tengo preparado para vos un caballo.

—¿Está muy lejos ese ventorrillo?

—Como un tiro de arcabuz.

—¿Sabes que, sin ofensa, no me fio de tí, Juara?

—Haceis bien en no fiaros, porque no soy hombre de fiar: pero hoy me confieso vuestro.

—Pues echa delante, que mejor quiero ver si eres gallardo, que no que tú me veas las espaldas.

—No me quejo, y delante echo.

—Voyme fiando de tí, porque te tengo fiado.

—Dentro de poco fiareis mas.

—Paréceme que suena gritería en la quinta.

—Sin duda vienen á apagar el fuego.

—Pues andemos de prisa, si es que yo puedo.

—Ya no dan con nosotros: estamos lejos y por aquí hace oscuro.

—Pues silencio, no nos sientan.

Siguieron caminando en silencio.

Poco despues estaban sobre el camino, y al cabo entraron en un ventorrillo.

—Ahora, dijo Juara, lo que importa es que vuesamerced se mude de medias y se ponga zapatos.

—¿Y con qué, voto á Baco? dijo Quevedo.

—Con mis zapatos y con mis medias.

—Paréceme bien, dijo Quevedo echándose fuera las calzas enlodadas; pues digo que el enclavamiento fue donoso.

—A él debeis la vida, que si la tierra no está blanda, os estrellais.

—¿Y tú qué vas á ponerte?

—Las medias y los zapatos del ventero.

—¡Ah! pues... si... bien... y á Madrid á escape.

—Como gusteis.

—Pues en marcha, dijo Quevedo; ya estoy listo.

—Esperad, esperad un momento á que yo esté listo tambien. Quiero daros resguardo, la noche es oscura y mala y no sabemos lo que os puede acontecer de aquí á Madrid, que hay media legua larga.

Y Juara entretanto se ponia apresuradamente unas medias y unos zapatos que le habia dado el ventero.

—Saca los caballos, dijo á este último Juara, y toma un ducado.

El ventero tomó la moneda y sacó dos caballos.

Quevedo y Juara montaron y se encaminaron á Madrid.

—¡Oh! ¡y cómo arde la quinta! dijo Juara: no entrais en parte donde no hagais daño.

En efecto, la quinta del conde de Lemos era una hoguera.

—Oblíganme, dijo Quevedo: malo me hacen culpas agenas: la maldicion me sigue: pero pica, Juara, pica, que me importa llegar á Madrid cuanto antes. Pero calla, que oigo los cuartos de un reloj de la villa que nos trae el viento.

—¡Las nueve! dijo Juara.

—Pues pica largo, y gracias que aun están abiertas las puertas: enderecemos á la de Segovia.

—Me place: que asi podremos dejar en el meson del Vizco los caballos.

—A caballo iré yo hasta el alcázar, que así llegaré mas pronto.

—Como querais.

—Recuerdo que me has dicho al sacarme de mi atolladero que me tenias cogida una palabra.

—Si por cierto: á prima noche, cuando os libré de los alguaciles que os llevaban á Segovia, para entregaros á cierta dama, me ofrecísteis si os soltaba dinero y una compañía en los tercios de Nápoles. Yo dije para mí: ahora no puedo soltar á don Francisco, porque la condesa de Lemos no me lo perdonaría nunca, y es demasiado persona la condesa para que yo no la tema: pero despues que yo haya entregado á don Fran-

cisco, es distinto. En efecto, apenas entrásteis en el coche, dije á aquel criado de la condesa, amigo mio, si sabia á donde os llevaban y aun tuve que darle algun dinero para que cantase: entonces me dijo: yo no sé á dónde irá la condesa con ese caballero; nadie sabe una palabra: pero he oido allá en la casa que se habia mandado arreglar la cámara de la señora en la quinta que tiene el señor junto al rio.

—Bueno, dije para mí: ya sabemos algo: y despidiéndome de mi compadre me metí en Madrid y me fuí en derechura á casa del conde de Lemos.—Yo esperaba que habiéndole sido levantado el destierro á su escelencia, y estando cerca, hubiese llegado á Madrid, y no me engañé. El conde de Lemos habia llegado al oscurecer, y no encontrando á la condesa en su casa, se habia ido á la del duque de Lerma: entonces, me metí en la primera taberna que encontré, escribí una carta al conde avisándole de que su esposa se solazaba en aquellos momentos con un galan en la quinta del rio, llevé la carta á casa del duque de Lerma, la entregué con un doblon á un criado para tener seguridad de que la carta habia llegado á manos del conde, y sin esperar la respuesta, que no era para esperada, fuime de allí al meson del Vizco, alquilé dos caballos y por lo que pudiera tronar, me fuí á rondar la quinta.—Ya veis que si no es por mí no escapais, y que he ganado bien todo el dinero que querais darme, y á mas mi compañía de los tercios de Nápoles.

—Rico serás y capitan, Juara, y perdónenme los soldados á quienes en tí tal capitan he de darles.

—Tendrán en mí una cabeza valiente.

—No lo dudo: ni tampoco de que les darás buen ejemplo: pero llegamos á la puerta de Segovia: adentro, y torzamos hácia el alcázar.

Arremetieron los dos ginetes por la puerta, y poco despues Quevedo echando pie á tierra en la puerta de las Meninas, dijo á Juara dándole las bridas.

—Desde ahora estás á mi servicio.

—Muy bien, don Francisco, y me alegro.

—Despídete de las gentes de que tengas que despedirte, porque esta misma noche marchamos á Nápoles.

—Todos los cuidados los llevo conmigo.

—Bien: busca un buen coche de camino, ajústalo para Barcelona y llévalo... al meson del Vizco.

—Muy bien.

—Despues busca diez hombres bravos, con sus caballos, armados á la

gineta y con arcabuces, que no están los caminos muy buenos para ir desprevenidos.

—¿Y dinero para todo eso?

—Ya te se dará.

—¿Y para cuándo ha de estar todo preparado?

—Para las doce de la noche.

—Estará.

—Pues adios, que me importa no perder el tiempo.

—Quede vuesamerced con Dios.

Juara se alejó, y Quevedo se metió en el alcázar y se encaminó en derechura á la habitacion de doña Clara Soldevilla.

CAPITULO LXXIX.

De cómo Quevedo se asusta mas de saber que don Juan está en libertad, que si hubiera sabido que estaba preso

Doña Clara se ocupaba en arreglar su equipaje, cuando entró en su cuarto Quevedo.

La jóven le recibió con alegría.

—Pláceme, la dijo Quevedo, encontraros tan bien entretenida...

—Sí; he llegado á cobrar miedo á la córte.

—Y habeis hecho bien en asustaros, porque Madrid es un almacen de peligros; ¿con que nos vamos?

—Si por cierto; solo necesitábamos saber de vos para marchar, pero esperábamos saberlo pronto, aunque no se os ha encontrado cuando se os ha buscado.

—Tened á milagro el verme, porque á punto he estado de perdido.

—¿Qué os ha pasado?

—Cosas que solo por mí pasan; preso me han tenido, pero suelto me veo.

—Don Juan tambien ha estado preso.

—Lo esperaba, lo temia; pero vos le habreis soltado

—No por cierto: el rey no quiso oirme, ni la reina ha conseguido nada; pero al fin, cuando menos lo esperábamos, el rey ha llamado á su magestad y le ha dado el auto de libertad de mi esposo.

—¡El rey que se habia negado á oiros, y que habia desoido á la reina, os ha dado por fin el auto de libertad de don Juan!

—Sí; él y vos habeis sido declarados libres.

—¡El y yo! ¿y no adivinais quién ha podido alcanzar esa gracia del rey?

—Indudablemente ha sido el duque de Lerma.

—¡El duque de Lerma! dijo Quevedo frunciendo el entrecejo y poniéndose pálido; el duque de Lerma no hace nada de balde.

Pero recobrando su espresion impenetrable, añadió:

—Sin duda el duque de Lerma despues de haber meditado, ha conocido que le conviene estar bien con don Juan y conmigo. Dios se lo pague á su escelencia, aunque por su conveniencia lo haya hecho. Y... don Juan ¿dónde anda que junto á vos no le veo?

—Ha salido, dijo doña Clara fijando su mirada tranquila y profunda en Quevedo: ha salido á las ocho sin decirme á dónde iba...

—¿Y no le habeis preguntado?

—Yo jamás pediré cuentas de nada á mi marido.

—Sois la perla de las mujeres. ¿Pero no ha indicado al menos...?

—Nada, y estoy con sumo cuidado: salió á las ocho, son las nueve y media, él no conoce á nadie en Madrid... como no sea á esa comedianta con quien tuvo amores... pero no hay que pensar en que... yo no quiero pensar en ello.

—Ni hay para qué, dijo Quevedo: amores de un dia han sido, ó por mejor decir conocimiento de un dia, y aun asi conocimiento simple.

—Sin embargo... pudiera suceder... la comedianta no está en su casa.

—¡Cómo! ¿os habeis metido en averiguar...?

—Sí, don Francisco, sí... he tenido celos... los tengo... no hace ni mas ni menos tiempo que me conoce á mí don Juan, que el que hace que conoce á esa mujer, y sin embargo, yo soy su esposa y le amo; ¿tendrá algo de estraño que esa mujer que le ama tambien, sea su amante?

—¡Blasfemia! ¡suposicion negra que solo puede engendrar los celos, que con llamarse celos está dicho que son locos! vos no debias haber llegado hasta el punto de informaros de lo que pasa en la casa de esa mujer.

—Tengo el presentimiento de que mi marido está con ella.

—¿Pero no sabeis nada de cierto?

—No: Juana, mi doncella, fué á buscar á esa comedianta con un pretesto; con el de venderla muy baratas unas ricas alhajas. Sin embargo, esa mujer no estaba en casa... es decir, no recibia á nadie.

—Seguid, seguid haciendo vuestro equipaje, señora, que hemos de marchar esta misma noche; entretanto descuidad, que yo he de traeros antes de media hora á don Juan.

Y Quevedo, saludando á doña Clara y evitando prolongar la conversacion, salió, porque le tardaba saber lo que hubiese de cierto en el negocio.

—Y es muy posible, decia, encaminándose hácia la casa de la Dorotea, bajo la tenaz lluvia que no cesaba un momento: es muy posible que los celos de doña Clara sean verdades; se prende á don Juan, no bastan las lágrimas de una mujer como doña Clara para que le suelten, ni aprovechan para nada las súplicas de la reina. Despues y de motu propio, el rey nos pone en libertad. Veo detrás del rey á Lerma, detrás de Lerma al bufon, y detrás del bufon á la Dorotea. ¿Quién habia de haber creido que esa muchacha era capaz de un amor tal? ¡pecador de mí! de modo que si le sucede una desgracia por su conocimiento con Dorotea; yo, que le hice trabar conocimiento con ella, soy la causa de esa desgracia. Y como doña Clara, yo tengo tambien un presentimiento: ¡Dios quiera que quede en imaginacion y en miedo, que tal podria suceder, que no lo olvidásemos en mucho tiempo!

Y don Francisco apretó cuanto pudo el paso, y llegó al fin casa de la Dorotea.

Llamó con la misma desenvoltura que si á la puerta de su casa hubiera llamado.

Pedro contestó desde arriba.

Quevedo intimó que le abriesen.

Pedro replicó que su señora no estaba en casa.

Hubo de terciar Casilda, que conocedora de la confianza que su ama dispensaba á Quevedo, no tuvo inconveniente en abrir.

—Entrad y os convencereis, le dijo: si quereis esperar á la señora, esperadla.

—Dejadme, sin embargo, subir, hija.

—Subid enhorabuena.

Quevedo subió, y con su audacia acostumbrada lo registró todo hasta la alcoba.

—Pues es verdad, dijo.

—¡Qué! ¿habia creido vuesamerced que le engañábamos? dijo Casilda.

—Todo pudiera ser. Pero veamos si me decís tambien ahora la verdad.

—Veamos, dijo Casilda.

—¿Dónde está tu señora?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Ha venido por ella el bufon del rey, y se la ha llevado en una silla de manos.

—Tú sabes dónde está tu señora, dijo Quevedo encarándose de repente á Pedro.

—¡Yo!

—Sí, tú: te estás rascando una oreja.

—Porque me pica.

—No, sino como diciendo para tí: si yo quisiera podria decir dónde está mi señora.

—No, no señor, yo no lo sé.

—¿Adonde has ido con un recado de tu señora? dijo á bulto Quevedo, pero con un acento tal de seguridad, y una mirada tan profunda, tan dominadora, que Pedro se turbó.

—¡Pero don Francisco...! dijo Casilda.

Quevedo no la dejó continuar.

—Vendrá la justicia y se sabrá todo, dijo, y os llevarán á la cárcel y... lo pasareis mal... porque no sabeis de lo que se trata.

—Pues ¿de qué se trata?

—Por qué nos han de llevar á la cárcel, dijeron á un mismo tiempo los dos domésticos.

—Por encubridores.

—Nosotros no encubrimos nada, dijo Casilda.

—Yo no sé nada, añadió Pedro.

—Sabeis demasiado: peor para vosotros si no quereis declarar, porque todavía seria tiempo de impedir un gran crímen.

Quevedo sin saberlo decia la verdad.

Los criados de Dorotea se aterraron.

—Yo solo sé que la señora estaba llorosa, que no ha comido, y que antes del oscurecer se ha vestido como una diosa, dijo Casilda.

—Yo solo he ido á llevar vajilla de plata y copas y botellas de cristal á una casa de la calle de don Pedro.

—¡Vajilla! ¡copas! ¡botellas! ¿y dónde... hácia dónde de la calle de don Pedro está esa casa?

—Hace esquina á la calle de la Flor.

Quevedo no esperó á saber mas.

Una intuicion poderosa le decia que habiendo salido Dorotea en silla de manos, vestida como una diosa, segun el dicho de Casilda, no podia haber ido á otra parte que á aquella casa á donde Pedro habia llevado vajillas de plata y de cristal.

Allí donde estuviese Dorotea, allí debia estar don Juan.

Y aquella cita fuera de la casa de la comedianta, entre esta y el bastardo de Osuna, en que intervenia el tio Manolillo, asustaba á Quevedo.

Por la primera vez de su vida procuró correr.

No pudo: pero por la primera vez de su vida apesar de la defectuosa configuracion de sus piés y de sus piernas anduvo de prisa.

La calle á donde se encaminaba, estaba á cerca de un estremo de Madrid.

CAPITULO LXXX.

En que el tio Manolillo sigue sirviendo de una negra manera á Dorotea.

Apenas habia salido Quevedo del cuarto de doña Clara Soldevilla, cuando uno de sus criados la anunció que el bufon del rey queria hablarla.

En otras circunstancias doña Clara se hubiera negado á recibir al tio Manolillo: pero el tio Manolillo era una persona allegada á la comedianta Dorotea, á aquella mujer que la hacia probar la amargura mayor que puede probar una mujer: sentirse herida en su amor, en su orgullo, en su dignidad: doña Clara, pues, mandó que introdujesen al tio Manolillo.

Entró lentamente el bufon, abarcando en una mirada sombría el aposento.

Sus ojos estaban encarnados, parecian arrojar el fuego de una calentura horrible, y su pecho de gigante se alzaba y se deprimia á impulsos de una respiracion poderosa, que se exhalaba por su boca entreabierta y seca, produciendo un silvido ronco y débil, á veces un ruido semejante al de un herbor fatigoso: de tiempo en tiempo á lo largo de los cortos miembros del tio Manolillo, corria una convulsion rápida, fuerte, instantánea.

Detúvose en medio de la estancia, y dijo con una voz sepulcral, terrible que estremeció á doña Clara:

—¡Estais preparando vuestra marcha! ¡quedáos! ¡pensais iros...! ¡iros... y con él! ¿para qué quereis partir ya, si él se quedará aquí?

Doña Clara no palideció ni tembló: pero sus ojos inmóviles, incontrastables, absorvieron toda entera, la mirada calenturienta del bufon, con toda su espresion funesta, de ódio, de desesperacion, de horrible alegría.

—¿Qué decís? dijo marcando fuertemente su pregunta doña Clara.

—Digo que sois viuda.

—¡Viuda! gritó doña Clara, salvando de un salto la distancia que le separaba del bufon y asiéndole con violencia: ¡viuda habeis dicho!

—Si, viuda, contestó el bufon desasiéndose de doña Clara con un ligero sacudimiento: pero no quiero atormentaros antes de tiempo: podeis daros por viuda porque os le roban.

—¡Qué me le roban!

—¡Sí, no volverá!

—Esplicáos, ó por mi alma, llamo...

—¿Y si me prenden, quién llevará á la hermosa doña Clara, á que vea por última vez á su hermoso don Juan?

—¡Está con ella!

—Sí, con Dorotea.

—¡Mentira!

—Aun tendreis un manto fuera de esos baules: aun os quedará valor, ese valor que hace pocas noches demostrasteis para salvar á la reina, para venir á salvaros á vos misma: yo os guiaré.

—¿Donde están ellos?

—Sí: donde se enamoran, donde enloquecen, como si no hubiera en el mundo mas hombre que él, ni mas mujer que ella: ¡oh! temblais de cólera y de celos: yo tambien tiemblo de celos y de desesperacion: mirad, mis ojos arrojan fuego, mi aliento silba, mi cabeza se pierde... por que la amo... la amo... y quiero... quiero venganza.

Doña Clara no le escuchaba.

Buscaba apresuradamente un objeto.

Al fin, levantó de entre sus ropas un manto y se envolvió rápidamente en él.

—¿Decís, Manuel, esclamó con voz concentrada y breve, que sabeis dónde estan juntos ese hombre y esa mujer?

—Si, dijo el bufon.

—Venid.

—Doña Clara abrió con un llavin una puerta de servicio, y seguida

por el tio Manolillo, atravesó un espacio oscuro, sin detenerse, sin dudar, como quien conocia perfectamente el sitio, y á oscuras siempre se oyeron sus fuertes pisadas, descendiendo rápidamente por una escalera de caracol.

El bufon, sin vacilar, sin dudar, como ella, la seguia.

Escuchábase sobre el pavimento de mármol el fuerte ruido de sus zapatos guarnecidos de clavos.

Al fin de la escalera se oyó el ruido de una llave en una cerradura, salieron doña Clara y el tio Manolillo, y volvió á cerrarse la puerta.

A la luz de un turbio farol que ardia en aquel lugar que era el zaguan de la puerta de las Meninas, se vió á doña Clara envolverse completamente en su manto, y al bufon rebujarse en su capilla.

El suizo, que alabarda al brazo paseaba en el zaguan, se detuvo un momento, y al desaparecer, lanzandose en la calle, doña Clara y el bufon volvió á su paseo.

—Llevadme á donde estan, dijo doña Clara.

—Seguidme, contestó el bufon.

Y tiró adelante.

Doña Clara le seguia, con esa rapidez incomprensible de las mujeres cuando andan de prisa.

Si de improviso el ancho arroyo de una calle causado por la contínua lluvia detenia á doña Clara, el bufon la asia por la cintura, y levantándola como una pluma, á pesar del enorme peso de buena moza de la jóven, la ponia al otro lado del arroyo.

Luego, él y ella, seguian su rápida marcha.

En pocos minutos, habiendo atravesado el barranco de Segovia, y subiendo las pendientes callejas que estan al otro lado, llegaron á las Vistillas de san Francisco, y entraron en la calle de don Pedro.

De repente una voz seca, bibrante particular, dijo con acento de amenaza, viniendo de la direccion opuesta á la que llevaban el tio Manolillo y doña Clara:

—¡Alto allá! que en noches tan oscuras, es bueno evitar tropiezos!

El bufon se detuvo al escuchar aquella voz y retrocedió.

—¡Quevedo! esclamó doña Clara.

Y por instinto, en vez de retroceder, avanzó hasta el bulto informe del cual, al parecer, habia salido la voz.

—¡Doña Clara! esclamó Quevedo: ¿con quién venis?

—Con el tio Manolillo.

—A mis espaldas, á mis espaldas, señora, esclamó Quevedo poniéndose rápidamente delante de doña Clara, terciándose la capa y echando al mismo tiempo al aire las hojas de su daga y su espada.

—¡Ah! ¡ah! dijo soltando una horrible carcajada al bufon: ¿con que habré de mataros, hermano Quevedo, ya que se me os habeis puesto por medio?

Y acometió hierro en mano á Quevedo.

—Haceos, haceos á la pared, doña Clara, dijo Quevedo parando los primeros golpes del tio Manolillo: las habemos con un gato garduño, tan ágil de piés como yo quisiera serlo; así, contra esa puerta: ahora no hay miedo. Tio Manolillo, idos, y no me obligueis á despacharos: ya veis que, aunque hace oscuro, mi hierro huele el vuestro, y siempre le sale al encuentro: en verdad que sois diestro, pero mas yo... no me fatigueis demasiado, hermano, no sea que por descansar os mate.

El bufon no hablaba una sola palabra: acometia en silencio y de tiempo en tiempo salian de su pecho rugidos poderosos, sordos; álitos abrasadores, con los que parecia querer comunicar á su acero la fuerza de su rabia.

—Ved que me canso, tio, repetió Quevedo.

El tio Manolillo redobló su ataque.

—¡Ah! dijo Quevedo: ¿con qué os empeñais, hermano? pues señor, descansemos.

Y dejó caer un tajo tal y tan formidable sobre el bufon, que apenas recibido cayó el tio Manolillo, como si la tierra le hubiera faltado de debajo de los piés.

Lo primero que hizo Quevedo fue volver la punta de su espada al suelo, apoyarse en su pomo, y descansar: el combate habia sido corto, pero reñidísimo, duro, formidable: Quevedo se habia visto obligado á resistir los golpes tirados por el puño de hierro del bufon, y sudaba, estaba jadeante.

Pero en el mismo punto en que se habia apoyado en su espada, se irguió y se preparó.

Se escuchaban los pasos precipitados de dos hombres que se acercaban á la carrera.

—¿Quién va? dijo Quevedo.

—El cocinero de su majestad, contestó una voz angustiosa.

—¿Y quién mas? repitió Quevedo.

—Fray Luis de Aliaga, contestó otra voz.

—¡Ah! bien venidos séais: hé aquí, doña Clara, que Dios nos envia amigos.

Pero doña Clara no contestó.

Helósele la sangre á Quevedo.

Temió que, replegado á la pared, contra la puerta de una casa, teniendo inmediatamente pegada á sí, á las espaldas, para protegerla de todo ataque de costado, á doña Clara, no la hubiese alcanzado algun golpe bufon.

—¡Una luz! ¡una luz! esclamó Quevedo: ¿no traeis con vosotros una luz para ver lo que ha acontecido á doña Clara?

—¡Cómo! ¿está doña Clara con vos? dijo el padre Aliaga.

—La trajo, no sé para qué, el tio Manolillo: he reñido con él: le he tendido: pero no sé si habrá alcanzado algun golpe á doña Clara.

—¡Oh! ¡qué de crímenes! ¡qué de desgracias! esclamó el padre Aliaga: pero socorrámosla: ¿dónde está?

—Vamos, dijo Quevedo que entretanto habia corrido al socorro de doña Clara: no es nada, un desmayo: un desmayo que nos viene á las mil maravillas: quedaos vos aquí, padre Aliaga, y esperadnos.

—¿A dónde vais?

—A llevar á doña Clara á una de estas casas inmediatas. Ayudadme vos, Montiño.

—Dios quiera que pueda: apenas me tengo de pie.

—Os ayudaremos los dos y es mas breve, dijo el padre Aliaga.

Y entre los tres cargaron con doña Clara que estaba sin sentido.

Despues de algunos minutos doña Clara estaba recibida en una casa, que se abrió al nombre del tribunal del Santo Oficio pronunciado por el padre Aliaga.

A aquel nombre no habia puerta que no se abriera en aquellos tiempos en España.

Y ninguna persona mas competente para usar de él que el inquisidor general.

Nadie vió á doña Clara que fue introducida envuelta en su manto.

En efecto, solo estaba desmayada.

Aquel rudo combate la habia aterrado, porque si bien doña Clara era valiente, su valor era el valor de la mujer.

El cocinero mayor se quedó encerrado con ella.

Pero antes, dijo á Quevedo:

—Si habeis matado al tio Manolillo, importa que le quiteis unos pa-

peles que lleva encima y que son muy importantes: pero apresuráos y entrad cuanto antes en la casa á cuya puerta os hemos encontrado, porque en esa casa están de cena la Dorotea y don Juan, y en esa cena hay un plato envenenado.

—¡Ah! esclamó Quevedo y escapó.

Y llegó al lugar donde estaba el bufon y le registró.

Quitóle unos papeles que encontró bajo su ropilla y una llave.

El bufon no se movia.

Quevedo guardó los papeles, se alzó, se volvió á la puerta que estaba tras él, puso la llave en la cerradura y dijo al padre Aliaga que le habia seguido:

—Entremos, fray Luis, entremos.

Poco despues el fraile y el poeta estaban dentro de la casa cuya puerta volvió á cerrarse.

CAPITULO LXXXI.

En que se ve que el bufon y Dorotea habian acabado de perder el juicio.

Hora y media antes de los últimos sucesos, podia verse en la casa donde acababan de entrar Quevedo y el padre Aliaga, un estenso salon, magníficamente engalanado.

Tapices de Flandes cubrian las paredes, una gruesa alfombra el pavimento y del techo, denegrido ya, pero magestuoso, uno de esos techos de madera del gusto del renacimiento, de enorme relieve, con profundos casetones magistralmente tallados con florones, grecas, hojas, frutas y caprichos admirables, pendia una araña de cristal cargada de bujías de cera encendidas.

Debajo de esta araña habia una gran mesa cubierta con un mantel, y sobre el mantel una numerosa variedad de manjares servidos en vajilla de plata: en el centro estaban los postres de dulces, conservas y frutas de la estacion, y en medio de estos postres un plato de confituras coronado por una enorme pera, puesta sobre una hoja de parra artificial, y adornada con un lazo rojo y negro.

A los dos estremos de la mesa habia un bosque, por decirlo asi, de botellas de riquísimo cristal, sobre salvillas rodeadas de copas.

A la derecha y á la izquierda de esta mesa habia otras dos cubiertas de otros platos y de otras botellas y alumbradas cada una por un cande-

labro en forma de ramillete de entre cuyas flores, admirablemente contrahechas, salian las bujías.

Dos sillones puestos el uno junto al otro estaban delante de la mesa; una hilera de sillones dorados al rededor del salon junto á los tapices, y espejos y cuadros cubriéndolos á estos.

Ultimamente, delante de la mesa habia un brasero de plata con fuego.

Gran parte de aquellos efectos habian sido llevados de casa de la Dorotea: el resto comprado acá y allá donde se habia encontrado y por lo que habian pedido.

Aquel era un capricho de la Dorotea que la costaba algunos miles de ducados.

¿Pero qué importaba esto? queria presentarse hermosa y grande ante su amante en una habitacion rica y bella.

Como á las ocho de la noche se levantó un tapiz y entró una mujer envuelta en un manto.

Tras ella entró un hombre pequeño y ancho, embozado en una capa.

La mujer se desprendió el manto y le arrojó al hombre, que habia echado abajo su embozo.

Eran Dorotea y el bufon.

Ya sabemos que Dorotea era la hermosura de moda: es decir, la comedianta que por orgullo enriquecia el duque de Lerma, la niña de los grandes ojos azules y del seno de nácar, que enloquecia á los galanes de Madrid: la reina de las entretenidas, como diría un francés de nuestros dias: la tentacion viviente y contínua del corral de la Pacheca, aquella á quien si por comedianta escelente hubiera aplaudido siempre el público, aplaudia con frenesí, por inimitable comedianta y por incomparable en hermosura.

La hemos descrito ya. Pero necesitamos describirla de nuevo.

Dorotea estaba transfigurada por el amor, por el sufrimiento, por la horrible decision que á aquella casa la llevaba: su palidez mortal, la lucidez de su mirada, un no sé qué portentoso que emanaba de la dolorosa contraccion de su boca, de lo grave, profundo y ardiente de su mirada febril; de aquellos hombros redondos, tersos, mórvidos, en que la vista parecia tocar una suavidad dulcísima; de aquel seno cuya parte superior no cubria el descote, agitado por una respiracion poderosa, por un aliento de fuego; de aquellos brazos desnudos, modelados por Dios, de una manera tan bella, tan dulce, tan pura, que el cincel griego se hubiera de-

tenido impotente al querer copiarlos; de todo su ser, en fin, emanaba tal mágia, que la hermosura de Dorotea, parecia divinizada, sobrenatural, hija de la imaginacion, no real y efectiva: una de esas bellezas que se ven raras veces, que la mayor parte de los hombres no ven nunca, y que hacen creer al que las vé que han de desvanecerse como una sombra al ser tocadas.

Sus densos, brillantes y sedosos cabellos estaban peinados en largos rizos, en una manera de teatro, contra la moda de aquellos tiempos: estos rizos, de un tono oscuro, ceñidos en la frente por una corona de rosas de brillantes, formaban un marco hechicero al rostro de Dorotea, contrastando con su blancura, que la palidez habia llevado hasta el último punto del blanco en la tez de la mujer. Su pecho estaba rodeado por las múltiples vueltas de un collar de gruesas perlas (las perlas son el adorno inmejorable de un cuello hermoso) que se anudaba en un roseton de brillantes y encendidos rubíes.

Los brazaletes eran del mismo género: perlas y rubíes, y del mismo género tambien los herretes y el ceñidor de su magnífico traje de raso blanco bordado de oro, traje de teatro, traje de reina, que dejaba desnudos los hombros, el seno y los brazos, con doble falda, ancho, flotante, maravilloso, que aun no habia estrenado Dorotea, que aun no habia visto nadie.

Jamás se habia presentado de tal modo al público, por mas que fuesen famosos por su lujo sus trajes y sus joyas é hiciesen que muchos tuviesen lástima del duque de Lerma y la mayor parte envidia.

Aquello lo pagaba España, como ha pagado tantas otras cosas.

Pálida, lenta, dominada por un pensamiento fijo, Dorotea adelantó hasta la mesa: la examinó y luego miró en torno suyo.

—Gracias, Manuel, dijo dirigiendo la palabra de una manera fria al bufon: habeis hecho mas de lo que yo queria: esto es magnífico.

—Ha costado mucho y se ha trabajado bien, dijo el tio Manolillo con la voz conmovida y sin apartar su mirada ansiosa de Dorotea.

—¿Qué hora es? dijo la jóven.

—Ya es hora de ir en su busca.

—Pues id: tengo grandes deseos de acabar.

—¡De acabar! ¡de acabar! ¿y qué ha de acabar?

—Esta agonía que me devora, esta muerte en vida.

—Dorotea: yo necesito saber lo que piensas hacer.

—¿Qué? dijo Dorotea sonriendo tristemente: ¡vengarme!

—¡No, tú no le matarás! dijo el bufon: ¡le amas demasiado! ¡no te atreverás!

—¿Dónde está el dulce envenenado, Manuel? dijo Dorotea sin contestar á la observacion del tio Manolillo.

—Aquí, en este plato del centro, dijo el bufon, estremeciéndose: esa pera, que tiene un lazo negro y rojo. Pero ¿para qué quieres ese veneno?

—Para un último caso.

—¿Pero qué último caso, es ese?

—Que don Juan no quiera seguirme.

—Mientes; no hay nada preparado para una marcha.

—Pues yo os aseguro, Manuel, que el viaje se hará.

—Me espantas, Dorotea: yo no sé por qué tiemblo, yo, que no tiemblo por nada, yo que no me aterro: tú no eres franca conmigo, Dorotea: y debias serlo... porque yo soy... tu padre... á mí me debes la vida.

—Os lo agradezco, Manuel, os lo agradezco: nada temais: no sucederá nada: don Juan me debe la vida tambien.

—Don Juan no te ama.

—Peor para él.

—Doña Clara le tiene loco.

—¡Oh! ¡doña Clara! aborrezco á mi pesar á esa mujer: porque ella, ella no tiene la culpa de que él la haya amado: hay momentos en que mataria á esa mujer.

—Y eso, eso es lo que debia hacerse: pero no tú... tú no debias matarla: las cuentas con la justicia son malas de ajustar... oye, Dorotea: voy á quitar de ahí esa pera...

Y el bufon tendió su mano hácia el plato.

—Dejadla, dejadla ahí, dijo Dorotea: en cuanto á doña Clara, mirad, Manuel: yo quisiera que doña Clara me viera junto á él aquí...

—¡Oh! dijo con alegría el bufon: la traeré.

—Sí: que vea como su marido cae á mis pies... porque caerá, Manuel, caerá: no me ama, pero me desea... cuando esté á mi lado algun tiempo, se embriagará en mis ojos, en mi sonrisa, en mis palabras. Quiero... quiero que doña Clara vea que desprecio á ese hombre á quien ama ella... quiero...

—¡Oh! tú no sabes lo que quieres, y el estado en que te encuentras me espanta... ¿para qué te has engalado de ese modo? ¿para qué te has

puesto tan hermosa como un ángel.. ? ¡pobre niña! tu alma, tu corazon, tu vida, es ese hombre, ese hombre que no puede hacerte feliz: el solo hombre á quien has amado: ¡terrible Dios, que has dado al hombre amor y caridad, sangre y lágrimas, y no le has dado poder...! ¡mañana me pedirás cuenta de lo que yo haya destruido, arrastrado por mi desesperacion y no tendrás en cuenta mi amor hácia esta infeliz, mi rábia al ver que de nada puede servirla, mi dolor al mirarla anonadada, muerta, apurando la hiel mas amarga que tú has destinado para probar á las criaturas! ¡oh! ¡yo estoy loco! ¡mi cabeza se rompe! ¡mi corazon rebienta! ¡Maldito sea ese hombre! ¡maldito! ¡maldito!

Y el tio Manolillo se paseaba iracundo, terrible, á lo largo de la estancia, con ese paso igual, sostenido, terrible del leon enjaulado.

Dorotea tenia una mano apoyada en la mesa, en la otra mano apoyada la barba, y la mirada fija, profundamente fija, en la pera que tenia el lazo rojo y negro.

Hubo un momento en que se estremeció de piés á cabeza y cerró los ojos.

Luego se pasó la mano por la frente como si hubiera querido arrancarse un pensamiento horrible, y haciendo un poderoso esfuerzo se separó de la mesa á la que parecia retenida por una influencia fatal.

—Don Juan estará esperando, dijo al bufon.

—¡Oh! ¡no piensas mas que en él! dijo el tio Manolillo, sin detenerse en su paseo.

—Sí, sí, es verdad: quiero verle cuanto ántes: quiero concluir: id por él.

—¿Y luego...? porque supongo que querrás que él entre solo.

—Sí, sí, es verdad: me olvidaba: entradle hasta aquí á oscuras: que no pueda ver la desnudez de esta casa: además, esa oscuridad tendrá para él algo de misterioso, y esta habitacion le parecerá mejor. Luego, Manuel, necesito que nadie me escuche: ¿lo entendeis?

—Nadie te escuchará, hija mia, dijo dolorosamente el bufon.

—Luego, asi que haya entrado don Juan, vos saldreis de la casa, dejareis la llave debajo de la puerta, y os retirareis.

—¿Y quién ha de acompañarte cuando hayas concluido?

—El.

—¡El!

—Sí: él.

—¡Pero entonces ese veneno!

—No me preguntéis, por Dios, mas. Prometedme hacer lo que os he dicho.

—Lo haré: pero no te comprendo.

—Os repito, Manuel, que por caridad no me atormenteis mas.

—Una sola palabra. ¿Quieres que traiga aquí á doña Clara?

—No... no... no quiero atormentarla... ella no tiene la culpa... dejad á doña Clara en paz.

—¿Pero no habias pensado vengarte...?

—Me vengaré, Manuel, pero noblemente. Aborrezco á esa mujer, pero solo como á una cosa que me hace daño... no quiero ser infame... que nada sepa doña Clara... no hay necesidad: basta conque lo sepa él.

—¿Pero qué es lo que ha de saber él? esclamó el tenaz bufon.

Dorotea hizo un movimiento de colérica impaciencia.

—¿Sois mi señor ó mi amigo? esclamó ¿pretendereis que os diga, lo que cuando no os he dicho ya, debiais comprender que no quiero, ó que no puedo deciros?

—Estás loca y es necesario perdonártelo todo, Dorotea. Pero tienes razon; no soy tu señor, ni aun tu amigo: soy menos que eso: soy tu esclavo: pero un esclavo que vive para tí y por tí.

Dorotea hizo otro nuevo movimiento de impaciencia.

—Sí, sí, voy... perdóname, porque no sé ni lo que digo, ni lo que hago. Voy por don Juan.

Y el bufon salió.

Aquel hombre singular, que solo vivia por Dorotea, que por Dorotea era capaz de todos los crímenes y de todas las grandezas; de matar y de morir, lloró cuando estuvo fuera de la casa, atravesando entre la oscuridad de la noche las estrechas calles de la villa hácia Puerta de Moros.

Cuando llegó, vió paseándose delante de la cruz á un hombre.

Se acercó á él y le dijo:

—¿Esperais á una persona?

—Sí.

—¿Os llamais don Juan?

—Sí.

—Seguidme: os esperan.

—Guiad.

El bufon tiró adelante: no queria hablar ni una sola palabra mas con aquel hombre que hacia tan infeliz á Dorotea: con aquel hombre á quien aborrecia porque no amaba á la comedianta.

Y asi, el tio Manolillo delante y don Juan detrás, llegaron en muy poco espacio á la calle de don Pedro.

Abrió el bufon la puerta de la casa, y se dejó ver un fondo tenebroso.

—No receleis en entrar, dijo el tio Manolillo procurando dar á su acento el tono mas amistoso posible: venturas os esperan, que no desgracias: el amor os llama, no la traicion.

—Adelante, dijo don Juan.

—Seguid mis pasos, dijo el bufon entrando y cerrando la puerta: cuidad de que subimos: seguid en derechura: ahora á la izquierda: ahora á la derecha: hemos subido: seguid recto: ahora bien, dijo el bufon deteniéndose: tras ese tapiz, por cuya abertura se ve luz, os esperan. Adios.

El bufon se volvió.

Don Juan entró.

Cuando don Juan hubo entrado, el bufon se detuvo.

—No, yo no puedo dejarla sola con ese hombre, dijo: ella está fuera de sí; yo no sé lo que intenta; es necesario que yo observe; observaré, comprimiré mis celos... seré capaz de ser testigo de su alegría, si se comprenden... y seré capaz de alegrarme: ¡Oh! ¡Dios mio! ¿por qué no soy yo tan hermoso, tan jóven y tan gentil como don Juan? ¿ó por qué don Juan no tiene para mi pobre Dorotea el amor que tengo yo?

Y quitándose los zapatos, se acercó silenciosamente al tapiz y se puso en acecho.

CAPITULO LXXXII.

En lo que vinieron á parar los amores de Dorotea y don Juan.

Don Juan se asombró de ver el lugar donde le esperaba Dorotea.

Porque aquel salon dispuesto como se encontraba, era completamente bello, y fuertemente voluptuoso.

Dorotea estaba indolentemente reclinada en un sillon junto á la copa en la que arrojaba de tiempo en tiempo algunos granos de perfume.

Don Juan habia ido allí vivamente escitado por el recuerdo de lo que habia pasado entre Dorotea y él aquella mañana en la prision.

A pesar de su amor á doña Clara, Dorotea era un astro bellísimo, que poniéndose entre los dos esposos, producia un eclipse de amor.

Don Juan no veia entonces mas que á Dorotea.

Se acercó á ella, y al verla de cerca, sintió una conmocion poderosa, tembló, se deslumbró.

Dorotea le miraba, le sonreia, y le mostraba una hermosísima mano.

De una manera irreflesiva, dominado por la situacion, por la mágia poderosa que se desprendia de Dorotea, por aquella voluptuosidad concentrada, por decirlo así, don Juan cayó de rodillas, y asió la mano de Dorotea y quiso llevarla á sus labios.

Pero Dorotea la retiró.

—Perdonad, señor mio, le dijo sonriendo: pero me haceis mucho

daño, y no tengo valor para que me lastimeis de nuevo: aun siento el dolor horrible del cruel beso que me disteis esta mañana. Tratadme, pues, con caridad, sentaos y hablemos como dos buenos amigos que se despiden para no volverse á ver.

—¡Ah! ¡Dorotea! ¿estais irritada conmigo?

—Irritada no: estoy lastimada y nada mas. Pero sentaos.

Don Juan puso el otro sillon que estaba junto á la mesa muy cerca de Dorotea, y se sentó.

Dorotea retiró su sillon.

Don Juan dijo para sí:

—Dejémosla: no la irritemos: mé ama, y su amor me ayudará.

Entrambos guardaron por un momento silencio.

Dorotea miraba de una manera ansiosa, enamorada, dulce, á don Juan: le trasmitia su alma entera, y con su alma todos los embriagadores sentimientos de que su alma estaba llena; y como si en aquella mirada le trasmitiera tambien su vida, Dorotea se ponia mas pálida, se espiritualizaba mas y mas, se hacia irresistible.

—¿Cuándo os vais? le dijo Dorotea.

—Nunca, respondió el jóven: me quedo con vos.

—¡Conmigo! ¿sabeis si yo quiero que os quedeis?

—¡Oh! ¡vos me amais!

—Es cierto que os amo, que mi alma toda entera es vuestra.

—¿No mas que el alma?

—No mas.

—¿Es decir que prètendereis que apuremos una vida desesperada?

—¡Desesperada! ¿y por qué?

—Un deseo voraz que crecerá con el tiempo: un deseo contrariado: un volcan comprimido...

—¿Y qué quereis? no somos libres: no nos pertenecemos.

—Tratándose de vos, yo soy enteramente libre.

—Perteneceis á doña Clara.

—Decidme... apartaos de ella... no es necesario que me lo digais...

—Yo no os diré eso jamás.

—Harélo yo... os seguiré.

—No me seguireis... os lo juro.

—¿Y por qué?

—Por que no debeis seguirme.

—No me hableis de deber, cuando se trata de amaros... ¿no os debo la vida?

—Me debeis la voluntad... si yo he podido salvaros, ese poder no añade ni un quilate mas á la voluntad: y esa misma voluntad de salvaros la ha tenido doña Clara.

—Vos sois mas hermosa... vuestro amor mas ardiente.

—Ya que os amo, don Juan, no procureis perder mi aprecio.

—¡Vuestro aprecio!

—Sí por cierto. No me demostreis que el amor en vos es un devaneo; que al verme jóven, hermosa, engalanada, enamorada, os olvidais de otra mujer que es mas hermosa que yo, y que si no os ama mas que yo, os dá á lo menos un amor mas puro: hablemos como dos amigos, don Juan: y desengañaos: si yo aceptase esa promesa que me habeis hecho en un momento de embriaguez, seriais mio durante ocho dias; pero á los ocho dias, veriais á doña Clara, porque doña Clara os buscaria, os embriagaria, con su dolor y con su amor, como ahora os embriago yo, y os iriais con ella: pero habiéndola lastimado, habiéndo turbado su alma con un recuerdo que no perderia nunca. No hagamos infeliz á esa señora, ya que nosotros no podamos ser felices.

—Será esta una lucha que durará mientras vivamos: hay en vos, Dorotea, una fuerza tal para conmigo, que me siento arrastrado: vuestro amor es un amor tal que me enloquece: os miro, y paréceme que no sois una criatura mortal: para una fria despedida yo no hubiera venido, os lo aseguro: y os aseguro tambien, que si no alcanzo completamente vuestro amor, vuestra confianza, vuestra alegria, vuestra posesion... mirad Dorotea: estoy embriagado, loco: no me desespereis hasta el punto de que ponga á prueba vuestro amor.

—¿Y cómo le pondriais á prueba?

—Perdonad: pero al solo pensamiento de perderos, pasan por mí horribles tentaciones.

—No... no morireis... dijo Dorotea estendiendo hácia don Juan una mano y dejándosela besar.

Dorotea sufrió sin alterarse, sin estremecerse los apasionados besos de que don Juan cubrió su mano.

—Basta de locuras, don Juan, dijo Dorotea: os he llamado para cenar con vos antes de separarnos para siempre.

—¡Separarnos! pero eso no puede ser.

—¿No veis que estoy vestida de una manera particular?

—Eso es Dorotea que os habeis propuesto demostrarme que sois mas blanca que las perlas, que vuestros ojos brillan mas que los diamantes, que vuestra hermosura domina á todas las riquezas.

—No, no por cierto, don Juan: es que me he vestido de boda.

—¡Ah! ¡para casaros conmigo!

—No, porque vos sois casado. El esposo que he elegido, será enteramente mio, y yo seré enteramente suya: nada alterará la paz de nuestra union: nadie podrá separarnos: fiel yo para él, él será fiel para mi, y ningun pensamiento, ningun recuerdo ageno empañará nuestra union.

—¿Es decir, que me olvidareis?

—Sí.

—No os creo.

—Cuando sepais con quien me caso lo creereis.

—¿Hablais formalmente Dorotea?

—¡Oh! ¡sí!

—¿Y quién es ese afortunado esposo? me estais atormentando, Dorotea.

—Os juro que no tendreis celos del esposo que he elegido.

—¿Vais á meteros monja?

—¡Llevar yo á Dios un corazon lleno del amor impuro de un hombre! ¡no, don Juan! no soy tan impía. Podrá faltarme valor para el martirio, podré ser criminal, podré llamar, arrastrada por mi desdicha, la justicia de Dios sobre mi cabeza, pero no cometeré un sacrilegio ¡no, no tomaré á Dios por esposo amando á un hombre! ¡otro es el esposo que he elegido, don Juan!

—No os comprendo, y quisiera comprenderos: hay algo en vuestros ojos, en vuestro semblante, en vuestra sonrisa, en vuestras palabras que me espanta. Encuentro en vos no sé qué calma fria, horrible.

—Sí, el resultado de una decision irrevocable.

—Pero esplicaos. ¿No os inspiro yo confianza?

—Sí, mucha, muchísima; ¡Dios mio! vos lo sois todo para mí; sin vos no quiero nada... sin vos... sin vos la vida es para mí una carga insoportable. Pero cenemos, don Juan, cenemos.

—Si vos cenais, dijo sonriendo don Juan, cenaré yo.

—Teneis razon: mas fácil seria que una gota de agua horadase una roca, que el que yo pudiese pasar un solo bocado. Tengo el cuerpo y el alma, el corazon y los sentidos, llenos de vos: nada veo mas que vos, nada respiro mas que el amor que siento por vos.

—¿Y á qué entonces esa estraña mentira?

—¿Qué mentira?

—La de vuestro casamiento.

—Quisiera que no fuese una horrible verdad.

—Os repito que no os comprendo.

—Dentro de poco me comprendereis.

—¿Y me amais?

—Como no creo que haya amado nadie: con un amor voluntarioso, ciego. Suponed, don Juan, un pobre náufrago que flota sobra una débil barca, sobre un mar siempre irritado, que ve al fin, cuando ya ha perdido la esperanza, una rivera fresca, hermosa, odorífera, que le llama, que le convida: suponed que el náufrago ha tocado á esa rivera, que se ha creido salvado, y que una nueva ola le ha arrastrado de nuevo, le ha apartado de aquella rivera amada, hasta que la ha perdido de vista. El náufrago, acostumbrado antes á la tempestad, sostenido por su débil esquife, se adormia al bramar de las olas, le era indiferente que estas le llevasen acá ó allá, estaba seguro de que un dia le tragaria el mar, y estaba resignado. Yo, antes de veros, era ese náufrago; el mundo, el mar tempestuoso en que flotaba á la ventura el esquife; que me sostenia, mi ingenio como cómica, mi belleza como mujer: el dia en que una enfermedad me imposibilitase para la escena, ó los años destruyesen mi hermosura, estaba previsto por mí: un hospital era mi destino, sin parientes que me amparasen, sin hijos que cuidasen mi ancianidad: no habia amado nunca; no creia en el amor: pero os ví: vos habeis sido para mí la rivera encantada donde pude encontrar la felicidad, el porvenir, acaso la familia, y el mundo, el mundo irritado me ha apartado de vos... bebamos al menos, don Juan, bebamos. La embriaguez es hermana de la locura, y yo estoy loca.

Dorotea se levantó y llenó dos copas.

Luego vino con una salvilla y sirvió una copa á don Juan.

—Por mi amor, dijo don Juan bebiendo.

—Por mi vida, dijo bebiendo tambien Dorotea.

Y dejó la salvilla con las dos copas vacías sobre la mesa, y volvió á sentarse en el sillon.

Don Juan acercó el suyo.

Por aquella vez Dorotea no se retiró.

Don Juan rodeó la cintura de Dorotea.

Dorotea se alzó radiante de dignidad.

—La mujer que ama, no es la impura cortesana, la torpe comedianta que vendia sus favores, dijo: respetadme, don Juan, respetad en mí lo mas noble que Dios ha dado á sus criaturas: el amor, y la pureza del alma.

Don Juan se retiró, no confundido, sino enojado.

Dorotea pensativa y triste, guardó silencio.

—Dorotea, dijo al fin don Juan: ¿quereis que hablemos seriamente?

—¿Pues qué? don Juan, ¿creeis que yo me chanceo?

—Quiero decir: que hablemos sin locuras: con arreglo á la situacion en que estamos colocados.

—Hablemos.

—¿No hay un medio de unirnos?

—Ninguno.

—¿Ni aun de que vivamos como dos hermanos?

—Ya habeis dicho que hablemos con juicio, y es una locura pensar que puedan amarse como hermanos un hombre como vos, y una mujer. como yo.

—Vivamos como amantes.

—¡Como amantes! ¿pues qué, no os vais de Madrid?

—Sí por cierto: pero por el mismo camino que yo me vaya podeis ir vos.

—Y bien: suponiendo que yo consienta...

Y Dorotea miraba de una manera ansiosa á don Juan.

—Escucha, alma de mi alma, la dijo don Juan; una casita bella, apartada, donde yo vaya á verte de noche; un jardin solitario, donde solo el firmamento estrellado sea testigo de nuestra dicha; un amor eterno, embellecido por el deseo y por el misterio; hermosos hijos en quienes veas reproducido tu amor; una vida tranquila; sin celos...

—¡Sin celos...!

—¡Qué amante puede tenerlos de una esposa!

—¡Ay de mí! esclamó Dorotea oprimiéndose el pecho.

—Bebamos, luz de mi alma, dijo don Juan; y se levantó y llenó las copas y las trajo en la salvilla, y se arrodilló sonriendo para que Dorotea tomase la suya.

Dorotea se inclinó para levantar á don Juan.

Los rizos perfumados de la jóven tocaron las mejillas de don Juan y sus ojos se sintieron atraidos por la mirada dulce, apasionada, saturada de amor y de deseo del jóven.

Aquellos dos semblantes se unieron y resonó el estallido de un doble beso.

Y entonces el bufon, se separó del tapiz, se alejó y dijo bajando las escaleras.

—¡Oh! ¡gracias á Dios! el veneno es inútil: el veneno no matará á nadie. Pero es preciso... sí... sí... es preciso que doña Clara se separe de don Juan: es preciso que don Juan sea de Dorotea y solo de Dorotea: es preciso que doña Clara los vea aquí juntos, enamorándose, acariciándose, embriagados de amor.

Y el bufon bajó silenciosamente las escaleras, se puso los zapatos, abrió la puerta, salió, cerró y se encaminó al alcázar, en busca de doña Clara.

Don Juan y Dorotea, sin embargo, no habian cambiado de situacion: tras aquel beso irreflexivo, fatal, por decirlo así, Dorotea se habia rehecho de nuevo.

—Sentáos, don Juan, le dijo; y hablemos por último, con seriedad: hemos vuelto á caer en las locuras. Teneis sobre mí un poder maravilloso: ya lo sabia yo, y me he prevenido; lo que me habeis propuesto es imposible.

—¡Imposible!

—Sí: yo no puedo partir mi amor con otra mujer: yo no puedo deciros tampoco, y no os diré: abandonad á vuestra esposa: os debeis al gran nombre que llevais, y no podeis deshonrarle: aunque querais yo no permitiré que lo deshonreis por mí. Veámonos por la última vez... y tened mucho valor si me amais.

—¿Qué quereis decirme con esas palabras?

—Que cuando salgais de aquí llevareis de mí tal recuerdo, que no me olvidareis jamás.

—¿Qué misterio tan incomprensible es este que os arranca de mis brazos, que os defiende de mí, que me desespera, que me mata...?

—Mi amor.

—Estraño amor que se complace en despedazarme.

—Amor desdichado, muerto apenas nacido.

—Dorotea, no me obligueis á ser villano.

—Conmigo no podeis ser mas que lo que sois.

—Un hombre burlado, por no sé qué intencion que no comprendo.

—¡Ah! no hay ningun hombre que merezca el amor de una mujer: no hay ninguno que comprenda el alma de una mujer.

Don Juan calló confundido.

—Oye, don Juan, dijo Dorotea asiéndole las manos, con acento triste y con los ojos arrasados de lágrimas: yo no comprendo el amor como tú le comprendes: para mí el amor no es el deleite impuro, ni la vanidad, ni la embriaguez, ni el entretenimiento: para mí el amor es mas, mucho mas: tiene algo de divino: para mí el amor es ser el pensamiento entero de un hombre, el espíritu poderoso que le engrandezca, que le impulse á las grandes acciones: grandezas buscadas para engrandecer la mujer amada, cuando se trata de un hombre como tú, que se llama Giron, que es hijo del gran duque de Osuna, que debe su espada á sus abuelos y á su patria, y el corazon á una mujer: yo no te pido eso, que puede y debe pedirte tu esposa; yo quiero tu grandeza para que refleje sobre mi frente: yo no puedo ser para tí mas que la amante oculta y misteriosa, que te sonria apartada de la vista del mundo; mis hijos no pueden llevar tu nombre, porque... tu nombre pertenece entero á los hijos de la mujer con quien te has unido: yo solo puedo ser para tí un sueño embriagador durante algun tiempo: despues... despues, cuando hasta el misterio hubiera perdido para tí su encanto, yo seria una carga para tí...

—¡Una carga!

—Sí, una carga enojosa.

—¿Crees tú que yo reparé jamás en...?

Don Juan se detuvo porque lo que iba á decir era inconveniente.

Pero Dorotea oyó con el alma las palabras que don Juan no habia pronunciado: las oyó dentro de su corazon.

—No, no hablo yo de esa carga material que consiste en atender á las necesidades materiales de una mujer: entre nosotros no puede haber eso: el dinero hace daño al amor: yo cómica, yo cortesana, no he pertenecido á un amante sino á trueque de un tesoro: yo mujer, no doy mi corazon sino por otro corazon; de otra carga mas pesada he querido hablarte: de la carga que consiste en tener que sacrificar algun tiempo todos los dias á una mujer á quien no se ama, á quien nunca se ha amado, por quien solo se ha sentido deseo, y por la cual al fin ni deseo se siente, y á la que se sigue fingiendo amor por compasion: carga, que acaba por hacerse insoportable, porque el sacrificio mas pequeño se hace insoportable cuando es continuo: yo seria dentro de poco una carga para tí, y despues un remordimiento, porque me abandonaríais...

—Te he dejado seguir, porque queria saber á donde ibas á parar. ¡Que yo no te amo!

—Ahora... ahora, don Juan, te crees enamorado de mí, y lo estás, estás loco...

—No vivo mas que para tí.

—Es necesario que vivas para los demás: no eres dueño de tí mismo.

—¿De modo que yo que ansiaba que llegase el momento de ver á mi libertadora, me encuentro con una especie de hermosísimo fraile que me predica un sermon de cuaresma? Esto no puede ser. Yo .. te amaba como dices, con el deseo antes de hoy, te amé de ese modo desde el punto en que te ví... pero desde hoy, Dorotea, te amo con un amor que no puede confundirse con nada, porque tu amor me ha obligado á amarte: tú me has procurado la libertad, y con la libertad la vida, no sé á precio de qué sacrificio: has podido satisfacer tus celos, vengarlos, diciendo á mi mujer: tú, su esposa, tú, la dama hermosísima, noble, rica, favorita de la reina, no has podido salvarle, y yo, la cómica, yo, su querida, la he salvado: y tú no has hecho eso, Dorotea: tú has sufrido tu despecho, tu desesperacion, y has hecho llegar por las manos del rey á mi mujer la órden que me ponia en libertad: tú sabias que yo libre habia de partir de Madrid, y sin embargo, la libertad me has dado: ¿cómo quieres que no te ame, á no ser que creas que soy un miserable? Y si soy un miserable, ¿por qué me amas?

—¡Don Juan! esclamó Dorotea, con la voz trémula, ardiente, opaca, y la mirada ansiosa, fija, concentrada, en los ojos del jóven: ¡don Juan! ¡mira no mientas involuntariamente!

—No, no; te amo, dijo don Juan estrechándola contra su seno.

Dorotea pugnó por desasirse.

—Solo á tí amo, murmuró el jóven en su oido.

Dorotea rompió á llorar.

—Por tí y para tí viviré, continuó el jóven, y escucha: mi vida es tuya: ¿para qué quiero yo un nombre que me aparta de tí? renuncio á ese nombre, me separo de la mujer que nos impide unirnos, saldré de Madrid, pero saldré contigo, todo por tí y para tí.

—¡Separarte de doña Clara! dijo Dorotea levantando de sobre el hombro de don Juan la cabeza, y apartando con las dos manos los rizos que se habian desordenado sobre su frente, pálida y tersa: ¡ser mio! ¡únicamente mio! ¡salir de esta casa en que habia entrado muerta, contigo, llena de una vida hermosa! ¡oh! ¡repítemelo! ¡repítemelo! ¡creo que me he engañado! ¡que tú no has dicho eso!

—¡Oh! ¡si! ¡tuyo y no mas que tuyo!

—¿Y partiremos?

—Sí.

—¿Desde esta casa?

—Sí.

—¿Y no volverás á ver á doña Clara?

—No amo á nadie mas que á tí.

Y don Juan la atrajo á sus brazos.

Dorotea le sonrió de una manera tal, le dejó ver de tal modo su alma, que una involuntariosa sonrisa de triunfo de don Juan, borró como una nube al sol la sonrisa de gloria de Dorotea.

En la sonrisa de don Juan, habia visto, no amor, sino voluptuosidad, alegría, y aun podremos decir, vanidad, por la posesion segura de una mujer vivamente deseada.

Entonces, Dorotea, se levantó de los brazos de don Juan, haciendo un violento esfuerzo para desasirse de ellos.

Su palidez habia crecido.

Durante algunos segundos una seriedad sombría, y tal que llegó á imponer respeto á don Juan, apareció en su semblante.

Luego volvió á sonreir.

Pero entre aquella seriedad y aquella sonrisa habia pasado una agonía completa.

—La hora de la partida se acerca, dijo apoyándose dulcemente en el hombro de don Juan.

—Partamos, dijo don Juan levantándose.

—Espera, espera un momento, dijo Dorotea poniendo sus dos manos sobre los hombros de don Juan y mirándole frente á frente.

Don Juan exhaló una esclamacion de asombro.

Nunca habia visto á Dorotea tan hermosa.

Tembló bajo la impresion de la mirada de la comedianta.

—Siempre, siempre tu sed, dijo Dorotea: nunca tu amor.

—¡Cómo! ¿aun dudas?

—No, no dudo ya, dijo la jóven.

Y dejó los hombros de don Juan y se acercó á la mesa.

—¿Qué haces? dijo don Juan.

—¡Tengo sed! ¡una sed que me devora! contestó Dorotea fijando una mirada indescribible en la pera adornada con el lazo rojo y negro, que se veia en medio de la mesa.

Y tomó una botella, y llenó de vino una copa.

—Yo tambien tengo sed, dijo don Juan, que tenia la boca amarga, como cuando esperimentamos una fuerte conmocion en nuestro organismo.

Dorotea llenó otra copa.

Luego se apoyó sobre la mesa, mirando siempre el confite del lazo negro y rojo.

Su semblante estaba contraido, gruesas gotas de sudor corrian por sus megillas.

Hubo un momento en que tembló toda, como á la sensacion imprevista de un frío agudo.

—Estos confites son muy buenos, dijo: provémoslos antes de beber.

Y tomó la pera envenada.

Al tomarla miró á don Juan y pasó por sus ojos algo horrible.

—Toma, le dijo: y le mostró la confitura.

Don Juan estendió la mano.

Dorotea se estremeció de nuevo, retiró vivamente la pera y la mordió esclamando:

—No, no: esta es para mí, para mí sola.

Y temerosa de que don Juan pudiera arrebatarla ni una pequeña parte de aquel confite mortal, le devoró.

A seguida cayó de rodillas.

—¿Qué haces, Dorotea? dijo don Juan.

—¡Déjame! ¡déjame orar! esclamó la jóven.

—¡Orar! esclamó asombrado don Juan.

—Sí, orar por mi alma, respondió Dorotea.

Y juntó las manos, las cruzó, y dobló la cabeza sobre el pecho.

En aquel momento resonaron voces en la calle, y luego choque de espadas.

Don Juan sintió un terror vago, y se avalanzó á Dorotea y la levantó en sus brazos.

La jóven se abandonó en los brazos de don Juan y le sonrió de una manera embriagadora.

—¡Oh! ¡no me olvidarás! esclamó.

—¡Olvidarte, olvidarte yo, vida mia!

Y don Juan embriagado la besó en la boca.

—¡Adios! esclamó Dorotea entre un beso ardiente.

—¿Por qué me dices adios, alma mia?

—Me llama mi esposo, dijo sonriendo siempre Dorotea.

—¡Tu esposo!

—Sí, acabo de desposarme... con quien estará eternamente conmigo, y yo eternamente con él.

—Sí, sí, esclamó don Juan, engañado por las palabras de Dorotea: no nos separaremos jamás.

—Sí, dijo Dorotea, rodeando un brazo tembloroso al cuello de don Juan; vamos á separarnos muy pronto, porque no me he desposado contigo; me he desposado con la muerte. Ahora, déjame orar: no acabes de perderme.

—¡Con la muerte! gritó don Juan.

—Sí, el dulce que acabo de comer estaba envenenado.

—¡Envenenado...! ¡Dios mio! ¡Hola! ¡aquí! ¡aquí! gritó don Juan llamando.

—¡No hay nadie! ¡estamos solos! esclamó Dorotea.

Y una leve contraccion de dolor resistido, pasó por su semblante.

—¡Oh! ¡esto es horrible! ¡esto no puede ser verdad! esclamó don Juan reteniendo entre sus brazos á Dorotea.

Otra contraccion mas violenta, indicó á don Juan que Dorotea sentia un dolor mas agudo.

Al mismo tiempo su cuerpo se hizo mas pasado.

Don Juan se vió en la necesidad de doblar una rodilla para sostener á Dorotea.

—¡No me abandones! ¡no me dejes! esclamó: ¡quiero morir en tus brazos! toma... porque apenas puedo hablar... habia escrito este papel... que es mi última palabra para tí... y mi última voluntad... ¡Oh Dios mio!

Y sacó del seno un papel doblado, que se desprendió de sus manos y cayó sobre la alfombra.

Don Juan estaba inmóvil, mudo, dominado por el terror.

Dorotea hizo aun un nuevo esfuerzo, aun tuvo una sonrisa para don Juan: luego lanzó algunos gritos agudos, horribles; se retorció de una manera violenta, hasta el punto de desasirse de los brazos de don Juan; dió dos pasos desatentados, y cayó desplomada.

Don Juan corrió á ella, la volvió, miró su semblante y dió un grito de horror.

Dorotea estaba muerta, y aquel semblante poco antes tan hermoso, tan lleno de vida, estaba afeado por una contraccion horrible.

Hay en la vida algunos momentos comparables á la muerte.

Momentos de atonía en que los músculos se petrifican y el corazon se hiela.



...ARRANCÓ LA DAGA AL JÓVEN, Y LE QUITÓ LA ESPADA.

Momentos á los cuales sucede una reaccion horrible.

Don Juan probó unos momentos semejantes, y luego como si despertase de una pesadilla horrorosa, gritó con un acento imposible de hacer comprender:

—¡Muerta! ¡muerta! ¡y muerta por mí!

Y seguidamente se arrojó sobre el cadáver y unió su boca á la boca helada de Dorotea.

Y en otra nueva y mas terrible reaccion, se alzó y desnudando violentamente su daga esclamó:

—¡Muerta por mí...! ¡y yo, miserable, vivo!

Y volvió la punta de su daga al pecho.

Pero en aquel momento, se sintió sujeto por detrás, asidos los brazos, retenidos por otros brazos que le apretaban con la fuerza de una cadena de hierro.

—¡Oh! ¡no! ¡no! ¡mientras yo esté á vuestro lado! dijo una voz.

Aquellos brazos que le sujetaban, y aquella voz que le hablaba, mojada en lágrimas, eran los brazos y la voz de Quevedo.

Este y el padre Aliaga, habian entrado sin que á causa de lo horrible de la situacion los sintiera don Juan.

—¡Desarmadle, fray Luis! ¡vive Dios! ¡que tiene las fuerzas de un toro y se me escapa! gritó Quevedo, luchando con don Juan.

El inquisidor general, arrancó la daga al jóven, y le quitó la espada.

—Mirad, fray Luis, mirad si tiene pistoletes á la cintura; dijo Quevedo.

El padre Aliaga, en silencio, como hasta allí, registó la cintura de don Juan y le quitó dos pistoletes.

—¡Ah! ¡ya era tiempo! ¡ya no podia resistir mas! dijo Quevedo soltando al jóven.

Este se levantó dió tres pasos vacilantes, y luego, se dejó caer sobre un sillon, y se cubrió el rostro con las manos.

—Vamos, dijo Quevedo: nos hemos salvado: veamos ahora si podemos salvar á esta infeliz.

—¡Muerta! dijo el padre Aliaga roncamente.

Y se arrodilló junto al cadáver, y oró.

Entretanto Quevedo habia levantado el papel que se habia caido de la mano de Dorosea y que esta habia sacado de su seno.

Quevedo, que tenia siempre valor para dominar las situaciones mas

difíciles, que no desatendia jamás ninguna circunstancia por ligera que fuese, se acercó á la mesa, desdobló el papel y le leyó:

«Don Juan, decia: he tenido la desgracia de conoceros y de que no me ameis: mi vida es demasiado horrible para que yo la conserve, y me habeis hecho demasiado daño para que yo quiera vengarme de vos: me he vestido de boda para acudir á vuestra cita: de esa cita saldré envuelta en una mortaja: sois noble y generoso, y el único medio que tengo para que no me olvideis jamás, es morir en vuestros brazos: cuando leais este papel, habré muerto ya: os amo, os amo tanto, que todo por vos lo pierdo: hasta mi alma: sé que no me olvidareis nunca, mientras vivais, y quiero mejor vivir muerta en vuestro pensamiento, que vivir muriendo, lejos de vos, abandonada, despreciada por vos: que mi recuerdo no os haga infeliz: amad... amad mucho á vuestra esposa, porque si os ama como yo os amo, y un dia se vé desdeñada por vos como yo me he visto, morirá como yo muero. Adios: recibid mi alma.—Dorotea.»

Y por bajo se leia:

«Decid á don Francisco de Quevedo, que en mi casa, en un cajon de la mesa de la sala, está mi testamento; que lo haga cumplir.»

Dos lágrimas, gordas, enormes, de Quevedo, cayeron sobre este papel.

Luego le dobló en silencio, y le guardó.

—Padre Aliaga, dijo dirigiéndose al religioso que oraba en silencio: vos os quedareis, ¿no es verdad?

—Debo orar junto á esta desgraciada, y tanto mas, cuanto que es hija de otro infeliz, á quien he amado mucho, antes de dejar el mundo.

—Y yo necesito apartar de aquí á don Juan.

—Sí, sí: lleváoslo.

—Esperad, esperad, dijo don Juan levantándose, y dando algunos pasos hácia Dorotea.

—¡Qué haceis! dijo dulcemente el padre Aliaga.

—¡Dejadme por Dios que la vea por la última vez!

—Apartad, caballero, apartad, y no profaneis ese cadáver, dijo el padre Aliaga, poniéndose delante de Dorotea.

—¡Oh! ¡para qué quiero vivir!

—¡Para doña Clara Soldevilla, para vuestra esposa! dijo severamente Quevedo: ¡ya que esa desgracia es irremediable, no causeis otra desgracia mayor!

—¡Clara! ¡mi esposa! esclamó don Juan.

Y se dulcificó la rigidez de su semblante, sus ojos se humedecieron y lloró.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo: ¡la vida es un sueño de Satanás!

—¡Sí, sí, un sueño horrible! ¡pero, seguidme! tomad vuestras armas, que ya no hay peligro en que las tomeis y vamos.

Don Juan tomó sus armas, su sombrero, su capa, y siguió á Quevedo; pero antes de salir se volvió hácia Dorotea.

—¡Doña Clara os espera! dijo Quevedo.

Don Juan siguió á su amigo, y entrambos salieron de la casa.

El padre Aliaga se quedó orando al lado del cadáver de Dorotea.

CAPITULO LXXXIII.

El autor declara que ha concluido, y ata algunos cabos para que no queden sueltos.

El cocinero de su magestad supo al dia siguiente al ir á oir misa á Santo Domingo el Real una noticia horrible.

Al pasar junto á dos comadres que charlaban en una esquina, oyó las siguientes palabras:

—Os digo que la he visto: yo misma con estos ojos que se han de comer la tierra: es la comedianta Dorotea: pero se ha quedado que espanta; está que da compasion verla; los ojos hundidos, que le cabe un puño en cada uno; la boca torcida... ¡ella que era tan hermosa!... dicen que ha muerto de repente.

Helósele de repente en las venas la sangre al cocinero mayor.

Y tal comezon le dió en saber lo que le hubiera sido mejor ignorar, de tal modo le impulsaron su terror y su conciencia, que sin encomendarse á Dios ni al diablo se acercó á las dos viejas y las dijo:

—Perdonen voacedes, pero he oido no sé qué de una muerte que me ha trastornado.

—¡Qué! ¡si todo Madrid está que lo ahogan con un cabello, y aquella casa parece un jubileo! dijo una de las viejas: yo he sudado y me he estropeado para poder entrar donde está la difunta, y me han roto la saya: ¡si aquello es mucho! ¡y qué lujo! y allí están todos los cómicos del corral de la Pacheca, y los del coliseo del Príncipe, y los del coliseo de

la Cruz, y muchos señores, y muchos grandes, y cuatro lacayotes con hachas, que diz que son del señor duque de Lerma, que diz era querido de la comedianta: y allí está tambien el inquisidor general y otros religiosos, todos rezando, y la sala hecha un ascua de oro de luces, y la calle que no cabe un alfiler de gente, y todos tristes, y todos llorosos; y están dando limosna á mas y mejor en la puerta á todos los pobres que llegan. ¡Si parece que se ha muerto una persona real! cuando nosotras doblemos la cabeza y nos quedemos como un pollo con moquillo, nos agarrarán de un zancajo y nos echarán á un estercolero. ¡Pues ya se vé! ¡como era tan hermosa...! y como era querida de un señor... hé ahí! Quede vuesamerced con Dios. Vamos, tia Brígida, vamos, que ya es tarde.

El cocinero mayor no oyó ni la mitad de la relacion de la vieja; la noticia de que la Dorotea habia muerto de repente, le habia encogido, le habia helado, le habia dejado inmóvil; presa de uno de esos pavores que no se comprenden, si alguna vez no han pasado por nosotros.

El, aunque se habia quedado con doña Clara Soldevilla en la casa, donde habia entrado con aquella señora, al nombre de la inquisicion, pronunciado por el padre Aliaga, como don Juan y Quevedo habian ido á buscar á doña Clara, Montiño no sabia nada acerca de la muerte de Dorotea, porque Quevedo le habia echado con cajas destempladas, sin darle esplicacion alguna, para quedarse solo cuanto antes con doña Clara y don Juan.

En el mismo punto se fué al alcázar, evitando pasar por el sitio donde se suponia muerto al bufon, se habia metido entre sábanas, y habia pasado la noche con la cabeza tapada y con fiebre.

Por la mañana se durmió y despertó á las diez.

Al ver entrar el sol por las rendijas de la ventana de su dormitorio...

(Entreparéntesis: al meter Quevedo aquella noche, cuatro horas despues de la muerte de Dorotea, á doña Clara y á don Juan, en un coche, que tenia prevenido Francisco de Juara en el meson del Vizco, cesó de repente la lluvia; lentamente se despejó el cielo; luego amaneció claro y un sol brillante inundó de una luz dorada el espacio; parecia que al despejarse completamente la situacion de nuestros personajes, se habia creido el cielo obligado á despejarse tambien: esto pudo ser una casualidad, pero una casualidad reparable).

Al ver entrar el sol por las rendijas de la ventana de su dormitorio, decíamos, el cocinero mayor saltó del lecho, se vistió apresuradamente,

y afligido por su lastimada conciencia, su primer impulso fue ir á arrojarse de rodillas delante de Dios en un templo: en el camino le habia sorprendido, pues, de una manera terriblemente providencial, la noticia de la muerte de su víctima.

Porque Montiño no tenia duda: no se atrevia á tenerla: Dorotea le habia mandado hacer una cena y poner en ella un veneno, Dorotea habia muerto de repente: luego Dorotea se habia envenenado.

Nada tiene, pues, de estraño la paralísis total que acometió al cocinero mayor al saber la muerte de Dorotea.

Hacia un rato que los dos horribles conductores de aquella noticia, las dos viejas queremos decir, habian desaparecido, y todavía estaba Montiño hecho un garavito en el mismo lugar donde se habia parado para informarse.

Pero de repente se enderezó, se volvió y dió á correr como un insensato en direccion á la calle ancha de San Bernardo, atraido por ese magnetismo horrible que existe entre el asesinado y el asesino.

Cuando llegó hubo de detenerse: la afluencia de gentes le habia cortado el paso.

La calle estaba llena.

Y nada tenia esto de estraño.

La Dorotea era muy conocida, y á mas de esto, se daba una abundante limosna á la puerta de su casa.

Montiño codeaba á derecha é izquierda, pero no podia pasar.

Entonces, y como la atraccion que la impulsaba hácia el cadáver era mas poderosa á medida que se acercaba á él, viendo que por codos no podia abrirse paso, dió á gritar de una manera desentonada:

—¡Dejadme, dejadme pasar, por Dios! ¡quiero verla! ¿no oís que quiero verla antes de que se la lleven? ¡dejadme pasar!

Y redoblaba sus gritos.

Todos le creyeron por lo menos pariente de la difunta, y le abrieron paso.

Y asi gritando y codeando, logró llegar á la puerta de la casa.

En ella estaba Pedro, el antiguo criado de Dorotea, con un talego en la mano, del que sacaba sucesivamente reales de plata que iba entregando á los pobres que se presentaban.

Dos alguaciles, delante de él, impedian que fuese atropellado por los mendigos, y que entrase gente en la casa, á pesar de lo cual, mas de uno se colaba.

Colábase tambien Montiño.

—¡Eh! ¿á dónde vais? le dijo uno de los alguaciles cogiéndole del brazo.

—¿Que á dónde voy? dijo Montiño, volviendo su mirada escandencida é insensata al alguacil: ¿á dónde he de ir sino á verla antes de que se la lleven?

A estas palabras lacrimosas, chillonas, del cocinero mayor, Pedro volvió la cabeza y le reconoció.

—¡Ah! ¿sois vos, señor Montiño? dijo tambien lloroso Pedro: ¡oh! ¡qué desgracia! ¡qué desgracia tan grande y tan impensada! ¡no la olvidaremos jamás!

—¡Ni yo, ni yo! ¡yo no puedo olvidarla nunca! esclamó Montiño: pero, ¿cómo ha sucedido eso? ¿cuándo?

—Casilda que está adentro, en la cocina, os dará razon, señor Montiño. Yo no puedo marcharme de aquí. Como veis, estoy dando limosna por su alma. Dejad pasar á ese hidalgo, señor Casimiro Trompeta; es de la casa; dijo Pedro al alguacil que aun tenia asido á Montiño.

El corchete soltó al cocinero, que se despidió, subió las escaleras, atravesó un pasillo, y se entró de rondon en la cocina, donde, envuelta en un pañolon negro, estaba Casilda gimoteando, asistida por algunas comadres de la vecindad y algunas doncellas de cómicas que estaban en la casa, y componian aquella especie de duelo criaderil.

—¿Pero qué es lo que aquí ha sucedido? dijo Montiño dirigiendo bruscamente la palabra á la doncella de Dorotea.

—¿Qué ha de haber sucedido? desdichada que yo soy, sino que mi señora se ha muerto! ¡Y tan hermosa! ¡tan jóven! ¡tan buena!

Y siguieron las lágrimas y los sollozos.

—¿Pero cómo se ha muerto la señora? dijo Montiño cuya voz tenia á cada momento una acentuacion mas estraña y mas punzante.

—¿Y qué sé yo? dijo Casilda; yo no la he visto morir.

—¿Pero no ha muerto en la casa?

—Sí, sí señor; segun dicen don Francisco de Quevedo, y el padre fray Luis de Aliaga, que la trageron allá muy tarde.

—¿Que la trageron?

—Sí señor la trageron: al oscurecer, la señora habia salido muy engalanada, con el tio Manolillo: dicen que esta noche pasada han matado al tio Manolillo.

—Eso dicen, eso dicen, esclamó el cocinero mayor: pero seguid,

seguid: decíais que don Francisco de Quevedo y el padre Aliaga trageron á la señora.

—Sí, sí señor: la metieron envuelta en su manto, y como arrastrando; luego se encerraron con ella, y despues salió don Francisco de Quevedo: á poco vinieron el duque de Lerma, y un alcalde de casa y córte y un escribano: entonces supe que mi señora habia muerto, pero habia tenido tiempo de hacer testamento: nada la ha faltado, nada: ni sacerdote que la auxiliára y calificado, como que era nada menos que el inquisidor general, ni escribano que autorizase su última voluntad.

—¿Y no vino ningun médico?

—Sí, sí señor, el doctor Campillos, que era el médico del coliseo; allá dentro estuvo encerrado mucho tiempo, con la difunta y con el duque de Lerma, y con el inquisidor general, y con don Francisco de Quevedo.

—¿Y no dijo de qué habia muerto?

—Sí, sí señor: de repente, de enfermedad natural.

—¡Eso dijo!

—Sí, sí señor, eso dijo.

—¿Y eso ha escrito la justicia?

—Sí señor, eso ha escrito.

Al través de su locura, un rayo de razon penetró en el pensamiento de Montiño, ó mas bien un instinto de conservacion.

Aguantóse, dejó las cosas como los hombres y la justicia de los hombres las habian puesto, pero en medio de su locura, su conciencia, mas poderosa que ella, le acusaba de aquella muerte.

Y la fascinacion que le habia llevado hasta allí, poderosa, terrible, le arrastró todavia.

Se despidió de Casilda, y se entró en la sala.

Los balcones estaban completamente cerrados; las paredes y el techo cubiertos con paños de terciopelo negro franjeados de oro, el suelo cubierto con un paño negro.

En medio de la sala, sobre un magnífico lecho, rodeado de gigantescos candelabros de bronce dorado con blandones, estaba el cadáver, humildemente amortajado con un sayal ceniciento de la órden de San Francisco y la cabeza rodeada de una toca blanca.

A los cuatro ángulos del lecho, habia cuatro lacayos de gran librea, inmóviles como estátuas, y con blandones amarillos en las manos.

Las libreas de aquellos hombres eran del duque de Lerma.

Detrás del lecho se veia la manguilla negra de terciopelo bordado de oro, y con la cruz dorada de la parroquia de San Martin.

El cura y los clérigos de la parroquia, y en medio de ellos, el inquisidor general con sus hábitos negros y blancos de domínico, rezaban.

Detrás de los sacerdotes, arrodillados, rezando tambien, habia una multitud de hombres y de mujeres vestidos de luto.

Aquellas mujeres y aquellos hombres eran los cómicos de los coliseos de Madrid.

Al fondo de la sala, junto á la puerta de entrada, silenciosos y graves, habia algunos hidalgos.

Al verse allí, el cocinero mayor sintió un vértigo horrible: parecióle que las luces se agrandaban, que se iban hácia él, que le rodeaban, que giraban, que subian, que bajaban, que se revolvian, en un torbellino de fuego.

Parecióle ver en medio de aquel torbellino, de aquel resplandor, impuro y flameante, levantarse el cadáver de Dorotea, adelantar, asirle, estrecharle entre sus brazos, y arrastrarle consigo.

Y presa de este vértigo infernal, Montiño adelantó con paso nervioso, lento, marcado, con los cabellos herizados, con los ojos horriblemente dilatados, con la boca contraida, temblorosa, con el semblante lívido, estremeciéndose todo, hácia el cadáver, junto al cual llegó y le contempló de una manera horrorosa en el momento que la clerecía empezaba á entonar el terrible psalmo: *Dies iræ, dies illæ...*

Montiño no pudo resistir mas: su cabeza se partia, su pecho se abrasaba, y antes de que pudiese separarse de allí, su locura estalló, y gritó con un acento espantoso:

—¡Perdon! ¡perdon! ¡yo pasaré todos los dias de mi vida en la penitencia! ¡pero! ¡suéltame! ¡suéltame! ¡no me arrastres contigo! ¡yo pasaré mi vida orando y haciendo que la iglesia ore por tí!

Y tras esto, en medio del escándalo de los que en la sala estaban, dió con su cuerpo en tierra.

—Este hombre está loco, dijo el padre Aliaga, mandando sacar de allí al cocinero mayor, y llevarle á un cuarto, en donde se encerró con él.

Pero habia causado tal impresion la muerte de la Dorotea, habian dicho tales cosas acerca de entradas y salidas de su ama Pedro y Casilda, se habia murmurado tanto, que se sospechó por todos y aun se dió por seguro, que allí habia *gato encerrado*.

El tremendo alcalde de casa y córte Ruy Perez Sarmiento, á quien

ya conocemos, habia sido llamado entre doce y una de la noche anterior por el duque de Lerma.

El duque de Lerma habia llamado al alcalde de casa y córte, porque entre diez y once de la noche habia estado encerrado un largo espacio con él don Francisco de Quevedo.

Quevedo habia hecho llegar, valiéndose de frases hinchadas y misteriosas para obligar á los criados, una carta al duque de Lerma, una carta que solo contenia estos tres renglones:

«Escelentísimo señor: Tengo en mis manos el cuchillo que puede cortaros la cabeza; pero yo os daré este cuchillo si me dais licencia para hablaros.—Francisco de Quevedo.»

Leer esta carta, y hacer entrar inmediatamente á Quevedo, fue todo uno.

Quevedo entró con unos papeles en la mano.

Y por cierto que aquellos papeles estaban teñidos de sangre.

Pero digamos antes de donde venia Quevedo.

Cuando salió con el corazon desgarrado de la casa donde habia visto muerta á Dorotea, llevando consigo á don Juan, hizo dar á este algunas vueltas por las tenebrosas calles.

Aun no habia dejado de llover, y Quevedo, que como tenia de todo, era algo médico, esperó que la humedad reblandeciese el cerebro de don Juan.

Lo que demuestra que Quevedo, ya en aquellos tiempos, buscaba el alma en los nervios.

No se engañó don Francisco.

La escitacion nerviosa del jóven, se modificó.

Anduvo por algun tiempo en silencio asido al brazo de Quevedo.

Luego esclamó:

—¡Qué sueño tan horrible!

—Ya que de sueños hablais, dijo Quevedo, tomad lo pasado como sueño y escarmiento. No jugueis mas con el alma de la mujer, porque las mujeres son terribles. Olvidad.

—No puedo.

—Dominaos.

—Tengo el corazon despedazado.

—Por lo mismo, y porque estais esperimentando lo que es tener el corazon amargo y sangriento, no querais que le tenga tambien vuestra esposa.

—¡Clara!

—¡Si supiérais de lo que ha sido capaz esa mujer que llorais!

—¡Dorotea!

—Sí: vos veis en ella un ángel perdido, y era un demonio.

Quevedo era un médico terrible: ponia á sangre fría los dedos sobre la llaga y la estrujaba.

La muerta nada tenia ya que perder ni que esperar en la vida, y Quevedo queria salvar á los que, vivos aun, tenian qué perder y qué esperar.

Calumniaba á Dorotea.

—¿Qué decís, don Francisco? esclamó el jóven.

—Digo que Dorotea era una aventurera que queria perderos.

—¿Perderme y ha muerto por mí?

—Vos no comprendeis á ese animal que se llama hombre, á quien aventaja en ferocidad ese otro animal que se llama mujer. ¿Hubiérais vos creido que hubiese persona que para vengarse de otro se diese la muerte?

—No... eso es inconcebible.

—Pues todo el que se mata por amor, no se mata por otra cosa que por amargar con el recuerdo de su muerte la conciencia del hombre ó de la mujer que le ha desdeñado.

—¡Oh! ¡no! ¡no puede ser!

—Y sin embargo, es.

—Yo... me habia entregado enteramente á Dorotea.

—Dorotea sabia que mientras existiese doña Clara, ella no podia ser para vos mas que un entretenimiento.

Quevedo estaba en la situacion, y sus últimas palabras influyeron terriblemente en el ánimo del jóven, porque habia oido aquellas mismas palabras á Dorotea.

—¿Y ha podido llegar la locura de esa infeliz hasta tal punto? dijo.

—No era locura, sino rabia, y rabia femenil, la mas terrible de las rabias de que puede adolecer una criatura. El amor de Dorotea era impuro: sino hubiese tenido celos, y celos de vanidad, hubiera satisfecho su deseo por vos, y á los quince dias os hubiera burlado.

Don Juan no contestó.

Cada una de las palabras de Quevedo, le hacian esperimentar el frío de la hoja de un puñal.

El implacable Quevedo continuó:

—Y dad gracias á Dios de que su sabia y misericordiosa providencia

me haya traido á tiempo de impedir el gran crimen que habia meditado Dorotea, y su contrahecho amante el bufon del rey.

—¡Cómo! ¡aquel hombre era...!

—Sí, era ese amante feroz y bajo que tienen todas las aventureras: era su puñal.

—Me estás revelando cosas horribles.

—Es que cuando la verdad vale algo, es siempre horrorosa en el punto en que se la quita la camisa.

—¿Y qué era lo que habian meditado ese hombre y esa mujer?

Quevedo notó con alegría, con una alegría *sui generis*, que don Juan llamaba *esa mujer* á la desdichada Dorotea.

—Habian querido matar á un ángel

—¡A Clara!

—Si por cierto: en el momento en que vos estuvísteis encerrado con Dorotea, el tio Manolillo fue al alcázar, dijo á doña Clara que vos os olvidábais de ella con otra, y doña Clara le siguió loca de celos; porque los celos y la prudencia nunca van juntos. Si yo no encuentro á la puerta misma de la casa donde Dorotea con vos estaba, al tio Manolillo que con doña Clara venia, vuestra esposa, vuestra noble y digna esposa, os hubiera visto en los brazos de esa mujer, y esa mujer se hubiera matado, segura de que os dejaba á entrambos muertos.

—¡Oh! ¡ved no os engañeis, don Francisco!

—El bufon que está allá en la calle de don Pedro sin la vida que yo le he sacado por la cabeza, del tajo mas lleno y mas derecho que he dado en toda mi vida, es un testimonio, y doña Clara que está en una casa de la misma calle, entre la muerte y la vida, que de muerte es el ánsia que la aflige, es otro.

—¡Cómo! ¡Clara, mi adorada Clara, me espera!

—Y sufre y llora.

—Pues vamos, vamos al momento: ¿qué tardamos?

—¿Estais seguro de dominaros hasta el punto de parecer sereno despues de lo que habeis sufrido?

—Ha sido un sueño: un horrible sueño que ha pasado.

—Cuenta con que el sueño no se os conozca en los ojos.

—Descuidad, estoy tranquilo: lo que me habeis revelado, me ha cerciorado.

—Ved que doña Clara es muy aguda de entendimiento y que no es cosa fácil hacerla ver lo negro blanco.

—No necesito engañarla: verla será para mí la vida: la entrada en el cielo despues de haber salido del infierno.

—Es necesario que la mintais.

—La diré que he ido á ver á mi madre.

—No; decidla mas bien que habeis ido á ver al duque de Lerma.

—¿Y para qué?

—¿No habeis sido puesto en libertad? ¿no necesitais licencia del rey para partiros esta misma noche de Madrid?

—¡Ah! ¡sí! ¡es cierto!

—Pues vamos.

—Vamos.

—Esperad, esperad: allá, en aquella esquina, medio agoniza un farol delante de una imágen: vamos, allí, don Juan: quiero veros el rostro.

Esta fué una intimacion indirecta al jóven, para que se dominase, para que compusiese su semblante.

Llegaron á la esquina, y Quevedo le quitó el sombrero para verle mejor el rostro.

—No importa que os mojeis la cabeza, dijo, cuanto mas agua cae sobre el fuego, mejor.

—Vedlo; estoy tranquilo, estoy como siempre, dijo don Juan sonriendo de una manera tan amarga, tan horrible, que Quevedo retrocedió espantado.

—Esperad: os he enseñado mi corazon: ahora voy á mostraros mi valor.

Y don Juan se sonrió de una manera franca, abierta, natural, tranquila.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! ¡hijo mio! dijo Quevedo conmovido: teneis un hermoso corazon, y un valor como hay pocos; ello pasará, ello pasará; vuestro corazon es todo entero de doña Clara, y ella será el ángel glorioso que os cure de ese otro ángel condenado. Vamos, hijo mio, vamos: seguid siendo valiente, y acordaos para serlo, de que vuestra serenidad, vuestra paz esterior en estos momentos, es la paz del alma, es la vida de la inapreciable compañera que os ha dado Dios: recoged todas vuestras fuerzas, preparaos y no hablemos mas.

Y tiró de don Juan.

Algunas calles mas allá, se encontraron en la de don Pedro.

Quevedo llamó á la puerta de la casa donde estaba doña Clara Soldevilla.

Cuando entró en el aposento donde estaba esta con don Juan, la jóven se levantó de una silla, y corrió á su marido, le asió las manos temblorosa, y le miró con ansiedad.

Quevedo despidió al cocinero mayor, que todavia estaba allí.

Don Juan sonrió enamorado, trasportado de alegria, á doña Clara.

Y esta alegría no era fingida.

Quevedo habia operado con su cruel tratamiento una reaccion en el ánimo del jóven: le habia ennegrecido el recuerdo de Dorotea, le habia hecho temblar por doña Clara. Don Juan se encontraba al fin delante de ella, estaba bajo la influencia de su hermosura aumentada por el temor, por la agonía del alma, bajo el magnetismo de sus hermosos ojos ansiosos y enamorados, en contacto con aquella vigorosa organizacion que se estremecia aterrada.

Don Juan lo olvidó todo: no vió mas que á doña Clara.

Su vista fué para él, lo que la sombra para el peregrino cansado, lo que la fuente para el sediento, lo que la luz para el ciego.

Y ébrio de placer, y de amor, y de alegría, y de esperanza, abrazó á doña Clara y la besó en la boca.

Quevedo miraba aquello con una triste gravedad.

—¡El alma de los jóvenes! dijo: ¡humo que agita el viento en el cielo de la esperanza! Hélos curados á los dos.

—¿Dónde has estado? dijo doña Clara.

—Casa del duque de Lerma.

—¡Oh! si, dijo doña Clara con toda la fé de su alma: no podia ser otra cosa, me habian engañado horriblemente.

Quevedo dejó á los dos esposos en libertad de esplicarse, y con uno de los vecinos de la casa envió á pedir dos sillas de manos.

Cuando llegaron hizo acercar la una en la cual doña Clara y don Juan entraron y se dirigieron al alcázar.

Luego con la otra silla de manos se fué á la casa donde estaba el padre Aliaga, con lo que habia sido Dorotea, abrió, hizo que los ganapanes que conducian la silla la metiesen dentro y se quedasen fuera.

Poco despues Quevedo abrió é hizo que los conductores llevasen la silla, cerró la puerta, y á pié y lentamente escoltó la silla de manos.

Dentro de la silla iban el cadáver y el padre Aliaga.

Mas allá de la casa, entre la oscuridad, bajo la lluvia, quedaba el cadáver del tio Manolillo.

Cuando el padre Aliaga y Quevedo, con gran trabajo, disimulando

cuanto pudieron el estado de muerte de Dorotea, la pusieron en su lecho y se encerraron con ella, Quevedo se fué sin vacilar al cajon de la mesa, donde, segun la posdata de la carta póstuma de Dorotea á don Juan, estaba el testamento de la comedianta.

Abrióle, y le encontró fechado y autorizado con muchos dias de anterioridad, á pesar de que con arreglo á todos los indicios, habia sido otorgado aquel mismo dia.

Dorotea dejaba su hacienda al bufon, al cocinero mayor, á sus dos criados Pedro y Casilda, á los pobres y á su alma.

Al bufon, por lo mucho que le estimaba, dejaba seis mil doblones; al cocinero mayor, *por un gran beneficio que la habia hecho*, mil doblones: á Pedro y Casilda, mil ducados á cada uno: cuatro mil ducados para los pobres, que debian darse de limosna para su alma, y diez mil ducados á la parroquia de San Martin por una sepultura en tierra, sin losa ni letrero, y para sufragios por su alma.

Esta cantidad debia encontrarse parte en dinero, en su casa, y el resto debia completarse con la venta de sus trages, sus alhajas y sus muebles.

Quevedo leyó conmovido este testamento, y sobre todo una cláusula en que Dorotea le constituia su albacea único, y le suplicaba tomase en amor suyo, en memoria suya, la prenda que mas quisiese de lo que dejaba.

Quevedo se enjugó las lágrimas con el envés de la mano, y luego escribió con mano firme al fin del testamento:

«No pudiendo permanecer en Madrid, del que salgo esta noche, delego las facultades que en este testamento se me otorgan, en el ilustrísimo señor Fray Luis de Aliaga, inquisidor general, archimandrita del reino de Nápoles, del consejo de Estado, confesor de su magestad el rey nuestro señor, que conmigo firma aceptando.—Don Francisco de Quevedo y Villegas, del hábito de Santiago.»

Esto escrito, Quevedo apartó del cadáver al padre Aliaga, y le leyó el testamento.

Oyólo en silencio el confesor del rey.

Pero cuando Quevedo leyó la nota adicional escrita por él, esclamó:

—¡Qué! ¿os vais dejando esta pesada carga sobre mis hombros?

—Antes de irme yo os abriré camino, fray Luis.

—¿Y por qué no os quedais? ¿por qué no nos ayudais con vuestras grandes fuerzas á soportar el enorme peso de aconsejar á su magestad en la gobernacion del reino?

—Líbreme Dios de meterme en embrollos y en oscuridades: que no soy yo cortesano de los que hoy se usan, ni mis consejos serian para seguidos; y pues mejor es no aconsejar que aconsejar al aire, dejadme ir á donde mis consejos se oyen y aprevechan, y no me querais aquí; que en cuatro dias que hace que en esta última vez en la córte ando, han sucedido cuatro mil desgracias. Que tal es mi suerte pecadora, que á donde yo voy va la desdicha, y el bien que hago, sangre y lágrimas me cuesta.

—Os debemos, sin embargo, demasiado.

—Quédanse las cosas como se estaban, y no podia suceder de otro modo: que tal anda ello, que el gobierno es como capa vieja á quien se la va el remiendo que se la ha puesto por las puntadas. Ved, pues, lo que me mandais para Nápoles, que tengo que hacer bastante, y verme quiero fuera de Madrid antes de que acabe la noche.

—Sacadme antes de iros si podeis de este pantano en que me encuentro.

—A ver voy á Lerma, y os le enviaré, y él hará lo que sea menester que él lo puede todo.

—¿Y no volveremos á veros por aquí?

—Acaso.

—Id con Dios, id con Dios, don Francisco, y al menos escribiéndonos no nos olvidareis.

—Asi haré, porque como escribiendo me divierto, en escribir soy diligente. Y adios fray Luis, y no me detengais mas que estoy decidido, y aun me queda que hacer, y ánsia tengo por acabar.

—¿Y no os despedís de esa desdichada?

Quevedo se volvió en un movimiento nervioso hácia la alcoba, entró en ella, se acercó al lecho, asió una helada mano del cadáver, y se descubrió.

Su ancha frente, nublada, sombría, trasparentando un pensamiento desesperado, parecia absorver el amarillo reflejo de una lámpara que estaba encendida sobre una palometa de plata junto al lecho, delante de una vírgen de los Dolores.

La mirada de Quevedo, abarcando aquel cadáver, afeado por la muerte, de que quedaban aun los hombros desnudos, redondos y mórvidos, y las maravillosas galas y las joyas deslumbrantes, tenia algo de espantoso.

—Te he calumniado, dijo, en el corazon del hombre por quien has muerto; pero tú ya estás donde la verdad resplandece, pobre niña: tú

verás que de los que aquí quedan, solo queda en uno la amarga memoria tuya: yo haré que en los templos de Nápoles se eleven preces por tu alma, y por tu descanso: yo rogaré á Dios por tí lo que me quede de vida: y puesto que una prenda tuya me legas, este rizo, y mi recuerdo, serán lo único que de tí quede algun tiempo sobre la tierra.

Y Quevedo desnudó su daga, cogió uno de los sedosos y pesados rizos de Dorotea, le cortó, le anudó, le guardó en el seno y salió de la alcoba.

—Adios, fray Luis, adios: dijo abrazándole. Hasta que la desdicha nos vuelva á juntar.

—Adios don Francisco, adios, y que él os de fuerzas para sufrir vuestras amarguras.

Quevedo salió y se encaminó casa del duque de Lerma, en cuya portería escribió la carta en tres renglones que le abrió paso hasta el despacho del duque.

Recibióle Lerma afablemente, y le mostró la carta que acababa de leer.

—Esplicadme esto, don Francisco, le dijo:

—La esplicacion está en estos sangrientos papeles, dijo Quevedo entregando al duque los que llevaba en la mano.

El duque los examinó rápidamente.

Eran los papeles que le habia robado el tio Manolillo, y que le tenian sujeto.

—¿Qué precio quereis por estos papeles, don Francisco?

—Yo no vendo seguridades, ni en ser soplon he pensado nunca. Lo que queria ya lo tengo, una audiencia vuestra.

El duque se acercó á una bujía, y quemó uno por uno aquellos papeles.

—Nada habeis hecho, dijo Quevedo, si no quemais tambien vuestra ambicion y vuestra soberbia.

—¡Siempre cruelísimo conmigo! ¿Por qué no me ayudais?

—Porque no quiero.

—¡Breve estais!

—Tengo prisa.

—¿Y á qué habeis venido?

—A atar unos cabos que si se quedasen sueltos podrian enmarañarnos.

—Veamos.

—Recordad qué sangre tenian los papeles que habeis quemado.

—¿Habeis muerto ó herido..?

—He sacado de penas al bufon del rey. Desdichado era, y por mí descansa. Allá está en la calle de don Pedro.

—Bien: no se harán informaciones acerca de esa muerte.

—Necesaria ha sido, y con decir que ha sido necesaria, digo que ha sido justa.

—Bien, bien: el secreto se enterrará con el muerto.

—Hay ademas en la calle de don Pedro, esquina á la de la Flor, una casa deshabitada, de cuya puerta es esta llave.

Y Quevedo dió al duque una llave que el duque puso sobre la mesa.

—En esa casa hay una sala ricamente entapizada, y con una cena ricamente servida: la vajilla es de plata: los manjares apetitosos: pero cuando mandeis recoger la vajilla y los tapices y los cuadros, advertid que nadie por golosina coma de aquellos manjares. Podria acontecerle lo que á Dorotea.

—¡Cómo! ¡pues qué ha sido de Dorotea!

—Debeis alegraros por lo que toca á vuestra hacienda, aunque la lloreis como cristiano: la Dorotea os tenia apurado: dándose muerte desesperada, os ha librado de apuros y de gastos.

Púsose densamente pálido el duque de Lerma.

—¿Pero quién ha asesinado á... Dorotea?

—Su despecho.

—Su muerte va á causar un alboroto, un escándalo: era muy querida del público.

—Pues ved ahí lo que son las mujeres: ella no ha pensado ni un momento en el escándalo que iba á dar matándose.

—Pero esplicadme...

—Ya os he dicho que estoy de prisa: por lo mismo quiero concluir pronto. Que la causa de su muerte se oculte: que su secreto se entierre con la infeliz, como el otro con el bufon.

—Se enterrará, se enterrará. ¿Pero dónde está Dorotea?

—En su casa, en su cama, y orando junto á su cama, el bueno del inquisidor general.

—¿Y qué mas quereis, don Francisco?

—Quiero real licencia para que partan cuando quieran á Nápoles don Juan Tellez Giron, capitan de la guarda española del rey, con su esposa doña Clara Soldevilla, dama de honor de su magestad la reina.

—Pediré la licencia á su magestad.

—Dádmela vos por traslado, que otras mas graves reales órdenes se han dado sin que lo sepa su magestad.

El duque, dominado por Quevedo y por la situacion, se sentó en la mesa, escribió, firmó, leyó lo que habia escrito á Quevedo y luego dobló el papel, le puso un sobre y le selló y le sobrescribió.

—Beso á vuecencia las manos y le doy las gracias, dijo Quevedo tomando el pliego.

Y se encaminó á la puerta.

—No me atrevo á deciros mas, dijo el duque, porque estoy seguro de no reteneros.

—Adios, don Francisco de Sandoval y Rojas, dijo con un acento singular Quevedo; plegue á Dios que no pagueis, como me temo, el favor de su magestad.

Y Quevedo salió.

Poco despues fue cuando el duque llamó al alcalde de casa y córte Ruy Perez Sarmiento.

—Tomad, dijo el duque dándole una órden firmada por el rey: presidente sois desde ahora de la real audiencia de Méjico.

—¡Oh! ¡señor! ¡señor escelentísimo! dijo doblegándose todo el alcalde.

—Anteanoche me servísteis bien: pero aun os queda que hacerme un último servicio.

—Mandad, señor.

—En la calle de don Pedro encontrareis un hombre muerto á hierro.

—¿Y quiere vuecencia que se descubra...?

—Por el contrario, quiero que hagais el proceso de manera que no pueda, ni aun por barruntos, sospecharse quien es el homicida.

—Lo haré, señor.

—Pues id al momento, no dé con el difunto una ronda.

—A tal hora y lloviendo, juraría que no hay un alcalde fuera de su lecho, ni mas alguaciles de pié que los que yo traigo.

—Pues id, alcalde, despachaos, depositad el difunto y volved, porque os necesitaré aun.

Cuando el duque se encontró solo, una espresion de contento animó su semblante.

Esto consistía en que se le habia quitado una montaña de sobre el co-

razon, en el momento en que destruyó las pruebas de traicion que en poder del tio Manolillo eran su inquietud mortal.

En cuanto á Dorotea no diremos que el duque se alegrase de su muerte.

Pero el corazon humano es un abismo.

Dorotea era un cocodrilo alimentado con oro.

Le sacrificaba.

Viva Dorotea, no era posible dejarla. ¿Qué se hubiera dicho de la magnificencia del duque de Lerma?

No dejándola, era preciso satisfacer sus gastos.

Por la muerte de Dorotea heredaba Lerma un tesoro.

Esto es, el tesoro que hubiera absorvido Dorotea, si no hubiera muerto.

Y como todo el que hereda cuantiosamente, se consuela con facilidad de la pérdida del difunto, (en general sea dicho), y como el duque de Lerma salia bien heredado, estaba en unas magníficas disposiciones de consuelo.

Todo arregló á las mil maravillas, porque el licenciado Sarmiento era hombre que lo entendia.

El tio Manolillo pasó por asesinado por una mano oculta y con su entierro se terminó el proceso.

Dorotea pasó por muerta de repente, en su casa, en su cama; se la hicieron, costeándolos el duque de Lerma, que no podia dispensarse de aquel último gasto, unos ostentosos funerales, y se la enterró segun su voluntad, en la iglesia de San Martin, en una sepultura en el suelo, sin piedra ni letrero.

Habia cesado de llover y hacia sol.

Un mes despues la duquesa de Gandía recibió por un correo espreso una larga carta del duque de Osuna.

El poderoso grande estaba completamente satisfecho de su hijo y de su esposa, que se amaban con toda su alma y eran felices.

A la carta de Osuna, acompañaban una de don Juan y otra de doña Clara.

Aquellas cartas respiraban felicidad.

El autor debe decir, que tal maña se dió Quevedo, que curó á los dos esposos completamente, á él del recuerdo de Dorotea á ella de sus celos.

Atemos los últimos cabos.

Don Rodrigo Calderon sanó al fin de su herida, y como era necesario al duque de Lerma, este se guardó muy bien de mostrarse enojado con don Rodrigo.

El incendio de la quinta del conde de Lemos se apagó, pero no se apagó del mismo modo el incendio del corazon de la condesa.

En la primavera siguiente, la condesa de Lemos fué á visitar sus posesiones de Nápoles.

En resúmen, ¿cual de nuestros personajes era la víctima de los sucesos que acabamos de relatar?

La situacion de la córte habia quedado en el mismo estado que antes: las intrigas seguian, los que antes eran enemigos, seguian profesándose un razonable ódio.

Doña Clara tenia á su don Juan.

La condesa de Lemos á su don Francisco.

Dorotea y el bufon habian dejado de sufrir, porque los muertos no sufren.

Doña Ana seguia siendo la maestra de amor del príncipe de Asturias.

El padre Aliaga quedóse mas desesperado que lo estaba cuatro dias antes.

Unos personajes habian ganado.

Otros se habian quedado como estaban.

¡Pobre Francisco Martinez Montiño! ¡tú solo, parte paciente de esta historia, tú pagador constante de pecados agenos, tú solo fuiste la víctima supervivente á estas aventuras de cuatro dias lluviosos!

Su locura se habia determinado.

Perdió, por lo tanto, la cocina de su magestad, cuya pérdida no se le indemnizó, sino con dejarle un mechinal donde vivia en palacio y una mezquina pension nominal, porque no se le pagaba.

No le encerraron porque su locura era tranquila.

Consistía esta en la manía de querer hacer creer á todo el mundo, que detrás de él, siguiéndole, persiguiéndole, engalanada con sedas y joyas, iba constantemente la comedianta Dorotea; que cuando se acostaba, Dorotea se sentaba á la cabecera de su cama.

Y esto, que era asunto de risa para la canalla de escalera abajo de palacio era una verdad para el infeliz.

Veia por todas partes á Dorotea, engalanada, pero lívida, horrible. Huia de sí mismo, pretendiendo huir de ella, en vano, porque la llevaba

consigo, porque su locura habia dado una forma real á sus remordimientos.

El infeliz se habia quedado solo.

Su mujer se habia fugado con un nuevo amante, robándole su dinero ahorrado en tantos años, los dos mil doblones que habia contenido el cofre de hierro que habia traido de Navalcarnero Francisco Martinez Montiño, donde habia hallado las pruebas de su nacimiento don Juan Tellez Giron, que este le habia cedido generosamente, y los dos mil ducados que le habia legado Dorotea, como precio horrible de su envenenamiento.

Flaco, desnudo, hambriento, acurrucado en la puerta de las cocinas, comiendo de la caridad de los que en otro tiempo habian sido sus oficiales, fué necesario que informado el duque de Osuna de su miseria, le señalase una pension decente, le diese aposento cómodo en uno de sus palacios de Madrid, y destinase una persona á su servicio que solo tenia esta obligacion, y la no muy pesada de cuidar de otro personaje de quien no hemos vuelto á ocuparnos desde el primer capítulo de este libro: de *Cascabel*, del pobre caballo viejo y cojo, sobre el cual habia entrado el señor Juan Montiño en Madrid.

Asi pasaron algunos años.

El ex-cocinero, hablando siempre de Dorotea, y viéndola siempre pero sin nombrar jamás la palabra envenenamiento.

Cascabel, rumiando su pienso cernido en un rincon de las caballerizas del duque de Osuna.

Un dia encontraron á Cascabel muerto.

Pocos dias despues, al entrar por la mañana en el aposento de Francisco Montiño el hombre que le asistia, le encontró sentado sobre la cama, mirando con estrañeza cuanto le rodeaba.

—¡Dónde estoy! dijo: ¡y mi mujer! ¡dónde está mi mujer! ¡dónde está mi hija! ¡y tan tarde, y sin haber acudido á las cocinas!

El asistente le creyó mas loco que nunca.

Y sin embargo, Montiño habia recobrado la razon, pero para morir.

Cuando le dijeron como habia vivido seis años, que su mujer le habia robado y abandonado; que su hija habia desaparecido con el paje Cristóval Cuero; que vivia de la caridad del duque de Osuna, Montiño fué lentamente desplomándose; cuando, por último, le contaron que nombraba continuamente á Dorotea, un grito horroroso, un rugido terrible salió del pecho del desdichado, y cayó sobre el lecho acometido de un vértigo mortal.

Llamóse al padre Aliaga, que no se separó de él, y tanto se esforzaron que le creyeron salvado.

Habia dejado el lecho.

Pero el mismo dia en que le dejó, en que salió á la calle, le esperaron en vano.

Llegó la noche y tampoco vino.

Al dia siguiente se supo que le habian hallado muerto sobre la sepultura de Dorotea.

Aquella sepultura no tenia losa ni nombre.

Montiño no habia preguntado á nadie por el lugar de la sepultura de Dorotea.

¿Quién le habia llevado á morir sobre la tumba de su víctima?

¿Quién sabe? una casualidad tal vez.

Tal vez la mano de Dios.

Madrid, 1.° de mayo de 1858.

FIN DEL COCINERO DE SU MAGESTAD.

INDICE.

Caps.		Pags.
I.	De lo que aconteció á un sobrino por no encontrar á tiempo á su tio.	5
II.	Interioridades reales.	25
III.	En que se demuestra lo perjudiciales que son los lugares oscuros en los palacios reales.	51
IV.	Enredo sobre maraña.	59
V.	¡Sin dinero y sin camisas!.	69
VI.	Por qué el tio daba de comer de aquella manera al sobrino.	79
VII.	Los negocios del cocinero del rey.—De cómo la condesa de Lemos habia acertado hasta cierto punto al calumniar á la reina.	89
VIII.	De cómo al señor Francisco le pareció su sobrino un gigante.	99
IX.	Lo que hablaron Lerma y Quevedo.	109
X.	De cómo don Francisco de Quevedo encontró en una nueva aventura, el hilo de un enredo endiablado.	127
XI.	En que se sabe quién era la dama misteriosa.	137
XII.	Lo que hablaron la reina y su menina favorita.	149
XIII.	El rey y la reina.	163
XIV.	Del encuentro que tuvo en el alcázar don Francisco de Quevedo, y de lo que averiguó por este encuentro acerca de las cosas de palacio, con otros particulares.	171

Caps.		Pags.
XV.	De lo que vieron y oyeron desde su acechadero Quevedo y el bufon del rey.	187
XVI.	El confesor del rey.	201
—	En que empieza el segundo acto de nuestro drama.	219
XVII.	De cómo entre unos y otros no dejaron parar en toda la mañana al cocinero de su magestad.	253
XVIII.	El tio Manolillo.	265
XIX.	De cómo el tio Manolillo hizo que doña Clara Soldevilla pensase mucho y acabase por tener celos.	273
XX.	En que continúan los trabajos del cocinero mayor.	284
XXI.	De cómo en tiempo de Felipe III se conspiraba hasta en los conventos de monjas.	287
XXII.	En la hostería del Ciervo Azul, y luego en la calle.	307
XXIII.	De lo que quiso hacer el cocinero de su magestad, de lo que no hizo, y de lo que hizo al fin.	327
XXIV.	De cómo los sucesos se iban enredando hasta el punto de aturdir al inquisidor general.	339
XXV.	De lo que oyó el tio Manolillo, sin que pudiera evitarlo el confesor del rey.	363
XXVI.	En que se vé que el cocinero mayor no habia acabado aun su faena en aquel dia.	369
XXVII.	De los conocimientos que hizo Juan Montiño, acompañando á la Dorotea.	379
XXVIII.	De cómo Juan Montiño, con mucho susto de la Dorotea, se dió á conocer entre los cómicos.	395
XXIX.	De cómo hizo sus pruebas de valiente por ante la gente brava, Juan Montiño.	403
XXX.	De cómo engañó á Dorotea, para llevarla á palacio el tio Manolillo.	411
XXXI.	Continúan los antecedentes.	417
XXXII.	El suplicio de Tántalo.	433
XXXIII.	En que se esplicará algo de lo oscuro del capítulo anterior, y se verá cómo doña Clara encontró un pretesto para favorecer el amor de Juan Montiño, á pesar de todos los pesares.	449
XXXIV.	De cómo Quevedo sin decir nada al rey le hizo creer que le habia dicho mucho.	455
XXXV.	De cómo el padre Aliaga puso de nuevo su corazon y su virtud á prueba.	463
XXXVI.	De cómo el diablo iba enredando cada vez mas los sucesos.	473
XXXVII.	De lo que vió y de lo que no vió el tio Manolillo, siguiendo á los que seguian al cocinero mayor.	477
XXXVIII.	De cómo Quevedo conoció prácticamente la verdad del refran: el que espera desespera.	487

Caps.		Pags.
XXXIX.	De cómo el noble bastardo se creyó presa de un sueño. . .	495
XL.	De cómo Quevedo se quedó á su vez sin entender al rey.	501
XLI.	De cómo don Juan Tellez Giron se encontró mas vivo que nunca cuando mas pensaba en morir.	507
XLII.	Continúan los trabajos del cocinero mayor.	519
XLIII.	Lo que se puede hacer en dos horas con mucho dinero . .	531
XLIV.	En que el autor presenta, porque no ha podido presentarle antes, un nuevo personaje.	539
XLV.	De cómo la Providencia empezaba á castigar á los bribones.	549
XLVI.	De lo perjudicial que puede ser la etiqueta de palacio en algunas ocasiones.	555
XLVII.	De cómo muchas veces los hombres no reparan en el crímen aunque sus vestigios sean patentes.	561
XLVIII.	De cómo la duquesa de Gandía tuvo un susto mucho mayor del que le habian dado los miedos de San Anton. . .	565
XLIX.	De cómo don Francisco de Quevedo quiso dar punto á uno de sus asuntos.	575
L.	En que encontramos de nuevo al héroe de nuestro cuento. .	584
LI.	De cómo empezó á ser otro el cocinero mayor.	589
LII.	En que se deja ver en claro el bufon del rey.	593
LIII.	Cómo saben mentir las mujeres.	607
LIV.	Quevedo visto por uno de sus lados.	619
LV.	En que el autor retrocede para contar lo que no ha contado antes.	631
LVI.	Amor de madre.	669
LVII.	Las audiencias particulares del duque de Lerma.	681
LVIII.	De cómo Dorotea era mas para con el duque, que el duque para con el rey.	699
LIX.	Lo que hace por su amor una mujer.	707
LX.	De cómo le salió á Quevedo al revés de lo que pensaba. . .	713
LXI.	De cómo el duque de Lerma se encontró mas desorientado que nunca.	721
LXII.	De cómo el duque de Lerma vió al bufon de su magestad entenderse, crear, tocar las nubes, etc.	729
LXIII.	De cómo Quevedo buscó en vano la causa de su prision, y de cómo cuando se lo dijeron se creyó mas preso que nunca.	743
LXIV.	De cómo el tio Manolillo no habia dado su obra por concluida.	749
LXV.	El padre y el hijo.	765
LXVI.	De cómo el licenciado Sarmiento hizo bueno una vez mas el proverbio que dice: que no es tan fiero el leon como le pintan, y de cómo todas las pulgas se van al perro flaco.	775

Caps.		Pags.
LXVII.	De cómo se agravó la demencia del cocinero mayor, y acabó por creerse asesino del sargento mayor.	781
LXVIII.	En que continúan las desventuras del cocinero mayor, y se ve que la fatalidad le habia tomado por su instrumento. .	785
LXIX.	En que se ennegrece gravemente el carácter del tio Manolillo.	795
LXX.	De cómo Quevedo dejó de ser preso por la justicia, para ser preso por el amor.	801
LXXI.	De cómo el duque de Lerma encontró á tiempo un amigo.	813
LXXII.	En que el duque de Lerma continúa representando su papel de esclavo.	821
LXXIII.	Lo que hizo Dorotea por don Juan.	825
LXXIV.	El sol tras la tormenta.	839
LXXV.	De cómo el cocinero mayor conoció con despecho que no se habian acabado para él las angustias.	847
LXXVI.	En que se ennegrece á su vez el carácter de Dorotea. . . .	855
LXXVII.	En que se siguen relatando los estupendos acontecimientos de esta verídica historia.	859
LXXVIII.	Del medio extraño de que se valió Quevedo para soltarse de la prision en que le habia puesto el amor de la condesa de Lemos.	867
—	De cómo el interés ageno influyó en la situacion de Quevedo.	879
LXXIX.	De cómo Quevedo se asusta mas de saber que don Juan está en libertad, que si hubiera sabido que estaba preso. . .	885
LXXX.	En que el tio Manolillo sigue sirviendo de una negra manera á Dorotea.	891
LXXXI.	En que se ve que el Bufon y Dorotea habian acabado de perder el juicio.	897
LXXXII.	En lo que vinieron á parar los amores de Dorotea y de don Juan.	905
LXXXIII.	El autor declara que ha concluido, y ata algunos cabos para que no queden sueltos.	921

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	Pags.
Desesperábase el ginete con la lenta marcha. . . .	6
—¡Ah, doña Catalina!—¡Ah, don Francisco! . .	54
El cocinero de su magestad.	70
El duque de Lerma.	110
Sí: vos sois el hermoso sol que me deslumbró. . . .	145
La reina doña Margarita de Austria.	164
¿Y qué es eso?	186
Quevedo.	254
...yo, ministro de Dios te absuelvo de esa muerte. . .	271
Permanecia, pues, acurrucado en su silla.	328
El padre Aliaga.	367
...cayó, como lanzado por una máquina.	397
Felipe III.	444
Doña Clara Soldevilla.	497
...¡para mí! ¡para mí!	557
El conde de Olivares.	570
Don Juan Giron.	609
—¡Bravo recibimiento me haceis! dijo el duque. . .	638
Le arrastró hácia el postigo y le sacó fuera. . . .	778
...arrancó la daga al jóven, y le quitó la espada. . .	917